MALAZ: EL LIBRO DE LOS CAÍDOS



STEVEN ERIKSON

«Homérico en alcance y visión... una historia que nunca deja de emocionar y entretener» —*SF Site*

MEMORIAS DEL HIELO

Una fuerza aterradora ha surgido del continente asolado de Genabackis. Como una marea de sangre corrompida, el Dominio Painita se extiende por el continente como lava hirviente que consume a todos los que no escuchan la palabra de su profeta, el Vidente Painita. En su camino se interpone una alianza incómoda: la de la hueste de Dujek Unbrazo y los veteranos Abrasapuentes de Whiskeyjack con sus antiguos adversarios, el caudillo Caladan Brood, Anomander Rake y sus tiste andii. Superados en número y desconfiando de todo y de todos, deben hacer llegar el mensaje a cualquier posible aliado, incluyendo las Espadas Grises, una hermandad mercenaria que ha jurado defender a toda costa la ciudad sitiada de Capustan.

Steven Erikson



Memorias del hielo

Malaz: El libro de los Caídos 3

ePUB r1.1
libra 11.11.13

Título original: *Memories of ice*
Steven Erikson, 2001
Traducción: Marta García Martínez
Mapas: Neil Gower
Diseño/retoque portada: Steve Stone

Editor digital: libra
Segundo editor: Glokta

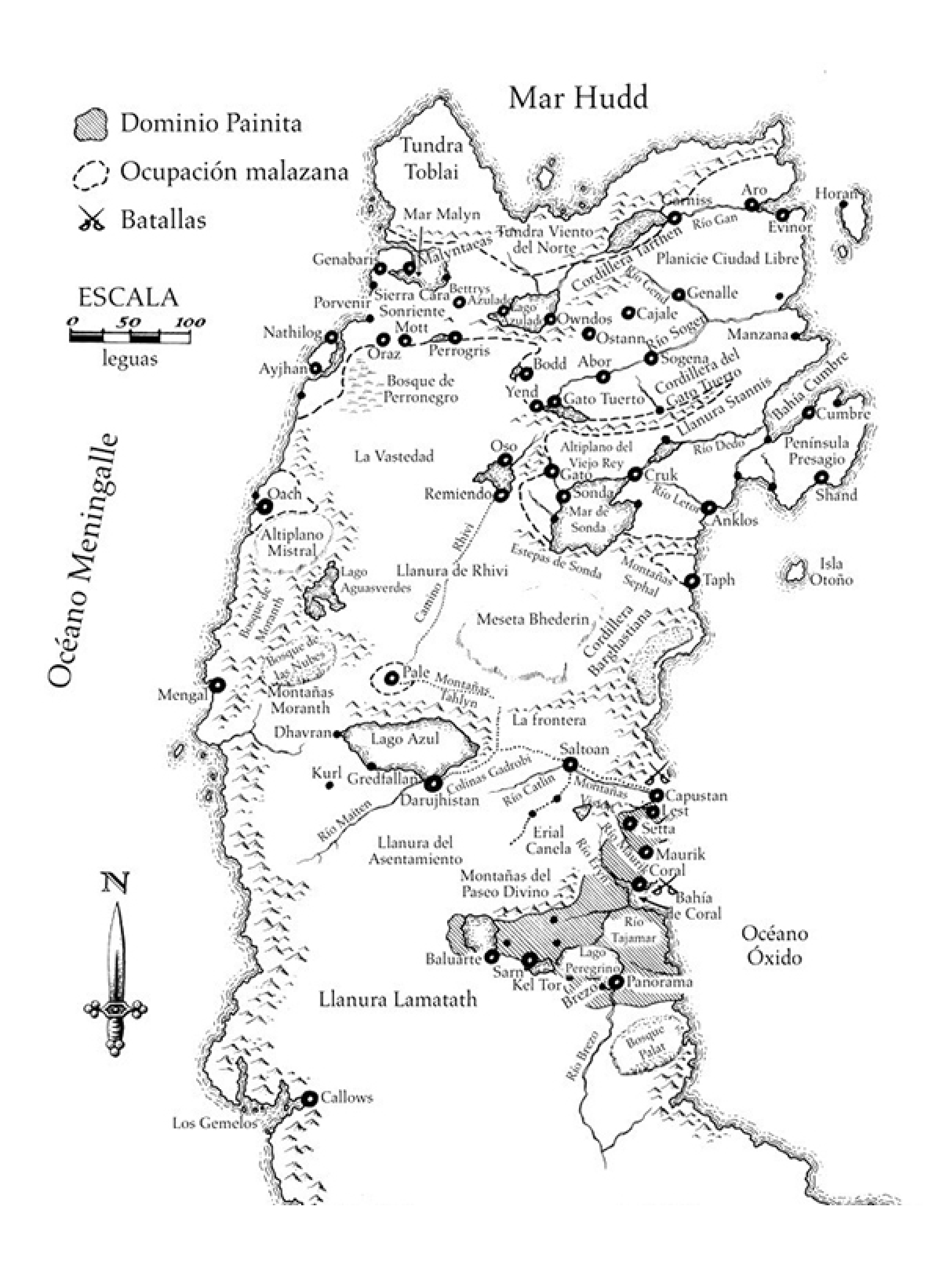
Reporte de erratas: gurney
ePub base r1.0

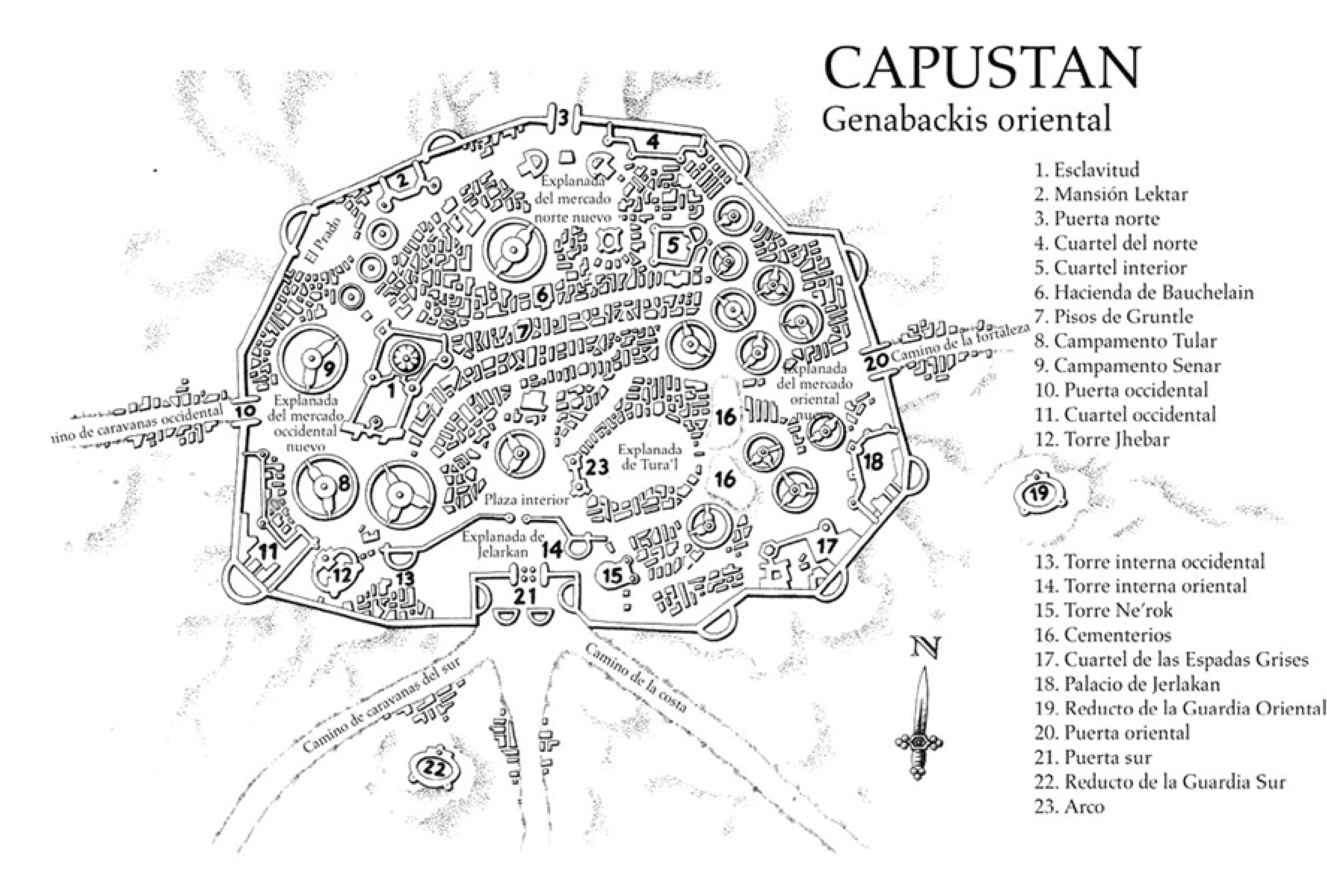
Para R. S. Lundin

Agradecimientos

Debo agradecer todo su apoyo y amistad a las siguientes personas: Clare, Bowen, Mark, David, Chris, Rick, Cam, Courtney; Susan y Peter, David Thomas padre y David Thomas hijo, Harriet, Chris, Lily, Mina y Smudge; Patrick Walsh, Simon y Jane. Gracias también a Dave Holdon y su amable personal (Tricia, Cindy, Liz, Tanis, Barbara, Joan, Nadia, Amanda, Tony, Andi y Jody) del Pizza Place, por la mesa y las bebidas. Y gracias a John Meaney por los asquerosos detalles sobre las semillas muertas.

GENABACKIS
La Guerra Painita; ca 1160 del Sueño de Ascua




CAPUSTAN
Genabackis oriental
1. Esclavitud
2. Mansión Lektar
3. Puerta norte
4. Cuartel del norte
5. Cuartel interior
6. Hacienda de Bauchelain
7. Pisos de Gruntle
8. Campamento Tular
9. Campamento Senar
10. Puerta occidental
11. Cuartel occidental
12. Torre Jhebar
13. Torre interna occidental
14. Torre interna oriental
15. Torre Ne'rok
16. Cementerios
17. Cuartel de las Espadas Grises
18. Palacio de Jerlakan
19. Reducto de la Guardia Oriental
20. Puerta oriental
21. Puerta sur
22. Reducto de la Guardia Sur
23. Arco
Explanada del mercado norte nuevo
El Prado
Explanada del mercado occidental nuevo
Explanada del mercado oriental
Explanada de Tura'l
Plaza interior
Explanada de Jelarkan
Camino de la fortaleza
Camino de la costa
Camino de caravanas del sur
N

Can

Dramatis Personae

Caravasares

Rezongo: Escolta de caravanas.
Piedra Menackis: Escolta de caravanas.
Harllo: Escolta de caravanas.
Buke: Escolta de caravanas.
Bauchelain: Explorador.
Korbal Espita: Su compañero silencioso.
Emancipor Reese: Sirviente.
Keruli: Mercader.
Mármol: Hechicero.

En Capustan

Brukhailan: Espada mortal de la revelación de Fener, miembro de las Espadas Grises.
Itkovian: Yunque del escudo de la revelación de Fener, miembro de las Espadas Grises.
Karnadas: Destriant de la revelación de Fener, miembro de las Espadas Grises.
Recluta Velbara: De las Espadas Grises.
Sargento mayor Norul: De las Espadas Grises.
Farakalian: De las Espadas Grises.
Nakalian: De las Espadas Grises.
Torun: De las Espadas Grises.
Sidlis: De las Espadas Grises.
Nilbanas: De las Espadas Grises.

Jelarkan: Príncipe y gobernador de Capustan.
Arard: Príncipe y gobernador en ausencia de Coral.
Rath'Fener: Sacerdote del Consejo de Máscaras.
Rath'Tronosombrío: Sacerdote del Consejo de Máscaras.
Rath'Reina de los Sueños: Sacerdotisa del Consejo de Máscaras.
Rath'Embozado: Sacerdote del Consejo de Máscaras.
Rath'D'rek: Sacerdote del Consejo de Máscaras.
Rath'Trake: Sacerdote del Consejo de Máscaras.
Rath'Ascua: Sacerdotisa del Consejo de Máscaras.
Rath'Togg: Sacerdote del Consejo de Máscaras.
Rath'Fanderay: Sacerdotisa del Consejo de Máscaras.
Rath'Dessembrae: Sacerdotisa del Consejo de Máscaras.
Rath'Oponn: Sacerdote del Consejo de Máscaras.
Rath'Beru: Sacerdote del Consejo de Máscaras.

Hueste de Unbrazo

Dujek Unbrazo: Comandante del ejército renegado malazano.
Whiskeyjack: Segundo al mando del ejército renegado malazano.
Torzal: Comandante de los moranthianos negros.
Artanthos: Portaestandarte del ejército renegado malazano.
Barack: Oficial de enlace.
Hareb: Capitán de noble cuna.
Ganoes Paran: Capitán, abrasapuentes.
Azogue: Sargento, séptimo pelotón, abrasapuentes.
Rapiña: Cabo, séptimo pelotón, abrasapuentes.
Detoran: Soldado, séptimo pelotón.

Eje: Mago y zapador, séptimo pelotón.
Mezcla: Soldado, séptimo pelotón.
Mazo: Sanador, noveno pelotón.
Seto: Zapador, noveno pelotón.
Trote: Soldado, noveno pelotón.
Ben el Rápido: Mago, noveno pelotón.
Sinsentido: Cabo de los Abrasapuentes.
Bucklund: Sargento de los Abrasapuentes.
Redrojo: Zapador de los Abrasapuentes.
Mantillo: Sanador de los Abrasapuentes.
Perlazul: Mago de los Abrasapuentes.
Zancas: Mago de los Abrasapuentes.
Deditos: Mago de los Abrasapuentes

Hueste de Brood

Caladan Brood: Caudillo del ejército de liberación de Genabackis.
Anomander Rake: Señor de Engendro de Luna.
Kallor: El rey supremo, segundo al mando de Brood.
La mhybe: Matrona de las tribus rhivi.
Zorraplateada: La renacida rhivi.
Korlat: Soletaken tiste andii.
Orfantal: Hermano de Korlat.
Hurlochel: Escolta del ejército de liberación.
Arpía: Gran cuervo y compañera de Anomander Rake.

Los barghastianos

Humbrall Taur: Caudillo del clan Caras Blancas.
Hetan: Su hija.
Cafal: Su hijo mayor.
Netok: Su hijo menor.

Enviados de Darujhistan

Coll: Embajador.
Estraysian D'Arle: Consejero.
Baruk: Alquimista.
Kruppe: Ciudadano.
Murillio: Ciudadano.

Los t'lan imass

Kron: Gobernante de los kron t'lan imass.
Cannig Tol: Jefe de clan.
Bek Okhan: Invocahuesos.
Pran Chole: Invocahuesos.
Okral Lom: Invocahuesos.
Bendal Home: Invocahuesos.
Ay Estos: Invocahuesos.
Olar Ethil: Primer invocahuesos y primer soletaken.
Tool el Desgarrado: Antigua primera espada.
Kilava: Invocahuesos renegada.
Lanas Tog: De los kerluhm t'lan imass.

El Dominio Painita

El Vidente: Líder espiritual y rey del Dominio.
Ultentha: Septarca de Coral.
Kulpath: Septarca del ejército sitiador.
Inal: Septarca de Lest.
Anaster: Hijo Tenescowri de la semilla de los muertos.
Vidente del Dominio Kahlt.

Otros

K'rul: Dios ancestral.
Draconus: Dios ancestral.
Hermana de las Noches Frías: Diosa ancestral.
Lady Envidia: Residente de Alborada.
Gethol: Heraldo.
Treach: Héroe primero (el Tigre del Verano).
Toc el Joven: Aral Fayle, escolta malazano.
Garath: Un perro grande.
Baaljagg: Un lobo descomunal.
Mok: Seguleh.
Thurule: Seguleh.
Senu: Seguleh.
El Encadenado: Ascendiente desconocido (también denominado dios Tullido).
La bruja de Tennes.
Munug: Artesano daru.
Talamandas: Monigote barghastiano.
Ormulogun: Artista de la hueste de Unbrazo.
Gumble: Su crítico.
Haradas: Jefa de caravanas de la Asociación Comercial de Trygalle.
Azra Jael: Marinero de la hueste de Unbrazo.
Paja: Irregular de Mott.
Pocilga: Irregular de Mott.
Muñón: Irregular de Mott.
Negado Tronco: Irregular de Mott.

Prólogo



Las antiguas guerras de los t'lan imass y los jaghut hicieron pedazos el mundo. Ejércitos inmensos se enfrentaron en las tierras asoladas, los muertos se apilaban y sus huesos se convertían en los huesos de las colinas, su sangre derramada en la sangre de los mares. La hechicería bramó hasta que el propio firmamento estalló en llamas…

Historias antiguas, vol. I
Kinicik Karbar'n

1

Maeth'ki Im (pogrom de la Flor Putrefacta), trigésimo tercera Guerra Jaghut
298,665 años antes del sueño de Ascua

Las golondrinas atravesaban como flechas las nubes de mosquitos que danzaban sobre las marismas. El cielo del pantano seguía gris, pero había perdido ese destello veleidoso del invierno, y la brisa cálida que suspiraba sobre la tierra asolada contenía el aroma de la curación.

Lo que antaño había sido el mar interior de agua dulce que los imass llamaban Jaghra Til (nacido de los añicos en los que se habían roto los campos helados jaghut) agonizaba

ya. El cielo encapotado y pálido se reflejaba en charcos cada vez más pequeños y en trechos de agua que apenas llegaban a la rodilla y que se extendían por el sur hasta donde alcanzaba la vista pero, no obstante, era la tierra recién nacida la que dominaba el paisaje.

La disolución de la hechicería que había provocado la era glacial le devolvió a la región sus antiguas estaciones naturales, pero todavía persistían los recuerdos de aquel hielo alto como una montaña. Al norte, el lecho de roca expuesto estaba excavado y raspado, con las cuencas llenas de cantos rodados. En los pesados sedimentos que habían sido el lecho del mar interior seguían borboteando los gases que se escapaban a medida que la tierra, liberada ocho años atrás del enorme peso del paso de los glaciares, continuaba su lento ascenso.

La vida de Jaghra Til no había sido muy larga, pero los sedimentos que se habían asentado en el fondo eran densos. Y traicioneros.

Pran Chole, invocahuesos del clan de Cannig Tol, entre los kron imass, permanecía sentado e inmóvil sobre un peñasco casi enterrado en la cumbre de una antigua playa. La bajada que tenía delante estaba salpicada de hierbas bajas y ásperas y maderas marchitas. A diez metros de él, la tierra caía un poco y luego se extendía hasta una amplia cuenca de barro.

Tres ranag se habían quedado atrapados en un pozo pantanoso a unos quince metros de la cuenca. Un macho, su compañera y su cría, colocados en un patético círculo defensivo. Enfangados y vulnerables, debían de haberle parecido presas fáciles a la manada de ay que los encontró.

Pero la tierra era traicionera y los grandes lobos de la tundra habían sucumbido al mismo destino que los ranag. Pran Chole contó seis ay, incluyendo un cachorro de menos

de un año. Las huellas indicaban que otro cachorro había rodeado el pozo docenas de veces antes de alejarse hacia el oeste, condenado sin duda a morir en soledad.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que había ocurrido ese drama? No había forma de saberlo. El cieno se había endurecido sobre los ranag y los ay por igual y había formado capas de arcilla con una celosía de grietas. Asomaban manchas de un color verde brillante allí donde habían germinado las semillas traídas por el viento. Al invocahuesos le recordó a sus visiones, cuando caminaba en el mundo de los espíritus; una hueste de detalles mundanos retorcidos hasta quedar convertidos en algo irreal. Para las bestias, la lucha se había hecho eterna, cazadores y cazados enzarzados hasta el fin de los tiempos.

Alguien se acercó sin ruido y se agachó a su lado.

Los ojos ambarinos de Pran Chole permanecieron fijos en aquella estampa congelada en el tiempo. El ritmo de los pasos le dijo al invocahuesos quién era su compañero y no tardaron en llegar los olores cálidos que lo identificaban tan bien como si hubiera posado los ojos en él.

Habló entonces Cannig Tol.

—¿Qué yace bajo la arcilla, invocahuesos?

—Solo lo que ha moldeado la propia arcilla, jefe de clan.

—¿No ves ningún presagio en esas bestias?

Pran Chole sonrió.

—¿Y tú?

Cannig Tol consideró la respuesta un momento antes de contestar.

—Los ranag han desaparecido de estas tierras. Al igual que los ay. Vemos ante nosotros una batalla antigua. Son alegatos profundos que conmueven mi alma.

—La mía también —admitió el invocahuesos.

—Cazamos a los ranag hasta que dejaron de existir y eso mató de hambre a los ay, pues también habíamos cazado a los tenag hasta que ellos también dejaron de existir. Los agkor que caminan con los bhederin no quisieron compartir su alimento con los ay y ahora la tundra está vacía. De eso deduzco que nos excedimos en nuestra caza y fuimos irreflexivos.

—Y sin embargo, la necesidad de alimentar a nuestras propias crías…

—La necesidad de más crías era grande.

—Sigue siéndolo, jefe de clan.

Cannig Tol gruñó.

—Los jaghut eran poderosos en estas tierras, invocahuesos. No huyeron, al principio no. Sabes la sangre imass que costó.

—Y la tierra da fruto para responder a ese coste.

—Para servir a nuestra guerra.

—Así, las profundidades se agitan.

El jefe de clan asintió y se quedó callado.

Pran Chole esperó. En las palabras que compartían seguían trazando la piel de las cosas. Todavía había que revelar el músculo y el hueso. Pero Cannig Tol no era tonto y la espera no fue larga.

—Somos como esas bestias. —Los ojos del invocahuesos se deslizaron por el horizonte del sur y se tensaron—. Somos la arcilla —continuó Cannig Tol—, y nuestra guerra interminable contra los jaghut es la bestia que lucha debajo. La superficie queda modelada por lo que yace debajo. —Señaló con una mano—. Y ahora, ante nosotros, en esas criaturas que se van convirtiendo poco a poco en piedra, se halla la maldición de la eternidad.

Todavía quedaba más. Pran Chole no dijo nada.

—Ranag y ay —resumió Cannig Tol—. Casi desaparecidos del reino mortal. Cazadores y cazados a la vez.

—Hasta los mismos huesos —susurró el invocahuesos.

—Ojalá hubieras visto un presagio —murmuró el jefe de clan al levantarse.

Pran Chole también se estiró.

—Ojalá —asintió con un tono que solo fue un eco vago de las palabras irónicas de Cannig Tol.

—¿Estamos cerca, invocahuesos?

Pran Chole se miró la sombra y estudió la silueta astada, la figura insinuada bajo la capa de piel, el cuero raído y el tocado. El ángulo del sol lo hacía parecer alto, casi tan alto como un jaghut.

—Mañana —dijo—. Se están debilitando. Una noche de viaje los debilitará todavía más.

—Bien. Entonces el clan montará el campamento aquí esta noche.

El invocahuesos escuchó a Cannig Tol, que regresaba adonde esperaban los demás. Con la oscuridad, Pran Chole iría a caminar con los espíritus. Por la tierra que susurraba, en busca de los suyos. Su presa se debilitaba, pero el clan de Cannig Tol estaba más débil todavía. Quedaban menos de una docena de adultos. Cuando se perseguía a los jaghut, la distinción entre cazador y cazado carecía de significado.

Levantó la cabeza y olió el aire crepuscular. Otro invocahuesos vagaba por aquellas tierras. La mácula era inconfundible. Se preguntó quién era, se preguntó por qué viajaba solo, despojado de clan y familia. Y supo que al igual que él había presentido la presencia del otro, y el otro, a su vez, había presentido la suya; se preguntó por qué no los había buscado todavía.

La mujer se alzó del barro y se dejó caer en la orilla de arena; respiraba con dificultad, con jadeos duros y forzados. Su hijo y su hija se liberaron de sus brazos de plomo y se arrastraron por el modesto montecillo de la isla.

La madre jaghut bajó la cabeza hasta apoyar la frente en la arena fresca y húmeda. La grava se apretaba contra la piel de su frente con una insistencia cruda. Las quemaduras eran demasiado recientes para haberse curado y no era probable que llegaran a hacerlo, estaba vencida y la muerte solo tenía que aguardar la llegada de sus cazadores.

Al menos eran competentes. Los imass no eran aficionados a la tortura. Un golpe rápido y fatal. Uno para ella y luego sus hijos. Y con ellos, con esa familia exigua y andrajosa, los últimos jaghut se desvanecerían de ese continente. La clemencia llegaba bajo muchos disfraces. Si no se hubieran unido para encadenar a Raest, todos ellos (imass y jaghut por igual) se habrían encontrado de rodillas ante aquel tirano. Una tregua temporal de conveniencia. La mujer había comprendido lo suficiente como para huir una vez se hubo encadenado al tirano; había sabido, incluso entonces, que el clan imass reanudaría la persecución.

La madre no sentía amargura, pero no por ello estaba menos desesperada.

Al percibir una nueva presencia en la pequeña isla, la mujer levantó la cabeza de golpe. Sus hijos se habían quedado inmóviles y contemplaban aterrorizados a la mujer imass que se alzaba ante ellos. La madre entrecerró los ojos grises.

—Muy lista, invocahuesos. Mis sentidos buscaban solo a los que dejamos atrás. Muy bien, acaba de una vez.

La mujer, joven y de cabello negro, sonrió.

—¿No regateas, jaghut? Vosotros siempre intentáis hacer tratos para salvar las vidas de vuestros hijos. ¿Es que has roto ya los lazos con estos dos? Parecen muy pequeños todavía.

—No tiene sentido hacer tratos. Los que son como tú nunca acceden a ellos.

—No; con todo, los que son como tú lo intentan.

—Yo no. Así que mátanos. Que sea rápido.

La imass vestía la piel de una pantera. Tenía los ojos igual de negros que la bestia y parecían rielar como la piel del animal bajo la luz moribunda. Parecía bien alimentada y sus pechos grandes e hinchados indicaban que había dado a luz poco antes.

La madre jaghut no supo leer la expresión de la mujer, solo que carecía de la típica certeza lúgubre que se solía asociar con los rostros extraños y redondeados de los imass.

Habló entonces la invocahuesos.

—Ya tengo suficiente sangre jaghut en las manos. Te dejo al clan Kron, que no tardará en encontrarte mañana.

—A mí —gruñó la madre— me da igual quién nos mata, solo que nos matáis.

La amplia boca de la mujer reflejó una mueca.

—Te comprendo.

El cansancio amenazaba con aplastar a la madre jaghut, pero consiguió enderezarse y sentarse.

—¿Qué quieres? —preguntó entre jadeos.

—Ofrecerte un trato.

La madre jaghut contuvo el aliento, se quedó mirando los ojos oscuros de la invocahuesos, pero no vio burla alguna. Su mirada recayó entonces, durante el más breve de los momentos, en sus hijos, después alzó de nuevo la cabeza para sostener la mirada de la otra mujer.

La imass asintió poco a poco.

En algún momento había aparecido una grieta en la tierra, una herida de tal profundidad que había parido un río fundido lo bastante ancho como para extenderse de un horizonte a otro. Inmenso y negro, el río de piedra y cenizas se extendía hacia el sur y bajaba al mar distante. Solo las plantas más pequeñas habían conseguido encontrar arraigo y el avance de la invocahuesos, con un niño jaghut en cada brazo, levantaba nubes sofocantes de polvo que quedaban flotando, inmóviles, a su paso.

Le pareció que el niño tendría unos cinco años, su hermana quizá cuatro. Ninguno parecía consciente del todo de lo que estaba ocurriendo y era obvio que ninguno había entendido a su madre cuando se había despedido de ellos con un abrazo. La larga huida por L'amath y el cruce del Jagra Til los había sumido a los dos en la conmoción. Sin duda, presenciar la espantosa muerte de su padre tampoco había ayudado mucho.

Se aferraban a ella con unas manezuelas mugrientas, lúgubres recordatorios del hijo que había perdido tan poco tiempo atrás. Ambos niños no tardaron en comenzar a mamar de sus pechos, señal inconfundible de un hambre desesperada. Tras alimentarse, los pequeños se quedaron pronto dormidos.

El flujo de lava disminuía a medida que se acercaba a la costa. Una cordillera de colinas se alzaba y fundía con las lejanas montañas de su derecha. Una llanura plana se extendía directamente ante ella y terminaba en una cumbre a media legua de distancia. Aunque no podía verlo, la mujer sabía que justo al otro lado de la cumbre, la tierra descendía hasta el mar. La llanura en sí estaba marcada por montecillos regulares y la invocahuesos se detuvo a

estudiarlos. Los montículos se hallaban dispuestos en círculos concéntricos y en el centro había una cúpula más grande cubierta por entero de un manto de lava y cenizas. El diente podrido de una torre en ruinas se alzaba al borde de la llanura, en la base de la primera línea de colinas. Entre esas colinas, como había observado la primera vez que había visitado el lugar, había espacios demasiado regulares como para ser naturales.

La invocahuesos levantó la cabeza. Los aromas que se mezclaban eran inconfundibles, uno antiguo y muerto, el otro… algo menos. El niño se removió entre sus brazos, pero no despertó.

—Ah —murmuró la mujer—, tú también lo sientes.

Rodeó la llanura y se dirigió a la torre ennegrecida.

La puerta de la senda no estaba lejos del edificio irregular, suspendida en el aire a unas seis veces su altura. La mujer la vio como un verdugón rojo, algo dañado pero que ya no sangraba. No reconoció la senda, el antiguo daño oscurecía las características del portal. Una oleada de inquietud la atravesó como un cosquilleo.

La invocahuesos dejó a los niños junto a la torre y después se sentó en un bloque de escombros. Posó los ojos en los dos pequeños jaghut, todavía acurrucados y dormidos, echados en sus camitas de ceniza.

—¿Qué alternativa hay? —susurró—. Tiene que ser Omtose Phellack. Desde luego no es Tellann. ¿Starvald Demelain? Poco probable. —La llanura atrajo sus ojos, que se entrecerraron sobre los anillos de montículos—. ¿Quién vivía aquí? ¿Quién más tenía por costumbre construir con piedra? —Se quedó callada un largo rato y después volvió a contemplar las ruinas—. Esta torre es la prueba definitiva, pues no es otra cosa que jaghut y ellos no levantarían una

estructura así tan cerca de una senda hostil. No, la puerta es Omtose Phellack. Tiene que serlo.

Con todo, existían riesgos adicionales. Un jaghut adulto, que se encontrara en la senda y que se topara con dos niños que no fueran de su sangre, tenía las mismas posibilidades de matarlos que de adoptarlos.

—Entonces, que su sangre manche las manos de otro, las de un jaghut. —Escaso consuelo, la distinción. *Da igual quién nos mata, solo que nos matáis*. El aliento siseó entre los dientes de la mujer—. ¿Qué alternativa hay? —preguntó otra vez.

Los dejaría dormir un poco más. Después los mandaría por la puerta. Se lo diría al niño: *Cuida de tu hermana. El viaje no será largo*. Y luego a los dos: *Vuestra madre os espera detrás*. Era mentira, pero los niños necesitaban ser valientes. *Si ella no os encuentra, lo hará alguno de su familia. Id ya, a un lugar seguro, a la salvación*.

Después de todo, ¿qué podría ser peor que la muerte?

Se levantó cuando se acercaron. Pran Chole probó el aire y frunció el ceño. La jaghut no había desvelado su senda. Y lo que era más desconcertante, ¿dónde estaban sus hijos?

—Nos recibe muy serena —murmuró Cannig Tol.

—Cierto —asintió el invocahuesos.

—No me inspira confianza, deberíamos matarla de inmediato.

—Desea hablar con nosotros —dijo Pran Chole.

—Un riesgo mortal para aplacar su deseo.

—No voy a contradecirte, jefe de clan. Con todo… ¿qué ha hecho con sus hijos?

—¿No los percibes?

Pran Chole negó con la cabeza.

—Prepara a tus lanceros —dijo al tiempo que se adelantaba.

Había paz en los ojos de la mujer, una aceptación tan clara de su propia e inminente muerte que el invocahuesos quedó conmocionado. Pran Chole se introdujo en el agua, que le llegaba a las pantorrillas, y subió a la orilla arenosa de la isla para enfrentarse cara a cara con la jaghut.

—¿Qué has hecho con ellos? —preguntó.

La madre sonrió, los labios se apartaron y revelaron sus colmillos.

—Se han ido.

—¿Adónde?

—Lejos de tu alcance, invocahuesos.

El ceño de Pran Chole se profundizó.

—Estas son nuestras tierras. Aquí no hay lugar alguno que esté fuera de nuestro alcance. ¿Es que los has asesinado tú con tus propias manos?

La jaghut ladeó la cabeza y estudió al imass.

—Siempre había creído que estabais unidos en vuestro odio por nuestra especie. Siempre había creído que conceptos como la compasión y la piedad eran ajenos a vuestra naturaleza.

El invocahuesos se quedó mirando a la mujer un buen rato, después bajó la mirada, abandonó a la mujer y examinó el suelo blando de arcilla.

—Aquí ha estado un imass —dijo—. Una mujer. La invocahuesos… —*La que no pude encontrar en mi paseo con los espíritus. La que optó por no ser encontrada*—. ¿Qué ha hecho?

—Ha explorado esta tierra —respondió la jaghut—. Ha encontrado una puerta muy al sur. Es Omtose Phellack.

—Me alegro —dijo Pran Chole— de no ser madre. —*Y tú, mujer, deberías alegrarte de que tampoco sea cruel*. Hizo un

gesto. Unas lanzas pesadas pasaron como rayos junto al invocahuesos. Seis puntas de sílex, largas y acanaladas, perforaron la piel que cubría el pecho de la jaghut. La mujer se tambaleó y luego se derrumbó entre un estrépito de varas.

Así terminó la trigésimo tercera Guerra Jaghut.

Pran Chole se giró en redondo.

—No tenemos tiempo para hacer una pira. Debemos dirigirnos al sur. Rápido.

Cannig Tol se adelantó mientras sus guerreros iban a recuperar sus armas. El jefe de clan entornó los ojos y miró al invocahuesos.

—¿Qué te inquieta?

—Una invocahuesos renegada se ha llevado a los niños.

—¿Al sur?

—A Alborada. —El jefe de clan frunció el ceño—. La renegada quiere salvar a los hijos de esta mujer. La renegada cree que el desgarro es Omtose Phellack.

Pran Chole vio que la cara de Cannig Tol se quedaba sin sangre.

—Ve a Alborada, invocahuesos —susurró el jefe de clan—. No somos crueles. Ve ya.

Pran Chole se inclinó y lo envolvió la senda Tellann.

Una levísima liberación de su poder levantó a los dos pequeños jaghut y los alzó hasta la boca de la entrada. La niña gritó un momento antes de alcanzarla, un gemido de añoranza que buscaba a su madre, a la que imaginaba dentro, aguardándola. Después se desvanecieron en el interior dos pequeñas figuras.

La invocahuesos suspiró y continuó mirando las alturas en busca de alguna prueba de que algo hubiera ido mal en

el paso. Pero parecía que no se había reabierto ninguna herida y que del portal no brotaba ningún torrente de poder salvaje. ¿Tenía un aspecto diferente? La mujer no estaba segura. Aquel era un territorio nuevo para ella; no le quedaba nada de aquella profunda sensibilidad que había conocido toda su vida entre las tierras del clan Tarad, en el corazón del Primer Imperio.

La senda Tellann se abrió tras ella. La mujer se dio la vuelta momentos antes de transformarse en su forma soletaken.

Apareció de repente, de un salto, un zorro ártico que frenó al verla y después regresó a su forma imass. La mujer vio ante ella a un hombre joven, la piel de su animal tótem le cubría los hombros y lucía un tocado de cuernas bastante estropeado. La expresión del hombre era temerosa, pero no la miraba a ella sino al portal que tenía detrás.

La mujer sonrió.

—Te saludo, compañero invocahuesos. Sí, los he enviado al otro lado. Están fuera del alcance de tu venganza y eso me complace.

Los ojos ambarinos del hombre se clavaron en ella.

—¿Quién eres? ¿De qué clan?

—He dejado mi clan, pero en otro tiempo se me contaba entre los logros. Me llamo Kilava.

—Deberías haber dejado que te encontrara anoche —dijo Pran Chole—. Podría haberte convencido entonces que una muerte rápida era el mayor favor que se les podría haber hecho a esos niños, más de lo que tú has hecho, Kilava.

—Son lo bastante pequeños como para que alguien los adopte…

—Has venido a un lugar llamado Alborada —interpuso Pran Chole con tono frío—. A las ruinas de una antigua ciudad…

—Jaghut.

—¡Jaghut no! Esta torre sí, pero se construyó mucho tiempo después, en el ínterin entre la destrucción de la ciudad y el T'ol Ara'd, este río de lava que no hizo más que enterrar algo que ya estaba muerto. —El invocahuesos levantó una mano y señaló la puerta suspendida—. Fue eso, esa herida, lo que destruyó la ciudad, Kilava. La senda que hay detrás... ¿es que no lo entiendes? ¡No es Omtose Phellack! Dime algo, ¿cómo se curan tales heridas? ¡Tú sabes la respuesta, invocahuesos!

La mujer se volvió poco a poco y estudió el desgarro.

—Si un alma selló esa herida, entonces debería haber quedado libre... cuando llegaron los niños...

—¡Libre! —bufó Pran Chole—. ¡A cambio de ellos!

Kilava, temblando, lo volvió a mirar.

—Entonces, ¿dónde está? ¿Por qué no ha aparecido?

Pran Chole se giró para estudiar el montículo central de la llanura.

—Oh —susurró—, es que sí que lo ha hecho. —Miró de nuevo a la invocahuesos—. Dime, ¿estás dispuesta a tu vez a dar tu vida por esos niños? Esos pequeños están atrapados en una pesadilla eterna de dolor. ¿Es tanta tu compasión que serás capaz de sacrificarte en un intercambio más? —El invocahuesos la estudió y después suspiró—. Ya me parecía que no, así que sécate esas lágrimas, Kilava. La hipocresía nunca le ha sentado bien a un invocahuesos.

—Qué... —consiguió decir la mujer tras un rato—. ¿Qué ha quedado libre?

Pran Chole sacudió la cabeza y volvió a estudiar el montículo central.

—No estoy seguro, pero habrá que hacer algo antes o después. Sospecho que tenemos tiempo de sobra. La criatura debe liberarse ahora de su tumba y esta ha sido

protegida a conciencia. Es más, el manto de piedra del T'ol Ara'd sigue cubriendo el túmulo. —Después de un momento, añadió—: Pero tiempo tendremos.

—¿A qué te refieres?

—Se ha convocado la reunión. Nos aguarda el ritual de Tellann, invocahuesos.

La mujer escupió al suelo.

—Estáis todos perturbados. Escoger la inmortalidad por una guerra es una locura. No acudiré a esa llamada, invocahuesos.

El hombre asintió.

—Y sin embargo el ritual se llevará a cabo. He ido con los espíritus al futuro, Kilava. He visto mi rostro marchito dentro de dos mil años y más. Tendremos nuestra guerra eterna.

La amargura llenó la voz de Kilava.

—Mi hermano se sentirá complacido.

—¿Quién es tu hermano?

—Onos T'oolan, la primera espada.

Pran Chole se giró al oír eso.

—Eres la Desafiadora. Asesinaste a tu clan, a los tuyos…

—Para romper el vínculo y lograr así la libertad, sí. Y he de decir que la habilidad de mi hermano mayor podía compararse con la mía. Pero ahora los dos somos libres, los dos, aunque lo que yo celebro, Onos T'oolan lo maldice. —La mujer se rodeó con los brazos y Pran Chole vio sobre ella capas y capas de dolor. La suya era una libertad que Pran Chole no envidiaba. La mujer volvió a hablar—. Esta ciudad, entonces, ¿quién la construyó?

—Los k'chain che'malle.

—Conozco el nombre, pero poco más.

Pran Chole asintió.

—Confío en que lo iremos averiguando.

2

Continentes de Korelri y Jacuruku, en el Tiempo de la Agonía 119,736 años antes del sueño de Ascua (tres años después de la caída del dios Tullido)

La caída había roto en mil pedazos un continente. Habían ardido los bosques, las tormentas de fuego habían iluminado el horizonte en todas direcciones y habían bañado de luz carmesí las nubes palpitantes de ceniza que cubrían el cielo. La conflagración había parecido interminable, como si quisiera devorar el mundo entero y las semanas se convirtieron en meses, meses eternos en los que no se dejaron de oír los chillidos de un dios.

El dolor parió la rabia. La rabia, el veneno, una infección que no perdonó a nadie.

Quedaron solo unos cuantos supervivientes esparcidos por toda la tierra, reducidos a un estado salvaje, supervivientes que vagaban por un paisaje picado de cráteres enormes llenos de un agua turbia y sin vida mientras el cielo se revolvía sin cesar sobre ellos. La familia se había desmembrado, el amor había resultado ser una carga que costaba demasiado llevar. Comían lo que podían, con frecuencia unos a otros, y examinaban el mundo asolado que los rodeaba con una atención rapaz.

Una figura recorría ese paisaje, sola. Envuelta en harapos medio podridos, era un hombre de altura media y rasgos francos y poco atractivos. Había una expresión oscura en ese rostro, una inflexibilidad pesada en sus ojos. Caminaba como si sobre sí reuniera todo el sufrimiento, como si no advirtiera su peso inmenso; caminaba como si fuera incapaz de ceder, de negar los dones de su propio espíritu.

A lo lejos, unas bandas harapientas observaban a la figura que avanzaba paso a paso y cruzaba lo que quedaba del continente que algún día se llamaría Korelri. El hambre quizá los hubiera empujado a acercarse, pero ya no quedaban tontos entre los supervivientes de la caída, así que mantenían una distancia vigilante, una curiosidad embotada por el miedo. Pues el hombre era un dios ancestral y caminaba entre ellos.

Más allá del sufrimiento que absorbía, K'rul habría estado dispuesto a abrazar sus almas rotas, pero se había alimentado (seguía alimentándose) de la sangre derramada sobre esa tierra y la verdad era sencilla: se necesitaría el poder nacido de todo aquello.

Al paso de K'rul, los hombres y las mujeres mataban a hombres, mataban a mujeres, mataban a niños. Una masacre oscura que era el río sobre el que cabalgaba el dios ancestral.

Los dioses ancestrales encarnaban toda una serie de momentos duros y desagradables.

El dios ajeno había quedado destrozado en su descenso a la tierra. Había bajado en trozos, en llamaradas. Su voz era fuego, gritos y truenos, una voz que había oído medio mundo. Dolor e indignación. Y, como reflexionaba K'rul, una profunda tristeza. Pasaría mucho tiempo antes de que el dios ajeno pudiera empezar a reclamar los fragmentos que quedaban de su vida y comenzara así a revelar su naturaleza. K'rul temía la llegada de ese día. De tantos añicos y sufrimiento solo podía salir la locura.

Los invocadores estaban muertos. Destruidos por lo que habían atraído sobre sí. No tenía sentido odiarlos, no había necesidad de conjurar imágenes del castigo que en verdad

se merecían. Después de todo, estaban desesperados. Lo bastante desesperados como para separar el tejido del caos, como para abrir un camino a un reino extraño y remoto y luego atraer a un dios curioso a ese reino, querían llevarlo a la trampa que habían preparado. Los invocadores buscaban poder.

Y todo para destruir a un hombre.

El dios ancestral había cruzado el continente en ruinas, había contemplado la carne todavía viva del dios caído, había visto los gusanos sobrenaturales que se arrastraban por esa carne podrida que palpitaba sin cesar y por esos huesos rotos. Había visto lo que surgía de esos gusanos. Cuando llegó a la maltratada costa de Jacuruku, el ancestral continente hermano de Korelri, las criaturas seguían dibujando círculos sobre él con sus amplias y negras alas. Percibían el poder que había en su interior y ansiaban probar su carne.

Pero un dios fuerte podía hacer caso omiso de los carroñeros que seguían su rastro y K'rul era un dios fuerte. En su nombre se habían alzado templos. Durante generaciones enteras, la sangre había empapado un sinfín de altares para adorarlo. Las ciudades nacientes se habían envuelto en el humo de forjas y piras, en el fulgor rojo del albor de la humanidad. El Primer Imperio se había alzado en un continente a medio mundo de donde caminaba en ese momento K'rul. Un imperio de seres humanos, nacido del legado de los t'lan imass, de quien tomaba su nombre.

Pero no había estado solo mucho tiempo. Allí, en Jacuruku, a la sombra de las ruinas k'chain che'malle muertas eras atrás, había surgido otro imperio. Un imperio brutal, un devorador de almas con un gobernante que era un guerrero sin igual.

K’rul había llegado para destruirlo, había venido para romper las cadenas de doce millones de esclavos; ni siquiera los tiranos jaghut habían ejercido un dominio tan despiadado sobre sus súbditos. No, había que ser un ser humano mortal para lograr ese nivel de tiranía sobre los suyos.

Otros dos dioses ancestrales convergían en el Imperio kalloriano. La decisión ya estaba tomada. Los tres, los últimos de los ancestrales, pondrían fin al gobierno despótico del rey supremo. K’rul ya sentía a sus compañeros. Los dos estaban cerca; los dos habían sido camaradas en otro tiempo, pero todos ellos (incluido K’rul) habían cambiado, se habían distanciado. Aquello marcaría la primera reunión en milenios.

También sintió una cuarta presencia, una bestia salvaje y antigua que seguía su pista. Una bestia de la tierra, del aliento gélido del invierno, una bestia con la piel blanca y ensangrentada, herida por la caída y casi moribunda. Una bestia a la que solo le quedaba un ojo con el que contemplar la tierra destruida, que en otro tiempo había sido su hogar, mucho antes de que surgiera el imperio. Lo seguía, pero no se acercaba. Y, como bien sabía K’rul, seguiría siendo un observador a distancia de todo lo que estaba a punto de ocurrir. El dios ancestral no podía ahorrarle tristeza alguna, pero no era indiferente a su dolor.

Cada uno sobrevivimos como debemos y cuando llega el momento de morir, buscamos la soledad…

El Imperio kalloriano se había extendido hasta las costas de Jacuruku, pero K’rul no vio a nadie al dar sus primeros pasos por la tierra. Por todos lados se extendían yermos sin vida. El aire estaba gris por las cenizas y el polvo, los cielos se agitaban como el plomo en el caldero de un herrero. El

dios ancestral experimentó el primer aliento de inquietud, un frío furtivo que le cruzó el alma.

Sobre él, los carroñeros que había engendrado el dios graznaban y dibujaban círculos en el aire.

Una voz conocida habló en la mente de K'rul. *Hermano, estoy en la orilla norte*.

—Y yo en la oeste.

¿Estás atribulado?

—Lo estoy. Todo está… muerto.

Incinerado. El calor permanece en las profundidades, bajo los lechos de cenizas. Ceniza… y hueso.

Habló entonces una tercera voz. *Hermanos, yo vengo del sur, donde en otro tiempo se alzaban las ciudades. Todo destruido. Los ecos de la agonía de un continente permanecen en el aire. ¿Nos engañamos acaso? ¿Es todo una ilusión?*

K'rul se dirigió al primer ancestral que había hablado en su mente.

—Draconus, yo también siento la agonía. Tanto dolor… de hecho, más horrible en su orientación que el del Caído. Si no es un engaño, como sugiere nuestra hermana, ¿qué ha hecho?

Nos hemos adentrado en esta tierra, así que todos compartimos lo que sientes, K'rul, respondió Draconus. *Yo tampoco estoy seguro de si es verdad. Hermana, ¿te acercas a la morada del rey supremo?*

Respondió entonces la tercera voz. *Así es, hermano Draconus. ¿Queréis reuniros conmigo el hermano K'rul y tú para que podamos enfrentarnos a este mortal como uno solo?*

—Eso haremos.

Se abrieron las sendas, una al norte, la otra justo delante de K'rul.

Los dos dioses ancestrales se reunieron con su hermana en la cima de una colina accidentada donde el viento silbaba entre las cenizas y hacía girar coronas funerarias que se alzaban hacia el firmamento. Justo delante de ellos, sobre un montón de huesos quemados, había un trono.

El hombre que estaba sentado encima sonreía.

—Como veis —dijo con voz ronca después de una breve mirada desdeñosa—, me he… preparado para vuestra llegada. Oh, sí, sabía que veníais. Draconus, de la familia de Tiam. K’rul, el Que Abre Sendas. —Sus ojos grises se fijaron entonces en la tercera ancestral—. Y tú. Querida mía, tenía la impresión de que habías abandonado tu… antiguo yo. Caminar entre los mortales, hacer el papel de hechicera entrometida, un riesgo mortal, por cierto, aunque quizás eso sea lo que te seduce de tan mortal juego. Te has plantado en campos de batallas, mujer. Una flecha perdida… —El rey sacudió la cabeza con lentitud.

—Hemos venido —dijo K’rul— para poner fin a tu reinado de terror.

Kallor alzó las cejas.

—¿Me quitáis todo aquello que he logrado y por lo que tanto he luchado? Cincuenta años, queridos rivales, para conquistar un continente entero. Oh, puede que Ardatha siguiera resistiéndose, siempre enviándome con retraso el legítimo tributo que se me debe, pero nunca hice caso de gestos ínfimos como ese. Ha huido, ¿lo sabíais? Qué zorra. ¿Imagináis que sois los primeros en desafiarme? El Círculo ha enviado a un dios ajeno. Sí, el esfuerzo… les salió mal y me ahorró el trabajo de matar a esos idiotas con mis propias manos. ¿Y el Caído? Bueno, aún tardará un tiempo en recuperarse e, incluso entonces, ¿creéis de verdad que accederá a obedecer a alguien? Yo habría…

—Ya es suficiente —gruñó Draconus—. Tu cháchara nos cansa, Kallor.

—Muy bien —suspiró el rey supremo. Después se inclinó hacia delante—. Habéis venido a liberar a mi pueblo de mi tiránico dominio. Pues no soy de los que renuncian a tales cosas. Ni por vosotros ni por nadie. —Se acomodó de nuevo y agitó una mano lánguida—. Así pues, lo que os gustaría negarme, os lo niego yo a vosotros.

Aunque la verdad se alzaba ante los ojos de K'rul, este no podía creerlo.

—¿Qué has…?

—¿Estás ciego? —chilló Kallor mientras se aferraba a los brazos de su trono—. ¡Ha desaparecido! ¡Se han ido! Rompe las cadenas, ¿quieres? Adelante. ¡No, te las entrego yo! Mira a tu alrededor, ¡todo es libre! ¡Polvo! ¡Huesos! ¡Todo libre!

—¿En verdad has incinerado un continente entero? —susurró la hermana ancestral—. Jucuruku…

—Ya no existe ni existirá jamás. Lo que he desatado nunca sanará. ¿Comprendido? Nunca. Y es todo culpa vuestra. Vuestra. Pavimentado con huesos y ceniza, este noble camino por el que elegisteis caminar. Vuestro camino.

—No podemos permitir…

—¡Ya ha ocurrido, necia!

K'rul habló en las mentes de sus hermanos.

Debe hacerse. Yo crearé un… un lugar para esto. En mi interior.

¿Una senda para albergar todo esto?, preguntó Draconus, horrorizado. *Hermano mío*…

No, debe hacerse. Uníos ahora a mí, no será fácil darle forma…

Acabará contigo, K'rul, dijo su hermana. *Tiene que haber otro modo*.

No lo hay. Dejar este continente como está… no, este mundo es joven. Soportar una cicatriz así…

¿Qué hay de Kallor?, inquirió Draconus. *¿Qué hay de esta… de esta criatura?*

Lo dejamos marcado, respondió K'rul. *Sabemos cuál es su deseo más profundo, ¿no es cierto?*

¿Y su esperanza de vida?

Larga, amigos míos.

De acuerdo.

K'rul parpadeó y clavó sus ojos oscuros y pesados en el rey supremo.

—Por este crimen, Kallor, te condenamos a un castigo justo. Te hacemos saber que tú, Kallor Eiderann Tes'thesula, conocerás una vida mortal sin fin. Mortal, en los estragos de la edad, en el dolor de las heridas y la angustia de la desesperación. En los sueños arruinados. En el amor marchito. En la sombra del espectro de la muerte, amenaza eterna de poner fin a lo que no quieres renunciar.

Draconus habló después.

—Kallor Eiderann Tes'thesula, tú jamás ascenderás.

Su hermana fue la siguiente.

—Kallor Eiderann Tes'thesula, cada vez que te alces, caerás a continuación. Todo lo que logres se convertirá en polvo entre tus manos. Así como te has obstinado en hacer aquí, así sufrirás a tu vez en todo lo que hagas.

—Tres voces te maldicen —entonó K'rul—. Así sea.

El hombre del trono se estremeció. Separó los labios en un rictus desdeñoso.

—Acabaré con vosotros. Con cada uno de vosotros. Lo juro sobre los huesos de siete millones de sacrificios. K'rul, desaparecerás del mundo, todos te olvidarán. Draconus, lo que crees se volverá contra ti. Y en cuanto a ti, mujer, manos inhumanas desgarrarán tu cuerpo en mil pedazos en un

campo de batalla, pero no conocerás respiro alguno, así caiga mi maldición sobre ti, Hermana de las Noches Frías. Kallor Eiderann Tes'thesula, una voz, ha pronunciado tres maldiciones. Así sea.

Dejaron a Kallor sobre su trono, sobre su montón de huesos. Fundieron su poder para rodear con cadenas un continente de masacres y luego lo metieron en una senda creada con ese único propósito, dejaron después la tierra desnuda. Para que sanase.

El esfuerzo acabó con K'rul, le dejó heridas que sabía que tendría que sufrir durante toda su existencia. De hecho, ya podía sentir el crepúsculo de su culto, la maldición de Kallor. Para su sorpresa, la pérdida le dolía menos de lo que habría imaginado.

Los tres se encontraron ante el portal de aquel reino naciente y sin vida y observaron largo rato su obra.

Después habló Draconus.

—Llevo forjando una espada desde el tiempo de la oscuridad total.

K'rul y la Hermana de las Noches Frías se volvieron al oír eso, pues nada sabían.

Draconus continuó.

—La forja ha llevado… mucho tiempo, pero ya casi he concluido. El poder con que se ha investido la espada tiene una… una finalidad.

—Entonces —susurró K'rul después de considerarlo un momento— debes hacer ciertas alteraciones en la forma final.

—Eso parece. Tendré que pensar mucho en ello.

Un largo instante después K'rul y su hermano se volvieron hacia la hermana de ambos. Esta se encogió de

hombros.

—Procuraré guardarme de todo mal. Cuando llegue mi destrucción, será por una traición y nada más. No se pueden tomar precauciones contra eso, no sea que mi vida se convierta en una pesadilla de suspicacias y desconfianza. A eso no voy a rendirme. Hasta ese momento, seguiré jugando al juego de los mortales.

—Cuidado entonces —murmuró K'rul—, escoge bien por quién eliges luchar.

—Encuentra un compañero —le aconsejó Draconus—. Alguien digno de ti.

—Sabias palabras las de los dos. Os las agradezco.

No había nada más que decir. Los tres habían llegado juntos con un propósito que ya habían logrado. Quizá no como hubieran deseado, pero al menos lo habían hecho. Y se había pagado el precio. Con gusto. Tres vidas y una, cada una destruida. Para esa una, el comienzo de un odio eterno. Para los tres, un intercambio justo.

Los dioses ancestrales, como ya se ha dicho, encarnan toda una serie de momentos duros y desagradables.

La bestia observó desde lejos a las tres figuras que se separaban. Desgarrado por el dolor, con la piel blanca manchada y ensangrentada, el pozo abierto del ojo perdido húmedo y brillante, sostenía su pesada masa sobre unas patas temblorosas. Ansiaba la llegada de la muerte, pero la muerte lo eludía. Ansiaba venganza, pero aquellos que lo habían herido estaban muertos. No quedaba más que el hombre que estaba sentado en el trono, el que había devastado el hogar de la bestia.

Habría tiempo suficiente para saldar esa cuenta.

Una última ansia llenaba el alma destrozada de la criatura. En algún lugar, entre la conflagración de la caída y el caos consiguiente, la criatura había perdido a su compañera y estaba solo. Quizá siguiera viva. Quizá vagaba perdida, herida como él, buscando entre los yermos deshechos alguna señal de él.

O quizá había huido, estremecida por el dolor y aterrada, hacia la senda que había dado fuego a su espíritu.

Allá donde hubiera ido (y suponiendo que siguiera viva), él la encontraría.

Las tres figuras distantes desvelaron sus sendas y cada uno se desvaneció en sus reinos ancestrales.

La bestia decidió no seguir a ninguno. Eran entidades jóvenes en lo que a él y su compañera respectaba y la senda a la que ella quizá hubiera huido era, en comparación con las de los dioses ancestrales, mucho más antigua.

El camino que lo aguardaba era peligroso y el temor invadió el esforzado corazón de la criatura.

El portal que se abrió ante él reveló un torbellino veteado de gris, una tormenta de poder. La bestia dudó, pero luego se adentró en ella.

Y desapareció.

Libro Primero



La chispa y las cenizas

Cinco magos, una consejera, un sinfín de demonios imperiales y la debacle que fue Darujhistan, todo sirvió para justificar ante el pueblo la declaración de rebeldía proclamada por la emperatriz contra Dujek Unbrazo y sus maltratadas legiones. Que eso dejara libre a Unbrazo y su hueste para lanzar una nueva campaña, esta vez como fuerza militar independiente, para formar sus propias e impías alianzas destinadas a continuar la horrenda escalada hechicera contra Genabackis, es, podríamos decir, secundario. Cierto, el sinfín de víctimas de esa época devastadora quizá dieran, si el Embozado les concediera el privilegio, una opinión muy diferente. Es posible que el detalle más poético de lo que llegaría a llamarse las Guerras Painitas fuera, de hecho, un precursor de toda la campaña: la destrucción casual e indiferente de un único puente de piedra, una maniobra del tirano jaghut en su malhadada marcha hacia Darujhistan…

Campañas imperiales (la Guerra Painita)
1194-1195, volumen IV, Genabackis
Imrygyn Tallobant (n. 1151)

Capítulo 1



Los recuerdos son tapices entretejidos que ocultan muros sólidos; decidme, amigos míos, de qué tono preferís el hilo y yo, a mi vez, os diré de qué está hecha vuestra alma…

Vida de sueños
Bruja Ilbares

El año 1164 después del sueño de Ascua (dos meses después del festival de Darujhistan)
Cuarto año del Dominio Painita
Año Tellann de la segunda reunión

Los bloques de caliza gadrobiana del puente yacían esparcidos, abrasados y rotos entre el barro revuelto de la orilla, como si la mano de un dios hubiera bajado para destrozar de un manotazo aquel tramo de piedra en un único y miserable gesto de desdén. Y eso, como sospechaba Rezongo, no estaba más que a medio paso de la verdad.

La noticia había ido llegando a Darujhistan menos de una semana después de la destrucción, cuando las primeras caravanas que se dirigían al este por ese lado del río llegaron al cruce y se encontraron con que donde antes se alzaba un puente bastante útil ya no quedaban más que escombros. Los rumores hablaban en susurros de un antiguo demonio desatado por agentes del Imperio de Malaz, un

demonio que bajaba de las colinas Gadrobi decidido a aniquilar la propia Darujhistan.

Rezongo escupió en la hierba ennegrecida que había junto al carro. Él tenía sus dudas en lo que a esa historia respectaba. Cierto, habían pasado cosas raras la noche del festival de la ciudad dos meses atrás (tampoco era que él hubiera estado lo bastante sobrio como para hacer muchas observaciones), y testigos suficientes como para dar credibilidad a los avistamientos de dragones, demonios y el aterrador descenso de Engendro de Luna, pero cualquier conjuro con el poder suficiente como para asolar una comarca rural entera habría llegado a Darujhistan. Y dado que la ciudad no era un montón humeante de escombros (o no más de lo habitual después de una celebración que había abarcado toda la ciudad) era obvio que allí no había llegado nada.

No, resultaba mucho más probable que hubiera sido la mano de un dios, o quizás un terremoto, aunque nunca se había sabido de agitación alguna en las colinas Gadrobi. Puede que Ascua hubiera dado alguna vuelta inquieta en su sueño eterno.

En cualquier caso, lo cierto era que tenía la verdad delante. O más bien, no la tenía porque yacía esparcida casi hasta las puertas del Embozado y mucho más allá. Y el hecho seguía siendo que, fueran cuales fueran los juegos a los que se dedicaran los dioses, los que sufrían las consecuencias eran los cabrones pobres como ratas que tenían que trabajar para vivir, como él.

Volvía a utilizarse el viejo vado, doce metros más arriba de donde se había construido el puente. Hacía siglos que el lugar no veía tráfico y, con una semana de lluvias fuera de estación, ambas orillas se habían convertido en un cenagal. Las recuas de caravanas atestaban el cruce, algunas en lo

que solían ser rampas y otras en el río crecido, atascadas sin remedio, mientras docenas más esperaban en los caminos, con el malhumor de mercaderes, escoltas y bestias empeorando con cada hora que pasaba.

Dos días llevaban ya esperando cruzar y Rezongo estaba satisfecho con su exigua tropa. Islas de calma, eso eran. Harllo se había metido en el agua, había cruzado hasta los restos del pilar más cercano del puente, y allí se había sentado con una caña en la mano. Piedra Menackis había llevado a una banda de desgreñados escoltas hasta la carreta de Storby, y a este no le había parecido mala idea poder vender unas cuantas jarras de cerveza gredfaliana a precios exorbitantes. Una pena que los barriles de cerveza fueran para una posada que había al borde del camino, en las afueras de Saltoan, pero una pena solo para el posadero que los esperaba. Si las cosas continuaban así, allí terminaría abriéndose un mercado y en poco tiempo todo un maldito pueblo, por el Embozado. Con el tiempo, algún urbanista oficioso de Darujhistan llegaría a la conclusión que sería buena idea reconstruir el puente y en unos diez años, con suerte, se terminaría haciendo. A menos, por supuesto, que el pueblo se hubiera convertido en un negocio próspero, en cuyo caso enviarían a un recaudador de impuestos.

Rezongo estaba igual de satisfecho con la ecuanimidad con la que su jefe se tomaba el retraso. Según las últimas noticias, al mercader Manqui, al otro lado del río, le había estallado una vena en la cabeza y había muerto en nada de tiempo, cosa que era bastante más típica de la raza en cuestión. Pero no, su amo Keruli no tenía nada que ver con los demás, y mira que eso fastidiaba un poco el asco que le inspiraban a Rezongo los mercaderes en general y al que tanto aprecio tenía. Claro que, la lista de rasgos peculiares

de Keruli había llevado al capitán de la escolta a sospechar que aquel hombre no tenía nada de mercader.

Tampoco era que importara mucho. Los dineros son dineros y las tarifas de Keruli eran buenas. Mejor que la media, de hecho. En lo que a Rezongo respectaba, aquel tipo podía ser el mismísimo príncipe Arard disfrazado, que a él le daba igual.

—¡Eh, tú, señor!

Rezongo apartó la mirada de los vanos esfuerzos de Harllo por pescar. Un anciano canoso se había plantado junto al carromato y lo miraba haciendo guiños con los ojos.

—Qué es ese tono tan apremiante, maldito seas —gruñó el capitán de la caravana—, por los harapos que llevas o eres el peor mercader del mundo o el criado de un pobre.

—Sirviente, para ser precisos. Me llamo Emancipor Reese y en cuanto a la pobreza de mi amo, más bien al contrario. Pero llevamos ya mucho tiempo de camino.

—Tendré que aceptar tu palabra —dijo Rezongo—, dado que tu acento me resulta irreconocible, y viniendo de mí eso ya es mucho decir. ¿Qué quieres, Reese?

El criado se rascó el rastrojo plateado que le cubría la arrugada mandíbula.

—Tras un interrogatorio cuidadoso de este populacho se ha conseguido averiguar que hay consenso en una cosa, en lo que a escoltas de caravanas se refiere, eres un hombre que se ha ganado el respeto de todos.

—En lo que a escoltas de caravanas se refiere, es muy posible que así sea —dijo Rezongo con tono seco—. ¿Por qué?

—Mis amos desean hablar contigo, señor. Si no estás demasiado ocupado, hemos acampado no lejos de aquí.

Rezongo se recostó en el banco del carromato y estudió a Reese por un instante.

—Tendría que consultar con mi jefe cualquier reunión con otros mercaderes —gruñó.

—Desde luego, señor. Y puede asegurarte que mis amos no tienen deseo alguno de tentarte ni comprometer de ningún otro modo tu contrato.

—¿No me digas? De acuerdo, espera ahí. —Rezongo se bajó con un movimiento ágil del carretón por el lado contrario al que estaba Reese. Se acercó a la puertecita de marco ornamentado que cerraba la carreta y llamó una vez. La puerta se abrió con suavidad y en la relativa oscuridad de los confines de la carreta apareció el rostro redondo e inexpresivo de Keruli.

—Sí, capitán, desde luego, vete. Admito que siento cierta curiosidad por los dos amos de ese hombre. Anota con sumo cuidado los detalles de tu inminente encuentro, y, si es posible, determina qué llevan tramando exactamente desde ayer.

El capitán gruñó para disimular la sorpresa que le inspiraba el profundo conocimiento, obviamente antinatural, que tenía Keruli; aquel tipo todavía no había abandonado el carretón ni una sola vez.

—Como desees, señor —dijo después.

—Ah, y tráete a Piedra al volver. Esa chica ha bebido demasiado y se ha puesto de un humor que no tardará en provocar una pelea.

—Quizá debería ir a recogerla ahora, entonces. Lo mismo se pone a agujerar a alguien con ese estoque que tiene. Sé cómo se pone.

—Ah, bien. Envía a Harllo, entonces.

—Bueno, es que ese es muy capaz de meterse en el jaleo, señor.

—Y sin embargo tú hablas muy bien de ellos.

—Así es —respondió Rezongo—. No quiero ser inmodesto, señor, pero los tres trabajando en el mismo contrato somos capaces de hacer lo mismo que el doble de escoltas cuando se trata de proteger a un amo y su mercancía. Por eso somos tan caros.

—¿Tus tarifas eran altas? *Hmm*. Ya veo. Informa a sus compañeros, entonces, que una cierta aversión a los problemas producirá unas primas sustanciales en su paga.

Rezongo se las arregló para no quedarse con la boca abierta.

—Eh… eso debería solucionar el problema, señor.

—Excelente. Informa a Harllo, pues, y envíalo a hacer lo que debe.

—Sí, señor.

La puerta se cerró de golpe.

Resultó que Harllo ya estaba de regreso al carromato con una caña en una mano inmensa y un triste lenguado en la otra. Los brillantes ojos azules del hombre bailaban de emoción.

—Mira, amargado, ¡hay pescado para cenar!

—Querrás decir para la cena de una rata de monasterio. Ese bicho podría hasta sorberlo por la nariz.

Harllo frunció el ceño.

—Sopa de pescado. Sabor…

—Estupendo. Me encanta la sopa con sabor a barro. Mira, pero si ese bicho ni siquiera respira, seguro que ya estaba muerto cuando lo pescaste.

—Le arreé con una roca entre los ojos, Rezongo…

—Debía de ser una roca pequeña.

—Solo por eso ya te has quedado sin nada…

—Solo por eso ya te bendigo. Escucha, Piedra se está emborrachando…

—Qué raro, no oigo ninguna pelea…

—Prima de Keruli si no hay ninguna. ¿Comprendido?

Harllo miró la puerta de la carreta y después asintió.

—Voy a decírselo.

—Será mejor que te des prisa.

—Voy.

Rezongo lo vio escabullirse con la caña y el premio todavía en la mano. Los brazos de aquel hombre eran enormes, demasiado largos y demasiado musculosos para el cuerpo escuálido que tenía. El arma que prefería era un mandoble que había comprado en una armería del Cuento del Muerto. Con semejantes brazos de simio, la espada podría estar hecha de bambú. La mata de pelo rubio claro de Harllo le cubría la testa como un haz enmarañado de hilo de pescar. Los desconocidos se reían cuando tenían tratos con él, pero Harllo solía usar la hoja de una espada para ahogar la respuesta. Sucintamente.

Rezongo regresó con un suspiro adonde lo esperaba Emancipor Reese.

—Tú primero.

Reese asintió con la cabeza.

—Excelente.

El carruaje era inmenso, una casa encaramada a unas ruedas altas con varios ejes. Unas tallas ornamentadas atestaban aquel marco extrañamente arqueado, unas figuras diminutas que hacían cabriolas y trepaban con expresiones libidinosas. El pescante del conductor estaba cubierto por una lona desvaída por el sol. Cuatro bueyes se movían con pesadez en un corral improvisado que habían levantado a ocho metros del campamento, a favor del viento.

Era obvio que la privacidad era importante para los amos de aquel criado, habían aparcado muy lejos tanto del camino como de los otros mercaderes, lo que les permitía tener una visión clara de los montecillos que se alzaban al sur del camino y de la amplia extensión de la llanura.

Un gato sarnoso que estaba echado en el carretón observó acercarse a Reese y Rezongo.

—¿Ese gato es tuyo? —preguntó el capitán.

Reese lo miró guiñando los ojos y después suspiró.

—Sí, señor. Se llama *Ardilla*.

—Cualquier alquimista o bruja de la cera podría tratar esa sarna.

El criado parecía incómodo.

—Me aseguraré de ocuparme de ello cuando lleguemos a Saltoan —murmuró—. Ah —dijo señalando las colinas que había más allá del camino—, aquí viene maese Bauchelain.

Rezongo se dio la vuelta y estudió a un hombre alto y anguloso que había llegado al camino y se acercaba a ellos sin prisa. Una costosa capa de cuero negro hasta los tobillos, botas altas de montar del mismo color sobre unos pantalones ceñidos grises y, debajo de una camisa suelta de seda (también negra), el destello de una espléndida cota de malla ennegrecida.

—El negro —le dijo el capitán a Reese— era el tono de moda el año pasado en Darujhistan.

—El negro es el tono de moda eterno para Bauchelain, señor.

El rostro del amo era pálido, con forma casi triangular, una impresión que acentuaba todavía más una barba bien recortada. El cabello, lustroso por el aceite, lo llevaba apartado de la amplia frente. Tenía los ojos de un tono gris apagado (tan carentes de color como el resto de su persona)

y al encontrarse con ellos Rezongo sintió una oleada visceral de peligro.

—Capitán Rezongo —dijo Bauchelain en voz baja y cultivada—, los fisgoneos de tu jefe no son demasiado sutiles. Pero si bien no somos de los que por lo general premiamos tal curiosidad sobre nuestras actividades, esta vez haremos una excepción. Me vas a acompañar. —El amo le echó un vistazo a Reese—. Tu gata parece sufrir de palpitaciones. Te sugiero que consueles a la criatura.

—Enseguida, amo.

Rezongo apoyó las manos en los pomos de sus alfanjes y miró a Bauchelain con los ojos entrecerrados. Los muelles del carruaje chirriaron cuando el criado se subió al carretón.

—¿Y bien, capitán?

Rezongo no se movió.

Bauchelain levantó una fina ceja.

—Te aseguro que tu jefe está deseando que accedas a mi petición. Sin embargo, si eres tú el que teme algo, quizá puedas convencerle para que te lleve de la mano durante toda esta empresa. Aunque te lo advierto, sacarlo a cielo abierto podría resultar todo un desafío, incluso para alguien de tu tamaño.

—¿Tú has pescado alguna vez? —preguntó Rezongo.

—¿Pescar?

—Los que pican cualquier cebo suelen ser jóvenes y nunca llegan a viejos. Llevo más de veinte años trabajando en caravanas, señor. De joven no tengo nada. Si quieres tomarle el pelo a alguien, vete a pescar a otro sitio.

La sonrisa de Bauchelain era desafiante.

—Me tranquilizas, capitán. ¿Procedemos?

—Tú primero.

Cruzaron el camino. Una vieja pista de cabras los llevó a las colinas. El campamento de caravanas de ese lado del río

no tardó en perderse de vista. La hierba abrasada de la conflagración que había asolado esa tierra manchaba cada ladera y cada cima, aunque habían empezado a aparecer brotes verdes nuevos.

—El fuego —observó Bauchelain mientras caminaban— es esencial para la salud de la hierba de estas praderas. Cuando pasan los bhederin, los cascos de sus cientos de miles de cabezas compactan la tierra fina. Pero cielos, la presencia de cabras será el final del verdor de estas ancestrales colinas. Aunque comencé hablando del fuego, ¿no? Violencia y destrucción, ambos vitales para la vida. ¿Te parece extraño, capitán?

—Lo que me parece extraño, señor, es la sensación de que me he dejado la tablilla de cera en casa.

—Entonces has tenido cierta instrucción. Qué interesante. Eres un buen espadachín, ¿no es cierto? ¿Qué necesidad tienes de letras y números?

—Y tú eres un hombre de letras y números, ¿qué necesidad tienes de ese sable tan gastado que llevas en la cadera y de esa bonita cota de malla?

—Un lamentable efecto secundario de la educación de las masas es la falta de respeto.

—Un sano escepticismo, querrás decir.

—Desprecio por la autoridad, en realidad. Quizá hayas observado, para responder a tu pregunta, que no tenemos más que un único sirviente y bastante anciano, por cierto. No hemos contratado escolta y la necesidad de protegernos es vital en nuestra profesión…

—¿Y qué profesión es esa?

Habían bajado a un sendero muy trillado que serpenteaba entre las colinas. Bauchelain hizo una pausa y sonrió mientras miraba a Rezongo.

—Me diviertes, capitán. Ahora entiendo por qué se habla tan bien de ti entre los caravasares; eres único entre ellos, no son muchos los que poseen un cerebro en perfecto estado de funcionamiento. Venga, ya casi hemos llegado.

Rodearon la ladera maltratada de una colina hasta el borde de un cráter recién abierto. La tierra de la base era una ringlera de barro removido tachonado de bloques rotos de piedra. A Rezongo le pareció que el cráter tenía unos treinta y cinco metros de anchura y cuatro o cinco brazos de profundidad. Había un hombre sentado cerca, en el borde del cráter, vestido también de cuero negro y con la testa calva del color de un pergamino descolorido. Se levantó en silencio y, a pesar de su considerable tamaño, se volvió hacia ellos con un movimiento fluido y elegante.

—Korbal Espita, capitán. Mi… socio. Korbal, aquí tenemos a Rezongo, un nombre que sin duda da cuenta de algún modo de su personalidad.

Si Bauchelain había inquietado un tanto al capitán, ese hombre (el rostro redondo y ancho, los ojos enterrados en la carne hinchada y la boca amplia, y de labios llenos, ligeramente curvada hacia abajo por las comisuras, un rostro infantil y a la vez de una monstruosidad inefable) le produjo un escalofrío de miedo. Una vez más, la sensación fue del todo instintiva, como si Bauchelain y su socio exudaran un aura hasta cierto punto manchada.

—No me extraña que la gata tuviera palpitaciones —murmuró el capitán por lo bajo. Apartó los ojos de Korbal Espita y estudió el cráter.

Bauchelain fue a ponerse a su lado.

—¿Entiendes lo que estás viendo, capitán?

—Sí, no soy tonto. Es un agujero en el suelo.

—Muy gracioso. Antaño aquí se alzaba un túmulo. Dentro estaba encadenado un tirano jaghut.

—Estaba.

—Así es. Un imperio lejano se entrometió, o eso tengo entendido. Y, confabulado con un t'lan imass, consiguieron liberar a la criatura.

—Así que das crédito a esas historias —dijo Rezongo—. Si tal cosa es cierta, ¿se puede saber qué le pasó, en nombre del Embozado?

—Nosotros nos preguntábamos lo mismo, capitán. No conocemos este continente. Hasta hace muy poco tiempo no habíamos oído hablar del Imperio de Malaz ni de esa asombrosa ciudad llamada Darujhistan. Pero durante nuestra estancia, demasiado breve por cierto, en esa ciudad, oímos historias de sucesos apenas acaecidos. Demonios, dragones, asesinos. Y la Casa de Azath, llamada del Finnest, a la que no se puede entrar todavía, parece estar ocupada a pesar de todo; le hicimos una visita, por supuesto. Es más, hemos oídos relatos de una fortaleza flotante llamada Engendro de Luna que incluso planeó sobre la ciudad…

—Sí, eso lo vi con mis propios ojos. Se fue un día antes que yo.

Bauchelain suspiró.

—Vaya, parece que hemos llegado demasiado tarde para presenciar en persona tamañas maravillas. Un señor tiste andii rige Engendro de Luna, tengo entendido.

Rezongo se encogió de hombros.

—Si tú lo dices. Personalmente, me desagradan los chismes.

Al fin se endurecieron los ojos del hombre.

El capitán sonrió para sí.

—Chismes. No me digas.

—¿Es esto lo que querías enseñarme, entonces? ¿Este… agujero?

Bauchelain alzó una ceja.

—No del todo. Este agujero, como tú lo llamas, no es más que la entrada. Tenemos intención de visitar la tumba jaghut que hay debajo.

—Que Oponn os bendiga, entonces —dijo Rezongo antes de darse la vuelta.

—Me imagino —dijo el hombre a su espalda— que tu amo insistiría en que nos acompañaras.

—Puede insistir todo lo que quiera —respondió el capitán —. No se me contrató para meterme en un charco lleno de barro.

—No tenemos intención de terminar cubiertos de barro.

Rezongo volvió la cabeza y lo miró con una sonrisa irónica y sesgada.

—Es una forma de hablar, Bauchelain. Mis disculpas si me has entendido mal. —Se dio otra vez la vuelta y siguió el rastro al camino de cabras. Después se detuvo—. ¿Queríais ver Engendro de Luna, señores? —Y señaló algo.

La fortaleza de basalto se alzaba justo sobre el horizonte meridional como una imponente nube negra.

Unas botas aplastaron la grava irregular y Rezongo se encontró de pie entre los dos hombres mientras ambos estudiaban la distante montaña flotante.

—La escala —murmuró Bauchelain— es difícil de determinar. ¿A qué distancia se encuentra?

—Yo diría que a una legua, quizá más. Creedme, señores, demasiado cerca para mi gusto. Caminé bajo su sombra en Darujhistan, durante un tiempo costaba no hacerlo, y podéis confiar en mí, no es una sensación tranquilizadora.

—Me imagino que no. ¿Qué está haciendo aquí?

Rezongo se encogió de hombros.

—Parece que se dirige al sureste…

—De ahí la inclinación.

—No. Quedó dañada cuando se encontraba sobre Pale. Obra de los magos del Imperio de Malaz.

—Un esfuerzo impresionante el de esos magos.

—Les costó la vida. A la mayor parte, al menos. O eso he oído. Además, si bien consiguieron dañar Engendro de Luna, su señor continúa sano y salvo. Si queréis llamar «impresionante» al hecho de abrir un agujero en la verja antes de que el dueño de la casa te borre de la faz del universo, por mí, adelante.

Korbal Espita habló al fin, su voz era aflautada y aguda.

—Bauchelain, ¿nos percibe el dueño?

Su compañero frunció el ceño con los ojos todavía clavados en Engendro de Luna, después negó con la cabeza.

—No detecto que se nos preste atención alguna, amigo mío. Pero esa es una conversación que debería aguardar a un momento más privado.

—Muy bien. ¿Entonces no quieres que mate a este escolta de caravanas?

Rezongo se apartó un poco, alarmado, y empezó a sacar sus alfanjes.

—Lamentarás ese intento —gruñó.

—No te alteres, capitán. —Bauchelain sonrió—. Mi socio es de nociones simples…

—Simples como las de una víbora, querrás decir.

—Quizá. No obstante, te aseguro que no corres ningún peligro.

Rezongo frunció el ceño y empezó a bajar el sendero de espaldas.

—Maese Keruli —susurró—, si estás viendo todo esto, y creo que sí, confío que mi prima será todo lo generosa que es de merecer. Y si mi consejo te sirve de algo, sugiero que te mantengas bien alejado de estos dos.

Momentos antes de perder de vista el cráter, vio que Bauchelain y Korbal Espita le daban la espalda, a él y a Engendro de Luna. Los hombres se quedaron mirando el agujero durante unos minutos, después comenzaron el descenso y no tardaron en perderse de vista.

Rezongo suspiró, se dio la vuelta y regresó al campamento haciendo girar los hombros para liberar la tensión que se había apoderado de él.

Al llegar al camino alzó los ojos una vez más y miró al sur, buscaba a Engendro de Luna, borroso en la distancia.

—Eh, el de ahí arriba, mi señor, ojalá hubieras captado el rastro de Bauchelain y Korbal Espita para que le hubieras hecho lo que le hiciste al tirano jaghut, suponiendo que tomaras parte en eso. Medicina preventiva, lo llaman los físicos. Yo solo rezo para que algún día no tengamos todos que lamentar tanto desinterés.

Al bajar por el camino, Rezongo le echó un vistazo a Emancipor Reese, que estaba sentado encima del carruaje y acariciaba con una mano a la desgreñada gata. *¿Sarna?*, pensó Rezongo. *Creo que no*.

El enorme lobo rodeó el cuerpo con la cabeza gacha y ladeada para no perder de vista con su único ojo al mortal inconsciente.

La senda del Caos no recibía muchas visitas. Y entre las escasas visitas, las de los humanos mortales eran las más escasas de todas. El lobo había vagado por ese paisaje violento durante un tiempo que era, para él, inconmensurable. Solo y perdido durante tanto tiempo, su mente había hallado nuevas formas nacidas de la soledad: los caminos de sus pensamientos se retorcían por rutas aparentemente aleatorias. Pocos reconocerían algún rastro

de conciencia o inteligencia en el brillo salvaje de su único ojo, pero allí estaban, no obstante.

El lobo siguió dibujando círculos, los músculos inmensos se ondulaban bajo la piel blanca y apagada. Con la cabeza gacha y ladeada. El único ojo clavado en el humano postrado.

Aquella fiera concentración surtía efecto y mantenía al objeto de su atención en un estado que era intemporal, una consecuencia accidental más de los poderes que había absorbido el lobo dentro de esa senda.

El lobo no recordaba mucho de los otros mundos que existían más allá del caos. No sabía nada de los mortales que lo veneraban como si fuera un dios. Y sin embargo le habían llegado ciertos conocimientos, una sensibilidad instintiva que le hablaba de… posibilidades. De potenciales. De alternativas que quedaban a disposición del lobo con el descubrimiento de aquel frágil mortal.

De todos modos, la criatura dudó.

Había riesgos y la decisión que se iba abriendo camino hacía temblar al lobo.

Los círculos iban dibujando una espiral hacia el interior, una espiral que se iba acercando cada vez más a la figura inconsciente. Un único ojo que al fin se clavaba en la cara del hombre.

El don, vio al fin la criatura, era auténtico. Nada más podría explicar lo que descubrió en la cara del mortal. Un espíritu reflejado en cada detalle. Esa era una oportunidad que no se podía rechazar.

Con todo, el lobo dudó.

Hasta que un recuerdo ancestral se alzó en su mente. Una imagen congelada, desvaída por la erosión del tiempo.

Suficiente para cerrar la espiral.

Y después se acabó.

El único ojo en funcionamiento se abrió con un parpadeo a un cielo azul pálido y sin nubes. El tejido cicatrizal que cubría lo que le quedaba del otro ojo le cosquilleaba con un picor enloquecedor, como si tuviera insectos arrastrándose por debajo de la piel. Llevaba un casco con la celada levantada. Bajo él, unas rocas duras y afiladas se le clavaban en la carne.

Yacía inmóvil, intentando recordar lo que había pasado. La visión de un desgarro oscuro que se abría ante él y en el que se había hundido, o quizá lo habían tirado dentro. Un caballo que se desvanecía bajo él, la vibración de la cuerda del arco. Una sensación de inquietud que había compartido con su compañero. Un amigo que cabalgaba a su lado, el capitán Paran.

Toc el Joven gruñó. *Mechones. Esa marioneta chiflada. Nos tendieron una emboscada*. Los fragmentos se fundieron y regresó la memoria con una oleada de miedo. Rodó de lado a pesar de las protestas de cada uno de sus músculos. *Por el aliento del Embozado, esto no es la llanura de Rhivi*.

Un campo de cristal negro y roto se extendía por todos lados. Un polvo gris flotaba en nubes inmóviles sobre él, a un brazo de distancia. A su izquierda, a unos ciento setenta metros, un montículo bajo rompía la monotonía plana del paisaje.

Tenía la garganta en carne viva y le escocía el ojo. El sol lo abrasaba todo. Toc se sentó tosiendo y la obsidiana crujió bajo él. Vio el arco de carey curvado tirado a su lado y estiró el brazo para cogerlo. El carcaj lo había atado a la silla de su caballo. No sabía dónde estaba, pero el caso era que su fiel montura wickana no lo había seguido. Así que, aparte del cuchillo que llevaba en la cadera y el arco, de momento

inútil, que tenía en la mano, carecía de posesiones. Sin agua ni comida. Un examen más cuidadoso del arco hizo que su ceño se marcase aún más. La cuerda de tripa se había estirado.

Se había estirado mucho. Lo que significa que he estado… fuera… algún tiempo. Fuera. ¿Dónde? Mechones lo había arrojado a una senda. El tiempo se había perdido en su interior. No tenía demasiada sed ni un hambre especial. Pero incluso si tuviera flechas, la tensión del arco había desaparecido y lo que era peor, la cuerda se había secado, la cera había absorbido el polvo de obsidiana. No sobreviviría a otro proceso de tensado. Lo que sugería que habían pasado días, si no semanas, aunque su cuerpo le decía otra cosa.

Se puso en pie. La cota de malla que llevaba bajo la túnica protestó por el movimiento y derramó un polvo reluciente.

¿Estoy dentro de una senda? ¿O me ha vuelto a escupir? En cualquier caso, tenía que encontrar el fin de esa desolada llanura de cristal volcánico. Suponiendo que existiera tal fin…

Echó a andar hacia el montículo. Aunque tampoco era demasiado elevado, estaba dispuesto a aprovechar cualquier atalaya de la que pudiera disponer. Al acercarse vio otros montículos parecidos más allá, a intervalos regulares. *Túmulos. Estupendo, me encantan los túmulos*. Y después uno central, más grande que el resto.

Toc rodeó el primer montículo y notó al pasar que lo habían agujereado, seguramente saqueadores. Después de un momento se detuvo, giró y se acercó más. Se agachó junto al pozo excavado y se asomó al túnel inclinado. Por lo que él veía (a una profundidad de algo más de la altura de un hombre) el manto de obsidiana continuaba más abajo.

Para que los montículos se notaran tenían que ser enormes, más como cúpulas que como un panal de tumbas.

—Me da igual lo que sea —murmuró—. No me gusta.

Hizo una pausa, pensó un poco y repasó en su mente los acontecimientos que lo habían llevado a esa… desafortunada situación. La lluvia mortal de Engendro de Luna parecía marcar una especie de comienzo. Fuego y dolor, la muerte de un ojo, el beso que había dejado una cicatriz salvaje que desfiguraba lo que había sido un rostro joven y, según se decía, atractivo.

Un viaje al norte, a la llanura, para salvar a la consejera Lorn, una escaramuza con barghastianos ilgres. De vuelta en Pale, más problemas todavía. Lorn lo había detenido y lo había obligado a revivir su antiguo papel como correo de la Garra. *¿Correo? Vamos a hablar claro, Toc, sobre todo contigo mismo. Eras espía. Pero te habías convertido. Eras un explorador de la hueste de Unbrazo. Eso y nada más, hasta que apareció la consejera*. Había habido problemas en Pale. Velajada y después el capitán Paran. Huida y persecución.

—Qué desastre —murmuró.

La emboscada de Mechones lo había aplastado como a una mosca y lo había arrojado a una especie de senda maligna. *Donde… me quedé. Creo. Que el Embozado me lleve, ya es hora de que empiece a pensar como un soldado otra vez. Intenta orientarte. No te precipites. Piensa en sobrevivir, aquí, en este extraño y hostil lugar*…

Reanudó la marcha hacia el túmulo del centro. Aunque la pendiente no era pronunciada, el túmulo era al menos el triple de alto que un hombre. La tos de Toc empeoró al trepar por un costado.

El esfuerzo tuvo su recompensa. Al llegar a la cima se encontró en el eje de un círculo de tumbas menores. Justo

delante, a doscientos cincuenta metros del borde del círculo, pero casi invisible por la calima, se alzaban los hombros huesudos de unas colinas cubiertas de un manto gris. Más cerca y a su izquierda estaban las ruinas de una torre de piedra. Por detrás, el cielo resplandecía con un color rojo enfermizo.

Toc alzó los ojos y miró al sol. Al despertarse lo había visto a poco más de tres cuartas partes de la rueda, en ese momento lo tenía justo encima. Al fin pudo orientarse. La colina se encontraba al noroeste, la torre a unos cuantos puntos al norte del oeste.

Atrajo su mirada de nuevo el verdugón rojizo que había en el cielo, más allá de la torre. Sí, palpitaba, regular como un corazón. Se rascó la cicatriz que le cubría la cuenca del ojo izquierdo e hizo una mueca ante el brote de colores que invadió su mente a modo de respuesta. *Ahí hay hechicería. Dioses, estoy empezando a odiar la hechicería con todas mis fuerzas*.

Un momento después atrajeron su atención detalles más inmediatos. La ladera norte del túmulo central estaba marcada por un hoyo profundo de bordes irregulares y resplandecientes. Unas piedras talladas que se habían caído (todavía mostraban las manchas de pintura roja) atestaban la base. Toc se dio cuenta poco a poco que aquel cráter no era obra de saqueadores. Lo que lo hubiera hecho había salido de golpe de la tumba. *Al parecer aquí ni siquiera los muertos duermen para toda la eternidad*. Lo sacudió un momento de nerviosismo y después se desprendió de él con una maldición queda. *Has visto cosas peores, soldado. Acuérdate de ese t’lan imass que se reunió con la consejera. Una desecación lacónica andante. Que Beru nos proteja a todos. Unas cuencas cubiertas sin un solo brillo o destello*

de piedad. Esa cosa había ensartado a un barghastiano como un rhivi a un jabalí de las llanuras.

Con el ojo estudiando todavía el cráter del flanco del montículo, los pensamientos de Toc no se apartaban de Lorn y su compañero no muerto. Pretendían liberar a aquella criatura inquieta, soltar un poder salvaje y despiadado en aquella tierra. Se preguntó si lo habían conseguido. El prisionero de la tumba sobre la que se encontraba se había enfrentado a una tarea horrenda, no cabía duda: protecciones, muros sólidos y brazos y brazos de cristal compacto y triturado. *Bueno, dadas las alternativas, me imagino que yo me habría sentido igual de desesperado y decidido. ¿Cuánto tiempo le llevó? ¿Hasta qué punto sería maligna y retorcida la mente una vez liberada?*

Toc se estremeció y el movimiento desencadenó otro duro ataque de tos. Había muchos misterios en el mundo y pocos eran agradables.

Rodeó el pozo en su descenso y se dirigió después a la torre en ruinas. No le pareció muy probable que el ocupante de la tumba se hubiera entretenido mucho tiempo por allí. *Yo habría querido alejarme cuanto pudiese de aquí y tan rápido como fuera humanamente posible*. No había forma de saber cuánto tiempo había transcurrido desde la huida de la criatura, pero a Toc las tripas le decían que habían pasado años, incluso décadas. En cualquier caso, se sentía extrañamente tranquilo, sin miedo, a pesar del entorno hostil y todos los secretos que ocultaban la superficie asolada de la tierra. No sabía cuál podría ser la amenaza que había albergado aquella tierra, pero había desaparecido mucho tiempo atrás.

A treinta y cinco metros de la torre estuvo a punto de tropezar con un cadáver. Una fina capa de polvo había disimulado a conciencia su presencia y ese polvo, agitado

por los esfuerzos de Toc para apartarse, se elevó en una nube. El malazano maldijo y escupió la arenilla de la boca.

Entre el torbellino de calima brillante vio que los huesos pertenecían a un ser humano. Claro que era un humano achaparrado y fornido. Los tendones se habían secado hasta alcanzar el tono marrón de una nuez y las pieles y cueros que lo cubrían se habían podrido y convertido en meras tiras. Sobre la cabeza del cuerpo se acomodaba un casco de hueso tallado a partir de la tapa frontal de una bestia astada. Uno de los cuernos se había partido en algún momento de un pasado lejano. Cerca yacía un mandoble cubierto de polvo. *Hablando del cráneo del Embozado*…

Toc el Joven miró la figura con el ceño fruncido.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —le preguntó.

—Esperar —le respondió el t'lan imass con una voz ronca, como de cuero.

Toc hizo un esfuerzo por recordar el nombre de aquel guerrero no muerto.

—Onos T'oolan —dijo, complacido consigo mismo—. Del clan Tarad…

—Ahora me llamo Tool. Sin clan. Libre.

¿Libre? ¿Libre para hacer qué exactamente, viejo saco de huesos? ¿Echarte una siestecita en un erial?

—¿Qué le ha pasado a la consejera? ¿Dónde estamos?

—Perdidos.

—¿A qué pregunta responde eso, Tool?

—A ambas.

Toc apretó los dientes y resistió la tentación de darle un buen puntapié al t'lan imass.

—¿Puedes ser más concreto?

—Quizá.

—¿Y bien?

—La consejera Lorn murió en Darujhistan hace dos meses. Nosotros estamos en un lugar ancestral llamado Alborada, a doscientas leguas al sur. Es poco más de mediodía.

—Poco más de mediodía, has dicho. Pues gracias por iluminarme. —No sentía un placer especial en charlar con una criatura que llevaba existiendo cientos de miles de años, estaba incómodo y esa incomodidad desataba en él su vena sarcástica, un atrevimiento bastante precario, por cierto. *A ver si te pones serio, idiota. Esa espada de pedernal no la lleva solo para presumir*.

—¿Pudisteis liberar al tirano jaghut?

—Por un breve espacio de tiempo. Los esfuerzos imperiales por conquistar Darujhistan fracasaron.

Toc volvió a fruncir el ceño y se cruzó de brazos.

—Dijiste que estabas esperando. ¿Esperando qué?

—Ha pasado fuera cierto tiempo. No tardará en regresar.

—¿Quién?

—La que ha tomado posesión de la torre, soldado.

—Por lo menos podías levantarte para hablar conmigo. —*Antes de que ceda a la tentación*.

El t'lan imass se levantó con una serie de quejidos y crujidos, el polvo cayó en cascada de su amplia y bestial forma. Algo brilló durante apenas un instante en las profundidades de las cuencas de sus ojos al clavarlos en Toc, después Tool se dio la vuelta y recuperó la espada de pedernal.

Dioses, mejor hubiera insistido en que se quedara echado. Cuero abrasado, músculos tensos y huesos pesados... todo moviéndose como si estuviera vivo. Ah, el emperador los adoraba. Un ejército al que no tenía que alimentar, al que no tenía que transportar, un ejército que podía ir a cualquier parte y hacer casi cualquier cosa,

maldita sea. Y sin desertores, salvo por el que tengo justo delante de mí.

Además, ¿cómo se castiga a un desertor t'lan imass?

—Necesito agua —dijo Toc después de un buen rato en el que se limitaron a mirarse con fijeza—. Y comida. Y necesito encontrar unas flechas. Y cuerda para el arco. —Se soltó el casco y se lo quitó. Tenía la gorra de cuero que llevaba debajo empapada de sudor—. ¿No podemos esperar en la torre? Este calor me está cociendo los sesos. —*¿Y por qué estoy hablando como si esperara que me ayudaras, Tool?*

—La costa se encuentra a ochocientos cuarenta metros al suroeste —dijo Tool—. Allí hay comida y ciertas algas que servirán para hacer la cuerda del arco hasta que se pueda hallar algo de tripa. Pero no huelo agua dulce, una pena. Quizá la ocupante de la torre se muestre generosa, aunque es más probable que no lo sea si llega y te encuentra dentro. Las flechas se pueden hacer. Hay una salina cerca, allí podemos recoger juncos duros. Las trampas para las aves de la costa nos proporcionarán las plumas para las flechas. En cuanto a puntas de flecha… —Tool se volvió para examinar la llanura de obsidiana—. No preveo escasez de materia prima.

De acuerdo, así que cuento con tu ayuda. Pues demos gracias al Embozado.

—Bueno, espero que todavía sepas cortar piedra y trenzar algas, t'lan imass, por no mencionar trabajar los juncos duros, sea lo que sea eso, para convertirlos en astiles de verdad, porque yo, desde luego no tengo ni idea. Cuando necesito flechas, las solicito y cuando llegan tienen puntas de hierro y son rectas como una plomada.

—No he perdido mis habilidades, soldado…

—Dado que la consejera nunca llegó a presentarnos como es debido, yo me llamo Toc el Joven y no soy soldado sino

explorador…

—Estabas al servicio de la Garra.

—Pero carezco del adiestramiento de los asesinos y tampoco sé nada de magia. Por no hablar de que más o menos he renunciado a ese papel. Lo único que pretendo ahora es regresar a la hueste de Unbrazo.

—Un viaje largo.

—Eso me ha parecido. Así que cuanto antes empiece, mejor. Dime, ¿hasta dónde se extiende este erial de cristal?

—Casi treinta y cinco kilómetros. Tras él encontrarás la llanura Lamatath. Cuando llegues allí, pon rumbo al norte noroeste…

—¿Adónde me llevará eso? ¿A Darujhistan? ¿Dujek ha sitiado la ciudad?

—No. —El t'lan imass giró la cabeza en redondo—. Aquí viene ella.

Toc siguió la mirada de Tool. Habían aparecido tres figuras por el sur que se iban acercando al borde del círculo de túmulos. De los tres, solo la del medio caminaba erguida. Era alta, delgada y vestía una telaba blanca y suelta como las que lucían las mujeres nobles de Siete Ciudades. Su cabello era negro, largo y liso. La flanqueaban dos perros, el de la izquierda era tan grande como un poni de montaña, greñudo y de aspecto lobuno, el otro era de pelo corto, color pardo y músculos poderosos.

Dado que Tool y Toc se encontraban a cielo abierto, era imposible que no los hubieran visto, sin embargo ninguna de las tres figuras mostró perturbación alguna ni cambiaron de paso al aproximarse. A unos diez metros, el perro lobuno se acercó trotando y agitando la cola para arrimarse al t'lan imass.

Toc contempló la escena y se rascó la mandíbula.

—¿Un viejo amigo, Tool? ¿O es que la bestia quiere que le tires un hueso?

El guerrero no muerto lo miró en silencio.

—Era un chiste —dijo Toc encogiéndose de hombros—, o una pobre imitación. Creía que los t'lan imass no podían ofenderse. —*O, más bien, eso espero. Dioses, qué bocaza tengo*…

—Estaba pensando —contestó Tool con lentitud— que esta bestia es un ay, así que no le interesan demasiado los huesos. Los ay prefieren la carne, todavía caliente si es posible.

—Ya veo —gruñó Toc.

—Era un chiste —dijo Tool después de un momento.

—Por supuesto. —*Bueno, quizá tampoco sea para tanto, después de todo. Las sorpresas nunca se acaban*.

El t'lan imass estiró el brazo para posar las puntas de los dedos huesudos en la amplia cabeza del ay. El animal se quedó muy quieto.

—¿Que si es un viejo amigo? Pues sí, adoptamos a estos animales en nuestras tribus. Era eso o verlos morirse de hambre. Verás, resulta que fuimos los responsables de esa hambruna.

—¿Responsables? ¿Por algo así como cazar en exceso? Yo creía que tu especie estaba en comunión con la naturaleza. Todos esos espíritus, todos esos rituales de propiciación…

—Toc el Joven —lo interrumpió Tool—, ¿te burlas de mí o de tu propia ignorancia? Ni siquiera el liquen de la tundra reposa en paz. Todo es una lucha, todo es una guerra por la dominación. Los que pierden, se desvanecen.

—Y según tú, nosotros no somos diferentes…

—Somos soldados. Tenemos el privilegio de elegir. El don de la previsión. Aunque con frecuencia tardamos demasiado en reconocer esas responsabilidades… —La cabeza del t'lan

imass se ladeó y estudió al ay que tenía delante, y pareció también que la mano esquelética que reposaba en la cabeza de la bestia.

—*Baaljagg* aguarda tus órdenes, querido guerrero no muerto —dijo la mujer al llegar, su voz era una melodía cantarina—. Qué bonita escena. *Garath*, ve a reunirte con tu hermano y saluda a nuestro desecado invitado. —Se encontró con la mirada de Toc y sonrió—. *Garath*, por supuesto, quizá decida que merecería la pena enterrar a tu compañero, ¿no sería divertido?

—Quizá por un momento —asintió Toc—. Hablas daru, pero vistes la telaba de Siete Ciudades.

La mujer arqueó las cejas.

—¿Ah, sí? ¡Oh, qué confusión! Bueno, señor, tú hablas daru, pero eres del Imperio de esa mujer reprimida, ¿cómo se llamaba?

—La emperatriz Laseen. El Imperio de Malaz. —*¿Y cómo lo has sabido? No voy de uniforme*…

La mujer sonrió.

—Claro.

—Soy Toc el Joven y el t'lan imass se llama Tool.

—Muy adecuado. Vaya, qué calor hace aquí fuera, ¿no os parece? ¿Por qué no nos retiramos al interior de la torre jaghut? *Garath*, deja de olisquear al t'lan imass y despierta a los criados.

Toc observó al perrazo que trotaba hacia la torre. La entrada, según vio el explorador, se hacía en realidad a través de un balcón, seguramente del primer piso; otra indicación más de la profundidad del cristal aplastado.

—Este sitio no parece muy habitable —comentó.

—Las apariencias engañan —murmuró la mujer, que una vez más le lanzó una sonrisa que a punto estuvo de pararle el corazón.

—¿Tienes nombre? —le preguntó Toc cuando echaron a andar.

—Lady Envidia —dijo Tool—. Hija de Draconus, el que forjó la espada *Dragnipur*; lo asesinó Anomander Rake, señor de Engendro de Luna, el que empuña en la actualidad esa misma espada. Draconus tuvo dos hijas, según se cree, a las que llamó Envidia y Rencor…

—Por el aliento del Embozado, no hablarás en serio —murmuró Toc.

—Sin duda a él también le parecieron unos nombres muy divertidos —continuó el t'lan imass.

—Oh, por favor —suspiró lady Envidia—, ahora ya me has estropeado la diversión. ¿Nos hemos visto antes?

—No. No obstante, te conozco.

—¡Eso parece! Admito que fue demasiado modesto por mi parte creer que nadie me reconocería. Después de todo, mi camino se ha cruzado con los de los t'lan imass más de una vez. Es decir, por lo menos dos.

Tool la observó con su mirada sin profundidad.

—Si lo que persigues es discreción, señora, saber quién eres no responde al misterio de tu actual residencia aquí, en Alborada. Me gustaría saber qué es lo que buscas en este sitio.

—¿A qué podrías referirte? —preguntó ella, burlona.

Cuando se acercaron a la entrada de la torre apareció ante la puerta abierta una figura enmascarada ataviada con una armadura de cuero. Toc se detuvo en seco.

—¡Es un seguleh! —Giró en redondo y miró a lady Envidia—. ¡Tu criado es un seguleh!

—¿Así es como se llaman? —La mujer arrugó la frente—. No es la primera vez que escucho ese nombre, aunque el contexto se me escapa. Oh, bueno. Les he sonsacado el nombre personal, pero poco más. Pasaron por casualidad y

me vieron; este, que se llama Senu, y otros dos. Decidieron que matarme rompería la monotonía de su viaje. —Lady Envidia suspiró—. Bueno, el caso es que ahora me sirven. —Se dirigió entonces al seguleh—. Senu, ¿ya se han despertado tus hermanos del todo?

El hombrecito, pequeño y ágil, ladeó la cabeza, sus ojos oscuros carecían de expresión tras las ranuras de su ornamentada máscara.

—He deducido —le dijo lady Envidia a Toc— que ese gesto indica aquiescencia. He descubierto que no son un grupito muy locuaz.

Toc sacudió la cabeza con los ojos clavados en los dos sables metidos bajo los brazos de Senu.

—¿Es el único de los tres que reconoce directamente tu presencia, señora?

—Ahora que lo mencionas… ¿Es significativo?

—Significa que está en el último escalón de la jerarquía. Los otros dos jamás se rebajarían a conversar con alguien que no sea seguleh.

—¡Qué desfachatez, cómo se atreven!

El explorador sonrió.

—Jamás había visto uno, pero he oído muchas cosas. Su tierra natal es una isla que está al sur de aquí y se dice que son un grupo muy reservado, reacios a viajar. Pero se tiene noticias de ellos incluso en tierras muy alejadas del norte, como Nathilog. —*Y que el Embozado me lleve, vaya si los conocen*.

—*Hmm*, es cierto que percibí cierta arrogancia que ha resultado ser de lo más entretenida. Llévanos dentro, querido Senu.

El seguleh no se movió. Sus ojos habían encontrado a Tool y se habían clavado con fuerza en el t’lan imass.

Con los pelos de punta, el ay se apartó un poco para despejar un espacio entre las dos figuras.

—¿Senu? —inquirió lady Envidia con una cortesía melosa.

—Creo —susurró Toc— que está desafiando a Tool.

—¡Eso es ridículo! ¿Por qué haría eso?

—Para los seguleh el rango lo es todo. Según ellos, si hay alguna duda sobre la jerarquía, desafíala. Nunca pierden el tiempo.

Lady Envidia miró a Senu con el ceño fruncido.

—¡Compórtate, jovencito! —Y lo mandó al interior con un gesto de la mano.

Senu pareció estremecerse al ver el gesto.

Un picor cruzó la cicatriz de Toc como un espasmo y se lo rascó con vigor mientras exhalaba una maldición por lo bajo.

El seguleh se metió de espaldas en la pequeña habitación y después dudó un momento antes de darse la vuelta y conducir a los otros a la puerta de enfrente. Una escalera curva los llevó a un aposento central en cuyo centro se alzaba una escalera de caracol. Las paredes carecían de adornos, eran de piedra pómez agujereada y tosca. Tres sarcófagos de piedra caliza ocupaban el otro extremo de la habitación, con las tapas apoyadas en una pulcra fila contra la pared que tenían detrás. El perro que lady Envidia había mandado por delante estaba sentado cerca. Justo a la entrada había una mesa redonda de madera repleta de fruta fresca, carnes, queso y pan, además de una jarra de arcilla, con la superficie salpicada por gotas de agua, y una colección de copas.

Los dos compañeros de Senu se encontraban inmóviles junto a la mesa, como si hicieran guardia y estuvieran dispuestos a dar la vida por defenderla. Ambos rivalizaban con su compañero en tamaño y constitución y portaban armas parecidas. La diferencia entre los tres se evidenciaba

únicamente en las máscaras. Allí donde la careta de esmalte de Senu se encontraba repleta de patrones oscuros, la decoración iba disminuyendo sucesivamente en los otros dos ejemplos. Una solo estaba un poco menos marcada que la de Senu, pero la tercera máscara no lucía más que dos franjas gemelas, cada una brillando en una mejilla. Los ojos que se clavaban en los presentes desde las ranuras de las máscaras eran como fragmentos de obsidiana.

El seguleh de las marcas gemelas se puso rígido al ver al t'lan imass y dio un paso adelante.

—¡Oh, por favor! —exclamó lady Envidia—. ¡Prohíbo los desafíos! Más tonterías de este tipo y voy a perder la paciencia…

Los tres seguleh dieron un paso atrás con un estremecimiento.

—Bueno —dijo la mujer—, eso está mucho mejor. —Después se giró y miró a Toc—. Satisfaz tus necesidades, joven. La jarra contiene vino blanco saltoano, enfriado como es menester.

Toc se encontró incapaz de apartar los ojos del seguleh que llevaba la máscara con las dos marcas.

—Si una mirada fija representa un desafío —dijo lady Envidia en voz baja—, te sugiero, para conservar la paz, por no mencionar la vida, que te abstengas de enfrentarte, Toc el Joven.

El explorador gruñó, alarmado de repente, y apartó los ojos del hombre.

—Tienes razón, señora. Es solo que nunca había oído hablar de… bueno, es igual. No importa. —Se acercó a la mesa y estiró el brazo para coger la jarra.

Un movimiento estalló a su espalda seguido por el sonido de un cuerpo resbalando por la habitación y estrellándose contra el muro con un golpe seco y enfermizo. Toc se giró en

redondo y vio a Tool con la espada levantada y enfrentándose a los dos seguleh que quedaban. Senu yacía encogido a diez pasos de ellos, inconsciente o muerto. Las dos espadas que tenía estaban a medio sacar de sus vainas.

Junto a Tool, el ay llamado *Baaljagg* se había quedado mirando el cuerpo y agitando la cola.

Lady Envidia contemplaba a los otros seguleh con mirada gélida.

—Dado que mis órdenes han resultado insuficientes, voy a dejar futuros encuentros en las manos, obviamente más que capaces, del t'lan imass. —Se volvió hacia Tool—. ¿Senu está muerto?

—No. Utilicé la parte plana de la hoja, señora, dado que no tenía deseo alguno de matar a uno de tus criados.

—Muy considerado por tu parte, dadas las circunstancias.

Toc cogió con una mano temblorosa el asa de la jarra.

—¿Te sirvo una copa a ti también, lady Envidia?

La dama lo miró, levantó una ceja y después sonrió.

—Una idea espléndida, Toc el Joven. Es obvio que nos corresponde a nosotros establecer ciertas normas de cortesía.

—¿Qué has averiguado —dijo Tool dirigiéndose a la mujer— sobre el desgarro?

La mujer lo observó con la copa en la mano.

—Ah, ya veo que siempre vas al grano. Han tendido un puente sobre él. Un alma mortal, como estoy segura que ya sabes. Pero en lo que yo he concentrado mis estudios es en la identidad de la senda en sí. No se parece a ninguna otra. El portal parece casi… mecánico.

¿Desgarro? Debe ser el verdugón rojo que hay en el aire. Ah.

—¿Has examinado las tumbas de los k'chain che'malle, señora?

La dama arrugó la nariz.

—Brevemente. Están todas vacías y llevan así algún tiempo. Décadas.

Tool ladeó la cabeza con un suave crujido.

—¿Solo décadas?

—Un detalle desagradable, desde luego. Creo que la matrona experimentó dificultades considerables a la hora de salir de ahí y después pasó un tiempo más recuperándose de su ordalía antes de sacar a sus hijos. Ella y su prole hicieron nuevos esfuerzos en la ciudad enterrada que hay al noroeste, aunque incompletos, como si los resultados no fueran satisfactorios. Después, al parecer abandonaron la zona por completo. —Lady Envidia hizo una pausa y después añadió—: Es posible que sea relevante observar que la matrona era el alma original que selló el desgarro. Debemos presumir que es otra desventurada criatura la que reside allí ahora.

El t'lan imass asintió.

Durante aquel intercambio, Toc había estado muy ocupado comiendo y en ese momento ya iba por la segunda copa de aquel vino frío y vivificante. Solo intentar encontrarle sentido a la conversación le estaba dando dolor de cabeza, ya le daría unas cuantas vueltas más tarde.

—Tengo que dirigirme al norte —dijo con la boca llena de un bocado de pan de grano—. ¿Hay alguna posibilidad, señora, de que puedas proporcionarme los pertrechos adecuados? Estaría en deuda contigo… —Sus palabras se apagaron al ver el destello ávido de los ojos femeninos.

—Cuidado con lo que ofreces, joven…

—No te ofendas, pero ¿por qué me llamas «joven»? Tú no pareces tener más de veinticinco años.

—Muy halagador. Así pues, a pesar del éxito de Tool a la hora de identificarme, y admito que encuentro

desconcertante la profundidad de sus conocimientos, los nombres que te ha revelado el t'lan imass no significan mucho para ti.

Toc se encogió de hombros.

—El nombre de Anomander Rake lo he oído, por supuesto. No sabía que le había quitado una espada a otro, ni cuándo ocurrió el acontecimiento. Me parece, sin embargo, que podría ser justificable la animosidad que pudieras sentir hacia él, dado que mató a tu padre… ¿cómo se llamaba? Draconus. El Imperio de Malaz comparte esa antipatía. Así que al compartir enemigos…

—Somos por fuerza aliados. Una conjetura razonable. Por desgracia, equivocada. En cualquier caso sería un placer proporcionarte la comida y bebida que puedas llevar, aunque me temo que no tengo nada que podamos llamar arma. A cambio, es posible que algún día te pida un favor; nada grandioso, por supuesto. Algo pequeño y relativamente indoloro. ¿Te parece aceptable?

Toc sintió que se desvanecía todo su apetito. Miró a Tool, pero no encontró ayuda alguna en el rostro inexpresivo del guerrero no muerto. El malazano frunció el ceño.

—En mi posición, no puedo negociar, lady Envidia.

La mujer sonrió.

Y yo aquí, esperando que pudiéramos pasar de la cortesía y las buenas maneras a algo más… íntimo. Ya estamos, Toc, pensando con la cabeza que no debes…

La sonrisa de la dama se ensanchó.

Toc se ruborizó y cogió la copa.

—Muy bien, acepto tu propuesta.

—Qué rectitud tan deliciosa, Toc el Joven.

El hombre estuvo a punto de atragantarse con el vino. *Si no fuera un cabrón tuerto y lleno de cicatrices, hasta podría llamar a eso coqueteo*.

—Lady Envidia —dijo Tool—, si buscas saber algo más de ese desgarro, aquí no encontrarás nada.

A Toc le complació ver la leve conmoción que cruzó la cara femenina cuando la dama se volvió hacia el t'lan imass.

—¿Ah, sí? Parece que no soy la única que hace gala de cierta discreción. ¿Te importaría explicarte?

Toc el Joven anticipó la respuesta y gruñó, después agachó la cabeza cuando la dama le lanzó una mirada asesina.

—Quizá —respondió Tool, como era de esperar.

Ja, lo sabía.

Un matiz irritado envolvió la voz de la mujer.

—Adelante, entonces.

—Sigo un antiguo rastro, lady Envidia. Alborada no era más una parada en el camino, un camino que ahora lleva al norte. Es posible que encontraras las respuestas que necesitas entre aquellos a los que busco.

—Deseas entonces que os acompañe.

—Me es indiferente que vengas o no —dijo Tool con su voz ronca carente de inflexiones—. Pero si decidieras quedarte aquí, debo advertirte algo. Investigar el desgarro puede tener consecuencias, incluso para alguien como tú.

La dama se cruzó de brazos.

—¿Cree que carezco de la cautela apropiada?

—Hasta tú sabes que has llegado a un punto muerto, y tu frustración crece cada día. Puedo añadir un incentivo más, lady Envidia. Tus antiguos compañeros de viaje se están reuniendo en ese mismo destino: el Dominio Painita. Tanto Anomander Rake como Caladan Brood se preparan para librar una guerra contra el Dominio. Una decisión muy grave, ¿no sientes curiosidad?

—Tú no eres un t'lan imass cualquiera —lo acusó la dama.

Tool no respondió a eso.

—Parece que eres tú la que no está en posición de negociar ahora —dijo Toc, que apenas era capaz de contener la sonrisa divertida.

—La impertinencia siempre me ha parecido un rasgo tan falto de atractivo que da asco —le soltó de golpe lady Envidia—. ¿Qué le ha ocurrido a tu afable rectitud, Toc el Joven?

Al malazano le maravilló esa repentina necesidad que tuvo de lanzarse a los pies de la dama y rogar su perdón, pero desechó tan absurda idea con un encogimiento de hombros.

—Eso ha sido un golpe bajo, creo —dijo él.

La expresión femenina se suavizó casi como la de una cierva.

Regresó entonces aquel deseo irracional y Toc se rascó la cicatriz y apartó los ojos.

—No tenía intención de molestarte…

Ya, y la reina de los Sueños tiene patas de gallina.

—… así que permíteme ofrecerte mis más sinceras disculpas. —Lady Envidia volvió a mirar a Tool—. Muy bien, emprenderemos todos el viaje. ¡Qué emocionante! —Después les hizo un gesto a los criados seguleh—. ¡Comenzad los preparativos de inmediato!

Tool se dirigió a Toc.

—Voy a recoger materiales para tu arco y tus flechas. Podemos completarlas de camino.

El explorador asintió.

—No me importaría observarte mientras las haces, Tool —añadió—. Podría serme útil…

El t’lan imass pareció considerarlo y después ladeó la cabeza.

—A nosotros así nos lo pareció.

Todos se volvieron al oír un estridente gruñido procedente de donde Senu yacía apoyado en la pared. El seguleh había recuperado el sentido y se había encontrado con el ay sobre él. La bestia le lamía con un placer obvio los dibujos pintados de la máscara.

—El medio —explicó Tool con su habitual tono inexpresivo— parece ser una mezcla de carbón, saliva y sangre humana.

—Eso es —murmuró Toc— lo que yo llamo un mal despertar.

Lady Envidia lo rozó cuando se dirigió a la puerta y le lanzó una mirada al pasar.

—¡Oh, estoy deseando emprender esta excursión!

Aquel contacto, que podía llamarse cualquier cosa salvo casual, metió un nido de serpientes en las tripas de Toc. A pesar del martilleo de su corazón, el malazano no estaba muy seguro de si debía sentirse complacido o aterrado.

Capítulo 2



La hueste de Unbrazo sangraba por un sinfín de heridas. Una campaña interminable, derrotas sucesivas seguidas por victorias incluso más costosas. Pero de todas las heridas sufridas por el ejército de Dujek Unbrazo, las del alma eran las más graves…

Zorraplateada
Escolta Hurlochel

Acurrucada entre las rocas y los cantos rodados de la ladera de la colina, la cabo Rapiña observaba al anciano que subía con esfuerzo el camino. Su sombra se deslizó por la posición de Mezcla, pero el hombre que la arrojaba no sabía nada de la proximidad de la soldado. Mezcla se levantó en silencio tras él, con el polvo desprendiéndose de su cuerpo, y le hizo a Rapiña una serie de gestos con la mano.

El anciano siguió avanzando sin darse cuenta de nada. Cuando no estaba a más de cinco metros, Rapiña se irguió y el manto gris dejado por la tormenta de polvo de la mañana cayó como una cascada por sus hombros y levantó la ballesta.

—Ya has llegado muy lejos, viajero —gruñó Rapiña.

La sorpresa hizo tambalearse al anciano, que tuvo que dar un paso atrás. Una piedra resbaló bajo sus pies y el hombre se derrumbó con un grito, aunque se las arregló para girar y evitar así aterrizar sobre el fardo de cuero que

llevaba atado a la espalda. Se deslizó otro metro camino abajo y se encontró casi a los pies de Mezcla.

Rapiña sonrió y se adelantó.

—Con eso servirá —dijo—. No pareces muy peligroso, viejo, pero solo por si acaso, resulta que te apuntan otras cinco ballestas ahora mismo. Así que, ¿qué tal si nos dices qué diablos estás haciendo aquí, por el Embozado?

El sudor y el polvo manchaban la raída túnica del anciano. Tenía la frente quemada por el sol, una frente ancha sobre un conjunto de rasgos estrechos que se iban desvaneciendo hasta desaparecer en una mandíbula con una barbilla casi inexistente. Los dientes, rotos y torcidos, sobresalían en todas direcciones y convertían su sonrisa en una parodia de reyertas. El anciano se apoyó en unas piernas delgadas y envueltas en cuero y se fue levantando poco a poco.

—Mil disculpas —jadeó mientras miraba por encima del hombro a Mezcla. Se estremeció ante lo que descubrió en los ojos de la mujer y se dio la vuelta a toda prisa para mirar a Rapiña—. Creía que este camino discurría vacío hasta de ladrones. Veréis, llevo los ahorros de toda una vida invertidos en lo que cargo, no podía permitirme una escolta, ni siquiera una mula…

—Eres mercader, entonces —dijo Rapiña con voz cansada —. ¿Te diriges adónde?

—A Pale. Soy de Darujhistan…

—Eso es obvio —le soltó Rapiña—. El caso es que Pale está ahora en manos del Imperio… igual que estas colinas.

—No lo sabía, me refiero a lo de estas colinas. Por supuesto que soy consciente que Pale disfruta ya del abrazo del Imperio de Malaz…

Rapiña le sonrió a Mezcla.

—¿Oyes eso? Un abrazo y todo. Muy bueno, viejo. Con que un abrazo maternal, ¿eh? ¿Y qué hay en el saco?

—Soy artesano —dijo el anciano agachando la cabeza—. Bueno, tallo pequeñas chucherías. Hueso, marfil, jade, serpentina…

—¿Algo revestido… hechizos y demás? —preguntó la cabo—. ¿Algo bendito?

—Solo por mi talento, para responder a tu primera pregunta. No soy mago y además trabajo solo. Pero fui lo bastante afortunado como para conseguir las bendiciones de un sacerdote en un juego de tres brazaletes de marfil…

—¿De qué dios?

—Treach, el Tigre del Verano.

Rapiña lanzó una risita desdeñosa.

—Ese no es ningún dios, idiota. Treach es un héroe primero, un semidiós, un ascendiente soletaken.

—Se ha santificado un nuevo templo en su nombre —la interrumpió el anciano—. En la calle del Simio Calvo, en el barrio de Gadrobi. Hasta me contrataron a mí para perforar la encuadernación de cuero del Libro de oraciones y rituales.

Rapiña puso los ojos en blanco y bajó la ballesta.

—De acuerdo, venga, vamos a ver esos brazaletes.

El anciano asintió con impaciencia, se descolgó el fardo y lo puso delante de él. Después soltó la única correa que lo sujetaba.

—Recuerda —gruñó Rapiña— que si sacas algo raro, te encontrarás con una docena de cuadrillos aireándote el cráneo.

—Es un fardo, no mis calzones —murmuró el mercader—. Además, creí que eran cinco.

La cabo frunció el ceño.

—Nuestro público —dijo Mezcla en voz baja— ha crecido.

—Exacto —se apresuró a añadir Rapiña—. Dos pelotones enteros, ocultos y observando cada uno de tus movimientos.

Con una cautela exagerada, el anciano sacó un paquetito de ante envuelto en bramante.

—Se dice que el marfil es muy antiguo —dijo con tono reverente—. De un monstruo con pelo y colmillos que en otro tiempo fue la presa preferida de Treach. El cadáver de la bestia se encontró entre el cieno congelado de la remota Elingarth…

—Todo eso da igual —espetó Rapiña—. Vamos a ver los malditos trastos.

Las cejas blancas y ásperas del mercader se alzaron de repente, alarmadas.

—¡Malditas! ¡No! ¡Jamás! ¿Crees que vendería objetos malignos?

—Cállate, no era más que una forma de hablar, demonios. Y date prisa, no tenemos todo el día, maldita sea.

Mezcla hizo un ruido que silenció de inmediato la mirada furiosa de su cabo.

El anciano desenvolvió el paquete y reveló tres brazaletes destinados a la parte superior del brazo, cada uno de ellos era de una sola pieza y carecían de adornos. Los habían pulido hasta darles un lustre pálido y resplandeciente.

—¿Dónde están las marcas de la bendición?

—No las hay. Se envolvió cada uno de ellos en una tela tejida con el pelo que había mudado el propio Treach, durante nueve días y diez noches…

Mezcla lanzó un bufido.

—¿El pelo que había mudado? —La cabo hizo una mueca —. Qué idea más asquerosa.

—A Eje no se lo parecería —murmuró Mezcla.

—Un juego de tres brazaletes —caviló Rapiña—. Brazo derecho, brazo izquierdo… ¿y luego dónde? Y vigila esa boca, somos flores delicadas, Mezcla y yo.

—Todos para un solo brazo. Son sólidos pero se entrelazan; al menos esas eran las instrucciones de la bendición.

—Se entrelazan sin remache alguno… Eso tengo que verlo.

—Cielos, no puedo demostrar esa hechicería pues no ocurrirá más que una vez, cuando el comprador, o compradora, se los haya puesto en el brazo con el que empuña el arma.

—Eso sí que tiene la palabra «timo» escrita encima.

—Bueno, pero lo tenemos justo aquí —dijo Mezcla—. Las estafas solo funcionan si puedes largarte de rositas.

—Como en los mercados atestados de Pale. Bueno, bueno. —Rapiña le sonrió desde su altura al anciano—. Pero no estamos en un mercado atestado, ¿verdad? ¿Cuánto?

El mercader se retorció, inquieto.

—Has elegido mi obra más valiosa, tenía intención de subastarlos…

—¿Cuánto, viejo?

—Tr… trescientos co… concejos de o… oro.

—Concejos. Esa es la nueva moneda de Darujhistan, ¿no?

—Pale ha adoptado la jakata malazana como peso estándar —dijo Mezcla—. ¿A cómo está el cambio?

—¿Cómo voy a saberlo yo, demonios? —murmuró Rapiña.

—Si no os importa —aventuró el mercader—, el cambio en Darujhistan es de dos jakatas y un tercio por cada concejo. Los honorarios del corredor ascienden a una jakata al menos. Así que, estrictamente hablando, una y un tercio.

Mezcla cambió de postura y se inclinó hacia delante para echarle un mejor vistazo a los brazaletes.

—Con trescientos concejos se podría mantener a una familia con comodidad por lo menos un par de años…

—Tal era mi objetivo —dijo el anciano—. Aunque como vivo solo y con modestia, anticipaba cuatro años o más, incluyendo materiales para mi oficio. Todo lo que sea por debajo de los trescientos concejos me arruinaría.

—Qué penita —dijo Rapiña, después miró a Mezcla—. ¿Quién lo va a echar de menos? —Esta se encogió de hombros—. Pues tráete tres columnas.

—De inmediato, cabo. —Mezcla pasó junto al hombre, subió sin ruido por el camino y desapareció de la vista.

—Te lo ruego —gimoteó el mercader—. No me pagues en jakatas…

—Cálmate —dijo Rapiña—. Hoy te sonríe Oponn. Ahora apártate del fardo. Tengo la obligación de registrarlo.

El anciano hizo una reverencia y se apartó.

—El resto es de menor valor, lo admito. De hecho, un tanto apurado…

—No pretendo comprar nada más —dijo Rapiña mientras revolvía con una mano por el fardo—. En este instante ya es oficial.

—Ah, ya veo. ¿Es que algunos objetos de comercio están prohibidos ahora en Pale?

—Jakatas falsificadas, para empezar. La economía local está recibiendo una buena paliza y los concejos de Darujhistan no son muy bien recibidos tampoco. Esta última semana nos hemos hecho con un buen alijo.

El mercader abrió mucho los ojos.

—¿Me vais a pagar con moneda falsificada?

—Una idea tentadora, pero no. Como ya te he dicho, Oponn te ha hecho un guiño. —Terminado el registro, Rapiña se retrasó un poco y sacó una pequeña tablilla de cera de la saca que llevaba en el cinturón—. Tengo que apuntar tu

nombre, mercader. Son sobre todo los contrabandistas los que utilizan estas pistas; intentan evitar el puesto del camino de las llanuras que cruza la frontera. Al parecer tú eres de los pocos honestos que pasan por aquí. Esos contrabandistas tan listos terminan pagando por su ingenio diez veces más en estos caminos, cuando lo cierto es que tendrían más posibilidades de pasar desapercibidos en el caos del puesto.

—Me llamo Munug.

Rapiña levantó la cabeza.

—Pobre cabrón.

Mezcla regresó por el camino con tres columnas de monedas envueltas en los brazos.

El mercader se encogió de hombros con aire avergonzado y los ojos clavados en las pilas de monedas envueltas.

—¡Eso son concejos!

—Sí —murmuró Rapiña—. En columnas de cien. Seguramente te reventarás la espalda acarreándolas hasta Pale, por no hablar ya de cuando vuelvas. De hecho, ya no tienes que molestarte en hacer el viaje, ¿no? —La cabo le clavó la mirada mientras se volvía a meter la tablilla en la saca.

—Tienes mucha razón —admitió Munug al mismo tiempo que envolvía de nuevo los brazaletes y le pasaba el paquete a Mezcla—. Pero, no obstante, voy a viajar a Pale para ofrecer el resto de mi obra. —Movió los ojos de un sitio a otro con aire nervioso y enseñó los dientes torcidos en una débil sonrisa—. Si se mantiene la suerte de Oponn, quizá consiga doblar mi tajada.

Rapiña estudió al hombre un momento más y después sacudió la cabeza.

—La codicia nunca sale rentable, Munug. Apostaría a que en un mes volverás a dirigir tus pasos por este camino sin

nada más que polvo en los bolsillos. ¿Qué dices? Diez concejos.

—Si pierdo, te deberé diez.

—Ah, bueno, consideraría una chuchería o dos en su lugar, tienes unas manos muy hábiles, viejo, de eso no cabe duda.

—Gracias, pero, con todo respeto, declino la apuesta.

Rapiña se encogió de hombros.

—Una pena. Todavía te queda otra campanada de luz. Hay un campamento al borde del camino, cerca de la cima. Si eres lo bastante decidido, puede que llegues antes de la puesta de sol.

—Lo procuraré. —El anciano metió los brazos por las correas del fardo, se irguió con un gruñido y después, con un asentimiento vacilante, pasó junto a la cabo.

—Espera un momento —le ordenó Rapiña.

Las rodillas de Munug parecieron debilitarse y el anciano estuvo a punto de derrumbarse allí mismo.

—¿S… sí? —consiguió decir.

Rapiña le quitó los brazaletes a Mezcla.

—Tengo que ponerme esto primero. Se entrelazan, dijiste. Pero sin que nada se vea.

—¡Ah! Sí, por supuesto. Procede, desde luego.

La cabo se remangó la manga de la polvorienta camisa y reveló, en la pesada lana de la parte inferior, el tinte de color borgoña.

El jadeo de Munug fue audible para todos.

Rapiña sonrió.

—Eso es, somos abrasapuentes. Asombroso lo que disimula el polvo, ¿eh? —La mujer se subió los aros de marfil por el brazo musculoso y lleno de cicatrices. Entre el bíceps y el hombro se oyó un pequeño chasquido. Rapiña estudió las tres argollas y después siseó sorprendida.

—¡Imposible, maldita sea!

La sonrisa de Munug se ensanchó durante apenas un instante y después se inclinó un poco.

—¿Me permitís ahora continuar mi viaje?

—Adelante —respondió la mujer, que ya apenas le prestaba atención alguna mientras estudiaba las relucientes ajorcas que llevaba en el brazo.

Mezcla se quedó mirando al hombre un minuto entero, un ligero ceño le arrugaba la frente polvorienta.

Munug encontró el corte en el camino poco después. Volvió la vista atrás para confirmar por décima vez, al menos, que no lo seguía nadie, y se deslizó a toda prisa entre las dos piedras inclinadas que formaban la entrada oculta.

El tenebroso pasaje terminaba a los cinco metros y se abría a un sendero que serpenteaba por una fisura de muros altos. Juzgó que la puesta de sol estaba a menos de cien latidos, el retraso con las abrasapuentes podría resultar fatal si no llegaba a la cita.

—Después de todo —susurró—, los dioses no son famosos por su naturaleza compasiva…

Las monedas le pesaban. El corazón le martilleaba con fuerza en el pecho. No estaba acostumbrado a esfuerzos tan arduos. No era más que un artesano. Sin mucha suerte en los últimos tiempos, quizá; debilitado por los tumores que tenía entre las piernas, sin duda, pero su talento y su visión, si acaso, se habían agudizado todavía más gracias a toda la angustia y el dolor que soportaba.

«Te he elegido por esos mismos defectos, Munug. Por eso y por tus habilidades, por supuesto. Oh, sí, necesito esas habilidades tuyas…»

La bendición de un dios seguro que solucionaría lo de esos tumores. Y, si no, trescientos concejos casi podrían pagar el tratamiento de un sanador daru en Darujhistan. Después de todo, no era muy inteligente confiar solo en el pago de un dios por los servicios prestados. La historia que le había contado Munug a las abrasapuentes sobre la subasta en Pale era cierta, convenía contar con opciones, elaborar planes alternativos, y si bien la escultura y la talla no eran sus mayores habilidades, no era tan modesto como para negar la alta calidad de su obra. Claro que no eran nada comparadas con sus pinturas. *Nada, nada en absoluto*.

Se apresuró por el camino sin hacer caso de las brumas preternaturales que se cerraban a su alrededor. Ocho metros después, cuando atravesó la puerta de la senda, las hendiduras y peñascos de las colinas orientales de Tahlyn desaparecieron y la niebla se diluyó para revelar una llanura rocosa y anodina bajo un cielo enfermizo. En medio de la llanura había una tienda de cuero raído, el humo flotaba sobre ella en una calima del color azul del mar. Munug se apresuró a acercarse.

Con el pecho estremecido por el esfuerzo, el artesano se agachó delante de la entrada y arañó la solapa que la cubría.

Una tos seca resonó en el interior y después se oyó una voz ronca.

—Entra, mortal.

Munug entró arrastrándose. Un humo denso y acre le asaltó los ojos, la nariz y la garganta, pero después de tomar la primera bocanada, un entumecimiento frío se extendió desde los pulmones a todo el cuerpo. Con la cabeza baja y los ojos apartados, Munug se quedó junto a la entrada y esperó.

—Llegas tarde —dijo el dios. Resollaba con cada aliento.

—Había soldados en el sendero, amo…

—¿Lo descubrieron?

El artesano les sonrió a los juncos sucios del suelo de la tienda.

—No. Me registraron el fardo, como sabía que harían, pero no mi persona.

El dios volvió a toser y Munug oyó un arañazo cuando algo arrastró el brasero por el suelo. Se vertieron unas semillas en los carbones y el humo se hizo más denso.

—Enséñamelo.

El artesano metió las manos en los pliegues de su raída túnica y sacó un paquete grueso del tamaño de un libro. Lo desenvolvió y reveló una pila de cartas de madera. Con la cabeza todavía gacha y trabajando a ciegas, Munug empujó las cartas hacia el dios al tiempo que las extendía.

Oyó que el dios se quedaba sin aliento y después un crujido suave. Cuando habló otra vez, la voz se oía más cerca.

—¿Defectos?

—Sí, amo. Uno por cada carta, como me ordenaste.

—Ah, eso me complace. Mortal, tu habilidad carece de igual. Cierto, estas son imágenes de dolor e imperfección. Están torturadas, tensas por la angustia. Hacen daño a la vista y te hacen sangrar el corazón. Es más, veo una soledad crónica en esas caras que has elaborado en las escenas. —Un humor seco penetró en el tono del dios—. Has pintado tu propia alma, mortal.

—No he conocido mucha felicidad, am…

El dios le interrumpió entonces.

—¡Ni deberías esperarla! No en esta vida ni en las mil otras que estás condenado a soportar antes de conseguir la salvación, ¡suponiendo que hayas sufrido lo suficiente como para habértela ganado!

—Ruego para que no se me libre de mis sufrimientos, amo —murmuró Munug.

—Mientes. Sueñas con comodidades y alegría. Llevas el oro que crees que lo logrará y tienes intención de prostituir tu talento para lograr todavía más, no lo niegues, mortal. Conozco tu alma. Veo su avidez y sus ansias aquí, en estas imágenes. No temas, son emociones que me divierten, pues no son más que caminos que llevan a la desesperación.

—Sí, amo.

—Y ahora, Munug de Darujhistan, en cuanto a tu pago…

El anciano chilló cuando el fuego brotó en los tumores que tenía entre las piernas. Se retorció de agonía y después se encogió en los sucios juncos.

El dios se echó a reír, el horrible sonido irrumpía entre las toses que hacían estragos en aquel pulmón y que tardaban mucho en pasar.

El dolor, comprendió Munug después de un rato, empezaba a desvanecerse.

—Estás curado, mortal. Se te han concedido más años de esa vida miserable. Pero cielos, como la perfección es anatema para mí, tendrá que ser entre mis hijos más queridos.

—¡A… amo, apenas siento las piernas!

—Me temo que están muertas. Ese era el precio de la curación. Parece, artesano, que el tuyo será un camino largo y agotador, arrastrándote adonde sea que quieras ir. Ten en cuenta, hijo, que el valor reside en el viaje, no en el objetivo logrado. —El dios se echó a reír otra vez, lo cual precipitó otro ataque de tos más.

Sabiendo que con eso lo despedían, Munug se dio la vuelta como pudo y arrastró el peso muerto de sus miembros inferiores por la entrada de la tienda, después se quedó allí tirado, jadeando. El dolor que sentía era el de su

alma. Tiró del fardo y apoyó la cabeza en él. Sentía las columnas de monedas apiladas y duras contra su frente cubierta de sudor.

—Mi recompensa —susurró—. Bendito es el toque del Caído. Guíame, querido amo, por los caminos de la desesperación, pues merezco el dolor de este mundo con una munificencia interminable…

A su espalda, en la tienda, la risa del dios Tullido cortó el aire.

—¡Conserva con cariño este momento, querido Munug! La nueva partida ha comenzado por tu mano. ¡Por tu mano, el mundo temblará!

Munug cerró los ojos.

—Mi recompensa…

Mezcla continuó mirando el camino mucho después de que el mercader hubiera desaparecido.

—No era —murmuró— lo que parecía.

—Ninguno lo es —asintió Rapiña mientras se tiraba de los adornos del brazo—. Estas cosas están muy apretadas, mierda.

—Seguro que se te pudre y se te cae el brazo, cabo.

La mujer levantó la cabeza y la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Crees que están malditos?

Mezcla se encogió de hombros.

—Si fuera yo, haría que Ben el Rápido les echara un buen vistazo, y más pronto que tarde.

—Por los huevos de Togg, si sospechabas algo…

—No he dicho eso, cabo, eras tú la que te quejabas de que estaban apretados. ¿Te los puedes quitar?

Rapiña frunció el ceño.

—No, maldita seas.

—Ah. —Mezcla apartó la vista.

Rapiña se planteó darle a la mujer una buena colleja, pero era una idea que contemplaba al menos diez veces al día desde que habían empezado a patrullar juntas y, una vez más, resistió la tentación.

—Trescientos concejos para que se me caiga el brazo. Estupendo.

—Piensa en positivo, cabo. Te dará algo de lo que hablar con Dujek.

—No sabes cómo te odio, Mezcla.

Esta le dedicó a su cabo una sonrisa insulsa.

—Bueno, ¿entonces le metiste un guijarro a ese viejo en el fardo?

—Sí, estaba lo bastante inquieto como para merecérselo. Coño, pero si estuvo a punto de desmayarse cuando lo volví a llamar, ¿no?

Mezcla asintió.

—Bueno —dijo Rapiña mientras se bajaba la manga—. Ben el Rápido lo rastrea…

—A menos que vacíe el fardo.

La cabo gruñó.

—A él le preocupa menos lo que había dentro que a mí. No, no sé qué botín llevaba, pero lo ocultaba bajo la camisa, sin duda. En cualquier caso, seguro que hace correr la voz cuando llegue a Pale y el tráfico de contrabandistas por estas colinas baja en picado, ya lo verás, te apuesto lo que quieras; además le solté eso de que había más posibilidades en la frontera cuando tú te fuiste a recoger los concejos.

La sonrisa de Mezcla se ensanchó.

—Caos en los cruces, ¿eh? El único caos que tiene la tropa de Paran por allí es qué hacer con todo lo que se llevan.

—Vamos a buscar algo de comer, seguro que los moranthianos son tan puntuales como de costumbre.

Las dos abrasapuentes regresaron camino arriba.

Una hora después del atardecer llegó la escuadrilla de moranthianos negros, descendieron con sus quorls entre aleteos y se deslizaron hasta el círculo de faroles que habían montado Rapiña y Mezcla. Una de las criaturas llevaba a un pasajero que se bajó en cuanto las seis patas del quorl se posaron en el suelo de piedra.

Rapiña sonrió al hombre que maldecía.

—Por aquí, Ben…

El hombre se giró en redondo y la miró.

—Por el Embozado, cabo, ¿qué te traes entre manos?

La sonrisa de la cabo se desvaneció de repente.

—No mucho, hechicero, ¿por qué?

El hombre delgado de piel cetrina miró por encima del hombro a los moranthianos negros y se apresuró a acercarse adonde esperaban Rapiña y Mezcla. Después bajó la voz.

—No podemos complicar las cosas, maldita sea. Mientras volaba por encima de esas colinas he estado a punto de caerme mil veces de esa silla llena de nudos, hay sendas girando por aquí abajo, hay poder desangrándose por todas partes… —Se detuvo y se acercó un poco más con los ojos relucientes—. De ti también sale, Rapiña…

—Malditos, después de todo —murmuró Mezcla.

Rapiña se quedó mirando a su compañera y puso en jaque todo el sarcasmo que pudo reunir.

—Tal y como siempre sospechaste, ¿no, Mezcla? Serás mentirosa…

—¡Has adquirido la bendición de un ascendiente! —la acusó Ben el Rápido con un siseo—. ¡Serás idiota! ¿De cuál,

Rapiña?

La cabo luchó por tragar saliva con una garganta que de repente se le había quedado seca.

—Bueno… ¿Treach?

—Ah, pues mira que bien.

Rapiña frunció el ceño.

—¿Qué tiene Treach de malo? Es perfecto para un soldado, el Tigre del Verano, el señor de la Batalla…

—¡Hace cinco siglos, quizá! Treach tomó su forma soletaken hace cientos de años, ¡y desde entonces esa bestia no ha tenido ni un solo pensamiento humano! No es solo que carezca de sentido, ¡es que está loco, Rapiña!

Mezcla lanzó una risita desdeñosa.

El hechicero se giró en redondo y la miró.

—¿Y tú de qué te ríes?

—De nada, lo siento.

Rapiña se remangó y le enseñó los brazaletes.

—Son estos, Ben el Rápido —le explicó a toda prisa—. ¿Me los puedes quitar?

El hombre se encogió al ver los brazaletes de marfil, después sacudió la cabeza.

—Si fuera un ascendiente cuerdo y razonable, quizá fuera posible alguna… negociación. En cualquier caso, no importa…

—¿Que no importa? —Rapiña estiró el brazo, lo cogió por la capa impermeable y sacudió al hechicero—. ¿Que no importa? Gusano asqueroso… —La cabo se detuvo de repente con los ojos muy abiertos.

Ben el Rápido la miró con una ceja arqueada.

—¿Qué estás haciendo, cabo? —preguntó en voz baja.

—Esto… Lo siento, hechicero. —La mujer lo soltó.

Ben el Rápido suspiró y se estiró la capa.

—Mezcla, lleva a los moranthianos al alijo.

—Claro —dijo la mujer al tiempo que se acercaba sin prisas a los guerreros que aguardaban.

—¿Quién hizo la entrega, cabo?

—¿Los brazaletes?

—Olvídate de los brazaletes, esos ya no te los quita nadie. Los concejos de Darujhistan. ¿Quién los trajo?

—Una cosa muy rara —dijo Rapiña con un encogimiento de hombros—. Apareció un carruaje enorme como de la nada. En un momento el camino estaba vacío y al siguiente, seis caballos pataleando y un carruaje… Hechicero, en ese camino de ahí arriba no cabe una carreta de dos ruedas y mucho menos un carruaje. Los escoltas iban armados hasta los dientes, además, y se alteraban con nada. Supongo que tiene sentido, dado que llevaban diez mil concejos.

—Los de Trygalle —murmuró Ben el Rápido—. Esa gente me pone nervioso… —Después de un momento sacudió la cabeza—. Y ahora la pregunta definitiva. El último rastreador que mandaste, ¿dónde está?

Rapiña frunció el ceño.

—¿No lo sabes? ¡Los guijarros son tuyos, hechicero!

—¿A quién se lo diste?

—A un artesano que talla chucherías.

—¿Chucherías como las que llevas en el brazo, cabo?

—Bueno, sí, pero eso era lo único que merecía la pena. Miré todo lo demás y era bueno, pero nada especial.

Ben el Rápido le echó un vistazo a los moranthianos negros que cargaban en sus quorls columnas de monedas envueltas bajo la mirada divertida y desdeñosa de Mezcla.

—Bueno, no creo que haya ido muy lejos. Supongo que solo tengo que ir a buscarlo. No debería llevarme mucho…

La cabo lo vio alejarse un poco y después sentarse con las piernas cruzadas en el suelo.

El aire nocturno empezaba a enfriarse, un viento del oeste soplaba de las montañas Tahlyn. La luz de las estrellas bajaba del firmamento intensa y vívida. Rapiña se dio la vuelta y observó cómo cargaban las monedas.

—Mezcla —exclamó—, asegúrate de que hay dos sillas de sobra además de la del hechicero.

—Por supuesto —respondió la otra.

La ciudad de Pale no era mucho, pero al menos las noches eran cálidas. Rapiña empezaba a ser demasiado mayor para acampar al raso noche tras noche y para dormir en el suelo duro y frío. La última semana que había pasado esperando la entrega le había dejado un dolor sordo en los huesos. Al menos, con la generosa contribución de Darujhistan, Dujek podría completar el reaprovisionamiento del ejército.

Si Oponn les sonreía, estarían en marcha en menos de una semana. *Rumbo a otra puñetera guerra, maldito sea el Embozado, como si no estuviéramos ya bastante cansados. Y además, por las pezuñas de Fener, ¿qué o quién es el Dominio Painita?*

Desde que había dejado Darujhistan, ocho semanas atrás, a Ben el Rápido lo habían destinado al personal del segundo al mando de Whiskeyjack, con la tarea de contribuir a la consolidación del ejército rebelde de Dujek. La burocracia y la hechicería menor parecían extrañamente hechas la una para la otra. El mago había estado muy ocupado tejiendo una red de comunicaciones por todo Pale y sus accesos circundantes. Diezmos y tarifas para responder a las necesidades financieras del ejército y la imposición de un control que facilitara la transición de la ocupación a la posesión. *Al menos de momento*. La hueste de Unbrazo y el

Imperio de Malaz habían separado sus caminos, después de todo, pero el mago se había preguntado más de una vez por las curiosas responsabilidades imperiales de las que le habían hecho encargarse.

Con que prófugos, ¿eh? Cómo no, y el Embozado sueña con ovejitas que retozan en verdes pastos.

Dujek estaba… esperando. El ejército de Caladan Brood se había tomado su tiempo para alcanzar el sur y solo hacía un día que había llegado a la llanura del norte de Pale; con tiste andii en el centro, mercenarios y barghastianos ilgres por un lado y los rhivi y sus inmensos rebaños de bhederin por el otro.

Pero allí no habría guerra. No en esa ocasión.

No, por el abismo, todos hemos decidido luchar contra un nuevo enemigo, suponiendo que el parlamento vaya bien, y dado que los gobernantes de Darujhistan ya están negociando con nosotros, parece lo más probable. Un nuevo enemigo. Un imperio teocrático que devora ciudad tras ciudad en una oleada aparentemente imparable de fanatismo feroz. El Dominio Painita, ¿por qué me da tan mala espina? No importa, es hora de encontrar a mi rastreador descarriado…

Ben el Rápido cerró los ojos, soltó las cadenas del alma y salió de su cuerpo. De momento no percibió nada del inofensivo guijarro gastado por el agua que había empapado de su particular serie de hechicerías, así que no tuvo más alternativa que elaborar una búsqueda en forma de espiral que iba tanteando el terreno y confiar en que la proximidad rozara sus sentidos antes o después.

Lo que significaba proceder a ciegas, y si había algo que el hechicero odiara…

¡Ah, te encontré!

Qué sorpresa, estaba muy cerca, como si hubiera cruzado una especie de barrera escondida. Su visión no le mostró nada más que oscuridad (ni una sola estrella visible en el cielo), pero bajo él, el suelo se había nivelado. *Estoy en una senda, eso seguro. Lo alarmante es que no la reconozco. Me resulta familiar, pero hay algo raro*.

Distinguió un fulgor leve y rojizo un poco más adelante, un fulgor que se alzaba del suelo. Coincidía con la ubicación de su rastreador. En el aire tibio flotaba el olor a humo dulce. La inquietud de Ben el Rápido se agudizó pero, no obstante, se acercó al fulgor.

La luz roja se desprendía de la tienda raída que acababa de ver. Una solapa de cuero cubría la entrada, pero colgaba suelta. El hechicero no percibió nada de lo que había dentro.

Llegó a la tienda, se agachó y después dudó. *La curiosidad es mi mayor maldición, pero la simple admisión de un defecto no lo corrige. Por todos los cielos*. Apartó la solapa y miró dentro.

Una figura envuelta en una manta se había acurrucado contra la pared contraria de la tienda, a menos de metro y medio de distancia, inclinada sobre un brasero del que se alzaba el humo en sinuosas espirales. La respiración de la figura era ruidosa y forzada. Una mano a la que parecían haberle roto todos y cada uno de los huesos apareció de la nada y le hizo un gesto al hechicero. Después se oyó una voz ronca bajo la manta encapuchada.

—Entra, mago. Creo que tengo algo tuyo…

Ben el Rápido accedió a sus sendas, solo podía meterse en siete a la vez aunque era dueño de alguna más. Varias oleadas de poder lo atravesaron entero. No lo hizo de muy buena gana, desvelar de forma simultánea casi todo lo que poseía lo llenaba de un delicioso susurro de omnipotencia,

pero sabía que esa sensación no era más que una ilusión peligrosa y quizás incluso letal.

—Te das cuenta ahora —continuó la figura entre jadeo y resuello— que debes recobrarlo. Que alguien como yo pueda tener un vínculo con tus admirables poderes, mortal…

—¿Quién eres? —preguntó el hechicero.

—Roto. Hecho pedazos. Encadenado a este cadáver enfebrecido que yace bajo nosotros. No pedí semejante destino, no siempre fui una criatura del dolor…

Ben el Rápido apoyó una mano en la tierra fuera de la tienda y buscó con sus poderes. Después de un rato abrió más los ojos y luego los cerró poco a poco.

—La has infectado.

—En este reino —dijo la figura—, soy como un cáncer y con cada paso de la luz crezco y me hago más virulento. No puede despertar mientras yo florezca en su carne. —Cambió un poco de postura y bajo los pliegues de la mugrienta manta se oyó el crujido de una pesada cadena—. Tus dioses me han encadenado, mortal, y creen que la tarea está completa.

—Deseas que te preste un servicio a cambio de mi rastreador —dijo Ben el Rápido.

—Desde luego. Si yo tengo que sufrir, entonces también deben sufrir los dioses y su mundo…

El hechicero desató su hueste de sendas. El poder atravesó la tienda en oleadas. La figura chilló y se sacudió hacia atrás. La manta estalló en llamas, al igual que el pelo largo y enmarañado de la criatura. Ben el Rápido entró disparado en la tienda tras la última oleada de hechicería. Estiró de golpe una mano doblada por la muñeca y con la palma hacia arriba. Las puntas de los dedos se metieron en las cuencas de los ojos de la figura, la palma se estrelló contra la frente de la misma y le echó la cabeza hacia atrás.

La otra mano de Ben el Rápido se estiró y recogió el guijarro sin vacilar cuando se deslizó entre los juncos.

El poder de las sendas se apagó con un parpadeo. Cuando el hechicero se retiró, giró en redondo y se coló por la entrada, la criatura encadenada bramó de rabia. Ben el Rápido se puso de pie como pudo y echó a correr.

La oleada lo golpeó por detrás y lo mandó rodando al suelo caliente y humeante. El mago chilló y se retorció bajo aquel ataque hechicero. Intentó apartarse un poco más, pero el poder era demasiado grande y empezó a arrastrarlo hacia atrás. Ben el Rápido clavó las uñas en el suelo y se quedó mirando los surcos que abría en la tierra con los dedos, contemplando la sangre roja que brotaba de ellos.

Oh, Ascua, perdóname.

El puño invisible e implacable que lo atenazaba lo acercó a la entrada de la tienda. La figura del interior irradiaba hambre y rabia, así como la certeza de que tales deseos eran momentos de liberación.

Ben el Rápido estaba indefenso.

—¡Oh, qué dolor conocerás! —rugió el dios.

Algo se alzó entonces a través de la tierra. Una mano inmensa se cerró alrededor del hechicero, como un niño gigante que le arrebatara a alguien un muñeco. Ben el Rápido volvió a chillar cuando la mano se lo llevó por el suelo revuelto y humeante. Se le llenó la boca de tierra amarga.

Un bramido de furia despertó tenues ecos en el cielo.

Las puntas de las piedras desgarraron el cuerpo del hechicero cuando algo lo siguió arrastrando por la carne de la diosa Dormida. Falto de aire, la oscuridad fue engullendo poco a poco su mente.

Después se encontró tosiendo y escupiendo bocados de barro lleno de arena. Un aire cálido y dulce hinchó sus

pulmones. Se arrancó la tierra de los ojos y rodó de lado. El eco de unos gruñidos lo abofeteó, el suelo plano y duro corcoveaba y giraba bajo él. Ben el Rápido se puso de rodillas y se apoyó en las manos. Le chorreaba sangre de la carne hendida de su alma, sus ropas no eran más que tiras deshilachadas, pero estaba vivo. Levantó la cabeza.

Y estuvo a punto de gritar.

Una figura vagamente humana se alzaba inmensa sobre él, bien pudiera ser quince veces más alta que el hechicero, aquel bulto estuvo a punto de alcanzar el techo abovedado de la cueva. Una carne oscura de arcilla tachonada de toscos diamantes resplandecía y brillaba cuando la aparición cambiaba un poco de postura. No parecía prestar mucha atención a Ben el Rápido, aunque el hechicero sabía que había sido esa bestia la que lo había salvado del dios Tullido. Tenía los brazos levantados y las manos le desaparecían en el techo sucio y manchado de rojo. Unos arcos inmensos de color blanco apagado resplandecían en la cubierta, a intervalos regulares, como una sucesión interminable de costillas. Las manos parecían aferrarse a dos de esas costillas, o quizás estaban fusionadas a él.

Apenas visible más allá de la criatura, a unos ochocientos metros caverna abajo, otra aparición similar permanecía agachada, también con los brazos levantados.

Ben el Rápido se retorció y su mirada se deslizó por el otro lado de la caverna. Más sirvientes (el hechicero vio cuatro, quizá cinco), cada uno con los brazos levantados. La caverna era en realidad un túnel inmenso que se iba curvando a lo lejos.

Cierto es que estoy dentro de Ascua, la diosa Dormida. Una senda viva. Carne y huesos. Y estos… sirvientes…

—¡Tienes toda mi gratitud! —le gritó a la criatura que se cernía sobre él.

Una cabeza aplanada y deforme bajó y lo miró. Unos ojos diamantinos se clavaron en él como estrellas que descendieran del firmamento.

—Ayúdanos.

Era una voz infantil, llena de desesperación.

Ben el Rápido se quedó con la boca abierta. *¿Ayudar?*

—Se debilita —gimió la criatura—. Madre se debilita. Nos morimos. Ayúdanos.

—¿Cómo?

—Ayúdanos, por favor.

—N… no sé cómo.

—Socorro.

Ben el Rápido se levantó con un tambaleo. Fue en ese momento cuando vio que la carne de arcilla se estaba fundiendo, corría en arroyos húmedos por los gruesos brazos del gigante. Se le caían trozos de diamante. *El dios Tullido los está matando, está envenenando la carne de Ascua*. Los pensamientos del hechicero se dispararon.

—¡Sirviente, hijo de Ascua! ¿Cuánto tiempo? ¿Hasta que ya sea demasiado tarde?

—No mucho —respondió la criatura—. Se acerca. El momento se acerca.

El pánico se apoderó de Ben el Rápido.

—¿Pero cuánto tiempo? ¿Puedes ser más concreto? Necesito saber con qué puedo trabajar, amigo. ¡Por favor, inténtalo!

—Muy pronto. Decenas. Decenas de años, no más. El momento se acerca. Ayúdanos.

El hechicero suspiró. Para tales poderes, al parecer, los siglos no eran más que días. Aun así, la enormidad del ruego del sirviente amenazó con abrumarlo. Al igual que la amenaza. *¿Qué pasaría si Ascua muere? Beru nos libre, no creo que quiera averiguarlo. De acuerdo entonces, así que*

ahora es mi guerra. Bajó la cabeza, miró el suelo sembrado de barro que lo rodeaba y buscó con los sentidos. No tardó en encontrar al rastreador.

—¡Sirviente! Voy a dejar algo aquí para poder encontraros de nuevo. Voy a buscar ayuda, te lo prometo y volveré a por vosotros…

—No por mí —dijo el gigante—. Yo me muero. Otro vendrá. Quizá. —Los brazos de la criatura se habían afinado y ya casi estaban desprovistos de su armadura de diamante —. Muero ya. —Empezó a canturrear. La mancha roja del techo se había extendido hasta las costillas que sostenía y habían empezado a aparecer grietas.

—Encontraré una respuesta —susurró Ben el Rápido—. Te lo juro. —Hizo un gesto y abrió una senda. Sin siquiera echar una última mirada, no fuera a romperle el corazón la visión que dejaba, se introdujo en ella y desapareció.

Una mano le agitaba el hombro sin cesar. Ben el Rápido abrió los ojos.

—Maldito seas, mago —siseó Rapiña—. Ya casi ha amanecido, tenemos que volar.

El hechicero estiró las piernas con un gruñido y una mueca con cada movimiento, después dejó que la cabo lo ayudara a levantarse.

—¿Lo recuperaste? —le preguntó la cabo mientras lo arrastraba al quorl que esperaba.

—¿Recuperar qué?

—Ese guijarro.

—No. Estamos metidos en una buena, Rapiña…

—Siempre estamos metidas en una buena…

—No, me refiero a todos. —Clavó los talones y se la quedó mirando—. Todos nosotros, todos.

Rapiña no supo qué vio en la expresión del hechicero, pero la dejó temblando.

—De acuerdo. Pero ahora mismo tenemos que movernos.

—Sí. Será mejor que me ates porque no voy a poder mantenerme despierto.

Llegaron al quorl. El moranthiano sentado en la silla quitinosa delantera giró la cabeza protegida por el casco y los observó en silencio.

—Reina de los Sueños —murmuró Rapiña mientras envolvía los miembros de Ben el Rápido con el arnés de cuero—. Jamás te había visto tan asustado, hechicero. Voy a terminar meando cubos de hielo por tu culpa.

Fueron las últimas palabras de la noche que recordó Ben el Rápido, pero siempre las recordó.

A Ganoes Paran lo acosaban imágenes de ahogamientos, pero no en agua. Ahogamientos en la oscuridad. Desorientado, agitándose aterrado en un lugar desconocido e irreconocible. Siempre que cerraba los ojos se apoderaba de él el vértigo y se le hacían nudos en las tripas, como si una vez más lo hubieran reducido al estado de un niño. Aterrada, sin comprender nada, su alma se retorcía de dolor.

El capitán dejó la barricada de la frontera donde los últimos mercaderes del día seguían luchando por atravesar la multitud de guardias malazanos, soldados y escribas. Había hecho lo que Dujek había ordenado y había montado su campamento en la garganta del paso. Los impuestos y los registros de carretas habían dado su fruto, un botín sustancioso aunque, a medida que se corría la voz, las ganancias iban disminuyendo. Era un equilibrio delicado: mantener los impuestos a un nivel que los comerciantes pudieran soportar y permitir que pasara el contrabando

suficiente, no fuera que la asfixia se convirtiera en estrangulación y el tráfico entre Darujhistan y Pale desapareciera por completo. Paran se las iba arreglando, pero solo apenas. Aunque esa era la menor de sus dificultades.

Desde la debacle de Darujhistan, el capitán se sentía a la deriva, arrojado de un lado a otro por la transformación caótica de Dujek y su ejército de renegados. El ancla malazana había quedado cortada. Las estructuras de apoyo se habían derrumbado. La carga que soportaba el cuerpo de oficiales se había hecho abrumadora. Casi diez mil soldados habían adquirido de repente una necesidad casi infantil de consuelo.

Y consuelo era algo que Paran era incapaz de dar. Si acaso, la confusión de su interior se había profundizado. Hebras de sangre bestial recorrían sus venas. Recuerdos fragmentados (pocos de ellos propios) y visiones extrañas, sobrenaturales, infestaban sus noches. Las horas diurnas pasaban envueltas en una neblina confusa. Un sinfín de problemas de materiales y logística de los que ocuparse, las rimbombantes necesidades de la gestión que se veían obligadas a pasar una y otra vez por la creciente riada de males físicos que habían empezado a acosarlo.

Llevaba semanas sintiéndose enfermo y Paran tenía sus sospechas sobre la fuente. *La sangre del mastín de Sombra. Una criatura que se hundía en el reino de la Oscuridad… ¿pero puedo estar seguro de eso? Las emociones que coronaban como espuma la cresta… más se parecen a las de un niño. De una niña*…

Apartó ese pensamiento una vez más, sabía muy bien que no tardaría en volver (al tiempo que el dolor de su estómago se disparaba de nuevo). Y lanzando una mirada

adonde Trote mantenía la posición de centinela, Paran continuó subiendo la colina.

El dolor de la enfermedad lo había cambiado, lo notaba en su interior, conjurado como una imagen, una escena peculiar y conmovedora a la vez. Se sentía como si su alma hubiera quedado reducida a algo lastimero, una rata mustia y sudada atrapada en un desprendimiento de rocas, retorciéndose y metiéndose entre las grietas en un intento desesperado de encontrar un sitio donde la presión (aquella presión inmensa y cambiante) se aplacara un poco. *Un espacio en el que respirar. Y el dolor que me rodea, esas piedras afiladas, se están asentando, siguen asentándose, los espacios que quedaban entre ellas se desvanecen, la oscuridad se alza como el agua*…

Los triunfos que se hubieran logrado en Darujhistan a Paran ya le parecían triviales. Salvar una ciudad, salvar las vidas de Whiskeyjack y su pelotón, poder aplastar los planes de Laseen, todos y cada uno de esos logros se habían convertido en cenizas en la mente de Paran.

No era lo que había sido y esa nueva forma no era de su gusto.

El dolor oscurecía el mundo. El dolor dislocaba. Convertía la carne propia y los huesos en la casa de un extraño de la que no había escapatoria posible.

Sangre de la bestia… susurra sobre la libertad. Susurros sobre un modo de salir, pero no de la oscuridad. No. Un modo de salir a la oscuridad en la que entraron los mastines, en las profundidades del corazón de la espada maldita de Anomander Rake, el corazón secreto de Dragnipur.

Estuvo a punto de maldecir en voz alta al acordarse mientras se abría camino colina arriba, por el sendero que se asomaba a la frontera. La luz del día comenzaba a

desaparecer. El viento que peinaba la hierba había empezado a decaer y su voz ronca se limitaba a un murmullo.

El susurro de la sangre no era más que uno de muchos, y cada uno exigía su atención, cada uno le ofrecía invitaciones contradictorias, caminos dispares por los que escapar. *Pero siempre escapar. Huir. Esta criatura acobardada no puede pensar en nada más... al tiempo que las cargas se acomodan... y acomodan*.

Dislocación. *Todo lo que veo a mi alrededor... parecen los recuerdos de otra persona. Hierba trenzada en colinas bajas, afloramientos de piedras tachonando las cimas, y cuando el sol se pone y el viento se enfría, se me seca el sudor de la frente y llega la oscuridad... y bebo ese aire como si fuera el agua más dulce. Dioses, ¿qué significa eso?*

La confusión de su interior no se sosegaba. *Escapé del mundo de esa espada pero todavía siento sus cadenas a mi alrededor a pesar de todo, ciñéndome cada vez más*. Y en esa tensión había una expectación. De rendición, de ceder... como si esperara convertirse en... *¿qué? ¿Convertirme en qué?*

El barghastiano estaba sentado en medio de hierbas altas y pardas, en una cima que se asomaba a la frontera. El flujo de mercaderes había empezado a remitir a ambos lados de la barricada y las nubes de polvo se desvanecían sobre la carretera repleta de surcos. Otros montaban campamentos, la garganta del paso se estaba transformando en un asentamiento no oficial. Si la situación continuaba así, el asentamiento se iría arraigando, se convertiría en una aldea y luego en un pueblo.

Pero no va a pasar. Somos un pueblo demasiado inquieto. Dujek ya ha planificado nuestro futuro inmediato, amortajado en el polvo de un ejército que ya se ha puesto

en marcha. Y lo que es peor, en ese plano hay arrugas y está empezando a parecer que los Abrasapuentes están a punto de caer en una. Una muy profunda.

Sin aliento y luchando contra más punzadas todavía, el capitán Paran se acercó y se agachó junto a un guerrero medio desnudo y repleto de tatuajes.

—Llevas desde esta mañana pavoneándote como un bhederin macho, Trote —dijo—. ¿Qué habéis tramado Whiskeyjack y tú, soldado?

La boca fina y grande del barghastiano se crispó en algo parecido a una sonrisa pero sus ojos oscuros permanecieron clavados en la escena que se desarrollaba abajo, en el valle.

—Termina la fría oscuridad —gruñó.

—Por el Embozado, ya quisiéramos; el sol se va a poner en unos momentos, ¿es que no lo ves, idiota engrasado?

—Frío y congelado —continuó Trote—. Ciego al mundo. Soy el relato y el relato no se ha pronunciado en mucho tiempo. Pero ya no. Soy una espada a punto de abandonar su vaina. Soy hierro y a la luz del día os cegaré a todos. Ja.

Paran escupió en la hierba.

—Mazo ya había mencionado tu repentina… locuacidad. También mencionó que a nadie le ha servido de nada dado que con su llegada has perdido el poco sentido común que mostrabas antes.

El barghastiano se golpeó el pecho y el sonido reverberó como el de un tambor.

—Yo soy el relato y pronto se contará. Ya verás, malazano. Lo veréis todos.

—El sol te ha marchitado el cerebro, Trote. Bueno, esta noche volvemos a Pale, aunque me imagino que Whiskeyjack ya te lo habrá dicho. Aquí viene Seto para relevarte como centinela. —Paran se levantó y disimuló la

mueca que llegó con el movimiento—. Bueno, yo me voy a terminar mis rondas.

Y se alejó con pasos pesados.

Maldito seas, Whiskeyjack, ¿qué habéis tramado Dujek y tú? El Dominio Painita… ¿Por qué nos estamos matando por unos fanáticos advenedizos? Estas cosas siempre terminan reducidas a cenizas. Cada vez. Hacen implosión. Los escritorzuelos toman el mando con sus pergaminos (como siempre) y empiezan a discutir sobre oscuros detalles de la fe. Se forman sectas. Estalla una guerra civil y ya está, solo una flor muerta más pisoteada en el camino interminable de la historia.

Oh, sí, ahora mismo todo es brillante y todo resplandece. Solo que los colores se desvanecen. Como siempre.

Un día el Imperio de Malaz tendrá que enfrentarse a su propia mortalidad. Un día, caerá el sol sobre el Imperio.

Se dobló cuando otra punzada ardiente de dolor se apoderó de su estómago. *¡No, no pienses en el Imperio! ¡No pienses en la matanza selectiva de Laseen! Confía en Tavore, Ganoes Paran, tu hermana salvará la Casa. Mejor de lo que lo habrías hecho tú. Mucho mejor. Confía en tu hermana*… El dolor se alivió un poco. El capitán respiró hondo y continuó bajando hasta el cruce.

Me ahogo. Por el abismo, me estoy ahogando.

Seto trepó como un simio de las rocas y llegó a la cima. Sus piernas estevadas lo llevaron junto al barghastiano. Al pasar detrás de Trote, estiró el brazo y le dio a la única coleta trenzada del guerrero un fuerte tirón.

—Ja —dijo mientras se acomodaba junto a su compañero —. Me encanta cómo se te salen los ojos cuando hago eso.

—Los zapadores —dijo el barghastiano— sois la escoria que hay bajo un guijarro en un arroyo que atraviesa un campo de cerdos enfermos.

—Esa es buena, aunque un tanto enrevesada. Con que volviendo loco al capitán, ¿eh?

Trote no dijo nada, había clavado la mirada en las lejanas montañas Tahlyn.

Seto se quitó la gorra de cuero chamuscada de la cabeza, se rascó con vigor los pocos mechones de pelo que le quedaban en la mollera y estudió a su compañero durante un buen rato.

—No está mal —decidió—. Noble y misterioso. Estoy impresionado.

—Deberías. No es tan fácil mantener estas poses, ¿sabes?

—Lo tuyo es innato. ¿Me puedes decir por qué te estás quedando con Paran?

Trote esbozó una gran sonrisa que reveló una fila de dientes limados manchados de azul.

—Es divertido. Además, es Whiskeyjack el que tiene que explicar las cosas…

—Solo que él no ha explicado nada todavía. Dujek nos quiere de vuelta en Pale, reuniendo lo que queda de los Abrasapuentes. Paran debería estar contento de que le vuelvan a dar una compañía propia que mandar en lugar de solo un par de pelotones maltrechos. ¿Whiskeyjack ha dicho algo sobre el próximo parlamento con Brood?

Trote asintió poco a poco.

Seto frunció el ceño.

—Bueno, ¿qué?

—Que se acerca.

—Ah, ya, muchas gracias. Por cierto, ya estás oficialmente relevado de este puesto, soldado. Ahí abajo te

están cocinando un bhederin. Hice que el cocinero te lo rellenara de estiércol, como a ti te gusta.

Trote se levantó.

—Un día puede que te cocine y te coma a ti, zapador.

—Y te asfixiarás con mi hueso de la suerte.

El barghastiano frunció el ceño.

—El ofrecimiento era real, Seto. Para honrarte, amigo mío.

El artillero miró a Trote con los ojos entrecerrados y después sonrió.

—¡Cabrón! ¡Casi me lo creo!

Trote sorbió por la nariz y se dio la vuelta.

—Casi —dijo—. Ja, ja.

Whiskeyjack estaba esperando cuando Paran regresó a la aduana y su barricada improvisada. En otro tiempo sargento, en aquel momento segundo al mando de Dujek Unbrazo, el canoso veterano había llegado con la última escuadrilla moranthiana. Se encontraba con el sanador de su antiguo pelotón, Mazo, y los dos observaban a una veintena de soldados del Segundo Ejército, que cargaban los beneficios de la última semana en los quorls. Paran se acercó, caminaba con cuidado, como si quisiera ocultar el dolor que lo atenazaba.

—¿Cómo va la pierna, comandante? —preguntó.

Whiskeyjack se encogió de hombros.

—Ahora mismo lo estábamos discutiendo —dijo Mazo, su rostro redondo se ruborizó—. Ha sanado mal. Necesita más atención…

—Más tarde —gruñó el barbudo comandante—. Capitán Paran, que los pelotones se reúnan dentro de dos campanadas, ¿has decidido lo que vas a hacer con lo que queda del noveno?

—Sí, se unirán a lo que queda del pelotón del sargento Azogue.

Whiskeyjack frunció el ceño.

—Dame nombres.

—Azogue tiene a la cabo Rapiña y… déjame ver… Eje, Mezcla, Detoran. Así que, aquí con Mazo, Seto, Trote y Ben el Rápido…

—Ben el Rápido y Eje son ahora magos del cuadro, capitán. Pero, en cualquier caso, los tendrás con tu compañía. De otro modo, me imagino que Azogue estará contento…

Mazo soltó un bufido.

—¿Contento? Azogue no conoce el significado de esa palabra.

Paran entrecerró los ojos.

—He de entender entonces que los Abrasapuentes no van a marchar con el resto de la hueste.

—No, así es; pero ya entraremos en eso cuando volvamos a Pale. —Los ojos grises y serios de Whiskeyjack estudiaron al capitán durante un momento y después se apartaron—. Quedan treinta y ocho abrasapuentes, no se puede decir que sea una gran compañía. Si lo prefieres, capitán, puedes rechazar el puesto. Hay unas cuantas compañías de marineros de élite que andan cortos de oficiales y están acostumbrados a que los manden nobles…

Se hizo el silencio.

Paran se dio la vuelta. Comenzaba a caer la tarde, las sombras del valle se alzaban por las laderas de las colinas que los rodeaban y unas cuantas estrellas borrosas surgían en la cúpula del firmamento. *Puede que me apuñalen por la espalda, eso es lo que me está diciendo. Los Abrasapuentes sienten una antipatía permanente por los oficiales nobles*. Un año antes lo habría dicho en voz alta, creía que era

bueno dejar al descubierto la cruda realidad. *Esa noción equivocada de que así es como hacen las cosas los soldados… cuando lo cierto es que es lo contrario lo que hacen los soldados. En un mundo lleno de peligros y hoyos, vas esquivando los bordes. Solo los idiotas se lanzan sin mirar y los idiotas no suelen vivir mucho*. Ya había sentido una vez unas puñaladas. Las heridas deberían haber sido fatales. El recuerdo lo bañó en sudor. La amenaza no era algo que pudiera desechar con un encogimiento de hombros y haciendo gala de una chulería juvenil e ignorante. Él lo sabía y los dos hombres que lo miraban también.

—Con todo —dijo Paran con los ojos clavados en la oscuridad que devoraba el camino del sur—, consideraría un honor comandar a los Abrasapuentes, señor. Quizá, con el tiempo, tenga la oportunidad de demostrar que soy digno de tales soldados.

Whiskeyjack lanzó un gruñido.

—Como quieras, capitán. La oferta sigue en pie si cambias de opinión.

Paran lo miró.

El comandante esbozó una gran sonrisa.

—Durante algún tiempo más, en cualquier caso.

Una figura enorme y morena surgió de la penumbra entre el tintineo suave de armas y armadura. Al ver a Whiskeyjack y Paran, la mujer dudó y después clavó la mirada en el comandante.

—Se está cambiando la guardia, señor —dijo—. Estamos volviendo todos, como se nos ordenó.

—¿Por qué me lo dices a mí, soldado? —bramó Whiskeyjack—. Habla con tu superior inmediato.

La mujer frunció el ceño, giró y miró a Paran.

—Se está…

—Ya lo he oído, Detoran. Que los Abrasapuentes cojan su equipo y se reúnan en el complejo.

—Todavía falta campanada y media para irnos…

—Soy consciente de eso, soldado.

—Sí, señor. Enseguida, señor.

La mujer se alejó sin demasiadas prisas.

Whiskeyjack suspiró.

—En cuanto a esa oferta…

—Mi tutor era napaniano —dijo Paran—. Todavía tengo que conocer a un napaniano que entienda el significado de la palabra respeto y Detoran no es ninguna excepción. También soy consciente —continuó— de que no es ninguna excepción en lo que a los Abrasapuentes se refiere.

—Parece que tu tutor te enseñó bien —murmuró Whiskeyjack.

Paran frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Esa falta de respeto por la autoridad se te ha pegado, capitán. Acabas de interrumpir a tu comandante.

—Oh, tienes que disculparme. Siempre se me olvida que ya no eres sargento.

—A mí también, por eso necesito que la gente como tú lo tenga claro. —El veterano se volvió hacia Mazo—. Recuerda lo que he dicho, sanador.

—Sí, señor.

Whiskeyjack miró otra vez a Paran.

—Lo de apurarlos para hacerlos esperar fue un buen toque, capitán. A los soldados les encanta que les den tiempo para ponerse nerviosos.

Paran observó al antiguo sargento, que se alejó rumbo a la garita.

—Esa conversación privada con el comandante, sanador —le dijo después a Mazo—. ¿Hay algo que debería saber?

Mazo parpadeó con gesto somnoliento.

—No, señor.

—Muy bien. Puedes reunirte con tu pelotón.

—Sí, señor.

Cuando se quedó solo, Paran suspiró. *Treinta y ocho veteranos amargados y resentidos, traicionados ya dos veces. Yo no formaba parte de la traición en el sitio de Pale y cuando Laseen los proclamó prófugos, la declaración me abarcaba a mí tanto como a ellos. Nada de eso se me puede achacar a mí, pero eso es lo que están haciendo de todos modos*.

Se frotó los ojos. El sueño se había convertido en un asunto… poco grato. Noche tras noche, desde su huida de Darujhistan… *dolor y sueños, no: pesadillas. Por todos los dioses del inframundo*… Se pasaba las horas nocturnas retorcido bajo las mantas, la sangre lo atravesaba entero, los ácidos le borboteaban en el estómago y cuando la conciencia al fin lo abandonaba, el sueño era inquieto, atormentado por sueños de huida. Corría a cuatro patas. Después se ahogaba…

Es la sangre del mastín que me recorre sin diluirse un instante. Tiene que serlo.

Había intentado decirse más de una vez que la sangre del mastín de Sombra era también la fuente de su paranoia. La idea le provocó una sonrisa amarga. *No es cierto. Lo que temo es muy real. Peor aún, esta inmensa sensación de pérdida… sin poder confiar en nadie. Sin eso, ¿qué veo en la vida que me aguarda? Nada salvo soledad y por tanto, nada de valor. Y ahora, todas esas voces… que me hablan en susurros de huidas. Huir*.

Se sacudió y escupió para deshacerse de la flema amarga que tenía en la garganta. *Piensa en esa otra cosa, esa otra escena. Solitaria. Desconcertante. Recuerda, Paran, la voz*

que oíste. Era la de Velajada, no lo dudaste entonces, ¿por qué lo dudas ahora? Está viva. De algún modo, de alguna forma, la hechicera está viva...

¡Aah, el dolor! Una niña chillando en la oscuridad, un mastín aullando perdido en el dolor. Un alma clavada en el corazón de una herida... ¡y yo creo que estoy solo! ¡Dioses, ojalá lo estuviera!

Whiskeyjack entró en la garita, cerró la puerta tras él y se acercó a la mesa del escriba. Se apoyó en ella y estiró la dolorida pierna. Suspiró como si intentara deshacer un sinfín de nudos y cuando terminó, estaba temblando.

Un momento después se abrió la puerta.

Whiskeyjack se irguió y miró a Mazo con el ceño fruncido.

—Creí que tu capitán había solicitado una reunión general, sanador...

—Paran está en peor forma que tú, señor.

—Ya hemos hablado de eso. Guárdale las espaldas al muchacho, ¿te lo estás pensando mejor, Mazo?

—No lo has entendido. Acabo de hacer una búsqueda en su dirección, mi senda Denul se encogió, comandante.

Solo entonces notó Whiskeyjack el tono pálido del rostro redondo del sanador.

—¿Se encogió?

—Sí, y eso no me había pasado jamás. El capitán está enfermo.

—¿Tumores? ¿Cánceres? ¡Sé más concreto, maldita sea!

—Nada de eso, señor. Todavía no, pero ya llegarán. Se le ha hecho un agujero en la tripa. Todo lo que se está guardando, supongo. Pero hay más, necesitamos a Ben el Rápido. A Paran lo atraviesan hechicerías como raíces de pascueta.

—Oponn…

—No, los Bufones Mellizos ya hace tiempo que se han ido. El viaje de Paran a Darujhistan… algo le pasó en el camino. No, no algo. Muchas cosas debieron de pasarle. En cualquier caso, el capitán está luchando contra esas hechicerías y eso es lo que lo está matando. Podría equivocarme, señor. Necesitamos a Ben el Rápido.

—Ya veo. Que se ponga a ello cuando lleguemos a Pale. Pero que sea sutil. No tiene sentido inquietar todavía más al capitán.

El ceño de Mazo se profundizó.

—Señor, es solo que… ¿Está en condiciones de tomar el mando de los Abrasapuentes?

—¿Y me lo preguntas a mí? Si quieres hablar con Dujek sobre lo que te preocupa, estás en tu derecho, sanador. Si crees que Paran no está preparado para asumir su deber… ¿es lo que crees, Mazo?

Después de un momento, el hombre suspiró.

—Todavía no, supongo. Es tan tozudo como tú, señor. Por el Embozado, ¿seguro que no sois parientes?

—Muy seguro, maldita sea —gruñó Whiskeyjack—. Cualquier perro del campamento tiene la sangre más pura que lo que hay en mi linaje. Dejemos las cosas así, entonces. Habla con el Rápido y con Eje. A ver lo que puedes averiguar sobre esas hechicerías ocultas; si los dioses están tirando de los hilos de Paran otra vez, quiero saber quién, y después ya nos plantearemos por qué.

Los ojos de Mazo se achinaron mientras estudiaba al comandante.

—Señor, ¿en qué nos estamos metiendo?

—No estoy seguro, sanador —admitió Whiskeyjack con una mueca. Gruñó un poco y cambió de postura la pierna mala para descargarla del peso—. Si Oponn nos sonríe, no

tendré que sacar la espada… Los comandantes por lo general no la sacan, ¿verdad?

—Si me dieras tiempo, señor…

—Más tarde, Mazo. Ahora mismo tengo un parlamento en el que pensar. Brood y su ejército han llegado a las afueras de Pale.

—Sí.

—Y tu capitán seguramente se estará preguntando dónde te has metido, por el Embozado. Sal de aquí, Mazo. Ya te veré después del parlamento.

—Sí, señor.

CAPÍTULO 3



Dujek Unbrazo y su ejército aguardaron la llegada de Caladan Brood y sus aliados: los tiste andii de los páramos, los clanes barghastianos del extremo norte, una decena de contingentes mercenarios y los rhivi de las llanuras. Allí, en el campo de la muerte todavía en carne viva, a las afueras de la ciudad de Pale, se encontrarían las dos fuerzas. No para librar una guerra, sino para tallar la paz a partir de una historia amarga. Ni Dujek ni Brood ni nadie entre aquella legendaria compañía podría haber anticipado el consiguiente choque, no de espadas, sino de mundos…

Confesiones de Artanthos

Unas cumbres bajas ribeteaban las colinas a una legua al norte de Pale, cicatrices apenas curadas de una época en la que el atrevimiento de la ciudad pretendió devorar las estepas que bordeaban la llanura de Rhivi. Desde que se tenía recuerdo, las colinas habían sido sagradas para los rhivi. Los granjeros de Pale habían pagado por su temeridad con sangre.

Y, sin embargo, la tierra tardaba en sanar, quedaban ya pocos de los antiguos menhires, los círculos de rocas y las criptas de losas. Las piedras se apilaban de cualquier modo en montones sin significado alguno junto a lo que habían sido terrazas de campos de maíz. Todo lo que había de sagrado en aquellas tierras se consideraba tal ya solo en las mentes de los rhivi.

Como en la fe, así somos en verdad. La mhybe se envolvió un poco mejor los hombros delgados y huesudos con la piel de antílope. Una nueva colección de dolores y molestias dibujaban el mapa de su cuerpo esa mañana, prueba de que la niña le había absorbido más energía durante la noche pasada. La anciana se dijo que no sentía resentimiento alguno, tales necesidades no se podían burlar y, en cualquier caso, no había mucho de natural en aquella niña. Unos espíritus inmensos y fríos y los ensalmos ciegos de la hechicería habían conspirado para tallar y dar vida a algo nuevo, único.

Y se estaba acabando el tiempo, quedaba ya tan poco.

Los ojos oscuros de la mhybe resplandecieron en sus nidos de arrugas al observar a la niña que correteaba por las terrazas agostadas. El instinto de una madre nunca se dormía. No estaba bien maldecirlo ni arremeter contra los vínculos del amor que llegaban con la división de la carne. A pesar de todos los defectos que bramaban en su interior, a pesar de todas las exigencias retorcidas que se entretejían en el interior de su hija, la mhybe no podía, no quería, hilar telas de odio.

No obstante, el marchitamiento de su cuerpo debilitaba los dones del corazón a los que ella se aferraba con tanta desesperación. Menos de una estación antes, la mhybe había sido una mujer joven, ni siquiera desposada todavía. Una joven orgullosa, poco dispuesta a aceptar las medias trenzas de hierba que numerosos hombres jóvenes y viriles habían dejado ante la entrada de su tienda; todavía no estaba lista para entretejer su propia trenza y atarse así al matrimonio.

Los rhivi eran un pueblo sumido en el dolor, ¿cómo se podía pensar en un marido y una familia en esos tiempos de guerra incesante y devastadora? Ella no estaba tan ciega

como el resto de sus hermanas, ella no abrazaba esa supuesta obligación bendecida por los espíritus de producir hijos para alimentar el suelo que se extendía ante la guadaña de la Parca. Su madre había sido una lectora de huesos, con el don y la capacidad de sostener todo el cúmulo de recuerdos de su pueblo, de cada linaje hasta remontarse a la lágrima del espíritu moribundo. Y su padre había sostenido la lanza de guerra, primero contra los barghastianos Caras Blancas y después contra el Imperio de Malaz.

Los echaba de menos a los dos, mucho, pero entendía que sus muertes, junto con su propia reticencia a aceptar el roce de un hombre, habían conspirado para convertirla en la elección ideal a los ojos de la hueste de espíritus. Una vasija sin vínculos, una vasija en la que depositar dos almas destrozadas (una más allá de la muerte y la otra retenida en el umbral del adiós gracias a hechicerías ancestrales, dos identidades entrelazadas), una vasija que se utilizaría para alimentar a la niña antinatural así creada.

Entre los rhivi, que viajaban con sus rebaños y no alzaban paredes de piedra o ladrillo, tal recipiente, destinado a un único uso concreto después del cual se desechaba, se llamaba un *mhybe* y así había encontrado un nuevo nombre; cada verdad de su vida quedó contenida en él.

Vieja sin sabiduría, marchita sin el don de los años, y sin embargo se espera de mí que guíe a esta niña, a esta criatura, que gana una estación con cada una que yo pierdo, para quien el destete significará mi muerte. Mírala ahora, jugando como jugaría una niña; sonríe ignorante del precio que su existencia, que su crecimiento, me exige.

La mhybe oyó unos pasos tras ella y un momento después una mujer alta de piel negra se colocó a su lado.

Los ojos sesgados de la recién llegada se posaron en la niña que jugaba en la ladera de la colina. El viento de la pradera le cubría la cara con mechones sueltos de cabello negro. Una magnífica armadura de escamas resplandecía bajo la camisa de cuero de vaca teñida de negro que lucía la mujer.

—Engaña —murmuró la mujer tiste andii—, ¿no es cierto?

La mhybe suspiró y después asintió.

—No parece algo que pueda generar miedo —continuó la mujer de piel negra como la noche— o que pueda ser el centro de acerbas discusiones…

—¿Ha habido más, entonces?

—Sí. Kallor renueva su asalto.

La mhybe se puso rígida, levantó la cabeza y miró a la tiste andii.

—¿Y? ¿Ha habido algún cambio, Korlat?

—Brood se mantiene firme —respondió Korlat tras un momento. Después se encogió de hombros—. Si tiene dudas, las oculta bien.

—Las tiene —dijo la mhybe—. Pero la necesidad que tiene de los rhivi y nuestros rebaños pesa todavía más que ellas. Es un simple cálculo, nada que ver con la fe. ¿Continuará necesitándonos una vez que se entable una alianza con el manco malazano?

—Esperemos —aventuró Korlat— que los malazanos sepan algo más sobre los orígenes de la niña…

—¿Lo suficiente para mitigar la posible amenaza? Debes hacerle entender a Brood, Korlat, que lo que las dos almas fueron una vez no es nada comparado con aquello en lo que se han convertido. —Sin apartar los ojos de la niña que jugaba, la mhybe continuó—: La crearon dentro de la influencia de un t’lan imass, su senda intemporal se convirtió en las hebras que la ataron y que fueron entretejidas por un invocahuesos imass, un invocahuesos de

carne y hueso, Korlat. Esta niña pertenece a los t'lan imass. Puede ser que vaya revestida con la carne de una rhivi y bien puede ser que su interior contenga las almas de dos magos malazanos pero ahora es una soletaken, y mucho más: una invocahuesos. E incluso estas verdades no hacen sino rozar los bordes de aquello en lo que se convertirá. Dime, ¿qué necesidad tienen los inmortales t'lan imass de una invocahuesos de carne y hueso?

La mueca de Korlat se hizo irónica.

—No soy la persona a la que debes preguntar.

—Ni tampoco lo son los malazanos.

—¿Estás segura? ¿No marcharon los t'lan imass bajo los estandartes malazanos?

—Pero ya no lo hacen, Korlat. ¿Qué brecha oculta se abre entre ellos ahora? ¿Qué motivos secretos podrían hallarse bajo todo lo que los malazanos aconsejan? No tenemos forma de adivinarlo, ¿verdad?

—Me imagino que Caladan Brood es consciente de tales posibilidades —dijo la tiste andii con sequedad—. En cualquier caso, podrás ser testigo y tomar parte de estos asuntos, mhybe. El contingente malazano se acerca y el caudillo quiere que presencies el parlamento.

La mhybe se dio la vuelta. El campamento de Caladan Brood se extendía ante ella, organizado con la precisión habitual. Los mercenarios al oeste, los tiste andii dominando el centro y los campamentos rhivi de la mhybe y los rebaños de bhederin al este. La marcha había sido larga, desde el altiplano del Viejo Rey, atravesando las ciudades de Gato y después Remiendo hasta llegar al fin al antiguo camino Rhivi que serpenteaba al sur y cruzaba la llanura que era el hogar tradicional de los rhivi. *Un hogar desgarrado por años de guerra, de ejércitos en marchas eternas y las bombas incendiarias de los moranthianos cayendo del cielo... Los*

quorls que giraban en un silencio moteado de negro, el horror que descendía sobre nuestros campamentos… nuestros rebaños sagrados.

Y, sin embargo, ahora se supone que debemos estrechar las muñecas de nuestros enemigos. Con los invasores malazanos y los desalmados moranthianos hemos de tejer trenzas de matrimonio (nuestros dos ejércitos), las mandíbulas trabadas en las gargantas del otro durante tanto tiempo, pero un matrimonio no en nombre de la paz. No, estos guerreros buscan ahora otro enemigo, un nuevo enemigo…

Más allá del ejército de Brood, al sur se alzaban los muros recién reparados de Pale, las manchas de la violencia eran un recordatorio escalofriante de las hechicerías malazanas. Un grupo de jinetes acababa de partir de la puerta norte de la ciudad y un estandarte gris sin distintivos anunciaba que eran unos proscritos, para que todo el mundo lo viera mientras atravesaban sin prisas el campo de la muerte desnudo, rumbo al campamento de Brood.

Los ojos de la mhybe se entrecerraron y se clavaron con suspicacia en ese estandarte. *Anciana, tus miedos son una maldición. No pienses en la desconfianza, no pienses en los horrores que sufrimos a manos de estos que otrora fueron nuestros invasores. Dujek Unbrazo y su hueste han sido proscritos por la odiada emperatriz. Una campaña ha terminado. Comienza una nueva. Espíritus del inframundo, ¿veremos alguna vez el fin de la guerra?*

La niña fue a reunirse con las dos mujeres. La mhybe bajó la cabeza y la miró, vio en el fondo de la mirada firme e inquebrantable de la niña un conocimiento y una sabiduría que parecían fruto de una vida de milenios, y quizá lo fueran. *Aquí estamos las tres, a la vista de todos: una niña de diez u once años, una mujer de rostro joven con ojos que*

no son humanos y una anciana encorvada; y es, en cada detalle, todo una ilusión, pues lo que yace en nuestro interior es lo opuesto. Yo soy la niña. La tiste andii ha conocido miles de años de vida y la niña… cientos de miles.

Korlat también había bajado la cabeza para mirar a la niña. La tiste andii sonrió.

—¿Has disfrutado de tus juegos, Zorraplateada?

—Durante un rato —respondió la niña con una voz sorprendentemente baja—. Pero después me puse triste.

Korlat alzó las cejas.

—¿Y eso por qué?

—Antaño había aquí una confianza sagrada, entre estas colinas y los espíritus de los rhivi. Ahora está rota. Los espíritus no eran más que vasijas sin ataduras, vasijas de pérdida y dolor. Las colinas nunca sanarán.

La mhybe sintió que se le helaba la sangre. La niña iba revelando con cada día una sensibilidad que rivalizaba con la de la cargadora más sabia entre las tribus. Pero había también cierta frialdad en esa sensibilidad, como si tras cada palabra compasiva yaciera una intención oculta.

—¿No se puede hacer nada, hija?

Zorraplateada se encogió de hombros.

—Ya no es necesario.

Como ahora, por ejemplo.

—¿A qué te refieres?

La niña de carita redonda levantó la cabeza y le sonrió a la mhybe.

—Si hemos de presenciar el parlamento, madre, será mejor que nos demos prisa.

El lugar de encuentro estaba a veinticinco metros de los últimos piquetes, en una pequeña elevación. Al oeste se

podían ver los túmulos más recientes que se habían levantado para enterrar a los muertos tras la caída de Pale. La mhybe se preguntó si ese sinfín de víctimas estaban contemplando desde lejos la escena que se desplegaba ante ella. *Después de todo, hay espíritus que nacen de sangre derramada. Y sin una propiciación, con frecuencia se retuercen y convierten en fuerzas hostiles llenas de rencor y torturadas por visiones de pesadilla. ¿Son solo los rhivi los que conocen estas verdades?*

De la guerra a la alianza, ¿qué pensarían esos fantasmas de esto?

—Se sentirían traicionados —dijo Zorraplateada a su lado —. Yo les responderé, madre. —La pequeña estiró el brazo para coger la mano de la mhybe mientras caminaban—. Este es un momento para los recuerdos. Recuerdos antiguos y recuerdos recientes…

—¿Y tú, hija —preguntó la mhybe en tono bajo y febril—, eres el puente que une ambos?

—Eres una mujer sabia, madre, a pesar de tu falta de fe en ti misma. Lo oculto se revela poco a poco. Mira a esos que en otro tiempo fueron enemigos. Libras una guerra en tu mente, levantas todas las diferencias que hay entre nosotros, luchas por aferrarte a tu antipatía, al odio que sientes hacia ellos, pues eso es lo que conoces. Los recuerdos son los cimientos de tal odio. Pero, madre, los recuerdos albergan otra verdad, una verdad secreta y que es todo lo que hemos experimentado, ¿sí?

La mhybe asintió.

—Eso nos cuentan nuestros mayores, hija —dijo la madre al tiempo que contenía una leve irritación.

—Experiencias. Son lo que compartimos. Desde lados contrarios, quizá, pero son las mismas. Las mismas.

—Hay algo que sé, Zorraplateada. La culpa no tiene sentido. Tiran de todos nosotros, igual que de las mareas tira una voluntad invisible e implacable…

La mano de la niña apretó la de la mhybe.

—Entonces pregúntale a Korlat, madre, lo que le cuentan sus recuerdos.

La mujer rhivi miró a la tiste andii y levantó las cejas.

—Has estado escuchando —dijo—, sin embargo nada has dicho. ¿Qué respuesta espera mi hija de ti?

La sonrisa de Korlat se hizo melancólica.

—Las experiencias son las mismas. Entre vuestros dos ejércitos, desde luego. Pero también… a lo largo del tiempo. Entre todos los que poseen memoria y recuerdos, ya sean individuos o un pueblo entero, las lecciones de la vida son siempre las mismas lecciones. —Los ojos, en ese momento violetas, de la tiste andii se posaron en Zorraplateada—. Incluso entre los t'lan imass, ¿es eso lo que nos estás diciendo, pequeña?

La niña se encogió de hombros.

—En todo lo que ha de llegar, pensad en el perdón. Aferraos a él pero sabed también que no siempre debe concederse sin más. —Zorraplateada posó su mirada adormilada en Korlat y los ojos oscuros se endurecieron de repente—. A veces hay que negar el perdón.

Un silencio siguió a la frase. *Queridos espíritus, guiadnos. La niña me asusta. De hecho, hasta entiendo a Kallor… y eso es lo más preocupante*.

Se detuvieron a un lado del lugar del parlamento, tras los piquetes del campamento de Brood.

Unos momentos después, los malazanos alcanzaban la elevación. Eran cuatro. A la mhybe no le costó reconocer a Dujek, el puño supremo renegado. Pero aquel hombre manco era mayor de lo que ella esperaba y se sentaba en la silla de

su castrado roano como lo haría un hombre que sufriera dolores ya antiguos y tuviera los huesos rígidos. Era delgado, de estatura media, vestía una armadura lisa y portaba una espada corta de reglamento sin ornamento alguno sujeta al cinturón. Su rostro estrecho y afilado como un cuchillo carecía de barba y lucía toda una vida de cicatrices de batalla. No llevaba casco y la única indicación de su rango era la larga capa gris y el broche de plata labrada.

A la izquierda de Dujek cabalgaba otro oficial de barba gris y constitución sólida. El casco con celada y almófar disimulaba buena parte de sus rasgos, pero la mhybe percibió en él una fuerza de voluntad inconmensurable. Se sentaba muy erguido en la silla, aunque la mujer notó que mantenía la pierna izquierda en una postura incómoda y que no apoyaba la bota en el estribo. La malla del camisote que le llegaba a las pantorrillas estaba abollada y ribeteada de puntadas de cuero. A la mhybe no le pasó desapercibido que se encontraba en el desprotegido lado izquierdo de Dujek.

A la derecha del puño supremo renegado llegaba un hombre joven, era evidente que era una especie de ayudante. Se trataba de un hombre anodino, pero la mhybe vio que sus ojos se paseaban sin cesar y abarcaban los detalles de todo lo que veía. Era ese hombre el que sostenía el estandarte de la proscripción en una mano enfundada en cuero.

El cuarto jinete era un moranthiano negro, encerrado por completo en su armadura quitinosa, una armadura muy dañada. El guerrero había perdido cuatro dedos de la mano derecha, pero continuaba poniéndose lo que quedaba del guantelete. Un sinfín de cuchilladas estropeaban la reluciente armadura negra.

Korlat gruñó en voz baja al lado de la mhybe.

—Un grupo de tipos duros, ¿no crees?

La mhybe asintió.

—¿Quién es el que está a la izquierda de Dujek Unbrazo?

—Whiskeyjack, me imagino —respondió la tiste andii con una sonrisa irónica—. Toda una figura, ¿verdad?

Por un momento la mhybe se sintió como la joven que era en realidad y arrugó la nariz.

—Los rhivi no son tan peludos, gracias a los espíritus.

—Aun así…

—Sí, aun así.

Habló entonces Zorraplateada.

—Me gustaría que fuera mi tío.

Las dos mujeres bajaron la cabeza y la miraron, sorprendidas.

—¿Tu tío?

La niña asintió.

—Se puede confiar en él. Mientras que el viejo manco está ocultando algo; bueno, no, los dos ocultan algo y es el mismo secreto, pero yo confío en el barbudo de todos modos. El moranthiano… se ríe por dentro. Siempre se ríe y nadie lo sabe. No es una risa cruel, sino una risa llena de pena. Y el del estandarte… —Zorraplateada frunció el ceño—. No estoy segura de él. Creo que nunca lo he estado…

La mhybe se encontró con los ojos de Korlat sobre la cabeza de la niña.

—Sugiero —dijo la tiste andii— que nos acerquemos un poco más.

Cuando se aproximaron a la elevación salieron dos figuras de entre los piquetes seguidas por un escolta con un estandarte sin pendón, todos a pie. Al verlos, la mhybe se preguntó qué pensarían los malazanos de los dos guerreros que iban delante. Había sangre barghastiana en Caladan

Brood, una sangre que se reflejaba en su forma alta y pesada y en su rostro amplio y chato, y había algo más, algo que no era del todo humano. Era un hombre enorme, a la altura del martillo de hierro que llevaba atado a la espalda. Dujek y él llevaban librando duelos en ese continente desde hacía más de doce años, un choque de voluntades que había visto más de una veintena de batallas encarnizadas e igual número de asedios. Ambos soldados se habían enfrentado a situaciones apuradas más de una vez, pero habían salido de todas, ensangrentados pero vivos. Ya hacía mucho tiempo que le habían tomado la medida al otro en los campos de batalla, pero ese día, al fin, estaban a punto de encontrarse cara a cara.

Al lado de Brood caminaba Kallor, alto, flaco y canoso. La sobreveste de cuerpo entero de cota de malla resplandecía bajo la luz difusa de la mañana. Una espada bastarda lisa le colgaba de unos aros de hierro que llevaba en las correas y se balanceaba al ritmo de sus pasos pesados. Si algún jugador de aquella partida letal había seguido siendo un misterio para la mhybe, era ese, el que se había autodenominado rey supremo. De hecho, de lo único que la mujer rhivi podía estar segura era del odio que Kallor sentía por Zorraplateada, un odio nacido del miedo y quizá de una información que solo ese hombre poseía, una información que no parecía dispuesto a compartir con nadie. Kallor afirmaba haber vivido milenios enteros, afirmaba haber regido en cierto tiempo un imperio que él mismo había al fin destruido por razones que se negaba a revelar. Sin embargo no era un ascendiente, su longevidad probablemente era producto de la alquimia y era cualquier cosa salvo perfecta, pues su rostro y su cuerpo habían sufrido los mismos estragos que un mortal que se acercara al siglo de vida.

Brood utilizaba todo lo que sabía Kallor de táctica, lo que parecía un dominio instintivo de los movimientos y cambios que exigían campañas inmensas, pero para todos estaba claro que para el rey supremo tales contiendas no eran más que juegos de paso a los que asistía distraído y con un desinterés apenas disimulado. Kallor no inspiraba lealtad entre los soldados. Un respeto reticente era todo lo que lograba aquel hombre, y la mhybe sospechaba que eso era todo lo que había logrado o lograría jamás.

Su expresión cuando Brood y él llegaron a la elevación revelaba desdén y desprecio al contemplar a Dujek, Whiskeyjack y el comandante moranthiano. Costaría no ofenderse, pero los tres malazanos no parecieron prestar mucha atención al rey supremo cuando desmontaron; tenían los ojos clavados en Caladan Brood y no los apartaron en ningún momento.

Dujek Unbrazo se adelantó.

—Saludos, caudillo. Permíteme presentarte a mi modesto contingente. El segundo al mando, Whiskeyjack; Artanthos, mi actual portaestandartes, y el líder de las legiones negras moranthianas, cuyo título se traduce como algo parecido a «conseguidor» y cuyo nombre es impronunciable. —El puño supremo renegado le sonrió a la figura de la armadura—. Desde que le estrechó la mano a un espíritu rhivi, ahí arriba en el bosque de Perronegro, nos ha dado por llamarlo Torzal.

—Artanthos… —murmuró Zorraplateada en voz baja—. Hace mucho tiempo que no usa ese nombre. Y tampoco es lo que parece.

—Si es una ilusión —susurró Korlat—, entonces es magistral. Yo no noto nada hostil.

La niña asintió.

—El aire de la pradera lo ha… rejuvenecido.

—¿Quién es, hija? —preguntó la mhybe.

—Una quimera, en realidad.

Al hilo de las palabras de Dujek, Brood gruñó antes de hablar a su vez.

—A mi lado está Kallor, mi segundo al mando. En nombre de los tiste andii está Korlat. Por los rhivi, la mhybe y su joven pupila. Con lo que queda de mi estandarte está el escolta Hurlochel.

Dujek había fruncido el ceño.

—¿Dónde está la Guardia Carmesí?

—El príncipe K'azz D'Avore y sus fuerzas se están ocupando de asuntos internos por el momento, puño supremo. No se unirán a nuestros esfuerzos contra el Dominio Painita.

—Una pena —murmuró Dujek.

Brood se encogió de hombros.

—Se han reunido unidades auxiliares para sustituirlos. Un regimiento montado saltoano, cuatro clanes de los barghastianos, una compañía mercenaria de Gato Tuerto y otra de Mott…

Whiskeyjack pareció atragantarse. Tosió y después sacudió la cabeza.

—Esos no serían los Irregulares de Mott, caudillo, ¿verdad?

La sonrisa de Brood reveló unos dientes limados.

—Sí, tú tienes cierta experiencia con ellos, ¿no, comandante? Cuando estuviste en las filas de los Abrasapuentes.

—Eran tremendos —asintió Whiskeyjack—, aunque no solo en la lucha, se pasaban la mayor parte del tiempo robándonos las provisiones y después huyendo, si no recuerdo mal.

—Talento para la logística, lo llamábamos nosotros —comentó Kallor.

—Confío —le dijo Brood a Dujek— en que los acuerdos con el concejo de Darujhistan hayan resultado satisfactorios.

—Así es, caudillo. Sus… donaciones… nos han permitido satisfacer nuestras necesidades de reaprovisionamiento.

—Creo que hay una delegación de Darujhistan de camino y no deberían tardar en llegar —añadió Brood—. Si requirieras ayuda adicional…

—Muy generoso por parte de Darujhistan —dijo el puño supremo con un asentimiento.

—La tienda de mando nos aguarda —dijo el caudillo—. Hay detalles que debemos discutir.

—Como digas —asintió Dujek—. Caudillo, tú y yo nos hemos enfrentado durante mucho tiempo, estoy deseando luchar a tu lado para variar. Esperemos que el Dominio Painita resulte ser un enemigo digno.

Brood hizo una mueca.

—Pero no demasiado digno.

—Desde luego —dijo Dujek con una sonrisa.

Todavía un poco apartada, en compañía de la tiste andii y de la mhybe, Zorraplateada sonrió y habló en voz baja.

—Así que ya lo tenemos. Se han mirado a los ojos, se han tomado la medida… y los dos están satisfechos.

—Una alianza notable, esta —murmuró Korlat con una leve sacudida de cabeza—. Renunciar con tanta facilidad a tanto…

—Los soldados pragmáticos —dijo la mhybe— son los más aterradores entre las personas que he conocido en mi corta vida.

Zorraplateada lanzó una risita gutural.

—Y tú dudas de tu propia sabiduría, madre…

La tienda de mando de Caladan Brood estaba en el centro del campamento tiste andii. Aunque la había visitado muchas veces y se había familiarizado con los tiste andii, a la mhybe la sorprendió una vez más la sensación de extrañeza cuando entró con los demás en el campamento. El tiempo vivido y el dolor eran alientos gemelos que llenaban los pasajes y senderos entre las tiendas estrechas y puntiagudas. No se conversaba mucho entre las pocas figuras altas y vestidas de oscuro junto a las que pasaban y tampoco se prestaba especial atención a Brood y su séquito; ni siquiera Korlat, la segunda al mando de Anomander Rake, recibía muchas miradas.

A la mhybe le costaba entenderlo, un pueblo atormentado por la indiferencia, una apatía que hacía que incluso los esfuerzos que podía suponer la simple cortesía resultaran excesivos. Había tragedias secretas en el pasado largo y torturado de los tiste andii. Heridas que nunca se curarían. Los rhivi habían terminado por darse cuenta que hasta el sufrimiento podía convertirse en una forma de vida. Extender luego esa existencia de décadas a siglos y después a milenios todavía provocaba en la mhybe una sensación apagada de horror.

Aquellas tiendas estrechas y arcanas podrían ser hogar de fantasmas, una necrópolis inquieta y vagabunda plagada de espíritus perdidos. Las cintas raídas y extrañamente manchadas atadas a las estacas de hierro de las tiendas añadían un toque votivo a la escena, al igual que las figuras demacradas y espectrales de los propios tiste andii. Parecían estar esperando, una expectación eterna que nunca dejaba de provocarle escalofríos a la mhybe. Y lo que era peor, la mujer conocía sus habilidades, los había visto sacar la

espada en luchas varias y después empuñarla con una eficacia espantosa. Y había visto su hechicería.

Entre los humanos, la indiferencia fría que se manifestaba con frecuencia en actos de una crueldad brutal, era muchas veces la verdadera faz del mal (si existía tal cosa), pero en los tiste andii todavía tenían que verse ese tipo de acciones gratuitas. Luchaban bajo el mando de Brood por una causa que no era la suya y a los pocos que morían en tales ocasiones se limitaban a dejarlos en el campo de batalla. Había recaído sobre los rhivi la tarea de recuperar los cuerpos, tratarlos según las costumbres de los rhivi y llorar su muerte. Los tiste andii contemplaban tales esfuerzos sin expresión, como si les divirtiera la atención que se prestaba a un simple cadáver.

La tienda de mando los aguardaba un poco más adelante; octagonal y con armazón de madera, la lona era de un color naranja desvaído y muy remendado que en otro tiempo había sido rojo. Había pertenecido a la Guardia Carmesí y la habían dejado en un montón de basura antes de que el escolta Hurlochel llegara a rescatarla para el caudillo. Como con el estandarte, Brood no era de los que buscaban avíos orgullosos.

La gran solapa de la entrada se había apartado y la habían atado. Encima del poste principal descansaba un gran cuervo con la cabeza ladeada para mirar al grupo y el pico abierto como si lanzara una carcajada silenciosa. Los labios finos de la mhybe se crisparon en una pequeña sonrisa al distinguir a Arpía. La sirviente favorita de Anomander Rake se había aficionado a perseguir a Caladan Brood para ofrecerle consejos incesantes como una conciencia que se hubiera torcido. El gran cuervo había puesto a prueba la paciencia del caudillo más de una vez, *pero Brood la tolera del mismo modo que tolera al propio*

Anomander Rake. Aliados incómodos… Todos los relatos coinciden, Brood y Rake han trabajado codo con codo durante mucho, mucho tiempo, ¿pero hay confianza entre ellos? Una relación difícil de entender, hay capas y capas de complejidad y ambigüedad, mucho más confusa todavía por el dudoso papel que desempeña Arpía a la hora de establecer un puente entre los dos guerreros.

—¡Dujek Unbrazo! —chilló Arpía y el estallido fue seguido por un cacareo loco—. ¡Whiskeyjack! Te traigo saludos de un tal Baruk, un alquimista de Darujhistan. Y, de mi amo, Anomander Rake, señor de Engendro de Luna, caballero de la Gran Casa de Oscuridad, hijo de la propia madre Oscuridad, te trasmito su… no, no saludos en sí… no saludos… sino buen humor. ¡Sí, buen humor!

Dujek frunció el ceño.

—¿Y qué pone a tu amo de tan buen humor, pajarraco?

—¿Pajarraco? —chillo el gran cuervo—. ¡Soy Arpía, la matriarca incontrovertible de la inmensa y cacofónica bandada de Engendro de Luna!

—¿La matriarca de los grandes cuervos? —gruñó Whiskeyjack—. Así que hablas por todos ellos, ¿eh? No me extraña, bien sabe el Embozado que ruido haces bastante.

—¡Advenedizo! Dujek Unbrazo, el buen humor de mi amo está más allá de cualquier explicación…

—Lo que quiere decir que no lo sabes —interpuso el puño supremo renegado.

—Qué escandalosa audacia, muestra un poco de respeto, mortal, ¡o será tu cadáver el que elija para alimentarme cuando llegue el día!

—Seguro que terminas rompiéndote el pico con mi pellejo, Arpía, pero puedes servirte sin problemas cuando llegue el momento.

—¿Todavía tienes esa correa para picos, Hurlochel? —gruñó Brood.

—Sí, señor.

El gran cuervo siseó, agachó la cabeza y se alzó a medias con sus inmensas alas.

—¡Ni te atrevas, buey! ¡Repite esa ofensa por tu cuenta y riesgo!

—Entonces ten la lengua. —Brood miró a los otros y los invitó a entrar con un gesto. Arpía, encaramada sobre todos y cada uno, bajaba la cabeza cuando cada soldado pasaba bajo ella. Cuando le tocó a la mhybe, el gran cuervo lanzó una risita.

—La niña que llevas de la mano está a punto de sorprendernos a todos, anciana.

La rhivi hizo una pausa.

—¿Qué percibes, urraca?

Arpía se rio en silencio antes de responder.

—Inmanencia, mi querida olla de arcilla, y nada más. Saludos, niña Zorraplateada.

La niña estudió al gran cuervo un momento y después le respondió.

—Hola, Arpía. No me había dado cuenta antes que los tuyos nacían en la carne podrida de…

—¡Silencio! —chilló Arpía—. ¡Tal conocimiento jamás debería pronunciarse! Debes aprender a guardar silencio, niña, por tu propia seguridad…

—Por la tuya, dirás —dijo Zorraplateada con una sonrisa.

—En este caso, sí, no lo voy a negar. Pero escucha a esta vieja y sabia criatura antes de entrar en esa tienda, niña. Entre los que aguardan dentro los hay que verán el alcance de tus conocimientos, si fueras lo bastante tonta como para revelarlos, como una amenaza mortal. Las revelaciones podrían significar la muerte para ti. Y has de saber algo:

todavía no puedes protegerte sola. Y tampoco puede la mhybe, a la que quiero y aprecio, esperar defenderte, el suyo no es un poder violento. Ambas necesitaréis protectores, ¿lo entiendes?

Con la sonrisa impertérrita, Zorraplateada asintió.

La mano de la mhybe ciñó instintivamente con más fuerza la de su hija al tiempo que la asaltaban un tumulto de emociones. No era ciega a las amenazas que la rodeaban a ella y a Zorraplateada y tampoco ignoraba los poderes que brotaban en su hija. *Pero no siento ningún poder en mi interior, ni violento ni otra cosa. Aunque dicho con afecto, Arpía me llamó «olla de arcilla», con razón y todo, lo que esa olla antaño protegía ya no está en mi interior sino aquí de pie, expuesta y vulnerable, a mi lado*. La mhybe levantó la cabeza y miró al gran cuervo una última vez antes de que Zorraplateada la llevara al interior. La mujer se encontró con los ojos negros y relucientes de Arpía. *Así que me quieres y me aprecias, ¿eh, urraca? Bendita seas por eso*.

La cámara central de la tienda de mando estaba dominada por una gran mesa de mapas de madera toscamente labrada, combada y deformada, como si la hubiera hecho a toda prisa un carpintero borracho. Cuando entraron la mhybe y Zorraplateada, el veterano Whiskeyjack (con el casco desabrochado y bajo un brazo) se estaba riendo con los ojos clavados en la mesa.

—Serás cabrón, caudillo —dijo sacudiendo la cabeza.

Brood fruncía el ceño y miraba el objeto que acaparaba la atención de Whiskeyjack.

—Sí, admito que no es muy bonita…

—Eso es porque fueron Violín y Seto los que hicieron el maldito trasto —dijo el malazano—. En el bosque de Mott…

—¿Quiénes son Violín y Seto?

—Mis dos zapadores, cuando mandaba el noveno pelotón. Habían organizado una de sus infames partidas de cartas con la baraja de los Dragones y necesitaban una superficie sobre la que jugar. Se habían reunido cien abrasapuentes para la partida, y eso que los ataques eran constantes, y por no mencionar que estábamos empantanados en medio de una ciénaga. La partida quedó interrumpida por una batalla encarnizada, nos rebasaron, nos obligaron a retirarnos y después recuperamos la posición, todo lo cual consumió quizá una campanada y, mira por donde, ¡entre tanto alguien se había llevado una mesa de cien kilos! Deberías haber oído las maldiciones de los zapadores…

Caladan Brood se cruzó de brazos y siguió mirando la mesa con el ceño fruncido. Después de unos momentos lanzó un gruñido.

—Fue una donación de los Irregulares de Mott. Me ha servido bien, mis… felicitaciones a tus zapadores. Puedo hacer que la devuelvan…

—No es necesario, caudillo… —Pareció que el malazano estaba a punto de decir algo más, algo importante, pero después se limitó a sacudir la cabeza.

Un gemido suave de Zorraplateada sorprendió a la mhybe, que bajó la cabeza con las cejas alzadas con aire interrogante, pero la atención de la niña se dividía entre la mesa y Whiskeyjack, de una a otro con una pequeña sonrisa en los labios.

—Tío Whiskeyjack —dijo de repente.

Todos los ojos se volvieron hacia Zorraplateada, que continuó muy contenta.

—Esos zapadores y sus partidas… Hacen trampas, ¿verdad?

El barbudo malazano la miró con el ceño fruncido.

—No es una acusación que te aconsejaría repetir, sobre todo si hay algún abrasapuentes cerca, muchacha. Muchas monedas han ido en una dirección y solo en esa en tales partidas. ¿Hicieron trampas Violín y Seto? Hicieron unas reglas tan complicadas que nadie podía saberlo con certeza. Así que para responderte, no lo sé. —Se le fue profundizando el ceño a medida que estudiaba a Zorraplateada, como si hubiera algo que lo inquietara.

Algo… como una sensación de familiaridad… La mhybe cayó entonces en la cuenta. *Por supuesto, no sabe nada de ella, sobre lo que es, lo que era. Es la primera vez que se ven en lo que a él respecta y sin embargo ella lo ha llamado tío y lo que es más, está esa voz, gutural, sagaz… Ese hombre no conoce a la niña sino a la mujer que fue en otro tiempo*.

Todo el mundo esperaba que Zorraplateada dijera algo más, que ofreciera una explicación, pero la niña se limitó a acercarse a la mesa y pasó la mano con lentitud por la superficie maltratada. Una sonrisa fugaz cruzó sus rasgos. Después acercó una de las sillas desparejadas y se sentó.

Brood suspiró y le hizo un gesto a Hurlochel.

—Búscanos ese mapa de los territorios del Dominio Painita.

Con el gran mapa desplegado, los otros se fueron reuniendo poco a poco alrededor de la mesa.

—Ninguno de nuestros mapas son tan detallados —gruñó Dujek después de un momento—. Has anotado las posiciones de varios ejércitos painitas, ¿es un mapa muy reciente?

—De hace tres días —dijo Brood—. Los primos de Arpía están allí, rastreando los movimientos. Las notas que se refieren a la organización y las tácticas de los painitas se han extraído de fuentes varias. Como ves, están listos para

tomar la ciudad de Capustan. Maurik, Setta y Lest han caído todas en los últimos cuatro meses. Las fuerzas painitas siguen al sur del río, pero ya han empezado los preparativos para cruzarlo…

—¿El ejército de Capustan no va a intentar evitar que crucen el río? —preguntó Dujek—. Pues se puede decir que prácticamente están pidiendo que los asedien. Entiendo que nadie espera que Capustan ofrezca mucha resistencia.

—La situación en Capustan es un poco confusa —explicó el caudillo—. La ciudad está gobernada por un príncipe y una coalición de sumos sacerdotes, y las dos facciones andan siempre a la greña. Los problemas se agravaron cuando el príncipe contrató a una compañía de mercenarios para reforzar sus tropas, que son mínimas…

—¿Qué compañía? —preguntó Whiskeyjack.

—Las Espadas Grises. ¿Has oído hablar de ellos, comandante?

—No.

—Yo tampoco —dijo Brood—. Se dice que han subido de Elingarth y que son una dotación bastante decente: más de siete mil. Queda por ver si serán dignos de los honorarios usureros que le han arrancado al príncipe. Bien sabe el Embozado que por su supuesto contrato estándar cobran casi el doble de lo que exige la Guardia Carmesí.

—Su comandante leyó bien la situación —comentó Kallor, su tono sugería un cansancio infinito, si no auténtico aburrimiento—. El príncipe Jelarkan dispone de más caudales que soldados y los painitas no se van a dejar comprar. Después de todo, en lo que al Vidente se refiere, es una guerra santa. Para empeorar las cosas, el Consejo de sumos sacerdotes tiene el respaldo de las compañías privadas de cada templo, soldados muy bien adiestrados y bien equipados. Son casi tres mil de los guerreros más

capacitados de la ciudad, mientras que al príncipe le han dejado la escoria para su propia guardia capan, un escuadrón que la ley le impide ampliar más allá de los dos mil. Hace años que el Consejo de Máscaras (la coalición de los templos) está usando la guardia capan como campo de reclutamiento para sus propias compañías, sobornan a los mejores…

Fue obvio que la mhybe no era la única que sospechaba que, dada la oportunidad, Kallor habría continuado toda la tarde, porque Whiskeyjack lo interrumpió cuando el hombre se detuvo a respirar.

—Así que ese tal príncipe Jelarkan burló la ley contratando mercenarios.

—Exacto —fue la rápida respuesta de Brood—. En cualquier caso, el Consejo de Máscaras se las ha arreglado para invocar otra ley más que evita que las Espadas Grises entablen combate más allá de los muros de la ciudad, así que nadie va a impedir que las fuerzas enemigas crucen el río…

—Idiotas —gruñó Dujek—. Puesto que es una guerra santa, se diría que los templos harían todo lo posible por presentar un frente unido contra los painitas.

—Me imagino que eso creen que están haciendo —respondió Kallor con una sonrisa desdeñosa que podría estar destinada a Dujek, los sacerdotes de Capustan o ambos—. Mientras que al mismo tiempo se aseguran de mantener a raya el poder del príncipe.

—Es más complicado que eso —contraatacó Brood—. La soberana de Maurik capituló sin demasiado derramamiento de sangre, arrestó a todos los sacerdotes de su ciudad y se los entregó a los Tenescowri de los painitas. De un solo golpe, salvó la ciudad y a sus ciudadanos, llenó las arcas reales con el botín de los templos y se deshizo de la espina

eterna que llevaba clavada en el costado. El Vidente Painita le concedió un cargo de gobernadora, que es mejor que verte hecha pedazos y devorada por los Tenescowri, que es lo que les sucedió a los sacerdotes.

La mhybe siseó.

—¿Hechos pedazos y devorados?

—Sí —dijo el caudillo—. Los Tenescowri son el ejército campesino del Vidente, son fanáticos a los que el Vidente no se molesta en aprovisionar. De hecho, les ha dado su santa bendición para que hagan lo que sea para alimentarse y armarse. Si ciertos rumores están en lo cierto, el canibalismo es el menor de los horrores…

—Nosotros hemos oído rumores parecidos —murmuró Dujek—. Así que, caudillo, la cuestión que tenemos ante nosotros es la siguiente: ¿intentamos salvar Capustan o la dejamos caer? El Vidente debe de saber que vamos, sus seguidores han extendido el culto mucho más allá de sus fronteras, por Darujhistan, Pale y Saltoan, lo que significa que sabe que vamos a cruzar el río Catlin por alguna parte, en algún momento. Si toma Capustan, entonces el vado más amplio del río está en sus manos. Lo que nos deja solo con el viejo vado al oeste de Saltoan, donde solía estar el puente de piedra. Cierto, nuestros ingenieros podrían tendernos allí un puente siempre que llevemos la madera con nosotros. Esa es la opción por tierra, en cualquier caso. Tenemos otras dos, por supuesto…

Arpía, encaramada a un extremo de la mesa, graznó.

—¡Escuchad lo que dice!

La mhybe asintió, comprendía al gran cuervo y ella también experimentaba esa sensación de incredulidad y buen humor.

Dujek frunció el ceño y recorrió con la mirada la mesa entera hasta posar los ojos en Arpía.

—¿Tienes algún problema, pajarraco?

—¡Haces buena pareja con el caudillo, sin duda! ¡Piensas en voz alta igual que él, palabra por palabra! Oh, ¿cómo se puede dejar de percibir ese matiz afilado de poesía en la guerra que habéis librado en los últimos doce años?

—Cállate, Arpía —le ordenó Brood—. Capustan será sitiada. Las fuerzas painitas son formidables; nos hemos enterado que el septarca Kulpath es el comandante de la expedición y es el más capaz de todos los septarcas del Vidente. Cuenta con la mitad del total de beklitas, es decir, cincuenta mil soldados de infantería, y una división de urdomen, además de los habituales destacamentos de apoyo y unidades auxiliares. Capustan es una ciudad pequeña, pero el príncipe ha trabajado mucho en las murallas y el trazado de la ciudad en sí es perfecto para la defensa distrito por distrito. Si las Espadas Grises no se retiran con la primera escaramuza, Capustan podría aguantar un tiempo. No obstante…

—Mis moranthianos negros podrían depositar unas cuantas compañías en la ciudad —dijo Dujek mientras le echaba una mirada al silencioso Torzal—, pero sin una invitación explícita, la tensión podría resultar problemática.

Kallor lanzó un bufido.

—Eso sí que es quedarse corto. ¿Qué ciudad de Genabackis recibiría a las legiones malazanas con los brazos abiertos? Es más, tendríais que llevar vuestra propia comida, de eso puedes estar seguro, puño supremo, por no mencionar que tendrás que enfrentarte a una hostilidad sin ambages, eso si el pueblo capan no te traiciona.

—Está claro —aventuró Whiskeyjack— que tenemos que establecer un contacto preliminar con el príncipe de Capustan.

Zorraplateada lanzó una risita que sorprendió a todo el mundo.

—¡Cuánta organización, tío! Pero si tú ya has puesto en marcha un plan para hacerlo. Tú y el soldado manco lo habéis calculado todo hasta el último detalle. Planeáis liberar Capustan, aunque por supuesto no de forma directa, vosotros dos nunca hacéis las cosas directamente, ¿verdad? Queréis permanecer ocultos tras los acontecimientos, una táctica malazana clásica donde las haya.

Como los maestros del juego que eran, ninguno de los dos rostros reflejó nada al oír las palabras de la niña.

La risita de Kallor fue un suave tamborileo de huesos.

La mhybe estudió a Whiskeyjack. *La niña es inquietante, ¿verdad? Por los espíritus, me alarma incluso a mí y yo sé mucho más que tú, señor*.

—Bien —bramó Brood después de un momento—. Es un placer oír que estamos todos de acuerdo, Capustan no debe caer si podemos evitarlo y un alivio indirecto es seguramente la mejor opción, si lo pensamos detenidamente. Deben vernos desde el principio, a la mayor parte de vuestras fuerzas así como a las mías, Unbrazo, que marcharán por tierra a un ritmo predecible. Eso establecerá el calendario del septarca Kulpath para el asedio, tanto para él como para nosotros. He de entender que también estamos de acuerdo en que Capustan no debe ser nuestro único centro de atención.

Dujek asintió poco a poco.

—Es posible que todavía caiga, a pesar de todos nuestros esfuerzos. Si queremos derrotar al Dominio Painita, debemos ir directos al corazón.

—De acuerdo. Dime, Unbrazo, ¿qué ciudad te has marcado como objetivo para esta primera estación de la campaña?

—Coral —respondió Whiskeyjack de inmediato.

Todos los ojos se volvieron hacia el mapa. Brood esbozaba una gran sonrisa.

—Al parecer es cierto que pensamos de forma parecida. Una vez que lleguemos a la frontera norte del Dominio, nos dirigimos como una lanza al sur, en una rápida sucesión de ciudades liberadas… Setta, Lest, Maurik (la gobernadora estará encantada), y luego a la propia Coral. Deshacemos en una sola estación todo lo obtenido por Vidente en los últimos cuatro años. Quiero que ese culto se tambalee. Quiero que esa maldita organización se agriete entera.

—Sí, caudillo. Así que marchamos por tierra, ¿no? Nada de barcos, eso aceleraría la mano de Kulpath, después de todo. Pero hay un tema más que tenemos que aclarar —continuó Whiskeyjack, sus ojos grises se habían clavado en el único representante, aparte del comandante de las legiones negras moranthianas, que todavía tenía que hablar—, y es qué podemos esperar de Anomander Rake. ¿Korlat? ¿Estarán los tiste andii con nosotros?

La mujer se limitó a sonreír.

Brood se aclaró la garganta.

—Al igual que tú —dijo—, nosotros también hemos empezado a movernos. En este mismo momento Engendro de Luna viaja hacia el Dominio. Antes de que llegue al territorio del Vidente… desaparecerá.

Dujek levantó las cejas.

—Una hazaña impresionante.

Arpía lanzó una risa aguda.

—Sabemos poco de la hechicería que se oculta tras el poder del Vidente —dijo el caudillo—, solo que existe. Al igual que vuestros moranthianos negros, Engendro de Luna representa unas oportunidades tácticas que seríamos idiotas si no explotáramos. —La sonrisa de Brood se ensanchó—. Al

igual que tú, puño supremo, nosotros también intentamos evitar ser previsibles. —Señaló con un gesto a Korlat—. Los tiste andii poseen hechicerías formidables…

—No las suficientes —lo interrumpió Zorraplateada.

La mujer tiste andii bajó la cabeza y miró a la niña con el ceño fruncido.

—Esa es una afirmación muy grave, niña.

Kallor siseó.

—No os fiéis de nada de lo que diga. De hecho, como bien sabe Brood, considero absurda su presencia en esta reunión, no es aliada nuestra. Nos traicionará a todos, fijaos en lo que os digo. La traición es su amiga más antigua. Escuchadme todos, esta criatura es una abominación.

—Oh, Kallor —suspiró Zorraplateada—, ¿es que siempre tienes que decir lo mismo?

Dujek se volvió hacia Caladan Brood.

—Caudillo, admito que estoy un tanto confundido por la presencia de la niña. En el nombre del Embozado, ¿quién diablos es? Parece poseer muchos conocimientos sobrenaturales para ser una niña de diez años…

—Es mucho más que eso —le soltó Kallor mientras clavaba en Zorraplateada una mirada dura y llena de odio—. Mira a la vieja bruja que está con ella —gruñó el rey supremo—. Apenas ha visto veinte veranos, puño supremo, y a esta niña la arrancaron de su vientre no hace ni seis meses. La abominación se alimenta de la fuerza vital de su madre. No, su madre no, la desafortunada vasija que en su momento albergó a la niña. Todos os estremecisteis ante el canibalismo de los Tenescowri, ¿qué pensáis entonces de una criatura que devora de ese modo el alma vital de la persona que le dio la vida? Y hay más… —Pero se detuvo, contuvo de forma visible lo que estaba a punto de decir y se

volvió a sentar—. Habría que matarla. Ahora. Antes de que su poder nos sobrepase a todos.

Se hizo el silencio en la tienda.

Maldito seas, Kallor. ¿Es esto lo que quieres mostrarles a nuestros aliados recién encontrados? Un campamento dividido. Y… por todos los espíritus del inframundo… maldito seas por segunda vez, la niña no lo sabía. No lo sabía…

La mhybe miró temblorosa a Zorraplateada. La niña había abierto muchos los ojos, que comenzaban a llenársele de lágrimas mientras miraba a su madre.

—¿Es verdad? —susurró—. ¿Me alimento de ti?

La mhybe cerró los ojos y deseó poder ocultarle la verdad a Zorraplateada una vez más y para siempre.

—No es algo que hayas elegido tú, hija —dijo en su lugar—, solo forma parte de lo que eres y yo lo acepto —*y, sin embargo, me enfurezco ante la vil crueldad de todo esto*— como debes aceptarlo tú. Hay una urgencia en tu interior, Zorraplateada, una fuerza antigua e innegable, tú también lo sabes, lo sientes…

—¿Antigua e innegable? —dijo Kallor con voz ronca—. No sabes ni la mitad, mujer. —Se tiró de un salto sobre la mesa, cogió a Zorraplateada por la túnica y la acercó. Con los rostros a solo unos milímetros de distancia, el rey supremo enseñó los dientes—. Estás ahí dentro, ¿verdad? Lo sé. Lo siento. Sal aquí, zorra…

—Déjala —le ordenó Brood en voz baja y suave.

La mueca desdeñosa del rey supremo se ensanchó. Soltó la túnica de la niña y se echó hacia atrás poco a poco.

Con el corazón desbocado, la mhybe se llevó una mano temblorosa a la cara. La había invadido el terror cuando Kallor había cogido a su hija, una oleada gélida que le dejó los miembros sin fuerza (una oleada que derrotó con

facilidad el instinto maternal de defender) y le reveló a ella y a todos los presentes su propia cobardía. Sintió que las lágrimas de vergüenza le inundaban los ojos y le corrían por las mejillas arrugadas.

—Tócala otra vez —continuó el caudillo— y te doy una paliza que te dejo sin sentido, Kallor.

—Como quieras —respondió el antiquísimo guerrero.

Crujió una armadura cuando Whiskeyjack se volvió hacia Caladan Brood. El rostro del comandante era oscuro y su expresión dura.

—Si no lo hubieras hecho tú, caudillo, yo habría lanzado mi propia amenaza. —Clavó unos ojos de hierro en el rey supremo—. ¿Hacer daño a una niña? Yo no te habría dejado sin sentido, Kallor, yo te habría arrancado el corazón.

El rey supremo esbozó una gran sonrisa.

—Claro. Tiemblo de miedo.

—Con eso me basta —murmuró Whiskeyjack. El guantelete de la mano izquierda se disparó en un revés que golpeó a Kallor en la cara. La sangre salpicó la mesa cuando la cabeza del rey supremo cayó hacia atrás. La fuerza del golpe lo hizo tambalearse. La empuñadura de su espada bastarda estaba de repente en sus manos y la espada siseó, después se detuvo, a medio sacar.

Kallor no pudo mover más los brazos ya que Caladan Brood le había sujetado las dos muñecas. El rey supremo se resistió, las venas se le hincharon en el cuello y las sienes, pero no logró nada. Brood debió de sujetarlo con más fuerza con sus enormes manos porque Kallor ahogó un grito y se le cayó la empuñadura de la mano, el arma volvió a caer en la funda con un golpe seco. Brood se acercó más a él, pero la mhybe oyó de todos modos las palabras que pronunció en voz muy baja.

—Acepta lo que te has ganado, Kallor. Ya estoy harto del desdén que has mostrado en esta reunión. Si vuelves a poner a prueba mi temple, será mi martillo lo que te golpee. ¿Comprendido?

El rey supremo gruñó algo después de un largo minuto.

Brood lo soltó.

El silencio llenó la tienda, nadie se movía, todos los ojos se habían concentrado en la cara ensangrentada de Kallor.

Dujek se sacó un paño del cinturón, un paño incrustado de jabón seco de afeitar y se lo tiró al rey supremo.

—Quédatelo —gruñó.

La mhybe se movió tras una Zorraplateada pálida y con los ojos muy abiertos y posó las manos en los hombros de su hija.

—Se acabó —susurró—. Por favor.

Whiskeyjack miró a Brood otra vez, sin hacer caso de Kallor, como si aquel hombre hubiera dejado de existir.

—Explícate, te lo ruego, caudillo —dijo con voz serena—. En el nombre del Embozado, ¿quién es esta niña?

Zorraplateada se desprendió de las manos de su madre y se quedó allí de pie, como si estuviera a punto de huir. Después sacudió la cabeza, se secó los ojos y respiró hondo con un estremecimiento.

—No —dijo—, que nadie responda salvo yo. —Levantó la cabeza y miró a su madre, solo un breve instante en el que los ojos de ambas se encontraron, y después examinó a los demás de nuevo—. En todo —susurró— que nadie responda salvo yo.

La mhybe estiró una mano, pero no pudo tocarla.

—Debes aceptarlo, hija —dijo y oyó la fragilidad de su propia convicción y supo, con una nueva oleada de vergüenza, que los otros lo oían también. *Debes perdonar… debes perdonarte. Oh, por todos los espíritus del*

inframundo, no me atrevo a pronunciar esas palabras. He perdido ese derecho, lo he perdido ya del todo...

Zorraplateada se volvió hacia Whiskeyjack.

—Ahora la verdad, tío. Nací de dos almas, a una de las cuales tú conocías muy bien. La mujer Velajada. La otra alma pertenecía a los restos discordes y destrozados de una maga suprema llamada Escalofrío, en realidad poco más que su carne y sus huesos carbonizados, aunque otros fragmentos de su persona se conservaron como consecuencia de un hechizo sellador. La muerte de… Velajada… se produjo dentro de la esfera de la senda Tellann, proyectada por un t'lan imass…

Solo la mhybe vio estremecerse al portaestandartes Artanthos. *¿Y qué sabes tú de eso, señor?* La pregunta revoloteó por un instante por su mente, la conjetura y la reflexión eran tareas demasiado agotadoras para ella en ese momento.

—Dentro de esa influencia, tío —continuó Zorraplateada— ocurrió algo. Algo inesperado. Apareció un invocahuesos de un pasado lejano, así como un dios ancestral y un alma mortal…

Con el paño apoyado en la cara, el bufido de Kallor quedó apagado.

—¡Escalofrío! —murmuró—. Qué falta de imaginación… ¿Lo sabía K'rul siquiera? Valiente ironía…

Zorraplateada reanudó su relato.

—Fueron ellos tres los que se reunieron para ayudar a mi madre, a esta mujer rhivi que se encontró con un hijo imposible. Nací en dos lugares a la vez, entre los rhivi de este mundo y entre las manos del invocahuesos en la senda Tellann. —La niña dudó y se estremeció, como si de repente estuviera agotada—. Mi futuro —susurró después de un momento mientras se rodeaba con los brazos— pertenece a

los t'lan imass. —Se giró de repente y miró a Korlat—. Se están reuniendo y vosotros vais a necesitar su poder en la guerra que ya es inminente.

—Una unión impía —dijo Kallor con voz ronca, apartó la mano y se le cayó el paño, después entrecerró los ojos con la cara tan blanca como el pergamino tras las manchas de sangre—. Tal y como había temido; ah, qué idiotas. Todos y cada uno de vosotros. Idiotas…

—Una reunión —repitió la tiste andii sin hacer el menor caso del rey supremo—. ¿Por qué? ¿Con qué fin, Zorraplateada?

—Eso debo decidirlo yo pues existo para ponerme a su mando. Para mandarlos a todos. Mi nacimiento anunció la reunión, una llamada que todos los t'lan imass de este mundo han oído. Y ahora, los que pueden, ya vienen. Ya vienen hacia aquí.

En su mente, Whiskeyjack se tambaleaba. Las fisuras del contingente de Brood ya eran bastante alarmantes, pero las revelaciones de la niña… Sus pensamientos giraron y cayeron en espiral… y después se alzaron en un nuevo lugar. La tienda de mando y sus confines se desvanecieron y el veterano se encontró en un mundo de ardides retorcidos, traiciones oscuras y sus fieras e inesperadas consecuencias, un mundo que él odiaba con todas sus fuerzas.

Los recuerdos se alzaron como espectros. La Escalada de Pale, la aniquilación de los Abrasapuentes, el asalto a Engendro de Luna. Una plaga de sospechas, un torbellino de intrigas desesperadas…

A'Karonys, Bellurdan, Escalofrío, Velajada… La lista de magos cuyas muertes se podían achacar al mago supremo Tayschrenn estaba escrita con la sangre de la obsesión sin

sentido. Whiskeyjack no había sentido ver despedirse al mago supremo aunque el comandante sospechaba que no estaba tan lejos como parecía. *Nos declararon proscritos. La proclamación de Laseen nos liberaba… pero es todo mentira*. Solo Dujek y él sabían la verdad, el resto de la hueste creía que era cierto que la emperatriz los había declarado en rebeldía. La soldadesca le era leal a Dujek Unbrazo, y *quizá también a mí. Y bien sabe el Embozado que vamos a poner a prueba esa lealtad antes de acabar*…

Y sin embargo lo sabe. La niña lo sabe. No le cabía duda que era Velajada renacida, la hechicera estaba allí, en la expresión de los rasgos de la niña, en la forma en que se erguía y se movía, en esa mirada adormilada y sagaz. Las repercusiones que se desprendían de esa verdad abrumaron a Whiskeyjack, necesitaba tiempo, tiempo para pensar…

Velajada renacida… Por el Embozado, maldito seas Tayschrenn, sin querer o no, ¿qué has hecho?

Whiskeyjack no había conocido a Escalofrío, no habían hablado jamás y todo lo que sabía se basaba única y exclusivamente en los relatos que había oído. Pareja del thelomenio Bellurdan, practicaba la hechicería suprema rashan y estaba entre los elegidos del emperador. Traicionada al final, igual que habían traicionado a los Abrasapuentes…

Había cierta mordacidad en ella, se decía, una insinuación de hierro dentado y manchado de sangre. Y Whiskeyjack vio que lo que quedaba de esa mujer había arrojado una sombra sobre la niña, el brillo suave de los ojos adormilados de Velajada se había oscurecido de algún modo y verlo crispaba los nervios ya alterados del comandante.

Oh, Embozado. Una de esas repercusiones acababa de instalarse en su mente con un estruendo metálico. *Oh, que los dioses nos perdonen nuestros absurdos juegos*…

Ganoes Paran esperaba en Pale. *El amante de Velajada. ¿Qué pensará de Zorraplateada?* De mujer a recién nacida en un instante y de recién nacida a niña de diez años en seis meses. *¿Y dentro de seis meses? ¿Una mujer de veinte años? Paran... muchacho... ¿es el dolor lo que te abre agujeros en la tripa? Si es así, ¿qué te hará su respuesta?*

Mientras luchaba por entender las palabras de la pequeña y todo lo que veía en su cara, sus pensamientos se volvieron hacia la mhybe, que permanecía junto a Zorraplateada. Lo invadió el dolor. Los dioses eran muy crueles. En menos de un año aquella anciana seguramente estaría muerta, un sacrificio brutal para satisfacer las necesidades de la niña. *Un giro maligno, de pesadilla, del papel de la maternidad*.

Las últimas palabras de la niña conmocionaron al comandante otra vez: «Ya vienen». *Los t'lan imass, por el aliento del Embozado, como si las cosas no se hubieran complicado ya bastante. ¿Dónde pongo ahora mi fe en todo esto? Kallor (un cabrón frío y misterioso) la llama abominación, la mataría si pudiera. Eso está claro. No pienso soportar que se haga daño a una niña... ¿pero es una niña?*

Y sin embargo... ¡por el aliento del Embozado! Es Velajada renacida, una mujer valiente e íntegra. Y Escalofrío, una maga suprema que sirvió al emperador. Y ahora, lo más extraño e inquietante de todo es que ella es la nueva líder de los t'lan imass.

Whiskeyjack parpadeó, la tienda y sus ocupantes volvieron a centrarse a su alrededor. El silencio se retorcía entre pensamientos tumultuosos. Su mirada se clavó de nuevo en Zorraplateada, vio la palidez de su rostro joven y redondo y notó con una punzada de empatía el temblor de las manos de la niña, después volvió a apartar los ojos. La

tiste andii, Korlat, lo miraba. Las miradas de ambos se encontraron. *Qué extraordinaria belleza… Mientras que Dujek es feo como un perro, una prueba más de que elegí el bando equivocado hace tantos años. Pero a ella apenas le intereso; no, está intentando decir algo completamente diferente*… Después de un largo instante, el veterano asintió. *Zorraplateada… sigue siendo una niña, sí*. Una tablilla de arcilla casi incólume. *Sí, tiste andii, te entiendo*.

Los que optaran por permanecer cerca de Zorraplateada podrían influir en lo que iba a convertirse. Korlat quería hablar en privado con él y él acababa de aceptar la invitación. Whiskeyjack pensó que ojalá tuviera a Ben el Rápido a su lado, el mago de Siete Ciudades era muy perspicaz en situaciones como aquella. El comandante tenía la sensación de que se había metido en camisa de once varas. *Paran, pobre cabrón. ¿Qué voy a decirte? ¿Debería disponer un encuentro entre Zorraplateada y tú? ¿Podré evitarlo cuando te lo digan? ¿Es siquiera asunto mío?*

Arpía se quedó con el pico abierto, pero esa vez no con una carcajada silenciosa. En su lugar, la atravesaba un terror muy conocido. *¡T'lan imass! ¡Y K'rul, el dios ancestral! Poseedores de la verdad de los grandes cuervos, una verdad que nadie más sabe… salvo Zorraplateada, por el abismo… Zorraplateada, que miró en el interior de mi alma y leyó todo lo que en ella había*.

¡Ay, niña, niña, qué descuidada! ¿Quieres obligarnos a defendernos de ti? ¿De aquellos a los que afirmas tener bajo tu mando? Los grandes cuervos jamás hemos librado nuestras propias guerras, ¿quieres ver cómo nos desencadenan tus descuidadas revelaciones?

Si Rake se enterara… las protestas de inocencia no nos servirán de nada. Estuvimos allí, en el encadenamiento, ¿no? Y, sin embargo… sí, ¡estuvimos allí, en la propia caída! Los grandes cuervos nacimos como gusanos de la carne del Caído y eso, ¡oh, eso nos va a condenar! ¡Pero espera! ¿Acaso no hemos sido los honrados guardianes de la magia del dios Tullido? ¿Y acaso no fuimos nosotros los que llevamos a todos y cada uno la noticia de la aparición del Dominio Painita y la amenaza que representa?

Una magia que podemos desatar, si nos vemos obligados. Ah, niña, es tanto lo que amenazas con tan despreocupadas palabras…

Los ojos negros y brillantes del cuervo buscaron y se clavaron en Caladan Brood. Los pensamientos que invadieran al caudillo permanecían ocultos bajo la máscara rotunda y bestial que era su rostro.

Refrena ese pánico, vieja bruja. Regresa a lo que nos concierne ahora. ¡Piensa!

El Imperio de Malaz había utilizado a los t'lan imass en la época del emperador. El resultado había sido la conquista de Siete Ciudades. Después, con la muerte de Kellanved, la alianza se había disuelto y a Genabackis le habían evitado los estragos implacables de decenas de miles de guerreros no muertos que podían viajar como el polvo en el viento. Solo eso le había permitido a Caladan Brood enfrentarse a la amenaza malazana en pie de igualdad… *ah, o quizá solo lo parecía. ¿Ha desencadenado alguna vez de verdad a los tiste andii? ¿Ha dejado suelto alguna vez a Anomander Rake? ¿Ha mostrado alguna vez su verdadero poder? Brood es un ascendiente, uno tiende a olvidarse de eso cuando reina la despreocupación. Su senda es Tennes, el poder de la tierra en sí, la tierra que es el hogar de la eterna diosa Dormida, Ascua. Caladan Brood tiene el poder (ahí, en sus*

brazos y en ese martillo formidable que lleva a la espalda) de hacer pedazos montañas enteras. ¿Una exageración? Un vuelo bajo sobre los picos rotos al este del altiplano de Laederon es prueba suficiente de tiempos más jóvenes y apresurados... Abuela Arpía, ¡ya deberías saberlo! El poder atrae al poder. Siempre ha sido así y ahora han llegado los t'lan imass y una vez más inclina la balanza.

Mis hijos espían al Dominio Painita, pueden oler el poder que se alza de esas tierras santificadas a conciencia con sangre, y sin embargo sigue careciendo de rostro, como si se ocultara bajo una capa tras otra engañosa capa. ¿Qué se oculta en el fondo de ese imperio de fanáticos?

La horrenda niña lo sabe, juraría sobre el lecho de carne quebrada del dios que lo sabe, oh, sí. Y ella llevará a los t'lan imass... a ese mismo corazón.

¿Lo entiendes, Caladan Brood? Creo que sí. Y al tiempo que ese canoso y anciano tirano de Kallor pronuncia sus advertencias con una voluntad exangüe... al tiempo que te sacude la llegada inminente de aliados no muertos, te conmociona todavía más el hecho de que esos no muertos serán necesarios. ¿A qué le hemos declarado la guerra? ¿Qué quedará de nosotros cuando hayamos terminado?

Y, por el abismo, ¿qué verdad secreta posee Kallor sobre Zorraplateada?

La mhybe desafió el asco abrumador que le inspiraban sus propias reacciones y se obligó a pensar con una claridad brutal, a escuchar todo lo que Zorraplateada decía, cada palabra y lo que se podía leer entre líneas. Se rodeó con los brazos bajo el aluvión de los pronunciamientos de su hija. El descubrimiento de tantos secretos asaltaba todos sus instintos, una exposición así estaba cargada de riesgos. Pero

al fin entendió algo de la posición en la que se había encontrado Zorraplateada, las confesiones eran una llamada de socorro.

Necesita aliados. Sabe que yo no soy suficiente, por los espíritus del inframundo, ya lo ha visto aquí. Es más, sabe que estos dos campamentos (enemigos durante tanto tiempo) deben encontrar un puente común. Nacida en uno, la niña tiende la mano hacia el otro. Todo lo que era Velajada y Escalofrío clama en busca de antiguos camaradas. ¿Querrán contestar?

La mhybe no pudo discernir nada en las emociones de Whiskeyjack. Sus pensamientos bien podrían hacerse eco de la posición de Kallor. *Una abominación*. Lo vio encontrarse con la mirada de Korlat y se preguntó qué pasaba entre ellos.

¡Piensa! Está en la naturaleza de todos los aquí presentes tratar cada situación de forma táctica, hacer a un lado los sentimientos personales, calibrar, sopesar las cosas. Zorraplateada ha dado un paso adelante, ha reclamado una posición de poder que rivaliza con la de Brood, Anomander Rake y Kallor. ¿Se pregunta ahora Dujek Unbrazo con quién debería estar tratando? ¿Se da cuenta de que estábamos todos unidos por él, que, durante doce años los clanes barghastianos y rhivi, las compañías dispares de una veintena de ciudades o más, los tiste andii, la presencia de Rake, Brood y Kallor, por no mencionar la Guardia Carmesí, todos nosotros nos mantuvimos hombro con hombro por el Imperio de Malaz? Por el propio puño supremo.

Pero ahora tenemos un enemigo nuevo, buena parte de su naturaleza sigue siendo desconocida y ha engendrado entre nosotros una especie de fragilidad (ah, si solo fuera eso) que ahora ve Dujek Unbrazo.

Zorraplateada afirma que necesitaremos a los t'lan imass. Solo el despiadado del viejo emperador se habría sentido cómodo con tales criaturas como aliados, hasta Kallor retrocede ante lo que nos están obligando a aceptar. La frágil alianza rechina y se tambalea. Eres un hombre demasiado sabio, puño supremo, para no tener en estos momentos grandes dudas.

El anciano manco fue el primero en hablar tras la declaración de Zorraplateada y se dirigió a la niña con palabras lentas y medidas.

—Los t'lan imass con los que el Imperio de Malaz está familiarizado es el ejército comandado por Logros. Según tus palabras, debemos asumir que hay otros ejércitos, aunque no hemos sabido nunca nada de ellos. ¿Por qué es eso, niña?

—La última reunión —respondió Zorraplateada— fue hace cientos de miles de años, en ella se invocó el ritual de Tellann, la vinculación de la senda Tellann con todos y cada uno de los imass. El ritual los hizo inmortales, puño supremo. La fuerza vital de todo un pueblo quedó ligada en nombre de una guerra santa destinada a durar milenios…

—Contra los jaghut —dijo Kallor con voz ronca. Su rostro estrecho y marchito se crispó en una mueca burlona tras la sangre ya casi seca—. Aparte de un puñado de tiranos, los jaghut eran pacifistas. Su único crimen fue existir.

Zorraplateada se volvió contra el guerrero.

—¡No insinúes injusticias, rey supremo! Poseo los suficientes recuerdos de Escalofrío como para recordar el Dominio Imperial, el lugar que en otro tiempo gobernaste, Kallor, antes de que los malazanos lo reclamaran. Asolaste un reino entero, lo despojaste de vida, no dejaste nada salvo cenizas y huesos carbonizados. ¡Un reino entero!

La sonrisa manchada de sangre del alto guerrero era funesta.

—Ah, así que estás ahí, ¿eh? Pero oculta, creo, retorciendo la verdad y convirtiéndola en falsos recuerdos. ¡Oculta, mujer patética y maldita! —La sonrisa del rey supremo se endureció—. Entonces deberías saber que no debes poner a prueba mi genio, invocahuesos. Velajada. Escalofrío… querida niña…

La mhybe vio que su hija se ponía pálida. *Estos dos transmiten… la sensación de una larga enemistad, ¿por qué no lo había visto antes? Quedan viejos recuerdos, un vínculo entre los dos. Entre mi hija y Kallor; no, entre Kallor y una de las almas que habita su interior*…

Después de un momento, Zorraplateada volvió a mirar a Dujek.

—Para responderte, a Logros y los clanes que están bajo su mando se les confió la tarea de defender el primer trono. Los otros ejércitos partieron para buscar los últimos baluartes de los jaghut, que habían levantado barreras de hielo. Omtose Phellack es una senda de hielo, puño supremo, un lugar de un frío mortal y casi carente de vida. Las hechicerías jaghut amenazaron el mundo… Los niveles del mar cayeron, especies enteras se extinguieron, cada cordillera era una barrera. El hielo fluía en ríos blancos por las laderas. El hielo tenía hasta una legua de profundidad en algunos lugares. Como mortales, los imass estaban repartidos, su unidad se había perdido. No podían cruzar esas barreras. Hubo hambrunas…

—La guerra contra los jaghut había empezado ya mucho antes —le soltó Kallor—. Intentaban defenderse, ¿y quién no haría lo mismo?

Zorraplateada se limitó a encogerse de hombros.

—Como Tellann no muertos, nuestros ejércitos podían cruzar esas barreras. Los esfuerzos para erradicarlas resultaron ser… costosos. No habéis oído ni siquiera susurros

sobre esos ejércitos porque muchos han sido diezmados mientras que otros quizá continúen la guerra en lugares remotos y hostiles.

Se dibujó una expresión dolorida en la cara del puño supremo.

—Los logros mismos abandonaron el Imperio y desaparecieron en el interior del Jhag Odhan durante un tiempo y cuando regresaron, lo hicieron muy mermados.

La niña asintió.

—¿Han respondido los Logros a tu llamada?

La pequeña frunció el ceño antes de contestar.

—No puedo estar segura de eso, de la respuesta de ninguno. La han oído. Todos vendrán si pueden y percibo la cercanía de un ejército, al menos eso creo.

Hay tanto que no nos estás diciendo, hija. Lo veo en tus ojos. Temes que tu llamada de auxilio quede sin respuesta si revelas demasiado.

Dujek suspiró y miró al caudillo.

—Caladan Brood, ¿reanudamos nuestra discusión estratégica?

Los soldados se inclinaron una vez más sobre la mesa del mapa y se unió a ellos Arpía, que graznaba sin estridencias. Después de un momento, la mhybe cogió a su hija de la mano y la guio hacia la entrada. Korlat se reunió con ellas cuando salieron. Para sorpresa de la mhybe, las siguió Whiskeyjack.

Se agradecía la brisa fresca de la tarde tras los confines cerrados de la tienda de mando. Sin una sola palabra, el pequeño grupo salvó la escasa distancia que los separaba de un claro que se abría entre los campamentos tiste andii y barghastiano. Cuando se detuvieron, el comandante clavó los ojos grises en Zorraplateada.

—Veo mucho de Velajada en ti, muchacha, ¿cuántas cosas de su vida, de su memoria, recuerdas?

—Rostros —respondió la pequeña con una sonrisa vacilante—. Y los sentimientos que iban unidos a ellos, comandante. Tú y yo fuimos aliados durante un tiempo. Éramos, creo, amigos…

El asentimiento del veterano fue solemne.

—Así es, lo éramos. ¿Recuerdas a Ben el Rápido? ¿Al resto de mi pelotón? ¿Qué hay de Mechones? ¿De Tayschrenn? ¿Recuerdas al capitán Paran?

—Ben el Rápido —susurró Zorraplateada, no muy segura —. ¿Un mago? Siete Ciudades… un hombre de muchos secretos… sí. —La niña volvió a sonreír—. Ben el Rápido. Mechones… no era un amigo, una amenaza, me hizo daño.

—Ya está muerto.

—Es un alivio. Tayschrenn es un nombre que he oído hace poco, el mago supremo favorito de Laseen; discutimos, él y yo, cuando yo era Velajada y desde luego cuando era Escalofrío. No hay sensación de lealtad, no hay sensación de confianza… pensar en él me confunde.

—¿Y el capitán?

Hubo algo en el tono del comandante que puso en estado de alerta a la mhybe.

Zorraplateada apartó la mirada de los ojos de Whiskeyjack.

—Estoy deseando verlo otra vez.

El comandante carraspeó.

—Ahora mismo está en Pale. Si bien no es asunto mío, muchacha, quizá quieras tener en cuenta las consecuencias de un encuentro con él, que, bueno, que averigüe… —Se fue quedando sin palabras, su incomodidad era evidente.

¡Por los espíritus del inframundo! El capitán Paran era el amante de Velajada… Debería haber anticipado algo así. Las

almas de dos mujeres adultas…

—Zorraplateada, hija…

—Pero si ya lo hemos visto, madre —dijo la niña—. Cuando conducíamos a los bhederin al norte, ¿te acuerdas? ¿El soldado que desafió nuestras lanzas? Lo supe entonces, lo conocí, supe quién era. —La pequeña volvió a mirar al comandante—. Paran lo sabe. Envíale recado de que estoy aquí. Por favor.

—Muy bien, muchacha. —Whiskeyjack levantó la cabeza y estudió el campamento barghastiano—. Los Abrasapuentes van a hacernos una… visita, en cualquier caso. Ahora están bajo el mando del capitán. Estoy seguro que para Ben el Rápido y Mazo será un placer volver a conocerte…

—Es decir, deseas que me examinen —dijo Zorraplateada— para ayudarte a decidir si soy digna de que me apoyes. No temas, comandante, la perspectiva no me preocupa. En muchos sentidos también sigo siendo un misterio para mí misma y por tanto siento curiosidad por lo que van a descubrir.

Whiskeyjack sonrió con ironía.

—Eres igual de franca que la hechicera, muchacha, aunque carezcas de su tacto ocasional.

—Comandante Whiskeyjack, creo que tenemos cosas que discutir, tú y yo —dijo Korlat entonces.

—Sí —dijo el veterano.

La tiste andii se volvió hacia la mhybe y Zorraplateada.

—Debemos deciros adiós a las dos.

—Por supuesto —respondió la anciana mientras luchaba por dominar sus emociones. *El soldado que desafió a nuestras lanzas… oh, sí, lo recuerdo, niña. Antiguas preguntas que al fin tienen respuesta… y mil más que acosan a esta vieja*…—. Vamos, Zorraplateada, es hora de

que reanudes tu educación en los modos y costumbres de los rhivi.

—Sí, madre.

Whiskeyjack observó alejarse a las dos rhivi.

—Reveló demasiado —dijo después de un momento—. El parlamento estaba funcionando, los vínculos se estaban estrechando… y entonces habló la niña…

—Sí —murmuró Korlat—. Posee el conocimiento secreto, el conocimiento de los t'lan imass. Recuerdos que se remontan a milenios de vida en este mundo. Tantas cosas que ha presenciado ese pueblo… la caída del dios Tullido, la llegada de los tiste andii, el último vuelo de los dragones que se adentraron en la Starvald Demelain… —Se quedó callada y descendió un velo sobre sus ojos.

Whiskeyjack la estudió antes de hablar otra vez.

—Jamás había visto a un gran cuervo terminar tan obviamente… aturdido.

Korlat sonrió.

—Arpía cree que desconocemos el secreto del nacimiento de los de su especie. Es la vergüenza de sus orígenes, ya sabes… o así lo ven ellos. A Rake le es indiferente su… contexto moral, como a todos nosotros.

—¿Qué tiene de vergonzoso?

—Los grandes cuervos son criaturas antinaturales. El derribo del ser extraño que llegaría a llamarse el dios Tullido fue un acontecimiento… violento. Partes de él volaron por los aires y cayeron como bolas de fuego que hicieron pedazos tierras enteras. Trozos de carne y hueso yacieron pudriéndose y, sin embargo, se aferraron a una especie de vida en sus inmensos cráteres. De esa carne nacieron los grandes cuervos y se llevaron con ellos fragmentos del

poder del dios Tullido. Ya has visto a Arpía y los suyos, devoran la hechicería, es su verdadero sustento. Atacar a un gran cuervo con magia solo sirve para hacerlo más fuerte, para reforzar su inmunidad. Arpía es la primogénita. Rake cree que el potencial que hay en su interior es… espantoso y por tanto los mantiene cerca, a ella y a los suyos.

La tiste andii hizo una pausa y después lo miró.

—Comandante Whiskeyjack, en Darujhistan chocamos con un mago tuyo…

—Sí, Ben el Rápido. Estará aquí en breve y podré disponer de su opinión sobre todo esto.

—El hombre que le mencionaste antes a la niña. —Korlat asintió—. Admito sentir cierta admiración por el hechicero y estoy deseando conocerlo. —Las miradas de ambos se encontraron—. Y es un placer haberte conocido a ti también. Zorraplateada fue sincera cuando dijo que confiaba en ti. Y creo que yo también.

El guerrero cambió de postura, incómodo.

—Ha habido escaso contacto entre nosotros para merecer esa confianza, Korlat. No obstante, procuraré ganármela.

—La niña tiene a Velajada en su interior, una mujer que te conocía bien. Aunque no conocí a la hechicera, creo que la mujer que era, y que surge cada día con más fuerza en Zorraplateada, poseía unas cualidades admirables.

Whiskeyjack asintió poco a poco.

—Era… una amiga.

—¿Cuánto sabes de los acontecimientos que llevaron a este… renacimiento?

—No lo suficiente, me temo —respondió el veterano—. Supimos de la muerte de Velajada por Paran, que se encontró con sus… restos. Murió en los brazos del mago supremo thelomenio, Bellurdan, que había viajado hasta la llanura con el cadáver de su pareja, Escalofrío, es de

suponer que con la intención de enterrarla. Velajada ya era una fugitiva y es probable que a Bellurdan le dieran instrucciones para apresarla. Ocurrió como ha contado Zorraplateada, que yo sepa.

Korlat apartó la mirada y no dijo nada durante mucho tiempo. Cuando al fin habló, su pregunta, tan simple y lógica, dejó a Whiskeyjack con el corazón en vilo.

—Comandante, percibimos a Velajada y Escalofrío en esa niña, y ella misma admite la presencia de las dos, pero ahora me pregunto, ¿dónde está entonces ese thelomenio, Bellurdan?

El veterano solo pudo respirar hondo y sacudir la cabeza. *Dioses, no lo sé*…

Capítulo 4



Fíjate en estos tres, son todo lo que le da forma, todo lo que yace bajo la superficie del mundo, estos tres, son los huesos de la historia. ¡Hermana de las Noches Frías! ¡La traición recibe tu amanecer! Elegiste confiar en el cuchillo, incluso cuando este encontró tu corazón. ¡Draconus, sangre de Tiam! La oscuridad se hizo para abrazar tu alma y estas cadenas que ahora te retienen, tú mismo las has moldeado. K'rul, tuyo fue el sendero que eligió la diosa Dormida, hace mil años y más y duerme todavía mientras tú despiertas; ha llegado el momento, Ancestral, de caminar una vez más entre los mortales y hacer de tu dolor el regalo más dulce.

Anomandaris
Pescador Kel Tath

Cubiertos de los pies a la cabeza de barro, Harllo y Piedra Menackis salieron de detrás del carruaje cuando este empezó a balancearse ladera arriba. Rezongo esbozó una gran sonrisa al verlo y se apoyó en el carretón.

—Nos está bien empleado por apostar contigo —murmuró Harllo—. Siempre ganas, cabrón.

Piedra se miraba la ropa manchada con expresión consternada.

—Cuero curtido de Callows. Esto no tiene arreglo. —La mujer clavó unos ojos azules y duros en Rezongo—. Maldito seas, eres el más grande de todos. Deberías haber sido tú el

que empujara, no el que estuviera ahí arriba sentado y a la mierda la apuesta.

—Lo mío son las lecciones difíciles —dijo el hombre y se le ensanchó la sonrisa. El magnífico atavío verde y negro de Piedra estaba cubierto de cieno marrón. El espeso cabello negro le caía por la cara y le chorreaba de agua lechosa—. Además, por hoy hemos terminado, así que vamos a dejar este trasto a un lado del camino. A vosotros dos no os vendría mal un bañito.

—Que el Embozado te lleve —le soltó Harllo—, ¿qué crees que estábamos haciendo?

—Por lo que se oía, yo diría que ahogándoos. El agua limpia está río arriba, por cierto. —Rezongo recogió las riendas.

El cruce había dejado a los caballos agotados y se movían a regañadientes, así que al capitán le costó un poco ponerlos en marcha otra vez. Después detuvo el carruaje a poca distancia del camino, a un lado del vado. Otros mercaderes habían acampado cerca, algunos acababan de cruzar como habían podido y otros se preparaban para hacerlo de camino a Darujhistan. En los últimos días la situación se había hecho más caótica todavía, si cabía. Lo que quedaba de los adoquines que se habían colocado en el vado, en el lecho del río, habían terminado ladeados o hundidos en el barro.

Habían necesitado cuatro campanadas para poder cruzar y durante un momento Rezongo había llegado a preguntarse si lo conseguirían. Se bajó al suelo y empezó a atender a los caballos. Harllo y Piedra, que en ese momento reñían entre sí, pusieron rumbo río arriba.

Rezongo le lanzó una mirada inquieta al enorme carruaje que había bajado antes que ellos al vado y que en ese momento estaba aparcado a unos doce metros de allí. Había

sido una apuesta injusta. *Las mejores*. Sus dos compañeros estaban convencidos de que ese día no vería el cruce del carruaje de su jefe Keruli. Estaban seguros de que el monstruoso vehículo que tenían delante se iba a hundir y que pasaría días allí metido, en medio del río, antes de que los otros mercaderes se impacientaran lo suficiente como para añadir algún músculo de su propio personal a la tarea de apartarlo.

Rezongo había sospechado lo contrario. Bauchelain y Korbal Espita no eran de la clase de personas que soportaban con paciencia las molestias. *Y además, son puñeteros hechiceros*. Su sirviente, Emancipor Reese, ni siquiera se había molestado en bajarse del pescante y unos simples tirones de las riendas habían hecho avanzar a la reata de bueyes. El enorme vehículo pareció deslizarse por el vado, ni siquiera se sacudió cuando las ruedas rodaron por lo que Rezongo sabía que era un lecho removido e irregular. *Una apuesta injusta, pues sí. Al menos estoy seco y limpio*.

Había habido suficientes testigos de aquel acontecimiento antinatural como para proporcionarle cierta privacidad al campamento que habían montado los magos, así que fue con una curiosidad considerable con lo que Rezongo observó a un escolta de caravanas dirigirse allí. Conocía bien a aquel hombre. Buke era un daru que trabajaba con los caravasares más pequeños y siempre firmaba con mercaderes que vivían con lo justo. Prefería trabajar solo y Rezongo sabía por qué.

El jefe de Buke había intentado cruzar horas antes. La desvencijada carreta se había hecho pedazos en pleno arroyo, los trozos de madera y los valiosos fardos de mercancía se habían alejado flotando mientras su dueño se revolcaba en el agua, indefenso. Buke se las había arreglado

para salvar al mercader, pero con la pérdida de la mercancía el contrato había quedado sin validez. Buke lo arregló todo para que el comerciante acompañara a una recua de vuelta a Darujhistan, pero después quedó libre sin demasiada recompensa por sus esfuerzos.

Rezongo suponía que él también regresaría a la ciudad. Buke tenía un caballo magnífico, sano y bien equipado. Un viaje de tres días, como mucho.

Pero allí estaba, una figura alta y delgada ataviada con el equipo típico de los escoltas, camisote de malla recién engrasado, ballesta atada a la espalda y una espada larga envainada en la cadera, hablando en voz baja con Emancipor Reese.

Aunque no podía oírlos, Rezongo podía seguir el curso de la conversación por el cambio de postura de los dos hombres. Después de un breve intercambio, vio que los hombros de Buke caían un poco. El escolta de barba gris apartó la mirada y Emancipor Reese se encogió de hombros y empezó a girarse a modo de despedida.

Los dos hombres se dieron la vuelta entonces para mirar al carruaje y un momento después salió Bauchelain poniéndose la capa negra de cuero alrededor de los amplios hombros. Buke se irguió bajo la mirada del hechicero y respondió a unas cuantas preguntas escuetas con respuestas igual de escuetas, después asintió con gesto respetuoso. Bauchelain puso una mano en el hombro de su criado y el anciano estuvo a punto de combarse bajo aquel toque ligero.

Rezongo lanzó una risita de comprensión. *Sí, el roce de ese mago podría hacer que se llenaran los calzones de cualquier hombre, bien lo sabe la Reina… Que Beru nos proteja, acaban de contratar a Buke. Esperemos que no termine lamentándolo*.

En Darujhistan, los incendios en los bloques de pisos solían ser mortales, sobre todo cuando había gas implicado. La conflagración que había matado a la mujer de Buke, a su madre y a sus cuatro hijos había sido especialmente fea. Que el propio Buke estuviera tirado, borracho y dormido como un tronco, en un callejón a menos de ochenta y cinco metros de la casa no había ayudado mucho a que el hombre se recuperara. Como muchos de los otros escoltas, Rezongo había supuesto que Buke se refugiaría de verdad en la botella después de eso, pero el caso era que el escolta había hecho todo lo contrario. Era obvio que para Buke tenía mucho más atractivo aceptar contratos solitarios con mercaderes pobres y vulnerables que dejarse llevar por la decadencia del borracho eterno. A los mercaderes pobres les robaban mucho más a menudo que a los ricos. *Ese hombre sí que quiere morir. Pero rápido, incluso de forma honorable. Por lo que se ve, quiere caer luchando, como hizo su familia. Y cielos, cuando está sobrio (como lo está desde esa noche) Buke es un luchador magnífico, los fantasmas de al menos una docena de salteadores de caminos podrían dar amarga fe de eso*.

El miedo gélido que parecía copar el aire alrededor de Bauchelain y, sobre todo, alrededor de Korbal Espita, habría disuadido a cualquier escolta en su sano juicio. Pero un hombre impaciente por abrazar la muerte lo vería de forma diferente, ¿no?

Ah, amigo Buke, espero que no termines por lamentar tu elección. No cabe duda de que la violencia y el horror giran alrededor de tus dos nuevos jefes, pero es más probable que la presencies a que seas víctima de ella. ¿No llevas ya suficiente tiempo en los brazos del sufrimiento?

Buke partió a recoger su caballo y su equipo. Rezongo ya había encendido un fuego para cuando volvió el hombre.

Observó a Buke guardar su equipo e intercambiar unas cuantas palabras más con Emancipor Reese, que había empezado a cocinar él también, después el escolta miró y se encontró con los ojos de Rezongo.

Buke se acercó.

—Día de cambios, amigo Buke —dijo Rezongo, agachado junto al fuego—. Estoy haciendo un poco de té para Harllo y Piedra, que deberían volver en cualquier momento, ¿te apetece tomar una taza con nosotros?

—Es muy amable por tu parte, Rezongo. Acepto el ofrecimiento. —El hombre se acercó al capitán.

—Una pena lo que le pasó a la carreta de Murk.

—Le advertí que no lo intentara. Pero ya ves, no agradeció mi consejo.

—¿Incluso después de que lo salvaras del río y le sacaras el agua de los pulmones?

Buke se encogió de hombros.

—Que el Embozado le rozara los labios lo puso de mal humor, me imagino. —Le echó un vistazo al carruaje de sus nuevos jefes y unas arrugas ribetearon las comisuras de sus ojos tristes—. Has tenido unas palabras con ellos, ¿no?

Rezongo escupió en el fuego.

—Sí. Mejor me hubieras pedido parecer antes de aceptar el contrato.

—Respeto tus consejos y siempre lo he hecho, Rezongo, pero no me habrías hecho cambiar de opinión.

—Lo sé, así que no diré más de ellos.

—El otro —dijo Buke al tiempo que aceptaba un tazón de hojalata de manos de Rezongo, lo acunaba con las dos manos y soplaba el líquido humeante—. Lo vislumbré antes un momento.

—Korbal Espita.

—Lo que tú digas. Te has dado cuenta de que es el asesino.

—Entre esos dos yo no veo mucha diferencia, para ser sincero.

Buke sacudía la cabeza.

—No, no me has entendido. Fue en Darujhistan, ¿te acuerdas? Durante dos semanas seguidas encontraron cada noche cuerpos horriblemente mutilados en el distrito Gadrobi. Los investigadores llamaron a un mago para que los ayudara y fue como si alguien le hubiera dado una patada a un avispero; ese mago descubrió algo, algo que lo dejó aterrorizado. No se supo mucho, lo admito, pero me enteré por casualidad de los detalles de lo que siguió. Reclutaron a la Guilda de Vorcan. El propio concejo les ofreció el contrato a los asesinos. Encontrad al culpable, dijeron, utilizad todos los métodos a vuestra disposición, legales o no. Y entonces se detuvieron los asesinatos…

—Recuerdo vagamente que hubo algún jaleo —dijo Rezongo con el ceño fruncido.

—Estabas en lo de Quip, ¿no? Te pasaste días enteros ciego perdido.

Rezongo hizo una mueca.

—Le había echado el ojo a Lethro, ya sabes, me fui con un contrato y al volver me encontré…

—Que se había ido y se había casado con otro —terminó Buke por él con un asentimiento.

—No solo con otro. —Rezongo frunció el ceño—. Con ese canalla abotargado, Parsemo…

—Un antiguo jefe tuyo, según creo recordar. Pero bueno. ¿Quién era el asesino y por qué cesaron las muertes? La Guilda de Vorcan no se presentó a reclamar el dinero del concejo. Los asesinatos se detuvieron porque el asesino había dejado la ciudad. —Buke señaló con un gesto el

inmenso carruaje—. Ese. Korbal Espita. El hombre de la cara redonda y los labios gruesos.

—¿Por qué estás tan seguro, Buke? —El aire se había enfriado. Rezongo se sirvió una segunda taza.

El hombre se encogió de hombros con los ojos clavados en el fuego.

—Lo sé, sin más. ¿Quién puede soportar el asesinato de inocentes?

Por el aliento del Embozado, Buke. Para mí es obvio que caminas en el filo de la navaja, ¿para ti no? Pretendes matarlo o al menos morir intentándolo.

—Escúchame bien, amigo mío. Puede que estemos fuera de la jurisdicción de la ciudad pero si los magos de Darujhistan estuvieran de verdad tan alarmados (y puesto que a la Guilda de Vorcan quizá le interese todavía), lo de la jurisdicción carecería de sentido. Podríamos enviar recado, suponiendo que estés en lo cierto y que tengas prueba de tu certeza, Buke, y entre tanto nos limitamos a echarle un ojo al hombre. Nada más. Es hechicero, fíjate lo que te digo. No tienes ninguna posibilidad. Deja la ejecución para los asesinos y los magos.

Buke levantó la cabeza cuando llegaron Harllo y Piedra Menackis. Los dos se habían acercado sin ruido, ambos envueltos en mantas, con la ropa lavada y hecha un fardo en los brazos. Por sus expresiones inquietas Rezongo supo que habían oído como mínimo la última frase.

—Creí que ya estarías a medio camino de Darujhistan —dijo Harllo.

Buke estudió al escolta por encima del borde de la taza.

—Estás tan limpio que casi no te reconozco, amigo.

—Ja, ja.

—Me he hecho con un nuevo contrato, respondiendo a tu pregunta, Harllo.

—Serás idiota —le soltó Piedra—. ¿Cuándo vas a dejar que se cuele un poco de sentido común en esa cabezota, Buke? Hace años y años desde la última vez que esbozaste una sonrisa o dejaste que la luz entrara en tus ojos. ¿En cuántas trampas para osos vas meter la cabeza, hombre?

—Hasta que salte una —dijo Buke sin esquivar los ojos oscuros y coléricos de Piedra. Se levantó y tiró los posos de la taza—. Gracias por el té… y el consejo, amigo Rezongo. —Tras saludar con la cabeza a Harllo y después a Piedra, el escolta regresó al carruaje de Bauchelain.

Rezongo levantó la cabeza y se quedó mirando a Piedra.

—Un tacto impresionante, querida.

La mujer siseó.

—Ese hombre es idiota. Necesita la mano de una mujer en su empuñadura, a mi entender. La necesita con urgencia.

Harllo lanzó un gruñido.

—¿Te estás presentando voluntaria?

Piedra Menackis se encogió de hombros.

—No es su apariencia lo que arredra, es su actitud. Justo lo contrario de lo que pasa contigo, mono.

—¿Así que te gusta mi personalidad, eh? —Harllo le sonrió a Rezongo—. Eh, podrías romperme otra vez la nariz, entonces podríamos enderezarla y quedaría como nuevo. ¿Qué te parece, Piedra? ¿Se abrirían entonces para mí los pétalos de hierro de tu corazón?

La mujer lanzó una sonrisa burlona.

—Todo el mundo sabe que ese mandoble tuyo no es nada más que un patético intento de compensar otra cosa, Harllo.

—Pero no se le da mal la poesía —señaló Rezongo—. Pétalos de hierro, no se puede ser más preciso.

—Eso de los pétalos de hierro no existe —bufó Piedra—. No hay flores de hierro. Y los corazones no son flores, son una cosa grande, roja y sucia que tienes en el pecho. ¿Qué

tiene de poético decir cosas que no tienen sentido? Eres tan idiota como Buke y Harllo, Rezongo. Estoy rodeada de cretinos sin cerebro y cabezones.

—Es lo que te ha tocado en la vida, mujer —dijo Rezongo —. Aquí tienes, toma un poco de té, no te vendrá mal un poco de… calor.

La mujer aceptó la taza mientras Rezongo y Harllo evitaban mirarse a los ojos.

Después de unos momentos Piedra carraspeó.

—¿Qué era todo eso de dejar la ejecución para los asesinos, Rezongo? ¿En qué clase de lío se ha metido Buke ahora?

Oh, Mowri, ese hombre le importa de verdad. Rezongo miró el fuego con el ceño fruncido y echó unos cuantos terrones más de estiércol antes de responder.

—Tiene ciertas… sospechas. Estábamos hablando, bueno, de forma hipotética…

—Por la lengua de Togg, venga ya, cara de buey. Suéltalo.

—Buke decidió hablar conmigo, no contigo, Piedra —gruñó Rezongo, irritado—. Si tienes preguntas, házselas a él y a mí déjame en paz.

—Lo haré, maldito seas.

—Dudo que llegues a algún sitio —interpuso Harllo con cierta imprudencia—, aunque agites las pestañas y hagas morritos con esos labios rosados que tienes…

—Eso va a ser lo último que veas cuando te atraviese con el cuchillo ese tubérculo de hojalata que tienes en el pecho. Ah, y además pienso tirarte un beso.

Harllo alzó las pobladas cejas.

—¡Tubérculo de hojalata! Piedra, querida, ¿te he oído bien?

—Cállate, no estoy de humor.

—¡Tú nunca estás de humor, Piedra!

La mujer le respondió con una sonrisa desdeñosa.

—No te molestes en decirlo, querida —suspiró Rezongo.

La choza se apoyaba como si estuviera borracha contra la muralla interna de la ciudad de Pale, una colección confusa de tablones, pieles estiradas y mimbre; el patio era un umbral de polvo blanco, cáscaras de calabazas, trozos rotos de loza y virutas de madera. Unos fragmentos de cartas lacadas de madera colgaban de un bramante sobre la estrecha puerta y giraban sin prisas bajo el calor húmedo.

Ben el Rápido se detuvo un instante, miró a un lado y a otro del sucio callejón y se internó en el patio. En el interior resonó una risa aguda. El hechicero puso los ojos en blanco y con un murmullo por lo bajo fue a coger el lazo de cuero que habían clavado a la puerta.

—¡No empujes! —chilló una voz tras ella—. ¡Tira, serpiente del desierto!

Ben el Rápido se encogió de hombros y tiró de la puerta hacia él.

—¡Solo los idiotas empujan! —siseó la anciana desde donde se había encaramado con las piernas cruzadas, en una esterilla de juncos dentro de la choza—. ¡Me raspa la rodilla! Moratones y cosas peores me atormentan cuando vienen a visitarme idiotas. Ah, huelo a Raraku, ¿verdad?

El brujo se asomó al interior de la choza.

—¡Por el aliento del Embozado, aquí solo hay sitio para ti! —Objetos vagos atestaban las paredes y colgaban del techo bajo. Las sombras se tragaban cada esquina y el aire todavía albergaba el frío de la noche pasada.

—¡Solo yo! —cacareó la mujer. Su rostro era poco más que piel sobre huesos y tenía una testa monda y lironda manchada de lunares—. Enséñame lo que tienes, serpiente

de mil cabezas, ¡quitar maldiciones es mi don! —La mujer sacó de entre los pliegues hechos jirones de su túnica una carta de madera y la sostuvo con manos temblorosas—. Envía tus palabras a mi senda y su forma quedará aquí tallada, grabada a fuego…

—Nada de maldiciones, mujer —dijo Ben el Rápido al tiempo que se agachaba hasta que los ojos de ambos quedaron a la misma altura—. Solo preguntas.

La carta desapareció bajo la túnica de la mujer.

—Las respuestas cuestan —respondió con el ceño fruncido—. Las respuestas valen más que romper una maldición. No es fácil hallar respuestas…

—Está bien, está bien, ¿cuánto?

—Da color a la moneda de tus preguntas, doce almas.

—Oro.

—Entonces concejos de oro, uno cada una…

—Siempre que des respuestas que lo merezcan.

—De acuerdo.

—El sueño de Ascua.

—¿Qué pasa con eso?

—¿Por qué?

La anciana se lo quedó mirando con la desdentada boca abierta.

—¿Por qué duerme la diosa, bruja? ¿Lo sabe alguien? ¿Lo sabes tú?

—Eres un canalla muy estudiado.

—Todo lo que he leído han sido especulaciones. Nadie lo sabe. Los estudiosos no tienen la respuesta, pero quizá la tenga la bruja de Tennes más vieja de este mundo. Dime, ¿por qué duerme Ascua?

—Alrededor de algunas respuestas hay que bailar un poco. Hazme otra pregunta, hijo de Raraku.

Ben el Rápido bajó la cabeza con un suspiro y estudió el suelo un momento.

—Se dice que la tierra tiembla —dijo después— y que la roca fundida brota como sangre cuando Ascua se agita y quiere despertar.

—Eso se dice.

—Y que la destrucción sacudiría toda la vida si ella despertara.

—Eso se dice.

—¿Y bien?

—Y bien nada. La tierra tiembla, las montañas explotan, hay ríos ardientes que fluyen. Es lo natural en un mundo cuya alma está abrasada. Unida a sus propias leyes de causa y efecto. El mundo tiene la forma de la pelota de estiércol de un escarabajo y viaja por un vacío helado alrededor del sol. La superficie flota en trozos, sobre un mar de roca fundida. A veces los trozos se frotan. A veces se separan. Empujados y separados por las mareas cuando los mares van y vienen entre empujones y tirones.

—¿Y en ese plan, dónde entra la diosa?

—Ella era el huevo dentro del estiércol. Eclosionado hace mucho tiempo. Su mente cabalga sobre los ríos ocultos bajo nuestros pies. Es el dolor de la existencia. La reina de la colmena y nosotros sus obreros y soldados. Y de vez en cuando… acudimos en tropel.

—¿Por las sendas?

La anciana se encogió de hombros.

—Por el camino que hallemos.

—Ascua está enferma.

—Sí.

Ben el Rápido vio una intensidad repentina que iluminó los ojos oscuros de la bruja. Lo pensó un momento antes de hablar.

—¿Por qué duerme Ascua?

—Todavía no ha llegado el momento. Haz otra pregunta.

El hechicero frunció el ceño y apartó la vista.

—Obreros y soldados… Haces que parezcamos esclavos.

—Ella no exige nada; lo que hacéis, lo hacéis porque queréis. Trabajáis para ganaros el sustento. Lucháis para protegerlo o para ganar más. Trabajáis para confundir a los rivales. Lucháis por miedo, odio, rencor, honor, lealtad y cualquier otra causa que queráis elaborar. Y sin embargo, todo lo que hacéis es a su servicio… hagáis lo que hagáis. No solo lo benigno, Adaephon Delat, sino lo amoral. Podemos prosperar o podemos destruirnos a nosotros mismos, a ella le da igual; se limitará a parir otra camada y todo volverá a empezar.

—Hablas del mundo como algo físico, sujeto a las leyes naturales. ¿Es todo lo que hay?

—No; al final, las mentes y sentidos de todo lo que está vivo es lo que define la realidad, es decir, lo real para nosotros.

—Eso es una tautología.

—Así es.

—¿Es Ascua la causa de nuestro efecto?

—¡Ah, te escurres como la serpiente del desierto que eres en realidad! ¡Haz tu pregunta!

—¿Por qué duerme Ascua?

—Duerme… para soñar.

Ben el Rápido no dijo nada durante un buen rato. Cuando al fin miró a la anciana a los ojos, vio la confirmación de sus mayores temores.

—Está enferma —dijo.

La bruja asintió.

—Febril.

—Y sus sueños…

—El delirio desciende, muchacho. Los sueños se convierten en pesadillas.

—Tengo que pensar en una forma de extirpar esa infección porque no creo que la fiebre de Ascua sea suficiente. Si acaso, ese calor que se supone que debe limpiar está logrando el efecto contrario.

—Piensa en ello entonces, querido obrero.

—Puede que necesite ayuda.

La bruja extendió una mano marchita con la palma hacia arriba.

Ben el Rápido rebuscó bajo su camisa y sacó un guijarro muy gastado que dejó caer en la mano de la anciana.

—Cuando llegue el momento, Adaephon Delat, ven a verme.

—Lo haré. Gracias, señora. —El mago dejó una bolsita de cuero llena de concejos de oro en el suelo, entre los dos. La bruja lanzó una carcajada aguda y Ben el Rápido se retiró de espaldas.

—Ahora cierra la puerta, ¡prefiero el frío!

Mientras el hechicero bajaba por el callejón, sus pensamientos vagaban sueltos, salían disparados y se agitaban en ráfagas, movidos por corrientes que en su mayoría eran falsas y carecían de significado. Uno, sin embargo, se enganchó en su mente y se quedó con él, al principio sin sentido, una simple curiosidad y nada más: *prefiere el frío. Qué raro. A la mayor parte de los ancianos les gusta el calor, y en abundancia*…

El capitán Paran vio a Ben el Rápido apoyado en el muro lleno de agujeros que había junto a la entrada del cuartel general, se rodeaba con los brazos con fuerza y parecía de mal humor. Los cuatro soldados emplazados como guardias

se encontraban reunidos a ocho metros del mago y mostraban señales obvias de inquietud.

Paran se adelantó llevando al caballo de las riendas y después se las pasó a un mozo de cuadra que apareció por la verja del complejo antes de dirigirse hacia Ben el Rápido.

—Pareces abatido, mago, y eso me pone muy nervioso.

El nativo de Siete Ciudades frunció el ceño.

—No quieras saberlo, capitán. Confía en mí.

—Si se refiere a los Abrasapuentes, será mejor que lo oiga, Ben el Rápido.

—¿Los Abrasapuentes? —Lanzó una carcajada sin ganas —. Esto va mucho más allá de un puñado de soldados quejicas, señor. Pero de momento no he hallado ninguna posible solución. Cuando lo haga, te lo explicaré todo. Entre tanto, no estaría mal que pidieses una montura fresca, tenemos que reunirnos con Dujek y Whiskeyjack en el campamento de Brood. De inmediato.

—¿La compañía entera? ¡Pero si los acabo de instalar!

—No, señor. Tú, yo, Mazo y Eje. Ha habido ciertas novedades… inusuales, según tengo entendido, pero no me preguntes porque no sé nada.

Paran hizo una mueca.

—Y he mandado a buscar a los otros dos, señor.

—Muy bien. Entonces voy a ver si encuentro otro caballo. —El capitán se dio media vuelta y se dirigió al complejo mientras intentaba hacer caso omiso del dolor fiero que le atenazaba el estómago. Todo llevaba demasiado tiempo, el ejército ya llevaba meses plantado en Pale y a la ciudad no le hacía gracia. Tras la declaración de rebeldía, no había llegado el apoyo imperial que esperaban y sin la infraestructura administrativa, tampoco había habido alivio para aquel papel tenso y desagradable de ocupantes que ostentaban.

El sistema malazano de conquistas seguía una serie de reglas tan sistemática como eficaz. El ejército victorioso nunca se quedaba en la ciudad tras la pacificación y la entrega del territorio a un gobierno civil bien consolidado y totalmente operativo al estilo malazano. El control civil no era una carga para la que hubieran adiestrado al ejército; la mejor forma de lograrlo era a través de la manipulación burocrática de la economía de la ciudad conquistada. «Sujeta los cordones de la bolsa y el pueblo bailará al son que marques», ese había sido el núcleo de fe del emperador, y había demostrado hasta qué punto estaba en lo cierto una y otra vez. La emperatriz, desde luego, no se había aventurado a introducir ninguna alteración en el método. Para obtener el control se necesitaba tanto la imposición de una autoridad legal como una infiltración concienzuda en el mercado negro que estuviera operando en ese momento. «Dado que no se puede aplastar un mercado negro, lo mejor es dirigirlo». Y esa tarea siempre había recaído en la Garra.

Pero no hay agentes de la Garra, ¿verdad? Ni tampoco escribas. No controlamos el mercado negro. Ni siquiera podemos gestionar la economía legal y mucho menos dirigir una administración civil. Y sin embargo continuamos procediendo como si el apoyo imperial fuera inminente, cuando es obvio que no lo es. No lo entiendo.

Sin el oro de Darujhistan, el ejército de Dujek se estaría muriendo de hambre en esos mismos instantes. Las deserciones ya habrían empezado y soldado tras soldado se habría ido con la esperanza de regresar al seno imperial, o con la intención de unirse a compañías de mercenarios o caravasares. El ejército de Unbrazo se desvanecería ante sus propios ojos. *La lealtad nunca sobrevive a un estómago encogido*.

Después de cierta confusión, los mozos de cuadra le encontraron a Paran otra montura. Se subió a la silla con gesto cansado y sacó al animal del complejo. El sol de la tarde había empezado a arrojar sombras refrescantes sobre las calles blanqueadas de la ciudad. Los ciudadanos de Pale empezaban a salir aunque pocos se entretenían cerca del cuartel de los malazanos. Los guardias mostraban una suspicacia finamente agudizada con cualquiera que rondara más de lo debido y las ballestas pesadas de asalto que acunaban en los brazos se mantenían amartilladas.

Había habido derramamiento de sangre en la entrada del cuartel y dentro del edificio. Un mastín de Sombra había atacado no tanto tiempo atrás y había dejado una veintena de muertos. Los recuerdos de Paran de ese acontecimiento seguían siendo fragmentarios. A la bestia la había espantado Velajada… y el propio capitán. Pero para los soldados que estaban de guardia en el cuartel aquello había convertido un puesto pacífico en una pesadilla. Los habían sorprendido en un estado de preparación deplorable, un descuido que no se repetiría. Un mastín así segaría sus vidas casi sin esfuerzo, pero al menos caerían luchando, no mirando con la boca abierta.

Paran encontró a Ben el Rápido, Mazo y Eje esperándolo a lomos de sus propios caballos. De los tres, al que menos conocía el capitán era a Eje. Las habilidades de aquel hombre bajo y calvo iban desde la hechicería a los explosivos, o eso le habían dicho. Su disposición, siempre amargada, no invitaba a la conversación, ni tampoco la maloliente camisa de pelo negro y gris que le llegaba a los muslos y que siempre llevaba puesta; si los rumores eran ciertos, se la habían tejido con el pelo de su madre fallecida. Cuando Paran se detuvo al lado del hombre, le echó un vistazo a la camisa en cuestión. *¡Por el aliento del*

Embozado, es verdad, eso puede ser el pelo de una anciana! Lo que le provocó más náuseas todavía.

—Ponte en cabeza, Eje.

—Sí, capitán. Nos va a costar abrirnos camino cuando lleguemos a la Ronda del Mercado del Norte.

—Pues búscanos un camino para dar un rodeo.

—Los callejones no son seguros, señor…

—Entra entonces en tu senda y que se desangre lo suficiente como para poner unos cuantos pelos de punta. Podrás hacerlo, ¿no?

Eje le echó un vistazo a Ben el Rápido.

—Verá, señor, es que mi senda… desencadena cosas.

—¿Cosas graves?

—Bueno, en realidad no…

—Procede, soldado.

—Sí, capitán.

Ben el Rápido se colocó detrás sin dar señal alguna de lo que pensaba mientras un igualmente silencioso Mazo cabalgaba junto a Paran.

—¿Alguna idea de lo que está pasando en el campamento de Brood, sanador? —preguntó el capitán.

—Nada concreto, señor —respondió Mazo—. Solo… sensaciones. —Continuó después de una mirada inquisitiva de Paran—. Allí se están cociendo auténticos poderes, señor. No solo Brood y los tiste andii, con esos estoy familiarizado. Y también con el de Kallor, si a eso vamos. No, hay algo más. Otra presencia. Antigua pero nueva. Insinuaciones de t'lan imass, quizá…

—¿T'lan imass?

—Quizá. Es que no estoy seguro, a decir verdad, capitán. Pero está dominando a todos los demás.

Paran giró la cabeza al oír eso.

Un gato aulló cerca, seguido por un destello de gris cuando la criatura salió disparada por la muralla de un jardín y después se desvaneció. Se oyeron más aullidos, esa vez al otro lado de la estrecha calle.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Paran. Se sacudió.

—Lo último que nos hace falta es un nuevo jugador. La situación ya es bastante tensa tal y como está…

Dos perros enzarzados en una cruel pelea aparecieron en la boca de un callejón que tenían delante. Un gato aterrado zigzagueó alrededor de las bestias que gruñían y se lanzaban bocados. Como uno solo, los caballos se asustaron y bajaron las orejas. En la zanja que tenían a la derecha, el capitán vio (con los ojos muy abiertos) una veintena de ratas que se escabullían en paralelo a ellos.

—En el nombre del Embozado, ¿pero qué…?

—¡Eje! —exclamó Ben el Rápido desde atrás. El hechicero que iba en cabeza se giró en la silla con una expresión desdichada en la cara curtida.

»Afloja un poco —le ordenó Ben el Rápido, no sin cierta amabilidad.

Eje asintió y se dio la vuelta.

Paran espantó unas moscas que le zumbaban alrededor de la cara.

—Mazo, ¿a qué senda recurre Eje? —preguntó en voz baja.

—No es su senda la que da problemas, señor, es el modo que tiene de canalizarla. Hasta el momento ha sido bastante suave, dadas las circunstancias.

—Debe de ser una pesadilla para la caballería.

—Nosotros somos de infantería, señor —señaló Mazo con una sonrisa seca—. En cualquier caso, lo he visto dispersar

una carga enemiga sin ayuda de nadie. Ni que decir tiene que resulta muy útil tenerlo por ahí…

Paran jamás había visto a un gato lanzarse de cabeza contra un muro. El golpe seco y apagado fue seguido por unos arañazos dementes de las garras cuando el animal rebotó, aturdido y sorprendido por igual. Las payasadas fueron suficientes para atraer la atención de los dos perros, que un momento después la emprendieron con el gato. Los tres animales se desvanecieron por otro callejón.

Los nervios del capitán también estaban de punta, lo que se añadía al malestar del vientre. *Podría llamar a Ben* el Rápido *para que se pusiera delante y que se ocupara él, pero el suyo es un poder que no pasaría desapercibido; de hecho, se percibiría desde lejos, y preferiría no arriesgarme. Y sospecho que él también*.

Cada barrio por el que pasaban se alzaba en una cacofonía de sonidos: los bufidos de los gatos, los aullidos y los ladridos de los perros y los rebuznos de las mulas. Las ratas rodeaban el grupo a toda velocidad, inconscientes como lemings.

Cuando Paran calculó que habían rodeado ya el mercado, llamó a Eje para que abandonara la senda. El hombre asintió avergonzado.

Muy poco después llegaron a la puerta norte y salieron a lo que en otro tiempo había sido un campo de la muerte. Quedaban vestigios del asedio si se miraba con atención entre las hierbas pardas. Trozos podridos de ropa, el destello de remaches metálicos y el blanco descolorido de los huesos fragmentados. Las flores del verano cubrían los flancos de los túmulos recientes a ciento setenta metros a su izquierda, ringleras de un color azul quebradizo, un tono que se iba oscureciendo a medida que el sol se iba hundiendo tras los montículos.

Paran se alegró de la tranquilidad relativa de la llanura, a pesar del aire pesado e inflado de aniquilación e inquietud que sentía que se le filtraba hasta la médula al cruzar aquel campo de la muerte lleno de cicatrices. *Parece que me paso la vida atravesando sitios así. Desde aquel fatídico día en Itko Kan, con las avispas encolerizadas que me picaban por interrumpir su festín empapado de sangre, no he dejado de tropezarme con el rastro del Embozado. Tengo la sensación de que en toda mi vida no he visto más que guerra y muerte aunque no hayan sido más que unos cuantos años. Reina de los Sueños, me siento tan viejo*… Frunció el ceño. La autocompasión podía convertirse en un sendero muy trillado por sus pensamientos si no tuviera muy presente su insípido atractivo.

Bueno, costumbres heredadas de mis padres. Y la parte que hubiera recibido mi hermana Tavore debe de habérselas arreglado para pasármela a mí. Ya era fría y astuta de niña, y mucho más incluso de adulta. Si alguien puede proteger nuestra Casa de la última purga de la nobleza que ha hecho Laseen, es ella. Yo jamás recurriría a las tácticas que ha escogido, pero mi hermana no es de las que aceptan la derrota. Así pues, mejor ella que yo. No obstante, la inquietud continuó carcomiendo los pensamientos de Paran. Desde la declaración de rebeldía, no habían sabido prácticamente nada de los acontecimientos que se estaban produciendo en otras partes del Imperio. Persistían los rumores de una rebelión inminente en Siete Ciudades, aunque esa era una promesa susurrada con frecuencia, pero que todavía debía desatarse. Paran tenía sus dudas.

Pase lo que pase, Tavore se ocupará de Felisin. Con eso, al menos, puedo consolarme…

Mazo interrumpió sus pensamientos.

—Creo que la tienda de mando de Brood está en el campamento tiste andii, capitán. Todo recto.

—Eje está de acuerdo contigo —comentó Paran.

El mago los guiaba sin vacilar hacia aquel extraño (incluso de lejos) y espeluznante campamento. No había nadie visible que hiciera guardia junto a los piquetes. De hecho, el capitán no vio a nadie en absoluto.

—Parece que el parlamento salió como estaba planeado —comentó el sanador—. Todavía no nos ha derribado un chaparrón de virotes.

—A mí también me parece una señal prometedora —dijo Paran.

Eje los llevó a una especie de avenida principal entre las altas y sombrías tiendas de los tiste andii. Había empezado a caer la tarde y los jirones atados a los postes de las tiendas comenzaban a perder sus ya desvaídos colores. Unas cuantas figuras espectrales, envueltas en sombras, aparecieron por varios senderos laterales sin prestarle demasiada atención al grupo.

—Este lugar deprime a cualquiera —murmuró Mazo por lo bajo.

El capitán asintió. *Como viajar por un sueño oscuro*…

—Esa debe de ser la tienda de Brood, ahí delante —continuó el sanador.

Dos figuras esperaban en el exterior de la práctica tienda de mando, con la atención fija en Paran y sus soldados. A pesar de la oscuridad, al capitán no le costó identificarlas.

Los visitantes detuvieron los caballos y después desmontaron y se acercaron.

Whiskeyjack no perdió mucho tiempo.

—Capitán, necesito hablar con tus soldados. El comandante Dujek quiere hacer lo mismo contigo. Quizá podamos reunirnos todos después, si te parece bien.

La educación y las buenas maneras que destilaban las palabras de Whiskeyjack le pusieron a Paran los nervios de punta. Se limitó a contestar con un asentimiento y después, cuando el barbudo segundo al mando se alejó con Mazo, Ben el Rápido y Eje detrás, el capitán clavó los ojos en Dujek.

El veterano estudió la cara de Paran por un instante, después suspiró.

—Hemos recibido noticias del Imperio, capitán.

—¿Cómo, señor?

Dujek se encogió de hombros.

—Nada directo, por supuesto, pero nuestras fuentes son fiables. La matanza que ha hecho Laseen entre los miembros de la nobleza ha resultado ser… eficaz. —Dudó y después dijo—: La emperatriz tiene una nueva consejera…

Paran asintió con lentitud. No tenía nada de sorprendente. Lorn estaba muerta. Alguien tenía que ocupar ese puesto.

—¿Tienes noticias de mi familia, señor?

—Tu hermana Tavore salvó lo que pudo, muchacho. Las pequeñas propiedades que tienen los Paran en Unta, las haciendas de la periferia… la mayor parte de los acuerdos comerciales. Aun así… tu padre falleció y poco después tu madre decidió… reunirse con él al otro lado de la puerta del Embozado. Lo siento, Ganoes…

Sí, es lo que haría mi madre, ¿verdad? ¿Que lo sientes? Sí, yo también.

—Gracias, señor. Para serte sincero, la noticia me conmociona menos de lo que se podría esperar.

—Me temo que hay algo más. Tu, bueno, tu declaración en rebeldía dejó tu Casa expuesta. No creo que tu hermana tuviera muchas salidas. La matanza prometía ser salvaje. Es obvio que Tavore llevaba planeando las cosas algún tiempo.

Sabía bien lo que iba a pasar. A los hijos de los nobles los estaban… violando. Luego los asesinaban. La orden de matar a todos los hijos de nobles que no hubieran alcanzado todavía la edad de casarse nunca se hizo oficial, quizá sea cierto que Laseen no era consciente de lo que estaba pasando…

—Te lo ruego, señor, si Felisin está muerta, dímelo y ahórrate los detalles.

Dujek negó con la cabeza.

—No, tu hermana salvó la vida, capitán. Eso es lo que estoy intentando decirte.

—¿Y qué vendió Tavore para conseguirlo… señor?

—Incluso siendo la nueva consejera, los poderes de Tavore eran limitados. No podía hacer gala de ningún… favoritismo especial, o eso es lo que prefiero leer en sus intenciones…

Paran cerró los ojos. *Consejera Tavore. Bueno, hermana, sabías lo que ambicionabas*.

—¿Felisin?

—Las minas de otataralita, capitán. Puedes estar seguro que no es una cadena perpetua. Una vez que se enfríen los fuegos de Unta, seguro que la sacan de allí sin ruido…

—Solo si Tavore decide que su reputación no corre riesgos…

Dujek abrió mucho los ojos.

—Su reput…

—No me refiero a entre la nobleza, pueden llamarla monstruo todo lo que quieran, como estoy seguro que están haciendo ahora mismo, a ella no le importa. Nunca le importó. Me refiero a su reputación profesional, comandante. A los ojos de la emperatriz y su corte. A Tavore no le importa nada más. Así pues, es la más apropiada para ser la nueva consejera. —La voz de Paran carecía de entonación, las

palabras eran medidas y serenas—. En cualquier caso, como bien has dicho, se vio obligada a hacer lo que pudo dada la situación y en cuanto a esa situación… yo tengo la culpa de todo lo que ha pasado, señor. La matanza, las violaciones, los asesinatos, las muertes de mis padres y todo lo que Felisin debe soportar ahora.

—Capitán…

—No pasa nada, señor. —Paran sonrió—. Los hijos de mis padres somos, todos y cada uno, capaces casi de cualquier cosa. Podemos sobrevivir a las consecuencias. Quizá carezcamos de una conciencia normal, quizá sea cierto que somos monstruos. Gracias por darme la noticia, comandante. ¿Cómo fue el parlamento? —Paran hizo todo lo que pudo por hacer caso omiso del dolor quedo que reflejaban los ojos de Dujek.

—Fue bien, capitán —susurró el anciano—. Partiréis en dos días, salvo Ben el Rápido, que os alcanzará más tarde. Me imagino que tus soldados están listos para…

—Sí, señor, lo están.

—Muy bien. Eso es todo, capitán.

—Señor.

Como un sudario silencioso que se extendiera, así llegó la oscuridad. Paran se encontraba encima del inmenso túmulo y la más suave de las brisas acariciaba su rostro. Se las había arreglado para dejar el campamento sin tropezarse con Whiskeyjack y los Abrasapuentes. La noche atraía la soledad y él se sentía cómodo en aquella fosa común, con todos aquellos recuerdos que despertaban ecos de dolor, angustia y desesperación. *Entre los muertos que hay bajo mis pies, ¿cuántas voces adultas clamaron por sus madres?*

La muerte y la agonía nos convierten en niños una vez más, en realidad por última vez, en nuestros últimos lamentos. Más de un filósofo ha afirmado que nunca dejamos de ser niños, en el fondo de todas esas capas endurecidas que componen la armadura de la edad adulta.

La armadura entorpece, restringe el cuerpo y el alma de su interior. Pero también protege. Los golpes quedan mitigados. Los sentimientos pierden las aristas y al final no sufrimos más que una plaga de magulladuras y, después de un tiempo, hasta las magulladuras se desvanecen.

Al echar la cabeza hacia atrás los músculos del cuello y los hombros del capitán desencadenaron una aguda oleada de protestas. El guerrero se quedó mirando el cielo, parpadeando para espantar el dolor, la tirantez de la carne envolvía los huesos como las ataduras de un prisionero.

Pero no hay escapatoria, ¿verdad? Los recuerdos y las revelaciones se asientan como veneno que no hay forma de contener. Respiró hondo el aire fresco, como si quisiera capturar en el aliento de las estrellas la frialdad de su mirada, su dureza indiferente. *No hay don alguno en el sufrimiento. Solo hay que mirar a los tiste andii*.

Bueno, al menos el estómago se ha callado… Sospecho que solo está cogiendo fuerzas para otro ataque que me va a hacer saltar las lágrimas…

Sobre él, los murciélagos pasaban volando en la oscuridad, girando como dardos para alimentarse sin bajar al suelo. La ciudad de Pale parpadeaba al sur como un fuego moribundo. Al oeste se alzaban los picos imponentes de las montañas Moranth. Paran se dio cuenta poco a poco que tenía los brazos cruzados y que se abrazaba los costados, como si luchara por contenerlo todo en su interior. No era un hombre de lágrima fácil, ni tampoco solía clamar contra todo lo que lo rodeaba. Había nacido en un entorno imparcial y

frío, cuidadosamente esculpido; una educación que su adiestramiento militar solo había reforzado. *Pues si eso son cualidades, entonces Tavore me ha humillado. Hermana, tú sí que has sabido dominar lo que nos enseñaron. Ah, mi querida Felisin, ¿qué vida has encontrado ahora? No el abrazo protector de la nobleza, eso desde luego*.

Tras él resonaron unas botas.

Paran cerró los ojos. *No más noticias, por favor. No más revelaciones*.

—Capitán. —Whiskeyjack le puso una mano a Paran en el hombro.

—Una noche tranquila —comentó el capitán.

—Te buscábamos, Paran, después de que hablaras con Dujek. Fue Zorraplateada la que buscó y la que te encontró. —La mano se retiró. Whiskeyjack se colocó a su lado y estudió también las estrellas.

—¿Quién es Zorraplateada?

—Creo —murmuró el barbudo veterano— que eso debes decidirlo tú.

Paran frunció el ceño y miró al comandante.

—No tengo mucha paciencia para adivinanzas en este momento, señor.

Whiskeyjack asintió con los ojos todavía puestos en la extensión reluciente del firmamento nocturno.

—Vas a tener que complacerme en esto, capitán. Puedo guiarte paso a paso o darte un único empujón. Puede que llegue un día en que mires atrás, recuerdes este momento y me agradezcas cuál de las dos formas he elegido.

Paran contuvo una respuesta mordaz y no dijo nada.

—Nos aguardan en la base del túmulo —continuó Whiskeyjack—. No he podido lograr más privacidad. Solo Mazo, Ben el Rápido, la mhybe y Zorraplateada. Los miembros de tu pelotón están aquí por si tienes… dudas. Los

dos han agotado sus sendas esta noche para garantizar la veracidad de lo que ha ocurrido…

—¿Pero qué estás intentando decir, señor? —soltó Paran de repente.

Whiskeyjack miró a los ojos al capitán.

—La niña rhivi, Zorraplateada. Es Velajada renacida.

Paran se volvió poco a poco y su mirada se posó a los pies del túmulo, donde esperaban cuatro figuras en la oscuridad. Era la niña rhivi, había un aura de amanecer alrededor de su persona, una penumbra de poder que agitaba la sangre más salvaje que recorría el cuerpo del capitán. *Sí. Es ella. Más mayor, revelando aquello en lo que se convertirá. Maldita sea, mujer, nunca has podido ponernos las cosas fáciles*. Todo lo que había atrapado en su interior pareció inundarle los miembros y dejarlo débil y tembloroso de repente. Se quedó mirando a Zorraplateada.

—Es una niña. —*Pero eso ya lo sabía, ¿verdad? Ya hace tiempo que lo sé. Solo que no quería pensar en ello y ahora no tengo alternativa*.

Whiskeyjack lanzó un gruñido.

—Crece rápido, hay fuerzas ansiosas e impacientes en su interior, demasiado poderosas para que las contenga el cuerpo de una niña. No tendrás que esperar mucho…

—Para que no resulte indecoroso —terminó Paran con tono seco, no notó el sobresalto de Whiskeyjack—. Pues me alegraré entonces, pero ¿qué hay de ahora? ¿Quién no me verá más que como un monstruo si nos atrevemos siquiera a cogernos de la mano? ¿Qué puedo decirle? ¿Pero qué puedo decirle? —Se giró en redondo y miró a Whiskeyjack—. ¡Es imposible! ¡Es una niña!

—Y dentro de ella está Velajada. Y Escalofrío…

—¡Escalofrío! ¡Por el aliento del Embozado! ¿Qué ha ocurrido… cómo?

—Esas preguntas no tienen una respuesta fácil, muchacho. Será mejor que se las hagas a Mazo y a Ben el Rápido, y a la propia Zorraplateada.

Paran dio un paso involuntario hacia atrás.

—¿Hablar con ella? No. No puedo.

—Es ella la que quiere, Paran. Te espera abajo.

—No. —Algo arrastró su mirada una vez más ladera abajo —. Veo a Velajada, sí. Pero hay más, no solo esa tal Escalofrío; ahora es una soletaken, Whiskeyjack. La criatura que le dio su nombre rhivi, el poder de cambiar…

El comandante entrecerró los ojos.

—¿Cómo lo sabes, capitán?

—Lo sé…

—No es suficiente. A Ben el Rápido no le resultó nada fácil averiguarlo. Pero tú ya lo sabías. ¿Cómo, Paran?

El capitán hizo una mueca.

—He sentido a Ben el Rápido sondearme cuando cree que estoy concentrado en otra cosa. He visto el cansancio en sus ojos. ¿Qué ha averiguado, comandante?

—Oponn te ha abandonado, pero otra cosa ha ocupado su lugar. Algo salvaje. Se le ponen los pelos de punta cuando te acercas…

—Los pelos de punta —sonrió Paran—. Una elección muy adecuada de palabras. Anomander Rake mató a dos mastines de Sombra delante de mí. Lo vi. Sentí la mancha de la sangre de un mastín moribundo en mi propia piel, Whiskeyjack. Parte de esa sangre ahora corre por mis venas.

La voz del comandante carecía de expresión.

—¿Qué más?

—¿Tiene que haber algo más, señor?

—Sí. Ben el Rápido percibió ciertas señales; en lo que te has convertido hay mucho más que la simple sangre de un ascendiente. —Whiskeyjack dudó un momento y después

continuó—. Zorraplateada te ha elaborado un nombre rhivi. Jen’isand Rul.

—Jen’isand Rul.

—Se traduce por «el Errante dentro de la Espada». Significa, según dice, que has hecho algo que ninguna otra criatura ha hecho jamás (mortal o ascendiente) y que ese algo te ha destacado sobre los demás. Te han distinguido, Ganoes Paran, pero nadie, ni siquiera Zorraplateada sabe lo que eso presagia. Cuéntame lo que sucedió.

Paran se encogió de hombros.

—Rake utilizó esa espada negra que tiene. Cuando mató a los mastines, los seguí… al interior de esa espada. Los espíritus de los mastines estaban atrapados, encadenados con todos los… todos los demás. Creo que los liberé, señor. No estoy seguro, lo único que sé es que terminaron en algún otro sitio. Ya no estaban encadenados.

—¿Y han regresado a este mundo?

—No lo sé. Jen’isand Rul… ¿por qué debería tener trascendencia alguna que yo haya vagado por esa espada?

Whiskeyjack lanzó un gruñido.

—Le estás preguntando al hombre equivocado, capitán. Yo solo estoy diciendo lo que ha dicho Zorraplateada. Pero hay una cosa que se me acaba de ocurrir. —Se acercó un poco más—. Ni una sola palabra a los tiste andii, ni a Korlat ni a Anomander Rake. Por lo que dicen, el hijo de la Oscuridad es un cabrón impredecible. Y si la leyenda de *Dragnipur* es cierta, la maldición de esa espada suya es que nadie escapa de su prisión de pesadilla, sus almas están encadenadas… para siempre. Al parecer lo has engañado y quizá también lo hayan hecho los mastines. Has sentado un precedente… alarmante.

Paran sonrió con amargura en la oscuridad.

—Engañado. Sí, he engañado mucho, incluso a la muerte. —*Pero no al dolor. No, esa escapatoria sigue eludiéndome*—. Crees que para Rake es un gran consuelo creer en el carácter… irreversible de su espada.

—Parece probable, Ganoes Paran, ¿no crees?

El capitán suspiró.

—Sí.

—Ahora, bajemos a encontrarnos con Zorraplateada.

—No.

—Maldito seas, Paran —gruñó Whiskeyjack—. Aquí hay mucho más que tú y ella mirándoos embobados. Esa niña posee un poder, un poder inmenso y… y desconocido. Cada vez que la mira, a Kallor le apetece matarla. Zorraplateada corre peligro. La cuestión es, ¿la protegemos o nos apartamos? El rey supremo la llama abominación, capitán. Si Caladan Brood le da la espalda en el momento menos oportuno…

—¿La matará? ¿Por qué?

—Teme, según he entendido, el poder que hay en su interior.

—Por el aliento del Embozado, no es más que… —Se detuvo y se dio cuenta de la venalidad de la afirmación. *¿Solo una niña? Ni hablar*—. Protegerla de Kallor, has dicho. Es una posición muy arriesgada, comandante. ¿Quién nos apoya?

—Korlat y, por extensión, todos los tiste andii.

—¿Anomander Rake?

—Eso no lo sabemos todavía. La desconfianza que Kallor le inspira a Korlat, junto con la amistad que la une a la mhybe, la ha llevado a tomar esa decisión. Dice que hablará con su señor cuando llegue…

—¿Cuando llegue?

—Sí. Mañana, quizá temprano, y si es así, será mejor que lo evites en la medida de lo posible.

Paran asintió. *Un encuentro fue más que suficiente*.

—¿Y el caudillo?

—Creemos que todavía no se ha decidido. Pero Brood necesita a los rhivi y sus rebaños de bhederin. De momento, al menos, sigue siendo el principal protector de la niña.

—¿Y qué piensa Dujek de todo esto? —preguntó el capitán.

—Aguarda tu decisión.

—¿La mía? Beru me libre, comandante. No soy mago ni sacerdote. Ni puedo adivinar el futuro de la niña.

—Velajada reside en el interior de Zorraplateada, Paran. Hay que sacarla… a primer plano.

—Porque Velajada jamás nos traicionaría. Sí, lo entiendo.

—No tienes que sentirte tan desdichado, Paran.

¿Ah, no? ¿Y si estuvieras tú en mi lugar, Whiskeyjack?

—Muy bien, ve tú delante.

—Parece —dijo Whiskeyjack mientras se acercaba a zancadas al borde de la cima del túmulo— que tendremos que ascenderte a un rango equivalente al mío, capitán, aunque solo sea para burlar esa confusión que sientes sobre quién está al mando por aquí.

Su llegada fue un acto callado y furtivo, condujeron sus monturas al interior del campamento con el menor jaleo posible. Pocos tiste andii permanecían fuera de sus tiendas para observarlos. El sargento Azogue llevó al grupo principal de Abrasapuentes hacia el corral para instalar a los caballos mientras la cabo Rapiña, Detoran, Mezcla, Trote y Seto se escabullían en busca de la tienda de mando de Brood. Eje los esperaba en la entrada.

Rapiña le hizo un gesto con la cabeza y el mago, envuelto en su maloliente camisa de pelo y con la igual de apestosa capucha cubriéndole la cabeza, se giró para mirar la solapa atada que cerraba la tienda. Hizo una serie de gestos con las manos, se detuvo y después escupió en la lona. No se oyó nada cuando el escupitajo golpeó la solapa. Se giró y le sonrió a Rapiña, después se inclinó ante la entrada a modo de invitación.

Seto le dio un codazo a la cabo y puso los ojos en blanco.

La mujer sabía que dentro había dos habitaciones y que el caudillo dormía en la de atrás. *Esperemos*. Rapiña buscó a Mezcla con la mirada. *Mierda, ¿dónde está? Estaba aquí hace un momento*...

Dos dedos le rozaron el brazo y estuvo a punto de salirse de un salto del traje de cuero. A su lado, Mezcla sonreía. Rapiña esbozó sin ruido una retahíla de maldiciones. La sonrisa de Mezcla se ensanchó, después pasó por delante, se acercó a la entrada de la tienda y se agachó para desatar las cuerdas que sujetaban la solapa.

Rapiña miró por encima de un hombro. Detoran y Trote se encontraban uno al lado del otro unos metros más atrás, ambos grandes y monstruosos.

Al lado de la cabo, Seto le volvió a dar otro codazo y la mujer se giró para ver que Mezcla había apartado la solapa.

Está bien, vamos a acabar con esto.

Mezcla entró la primera, seguida por Eje y después Seto. Rapiña les hizo un gesto a la napaniana y al barghastiano para que se adelantaran y después los siguió a los confines oscuros de la tienda.

Incluso con Trote en un extremo y Detoran en el otro, y con Eje y Seto a los lados, la mesa los tenía tambaleándose antes de haber dado tres pasos. Mezcla se adelantó a todos para apartar la solapa de la entrada lo más posible.

Envueltos en un silencio hechicero, los cuatro soldados se las arreglaron para maniobrar y sacar la mesa de la tienda. Rapiña los observaba y cada poco miraba la separación entre ambas habitaciones, pero el caudillo no hizo acto de aparición. *Sin novedad en el frente, de momento*.

La cabo y Mezcla añadieron sus músculos al transporte de la mesa y los seis consiguieron alejarla cuarenta metros antes de que el agotamiento los obligara a parar.

—No queda mucho —susurró Eje.

Detoran sorbió por la nariz.

—La van a encontrar.

—Esa es una apuesta que ya te recordaré —dijo Rapiña—. Pero primero vamos a llevarla hasta allí.

—¿No puedes quitarle algo de peso a este trasto? —gimoteó Seto dirigiéndose a Eje—. ¿Pero qué clase de mago eres tú?

Eje frunció el ceño.

—Uno muy débil, ¿qué pasa? Mírate tú… ¡pero si ni siquiera estás sudando!

—Silencio, los dos —siseó Rapiña—. Venga, arriba con ella, ahora.

—Hablando de todo —murmuró Seto cuando, entre un coro de gruñidos, la mesa se alzó una vez más del suelo—, ¿cuándo piensas lavar esa asquerosa camisa que llevas, Eje?

—¿Lavarla? Mi madre no se lavó jamás el pelo mientras vivía, ¿por qué iba a empezar yo ahora? Perdería el brillo…

—¿Brillo? Ah, te refieres a cincuenta años de sudor y manteca de cerdo rancia…

—Pero no estaba rancia cuando ella estaba viva, ¿no?

—Gracias al Embozado, no lo sé.

—¿Querréis ahorraros los dos el aliento, maldita sea? Y ahora, ¿por dónde, Eje?

—Bien. Bajando por ese callejón. Después a la izquierda, la tienda de cuero del final.

—Apuesto a que hay alguien viviendo en ella —murmuró Detoran.

—Te acepto esa también —dijo Rapiña—. Es la que usan los rhivi para velar los cadáveres de los tiste andii antes de la cremación. No ha muerto ni un solo tiste desde Darujhistan.

—¿Y cómo la encontraste? —preguntó Seto.

—Eje se olió que andaba por ahí…

—Me sorprende que pueda oler algo.

—Está bien, bajadla. Mezcla, la solapa.

La mesa llenó la habitación entera, a su alrededor solo quedaba menos de un metro. Los catres bajos que se habían usado para los cadáveres los metieron debajo, plegados y apilados. Encendieron un farol y lo colgaron del gancho del poste central. Rapiña observó a Seto, que se agachó con los ojos a solo unos milímetros de la superficie marcada y llena de hoyos de la mesa, después pasó los dedos romos y magullados por la madera con gesto cariñoso.

—Preciosa —susurró. Levantó la cabeza y se encontró con los ojos de Rapiña—. Llama al personal, cabo, la partida está a punto de empezar.

Rapiña asintió con una gran sonrisa.

—Vete a buscarlos, Mezcla.

—A partes iguales —dijo Seto con una mirada furiosa que iba dedicada a todos—. Ahora somos un pelotón…

—Lo que significa que nos vas a contar el secreto —dijo Eje con el ceño fruncido—. Si hubiéramos sabido que estabas haciendo trampas…

—Sí, bueno, tu suerte está a punto de cambiar, ¿no? Así que deja de quejarte.

—Sois los dos tal para cual —comentó Rapiña—. Bueno, dinos, Seto, ¿cómo funciona esto?

—Opuestos, cabo. Verás, las dos barajas son de verdad. Violín tenía más sensibilidad, pero Eje debería poder arreglárselas sin problemas. —Miró al mago—. No es la primera vez que haces una lectura, ¿no? Dijiste…

—Sí, sí, mequetrefe, no hay problema. Tengo el toque…

—Más te vale —le advirtió el zapador. Después volvió a acariciar la mesa—. Dos capas, veis, con la baraja fija entre las dos. Pones una carta boca abajo en la mesa, se forma una tensión, y te dice cuál es la carta que está boca abajo. Nunca falla. El que reparte conoce cada mano que da. Violín…

—Que no está aquí —gruñó Trote con los brazos cruzados. Miró a Eje y le enseñó los dientes.

—¡Sé hacerlo, salvaje descerebrado! —farfulló el mago—. ¡Ya lo verás!

—Cállate —le soltó Rapiña—. Ya vienen.

Ya casi había amanecido cuando los demás pelotones empezaron a salir de la tienda entre risas y palmadas en la espalda, con las bolsas repletas de monedas que tintineaban. Cuando se fueron los últimos y sus voces se perdieron en la distancia, Rapiña se derrumbó en la mesa con aire cansado. Eje, con la reluciente camisa de pelo empapada de sudor, gimió y dejó caer la cabeza con un golpe seco sobre la gruesa madera.

Seto se acercó por detrás y levantó una mano.

—Descanse, soldado —le advirtió Rapiña—. Es obvio que todo este maldito trasto está corrompido; seguro que, para empezar, ya ni funcionaba.

—¡Funcionaba! Violín y yo nos aseguramos, joder…

—Pero la robaron antes de que pudierais probarla de verdad, ¿no?

—Eso no importa, te digo…

—Callaos todos —dijo Eje al tiempo que levantaba poco a poco la cabeza, después arrugó la estrecha frente, ceñudo, y examinó la superficie de la mesa—. Corrompida. Puede que hayas dado con algo, Rapiña. —Olisqueó el aire como si buscara un rastro y después se agachó—. Sí, que alguien me eche una mano con estos catres.

No se movió nadie.

—Ayúdalo, Seto —ordenó Rapiña.

—¿Que lo ayude a meterse debajo de la mesa? Ya es demasiado tarde para esconderse…

—Es una orden, soldado.

El zapador se agachó con un gruñido. Juntos, los dos hombres sacaron los catres. Después, Eje se metió bajo la mesa. Un leve fulgor de hechicería floreció poco a poco y después el mago siseó.

—¡Es la parte de abajo, claro!

—Brillante observación, Eje. Y apuesto a que también hay patas y todo.

—No, idiota. Hay una imagen pintada por debajo… una carta grande, parece, solo que no la reconozco.

Seto frunció el ceño y se unió al mago.

—¿De qué estás hablando? Nosotros no pintamos ninguna imagen por debajo. Por los mocasines enmohecidos del Embozado, ¿qué es eso?

—Ocre rojo, diría yo. Algo que podría haber pintado un barghastiano…

—O un rhivi —murmuró Seto—. ¿Qué es esa figura del medio, la que tiene la cabeza de perro en el pecho?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Además, yo diría que todo esto está bastante fresco. Quiero decir que es reciente.

—Bueno, pues bórralo, maldita sea.

Eje volvió a salir a gatas.

—Imposible, esa cosa está recubierta de una red de protecciones y muchas cosas más. —Se irguió y miró a Rapiña a los ojos, después se encogió de hombros—. Es una carta nueva. Sin alineación ni orientación. Me gustaría hacer una copia del tamaño de la baraja y luego probarla con una lectura.

—Tú mismo —dijo Rapiña.

Seto reapareció lleno de energía de repente.

—Buena idea, Eje, y además podrías cobrar las lecturas. Si resulta que este nuevo Neutral es auténtico, entonces podrías intentar descubrir las nuevas tensiones, las nuevas relaciones y una vez que las conozcas…

Eje esbozó una gran sonrisa.

—Podríamos organizar otra partida. Sí…

Detoran gimió.

—Yo he perdido todo mi dinero.

—Como todos —le soltó Rapiña al tiempo que miraba furiosa a los dos zapadores.

—La próxima vez ya verás como funciona —dijo Seto.

Eje asentía con vigor.

—Lo siento si no parecemos muy entusiasmadas —dijo Mezcla arrastrando las palabras.

Rapiña se giró en redondo y miró al barghastiano.

—Trote, échale un vistazo a ese dibujo.

El guerrero bufó un poco y después se puso a cuatro patas. Gruñó y se metió como pudo bajo la mesa.

—Aquí no se ve nada —dijo.

Seto se dirigió a Eje.

—Vuelve a hacer ese truco de la luz, idiota.

El mago esbozó una mueca que dedicó al zapador y después hizo un gesto. Debajo de la mesa volvió a hacerse

la luz.

Trote se quedó callado unos momentos antes de salir de debajo de la mesa y ponerse en pie.

—¿Y bien? —preguntó Rapiña.

El barghastiano sacudió la cabeza.

—Rhivi.

—Los rhivi no juegan con las barajas —dijo Eje.

Trote le enseñó los dientes.

—Los barghastianos tampoco.

—Necesito un poco de madera —dijo Eje mientras se rascaba el rastrojo que le cubría la estrecha mandíbula—. Y un punzón —continuó, seguía sin hacerles mucho caso a los demás—. Y pinturas y un pincel…

Los demás se lo quedaron mirando cuando salió de la tienda. Rapiña suspiró y miró furiosa a Seto por última vez.

—No es lo que yo llamaría una entrada alentadora en el séptimo pelotón, zapador. A Azogue estuvo a punto de darle un ataque cuando perdió la columna entera. Ahora mismo tu sargento debe de estar destripando unas puñeteras perdices mientras susurra tu nombre; quién sabe, puede que te cambie la suerte y no le oiga ningún demonio.

Seto la miró con el ceño fruncido.

—Ja, ja.

—No creo que hable en broma —dijo Detoran.

—Muy bien —soltó Seto— pues yo también tengo una maldición esperando y puedes tener la puta seguridad de que os voy a llevar a todos conmigo.

—Eso es lo que yo llamo espíritu de equipo, sí, señor —dijo Trote con una gran sonrisa.

Rapiña lanzó un gruñido.

—Muy bien, soldados, salgamos de aquí.

Paran y Zorraplateada se apartaron un poco de los otros y contemplaron el cielo que se iluminaba por el este con vetas del color del cobre y del bronce. Las últimas estrellas iban desapareciendo del firmamento, una dispersión fría e indiferente que se rendía a la calidez de un día azul y sin nubes.

Tras las últimas y delicadas horas que se habían ido alargando, interminables, como una sucesión de dolor y angustia en la mente de Paran, había llegado el agotamiento emocional y con él una calma febril. El capitán se había quedado callado, temeroso de hacer pedazos esa paz interior que sabía que no era más que una ilusión, un respiro de introspección en medio de una tormenta.

«Hay que sacar a la luz a Velajada». Y sin duda lo había hecho. La primera vez que sus ojos se habían encontrado, habían liberado todos los recuerdos compartidos y esa liberación fue una maldición explosiva para Paran. *Una niña. Estoy mirando a una niña, rehuyo espantado la sola idea de haber pasado momentos íntimos con ella, aunque entonces fuera una mujer adulta. La mujer ya no existe. Ahora es una niña*. Pero era algo más que angustia lo que hervía en su interior. Otra presencia, entrelazada como cable de hierro negro por todo lo que era Velajada. Escalofrío, la hechicera, amante en otro tiempo de Bellurdan, allá donde ella iba, allí la seguía el thelomenio. Aquello era cualquier cosa salvo una relación en términos de igualdad, y en ese momento, con Escalofrío, llegaba una presencia amarga y exigente. *Amarga, sin duda. Resentida con Tayschrenn... con la emperatriz, con el Imperio de Malaz y el Embozado sabrá con qué o con quién más. Sabe que la traicionaron en la*

Escalada de Pale. Tanto a ella como a Bellurdan, allá en la llanura. Bellurdan, su pareja.

Zorraplateada habló entonces.

—No tienes que temer a los t'lan imass.

El capitán parpadeó y se recompuso.

—Eso has dicho. Porque siguen tus órdenes. Pero lo que todos nos preguntamos es qué planes exactos tienes con el ejército de los no muertos. ¿Qué importancia tiene esa reunión?

La niña suspiró.

—En realidad es muy sencillo. Se reúnen para recibir una bendición. La mía.

El soldado la miró.

—¿Por qué?

—Porque soy una invocahuesos de carne y hueso, la primera en cientos de miles de años. —Después se le endureció la expresión—. Pero primero los vamos a necesitar. Con todo su poder. A todos nos aguardan horrores… en el Dominio Painita.

—Los otros deben saberlo, lo de esa bendición, lo que significa, Zorraplateada, y también algo más sobre la amenaza que nos aguarda en el Dominio Painita. Brood, Kallor…

La niña sacudió la cabeza.

—Mi bendición no es asunto suyo. En realidad no es asunto de nadie salvo mío. Y de los t'lan imass. En cuanto a los painitas… Yo misma debo aprender algo más antes de osar hablar. Paran, te he contado todo esto por lo que fuimos y por lo que tú… por aquello en lo que nos hemos convertido.

¿Y en qué nos hemos convertido? No, no es una pregunta para este momento.

—Jen'isand Rul.

La niña frunció el ceño.

—Ese es un lado de ti que no entiendo. Pero hay más, Paran. —Dudó un momento y después continuó—. Dime, ¿qué sabes de la baraja de los Dragones?

—Casi nada. —Pero sonrió porque oyó a Velajada con más claridad que en cualquier otro momento desde que se habían encontrado.

Zorraplateada respiró hondo, contuvo el aliento un momento y después soltó el aire poco a poco mientras sus ojos velados se posaban una vez más en el sol naciente.

—La baraja de los Dragones. Una especie de estructura impuesta en el poder en sí. ¿Quién le dio origen? Nadie lo sabe. Lo que yo creo, lo que Velajada cree, es que cada carta es una puerta a una senda y que en otro tiempo hubo muchas más cartas que ahora. Puede que hayan existido otras barajas. Bien podría haber habido otras bajaras…

El capitán la estudió.

—Sospechas algo más, ¿no?

—Sí. He dicho que nadie sabe quién creó la baraja de los Dragones. Sin embargo, hay otra entidad igual de misteriosa, también una especie de estructura, que se concentra en el poder en sí. Piensa en la terminología utilizada en la baraja de los Dragones. Casas… Casas de Oscuridad, de Luz, de Vida y Muerte… —Zorraplateada se dio la vuelta lentamente y lo miró—. Piensa en la palabra «finnest». Su significado, tal y como lo conocen los t'lan imass, es «fortaleza de hielo». Hace mucho tiempo, entre las razas ancestrales, una fortaleza era sinónimo de casa en significado y en el uso común, y, de hecho, sinónimo también de senda. ¿Dónde reside la fuente de poder de un jaghut? En un finnest. —La niña hizo otra pausa y buscó algo en los ojos de Paran—. En trellish, Tremorlor es «Casa de Vida».

Finnest… como en Casa del Finnest, en Darujhistan… una Casa de Azath.

—Jamás he oído hablar de Tremorlor.

—Es una Casa de Azath de Siete Ciudades. En Malaz, en tu propio imperio, está la Casa Mortuoria, la Casa de Muerte…

—Y tú crees que las Casas de Azath y las Casas de la baraja son lo mismo.

—Sí. O bien están vinculadas de algún modo. ¡Piensa en ello!

Eso era justo lo que estaba haciendo Paran. No sabía mucho de ninguna de las dos y no se le ocurría cómo podía estar relacionado con ellas. Su inquietud se profundizó, seguido por una dolorosa punzada en el estómago. El capitán frunció el ceño. Estaba demasiado cansado para reflexionar, pero tenía que hacerlo.

—Se dice que el antiguo emperador, Kellanveld, y Danzante encontraron una forma de entrar en la Casa de Muerte…

—Desde entonces Kellanveld y Danzante han ascendido y rigen ahora la Casa de Sombra. Kellanveld es Tronosombrío y Danzante es Cotillion, la Cuerda, Patrón de los Asesinos.

El capitán se la quedó mirando.

—¿Qué?

Zorraplateada esbozó una gran sonrisa.

—Si lo piensas es obvio, ¿no? Entre los ascendientes, ¿quién fue tras Laseen… con la intención de destruirla? Tronosombrío y Cotillion. ¿Por qué le iba a importar a un ascendiente una mortal, ya fuera en un sentido u otro? A menos que tuvieran ansias de venganza.

La mente de Paran se disparó por los recuerdos de un camino en la costa de Itko Kan, una matanza espantosa, heridas hechas por mandíbulas enormes, bestiales.

Mastines, mastines de Sombra, los cachorritos de Tronosombrío... A partir de ese día el capitán había tomado un nuevo camino tras la joven de la que Cotillion había tomado posesión. Desde ese día, su vida había comenzado a desplegar lo que le tenía reservado el destino.

—¡Espera! Kellanveld y Danzante entraron en la Casa de Muerte; entonces ¿por qué no tomaron esa orientación, la orientación de la Casa de Muerte?

—Yo también lo he pensado y he llegado a una conclusión. El reino de la Muerte ya estaba ocupado, Paran. El Rey de la Gran Casa de Muerte es el Embozado. Ahora creo que cada Azath alberga una puerta, una forma de entrar en cada senda. Si accedes a la Casa, puedes... escoger. Kellanveld y Danzante encontraron una Casa vacía, un trono vacío y al ocupar sus lugares como regentes de las Sombras, apareció la Casa de Sombra y se convirtió en parte de la baraja de los Dragones. ¿Lo ves?

Paran asintió poco a poco mientras luchaba por asimilarlo todo. Unos temblores dolorosos le retorcían el estómago y los apartó. *¿Pero qué tiene que ver eso conmigo?*

—La Casa de Sombra fue en otro tiempo una fortaleza —continuó Zorraplateada—. Se nota, no comparte la estructura jerárquica de las otras Casas. Es bestial, un lugar más salvaje y, aparte de los mastines, no conoció otro soberano durante mucho, mucho tiempo.

—¿Qué hay de los Neutrales de la baraja?

La pequeña se encogió de hombros.

—¿Orientaciones fallidas? ¿La imposición de la casualidad, de fuerzas aleatorias? El Azath y la baraja son ambos imposiciones de orden, pero hasta el orden necesita libertad, de otra forma se solidifica y se hace más frágil.

—¿Y dónde crees tú que encajo yo? No soy nada, Zorraplateada. Un simple y torpe mortal. —*Dioses, dejadme*

fuera de todo esto, de todo aquello a lo que parece que me lleváis. Por favor.

—He pensado mucho en eso, Paran. Anomander Rake es el caballero de la Casa de Oscuridad —dijo la niña—, pero ¿dónde está la Casa en sí? En un principio estaba la Oscuridad, la madre que dio origen a todo. Así que debe de ser un lugar ancestral, una fortaleza, o quizás algo que llegó antes que las propias fortalezas. Un foco para la puerta que lleva a Kurald Galain… nunca descubierta, oculta, la primera herida, con un alma atrapada en su buche, un alma que lo sella.

—Un alma —murmuró Paran, un escalofrío le recorrió la columna—, o una legión de almas…

Zorraplateada expulsó el aire con un siseo.

—Antes de las Casas había fortalezas —continuó Paran con una lógica implacable—. Ambas fijas, ambas inmóviles. Asentadas. Antes de asentarse… vagaban. La Casa salió de la fortaleza, la fortaleza de… una puerta en movimiento, un movimiento incesante… —El capitán cerró los ojos con fuerza—. Una carreta, cargada bajo el peso de un sinfín de almas que sellan la puerta que lleva a la Oscuridad… —*Y yo mandé dos mastines a través de esa herida, vi el sello perforado… por el abismo*…

—Paran, le ha pasado algo… a la baraja de los Dragones. Ha llegado una nueva carta. Sin alienación todavía, pero, creo, dominante. La baraja jamás ha poseído un… amo, un señor. —La niña lo miró—. Creo que ahora tiene uno. Tú.

Paran abrió los ojos de repente y se la quedó mirando con aire incrédulo, después con desdén.

—Tonterías, Vela… Zorraplateada. Yo no. Te equivocas. Tienes que…

—No me equivoco. Algo guio mi mano para elaborar la carta que es tu…

—¿Qué carta?

Zorraplateada no respondió, continuó como si no hubiera oído al capitán.

—¿Fue el Azath el que me guio? ¿O alguna otra fuerza desconocida? No lo sé. Jen'isand Rul, el Errante dentro de la Espada. —La niña lo miró a los ojos—. Eres un nuevo Neutral, Ganoes Paran. Nacido por accidente o con algún propósito cuya necesidad solo el Azath conoce. Debes hallar la respuesta para tu propia creación, debes buscar el propósito que se encuentra tras aquello en lo que te has convertido.

Las cejas del hombre se alzaron con aire burlón.

—¿Me asignas una misión? Por favor, Zorraplateada. Los hombres carentes de propósitos y sentido no emprenden misiones. Eso es para los héroes de ojos claros de los poemas épicos. Yo no creo en objetivos, ya no. No son más que formas de engañarse a uno mismo. Si me impones esa tarea, me temo que te llevarás un gran desengaño. Igual que el Azath.

—Ha estallado una guerra invisible, Paran. Las propias sendas están sufriendo un ataque, siento la presión en la baraja de los Dragones, aunque todavía tengo que posar una mano en una sola de sus cartas. Creo que se está… reuniendo un ejército, y tú, un soldado, formas parte de ese ejército.

Ah, sí, así habla Velajada.

—Ya tengo suficientes guerras que librar, Zorraplateada.

Los ojos de la niña brillaron cuando levantó la cabeza y lo miró.

—Quizá, Ganoes Paran, son todas la misma guerra.

—Yo no soy Dujek, ni Brood, no puedo manejar todas esas… campañas. Me está… destrozando.

—Lo sé. No puedes esconderme tu dolor, lo veo en tu cara, y me rompe el corazón.

El capitán apartó los ojos.

—Yo también tengo sueños… una niña dentro de una herida. Una niña que chilla.

—¿Huyes de esa niña?

—Sí —admitió el capitán con un temblor—. Esos chillidos son… terribles.

—Debes correr hacia la niña, mi amor. La huida solo servirá para cerrar tu corazón.

Paran se volvió hacia ella. *«Mi amor», ¿palabras acaso para manipular mi corazón?*

—¿Quién es esa niña?

La pequeña sacudió la cabeza.

—No lo sé. Una víctima de la guerra invisible, quizá. —Zorraplateada intentó sonreír—. No es la primera vez que ponen a prueba tu valor, Paran, y nunca te ha fallado.

—Siempre hay una primera vez —murmuró él con una mueca.

—Eres el Errante dentro de la Espada. La carta existe.

—Me da igual.

—Y a ella también —le replicó la niña—. No tienes más alternativa.

El capitán se volvió hacia ella.

—¡Nada nuevo, entonces! ¡Ahora pregúntale a Oponn lo bien que lo hice! —Su carcajada fue salvaje—. Dudo que los Gemelos lleguen a recuperarse. Escogéis mal conmigo, Velajada, ¡siempre escogéis mal conmigo!

La pequeña se lo quedó mirando y después, de la forma más exasperante, se limitó a encogerse de hombros.

A Paran lo invadió el desaliento de repente y se dio la vuelta. Su mirada recayó en la mhybe, Whiskeyjack, Mazo y Ben el Rápido. Ninguno de los cuatro se había movido en

todo aquel tiempo. Su paciencia, *maldita sea, su fe*, le daba ganas de gritar. *Escogéis mal. Todos y cada uno de vosotros, malditos seáis*. Pero también sabía que no le escucharían.

—Yo no sé nada de la baraja de los Dragones —dijo sin entusiasmo.

—Si tenemos tiempo, yo te enseñaré. Si no, encontrarás tu propio camino.

Paran cerró los ojos. El dolor del estómago había regresado y aumentaba, una oleada lenta y creciente que ya no podía contener. *Sí, claro. Velajada no podía hacer menos. Ahí lo tienes, Whiskeyjack. Es ella la que dirige ahora y los demás la siguen. Un buen soldado, así es el capitán Ganoes Paran*…

Regresó en sus pensamientos a ese reino tenso y aterrador del interior de la espada *Dragnipur*, las legiones de almas encadenadas que arrastraban sin cesar su carga imposible… y en el corazón de la carreta un vacío frío y oscuro del que salían las cadenas. *El carro transporta la puerta, la puerta que lleva a Kurald Galain, la senda de la Oscuridad. La espada reúne almas para sellarla… Qué herida debe de ser entonces para exigir tantas almas*… El capitán gimió al sentir una oleada de dolor. La manita de Zorraplateada se alzó para tocarle el brazo.

Paran estuvo a punto de estremecerse al notar el contacto.

Os voy a fallar a todos.

Capítulo 5



Se alza exangüe del polvo,
con ojos muertos que son pozos;
los dos que tienden la mano a un dolor eterno.

Es el imán
del clan que se reúne,
recién creado y plagado de sueños.

El estandarte, un cuero podrido,
el trono, una jaula de huesos, el rey,
un fantasma de oscuros campos de batalla.

Y ahora el cuerno gime
en este amanecer recubierto de gris
que arrastra a la dispar hueste

A la guerra, a la guerra,
y el frenesí y la carga
de los recuerdos espontáneos del hielo.

Trova de la primera espada
Irig Thann Delusa (n. 1091)

Dos días y siete leguas de nubes negras y viscosas de ceniza y la telaba de lady Envidia no tenía ni una sola mancha. Toc el Joven gruñó, se quitó el trapo endurecido de la cara y dejó poco a poco en el suelo el pesado fardo de cuero que llevaba. Nunca pensó que daría gracias a los cielos por ver una simple llanura inmensa de hierba, pero

después de la ceniza volcánica, aquel paisaje ondulado que se extendía hacia el norte lo atraía como un paraíso.

—¿Bastará esta colina para montar el campamento? —preguntó lady Envidia, que se acercaba sin prisas—. Parece demasiado expuesta. ¿Y si hay malhechores en esta llanura?

—Es cierto, los malhechores no suelen ser muy listos —respondió Toc—, pero hasta el bandido más estúpido se lo pensaría dos veces antes de poner a prueba a tres seguleh. El viento que sientes aquí arriba mantendrá a los insectos a raya llegada la noche, señora, así no te picarán. Yo no recomendaría las tierras bajas, en ninguna pradera.

—Me inclino ante tu sabiduría, explorador.

Toc tosió y se irguió para examinar la zona.

—No veo a tus cuadrúpedos amiguitos por ninguna parte.

—Ni yo a tu huesudo compañero. —La dama se volvió hacia él con los ojos muy abiertos—. ¿Crees que estarán en un aprieto?

El hombre la estudió, divertido, y no dijo nada. Lady Envidia alzó una ceja y sonrió. Toc se volvió a toda prisa hacia su fardo.

—Será mejor que monte las tiendas.

—Como ya te aseguré anoche, Toc, mis criados pueden ocuparse de tareas tan mundanas como esa. Preferiría que tú asumieras un rango más elevado que el de simple e ínfimo trabajador durante el tiempo que dure esta gran aventura.

Toc se detuvo un momento.

—¿Quieres que adopte poses heroicas con el atardecer de fondo, lady Envidia?

—¡Desde luego!

—No era consciente de que existía para tu entretenimiento.

—Oh, ahora te has vuelto a enfadar. —La dama se acercó un poco más y posó una mano ligera como un gorrión en el hombro masculino—. Por favor, no te enojes conmigo. No esperarás que sostenga conversaciones interesantes con mis criados, ¿verdad? Y tu amigo Tool tampoco se puede decir que sea una flor social arrebatada de vigor y animación. Y si bien mis dos cachorritos son una compañía casi perfecta en el sentido de que siempre escuchan y jamás interrumpen, una ansía el sabor cálido de un intercambio ingenioso. Tú y yo, Toc, solo nos tenemos el uno al otro para este viaje, así que empecemos a forjar los vínculos de la amistad.

Toc el Joven se quedó mirando las tiendas liadas y no dijo nada durante un buen rato, después suspiró.

—Nunca se me han dado bien los intercambios ingeniosos, señora. Soy soldado y muy poco más. —*Es más, tengo las cicatrices de un soldado, ¿quién puede evitar estremecerse al verme?*

—No es modestia sino engaño, Toc.

El soldado hizo una mueca al notar el tono cortante de la mujer.

—Te han dado una educación, una educación mejor de lo que es costumbre en un soldado profesional. Y he oído suficientes de tus mordaces intercambios con el t'lan imass como para saber valorar tu ingenio. ¿A qué viene esta repentina timidez? ¿Qué provoca esa creciente incomodidad?

—Eres una hechicera, lady Envidia, y la hechicería me pone nervioso.

La dama quitó la mano.

—Ya veo. O más bien, no. Tu t'lan imass fue forjado por un ritual de un poder inmenso, un ritual como el mundo no ha visto en mucho tiempo, Toc el Joven. Ya solo su espada de piedra está investida a un nivel que bien podría horrorizar a

cualquiera; no se puede romper, ni siquiera desportillar y es capaz de atravesar las protecciones mágicas sin esfuerzo. No hay senda que se pueda defender de ella. Yo no apostaría por ningún filo que se enfrentara a ella en manos de Tool. Y la criatura misma. Es una especie de paladín, ¿no? Entre los t'lan imass Tool es único. No tienes ni idea del poder, de la fuerza, que posee. ¿Te pone nervioso Tool, soldado? Pues no te lo he notado.

—Bueno —soltó Toc de repente—, es un saco encogido de piel y huesos, ¿no? No se roza contra mí a cada oportunidad que tiene. No me lanza sonrisas que son como lanzas que se clavan en mi corazón, ¿verdad? No se burla diciendo que en otro tiempo tuve un rostro que no hacía a la gente darse la vuelta, ¿a que no?

La mujer abrió mucho los ojos.

—Yo no me burlo de tus cicatrices —dijo en voz baja.

Toc miró furioso a los tres seguleh enmascarados e inmóviles. *Oh, por el Embozado, lo he estropeado todo, ¿verdad? ¿Os estáis riendo tras esas máscaras, guerreros?*

—Acepta mis disculpas, señora —consiguió decir—. Lamento mis palabras.

—Pero las mantienes de todos modos. Muy bien, al parecer he de aceptar el desafío.

Toc levantó la cabeza y la miró.

—¿Desafío?

Lady Envidia sonrió.

—Desde luego. Es obvio que crees que el afecto que te tengo no es sincero. Debo procurar demostrarte lo contrario.

—Señora…

—Y en tus esfuerzos por apartarme no tardarás en descubrir que no es tarea fácil.

—¿Con qué fin, lady Envidia? —*Todas mis defensas derribadas… ¿para tu diversión?*

Los ojos femeninos destellaron y Toc supo, con toda certeza, cuán ciertos eran sus pensamientos. El dolor lo atravesó como un hierro al rojo vivo. Empezó a desplegar la primera tienda.

Llegaron *Garath* y *Baaljagg* y empezaron a dar saltos alrededor de lady Envidia. Un momento después se alzó un torbellino de polvo entre las hierbas de color ocre que había a unos metros de donde se encontraba Toc agachado. Apareció Tool llevando en los hombros el cadáver de un antílope, del que se desprendió y tiró al suelo con un golpe seco.

Toc no vio ninguna herida visible en el animal. *Seguramente le dio un susto de muerte*.

—¡Ah, maravilloso! —exclamó lady Envidia—. ¡Esta noche cenaremos como nobles! —Se giró hacia sus criados—. Ven, Senu, tienes algo que despiezar.

Y seguro que tampoco es la primera vez.

—Y vosotros dos, *hmm*, ¿qué os encomendamos a vosotros? Aquí nadie puede quedar ocioso. Mok, tú vas a montar la bañera de cuero. Ponla en esa colina de ahí. No hace falta que te preocupes del agua o los aceites perfumados, ya me ocupo yo de eso. Thurule, saca mis peines y mi túnica, sé un buen chico.

Toc echó un vistazo y vio a Tool mirándolo. El explorador hizo una mueca irónica.

El t'lan imass se acercó sin prisas.

—Podemos empezar a intentar hacer flechas, soldado.

—Sí, en cuanto termine con las tiendas.

—Bien. Reuniré la materia prima que hemos ido recogiendo. Debemos elaborar un juego de herramientas.

Toc había levantado suficientes tiendas durante sus días de soldado como para poder prestar bastante atención a los preparativos de Tool mientras trabajaba. El t'lan imass se

arrodilló junto al antílope y sin aparente esfuerzo le arrancó los dos cuernos casi desde la base. Después se colocó a un lado y se descolgó la bolsa de cuero que llevaba, soltó los cordones y la bolsa se desplegó por el suelo y reveló media docena de grandes piedras de obsidiana, recogidas durante su paso por el antiguo río de lava, y una serie de diferentes tipos de piedra que provenían de la costa, un poco más allá de la torre jaghut, junto con juncos duros y un par de gaviotas muertas, ambas todavía atadas al fardo de Toc.

Siempre era motivo de asombro (y una especie de conmoción) contemplar la habilidad de las manos marchitas, descarnadas incluso, del guerrero no muerto, mientras trabajaba. *Manos de artista*. El t'lan imass seleccionó una de las piedras de obsidiana, después cogió una de las grandes piedras negras y con tres golpes rápidos separó tres hojas largas y finas de la roca. Unos cuantos golpes secos más crearon una serie de escamas que variaban en tamaño y grosor.

Tool dejó en el suelo la piedra que había usado como martillo y el núcleo de obsidiana. Revisó todas las escamas y eligió una, la cogió con la mano izquierda y luego estiró la derecha para alcanzar una de las astas. El t'lan imass usó la punta del asta para empezar a sacar escamas diminutas del borde de la escama más grande.

Lady Envidia suspiró junto a Toc el Joven.

—Qué habilidad más extraordinaria. ¿Crees que antes de empezar a trabajar el metal todos poseíamos habilidades parecidas?

El explorador se encogió de hombros.

—Es probable. Según algunos eruditos malazanos, el descubrimiento del hierro se produjo hace solo medio millar de años, al menos para los pueblos del continente Quon Tali. Antes de eso, todo el mundo usaba el bronce. Y antes del

bronce, usábamos cobre sin aleaciones y estaño. Antes de eso, ¿por qué no piedra?

—Ah, sabía que habías recibido una educación, Toc el Joven. Los eruditos humanos, por cierto, tienden a pensar solo en términos de logros humanos. Entre las razas ancestrales, la forja de metales era bastante sofisticada. No eran desconocidas las mejoras en el propio hierro. La espada de mi padre, por ejemplo.

El hombre gruñó.

—Hechicería. Estaba investida. Sustituye a los avances tecnológicos, suele ser un modo de suplantar el progreso del conocimiento mundano.

—Vaya, soldado, no cabe duda que tienes unas opiniones muy particulares cuando se trata de hechicería. Sin embargo, ¿he podido detectar en tus palabras rastros de una lección aprendida de memoria? ¿Qué amargado erudito, algún hechicero fracasado sin duda, te inculcó tales opiniones?

Toc sonrió a pesar de sí mismo.

—Sí, tienes razón. En realidad no fue un erudito sino un sumo sacerdote.

—Ah, bueno, los cultos ven cualquier avance (ya sea de hechicería o incluso mundano) como una amenaza en potencia. Tienes que desmantelar tus fuentes, Toc el Joven, no sea que no hagas más que imitar los prejuicios de otros.

—Hablas igual que mi padre.

—Deberías haber hecho caso de sus sabias palabras.

Así es. Pero nunca le hice caso. Deja el Imperio, decía. Busca un sitio fuera del alcance de la corte, lejos de los comandantes y la Garra. No levantes la cabeza, hijo…

Tras terminar con la última de las tres tiendas, Toc se acercó a Tool. A sesenta metros de distancia, en la cima de una colina cercana, Mok había montado la bañera de cuero

con armazón de madera. Lady Envidia, con Thurule marchando a su lado con una túnica doblada y los útiles de baño en los brazos, se dirigió hacia allí. El lobo y el perro se habían sentado cerca de Senu, que estaba trabajando en el antílope. El seguleh les tiraba trocitos sueltos de carne a los animales de vez en cuando.

Tool había terminado cuatro pequeñas herramientas de piedra, una hoja con un mango, una especie de rascador del tamaño de una uña, un filo con forma de media luna y el borde interior finamente trabajado, y un taladro o perforador. Después se puso a trabajar en las tres primeras escamas grandes de obsidiana.

Toc se agachó junto al t'lan imass y examinó los objetos terminados.

—De acuerdo —dijo tras examinarlos unos momentos—. Estoy empezando a entenderlo. Estos son para trabajar el astil y las plumas, ¿sí?

Tool asintió.

—El antílope nos proporcionará la materia prima. Necesitamos tripa para las cuerdas. Cuero para el carcaj y las correas.

—¿Y qué hay de la que tiene forma de media luna?

—Hay que pulir los juncos duros para hacer los astiles.

—Ah, sí, ya veo. ¿No vamos a necesitar cola, brea o algo así?

—En un mundo ideal, sí. Pero puesto que estamos en una llanura sin árboles, tendremos que conformarnos con lo que tenemos. Ataremos las plumas con tripa.

—Haces que la elaboración de flechas parezca muy fácil, Tool, pero algo me dice que no lo es tanto.

—Unas piedras son arena, otras son agua. Las herramientas afiladas se pueden hacer con las piedras que

son agua. Las herramientas para aplastar se hacen con las piedras que son arena, pero solo con las más duras.

—Y yo pensando que una piedra era una piedra.

—En nuestro idioma poseemos muchos nombres para las piedras. Nombres que nos hablan de su naturaleza, nombres que describen su función, nombres para lo que les ha pasado y lo que les pasará, nombres para el espíritu que reside en su interior, nombres…

—¡De acuerdo, de acuerdo! Entiendo. ¿Por qué no hablamos de otra cosa?

—¿Por ejemplo?

Toc miró a la otra colina. Sobre el armazón de la bañera solo se veía la cabeza y las rodillas de lady Envidia. El atardecer ardía tras ella y los dos seguleh, Mok y Thurule, hacían guardia junto a ella, dándole la espalda.

—De ella.

—De lady Envidia sé poco más de lo que ya he dicho.

—Era… ¿una de las compañeras de Anomander Rake?

Tool reanudó el trabajo y siguió extrayendo escamas finas y traslúcidas de obsidiana de lo que estaba asumiendo a toda prisa la forma de una punta de flecha lanceolada.

—Al principio había otros tres que vagaron juntos durante un tiempo. Anomander Rake, Caladan Brood y una hechicera que con el tiempo ascendió y se convirtió en la reina de los Sueños. Tras ese acontecimiento se produjeron varios dramas, o eso se cuenta. Al hijo de la Oscuridad se le unió lady Envidia y el soletaken conocido con el nombre de Osric. Otros tres que vagaron juntos. Caladan Brood escogió un sendero solitario en aquel tiempo y no se le vio en este mundo durante varios siglos. Cuando al fin regresó, hace quizá mil años, tenía consigo el martillo que todavía lleva: un arma de la diosa Dormida.

—Y Rake, Envidia y ese tal Osric, ¿a qué se dedicaban?

El t'lan imass se encogió de hombros.

—Solo ellos podrían hablarte de eso. Se produjo una riña. Osric se fue; adónde, nadie lo sabe. Anomander Rake y lady Envidia continuaron siendo compañeros. Se dice que se separaron (tras una discusión) poco antes de que los ascendientes se reunieran para encadenar al Caído. Rake se unió al esfuerzo común. La dama no. Sobre ella ese es el total de mis conocimientos, soldado.

—Es una maga.

—La respuesta a eso la tienes ante ti.

—Te refieres al agua caliente que apareció de la nada.

Tool dejó la punta de flecha terminada en el suelo y cogió otra sin labrar.

—Me refería a los seguleh, Toc el Joven.

El explorador lanzó un gruñido.

—Hechizados, obligados a servirla. ¡Por el aliento del Embozado, los ha convertido en esclavos!

El t'lan imass se detuvo y lo miró.

—¿Te molesta? ¿No hay esclavos en el Imperio de Malaz?

—Sí. Deudores, pequeños delincuentes, botín de guerra. Pero, Tool, ¡estos son seguleh! Los guerreros más temidos de este continente. Sobre todo por el modo en que atacan sin el menor aviso, por razones que solo ellos conocen…

—Su forma de comunicarse —dijo Tool— es sobre todo no verbal. Imponen su dominio con su actitud, con leves gestos, con la dirección de la postura y la inclinación de la cabeza.

Toc parpadeó.

—¿Sí? Oh, entonces, ¿por qué no han acabado con este pobre ignorante hace ya mucho tiempo?

—Tu inquietud en su presencia transmite sumisión —respondió el t'lan imass.

—Un cobarde por naturaleza, ese soy yo. Debo entender, entonces, que tú no muestras… inquietud.

—Yo no cedo ante nadie, Toc el Joven.

El malazano se quedó callado y pensó en las palabras de Tool.

—El hermano mayor, Mok —dijo después—, su máscara no tiene más que dos cicatrices. Creo que sé lo que eso significa y si tengo razón… —Sacudió despacio la cabeza.

El guerrero no muerto levantó la cabeza, su mirada sombría no se apartó de la cara del explorador.

—El joven, el que me desafió, Senu, era… bueno. Si no me hubiera anticipado a él, si no hubiera evitado que sacara del todo las espadas, nuestro duelo bien podría haber sido muy largo.

Toc frunció el ceño.

—¿Cómo puedes saber lo bueno que era cuando ni siquiera desenvainó sus espadas?

—Las utilizó para desviar mis ataques de todos modos.

El único ojo de Toc se abrió un poco más.

—¿Se enfrentó a ti con las hojas a medio sacar?

—Los primeros dos ataques, sí, pero no el tercero. Solo necesito estudiar los movimientos del mayor, la ligereza de sus pasos sobre la tierra, su elegancia, para percibir su habilidad en toda su medida. Senu y Thurule, ambos admiten que es su maestro. Es obvio que crees, en virtud de su máscara, que ocupa un alto rango entre los suyos.

—El tercero, creo. El tercero más alto. Se supone que hay un seguleh legendario con una máscara carente de marcas. Porcelana blanca. No es que lo haya visto nadie, salvo los propios seguleh, supongo. Son una casta de guerreros regida por el campeón. —Toc se volvió para estudiar a los dos lejanos guerreros, después miró por encima del hombro a Senu, que seguía arrodillado sobre el antílope a menos de ocho metros de distancia—. Me pregunto qué los habrá traído al continente.

—Podrías preguntarle al más joven, Toc.

El explorador le sonrió a Tool.

—Lo que significa que sientes tanta curiosidad como yo. Bueno, pues me temo que no puedo hacer el trabajo sucio por ti, dado que mi rango es inferior al suyo. Es posible que decida hablar conmigo, pero yo no puedo iniciar la conversación. Si quieres respuestas, tendrás que hacer tú las preguntas.

Tool dejó el asta y la piedra virgen y se puso en pie entre un tintineo apagado de huesos. Después se acercó a Senu. Toc lo siguió.

—Guerrero —dijo el t'lan imass.

El seguleh hizo una pausa en su trabajo de despiece y bajó un poco la cabeza.

—¿Qué os ha llevado a dejar vuestra tierra natal? ¿Qué te ha traído a ti y a tus hermanos a este lugar?

La respuesta de Senu fue en un dialecto del daru, un poco arcaico a oídos de Toc.

—Maestro Hojadepiedra, somos el ejército punitivo de los seguleh.

Si algún otro que no fuera seguleh hubiera hecho semejante afirmación, Toc se habría echado a reír allí mismo. Pero en ese caso optó por apretar la mandíbula.

Tool pareció sorprenderse tanto como el explorador, ya que tardó un rato en hablar de nuevo.

—Punitivo. ¿A quién quieren castigar los seguleh?

—A los invasores de nuestra isla. Matamos a todos los que llegan, pero el flujo no cesa. La tarea queda en manos de nuestras Máscaras Negras, los iniciados de primer nivel en el adiestramiento de las armas, ya que el enemigo llega desarmado y por tanto no es digno de morir en un duelo. Pero tales matanzas alteran la disciplina del adiestramiento, mancillan la mente y dañan por tanto los rigores de la

concentración. Se decidió viajar a la tierra natal de los invasores para matar al que envía a su pueblo a nuestra isla. Ya te he respondido, maestro Hojadepiedra.

—¿Sabes el nombre de ese pueblo? ¿El nombre con el que se hacen llamar?

—Sacerdotes de Pannion. Vienen con la intención de convertirnos. A nosotros no nos interesa. No escuchan. Y ahora advierten que van a enviar un ejército a nuestra isla. Para mostrarles nuestra impaciencia ante tal acontecimiento, les enviamos muchos regalos. Optaron por sentirse insultados ante nuestra invitación a la guerra. Admitimos que no lo entendemos y por tanto nos hemos cansado de tener conversaciones con esos painitas. De ahora en adelante, solo nuestros filos hablarán por los seguleh.

—Pero lady Envidia os ha atrapado con sus encantos.

Toc contuvo el aliento.

Senu volvió a bajar la cabeza y no dijo nada.

—Por fortuna —continuó Tool con su tono seco y sin inflexiones— ahora nos dirigimos al Dominio Painita.

—La decisión nos complació —dijo Senu con tono agudo.

—¿Cuántos años han pasado desde tu nacimiento, Senu? —preguntó el t’lan imass.

—Catorce, maestro Hojadepiedra. Soy un iniciado de undécimo nivel.

Los trozos cuadrados de carne que habían ensartado en unos pinchos crepitaban al soltar grasa sobre las llamas. Lady Envidia apareció en la penumbra con su séquito detrás. Iba vestida con una gruesa túnica de color negro azulado que caía sobre la hierba salpicada de rocío. Llevaba el cabello sujeto en una única trenza.

—¡Qué aroma tan delicioso! ¡Estoy muerta de hambre!

Toc percibió el giro casual de Thurule, las manos enguantadas que se levantaban. Desenvainó las dos espadas con un movimiento más rápido de lo que el ojo del explorador pudo captar, igual que el torbellino de ataque. Destellaron las chispas cuando el acero brillante chocó contra el pedernal. Tool se vio empujado hacia atrás unos cinco metros y comenzaron a lloverle golpes en su arma, también borrosa. Los dos guerreros se desvanecieron en la oscuridad que se ocultaba tras el fulgor chillón de la hoguera.

El lobo y el perro ladraron y se lanzaron tras ellos.

—¡Esto es exasperante! —soltó de repente lady Envidia.

Estallaron chispas a ocho metros de distancia, luz insuficiente como para que Toc distinguiera nada más que unos giros vagos de brazos y hombros. Les lanzó una mirada a Mok y Senu. Este último seguía agachado junto al fuego y se ocupaba de la cena con aire aplicado. El mayor de las marcas gemelas permanecía inmóvil, observando el duelo, aunque no parecía muy probable que pudiera ver mejor que Toc. *Quizá no le hace falta*…

Llovieron más chispas en la noche.

Lady Envidia ahogó una risita con una mano en la boca.

—Deduzco que puedes ver en la oscuridad, señora —murmuró Toc.

—Oh, sí. Es un duelo extraordinario, jamás había… no, es más complicado. Un viejo recuerdo que cobró vida cuando los identificaste como seguleh. Anomander Rake cruzó una vez su filo con una veintena de seguleh, uno tras otro. Quiso hacer una visita a la isla sin anunciarse y no sabía nada de sus habitantes. Tomó forma humana y se fabricó una máscara, después optó por bajar por la avenida principal de la ciudad. Puesto que es de natural arrogante, no mostró

deferencia alguna con ninguno de los que se cruzaba en su camino…

Otro choque iluminó la noche, el intercambio fue seguido por un gruñido sólido y estridente. Después, los filos colisionaron otra vez.

—Dos campanadas. Eso fue lo que duró la visita entera de Rake a la isla y sus habitantes. Describió la ferocidad de ese escaso tiempo y la consternación y el agotamiento que lo llevaron a retirarse a su senda aunque solo fuera para calmar las palpitaciones de su corazón.

Una nueva voz, ronca y fría, habló entonces.

—Espadanegra.

Se volvieron y se encontraron a Mok delante de ellos.

—Eso fue hace siglos —dijo lady Envidia.

—El recuerdo de un rival digno no se desvanece nunca entre los nuestros, mi señora.

—Rake dijo que el último espadachín al que se enfrentó llevaba una máscara con siete símbolos.

Mok ladeó la cabeza.

—Esa máscara todavía lo aguarda. Espadanegra conserva el séptimo puesto. Mi señora, nos gustaría que lo reclamara.

La dama sonrió.

—Quizá pronto puedas hacerle esa invitación en persona.

—No es una invitación, señora. Es una exigencia.

La risa femenina fue dulce y fuerte.

—Mi querido criado, no hay nadie, nadie, al que el señor de la Oscuridad no se enfrente con la mirada firme e inquebrantable. Considéralo una advertencia.

—Entonces se cruzarán nuestras espadas, mi señora. Él es el séptimo. Yo soy el tercero.

La dama se volvió hacia él con los brazos cruzados.

—¡Ah, no me digas! ¿Sabes dónde terminó esa veintena de almas cuando los mató… incluyendo al séptimo?

Encadenados dentro de la espada *Dragnipur*, mira tú. Para toda la eternidad. ¿De verdad ansías reunirte con ellos, Mok?

Se oyó otro golpe seco en la oscuridad que reinaba más allá del fuego y después se hizo el silencio.

—Los seguleh que mueren, fracasan —dijo Mok—. No pensamos más en los fracasados que hay entre nosotros.

—¿Incluye eso —preguntó Toc en voz baja— a tu hermano?

Tool había reaparecido con la espada de pedernal en la mano izquierda y arrastrando el cuerpo de Thurule por el cuello de la ropa con la derecha. La cabeza del seguleh se bamboleaba. Perro y lobo seguían a los dos meneando las colas.

—¿Has matado a mi criado, t'lan imass? —preguntó lady Envidia.

—No lo he matado —respondió Tool—. Una muñeca rota, costillas rotas, media docena de golpes en la cabeza. Creo que se recuperará. Con el tiempo.

—Bueno, pues me temo que eso no me sirve, en absoluto. Tráelo aquí, por favor, conmigo.

—No ha de ser curado con medios mágicos —dijo Mok.

El genio de la dama estalló entonces de repente. Se dio la vuelta y una oleada de poder surgió de ella. La oleada golpeó a Mok y este surcó el aire. El seguleh aterrizó con un golpe seco. El fulgor de chispas se desvaneció.

—¡A mí los criados no me plantean exigencias! Te recuerdo cuál es tu sitio, Mok. Confío en que con una vez sea suficiente. —Después se dio la vuelta y miró a Thurule—. Desde luego que lo curaré. Después de todo —continuó con tono más suave—, como toda dama de cierta alcurnia sabe, tres es el mínimo absoluto cuando se trata de criados. —Posó una mano en el pecho del seguleh.

Thurule gimió.

Toc miró a Tool.

—¡Por el aliento del Embozado, pero si tienes cortes por todas partes!

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me enfrenté a un rival tan digno —dijo Tool—. Un desafío mucho mayor al usar solo la cara de la hoja.

Mok se estaba levantando poco a poco. Al oír las últimas palabras del t'lan imass se quedó muy quieto y después se giró con lentitud para mirar al guerrero no muerto.

No me fastidies, Tool, le has dado que pensar al tercero.

—Esta noche no habrá más duelos —dijo lady Envidia con tono severo—. No voy a contener mi ira la próxima vez.

Mok apartó los ojos del t'lan imass con gesto despreocupado.

Lady Envidia se estiró y suspiró.

—Thurule está arreglado. ¡Y yo estoy casi cansada! Senu, querido, saca los platos y los cubiertos. Y el vino tinto de Elin. Yo diría que se impone una cena tranquila. —Le dedicó una sonrisa a Toc—. Y una conversación ingeniosa, ¿sí?

Le tocó entonces gemir a Toc.

Los tres jinetes tiraron de las riendas y se detuvieron en la cima de la colina baja. Whiskeyjack le dio la vuelta a la montura para mirar la ciudad de Pale y la contempló un minuto con la mandíbula apretada.

Ben el Rápido no dijo nada, observó al comandante de la barba gris, viejo amigo suyo, y lo comprendió todo. *A esta colina vinimos a recuperar a Mechones. Entre montones de armaduras vacías... (dioses, ahí siguen, oxidándose entre la hierba), y la hechicera Velajada, la última que quedaba en pie del cuadro. Acabábamos de salir arrastrándonos de los túneles que se habían derrumbado, dejando atrás a cientos*

de hermanos y hermanas. Ardíamos de rabia… ardíamos al saber que nos habían traicionado. Aquí… en esta colina aplastada por la hechicería, estábamos listos para asesinar a quien fuera. Con nuestras propias manos… El hechicero miró a Mazo. Los ojitos del sanador estaban entrecerrados y clavados en Whiskeyjack, y Ben el Rápido supo que él también estaba reviviendo recuerdos amargos. *No hay forma de enterrar la historia de nuestras vidas. Uñas amarillas y dedos de hueso que atraviesan el suelo a nuestros pies y se clavan en nosotros*.

—Vamos a resumir —gruñó Whiskeyjack con los ojos grises clavados en el cielo vacío que había sobre la ciudad.

Mazo se aclaró la garganta.

—¿Quién empieza?

El comandante giró la cabeza y miró al sanador.

—Bien —dijo Mazo—. La… aflicción de Paran. Su carne mortal tiene la mancha de la sangre de un ascendiente… y de lugares de ascendientes… pero como te dirá el Rápido, nada de eso debería manifestarse como enfermedad. No, esa sangre, y esos lugares, son como empujones por un pasillo.

—Y él no hace más que volver a rastras sobre sus pasos —añadió Ben el Rápido—. Intenta escapar. Y cuanto más lo intenta…

—Más enfermo cae —terminó Mazo.

Whiskeyjack, con los ojos puestos una vez más en Pale, esbozó una mueca irónica.

—La última vez que estuve sobre esta colina tuve que escuchar al Rápido y a Kalam terminar las frases del otro. Resulta que han cambiado menos cosas de las que pensaba. ¿El capitán mismo es un ascendiente?

—Casi —admitió el hechicero. *Y no hace falta decir que resulta preocupante. Pero sería incluso más preocupante si*

Paran… quisiera serlo. Claro que, ¿quién sabe qué ambiciones oculta el rostro reticente?

—¿Qué pensáis vosotros dos de su historia de los mastines y la espada de Rake?

—Inquietante —respondió Mazo.

—Eso es quedarse un poco corto —dijo Ben el Rápido—. Es aterrador, maldita sea.

Whiskeyjack lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

—*Dragnipur* no es la espada de Rake, no la forjó él. ¿Cuánto sabe ese cabrón sobre ella? ¿Cuánto debería saber? Y en el nombre del Embozado, ¿adónde se fueron esos mastines? Estén donde estén, Paran se encuentra unido por vínculos de sangre a uno de ellos.

—Y eso lo convierte en… impredecible —interpuso Mazo.

—¿Qué hay al final de ese pasillo que has descrito?

—No lo sé.

—Yo tampoco —dijo Ben el Rápido con pesar—. Pero creo que deberíamos añadir unos cuantos empujones nosotros también. Aunque solo sea para salvar a Paran de sí mismo.

—¿Y cómo propones que lo hagamos?

El hechicero esbozó una sonrisa.

—Ya ha empezado, comandante. Al ponerlo en contacto con Zorraplateada. Es capaz de leerlo como Velajada leía una baraja de Dragones y ve más cada vez que posa los ojos en él.

—Quizá solo sean los recuerdos de Velajada… que lo desvisten —comentó Mazo.

—Muy gracioso —dijo Whiskeyjack arrastrando las palabras—. Así que Zorraplateada sondea su alma, pero no hay garantía de que vaya a compartir sus descubrimientos con nosotros, ¿verdad?

—Si las personas de Velajada y Escalofrío llegan a dominar…

—Con la hechicera no hay problema, pero Escalofrío… —Whiskeyjack sacudió la cabeza.

—Era una canalla —asintió Ben el Rápido—. Hay cierto misterio en todo eso. Con todo, una malazana…

—De la que sabemos muy poco —gruñó el comandante—. Remota. Fría.

—¿Cuál era su senda? —preguntó Mazo.

—Rashan, que yo supiera —dijo Ben el Rápido con amargura—. Oscuridad.

—Quizá Zorraplateada pueda sacar algo de eso —dijo el sanador tras un momento.

—Seguramente será instintivo, en fragmentos; según tengo entendido no sobrevivió mucho de Escalofrío.

—¿Estás seguro de eso, hechicero? —preguntó Whiskeyjack.

—No. —*Y en cuanto a Escalofrío, estoy incluso menos seguro de lo que insinúo. Ha habido otras Escalofrío… mucho antes del Imperio de Malaz. La primera época de las Guerras Nathilog. La liberación de Karakarang en Siete Ciudades, hace nueve siglos. Los seti y su expulsión de Fenn, en Quon Tali, hace casi dos mil años. Una mujer, una hechicera, llamada Escalofrío, una y otra vez. Si es la misma…*

El comandante se inclinó en la silla y escupió en el suelo.

—No me hace ninguna gracia.

Hechicero y sanador no dijeron nada.

Le diría lo de Ascua… pero si ya no le hace gracia ahora, ¿qué diría de la noticia de la muerte inminente del mundo? No, ocúpate de eso tú solo, Rápido, y prepárate para saltar cuando llegue el momento… El dios Tullido les ha declarado la guerra a los dioses, a las sendas, a todo este maldito

mundo y a todos los que vivimos en él. Muy bien, Caído, pero eso significa que tendrás que ser más listo que yo. Olvídate de los dioses y sus torpes juegos, te voy a tener arrastrándote en círculos a no tardar mucho...

Pasaron unos momentos, los caballos inmóviles bajo los jinetes salvo por las sacudidas de las colas y los espasmos del lomo y las orejas para evitar los picotazos de las pulgas.

—Seguid guiando a Paran en la dirección adecuada —dijo al fin Whiskeyjack—. Empujadlo cuando se presente la ocasión. Ben el Rápido, averigua todo lo que puedas sobre Escalofrío, utiliza todas y cada una de las fuentes que haya disponibles. Mazo, explícale a Eje lo de Paran, os quiero a los tres lo bastante cerca del capitán como para contarle los pelos de la nariz. —Recogió las riendas e hizo girar a su montura—. El contingente de Darujhistan va a llegar al campamento de Brood en cualquier momento, será mejor que volvamos.

Bajaron al trote la colina y sus ruinosos vestigios y dejaron a las moscas zumbando sin rumbo sobre la colina.

Whiskeyjack se detuvo delante de la tienda que le habían proporcionado a Dujek Unbrazo, su caballo respiraba con dificultad tras la prolongada cabalgada. Tras dejar el campamento de los Abrasapuentes, donde había dejado a Ben el Rápido y Mazo, había atravesado el amplio campamento de Brood. Saltó de la silla e hizo una mueca cuando se apoyó en la pierna herida.

Apareció entonces el portaestandartes Artanthos.

—Yo cogeré las riendas, comandante —dijo el joven—. Hay que almohazar a la bestia…

—No es el único que necesita cuidados —murmuró Whiskeyjack—. ¿Unbrazo está dentro?

—Sí. Te espera.

Sin una palabra más, el comandante entró en la tienda.

—Ya era hora, maldito seas —gruñó Dujek desde su catre mientras se incorporaba—. Sírvenos un poco de cerveza, ahí, en la mesa. Busca una silla. ¿Tienes hambre?

—No.

—Yo tampoco. Vamos a beber algo.

Ninguno de los dos habló hasta que Whiskeyjack terminó de colocar los muebles y sirvió la cerveza. El silencio continuó hasta que los dos terminaron las primeras jarras y el comandante las volvió a llenar.

—Engendro de Luna —dijo Dujek después de limpiarse la boca y coger la jarra otra vez—. Si tenemos suerte, lo veremos otra vez, pero no hasta Coral, o incluso después. Así que Anomander Rake ha accedido a lanzar sus fuerzas, y las del Engendro, contra el Dominio Painita. ¿Razones? Desconocidas. Quizá solo le guste luchar.

Whiskeyjack frunció el ceño.

—En Pale me pareció que no combatía de muy buena gana, Dujek.

—Solo porque sus tiste andii estaban ocupados en otro sitio. Y menos mal o nos habrían aniquilado por completo.

—Puede que tengas razón. Parece que estamos reuniendo muchas fuerzas para enfrentarnos a un imperio mediocre habitado solo por fanáticos, Dujek. Ya sé que el Dominio nos olía mal desde el principio y que se está tramando algo. Con todo…

—Sí. —Después de un momento, Dujek se encogió de hombros—. Ya veremos lo que hay. ¿Has hablado con Torzal?

Whiskeyjack asintió.

—Él también cree que sus escuadrillas deberían seguir pasando desapercibidas, nada de aprovisionar nuestras fuerzas de camino si es posible. Tiene exploradores cerca de

la frontera con los painitas buscando un sitio estratégico para reunirnos, discreto pero lo bastante cerca como para atacar cuando llegue el momento.

—Bien. ¿Y nuestro ejército está listo para dejar Pale?

—Listo, como siempre. Pero queda la cuestión de las provisiones para el camino.

—Cubriremos eso cuando lleguen los emisarios de Darujhistan. Y ahora, Zorraplateada…

—Es difícil de decir, Dujek. Esa reunión de t'lan imass es preocupante, sobre todo cuando afirma que vamos a necesitar a esos guerreros no muertos cuando nos enfrentemos al Dominio Painita. Puño supremo, no sabemos lo suficiente sobre nuestro enemigo…

—Eso va a cambiar, ¿le has dado instrucciones a Ben el Rápido para que inicie los contactos con esa compañía de mercenarios de Capustan?

—Algo tiene pensado. Ya veremos si pican.

—Volviendo a lo de Zorraplateada, Whiskeyjack. Velajada era una aliada sólida, una amiga…

—Está ahí, en esa niña rhivi. Paran y ella han… hablado. —Se calló un momento y después suspiró con los ojos clavados en la jarra que tenía en las manos—. Todavía quedan cosas por revelar, así que tendremos que esperar y ver.

—Una criatura que devora así a su progenitora…

—Sí, pero también, ¿cuándo han mostrado los t'lan imass una sola mota de compasión? Son no muertos, carecen de alma y, hay que afrontarlo, ya fueran aliados en su momento o no, ponen los pelos de punta, maldita sea. Estaban a las órdenes del emperador y de nadie más. Luchar a su lado en Siete Ciudades no fue una experiencia demasiado grata, los dos lo sabemos, Dujek.

—La conveniencia siempre va de la mano de la incomodidad —murmuró el puño supremo—. Y ahora han vuelto, solo que esta vez están a las órdenes de una niña…

Whiskeyjack lanzó un gruñido.

—Una observación curiosa, pero sé a qué te refieres. Kellanveld fue… comedido con los t'lan imass, si no contamos el desastre de Aren. Mientras que una niña nacida de unas almas destrozadas en la senda de Tellann y que adquiere semejante poder…

—¿Y cuántos niños has conocido tú que sean capaces de mostrar cierto autodominio? La sabiduría de Velajada tiene que salir a la luz, y pronto.

—Haremos todo lo que podamos, Dujek.

El anciano suspiró y después asintió.

—¿Y qué te parecen nuestros recién hallados aliados?

—La partida de la Guardia Carmesí es un duro golpe —dijo Whiskeyjack—. Ocupan su lugar una colección dispar de mercenarios y parásitos dudosos, lo que significa un descenso de la calidad. Los Irregulares de Mott son lo mejor que tenemos, pero eso no es decir mucho. Los rhivi y los barghastianos son bastante sólidos, como bien sabemos los dos y los tiste andii no tienen igual. Con todo, Brood nos necesita. Con urgencia.

—Quizá más de lo que nosotros lo necesitamos a él y sus fuerzas, sí —dijo Dujek—. Es decir, en una guerra normal.

—Rake y Engendro de Luna son las verdaderas tabas en la manga de Brood. Puño supremo, si los t'lan imass se unen a nuestra causa, no veo ninguna fuerza en este continente, ni en ningún otro, que pueda igualarnos. Dios sabe que podríamos anexionarnos la mitad del continente…

—¿Eso crees? —Dujek esbozó una sonrisa amarga—. No lo digas en voz alta, amigo mío, guárdatelo en lo más hondo para que nunca vea la luz del día. Estamos a punto de

ponernos en marcha y cruzar las espadas con un tirano, lo que ocurra después es una conversación que tendrá que esperar a otro momento. Ahora mismo, los dos damos vueltas alrededor de un pozo mortal…

—Sí, así es. Kallor.

—Kallor.

—Intentará matar a la niña —dijo Whiskeyjack.

—No lo hará —contestó Dujek—. Si lo intenta, Brood irá a por él. —El manco se inclinó hacia delante con la jarra de cerveza y Whiskeyjack la volvió a llenar. El puño supremo se acomodó de nuevo y estudió al comandante.

—Caladan Brood sí que es la verdadera taba en la manga de esta historia, amigo mío. He leído sobre sus tiempos en Laederon y las historias de los nathilog. Por el aliento del Embozado, es mejor no irritarlo, a Brood le da igual que seas amigo o enemigo cuando se desata su ira. Al menos con Anomander Rake es un poder frío y tenso. No tanto con el caudillo. Ese martillo que tiene… se dice que es lo único que puede despertar a Ascua. Si lo golpea contra el suelo con la fuerza suficiente, la diosa puede abrir los ojos. Y está claro que si Brood no tuviera la fuerza suficiente, no llevaría el martillo.

Whiskeyjack caviló un momento antes de hablar.

—Esperemos que Brood siga siendo el protector de la niña.

—Kallor se empeñará en influir sobre el caudillo —aseveró Dujek— con argumentos más que con la espada. Es muy posible que busque también el apoyo de Rake…

El comandante miró al puño supremo.

—Kallor te ha hecho una visita.

—Sí, y es un cabrón muy persuasivo. Incluso hasta el punto de disimular su enemistad hacia ti; hace siglos que nadie lo golpea, o eso dijo. También dijo que se lo merecía.

—Qué generoso por su parte —dijo Whiskeyjack arrastrando las palabras. *Cuando le conviene por cuestiones políticas*—. No voy a quedarme de brazos cruzados mientras se mata a una niña —añadió el comandante con voz fría—. Me da igual el poder o el potencial que haya en su interior.

Dujek levantó la cabeza.

—¿Hasta el punto de desafiar mis órdenes si las diera?

—Hace mucho tiempo que nos conocemos, Dujek.

—Así es. Testarudo.

—Cuando importa.

Los dos hombres se quedaron callados un rato, después el puño supremo apartó la mirada y suspiró.

—Debería degradarte a sargento ahora mismo.

Whiskeyjack se echó a reír.

—Sírveme otra —gruñó Dujek—. Tenemos a un emisario de Darujhistan de camino y quiero estar tan alegre como corresponde cuando llegue.

—¿Y si Kallor tiene razón?

La mhybe entrecerró los ojos.

—Entonces, caudillo, será mejor que le des permiso para que acabe conmigo cuando mate a mi hija.

La frente amplia y plana de Caladan Brood se arrugó cuando la miró con el ceño fruncido desde su altura.

—Te recuerdo, ¿sabes? Entre las tribus, cuando librábamos la campaña del norte. Joven, fiera, hermosa. Verte, ver lo que esa niña te ha hecho, me duele, mujer.

—Mi dolor es mayor, te lo aseguro, caudillo, y sin embargo he decidido aceptarlo.

—Tu hija te está matando, ¿por qué?

La mhybe miró a Korlat. La expresión de la tiste andii era angustiada. El aire del interior de la tienda era abrasador y

las corrientes que fluían entre los tres, húmedas e hinchadas. Después de un momento la anciana volvió a mirar a Caladan Brood.

—Zorraplateada pertenece a Tellann, a los t'lan imass, caudillo. Ellos no tienen fuerza vital que darle. Son familia, pero no pueden ofrecerle sustento porque son no muertos, mientras que su nueva hija es de carne y hueso. Velajada también está muerta. Como lo estaba Escalofrío. El parentesco es más importante de lo que podrías pensar. Las vidas vinculadas por la sangre son la red que nos empuja a todos y cada uno. Conforma eso por lo que trepa una vida, desde que naces hasta que te conviertes en niño y de niño pasas a adulto. Sin esas fuerzas vitales, te marchitas y mueres. Estar solo es estar enfermo, caudillo, no únicamente en el plano espiritual sino también en el físico. Soy la red de mi hija y en eso estoy sola…

Brood sacudía la cabeza.

—Tu explicación no responde a su… impaciencia, mhybe. Afirma que tomará el mando de los t'lan imass. Afirma que estos han oído su llamada. ¿No significa eso a su vez que los ejércitos no muertos ya la han aceptado?

—Caudillo —dijo entonces Korlat—, ¿crees que Zorraplateada intenta acelerar su propio crecimiento para confirmar su autoridad cuando se enfrente a los t'lan imass? Los ejércitos de no muertos rechazarán a quien los llama si es una niña, ¿es eso lo que crees?

—Estoy buscando la razón para lo que le está haciendo a su madre, Korlat —dijo Brood con expresión dolorida.

—Bien podrías tener razón, caudillo —dijo la mhybe—. Un cuerpo de carne y hueso solo puede albergar una cantidad limitada de poder, el límite siempre es finito. Seres como tú y Anomander Rake (y tú también, Korlat) poseéis los siglos de vida necesarios para contener lo que comandáis.

Zorraplateada no, o más bien, sus recuerdos le dictan que los tiene, pero su cuerpo de niña niega esos recuerdos. Así pues, la aguarda un poder inmenso y para dominarlo por completo debe ser una mujer adulta y aun así…

—La ascendencia nace de la experiencia —dijo Korlat—. Una noción interesante, mhybe.

—Y la experiencia… lo atempera todo —asintió la mujer rhivi.

—Ese es pues el temor de Kallor —dijo con tono profundo Brood, que se levantó de la silla con un suspiro inquieto—. El poder que nada ha templado.

—Es posible —dijo Korlat en voz baja— que la causa de la impaciencia de la niña sea el propio Kallor: intenta hacerse mujer para mitigar los miedos de ese hombre.

—Dudo mucho que él perciba la ironía —murmuró el caudillo—. ¿Mitigar, dices? Si lo piensas bien, es más probable que sepa que tendrá que defenderse de él antes o después.

—Hay un secreto que planea entre ellos —murmuró Korlat.

Se produjo un silencio. Todos sabían que la tiste andii estaba en lo cierto y eso los inquietaba. Una de las almas que habitaban en Zorraplateada ya se había cruzado antes con Kallor. Velajada, Bellurdan o Escalofrío.

Después de un rato, Brood se aclaró la garganta.

—Experiencias vitales… la niña las posee, ¿no es cierto, mhybe? Los tres magos malazanos…

La mhybe sonrió con cansancio.

—Un thelomenio, dos mujeres y yo. Un padre y tres madres reticentes de la misma niña. La presencia del padre parece tan leve que he empezado a sospechar que existe solo como un recuerdo de Escalofrío. En cuanto a las dos

mujeres, estoy intentando descubrir quiénes eran, y lo que he averiguado hasta ahora sobre Velajada me consuela.

—¿Y Escalofrío? —preguntó Korlat.

—¿No la mató Rake aquí, en Pale? —interpuso Brood.

—No, Escalofrío fue víctima de una emboscada, de una traición, a manos del mago supremo Tayschrenn —respondió la tiste andii—. Nos han informado —añadió con tono seco— de que después Tayschrenn huyó y regresó junto a la emperatriz. —Korlat miró entonces a la mhybe otra vez—. ¿Qué has descubierto sobre ella?

—He visto destellos de oscuridad en Zorraplateada —respondió la mujer rhivi de mala gana— que yo atribuiría a Escalofrío. Una cólera hirviente, un ansia de venganza, es posible que contra Tayschrenn. En algún momento, quizá pronto, habrá un choque entre Velajada y Escalofrío, la que salga victoriosa será la que domine la naturaleza de mi hija.

Brood se quedó callado unos segundos antes de volver a hablar.

—¿Qué podemos hacer para ayudar a esa tal Velajada?

—Los malazanos están intentando hacer eso mismo, caudillo. Es mucho lo que depende de sus esfuerzos. Debemos tener fe en ellos. En Whiskeyjack y en el capitán Paran, el hombre que una vez fue el amante de Velajada.

—He hablado con Whiskeyjack —dijo Korlat—. Su integridad es inquebrantable, caudillo. Es un hombre de honor.

—Has puesto el corazón en esas palabras —comentó Brood.

Korlat se encogió de hombros.

—Menos motivos para dudar de mí, entonces, Caladan. No suelo ser imprudente en tales asuntos.

El caudillo lanzó un gruñido.

—No me atrevo a dar otro paso en esa dirección —dijo con ironía—. Mhybe, abraza con fuerza a tu hija. Si empezaras a ver que se alza el espíritu de Escalofrío y que se impone al de Velajada, infórmame de inmediato.

Y si eso ocurriera, decírtelo a ti significaría la muerte de mi hija.

—No he tomado una decisión —continuó Brood con sus ojos penetrantes clavados en ella— sobre ese asunto. Más bien, tal acontecimiento bien podría llevarme a apoyar de forma más directa a los malazanos en sus esfuerzos en nombre de Velajada.

La mhybe alzó las cejas.

—Exactamente, ¿cómo, caudillo?

—Ten fe en mí —dijo Brood.

La mujer rhivi suspiró y después asintió.

—Muy bien, te mantendré informado.

Se retiró la solapa de la tienda y entró Hurlochel, el portaestandartes de Brood.

—Caudillo —dijo—, el contingente de Darujhistan se acerca al campamento.

—Vamos a recibirlos, entonces.

Desde que había llegado, el cochero encapuchado parecía haberse quedado dormido. Las enormes y ornamentadas puertas dobles del carromato se abrieron desde dentro y salió un pie calzado con una zapatilla de color azul regente. Dispuestos en forma de media luna ante el carruaje y su recua de seis caballos engalanados de joyas se encontraban los representantes de los dos ejércitos aliados: Dujek, Whiskeyjack, Torzal y el capitán Paran a la izquierda y Caladan Brood, Kallor, Zorraplateada y la mhybe a la derecha.

Los acontecimientos de la noche anterior habían dejado exhausta a la matrona rhivi y su encuentro con Brood había añadido más capas de cansancio, tener que contener tanto ante las arduas preguntas del caudillo había sido difícil, pero le parecía que necesario. El encuentro de su hija con Paran había sido mucho más tenso e incierto de lo que la mhybe le había sugerido a Brood. Y las horas transcurridas desde entonces tampoco habían hecho disminuir la incomodidad de la situación. Peor aún, la reunión quizá hubiera desencadenado algo en el interior de Zorraplateada, la niña había extraído mucho sustento de la mhybe desde entonces, había despojado año tras año de la ya débil vida de su madre. *¿Es Velajada la que está detrás de la febril demanda que hace la niña de mi espíritu vital? ¿O es Escalofrío? Esto no tardará en terminar. Ansío la liberación del abrazo del Embozado. Zorraplateada ya tiene aliados. Harán lo que haga falta, estoy segura de ello. Por favor, espíritus de los rhivi, dadme esa seguridad. Sé que mi tiempo ha pasado, pero aquellos que me rodean siguen exigiéndome cosas. No, no puedo continuar*…

La zapatilla fue buscando el suelo con cierto remilgo y vaciló hasta que lo tocó. La siguieron una pantorrilla, una rodilla y un muslo bastante regordetes. El hombre bajo y redondo que salió lucía sedas de todos los colores que provocaban un efecto discordante. Llevaba un reluciente pañuelo carmesí aferrado en la mano gordinflona que se alzaba para secarse una frente resplandeciente. Con los dos pies al fin en el suelo, el daru soltó un estridente suspiro.

—¡Por el abrasador corazón de Ascua, qué calor hace!

Caladan Brood se adelantó.

—Bienvenido, representante de la ciudad de Darujhistan, a los ejércitos de liberación. Soy Caladan Brood y este es Dujek Unbrazo…

El hombre bajo y redondo parpadeó con expresión miope, se volvió a secar la frente y después esbozó una sonrisa radiante.

—¿Representante de la ciudad de Darujhistan? ¡Desde luego! ¡Nadie mejor, dice Kruppe, aunque sea un humilde ciudadano, un plebeyo curioso que llega a posar una mirada amable en esta trascendental ocasión! Kruppe se siente muy honrado por esta formal, no, respetuosa bienvenida. ¿Qué inmensas muestras de respeto, se pregunta Kruppe, exhibiréis, oh, formidables guerreros, cuando recibáis a los representantes del concejo de Darujhistan? Es decir, a los oficiales. ¡La inminente escalada hace que el corazón de Kruppe corretee por su pecho de anticipación! Mirad, ahí al sur, ¡el carruaje de los concejales ya se acerca!

El graznido de un gran cuervo se derramó por el silencio que cayó tras el pronunciamiento del hombre.

A pesar de la tensión y el agotamiento que la embargaba, la mhybe sonrió. *Ah, sí, claro, conozco a este hombre*. Después se adelantó, incapaz de resistirse.

—He estado en tus sueños, señor.

Los ojos de Kruppe se clavaron en ella y se abrieron mucho, alarmados. Después se secó la frente.

—Querida, si bien todo es posible…

Arpía graznó por segunda vez.

—Era más joven entonces —añadió la mhybe—. Y estaba encinta. Tú estabas en compañía de un invocahuesos… y un dios ancestral.

El reconocimiento iluminó el rostro redondo y colorado de Kruppe, seguido a toda prisa por la consternación. Por una vez parecía no saber qué decir. Su mirada sostuvo la de la mujer durante un momento más y después se posó en la niña que tenía al lado. La mujer observó que entrecerraba los ojos. *Percibe cómo son las cosas entre nosotras. Al*

instante. ¿Cómo? ¿Y cómo sé que estoy en lo cierto? ¿Cuán profundo es este vínculo?

Caladan Brood se aclaró la garganta.

—Bienvenido, ciudadano Kruppe. Somos conscientes de los acontecimientos que rodearon el nacimiento de la niña, Zorraplateada. Tú, entonces, eres el mortal implicado. La identidad de ese dios ancestral, sin embargo, sigue siendo desconocida. ¿Cuál fue? La respuesta a esa pregunta bien puede determinar nuestra… relación con esta niña.

Kruppe parpadeó y miró al caudillo. Después se dio unos golpecitos con un pañuelo de seda en la carne blanda de la papada.

—Kruppe entiende. Desde luego que entiende. Una tensión repentina impregna esta prestigiosa reunión, ¿sí? El dios en cuestión. Sí, *hmm*. Ambivalencia, incertidumbre, todo ello anatema para Kruppe de Darujhistan… Es posible, claro que, quizá no lo sea. —Miró por encima del hombro al carruaje de la delegación oficial que se acercaba y volvió a secarse la frente—. Las respuestas rápidas bien pueden confundir; incluso dar una impresión totalmente errónea. Oh, vaya, ¿qué se ha de hacer?

—¡Maldito seas! —El grito lo dio el cochero del otro carruaje cuando llegó el ornamentado vehículo—. ¡Kruppe! En el nombre del Embozado, ¿qué estás haciendo tú aquí?

El hombre vestido de sedas giró en redondo e intentó hacer una reverencia arrolladora que, a pesar de su escaso éxito, consiguió al menos parecer elegante.

—Mi querido amigo Murillio. ¿Has ascendido en el mundo con esta nueva profesión o quizá solo te has desviado un poco? Kruppe no era consciente de tus obvios talentos en el arte de guiar mulas…

El cochero frunció el ceño.

—Al parecer, la reata de caballos elegida por el concejo se desvaneció de forma inexplicable momentos antes de nuestra partida. Unos caballos que se parecen mucho a los que tú, al parecer, has adquirido, si me permites añadir.

—Una coincidencia extraordinaria, amigo Murillio.

Se abrieron las puertas del carruaje y salió un hombre de hombros amplios y medio calvo. Su rostro de rasgos contundentes estaba oscurecido por la rabia cuando se dirigió a Kruppe.

El ciudadano pequeño y redondo abrió los brazos y dio un paso atrás sin querer.

—Mi querido amigo y compañero de toda una vida. Bienvenido, concejal Coll. ¿Y quién es el que se acerca detrás? ¡Vaya, nada menos que el concejal Estraysian D'Arle! ¡De tal modo se reúnen así los auténticos y vitales representantes de la bella Darujhistan!

—Excluyéndote a ti, Kruppe —gruñó Coll, que seguía avanzando sobre el hombre que en ese momento daba marcha atrás rumbo a su propio carruaje.

—¡Dices mal, amigo Coll! Estoy aquí como representante de maese Baruk…

Coll se detuvo y cruzó los fornidos brazos.

—¿Ah, sí? ¿Así que el alquimista te envió para que hablaras en su nombre?

—Bueno, no con esas palabras, por supuesto. Baruk y yo disfrutamos de una amistad tan íntima que las palabras son con frecuencia innecesarias…

—Ya es suficiente, Kruppe. —Coll se volvió hacia Caladan Brood—. Acepta mis más sinceras disculpas, caudillo. Soy Coll y este caballero que está a mi lado es Estraysian D'Arle. Estamos aquí en nombre del concejo gobernante de Darujhistan. La presencia de este… de este tal Kruppe… no

es voluntad nuestra y desde luego tampoco es bienvenida. Si me perdonas un momento, lo despediré al instante.

—Vaya, el caso es que al parecer lo necesitamos —respondió Brood—. Te aseguro que te lo explicaré. Pero por ahora quizá deberíamos dirigirnos a mi tienda de mando.

Coll giró en redondo y miró furioso a Kruppe.

—¿Qué escandalosas mentiras has estado contando ahora?

El gordinflón lo miró, ofendido.

—¡Kruppe y la verdad son compañeros de toda la vida, amigo Coll! En realidad una bendición desposada, ayer mismo celebramos nuestro cuarenta aniversario, la señora de la veracidad y yo. Kruppe es sin lugar a dudas necesario, ¡en todo, en todo momento y en todo lugar! Es una obligación que Kruppe debe aceptar, por muy humilde que…

Con un gruñido profundo Coll levantó una mano para darle una colleja al tipo.

Estraysian D’Arle se adelantó y le puso una mano a Coll en el hombro.

—Tranquilízate —murmuró el concejal—. Creo que es obvio para todos que Kruppe no habla por nadie más que por Kruppe. No somos responsables de él. Si en verdad resulta ser útil, la tarea de impresionarnos recae sobre él y nadie más.

—¡Y habré de impresionaros! —exclamó Kruppe, que de repente esbozaba de nuevo una sonrisa radiante.

Arpía aterrizó y se puso a dar saltos hacia Kruppe.

—¡Tú, señor, deberías haber sido un gran cuervo!

—¡Y tú un perro! —le gritó él.

Arpía se detuvo, titubeó un momento con las alas medio extendidas y después ladeó la cabeza.

—¿Un perro? —susurró.

—¡Solo para poder rascarte detrás de las orejas, querida!

—¿Rascarme? ¡Rascarme!

—Muy bien, un perro no. ¿Un loro?

—¡Un loro!

—Perfecto.

—¡Ya basta! —rugió Brood—. ¡Todos vosotros, seguidme! —Se giró en redondo y se encaminó a zancadas al campamento tiste andii.

A Whiskeyjack solo le hizo falta una mirada de la mhybe para echarse a reír. Dujek se unió a él un momento después y tras él todos los demás.

Zorraplateada le apretó la mano a su madre.

—Kruppe ya ha revelado su valor —dijo en voz baja—, ¿no te parece?

—Sí, niña, así es. Ven, será mejor que vayamos a darle alcance al caudillo.

En cuanto estuvieron todos dentro de la tienda de mando y comenzaron a quitarse capas y armas, Paran se acercó al concejal Coll.

—Es un placer verte otra vez —dijo el capitán— aunque —añadió en voz baja— vestías la armadura de soldado con más soltura que esas túnicas.

Coll hizo una mueca.

—Tienes mucha razón. Sabes, a veces recuerdo esa noche que acampamos en las colinas Gadrobi con algo parecido a la nostalgia. Por aquel entonces solo éramos nosotros mismos. —Miró a los ojos de Paran y un destello de preocupación cruzó los suyos ante lo que vio. Los dos hombres se estrecharon la mano—. Tiempos más sencillos…

—Un brindis improbable —dijo una voz y los dos se volvieron, Whiskeyjack se reunió con ellos con una jarra de

barro en la mano—. Hay jarras ahí detrás, concejal, en lo que se hace pasar por mesa. Brood no tiene lo que podríamos llamar criados así que me he elegido a mí mismo para tan digna tarea.

Paran acercó tres jarras y frunció el ceño al ver la mesa.

—Esto es el fondo de una carreta, todavía se ve la paja.

—Lo que también explica que este sitio huela como un establo —añadió el comandante mientras llenaba las jarras de cerveza gredfaliana—. La mesa de mapas de Brood desapareció anoche.

Coll levantó una ceja.

—¿Alguien ha robado una mesa?

—No alguien —respondió Whiskeyjack mirando a Paran—. Tus Abrasapuentes, capitán. Me apuesto una columna a que han sido ellos.

—¿Pero para qué, en el nombre del Embozado?

—Eso es algo que tendrás que averiguar tú. Por fortuna, la única queja del caudillo fue por las molestias.

Se alzó entonces la voz profunda de Caladan Brood.

—Si todos y cada uno encontráis dónde sentaros, podemos ponernos a trabajar en los suministros y el material.

Kruppe fue el primero en hundir su cuerpo en una silla, en la cabecera de la mesa improvisada. Sostenía una jarra y un puñado de pastelitos rhivi.

—¡Qué entorno más rústico! —suspiró con el rostro redondo arrebolado de placer—. Y pastas tradicionales de las llanuras para halagar el paladar. Y es más, esta cerveza es la más deliciosa y fresca…

—Cállate ya, maldito seas —gruñó Coll—. ¿Y qué estás haciendo en esa silla?

—Bueno, estoy sentado, amigo Coll. Nuestro mutuo amigo, el alquimista…

—Te desollaría vivo si supiera que estás aquí y que afirmas representarlo.

Kruppe alzó las cejas y estuvo a punto de atragantarse con un bocado de un pastelito, al toser esparció migas por todas partes. Se tomó la cerveza precipitadamente y después eructó.

—Por el abismo, que idea más desagradable. Y totalmente errónea, puede asegurarle Kruppe a todo el mundo. Baruk tiene un gran interés en que esta prestigiosa reunión de personas legendarias se desarrolle sin la menor complicación. El éxito de la empresa inminente es lo que más le preocupa y se compromete a hacer todo lo que esté dentro de sus formidables habilidades, y dentro de las más humildes de su siervo Kruppe.

—¿Tiene tu amo alguna sugerencia concreta? —preguntó Brood.

—Innumerables sugerencias de naturaleza concreta, mi señor caudillo. Tantas que, cuando se combinan, ¡solo se pueden ver o entender en los términos más generales! —Después bajó el tono—. Las generalizaciones vagas o aparentemente vacuas son prueba del exhaustivo brío de maese Baruk, ha de señalar, cual sabio, Kruppe. —Y le dedicó a todo el mundo una amplia sonrisa llena de migas—. Pero, por favor, comencemos ya, no vaya a ser que esta reunión se alargue y nos veamos en la obligación de pedir que nos traigan una suculenta cena, repleta del más seco de los vinos para estimular la garganta, y tal selección de dulces que deje a Kruppe gimiendo del mayor placer.

—Los dioses nos libren —murmuró Coll.

Estraysian D’Arle se aclaró la garganta.

—Nos enfrentamos solo a dificultades menores a la hora de mantener una ruta de suministros para aprovisionar los ejércitos combinados del caudillo y Dujek Unbrazo. La más

urgente de las cuales se centra en el puente destruido que hay al oeste de Darujhistan. No hay más que unos cuantos vados practicables en el río Catlin y la destrucción de ese puente de piedra por parte del tirano jaghut ha provocado considerables dificultades.

—Ah —interpuso Kruppe, que levantó un dedo gordezuelo—, ¿pero acaso no son los puentes más que medios para pasar de un lado de un río a otro? ¿No asume eso ciertos requisitos previos con respecto a los proyectos de movimiento que contemplan los líderes de los ejércitos? A Kruppe no le queda más que preguntarse… —Estiró el brazo para coger otro pastelito.

—Como a todos —dijo con voz cansina D'Arle después de un momento.

Dujek clavó los ojos entrecerrados en Kruppe y se aclaró la garganta.

—Bueno, por mucho que odie admitirlo, algo de razón tiene. —Posó los ojos entonces en Estraysian—. El río Catlin solo supone un problema si queremos emplear las rutas del sur. Y solo querríamos utilizar esas rutas si los ejércitos pretendieran cruzar al principio de la marcha.

Los dos concejales fruncieron el ceño.

—Nuestra intención —explicó Brood— es permanecer al norte del río y marchar directamente hacia Capustan. Nuestra ruta nos llevará por el norte de Saltoan… muy al norte. Para después proceder hacia el sureste.

—Describes una ruta directa a Capustan, señor, para tus fuerzas —dijo Coll—. Tal ruta, sin embargo, nos supondrá mayores esfuerzos a la hora de mantener el aprovisionamiento. No podremos hacer las entregas a través del río. Una recua terrestre de tal magnitud pondrá a prueba de una forma excesiva nuestras capacidades.

—Hay que entender —añadió Estraysian D'Arle— que el concejo tiene que contar con iniciativas privadas para satisfacer vuestras necesidades de suministros.

—¡Qué delicadeza! —exclamó Kruppe—. El problema, camaradas marciales, es el siguiente. El concejo de Darujhistan consiste en varias casas nobles y prácticamente todas y cada una poseen intereses en iniciativas mercantiles. Aun sin tener en cuenta la realidad, que puede resultar confusa, de los inmensos préstamos que les hace el concejo a vuestros ejércitos y con los que a su vez vosotros le adquiriréis suministros al concejo, la naturaleza particular de la redistribución de dicha riqueza es primordial para algunos miembros concretos del concejo. Las disputas, los tratos clandestinos y las intrigas… ¡bueno! ¡No resultaría nada sencillo imaginarse semejante enmarañada pesadilla de pesos, medidas, tramas y redes, se atrevería a decir Kruppe! Las instrucciones entregadas a estos dos dignos representantes son sin duda manifiestas, por no mencionar una auténtica madeja de órdenes contradictorias. Los concejales que tenéis ante vosotros se ven, así pues, constreñidos por un nudo que ni siquiera los dioses podrían desenredar. Recae sobre Kruppe, humilde pero digno ciudadano de la bella Darujhistan, la tarea de proponer su solución, que es también la de maese Baruk.

Coll se inclinó hacia delante y se frotó los ojos.

—Vamos a oírla entonces, Kruppe.

—Se requiere, por supuesto, un gerente de los dichos suministros, un gerente imparcial y de una competencia exquisita. Alguien que no esté en el concejo y, por tanto, no sufra ninguna de las presiones internas que tanto afligen a sus honorables miembros. Hábil también en asuntos mercantiles. Una gran capacidad de organización. En suma, un ser superior…

El puño de Coll cayó con un golpe seco sobre la mesa y sobresaltó a todos. Se volvió hacia Kruppe.

—Si te imaginas en semejante papel, tú, mediocre traficante de objetos robados que solo trata con rateros mediocres y simples ladrones de tiendas…

Pero el redondo hombrecito levantó las manos y se echó hacia atrás.

—¡Mi querido amigo Coll! ¡Me halagas con tal oferta! Sin embargo, el pobre Kruppe está demasiado ocupado con sus mediocres asuntos como para abordar tamaña empresa. No, tras estrechas consultas con su leal y sabio sirviente Kruppe, maese Baruk propone un agente muy distinto.

—¿Qué es todo esto? —siseó Coll con tono peligroso—. ¡Baruk ni siquiera sabe que estás aquí!

—Una insignificante interrupción de la comunicación, nada más. ¡El deseo del alquimista estaba claro para Kruppe, se lo puede asegurar a todos y cada uno! Si bien Kruppe bien podría, y con cierta justificación, reclamar todo el crédito de la inminente propuesta, por los dioses que debe inclinarse ante la virtud de la veracidad y reconocer por tanto la contribución menor (pero vital) de maese Baruk. Bueno, si ayer mismo cavilaba sobre los peculiares talentos del agente en cuestión y si eso no fue una insinuación de sus deseos, ¿qué, querido Coll, podría haber sido?

—Anda, continúa —dijo, con un rechinar de dientes, Estraysian D’Arle.

—Para Kruppe será un placer continuar, amigo concejal, y por cierto, ¿cómo se encuentra tu hija, Cáliz? ¿Se ha desposado al fin con ese héroe de la fiesta? Kruppe lamenta mucho haberse perdido lo que sin duda fue un evento suntuoso…

—Que todavía tiene que ocurrir —le soltó de repente D’Arle—. Mi hija está bien, señor. Pero la paciencia que

tengo contigo empieza a menguar, Kruppe.

—Cielos, yo solo puedo soñar con alguna mengua de mi persona. Muy bien, el agente en cuestión no es otro que la recién llegada iniciativa mercantil conocida con el nombre de Asociación Comercial de Trygalle. —Kruppe esbozó una sonrisa radiante, se apoyó en el respaldo de la silla y entrelazó los dedos sobre el vientre.

Brood se volvió hacia Coll.

—Una iniciativa de la que nunca he oído hablar…

El concejal frunció el ceño.

—Como Kruppe ha dicho, acaba de llegar a Darujhistan. Del sur, de Elingarth, según creo. No los hemos usado más que una vez, una entrega especialmente delicada de fondos a Dujek Unbrazo. —Miró a Estraysian D’Arle. Este se encogió de hombros y después habló.

—No han hecho ninguna puja para conseguir los contratos para suministrar a los ejércitos combinados. En realidad no han enviado ningún representante a las reuniones, ese único uso que ha mencionado Coll fue una subcontrata, según creo. —Le lanzó una mirada ceñuda a Kruppe—. Dada su obvia falta de interés, ¿por qué ibas a creer tú, o más bien maese Baruk, que esa tal Asociación Comercial de Trygalle está dispuesta a participar, y mucho menos a actuar como intermediaria?

Kruppe se sirvió otra jarra de cerveza, tomó un sorbo y después chasqueó los labios agradecido.

—La Asociación Comercial de Trygalle nunca puja, ya que todas las demás empresas ofrecerían precios mucho más bajos que ellos sin ni siquiera intentarlo. En otras palabras, no son baratos. Para ser más exactos, por sus servicios suelen exigir un auténtico dineral. Pero una cosa de la que podéis estar seguros es que hará exactamente lo que exige

el contrato, aunque la logística sea… lo que podríamos llamar… de pesadilla.

—Has invertido en ellos, ¿verdad, Kruppe? —La expresión de Coll se había oscurecido—. Para que luego hablen de consejos imparciales, y Baruk no tiene absolutamente nada que ver con que estés aquí. Actúas en nombre de esa Asociación de Mercaderes de Trygalle, ¿no es cierto?

—¡Kruppe te asegura que el conflicto de intereses es solo una cuestión de apariencias, amigo Coll! La verdad es, para ser más exactos, una convergencia. ¡Las necesidades son evidentes en este lugar y también el medio de responder a ellas! ¡Qué feliz coincidencia! Bueno, a Kruppe le gustaría disfrutar de alguno más de esos deliciosos pastelillos rhivi mientras vosotros discutís los méritos de la dicha propuesta y sin duda llegáis a la conclusión inevitable y más propicia.

Arpía podía oler la hechicería en el aire. *Y aquí no pinta nada. No, no es tiste andii, ni espíritus rhivi que hayan despertado tampoco*… Dibujó un círculo sobre el campamento y lo sondeó con todos sus sentidos. La tarde había caído hasta convertirse en anochecer, y luego en noche, y la reunión que se celebraba en el interior de la tienda de mando de Caladan Brood continuaba alargándose sin fin. El gran cuervo se aburrió pronto de las interminables discusiones sobre rutas de caravanas y cuántas toneladas de esto y de aquello se requerían a la semana para mantener a dos ejércitos alimentados y contentos durante la marcha. De acuerdo, esa repugnante criatura de Kruppe era bastante divertida, del mismo modo que una rata obesa que intenta cruzar un puente de cuerdas se hace merecedora de un par de graznidos o tres. Bajo aquella afectación grotesca y grasienta se ocultaba una mente muy perspicaz, Arpía lo

sabía bien, y la habilidad del tipo para ganarse un asiento en la cabecera de la mesa y confundir a los agitados concejales de Darujhistan era, sin lugar a dudas, un despliegue bastante entretenido de talento… hasta que Arpía había percibido las primeras oleadas de magia en algún lugar del campamento.

Ahí, esa tienda grande que hay justo debajo… la conozco. Es el lugar donde los rhivi amortajan a los tiste andii muertos. Ladeó las alas y bajó en picado dibujando una espiral.

Aterrizó a unos metros de la entrada. La solapa estaba cerrada y bien atada, pero las correas de cuero y sus nudos no eran un gran obstáculo para el afilado pico de Arpía. En unos momentos estaba dentro, avanzando a silenciosos saltitos e invisible bajo la enorme mesa, una mesa que reconoció con una risita queda, entre unos cuantos catres plegados, en medio de la oscuridad.

Cuatro figuras se inclinaban sobre la mesa, cuatro figuras que susurraban y murmuraban. El estrépito apagado de unas cartas de madera resonó por todo el cuerpo de Arpía y el cuervo ladeó la cabeza.

—Ahí está otra vez —dijo una mujer de voz áspera—. ¿Estás seguro de que has barajado estos malditos cacharros, Eje?

—Pero quieres… por supuesto que sí, cabo. Deja de preguntarme lo mismo. Mira, ya son cuatro veces y cada una con una presentación diferente de los campos, es muy sencillo. Domina el Obelisco, el dolmen del tiempo es el núcleo. Está activo, tan claro como el día, la primera vez en décadas…

—Podría ser todavía ese sesgo inapropiado —interpuso otra voz—. No tienes la buena mano que tenía Violín, Eje…

—Ya está bien, Seto —soltó la cabo—. Eje ha hecho lecturas suficientes como para saber lo que hace, confía en mí.

—No acabas de…

—Cállate.

—Además —murmuró Eje—, ya os lo he dicho. La carta nueva tiene una influencia fija, es la cola que lo une todo y una vez que lo ves, todo tiene sentido.

—La cola, has dicho —caviló la cuarta y última voz, también de mujer—. ¿Crees que está vinculada a un nuevo ascendiente?

—Y yo qué sé, Mezcla —suspiró Eje—. He dicho una influencia fija, pero no he dicho que supiera la orientación de esa influencia. No lo sé y no porque no sea lo bastante bueno. Es como si no hubiera… despertado todavía. Una presencia pasiva, de momento. Nada más que eso. Cuando se despierte… bueno, las cosas deberían calentarse un poquito, diría yo.

—Bueno —dijo la cabo—, ¿y qué estamos viendo aquí, mago?

—Lo mismo que antes. A la derecha del Obelisco, el soldado de la Gran Casa de Muerte. El Mago de Sombra está aquí (también por primera vez), se está cociendo un gran engaño, diría yo. El Capitán de la Gran Casa de Luz alberga cierta esperanza, pero lo ensombrece el Heraldo del Embozado, aunque no de forma directa, hay cierta distancia, creo. El Asesino de la Gran Casa de Sombra parece haber adquirido un nuevo rostro, estoy empezando a vislumbrarlo… Puñeta, esa cara me resulta conocida.

El que se llamaba Seto soltó un gruñido.

—Deberíamos meter a Ben el Rápido en esto…

—¡Eso es! —siseó Eje—. La cara del Asesino, ¡es Kalam!

—¡Cabrón! —gruñó Seto—. Ya me parecía a mí, Violín y él largándose así como se fueron; ya sabéis lo que eso significa, me imagino…

—Podemos suponerlo —dijo la cabo, que no parecía muy contenta—. Pero lo otro está claro, ¿no, Eje?

—Sí. Siete Ciudades está a punto de alzarse. Muchos ya lo han hecho. La diosa del Torbellino… El Embozado debe de estar sonriendo en estos momentos. Sonriendo con una expresión feroz.

—Yo tengo unas cuantas preguntas para Ben el Rápido —murmuró Seto—. Unas cuantas.

—Deberías preguntarle también por la carta nueva —dijo Eje—. Si no le importa ponerse a gatas, que le eche un vistazo.

—Sí…

¿Una carta nueva en la baraja de los Dragones? Arpía levantó la cabeza un poco más y pensó con furia. Las cartas nuevas eran problemáticas, sobre todo las que tenían poder. La Casa de Sombra era prueba suficiente… Los ojos del cuervo, uno al tiempo que levantaba más la cabeza y después el otro, se centraron poco a poco, su mente regresó de su reino abstracto y se concentró al fin en la parte inferior de la mesa.

Y encontraron un par de ojos humanos cuya pintura resplandecía como si estuviera viva, un par de ojos que se habían clavado en ella.

La mhybe salió de la tienda, agotada y aturdida. Zorraplateada se había quedado dormida en la silla durante uno de los farragosos relatos de Kruppe, que describía otra peculiaridad más de las reglas contractuales de la

Asociación Comercial de Trygalle, y la mhybe había decidido dejar a la niña tranquila.

Lo cierto era que ansiaba disponer de un poco de tiempo lejos de su hija. Alrededor de Zorraplateada iba aumentando la presión, una necesidad incesante que, momento a momento, iba llevándose algo más del espíritu vital de la mhybe. Por supuesto que ese exiguo intento de escapar no tenía sentido. La exigencia no conocía límites y ninguna distancia concebible podía lograr cambio alguno. Su huida de la tienda, de la presencia de su hija, no tenía más que un significado simbólico.

Sus huesos eran una percha de dolores apagados e incesantes, un flujo y reflujo de punzadas de las que solo se podía evadir durante algún tiempo con el más profundo de los sueños, la clase de sueño que había empezado a eludirla.

Paran salió de la tienda y se acercó a ella.

—Me gustaría preguntarte algo, mhybe, y después te dejaré en paz.

Oh, pobre hombre, han hecho estragos contigo. ¿Qué querrías que te contestara?

—¿Qué deseas saber, capitán?

Paran se quedó mirando el campamento dormido.

—Si alguien quisiera ocultar una mesa…

La mujer parpadeó y sonrió.

—La encontrarás en la tienda de las mortajas, nadie la frecuenta mucho en estos momentos. Ven, te llevaré allí.

—Con que me indiques será suficiente…

—Pasear alivia los dolores, capitán. Por aquí. —La mhybe se abrió camino entre la primera de las filas de tiendas—. Has despertado a Velajada —observó después de unos momentos—. Como personalidad dominante para mi hija, creo que me complace la novedad.

—Me alegro, mhybe.

—¿Cómo era la hechicera, capitán?

—Generosa… quizás incluso en exceso. Una maga del cuadro muy respetada y, desde luego, muy querida.

Oh, señor, albergas tanto en tu interior, encadenado y en la oscuridad. La objetividad es un defecto, no una virtud, ¿es que no te das cuenta de eso?

—Es muy posible que desde tu perspectiva de rhivi —continuó el capitán— las fuerzas malazanas de este continente te parezcan una especie de monstruo imparable e incansable que devora ciudad tras ciudad. Pero nunca ha sido así. Mal equipados, con frecuencia superados en número, en territorios que siempre les resultaban desconocidos, según todos los indicios, a la hueste de Unbrazo se los estaban comiendo a trozos. La llegada de Brood, los tiste andii y la Guardia Carmesí detuvo la campaña en seco. Los magos del cuadro eran muchas veces lo único que se interponía entre la hueste y la aniquilación.

—Pero tenían a los moranthianos…

—Sí, aunque no son tan fiables como se podría pensar. No obstante, sus municiones alquímicas han cambiado la naturaleza de la guerra, por no hablar de la movilidad de sus quorls. La hueste ha terminado por depender de ambas cosas.

—Ah, veo el ligero fulgor de unos faroles que sale de la tienda de amortajamiento, ahí, justo delante. Se han corrido rumores de que no todo iba bien con los moranthianos…

Paran le lanzó una mirada y luego se encogió de hombros.

—Se ha abierto un cisma, fruto de la sucesión de derrotas sufridas por sus fuerzas de élite, las legiones doradas. En este momento tenemos a las legiones negras de nuestro lado y ninguna otra, aunque las azules continúan dirigiéndose por mar a Siete Ciudades.

Los sorprendió la aparición de un gran cuervo que salió bamboleándose por la solapa de la tienda de las mortajas. La criatura se tambaleaba como si estuviera borracha y cayó de cara a menos de dos metros de la mhybe y el malazano. Arpía levantó la cabeza de golpe y clavó un ojo en Paran.

—¡Tú! —siseó, después extendió las inmensas alas y salió disparada por el aire. Unos aleteos pesados y salvajes la levantaron en medio de la oscuridad. Un momento después había desaparecido.

La mhybe miró al capitán. El hombre había fruncido el ceño.

—Arpía nunca mostró señal alguna de temerte —murmuró.

Paran se encogió de hombros.

Sonaron unas voces en la tienda de las mortajas y un momento después empezaron a salir unas figuras, la primera llevaba un farol.

—Hasta aquí hemos llegado —gruñó el capitán.

La mujer del farol se estremeció y después hizo un saludo seco con la mano equivocada.

—Señor, acabamos de hacer un descubrimiento… en esta tienda, señor. La mesa sustraída ha sido encontrada.

—No me digas —dijo Paran arrastrando las palabras—. Bien hecho, cabo. Tú y tus compañeros habéis demostrado una diligencia admirable.

—Gracias, señor.

El capitán se acercó a la tienda.

—¿Está dentro, has dicho?

—Sí, señor.

—Bueno, el decoro militar insiste en que se la devolvamos al caudillo de inmediato, ¿no estás de acuerdo, Rapiña?

—Desde luego, señor.

Paran hizo una pausa y observó a los soldados.

—Tú, Seto, Eje, Mezcla. Cuatro en total. Confío en que podáis arreglároslas.

La cabo Rapiña parpadeó.

—¿Señor?

—Para llevar la mesa, por supuesto.

—Bueno, si me permitís sugerir que busquemos unos cuantos soldados más…

—Creo que no. Partimos por la mañana y quiero a la compañía bien descansada así que es mejor no molestar a los que duermen. A vosotros cuatro no debería llevaros más de una hora, creo yo, lo que luego os dará unos momentos libres para preparar vuestros equipos. Bien, será mejor que no os entretengáis, cabo, ¿no?

—Sí, señor. —Rapiña se volvió con aire lúgubre hacia sus soldados—. No os quedéis de manos cruzadas, tenemos trabajo que hacer. Eje, ¿tienes algún problema?

El hombre en cuestión se había quedado mirando a Paran con la boca abierta.

—¿Eje?

—Idiota —musitó el mago.

—¡Soldado!

—¿Cómo pude no darme cuenta? Es él. Claro como el agua…

Rapiña se acercó y le dio una colleja al mago.

—¡Despierta, maldito seas!

Eje se la quedó mirando y después frunció el ceño.

—No me vuelvas a pegar o lo lamentarás hasta el fin de tus días.

La cabo se mantuvo firme.

—La próxima vez que te pegue, soldado, no te vas a levantar. Cualquier otra amenaza de tus labios será la última, ¿hablo claro?

El mago se sacudió y sus ojos se perdieron una vez más en la figura de Paran.

—Todo va a cambiar —susurró—. No puede ser aún. Tengo que pensar. Ben el Rápido…

—¡Eje!

El mago hizo una mueca y después asintió mirando a su cabo.

—Recoger la mesa, sí. Vamos a ponernos a ello, ahora mismo. Venga, Seto. Mezcla.

La mhybe observó a los cuatro soldados que volvían a entrar en la tienda de las mortajas y después se volvió hacia Paran.

—¿Qué ha sido todo eso, capitán?

—No tengo ni idea —respondió Paran con tono sereno.

—Esa mesa necesita más de cuatro pares de manos.

—Me imagino.

—Pero no quieres proporcionárselos.

El capitán la miró.

—Por el Embozado, no. En primer lugar, porque fueron ellos los que robaron el maldito trasto.

Quedaba solo una campanada antes de la salida del sol. Tras dejar a Rapiña y su desventurada tropa con la tarea encomendada y tras despedirse también de la mhybe, Paran se dirigió al campamento de los Abrasapuentes situado en el borde suroeste del campamento principal de Brood. Un puñado de soldados permanecían de guardia en los piquetes y le dedicaron un saludo confuso al capitán cuando pasó.

Le sorprendió encontrar a Whiskeyjack cerca de la hoguera central, el comandante estaba muy ocupado ensillando un alto castrado castaño.

Paran se acercó.

—¿Ya ha concluido la reunión, señor? —preguntó.

La mirada del comandante fue irónica.

—Estoy empezando a sospechar que no va a terminar jamás si Kruppe se sale con la suya.

—Esa Asociación Comercial suya no ha caído bien, entonces.

—Al contrario, cuenta con todo nuestro respaldo, aunque es cierto que le van a costar al concejo un dineral. Pero ahora tenemos garantizadas las líneas de suministro por tierra. Justo lo que requeríamos.

—¿Por qué continúa entonces la reunión, señor?

—Bueno, parece que hay algunos enviados que habrán de unirse a nuestro ejército.

—No será Kruppe…

—Así es, el ilustre Kruppe. Y Coll… Sospecho que está deseando quitarse esas túnicas tan bonitas y volver a ponerse una armadura.

—Sí, no me extrañaría.

Whiskeyjack apretó las cinchas una vez más y después miró a Paran. Parecía a punto de decir algo, después dudó y optó por decir otra cosa.

—Los moranthianos negros te llevarán a ti y a los Abrasapuentes a los pies de la cordillera Barghastiana.

El capitán abrió mucho los ojos.

—Ese es todo un viaje. ¿Y una vez allí?

—Una vez allí, Trote se separa de tu mando. Debe iniciar los contactos con los barghastianos Caras Blancas por cualquier medio que considere conveniente. Tú y tu compañía debéis proporcionarle escolta, pero no te involucrarás de ningún otro modo en las negociaciones. Necesitamos al clan de las Caras Blancas, al clan entero.

—¿Y Trote será el que lleve las negociaciones? Que Beru nos proteja.

—Es muy capaz de sorprenderte, capitán.

—Ya veo. Suponiendo que consiga triunfar, ¿debemos entonces continuar hacia el sur?

Whiskeyjack asintió.

—En socorro de Capustan, sí. —El comandante apoyó una bota en el estribo y, con una mueca, se subió a la silla. Después recogió las riendas y miró al capitán desde el caballo—. ¿Alguna pregunta?

Paran miró a su alrededor, estudió el campamento dormido y después sacudió la cabeza.

—Te desearía la suerte de Oponn…

—No, gracias, señor.

Whiskeyjack asintió.

El castrado se encogió de repente bajo el comandante y se echó hacia un lado con un relincho de terror. Una ráfaga de viento golpeó el campamento y arrancó las tiendas pequeñas de sus amarras poco profundas. Se oyeron voces que se alzaban alarmadas. Paran se quedó mirando al cielo y vio una inmensa forma negra que se abalanzaba sobre el campamento tiste andii. Un aura leve dibujó la silueta de un gran dragón ante los ojos de Paran, una silueta de color blanco plateado que parpadeaba. El estómago de Paran estalló en una llamarada de dolor, intensa pero, por fortuna, breve, que lo dejó temblando.

—Por el aliento del Embozado —maldijo Whiskeyjack mientras luchaba por calmar a su caballo y miraba a su alrededor—. ¿Qué ha sido eso?

No lo vio como lo vi yo, no corre por sus venas la sangre que lo permite.

—Ha llegado Anomander Rake, señor. Desciende entre sus tiste andii. —Paran estudió el caos que había sido el campamento dormido de los Abrasapuentes y después suspiró—. Bueno, es un poco temprano, pero es tan buen

momento como cualquier otro. —Avanzó un poco y alzó la voz—. ¡Todo el mundo arriba! ¡Levantad el campamento! Sargento Azogue, despierta a los cocineros, ¿quieres?

—¡Eh, sí, señor! ¿Qué nos ha despertado?

—Una ráfaga de viento, sargento. Y ahora, muévete.

—¡Sí, señor!

—Capitán.

Paran se volvió hacia Whiskeyjack.

—¿Señor?

—Creo que vas a estar muy ocupado durante las siguientes campanadas. Yo regreso a la tienda de Brood, ¿quieres que te envíe a Zorraplateada para que puedas despedirte?

El capitán vaciló y después sacudió la cabeza.

—No, gracias, señor. —*La distancia ya no supone una barrera para nosotros; hay un vínculo privado y personal, demasiado tenso para poder desvelárselo a nadie. Su presencia en mis pensamientos ya es tortura suficiente*—. Que tengas un buen viaje, comandante.

Whiskeyjack lo estudió un momento más y después asintió. Le dio la vuelta al caballo y lo azuzó para poner al castrado al trote.

Los tiste andii se habían reunido en un círculo silencioso alrededor del claro central y aguardaban la llegada de su señor.

El dragón negro de crines plateadas surgió de la oscuridad del cielo como un trozo de noche que se hubiera desprendido y bajó flotando hasta posarse con un suave crujido de garras en el suelo pedregoso de la llanura. La enorme y terrible bestia se desdibujó al aterrizar con una corriente cálida de aire cargado de especias que giró en

todas direcciones, al tiempo que el aire perfilaba la forma del dragón por dentro. Un momento después, el hijo de la Oscuridad se alzaba, envuelto en una capa y enmarcado por los rastros abiertos que habían dejado las garras delanteras del dragón, sus ojos, con un ligero epicanto, resplandecían con un color bronce apagado mientras examinaban los suyos.

La mhybe observó con atención cuando Korlat se adelantó a saludar a su señor. No había visto a Anomander Rake más que una vez con anterioridad, justo al sur del bosque de Perronegro y entonces solo de lejos, mientras el hijo de la Oscuridad hablaba con Caladan Brood. Recordaba a Engendro de Luna llenando el firmamento sobre la llanura de Rhivi. En aquel entonces Rake estaba a punto de ascender a la fortaleza flotante. Habían llegado a un pacto con los magos de Pale y la ciudad estaba a punto de sufrir el asedio de la hueste de Unbrazo. En aquella ocasión se había alzado como se alzaba en aquel momento: alto, implacable, una espada de la que emanaba puro terror colgándole por toda la espalda, con el cabello largo y plateado meciéndose bajo la brisa.

Un ligero giro de la cabeza fue el único saludo al acercarse Korlat.

A la derecha de ambos aparecieron Caladan Brood, Kallor, Dujek y los demás.

La tensión se erizó en el aire, pero era una tensión que la mhybe recordaba que también había estado presente en aquel último encuentro, años antes. Anomander Rake era un ascendiente tan diferente de Caladan Brood que ambos parecían los extremos opuestos del inmenso espectro del poder. Rake era una atmósfera, una presencia entrelazada de terror que desbocaba el corazón y de la que nadie podía hacer caso omiso y mucho menos escapar. Violencia,

antigüedad, una emoción sombría y el horror más oscuro, el hijo de la Oscuridad era un remolino gélido en la corriente de la inmortalidad y la mhybe podía sentir, arrastrándose por debajo de su piel, a todos los espíritus rhivi que habían despertado desesperados.

La espada, pero es algo más que la espada. Dragnipur *en manos de la justicia más fría, fría e inhumana. Anomander Rake, el único entre nosotros cuya presencia provoca una chispa de miedo en los ojos de Kallor… el único… salvo, al parecer, por Zorraplateada, por mi hija. ¿Qué podría temer Kallor más, si no es una alianza entre el hijo de la Oscuridad y Zorraplateada?*

Todas las trazas de agotamiento desaparecieron al pensarlo y la mhybe se adelantó.

La voz de Kallor bramó entonces.

—¡Anomander Rake! Busco aquí tu visión más clara, busco la justicia de tu espada, no permitas que nadie influya en ti con sentimientos, ¡y eso incluye a Korlat, que ahora quisiera susurrar palabras urgentes en tus oídos!

El hijo de la Oscuridad se volvió poco a poco con una sola ceja alzada y miró al rey supremo.

—¿Qué otra cosa, Kallor —dijo en voz baja y serena—, evita que te ensarte el negro corazón con mi espada… si no es algún sentimiento?

Con la luz del amanecer colándose al fin por el cielo, el rostro delgado y marchito del antiguo guerrero adoptó un tono más pálido todavía.

—Hablo de una niña —objetó sin alzar la voz—. No cabe duda de que percibes su poder, la más vil de las flores…

—¿Poder? En este lugar abunda, Kallor. Este campamento se ha convertido en un imán de poder. Tienes buenas razones para tener miedo. —Su mirada se giró y se posó en la mhybe, que se había detenido a unos pasos de él.

Los pasos de la mujer cesaron. La atención de Rake era una presión fiera, poder y amenaza a la vez, suficiente para hacer a la mujer jadear sin ruido, con los miembros debilitados.

—Las fuerzas de la naturaleza, madre —dijo Rake—, son indiferentes a la justicia, ¿no estás de acuerdo?

Le costó un mundo responder.

—Lo estoy, señor de Engendro de Luna.

—Así pues recae sobre nosotros, seres inteligentes, por indignos que seamos, la tarea de imponer los límites morales.

Los ojos de la mujer destellaron.

—¿Es eso cierto?

—Es ella la que ha parido la abominación, Rake —dijo Kallor, que se había acercado con la expresión crispada de rabia y miraba furioso a la mhybe—. Su visión está mancillada. Algo comprensible, cierto es, pero ni siquiera eso la exculpa.

—Kallor —murmuró el hijo de la Oscuridad sin dejar de mirar a la mhybe—, ¿de veras quieres correr el riesgo de acercarte más?

El rey supremo se detuvo.

—Parecería —continuó Rake— que se esperaba mi llegada con el deseo colectivo de que arbitre en lo que es obviamente una situación delicada…

—Las apariencias engañan —dijo Caladan Brood desde el exterior de la tienda de mando; la mhybe vio entonces que Zorraplateada estaba al lado del caudillo—. Decide lo que quieras, Rake, pero no pienso consentir que se desenvaine a *Dragnipur* en mi campamento.

Hubo un silencio tan explosivo como pocos que hubiera sentido la mujer rhivi. *Por el abismo, esto podría salir muy, pero que muy mal*… La mhybe miró a los de Malaz. Dujek

había adoptado su máscara inexpresiva de soldado, pero la postura tensa revelaba la alarma que sentía. El portaestandartes Artanthos estaba un paso por detrás y un poco a la derecha de Unbrazo y se había envuelto en una capa impermeable de marinero que le ocultaba las manos. Los ojos del joven resplandecían. *¿Es poder lo que irradia ese hombre como un torbellino? No, estoy confundida, ya no veo nada*…

Anomander Rake se giró poco a poco y miró al caudillo.

—Ya veo que se han trazado los límites —dijo en voz baja —. ¿Korlat?

—Tomo partido por Caladan Brood en esto, mi señor.

Rake miró a Kallor.

—Al parecer estás solo.

—Siempre fue así.

Oh, una respuesta mordaz, esa.

La expresión de Anomander Rake se tensó por un instante.

—No me resulta desconocida esa posición, rey supremo.

Kallor se limitó a asentir.

Resonaron entonces los cascos de unos caballos y los tiste andii que se alineaban en el lado sureste del círculo se separaron. Whiskeyjack entró a caballo en el claro y frenó su montura hasta ponerla al paso y después la detuvo con una postura perfecta, erguida sobre las cuatro patas. No estaba claro lo que había oído el comandante pero, no obstante, actuó. Desmontó, se acercó a Zorraplateada y se detuvo justo delante de ella. Su espada se deslizó con suavidad de la vaina. Whiskeyjack miró a Rake, Kallor y los demás en el centro del claro y después plantó la espada en el suelo delante de él.

Caladan Brood se colocó junto al malazano.

—Con lo que podrías enfrentarte, Whiskeyjack, sería mejor si…

—Me quedo aquí —gruñó el comandante.

La hechicería fluyó de Anomander Rake, una oleada de un color granuloso que rodó con lentitud por todo el claro, atravesó a Whiskeyjack sin esfuerzo y después se tragó a Zorraplateada en un abrazo opaco y arremolinado.

La mhybe gritó y se lanzó hacia delante, pero la mano de Korlat se cerró sobre su brazo.

—No temas —le dijo—, no pretende más que entenderla, entender lo que es…

La hechicería se deshilachó de repente, arrojada en fragmentos destrozados que volaron en todas direcciones. La mhybe siseó. Sabía lo suficiente sobre su hija para ver, cuando reapareció, que estaba furiosa. El poder, crispado como maromas tensas, se alzaba a su alrededor, en nudos y racimos implacables.

Oh, espíritus del inframundo, veo a Escalofrío y Velajada a la vez... una cólera compartida. ¡Y, por el abismo, otro! Una voluntad imperturbable, una inteligencia que tarda en encolerizarse… tan parecido a Brood… ¿quién? ¿Es acaso…? Oh, ¿es Bellurdan? ¡Dioses! Estamos a punto de despedazarnos. Por favor…

—Bueno —dijo Rake arrastrando las palabras—, jamás me habían dado manotazo igual. Impresionante, aunque de una impertinencia peligrosa. ¿Qué es, entonces, lo que esta niña no desea que yo descubra? —Estiró la mano por encima del hombro izquierdo para coger la empuñadura de cuero de *Dragnipur*.

Brood musitó una maldición salvaje y destrabó su martillo.

Whiskeyjack cambió de postura y levantó su filo.

Dioses, no, no puede ser…

—Rake —dijo Kallor con voz ronca—. ¿Me quieres a tu izquierda o a tu derecha?

Los postes de unas tiendas se soltaron de repente y sobresaltaron a todo el mundo. Un gañido estridente escapó de la tienda de mando seguido por una figura voladora inmensa y torpe, que salió como un rayo por la entrada de la tienda. Entre cabriolas, girando como loca en el aire, la enorme mesa de madera, que la mhybe había visto por última vez saliendo de la tienda de las mortajas, se alzaba sobre el claro y de una pata colgaba Kruppe, del que salían despedidos pastelitos varios. El gordito volvió a gañir mientras pateaba el aire con los pies embutidos en sus lujosas zapatillas.

—¡Aah! ¡Socorro! ¡Kruppe odia volar!

Cuando los abrasapuentes terminaron de reunir su equipo, los centinelas apostados al este gritaron la noticia de que se había avistado a los moranthianos negros y que en ese momento se acercaban en sus quorls alados. El capitán Paran, acosado por una inquietud creciente, se paseó entre los soldados reunidos.

A un lado, una agotada Rapiña estaba sentada observándolo, la expresión de la cabo era una extraña mezcla de consternación y admiración, así que fue la única que lo vio dar otro paso más y después desvanecerse sin dejar rastro.

La cabo se levantó de un salto.

—¡Oh, por los huevos del Embozado! ¡Eje! ¡Vete a buscar a Ben el Rápido!

A unas cuantos metros de ella, el mago de la camisa de pelo levantó la cabeza.

—¿Por qué?

—Alguien acaba de llevarse a Paran, ¡encuentra a Ben el Rápido, maldito seas!

La visión de los afanosos soldados se desvaneció ante los ojos del capitán y tras un velo borroso que se separó a toda prisa Paran se encontró delante de Anomander Rake y Kallor, ambos con las armas desenvainadas, y tras ellos la mhybe y Korlat con un círculo de tiste andii alerta justo detrás.

Un sinfín de ojos se clavaron en él, se dispararon por encima de su hombro derecho y después volvieron a bajar. No se movió nadie y Paran se dio cuenta que no era el único que estaba conmocionado.

—¡Socorro!

El capitán giró en redondo al oír el quejumbroso grito y después levantó la cabeza. Una enorme mesa de madera giraba en silencio en el aire y la forma redonda de Kruppe, envuelta en sedas sueltas, colgaba debajo. En la parte inferior de la mesa, pintada en colores brillantes que en ese momento resplandecían, había la imagen de un hombre. La imagen parpadeaba delante de Paran y pasó unos momentos hasta que reconoció la cara de la figura. *Soy yo*…

El dolor lo atravesó, una oleada negra que se lo tragó entero.

La mhybe vio que el joven capitán se doblaba y caía de rodillas, como si intentara contener una agonía abrumadora.

La mujer miró de repente a su hija y vio unas espirales enroscadas de poder que salían serpenteando de Zorraplateada, rodeaban y pasaban junto a las formas inmóviles de Brood y Whiskeyjack y después subían para tocar la mesa.

Las cuatro patas se partieron. Con un chillido, Kruppe se precipitó al suelo y aterrizó agitando brazos, piernas y sedas entre una multitud de tiste andii. Hubo gritos y gruñidos de dolor y sorpresa. Una vez estabilizada la mesa, la parte inferior quedó delante de Rake y Kallor y la imagen de Paran chispeó repleta de hechicería. Varios jirones se extendieron y vistieron al capitán encorvado y arrodillado con unas cadenas de plata reluciente.

—Bueno —dijo una voz algo falta de aliento al lado de la mhybe—, esa es la carta más grande que he visto jamás.

La mujer apartó la mirada y clavó los ojos muy abiertos en la figura morena y delgada que tenía a su lado.

—Ben el Rápido…

El abrasapuentes se adelantó entonces con las manos levantadas.

—¡Por favor, disculpad todos la interrupción! Si bien parece que muchos de los presentes deseáis un enfrentamiento, espero que me permitáis sugerir que muestra cierta ausencia de… bueno, inteligencia el… inducir a la violencia en estos momentos, cuando está claro que la trascendencia de todo lo que parece estar ocurriendo no se ha determinado todavía. Los riesgos de una acción precipitada en estos instantes… En fin, confío en que comprendáis lo que quiero decir.

Anomander Rake se quedó mirando al mago un momento y después, con una leve sonrisa, envainó la espada.

—Cautas palabras, pero también sabias. ¿Y quién eres, señor?

—Solo un soldado, hijo de la Oscuridad, que ha venido a buscar a su capitán.

En ese momento Kruppe salió de entre los murmullos de la, sin duda, magullada multitud que había frenado su caída. Se limpió el polvo de las sedas y avanzó sin, al parecer, ser

muy consciente, hasta detenerse justo entre el arrodillado Paran y Anomander Rake. Después levantó la vista y parpadeó como un búho.

—¡Qué conclusión más indecorosa a la colación que siempre toma Kruppe después del desayuno! ¿Ya se ha disuelto la reunión?

El capitán Paran era insensible al poder que lo invadía. En su mente estaba cayendo y no podía parar. Después se golpeó con fuerza contra unas losas toscas en las que resonó el estruendo de su armadura. El dolor desapareció y él levantó la cabeza con un jadeo y un temblor incontrolable.

Bajo la luz tenue de los faroles reflejados, vio que estaba tirado en un pasillo estrecho de techo bajo. Dos puertas pesadas dividían el extraño muro desigual que tenía a la derecha; a la izquierda, enfrente de las puertas, había una entrada muy amplia con unos huecos incrustados en las paredes de los lados. Por todas partes la piedra parecía tosca, sin adornos, como la corteza de los árboles. Una puerta más pesada de capas de bronce (negra y llena de agujeros) esperaba al otro extremo, a unos siete metros de distancia. Dos bultos informes yacían en el umbral interior.

¿Dónde? ¿Qué?

Paran se irguió y usó una pared para apoyarse. Las formas que había a los pies de la puerta de bronce atrajeron una vez más su atención. Se acercó tambaleándose.

Un hombre, envuelto en las ropas muy ceñidas de un asesino, el rostro estrecho y bien afeitado, mostraba una expresión serena, las trenzas largas y negras seguían brillando por el aceite. A su lado había una anticuada ballesta.

Junto a él yacía una mujer con el manto estirado y retorcido, como si el hombre la hubiera arrastrado por el umbral. Una herida muy fea le brillaba todavía húmeda en la frente y, a juzgar por las manchas de sangre en las losas, también había sufrido otras heridas.

Son los dos daru… espera, ya he visto antes a este hombre. En la fiesta de Simtal… ¡y a la mujer! La señora de la Guilda…

Rallick Nom y Vorcan, ambos se habían desvanecido la noche de la funesta fiesta. *Entonces estoy en Darujhistan. Tengo que estarlo*.

Recordó entonces las palabras de Zorraplateada, palabras que resonaron con un nuevo sentido. Paran frunció el ceño. *La mesa… la carta con mi imagen pintada. Jen'isand Rul, el Neutral recién llegado a la baraja de los Dragones… poderes desconocidos. He caminado en el interior de una espada. Al parecer ahora puedo caminar… por donde sea*.

Y este sitio, este sitio… Estoy en la Casa del Finnest. ¡Dioses, estoy en la Casa de Azath!

Oyó un ruido, un movimiento de algo que se arrastraba y se acercaba a las dos puertas de enfrente y se dio la vuelta poco a poco mientras echaba mano de la espada que llevaba sujeta a la cadera.

Las puertas de madera se abrieron de par en par.

Paran dio un paso atrás con un siseo y se le escapó la hoja de la vaina.

El jaghut que tenía delante casi carecía de carne, tenía las costillas partidas y sobresalientes, las tiras de piel desollada y los músculos le colgaban en espantosas cintas de los brazos. El rostro demacrado y destrozado se crispó cuando enseñó los colmillos.

—Bienvenido —dijo con voz profunda—. Soy Raest. Guardián, prisionero, condenado. El Azath te envía saludos,

los que puede enviar una piedra sudorosa, claro. Ya veo que, al contrario que los que duermen en el umbral, tú no necesitas puertas. Así sea. —Se abalanzó un paso más y después ladeó la cabeza—. Ah, en verdad no estás aquí, solo tu espíritu.

—Si tú lo dices. —Recordó entonces la última noche de la fiesta. La debacle en el jardín de la finca. Recuerdos de hechicerías, explosiones y el inesperado viaje de Paran al reino de las Sombras, los mastines y Cotillion. *Un viaje muy parecido a este*… Estudió al jaghut que tenía delante. *Que el Embozado me lleve, esta criatura es el tirano jaghut, el que liberaron Lorn y el t'lan imass, o, más bien, lo que queda de él*—. ¿Por qué estoy aquí?

La sonrisa se ensanchó.

—Sígueme.

Raest entró en el pasillo y giró a la derecha arrastrando los pies desnudos y clavándolos como si los huesos que había debajo de la piel estuvieran todos rotos. Seis metros más allá, el pasillo terminaba en una puerta a la izquierda y otra justo delante. El jaghut abrió la de la izquierda y reveló una cámara circular que había detrás y que rodeaba una escalera de caracol de madera de raíces. No había luz, pero Paran se dio cuenta de que veía bastante bien.

Bajaron, los escalones que pisaban eran como ramas aplastadas que sobresalían del tronco central. El aire se calentó y se fue humedeciendo y endulzando con el olor del humus.

—Raest —dijo Paran mientras seguían descendiendo—, el asesino y la señora de la Guilda… has dicho que estaban dormidos. ¿Cuánto tiempo llevan ahí tirados?

—No mido los días dentro de la Casa, mortal. El Azath me llevó. A partir de entonces, unos cuantos forasteros han intentado entrar, han sondeado con hechicerías y de hecho

han paseado por el patio, pero la Casa les ha negado la entrada a todos. Los dos del umbral estaban ahí cuando desperté y no se han movido desde entonces. Se deduce, entonces, que la Casa ya ha elegido.

Como la Casa de Muerte hizo con Kellanveld y Danzante.

—Todo eso está muy bien, ¿pero no puedes despertarlos?

—No lo he intentado.

—¿Por qué no?

El jaghut hizo una pausa, se giró y miró al capitán.

—No ha habido necesidad.

—¿Son también guardianes? —preguntó Paran al reanudar el descenso.

—No de forma directa. Conmigo es suficiente, mortal. Sirvientes involuntarios, quizá. Tus sirvientes.

—¿Míos? No necesito sirvientes, no quiero sirvientes. Es más, me da igual lo que el Azath espere de mí. La Casa se equivoca conmigo, Raest, y se lo puedes decir por mí. Dile que se busque otro… otro lo que sea que se supone que soy.

—Eres el señor de la Baraja. Ese tipo de cosas no se pueden deshacer.

—¿Que soy qué? Por el aliento del Embozado, será mejor que el Azath encuentre una forma de deshacer esa elección, jaghut —gruñó Paran.

—No se puede deshacer, como ya te he dicho. Se necesita un señor y aquí estás.

—Es que yo no quiero.

—Derramo un río de lágrimas por tu apurada situación, mortal. Ah, ya hemos llegado.

Se encontraban en un rellano. A Paran le pareció que habían bajado seis, quizá siete niveles que se adentraban en las entrañas de la tierra. Las paredes de piedra habían desaparecido y habían dejado solo la penumbra, bajo ellos el suelo era una alfombra de raíces enroscadas.

—Yo no puedo seguir, señor de la Baraja —dijo Raest—. Adéntrate en la oscuridad.

—¿Y si me niego?

—Entonces te mato.

—Un cabrón implacable, ese tal Azath —murmuró Paran.

—Te mato no por el Azath, sino por el esfuerzo desperdiciado de este viaje. Mortal, no tienes sentido del humor.

—¿Y crees que tú sí? —le replicó el capitán.

—Si te niegas a seguir, entonces… nada. Es decir, aparte de irritarme a mí. El Azath es paciente. Con el tiempo harás el viaje, aunque el privilegio de mi escolta solo se da una vez y esa vez es esta.

—¿Lo que significa que no disfrutaré de tu alegre compañía la próxima vez? ¿Y cómo me las voy a arreglar?

—De una forma miserable, si hubiera justicia en este mundo.

Paran miró la oscuridad.

—¿Y la hay?

—¿Le preguntas eso a un jaghut? Bueno, ¿nos quedamos aquí para siempre?

—Está bien, está bien —suspiró el capitán—. ¿Eliges una dirección?

Raest se encogió de hombros.

—Para mí son todas iguales.

Paran sonrió a pesar de sí mismo y echó a andar. Después hizo una pausa y se giró un poco.

—Raest, has dicho que el Azath necesita un señor de la Baraja. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

El jaghut enseñó los colmillos.

—Ha comenzado una guerra.

Paran contuvo un escalofrío repentino.

—¿Una guerra? ¿Una guerra que implica a las Casas de Azath?

—Ninguna entidad podrá salvarse, mortal. Ni las Casas ni los dioses. Ni vosotros, humano, ni uno solo de tus insignificantes y efímeros compañeros.

Paran hizo una mueca.

—Ya tengo guerras suficientes con las que tengo, Raest.

—Todas son una y la misma.

—Prefiero no pensarlo.

—Entonces no lo pienses.

Después de un momento, Paran se percató de que no tenía sentido mirar furioso al jaghut. Se dio la vuelta y reanudó el viaje. Con el tercer paso su bota chocó con losa en lugar de con una raíz, y la oscuridad que lo rodeaba se disolvió y reveló una luz amarilla tenue, sin brillo, y una inmensa explanada. Los bordes, visibles a ochenta metros o más en todas direcciones, parecían perderse en la penumbra. De Raest y las escaleras de madera no quedaba ni rastro. La atención de Paran se vio atraída por las losas que tenía debajo.

Talladas en las superficies blanqueadas había cartas de la baraja de los Dragones. *No, algo más que la baraja de los Dragones, aquí hay cartas que no reconozco. Casas perdidas y un sinfín de Neutrales olvidados. Casas y…* El capitán se adelantó y se agachó para estudiar una imagen. Cuando se concentró, el mundo que lo rodeaba se desvaneció y sintió que se introducía en la escena tallada.

Sintió un viento gélido en la cara, el aire olía a cieno y pelo mojado. Sintió la tierra bajo sus botas, fría y blanda. A lo lejos graznaban los cuervos. La extraña choza que había visto en la talla se encontraba ante él, larga y encorvada, los enormes huesos y los largos colmillos que formaban el armazón eran visibles entre las brechas que se abrían en las

gruesas pieles ocres que lo revestían. *Casas… y fortalezas, los primeros esfuerzos que se hicieron para construir algo. Antaño la gente vivía en estas estructuras, era como vivir dentro del tórax de un dragón. Dioses, esos colmillos son enormes, fuera cual fuera la bestia de la que salieron, debía de ser gigantesca*…

Al parecer puedo viajar a voluntad. Dentro de todas y cada una de las cartas de todas las barajas que han existido.

Entre la oleada de asombro y emoción que sintió corría un trasfondo de terror. La baraja albergaba toda una serie de lugares desagradables.

¿Y este?

Una hoguera pequeña revestida de piedras ardía sin llama delante de la entrada de la choza. Envuelta en humo había una parrilla hecha de ramas de la que colgaban tiras de carne. El claro, como vio Paran en ese momento, estaba rodeado de cráneos gastados, sin duda de las bestias cuyos huesos formaban el armazón de la choza en sí. Los cráneos miraban hacia dentro y el capitán vio por los grandes y amarillentos molares que los animales eran herbívoros, no carnívoros.

Paran se acercó a la entrada de la tienda. Los cráneos de los carnívoros colgaban del marco de marfil de la puerta y lo obligaron a agacharse al entrar.

Abandonado a toda prisa, por lo que parece. Como si los habitantes acabaran de irse hace solo unos momentos… En el otro extremo vio dos tronos, achaparrados y robustos, hechos solo de huesos, en un estrado elevado de cráneos humanos manchados de ocre, *bueno, bastante parecidos a cráneos humanos, en cualquier caso. Más parecidos quizás a t'lan imass*…

El conocimiento floreció en su mente. Sabía el nombre de ese sitio, lo sabía en el fondo de su alma. *La fortaleza de las Bestias... mucho antes del primer trono... Este era el corazón del poder t'lan imass, su mundo espiritual cuando todavía eran seres de carne y hueso, cuando todavía poseían espíritus a los que adorar y reverenciar. Mucho antes de que iniciaran el ritual de Tellann... y llegaran a sobrevivir a su propio panteón*...

Un reino, por tanto, abandonado. Perdido para sus creadores. *¿Cuál entonces es la senda de Tellann que usan ahora los t'lan imass? Ah, esa senda debe de haber nacido del ritual en sí, una manifestación física de su voto de inmortalidad, quizá. Orientada, no a la vida, ni siquiera a la muerte. Orientada... al polvo*.

El capitán se quedó inmóvil un momento mientras luchaba por comprender aquellas capas de tragedia sin aparente profundidad que era la carga que soportaban los t'lan imass.

Oh, cielos, han sobrevivido a sus propios dioses. Existen en verdad en un mundo de polvo, recuerdos desatados, una existencia eterna... sin final a la vista. Lo invadió una oleada profunda de dolor que le rompió el corazón. *Beru nos libre... tan solos ahora. Tan solos durante tanto tiempo... sin embargo ahora se reúnen, acuden a la niña en busca de bendición... y algo más*...

Paran dio un paso atrás y se detuvo sobre las losas una vez más. Con un esfuerzo apartó la mirada de la tallada, la fortaleza de las Bestias, *(¿pero por qué hay dos tronos y no solo uno?)*, como sabía que se llamaba la carta. Otra piedra grabada a fuego, a una decena de metros a su izquierda, le llamó la atención. Un fulgor carmesí palpitaba y teñía el aire que tenía justo encima.

Paran se acercó y miró.

La imagen de una mujer dormida, vista desde arriba, dominaba la losa. Su carne parecía girar y dibujar un torbellino. Paran se agachó poco a poco y entrecerró los ojos. La piel de la mujer carecía de profundidad y revelaba más y más detalles a medida que el capitán se iba acercando a aquella visión. *Piel pero no es piel. Bosques, lechos de rocas, el lecho hirviente de los océanos, fisuras en la carne del mundo... ¡es Ascua! Es la diosa Dormida*.

Entonces vio el defecto, la falla, un verdugón oscuro que supuraba. A Paran lo invadió una oleada de náuseas pero no pudo apartar la vista. Allí, en el corazón de la herida, una figura encorvada, arrodillada, rota. Encadenada. Encadenada a la carne de Ascua. De la figura, por toda las cadenas, fluía el veneno que penetraba en la diosa Dormida.

La diosa percibió la enfermedad que llegaba y hundía sus garras en ella. Lo presintió... y prefirió dormir. Hace menos de dos mil años decidió dormir. Quiso huir de la prisión de su propia carne para combatir al que estaba matando esa misma carne. Ella, ¡oh dioses de los cielos y el inframundo! ¡Se convirtió ella misma en un arma! Todo su espíritu, todo su poder en una sola forja... un martillo, un martillo capaz de romper... de romper lo que sea. Y Ascua encontró entonces un hombre para empuñarlo...

Caladan Brood.

Pero romper las cadenas significaba liberar al dios Tullido. Y un dios Tullido desencadenado significaba permitir que se desatara la venganza, venganza suficiente para barrer la vida de la superficie del mundo. Pero a Ascua, la diosa Dormida, eso le era indiferente. Se limitaría a empezar otra vez.

Y entonces lo vio, comprendió la verdad, *¡pero él se niega! ¡El muy cabrón se niega! ¡Para enfrentarse a la voluntad desencadenada y letal del dios Tullido, la voluntad*

desencadenada que significaría la destrucción de todos nosotros, Caladan Brood la rechaza!

Paran se apartó con un grito ahogado, se levantó de golpe y dio unos pasos atrás tambaleándose, y una vez más se encontró al lado de Raest.

Los colmillos del jaghut resplandecían.

—¿El conocimiento te ha parecido un don o una maldición?

Una pregunta demasiado profética.

—Las dos cosas, Raest.

—¿Y cuál prefieres abrazar?

—No sé a qué te refieres.

—Lloras, mortal. ¿De alegría o de pena?

Paran hizo una mueca y se limpió la cara.

—Quiero irme, Raest —dijo con tono brusco—. Quiero volver…

Abrió los ojos con un parpadeo y se encontró de rodillas, delante, separado solo por cinco metros, de un divertido hijo de la Oscuridad. Paran presintió que no habían pasado más que momentos desde su repentina llegada, pero algo de la tensión que había percibido al llegar se había suavizado en el intervalo.

Una mano se había posado en su hombro, el capitán levantó la cabeza y encontró a Zorraplateada a su lado, con la mhybe rondando con aire incierto por detrás. El daru, Kruppe, permanecía cerca, ajustándose con cuidado la ropa de seda y tarareando casi sin ruido, mientras Ben el Rápido daba un paso hacia el capitán, aunque los ojos del mago seguían clavados en el caballero de la Oscuridad.

El capitán cerró los ojos. Le daba vueltas la cabeza. Se sentía desarraigado por todo lo que había descubierto,

empezando por mí mismo. Señor de la Baraja. El último recluta de una guerra de la que no sé nada. Y ahora… esto.

—¿Qué está pasando aquí, en el nombre del Embozado? —gruñó Paran.

—Hice uso del poder —respondió Zorraplateada con la mirada un poco salvaje.

Paran respiró hondo. *Poder, ah, sí, estoy empezando a conocer bien esa sensación. Jen'isand Rul. Cada uno hemos comenzado nuestro propio viaje, pero tú y yo, Zorraplateada, estamos destinados a llegar al mismo sitio. La segunda reunión. Me pregunto quién ascenderá a esos dos antiguos y olvidados tronos. ¿Adónde, querida niña, guiarás a los t'lan imass?*

—No había anticipado una reunión tan… tensa, Caladan —dijo Anomander Rake.

Paran giró la cabeza de repente y encontró al caudillo. Y el martillo que sostenía con tanta ligereza en los inmensos brazos. *Ahora ya sé quién eres, caudillo. No es que vaya a revelar tu oscuro secreto, ¿qué sentido tendría? La decisión es tuya y de nadie más. Mátanos a todos o a la diosa a la que sirves. Brood, no envidio la maldición que supone tu privilegio de elegir. Oh, no lo envidio en absoluto, pobre cabrón. Con todo, ¿cuál es el precio de un voto roto?*

El hijo de la Oscuridad continuó.

—Quiero presentar mis disculpas a todos y cada uno. Como este hombre —Rake señaló con un gesto a Ben el Rápido— ha observado sabiamente, actuar ahora, cuando sabemos tan poco de la naturaleza de los poderes que aquí se revelan, sería desde luego precipitarse.

—Puede que ya sea demasiado tarde —dijo Kallor con los ojos antiguos y sin brillo clavados en Zorraplateada—. La hechicería de la niña era Tellann y ha pasado mucho tiempo desde la última vez que la despertaron en tal medida. Ahora

todos corremos peligro. Un esfuerzo combinado, al que se dé comienzo de inmediato, quizá consiga acabar con esta criatura, es posible que nunca más contemos con una oportunidad parecida.

—¿Y si fracasáramos, Kallor? —preguntó Anomander Rake —. ¿Qué enemigo nos habremos ganado? Por el momento la niña solo se ha defendido, nada más. No es un ejemplo muy hostil, ¿verdad? Arriesgas demasiado en una única tirada, rey supremo.

—Al fin —bramó Caladan Brood mientras devolvía el temido martillo, que todo lo rompía, a su arnés— llega la noción de la estrategia. —La cólera seguía tiñéndole la voz, como si estuviera furioso por tener que establecer lo que para él había sido obvio en todo momento—. La neutralidad sigue siendo el rumbo más seguro que se abre ante nosotros, al menos hasta que se revele la naturaleza del poder de Zorraplateada. Ya tenemos suficientes enemigos tal y como están las cosas. Y ahora, se acabaron los dramas, si tenéis la bondad. Bienvenido, Rake. Sin duda posees información de la que hacernos partícipes sobre el estatus de Engendro de Luna, entre otros detalles importantes. —Después miró a Paran con una exasperación repentina—. ¡Capitán, no puedes intentar hacer algo estando sobre esa maldita mesa voladora!

Paran se estremeció al verse contemplado y se quedó mirando la mesa.

—Bueno —consiguió decir— no se me ocurre nada así de pronto, caudillo. Esto… no soy mago y…

Brood gruñó y se dio la vuelta.

—Da igual entonces. Lo consideraremos un adorno de mal gusto.

Ben el Rápido carraspeó entonces.

—Puede que yo pueda hacer algo, caudillo, con el tiempo…

Caladan miró a Dujek, que sonrió y asintió para darle permiso a Ben el Rápido.

—Ya veo que no es un simple soldado —dijo Anomander Rake.

El mago de Siete Ciudades se encogió de hombros.

—Me gustan los desafíos, señor. No hay garantías de que vaya a tener éxito alguno, claro está… No, no intentes sondearme, hijo de la Oscuridad. Tengo mi intimidad en gran aprecio.

—Como desees —dijo Rake mientras se daba la vuelta.

—¿Hay alguien más que tenga hambre?

Todos los ojos se posaron en Kruppe.

Con la atención de todos concentrada en otro lado, la mhybe se fue alejando del claro entre dos filas de tiendas puntiagudas de los tiste andii, después se giró e intentó correr. Los huesos y los músculos protestaron al tiempo que las venas le ardían de pánico y terror.

Se fue cojeando, medio cegada por las lágrimas, respirando con dificultad y con estertores entrecortados por suaves gimoteos. *Oh… queridos espíritus… volved la vista hacia mí. Sed misericordiosos conmigo, os lo ruego. Miradme tropezar y tambalearme, ¡mirad! ¡Tened compasión de mí, espíritus del inframundo! ¡Lo exijo! ¡Llevaos mi alma, crueles ancestros, os lo ruego!*

El cobre que llevaba en las muñecas y los tobillos (protecciones tribales menores contra los dolores de huesos) estaba frío como el hielo sobre su piel marchita, frío como el toque de un violador; el cobre desdeñaba su fragilidad y despreciaba los esfuerzos de su corazón.

Los espíritus rhivi la rechazaron, burlones, con una carcajada.

La anciana gritó, tropezó y cayó de rodillas. La sacudida del impacto le arrebató el aire de los pulmones. Se retorció y cayó al suelo, agotada, sola en un callejón lleno de suciedad.

—«La carne» —murmuró una voz sobre ella—, «que es la vida de su interior». Estas, querida amiga, son las palabras del parto, ofrecidas en tantas formas, en un sinfín de idiomas. Son alegría y dolor, pérdida y sacrificio, dan voz a los vínculos de la maternidad… y es más, son los vínculos de la propia vida.

Con el cabello canoso colgándole en largos mechones, la mhybe levantó la cabeza.

Arpía se encontraba encaramada al caballete de una tienda con las alas encogidas y los ojos humedecidos.

—No soy inmune al dolor, ya ves, querida; no le digas a nadie que me has visto así de debilitada por el amor. ¿Cómo puedo consolarte?

La mhybe sacudió la cabeza.

—No puedes —dijo con voz ronca.

—La niña es más tú que las demás, más que esa tal Velajada y Escalofrío, más que t’lan imass…

—¿Me ves, Arpía? ¿Me ves de verdad? —La mhybe se incorporó un poco y se puso de rodillas, después volvió a sentarse y miró furiosa al gran cuervo—. No soy más que huesos y pellejo, no soy más que dolores interminables. Seca y quebradiza… por los espíritus del inframundo, con cada momento de esta vida, de esta terrible existencia, me voy acercando poco a poco a… a… —Bajó la cabeza—. Al odio —terminó con un susurro confuso. La sacudió entonces un sollozo.

—Y por tanto quisieras morir ahora —dijo Arpía—. Sí, lo entiendo. A una madre no hay que llevarla a odiar al hijo que ha parido… sin embargo, te exiges demasiado.

—¡Me ha robado mi vida! —chilló la mhybe, y apretó los puños nudosos de los que luego huyó toda la sangre. La rhivi se quedó mirando esos puños con los ojos muy abiertos, como si hubiera visto las manos de un extraño, esqueléticas y muertas, al final de sus finos brazos—. Oh, Arpía —lloró en voz baja—. Me ha robado la vida…

El gran cuervo extendió las alas, se inclinó hacia delante sobre su percha, y después se dejó caer en una suave curva hasta posarse en el suelo con un golpe seco delante de la mhybe.

—Debes hablar con ella.

—¡No puedo!

—Tiene que entender…

—Lo sabe, Arpía, lo sabe. ¿Qué quieres que haga, que le pida a mi hija que deje de crecer? Este río fluye sin cesar, sin cesar jamás…

—Se pueden construir presas en los ríos. Los ríos se pueden desviar…

—Este no, Arpía.

—No acepto tus palabras, amor mío. Y encontraré un modo. Eso te lo juro.

—No hay solución, no pierdas el tiempo, amiga mía. Mi juventud se ha ido y no puede regresar, ni con alquimia ni con hechicerías. Tellann es una senda inexpugnable, Arpía. Lo que exige no se puede deshacer. Y si de algún modo consiguieras detener este flujo, ¿luego qué? ¿Querrías que siguiera siendo una vieja durante décadas enteras? ¿Año tras año atrapada en esta jaula? No hay piedad en eso, no, sería una maldición sin fin. No, déjame, por favor…

Se acercaron unos pasos por atrás. Un momento después, Korlat se inclinó junto a la mhybe, la rodeó con un brazo protector y la estrechó.

—Ven —murmuró la tiste andii—. Ven conmigo.

La mhybe dejó que Korlat la ayudara a levantarse. Se sentía avergonzada de su propia debilidad, pero todas sus defensas se habían derrumbado y tenía el orgullo hecho jirones, en el alma no sentía más que impotencia. *En otro tiempo fui una mujer joven. ¿Qué sentido tiene bramar contra la pérdida? Mis estaciones han pasado, se acabó. Y la vida de mi interior se desvanece mientras que la vida florece fuera. Es una batalla que no puede ganar ningún mortal, pero ¿dónde, queridos espíritus, está el don de la muerte? ¿Por qué me negáis el final?*

Se irguió un poco en los brazos de Korlat. *Muy bien, entonces. Dado que ya habéis maldecido así mi alma, que me quite la vida no va provocarme un dolor mayor. Muy bien, queridos espíritus, os daré mi respuesta. Desafiaré vuestros planes*.

—Llévame a mi tienda —dijo.

—No —dijo Korlat.

La mhybe se giró y miró furiosa a la tiste andii.

—He dicho…

—Te he oído, mhybe, de hecho, más de lo que pretendías que oyera. La respuesta es no. Permaneceré a tu lado y no soy la única de mi fe…

La rhivi bufó.

—¿Fe? ¡Eres tiste andii! ¿Me tomas por tonta reivindicando la fe?

La expresión de Korlat se tensó y apartó la mirada.

—Quizá tengas razón.

Oh, Korlat, lo siento tanto, me gustaría retirarlo, lo juro…

—No obstante —continuó la tiste andii—, no te abandonaré en tu desesperación.

—No es la primera vez que soy prisionera, ya estoy acostumbrada —dijo la mhybe, enfadada una vez más—, pero te lo advierto, Korlat, os lo advierto a todos, el odio está encontrando tierra fértil en mi interior. Y en tu compasión, con todas tus buenas intenciones, no haces más que alimentarlo. Te lo ruego, déjame poner fin a esto.

—No, y subestimas tu resistencia, mhybe. No conseguirás apartarnos.

—Entonces me arrastraréis al odio y tendré que pagar con todo lo que aprecio en mi interior, todo lo que en otro tiempo podríais haber valorado.

—¿Convertirías todos nuestros esfuerzos en inútiles?

—No por gusto, Korlat, y eso es lo que intento decirte, he perdido toda capacidad de elegir. En manos de mi hija. Y ahora en las tuyas. Me convertiréis en una criatura llena de rencor y te ruego una vez más que, si me aprecias en algo, me dejes poner fin a este horrible viaje.

—No voy a darte permiso para que te mates, mhybe. Si debe ser el odio lo que te impulse, que así sea. Ahora estás bajo el cuidado, bajo la tutela, de los tiste andii.

La mujer rhivi se hundió, derrotada. Luchó por encontrar palabras que dieran voz a lo que sentía en su interior y lo que halló la dejó fría.

Autocompasión. Tan bajo he caído…

De acuerdo, Korlat, por ahora has ganado.

—Ascua se muere.

Caladan Brood y Anomander Rake se encontraban solos en la tienda, los restos de la tensión seguían girando a su alrededor. Por lo que se oía fuera, en el claro, el mago Ben el

Rápido parecía haber conseguido bajar de nuevo la inmensa carta de madera al suelo y había empezado una discusión sobre qué se debía hacer con ella.

El hijo de la Oscuridad se quitó los guanteletes y los dejó caer en la mesa antes de enfrentarse al caudillo.

—Salvo lo único que no debes hacer, ¿no puedes hacer nada más?

Brood negó con la cabeza.

—Viejas alternativas, amigo mío, solo queda una única posibilidad, como siempre. Soy de Tennes, la senda de la propia diosa, y lo que la ataca a ella me ataca a mí también. Sí, podría hacer pedazos al que la ha infectado…

—El dios Tullido —murmuró Rake, que se quedó muy quieto—. Se ha pasado una eternidad alimentando su rencor y no tendrá piedad, Brood. Es una vieja historia. Nos pusimos de acuerdo, tú, yo, la reina de los Sueños, el Embozado… todos estuvimos de acuerdo…

El amplio rostro del caudillo parecía a punto de desmoronarse. Después se sacudió como lo haría un oso y se dio la vuelta.

—Casi mil doscientos años, esta carga…

—¿Y si muere?

Sacudió la cabeza.

—No lo sé. Su senda se muere, claro, eso por lo menos; al mismo tiempo se convierte en el sendero del dios Tullido para entrar en todas las demás sendas… y entonces todas mueren.

—Y con ellas toda la hechicería.

El caudillo asintió, después respiró hondo y se irguió.

—¿Y tan terrible sería eso?

Rake bufó.

—Tú crees que la destrucción terminaría con todo. Al parecer, sea cual sea la decisión que se tome, el que gana es

el dios Tullido.

—Eso parece.

—Sin embargo, tras haber tomado una determinación, le regalas a este mundo y a todos los que están en él unas cuantas generaciones más de vida…

—De vida y muerte, de guerras y masacres generalizadas. De sueños, esperanzas y finales trágicos…

—No es un camino encomiable el de esos pensamientos tuyos, Caladan. —Rake se acercó un paso más—. Has hecho, sigues haciendo, todo lo que se te podría pedir. Por aquel entonces estuvimos allí para compartir tu carga, pero parece que nos apartan, a cada uno de nosotros, nuestros propios intereses… que te abandonamos.

—No sigas por ahí, Anomander. De nada nos sirve. Hay preocupaciones más inmediatas y hemos de aprovechar esta rara oportunidad que tenemos de hablar en privado.

La boca amplia de Rake encontró una débil sonrisa.

—Cierto. —Le echó un vistazo a la entrada de la tienda—. Ahí fuera… —Volvió a mirar a Brood—. Dada la infección de Tennes, ¿te estabas tirando un farol con ese desafío?

El caudillo le enseñó los dientes limados.

—En cierto modo, pero no del todo. La cuestión no es mi capacidad para desatar el poder, sino la naturaleza de ese poder. Entreverado de veneno, plagado de caos…

—¿Lo que significa que bien podría ser más salvaje que tu torbellino habitual? Alarmante sin duda, Brood. ¿Es Kallor consciente de eso?

—No.

Rake gruñó.

—Será mejor mantenerlo así.

—Sí —refunfuñó el caudillo—. Así que haz tú también algún ejercicio de contención la próxima vez, Rake.

El tiste andii se acercó a servirse un poco de vino.

—Qué extraño, juraría que acababa de hacerlo.

—Ahora debemos hablar del Dominio Painita.

—Un auténtico misterio, Caladan. Mucho más insidioso de lo que habíamos supuesto. Capas de poder, una oculta bajo otra y después otra. Sospecho que es la senda del Caos la que yace en el fondo y los grandes cuervos coinciden conmigo.

—Eso se acerca demasiado al sendero del dios Tullido como para que sea una coincidencia, Rake. El veneno del Encadenado es el del caos, después de todo.

—Sí —sonrió Rake—. Curioso, ¿verdad? Creo que no cabe duda de quién está utilizando a quién.

—Quizá.

—El enfrentamiento con el Dominio Painita nos supondrá retos formidables.

Brood hizo una mueca.

—Tal y como insistió la niña, «vamos a necesitar ayuda».

El hijo de la Oscuridad frunció el ceño.

—Explícate, por favor.

—Los t'lan imass, amigo mío. Se acercan los ejércitos de los no muertos.

El rostro del tiste andii se oscureció.

—¿Esa es entonces la contribución de Dujek Unbrazo?

—No, de la niña. Zorraplateada. Es una invocahuesos de carne y hueso, la primera en mucho, mucho tiempo.

—Háblame de ella.

Eso hizo el caudillo, en detalle, y cuando terminó, reinó el silencio en la tienda.

Whiskeyjack estudió a Paran con los ojos entornados y después se acercó. El joven capitán estaba temblando como si lo atenazara la fiebre, con el rostro pálido como un hueso

y empapado en sudor. Ben el Rápido se las había arreglado para bajar la mesa al suelo. La hechicería seguía envolviéndola y unos rayos que parecían reacios a desvanecerse bailaban a su alrededor. El mago se había agachado a su lado y Whiskeyjack reconoció en su expresión neutra que el hombre estaba en un trance mágico. Sondeando, buscando…

—Eres idiota.

El comandante se volvió al oír las ásperas palabras.

—No creas, Kallor.

El hombre alto y canoso esbozó una sonrisa fría.

—Terminarás lamentando ese voto de proteger a la niña.

Whiskeyjack se encogió de hombros y se volvió para reanudar su camino.

—¡No he terminado contigo! —siseó Kallor.

—Pero yo contigo sí —respondió con calma el malazano antes de continuar.

Paran lo estaba mirando. Los ojos del capitán estaban muy abiertos, pero no comprendía nada. Tras él, los tiste andii habían empezado a desaparecer, espectrales y al parecer indiferentes una vez que su señor se había retirado al interior de la tienda de mando con Caladan Brood. Whiskeyjack buscó a Korlat, pero no la vio y después de un momento también se dio cuenta de que tampoco se veía a la mhybe por ningún lado. La pequeña Zorraplateada se encontraba a una decena de metros de Paran y observaba al capitán con los ojos de Velajada.

—Nada de preguntas —gruñó Paran cuando Whiskeyjack se detuvo delante de él—. No tengo ninguna respuesta para ti, no para lo que ha pasado aquí ni para aquello en lo que me he convertido. Quizá sería mejor que pusieras a otra persona al mando de los Abrasapuentes.

—No hay razón para eso —dijo Whiskeyjack—. Además, odio cambiar de opinión sobre lo que sea, capitán.

Ben el Rápido se reunió con ellos con una sonrisa.

—Por poco, ¿eh?

—¿Qué es ese trasto? —le preguntó Whiskeyjack mientras señalaba la mesa con la cabeza.

—Justo lo que parece. Una nueva carta neutral de la baraja de los Dragones. Bueno, en realidad es la más neutral de todas las neutrales. Recordad que la mesa alberga la baraja entera. —El mago miró a Paran—. Aquí el capitán está en el umbral de la ascendencia, como sospechábamos. Y eso significa que lo que haga, o decida no hacer, podría tener consecuencias muy importantes. Para todos nosotros. La baraja de los Dragones parece haber adquirido un señor, un amo. Jen'isand Rul.

Paran se dio la vuelta, era obvio que no quería formar parte de esa conversación.

Whiskeyjack frunció el ceño y miró al mago.

—Jen'isand Rul. Creí que ese nombre se refería a sus… escapadas por el interior de cierta arma.

—Y así es, pero dado que el nombre está en la carta parece que ambas cosas se hallan unidas… de algún modo. Si el capitán ignora tanto como los demás, tendré que pensar mucho lo que significa esa conexión. Claro que —añadió— el capitán bien podría saber lo suficiente como para ayudarme, suponiendo que esté dispuesto.

Paran abrió la boca para responder, pero Whiskeyjack se le adelantó.

—Ahora mismo… no tiene respuesta alguna. ¿He de suponer que nos tenemos que llevar esta ridícula mesa con nosotros durante la marcha?

Ben el Rápido asintió lentamente.

—Sería lo mejor, al menos por un tiempo, para que pueda estudiarla un poco más. Con todo, yo aconsejaría que nos deshiciéramos de ella antes de cruzar al territorio painita. La Asociación Comercial de Trygalle puede llevársela al alquimista de Darujhistan para que la custodie.

Se interpuso una nueva voz.

—La carta no se va a ningún lado.

Los tres hombres se dieron la vuelta y se encontraron a Zorraplateada allí cerca. Tras ella, una docena de guerreros rhivi levantaban la mesa.

Ben el Rápido observó a aquellos hombres morenos y ágiles que se llevaban la mesa sin patas y frunció el ceño.

—Es arriesgado llevar un objeto de tal poder a la batalla, muchacha.

—Debemos asumir el riesgo, mago.

—¿Por qué? —gruñó Whiskeyjack.

—Porque la carta le pertenece a Paran y la va a necesitar.

—¿Puedes explicarlo?

—Luchamos contra algo más que un enemigo, como ya se verá.

—No quiero esa carta —soltó Paran de repente—. Será mejor que pintéis una cara nueva en ese trasto. Tengo la sangre de un mastín de Sombra en mi interior. Soy un estorbo, ¿cuándo os daréis todos cuenta de eso? ¡Bien sabe el Embozado que yo ya lo sé!

El crujido de una armadura los alertó, se acercaba Kallor.

Whiskeyjack frunció el ceño.

—No formas parte de esta conversación.

Kallor esbozó una sonrisa irónica.

—Nunca parte de, pero con frecuencia tema de…

—No esta vez.

Los ojos grises e inexpresivos del rey supremo se clavaron en Ben el Rápido.

—Tú, mago, acaparas almas… Yo soy un hombre que libera almas, ¿quieres que rompa las cadenas de tu interior? Sería fácil dejarte indefenso.

—Y más fácil incluso —respondió Ben el Rápido— hacer un agujero en el suelo.

Kallor se perdió de repente de vista, la tierra se lo había tragado. Se oyó el estrépito de una armadura seguido por un bramido de rabia.

Zorraplateada ahogó un grito y miró a Ben el Rápido con los ojos muy abiertos.

El mago se encogió de hombros.

—Tienes razón, me da igual quién o qué sea Kallor.

Whiskeyjack se asomó al borde del pozo y miró abajo.

—Está trepando para salir… No está mal para lo anciano que es.

—Pero dado que no soy estúpido —se apresuró a decir Ben el Rápido—, será mejor que me vaya ya. —El mago hizo un gesto y pareció desdibujarse un momento antes de desvanecerse por completo.

Whiskeyjack le dio la espalda a Kallor, que gruñía y maldecía (y cuyas manos envueltas en guanteletes comenzaban a verse agarrándose al borde medio deshecho del pozo) y se dirigió a Paran.

—Regresa con los Abrasapuentes, capitán. Si todo va bien, volveremos a vernos en Capustan.

—Sí, señor. —Paran se alejó con paso un tanto vacilante.

—Sugiero —dijo Zorraplateada con los ojos clavados en los esfuerzos de Kallor por salir del agujero— que nosotros también abandonemos este lugar concreto.

—De acuerdo, muchacha.

Desplomado sobre la silla de montar, Whiskeyjack observaba las columnas de la hueste de Unbrazo que iban saliendo de la ciudad de Pale. El día era cálido y había una insinuación de tormenta en el aire húmedo. Los moranthianos negros, montados en sus quorls, dibujaban círculos sobre los dos ejércitos que habían levantado el campamento; su número era menor de lo habitual. Su conseguidor, Torzal, había partido con el capitán Paran y los Abrasapuentes cuatro días antes, y ocho de las once escuadrillas habían salido la noche anterior de camino a las montañas Visión, en la frontera noroeste del Dominio.

El comandante estaba agotado. El dolor de la pierna le robaba el sueño y cada día llenaban sus horas las exigencias del abastecimiento, los detalles sobre el despliegue planeado durante la marcha y el enjambre incesante de mensajeros que llevaban informes y órdenes y después partían apresurados con otros tantos. Estaba impaciente por emprender el viaje que cruzaría medio continente, aunque solo fuera para responder a las mil preguntas que aguardaban.

Ben el Rápido permanecía en silencio junto a Whiskeyjack, el caballo del mago cambiaba de postura, inquieto, bajo él.

—Tu montura percibe tu estado de ánimo, Ben —dijo el comandante.

—Sí.

—Te estás preguntando cuándo te voy a dejar libre para poder lanzarte en pos de ellos y alcanzar a Paran y los Abrasapuentes, y así poner cierta distancia entre Kallor y tú. También estás deseando alejarte todo lo posible de Zorraplateada.

Ben el Rápido se sobresaltó al oír la última observación y después suspiró.

—Sí. Me imagino que no he conseguido ocultar mi inquietud, al menos delante de ti, está claro. La niña ha crecido cinco años o más desde que llegamos, Whiskeyjack; fui a ver a la mhybe esta mañana. Korlat está haciendo lo que puede, como todas las cargadoras rhivi, pero Zorraplateada le ha arrebatado a esa anciana casi toda su fuerza vital, el Embozado sabrá lo que la mantiene con vida. La idea de reunir a los t'lan imass tampoco me hace muy feliz. Y luego está Anomander Rake, quiere saberlo todo sobre mí…

—¿Ha intentado hacer algún otro sondeo?

—Todavía no, pero ¿para qué tentarlo?

—Te necesito un poco más —dijo Whiskeyjack—. Cabalga con mi séquito, mantendremos las distancias con el hijo de la Oscuridad lo mejor que podamos. ¿Esos mercenarios de Capustan ya han mordido el anzuelo?

—Están jugando con él.

—Seguiremos pescando otra semana, entonces. Si no hay nada, te vas.

—Sí, señor.

—Y ahora —dijo Whiskeyjack arrastrando las palabras—, ¿por qué no me cuentas qué más te traes entre manos, Ben el Rápido?

El mago parpadeó con aire inocente.

—¿Señor?

—Has visitado cada templo y cada vidente de Pale, mago. Te has gastado una pequeña fortuna en lectores de la baraja. Por el Embozado, pero si hasta me han contado que has sacrificado una cabra al amanecer sobre un túmulo, ¿por el abismo, qué tramabas con eso, Ben?

—Está bien —murmuró el hombre—, lo de la cabra apesta a desesperación. Lo admito. Me dejé llevar.

—¿Y qué te contaron los espíritus perdidos del túmulo?

—Nada. No… no había ninguno.

Whiskeyjack entrecerró los ojos.

—¿No había ninguno? Era un túmulo rhivi, ¿no?

—Uno de los pocos que todavía quedaban en la zona, sí. Es que… lo limpiaron. Hace poco.

—¿Lo limpiaron?

—Algo o alguien los reunió a todos, señor. Es la primera vez que lo veo. Es una cosa muy rara. No queda ni una sola alma dentro de esos túmulos. Quiero decir, ¿dónde están?

—Estás cambiando de tema, Ben el Rápido. Buen intento.

El mago frunció el ceño.

—Estoy investigando algo. Nada que no pueda manejar y no va a interferir con nada más. Además, oficialmente estamos en marcha, ¿no? No hay mucho que pueda hacer en mitad de ninguna parte, ¿verdad? Además, me han despistado, señor. Esos espíritus robados… se los llevó alguien y el caso es que me ha picado la curiosidad.

—Cuando lo averigües, avísame, ¿de acuerdo?

—Claro, señor.

Whiskeyjack apretó los dientes y no dijo más. *Hace demasiado que te conozco, Ben el Rápido. Te has tropezado con algo y te tiene corriendo de un lado a otro como un armiño con el rabo entre las piernas*.

¡El sacrificio de una cabra, por el amor del Embozado!

En el camino que salía de Pale, a la hueste de Unbrazo (casi diez mil veteranos de la campaña de Genabackis) se unieron las filas del inmenso ejército de Caladan Brood. Había comenzado la marcha hacia la guerra, contra un enemigo que jamás habían visto y del que prácticamente no sabían nada.

Capítulo 6



Por el suelo que ellos hollan, la sangre los sigue…

La visión de Kulburat
Horal Thume (n. 1134)

A la puerta del Atardecer de Saltoan se llegaba por una amplia calzada arqueada por encima del canal. Tanto el puente como el canal en sí necesitaban reparaciones urgentes, la argamasa se deshacía y se abría en grandes grietas salpicadas de hierba allí donde se habían asentado los cimientos. Saltoan, que era una de las ciudades más antiguas de la llanura Visión, se encontraba antaño junto al río Catlin, y se había enriquecido con el comercio transcontinental hasta que el río cambió de curso con el paso de una sola y lluviosa primavera. Se construyó el canal Korselan, en un esfuerzo por restablecer el lucrativo vínculo con el comercio fluvial, además de cuatro profundos lagos (dos dentro del propio lecho del antiguo río) para contar con amarraderos. El esfuerzo revirtió en un éxito marginal y los cuatrocientos años transcurridos desde entonces fueron testigos de un declive lento e inexorable.

El ceño de Rezongo al guiar su caballo por la calzada se profundizó al ver las murallas bajas y gruesas de Saltoan. Unas manchas marrones corrían como vetas por los lados inclinados. El capitán de la caravana olió las aguas

residuales. Había muchas figuras cubriendo las almenas, pero pocas, si es que había alguna, pertenecían a la policía o al ejército. La ciudad había enviado su tan cacareada Guardia Montada al norte, a unirse a las fuerzas de Caladan Brood en la guerra contra el Imperio de Malaz. Lo que quedaba de su ejército no merecía ni el betún que les daban para limpiarse las botas.

Echó la vista atrás cuando el carruaje de su jefe entró con estrépito en la calzada. En el pescante del conductor, Harllo lo saludó con la mano. A su lado, Piedra sostenía las riendas y Rezongo vio que la mujer movía los labios en una retahíla de maldiciones y quejas. El saludo de Harllo se marchitó tras un momento.

Rezongo volvió a mirar la puerta del Atardecer. No había guardias a la vista y muy poco tráfico. Las dos enormes puertas de madera estaban entreabiertas y parecía que no las habían cerrado en mucho tiempo. El humor del capitán se agrió todavía más. Frenó el paso del caballo hasta que el carruaje se puso a su altura.

—Vamos directamente, ¿no? —preguntó Piedra—. Todo recto hasta la puerta del Amanecer, ¿no?

—Eso he aconsejado —dijo Rezongo.

—¿Qué sentido tiene toda nuestra experiencia si el amo no hace caso de nuestros consejos? ¡Respóndeme a eso, Rezongo!

El capitán se limitó a encogerse de hombros. Seguro que Keruli podía oír cada palabra, y seguro que Piedra lo sabía.

Se acercaron a la entrada arqueada. La avenida que partía del interior se estrechaba hasta convertirse en un callejón tortuoso enterrado bajo la penumbra de los niveles superiores de los edificios que lo flanqueaban, unos niveles que sobresalían hasta casi tocarse. Rezongo volvió a ponerse delante del carruaje. Unos pollos escuálidos se escabulleron

de su camino, pero las ratas gordas y negras de las alcantarillas se limitaron a hacer una pausa en su festín de basura podrida para ver las ruedas del carruaje que pasaban rodando.

—Dentro de un momento vamos a arañar los lados —dijo Harllo.

—Si podemos salvar el paso de Caracrispada, todo irá bien.

—Sí, pero eso es un gran «si», Rezongo. Claro que hay grasa más que suficiente en estas paredes…

El callejón se iba estrechando hasta el punto de formar un embudo conocido con el nombre de paso de Caracrispada. Un sinfín de carretas de mercaderes había ido excavando surcos profundos en los dos muros. Los adoquines estaban sembrados de radios rotos y trozos arrancados. El barrio tenía mentalidad de saboteador, Rezongo lo sabía bien. Cualquier carreta atrapada en el paso era material reutilizable y a los nativos no se les caían los anillos por tirar de espada si alguien se oponía a sus exigencias. Rezongo solo había derramado sangre allí una vez, seis o siete años antes. *Una noche turbulenta*, recordó. Sus guardias y él habían despoblado de asesinos y matones medio bloque durante esas horas oscuras de pesadilla antes de conseguir sacar la carreta del pasaje dando marcha atrás, quitar las ruedas, poner rodillos y mover la carreta a pulso.

No quería repetir la historia.

Los ejes rasparon los muros unas cuantas veces al atravesar el embudo, pero después, con una maldiciente Piedra y un sonriente Harllo agachados bajo las ropas empapadas que colgaban de un tendedero, salieron al terreno abierto de la plaza que había detrás.

No había sido un propósito deliberado lo que había creado la plaza del Armario de Wu. El espacio abierto había

nacido de la casual convergencia de trece calles y callejones de anchuras variadas. La posada a la que en otro tiempo llevaban todas había dejado de existir en un incendio un siglo atrás, su legado era una amplia e irregular extensión de losas y adoquines que había adquirido de forma inexplicable el nombre de Armario de Wu.

—Coge la calle Mucosin, Piedra —la dirigió Rezongo al tiempo que señalaba con un gesto la amplia avenida que se abría al este de la plaza.

—Me acuerdo muy bien —gruñó la mujer—. ¡Dios, cómo apesta!

Una veintena de pilluelos había descubierto su llegada y seguían al carromato como una bandada de buitres sin alas, con los rostros sucios y picados de viruelas cerrados y demasiado serios. No hablaba nadie.

Todavía en cabeza, Rezongo metió el caballo por la calle Mucosin. Observó unas cuantas caras que se asomaban a las ventanas mugrientas, pero no pasaba nadie más. *Ni aquí… ni por delante. Esto no tiene buena pinta*.

—Capitán —lo llamó Harllo.

Rezongo no se volvió.

—¿Sí?

—Esos críos… se han desvanecido sin más.

—Ya. —Decidió soltarse los alfanjes de Gadrobi—. Carga la ballesta, Harllo.

—Ya está.

Lo sé, pero por qué no anunciarlo de todos modos.

Quince metros más allá aparecieron tres figuras en la calle. Rezongo entrecerró los ojos. Reconoció a la mujer alta del medio.

—Hola, Nektara. Veo que has ampliado tus operaciones.

La mujer de la cara marcada sonrió.

—Vaya, pero si es Rezongo. Y Harllo. ¿Y quién más? Oh, ¿esa es Piedra Menackis? Seguro que tan desagradable como siempre, querida, aunque todavía pongo mi corazón a tus pies.

—Mala idea —dijo Piedra arrastrando las palabras—. Nunca piso ligero.

La sonrisa de Nektara se ensanchó.

—Y haces que ese mismo corazón se dispare, cariño. Cada vez.

—¿Cuál es el peaje? —preguntó Rezongo, que detuvo su montura a ocho metros de la mujer y sus dos silenciosos guardaespaldas.

Nektara alzó las cejas depiladas.

—¿Peaje? Esta vez no, Rezongo. Seguimos en las propiedades de Garno, nos han permitido pasar. Somos una simple escolta.

—¿Escolta?

El sonido de las contraventanas del carruaje al abrirse con estrépito hizo girar la cabeza al capitán. Reconoció la mano de su amo, que después le hacía un gesto lánguido para que se acercase.

Rezongo desmontó. Llegó a la puerta lateral del carruaje y se asomó para ver el rostro redondo y pálido de Keruli.

—Capitán, tenemos que reunirnos con los… gobernantes de la ciudad.

—¿El rey y su Consejo? ¿Por qué…?

Una suave carcajada lo interrumpió.

—No, no. Los verdaderos gobernantes de Saltoan. Con un gran coste y tras extraordinarias negociaciones se ha convocado una reunión de todos los señores y señoras de los dominios, a quienes voy a dirigirme esta noche. Puedes admitir la escolta que nos acaban de ofrecer. Te aseguro que todo está en orden.

—¿Por qué no explicaste todo eso antes?

—No tenía la certeza de que las negociaciones hubieran llegado a buen fin. El asunto es complejo, pues son los señores y señoras de los dominios los que han pedido… ayuda. Yo, a mi vez, debo procurar ganarme su confianza, puesto que represento al agente más eficaz para ofrecerles dicha ayuda.

¿Tú? Pero entonces, en el nombre del Embozado, ¿quién eres tú?

—Ya veo. De acuerdo entonces, confía en esos delincuentes si quieres, pero me temo que nosotros no compartimos tu fe.

—Comprendido, capitán.

Rezongo regresó con su caballo, recogió las riendas y miró a Nektara.

—Tú primero.

Saltoan era una ciudad con dos corazones, con dos cámaras que albergaban diferentes tonos de sangre, pero ambas igual de viles y corruptas. Sentado con la espalda apoyada en el muro de la atestada taberna de techos bajos, Rezongo observaba con los ojos entrecerrados una variopinta colección de asesinos, extorsionadores y matones cuya cuota de poder se medía en miedo.

Piedra se apoyaba en la pared a la izquierda del capitán y Harllo compartía el banco a la derecha. Nektara había arrastrado su silla y una mesa pequeña y redonda hasta dejarlo todo cerca de Piedra. Unas gruesas espirales de humo se alzaban del narguile que tenía delante la señora del dominio y envolvían los rasgos marcados a cuchillo en vapores de alquitrán y melaza. Con la boquilla del narguile

en la mano izquierda, la otra mano la apoyaba en el muslo recubierto de cuero de Piedra.

Keruli se encontraba en el centro de la sala, delante de la mayoría de los señores y señoras del crimen de la ciudad. El bajito había unido las manos sobre el cinturón de seda gris lisa y su manto de seda negra rielaba como obsidiana fundida. Una extraña gorra ceñida le cubría la testa calva, su estilo recordaba al que usaban ciertas figuras encontradas entre las esculturas más antiguas de Darujhistan y en tapices igual de antiguos.

Había comenzado su discurso en voz baja y perfectamente modulada.

—Es un placer estar presente en tan propicia reunión. Cada ciudad tiene sus velos secretos y para mí es un honor que este tan selecto se separe ante mí. Por supuesto que me doy cuenta de que muchos de vosotros quizá me veáis como alguien cortado por el mismo patrón que vuestros enemigos declarados, pero os aseguro que no es el caso. Habéis expresado vuestras preocupaciones por el influjo que tienen los sacerdotes del Dominio Painita en Saltoan. Hablan de ciudades recién llegadas a la protección divina del culto del Vidente Painita y les ofrecen a los plebeyos relatos de leyes aplicadas de forma imparcial a todos los ciudadanos, de derechos y privilegios codificados, de la grata imposición del orden, un orden que desafía las tradiciones y costumbres locales. Siembran semillas de discordia entre vuestros súbditos, un precedente peligroso, sin duda.

Se oyeron murmullos de asentimiento entre los grandes señores y señoras del crimen. Rezongo estuvo a punto de sonreír ante el civilizado decoro que reinaba entre aquellos asesinos criados en las calles. Echó un vistazo y descubrió con las cejas alzadas que la mano de Nektara se había hundido bajo los pliegues de cuero de los pantalones de

Piedra, por la entrepierna. La cara de Piedra estaba arrebolada, había una leve sonrisa en sus labios y tenía los ojos casi cerrados. *Reina de los Sueños, no me extraña que nueve décimas partes de los hombres de esta habitación estén jadeando, por no hablar de tomarse el vino a grandes tragos*. Él mismo estiró el brazo para coger la jarra.

—Una auténtica matanza —gruñó una de las grandes damas—. Cada uno de esos malditos curas debería terminar con la barriga abierta, es la única manera de arreglar esto, es lo que yo digo.

—Mártires de la fe —respondió Keruli—. Un ataque tan directo está destinado a fracasar, como ha pasado en otras ciudades. Este es un conflicto de información, damas y caballeros, o, más bien, de desinformación. Los sacerdotes están llevando a cabo una campaña de engaño. El Dominio Painita, a pesar de toda su imposición de la ley y el orden, es una tiranía caracterizada por los extraordinarios niveles de crueldad que ejerce sobre su pueblo. Sin duda habéis oído hablar de los Tenescowri, el ejército del Vidente de desposeídos y abandonados; pues nada de lo que habéis oído eran exageraciones. Caníbales, violadores de muertos…

—Los hijos de la semilla de los muertos. —Un hombre alzó la voz y se inclinó hacia delante—. ¿Es cierto? ¿Es siquiera posible? Que las mujeres desciendan sobre los campos de batalla y sobre soldados cuyos cadáveres no se han enfriado todavía…

El asentimiento de Keruli fue sombrío.

—Entre la generación más joven de seguidores de los Tenescowri… sí, están los hijos de la semilla de los muertos. Prueba singular de lo que es posible. —Hizo una pausa y después continuó—. El Dominio posee sus fieles sagrados, los ciudadanos de las ciudades originales painitas, a quienes se aplican todos los derechos y privilegios de los que hablan

los sacerdotes. Nadie más puede adquirir esa ciudadanía. Los no ciudadanos son menos que esclavos, son los sujetos (los objetos) de todas las crueldades concebibles, sin poder recurrir a la piedad o la justicia. Los Tenescowri ofrecen la única salida, la opción de igualar la inhumanidad que se les inflinge a ellos. Los ciudadanos de Saltoan, si el Dominio llegara a subyugar esta ciudad, serán todos y cada uno arrojados de sus casas, despojados de todas sus posesiones, se les negará el alimento, se les negará el agua potable. El salvajismo se convertirá en su único camino, como seguidores juramentados de los Tenescowri.

»Damas y caballeros, debemos librar esta guerra con el arma de la verdad, dejando al desnudo las mentiras de los sacerdotes painitas. Esto exige un tipo de organización muy concreto, difusión, rumores extendidos con maña y contraespionaje. Tareas en las que todos vosotros sobresalís, amigos míos. El pueblo de la ciudad debe ser el que expulse a los sacerdotes de Saltoan. Y hay que guiarlos hasta esa decisión, hasta esa causa, no con puños y porras, sino con palabras.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que va a funcionar? —preguntó uno de los grandes señores.

—No tenéis más alternativa que hacerlo funcionar —respondió Keruli—. El fracaso significa que Saltoan cae en manos de los painitas.

Keruli continuó, pero Rezongo ya no le escuchaba. Estudió con los ojos medio cerrados al hombre que los había contratado. Un intermediario había negociado el contrato en Darujhistan. La primera vez que Rezongo avistó a su jefe fue por la mañana, junto a la puerta de la Preocupación, en el punto de encuentro; había llegado a pie con la misma túnica que llevaba en ese momento. El carruaje se entregó escasos minutos después, un alquiler local. Keruli había entrado de

inmediato en él y desde entonces Rezongo solo había visto y hablado con su amo dos veces en todo aquel largo y agotador viaje.

Un mago, pensé. Pero ahora creo que es un sacerdote. Me pregunto ante qué dios se arrodilla. No hay signos obvios. Lo que ya es bastante revelador, supongo. No hay nada obvio en Keruli, salvo quizás ese cofre de monedas sin fondo que respalda su generosidad. ¿Algún templo nuevo en Darujhistan últimamente? No recuerdo… Ah, sí, ese del distrito Gadrobi. Dedicado a Treach, aunque por qué a alguien le iba a interesar adorar al Tigre del Verano es algo que no alcanzo a comprender…

—… muertes.

—Aunque no se ha oído nada en estas dos últimas noches.

Los grandes señores y señoras del crimen hablaban entre ellos. La atención de Keruli no se desviaba en ningún momento, aunque tampoco decía nada.

Rezongo parpadeó y se irguió un poco más en el banco. Se inclinó hacia Harllo.

—¿Qué era eso de las muertes?

—Asesinatos inexplicables durante cuatro noches seguidas o algo por el estilo. Un problema local, aunque deduzco que ya ha pasado.

El capitán gruñó, después volvió a acomodarse e intentó hacer caso omiso del sudor frío que le escocía bajo la camisa. *Avanzan con celeridad, muy por delante de nosotros; ese carruaje se movía a una velocidad sobrenatural. Pero jamás habría podido maniobrar en las calles de Saltoan. Es demasiado ancho, demasiado alto. Debe de haber acampado en Waytown. A unos dieciséis metros de la puerta del Amanecer… ¿Una prueba de tus convicciones, amigo Buke?*

—Casi me muero de aburrimiento, ¿tú qué crees? —Piedra se sirvió otra copa de vino—. Nektara se las arregló para aliviarlo un poco y, a juzgar por todas esas caras peludas y sudorosas, no fui la única. Sois todos unos cerdos.

—No éramos nosotros los que estábamos haciendo una exhibición pública —dijo Rezongo.

—¿Y qué? Tampoco teníais que mirar, ¿no? ¿Y si hubiera tenido un bebé en la cadera y la teta al aire?

—Con eso —dijo Harllo— yo seguro que hubiera mirado.

—Eres asqueroso.

—No me has entendido bien, querida. No por tu teta, aunque sin duda habría sido una visión magnífica, ¡sino tú con un bebé! ¡Ja, un bebé!

Piedra le lanzó una mirada desdeñosa.

Estaban sentados en el cuarto interior de la taberna con los restos de una comida en la mesa, entre ellos.

—En cualquier caso —dijo Rezongo con un suspiro—, esa reunión va a durar el resto de la noche y llegada la mañana, nuestro amo será el único entre nosotros que tenga el privilegio de recuperar el sueño en los cómodos confines de su carruaje. Tenemos unas habitaciones arriba con camas casi limpias, así que sugiero que las utilicemos.

—Y serían para dormir de verdad, mi querida Piedra —le explicó Harllo.

—Puedes tener la seguridad de que voy a bloquear la puerta, enano.

—Es de suponer que Nektara tendrá una llamada secreta.

—Quítate esa sonrisa de la cara o lo haré yo por ti, Harllo.

—¿Cómo es que siempre te diviertes tú?

La mujer sonrió.

—Pura raza, mestizo. Lo que yo tengo y tú no.

—Y educación también, ¿eh?

—Exacto.

Un momento después se abrió la puerta de golpe y entró Keruli.

Rezongo se reclinó en su silla y miró al sacerdote.

—Bueno, ¿has conseguido reclutar a los matones, asesinos y extorsionadores de la ciudad para tu causa?

—Más o menos —respondió Keruli mientras se acercaba para servirse una copa de vino—. La guerra, por cierto —suspiró—, ha de librarse en algo más que un solo campo de batalla. Mucho me temo que la campaña será larga.

—¿Es por eso por lo que nos dirigimos a Capustan?

La mirada del sacerdote se posó en Rezongo por un momento y después se giró.

—Me aguardan allí otras tareas, capitán. El breve desvío que hemos hecho por Saltoan es secundario en el gran esquema de las cosas.

¿Y qué gran esquema es ese, sacerdote?, quiso preguntar Rezongo, pero no lo hizo. Su jefe estaba empezando a ponerlo nervioso y sospechaba que cualquier respuesta a esa pregunta solo serviría para empeorar las cosas. *No, Keruli, guárdate tus secretos*.

El arco de la puerta del Amanecer estaba oscuro como una tumba y el aire era gélido y húmedo. El pueblo de chabolas de Waytown se veía justo detrás, entre una calima de humo dorada por el sol de la mañana.

Con los ojos irritados y escocido por las picaduras de las pulgas, Rezongo azuzó a su caballo para que adoptara un trote cómodo en cuanto se adentró en la luz del sol. Se había quedado en Saltoan y se había entretenido alrededor de la puerta durante dos campanadas, mientras Harllo y

Piedra sacaban el carruaje y a su ocupante de la ciudad una campanada antes del amanecer. Dedujo que ya estarían al menos a dos leguas de distancia, por el camino del río.

La mayor parte de los bandidos de esa primera mitad de terreno que los separaba de Capustan tenía su cuartel general en Saltoan, la segunda mitad del terreno, en territorio capan, era muchísimo más segura. Había observadores que rondaban por la puerta del Amanecer para marcar a las caravanas que se dirigían al este, igual que las contrapartidas que el capitán había visto en la puerta del Atardecer, vigilando las caravanas que ponían rumbo a Darujhistan. Rezongo había esperado para ver si alguna manada local hacía planes para el grupo de Keruli, pero no había salido nadie en su persecución, lo que confirmaba la afirmación del jefe de que se había garantizado el paso franco. Pero no era propio de Rezongo aceptar la palabra de unos ladrones sin más.

Puso al caballo a medio galope para huir de las nubes de moscas de Waytown y, flanqueado por perros medio salvajes que no dejaban de ladrar, salió del poblado de chabolas al camino del río, abierto y rocoso. La pradera ondulante de la llanura Visión se extendía hasta la lejana cordillera Barghastiana que tenía a la izquierda. A la derecha había una orilla tosca de piedras apiladas, buena parte de ellas recubiertas de hierbas y tras ella, las marismas llenas de juncos de la llanura del río.

Los perros lo abandonaron unos cientos de metros más allá de Waytown y el capitán se encontró solo en el camino. Recordó que esa vía por donde transitaban los mercaderes no tardaría en desvanecerse, el terraplén de su derecha disminuiría y el camino en sí se convertiría en una ringlera arenosa interrumpida por hormigueros, madera seca blanca como un hueso y montones amarillentos de hierba, ya que

las inundaciones borraban los surcos cada primavera. No había posibilidad de perderse, claro está, siempre que se mantuviera el río Catlin a la vista, al sur.

Se encontró con los cadáveres menos de una legua después. Los salteadores habían planificado la emboscada a la perfección, habían salido del lecho de un arroyo estacional profundo y sin duda habían rodeado al carruaje de su víctima en cuestión de segundos. Aunque parecía que la planificación precisa no había ayudado mucho. Con dos o tres días de antigüedad, como mucho, hinchados y casi negros bajo el sol, los cadáveres estaban tirados a ambos lados del camino. Espadas, puntas de lanzas, hebillas y todo lo demás que fuera de metal se había fundido bajo un calor feroz, sin embargo la ropa y las correas de cuero habían quedado intactas. Varios de los bandidos llevaban espuelas; de hecho, no habría habido forma de alejarse tanto sin caballos, pero de las bestias no había señal alguna.

Rezongo desmontó y caminó entre los muertos; observó que las huellas del carruaje de Keruli (ellos también se habían detenido para examinar la escena) cubrían otro juego. Un carruaje más ancho y pesado tirado por bueyes.

No había heridas visibles en los cuerpos.

Dudo que Buke haya tenido que sacar siquiera la espada.

El capitán volvió a montar y reanudó su viaje.

Vio a sus compañeros media legua más allá y se encontró junto al carruaje no mucho tiempo después.

Harllo lo saludó con la cabeza.

—Bonito día, ¿no te parece, Rezongo?

—Ni una sola nube en el cielo. ¿Dónde está Piedra?

—Se adelantó con uno de los caballos. No debería tardar mucho.

—¿Por qué se ha adelantado?

—Solo quería asegurarse de que el campamento del borde del camino no estaba… ocupado. Ah, aquí viene.

Rezongo la saludó con el ceño fruncido y la mujer tiró de las riendas delante de ellos.

—Es una estupidez lo que has hecho, mujer.

—Todo este viaje es una estupidez, en mi opinión. Hay tres barghastianos en el campamento del borde del camino, y no, no han asado a ningún bandido últimamente. Además, Capustan está a solo unos días de un asedio; quizá lleguemos a las murallas a tiempo, en cuyo caso nos quedaremos encerrados allí con todo el ejército painita entre nosotros y el camino, o no llegamos a tiempo y esos malditos Tenescowri pasan un buen rato con nosotros.

El ceño de Rezongo se profundizó.

—¿Hacia dónde se dirigen esos barghastianos, entonces?

—Bajaron del norte, pero ahora viajan como nosotros, quieren echarle un vistazo más de cerca a Capustan y no me preguntes por qué, son barghastianos, ¿no? Con el cerebro del tamaño de una nuez. Tenemos que hablar con el jefe, Rezongo.

La puerta del carruaje se abrió de golpe y salió Keruli.

—No es necesario, Piedra Menackis, oigo muy bien. Tres barghastianos, has dicho. ¿De qué clan?

—Caras Blancas, a juzgar por la pintura.

—Entonces los invitaremos a que viajen con nosotros.

—Jefe… —empezó a decir Rezongo, pero Keruli lo interrumpió.

—Llegaremos a Capustan mucho antes del asedio, creo. El septarca que está al cargo de las fuerzas painitas es famoso por su acercamiento metódico. Una vez que lleguemos a nuestro destino, quedaréis libres de vuestras responsabilidades y podréis abandonar la ciudad de inmediato y regresar a Darujhistan. —Sus ojos oscuros y

misteriosos se estrecharon y clavaron en Rezongo—. Según tu reputación, no sueles romper los contratos, de otro modo no te habría contratado.

—No, señor, no tenemos ninguna intención de romper nuestro contrato. No obstante, quizá mereciera la pena discutir las opciones que tenemos. ¿Y si asedian Capustan antes de que lleguemos?

—Entonces no permitiré que perdáis la vida en una empresa desesperada, capitán. Necesitaré únicamente que me dejéis fuera del alcance del enemigo y ya entraré yo en la ciudad, un subterfugio que es mejor intentar solo.

—¿Intentarías atravesar el cordón painita?

Keruli sonrió.

—Tengo las habilidades relevantes para tal empresa.

No me digas.

—¿Y qué hay de esos barghastianos? ¿Qué te hace pensar que se puede confiar en ellos para que viajen en nuestra compañía?

—Si no son dignos de confianza, mejor tenerlos a la vista que fuera de ella, ¿no te parece, capitán?

Este gruñó.

—En eso tienes razón, jefe. —Miró a Harllo y Piedra y asintió poco a poco.

Harllo le dedicó una sonrisa resignada.

Piedra se mostró, como era predecible, un poco menos lacónica.

—¡Esto es una locura! —Después levantó las manos—. ¡Está bien! Nos metemos en las fauces del dragón, ¿por qué no? —Después le dio la vuelta a su caballo—. Vamos a jugar a las tabas con los barghastianos, ¿de acuerdo?

Rezongo la vio alejarse con una mueca.

—Esa chica es un tesoro, ¿verdad? —murmuró Harllo con un suspiro.

—Jamás te he visto tan enamorado —dijo Rezongo con una mirada de soslayo.

—Es lo inalcanzable, amigo mío, eso es lo que acaba conmigo. Ansío sin remedio, de forma morbosa, divago sobre la adoración no correspondida. Sueño con ella y Nektara… conmigo acurrucado entre las dos.

—Por favor, Harllo, que se me revuelve el estómago.

—*Hmm* —dijo Keruli—. Creo que voy a volver al carruaje.

Era obvio que los tres barghastianos eran hermanos y que la mujer era la mayor. Se habían pintarrajeado la cara con pintura blanca y parecían simples cráneos desnudos. Las trenzas manchadas de ocre rojo les colgaban hasta los hombros, entreveradas de fetiches de hueso. Los tres llevaban camisotes de monedas agujereadas, cuyo valor iba del cobre a la plata y sin duda provenientes de algún tesoro saqueado, ya que la mayor parte parecían antiguas y desconocidas a ojos de Rezongo. Unos guanteletes recubiertos de monedas ocultaban sus manos. Acompañaba al trío todo un arsenal: fardos de lanzas, hachas de lanzamiento y hachas de guerra de mango largo y envueltas en cobre, espadas de hoja curva y una amplia variedad de cuchillos y dagas.

Se encontraban al otro lado de una pequeña hoguera rodeada de piedras, consumida hasta dejar unos carbones que apenas ardían, con Piedra todavía sentada sobre el caballo a su izquierda. Un montoncito de huesos de liebre indicaba una comida que acababan de terminar.

La mirada de Rezongo se posó en la mujer barghastiana.

—Nuestro amo os invita a viajar en nuestra compañía, ¿aceptáis?

Los ojos oscuros de la mujer se posaron en el carruaje cuando Harllo lo condujo hasta el borde del campamento.

—Pocos mercaderes siguen viajando a Capustan —dijo después de un momento—. El camino se ha vuelto… peligroso.

Rezongo frunció el ceño.

—¿Y eso? ¿Es que los painitas han hecho incursiones al otro lado del río?

—No que nosotros sepamos. No, hay demonios que acechan en los montes. Nos han enviado para descubrir la verdad de su presencia.

¿Demonios? ¡Por el aliento del Embozado!

—¿Cuándo supisteis lo de esos demonios?

La mujer se encogió de hombros.

—Hace dos, tres meses.

El capitán suspiró y desmontó sin prisas.

—Bueno, esperemos que no haya nada de cierto en tales cuentos.

La mujer sonrió.

—Nosotros esperamos lo contrario. Soy Hetan y estos son mis miserables hermanos, Cafal y Netok. Esta es la primera caza de Netok desde su noche de la muerte.

Rezongo observó al ceñudo hombretón.

—Ya veo lo emocionado que está.

Hetan se dio la vuelta y miró a su hermano con los ojos entrecerrados.

—Debes de ser muy perspicaz.

Por el abismo, otra mujer sin sentido del humor por toda compañía…

Piedra Menackis pasó una pierna por encima de la silla, se dejó caer al suelo y levantó una nube de polvo.

—Los chistes de nuestro capitán son demasiado obvios, Hetan. Terminan cayendo como el estiércol de buey y huelen igual de mal. No le prestes atención, muchacha, a menos que te guste que te confundan.

—Me gusta matar, montar hombres y poco más —gruñó Hetan al tiempo que cruzaba los brazos musculosos.

Harllo se bajó a toda prisa del carruaje y se acercó a la mujer con una gran sonrisa.

—¡Yo me llamo Harllo y es un placer para mí conocerte, Hetan!

—A este puedes matarlo cuando quieras —murmuró Piedra.

Los dos hombres eran criaturas desdichadas, desde luego, taciturnos y por lo que Rezongo pudo determinar, especialmente obtusos. Los inútiles esfuerzos de Harllo con Hetan resultaron bastante divertidos cuando se sentaron alrededor de la hoguera reavivada bajo un cielo salpicado de estrellas. Keruli hizo una breve aparición poco antes de que todo el mundo se acostara, pero solo para compartir un cuenco de infusión de hierbas antes de retirarse una vez más a su carruaje. Recayó sobre Rezongo (Hetan y él fueron los últimos que quedaron junto al fuego), la tarea de extraerle más información a la barghastiana.

—Esos demonios —empezó a decir—, ¿cómo los han descrito?

La mujer se inclinó hacia delante y escupió en el fuego como si fuera un ritual.

—Rápidos sobre dos patas. Garras como las de un águila, solo que mucho más grandes, al final de esas patas. Los brazos son cuchillas…

—¿Cuchillas? ¿Qué quieres decir?

La mujer se encogió de hombros.

—Tienen filos. Hierro de sangre. Sus ojos son pozos huecos. Hieden a urnas del círculo oscuro. No emiten sonido alguno, ningún tipo de sonido.

¿Urnas del círculo oscuro? Urnas destinadas a la cremación… en la cámara de un túmulo. Ah, así que huelen a muerte. Sus brazos son cuchillas… ¿cómo? En el nombre del Embozado, ¿qué quiere decir eso? Hierro de sangre, eso es hierro enfriado en sangre helada por la nieve… una práctica barghastiana cuando los chamanes invisten las armas. De ese modo, el guerrero y el arma quedan vinculados. Fundidos…

—¿Alguien de tu clan ha visto alguno?

—No, los demonios no han viajado al norte, a nuestras espesuras de la sierra. Permanecen en estas praderas.

—¿Entonces quién os habló de ellos?

—Nuestros cargadores los han visto en sus sueños. Los espíritus les susurran y les advierten de la amenaza. El clan Blanco ha elegido un caudillo, nuestro padre, y aguarda lo que ha de llegar. Pero nuestro padre prefiere conocer a su enemigo, así que ha enviado a sus hijos a las llanuras.

Rezongo rumió lo que acababa de oír con los ojos posados en el lento fluir del fuego.

—Tu padre, el caudillo de las Caras Blancas, ¿querrá llevar a los clanes al sur? Si asedian Capustan, los territorios capan serán vulnerables a vuestras incursiones, al menos hasta que los painitas completen su conquista.

—Nuestro padre no tiene ningún plan para llevarnos al sur, capitán. —La mujer escupió al fuego por segunda vez—. La guerra painita llegará a nosotros, con el tiempo. Así lo han leído los cargadores en los huesos de bhederin. Entonces habrá guerra.

—Si esos demonios son elementos avanzados de las fuerzas painitas…

—Entonces, cuando aparezcan en nuestras espesuras sabremos que ha llegado el momento.

—El momento de luchar —murmuró Rezongo—. Lo que más disfrutas.

—Sí, pero por ahora me gustaría montarte a ti.

¿Montarme? Más bien dejarme sin sentido de una paliza. En fin…

—¿Qué hombre rechazaría un ofrecimiento tan elegante?

Hetan recogió su petate con los dos brazos y se levantó.

—Sígueme y date prisa.

—Cielos —respondió Rezongo al tiempo que se levantaba poco a poco—. Yo nunca me doy prisa, como estás a punto de descubrir.

—Mañana por la noche montaré a tu amigo.

—Ya lo estás haciendo esta noche, querida, en sus sueños.

La mujer asintió, muy seria.

—Tiene manos grandes.

—Sí.

—Tú también.

—Creí que tenías prisa, Hetan.

—La tengo. Vamos.

La cordillera Barghastiana fue bajando con sigilo del norte con las horas del día, de lejanas montañas se pasó a colinas gastadas y encorvadas. Muchas de las colinas que bordeaban el camino de los mercaderes a Capustan eran lugares sagrados, en sus cimas se veían los troncos de árboles invertidos que, según la costumbre barghastiana, anclaban a los espíritus, o eso explicó Hetan mientras caminaba junto a Rezongo, que llevaba a su caballo por las riendas. Si bien el capitán no sentía demasiado interés por las cosas de la religión, admitió cierta curiosidad sobre la

razón que llevaba a los barghastianos a enterrar los árboles al revés en las colinas.

—Las almas mortales son entes salvajes —le explicó Hetan, que escupía para puntuar las palabras—. A muchas hay que sujetarlas para impedir que vaguen con malas intenciones. Así pues se bajan los robles del norte. Los cargadores tallan símbolos mágicos en sus troncos. Después sujetan bajo el árbol al que se va a enterrar. También atraen a los espíritus para que actúen como guardianes y colocan otras trampas por los bordes del círculo oscuro. Aun así, a veces las almas se escapan, aprisionadas por una de las trampas, pero capaces de viajar por la tierra. Los que regresan a los clanes donde vivieron en otro tiempo son destruidos de inmediato, así que han aprendido a no acercarse, a quedarse aquí, en estas tierras bajas. A veces, uno de esos monigotes sigue siendo leal a su familia mortal y le envía sueños a nuestros cargadores para advertirnos del peligro.

—Lo has llamado monigotes. ¿Qué significa eso?

—Bien puedes verlo por ti mismo —respondió Hetan con un encogimiento de hombros.

—¿Fue uno de esos monigotes quien envió los sueños de los demonios?

—Sí, y también otros espíritus. Que tantos intentaran llegar a nosotros…

Añade veracidad a la amenaza, sí, ya entiendo. Examinó la tierra vacía que tenían por delante y se preguntó qué había allí fuera.

Piedra cabalgaba cuarenta metros por delante. Rezongo no la veía porque el camino rodeaba una colina tachonada de cantos rodados y se desvanecía a unos veinte metros. Aquella mujer tenía la frustrante virtud de hacer caso omiso de sus órdenes, Rezongo había querido que permaneciera a

la vista en todo momento. Los dos hermanos barghastianos se habían quedado a los lados y flanqueaban el carruaje a una distancia que variaba según las exigencias del terreno que cubrían. Cafal había escogido el lado del interior y trotaba por la ladera rocosa de esa misma colina. Netok caminaba por la orilla arenosa del río, rodeado de una nube de mosquitos que parecían hacerse más grande y densa con cada paso que daba. Dadas las grasas alarmantemente gruesas y rancias con los que las barghastianos se cubrían el cuerpo, Rezongo sospechaba que los insectos sufrían ataques constantes de frustración, atraídos por un cuerpo cálido pero sin querer o poder posarse en él.

Aquella grasa había supuesto cierto desafío la noche anterior, reflexionó Rezongo, pero se las había arreglado de todos modos, y como prueba lucía una formidable colección de moratones, arañazos y mordiscos. Hetan se había mostrado llena de… energía.

Un grito de Cafal. En ese mismo momento volvió a aparecer Piedra. El trote lento al que se acercaba la mujer tranquilizó un tanto los nervios del capitán, aunque estaba claro que tanto ella como el barghastiano de la colina habían percibido algo más adelante. Miró atrás para ver a Cafal, que se había agachado con los ojos clavados en algo que había camino adelante, pero no había sacado las armas.

Piedra tiró de las riendas con rostro inexpresivo.

—Ahí delante está el carruaje de Bauchelain. Ha sufrido… daños. Algún tipo de pelea. Algo turbio.

—¿Has visto si queda alguien en pie?

—No, solo los bueyes, que parecen muy tranquilos, por cierto. Tampoco hay cuerpos.

Hetan miró a su hermano, el que estaba en la colina, y atrajo su atención. Después hizo media docena de gestos

con la mano y tras sacar una lanza, Cafal se adelantó sin ruido y se perdió de vista.

—De acuerdo —suspiró Rezongo—. Sacad las armas, vamos a echar un vistazo.

—¿Quieres que me quede atrás? —preguntó Harllo desde el pescante.

—No.

Rodearon la colina y vieron que el camino se abría otra vez y que la tierra se allanaba por ambos lados. A treinta y cinco metros de distancia estaba el inmenso carruaje de Bauchelain y Korbal Espita, volcado sobre un costado y con el eje trasero arrancado por completo y tirado en varios trozos no muy lejos. Los cuatro bueyes se encontraban a poca distancia, pastando en la hierba de la pradera. Varias líneas de terreno quemado salían del carruaje y el aire apestaba a hechicería. El montículo bajo que había justo detrás lo habían reventado de una explosión y el árbol invertido que contenía había quedado arrancado y roto en mil pedazos, como si lo hubiera alcanzado un rayo. El humo seguía saliendo del pozo abierto donde había estado la cámara sepulcral. Cafal todavía se estaba acercando con cuidado, con la mano izquierda describía gestos de protección en el aire y con la derecha mantenía la lanza lista.

Netok subió corriendo de la orilla del río con un hacha de doble filo en las manos. Se detuvo al lado de su hermana.

—Hay algo suelto —gruñó mientras sus ojitos se disparaban de un sitio a otro.

—Y sigue cerca —asintió Hetan—. Cubre a tu hermano.

El hombre se alejó sin ruido.

Rezongo se acercó a ella.

—Ese túmulo… estás diciendo que han liberado un espíritu o un fantasma.

—Sí.

La mujer barghastiana extrajo una espada de hoja curva y se acercó poco a poco al carruaje. El capitán la siguió.

Piedra regresó trotando con el caballo para ponerse en posición defensiva junto al vehículo de Keruli.

En un costado del carruaje habían hecho un agujero salvaje que revelaba en los bordes dentados lo que parecían cortes de espada, aunque más grandes que cualquier filo que hubiera visto Rezongo. El capitán trepó y se asomó al compartimento, temiendo hasta cierto punto lo que podría descubrir.

Estaba vacío, no había cuerpos. Las paredes recubiertas de cuero estaban hechas pedazos y los ornamentados muebles esparcidos por todas partes. Algo había arrancado dos enormes cofres que en otro tiempo estaban atornillados a las maderas. Tenían las tapas abiertas y el contenido se derramaba por el suelo.

—Que el Embozado nos lleve —susurró el capitán con la boca seca de repente. Uno de los cofres contenía losas planas de pizarra (rotas ya) en las que había grabados con meticulosidad símbolos arcanos, pero fue el contenido del otro cofre el que a punto estuvo de hacer vomitar a Rezongo. Una masa de… órganos ensangrentados. Hígados, pulmones, corazones, todos unidos en una forma mucho más horripilante por lo conocida que era. En vida (como presentía que debía de haber sido el caso hasta poco tiempo atrás) había tenido forma humana, aunque no le habría llegado más allá de las rodillas cuando se encaramaba a sus apéndices deshuesados que más parecían vainas. Carente de ojos y, por lo que Rezongo podía distinguir en la penumbra del compartimento, desprovista de cualquier cosa parecida a un cerebro, de la criatura ya muerta todavía se filtraba una sangre fina y aguada.

Nigromancia, pero no del tipo demoníaco. Estas son las artes de aquellos que profundizan en la mortalidad, en la resurrección y en los no muertos. Estos órganos... procedían de personas vivas. Personas asesinadas por un loco. Maldito seas, Buke, ¿por qué tuviste que implicarte con esos cabrones?

—¿Están dentro? —preguntó Hetan desde abajo.

Rezongo se echó hacia atrás y sacudió la cabeza.

—Solo restos.

Harllo los llamó desde el pescante de su carreta.

—¡Camino arriba, Rezongo! Tenemos compañía.

Cuatro figuras, dos con capas de cuero y de negro, una baja y con las piernas combadas y la última alta y delgada. *No hay bajas, entonces. Con todo, algo muy desagradable los golpeó. Con fuerza*.

—Son ellos —murmuró.

Hetan entrecerró los ojos y lo miró.

—¿Conoces a esos hombres?

—Sí, pero solo bien a uno. El escolta... el alto de la barba gris.

—No me gustan —gruñó la mujer, le tembló la espada cuando la sujetó mejor.

—No te acerques mucho —la avisó Rezongo—. Díselo a tus hermanos. No queréis poneros a malas con esos dos de las capas. Bauchelain, el de la perilla y Korbal Espita, el... el otro.

Cafal y Netok se reunieron con su hermana. El hermano mayor fruncía el ceño.

—Lo tomaron ayer —dijo—. Desenmarañaron las protecciones. Poco a poco. Antes de abrir por la fuerza la colina.

Rezongo, todavía encaramado al carruaje, entrecerró los ojos y miró a los hombres que se acercaban. Buke y el

criado, Emancipor Reese, parecían agotados y muy conmocionados mientras que los hechiceros bien podrían haber salido a dar un simple paseo, tal era la turbación que mostraba su postura. Sin embargo, iban armados. Llevaban acunadas en los antebrazos de la armadura unas ballestas de metal manchadas de negro, con los cuadrillos colocados y trabados. Se notaban los carcajes achaparrados y negros que llevaban en las caderas, pero solo quedaban unos cuantos cuadrillos en cada uno.

Rezongo se bajó del carruaje y se acercó a saludarlos.

—Bienvenido, capitán —dijo Bauchelain con una leve sonrisa—. Una suerte para ti que hayamos hecho mejor tiempo desde el río. Desde Saltoan nuestra peregrinación ha sido cualquier cosa salvo pacífica.

—Eso me ha parecido, señor. —Los ojos de Rezongo se posaron en Buke. Su amigo parecía diez años mayor que la última vez que lo había visto y rehuía los ojos del capitán.

—Ya veo que tu séquito ha crecido desde la última vez que nos encontramos —comentó Bauchelain—. Barghastianos, ¿verdad? Extraordinario, ¿no crees?, que tal pueblo pueda encontrarse también en otros continentes, que se hagan llamar por el mismo nombre y que posean, al parecer, costumbres prácticamente idénticas. Me pregunto qué inmensa historia yace enterrada, y ahora perdida, en su ignorancia.

—Por lo general —dijo Rezongo en voz baja—, ese uso concreto de la palabra «enterrado» es figurativo. Pero tú te lo has tomado de forma literal.

El hombre vestido de negro se encogió de hombros.

—Atormentado por la curiosidad, cielos. No podíamos dejar pasar la oportunidad. De hecho, nunca podemos. Resultó que el espíritu que acogimos en nuestros brazos (aunque en otro tiempo un chamán de cierto poder) no pudo

decirnos nada aparte de lo que ya habíamos conjeturado. Los barghastianos son un pueblo muy antiguo y antaño eran mucho más numerosos. Además de consumados marinos. —Sus ojos serenos y grises se clavaron en Hetan. Se alzó una ceja marrón y fina—. Pero no es que cayeran de cierta altura civilizada a un estado salvaje. Fue, simplemente, un… estancamiento eterno. El sistema de creencias, con todo su culto a los ancestros, es enemigo declarado del progreso, o esa es la conclusión a la que he llegado, dadas las pruebas.

Hetan le dedicó al hechicero una mueca silenciosa pero furiosa.

Cafal habló entonces con la voz ribeteada de furia.

—¿Qué has hecho con el alma de nuestro familiar?

—Muy poco, guerrero. El alma ya había eludido las ataduras internas, pero había caído presa de una de vuestras trampas de chamanes, un fardo de palos atados, bramante y tela. ¿Fue la compasión lo que les ofreció la apariencia de cuerpos con esas trampas? Desacertada si es así…

—La carne —dijo Korbal Espita con una voz aflautada y fina— les convendría mucho más.

Bauchelain sonrió.

—Mi compañero es muy hábil con tales… montajes, una disciplina que a mí me interesa menos.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Rezongo.

—Es obvio —soltó Hetan de repente—. Irrumpieron en un círculo oscuro. Después los atacó un demonio, un demonio como el que perseguimos mis hermanos y yo. Y estos… hombres… huyeron y de alguna forma lo eludieron.

—No del todo, querida —dijo Bauchelain—. En primer lugar, la criatura que nos atacó no era un demonio, puedes aceptar mi palabra porque los demonios son entidades que resulta que conozco muy bien. Pero se nos atacó de la forma

más brutal, como has conjeturado. Si Buke no nos hubiera alertado es muy posible que hubiéramos sufrido muchos más daños en nuestros avíos, por no mencionar nuestros compañeros menos capaces.

—Entonces —lo interrumpió Rezongo—, si no era un demonio, ¿qué era?

—Ah, una pregunta que no tiene una respuesta fácil, capitán. No muerto, casi con toda seguridad. Dominado a distancia por algún amo y formidable en extremo. Korbal y yo nos vimos obligados a desatar a toda la hueste de nuestros sirvientes para ahuyentar a la aparición y la subsiguiente persecución tampoco dio ningún fruto. De hecho, incurrimos en la pérdida de un buen número de esos sirvientes, al aparecer dos más de esos cazadores no muertos. Y si bien hemos ahuyentado al trío, el alivio es solo temporal. Volverán a atacar y si se han reunido en mayor número bien podrían someternos, a todos, a una prueba muy dura.

—Si me lo permitís —dijo Rezongo—, me gustaría hablar en privado con mi amo y aquí, con Hetan.

Bauchelain ladeó la cabeza.

—Desde luego. Ven, Korbal y compañía, examinemos el daño que ha sufrido nuestro desventurado carruaje.

Rezongo cogió a Hetan del brazo y la llevó adonde esperaban Harllo y Piedra junto al carruaje de Keruli. Cafal y Netok los siguieron.

—Han esclavizado el alma de nuestro familiar —siseó Hetan con los ojos encendidos como brasas—. ¡Los mataré, los mataré a todos!

—Y morirás antes de dar un solo paso —le soltó Rezongo —. Son hechiceros, Hetan. Peor aún, son nigromantes. Korbal practica el arte de los no muertos. Bauchelain invoca demonios. Las dos caras de la moneda de la calavera.

Malditos por el Embozado, viles… y letales. ¿Me entiendes? Ni se te ocurra ponerlos a prueba.

La voz de Keruli salió del carruaje.

—Y lo que es todavía más patético, amigos míos, es que me temo que muy pronto necesitaremos a esos horribles hombres y sus formidables poderes.

Rezongo se volvió con el ceño fruncido. La contraventana de la puerta se había abierto por una fina ranura.

—¿Qué son esos cazadores no muertos, jefe? ¿Lo sabes?

Hubo una larga pausa antes de que Keruli respondiera.

—Tengo ciertas… sospechas. En cualquier caso, están entretejiendo hebras de poder por toda esta tierra, como una telaraña gracias a la que pueden percibir cualquier temblor. No podemos pasar sin que nos detecten…

—Entonces demos la vuelta —soltó Piedra de repente—. Ahora, antes de que sea demasiado tarde.

—Pero es que ya lo es —respondió Keruli—. Esos sirvientes no muertos continúan cruzando el río desde las tierras del sur, todo al servicio del Vidente Painita. Se despliegan y acercan incluso más a Saltoan. De hecho, creo que ahora hay todavía más detrás de nosotros que de aquí a Capustan.

Por el Embozado, qué conveniente, ¿eh, maese Keruli?

—Debemos —continuó el hombre del carruaje— formar una alianza temporal con esos nigromantes, hasta que lleguemos a Capustan.

—Bueno —dijo Rezongo—, ellos desde luego lo ven como el rumbo obvio a tomar.

—Son hombres prácticos, a pesar de todos sus demás… defectos.

—Los barghastianos no viajaremos con ellos —dijo Hetan con tono agrio y desdeñoso.

—No creo que tengamos alternativa —suspiró Rezongo—. Y eso te incluye a ti y a tus hermanos, Hetan. ¿Qué sentido tiene encontrar a esos cazadores no muertos solo para que os hagan pedazos?

—¿Crees que no venimos preparados para tal batalla? Permanecimos mucho tiempo en el círculo de huesos, capitán, mientras cada chamán de los clanes reunidos danzaba la trama del poder. Mucho tiempo en el círculo de huesos.

—Tres días y tres noches —gruñó Cafal.

No me extraña que estuviera a punto de arrancarme el pecho anoche.

Habló entonces Keruli.

—Podría resultar insuficiente si vuestros esfuerzos atraen la atención del Vidente Painita. Capitán, ¿cuántos días de viaje quedan para llegar a Capustan?

Lo sabes tan bien como yo.

—Cuatro, jefe.

—Claro. Hetan, ¿crees que tú y tus hermanos podéis mostrar cierto estoicismo durante tan breve período de tiempo? Comprendemos vuestra indignación. La profanación de vuestros ancestros sagrados es un insulto que no es fácil de acomodar. Pero ¿acaso los vuestros no se muestran pragmáticos cuando las circunstancias los obligan? ¿Las protecciones inscritas, los monigotes? Consideradlo una extensión de tales necesidades…

Hetan escupió y se dio la vuelta.

—Es como dices —admitió después de un momento—. Necesario. Muy bien…

Rezongo regresó con Bauchelain y los otros. Los dos hechiceros estaban agachados con el eje hecho pedazos entre ellos. Flotaba en el aire el hedor a hierro fundido.

—Nuestras reparaciones —murmuró Bauchelain—, no nos llevarán mucho tiempo.

—Bien. Habéis dicho que hay tres de esas criaturas ahí fuera, ¿a qué distancia?

—Nuestro pequeño amigo chamán se mantiene a la altura de los cazadores. Menos de una legua y te aseguro que pueden, si así lo desean, cubrir esa distancia en cuestión de unos cuantos cientos de segundos. No tendremos mucho tiempo, pero sí el suficiente para montar una defensa, creo.

—¿Por qué viajáis a Capustan?

El hechicero levantó la cabeza y alzó una ceja.

—Sin ninguna razón concreta. Vagamos por naturaleza. Al llegar a la costa oeste de este continente pusimos rumbo al este. Capustan es el punto más oriental, ¿no?

—Casi, supongo. La tierra continúa sobresaliendo hacia el este por el sur, más allá de Elingarth, pero los reinos y las ciudades-estado de allí abajo son poco más que fortalezas de piratas y bandidos. Además, tendríais que pasar por el Dominio Painita para llegar ahí.

—Y he de suponer que eso sería complicado.

—Jamás lo conseguiríais.

Bauchelain sonrió y se inclinó de nuevo para concentrarse en el eje.

Rezongo levantó la cabeza y por fin llamó la atención de Buke. Un ligero movimiento de la cabeza llevó al hombre (de mala gana) a un lado.

—Tienes problemas, amigo mío —dijo el capitán en voz baja.

Buke frunció el ceño y no dijo nada, pero la verdad era evidente en sus ojos.

—Cuando lleguemos a Capustan, coge los dineros con los que te paguen y no mires atrás. Lo sé, Buke, tenías razón en

lo que sospechabas, vi lo que había en el carruaje. Lo vi. Harán algo peor que matarte si intentas algo. ¿Lo entiendes? Algo peor.

El hombre esbozó una sonrisa irónica y guiñó los ojos para mirar al este.

—¿Crees que llegaremos tan lejos, Rezongo? Bueno, sorpresa, no viviremos para ver el próximo amanecer. —Clavó unos ojos salvajes en el capitán—. No te creerías lo que desataron mis amos, una colección de pesadilla de sirvientes, guardianes, asesinos de espíritus… ¡y sus propios poderes! ¡Que el Embozado nos lleve a todos! Pero ni siquiera todo eso logró alejar a una de esas bestias y cuando llegaron las otras dos, éramos nosotros los que nos retirábamos. Esa colección de criaturas no son más que trozos abrasados y esparcidos a lo largo de leguas enteras de la llanura. Rezongo, vi a demonios hechos trizas. Sí, esos dos no parecen haberse inmutado, pero créeme, eso da igual. Totalmente igual. —Bajó la voz todavía más—. Están locos, amigo mío. Locos por completo, tienen la sangre helada y ojos de lagarto. Y el pobre Mancy lleva ya tres años con ellos y los que le quedan, las historias que me ha contado… —El hombre se estremeció.

—¿Mancy? Ah, Emancipor Reese. ¿Dónde está el gato, por cierto?

Buke lanzó una carcajada.

—Huyó, igual que todos los caballos y teníamos una docena entera después de que esos estúpidos bandoleros nos atacaran. El gato se largó corriendo cuando terminé de arrancarle las garras de la espalda de Mancy, que fue adonde saltó cuando todas las sendas se desataron.

Una vez terminadas las reparaciones y enderezado el carruaje, reanudaron el viaje. Quedaba una legua o dos de luz. Piedra cabalgaba una vez más en cabeza y Cafal y Netok ocuparon sus posiciones en los flancos. Emancipor guiaba el carruaje y los dos hechiceros se habían retirado al interior.

Buke y Rezongo caminaban unos metros por delante del carruaje de Keruli; durante un buen rato no dijeron mucho hasta que el capitán lanzó un gran suspiro y miró a su amigo.

—Por si sirve de algo, hay gente que no te quiere ver muerto, Buke. Te ven deshaciéndote por dentro y les importa lo suficiente como para sufrir por ti…

—La culpa es un buen arma, Rezongo, o al menos lo ha sido durante mucho tiempo. Pero ya no corta. Si quieres preocuparte, mejor que te tragues el dolor. A mí me importa un bledo.

—Piedra…

—Vale más de lo que merezco. Además, no me interesa que me salven. Díselo.

—Díselo tú, Buke, y cuando te clave el puño en la cara, recuerda que te lo advertí. Díselo tú, yo no llevo mensajes de autocompasión.

—No te metas, Rezongo. Te haría mucho daño antes de que terminaras de usar esos alfanjes conmigo.

—Ah, qué bonito, que uno de los pocos amigos que te quedan, te mate. Al parecer me equivoqué, no es solo autocompasión, ¿verdad? No estás obsesionado con las trágicas muertes de tu familia, estás obsesionado contigo mismo, Buke. Tu culpa es una marea que nunca deja de subir, ese ego tuyo es un dique y lo único que haces es

seguir añadiéndole ladrillos nuevos. El muro va subiendo cada vez más y tú miras el mundo desde tu torre, y encima con una sonrisa desdeñosa, por el Embozado.

Buke estaba pálido y temblando.

—Si así es como lo ves —dijo con voz ronca—, ¿entonces por qué te haces llamar amigo mío?

Beru sabrá, yo estoy empezando a preguntármelo. Respiró hondo y consiguió calmarse un poco.

—Hace mucho tiempo que nos conocemos. Jamás hemos cruzado la espada. —*Y tú tenías por costumbre emborracharte durante días enteros, una costumbre con la que rompiste, pero con la que yo no. Hizo falta que murieran todos los que amabas para cambiar y a mí me aterroriza que conmigo haga falta lo mismo*.

Gracias al Embozado que la moza se casó con ese mercader gordo.

—No parece mucho, Rezongo.

Somos iguales, cabrón, mira más allá de tu ego y no tardarás en darte cuenta. Pero no dijo nada.

—Ya casi se ha puesto el sol —comentó Buke después de un rato—. Atacarán cuando sea de noche.

—¿Cómo te defiendes de ellos?

—No te defiendes. No puedes. Es como dar hachazos en un bosque, por lo que he visto, y son rápidos. ¡Dioses, qué rápidos son! Estamos todos muertos, Rezongo. A Bauchelain y Korbal Espita no les queda mucho, ¿los viste sudar al arreglar el carruaje? Ya están casi secos esos dos.

—Keruli también es mago —dijo Rezongo—. Bueno, más bien sacerdote.

—Entonces esperemos que su dios nos eche un ojo.

¿Y qué posibilidades hay de eso?

Con la luz del sol bañando de color carmesí el horizonte que dejaban atrás, montaron el campamento. Piedra guio a

los caballos y a los bueyes a un corral improvisado hecho de cuerdas que hicieron a un lado de los carruajes, una posición que les daría la oportunidad de huir tierra adentro si llegaba el momento.

Una especie de resignación descendió con la penumbra creciente mientras preparaban una comida sobre una pequeña hoguera. Harllo se autonombró cocinero. Ni Keruli ni los dos hechiceros salieron de sus respectivos carruajes para unirse al pequeño grupo.

Las polillas se reunieron alrededor de las llamas sin humo. Mientras sorbía vino especiado, Rezongo observó sus revoloteos, sus picados mecánicos hacia el olvido con una sensación divertida y ligeramente amarga.

Los engulló la oscuridad y se intensificó la luz de las estrellas. Una vez terminada la cena, Hetan se levantó.

—Harllo, conmigo. Rápido.

—¿Mi señora? —inquirió el hombre.

Rezongo lo roció todo con un trago de vino. Se atragantó y tosió mientras Piedra le daba golpes en la espalda, pero todavía tardó un rato en recuperarse. Con los ojos llenos de lágrimas le sonrió a Harllo.

—Ya has oído a la señora.

Observó que los ojos de su amigo se iban abriendo poco a poco.

Impaciente, Hetan se adelantó y cogió a Harllo por un brazo.

Lo levantó y después lo arrastró a la oscuridad.

Piedra se los quedó mirando y frunció el ceño.

—¿De qué va todo eso?

No habló ni uno solo de los hombres.

La mujer se giró en redondo y le lanzó una mirada asesina a Rezongo. Después de un momento lo comprendió todo y siseó.

—¡Es escandaloso!

—Querida —se rio el capitán—, después de lo de Saltoan, tiene gracia que digas tú eso.

—¡A mí no me llames «querida», Rezongo! ¿Qué se supone que tenemos que hacer los demás, quedarnos aquí sentados y escuchar los obscenos gruñidos y gemidos que vienen de ese montecillo de hierbas? ¡Es asqueroso!

—La verdad, Piedra, dadas las circunstancias, tiene sentido…

—¡No es eso, idiota! ¡Esa mujer escogió a Harllo! ¡Harllo! ¡Dioses, voy a vomitar! ¡Harllo! Mira alrededor de este fuego; estás tú y, la verdad, cierto tipo de mujer barata y sin cultura no podría resistírsete. Y Buke, alto y curtido, con el alma atormentada, seguro que merece un revolcón o dos. ¿Pero Harllo? ¿Ese mono de pelo enmarañado?

—Tiene las manos grandes —murmuró Rezongo—. Eso comentó Hetan… ejem, anoche.

Piedra se lo quedó mirando y después se inclinó hacia delante.

—¡Anoche te tuvo a ti! ¿Verdad? ¡Esa salvaje grasienta y libertina se lo hizo contigo! ¡Te lo noto en la cara de satisfacción, Rezongo, así que no lo niegues!

—Bueno, la acabas de oír, ¿cómo podría resistirse un hombre de sangre caliente?

—Muy bien, de acuerdo —soltó la mujer al tiempo que se levantaba—. Buke, en pie, maldito seas.

El hombre se estremeció.

—No, no podría, yo, eh, no. Lo siento, Piedra…

Piedra se volvió enseñando los dientes y miró a los silenciosos barghastianos.

Cafal sonrió.

—Escoge a Netok. Todavía es…

—¡Muy bien! —La mujer le hizo un gesto.

El joven se levantó con aire incierto.

—Manos grandes —comentó Rezongo.

—Cállate, Rezongo.

—Vete en dirección contraria, por favor —continuó—. No querrías tropezarte con nada… desagradable.

—En eso tienes razón, maldita sea. Vamos, Netok.

Se alejaron, el barghastiano la seguía como un cachorrito con correa.

El capitán se volvió hacia Buke.

—Eres idiota.

El hombre se limitó a sacudir la cabeza y se quedó mirando el fuego.

Emancipor Reese estiró la mano para coger la olla de latón que contenía el vino especiado.

—Dos noches más —murmuró—. Típico.

Rezongo se quedó mirando al anciano un momento y después sonrió.

—Todavía no estamos muertos; quién sabe, quizás Oponn te sonría.

—Eso sí que sería un cambio —gruñó Reese.

—En el nombre del Embozado, ¿se puede saber cómo terminaste con esos dos amos tuyos?

—Es una larga historia —murmuró el otro mientras tomaba un sorbo de vino—. Demasiado larga para contarla, en realidad. Verás, mi mujer… Bueno, el puesto ofrecía la posibilidad de viajar…

—¿Estás sugiriendo que elegiste el menor de dos males?

—Los cielos me libren, señor.

—Ah, así que ahora lo lamentas.

—Tampoco he dicho eso.

Un aullido repentino en la oscuridad sobresaltó a todo el mundo.

—Me preguntó cuál de los cuatro hizo ese sonido —caviló Rezongo.

—Ninguno —dijo Reese—. Ha vuelto mi gato.

Se abrió la puerta de un carruaje. Unos momentos después apareció la forma vestida de negro de Bauchelain.

—Nuestro monigote regresa… con premura. Sugiero que llaméis a los demás y preparéis las armas. Tácticamente hablando, intentad desjarretar a esos cazadores y agachaos al acercaros, prefieren los cortes horizontales. Emancipor, si tienes la amabilidad de reunirte con nosotros. Capitán Rezongo, quizá querrías informar a tu amo, aunque imagino que ya lo sabe.

Rezongo se levantó con un repentino escalofrío.

—Tendremos suerte de ver algo, maldita sea.

—Eso no será problema —respondió Bauchelain—. Korbal, amigo mío —exclamó a su espalda—, un círculo amplio de luz, si tienes la bondad.

La zona quedó bañada de repente en un fulgor suave y dorado que se extendía veinticinco metros o más por todos lados.

El gato volvió a aullar y Rezongo vislumbró un destello leonado que volvía a meterse como un rayo en la oscuridad. Hetan y Harllo se acercaron desde un lado ajustándose a toda prisa la ropa. Piedra y Netok también regresaron. El capitán consiguió esbozar una sonrisa forzada.

—No ha habido tiempo, supongo —le dijo a la mujer.

Piedra hizo una mueca.

—Deberías ser más comprensiva, era el primer intento del muchacho.

—Ya, claro. Una pena, maldita sea —añadió la mujer mientras se ponía los guantes de duelo—. Tenía potencial, a pesar de la grasa.

Los tres barghastianos se habían reunido y Cafal había clavado una fila de lanzas en la tierra pedregosa, mientras Hetan se afanaba atando una gruesa cuerda que los unía a los tres. Varios fetiches de plumas y huesos colgaban de los nudos del cordón y a Rezongo le pareció que el espacio que quedaba entre cada guerrero sería de unos cinco o seis brazos. Cuando los otros dos terminaron, Netok les entregó hachas de doble filo. Los tres colocaron las armas a sus pies y cada uno recogió una lanza. Hetan comenzó un cántico suave y profundo.

—Capitán.

Rezongo apartó la mirada de los barghastianos y se encontró a maese Keruli a su lado. El hombre había plegado las manos en el regazo y su capa de seda rielaba como el agua.

—La protección que puedo ofrecer es limitada. No te alejes de mí, ni tú ni Harllo ni Piedra. No permitáis que os atraigan. Concentraos en la defensa.

Rezongo desenvainó sus alfanjes y asintió. Harllo se colocó a la izquierda del capitán con el mandoble sujeto con firmeza delante de él. Piedra se puso a la derecha de Rezongo con el estoque y la daga preparadas.

Ella era por la que más temía Rezongo. Las armas de la mujer resultaban demasiado ligeras para lo que se avecinaba, reconoció al recordar las marcas de cortes del carruaje de Bauchelain. Sería la fuerza bruta lo que se la jugara allí, no la habilidad.

—Quédate un paso atrás, Piedra —dijo.

—No seas estúpido.

—No es caballerosidad, Piedra. Unos agujeros finos como alambres no van hacerle mucho daño a un no muerto.

—Eso ya lo veremos, ¿no?

—No te alejes del amo, protégelo. Es una orden, Piedra.

—Ya te he oído —gruñó la mujer.

Rezongo volvió a mirar a Keruli.

—Señor, ¿quién es tu deidad? Si acudes a él o ella, ¿qué deberíamos esperar?

El hombre del rostro redondo frunció un poco el ceño.

—¿Esperar? Me temo que no tengo ni idea, capitán. Los poderes de mi… ejem, dios acaban de despertar tras miles de años de sueño. Mi dios es ancestral.

Rezongo se lo quedó mirando. *¿Ancestral? ¿No se abandonó a los dioses ancestrales por su ferocidad? ¿Qué podría desatarse aquí? Que la reina de los Sueños nos proteja*.

Observó a Keruli, que sacó una daga de hoja fina y se hizo un profundo corte en la palma de la mano izquierda. La sangre cayó en la hierba, a sus pies. El aire olió de repente a matadero.

Una colección pequeña de palos, ramas y bramante con forma de hombre se escabulló por el círculo de luz arrastrando tras de sí una estela de hechicería. *El monigote chamán*.

Rezongo sintió que la tierra se estremecía bajo unos pasos, que se acercaban a toda prisa y que resonaban incansables como caballos de guerra. *No, más bien como gigantes. Erguidos, cinco pares, quizá más*. Provenían del este.

Unas formas fantasmales se cernieron sobre ellos y volvieron a desvanecerse. Los temblores se ralentizaron en la tierra y se dispersaron, como si las criaturas se separaran.

El cántico barghastiano terminó de pronto. Rezongo miró en su dirección. Los tres guerreros miraban al este con las lanzas listas. Unas espirales de niebla se alzaban alrededor de sus piernas y se espesaban. En unos momentos, Hetan y sus hermanos quedarían envueltos por completo.

Silencio.

Rezongo estaba más que familiarizado con el mango de los pesados alfanjes que le resbalaban por las manos. El capitán sintió el golpeteo del corazón en el pecho. Empezó a sudar, gotas que le chorreaban por la barbilla y los labios. Se esforzó por ver en la oscuridad más allá de la esfera de luz. Nada. *El momento del soldado, ahora, antes de que empiece la batalla, ¿quién escogería una vida así? Te plantas con otros y todos os enfrentáis a la misma amenaza, y sin embargo todos os sentís solos. Bajo el frío abrazo del miedo, la sensación de que todo lo que sois podría terminar en pocos momentos. Dioses, no envidio la vida del soldado*…

Unas caras planas, amplias y erizadas de colmillos (pálidas y enfermizas como vientres de serpientes) surgieron de la oscuridad. Los ojos eran pozos vacíos, las cabezas parecieron flotar por un momento, como si estuvieran suspendidas, al doble de la altura de un hombre. Unas espadas enormes de hierro picadas de hoyos se deslizaron bajo la luz. Las hojas estaban fundidas con las muñecas de las criaturas, las manos no eran visibles, y Rezongo supo que un único golpe de una de esas espadas podría partir el muslo de un hombre sin esfuerzo.

Reptiles, se alzaban sobre las patas traseras como pájaros gigantes sin alas y se inclinaban hacia delante con el contrapeso de unas colas largas y afiladas, las apariciones no muertas lucían una armadura extrañamente moteada: en los hombros, en el pecho, a ambos lados del hueso sobresaliente del esternón y en las caderas. Unos cascos de hueso, bajos y largos, les protegían la cabeza y la nuca, con unas defensas anchas en las mejillas que se encontraban sobre el morro para unirse y doblarse en un ángulo marcado para formar una defensa sobre la nariz.

Al lado de Rezongo, Keruli siseó algo:

—K'chain che'malle. Son cazadores k'ell. Los primogénitos de cada camada. Los hijos de la propia matrona. Un recuerdo desvaído incluso para los dioses ancestrales, que apenas los conocen. Ahora, en el fondo de mi alma, me desespero.

—En el nombre del Embozado, ¿a qué están esperando? —gruñó el capitán.

—Inquietud, el torbellino de bruma que es la hechicería barghastiana. Desconocida para su amo.

El capitán no se lo podía creer.

—¿El Vidente Painita manda a estos…?

Los cinco cazadores atacaron. Las cabezas se lanzaron hacia delante y se alzaron las hojas, que eran un contorno borroso. Tres se lanzaron a por los barghastianos, se precipitaron hacia aquella bruma espesa que se retorcía. Los otros dos cargaron contra Bauchelain y Korbal Espita.

Momentos antes de alcanzar la nube destellaron tres lanzas y todas golpearon al primer cazador. La hechicería atravesó la carne marchita y sin vida de la bestia con un sonido como el de estacas que se clavaran (y luego atravesaran) troncos de árboles. Tejido muscular gris oscuro, hueso del color del bronce y tiras de cuero ardiente volaron en todas direcciones. La cabeza del cazador se tambaleó sobre un cuello destrozado. El k'chain che'malle se tambaleó y después se derrumbó al tiempo que sus dos hermanos lo rodeaban y se desvanecían en la nube de hechicería. El ruido de hierro sobre hierro resonó como una explosión en el interior.

Ante Bauchelain y Korbal Espita, los otros dos cazadores quedaron envueltos en oleadas turbias y negras de hechicería antes de haber podido dar dos pasos. La magia les laceró los cuerpos, salpicados de manchas podridas y

ácidas que les devoraron el cuero. Las bestias continuaron sin detenerse y las recibieron los dos magos, ambos vestidos con cotas de malla que les llegaban a los tobillos y ambos empuñando espadas de palmo y medio que dejaban atrás gallardetes de humo.

—¡Cuidado, detrás de nosotros! —chilló de repente Harllo.

Rezongo giró en redondo.

Y vio a un sexto cazador que atravesaba como un rayo los caballos espantados que chillaban y cargaba directamente contra Keruli. Al contrario que los otros k'chain che'malle, la piel de esta criatura estaba cubierta de marcas intrincadas y lucía una placa dorsal de púas de acero que le recorrían la columna.

Rezongo empujó a Keruli con el hombro y lo tiró al suelo. Se agachó y levantó los dos alfanjes a tiempo de detener la cuchillada horizontal de una de las inmensas hojas del cazador. El acero de Gadrobi resonó con un ruido ensordecedor y el impacto provocó una sacudida por los brazos del capitán. Rezongo oyó más que sintió que se le partía la muñeca izquierda, los extremos rotos de los huesos se machacaron y retorcieron de forma imposible antes que, de repente, las manos insensibles soltaran los alfanjes, que salieron rodando y girando. La segunda hoja del cazador debería haberlo partido por la mitad, pero en lugar de eso se estrelló contra el mandoble de Harllo. Ambas armas se hicieron pedazos. Harllo sufrió una sacudida y el pecho y la cara lo rociaron todo de sangre entre una lluvia salvaje de fragmentos de hierro.

Un pie con garras y tres dedos golpeó a Rezongo. El capitán gruñó y salió despedido por el aire. El dolor le explotó en el cráneo cuando chocó con la mandíbula del

cazador y levantó de golpe la cabeza de la criatura con un crujido que rompía los huesos.

Aturdido, sin aliento, Rezongo cayó al suelo en un montón informe. Un peso enorme lo atrapó y unas garras le atravesaron la armadura y le perforaron la carne. Los tres dedos del pie de la bestia se aferraron a su pecho y partieron huesos, el capitán sintió que algo lo arrastraba. Las hojuelas de la armadura tintinearon y trapalearon antes de caerse cuando lo arrastraron por el polvo y la grava. Las hebillas retorcidas y los broches se clavaron en la tierra. Ciego, con los miembros meciéndose, Rezongo sintió las garras que se iban clavando cada vez más. Tosió y sintió la boca llena de sangre espumosa. El mundo se oscureció.

Notó que las garras se estremecían, como si resonaran por un golpe inmenso. Después volvieron a levantarlo y lo lanzaron por el aire, volando. Chocó contra el suelo, rodó y se estrelló contra los radios destrozados de la rueda de un carruaje.

Sintió que se moría, supo que se moría. Se obligó a abrir los ojos, desesperado por ver el mundo por última vez, por ver algo, cualquier cosa que alejara esa abrumadora sensación de tristeza y confusión. *¿No podría haber sido repentino? ¿Instantáneo? ¿Por qué este desangrarse lento y aturdido? Dioses, hasta el dolor ha desaparecido, ¿por qué no la propia conciencia? ¿Por qué torturarme sabiendo lo que estoy a punto de rendir?*

Alguien estaba chillando, era el sonido de la muerte y Rezongo lo comprendió al instante. *Oh, sí, chilla y desafíalo, chilla de terror y de rabia, chíllale a esa red al tiempo que se cierra sobre ti. Oleadas de sonido que salen al mundo mortal, una última vez*. Los chillidos desaparecieron y quedó solo el silencio, salvo por el corazón vacilante que latía en el pecho de Rezongo.

Sabía que tenía los ojos abiertos, pero no veía nada. O bien había fallado el hechizo de luz de Korbal Espita o el capitán había encontrado su propia oscuridad.

Tropezaba, ese corazón. Se ralentizaba, se desvanecía como un caballo pálido que se alejara por un camino. Se iba, cada vez más y más desvaído…

Libro Segundo



Chimenea

La medianoche se acerca con frecuencia en el ocaso de mi vida, cuando vuelvo la vista atrás y contemplo todo aquello a lo que he sobrevivido. Las muertes de tantos que me importaban y a los que amaba con todo mi corazón han suprimido toda sensación de gloria de mis pensamientos. Haber escapado de todos esos destinos aleatorios ha perdido todo su triunfo.

Sé que me has visto, amigo mío, el rostro arrugado y la mirada callada, las frías calcificaciones que ralentizan mi paso amargo mientras recorro los últimos años, recubierto de oscuridad, como todos los ancianos, perseguido por los recuerdos…

El camino que tienes ante ti
Jhorum de Capustan

Capítulo 7



Y todos los que querrían recorrer los campos
cuando el Jabalí del Verano se pasea
con cascos que retumban al ritmo de los tambores,
y el bosque de Hierro converge
en el choque inevitable que le tiene preparado el destino, todos,
todos son como niños, como niños una vez más.

La revelación de Fener
Destriant Dellem (¿n?)

Nacido en un mar oscuro como el vino especiado, el viento cruzaba gimiendo el campo costero de la muerte y rodeaba la Guardia Oriental en su colina baja sembrada de ladrillos, donde la luz leve de un farol rielaba entre las contraventanas trabadas de la fortaleza. La voz del viento incrementaba su volumen al subir por las murallas sin argamasa de la ciudad y lanzaba espuma salada contra sus piedras gastadas y redondeadas. Después se alzaba, y el aliento de la noche llegaba hasta las almenas y barría los merlones y los adarves antes de bajar a las calles curvadas y onduladas de Capustan, donde no se movía ni un alma.

En el parapeto de la torre de la esquina que se cernía sobre el antiguo cuartel, Karnadas se enfrentaba a la tormenta, solo; su manto de piel de jabalí se agitaba como un látigo con las salvajes ráfagas. Aunque el arco montado del parapeto protegía el acceso del sureste, desde su

posición podía vislumbrar, a cuatrocientos metros al norte por la muralla, el objeto de su más fiera atención.

El palacio del príncipe Jelarkan, un edificio siniestro que semejaba un acantilado y que no se parecía a ninguna otra construcción de Capustan. Carente de ventanas, aquella estructura de piedras grises se alzaba en un caos de planos, ángulos, aleros y cornisas aparentemente sin sentido. Se levantaba muy por encima de la muralla lateral que se asomaba a la costa, y el mercenario vio en su mente enormes peñascos que se arqueaban hacia él desde el campo de la muerte que había detrás de las murallas, peñascos que se estrellaban contra sus costados y convertían el edificio en una ruina.

Poco digno de ti. ¿Dónde reside el consolador conocimiento del inmenso y cíclico barrido de la historia, el flujo y reflujo de las guerras y la paz? La paz es el momento de aguardar la guerra. Un momento de preparación, o un momento de ignorancia deliberada, ciegos, protegidos por anteojeras y parloteando tras muros de seguridad.

En el palacio, la espada mortal Brukhalian estaba enfangada en otra reunión más con el príncipe y media docena de representantes del Consejo de Máscaras. El comandante de las Espadas Grises soportaba tales maratones de marañas con lo que a Karnadas le parecía una paciencia sobrehumana. *Yo jamás habría aguantado este baile de picaduras de arañas, no durante tanto tiempo, no noche tras noche, no durante semanas enteras. Con todo, es extraordinario lo que se puede conseguir cuando los debates se enconan. Cuántas de las propuestas de la espada mortal (y del príncipe Jelarkan) se han puesto ya en práctica mientras continúan las disputas incesantes y esos cabrones enmascarados pronuncian sus listas de objeciones en total ignorancia. Ya es demasiado tarde, idiotas, ya*

hemos hecho lo que hemos podido… para salvar vuestra maldita ciudad.

En su mente se alzó la máscara pintada y articulada del único sacerdote del Consejo con el que él y su compañía deberían haber podido contar como aliado. Rath'Fener hablaba en nombre del Jabalí del Verano, el dios patrón de las Espadas Grises. *Pero la ambición política te consume, al igual que a tus rivales del Consejo. Te arrodillas ante el colmillo ensangrentando del verano y sin embargo… ¿acaso no es más que una mentira?*

El viento aulló, la única respuesta a la silenciosa pregunta planteada por Karnadas. Un relámpago iluminó las nubes que se agitaban sobre la lejana bahía. Rath'Fener era uno de los sacerdotes del rango del Cetro, un veterano de la política de los templos y por tanto en la cúspide de lo que podía alcanzar un mortal dentro de los sagrados muros de Fener. *Pero el Jabalí del Verano no es un dios civilizado. Rangos, órdenes y túnicas con broches de marfil… pompa secular, pequeños juegos de arrogancia que persiguen el poder mundano. No, no debo impugnar a Rath'Fener con preguntas sobre su fe, sirve a nuestro dios a su manera*.

El Jabalí del Verano era la voz de la guerra. Oscuro y horrendo, tan antiguo como la propia humanidad. La canción de la batalla, los gritos de los moribundos y los vengativos, la música discordante y estrepitosa de las armas de hierro, de los escudos que resuenan con los golpes, de las flechas y virotes que pasan siseando… *Y perdónanos a todos, la voz crece hasta convertirse en un rugido. No es el momento de ocultarse tras los muros del templo. Ni el momento de políticas absurdas. Servimos a Fener recorriendo la tierra empapada e hirviente, con las armas desnudas en una promesa de azogue. Somos los choques y el estruendo, los bramidos de rabia, el dolor y el terror*…

Rath’Fener no era el único sacerdote del Jabalí de la ciudad que había alcanzado el rango del Cetro. Pero había una diferencia: mientras que Rath’Fener poseía la ambición (pretendía arrodillarse ante el manto del jabalí y asumir con humildad el antiguo título de destriant, vacante durante tanto tiempo), Karnadas ya lo había logrado.

Karnadas podía poner a Rath’Fener en su sitio con solo desvelar su propia posición en la jerarquía mortal. *¿En su sitio? Podría destituir al muy cabrón con un solo gesto*. Pero Brukhalian le había prohibido efectuar tan dulce descubrimiento. Y no se podía influir en la espada mortal. El momento no era el más favorable, le había dicho, el fruto sería una moneda de muy poco valor. *Paciencia, Karnadas, llegará el momento*…

Algo nada fácil de aceptar.

—¿Es una noche propicia, destriant?

—Ah, Itkovian, no te veía ahí, en la oscuridad. Esta noche es la tormenta del Jabalí. Bueno, ¿cuánto tiempo llevas ahí, yunque del escudo? *—¿Cuánto tiempo, a ese modo frío y cerrado tuyo, llevas mirando a tu sumo sacerdote? ¿Cuándo, Itkovian, hombre de modos funestos, desplegarás alguna vez tu verdadero yo?*

No había forma de leer la expresión del hombre en medio de la oscuridad.

—Solo unos momentos, destriant.

—¿Te elude el sueño, señor?

—No cuando lo busco.

Al mirar la cota de malla azul del yunque del escudo, la capa de lluvia gris, los guanteletes hasta la muñeca, resbaladizos y negros por la lluvia, Karnadas asintió poco a poco.

—No me había dado cuenta que faltaba tan poco para el amanecer. ¿Anticipas una ausencia larga?

Itkovian se encogió de hombros.

—No, suponiendo que hayan cruzado de verdad en masa. Yo debo limitarme a liderar dos alas, en cualquier caso. Pero, si acaso nos encontráramos con algo más que grupos de avanzadillas, entonces se darán los primeros golpes contra el Dominio.

—Al fin —dijo el destriant con una mueca cuando otra ráfaga de viento recorrió la almena.

Reinó el silencio durante unos momentos.

Después, Karnadas se aclaró la garganta.

—¿Entonces qué es lo que te ha traído aquí, si me permites preguntar, yunque del escudo?

—La espada mortal ha regresado de su última reunión y desea hablar contigo.

—¿Y nos ha aguardado con paciencia mientras nosotros charlábamos?

—Es de imaginar, destriant.

Los dos espadas grises se volvieron hacia la escalera de caracol de la torre. Descendieron por los escalones pintados y resbaladizos entre arroyos que chorreaban por las paredes de piedra. En el tercer rellano ya podían verse el aliento. Hasta la llegada de la compañía, el cuartel había estado prácticamente deshabitado durante casi un siglo. El frío que se había filtrado por los gruesos muros de la antigua fortaleza desafiaba cualquier esfuerzo por disiparlo. Entre las estructuras más importantes de Capustan, precedía a la fortaleza Daru (bautizada de nuevo como salón del vasallaje y hogar del Consejo de Máscaras) y a todas las demás construcciones, con la excepción del palacio del príncipe Jelarkan. *Y ese palacio no fue levantado por manos humanas, desde luego que no. Lo juraría por la joroba erizada del Fener*.

Al llegar al piso bajo, Itkovian abrió la puerta que, entre chirridos, llevaba directamente al salón redondo del centro. Solo en aquella inmensa cámara, apenas amueblada, esperaba la espada mortal Brukhalian, inmóvil ante la chimenea y casi espectral a pesar de su altura y constitución formidables. Les daba la espalda a los dos recién llegados y su cabello largo, negro y ondulado estaba suelto y le caía hasta justo por encima de las caderas, recubiertas por un cinturón.

—Rath'Trake cree —dijo sin volverse y con voz profunda el comandante— que hay intrusos poco gratos en las llanuras del oeste de la ciudad. Apariciones demoníacas.

Karnadas se desabrochó el manto y se sacudió el agua de él.

—Rath'Trake, has dicho. Admito que no entiendo por qué el Tigre reclama de repente el estatus divino. Que el culto de un héroe primero haya conseguido abrirse camino en un Consejo de Templos…

Brukhalian se giró sin prisas y sus suaves ojos castaños se clavaron en el destriant.

—Una rivalidad indigna, señor. La Estación del Verano alberga más de una voz que clama por la guerra, ¿o querrías desafiar también a los fieros espíritus de los barghastianos y los rhivi?

—Los héroes primeros no son dioses —gruñó Karnadas mientras se frotaba la cara hasta que se desvaneció el entumecimiento producido por las gélidas ráfagas de viento —. Ni siquiera son espíritus tribales, señor. ¿Alguno de los otros sacerdotes ha apoyado la reivindicación de Rath'Trake?

—No.

—Eso me pareció…

—Claro que —continuó Brukhalian— tampoco están convencidos de que el Dominio Painita tenga intención de

asediar Capustan.

Karnadas cerró la boca de golpe. *Comprendido, espada mortal*.

La mirada de Brukhalian se posó en Itkovian.

—¿Has desplegado tus alas, yunque del escudo?

—Sí, señor.

—Sería absurdo, no te parece, señor —dijo la espada mortal—, desechar tales advertencias durante tu patrulla.

—No desecho nada, señor. Permaneceremos vigilantes.

—Como siempre, yunque del escudo. Puedes tomar ya el mando de tus alas, señor. Que los Colmillos Gemelos te protejan.

Itkovian se inclinó y después salió a zancadas de la sala.

—Y ahora, mi querido sacerdote —dijo Brukhalian—. ¿Estás seguro de esa… invitación tuya?

Karnadas sacudió la cabeza.

—No, no lo estoy. No puedo discernir la identidad del remitente, ni siquiera si su orientación es similar a la nuestra o contraria.

—¿Pero sigue aguardando respuesta?

—Sí, espada mortal, así es.

—Entonces enviemos una. Ya.

Karnadas abrió un poco más los ojos.

—Señor, quizás entonces deberíamos llamar a un mago, por si invitamos a un enemigo a nuestra morada.

—Destriant, se te olvida algo. Soy el arma del propio Fener.

Sí, pero ¿bastará eso?

—Como digas, señor. —Karnadas se dirigió a un espacio despejado de la cámara. Se remangó las mangas empapadas de la camisa y después hizo un gesto ligero con la mano izquierda. Un orbe de luz, pequeño y palpitante tomó forma delante del sacerdote—. Esta representación está en nuestro

idioma —dijo mientras volvía a estudiar la manifestación—. El lenguaje de la revelación de Fener, lo que insinúa cierto conocimiento de nuestra compañía y su inmortal benefactor. Hay un mensaje implícito en ese conocimiento.

—Que todavía tienes que determinar.

Un pequeño ceño apareció por un instante en el rostro curtido del destriant.

—He reducido la lista de posibilidades, espada mortal. Tal conocimiento sugiere arrogancia en el remitente o, quizá, nos ofrece una insinuación de hermandad.

—Expón la invitación, señor.

—Como ordenes. —Hizo otro gesto. El orbe se iluminó más y luego empezó a crecer, la luz se afinó y la esfera se hizo traslúcida. Karnadas dio un paso atrás para darle espacio e intentó contener su alarma ante el poder que transmitía semejante comunicación—. Señor, hay almas aquí dentro. No dos o tres, una docena, quizá más, pero están todas vinculadas a una sola. No he visto jamás nada parecido.

Una figura sentada con las piernas cruzadas fue tomando forma poco a poco dentro del orbe, era de piel oscura y enjuto y lucía una armadura ligera de cuero. La cara del hombre mostraba una expresión de sorpresa moderada. En el fondo, las dos espadas grises vieron las paredes interiores de una tienda pequeña de campaña. Ante el hombre había un brasero que le daba a sus ojos oscuros un brillo escabroso.

—Dirígete a él —le ordenó Brukhalian.

—¿En qué idioma, señor? ¿Nuestro elin nativo?

La figura ladeó la cabeza al oír el quedo intercambio.

—Ese es un dialecto poco práctico —dijo en daru—, siendo el daru como es su madre obvia. ¿Me entendéis?

Karnadas asintió.

—Sí, se parece lo suficiente al capan.

El hombre se irguió.

—¿Al capan? ¡Entonces he podido contactar! Estáis en Capustan, excelente. ¿Sois entonces los gobernantes de la ciudad?

El destriant frunció el ceño.

—¿No nos conoces? Tu… comunicación sugería cierto conocimiento de nuestra revelación…

—Ah, sí, bueno, ese tejido concreto de mis sendas tiene la particularidad de reflejar ante aquellos que se tropiezan con él, aunque solo entre sacerdotes, por supuesto, el objetivo que se pretendía alcanzar. ¿Supongo que sois del Consejo de los Templos de Capustan? ¿Cómo se llama…? ¿El Consejo de Máscaras, no?

—No —bramó Brukhalian—, no lo somos.

—Continuad, por favor, ahora sí que estoy intrigado.

—Me alegro de oírlo, señor —respondió la espada mortal al tiempo que se adelantaba—. Ha respondido a tu invitación el destriant Karnadas, que se encuentra a mi lado, a petición mía. Estoy al mando de las Espadas Grises…

—¡Mercenarios! ¡Por el aliento del Embozado! Si hubiera querido ponerme en contacto con un puñado de piratas con espadas subidos a la parra en los precios…

—Señor. —La voz de Brukhalian era dura, pero no alta—. Somos un ejército del Jabalí del Verano. Hemos jurado lealtad a Fener. Cada uno de los soldados a nuestras órdenes ha elegido este camino. Instruidos en las sagradas escrituras, bendecidos por la mano del destriant en nombre de los Colmillos. Sí, somos una compañía de… piratas con espadas. También somos nuestro propio templo, el número de nuestros acólitos supera con mucho los siete mil y ese número crece cada día.

—De acuerdo, de acuerdo, señor, entiendo. Espera, ¿dices que estáis creciendo? ¿La ciudad os ha dado licencia para aceptar a nuevos seguidores?

Brukhalian sonrió.

—Capustan todavía está a medio armar, señor. Quedan restos de sus orígenes tribales, y bastante peculiares que son. A las mujeres se les prohíbe practicar el arte de la guerra. El Jabalí del Verano, sin embargo, no tolera semejantes exclusiones arbitrarias…

—¿Y nadie dice nada? —rio el hombre.

—Nuestros nuevos acólitos no alcanzan más que los mil doscientos hasta la fecha. Dado que muchas hijas segundas y terceras son arrojadas a las calles de la ciudad, entre los gobernantes ninguno ha observado todavía el descenso de esos números. Y ya te he proporcionado suficiente a modo de presentación. ¿Quién eres, señor?

—Qué grosería por mi parte. Soy Adaephon Ben Delat. Para simplificar las cosas llamadme Ben el Rápido…

—¿Eres de Darujhistan? —preguntó Karnadas.

—Por el Embozado, no. Quiero decir, no, no lo soy. Estoy con… ejem, Caladan Brood.

—Llevamos oyendo ese nombre desde que llegamos al norte —dijo Brukhalian—. Un caudillo que dirige un ejército contra un imperio invasor.

—Bueno, ese imperio invasor ha… retirado sus intereses. En cualquier caso, estamos intentando hacer llegar un mensaje a los gobernantes de Capustan.

—Ojalá fuera tan sencillo —murmuró Karnadas.

La espada mortal asintió también.

—Entonces tendrás que elegir, señor. El Consejo de Máscaras y el príncipe Jelarkan de la ciudad comparten ese título. Hay un sinfín de facciones en el Consejo mismo y se ha producido cierta discordia. Las Espadas Grises responden

ante el príncipe. Nuestra tarea es sencilla, hacer que la toma de Capustan le salga demasiado cara al Dominio Painita. La expansión del Vidente se detendrá en las murallas de la ciudad y no irá más allá. Así pues, puedes entregarme a mí el mensaje de tu caudillo, y por tanto al príncipe. O puedes reanudar tus intentos de ponerte en contacto con el Consejo de Máscaras.

—Sospechábamos que sería complicado —suspiró Ben el Rápido—. No sabemos casi nada de vuestra compañía. O, más bien, no lo sabíamos. Tras este contacto ya no soy tan ignorante. —Los ojos del hombre se posaron en Karnadas—. Destriant. Para la revelación de Fener eso significa archisacerdote, ¿no? Pero solo en la palestra marcial, el templo del suelo santificado que es el campo de batalla. ¿El representante de Fener en el Consejo de Máscaras reconoce que lo superas en rango, como un tigre supera a un gato?

Karnadas hizo una mueca.

—Desconoce mi auténtico título, señor. Para ello hay ciertas razones. He de admitir que me impresiona tu conocimiento del sacerdocio de Fener. No, más que impresionado, estoy pasmado.

El hombre pareció estremecerse.

—Bueno, sí. Gracias. —Se volvió para estudiar a Brukhalian—. Tú eres la espada mortal del dios. —Después hizo una pausa y fue como si solo entonces comprendiera toda la trascendencia del título porque fue abriendo mucho los ojos—. Bueno, de acuerdo, creo que el caudillo aprobaría mi decisión de entregaros el mensaje a vosotros. De hecho, no me cabe ninguna duda. Bien. —Respiró hondo y reanudó su discurso—. Caladan Brood lidera un ejército que viene a aliviar a Capustan. El asedio, como estoy seguro que entendéis, no es solo inevitable, es inminente. Nuestro reto es llegar allí a tiempo…

—Señor —lo interrumpió Brukhalian con el ceño fruncido —, ¿qué tamaño tiene el ejército de Caladan Brood? Debes comprender que vamos a enfrentarnos a unos sesenta mil painitas, veteranos todos y cada uno de ellos. ¿Comprende el caudillo el torbellino en el que de forma tan generosa desea entrar en nuestro nombre?

—Bueno, no tenemos un número que iguale eso. Pero sí que traeremos —Ben el Rápido esbozó una gran sonrisa— unas cuantas sorpresas con nosotros. Bien, destriant, tenemos que reunirnos. He de avisar al caudillo y a sus oficiales. ¿Puedo sugerir que reanudemos esta conversación dentro de una campanada?

—Quizá sería mejor posponerla hasta la noche, señor —dijo Brukhalian—. Mis horas diurnas están bastante repletas, y transcurren en público. Al igual que las del príncipe Jelarkan.

Ben el Rápido asintió.

—Dos campanadas antes de próximo amanecer, entonces. —De repente miró a su alrededor—. Voy a necesitar una tienda más grande…

Un momento después se desvaneció. La esfera se contrajo una vez más y luego desapareció poco a poco tras un gesto de Karnadas. El destriant se volvió hacia Brukhalian.

—Qué inesperado.

—Tenemos que condicionar al príncipe —gruñó la espada mortal—. Quizás el ejército de este caudillo pueda hostigar un poco a las fuerzas sitiadoras, pero seguramente no logrará mucho más. Tenemos que conseguir que la visión de Jelarkan siga siendo realista… suponiendo que se lo digamos, claro.

No vamos a ganar esta guerra. No, nada de falsas esperanzas.

—¿Qué piensas de ese Ben el Rápido? —preguntó Brukhalian.

—Un hombre de muchos velos, señor. Un antiguo sacerdote de Fener, quizá. Su conocimiento era demasiado preciso.

—Muchas almas dentro de una sola, dijiste.

Karnadas se estremeció.

—Debo de haber cometido un error —dijo—. Quizás el ritual requería la ayuda de otros magos y fue a ellos a quienes percibí.

Brukhalian estudió a su sacerdote durante un buen rato, pero no dijo nada. Después de un momento, se giró.

—Pareces agotado, señor. Ve a dormir un poco.

Karnadas se inclinó con lentitud.

Cuando el hechizo se desvaneció, Ben el Rápido suspiró y miró a su derecha.

—¿Y bien?

Apoyado en la pared de la tienda de ese lado, Whiskeyjack se inclinó hacia delante para volver a llenar las copas con cerveza gredfaliana.

—Lucharán —dijo el barbudo—, al menos durante un tiempo. Ese comandante parece un pirata duro, pero podría ser todo alarde y nada de hierro; tiene que ser un hombre de negocios lo bastante perspicaz como para saber lo que valen las apariencias. ¿Cómo lo llamaste?

—Espada mortal. Pero no creo que lo sea. En otro tiempo, hace muchos años, era un título de verdad. Mucho antes de que la baraja de los Dragones reconociera el lugar que ocupan los caballeros en las Grandes Casas, el culto a Fener tenía los suyos. Estos tienen los mismos títulos, idénticos. Destriant… Por el aliento del Embozado, hace mil años que

no hay un destriant de verdad en el culto. Los títulos son solo para aparentar, Whiskeyjack…

—No me digas —lo interrumpió el comandante—. ¿Entonces por qué se lo ocultan al sacerdote de Fener del Consejo de Máscaras?

—Eh, bueno… Oh, es muy sencillo. Ese sacerdote sabría que es mentira, por supuesto. Ya ves, una respuesta fácil a tu pregunta.

—Una respuesta fácil, como tú dices. Pero ¿las respuestas fáciles son siempre las respuestas correctas, Ben?

El mago hizo caso omiso de la pregunta y se terminó la copa.

—En cualquier caso, yo contaría a las Espadas Grises como las mejores entre la recua de cosas que pululan por allí, pero eso no es mucho decir.

—¿Los engañó el contacto «accidental»?

—Creo que sí. Había elaborado el hechizo de modo que reflejara la naturaleza de la compañía, ya fuera codiciosa y rapaz, honorable o lo que fuera. Pero admito que no esperaba encontrar fe y piedad. Con todo, el hechizo se preparó para que fuera maleable, y lo fue.

Whiskeyjack se levantó e hizo una mueca cuando apoyó todo el peso en la pierna mala.

—Será mejor entonces que vaya a buscar a Brood y Dujek.

—A la cabeza de la columna, diría yo —dijo Ben el Rápido.

—Esta noche estás muy perspicaz —observó el comandante mientras salía.

Un momento después, cuando el sarcasmo de Whiskeyjack al fin se filtró por los pensamientos de Ben el Rápido, este frunció el ceño.

Al otro lado de la calle, enfrente de la puerta del cuartel y detrás de una antigua verja de bronce, había un cementerio que había pertenecido a una de las tribus fundadoras de Capustan. Las columnas encendidas de barro con sus incisiones en espiral (cada una contenía un cadáver erguido) se alzaban como los troncos de un bosque poblado en el corazón del cementerio, rodeadas por todas partes por las urnas de piedra más mundanas de los daru. La historia de la ciudad era un relato extraño y torturado y, entre la compañía, la tarea de Itkovian había sido averiguar su profundidad. El yunque del escudo de las Espadas Grises era un puesto que exigía tanto un conocimiento intelectual como una pericia militar. Si bien muchos considerarían las dos disciplinas como independientes una de la otra, la realidad era, de hecho, muy distinta.

A partir de la historia, la filosofía y la religión se llegaba a comprender la motivación humana y la motivación era lo que se encontraba en el fondo de la táctica y la estrategia. Del mismo modo que las personas se movían según unas pautas, así se movían también sus pensamientos. Un yunque del escudo debía predecir y anticipar y eso se aplicaba a las acciones en potencia tanto de aliados como de enemigos.

Solo una generación antes de la llegada de los pueblos daru del oeste, las tribus que habían fundado Capustan habían sido pueblos nómadas. *Y a sus muertos los dejan de pie. Libres para vagar en su mundo espiritual invisible*. Una movilidad incesante que todavía residía en las mentes de los capan, y dado que las comunidades daru no se mezclaban mucho, apenas se había diluido a pesar de las docenas de generaciones que ya habían vivido y muerto en la ciudad.

Con todo, buena parte de la historia de los primeros tiempos de Capustan seguía siendo un misterio e Itkovian se encontró reflexionando sobre lo poco que había podido averiguar de esos tiempos mientras llevaba las dos alas de jinetes por la amplia y empedrada calle que conducía a la explanada de Jelarkan y tras ella a la puerta principal, que daba al sur.

La lluvia comenzaba a amainar, la mancha acerada del amanecer se abría camino entre las nubes pesadas del este y el viento decaía en ráfagas intermitentes.

Los distritos que componían la ciudad se llamaban campamentos y cada campamento era un asentamiento inconfundible e independiente que solía ser circular y con un espacio abierto y privado en el eje central. Los espacios amplios e irregulares entre cada campamento formaban las calles de Capustan. Ese patrón cambiaba solo en la zona que rodeaba la vieja fortaleza Daru (que había cambiado el nombre por salón del vasallaje y albergaba al Consejo de Máscaras), un barrio que se llamaba y que representaba la única imposición daru de una red de calles.

Itkovian sospechaba que los campamentos habían sido en otro tiempo solo eso: campamentos tribales unidos por lazos familiares. Ubicados en las orillas del río Catlin, entre pueblos marineros, el lugar se había convertido en un centro de comercio, lo que alentaba el comportamiento sedentario. El resultado había sido una de las ciudades más extrañas que Itkovian había visto jamás. Explanadas amplias y abiertas y avenidas definidas por muros curvos; puestos aleatorios de arcilla de columnas funerarias; estanques rodeados de recintos de arena y, moviéndose entre los espacios serpenteantes de Capustan, ciudadanos daru y capan, los primeros conservando los estilos dispares y los ornamentos de su legado (no había dos que se vistieran

igual), mientras que los segundos, unidos por vínculos familiares, lucían los colores brillantes de sus linajes y creaban un flujo en las calles que contrastaba con fuerza con la arquitectura sencilla y sin pintar. *La belleza de Capustan yace en su pueblo, no en sus edificios*… Hasta los templos daru se habían inclinado ante el estilo arquitectónico local, más modesto. El efecto era el de un movimiento incesante que dominaba un entorno fijo y sencillo. Las tribus capan se celebraban a sí mismas, colores en un mundo incoloro.

Las únicas incógnitas en el escenario de Itkovian eran el viejo torreón que ocupaban en esos momentos las Espadas Grises y el palacio de Jelarkan. El viejo torreón lo habían construido manos desconocidas antes de la llegada tanto de los capan como de los daru y se había construido casi a la sombra del palacio.

La fortaleza de Jekarlan era una estructura que no se parecía a nada de lo que Itkovian hubiera visto jamás. Precedía a todo lo demás y su severa arquitectura era extraña, ajena y hostil. No cabía duda de que el linaje real de Capustan había decidido ocuparla por su imponente prominencia más que por alguna noción particular de su capacidad defensiva. Los muros de piedra eran peligrosamente delgados y la ausencia de ventanas o tejados planos hacía que en el interior estuvieran ciegos a todo lo que ocurría en el exterior. Y lo que era peor, no había más que una entrada, el acceso principal, una rampa amplia que llevaba a un patio. Los príncipes previos habían levantado garitas a ambos lados de la entrada y una pasarela a lo largo de los muros del patio. Las añadiduras al palacio en sí tenían la costumbre de derrumbarse, como si las fachadas de piedra del palacio se negaran a aceptar la argamasa por alguna razón y las paredes no se consideraran

lo bastante fuertes como para asumir cargas adicionales de naturaleza más substancial. En general, era un edificio curioso.

Tras atravesar la atestada puerta principal (áspero hierro negro y cuero oscuro entre arroyos de colores saturados), la tropa giró a la derecha, bajó un poco por el camino sur de caravanas y después abandonó ese camino y todo su tráfico en cuanto llegaron a la llanura abierta. Pusieron rumbo al oeste, dejaron atrás las pocas granjas de cabras, vacas y ovejas y los muros bajos de piedra que interrumpían el paisaje y se internaron en las praderas vacías.

Al tiempo que se adentraban en el continente, el cielo encapotado comenzó a despejarse hasta que en el descanso del mediodía (a catorce leguas de Capustan) el cielo ya era de un azul prístino. La colación fue breve y realizada con pocas palabras entre los treinta soldados. No se habían cruzado con nadie todavía, cosa que, dado que se acercaba el momento álgido de la temporada, no era habitual.

Cuando las Espadas Grises terminaron de guardar otra vez sus equipos, el yunque del escudo se dirigió a ellos por primera vez desde que dejaran el cuartel.

—Formación de ave raptora a medio galope lento. Escolta Sidlis, veinte cuerpos en cabeza. Que todo el mundo busque rastros.

Una soldado, una joven acólita y la única recluta de la compañía preguntó:

—¿Qué clase de rastros estamos buscando, señor?

Itkovian le respondió sin hacer caso de la falta de propiedad.

—De cualquier clase, soldado. Alas, monten ya.

Observó a los soldados, que se subieron a las sillas al unísono y en formación perfecta, salvo la recluta, que luchó un momento antes de asentarse y recoger las riendas.

Nunca se decía mucho en esa fase temprana del adiestramiento, la recluta o bien seguiría rápidamente el ejemplo impuesto por los soldados expertos o no se quedaría mucho tiempo en la compañía. La habían enseñado a montar con cierta pericia, a no caerse del caballo a medio galope y llevaba las armas y la armadura para acostumbrarse a su peso. El adiestramiento en el arte de empuñar esas armas llegaría después. Si las alas se encontraban envueltas en una escaramuza, dos veteranos protegerían a la recluta en todo momento.

En ese instante, el amo de la joven era su caballo. El castrado castaño sabía cuál era su lugar en la forma sinuosa del ala cuando adoptaba la formación de ave raptora. Si había problemas, también sabría lo suficiente como para apartar a su jinete del peligro.

Bastaba con que la recluta hubiera sido elegida para acompañar a la patrulla. «Adiestra al soldado en el mundo real» era uno de los lemas de la compañía.

Dispersos pero en formación, con Itkovian a la cabeza del ave raptora, la tropa continuó avanzando a medio galope lento. Una legua y después otra mientras el calor iba haciéndose cada vez más opresivo.

La ralentización repentina del ala norte reunió a los otros como si unas cuerdas invisibles ataran a todos los animales. Habían encontrado un rastro. Itkovian miró al frente y vio a la escolta Sidlis frenar su caballo, darle la vuelta y confirmar que tanto ella como su montura habían percibido el cambio de movimiento que se había producido tras ellos. La mujer mantuvo su posición y observó.

El yunque del escudo fue frenando y se acercó a los jinetes del flanco derecho.

—Informad.

—La recluta fue la primera en captar el rastro, señor —dijo el portavoz del ala—. La punta de una espiral. El patrón del descubrimiento subsiguiente sugiere una dirección noroeste. Algo erguido, sobre dos patas, señor. Grande. Con tres dedos y garras.

—¿Solo un juego de huellas?

—Sí, señor.

—¿Cuándo pasó?

—Pasó por aquí esta mañana, señor.

Una segunda mirada a Sidlis la hizo regresar con la tropa.

—Releva a la escolta, Nakalian. Buscamos este rastro y lo perseguimos.

—Señor —asintió el portavoz. Después dudó y dijo—: Yunque del escudo, el espacio entre las huellas es… inmenso. La criatura se mueve a gran velocidad.

Itkovian miró al soldado a los ojos.

—¿A qué velocidad, señor? ¿Medio galope? ¿Galope?

—Es difícil saberlo con seguridad. Yo diría que al doble del medio galope, señor.

Al parecer hemos encontrado a nuestra aparición demoníaca.

—Arqueros, en cabeza. Todos los demás salvo Torun, Farakalian y la recluta, lanzas en la mano. Los soldados nombrados, saquen espirales.

Con Nakalian en cabeza las alas partieron de nuevo, los jinetes de los extremos con flechas dispuestas en los arcos cortos y curvos. Torun y Farakalian cabalgaban a ambos lados del yunque del escudo, con lazos y espirales de cuerda en la mano.

El sol se iba arrastrando por el cielo. Nakalian los mantenía sobre el rastro sin mucha dificultad, las huellas dibujaban una línea recta hacia el noroeste. Itkovian tuvo ocasión de ver él mismo las impresiones dejadas en la tierra

dura. Para haber producido semejantes pisadas, tan profundas, obviamente debía tratarse de un animal enorme. Dada su velocidad, el yunque del escudo sospechó que jamás alcanzarían a la criatura.

A menos, por supuesto, añadió Itkovian en silencio mientras observaba a Nakalian tirar de repente de las riendas en la cima de una pequeña elevación que había delante, *que la bestia decida parar y esperarnos*.

La tropa ralentizó el paso y todos los ojos se clavaron en el soldado que iba en cabeza. La atención de Nakalian se había fijado en algo que solo él distinguía. Había sacado la lanza, pero no se estaba preparando para cargar. Su caballo se removía inquieto bajo él y cuando Itkovian y los otros se acercaron, el yunque del escudo pudo apreciar el miedo del animal.

Llegaron a la elevación.

Ante ellos se extendía una cuenca, la hierba pisoteada y esparcida en una amplia ringlera (el paso reciente de un rebaño de bhederin salvajes) cortaba en diagonal la llanura. En el centro, a una distancia de al menos ciento setenta metros, se alzaba una criatura de piel gris, dos patas, cola larga y con un morro con dos filas de colmillos irregulares. Unas espadas de filo ancho destellaban en los extremos de los brazos. La criatura los estaba observando, inmóvil, con la cabeza, el torso y la cola casi horizontales y equilibrado sobre las dos patas.

Itkovian entrecerró los ojos, que se convirtieron en meras ranuras.

—Calculo —dijo Nakalian a su lado— unos cinco latidos para cubrir la distancia que nos separa, yunque del escudo.

—Pero no se mueve.

—Con esa velocidad, señor, no le hace falta molestarse.

Hasta que decida hacerlo, en cuyo momento lo tenemos sobre nosotros. Será mejor que pongamos a prueba las habilidades de esta aparición.

—Escojamos nosotros el momento, señor —dijo Itkovian —. Lanceros, golpead a la bestia por abajo y dejad las armas dentro, obstruidle las patas, si podéis. Arqueros, id a por los ojos y el cuello. Metedle una por la garganta también si se presenta la oportunidad. Un pase escalonado y evasión aleatoria una vez que hayáis plantado las armas, después sacad las espadas. Torun y Farakalian —sacó la espada larga —, vosotros, conmigo. Muy bien, medio galope a galope en cincuenta, antes si la bestia reacciona.

Las alas se adelantaron y bajaron la suave colina con las lanzas en equilibrio.

La criatura siguió al acecho sin moverse. Cuando quedaban ochenta y cinco metros entre ellos, levantó las hojas poco a poco y bajó la cabeza lo suficiente como para que los jinetes vieran las crestas de los hombros tras lo que era, con toda claridad, una especie de casco.

A los sesenta metros, la criatura giró en redondo para contemplarlos con las espadas a los lados y la cola crispada.

En las puntas, los arqueros se alzaron en los estribos, tensaron las cuerdas de los potentes y achaparrados arcos, los sostuvieron inmóviles durante un buen rato y después los soltaron.

Las flechas convergieron en la cabeza de la criatura. Unas puntas llenas de púas se hundieron en las cuencas negras de los ojos. Aparentemente indiferente a las flechas enterradas en su cuerpo, la bestia dio un paso adelante.

Cuarenta metros. Una vez más vibraron las cuerdas de los arcos. Varios astiles le sobresalieron por cada lado del cuello. Los arqueros hicieron girar las monturas para mantener la

distancia del pase. Los caballos de los lanceros estiraron los cuellos, había comenzado la última carga.

Cegada pero no ciega. No veo sangre. Fener, revélame la naturaleza de este demonio. Una orden para evadir…

La criatura se lanzó hacia delante a una velocidad increíble. De inmediato estuvo entre las Espadas Grises. Las lanzas lo ensartaron desde todos lados y después destellaron las enormes hojas. Chillidos. Sangre que volaba en chorros. Itkovian vio la grupa de un caballo que se hundía delante de él y la pierna derecha del soldado, con el pie todavía en el estribo, cayendo hacia fuera. Sin poder comprenderlo, observó la grupa (las patas pataleaban de modo espasmódico) que se giró en redondo y reveló que la mitad frontal del caballo había desaparecido. La columna partida, filas curvadas de cabos de costillas, intestinos que caían, sangre que chorreaba de la carne roja.

Su propio caballo saltó por el aire para esquivar los restos del animal.

Una lluvia carmesí salpicó la cara del yunque del escudo cuando las inmensas fauces de la criatura, tachonadas de flechas, intentó morderle. El yunque se inclinó a la derecha, apenas consiguió eludir los colmillos salpicados de carne y lanzó una cuchillada salvaje del revés con la espada larga al pasar. La hoja chocó contra una armadura.

En pleno salto, su caballo relinchó cuando algo lo atrapó por detrás. Se lanzó a tierra sobre las patas delanteras y todavía enloquecido, consiguió dar unos pasos tambaleantes antes de que las ancas se hundieran detrás de Itkovian. El yunque supo que algo horrible explicaba el horrendo tropezón de la bestia; sacó el cuchillo de caza, se inclinó hacia delante y abrió la yugular del animal de una sola cuchillada. Después, se libró de los estribos de una

patada y se inclinó hacia delante y a la izquierda al tiempo que tiraba de la cabeza del caballo moribundo a la derecha.

Los dos chocaron contra el suelo y se apartaron rodando.

Tras completar la caída agachado, Itkovian le lanzó una mirada a su caballo y vio al animal pataleando en el aire. Las dos patas traseras terminaban justo por encima de los espolones. Le habían rebanado ambos cascos. El animal muerto no tardó en quedarse quieto.

Los cuerpos de monturas y soldados yacían a ambos lados de la criatura, que en ese momento se volvía sin prisas para mirar a Itkovian. La sangre y las vísceras le pintaban los brazos largos y correosos. El cabello castaño manchado de rojo de una mujer se había quedado enganchado en gruesos mechones entre los colmillos salpicados de la bestia.

Entonces Itkovian vio los lazos. Ambos colgaban sueltos, uno alrededor del cuello de la criatura y el otro en la parte de arriba de la pata derecha.

La tierra tembló cuando el demonio dio un paso hacia el yunque del escudo. Itkovian levantó la espada larga.

Cuando la bestia alzó un pie de tres dedos para completar otra zancada, las dos cuerdas se tensaron, la del cuello a la izquierda y la de la pata a la derecha. Los dos tirones salvajes y calculados a la perfección desde lados contrarios lanzaron al aire a la criatura. El movimiento le arrancó la pata desde la cadera con un chasquido áspero, al mismo tiempo que la cabeza se separaba del cuello con un sonido idéntico e igual de enfermizo.

El torso y la cabeza golpearon la tierra con un golpe seco, pesado, que fracturó varios huesos.

No hubo más movimientos. La bestia estaba muerta.

Con un temblor repentino, Itkovian se levantó poco a poco.

Torun se había llevado tres jinetes con él. Farakalian había hecho lo mismo. Las cuerdas se enrollaban alrededor del pomo de cada silla, la fuerza de aquel repentino y explosivo tirón (cuatro caballos de guerra a cada lado) había conseguido lo que no habían hecho las armas.

El par de arqueros se acercó a caballo al yunque del escudo. Uno le tendió un brazo.

—Rápido, señor, el estribo tiene espacio.

Itkovian se agarró a la muñeca que le tendían sin hacer preguntas y se montó detrás del jinete con un movimiento fluido. Y vio lo que se acercaba.

Cuatro demonios más a trescientos cincuenta metros de distancia y acercándose a la velocidad de unas rocas despeñándose por una montaña.

—No vamos a dejarlos atrás.

—Sí, señor.

—Así que nos dividimos —dijo Itkovian.

El jinete espoleó su montura para ponerla al galope.

—Sí, señor. Somos los más lentos, Torun y Farakalian entablarán combate para darnos tiempo…

El caballo viró de repente bajo ellos. Al cogerlo desprevenido, la cabeza del yunque del escudo se echó hacia atrás e Itkovian cayó de la silla. Chocó con el compacto suelo y se quedó sin aliento, después rodó, aturdido, y terminó deteniéndose contra un par de piernas duras como el hierro.

Parpadeando, entre jadeos, Itkovian se encontró mirando a un cadáver achaparrado y vestido con pieles. El rostro marchito y de color marrón oscuro que había bajo un tocado con cuernos se inclinó hacia abajo. Unas cuencas envueltas en sombras lo estudiaron.

Dioses, menudo día.

—Tus soldados se acercan —dijo con voz ronca la aparición, hablaba en elin—. De este combate… quedáis relevados.

El arquero seguía luchando con su sobresaltado caballo entre maldiciones, después siseó, sorprendido.

El yunque del escudo frunció el ceño y miró a la figura no muerta.

—¿Quedamos relevados?

—Contra los no muertos —dijo el cadáver— se alza un ejército de lo mismo.

A lo lejos, Itkovian oyó los ruidos de la batalla, no gritos sino solo el estrépito de las armas, incesante y creciente. Rodó de lado con un gemido. Empezaba a dolerle la nuca y las oleadas de náuseas lo sacudían entero. Apretó los dientes y se incorporó.

—Diez supervivientes —comentó la figura que se alzaba sobre él—. Lo hicisteis bien… para ser mortales.

Itkovian se quedó mirando la cuenca. Un ejército de cadáveres idéntico al que tenía al lado rodeaba a los demonios, de los cuales solo dos permanecían de pie. La batalla alrededor de aquellas dos criaturas era horrible de presenciar. Trozos de los guerreros no muertos volaban en todas direcciones, pero seguían llegando, enormes espadas de pedernal partían a los demonios y los trinchaban allí mismo. Media docena de latidos más tarde terminó la lucha.

El yunque del escudo calculó que al menos sesenta de los guerreros vestidos de pieles habían sido destruidos. Los otros continuaban dándoles tajos a las bestias caídas, iban bajando cada vez más a medida que los trozos que quedaban iban siendo más y más pequeños. Mientras miraba, un torbellino de polvo revoloteó en las laderas de la colina en todas direcciones: más guerreros no muertos con sus armas de piedra. Un ejército inmóvil bajo el sol.

—No sabíamos que los k’chain che’malle habían regresado a estas tierras —dijo el cadáver envuelto en cuero.

Los soldados que le quedaban a Itkovian se acercaron con gesto tenso, empujados a un silencio cauto por las conjuraciones que se alzaban por todos lados.

—¿Quiénes sois? —preguntó Itkovian con tono sordo.

—Soy el invocahuesos Pran Chole, de los kron t’lan imass. Hemos venido a la reunión. Y, según parece, a la guerra. Creo, mortal, que nos necesitáis.

El yunque del escudo miró a sus diez soldados supervivientes. La recluta estaba entre ellos, pero no sus dos guardianes. *Veinte. Soldados y caballos. Veinte… que se han ido*. Examinó las caras que se habían dispuesto ante él y asintió poco a poco.

—Sí, Pran Chole, os necesitamos.

El semblante de la recluta era del tono de un pergamino descolorido. Se sentó en el suelo con los ojos desenfocados y salpicada de la sangre de uno o de los dos soldados que habían entregado la vida para protegerla.

Itkovian se quedó a su lado sin decir nada. Sospechaba que la brutalidad del combate bien podría haber acabado con la recluta capan. Se suponía que el servicio activo tenía que aguzar las habilidades, no destruir. El yunque del escudo había subestimado al enemigo y eso había convertido el futuro de aquella joven en un mundo de cenizas. Dos muertes súbitas que la perseguirían durante el resto de sus días. Y no había nada que Itkovian pudiera hacer, o decir, para aliviar el dolor.

—Yunque del escudo.

Itkovian la miró, sorprendido de que hablara y maravillado por la dureza de aquella voz.

—¿Recluta?

La joven miró a su alrededor, entrecerró los ojos y estudió las legiones de guerreros no muertos que se alzaban en filas desiguales, inmóviles, por todas partes.

—Hay miles.

Figuras espectrales, que se yerguen sobre las hierbas leonadas de la llanura, fila tras fila. Como si la propia tierra los hubiera expulsado de su seno.

—Sí. Calculo que bastantes más de diez mil. T'lan imass. Nos han llegado historias de estos guerreros —*historias que me resultaron difíciles de comprender*—, pero este representa nuestro primer encuentro, y muy oportuno, por cierto.

—¿Regresamos ya a Capustan?

Itkovian sacudió la cabeza.

—No todos. No de inmediato. Hay más de esos k'chain che'malle en esta llanura. Pran Chole, el desarmado, una especie de sumo sacerdote o chamán, ha sugerido un ejercicio conjunto y yo lo he aprobado. Guiaré a ocho miembros de la tropa al oeste.

—Un cebo.

Itkovian alzó una ceja.

—Exacto. Los t'lan imass viajan sin que nadie los vea y por tanto nos rodearán en todo momento. Si permanecieran visibles en esta caza, es probable que los k'chain che'malle los evitaran, al menos hasta que se hubieran reunido en tal número como para poder desafiar al ejército entero. Es mejor acabar con ellos de dos en dos y de tres en tres. Recluta, voy a ponerte una escolta de un soldado para que regreses de inmediato a Capustan. Hay que entregar un informe a la espada mortal. Os acompañará a los dos, invisible, un pelotón selecto de t'lan imass. Emisarios. Se me ha

asegurado que no hay ningún k'chain che'malle entre este lugar y la ciudad.

La mujer se levantó poco a poco.

—Señor, un único jinete serviría igual de bien. Me envías a Capustan para ahorrarme… ¿qué? ¿Para evitar que vea a los k'chain che'malle despedazados por estos t'lan imass? Yunque del escudo, no hay piedad ni compasión en esa decisión.

—Parece —dijo Itkovian mientras miraba el inmenso ejército que se había reunido a su alrededor— que no te hemos perdido, después de todo. El Jabalí del Verano desprecia la obediencia ciega. Nos acompañarás, por tanto, señora.

—Gracias, yunque del escudo.

—Recluta, confío que no te engañes y creas que presenciar la destrucción de más k'chain che'malle va a silenciar los gritos de tu interior. A los soldados se les entrega una armadura para la carne y los huesos, pero deben elaborarse ellos solos otra para el alma. Trozo a trozo.

La mujer se miró la sangre que le salpicaba el uniforme.

—Ya ha empezado.

Itkovian se quedó callado un momento y estudió a la recluta que tenía a su lado.

—Los capan son un pueblo idiota al negarle la libertad a sus mujeres. Tengo la prueba viva delante.

La mujer se encogió de hombros.

—No soy la única.

—Ocúpate de tu caballo, soldado. Y pídele a Sidlis que se reúna conmigo.

—Señor.

Itkovian la observó encaminarse hacia los caballos que esperaban y los soldados supervivientes de las alas, los cuales se habían reunido alrededor de sus monturas para

comprobar cinchas, correas, avíos y equipo. La recluta fue con los suyos y habló con Sidlis, que asintió y se acercó al yunque del escudo.

Pran Chole se aproximó al mismo tiempo.

—Itkovian, ya hemos elegido. Los emisarios de Kron están dispuestos y aguardan a tu mensajero.

—Comprendido.

Llegó Sidlis en ese momento.

—¿Capustan, yunque del escudo? —preguntó la mujer.

—Con una escolta invisible. Informa directamente a la espada mortal y al destriant. En privado. Los emisarios t'lan imass deben hablar con las Espadas Grises y con nadie más, al menos de momento.

—Señor.

—Mortales. —Pran Chole se dirigió a ellos con tono inexpresivo—. Kron ha ordenado que os informe de ciertos detalles. Estos k'chain che'malle son lo que en otro tiempo se conoció con el nombre de cazadores k'ell. Hijos elegidos de una matriarca, criados para la batalla. Sin embargo, son no muertos y lo que los controla oculta bien su identidad, en algún punto del sur, creemos. Los cazadores k'ell surgieron de unas tumbas situadas en el lugar del desgarro, en Alborada. No sabemos si los mapas actuales de esta masa continental conocen ese sitio por sus nombres ancestrales…

—Alborada —asintió Itkovian—. Al sur de la llanura Lamatath, en la costa oeste y justo al norte de la isla en la que moran los seguleh. Nuestra compañía procede de Elingarth, que limita con la llanura Lamatath al este. Si bien no sabemos de nadie que haya visitado Alborada, el nombre se ha copiado de los mapas más antiguos y por tanto permanece. La interpretación general es que allí no hay nada. Nada en absoluto.

El invocahuesos se encogió de hombros.

—Los túmulos estarán muy desgastados, me imagino. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que visitamos el desgarro. Los cazadores k'ell bien podrían estar bajo el mando de su matriarca, creemos que al fin se ha abierto paso y se ha librado de su prisión. Ese es, pues, el enemigo al que os enfrentáis.

El yunque del escudo frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—La amenaza del sur procede de un imperio llamado el Dominio Painita, regido por un Vidente, un hombre mortal. Los informes sobre esos k'chain che'malle son nuevas recientes, mientras que la expansión del Dominio Painita lleva desarrollándose ya unos años. —Respiró hondo para decir algo más y después se quedó callado al darse cuenta que más de diez mil rostros marchitos y no muertos se habían vuelto hacia él. Se le secó la boca como si fuera de pergamino y de repente se le disparó el corazón.

—Itkovian —dijo Pran Chole con voz ronca—, esa palabra, «painita». ¿Tiene un significado concreto entre los nativos?

El yunque sacudió la cabeza, no confiaba en su propia voz.

—«Painita» —repitió el invocahuesos—. Una palabra jaghut. Un nombre jaghut.

A la caída de la tarde, Toc el Joven se sentó junto al fuego y su único ojo estudió a la enorme loba dormida que tenía a su lado. Baaljagg, *¿cómo la había llamado Tool? Una ay*; tenía un rostro más largo y estrecho que los lobos grises que el explorador recordaba haber visto en el bosque de Perronegro, a cientos de leguas al norte. En el lomo, la criatura que tenía a su lado tenía dos, quizá tres palmos más que aquellos formidables lobos del norte. Frente caída, orejas pequeñas y caninos que rivalizaban con los de un

león o un oso de las llanuras. Aunque de músculos amplios, el animal tenía, no obstante, una constitución que sugería tanto velocidad como resistencia. Una muerte rápida o una persecución capaz de devorar leguas y leguas, *Baaljagg* parecía capaz de ambas cosas.

La loba abrió un ojo y lo miró.

—Se supone que tenías que estar extinta —murmuró Toc—. Desaparecida del mundo desde hace cien mil años. ¿Qué estás haciendo aquí?

La ay era la única compañía del explorador. Lady Envidia había decidido dar un rodeo por su senda y dirigirse al noroeste, a ciento veinte leguas de distancia, a la ciudad de Callows, para reponer provisiones. *¿Provisiones de qué? ¿Aceite de baño?* No le convencía mucho la justificación, pero ni siquiera su naturaleza suspicaz le dio pista alguna sobre las auténticas razones de la dama. Se había llevado al perro, *Garath*, con ella además de a Mok. *Supongo que no hay problema en dejar a Senu y Thurule. Tool los había dejado en paz a los dos, después de todo. Sin embargo, ¿qué era lo bastante importante como para hacer que Envidia incumpliera su propia regla de un mínimo de tres sirvientes?*

Tool se había desvanecido entre un torbellino de polvo media campanada antes, rumbo a otra cacería. Los dos seguleh que quedaban no estaban de un humor muy generoso y no se dignaron a entablar conversación con aquel malazano sin rango. Permanecían alejados, a un lado. *¿Contemplando el atardecer? ¿Relajándose firmes como baquetas?*

Se preguntó qué estaría pasando mucho más al norte. Dujek había decidido marchar sobre el Dominio Painita. Una nueva guerra contra un enemigo desconocido. La hueste de Unbrazo era la familia de Toc, o al menos lo que pasaba por

familia para un niño nacido en un ejército. El único mundo que conocía, después de todo. Una familia perseguida por los chacales del desgaste. ¿En qué clase de guerra se estaban metiendo? ¿Batallas inmensas y arrolladoras, o el ritmo arrastrado de los bosques disputados, las cordilleras recortadas y los asedios? Toc contuvo otra oleada de impaciencia, una marea que había ido creciendo en su interior cada día transcurrido en aquella planicie interminable, creciendo y amenazando con romper las barreras que había levantado en su mente.

Maldito seas, Mechones, por mandarme tan lejos. De acuerdo, esa senda era caótica, igual que la marioneta que la usó conmigo. ¿Por qué tuvo que escupirme en Alborada? ¿Y se puede saber dónde se fueron todos esos meses? Había empezado a desconfiar de su fe en la casualidad y el desmoronamiento de esa fe lo dejaba con la sensación de no pisar tierra firme. *A Alborada y su senda herida… a Alborada donde un t'lan imass renegado yacía entre el polvo negro aguardando, no a mí, dijo, sino a lady Envidia. Y tampoco era ningún antiguo renegado t'lan imass cualquiera. Un t'lan imass que yo ya había visto antes. El único que había conocido. Y luego está la propia lady Envidia y sus malditos sirvientes seguleh y sus compañeros cuadrúpedos… eh, por ahí no vayas, Toc*.

En cualquier caso, ahora viajamos juntos. Al norte, donde cada uno de nosotros quiere estar. Qué suerte. ¿Qué feliz coincidencia?

A Toc no le hacía gracia la idea de que lo estuvieran utilizando, de que lo manipularan. Había visto lo que le había costado a su amigo, el capitán Paran. *Paran era más duro que yo, lo noté desde el principio. Había asumido los golpes, parpadeado y luego había seguido adelante. Tenía*

una especie de armadura oculta, algo en su interior que lo mantenía cuerdo.

Yo no, cielos. Como las cosas se pongan difíciles, es muy posible que me enrosque sobre mí mismo y empiece a gimotear.

Les echó un vistazo a los dos seguleh. Parecían tan poco dispuestos a hablar entre sí como con cualquier otro. *Del tipo fuerte y silencioso. Los odio. Antes no, pero ahora sí. Bueno... aquí estoy, en medio de ninguna parte y la única criatura verdaderamente cuerda que me hace compañía es una loba extinta*. Su mirada volvió a posarse una vez más en *Baaljagg*.

—¿Y dónde está tu familia, bestezuela? —preguntó en voz baja al tiempo que se encontraba con la mirada suave y castaña de la ay.

La respuesta llegó en forma de una explosión repentina, un torbellino de colores justo detrás de la cuenca del ojo perdido, colores que se asentaron en una imagen. Los suyos atacando a tres bueyes almizcleros, cazadores y cazados enfangados en medio del lodo, atrapados y condenados a morir. El punto de vista era bajo, justo detrás del pozo, rodeando la escena sin parar. Unos gimoteos llenaron la mente de Toc. Un amor desesperado sin respuesta. Un pánico que llenaba el aire frío.

La confusión de una lobezna.

La huida. Pasos errantes por marismas y arenales, pasos que cruzaban un mar moribundo.

Hambre.

Y después, de pie ante ella, una figura. Encapuchada, envuelta en lana negra tejida con tosquedad, una mano (cubierta de tiras de cuero hasta los propios dedos) que se tendía. Calor. Una sensación agradable. Una compasión palpable, un único roce de la frente inclinada de la criatura.

El roce, comprendió Toc, de un dios ancestral. Y una voz: *Ahora eres la última. La última de los tuyos y serás necesaria. Con el tiempo*…

Así pues, te prometo que te traeré… un espíritu perdido. Arrancado de su carne. Uno adecuado, por supuesto. Por esa razón, mi búsqueda puede ser larga. Paciencia, pequeña… y entre tanto, este don…

La cachorrita cerró los ojos y se hundió en un sueño instantáneo y se encontró con que ya no estaba sola. Recorría a grandes zancadas tundras inmensas en compañía de los suyos. Una eternidad de sueños cariñosos y repletos de alegría, un regalo amargado solo por las horas de vigilia, los años de vigilia, los siglos, los milenios pasados… en soledad.

Baaljagg, incontestada entre los ay del mundo soñado, madre reinante de un sinfín de hijos en una tierra intemporal. Sin falta de presas, sin malos tiempos. Figuras erguidas en los horizontes lejanos, apenas vistas y nunca cercanas. Primos con los que encontrarse de vez en cuando. Agkor de los bosques, bendales blancos, ay'tog de pelaje amarillo del lejano sur, nombres que habían hundido su significado en la mente inmortal de Baaljagg… *susurros eternos de esos ay que se habían unido a los t'lan imass, allí, en aquel entonces, en el momento de la reunión. Otra inmortalidad*…

Los ojos de la despierta y solitaria *Baaljagg* habían visto más del mundo de lo que se podía llegar a entender. Al fin, sin embargo, había llegado el regalo, el alma arrancada traída hasta la suya, donde se fundieron y con el tiempo se convirtieron en una. Y en eso, otra capa más de pérdida y dolor. La bestia buscaba ahora… algo. Algo parecido a… al desagravio…

¿Qué quieres de mí, loba? No, de mí no, no me lo pides a mí, ¿verdad? Se lo pides a mi compañero, el guerrero no muerto. Onos T'oolan. Era a él al que aguardabas mientras compartías tu compañía con lady Envidia. ¿Y Garath? *Ah, otro misterio… para otro momento*…

Toc parpadeó y su cabeza cedió hacia atrás cuando se rompió el vínculo. *Baaljagg* dormía a su lado. Aturdido, tembloroso, Toc miró a su alrededor en la oscuridad.

A una decena de metros permanecía Tool mirándolo con una brazada de liebres colgándole de un hombro.

Oh, Beru nos libre. ¿Lo ves? Blando por dentro. Demasiado blando para este mundo y todas sus capas de historias, sus tragedias interminables.

—¿Qué? —preguntó Toc, tenía la voz ronca—. ¿Qué es lo que quiere de ti esta loba, t'lan imass?

El guerrero ladeó la cabeza.

—El final de su soledad, mortal.

—¿Has… respondido?

Tool se giró y dejó las liebres en el suelo. Su voz, cuando habló, conmocionó al explorador con una tristeza pura.

—No puedo hacer nada por ella.

El tono frío y sin vida había desaparecido y por primera vez Toc vio algo de lo que se ocultaba tras aquella faz mortal y desecada.

—Jamás te he oído hablar con tanto dolor, Tool. No pensaba…

—Has oído mal —dijo el t'lan imass, su tono una vez más carecía de inflexión alguna—. ¿Has terminado los acabados de plumas para tus flechas, Toc el Joven?

—Sí, como me enseñaste. Están hechas, doce de las flechas más feas que he tenido el placer de poseer jamás. Gracias, Tool. Son atroces, pero estoy orgulloso de que sean mías.

Tool se encogió de hombros.

—Te servirán bien.

—Espero que tengas razón. —Se levantó con un gruñido —. Haré entonces la comida.

—Esa es tarea de Senu.

Toc miró con los ojos entrecerrados al t'lan imass.

—¿Vas a empezar tú también? Son seguleh, Tool, no sirvientes. Mientras lady Envidia no esté aquí, pienso tratarlos como compañeros de viaje y me sentiré honrado con su compañía. —Giró la cabeza y se encontró con los ojos de los dos guerreros clavados en él—. Aunque ellos no me hablen a mí.

Le quitó las liebres al t'lan imass y se agachó junto al fuego.

—Dime, Tool —dijo mientras empezaba a desollar a la primera de las criaturas—, cuando estás ahí fuera, cazando… ¿hay alguna señal de otros viajeros? ¿Estamos solos por completo en esta llanura Lamatath?

—No he visto señales de mercaderes u otros humanos, Toc el Joven. Rebaños de bhederin, antílopes, lobos, coyotes, zorros, liebres y algún que otro oso de las llanuras. Aves de presa y aves carroñeras. Serpientes varias, lagartos…

—Un auténtico zoológico —murmuró Toc—. ¿Entonces cómo es que cada vez que examino el horizonte, no veo nada? Nada. Ni bestias, ni aves siquiera.

—La llanura es inmensa —respondió Tool—. Además están los efectos de la senda Tellann que me rodea… aunque está muy debilitada en este momento. Alguien ha absorbido mi fuerza vital, casi hasta el punto del agotamiento. No me preguntes. Mis poderes Tellann, no obstante, desalientan a las bestias mortales. Las criaturas son dadas a esquivarme cuando pueden. Pero nos sigue una manada de ay'tog, lobos

de pelo amarillo, aunque siguen conteniéndose. Es posible que con el tiempo la curiosidad los venza.

La mirada de Toc volvió a posarse en *Baaljagg*.

—Recuerdos antiguos.

—Memorias del hielo. —Los ojos cavernosos del t'lan imass se habían clavado en el malazano—. Por esas y tus anteriores palabras, he de concluir que ha ocurrido algo, una vinculación de almas, entre la ay y tú. ¿Cómo?

—No sé nada de ninguna vinculación de almas —respondió Toc sin dejar de mirar a la loba dormida—. Me concedieron... visiones. Compartimos recuerdos, creo. ¿Cómo? No lo sé. Había emociones en su interior, Tool, suficientes para desesperar a cualquiera. —Después de un momento volvió a limpiar la escuálida criatura que tenía bajo sus manos.

—Todos los regalos tienen un filo.

Toc hizo una mueca mientras destripaba al animal.

—Un filo. Supongo. Estoy empezando a sospechar que hay cierta verdad en las leyendas, pierdes un ojo para recibir el don de la visión auténtica.

—¿Cómo perdiste el ojo, Toc el Joven?

—Un trozo ardiente de Engendro de Luna, una lluvia mortal cuando la Escalada estaba en pleno apogeo.

—Una piedra.

Toc asintió.

—Una piedra. —Después se detuvo y levantó la cabeza.

—Un obelisco —dijo Tool—. En la antigua baraja de las fortalezas se conocía como Menhir. Tocado por la piedra, mortal. —*Chen're aral lich'fayle*—. Ahí, en la frente. Te doy un nuevo nombre. Aral Fayle.

—No recuerdo haber pedido un nombre nuevo, Tool.

—Los nombres no se piden, mortal. Los nombres se ganan.

—Vaya, eso lo podrían decir los Abrasapuentes.

—Una antigua tradición, Aral Fayle.

Por el aliento del Embozado.

—¡Muy bien! —soltó de repente Toc—. Solo que no veo que me haya ganado nada.

—Se te envió a una senda del Caos, mortal. Sobreviviste (ya en sí mismo un acontecimiento poco probable) y recorriste el lento vórtice que lleva al desgarro. Después, cuando el portal de Alborada debería haberte llevado con él, lo cierto fue que te expulsó. Una piedra te ha arrancado uno de tus ojos. Y esta ay de aquí te ha elegido para compartir su alma. *Baaljagg* ha visto en ti una valía poco común, Aral Fayle…

—¡Pues sigo sin querer nombres nuevos! ¡Por el aliento del Embozado! —Toc estaba sudando bajo la armadura gastada y cubierta de polvo. Buscó con desesperación una forma de cambiar de tema, de alejar la conversación de su persona—. ¿Y qué significa el tuyo? Onos T’oolan, ¿de dónde sale eso?

—*Onos* es «hombre sin clan». *T’* es «roto». *Ool* es «nervado» mientras que *lan* es «pedernal» y, todo combinado, *T’oolan* significa «pedernal defectuoso».

Toc se quedó mirando al t’lan imass durante unos momentos.

—Pedernal defectuoso.

—Hay diferentes capas de significado.

—Me lo había imaginado.

—De un único núcleo se extraen las hojas y cada una busca su propia utilidad. Si hay venas o nudos de cristal ocultos dentro del núcleo, no se puede predecir la forma de las hojas. Cada golpe en el núcleo desprende trozos inútiles, se fractura por las junturas, se fractura con cada paso. Es

inútil. Eso fue lo que ocurrió con la familia en la que nací. Golpes inútiles, todos y cada uno.

—Tool, yo no veo ningún defecto en ti.

—En el pedernal puro, todas las arenas están alineadas. Todas miran en la misma dirección. Hay un mismo propósito. La mano que da forma a ese pedernal puede confiar en el resultado. Yo pertenecía al clan de Tarad. La confianza que Tarad depositó en mí se perdió. El clan de Tarad ya no existe. En la reunión, se eligió a Logros para que se pusiera al mando de los clanes nativos del Primer Imperio. Logros esperaba que mi hermana, una invocahuesos, pudiera contarse entre sus sirvientes, pero ella desafió el ritual y los t'lan imass de Logros quedaron debilitados. El Primer Imperio cayó. Mis dos hermanos, T'ber Tendara y Han'ith Iath, llevaron a los cazadores al norte y nunca regresaron. Ellos también fracasaron. Me eligieron primera espada, pero he abandonado a los t'lan imass de Logros. Viajo solo, Aral Fayle, y así pues cometo el mayor delito conocido entre mi pueblo.

—Espera un momento —objetó Toc—. Has dicho que te diriges a una segunda reunión, así que regresas con tu pueblo…

El guerrero no muerto no respondió, solo giró la cabeza poco a poco y miró al norte.

Baaljagg se levantó, se estiró y después se acercó sin ruido a Tool. La inmensa criatura se sentó e imitó la mirada silenciosa del t'lan imass.

Un escalofrío repentino atravesó a Toc el Joven. *Por el aliento del Embozado, ¿en qué nos estamos metiendo?* Miró a Senu y a Thurule. Los seguleh parecían observarlo.

—Supongo que tenéis hambre. Noto vuestra impaciencia contenida. Si queréis podría…

Rabia.

Fría, letal.

Inhumana.

Toc se encontró de repente en otro sitio, mirando a través de los ojos de una bestia, pero no de la ay, esa vez no. Y no eran imágenes antiguas sino de ese mismo momento, tras las cuales sobrevino una cascada de recuerdos. Un momento después, algo se tragó toda sensación de sí mismo y su identidad quedó barrida por la tormenta de los pensamientos de otra criatura.

Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que la vida encontró forma… con palabras, con conciencia.

Y ahora, demasiado tarde.

Los músculos se crisparon, se filtraba la sangre bajo la piel desgarrada y hendida. Tanta sangre que empapaba el suelo bajo su cuerpo, que manchaba la hierba en un rastro que subía arrastrándose sobre la pendiente de la colina.

Te arrastras, un viaje de regreso. Para encontrarte a ti mismo, ahora, al final ya. Y los recuerdos despertados…

Los últimos días, tanto tiempo atrás ya, habían sido caóticos. El ritual se había desplegado de forma inesperada, impredecible. La locura se apoderó de los soletaken. La locura hizo pedazos al más poderoso entre los suyos, partió uno y lo convirtió en muchos, el poder naciente y salvaje, sediento de sangre, que dio origen a los d'ivers. El Imperio se desgarraba.

Pero eso había sido mucho tiempo atrás, tanto tiempo atrás…

Soy Treach, uno de muchos nombres. Trake, el Tigre del Verano, las Garras de la Guerra. Cazador Silencioso. Estuve allí al final, uno de los pocos supervivientes cuando los t'lan

imass terminaron con nosotros. Una matanza compasiva, brutal. No tenían alternativa, ahora me doy cuenta, aunque ninguno estábamos dispuestos a perdonar. No entonces. Las heridas eran demasiado recientes.

Dioses, hicimos pedazos una senda en aquel lejano continente. Convertimos las tierras del este en piedra fundida que se enfrió y se transformó en algo que desafiaba a la hechicería. Los t'lan imass sacrificaron a miles para extirpar el cáncer en el que nos habíamos convertido. Fue el final, el final de toda esa promesa, toda esa gloria brillante. El final del Primer Imperio. Un orgullo desmesurado, haber reclamado un nombre que por derecho les pertenecía a los t'lan imass...

Huimos, un puñado de supervivientes. Ryllandaras, viejo amigo, nos enfadamos, chocamos y después volvimos a chocar en otro continente. Él se había ido más lejos que nadie, había encontrado un modo de controlar los dones (los soletaken y los d'ivers). Chacal Blanco. Ay'tog. Agkor. Y mi otro compañero, Messremb, ¿dónde ha ido? Un alma amable, retorcida por la locura, y sin embargo tan leal, siempre tan leal...

El ascenso. Una llegada fiera, los héroes primeros. Oscuros, salvajes.

Recuerdo una extensión inmensa de hierbas bajo un cielo que se profundizaba con los colores del atardecer. Un lobo, su único ojo era como una mancha de luz de luna sobre una cumbre lejana. Este recuerdo extraño y singular, aguzado como unas garras, que me viene ahora a la cabeza, ¿por qué?

Recorrí sin ruido esta tierra durante miles de años, hundido en las profundidades de la bestia, recuerdos humanos que se desvanecían, desaparecían y se iban. Y sin

embargo… esta visión del lobo lo despierta todo en mi interior…

Soy Treach. Regresan los recuerdos en todo su apogeo, al tiempo que mi cuerpo empieza a enfriarse, lo envuelve un aire gélido.

Había seguido el rastro de las bestias misteriosas durante días, empujado por una curiosidad incesante. Un aroma desconocido para él, una estela arremolinada de muerte y sangre antigua. Audaz, pensaba solo en llevar la destrucción, como había hecho sin encontrar resistencia durante tanto tiempo. El Chacal Blanco se había desvanecido entre las nieblas siglos atrás, muerto, o si no estaba muerto, como si lo estuviera. Treach lo había despeñado por un saliente; lo había mandado, dando vueltas y retorciéndose, al fondo de aquella grieta insondable. Ningún enemigo digno de ese nombre desde entonces. La arrogancia del tigre era legendaria, no había sido difícil abrazar ese aplomo.

Los cuatro cazadores k’chain che’malle habían regresado dibujando un círculo y lo aguardaban con un propósito gélido.

Los despedacé. Rasgué la carne y partí los huesos. Derribé a uno y hundí los colmillos en su cuello inerte. Otro momento, otro latido y no habría habido más que tres…

Estuve tan cerca…

Treach yacía moribundo con una docena de heridas mortales. De hecho ya debería estar muerto, pero se aferraba a la vida con una determinación ciega, bestial, alimentada por la rabia. Los cuatro k’chain che’malle lo habían dejado allí con desdén, sabían que no volvería a levantarse y eran inmunes a la misericordia.

Tirado en la hierba, el Tigre del Verano había observado con los ojos apagados a las criaturas que se alejaban sin

ruido, había notado con satisfacción que el brazo de uno de ellos, que le colgaba de una simple tira de piel, al fin se desprendía y caía al suelo, y allí lo dejaban con una indiferencia absoluta.

Y después, cuando los cazadores no muertos llegaron a la cima de una colina cercana, los ojos del tigre habían destellado. Una forma lustrosa, larga y negra brotó entre las hierbas y se encontró entre sus asesinos. El poder fluyó como el agua negra. El primer k'chain che'malle se marchitó bajo la matanza.

El choque descendió más allá de la cima, fuera del campo de visión de Treach, pero, apenas oído tras el trueno ensordecedor de su agonía, la batalla continuaba. Empezó a arrastrarse milímetro a milímetro.

A los pocos momentos se apagaron todos los sonidos del otro lado de la colina, pero Treach continuó luchando por avanzar, su sangre dejaba un rastro húmedo y había clavado los ojos ambarinos en la cima, su voluntad de vivir se reducía a algo bestial, algo que se negaba a reconocer el fin de su vida.

Lo he visto. Antílope. Bhederin. La negativa obstinada, la lucha sin sentido, los esfuerzos para escapar cuando de la garganta brota sangre que me llena la boca. Los miembros se agitan en la ilusión de correr, de huir, incluso cuando empiezo a alimentarme. Lo he visto, y ahora lo entiendo.

El tigre se humilla ante los recuerdos de la presa.

Olvidó la razón de la lucha por alcanzar la cima, solo sabía que debía lograrlo, un último ascenso para ver lo que había detrás.

Lo que había detrás. Sí. Un sol bajo en el horizonte. La extensión interminable de praderas ininterrumpidas e indomables. Una última visión de la naturaleza antes de escabullirme por las puertas malditas del Embozado.

Apareció ante él, impecable y musculosa, con la piel lisa. Una mujer pequeña pero no frágil, con la piel de una pantera en los hombros, el largo cabello negro descuidado pero brillante bajo la luz moribunda del día. Ojos almendrados, ambarinos como los suyos. El rostro en forma de corazón y rasgos vigorosos.

Áspera reina, ¿por qué verte aquí me rompe el corazón?

La mujer se acercó, se acomodó y le levantó la inmensa cabeza que después posó sobre su regazo. Unas manos pequeñas lo acariciaron y le limpiaron la sangre y la espuma seca de alrededor de los ojos.

—Están destruidos —le dijo en el idioma ancestral, el idioma del Primer Imperio—. No fue tan difícil, los dejaste con muy poco, Cazador Silencioso. De hecho, en realidad se deshicieron al menor de mis toques.

Mentirosa.

La mujer sonrió.

—No es la primera vez que cruzo tu estela, Treach, pero no quise acercarme, recordaba la ira que te invadió cuando destruimos tu imperio, hace tanto tiempo.

Hace mucho que se ha enfriado, imass. Hiciste solo lo que debías. Curaste las heridas…

—Los imass no pueden llevarse el mérito de eso. Hubo otros implicados en la tarea de reparar la senda destrozada. No hicimos más que asesinar a los tuyos, es decir, a los que pudimos encontrar. Ese es nuestro singular talento.

Matar.

—Sí, matar.

No puedo regresar a mi forma humana. No la encuentro en mi interior.

—Ha pasado demasiado tiempo, Treach.

Ahora me muero.

—Sí, no tengo talento para curar.

En su mente, el tigre sonrió.

No, solo para matar.

—Solo para matar.

Entonces pon fin a mi sufrimiento, por favor.

—Es el hombre el que habla. La bestia jamás pediría algo así. ¿Dónde está tu resistencia, Treach? ¿Dónde está tu astucia?

¿Te burlas de mí?

—No. Estoy aquí. Igual que tú. Dime entonces, ¿quién es esta otra presencia?

¿Otra?

—¿Quién ha desencadenado tu memoria, Treach? ¿Quién te ha devuelto a ti mismo? Durante siglos fuiste una bestia con mente de bestia. Una vez se llega a ese lugar, ya no hay vuelta atrás. Y sin embargo…

Sin embargo estoy aquí.

—Cuando tu vida se desvanezca de este mundo, Treach, sospecho que te encontrarás, no ante las puertas del Embozado, sino… en otro lugar. No puedo ofrecerte ninguna garantía. Pero he percibido que algo se mueve. Un dios ancestral vuelve a estar activo, quizás el más ancestral de todos. Se están produciendo movimientos sutiles. Se han escogido mortales y se les está dando forma. ¿Por qué? ¿Qué busca ese dios ancestral? No lo sé, pero creo que es una respuesta a una amenaza más grave e inmensa. Creo que este juego que ha empezado tardará mucho tiempo en llegar a su fin.

¿Una nueva guerra?

—¿Acaso no eres el Tigre del Verano? Una guerra en la que, según cree ese dios ancestral, harás mucha falta.

Una oleada de ironía invadió la mente de Treach.

Jamás me han necesitado, imass.

—Ha habido cambios. Para todos, al parecer.

¿Y entonces nos volveremos a encontrar? Me gustaría mucho. Me gustaría verte, una vez más, como la pantera negra.

La mujer se rio con una carcajada gutural.

—Y así se despierta la bestia. Adiós, Treach.

La mujer había avizorado en ese último momento lo que él solo podía sentir. La oscuridad se cerró a su alrededor y estrechó su mundo. La visión de los dos ojos… a uno.

Uno. Un ojo que miraba una extensión de hierba mientras caía la noche y observaba al inmenso tigre soletaken que hacía una pausa cansada sobre el macho ranag muerto con el que se había estado alimentando. Vio las dos llamaradas de su mirada furiosa, desafiante, gélida. Todo… tanto tiempo atrás ya…

Y después nada.

Una mano enguantada lo abofeteó con fuerza. Toc el Joven abrió muy despacio el único ojo, todavía un poco atontado, y se encontró mirando la máscara pintada de Senu.

—Eh…

—Un extraño momento para quedarse dormido —dijo el seguleh con tono inexpresivo, después se irguió y se alejó.

En el aire flotaba el aroma dulce de la carne asada. Toc se dio la vuelta con un gemido y después se incorporó. Resonaron ecos por su cuerpo, una tristeza inefable, pesares medio formados y la larga exhalación de un último aliento. *Dioses, no más visiones, por favor*. Luchó por despejarse y miró a su alrededor. Tool y *Baaljagg* no se habían movido de su posición. Ambos habían clavado la mirada en el norte y permanecían inmóviles y, Toc al fin lo comprendió, tensos. Y se le ocurrió que sabía por qué.

—No está lejos —dijo—. Viene muy rápido. —*Con la noche, fluye mientras huye el sol. Una majestad letal: ojos ancestrales, tan antiguos*.

Tool se volvió hacia él.

—¿Qué has visto, Aral Fayle? ¿Adónde has viajado?

El malazano se puso en pie con gesto débil.

—Que Beru me proteja, pero tengo hambre. Podría comerme ese antílope crudo. —Hizo una pausa y respiró hondo—. ¿Qué he visto? Fui testigo, t'lan imass, de la muerte de Treach. Trake, como se le conoce por aquí, el Tigre del Verano. ¿Dónde? Al norte de aquí. No muy lejos. Y no, no sé la razón.

Tool se quedó callado un momento, después se limitó a asentir.

—*Chen're aral lich'fayle* —dijo—. El Menhir, corazón de la memoria. —Después, cuando *Baaljagg* se levantó de repente con los pelos de punta, se dio la vuelta.

La pantera que Toc sabía que se acercaba apareció al fin, medía más que dos hombres juntos y tenía los ojos casi al nivel de los de Toc; su piel lustrosa era de un color negro azulado y resplandeciente. Un aroma a especias lo barrió todo como una exhalación y la criatura comenzó a cambiar, la transformación fue un contorno borroso e incierto, un pliegue de la propia oscuridad. Después se encontraron con una mujer pequeña que había clavado los ojos en Tool.

—Hola, hermano.

El t'lan imass asintió con lentitud.

—Hermana.

—No has envejecido muy bien —observó la mujer y dio un ágil paso adelante.

Baaljagg se retiró.

—Tú sí.

La sonrisa de la mujer transformó unos rasgos marcados en una bella imagen.

—Muy generoso por tu parte, Onos. Ya veo que tienes a una ay mortal como compañera.

—Tan mortal como tú, Kilava Onass.

—¿Ah, sí? Y como es de esperar, temerosa de los de mi especie, por supuesto. No obstante, una bestia admirable. —Le tendió la mano.

Baaljagg se acercó un poco más.

—Imass —murmuró la mujer—. Sí, pero de carne y hueso. Como tú. ¿Te acuerdas ahora?

La enorme loba agachó la cabeza, se aproximó sin ruido a Kilava y apoyó un hombro en el de la mujer, que hundió la cara en el pelo del animal y aspiró su aroma, después suspiró.

—Un regalo inesperado —susurró.

—Más que eso —dijo Toc el Joven.

Toc se retorció por dentro cuando la mujer levantó la cabeza, lo miró y reveló la sensualidad pura de sus ojos, algo tan claro y natural que el malazano supo al instante que él no era más el foco al que se dirigía aquella mirada que cualquier otro sobre el que ella hubiera posado los ojos. *Los imass como fueron en otro tiempo, antes del ritual. Como habrían seguido siendo, si, como ella, hubieran rechazado su poder*. Un momento después, esos ojos se entrecerraron.

Toc asintió.

—Te vi —dijo la mujer— al mirar por los ojos de Treach…

—¿Por ambos ojos?

La mujer sonrió.

—No. Solo uno, el que tú ya no tienes, mortal. Me gustaría saber lo que ha planeado el dios ancestral… para nosotros.

El malazano sacudió la cabeza.

—No lo sé. No recuerdo haberlo visto jamás, de hecho. Ni siquiera un susurro al oído.

—Hermano Onos, ¿quién es este mortal?

—Lo he llamado Aral Fayle, hermana.

—Y le has dado armas de piedra.

—Así es. Sin intención alguna.

—Por tu parte, quizá…

—No sirvo a ningún dios —gruñó Tool.

Los ojos de la mujer destellaron.

—¿Y yo sí? ¡Estos pasos no son nuestros, Onos! ¿Quién se atrevería a manipularnos? Una invocahuesos imass y la primera espada de los t’lan imass… sondeados por un lado y otro. Se arriesga a provocar nuestra ira…

—Ya es suficiente —suspiró Tool—. Tú y yo no somos iguales, hermana. Nunca hemos caminado al unísono. Yo me dirijo a la segunda reunión.

La sonrisa desdeñosa de la mujer era decididamente desagradable.

—¿Crees que no he oído la llamada?

—¿Hecha por quién? ¿Lo sabes tú, Kilava?

—No, ni me importa. No voy a acudir.

Tool ladeó la cabeza.

—¿Entonces por qué estás aquí?

—Eso es asunto mío.

Busca… un desagravio. La comprensión inundó la mente de Toc y supo que quien lo comprendía no era él sino un dios ancestral. Un dios que le hablaba directamente, con una voz que se filtraba como la arena por los pensamientos del malazano. *Para enderezar un antiguo entuerto, curar una vieja herida. Vuestros caminos se cruzarán nuevamente. Carece, sin embargo, de importancia. Es el encuentro final lo que me preocupa y para eso creo que todavía faltan años. Ah, pero revelo una impaciencia indigna. Mortal, los hijos del*

Vidente Painita están sufriendo. Debes encontrar una forma de liberarlos. Es difícil, un riesgo que supera cualquier imaginación, pero debo enviarte al abrazo del Vidente. No creo que me perdones.

Toc empujó con un esfuerzo la pregunta por su mente.

Liberarlos. ¿Por qué?

Una pregunta extraña, mortal. Hablo de compasión. Hay dones inimaginables en tales esfuerzos. Un hombre que sueña me lo ha mostrado y, de hecho, pronto lo verás por ti mismo. Tales regalos…

—Compasión —dijo Toc, afectado por la partida repentina del dios ancestral. Parpadeó y descubrió que Tool y Kilava lo observaban con fijeza. El rostro de la mujer había empalidecido.

—Mi hermana —dijo la primera espada— no sabe nada de compasión.

Toc se quedó mirando al guerrero no muerto e intentó recordar lo último que se había hablado antes de la… visita. No lo recordaba.

—Hermano Onos, a estas alturas ya deberías haberte dado cuenta —dijo Kilava poco a poco—. Todo cambia. —La mujer estudió a Toc una vez más y sonrió, pero era una sonrisa cargada de pena—. Me voy ya…

—Kilava. —Tool se adelantó, un leve choque de huesos y piel—. El ritual que te separó de los tuyos, la ruptura de los lazos de sangre, esta segunda reunión quizá…

La expresión de la mujer se suavizó.

—Querido hermano, al que nos ha invocado no le importo nada. Nada reparará mi antiguo crimen. Es más, sospecho que lo que te aguarda en la segunda reunión no será como te imaginas. Pero… te agradezco, Onos T’oolan, la amabilidad.

—He dicho… que no… viajamos al unísono —susurró el guerrero no muerto mientras luchaba con cada palabra—. Estaba enfadado, hermana, pero es una ira ya antigua. Kilava…

—Una ira ya antigua, sí. Pero tenías razón de todos modos. Jamás hemos caminado al unísono. El pasado nunca deja de perseguirnos. Quizás algún día podamos curar las heridas que compartimos, hermano. Este encuentro me ha dado… esperanzas. —La mujer posó la mano por un instante en la cabeza de *Baaljagg* y después se dio la vuelta.

Toc la observó desvanecerse en la mortaja del atardecer.

Otro estrépito de huesos chocando en la piel correosa lo hizo darse la vuelta. Y vio a Tool de rodillas con la cabeza gacha. No podían brotar lágrimas en un cadáver y sin embargo…

Toc dudó y después se acercó al guerrero no muerto.

—No todo fue verdad en tus palabras, Tool —dijo.

Las espadas sisearon al salir y el malazano se giró en redondo y vio a Senu y Thurule avanzando sobre él.

Tool levantó de repente una mano.

—¡Quietos! Envainad vuestras espadas, seguleh. Soy inmune a los insultos, incluso a los pronunciados por alguien al que querría llamar amigo.

—No es un insulto —dijo Toc sin inmutarse mientras se volvía hacia el t’lan imass—. Solo una observación. ¿Cómo lo llamaste? La ruptura de los lazos de sangre. —Posó una mano en el hombro de Tool—. Para mí está claro, si es que sirve de algo, que la ruptura fracasó. Los lazos de sangre permanecen. Quizá podrías consolarte con eso, Onos T’oolan.

La cabeza se alzó y unas cuencas marchitas se revelaron bajo el saliente óseo del escudo.

Dioses, miro y no veo nada. Él mira y ve... ¿qué? Toc el Joven luchaba por averiguar qué podía decir, qué podía hacer a continuación. Se alargó el momento pero solo pudo encogerse de hombros y tenderle una mano.

Para su asombro, Tool la cogió.

Y esa mano lo levantó, aunque el malazano gruñó por el esfuerzo y notó la protesta de cada uno de sus músculos. *Que el Embozado me lleve, es el saco de huesos más pesado que jamás haya... Da igual*.

Senu rompió el silencio con tono firme.

—Hojadepiedra y Flechadepiedra, escuchad. La comida nos aguarda.

Pero bueno, ¿se puede saber, en el nombre del Embozado, cómo me he ganado todo esto? Onos T'oolan. Y el respeto de un seguleh, nada menos... En una noche repleta de maravillas, esta desde luego se lleva la palma.

—No he conocido en realidad más que a dos humanos mortales —dijo Tool a su lado—. Ambos se subestimaban, el primero de forma letal. Esta noche, amigo Aral Fayle, intentaré contarte la caída de la consejera Lorn.

—Una historia con moraleja, sin duda —comentó Toc con ironía.

—Desde luego.

—Y yo que planeaba pasar la noche jugando a las tabas con Senu y Thurule.

—¡Ven a comer, Flechadepiedra! —soltó Senu de repente.

Oh-oh, creo que acabo de excederme con eso de la familiaridad.

La sangre había llenado las cunetas no mucho tiempo atrás. El sol y la ausencia de lluvia habían conservado aquel fluido hinchado de un color negro apagado por el polvo, lo

bastante profundo como para ocultar el montecillo de adoquines que se ocultaba debajo, aquel río mortal llegaba hasta las aguas enfangadas de la bahía.

En Callows no se había salvado nadie. Se había encontrado con las piras amontonadas al acercarse por el camino del interior y había calculado que la matanza había acabado con unos treinta mil.

Garath se había adelantado y se había deslizado por el arco de la puerta. Ella lo siguió con paso más lento.

La ciudad había sido preciosa en otro tiempo. Cúpulas recubiertas de cobre, minaretes, poéticas calles serpenteantes dominadas por balcones ornamentados repletos de plantas en flor. La falta de manos que alimentaran aquellas plantas tan queridas había convertido los jardines en lugares marrones y grises. Las hojas crujían bajo los pies de lady Envidia mientras bajaba por la avenida central.

Una ciudad de comerciantes, el paraíso de un mercader. Los mástiles de un sinfín de barcos se vislumbraban en el puerto que tenía delante, todos inmóviles, lo que indicaba que habían agujereado los cascos y todas las naves se habían posado en el cieno de la bahía.

Diez días, no más, desde la matanza. La dama podía oler el aliento del Embozado, un suspiro ante el inesperado botín, un ligero temblor de inquietud ante lo que significaba. *Estás inquieto, querido Embozado. Lo que no promete nada bueno, desde luego*...

Garath la guio sin vacilaciones como ella sabía que lo haría. Un callejón antiguo, casi olvidado, con los adoquines abombados y agrietados, cubiertos de décadas de basura. Entraron en una casa pequeña y hundida, las piedras de los cimientos eran de un corte mucho más marcado que las que descansaban sobre ellas. Dentro, una única habitación con

un suelo de tablones gruesos de madera cubiertos de una esterilla de juncos. Unos cuantos muebles mal hechos y dispersos, una plancha de cocina de bronce encima de una chimenea de ladrillo, alimentos medio podridos. En un lado, la carretilla de juguete de algún niño.

El perro dibujó un círculo en el centro de la pequeña habitación.

Lady Envidia se aproximó y apartó de una patada las esterillas de juncos. No había trampilla. Los habitantes no habían tenido ni idea de lo que se ocultaba bajo su casa. La dama desveló su senda y pasó una mano por las tablas, las vio disolverse, convertirse en polvo y un agujero circular. Una leve corriente húmeda y salada surgió de la oscuridad.

Garath se acercó sin ruido al borde y después se perdió de vista. La mujer oyó el estrépito de las garras algo más abajo.

Lady Envidia lo siguió con un suspiro.

No había escalera y el enlosado del suelo tardó bastante tiempo en detener su caída, ralentizada por la senda. Con la visión agudizada miró a su alrededor, después olisqueó el aire. El templo era toda esa cámara, miserable, en otro tiempo con un techo bajo, aunque las vigas de ese tejado ya hacía mucho tiempo que se habían desvanecido. No había ningún altar más elevado, pero lady Envidia sabía que para ese ascendiente concreto, el suelo entero de piedra tallada cumplía esa sagrada función. *Allá por los tiempos de la sangre*...

—Me imagino lo que despertó este lugar en ti —dijo lady Envidia con los ojos posados en *Garath*, que se había echado y estaba a punto de quedarse dormido—. Toda esa sangre filtrándose y chorreando sobre tu altar. Admito que prefiero tu morada de Darujhistan. Mucho más distinguida, casi

digna de complementar mi augusta presencia. Pero esto… —La dama arrugó la nariz.

Garath, con los ojos cerrados, se crispó un poco.

Bienvenida, lady Envidia.

—Tu llamada me pareció muy afligida, cosa poco propia de ti, K'rul. ¿Es obra de la matrona y sus hijos no muertos? Si es así, hacerme venir aquí no era necesario. Soy muy consciente de su eficacia.

Puede que esté tullido y encadenado, lady Envidia, pero este dios concreto nunca es tan obvio. El suyo es el talento de un maestro de los juegos de manos. Nada es como quisiera hacernos creer, y su uso de sirvientes involuntarios es tan brutal como su tratamiento de los enemigos. Considera, después de todo, al Vidente Painita. No, para Callows, la muerte llegó del mar. Una flota retorcida por sendas. Asesinos inhumanos de mirada gélida. Buscan, buscan sin cesar y ahora surcan los océanos del mundo.

—¿Buscan qué, si me permites preguntar?

Un desafío digno, nada menos.

—¿Y esos horrendos asesinos marinos tienen nombre?

Un enemigo en cada turno, lady Envidia. Debes cultivar el arte de la paciencia.

La dama se cruzó de brazos.

—Me has buscado tú, K'rul y puedes estar seguro que no había anticipado que tú y yo volveríamos a encontrarnos otra vez. Los dioses ancestrales han desaparecido y por mí, que no vuelvan, y eso incluye a mi padre, Draconus. ¿Fuimos compañeros hace doscientos mil años, tú y yo? No creo, aunque admito que los recuerdos son vagos. No éramos enemigos, es cierto. Pero ¿amigos? ¿Aliados? Desde luego que no. Sin embargo, aquí estás. He reunido a tus propios sirvientes «involuntarios», como has pedido. ¿Tienes idea de lo que me exige mantener a esos tres seguleh a raya?

Ah, sí, ¿y dónde está ahora el tercero?

—Tirado sin sentido a media legua de la ciudad. Era vital apartarlo de ese t'lan imass, bien saben los dioses que no lo arrastré conmigo por su compañía. Te equivocas conmigo, K'rul. No hay modo de controlar a los seguleh. De hecho, me pregunto quién complace a quién cuando se trata de esos tres temibles guerreros. Mok terminará desafiando a Tool, fíjate lo que te digo, y le entusiasma la perspectiva, aunque a mí también, figúrate, ¡poder presenciar tal choque! No obstante, la destrucción de uno u otro no convendría mucho a tus planes, supongo. Debes saber que Thurule estuvo a punto de derrotar a la primera espada. Así que Mok lo convertirá en astillas…

La risa suave de K'rul llenó la cabeza de la dama.

Con un poco de suerte, no antes de que Mok y sus hermanos se hayan abierto camino hasta la sala del trono del Vidente Painita. Además, Onos T'oolan piensa de forma mucho más sutil de lo que imaginas, lady Envidia. Que entablen batalla si así lo decide Mok. Sospecho, sin embargo, que el tercero bien podría sorprenderte con su… contención.

—¿Contención? Dime, K'rul, ¿creías que el seguleh primero iba a enviar a alguien de tan alto rango como el tercero a ponerse al frente de su ejército de castigo?

Admito que no. Para la tarea de dividir las fuerzas del Vidente en dos frentes, esperaba quizá trescientos o cuatrocientos iniciados de undécimo nivel. Suficiente para incomodar al Vidente lo bastante como para apartar a un ejército o dos de los malazanos que se acercan. Sin embargo, con el segundo desaparecido, y con la pericia creciente de Mok, no cabe duda de que el primero tenía sus razones.

—Una última pregunta, entonces. ¿Se puede saber por qué te estoy haciendo estos favores?

Ya veo, tan impertinente como siempre. Muy bien. Optaste por darle la espalda a la necesidad la última vez que surgió. Decepcionante; sin embargo, asistieron suficientes como para conseguir el encadenamiento, aunque a un coste que tu presencia habría reducido. Pero ni siquiera encadenado está dispuesto a descansar el dios Tullido. Existe en un dolor incesante que lo tortura, hecho pedazos, destrozado por dentro y por fuera, y sin embargo ha convertido eso en su fuerza. El combustible para su rabia, su ansia de venganza…

—Los idiotas que lo derribaron hace mucho tiempo que murieron, K'rul. La venganza es solo una excusa. Al dios Tullido lo empuja la ambición. La sed de poder es el núcleo de su corazón podrido y arrugado.

Quizá, quizá no. El tiempo lo dirá, como dicen los mortales. En cualquier caso, desafiaste la llamada en el encadenamiento, lady Envidia. No voy a tolerar tu indiferencia una segunda vez.

—¿Ah, no? —se burló la dama—. ¿Es que eres mi amo, K'rul? ¿Desde cuándo…?

Unas visiones inundaron su mente y la hicieron vacilar. Oscuridad. Después caos, un poder salvaje y descentrado, un universo desprovisto de sentido, de control, de significado. Entidades lanzadas por el torbellino. Perdidas, aterradas por el nacimiento de la luz. Un aguzamiento repentino (un dolor como si se abrieran las muñecas, el calor que se derrama), una imposición salvaje de orden, el corazón del que fluía la sangre en torrentes constantes y uniformes. Dos cámaras en ese corazón (Kurald Galain, la senda de la madre Oscuridad) y Starvald Demelain, la senda de… los Dragones. Y la sangre (el poder) que brotaba en

corrientes por las venas, por las arterias, que se extendía por toda la existencia y el pensamiento que la invadió le robó todo el calor de la piel. *Esas venas, esas arterias, son las sendas*.

—¿Quién creó esto? ¿Quién?

Mi querida dama, respondió K'rul, *tú tienes la respuesta y no tengo la maldita intención de tolerar tu impertinencia. Eres hechicera. Por la melena salvaje de la Luz, tu poder se alimenta de la mismísima sangre de mi alma eterna, ¡y vas a obedecerme!*

Lady Envidia vaciló durante otro paso, liberada de repente de las visiones, desorientada, con el corazón golpeándole en el pecho. La mujer respiró hondo.

—¿Quién sabe la… la verdad, K'rul? —*¿Que, al recorrer las sendas, viajamos por tu carne, que, cuando recurrimos al poder de las sendas, recurrimos a tu propia sangre?*—. ¿Quién lo sabe?

Lady Envidia sintió un encogimiento de hombros descuidado en la respuesta del dios.

Anomander Rake, Draconus, Osric, un puñado más. Y ahora tú. Perdóname, lady Envidia, no tengo deseo alguno de ser un tirano. Mi presencia en las sendas ha sido siempre pasiva, eres libre de hacer lo que prefieras, como todas las demás criaturas que nadan en mi sangre inmortal. No tengo más que una excusa, si quieres. Este dios Tullido, este extraño de un reino desconocido… Lady Envidia, tengo miedo.

Un escalofrío la recorrió entera cuando comprendió lo que decía el dios.

K'rul continuó tras un momento.

Hemos perdido aliados por nuestra insensatez. Dassem Ultor, que quedó destrozado cuando el Embozado se llevó a

su hija en el momento del encadenamiento, fue un golpe devastador. Dassem Ultor, la primera espada renacida…

—¿Crees —preguntó la dama muy despacio— que el Embozado se la habría llevado para el encadenamiento si yo hubiera respondido a la llamada?

¿Soy la culpable, se preguntó, *de la pérdida de Dassem Ultor?*

Solo el Embozado podría responder a esa pregunta, lady Envidia. Y, en cualquier caso, es probable que mintiera. Dassem, su paladín (Dessembrae) ya rivalizaba con su poder en tamaño. No tiene mucho sentido preocuparse por esas preguntas, más allá de la lección obvia, que la falta de medidas es una opción letal. Piensa en lo siguiente: a partir de la caída de Dassem, un imperio mortal se tambalea al borde del caos. A partir de la caída de Dassem, el trono de las Sombras encontró un nuevo ocupante. A partir de la caída de Dassem… oh, bueno, los dominios caídos son casi incontables. Se acabó.

—¿Qué es lo que quieres ahora de mí, K'rul?

Era necesario. Debía mostrarte la inmensidad de la amenaza. Este Dominio Painita no es más que un fragmento del todo, pero tú has de guiar a mis elegidos al corazón de ese territorio.

—¿Y una vez allí? ¿Estoy a la altura del poder que reside allí?

Quizá, pero ese es un camino que quizá no resulte muy inteligente tomar, lady Envidia. Confiaré en tu criterio y en el de otros, involuntarios o no. De hecho, es muy posible que optes por cortar el nudo que hay en el fondo del Dominio. O puede que encuentres una forma de soltarlo, de liberar todo lo que ha estado sujeto durante trescientos mil años.

—Muy bien, iremos tocando de oído. ¡Qué alegría! ¿Puedo irme ya? Ansío regresar con los otros, con Toc el Joven en concreto. Es un encanto, ¿verdad?

Cuídalo mucho, mi señora. Las cicatrices y los defectos es lo que el dios Tullido busca en sus sirvientes. Procuraré mantener el alma de Toc lejos de las garras del Encadenado pero, por favor, no bajes la guardia. Y también… hay algo más en ese hombre, algo… salvaje. Pero tendremos que aguardar a que despierte antes de poder comprenderlo. Oh, una última cosa…

—¿Sí?

Tu grupo se acerca al territorio del Dominio. Cuando regreses con ellos, no debes acudir a tu senda para apresurar tu viaje.

—¿Por qué?

Dentro del Dominio Painita, mi señora, mi sangre está envenenada. Es un veneno al que tú puedes derrotar, pero Toc el Joven no.

Garath despertó, se levantó y se estiró delante de la dama. K'rul se había ido.

—Oh, vaya —susurró lady Envidia empapada de sudor de repente—. Envenenada. Por el abismo… necesito un baño. Ven, *Garath*, vamos a recoger al tercero. ¿Le despierto con un beso?

El perro la miró.

—¡Dos marcas en su máscara y la huella de unos labios pintados! ¿Sería entonces el cuarto o el quinto? ¿Cómo crees tú que cuentan los labios? El de arriba uno, el de abajo otro, ¿o los dos juntos? Vamos a averiguarlo.

El polvo y el torbellino oscuro de la hechicería se alzó más allá de las colinas que tenían delante.

—Yunque del escudo —dijo Farakalian—, ¿nuestros aliados ya han hecho saltar una trampa?

Itkovian frunció el ceño.

—No lo sé. Supongo que descubriremos la verdad cuando decidan reaparecer e informarnos.

—Bueno —murmuró el soldado—, hay un combate ahí delante. Un combate muy feo por la magia que se ha desencadenado.

—No te lo discuto, señor —respondió el yunque del escudo—. Jinetes, formad una medialuna invertida, manos a las armas. Trote lento hasta primera línea.

La diezmada ala se puso en formación y continuó.

Itkovian calculó que se habían acercado al camino de los mercaderes. Si los k'chain che'malle habían atacado a una caravana, el resultado era inevitable. Una caravana con un mago o dos a su servicio quizás intentara defenderse y por el hedor a azufre que flotaba en el aire, esta última circunstancia parecía la más probable.

Al acercarse a una loma, surgió una fila de t'lan imass que se colocaron en la cima dándoles la espalda a Itkovian y sus jinetes. El yunque del escudo contó una docena. Quizás el resto estuviera muy ocupado con la batalla, que todavía no podían ver. Vio al invocahuesos Pran Chole e hizo virar el caballo en dirección del chamán no muerto.

Alcanzaron la loma. Las detonaciones de hechicería habían cesado y los sonidos de la batalla comenzaban a desvanecerse.

El camino de los mercaderes corría algo más abajo. Dos carruajes componían la caravana, uno mucho más grande que el otro. Ambos habían quedado destrozados, hechos pedazos. Madera convertida en astillas, relleno de felpa y ropa que yacía tirada por todas partes. En una pequeña colina, a la derecha, yacían tres figuras con el suelo

ennegrecido a su alrededor. No se movía ninguna. Quedaban ocho cuerpos más visibles alrededor de las carretas, solo dos conscientes: hombres con armaduras negras que se estaban levantando poco a poco.

Detalles que los sentidos del yunque del escudo registraron en solo un momento. Paseándose entre los cadáveres desmembrados de cinco cazadores k’chain che’malle había cientos de lobos enormes y demacrados, con unos ojos hundidos que podían rivalizar con los de los t’lan imass.

Itkovian estudió a aquellas silenciosas y aterradoras criaturas y después se dirigió a Pran Chole.

—¿Son… tuyos, señor?

El invocahuesos que tenía al lado se encogió de hombros.

—Desaparecieron de nuestra compañía durante un tiempo. Los t’lan ay nos acompañan con frecuencia, pero no están atados a nosotros… más allá del ritual en sí. —Se quedó callado unos momentos y después continuó—. Los creíamos perdidos, pero parece que ellos también han oído la llamada. Tres mil años desde la última vez que nuestros ojos se posaron en los t’lan ay.

Itkovian fijó al fin la mirada en el chamán no muerto.

—¿Lo que oigo es una insinuación de placer en tu voz, Pran Chole?

—Sí. Y pena.

—¿Pena por qué? Por lo que he visto, esos t’lan ay no han sufrido ni una sola baja contra estos k’chain che’malle. Cuatrocientos, quinientos… contra cinco. Una destrucción rápida.

El invocahuesos asintió.

—Son muy hábiles cuando se trata de derrotar a bestias grandes. Mi pena surge de una piedad mal entendida, mortal. En la primera reunión, el amor inoportuno que

sentíamos por los ay (los pocos que quedaban) nos llevó a tomar un camino cruel. Decidimos incluirlos en el ritual. Nuestras egoístas necesidades fueron una maldición. Se les arrebató todo lo que convertía a los ay de carne y hueso en criaturas honorables y orgullosas. Ahora, como nosotros, son solo cáscaras vacías acosadas por recuerdos muertos.

—Pero incluso no muertos, son criaturas majestuosas —admitió Itkovian—. Como vosotros.

—Majestuosidad en los t'lan ay, sí. ¿Entre los t'lan imass? No, mortal. Ninguna.

—Discrepamos en eso, entonces, Pran Chole. —Itkovian se giró para dirigirse a sus soldados—. Comprobad el estado de los caídos.

El yunque del escudo bajó cabalgando hasta los dos hombres de las cotas de malla que se encontraban juntos, al lado de los restos del más grande de los dos carruajes. Las cotas de malla estaban hechas jirones y ambos sangraban y formaban charcos a sus pies. Había algo en aquellos dos hombres que inquietaba a Itkovian, pero el yunque optó por hacer caso omiso.

El barbudo se giró y miró al yunque del escudo cuando este se detuvo delante de ellos.

—Sé bienvenido, guerrero —dijo con un acento extraño para los oídos de Itkovian—. Acontecimientos extraordinarios los que acaban de ocurrir.

A pesar de su disciplina interna, la inquietud de Itkovian se agudizó. No obstante, consiguió adoptar un tono sereno al hablar.

—Desde luego, señor. Me asombra que, dada la atención que claramente os prestaron los cazadores k'ell, los dos sigáis en pie.

—Somos individuos muy resistentes, a decir verdad. —La mirada apagada del hombre examinó el suelo tras el yunque

del escudo—. Cielos, es obvio que nuestros compañeros carecían de tales recursos.

Farakalian, tras haber consultado con los soldados agachados entre los caídos, se dirigió a Itkovian.

—Yunque del escudo, de los tres barghastianos de la colina, uno yace muerto. Los otros dos están heridos, pero sobrevivirán con los cuidados adecuados. Del resto, solo uno ha dejado de respirar. Una serie de heridas de las que ocuparnos. Dos puede que todavía mueran, señor. Ninguno de los supervivientes ha recuperado todavía la conciencia. De hecho, cada uno de ellos parece sumido en un sueño inusualmente profundo.

Itkovian le echó un vistazo al hombre de la barba.

—¿Sabes algo más de ese sueño antinatural, señor?

—Me temo que no. —El hombre miró a Farakalian—. Señor, ¿entre los supervivientes, puedes incluir a un hombre alto, delgado y maduro y a otro bajo y mucho más viejo?

—Puedo incluirlos. El primero, sin embargo, duda ante las puertas del Embozado.

—Nos gustaría no perderlo, si es posible.

Itkovian habló entonces.

—Los soldados de las Espadas Grises son muy hábiles en el arte de la curación, señor. Procurarán hacerlo lo mejor que puedan y no se les puede pedir más.

—Desde luego. Estoy… muy afectado.

—Comprendo. —El yunque del escudo se dirigió a Farakalian—. Recurre al poder del destriant si es necesario.

—Sí, señor.

Observó alejarse a su subordinado.

—Guerrero —dijo el barbudo—, me llamo Bauchelain y mi compañero es Korbal Espita. Debo preguntar, esos sirvientes no muertos vuestros, cuadrúpedos y los demás…

—Nada de sirvientes, Bauchelain. Aliados. Son t’lan imass. Los lobos, t’lan ay.

—T’lan imass —susurró el llamado Korbal Espita con voz aflautada, sus ojos se iluminaron de repente al clavarse en las figuras de la colina—. ¡No muertos, nacidos del mayor ritual nigromántico que ha habido jamás! ¡Me gustaría hablar con ellos! —Se giró hacia Bauchelain—. ¿Puedo? ¿Por favor?

—Como desees —respondió Bauchelain con un encogimiento de hombros de indiferencia.

—Un momento —dijo Itkovian—. Los dos tenéis heridas que requieren atención.

—No es necesario, yunque del escudo, aunque te agradezco la preocupación. Sanamos… rápido. Por favor, que se concentren en nuestros compañeros. Bueno, qué raro, nuestras bestias de carga y varios de los caballos están incólumes, ¿lo ves? Una suerte, sin lugar a dudas, una vez que termine de reparar nuestro carruaje.

Itkovian estudió los restos en los que había posado los ojos Bauchelain.

¿Reparar aquello?

—Señor, regresamos a Capustan de inmediato. No habrá tiempo para efectuar… reparaciones… en el carruaje.

—No tardaré mucho, te lo aseguro.

Un grito en la colina hizo girarse al yunque del escudo a tiempo de ver a Korbal Espita volando por los aires tras un revés atizado por el invocahuesos Pran Chole. El hombre chocó contra la cuesta y cayó rodando hasta la base.

Bauchelain suspiró.

—Carece de modales, por los dioses —dijo con los ojos clavados en su compañero, que tardaba en ponerse en pie—. El precio de una infancia protegida, no, más bien aislada. Espero que los t’lan imass no se hayan ofendido mucho.

Dime, yunque del escudo, ¿esos guerreros no muertos son rencorosos?

Itkovian se permitió esbozar una sonrisa privada. *Puedes preguntárselo al próximo jaghut con el que nos crucemos*.

—No sabría decirte, señor.

Con los restos del carruaje más pequeño se improvisaron tres amplios travesaños. Los t’lan imass elaboraron unos arneses de cuero para que los ay no muertos pudieran tirar de ellos. La colección de caballos de la caravana quedó al cuidado de Farakalian y la recluta.

Itkovian observó a Korbal Espita guiando a los bueyes hasta el carruaje reconstruido. El yunque del escudo se encontró evitando mirar el vehículo, los detalles de la reparación le ponían los pelos de punta. Bauchelain había decidido usar varios huesos de los cazadores k’chain che’malle desmembrados para reconstruir su carreta. Tras ser fundidos con hechicería con el armazón del carruaje, los huesos formaban un extraño esqueleto que Bauchelain cubrió luego con franjas de pieles grises incrustadas de guijarros. El efecto era terrorífico.

Pero sospecho que no más que los propietarios del carruaje…

Pran Chole apareció al lado del yunque del escudo.

—Nuestros preparativos han terminado, soldado.

Itkovian asintió.

—Invocahuesos —dijo luego en voz baja—, ¿qué te parecen estos dos hechiceros?

—El que no es hombre está loco, pero el otro representa una amenaza mayor. No son compañía grata para nosotros, yunque del escudo.

—¿El que no es hombre? —Itkovian entrecerró los ojos y miró a Korbal Espita—. Eunuco. Sí, claro. Son nigromantes.

—Sí. El que no es hombre utiliza el caos del borde del reino del Embozado. El otro tiene intereses más arcanos, es un invocador de un poder formidable.

—No obstante, no podemos abandonarlos.

—Como desees. —El invocahuesos dudó un momento y después dijo—: Yunque del escudo, los mortales heridos están, todos y cada uno, soñando.

—¿Soñando?

—Es un sabor familiar —dijo el t'lan imass—. Se les está… protegiendo. Estoy deseando que despierten, sobre todo el sacerdote. Tus soldados han desplegado un talento considerable para curarlos.

—Nuestro destriant es un gran Denul, podemos recurrir a su poder en momentos de necesidad, aunque me imagino que en estos instantes no se encuentra de muy buen humor. Estará exhausto, sabrá que la curación se ha producido, pero poco más. A Karnadas le desagrada la incertidumbre. Al igual que a la espada mortal, Brukhalian. —Recogió las riendas y se irguió en la silla—. El eunuco ha terminado su tarea. Ya podemos partir. Cabalgaremos toda la noche, señor, y recibiremos el amanecer a las puertas de Capustan.

—¿Y la presencia de los t'lan imass y los t'lan ay? —inquirió Pran Chole.

—Oculta, si tenéis la bondad. Salvo los ay que tiran del travesaño. Llevarán a sus pacientes por la ciudad y los meterán en el complejo de nuestro cuartel.

—¿Y tienes razones para ello, yunque del escudo?

Itkovian asintió.

Con el sol bajo a su espalda, el séquito se puso en marcha.

Con las manos plegadas sobre el regazo, el destriant miró al príncipe Jelarkan con una expresión de profunda simpatía. No, algo más que eso, dado el agotamiento obvio de aquel hombre, en realidad era empatía. A Karnadas la cabeza le palpitaba por detrás de los ojos. Sentía su senda Denul hueca, recubierta de ceniza. Si hubiera dejado las manos encima de la mesa, el temblor habría sido obvio.

Tras él, la espada mortal se paseaba.

Itkovian y dos alas recorrían la llanura al oeste y algo había ocurrido. La preocupación resonaba en cada uno de los pasos inquietos que percibía el destriant a su espalda.

Los ojos del príncipe de Capustan estaban cerrados y apretados, los dedos masajeaban las sienes bajo el círculo de cobre batido que era su corona. Veintidós años y aquel rostro demacrado y lleno de arrugas podría haber pertenecido a un hombre de cuarenta. La testa afeitada revelaba la dispersión de lunares que demostraban su linaje real, como si lo hubieran rociado de sangre que después se hubiera secado y oscurecido. Después de un largo suspiro, el príncipe habló al fin.

—El Consejo de Máscaras no se dejará influir, espada mortal. Insisten en que sus gidrath ocupen los fuertes periféricos.

—Esas fortificaciones quedarán aisladas una vez que comienza el asedio, príncipe —dijo Brukhalian con tono profundo.

—Lo sé. Lo sabemos los dos. Aislados, desmantelados, cada soldado de su interior asesinado… y luego violado. Los sacerdotes se creen que son maestros de la estrategia bélica. Una guerra religiosa, después de todo. Los guerreros

de élite de los templos deben ser los que asesten los primeros golpes.

—Y no cabe duda que los asestarán —dijo Brukhalian— y poco más.

—Y poco más. Quizá unos pasillos, una serie de incursiones para efectuar una retirada…

—Que costarán más vidas todavía, príncipe, y casi con toda seguridad fracasarán. Mis soldados no van a participar en un suicidio. Y por favor, no intentéis imponerme vuestra voluntad en esto. Nos han contratado para defender la ciudad. En nuestra opinión, la mejor forma de hacerlo es manteniendo en pie las murallas. Los reductos siempre han sido un punto débil, sirven al enemigo mejor de lo que nos sirven a nosotros como cuartel general, posiciones defendibles y puntos de reunión. Los gidrath se ocuparán de las fortificaciones en el campo de la muerte. Una vez que se instalen allí las armas de asedio, sufriremos un bombardeo incesante.

—El Consejo de Máscaras no espera que caigan los fuertes, espada mortal. Aferrados a esa creencia concreta, todos los miedos que has expuesto son irrelevantes en lo que a ellos se refiere.

Cayó entonces el silencio, aparte de los inusuales paseos de Brukhalian. Al fin el príncipe levantó la mirada y sus ojos castaños siguieron los pasos silenciosos y felinos de la espada mortal. Jelarkan frunció el ceño y después suspiró y se puso en pie.

—Necesito alguna forma de hacer presión, espada mortal. Encuéntramela, y rápido. —Se dio la vuelta y se dirigió a las puertas de los aposentos, donde lo esperaban sus dos guardaespaldas.

En cuanto las inmensas puertas se cerraron tras el príncipe, Brukhalian se giró y miró a Karnadas.

—¿Continúan recurriendo a tus poderes, señor?

El destriant sacudió la cabeza.

—Ya hace algún tiempo que no, desde poco después de la inesperada visita del príncipe. En cualquier caso, señor, han tomado todo lo que poseo y pasarán días antes de que me recupere del todo.

Brukhalian dejó escapar un suspiro largo y lento.

—Bueno, habíamos admitido que existía el riesgo de una escaramuza. De lo cual se deduce que los painitas han cruzado el río con varias fuerzas. La pregunta es, ¿cuántas?

—Suficientes para malherir dos alas, al parecer.

—Entonces Itkovian debería haber evitado el combate.

Karnadas estudió a la espada mortal.

—Impropio de él, señor. El yunque del escudo entiende el concepto de precaución. Si hubiera sido posible evitarlo, lo habría hecho.

—Sí —gruñó Brukhalian—. Lo sé.

Unas voces provenientes de las puertas exteriores del complejo llegaron a oídos de los dos hombres. Unos cascos resonaron en los adoquines.

Una tensión repentina llenó el aposento, pero ninguno de los dos dijo nada.

Las puertas se abrieron de repente y los hombres se giraron para ver a la escolta de Itkovian, Sidlis. La soldado dio dos pasos en la habitación, después se detuvo y ladeó la cabeza.

—Espada mortal. Destriant. Traigo recado del yunque del escudo.

—Habéis entrado en combate, señor —murmuró Brukhalian.

—Así es. Un momento señores. —Sidlis se dio la vuelta y cerró sin ruido las puertas. Después miró al comandante y al sacerdote—. En la llanura hay sirvientes demoníacos del

Vidente Painita —dijo la joven—. Nos topamos con uno y entablamos combate con él. Las tácticas empleadas deberían haber bastado y el daño que produjimos fue considerable y ejecutado de forma impecable. La bestia, sin embargo, era una criatura no muerta, un cadáver animado, y eso lo descubrimos demasiado tarde para retirarnos. Prácticamente era inmune a las heridas que le infligimos. No obstante, conseguimos destruir al demonio, aunque asumimos un gran coste.

—Escolta Sidlis —dijo Karnadas—, la batalla que describes debió de ocurrir hace ya algún tiempo, en caso contrario no estarías aquí; sin embargo, las exigencias sobre mi poder de curación han cesado hace apenas unos minutos.

Sidlis frunció el ceño.

—Los supervivientes de ese combate no requirieron de tus poderes, señor. Si me lo permites, terminaré el relato y quizá dispongáis los dos entonces… de una mayor clarificación del incidente.

Brukhalian levantó una ceja ante la torpe réplica.

—Procede —dijo con tono profundo.

—Tras la destrucción del demonio, nos reagrupamos y solo para descubrir que habían llegado cuatro demonios más.

El destriant hizo una mueca. *¿Cómo, entonces, quedáis alguno con vida?*

—En ese momento, y para fortuna nuestra —continuó Sidlis—, llegaron unos aliados inesperados. Los demonios no muertos fueron destruidos con toda rapidez, todos y cada uno. La cuestión de dicha alianza ha de formalizarse, por supuesto. Por el momento, es la admisión de la existencia de un enemigo común lo que ha dado origen a los esfuerzos combinados, que creo que continúan en este momento; el

yunque del escudo y la tropa cabalga en compañía de nuestros propicios compañeros, su intención es extender la caza en busca de más sanguinarios demonios.

—Dado el agotamiento del destriant —dijo la espada mortal—, parece que los encontraron.

Sidlis asintió.

—¿Hay más, señor? —preguntó Karnadas.

—Señor. Me acompañan emisarios de esos aliados en potencia. Al yunque del escudo le pareció oportuno que las negociaciones que se puedan producir sean solo entre las Espadas Grises y nuestros invitados, y que cualquier decisión sobre la revelación de esa alianza, ya sea al príncipe o al Consejo de Máscaras, debería ser solo tras una estudiada consulta entre vosotros, señores.

Brukhalian asintió con un gruñido.

—¿Los emisarios aguardan en el complejo?

La respuesta a su pregunta se alzó en varios torbellinos de polvo que se levantaron a la izquierda de la escolta. Tres figuras desecadas y recubiertas de piel cobraron vida rielando y se alzaron del suelo de piedra. Pieles podridas de animales y cuero, una piel curtida de un color marrón profundo, hombros inmensos y unos brazos largos y musculosos.

El destriant se levantó de la silla tambaleándose y con los ojos muy abiertos.

Brukhalian no se había movido y miraba con los ojos entrecerrados a las tres apariciones.

El aire olía de repente a barro derretido.

—Se hacen llamar kron t’lan imass —dijo Sidlis con voz serena—. El yunque del escudo calculó que sus guerreros alcanzaban quizá los catorce mil.

—T’lan imass —susurró Karnadas—. Es una convergencia de lo más… inquietante.

—Si me permitís hacer las presentaciones —continuó Sidlis—, estos son invocahuesos, chamanes. El del extremo izquierdo, sobre cuyos hombros veis la piel de un oso de nieve, es Bek Okhan. A su lado, con la piel del lobo blanco, está Bendal Home. El invocahuesos que tengo junto a mí, con la piel de un oso de las llanuras, es Okral Lom. Especifico la naturaleza de las pieles ya que tiene una relación directa con su… forma soletaken. O eso me han dicho.

El llamado Bendal Home dio un paso adelante.

—Traigo saludos de Kron, de los kron t'lan imass, mortal —dijo con un susurro suave y sereno—. Es más, traigo nuevas recientes de los clanes que escoltan a tu yunque del escudo y tus soldados. Hallaron a otros cazadores k'ell k'chain che'malle; habían atacado una caravana. Han despachado a esos cazadores. Tus soldados han cuidado de las heridas de los supervivientes de la caravana. Regresan ya todos a Capustan. No se anticipan nuevos combates y su llegada coincidirá con el amanecer.

Karnadas se sentó una vez más en su silla, temblando. Se esforzó por hablar a pesar de la repentina sequedad de su garganta.

—¿K'chain che'malle? ¿Animados?

—Gracias, Sidlis —dijo Brukhalian—. Puedes irte ya. —Después miró a Bendal Home—. ¿He entendido bien, que los kron buscan una alianza contra el Dominio Painita y esos… k'chain che'malle?

El invocahuesos ladeó la cabeza, su cabello largo y sin lustre colgaba suelto bajo el casco de cráneo de lobo.

—Tal batalla no es nuestra tarea primordial. Hemos venido a estas tierras para responder a una llamada. La presencia de los k'chain che'malle es inesperada… e inaceptable. Es más, sentimos curiosidad por la identidad de

ese llamado Painita, sospechamos que no es el mortal humano que vosotros creéis que es. Kron ha creído conveniente que en el momento presente nos impliquemos en este conflicto. Sin embargo, ha de hacerse una advertencia. Se acerca aquella que nos ha llamado. A su llegada comenzará la segunda reunión de los t'lan imass. En ese momento, será ella la que decida nuestra disposición. Es más, es muy posible que nuestro valor… descienda ante vuestros ojos… una vez terminada la reunión.

Brukhalian se giró poco a poco hacia Karnadas.

—¿Señor? ¿Tienes preguntas para el llamado Bendal Home?

—Tantas que no sé por dónde empezar, espada mortal. Invocahuesos, ¿qué es esa «reunión» de la que hablas?

—Eso es asunto solo de los t'lan imass, mortal.

—Ya veo. Bueno, eso le cierra la puerta a una línea de investigación y su correspondiente multitud de preguntas. Con respecto al Vidente Painita, es desde luego un humano mortal. Yo mismo lo he visto y no hay aroma de ilusión en su carne ni en sus huesos. Es un hombre anciano y nada más.

—¿Y quién se alza en su sombra? —dijo con voz ronca el invocahuesos llamado Bek Okhan.

El destriant parpadeó.

—Nadie, que yo sepa.

Ninguno de los tres t'lan imass dijo nada, pero Karnadas sospechó un intercambio silencioso entre ellos y quizá también con sus lejanos compañeros.

—Espada mortal —dijo el sacerdote en voz muy baja—, ¿informamos al príncipe de esto? ¿Qué hay del Consejo de Máscaras?

—Será necesario meditar las cosas antes de poder tomar esa decisión —respondió Brukhalian—. Como mínimo aguardaremos el regreso del yunque del escudo. Además,

está el tema de las otras comunicaciones de esta noche, ¿no es cierto?

Por la bendición de Fener, se me había olvidado.

—Así es.

Ben el Rápido… por la pata hendida, nos salen aliados debajo de cada piedra.

Habló entonces Bendal Home.

—Espada mortal Brukhalian, tu soldado Itkovian ha decidido que su llegada pública a la ciudad, en compañía de los heridos de la caravana, incluya a seis de los t'lan ay que ahora acompañan a los nuestros.

—¿T'lan ay? —preguntó Karnadas—. No es un nombre que haya oído antes.

—Lobos de los tiempos del hielo, hace ya muchas eras. Como nosotros, criaturas no muertas.

Brukhalian sonrió.

Un momento después, Karnadas también sonrió.

—El príncipe pidió cierta… forma de hacer presión, ¿no es cierto, espada mortal?

—La tendrá, señor.

—Así es.

—Si nos necesitáis de nuevo esta noche —le dijo Bendal Home a Brukhalian— solo tenéis que llamarnos.

—Gracias, señores.

Los tres t'lan imass se convirtieron en nubes de polvo.

—He de entender —murmuró el destriant— que no hemos de ofrecerles acomodo a nuestros invitados.

—Es evidente que no. Acompáñame, señor, tenemos mucho que hablar y escaso tiempo.

Karnadas se levantó.

—No se dormirá esta noche.

—En absoluto, por desgracia.

Dos campanadas antes del amanecer, Brukhalian se encontraba solo en su aposento privado. El agotamiento flotaba sobre él como un manto empapado de lluvia, pero se negaba a rendirse a él. El yunque del escudo y su tropa no tardarían en llegar y la espada mortal estaba decidida a aguardarlos, un comandante no podía hacer menos.

Un único farol desafiaba a la penumbra de la cámara y arrojaba sombras refulgentes ante él. La chimenea central seguía siendo una mancha gris de brasas muertas y cenizas. El aire era frío y cortante y solo eso era lo que mantenía a Brukhalian en vela.

El encuentro hechicero con Ben el Rápido y Caladan Brood había resultado, bajo la cortesía superficial, tenso; tanto para la espada mortal como para Karnadas fue obvio que sus lejanos aliados ocultaban algo. La incertidumbre que infestaba sus intenciones y su cautela, si bien comprensible dadas las circunstancias, incomodaba a las dos espadas grises. Parecía que aliviar la ciudad de Capustan no era su objetivo primordial. Se haría un intento, pero la espada mortal comenzó a sospechar que estaría caracterizado por amagos y pequeñas escaramuzas (una llegada tardía en el mejor de los casos) más que por un enfrentamiento directo. Lo que llevó a Brukhalian a sospechar que el tan cacareado ejército de Caladan Brood, agostado por años de guerra con el tal Imperio de Malaz, o bien había perdido las ganas de luchar o estaba tan vapuleado que su eficacia en combate prácticamente había desaparecido.

No obstante, todavía podían ocurrírsele modos en los que encontrarles utilidad a esos inminentes aliados. Con frecuencia, la percepción de una amenaza bastaba… *Quizá*

podemos hacerle el daño suficiente al septarca como para que pierda los nervios ante la llegada inminente del ejército de Brood que viene a socorrernos. O, si las defensas se derrumbaban, entonces sería posible abrir un camino de retirada para las Espadas Grises. La pregunta sería entonces, ¿en qué punto podía decidir la espada mortal sin descrédito alguno que los objetivos del contrato ya no prevalecían? ¿La muerte del príncipe Jelarkan? ¿La caída de las defensas de la ciudad? ¿La pérdida de una sección de la ciudad?

Percibió que el aire se desgarraba de repente tras él, el sonido fue como el leve susurro de una tela que se abría. Un aliento de viento sin vida fluyó a su alrededor. La espada mortal se giró sin prisas.

Una figura alta y ataviada con una armadura sobria se hizo visible en el interior del portal manchado de gris de la senda. Un rostro de piel pálida y arrugada sobre unos huesos tensos, ojos hundidos en las cuencas profundas y la frente, el reflejo de unos colmillos que sobresalían sobre el labio inferior. La boca de la figura se curvó en una leve sonrisa burlona.

—Espada mortal de Fener —dijo en el idioma de los elin, en voz baja y suave—, te traigo saludos del Embozado, señor de la Muerte.

Brukhalian gruñó y no dijo nada.

—Guerrero —continuó la aparición después de un momento—, tu reacción a mi llegada parece casi… lacónica. ¿Estás de veras tan sereno como quieres hacerme creer?

—Soy la espada mortal de Fener —respondió Brukhalian.

—Sí —dijo el jaghut arrastrando las palabras—. Lo sé. Yo, por otro lado, soy el heraldo del Embozado, conocido en otro tiempo como Gethol. El relato que se oculta tras mi… servidumbre presente es más que digno de un poema épico. O de más de uno. ¿No sientes curiosidad?

—No.

El rostro cayó en un abatimiento exagerado y después los ojos destellaron.

—Qué poco imaginativo por tu parte, espada mortal. Muy bien, escucha entonces, sin preámbulos de consuelo, las palabras de mi señor. Si bien nadie negaría el apetito eterno del Embozado y su clara anticipación ante el inminente asedio, ciertas complejidades del esquema mayor llevan a mi señor a aventurar una invitación a los soldados mortales de Fener…

—Entonces, señor, deberías dirigirte al propio señor de los Colmillos —dijo Brukhalian con voz ronca.

—Ah, por los dioses, eso ya no resulta posible, espada mortal. La atención de Fener se concentra en otra parte. De hecho, tu señor se ha retirado, con gran reticencia, al límite de su reino. —Los ojos inhumanos del heraldo se entrecerraron—. Fener corre un grave peligro. La pérdida de poder de tu protector es inminente. El Embozado ha decidido que ha llegado el momento de ofrecer gestos compasivos, de expresar la hermandad auténtica que existe entre tu señor y el mío.

—¿Qué propone el Embozado, señor?

—Esta ciudad está condenada, espada mortal. Pero tu formidable ejército no necesita unirse a la multitud inevitable que se agolpará a las puertas del Embozado. Un sacrificio que no tendría sentido y sería en realidad una gran pérdida. El Dominio Painita no es más que un único elemento, y bastante inferior, en una guerra mucho más inmensa, una guerra en la que todos los dioses tomarán parte… *aliados todos y cada uno*… contra un enemigo que busca nada menos que la aniquilación de todos los rivales. Así pues, el Embozado te ofrece su senda, un modo de salir para ti y tus soldados. Pero has de elegir rápido, pues el

camino de la senda hasta aquí no puede sobrevivir a la llegada de las fuerzas painitas.

—Lo que ofreces, señor, exige que rompamos nuestro contrato.

La carcajada del heraldo fue desdeñosa.

—Como de la forma más vehemente le dije al Embozado, los humanos sois una panda de lo más patética. ¿Un contrato? ¿Unos arañazos en un pergamino? El ofrecimiento de mi señor no es algo que se negocie.

—Y al aceptar la senda del Embozado —dijo Brukhalian en voz baja—, el rostro de nuestro protector cambia, ¿no? La… inaccesibilidad de Fener… lo ha convertido en un estorbo. Y por tanto el Embozado actúa rápido, impaciente por despojar al Jabalí del Verano de sus sirvientes mortales, a ser posible intactos, para que después lo sirvan a él y solo a él.

—Ah, necio —se burló Gethol—. Fener será la primera víctima de la guerra contra el dios Tullido. El Jabalí caerá y no hay quien lo salve. La protección del Embozado no se ofrece de forma casual, mortal, a cualquiera. Tener ese honor…

—¿Un honor? —lo interrumpió Brukhalian, su voz era como el deslizarse del hierro por la piedra, en sus ojos destellaba una extraña luz—. Permíteme, en nombre de Fener —dijo en un susurro—, comentarte algo sobre la cuestión del honor. —La espada ancha de la espada mortal siseó al salir, como un raudo borrón de su vaina, la hoja erguida para golpear al heraldo en la cara. Le partió el hueso, salpicó la sangre oscura.

Gethol se echó hacia atrás y levantó las manos marchitas hacia los rasgos destrozados.

Brukhalian bajó el arma, le ardían los ojos con una rabia profunda.

—Adelántate otra vez, heraldo, para que pueda reanudar mi comentario.

—No me gusta —jadeó Gethol a través de los labios desgarrados— tu… tono. Recae sobre mí la tarea de responder en especie, no en nombre del Embozado. Ya no. No, esta respuesta será mía y de nadie más. —Apareció una espada larga en cada guantelete, las hojas rielaban como el oro líquido. Los ojos del heraldo relucían como espejos en las armas. Dio un paso adelante.

Después se detuvo y las espadas se alzaron en posición defensiva.

Una voz suave habló detrás de Brukhalian.

—Te saludamos, jaghut.

La espada mortal se giró y vio a los tres t'lan imass, cada uno extrañamente insustancial, como si estuvieran a meros momentos de asumir nuevas imágenes, nuevas formas. Momentos antes, comprendió Brukhalian de transformarse en sus bestias soletaken. El aire se llenó de un hedor rancio a especias.

—No es cosa vuestra, esta lucha —siseó Gethol.

—¿La lucha con este mortal? —preguntó Bek Okhan—. No. Sin embargo, tú sí, jaghut.

—Soy el heraldo del Embozado, ¿osáis desafiar a un sirviente del señor de la Muerte?

Los labios desecados del t'lan imass se separaron.

—¿Por qué habríamos de dudar, jaghut? Y ahora pregúntale a tu señor, ¿osa él desafiarnos?

Gethol gruñó cuando algo lo metió por la fuerza de nuevo en la senda y esta se cerró de golpe tras tragárselo. El aire dibujó un breve remolino tras el repentino desvanecimiento del portal, después se asentó.

—Es evidente que no —dijo Bek Okhan.

Brukhalian envainó la espada con un suspiro y se enfrentó a los invocahuesos t'lan imass.

—Vuestra llegada me ha dejado decepcionado, señores.

—Lo entendemos, espada mortal. No cabe duda que te enfrentabas a un rival de tu altura. Sin embargo, la caza que emprendimos de este jaghut exigía esa… interrupción. Parece que su talento para huir de nosotros permanece intacto, incluso hasta el punto de hincar una rodilla al servicio de un dios. Al desafiar al Embozado te conviertes en un digno compañero.

Brukhalian esbozó una mueca.

—Aunque solo sea para aumentar vuestras posibilidades de entablar combate con ese jaghut, según he de entender.

—Desde luego.

—Así que en eso nos entendemos.

—Sí. Eso parece.

Brukhalian se quedó mirando un instante a las tres criaturas, después se dio la vuelta.

—Creo que podemos suponer que el heraldo no regresará para hacernos una visita esta noche. Os ruego que disculpéis mi brusquedad, señores, pero deseo quedarme solo una vez más.

Los t'lan imass se inclinaron y después desaparecieron.

Brukhalian se acercó a la chimenea y sacó de nuevo la espada. Apoyó el extremo romo en las ascuas frías y agitó poco a poco las cenizas. Las llamas cobraron vida lamiendo el metal y los carbones florecieron con un color rojo ardiente. Las salpicaduras y las vetas de sangre jaghut en la hoja chisporretearon y se ennegrecieron y después se consumieron en el fuego.

La espada mortal se quedó mirando la chimenea durante un buen rato y a pesar del poder desvelado de la espada santificada, Brukhalian no vio ante él más que cenizas.

De la oscuridad del cielo llegó una lucha jadeante que desagarraba el espacio. Unos brotes explosivos de dolor, como un muro de fuego que se alzara tras sus ojos, los ecos estremecidos de las heridas, el desgarro y los pinchazos en la carne, su propia carne.

Se le escapó un gemido bajo que lo sobresaltó y lo hizo recuperar la conciencia; yacía apoyado en un ángulo, con unas pieles tensas extendidas bajo el cuerpo. Había habido movimientos, algo que lo mecía, lo sacudía y lo arañaba, pero ya había cesado. Abrió los ojos y se encontró entre sombras. Una pared de piedra se alzaba a su izquierda, a su alcance. El aire olía a caballos, estiércol y, mucho más cerca, sangre y sudor.

La luz de la mañana bañaba el complejo a su derecha, iluminaba con un brillo trémulo las figuras borrosas que se movían a su alrededor. Soldados, caballos, unos lobos imposiblemente grandes y esbeltos.

Unas botas hicieron crujir la grava y las sombras que se cernían sobre él se profundizaron. Rezongo parpadeó y levantó la cabeza.

El rostro de Piedra estaba demacrado, salpicado de sangre seca, y el cabello colgaba en mechones gruesos y enmarañados. Le puso una mano en el pecho.

—Hemos llegado a Capustan —dijo con la voz entrecortada.

El capitán consiguió asentir.

—Rezongo…

El dolor llenó los ojos de la mujer y él sintió que lo invadía un escalofrío.

—Rezongo… Harllo está muerto. Lo… lo dejaron allí, enterrado bajo unas rocas. Lo dejaron allí. Y Netok… Netok,

ese chico tan dulce… tan cándido y tan inocente. Yo lo convertí en hombre, Rezongo, al menos hice eso por él. Muertos, los hemos perdido a los dos. —Piedra se apartó después, fuera del alcance de su visión, aunque oyó los pasos precipitados de su compañera que se iban desvaneciendo a lo lejos.

Apareció otra cara, la de una desconocida, una mujer joven, con casco y expresión afable.

—Ya estamos a salvo, señor —dijo con acento capan—. Te ha curado la fuerza. Lamento tus pérdidas. Todos las lamentamos, es decir, las Espadas Grises. Puedes descansar tranquilo, señor, os vengamos contra los demonios…

Rezongo dejó de escuchar y apartó la mirada, que luego clavó en el cielo límpido y azul que tenía encima. *Te vi, Harllo, so cabrón. Te metiste delante de la criatura, entre los dos. Te vi, maldito seas*.

Un cadáver bajo unas rocas, una cara en la oscuridad, manchada de polvo, que nunca jamás volvería a sonreír.

Una nueva voz.

—Capitán.

Rezongo giró la cabeza y se obligó a hablar a pesar del nudo en la garganta.

—Se acabó, Keruli —dijo—. Te hemos traído hasta aquí. Se acabó. Maldito seas, por el Embozado, sal de mi vista.

El sacerdote inclinó la cabeza y se retiró entre la calima de la cólera de Rezongo. Desapareció y después se fue.

CAPÍTULO 8



Cuanto más duro es el mundo, más fiero el honor.

Danzante

Los huesos formaban colinas que se extendían por todas partes. Huesos que traqueteaban y se movían bajo Gethol mientras el jaghut luchaba por no perder pie en la ladera. La sangre había ralentizado su fluir por la cara marcada, aunque la visión de un ojo seguía oscurecida, bloqueada por una astilla clavada que resplandecía con un color blanco rosado, el dolor había remitido hasta convertirse en una punzada palpitante.

—La vanidad —murmuró con los labios llenos de costras— no es mi maldición. —Recuperó el equilibrio, se irguió y se tambaleó por la ladera de la colina—. No hay forma de predecir a los humanos mortales, no, ni siquiera el Embozado podría haber imaginado semejante… insolencia. ¡Pero, ja! El rostro del heraldo está ya roto y lo que está roto ha de desecharse. Hay que desecharlo…

Gethol miró a su alrededor. Las colinas interminables, el cielo informe, el aire frío y muerto. Los huesos. La ceja intacta del jaghut se alzó un instante.

—No obstante, agradezco el chiste, Embozado. Ja, ja. Me has tirado aquí. Ja, ja. Y ahora tengo que salir a rastras para ser libre. Libre de tu servicio. Pues así sea.

El jaghut abrió su senda y se quedó mirando el portal que se formó ante él, un camino que se adentraba en el reino frío, casi sin aire, de Omtose Phellack.

—Ya te conozco, Embozado. Sé quién eres, lo que eres. Una ironía deliciosa el espejo de tu cara. Me pregunto ahora si tú a tu vez me conoces a mí.

Se metió en la senda. El abrazo familiar y gélido alivió su dolor, el fuego de sus nervios. Los muros de hielo, irregulares y empinados, de ambos lados lo bañaron con una luz verde azulada. Se detuvo y probó el aire. No hedía a imass, no había señales de intrusión alguna y, sin embargo, el poder que percibía a su alrededor estaba debilitado, dañado por milenios de violaciones, el descaro de los t'lan. Al igual que los propios jaghut, Omtose Phellack se estaba muriendo. Una muerte lenta y agónica.

—Ah, amigo mío —susurró— ya casi hemos terminado. Tú y yo, precipitándonos en picado hacia el… olvido. Una verdad muy sencilla. ¿Quieres que desencadene mi cólera? No, después de todo, mi cólera no basta. Nunca bastó.

Siguió caminando a través de los recuerdos helados que habían empezado a pudrirse, allí, a su alcance, siempre estrechándose, siempre cerrándose sobre el jaghut.

La fisura fue inesperada, una grieta profunda que partía su camino en diagonal. Una brisa suave y cálida surgía de ella, dulzona, con el olor a putrefacción y enfermedad. El hielo que recubría sus bordes estaba magullado y picado de agujeros, hendido por venas oscuras. Gethol se detuvo delante de él y lo sondeó con los sentidos. Siseó al reconocerlo.

—No te has quedado ocioso, ¿verdad? ¿Qué es esta invitación que me ofreces? Yo soy de este mundo mientras que tú, desconocido, no lo eres.

Se movió para pasar a su lado con los labios rasgados crispados con un gruñido. Después se detuvo y giró poco a poco la cabeza.

—Ya no soy el heraldo del Embozado —susurró—. Despedido. Mal servicio. Inaceptable. ¿Qué querías decirme, Encadenado?

No habría respuesta hasta que se tomara la decisión, hasta el final del viaje.

Gethol entró en la fisura.

El dios Tullido, que había levantado una tienda pequeña alrededor del lugar en el que lo habían encadenado, miró al jaghut con aire divertido. Roto, hecho pedazos, con heridas que supuraban y nunca se curaban, pero allí estaba el verdadero rostro de la vanidad.

Gethol se detuvo ante la entrada. Alzó la voz.

—Deshazte del sudario, no pienso arrastrarme para llegar a ti.

La tienda rieló y después se disolvió y reveló una figura informe con una túnica y la capucha puesta, sentada sobre arcilla húmeda. Un brasero levantaba velos de humo entre los dos y una mano mutilada se estiró para atraer los dulces zarcillos hacia la cara oculta por las sombras de la capucha.

—Un beso —dijo el Encadenado con un resuello— de lo más devastador. Tu repentina sed de venganza se… dejó sentir, jaghut. Tu mal genio puso en peligro los meticulosos planes del Embozado, te das cuenta, ¿verdad? Fue eso lo que… decepcionó al señor de la Muerte. Su heraldo ha de ser obediente. Su heraldo no puede poseer deseos o ambiciones personales. No es un… jefe… digno… para alguien como tú.

Gethol miró a su alrededor.

—Noto calor debajo de mí. Te encadenamos al cuerpo de Ascua, te anclamos a sus huesos, y la has envenenado.

—Así es. Una espina emponzoñada en su costado… que algún día la matará. Y con la muerte de Ascua, morirá este mundo. Su corazón frío, inerte, dejará de ofrecer la munificencia de la vida. Estas cadenas deben romperse, jaghut.

Gethol se echó a reír.

—Todos los mundos mueren. No voy a ser yo el eslabón más débil, dios Tullido. Después de todo, estuve aquí para el encadenamiento.

—Ah —siseó la criatura—, pero es que sí eres el eslabón más débil. Siempre lo fuiste. Creíste que podías ganarte la confianza del Embozado y fracasaste. Y tampoco es el primer fracaso, como bien sabemos los dos. Cuando tu hermano Gothos acudió a ti…

—¡Ya basta! ¿Quién es aquí el vulnerable?

—Los dos lo somos, jaghut. Los dos lo somos. —El dios levantó otra vez la mano y la agitó poco a poco entre los dos. Aparecieron unas cartas de madera lacada suspendidas en el aire, sus imágenes pintadas miraban a Gethol—. Contempla —susurró el dios Tullido— la Casa de las Cadenas…

El único ojo del jaghut que funcionaba se entrecerró.

—¿Qué… qué has hecho?

—Ya no soy un intruso, Gethol. Me gustaría… unirme a la partida. Y mira con más atención. El papel de heraldo está… vacante.

—Alguno más que el heraldo —gruñó Gethol.

—Desde luego, todavía es muy pronto. Me pregunto quién se ganará el derecho a ser rey de mi Casa. Verás, al contrario que el Embozado, yo agradezco la ambición

personal. Agradezco el pensamiento independiente. Incluso los actos de venganza.

—La baraja de los Dragones se te resistirá, Encadenado. Tu Casa sufrirá… ataques.

—Como siempre ha ocurrido. Hablas de la baraja como si fuera una entidad, pero su creador es polvo, como bien sabemos los dos. No hay nadie que pueda controlarlo. Presencia la resurrección de la Casa de Sombras. Un digno precedente. Gethol, necesito tus servicios. Yo abrazo tus… defectos. Nadie en mi Casa de las Cadenas estará entero, ni en cuerpo ni en espíritu. Contémplame, mira esta figura rota y destrozada, mi Casa refleja lo que ves ante ti. Ahora posa la mirada en el mundo que hay detrás, la pesadilla de dolor y fracaso que es el reino mortal. Muy pronto, Gethol, mis seguidores serán legión. ¿Lo dudas acaso? ¿Lo dudas?

El jaghut se quedó callado mucho tiempo y después gruñó.

—La Casa de las Cadenas ha encontrado su heraldo. ¿Qué quieres que haga?

—He perdido la cabeza —murmuró Murillio, pero no obstante lanzó las tabas. Las falanges talladas rebotaron, rodaron y después se detuvieron.

—¡El empujón del señor, querido amigo, quizá para ti, pero no para esta digna persona! —exclamó Kruppe mientras estiraba la mano para coger los huesos—. Y ahora Kruppe dobla la jugada con una limpia tirada, ah, una rima exquisitamente pronunciada, ¡ja! —Las tabas rebotaron y se detuvieron con los lados sin marcar hacia arriba—. ¡Ja! ¡Las riquezas caen en el amplio regazo de Kruppe! ¡Recógelas, mi formidable mago!

Ben el Rápido sacudió la cabeza y recogió los huesos de los dedos.

—He visto todas las trampas posibles, las malas y las magníficas, pero Kruppe, tú sigues esquivando mi mirada más avispada.

—¿Trampas? ¡Los dioses me libren! ¡Lo que las desventuradas víctimas presencian esta noche de noches no es más que la simpatía que siente el cosmos por el digno Kruppe!

—¿Simpatía cósmica? —bufó Murillio—. ¿Pero qué es eso, en el nombre del Embozado?

—Un eufemismo para decir que hace trampas —gruñó Coll—. Tira ya, Ben, estoy impaciente por perder más de estas monedas que he ganado con tanto esfuerzo.

—Es la mesa —dijo Murillio—. Lo desvía todo y creo que Kruppe ha encontrado el patrón; no lo niegues, maldito bloque de manteca grasienta.

—Kruppe niega todo lo que se puede negar de forma patente, mis queridos compañeros. No se ha formado todavía ningún patrón, según puedo aseguraros con la mayor sinceridad, pues el protagonista en cuestión ha huido del papel que le habían marcado. La dicha huida no es más que una ilusión, desde luego, aunque el retraso forzado del reconocimiento bien podría tener consecuencias extremas. Por fortuna para uno y todos, Kruppe está aquí con una mirada contundente…

—¡Lo que tú digas! —lo interrumpió Ben el Rápido—. Corazón oscuro donde más importa y calavera en la esquina.

—Un envite atrevido, misterioso mago. ¡Kruppe desafía por triplicado con una mano auténtica y ni una pizca desviada!

El mago bufó.

—Jamás he visto una de esas, nunca. Ni una sola vez. Ni una sola. —Mandó las tabas resbalando por la mesa.

Las falanges pulidas se detuvieron colocadas en forma de mano extendida, con todos los símbolos y patrones revelando un alineamiento perfecto.

—¡Y ya, mi perplejo mago, lo has hecho! ¡Las arcas de Kruppe rebosan!

Ben el Rápido se quedó mirando la mano esquelética que se había formado en la superficie gastada de la mesa.

—¿Qué sentido tiene esto? —suspiró Coll—. Kruppe gana en cada tirada. No es muy sutil, hombrecito, un buen tramposo se asegura de perder de vez en cuando.

—¡Así se demuestra la verdadera inocencia de Kruppe! Una trampa compuesta por victorias sucesivas sería una auténtica locura; no, la simpatía es real y está fuera del control de Kruppe.

—¿Cómo lo has hecho? —susurró Ben el Rápido.

Kruppe se sacó un pañuelo jaspeado de seda de la manga y se secó la frente.

—De repente abundan las sendas y lamen el aire con llamas invisibles, ¡ay! Kruppe se marchita bajo semejante escrutinio. ¡Piedad, te ruega Kruppe, mago malicioso!

Ben el Rápido se recostó y miró hacia donde Whiskeyjack permanecía apartado de los otros con la espalda apoyada en la pared de la tienda y los ojos medio cerrados.

—Hay algo, lo juro, pero no consigo identificarlo. Es escurridizo, ¡por los dioses, es muy escurridizo!

Whiskeyjack lanzó un gruñido.

—Ríndete —le aconsejó con una sonrisa—. Sospecho que no lo vas a pillar.

El mago se volvió de repente hacia Kruppe.

—No eres lo que pareces…

—Oh, claro que lo es —interpuso Coll—. Míralo. Grasiento, viscoso, hábil como una bola gigante y peluda de anguila engrasada. Kruppe es justo lo que parece, confía en mí. Mira ese sudor repentino en su frente, la cara de langosta hervida, los ojos saltones, ¡mira cómo se contorsiona! ¡Ese es Kruppe, hasta el último milímetro de su cuerpo!

—¡Avergonzado, así está Kruppe! ¡Escrutinio cruel! ¡Kruppe se deshace bajo semejante atención inmerecida!

Observaron al hombre que apretaba el pañuelo y se quedaron con los ojos como platos al ver el torrente de agua aceitosa que surgió de él y encharcó la mesa.

Whiskeyjack lanzó una carcajada.

—¡Os tiene a todos en el bolsillo, incluso ahora! Conque se retuerce, ¿eh? ¿Así que suda? Todo una ilusión.

—¡Kruppe se comba bajo una observación tan perceptiva! ¡Se marchita, se funde, se disuelve convertido en un idiota lloriqueante! —Hizo una pausa y después se inclinó hacia delante y recogió sus ganancias—. Kruppe tiene sed. Se pregunta si quedará algo de vino en esa jarra manchada. Y más que eso, Kruppe se pregunta qué ha traído a Korlat a la entrada de la tienda en plena noche, con todos y cada uno exhaustos tras otro día más de marchas interminables.

Se retiró la solapa de la tienda y la mujer tiste andii penetró bajo la luz del farol. Sus ojos violetas buscaron a Whiskeyjack.

—Comandante, mi señor solicita el placer de tu compañía.

Whiskeyjack levantó las cejas.

—¿Ahora? Muy bien, acepto la invitación. —Se levantó sin prisas, prestando una atención especial a la pierna mala.

—Ya verás cómo lo descubro —dijo Ben el Rápido al tiempo que miraba furioso a Kruppe.

—Kruppe niega la existencia de cualquier complejidad esquiva con respecto a su persona, inquietante mago. La sencillez es la amante de Kruppe, en gozosa conspiración con su querida esposa, la verdad, por supuesto. En una alianza larga y leal, este feliz trío…

Seguía hablando cuando Whiskeyjack salió de la tienda y se dirigió con Korlat hacia el campamento tiste andii. Después de unos minutos, el comandante miró a la mujer que caminaba a su lado.

—Hubiera dicho que tu señor ya se había ido a estas alturas, no se le ha visto en varios días.

—Permanecerá en nuestra compañía durante un tiempo —dijo Korlat—. Anomander Rake tiene poca paciencia para las reuniones de oficiales y demás. Arpía lo mantiene informado de las novedades.

—Entonces siento curiosidad, ¿qué quiere de mí?

La mujer esbozó una ligera sonrisa.

—Eso os lo debe revelar mi señor, comandante.

Whiskeyjack se quedó callado.

La tienda del caballero de la Oscuridad no se distinguía de las demás tiendas de los tiste andii, carecía de vigilancia y se encontraba encajada en medio de una fila, apenas iluminada desde dentro por un único farol. Korlat se detuvo delante de la solapa de entrada.

—Mi escolta termina aquí. Puedes entrar, comandante.

Whiskeyjack encontró a Anomander Rake sentado en una silla plegable con respaldo de cuero, con las largas piernas estiradas. Una silla a juego vacía esperaba enfrente de él y en un lado, al alcance de ambos, había una mesa pequeña en la que habían colocado un jarro de vino y dos copas.

—Gracias por venir —dijo el caballero de la Oscuridad—. Por favor, ponte cómodo.

Whiskeyjack se acomodó en la silla.

Rake se inclinó hacia delante y llenó las dos copas, después le pasó una al comandante, que la aceptó agradecido.

—Con la perspectiva adecuada —dijo el tiste andii— hasta una vida mortal puede parecer larga. Satisfactoria. Lo que contemplo en estos instantes es la naturaleza de la casualidad. Hombres y mujeres que, por un tiempo, caminan juntos, por caminos paralelos. Cuyas vidas se rozan, por muy breve que sea el instante, y de esa forma los cambia ese contacto casual.

Whiskeyjack estudió al hombre que tenía delante con los ojos medio cerrados.

—No veo el cambio como algo especialmente amenazador, señor.

—Con Rake es suficiente. Lo que has dicho, estoy de acuerdo… por lo general. Hay tensión entre los mandos, tensión de la que estoy seguro que eres muy consciente.

El malazano asintió.

Los ojos velados de Rake se clavaron en los de Whiskeyjack por un momento, después los apartó con aire despreocupado otra vez.

—Preocupaciones. Ambiciones largo tiempo refrenadas y que ahora fuerzan la cuerda. Rivalidades antiguas y nuevas. La situación tiene el efecto de… separar. A todos y cada uno de nosotros de todos los demás. Sin embargo, si persistimos, el regreso sereno del instinto se hace oír una vez más, susurros… de esperanza. —Aquellos ojos extraordinarios encontraron al comandante una vez más, un contacto igual de breve que el primero.

Whiskeyjack respiró hondo, sin ruido.

—¿La naturaleza de esa esperanza?

—Mi instinto (en el instante en que las vidas se rozan, por momentáneo que sea ese roce) me informa de quién es

digno de esa confianza. Ganoes Paran, por ejemplo. Nos conocimos en esta llanura, no demasiado lejos de donde estamos acampados ahora. Una herramienta de Oponn, a punto de morir en las fauces de los mastines de Tronosombrío. Un mortal, todas sus pérdidas escritas con claridad en sus ojos. Vivo o muerto, su destino no significaba nada para mí. Y sin embargo…

—Te cayó bien.

Rake sonrió y tomó un sorbo de vino.

—Sí, un resumen preciso.

Se produjo un silencio que se fue alargando mientras los dos hombres permanecían sentados uno enfrente del otro. Después de un buen rato, Whiskeyjack se irguió poco a poco en su silla y comenzó a comprender algo.

—Me imagino —dijo al fin, mientras estudiaba el vino que tenía en la copa— que Ben el Rápido ha despertado tu curiosidad.

Anomander Rake ladeó la cabeza.

—Como es natural —respondió. En su tono se revelaba una ligera sorpresa y un interrogante.

—Yo lo conocí en Siete Ciudades… en el desierto sagrado de Raraku, para más señas —dijo Whiskeyjack, se inclinó hacia delante para llenar ambas copas y después se acomodó en su silla antes de continuar—. Es una historia un poco larga, así que espero que tengas paciencia.

La respuesta de Rake fue una pequeña sonrisa.

—Bien. Creo que merecerá la pena. —La mirada de Whiskeyjack se perdió, encontró el farol que colgaba de un poste y se posó en su llama dorada y tenue—. Ben el Rápido. Adaephon Delat, un mago mediocre al servicio de uno de los siete protectores sagrados durante una rebelión frustrada que se originó en Aren. Delat y otros once magos conformaban el cuadro del protector. Los hechiceros de

nuestro ejército de asedio los podían vencer fácilmente (Bellurdan, Escalofrío, Tayschrenn, A'Karonys, Tesormalandis, Tocón) una reunión formidable conocida por su ejecución brutal de la voluntad del emperador. Bueno, invadimos la ciudad en la que el protector estaba metido, los muros cedieron, hubo una matanza en las calles y la locura de la batalla se apoderó de todos nosotros. Dassem derribó al protector sagrado, Dassem y su banda de seguidores, que él llamaba su primera espada, se abrieron camino entre las filas enemigas. El cuadro del protector, al ver la muerte de su señor y la destrucción del ejército, huyó. Dassem ordenó que mi compañía los persiguiese por el desierto. Nuestro guía era un nativo de la zona, un hombre recién reclutado por nuestra Garra…

El rostro oscuro y ancho de Kalam Mekhar brillaba de sudor. Whiskeyjack observaba al hombre retorcerse en la silla, veía los amplios hombros que se encogían bajo la telaba manchada y polvorienta.

—Siguen juntos —murmuró el guía—. Hubiera creído que se separarían… y te obligarían a hacer lo mismo. O a elegir entre ellos, comandante. El rastro sigue adelante, señor, continúa hacia el corazón de Raraku.

—¿Cuánta ventaja nos llevan? —preguntó Whiskeyjack.

—Medio día, nada más. Y a pie.

El comandante entrecerró los ojos y contempló la calima ocre del desierto. Setenta soldados cabalgaban tras él, una colección improvisada de marineros, ingenieros, infantería y caballería; cada uno sacado de pelotones que en realidad habían dejado de existir. Tres años de asedios, batallas inflexibles y persecuciones para la mayoría. Eran de los que

Dassem Ultor pensaba que se podía prescindir y, si era necesario, sacrificar.

—Señor —dijo Kalam interrumpiendo sus pensamientos —. Raraku es un desierto sagrado. Un lugar de gran poder…

—Tú primero —gruñó Whiskeyjack.

Los remolinos de polvo provocaban senderos aleatorios por aquella llanura estéril y consumida. La tropa cabalgaba al trote con breves intervalos en que iban al paso. El sol seguía trepando por el cielo. En algún lugar tras ellos, una ciudad seguía ardiendo, pero por delante tenían un paisaje entero que parecía iluminado por el fuego.

El primer cadáver lo descubrieron a primeras horas de la tarde. Encogido, una telaba andrajosa y quemada aleteaba sacudida por el viento caliente y bajo ella, una figura marchita con la cabeza alzada hacia el cielo y las cuencas de los ojos vacías. Kalam desmontó y tardó mucho tiempo en examinar el cuerpo. Al fin se levantó y miró a Whiskeyjack.

—Kebharla, creo. Era más una erudita que una maga, una mujer que profundizaba en misterios. Señor, hay algo raro…

—¿Ah, sí? —dijo el comandante alargando las palabras. Se inclinó hacia delante en la silla y estudió el cadáver—. Aparte de que parece que murió hace cien años, ¿qué te parece extraño, Kalam?

El rostro del hombre se crispó hasta mostrarse ceñudo.

Un soldado lanzó una risita detrás de Whiskeyjack.

—¿Quiere adelantarse el gracioso, por favor? —bramó el comandante sin volverse.

Un jinete se reunió con él. Delgado, joven, un casco recargado y demasiado grande de Siete Ciudades en la cabeza.

—¡Señor! —dijo el soldado.

Whiskeyjack se lo quedó mirando.

—Dioses, hombre, tira ese casco, se te va a cocer el cerebro. Y el violín, ese maldito trasto está roto de todos modos.

—El casco está forrado de arena fría, señor.

—¿De qué?

—Arena fría. Parecen virutas, señor, pero se puede echar un puñado en un fuego y no se calienta. Es una cosa muy rara, señor.

Los ojos del comandante se clavaron entrecerrados en el casco.

—¡Por el abismo, el protector sagrado llevaba eso!

El hombre asintió con gesto solemne.

—Y cuando la espada de Dassem lo derribó, salió volando, señor. Directamente a mis brazos.

—¿Y el violín lo siguió?

Los ojos del soldado se achicaron con gesto suspicaz.

—No, señor. El violín es mío. Me lo compré en Malaz, tenía intención de aprender a tocarlo.

—¿Entonces quién lo atravesó de un puñetazo, soldado?

—Ese sería Seto, señor, ese hombre de ahí, junto a Rapiña.

—¡No sabe tocar ese maldito trasto! —gritó el soldado en cuestión.

—Bueno, porque ahora no puedo, ¿no? Está roto. Pero cuando termine la guerra, lo voy a arreglar, ¿está claro?

Whiskeyjack suspiró.

—Regresa a tu puesto, don Violín, y ni un solo sonido más, ¿comprendido?

—Una cosa, señor. Todo… todo esto… me da mala espina, señor.

—No eres el único, soldado.

—Bueno, sí, es solo que…

—¡Comandante! —exclamó el soldado llamado Seto al tiempo que adelantaba su montura—. Las corazonadas del chaval, señor, todavía no se han equivocado ni una sola vez. Le dijo al sargento Nubber que no bebiera de ese jarro, pero Nubber bebió y ahora está muerto, señor.

—¿Envenenado?

—No, señor. Un lagarto muerto. Se le quedó atascado en la garganta. ¡Nubber se asfixió con un lagarto muerto! Eh, Violín… un buen nombre ese. Violín. ¡Ja!

—Por todos los dioses —dijo Whiskeyjack por lo bajo—. Ya está bien. —Volvió a mirar a Kalam—. Sigue adelante.

El otro asintió y volvió a montar.

Once magos a pie, sin provisiones, huyendo a través de un desierto sin vida, la caza debería haberse terminado pronto. A última hora de la tarde se toparon con otro cuerpo, tan arrugado como el primero, y después, con el sol bañando de rojo carmesí el horizonte occidental, se encontró un tercer cadáver en la pista. Justo delante, a media legua de distancia, se alzaban los dientes blanqueados e irregulares de unos acantilados de piedra caliza, teñidos de encarnado por el atardecer. El rastro de los magos supervivientes, informó Kalam al comandante, llevaba allí.

Los caballos estaban agotados, al igual que los soldados. El agua comenzaba a convertirse en un problema. Whiskeyjack ordenó un alto en el camino y montaron el campamento.

Tras la colación y con los soldados apostados en piquetes, el comandante se reunió con Kalam Mekhar junto al fuego.

El asesino tiró otro ladrillo de estiércol a las llamas y después comprobó el agua en la abollada olla que habían suspendido de un trípode sobre el fuego.

—Las hierbas de este té aliviarán la pérdida de agua una vez llegada la mañana —dijo con un murmullo el nativo de

Siete Ciudades—. Tengo suerte de tenerlo, es raro y cada vez escasea más. Hace que tus orines sean densos como sopa pero más cortos. Sigues sudando, pero lo necesitas…

—Lo sé —interpuso Whiskeyjack—. Llevamos en este maldito continente tiempo suficiente como para aprender unas cuantas cosas, patrón de la Garra.

El hombre les echó un vistazo a los soldados que comenzaban a acomodarse.

—Siempre se me olvida, comandante. Sois todos tan… jóvenes.

—Tan jóvenes como tú, Kalam Mekhar.

—¿Y qué he visto yo del mundo, señor? Apenas nada. Guardaespaldas de un falah sagrado en Aren…

—¿Guardaespaldas? ¿Para qué andarse con remilgos? Eras su asesino privado.

—Mi viaje acaba de empezar, eso es lo que estaba intentando decir, señor. Tú, tus soldados… lo que habéis pasado… —Sacudió la cabeza—. Está todo ahí, en vuestros ojos.

Whiskeyjack estudió al hombre y el silencio se alargó.

Kalam revolvió la olla y sirvió dos tazas de la cocción de olor medicinal, después le pasó una al comandante.

—Los alcanzaremos mañana.

—Desde luego. Hemos cabalgado sin parar todo el día, al doble de velocidad de lo que camina un soldado a paso de marcha. ¿Cuánto nos hemos acercado a esos malditos magos? ¿Una campanada? ¿Dos? No más de dos. Están usando sendas…

El asesino frunció el ceño y sacudió poco a poco la cabeza.

—Entonces yo habría perdido el rastro, señor. Una vez que entraran en una senda, todo rastro de ellos se habría desvanecido.

—Sí. Y sin embargo las huellas siguen adelante, ininterrumpidas. ¿Cómo es posible?

Kalam miró el fuego con los ojos entrecerrados.

—No lo sé, señor.

Whiskeyjack se terminó el té amargo, dejó caer la taza al suelo, junto al asesino y después se alejó.

Un día siguió a otro, la persecución los llevó por los castigados barrancos, las quebradas y arroyos de las colinas. Descubrieron más cuerpos, figuras desecadas que Kalam iba identificando una tras otra: Renisha, un hechicero del Alta Meanas; Keluger, un sacerdote séptimo de D'riss, el Gusano del Otoño; Narkal, el mago-guerrero que había jurado lealtad a Fener y aspiraba al título de espada mortal del dios; Ullan, la sacerdotisa soletaken de Soliel.

Las privaciones se cobraron su precio entre los cazadores. Murieron caballos, que se despiezaron y comieron. Las bestias supervivientes adelgazaron, se demacraron. Si el rastro de los magos no hubiera llevado a Kalam y los demás sin vacilar de un manantial oculto a otro, todo el mundo habría muerto, allí, en el yermo despiadado de Raraku.

Set'alahd Crool, un mestizo jhag que una vez había hecho retroceder media docena de varas a Dassem Ultor con un contraataque furioso, con la espada encendida por la bendición de un ascendiente desconocido; Etra, una de las señoras de la senda Rashan; Birith'erah, mago de la senda Serc que podía bajar tormentas del cielo; Gellid, bruja de la senda Tennes…

Y ya no quedaba más que uno, siempre por delante, esquivo, su presencia revelada solo por las huellas ligeras que iba dejando.

Los cazadores cabalgaban envueltos en silencio. El silencio de Raraku. Sosegado, agudizado, templado bajo el

sol. Los caballos rivalizaban bajo ellos, flacos y desafiantes, incansables y con las miradas salvajes.

Whiskeyjack tardó en entender lo que vio en la cara de Kalam cuando el asesino lo miró a él y a sus soldados, tardó en comprender que los ojos entrecerrados del homicida contenían incredulidad, asombro y algo más que un poco de miedo. Y, sin embargo, el propio Kalam había cambiado. No se había alejado mucho de la tierra que era su hogar, pero un mundo entero había pasado bajo sus pies.

Raraku se había apoderado de todos.

Subieron por un canal escarpado y rocoso a través de una fisura erosionada, las paredes de caliza manchadas y llenas de pozos. Salieron a un anfiteatro natural y allí, sentado con las piernas cruzadas en un peñasco del otro lado del claro, esperaba el último mago.

Vestía poco más que andrajos, estaba demacrado, con la piel oscura agrietada y desprendida, un brillo duro en los ojos, quebradizo como la obsidiana.

Kalam tiró de las riendas con un movimiento que más pareció una tortura, pero consiguió darle la vuelta al caballo y fijar la vista en Whiskeyjack.

—Adaephon Delat, mago de Meanas —dijo con voz ronca y seca, los labios partidos se crisparon en una sonrisa—. Nunca fue gran cosa, señor. Dudo que sea capaz de reunir una gran defensa.

Whiskeyjack no dijo nada. Esquivó con su montura al asesino y se acercó al mago.

—Una pregunta —dijo el mago, su voz apenas era un susurro y sin embargo se transmitía con claridad por el anfiteatro.

—¿Qué?

—¿Se puede saber quién eres, en el nombre del Embozado?

Whiskeyjack alzó una ceja.

—¿Importa mucho?

—Hemos cruzado Raraku entero —dijo el mago—. Al otro lado de estos acantilados está el camino que baja a G’danisban. Me has perseguido por todo el desierto sagrado… dioses, no hay hombre que valga eso. ¡Ni siquiera yo!

—Había otros once contigo, mago.

Adaephon Delat se encogió de hombros.

—Yo era el más joven, el más sano, con mucho. Y sin embargo ahora, al fin, hasta mi cuerpo se ha rendido. Ya no puedo seguir adelante. —Sus ojos oscuros miraron tras Whiskeyjack—. Comandante, tus soldados…

—¿Qué pasa con ellos?

—Son más… y menos. Ya no son lo que en otro tiempo fueron. Raraku, señor, ha quemado los puentes de su pasado, todos y cada uno, ha desaparecido todo. —Miró a Whiskeyjack a los ojos, maravillado—. Y son todos tuyos. Alma y corazón. Son tuyos.

—Más de lo que crees —dijo Whiskeyjack. Después alzó la voz—. Seto, Violín, ¿hemos llegado?

—¡Sí! —dijeron dos voces a coro.

Whiskeyjack vio la tensión repentina del mago. Después de un momento, el comandante se giró en la silla. Kalam permanecía sentado muy tieso en su caballo, una decena de metros más atrás, con el sudor chorreándole por la frente. Tras él, lo flanqueaban Violín y Seto, los dos apuntando con las ballestas al asesino. Whiskeyjack sonrió y volvió a mirar a Adaephon Delat.

—Vosotros dos habéis jugado una partida extraordinaria. Violín husmeó las comunicaciones secretas, los rostros pétreos y marcados, las posturas de los cuerpos, los dedos encogidos, uno, dos, tres, lo que hiciera falta para completar

el código, habríamos podido terminar con esto hace una semana, pero para entonces ya me había… picado la curiosidad. Once magos. Una vez que la primera te reveló sus ancestrales conocimientos (conocimientos que ella era incapaz de usar), ya solo era cuestión de negociar. ¿Qué alternativa tenían los otros? Muerte a manos de Raraku, o a mis manos. O… una especie de salvación. ¿Pero lo fue, después de todo? ¿Sus almas claman ahora en tu interior, Adaephon Delat? ¿Chillan acaso para huir de su nueva prisión? No obstante, me queda una incógnita. Ese juego, entre Kalam y tú, ¿con qué fin?

La ilusión de las privaciones se fue desvaneciendo poco a poco del rostro del mago, que reveló a un hombre joven, sano y robusto. Consiguió esbozar una sonrisa tensa.

—El clamor se ha… calmado un tanto. Hasta el espectro de una vida es mejor que el abrazo del Embozado, comandante. Hemos logrado un… equilibrio, podría decirse.

—Y albergas ahora poderes inimaginables.

—Formidables, es cierto, pero no tengo deseo alguno de utilizarlos ahora. ¿La partida que jugamos, Whiskeyjack? Solo de supervivencia. Al principio. No pensamos que lo conseguirías, para ser sinceros. Creímos que Raraku terminaría por reclamar tu vida, y supongo que lo hizo, en cierta manera, aunque no del modo que yo habría anticipado. En lo que tú y tus soldados os habéis convertido… —Sacudió la cabeza.

—En lo que nos hemos convertido —dijo Whiskeyjack— lo has compartido tú. Kalam y tú.

El mago asintió poco a poco.

—De ahí este fatídico encuentro. Señor, Kalam y yo te seguiremos a partir de ahora. Si nos aceptas.

Whiskeyjack gruñó.

—El emperador os apartará de mi lado.

—Solo si se lo dices, comandante.

—¿Y Kalam? —Whiskeyjack volvió la cabeza y miró al asesino.

—La Garra no se sentirá muy… complacida —dijo el hombre sin alzar la voz. Después sonrió—. Lo siento por Torva.

Whiskeyjack hizo una mueca y se giró un poco más para examinar a sus soldados. Aquellas caras se podrían haber tallado en piedra. Una compañía sacada de los desechos del ejército, convertida en un núcleo duro y brillante.

—Dioses —susurró por lo bajo—, ¿qué hemos hecho aquí?

El primer combate sangriento de los Abrasapuentes fue la reconquista de G'danisban. Un mago, un asesino y setenta soldados que entraron como un huracán en un fuerte rebelde de cuatrocientos guerreros del desierto y los aplastaron en una sola noche.

La luz del farol casi se había consumido, pero las paredes de la tienda revelaban las suaves primeras luces del amanecer. Los sonidos de un campamento que se despertaba y se preparaba para la marcha se alzaron poco a poco y llenaron el silencio que se hizo tras el relato de Whiskeyjack.

Anomander Rake suspiró.

—Cambio del alma.

—Sí.

—He oído hablar del cambio de un alma, se envía a un recipiente preparado para ella. Pero meter once almas, once magos, en el cuerpo ya ocupado de un duodécimo… —Sacudió la cabeza sin poder creérselo—. Muy osado, sin duda. Ya entiendo por qué Ben el Rápido me pidió que no lo

sondeara más. —Alzó entonces los ojos—. Y sin embargo, aquí, esta noche, lo has desvelado. No pedí…

—Haberlo pedido, mi señor, habría sido un atrevimiento —dijo Whiskeyjack.

—Entonces me comprendiste.

—El instinto —sonrió el malazano—. Yo también confío en el mío, Anomander Rake.

El tiste andii se levantó de la silla.

Whiskeyjack siguió su ejemplo.

—Me impresionó —dijo Rake— que te prepararas para defender a la pequeña Zorraplateada.

—Y a mí a su vez me impresionó que tú te contuvieras.

—Sí —murmuró el caballero de la Oscuridad con los ojos de repente desviados y un leve ceño marcándole la frente—. El misterio de ese querubín…

—¿Disculpa?

El tiste andii sonrió.

—Estaba recordando mi primer encuentro con el que se llama Kruppe.

—Me temo, mi señor, que Kruppe es un misterio sobre el que nada puedo revelar. De hecho, creo que es un esfuerzo que con toda probabilidad nos derrotaría a todos.

—Puede que en eso tengas razón, Whiskeyjack.

—Ben el Rápido parte por la mañana para reunirse con Paran y los Abrasapuentes.

Rake asintió.

—Procuraré mantener las distancias, no sea que se ponga nervioso. —Después de un momento, el tiste andii le tendió la mano al otro.

Se estrecharon las muñecas.

—Una agradable velada, esta —dijo Rake.

Whiskeyjack hizo una mueca.

—No soy de los que hilan relatos entretenidos. Agradezco tu paciencia.

—Quizá pueda equilibrar la balanza alguna otra noche, yo también tengo unas cuantas historias.

—No me cabe la menor duda —consiguió decir Whiskeyjack.

Se soltaron y el comandante se volvió hacia la entrada.

Tras él habló Rake.

—Una última cosa. Zorraplateada no tiene nada que temer de mí. Es más, le daré instrucciones a Kallor en consecuencia.

Whiskeyjack miró al suelo un momento.

—Te lo agradezco, mi señor —dijo sin aliento, después salió de la tienda.

Por los dioses del inframundo, esta noche he hecho un amigo. ¿Cuándo fue la última vez que me topé con tal don? No me acuerdo. Por el aliento del Embozado, ya ni me acuerdo.

Delante de la entrada de la tienda, Anomander Rake observó al hombre que se alejaba cojeando por el camino.

El murmullo suave de unas garras se acercó por detrás.

—Maestro —murmuró Arpía—, ¿ha sido una idea inteligente?

—¿A qué te refieres? —preguntó el hombre con aire distraído.

—Hay que pagar un precio por hacer amigos entre mortales de vida tan efímera, como bien puedes dar fe por tus propios, típicos y trágicos recuerdos.

—Ten cuidado, vieja bruja.

—¿Niegas acaso la verdad de mis palabras, mi señor?

—Se puede hallar un valor precioso en la brevedad.

El gran cuervo ladeó la cabeza.

—¿Una observación honesta? ¿Una advertencia peligrosa? ¿Una sabiduría retorcida y en exceso desgraciada? Dudo que vayas a explicarte mejor. No lo harás, ¿verdad? ¡Me dejarás con la duda, picoteando sin cesar en una obsesión que me tendrá en vilo! ¡Qué cerdo!

—¿Percibes el olor de la carroña en el viento, querida? Te juro que yo sí. ¿Por qué no vas a buscarla? Ahora. En este mismo instante. Y una vez que te hayas llenado la barriga, vete a buscar a Kallor y tráemelo.

Con una mueca desdeñosa, el gran cuervo salió de un salto y extendió las alas, como una explosión, que alzaron a la enorme ave a los cielos.

—Korlat —murmuró Rake—. Ven a verme, por favor. —Se giró hacia el interior de la tienda. Unos minutos después llegó Korlat. Rake siguió mirando la pared posterior.

—¿Mi señor?

—Voy a ausentarme por un breve espacio de tiempo. Siento la necesidad de buscar el consuelo de Silannah.

—Ella agradecerá tu regreso, mi señor.

—Una ausencia de solo unos días, nada más.

—Comprendido.

Rake la miró entonces.

—Extiende tu protección a Zorraplateada.

—Me complacen esas instrucciones.

—Ponle observadores invisibles también a Kallor. Si acaso errase, acude a mí al instante, pero no dudes en hacer caer toda la fuerza de los tiste andii sobre él. Como mínimo, puedo presenciar la reunión de sus pedazos.

—¿Toda la fuerza, mi señor? No lo hemos hecho hace mucho, mucho tiempo. ¿Crees que será necesario destruir a Kallor?

—No puedo estar seguro, Korlat. ¿Por qué arriesgarnos a otra cosa?

—Muy bien. Comenzaré los preparativos para la unión de nuestras sendas.

—Veo que te inquieta de todos modos.

—Hay mil cien tiste andii, mi señor.

—Soy consciente de ello, Korlat.

—En el encadenamiento no éramos más que cuarenta y sin embargo destruimos todo el reino del dios Tullido, bien es cierto que era un reino naciente. No obstante, mi señor. Mil cien… nos arriesgamos a devastar todo este continente.

Los ojos de Rake se velaron.

—Aconsejaría cierta contención en las fuerzas desencadenadas, Korlat, si acaso resultara necesario liberar de forma colectiva el Kurald Galain. Brood no se pondría muy contento. Sospecho que Kallor no va a precipitarse en ninguna circunstancia, en cualquier caso. No son más que simples precauciones.

—Comprendido.

Anomander Rake se volvió de nuevo hacia el interior de la tienda.

—Eso será todo, Korlat.

La mhybe soñaba. Una vez más, después de tanto tiempo, se encontró vagando por la tundra; los líquenes y el musgo crujían bajo sus pies mientras la bañaba un viento seco que olía a hielo muerto. Caminaba sin dolores, no oía el estertor profundo de su pecho al respirar el aire vivificante. Había regresado, comprendió, al lugar donde había nacido su hija.

La senda de Tellann, un lugar no dónde, sino cuándo. El tiempo de la juventud. Para el mundo. Para mí.

Levantó los brazos y vio su tersura ambarina, los tendones y las venas marcadas de las manos resultaban casi imperceptibles bajo la carne regordeta.

Soy joven. Soy como debería ser.

No era un don. No, era una tortura. Sabía que estaba soñando, sabía lo que encontraría cuando despertase.

Un pequeño rebaño de unas bestias antiguas y extintas provocaba un trueno suave por la tierra dura bajo sus pies protegidos por mocasines, tierra que corría paralela al sendero que ella había elegido junto a una cordillera, sus lomos encorvados aparecían de vez en cuando sobre la cima, un flujo desdibujado de un color ocre quemado. Algo en su interior se agitó, un júbilo quedo que respondía a la majestad de aquellas criaturas.

Emparentados con los bhederin, solo que más grandes, con cuernos que se extienden a los lados, inmensos, majestuosos.

Miró abajo y detuvo sus pasos. Unas huellas cruzaban el sendero. Unos pies envueltos en cuero que perforaban el quebradizo liquen. Ocho, nueve individuos.

¿Imass de carne y hueso? ¿El invocahuesos Pran Chole y sus compañeros? ¿Quién camina esta vez por el paisaje de mis sueños?

La mhybe abrió los ojos con un parpadeo a una oscuridad húmeda. Un dolor sordo le envolvió los huesos mermados. Unas manos nudosas acercaron las pieles a su barbilla para defenderla del frío. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y miró al cielo con un parpadeo, aquel techo desvaído e inclinado de la tienda de cuero, después exhaló un suspiro lento y agónico.

—Espíritus de los rhivi —susurró—, llevadme ahora, os lo ruego. Poned fin a esta vida, por favor. Jaghan, Iruth,

Mendalan, S'ren Tahl, Parid, Neprool, Manek, Ibindur, os nombro a todos, llevadme, espíritus de los rhivi…

El estertor de su aliento, el latido obstinado de su corazón… los espíritus hacían oídos sordos a su plegaria. Con un suave gimoteo, la mhybe se irguió y estiró la mano para coger su ropa.

Salió tambaleándose a la luz brumosa. El campamento rhivi despertaba a su alrededor. A un lado oyó el mugido de los bhederin, sintió el rumor inquieto en el suelo y después los gritos de los jóvenes de la tribu que regresaban tras pasar la noche vigilando el ganado. Salían figuras de las tiendas cercanas, voces que resonaban con suavidad con los saludos rituales al amanecer.

Iruth met inal barku sen netral… ¡ah'rhitan! Iruth met inal…

La mhybe no cantó. En su interior no había alegría por la llegada de un nuevo día.

—Mi querida muchacha, tengo justo lo que necesitas.

Se volvió al oír la voz. El daru Kruppe anadeaba por el camino hacia ella con una pequeña caja de madera aferrada entre las manos regordetas.

La mhybe consiguió esbozar una sonrisa irónica.

—Disculpa si dudo de tus regalos. La experiencia pasada…

—Kruppe ve más allá del velo de arrugas, querida mía. En todo. Pues su amante de medianoche es la fe, una ayuda leal cuyo cariñoso roce Kruppe sabe apreciar en lo que vale. Los intereses mercantiles —continuó al llegar junto a ella y con los ojos clavados en la caja— rinden buenos regalos, aunque inesperados. Dentro de este modesto receptáculo aguarda un tesoro que te ofrezco a ti, querida.

—No me sirven de nada los tesoros, Kruppe, aunque te lo agradezco.

—Una historia que merece la pena relatar, Kruppe te lo asegura. Al extender la red de túneles que entran y salen de las afamadas cavernas de botín gaseoso que hay bajo la bella Darujhistan, se hallaron cámaras labradas en algunos sitios, paredes reveladas a cada golpe de un sinfín de picos de asta y sobre las dichas superficies ondeantes se encontraron escenas gloriosas del pasado distante. Pintadas con saliva y carbón, con hematites y sangre, con mocos y el Embozado sabrá que más, pero había más. Mucho más que eso. Pedestales, tallados a modo de toscos altares, y sobre esos altares… ¡esto!

Levantó la tapa de la caja.

Al principio la mhybe creyó que estaba mirando una colección de hojas de pedernal que descansaban sobre unos brazaletes extrañamente forjados, al parecer del mismo díscolo material. Después entrecerró los ojos.

—Sí —susurró Kruppe—. Elaborados como si de verdad fueran de pedernal. Pero no, son de cobre. Cobre batido, el mineral extraído puro de las venas de las rocas, aplastado bajo piedras pesadas. Capa tras capa. Moldeado, trabajado, hasta reflejar un legado. —Kruppe alzó los ojitos y los clavó en los de la mhybe—. Kruppe ve el dolor de tus crispados huesos, querida mía, y lo lamenta. Estos objetos de cobre no son herramientas, sino adornos que pueden ponerse alrededor del cuerpo. Verás que las hojas tienen broches adecuados para las chanclas de cuero. Encontrarás pulseras para las muñecas y los tobillos, brazaletes para los brazos y… eh, gargantillas. Son objetos que te serán útiles… para aliviar tus dolores. Cobre, el primer regalo de los dioses.

A la mhybe le hizo gracia su propio sentimentalismo y se limpió las lágrimas de las arrugadas mejillas.

—Te lo agradezco, amigo Kruppe. Nuestra tribu conserva el conocimiento de las propiedades curativas del cobre. Pero

cielos, no están a prueba de la vejez…

Los ojos del daru lanzaron un destello.

—La historia de Kruppe no ha terminado todavía, muchacha. Se hizo bajar a eruditos a esas cámaras, mentes perspicaces dedicadas a los misterios de la antigüedad. Los altares, uno en cada cámara… ocho en total… orientados de forma individual, las pinturas que desplegaban imágenes toscas pero innegables. Representaciones tradicionales. Ocho cuevas, cada una identificada con claridad. Sabemos las manos que tallaron cada una de ellas, los artistas se identificaron, y los mejores videntes de Darujhistan lo confirmaron. Conocemos, querida, los nombres de aquellos a quienes pertenecían estos adornos. —Metió la mano en la caja y sacó una hoja—. Jaghan. —La dejó y cogió una pulsera de tobillo—. S'ren Tahl. Y aquí, esta diminuta punta de flecha infantil… Manek, el golfillo rhivi, un guasón, ¿no es así? Kruppe siente cierta afinidad con ese pequeño embustero, Manek, oh, sí. Manek, a pesar de todos sus juegos y engaños, tiene un corazón inmenso, ¿no es cierto? Y mira estos brazaletes. Iruth, ¿ves lo pulidos que están? El fulgor del amanecer capturado aquí, en este metal batido…

—Imposible —susurró la mhybe—. Los espíritus…

—Fueron en otro tiempo personas de carne y hueso. Mortales en otro tiempo. Esa primera banda de rhivi, ¿quizá? La fe —dijo Kruppe con una sonrisa melancólica— siempre es una amante agradecida. Y ahora, tras terminar tu aseo matinal, Kruppe espera ver los dichos objetos adornándote. Durante los días que han de venir, durante las noches que aún han de pasar. Vasija sagrada, aférrate a esta fe.

La mhybe no pudo decir nada. Kruppe le ofreció la caja y ella aceptó el peso en sus manos.

¿Cómo lo sabías? Esta mañana de todas las mañanas, al despertar en las cenizas del abandono. Despojada de las

creencias de toda una vida. ¿Cómo lo supiste, mi querido y engañoso hombre?

El daru dio un paso atrás con un suspiro.

—¡Los rigores de este parto han dejado a Kruppe agotado y muerto de hambre! La caja hizo temblar estos apéndices demasiado civilizados.

La mujer sonrió.

—¿Los rigores del parto, Kruppe? Yo podría contarte una cosa o dos.

—No me cabe duda, pero no desesperes de recibir algún día tu justa recompensa, muchacha. —Le guiñó un ojo, se dio la vuelta y se alejó sin prisas. Unos pasos después, Kruppe se detuvo y se giró—. Ah, Kruppe te informa también que la fe tiene un hermano gemelo igual de dulce, son los sueños. Desechar tal dulzura es rechazar la verdad de estos dones, muchacha. —Agitó una mano en un pequeño saludo y después se volvió otra vez.

Continuó caminando y momentos después lo perdió de vista. *Tan parecido a Manek, sin duda. Has enterrado algo aquí, ¿verdad, Kruppe? Fe y sueños. ¿Sueños de esperanza y deseos? ¿O los sueños del descanso y el sopor?*

¿De quién era el camino que crucé anoche?

Ochenta y cinco leguas al noroeste, Rapiña se echó en la ladera recubierta de hierba y entrecerró los ojos mientras veía los últimos quorls (motas diminutas que contrastaban con el cielo del color del mar) despareciendo por el oeste.

—Si tengo que sentarme un instante más en uno de esos —gruñó una voz a su lado— que alguien me mate ya y reciba mis bendiciones por su piedad.

La cabo cerró los ojos.

—Si estás dando permiso para que alguien te retuerza el pescuezo, Azogue, te apuesto lo que quieras a que alguien te tomará la palabra antes de que termine el día.

—¡Cómo puedes decir algo tan terrible, Rapiña! ¿Qué me ha hecho tan impopular? No he hecho *na* a nadie ni cómo, ¿a que no?

—Dame un momento para descubrir lo que acabas de decir y te contesto lo que siento.

—No es que no tenga sentido lo que dije, mujer, y lo sabes. —Después bajó la voz—. Además, es culpa del capitán…

—De eso nada, sargento y esos murmullos no son justos, maldita sea, y podrían terminar escupiéndote veneno justo en los ojos. Este asunto lo tramaron Whiskeyjack y Dujek. Si te apetece maldecir a alguien, prueba con ellos.

—¿Maldecir a Whiskeyjack y a Unbrazo? De eso nada.

—Entonces deja de gruñir.

—Dirigirte a tu superior con ese tono te hace acreedora del papel de pinche del día, cabo. Quizá mañana también, si me apetece.

—Dioses —murmuró la cabo—, cómo odio a los hombres bajos con grandes bigotes.

—Nos ponemos en plan personal, ¿eh? Muy bien, esta noche también puedes fregar los platos y las ollas. Y tengo una comida muy complicada en mente. Algo peludo relleno de higos…

Rapiña se sentó de golpe con los ojos muy abiertos.

—¿No nos harás comer la camisa de pelo de Eje, verdad? ¿Con higos?

—¡Liebre, idiota! Esos animalitos de cuatro patas que viven en agujeros, vi una brazada de ellas en el fardo de comida. Con higos, he dicho. Hervida. Y salsa de moras rojas con ostras de agua dulce…

Rapiña volvió a echarse con un gruñido.

—Prefiero la camisa de pelo, gracias.

El viaje había sido penoso, con pocas paradas y demasiado breves. Y los moranthianos negros tampoco eran una gran compañía. Prácticamente mudos, distantes y lúgubres, Rapiña todavía tenía que ver a uno de esos guerreros quitarse la armadura. La llevaban como una segunda piel quitinosa. Su comandante, Torzal, y su quorl era lo único que quedaba de la escuadrilla que los había trasladado a los pies de la cordillera Barghastiana. Al capitán Paran le había tocado la tarea de comunicarse con el comandante de los moranthianos negros, *y que Oponn le sonría*.

Los quorls los habían llevado hasta lo más alto y habían volado toda la noche, el aire había sido gélido. A Rapiña le dolían todos los músculos. Con los ojos otra vez cerrados, se quedó escuchando a los otros abrasapuentes que preparaban el equipo y las provisiones de comida para la siguiente etapa del viaje. A su lado, Azogue murmuraba por lo bajo una lista aparentemente interminable de quejas.

Se acercaron unas botas pesadas que por desgracia se detuvieron justo delante de ella y le taparon el sol de la mañana. Después de un momento, Rapiña abrió un ojo.

Pero la atención del capitán Paran, sin embargo, se centraba en Azogue.

—Sargento.

Los murmullos de Azogue se detuvieron de pronto.

—¿Señor?

—Al parecer, Ben el Rápido se ha retrasado. Tendrá que alcanzarnos y tu pelotón le proporcionará la escolta. El resto de nosotros, con Trote, partiremos pronto. Detoran ha separado el equipo que vas a necesitar.

—Como digas, señor. Esperaremos a la serpiente, entonces, ¿cuánto tiempo deberíamos darle antes de salir detrás de vosotros?

—Eje me asegura que la demora no será mucha. Esperamos a Ben el Rápido en algún momento de hoy.

—¿Y si no aparece?

—Aparecerá.

—Pero ¿y si no?

Paran se largó con un gruñido.

Azogue se giró y miró a Rapiña con expresión perpleja.

—¿Y si Ben el Rápido no aparece?

—Serás idiota, Azogue.

—¡Es una pregunta lógica, coño! ¿Por qué se sulfura tanto?

—Por ahí dentro tienes un cerebro, sargento, ¿por qué no lo usas? Si no aparece el mago, es que algo ha salido francamente mal y si eso ocurre, más vale que salgamos pitando, adonde sea siempre que sea lejos. De todo.

El rostro colorado de Azogue empalideció.

—¿Y por qué no iba a llegar? ¿Qué ha pasado, Rapiña…?

—¡No ha pasado nada, Azogue! ¡Por el aliento del Embozado! Ben el Rápido llegará hoy, ¡tan seguro como que el sol acaba de salir y ya te está cociendo el cerebro! Mira a los nuevos miembros de tu pelotón, sargento, Mazo, allí, y Seto, ¡nos estás avergonzando a todos!

Azogue lanzó un gruñido y se puso en pie.

—¿Qué estáis mirando, sapos? ¡A trabajar! Tú, Mazo, échale una mano a Detoran, ¡quiero esas piedras del fuego planas! Si la olla se ladea porque no lo estaban, lo vas a lamentar y no exagero. Y tú, Seto, vete a buscar a Eje…

El zapador señaló colina arriba.

—Está justo ahí, sargento. Comprobando ese árbol al revés.

Con las manos en las caderas, Azogue giró en redondo y después asintió poco a poco.

—Y no me extraña. ¿Se puede saber qué clase de árbol crece al revés? Un hombre inteligente no puede evitar sentir curiosidad.

—Pues si tanta curiosidad tienes —murmuró Rapiña—, ¿por qué no vas a mirar tú?

—Quia, ¿para qué? Vete a recoger a Eje, Seto. Paso ligero.

—¿Paso ligero colina arriba? Beru me libre, Azogue, ¡que no es como si fuéramos a alguna parte!

—Ya me has oído, soldado.

El zapador frunció el ceño y empezó a subir la ladera al trote. A los pocos pasos frenó el paso hasta convertirlo en un tambaleo. Rapiña esbozó una gran sonrisa.

—Pero bueno, ¿dónde está Mezcla? —quiso saber Azogue.

—Justo aquí, a tu lado, señor.

—¡Por el aliento del Embozado! ¡Deja de hacer eso! ¿Pero dónde te habías metido?

—En ninguna parte —respondió la mujer.

—Mentirosa —dijo Rapiña—. Te vi escabulléndote por el rabillo del ojo, Mezcla. Eres mortal, después de todo.

La joven se encogió de hombros.

—Oí una conversación interesante entre Paran y Trote. Resulta que el cabrón barghastiano una vez tuvo un rango bastante alto en su propia tribu. Algo que ver con todos esos tatuajes. Bueno, el caso es que resulta que estamos aquí para buscar a la tribu local más grande, las Caras Blancas, con el objetivo de reclutar su ayuda. Una alianza contra el Dominio Painita.

Rapiña lanzó un bufido.

—Nos traen volando y después nos dejan a los pies de la cordillera Barghastiana, ¿qué creías que tramábamos?

—Solo que hay un problema —continuó la mujer con tono lacónico mientras se examinaba las uñas—. Trote nos conseguirá un cara a cara sin que nos ensarten a todos como pinchos morunos, pero puede que termine enfrentándose a un desafío o dos. Combate personal. Si gana, vivimos todos. Si consigue que lo maten…

Azogue se quedó con la boca abierta, el bigote se le crispaba como si hubiera adquirido vida propia.

Rapiña gimió.

El sargento giró en redondo.

—¡Cabo, vete a buscar a Trote! Siéntate con esa piedra de amolar tan chula que tienes y que afile bien sus armas…

—¡Oh, en serio, Azogue!

—¡Tenemos que hacer algo!

—¿Sobre qué?

Azogue volvió a darse la vuelta en redondo.

—¡Eje, gracias a la Reina! ¡Trote va a conseguir que nos maten a todos!

El mago se encogió de hombros bajo la camisa de pelo.

—Eso explica todos esos espíritus agitados que hay en esta colina. Supongo que lo huelen…

—¿Oler? ¿Agitados? ¡Por los huesos del Embozado, estamos acabados!

Reunido con el resto de los abrasapuentes, los ojos de Paran se entrecerraron y se clavaron en el pelotón que se encontraba a los pies del túmulo.

—¿Qué tiene a Azogue tan alterado? —se preguntó en voz alta.

Trote enseñó los dientes.

—Mezcla estuvo por aquí —dijo con voz ronca—. Lo oyó todo.

—Ah, estupendo, ¿por qué no dijiste nada?

El barghastiano encogió los anchos hombros y no dijo nada.

El capitán hizo una mueca y se acercó al comandante de los moranthianos negros.

—¿Ese quorl tuyo ya ha descansado bastante, Torzal? Te quiero muy por encima de nosotros. Quiero saber cuándo nos han visto…

El casco quitinoso negro se giró para mirarlo.

—Ya son conscientes de vuestra presencia, noble.

—Con capitán basta, Torzal. No me hace falta que me recuerden mi preciosa sangre. Así que ya son conscientes, ¿eh? ¿Cómo? Y lo que es igual de importante, ¿cómo sabes tú que lo saben?

—Nos encontramos en su tierra, capitán. El alma que tenemos debajo es la sangre de sus ancestros. La sangre susurra. Los moranthianos oyen.

—Me sorprende que puedas oír algo dentro de ese casco que llevas —murmuró Paran, cansado e irritado—. Da igual. De todos modos te quiero sobrevolándonos.

El comandante asintió con lentitud.

El capitán se giró y examinó a su compañía. Soldados veteranos, prácticamente todos y cada uno de ellos. Silenciosos, temibles y profesionales. Se preguntó cómo sería ver por los ojos de cualquiera de ellos, a través de las capas del agotamiento del alma que Paran apenas había empezado a encontrar en su interior. *Soldados ahora y soldados hasta el fin de sus días, ninguno se atrevería a irse en busca de paz. La solicitud y la calma liberarían esa prisión segura del control frío, lo único que los mantiene cuerdos*.

Whiskeyjack le había dicho a Paran que, una vez terminara esa guerra, retirarían a los Abrasapuentes. Por la

fuerza si era necesario.

Los ejércitos tenían tradiciones y esas tradiciones tenían menos que ver con la disciplina que con las peligrosas verdades del espíritu humano. Rituales al comienzo, compartidos entre todos y cada uno de los reclutas. Y rituales al concluir, un punto final formal que era un reconocimiento, reconocimiento en todo lo imaginable. Rituales que necesitaban. Que les regalaban una especie de cordura, una forma de enfrentarse a la realidad. No se podía enviar a un soldado sin una guía, no se le podía abandonar y dejar perdido en algo irreconocible e indiferente. *Recordar y honrar lo inefable. Sin embargo, una vez terminado, ¿qué es el que una vez fue soldado? ¿En qué se convierte ese hombre o mujer? ¿Un futuro entero que transcurre caminando hacia atrás, con los ojos en el pasado, en sus horrores, sus pérdidas, su dolor, una vida de pura angustia? El ritual es un modo de darle la vuelta para que mire hacia delante, una mano amable y respetuosa en el hombro, como una guía*.

El dolor era un susurro constante y leve en el interior de Paran, una marea que no avanzaba ni se retiraba, pero de todos modos amenazaba con ahogarlo.

Y cuando las Caras Blancas nos encuentren… todos y cada uno de los hombres y mujeres que están aquí podrían terminar con la garganta rebanada, y que la Reina me ayude, pero me empiezo a preguntar si no nos harían un favor. Que la Reina me ayude…

Un aleteo rápido y el quorl se alzó en el aire con el comandante de los moranthianos negros encaramado a la silla tallada.

Paran lo observó elevarse un momento más con el estómago revuelto, después se volvió hacia su compañía.

—En pie, abrasapuentes. Hora de partir.

El aire cerrado y oscuro estaba lleno de una bruma enfermiza. Ben el Rápido sentía que se movía a través de ella, su voluntad luchaba como un nadador contra una corriente salvaje. Después de unos momentos más, dejó de sondear y se deslizó de lado por otra senda más.

No le fue mucho mejor. Se había filtrado una especie de infección desde el mundo físico que había detrás y estaba corrompiendo cada sendero de hechicería que había probado. Luchó contra las náuseas y continuó adelante.

Esto tiene el hedor del dios Tullido… pero el enemigo a cuyas tierras nos aproximamos es el Vidente Painita. Cierto, un medio obvio de autodefensa, suficiente para explicar la coincidencia. Claro que, ¿desde cuándo creo yo en las coincidencias? No, esa mezcla de aromas insinuaba una verdad más profunda. *Ese cabrón de ascendiente bien puede estar encadenado y su cuerpo roto, pero percibo su mano, incluso aquí, retorciendo hilos invisibles*.

La más leve de las sonrisas acarició los labios del mago. *Un digno reto*.

Cambió de senda una vez más y se encontró tras el rastro de… algo. Tenía delante una presencia que dejaba una pista fría, extrañamente exánime. *Bueno, quizá no sea tan sorprendente, estoy recorriendo el borde del mismísimo reino del Embozado, después de todo. No obstante*… La inquietud bañó su interior como una granizada, pero contuvo el nerviosismo. La senda del Embozado estaba resistiendo el veneno mejor que muchas otras de las que había probado Ben el Rápido.

El suelo que pisaba era de arcilla, húmedo y pegajoso, el frío se filtraba a través de los mocasines del mago. Una luz tenue e incolora bajaba de un cielo informe que no parecía

más alto que un techo. La calima que llenaba el aire era aceitosa, lo bastante densa a ambos lados como para que el sendero pareciera un túnel.

Ben el Rápido ralentizó el ritmo. El camino arcilloso ya no era liso. Lo cruzaban unas incisiones profundas, glifos en columnas y paneles. Una escritura primitiva, sospechaba el mago, y sin embargo… Se agachó y estiró la mano.

—Recién tallado… o intemporal. —Al percibir un leve cosquilleo en el contacto, retiró la mano—. Protecciones, quizá. Vínculos.

Ben el Rápido pisó con cuidado para evitar los glifos y se adelantó.

Rodeó un amplio agujero lleno de guijarros pintados, ofrendas al Embozado de algún templo sagrado, sin duda, bendiciones y plegarias en un millar de idiomas de un sinfín de suplicantes. *Y aquí yacen. Inadvertidos, pasados por alto u olvidados. Hasta los clérigos mueren, Embozado, ¿por qué no darles un buen uso y que limpien todo esto? De todos nuestros rasgos para sobrevivir al paso de la muerte, seguro que la obsesión debe de encontrarse entre los más valorados*.

Las incisiones se hacían más densas, más atestadas, lo que obligó al mago a ralentizar sus pasos todavía más. Estaba empezando a ser difícil encontrar un espacio despejado en la arcilla para posar los pies. La hechicería vinculada, las madejas susurradas de poder que se manifestaban allí, en el suelo del reino del Embozado.

Una decena de metros más adelante había un objeto pequeño y desaliñado rodeado de glifos. El ceño de Ben el Rápido se profundizó cuando se acercó más. Como lo que se necesita para hacer un fuego… palos, hierbas retorcidas en una chimenea redonda y pálida.

Entonces lo vio temblar.

Ah, todos esos hechizos vinculantes te pertenecen a ti, pequeño. Tu alma atrapada. Lo que yo le hice una vez a ese mago, Mechones, alguien te lo ha hecho a ti. Muy curioso, sin duda. Se acercó todo lo que pudo y después se agachó.

—Estás un poco desmejorado, amigo —dijo el mago.

La minúscula cabeza de bellota giró un poco y después se echó hacia atrás con temor.

—¡Mortal! —siseó la criatura en el idioma de los barghastianos—. ¡Hay que decírselo a los clanes! Yo ya no puedo continuar, mira, las protecciones continuaron, las protecciones cerraron la red, ¡estoy atrapado!

—Ya lo veo. ¿Pertenecías a las Caras Blancas, chamán?

—¡Y sigo perteneciendo!

—Y sin embargo escapaste de tu túmulo, eludiste los hechizos vinculantes de los tuyos, al menos por un tiempo, en cualquier caso. ¿Crees de veras que te darán de nuevo la bienvenida, anciano?

—¡Me sacaron a rastras de mi túmulo, idiota! Vosotros viajáis hacia los clanes, veo la verdad en tus ojos. Te contaré mi historia, mortal, y así sabrán la verdad de todo lo que les cuentes. Te daré mi verdadero nombre…

—Un ofrecimiento muy osado, anciano. ¿Qué va a evitar que te pliegue a mi voluntad?

La criatura se crispó y hubo un gruñido en su tono cuando contestó.

—No podrías ser peor que mis antiguos señores. Soy Talamandas, nacido del primer fuego del clan Anudado. El primer niño al que se dio a luz en esta tierra, ¿sabes lo que eso significa, mortal?

—Me temo que no, Talamandas.

—Mis antiguos señores, esos malditos nigromantes, se habían enfrentado al problema, mortal, estaban muy cerca de descubrir mi verdadero nombre, te digo que habían

tratado el problema con garras brutales e indiferentes al dolor. Con mi nombre se habrían enterado de secretos que hasta mi propio pueblo ha olvidado hace mucho tiempo. ¿Sabes lo que significan los árboles de nuestros túmulos? No, no lo sabes. Es cierto que contienen el alma, que evitan que vague libre, pero ¿por qué?

»Llegamos a esta tierra desde los mares, surcando las inmensas aguas en canoas; el mundo era joven entonces, por nuestra sangre corrían las verdades secretas de nuestro pasado. Contempla los rostros de los barghastianos, mortal; no, contempla una calavera barghastiana despojada de piel y músculos…

—He visto… cráneos barghastianos —dijo Ben el Rápido con lentitud.

—Ah, ¿y los has visto… animados?

El mago frunció el ceño.

—No, pero algo parecido, más rechonchos, los rasgos algo más pronunciados…

—Algo, sí, algo. ¿Más rechonchos? No me extraña, nunca pasamos hambre pues el mar proveía. Es más, había entre nosotros tartheno toblakai…

—¡Erais t’lan imass! ¡Por el aliento del Embozado! Entonces… tú y los tuyos debisteis desafiar el ritual…

—¿Desafiarlo? No. Sencillamente no llegamos a tiempo, nuestra persecución de los jaghut nos había obligado a aventurarnos en los mares, a morar entre témpanos de hielo y en islas sin árboles. Y en nuestro aislamiento de nuestros parientes, entre los ancianos, los tartheno, cambiamos… cuando nuestros parientes lejanos no lo hicieron. Mortal, allí donde la tierra se mostró lo bastante generosa como para proporcionarnos un nacimiento, allí enterramos nuestras canoas… para siempre. De ahí nació la costumbre de los

árboles en nuestros túmulos, aunque entre los míos ya nadie lo recuerde. Ha pasado tanto tiempo…

—Cuéntame tu historia, Talamandas. Pero antes, respóndeme a esto. ¿Qué harías… si te liberara de estas ataduras?

—No puedes.

—No es una respuesta.

—Muy bien, aunque no sirva de nada. Intentaría liberar a las primeras familias; sí, somos espíritus, venerados ahora por los clanes vivos. Pero, en muchos sentidos, los antiguos vínculos nos han mantenido en la infancia. Con buena intención, pero una maldición no obstante. Debemos ser libres. Para crecer y adquirir poder auténtico…

—Para ascender y convertiros en auténticos dioses —susurró Ben el Rápido, con los ojos muy abiertos y clavados en la andrajosa figura hecha de hierba y ramitas.

—Los barghastianos se niegan a cambiar, los vivos piensan ahora como siempre lo hicieron los vivos. Generación tras generación. Los nuestros se están extinguiendo, mortal. Nos pudrimos por dentro, pues a los ancestros se les impide guiarlos de verdad, se les impide madurar y adquirir todo su poder, nuestro poder. Para responder a tu pregunta, mortal, salvaría a los barghastianos vivos, si pudiera.

—Dime, Talamandas —preguntó Ben el Rápido con los ojos velados—, ¿la supervivencia es un derecho o un privilegio?

—Lo segundo, mortal. Lo segundo. Y hay que ganársela. Ojalá tuviera esa oportunidad. Por todo mi pueblo, ansío tener esa posibilidad.

El mago asintió poco a poco.

—Un deseo digno, anciano. —Estiró la mano con la palma hacia arriba y se la quedó mirando—. Hay sal en esta arcilla,

¿no es cierto? La huelo. La arcilla por lo general carece de aire, de vida. Desafía a los sirvientes incansables del suelo. Pero la sal, bueno… —Un terrón retorcido tomó forma en la palma de la mano de Ben el Rápido—. A veces —continuó—, la más simple de las criaturas puede derrotar a la más poderosa hechicería del modo más simple imaginable. —Los gusanos, rojos como la sangre, finos, largos y cubiertos de cilios parecidos a patas, se retorcían y arrastraban, caían en terrones al suelo salpicado de glifos—. Estos son nativos de un continente lejano. Se alimentan de sal, o eso parece; las minas de los lechos vacíos del mar de Setta están repletos de estas criaturas, sobre todo durante la estación seca. Pueden convertir la capa más dura de arcilla en arena. Para decirlo de otro modo, llevan aire a lo que carece de él. —Dejó caer el montón en el suelo y observó los gusanos que se extendían y comenzaban a excavar en el suelo—. Y se reproducen más rápido que los gusanos de la carne. Ah, ¿ves esos glifos, ahí, en los bordes? Sus vínculos se están derrumbando, ¿puedes sentir cómo se van soltando?

—Mortal, ¿quién eres?

—¿A los ojos de los dioses, Talamandas? Un simple y humilde gusano de la sal. Quiero oír ahora tu historia, anciano…

Capítulo 9



En el subcontinente de Stratem, más allá de la cordillera sur de Korelri, encontramos una inmensa península que ni siquiera los dioses se atreven a pisar. De costa a costa se extiende una plaza inmensa que abarca una zona de miles de leguas cuadradas. Sí, queridos lectores, no hay otra palabra para ello. Imaginároslo así: losas sin casi junturas, incólumes a pesar de las eras transcurridas, y de piedra gris, casi negra. Líneas onduladas de polvo oscuro, dunas minúsculas apiladas por los vientos que gimen en la llanura, eso es lo único que rompe esa intensa monotonía. ¿Quién colocó tales piedras?

¿Deberíamos dar crédito al manido tomo de Gothos, su gloriosa *Locura*? ¿Deberíamos asignar un nombre pavoroso a los creadores de esta plaza? Si hay que hacerlo, entonces que ese nombre sea k'chain che'malle. ¿Quiénes eran entonces los k'chain che'malle? Una raza ancestral, o eso nos cuenta Gothos. Extinta incluso antes de la aparición de los jaghut, los t'lan imass, los forkrul assail.

¿Verdad? Ah, si es así, entonces estas piedras se colocaron hace medio millón de años, quizá más. En opinión de este cronista, una auténtica tontería.

Mis viajes interminables
Eslee Monot, El que Duda

—¿Cómo se mide una vida, Toc el Joven? Por favor, querido, me gustaría oír lo que piensas. Las obras son la medida más cruda de todas, ¿no te parece?

El hombre le lanzó una mirada furiosa mientras caminaba.

—¿Sugieres acaso que las buenas intenciones bastan, mi señora?

Envidia se encogió de hombros.

—¿Es que acaso las buenas intenciones nada valen?

—Y, exactamente ¿qué estás intentando justificar? ¿Y ante mí o ante ti misma?

La dama lo miró furiosa y después aceleró el paso.

—Qué poco divertido eres —dijo con desdén mientras se adelantaba—, y además eres un presuntuoso. Voy a hablar con Tool, ¡él nunca cambia de humor!

No, su humor se queda ahí flotando y girando con el viento.

Eso no era del todo cierto, comprendió Toc después de un momento. El t'lan imass había mostrado toda la medida de sus emociones una semana antes. Con la partida de su hermana. *Ninguno somos inmunes a los corazones torturados, supongo*. Posó una mano en el lomo de *Baaljagg* y miró con los ojos entrecerrados la lejana cordillera del noreste, las montañas pálidas que había detrás.

La cordillera marcaba las fronteras del Dominio Painita. Había una ciudad a los pies de las montañas, o eso le había asegurado lady Envidia. Baluarte. Un nombre siniestro. *Y los extraños no son bienvenidos… ¿Entonces, en el nombre del Embozado, para qué vamos allí?*

A todos los efectos, la hueste de Unbrazo le había declarado la guerra a aquel imperio teocrático. Lo que sabía Tool de los detalles había suscitado en Toc muchas preguntas, pero ninguna duda. Cada descripción del Dominio Painita solo servía para alimentar la probabilidad de que Dujek se… ofendiera. El antiguo puño supremo despreciaba la tiranía. *Cosa que resulta irónica, ya que el*

emperador era un tirano… creo. Claro que, quizá no lo fuera. Despótico, desde luego, y monomaníaco, incluso un poco loco… Frunció el ceño y miró atrás, a los tres seguleh que lo seguían. Unos ojos brillantes dentro de unas máscaras duras. Toc reanudó el estudio de la colina que tenía delante con un estremecimiento.

Hay algo raro por alguna parte. Quizá justo aquí. Desde que la dama regresó de Callows, con Mok a remolque y su máscara luciendo un beso carmesí bien plantado… por el aliento del Embozado, ¿lo sabe ese hombre siquiera? Si fuera Senu o Thurule, ¿me atrevería a decírselo? Desde su regreso, sí, ha habido un cambio. Una expresión asustadiza en los ojos de la dama, solo un destello ocasional, pero no me equivoco. Las apuestas han subido y yo estoy en medio de una partida que ni siquiera conozco. Tampoco sé qué jugadores se alinean contra mí.

Parpadeó de repente y se encontró a lady Envidia caminando de nuevo a su lado.

—¿Tool ha dicho lo que no debía? —preguntó.

La nariz femenina se arrugó de asco.

—¿No te has preguntado nunca qué piensan los no muertos, Toc el Joven?

—No. Es decir, no recuerdo haber reflexionado jamás sobre ese tema, mi señora.

—Tuvieron dioses en otro tiempo, ¿sabes?

Toc le lanzó una mirada.

—¿Sí?

—Bueno. Espíritus en aquel entonces. Tierra, rocas, árboles, bestias, el sol, las estrellas, astas, huesos, sangre…

—Sí, sí, mi señora, me hago una idea.

—Tus interrupciones son una grosería, joven, ¿eres un ejemplo típico de tu generación? Si es así, entonces el mundo está abocado a caer en una espiral hacia el abismo.

Espíritus, decía. Todos extintos ya. Nada más que polvo, todos y cada uno. Los imass han sobrevivido a sus propias deidades. Es difícil de imaginar, pero carecen de dioses en todos los sentidos, Toc el Joven. La fe… es ahora cenizas. Respóndeme a esto, querido mío, ¿te imaginas tu otra vida?

Toc lanzó un gruñido.

—¿La puerta del Embozado? Lo cierto es, mi señora, que evito pensar en ello. ¿Qué sentido tiene? Morimos y nuestra alma la atraviesa. Supongo que es cosa del Embozado o uno de sus lacayos decidir qué hay que hacer con ella, si es que se hace algo.

Los ojos de la dama destellaron.

—Si es que se hace algo. Sí.

Un escalofrío atravesó la piel de Toc.

—¿Qué harías —preguntó lady Envidia— con el conocimiento de que el Embozado no hace nada con tu alma? ¿Que la deja vagar, perdida por toda la eternidad, sin propósito alguno? ¿Que existe sin esperanza, sin sueños?

—¿Lo que dices es cierto, mi señora? ¿Tienes la certeza de ello? ¿O solo me estás atormentando?

—Te estoy atormentando, por supuesto, mi joven amor. ¿Cómo iba a saber yo algo del manido reino del Embozado? Claro que, piensa en las manifestaciones físicas de esa senda, los cementerios en vuestras ciudades, los túmulos abandonados y olvidados; no se puede decir que sean lugares que inspiren ocasiones festivas, ¿verdad? Piensa en toda la serie de festividades y celebraciones dedicadas al Embozado. Nubes de moscas, acólitos cubiertos de sangre, cuervos que graznan y caras manchadas con las cenizas de las cremaciones; no sé tú, pero yo no veo mucha diversión, ¿y tú?

—¿No podemos conversar sobre otra cosa, lady Envidia? Esta no me está animando mucho.

—Me limitaba a reflexionar sobre los t’lan imass.

¿Ah, sí? Claro... ya. Toc suspiró.

—Combaten contra los jaghut, mi señora. Ese es su propósito y desde luego parece suficiente para sostenerlos. Yo diría que no les hacen mucha falta los espíritus, los dioses o la fe. Existen para librar su guerra y mientras siga respirando un solo jaghut en este mundo...

—¿Y todavía quedan? Me refiero a que si queda alguno que respire.

—¿Cómo voy a saberlo? Pregúntale a Tool.

—Ya lo he hecho.

—¿Y?

—Y... no lo sabe.

Toc tropezó, frenó un poco y se la quedó mirando, después miró al t’lan imass que iba delante.

—¿No lo sabe?

—Así es, Toc el Joven. ¿Qué te parece?

Toc fue incapaz de responder.

—¿Y si la guerra ha terminado? ¿Qué hacen luego los t’lan imass?

Toc lo pensó un momento y después habló pausadamente.

—¿Un segundo ritual de reunión?

—*Mmm*...

—¿El fin? ¿El fin de los t’lan imass? ¡Por el aliento del Embozado!

—Y ni un solo espíritu a la espera de abrazar todas esas almas, esas almas tan cansadas...

El final, el final. Dioses, puede que esta mujer tenga razón. Toc se quedó mirando la espalda envuelta en pieles de Tool y se sintió casi abrumado por una sensación de pérdida. Una pérdida inmensa, inefable.

—Puede que te equivoques, mi señora.

—Es posible —asintió ella con tono afable—. ¿Eso esperas, Toc el Joven?

Toc asintió.

—¿Por qué? —preguntó lady Envidia.

¿Por qué? Criaturas inhumanas que han jurado cometer un genocidio. Brutales, letales, implacables. Despiadados más allá de toda razón. Toc señaló con un gesto de la cabeza al t'lan imass que caminaba delante de ellos.

—Porque es amigo mío, lady Envidia.

No habían estado hablando en voz baja. Al oír las palabras de Toc, Tool giró la cabeza, la frente sobresaliente ocultaba los pozos de los ojos que parecieron clavarse en el malazano durante un momento. Después la cabeza volvió a girar y siguió mirando hacia delante.

—El que ha convocado la reunión —dijo lady Envidia lentamente— está entre tu ejército punitivo malazano, Toc el Joven. Nos reuniremos con ellos dentro del Dominio Painita. Nosotros, ellos y los clanes supervivientes de los t'lan imass. Habrá, sin duda, abundancia de batallas. El aplastamiento de un imperio nunca es fácil. Que me lo digan a mí, que aplasté unos cuantos en mis tiempos.

Toc se la quedó mirando sin decir nada.

Lady Envidia sonrió.

—Bueno, ellos llegan por el norte mientras nosotros nos acercamos por el sur. El viaje que tenemos por delante será sin duda difícil.

—Admito que hay algo que me he estado preguntando —dijo Toc—. Exactamente, ¿cómo nos las vamos a arreglar para cruzar un territorio hostil plagado de fanáticos?

—Muy sencillo, cariño, nos abriremos paso a la fuerza.

Dioses, si me quedo con esta gente, soy hombre muerto.

Lady Envidia seguía sonriendo con los ojos clavados en Tool.

—Como un cuchillo al rojo vivo a través del hielo, nos hincamos en el corazón… de un alma gélida e intemporal. —Alzó un poco la voz y añadió—: O eso sospechamos, ¿no es cierto, Onos T'oolan?

El t'lan imass se detuvo.

Baaljagg se apartó de la mano de Toc y se adelantó sin ruido. El perro *Garath* la siguió.

El malazano giró en redondo al oír tres espadas que se deslizaban de sus vainas.

—Oh —dijo lady Envidia—. Se acerca algo.

Toc se descolgó el arco y tensó la cuerda mientras examinaba el horizonte.

—Yo no veo nada… pero voy a aceptar la palabra de todo el mundo.

Unos momentos después un k'chain che'malle coronó la cresta que tenían a ochenta metros; una criatura bípeda y enorme, inclinada hacia delante, que parecía fluir sobre el terreno. Unas hojas destellaban en los extremos de los brazos.

Ay y perro se echaron hacia atrás con un estremecimiento.

El recuerdo que tenía Toc de semejante criatura (plagado de los dolorosos recuerdos de la muerte de Trake) lo envolvió con una sacudida que le quitó el aliento.

—Un cazador k'ell —dijo Tool—. Sin vida. —Todavía no había echado mano de su espada de piedra. El t'lan imass giró y miró a los tres seguleh. Un momento congelado en el tiempo se alargó entre ellos y después Tool asintió.

Con Senu a la derecha de Mok y Thurule a la izquierda y ambos hermanos un paso por delante del tercero, los seguleh se adelantaron sin ruido para enfrentarse al k'chain che'malle.

—Una partida —murmuró lady Envidia.

—Ha llegado el momento —dijo Tool— de calibrar su valor, mi señora. Aquí, en la frontera del Dominio. Debemos conocer la… eficacia de nuestro cuchillo.

Toc colocó una flecha.

—Algo me dice que daría lo mismo tirarle ramitas —murmuró al recordar la muerte de Trake.

—Te equivocas —dijo Tool—, pero no hay necesidad de poner a prueba el poder de la piedra de tus flechas.

—¿Poder, eh? Muy bien, pero ese no es el problema. Solo tengo un ojo, Tool. No puedo calibrar las distancias, maldita sea. Y esa cosa es rápida.

—Déjales esto a los seguleh —dijo el t'lan imass.

—Como tú digas —respondió Toc con un encogimiento de hombros. Su corazón no dejaba de batirle en el pecho.

El k'chain che'malle fue un rayo borroso que se precipitó entre los tres hermanos. Los seguleh fueron más rápidos, Senu y Thurule ya habían pasado junto a la criatura lanzando golpes salvajes e infalibles tras ellos sin girarse, deslizándose sin esfuerzo como serpientes para evitar los latigazos de la cola del cazador.

Mok, que se encontraba de pie delante de la criatura, no se había retirado ni un paso.

Los enormes brazos de la bestia pasaron a ambos lados del tercero, ambos cortados al nivel de los hombros por los hermanos de los flancos en su única pasada. Las espadas de Mok salieron disparadas hacia arriba, acuchillaron, cortaron, se retorcieron, engancharon, y después se retiraron con la inmensa cabeza del cazador equilibrada en las puntas durante solo un momento, antes de que el tercero echara a un lado aquel peso que le doblaba la hoja y, al saltar a la derecha, apenas consiguiera evitar la caída del cuerpo decapitado.

El k’chain che’malle bramó al chocar contra el suelo, sacudió las patas y agitó la cola. Después cesaron todos sus movimientos.

—Bueno —dijo Toc después de recuperar el aliento—, no ha sido tan difícil. Esas bestias parecen más duras de lo que son, es obvio. Y menos mal. Y ahora entramos en el Dominio dando un paseíto, ¿no? Nos quedamos con la boca abierta delante de la maravilla del Baluarte y después seguimos adelante…

—Estás balbuceando —dijo lady Envidia—. Muy poco atractivo, Toc el Joven. Para ya, por favor.

Toc cerró la boca de golpe y consiguió asentir.

—Vamos a examinar al k’chain che’malle. Yo, por lo menos, siento curiosidad.

Toc la observó adelantarse y después la siguió con un tropezón. Al pasar junto a Tool, le dedicó al t’lan imass una sonrisa enfermiza.

—Creo que ya puedes relajarte, ¿no?

El rostro sin muerte se giró hacia él.

—El desmembramiento del tercero, Toc el Joven…

—¿Sí?

—Yo no podría haberlo hecho. Jamás he visto semejante… habilidad.

Toc hizo una pausa y entrecerró los ojos.

—Tool, no fue más que una disección con ínfulas, ¿acaso no lo igualas en velocidad?

—Quizá.

—¿Y podría haberlo hecho sin que sus hermanos rebanaran primero esos brazos? ¿Y si esa bestia hubiera atacado con los pies en lugar de la mandíbula? Tool, ese k’chain che’malle estaba intentando atacar a los tres a la vez. Estúpido. Arrogante.

El t’lan imass ladeó la cabeza.

—Arrogancia. El vicio de los no muertos, Toc el Joven.

La sonrisa del malazano se ensanchó.

—¿Y la tuya acaba de sufrir una sacudida, Tool?

—Una sensación desconocida.

Toc se encogió de hombros y estaba a punto de volverse y reunirse con lady Envidia cuando oyó hablar a Tool.

La espada de piedra estaba en las manos del no muerto.

—Debo desafiarlo.

A Toc se le desvaneció la sonrisa y se acercó un poco más.

—Espera amigo, no…

—Debo desafiarlo. Ya.

—¿Por qué?

—La primera espada de los t'lan imass no debe tener igual, Aral Fayle.

—¡Dioses, tú también no!

El t'lan imass fue hacia el seguleh.

—¡Espera! Tool…

La primera espada miró hacia atrás.

—Compartes mi fe desconcertada, mortal, a pesar de tus anteriores palabras.

—¡Maldita sea, Tool, ahora no es el momento! ¡Piensa! Os necesitamos a todos, y a todos de una pieza. Intactos…

—Ya has dicho suficiente, Aral Fayle.

Los hermanos se encontraban alrededor del k'chain che'malle caído. Lady Envidia se había reunido con ellos y en ese momento estaba agachada examinando el cadáver de la criatura.

Con el alma en vilo, Toc se acercó imitando el paso firme y decidido de Tool.

Senu fue el primero de los seguleh que notó su presencia. Envainó poco a poco sus espadas y dio un paso atrás. Un momento después Thurule hizo lo mismo. Mok miró sin prisas al t'lan imass.

—¡Por el abismo! —soltó de repente lady Envidia mientras se erguía con una expresión oscurecida en la cara —. Ahora no. —Agitó una mano.

Mok se derrumbó.

Tool se detuvo tambaleándose.

—Despiértalo, mi señora —dijo con voz ronca.

—No. Senu, Thurule y tú disponed un armazón de madera para vuestro hermano dormido. Vosotros dos podéis tirar de él.

—Mi señora…

—No estoy hablando contigo, t'lan imass. —Y para reforzar la declaración, se cruzó de brazos y le dio la espalda a Tool.

Después de un largo momento en el que ninguno se movió, la primera espada al fin envainó la hoja.

—No puede permanecer dormido para siempre, lady Envidia —dijo—. Eso no hace nada más que prolongar lo inevitable.

La dama no respondió.

Toc respiró hondo.

—Qué mujer tan encantadora —suspiró en voz muy baja.

Lady Envidia lo oyó y se dio la vuelta con una sonrisa irresistible.

—¡Vaya, gracias!

—No era… —El malazano se detuvo.

La dama frunció el ceño.

—¿Disculpa?

—Nada. —*¡Dioses, nada!*

Elaborado con correas, cinchas de cuero y dos astiles de lanzas que lady Envidia conjuró en alguna parte, Senu y Thurule tiraban del armazón que transportaba al tercero con

unos cabestrillos que habían improvisado para los hombros. Era obvio que los dos hermanos estaban inquietos por el giro de los acontecimientos pero, como resultaba evidente para Toc y sin duda también para el t'lan imass, nadie pensaba desafiar la voluntad de lady Envidia.

Subieron por la cordillera con la caída de la tarde. Se acercaron nubes de lluvia por el norte que oscurecieron las montañas que tenían delante. El aire comenzó a enfriarse.

La frontera en sí estaba marcada por una serie de mojones de piedras que se alineaban por la cordillera. En algunos sitios se veían recintos abandonados hace mucho, las bajas paredes de piedra sin argamasa insinuaban tiempos de mayor abundancia. Caminos de losas, apenas frecuentados, se entrecruzaban por el terreno, repletos de malas hierbas. Las colinas daban paso a un valle ancho y poco profundo, cubierto de árboles en la base, por donde un arroyo serpenteaba hacia el norte. Se veían tres granjas achaparradas en el fondo del valle y un grupo de estructuras ubicadas junto al arroyo marcaban una aldea en lo que tenía que ser un vado. No había ganado a la vista y las chimeneas tampoco echaban humo, lo que le prestaba un aire misterioso a la pastoral escena.

No obstante, la transición de una llanura estéril a unos pastos verdes y a señales de actividad humana supuso una especie de conmoción para Toc el Joven. Se dio cuenta, con una oleada apagada y leve de inquietud, que se había acostumbrado a la soledad de la llanura que los elin llamaban Lamatath. La ausencia de gente (aquellos que estaban fuera del grupo… los desconocidos) había hecho disminuir lo que comprendía que había sido una tensión constante en su vida. *Quizás en todas nuestras vidas. Rostros anónimos, miradas que juzgan, todos los sentidos agudizados en un esfuerzo por leer lo desconocido. Los*

esfuerzos naturales de una sociedad. ¿Poseemos todos el deseo de seguir siendo invisibles, de pasar desapercibidos? ¿Es el hecho de que otros presencien nuestras acciones nuestra mayor restricción?

—Estás muy pensativo, querido —murmuró lady Envidia a su lado.

El malazano se encogió de hombros.

—No somos… muy discretos, ¿verdad? Este grupo nuestro. Guerreros enmascarados, un lobo y un perro gigantes, un t'lan imass…

Tool se detuvo y los miró.

—Me haré invisible ahora.

—Cuando te conviertes en polvo —preguntó Toc—, ¿entras en tu senda Tellann?

—No. Me limito a regresar a lo que debía haber sido si no hubiera tenido lugar el ritual. No sería muy aconsejable emplear Tellann dentro de este dominio, Toc el Joven. Permaneceré cerca, sin embargo, y estaré vigilante.

Toc gruñó.

—Estaba acostumbrado a tenerte por aquí. Me refiero a en carne y hueso. —Frunció el ceño—. Por así decirlo.

El t'lan imass se encogió de hombros y después se desvaneció entre un chorro de polvo.

—Hay otras soluciones posibles —dijo lady Envidia— con respecto a nuestros compañeros caninos. Observa. —Se acercó a *Baaljagg*—. Verás, cachorrita, tienes un aspecto demasiado… inquietante en tu forma actual. ¿Te hacemos un poco más pequeña?

La ay no se había movido y observó a la dama, que estiró una mano delgada y posó un dedo en su frente.

Entre parpadeo y parpadeo, *Baaljagg* cambió y dejó de ser alta y flaca para reducirse a un tamaño parecido al del perro, *Garath*. Lady Envidia miró al sur con una sonrisa.

—Esos lobos amarillos todavía nos siguen, qué curioso, pero no parece muy probable que se acerquen ahora que estamos entre humanos. Cielos, con reducir a los seguleh al tamaño de unos niños no lograríamos mucho en lo que al anonimato respecta, ¿no te parece, Toc el Joven?

El malazano conjuró en su mente una imagen de dos «niños» enmascarados capaces de enfrentarse a la muerte y un momento después su imaginación se batió en retirada.

—Eh… —consiguió decir—. No. Quiero decir, sí. Sí, estoy de acuerdo.

—En esa aldea —continuó la dama—, por modesta que sea, podremos poner a prueba la reacción de los nativos al ver a los seguleh. Si la ilusión de nuestro grupo necesita otros ajustes, siempre podemos encargarnos más tarde. ¿Dirías que he pensado en todo, querido mío?

—Sí —gruñó él de mala gana—. Supongo.

—La aldea quizá tenga alguna posada.

—No contaría con ello, mi señora. Estas rutas de mercaderes llevan años sin usarse.

—¡Qué poco civilizado! ¿Te parece que bajemos, en cualquier caso?

Las primeras gotas de lluvia salpicaban el camino de piedra cuando alcanzaron el primero de la media docena de edificios miserables y destartalados de la aldea. En otro tiempo había sido una posada para viajeros, con sus establos y un complejo de muros bajos para los carros de los mercaderes, pero en ese momento estaba deshabitada y desmantelada en parte: la madera y las piedras talladas del muro de la cocina se habían retirado, lo que había dejado el interior expuesto a los elementos. Hierbas altas y hierbajos se alzaban entre los hornos de ladrillo.

Justo detrás de la posada abandonada había tres edificios pequeños: una fragua, un puesto de arreos para caballos y la oficina y residencia del recaudador del diezmo. Todos desiertos. La única estructura que mostraba pruebas de que alguien lo mantenía estaba al otro lado del vado poco profundo. De muros altos (las piedras revelaban sus dispares procedencias) y cerrada con unas puertas de madera bajo un arco, lo único que se veía de la estructura interior era un pico piramidal con hojuelas de cobre pulido.

—Yo diría que eso es un templo —murmuró Toc, de pie en el centro de la solitaria calle de la aldea; había clavado el único ojo entreabierto en el edificio que había al otro lado del arroyo.

—Desde luego —respondió lady Envidia—. Y los que están dentro son conscientes de nuestra presencia.

El malazano le lanzó una mirada.

—¿Conscientes hasta qué punto?

La dama se encogió de hombros.

—Somos desconocidos venidos de Lamatath, hay un sacerdote en el interior que tiene el poder de hacer un sondeo, pero también es muy sugestionable. Y se te olvida algo. —Lady Envidia sonrió—. He tenido generaciones enteras para perfeccionar mi imagen más inofensiva.

¿Inofensiva? Por el aliento del Embozado, mujer, ¡no sabes cómo te equivocas!

—Ya tengo al sacerdote a raya, querido, sin sospechar nada, por supuesto. De hecho, creo que si se lo pedimos, incluso nos alojarán. Seguidme.

El malazano la siguió tropezando.

—¿Alojarnos? ¿Te has vuelto loca, mi señora?

—Chitón, jovencito. En este momento me siento cordial, no querrías verme enfadada, ¿verdad?

—No. Desde luego que no. Con todo, lady Envidia, es un riesgo que…

—¡Tonterías! Tienes que aprender a tener fe en mí, Toc el Joven. —La dama estiró la mano, rodeó con el brazo los riñones masculinos y lo acercó un poco más a ella—. Camina conmigo, querido mío. Ves, ¿a que resulta agradable? El roce de nuestras caderas, la familiaridad repentina que hace dispararse el corazón, la humedad de la lluvia que hace juego con…

—¡Sí, sí, mi señora! Por favor, no des más detalles, no vaya a ser que mi paso sea más torpe todavía.

La mujer se echó a reír.

—Creo que por fin he conseguido hechizarte, amor mío. Y ahora me pregunto, ¿por qué camino voy a llevarte? ¡Hay tantas alternativas! Qué emocionante. Dime, ¿crees que soy cruel, Toc el Joven?

El malazano mantuvo la mirada clavada en el templo.

Se metieron en el agua fría del arroyo, la corriente se arremolinó alrededor de sus tobillos, pero no más allá.

—Sí —respondió al fin.

—Puedo serlo. De hecho, suelo serlo. Sospecho que siempre lo has sabido. Comprendo tu deseo de resistirte, sabes. ¿Qué crees que nos aguarda ahí?

—No lo sé. Bueno, aquí estamos. ¿Llamamos?

Lady Envidia suspiró.

—Oigo unos pasitos.

En la puerta que tenían a la izquierda se abrió una ranura que reveló a un hombre demacrado y desnudo, de edad indeterminada; cuya piel era muy pálida y cuya cabeza y cejas estaban afeitadas; al verlos clavó los acuosos ojos grises en lady Envidia.

—Bienvenida, señora —dijo el hombre—. Por favor, entra. El Dominio Painita te ofrece su hospitalidad. —Los ojos del

hombre pasaron de ella al lobo y el perro y después a los seguleh—. A ti y a tus compañeros. —Dio un paso atrás.

Lady Envidia le lanzó una mirada ilegible a Toc y siguió al sacerdote.

En el aire cálido y húmedo del complejo reinaba el hedor a podredumbre y en cuanto el malazano se apartó de la sombra de la puerta, vio la fuente del olor. Una veintena de cuerpos cubrían las paredes interiores, unos grandes ganchos de hierro sobresalían por debajo del esternón de los cuerpos, los pies les colgaban a una braza del suelo. La piedra en la que apoyaban la espalda estaba manchada de amarillo y de un color rojo profundo. Las cabezas sin ojos colgaban hacia abajo y de los mechones de pelo chorreaba la lluvia.

El sacerdote, al ver dónde se había centrado la atención de sus invitados, examinó los cuerpos con una leve sonrisa.

—A los aldeanos se les ha entregado lo prometido. Una vez completados los trabajos de construcción de este templo, se les concedió su recompensa. Permanecen ante nosotros como recordatorio de la misericordia de nuestro señor.

—Una versión bastante peculiar de misericordia —murmuró Toc, que luchaba contra las náuseas.

—Una misericordia que terminarás por entender con el tiempo, señor —respondió el sacerdote—. Por favor. Se está preparando una colación. El vidente del Dominio Kahlt, el señor de este templo, os aguarda en el salón de invitados.

—Qué amable —dijo lady Envidia—. Una construcción extraordinaria, este templo vuestro.

A Toc le costó apartar los ojos de los aldeanos asesinados, pero después estudió el edificio que se alzaba ante ellos. La forma piramidal continuaba hasta la planta baja y la cubierta de cobre solo estaba interrumpida por una docena

de tragaluces colocados al azar, cada uno acristalado con losas de fina cuarcita rosada. Un portal estrecho pero alto señalaba la entrada, enmarcada por cuatro inmensas piedras talladas, un umbral amplio en el suelo, dos menhires ahusados a los lados y encima una única piedra que hacía la función de dintel. El pasillo que había detrás medía dos metros y medio y revelaba la anchura de los cimientos de la pirámide.

El aire del interior cuando salieron a una cámara amplia y poco profunda resultó estar más caliente que en el complejo, y la luz arrojada por las ventanas veladas se teñía de rosa. Los esperaba una mesa baja atestada de alimentos y rodeada de cojines en los que reclinarse. De pie, delante de otra puerta triangular (esta situada justo enfrente de la entrada), había una enorme figura vestida con una armadura arcana de hierro negro forjado. Tenía un hacha de doble hoja y mango largo apoyada en el marco de la puerta, a su izquierda. El guerrero llevaba la cabeza desnuda y el pelo afeitado y su rostro angular y sin barba revelaba cicatrices antiguas en la mandíbula y toda la nariz.

Por el aliento del Embozado, reconozco esas cicatrices, un casco con una celada que protege los pómulos y la nariz deja esas marcas… es decir, cuando alguien te golpea en plena cara con una maza.

Lady Envidia frunció el ceño y después se volvió hacia el sacerdote.

—Creía que habías dicho que nos aguardaba el sumo sacerdote.

El adusto hombre sonrió.

—Y así es, señora. —Se inclinó ante el guerrero—. Este es el vidente del Dominio Kahlt, el señor de este templo. Los videntes del Dominio son los más dotados entre los hijos del Vidente Painita. Guerreros sin par, pero también eruditos.

Bueno, y para terminar las presentaciones, ¿me hacéis el honor de darme vuestros nombres?

—Soy lady Islah'Dracon —dijo lady Envidia con los ojos clavados en el vidente del Dominio—. Mi compañero se llama Toc el Joven; mis guardaespaldas Senu, Thurule y el que duerme es Mok. ¿Deseáis saber también los nombres de mis animalitos?

Se los acabas de dar, ¿no?

El sacerdote sacudió la cabeza.

—No será necesario. En el Dominio no se respeta a animales sin inteligencia. Siempre que los mantengas bajo control, y por una cuestión de hospitalidad, los toleraremos. Gracias por las presentaciones, mi señora. Permitidme despedirme ya. —Se giró con otra inclinación y cojeó hasta una pequeña puerta lateral.

El vidente del Dominio Kahlt dio un paso adelante, con el consiguiente estrépito de la armadura.

—Sentaos —dijo con voz suave y serena—. No es frecuente que contemos con el privilegio de tener invitados.

Lady Envidia levantó una ceja.

—¿No es frecuente?

Kahlt sonrió.

—Bueno, en realidad vosotros sois los primeros. El Dominio Painita es una tierra insular. Pocos nos visitan y en muy raras ocasiones más de una vez. Hay algunos, por supuesto, que reciben el don de la sabiduría y por tanto aceptan la fe y a esos los recibimos como hermanos y hermanas. Grandes son las recompensas cuando se abraza la fe. —Sus ojos destellaron—. Es mi esperanza más ferviente que recibáis tales dones.

Toc y lady Envidia se acomodaron en los cojines. *Baaljagg* y *Garath* permanecieron con los seguleh, que se colocaron justo al lado de la entrada.

El vidente del Dominio Kahlt se sentó enfrente de sus invitados

—¿Uno de tus sirvientes está enfermo? —preguntó—. ¿Quieres que mande a buscar a un sanador, mi señora?

—No es necesario. Mok se recuperará con el tiempo. Siento curiosidad, vidente del Dominio. ¿Por qué se construye un templo en un asentamiento tan miserable? ¿Sobre todo si luego se ejecuta a todos los habitantes?

—A los habitantes se les recompensó, no se les ejecutó —dijo Kahlt, su expresión se había oscurecido—. Nosotros solo ejecutamos a los criminales.

—¿Y las víctimas se dieron por satisfechas con la distinción?

—Quizá puedas preguntárselo a ellas tú misma en poco tiempo, mi señora.

—Quizá.

—Para responder a tu pregunta. Este templo es uno de los setenta de construcción reciente, cada uno de ellos domina un punto de cruce de fronteras tradicional entre el Dominio Painita y sus vecinos. Las fronteras del Vidente Painita son espirituales además de geográficas. Recae sobre sus fieles más leales la responsabilidad de regular y proteger esos territorios.

—Somos tus invitados, entonces, para que puedas calibrarnos y juzgar si somos dignos o no de entrar en tu imperio.

Kahlt se encogió de hombros y estiró el brazo para coger un gajo de una fruta local que Toc no reconoció.

—Por favor, servíos. El vino es gredfaliano, muy agradable. Las lonchas de carne son de bhederin…

Lady Envidia se inclinó hacia delante y cogió con delicadeza una loncha que después tiró hacia la entrada de

la cámara. *Garath* se adelantó, olisqueó la carne y después se la comió. La dama le sonrió al sumo sacerdote.

—Gracias, eso haremos.

—Entre nuestro pueblo —dijo Kahlt con voz ronca y las manos crispadas—, lo que acabas de hacer es un grave insulto.

—En el mío es una cuestión de simple pragmatismo.

El vidente del Dominio le enseñó los dientes con una sonrisa fría.

—La confianza y el honor son rasgos muy valorados en el Dominio Painita, mi señora. El contraste con la cultura de la que procedes no puede ser más obvio.

—Desde luego. ¿Y no os arriesgáis a sufrir nuestra influencia corruptora?

—No tenéis ninguna influencia, mi señora. Quizá, sin embargo, nosotros sí.

Toc se sirvió un poco de vino y se preguntó qué estaba tramando lady Envidia. Se habían metido en un avispero y la dama, con una sonrisa, estaba tirando de las alas de una de las avispas.

Kahlt había recuperado la compostura.

—¿Es prudente enmascarar a tus sirvientes, mi señora? Esa práctica parece ser contraria a las necesidades de tu desafortunada paranoia.

—Ah, pero es que son algo más que simples sirvientes, vidente del Dominio. Son, de hecho, emisarios. Dime, ¿estás familiarizado con los seguleh?

Kahlt se echó hacia atrás poco a poco y estudió a los silenciosos guerreros que tenía en la puerta.

—El pueblo de la isla… que asesina a todos nuestros monjes. Nos han pedido que les declaremos la guerra y montemos una flota de invasión. La arrogancia cosecha lo que siembra, como no tardarán en descubrir. Después de

todo, una cosa es asesinar a sacerdotes desarmados… Diez mil videntes del Dominio se tomarán justa venganza con los seguleh. Muy bien —suspiró—, ¿esos emisarios vienen ahora a rogar que los perdonemos?

—Oh, no —dijo lady Envidia—. Vienen a…

La mano de Toc se disparó de repente y se cerró sobre el brazo femenino. Sorprendida, la dama lo miró.

—Mi señora —murmuró el malazano, después se volvió a Kahlt—. Los han enviado a entregar un mensaje al Vidente Painita. En persona.

—Esa es desde luego una forma de decirlo —comentó Envidia con sequedad.

Toc quitó la mano, se echó hacia atrás y esperó a que su corazón ralentizara sus alocadas palpitaciones.

—Hay condiciones para ese tipo de audiencias —dijo Kahlt con los ojos todavía clavados en los seguleh—. Desarmados. Sin máscaras. Quizás algo más, pero no soy yo el que decide. —Su mirada volvió a posarse en lady Envidia—. ¿Cómo pueden estos emisarios ser tus sirvientes?

—Artimañas femeninas —respondió Envidia lanzándole una sonrisa.

Kahlt se estremeció de forma visible.

Sí, ya sé. El corazón se te acaba de derretir. Luchas por no postrarte a sus pies. Sí, te han arrancado las alas y ahora te retuerces sujeto a un alfiler…

Kahlt se aclaró la garganta.

—Os dejaré ahora para que podáis disfrutar de la colación. Os han preparado unos aposentos. El monje que os recibió en la puerta será vuestro guía. El final del día es dentro de una campanada. Gracias por esta conversación tan instructiva. —Se levantó, recogió el hacha de la pared que tenía detrás y después salió por la puerta interior.

Toc gruñó cuando el panel se cerró.

—¿Instructiva? ¿Era una broma?

—Come, amor mío —dijo Envidia—. Una barriga llena y satisfecha… antes de que recibamos nuestra recompensa.

Toc se atragantó con un sorbo de vino, tosió sin poder contenerse durante un rato y después la miró con los ojos llorosos.

—¿Recompensa? —dijo con voz ronca.

—Tú y yo, sí. Sospecho que a los seguleh les proporcionarán una escolta apropiada o algo por el estilo. A *Baaljagg* y *Garath* los masacrarán, por supuesto. Toma, prueba esto, es delicioso. Antes del amanecer, diría yo, el fuego de nuestras venas liberado para saludar la salida del sol, o alguna otra cosa igual de patética. Claro que también podríamos abrazar la fe, ¿crees que lo convenceremos? ¿Qué clase de fruta es esta? Sabe igual que la tela que envuelve el calcetín de un soldado. No sé; verás, él ya ha tomado una decisión.

—Y tú lo has ayudado bastante, mi señora.

—¿Sí? —La dama hizo una pausa, adoptó una expresión pensativa por un momento y después cogió un poco de pan —. Pues no sé cómo. Es cierto, estaba irritada. ¿Has notado alguna vez cómo se puede retorcer el lenguaje para enmascarar la brutalidad? ¡Ah, se me acaba de ocurrir! Mira los seguleh, enmascarados, sí, pero hablan con claridad y sin mentir, ¿no es cierto? ¿No te parece que hay algo en eso? ¿Algún significado oculto? Nuestros rostros de carne y hueso, maleables ellos, son maestros del engaño; una máscara mucho más sutil que lo que llevan esos hermanos de ahí. ¿Más vino? Es maravilloso. ¿Gredfaliano? Jamás he oído hablar de él. Los seguleh solo revelan sus ojos, desprovistos de cualquier expresión concreta y, sin embargo, ventanas del alma de todos modos. Notable. Me pregunto quién originó la costumbre y por qué.

—Mi señora, por favor —la interrumpió Toc—. Si tienen intención de matarnos…

—Las intenciones carecen de importancia, querido. Noto un sabor a trébol en esta miel. Delicioso. Por cierto, las paredes que nos rodean están casi todas huecas pero no desocupadas. ¿Tendrías la amabilidad de llevarles estos platos de carne a mis animalitos? Gracias, cariño, eres un encanto.

—De acuerdo —gruñó Toc—. Así que ya saben que lo sabemos. ¿Y ahora qué?

—Bueno, yo no sé tú, pero yo estoy muerta de cansancio. Espero de verdad que las camas sean blandas. ¿Crees que a los painitas les interesan comodidades como una buena fontanería?

—A nadie le interesa la fontanería, lady Envidia, pero estoy seguro de que algo habrán ideado.

—¡Terminada la colación! ¿Y dónde está nuestro pobrecito monje?

Se abrió una puerta lateral y apareció el hombre.

—Extraordinaria coincidencia. Dale las gracias a tu señor por la refacción, intimidado, y por favor, pasa tú delante.

El monje se inclinó y señaló con un gesto.

—Seguidme, honorables invitados. Por cierto, las bestias deben permanecer fuera, en el complejo.

—Desde luego.

El hombre se volvió a inclinar.

Lady Envidia hizo revolotear los dedos de una fina mano y *Baaljagg* y *Garath* salieron a grandes zancadas.

—Están bien enseñados, mi señora —murmuró el monje.

—No tienes ni idea —respondió la dama.

Los aposentos recorrían toda una pared y eran habitaciones pequeñas, cuadradas y con techos bajos, sin muebles salvo por unos catres estrechos con colchones de

cuero y un farol colocado en un estante de la pared. Una habitación del extremo del pasillo cumplía la función de baño comunal, con los suelos enlosados y hundidos en niveles que iban bajando a los diferentes estanques por los que el agua fluía de continuo, fresca y limpia.

Tras dejar a la dama con su aseo personal, Toc entró en su aposento y depositó su fardo en el suelo con un suspiro. Ya tenía los nervios destrozados y escuchar los melódicos cantos de Envidia no le ayudaba mucho. Se tiró en el catre. *¿Dormir? Imposible. Esos cabrones están afilando los cuchillos ahora mismo para prepararnos la recompensa. Estamos a punto de abrazar la fe, y su rostro es la cabeza de la muerte*...

Abrió de repente su único ojo al escuchar un chillido súbito que le heló la sangre. Estaba oscuro, los faroles se habían apagado o alguien se los había llevado. Toc se dio cuenta de que, después de todo, se había quedado dormido, cosa que apestaba a hechicería. El chillido resonó de nuevo y terminó con un gorgoteo que se fue apagando.

Unas garras resonaron en el pasillo, fuera de su habitación.

Cubierto de sudor, pero temblando de frío, Toc el Joven se levantó poco a poco de la cama. Sacó la daga de obsidiana con hoja ancha que Tool le había hecho, acomodó el mango envuelto en cuero en la mano derecha y después desenvainó su propio cuchillo de hierro con la izquierda.

Garras. O bien aquí hay un soletaken... o Baaljagg y Garath *están de visita*. Rezó en silencio para que fuera eso último.

Un choque contra la mampostería lo sobresaltó, una pared se había derrumbado por algún sitio, no muy lejos. Alguien gimoteó y después lanzó un gritito cuando se partieron unos huesos. El sonido de un cuerpo arrastrado

justo detrás de su puerta hizo agacharse a Toc con los cuchillos sacudiéndose por el temblor.

Está oscuro. En el nombre del Embozado, ¿qué se supone que tengo que hacer? ¡No veo nada, maldita sea!

La puerta se astilló en su marco bajo el impacto de un cuerpo grande. El estallido levantó ecos en las paredes y la puerta cayó hacia dentro… bajo el peso de un cadáver desnudo apenas iluminado por la luz tenue que entraba por el pasillo.

Se dejó ver entonces una cabeza inmensa con los ojos brillando con una luz apagada.

Toc dejó escapar un suspiro estremecido.

—*Baaljagg* —susurró—. Has crecido mucho desde la última vez que te vi.

La ay, después de una brevísima pausa de reconocimiento mutuo, se deslizó junto a la puerta con pasos pesados. Toc observó pasar todo el inmenso cuerpo de la bestia y después la siguió.

El pasillo era un caos. Piedra hecha pedazos, catres aplastados y trozos de carne por todas partes. Las paredes estaban pintadas con salpicaduras de sangre y bilis. *Dioses, ¿es que esta loba se ha dedicado a atravesar paredes de más de un brazo de grosor? ¿Cómo?*

Con la cabeza gacha y entre el tintineo de las garras, *Baaljagg* se acercó al aposento de los baños. Toc se movía con ligereza tras la ay.

Antes de que llegaran, una segunda forma cuadrúpeda surgió de un pasaje lateral que había junto a la entrada, una sombra oscura con motas grises y negras que empequeñecía a *Baaljagg*. Unos ojos encendidos como el carbón, hundidos en una cabeza ancha empapada de sangre, se clavaron poco a poco en Toc el Joven.

¿Garath?

Los hombros de la criatura estaban cubiertos de polvo blanco. Se apartó a un lado para dejar pasar a *Baaljagg*.

—*Garath* —murmuró Toc mientras lo seguía, siempre al alcance de aquellas enormes y chorreantes mandíbulas—. ¿Pero qué había en esas lonchas de bhederin que comiste?

El dulce animalito había desaparecido esa noche y en su lugar *Garath* se había convertido en un asesino del más alto y frío orden. La muerte hacía cabriolas en los ojos del inmenso perro.

La bestia dejó pasar a Toc y después viró y se escabulló por donde había llegado.

Una fila de velas en la pared opuesta iluminaba la cámara de baños. *Baaljagg*, con la nariz en las baldosas, esquivaba los estanques. Los chorros de agua eran de color carmesí y humeaban. Entre las tinieblas, Toc distinguió cuatro cadáveres, todos con armadura, tirados en el fondo de los estanques. No estaba muy seguro, pero le pareció que los habían hervido vivos.

El malazano se apoyó en una pared y con una serie de arcadas que lo atravesaron entero, perdió la cena que tan amablemente les había ofrecido el vidente del Dominio.

Unos golpes lejanos sacudieron el suelo bajo sus pies. *Garath, que continúa su despiadada caza. Ah, pobres cabrones, les ofrecisteis vuestro templo a los invitados que no debíais*…

—¡Ah, ahí estás!

Todavía revuelto, Toc se dio la vuelta y vio a lady Envidia en la puerta, vestida con su camisón blanco impecable y el cabello negro recogido en un moño.

—Esa armadura resultó demasiado pesada, una fatalidad, qué pena —dijo la dama con pesar y con los ojos clavados en los cuerpos de los estanques, después se animó un poco —. ¡Oh, bueno! ¡Vamos, vosotros dos! Senu y Thurule ya

deberían haber terminado con los guerreros videntes del Dominio.

—¿Hay más de uno? —preguntó Toc, perplejo.

—Había unos veinte en total. Kahlt era su capitán además del sumo sacerdote de este templo. Sacerdotes guerreros, qué desafortunada combinación. Y ahora vuelve a tu habitación, querido. Tienes que recoger tus pertenencias. Nos volveremos a encontrar en el complejo.

La dama partió sin más.

Toc respiró hondo, estremecido, y salió tambaleándose detrás de ella con *Baaljagg* tras él.

—¿Ha aparecido Tool para esto? —preguntó.

—Yo no lo he visto. Pero, en cualquier caso, su presencia no era necesaria. Teníamos las cosas controladas.

—¡Conmigo roncando como un idiota!

—*Baaljagg* vigilaba tu sueño, amor mío. Te encontrabas cansado, ¿no? Ah, ya estamos. Recoge tus avíos. *Garath* tiene intención de destruir este templo…

—Sí —le soltó Toc de repente—. En cuanto a *Garath*…

—No tienes buen despertar, ¿eh, jovencito? Supongo que podremos comentar todo esto más tarde…

—Claro —gruñó el malazano mientras entraba en su habitación—. Desde luego que lo haremos.

Los aposentos internos del templo bramaban al convertirse en polvo. Toc se hallaba en el complejo, observando a los dos seguleh, que descolgaban los cadáveres de los aldeanos y los sustituían por los cuerpos recién asesinados de los guerreros videntes del Dominio. Kahlt, que lucía una única cuchillada que le atravesaba el corazón, se encontraba entre ellos.

—Luchó con una determinación fiera —murmuró lady Envidia al lado de Toc—. Su hacha estaba por todas partes, pero parece que Thurule apenas se movió. Paradas invisibles. Después estiró el brazo con languidez y apuñaló al capitán vidente del Dominio justo en el corazón. Una exhibición asombrosa, Toc el Joven.

—No me cabe duda —murmuró—. Y dime, ¿el Vidente sabe ya algo de nosotros?

—Oh, sí, y la destrucción de este templo le dolerá mucho.

—Va a enviar un puñetero ejército a buscarnos, por el Embozado.

—Suponiendo que la empresa que le ocupa en el norte pueda prescindir de alguno, es muy probable. Desde luego sentirá la necesidad de responder de algún modo, aunque solo sea para ralentizar nuestro avance.

—Para eso, ya podría darme la vuelta ahora mismo —dijo Toc.

La dama alzó una ceja.

—¿Careces de seguridad en ti mismo?

—Mi señora, no soy seguleh. No soy un ay a punto de ascender. No soy t'lan imass. ¡No soy un perro que puede mirar a la cara a un mastín de Sombra! ¡Y no soy ninguna bruja capaz de hervir a un hombre vivo con solo chasquear los dedos!

—¡Una bruja! ¡Eso sí que me ofende! —La mujer se echó sobre él con los brazos cruzados y los ojos encendidos—. ¡Una bruja! ¿Y me has visto alguna vez chasquear los dedos? ¡Por el abismo, qué falta de clase!

El malazano dio un paso atrás sin querer.

—Es una forma de hablar…

—¡Oh, cállate! —La mujer le cogió la cara entre las manos y lo acercó de una forma inexorable. Los labios llenos de la mujer se abrieron un poco.

Toc intentó apartarse, pero tenía la sensación de que los músculos se le estaban disolviendo alrededor de los huesos.

Lady Envidia se detuvo de repente y frunció el ceño.

—No, quizá no. Te prefiero… libre. —El ceño se convirtió en una expresión huraña—. La mayor parte del tiempo, en cualquier caso, aunque esta mañana has puesto a prueba mi paciencia.

La dama lo soltó y lo estudió un momento más, después sonrió y se dio la vuelta.

—Creo que tengo que cambiarme. ¡Senu! ¡Cuando termines, búscame mi guardarropa!

Toc se sacudió un poco. Estaba temblando, muerto de frío, sabía con una certeza instintiva lo que le habría hecho aquel beso. *Y los poetas escriben de las cadenas del amor. ¡Ja! De lo que ellos escriben de forma figurada, ella lo encarna de forma literal. Si el deseo pudiera tener una diosa*…

Un torbellino de polvo y Tool se alzó del suelo a su lado. El t'lan imass giró la cabeza y se quedó mirando la forma postrada de Mok, que permanecía cerca de la verja exterior.

—Hay cazadores k'ell convergiendo sobre nosotros —dijo. Dio la sensación que el t'lan imass estaba a punto de decir algo más pero después se limitó a desvanecerse.

—¿Ves? —exclamó lady Envidia dirigiéndose al malazano —. ¿Ahora no te alegras de que insistiera en que durmieras un poco?

Llegaron a un cruce de caminos marcado por dos menhires inclinados y medio enterrados en una elevación baja que había entre los dos caminos empedrados. En sus caras habían tallado unos jeroglíficos arcanos cuyos pictogramas estaban gastados y apenas se veían.

Lady Envidia se colocó delante de ellos, apoyó la barbilla en una mano y estudió los glifos.

—Qué curioso. La raíz de este idioma es imari. Genosteliano, sospecho.

Toc se frotó el sudor polvoriento de la frente.

—¿Qué dicen? Déjame adivinar: «Todos los que se acerquen serán partidos en dos, desollados vivos, decapitados y golpeados con saña».

La dama lo miró y enarcó una ceja.

—El de la derecha indica el camino a Kel Tor. El de la izquierda, a Baluarte. No menos notables, a pesar de la trivialidad de los mensajes. Es obvio que el Dominio Painita fue en otro tiempo una colonia genosteliana; los gelostelianos eran marinos de tierras remotas, querido. Por cierto, su gloria decayó hace siglos. Una medida de la altura que alcanzaron se deduce de lo que vemos ante nosotros, pues el archipiélago genosteliano está al otro lado del mundo.

Toc lanzó un gruñido y miró con los ojos entrecerrados el camino que llevaba a Baluarte, que no dejaba de subir y bajar.

—Bueno, quizá sus ciudades sobrevivieran, pero según todos los indicios, los painitas fueron en otro tiempo pueblos de las colinas. Pastores. Bárbaros. Rivales de las tribus daru y gadrobi. Conquistaron tu colonia, lady Envidia.

—Como ocurre siempre, ¿no? Una civilización florece y entonces aparece gruñendo una horda de salvajes con los ojos muy juntos y la pisotea. Que el Imperio de Malaz tome nota.

—«Nunca olvides a los bárbaros» —murmuró Toc—. Son palabras del emperador Kellanved.

—Palabras de una sabiduría sorprendente. ¿Qué le pasó?

—Lo asesinó una mujer con los ojos muy juntos… aunque provenía de una cepa civilizada. Era napaniana… si es que a los napanianos se les puede llamar civilizados. Del corazón del Imperio, en cualquier caso.

—*Baaljagg* parece inquieta, querido. Deberíamos reanudar nuestro viaje, hay que pensar en todos esos lagartos de dos patas que hay de camino.

—Tool dice que los más cercanos todavía están a varios días de distancia. ¿Cuánto queda hasta Baluarte?

—Deberíamos llegar mañana al anochecer, suponiendo que la distancia indicada en esos mojones siga siendo precisa.

Partieron camino abajo con los seguleh tras ellos tirando del armazón. Los adoquines que pisaban, aunque muy gastados por algunos sitios, estaban ya casi cubiertos de hierba. No había habido muchos viajeros esa temporada, si es que había habido alguno, y Toc no vio a nadie en el camino según iba avanzando el día. Viejos cadáveres de vacas y ovejas en los pastos que había a ambos lados del camino daban fe de las fechorías de los lobos. No había pastores que atendieran los rebaños y entre los animales domésticos, solo las cabras y los caballos podían sobrevivir al regreso al estado salvaje.

Cuando se detuvieron a media tarde para descansar a las afueras de otra aldea abandonada (esta sin templo alguno), Toc comprobó una vez más sus armas, luego lanzó un siseo de frustración y miró furioso a lady Envidia, sentada enfrente de él.

—Esto no tiene sentido. La expansión del Dominio. Su voracidad. Los ejércitos necesitan comida. Y las ciudades también. Si el campo no alberga nada más que fantasmas, en el nombre del Embozado, ¿se puede saber quién los abastece?

Lady Envidia se encogió de hombros.

—No soy la más indicada para contestar, cariño mío. Las cuestiones materiales y económicas me producen un aburrimiento mortal. Quizá las respuestas a tus irrelevantes preocupaciones se encuentren en Baluarte.

—¿Irrelevantes?

—Bueno, sí. El Dominio se está expandiendo. Tiene ejércitos y ciudades. Esos son los hechos. Los detalles son para los estudiosos, Toc el Joven. ¿No deberías preocuparte de temas más importantes, como tu propia supervivencia, por ejemplo?

El malazano se la quedó mirando y después parpadeó poco a poco.

—Lady Envidia, se podría decir que ya estoy muerto. ¿Así que para qué voy a pensar en ello?

—¡Qué absurdo! Te tengo en demasiada estima como para dejar que acaben contigo sin más. Tienes que aprender a confiar en mí, querido.

Toc apartó la mirada.

—Los detalles, mi señora, revelan las verdades ocultas. Conoce a tu enemigo, es un principio básico. Lo que sabes, lo puedes usar. —Toc vaciló un momento y después continuó —. Los detalles pueden llevarte a confiar, cuando se trata de los motivos e intereses de posibles aliados.

—Ah, ya veo. ¿Y qué es lo que te gustaría saber?

El malazano la miró a los ojos.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Vaya, Toc el Joven, ¿ya se te ha olvidado? Tu compañero t'lan imass ha dicho que los secretos del desgarro de Alborada solo se pueden descubrir en el Dominio.

—Qué conveniente, mi señora —gruñó Toc—. Estás muy ocupada manipulándolo todo. A todos nosotros. A mí, a los seguleh, incluso al propio Tool. —Señaló con un gesto—.

Garath, tu cachorrito. Podría ser uno de los mastines de Sombra…

—Podría serlo, desde luego —sonrió la dama—. Creo, sin embargo, que no está muy dispuesto.

—¿Qué significa eso?

—Te exasperas con mucha facilidad, querido. Si eres una hoja que tiembla en un río ancho y profundo, relájate y déjate llevar por la corriente. A mí siempre me ha funcionado, te lo aseguro. En cuanto a la manipulación, ¿crees de veras que tengo el poder de empujar y sondear a un t'lan imass? Los seguleh son, hum, únicos; caminamos en sintonía, después de todo, así que la noción de coerción no existe.

—Todavía no, quizá. Pero existirá, mi señora.

La mujer se encogió de hombros.

—Y por último, no ejerzo ningún control sobre *Garath*, ni sobre *Baaljagg*. Eso puedo asegurártelo.

Toc le enseñó los dientes.

—Lo que me deja solo a mí.

Lady Envidia estiró el brazo y posó una mano fina y suave en el brazo de Toc.

—En eso, querido, solo soy una mujer.

Toc le apartó la mano con una sacudida.

—Hay hechicería en tus encantos, lady Envidia. No intentes negarlo.

—¿Hechicería? Bueno, sí, podría llamarse así, supongo. Misterio también, ¿no? Asombro y emoción. Esperanza y posibilidades. El deseo, querido, es una magia de lo más incitante. Y, amor mío, es una magia a la que yo no soy inmune…

La dama se inclinó hacia él con los ojos medio cerrados.

—No voy a imponerte un beso, Toc el Joven. ¿No lo ves? Eres tú el que debes elegir, o bien terminarás esclavizado de

verdad. ¿Qué me dices?

—Hora de irse —dijo el malazano al tiempo que se levantaba—. Es obvio que no me vas a dar ninguna respuesta sincera.

—¡Te las acabo de dar! —respondió ella mientras se ponía también en pie.

—Ya está bien —dijo Toc al recoger su equipo—. No voy a jugar más, lady Envidia. Llévate tus juegos a otra parte.

—¡Oh, no sabes lo poco que me gustas cuanto te pones así!

—Enfurrúñate todo lo que quieras —murmuró el malazano antes de partir camino abajo.

—¡Terminaré enfadándome de verdad, jovencito! ¿Me oyes?

Toc se detuvo y miró atrás.

—Todavía nos quedan unas cuantas leguas de luz.

—¡Oh! —Lady Envidia dio una patada en el suelo—. ¡Eres igual que Rake!

El único ojo de Toc se abrió un poco más y después sonrió.

—Respira hondo unas cuantas veces, muchacha.

—¡Y también decía siempre eso! ¡Oh, me saca de quicio! ¡Ya estamos otra vez! ¿Pero qué os pasa a todos?

Toc se echó a reír, no con dureza sino con una calidez sincera.

—Vamos, lady Envidia. Te aburriré con un relato detallado de mi juventud, para pasar el rato. Nací en un barco, sabes, y pasaron más de unos cuantos días antes de que Toc el Viejo se aviniera a reconocer su paternidad. Es que, verás, mi madre era la hermana del capitán Cartheron Costra y Costra tenía muy mal genio…

Las tierras que había frente a las murallas de Baluarte estaban devastadas. Las alquerías eran montones ennegrecidos y abrasados y a ambos lados del camino el terreno mismo había sido arrancado, desgarrado como heridas en la carne. A la vista de los muros achaparrados de la pequeña ciudad, salpicaban el paisaje los restos de unas inmensas hogueras, como túmulos redondos espolvoreados de ceniza blanca. Nadie caminaba por aquel yermo.

El humo flotaba sobre los edificios de Baluarte, bloques divididos en terrazas. Sobre las guirnaldas grises cabalgaban las banderas blancas de las gaviotas y sus leves gritos eran el único sonido que alcanzaba a Toc y lady Envidia cuando el grupo se acercó a las puertas internas de la ciudad. El hedor del fuego enmascaraba el olor del lago que había al otro lado de la ciudad, el aliento del aire era cálido y arenoso.

Las puertas estaban entreabiertas. Cuando se acercaron, Toc vislumbró un movimiento tras el arco, como una figura que pasara a toda prisa, oscura y silenciosa. Se le pusieron los nervios de punta.

—¿Qué ha sucedido aquí? —se preguntó en voz alta.

—Muy desagradable —asintió lady Envidia.

Pasaron sin prisa bajo la sombra del arco y el aire se volvió de repente enfermizo con el olor dulce de la carne quemada. Toc siseó entre dientes.

Baaljagg y *Garath* (ambos devueltos a proporciones más modestas) se adelantaron trotando con las cabezas gachas.

—Creo que la cuestión del sustento tiene una respuesta muy lúgubre —dijo lady Envidia.

Toc asintió.

—Se están comiendo a sus propios muertos. No creo que sea buena idea entrar en esta ciudad.

La dama se volvió hacia él.

—¿No sientes curiosidad?

—Curiosidad sí, pero no tengo instintos suicidas.

—No temas. Echemos una mirada más de cerca.

—Envidia…

Los ojos femeninos se endurecieron.

—Si los habitantes son lo bastante idiotas como para amenazarnos, conocerán la fuerza de mi cólera. Y también la de *Garath*. Si crees que esto es la perdición, tu criterio recibirá una lección de perspectiva, querido. Vamos.

—Sí, señora.

—Ya veo que cuando hay confianza se pierde el respeto. Es lamentable.

Con los dos seguleh y su maestro dormido siguiéndolos a dos metros de distancia, Toc y lady Envidia entraron en la plaza.

Contra las murallas internas habían apilado huesos humanos, largos y partidos, algunos calcinados por el calor, otros rojos y crudos. Los edificios que daban a la plaza estaban ennegrecidos, con las puertas y ventanas abiertas de par en par. Los huesos de varios animales (perros, mulas, caballos y bueyes) yacían por el suelo, mordisqueados y partidos.

Tres hombres que eran obviamente sacerdotes los aguardaban en el centro de la plaza, recién afeitados, demacrados y pálidos con sus túnicas incoloras. Uno dio un paso adelante cuando Toc y Envidia se acercaron.

—Forasteros, bienvenidos. Un acólito os vio en el camino y los tres nos hemos apresurado a recibiros. Habéis elegido un día propicio para visitar la gloriosa ciudad de Baluarte; pero cielos, este día también pone vuestras vidas en gran

peligro. Procuraremos guiaros y aumentar así las probabilidades de que sobreviváis a las… violentas secundinas del abrazo. Si tenéis la bondad de seguirnos… —Les indicó una calle lateral—. En la entrada de la avenida Iltara nos habremos apartado del camino del éxodo, pero todavía podremos presenciar el milagro.

—Ideal —dijo lady Envidia—. Os lo agradecemos, santos varones.

El paseo hasta la entrada de la calle lateral no era de más de quince metros, pero en ese tiempo el silencio de la ciudad quedó sustituido por un murmullo creciente, un susurro seco que provenía del corazón de Baluarte. Al llegar, *Baaljagg* y *Garath* se volvieron para flanquear a lady Envidia. Senu y Thurule apoyaron el armazón contra la pared de un edificio que hacía esquina y después miraron hacia la plaza, una vez más con las manos en las armas.

—La voluntad de la fe ha abrazado a los ciudadanos de Baluarte —dijo el sacerdote—. Llega como una fiebre… una fiebre que solo la muerte puede hacer que remita. Sin embargo, hay que recordar que el abrazo se sintió primero aquí, en el propio Baluarte, hace catorce años. El Vidente había regresado de la Montaña y pronunciaba las Palabras de la Verdad. El poder de esas palabras se irradió a todo… —La voz del sacerdote se quebró con algún tipo de emoción provocada por sus propias palabras. Inclinó la cabeza y todo su cuerpo se puso a temblar.

Otro sacerdote continuó por él.

—Al principio aquí floreció la fe. Había una caravana de Elingarth acampada más allá de las murallas. A los forasteros se les recompensó en una sola noche. Y nueve meses más tarde el mundo recibió el regalo del primer hijo de la semilla de los muertos. Ese niño ha cumplido ahora la mayoría de edad, un acontecimiento que ha disparado un

nuevo florecimiento de la fe. Se ha producido un nuevo abrazo bajo el mando del primer hijo, Anaster. Lo veréis ahora (con su madre a su lado) liderando a los Tenescowri recién hallados. Los aguarda una guerra en el extremo norte, hay que recompensar a la ciudad infiel de Capustan.

—Santos varones —dijo lady Envidia alzando la voz para hacerse oír por encima del rugido creciente de las voces que cantaban—, por favor, disculpad mi ignorancia. Un hijo de la semilla de los muertos, ¿qué es eso, para ser precisos?

—El momento de la recompensa entre los no creyentes varones, señora, suele venir marcado por un derramamiento involuntario de la semilla de la vida… que continúa después de que la vida haya volado del cuerpo. En ese momento, con un cadáver bajo ella, una mujer puede montarlo y tomar así la semilla de un hombre muerto. Los niños que nacen de este modo son los más sagrados de la familia del Vidente. Anaster es el primero en llegar a la mayoría de edad.

—Eso es —dijo lady Envidia— extraordinario…

Toc vio que la cara de la dama adquiría una palidez enfermiza por primera vez desde que tenía recuerdo.

—El don del Vidente, señora. Un hijo de la semilla de los muertos luce la verdad visible del beso de la vida de la muerte, prueba de la recompensa en sí. Sabemos que los forasteros temen a la muerte. Los fieles no.

Toc se aclaró la garganta y se inclinó hacia el sacerdote.

—Una vez que esos Tenescowri dejan Baluarte… ¿queda alguien más con vida en la ciudad?

—El abrazo es absoluto, señor.

—En otras palabras, los que no sucumbieron a la fiebre han sido… recompensados.

—Así es.

—Y luego comidos.

—Los Tenescowri tienen necesidades.

La conversación terminó cuando los primeros márgenes de una masa humana se derramaron por la avenida principal y comenzaron a extenderse para llenar la plaza. En cabeza iba un joven, la única persona que iba montada. Su caballo era un animal de tiro ruano y viejo, con el lomo combado y llagas llenas de moscardones en el cuello. El joven se adelantó y giró de repente la cabeza hacia donde se encontraban Toc y los otros. Señaló con un brazo fino y largo en su dirección y chilló.

Fue un grito sin palabras, pero todos sus seguidores lo entendieron. Cientos de rostros se volvieron para mirar a los desconocidos y luego se abalanzaron hacia ellos.

—Oh —dijo lady Envidia.

El segundo sacerdote se echó hacia atrás con un estremecimiento.

—Cielos, nuestra protección no es suficiente. ¡Preparaos para recibir vuestra recompensa, forasteros! —Y con eso, los tres acólitos huyeron.

Lady Envidia levantó las manos y de repente la flanquearon dos bestias enormes. Ambas se adelantaron con un movimiento borroso para recibir a la turba. De repente, la sangre y los cuerpos se derramaron sobre los adoquines.

Los seguleh pasaron junto a Toc dándole un empujón. Senu se detuvo al lado de Envidia.

—¡Despierta a nuestro hermano! —gritó.

—De acuerdo —dijo—. Supongo que Tool también está a punto de aparecer, pero sospecho que van a estar muy ocupados para enfrentarse el uno al otro.

Las correas de cuero se partieron cuando Mok pareció alzarse de un salto con las armas ya en las manos.

Y aquí estoy yo, casi olvidado por todos. Toc tomó una decisión.

—Que os divirtáis —dijo mientras se retiraba por una calle lateral.

Mientras la ay y el perro se abrían paso a mordiscos entre el griterío de las masas, lady Envidia giró en redondo.

—¿Qué? ¿Pero adónde vas?

—He abrazado la fe —exclamó Toc—. ¡Esta turba se dirige directamente al ejército malazano, aunque todavía no lo sepa! ¡Y yo me voy con ellos!

—¡Toc, escucha! ¡Vamos a borrar de la faz de la tierra a este patético ejército y a ese mocoso pálido que los guía! No hay necesidad…

—¡No acabes con ellos! Por favor, Envidia. Ábrete camino, sí, pero los necesito.

—Pero…

—¡No hay tiempo! Ya lo he decidido. Con la suerte de Oponn, nos volveremos a encontrar. Ve a buscar tus respuestas, Envidia. ¡Yo tengo que encontrar a unos amigos!

—Espera…

Con un último saludo, Toc giró en redondo y bajó corriendo por la calle.

Un estallido de hechicería lo conmocionó y lo tiró hacia delante, pero no volvió sobre sus pasos. Envidia se estaba dejando llevar. *El Embozado sabrá, puede que hasta se haya puesto furiosa. Por todos los dioses, mujer, deja algunos en pie*…

Giró a la derecha en la primera intersección a la que llegó y se encontró metido en medio de campesinos que chillaban y empujaban como él hacia la principal arteria de la ciudad, por donde fluía la masa de fieles. Toc añadió sus gritos (sin palabras, los sonidos que haría un mudo) y arañó el aire con un celo mecánico.

Como una hoja en un río ancho y profundo…

Capítulo 10



La madre Oscuridad engendró tres hijos.
Los primeros, los tiste andii, fueron los más queridos,
moradores de la tierra antes de la luz.
Después parió con dolor a los segundos, tiste lians,
la gloria ardiente de la luz en sí,
y así los primeros negaron a su madre
en su furia y fueron expulsados,
hijos condenados de la madre Oscuridad.
Ella entonces dio lugar, en su misericordia, a los terceros,
engendrados en la guerra entre la oscuridad y la luz,
los tiste edur, y hubo sombras
en sus almas.

Fábulas de Kilmanar
Sebun Imanan

La mano lo abofeteó con fuerza, pero la conmoción no tardó en desvanecerse mientras intentaba comprender lo que significaba, le dejó un entumecimiento y un cosquilleo sobre el que se alegró de poder cabalgar para regresar a la inconsciencia.

Lo abofetearon una segunda vez.

Rezongo abrió los ojos con esfuerzo.

—Largo —murmuró y después los volvió a cerrar.

—Estás borracho —gruñó Piedra Menackis—. Y apestas. Dioses, la manta está empapada de vómito. Se acabó, lo que

es por mí, te puedes pudrir ahí mismo. Todo tuyo, Buke. Yo me vuelvo al cuartel.

Rezongo escuchó las botas que se alejaban dando taconazos por los tablones irregulares que llenaban de crujidos la miserable habitación, escuchó la puerta que se abría con un chirrido y que después se cerraba de un portazo. Suspiró e hizo amago de darse la vuelta y seguir durmiendo.

Un trapo mojado y frío le dio un golpetazo en la cara.

—Límpiate —dijo Buke—. Te necesito sobrio, amigo mío.

—Nadie me necesita sobrio —dijo Rezongo al apartar el trapo—. Déjame en paz, Buke. Tú más que nadie…

—Sí, yo más que nadie. Siéntate, maldito seas.

Unas manos lo cogieron por los hombros y lo incorporaron. Rezongo se las arregló para coger las muñecas de Buke, pero no tenía fuerza en los brazos y solo consiguió dar unos cuantos tirones débiles. El dolor le atravesó la cabeza y se le acumuló tras los ojos cerrados. Se inclinó hacia delante y vomitó, bilis fermentada que le brotó por la boca y la nariz y cayó al suelo entre las botas llenas de rozaduras.

Amainaron las arcadas. De repente tenía la cabeza más despejada. Escupió los últimos restos de vómito y frunció el ceño.

—No te estoy pidiendo nada, cabrón. No tienes derecho…

—Cállate.

Hundió la cabeza en las manos con un gruñido.

—¿Cuántos días?

—Seis. Has perdido la oportunidad, Rezongo.

—¿Oportunidad? ¿De qué estás hablando?

—Demasiado tarde. El septarca y su ejército painita han cruzado el río. Ha comenzado la investidura. Según los rumores, antes de que termine el día habrá un ataque contra

los blocaos de los campos de la muerte que hay tras las murallas. No aguantarán. Es un ejército muy grande el que hay ahí fuera. Veteranos que han montado más de un asedio, y todos y cada uno con éxito…

—Ya basta. Me estás contando demasiado. No puedo pensar.

—Dirás que no quieres. Harllo está muerto, Rezongo. Es hora de dejar de beber y llorarlo.

—Estás tú bueno para hablar, Buke.

—Yo ya he llorado lo que tenía que llorar, amigo mío. Hace mucho tiempo.

—Y una mierda del Embozado.

—No me has entendido. Nunca me has entendido. Lloré, pero eso se acabó. Se fue. Y ahora… bueno, ahora no hay nada. Una cueva inmensa y sin luz. Cenizas. Pero tú no eres como yo, quizá creas que lo eres, pero te equivocas.

Rezongo estiró el brazo y buscó el paño mojado que había dejado caer al suelo. Buke lo recogió y se lo puso en la mano. Rezongo se lo apretó contra la frente que no dejaba de latirle y gruñó.

—Una muerte absurda, sin sentido.

—Todas son absurdas y sin sentido, amigo mío. Hasta que los vivos les arrancan algún significado. ¿Qué vas a arrancar tú, Rezongo, de la muerte de Harllo? Acepta mi consejo, una cueva vacía no ofrece ningún consuelo.

—No estoy buscando consuelo.

—Pues será mejor que lo hagas. Ningún otro objetivo merece la pena, que me lo digan a mí. Harllo también era amigo mío. Según lo describieron las Espadas Grises que nos encontraron, tú habías caído y él hizo lo que se supone que debe hacer un amigo, te defendió. Se colocó sobre ti y recibió los golpes. Y lo mataron. Pero hizo lo que quería, te salvó el pellejo. ¿Y así se lo agradeces, Rezongo? ¿Quieres

mirar a su fantasma a los ojos y decirle que no mereció la pena?

—Jamás debería haberlo hecho.

—No se trata de eso, ¿verdad?

El silencio llenó la habitación. Rezongo se frotó la barba de tres días y luego, poco a poco, alzó los ojos agotados hacia Buke.

Al hombre le corrían las lágrimas por las arrugas de las marchitas mejillas. Cogido por sorpresa, se dio la vuelta.

—Piedra está de un humor que no me extrañaría que te matara ella misma con sus propias manos —murmuró mientras se acercaba a la única ventana para quitarle el pestillo y abrir la contraventana. El sol inundó la habitación de luz—. Esa chica perdió a un amigo y quizás ahora a otro.

—Perdió dos ahí fuera, Buke. El muchacho barghastiano…

—Sí, muy cierto. No hemos visto mucho a Hetan y Cafal desde que llegamos. Andan todo el día con las Espadas Grises; creo que se está tramando algo. Quizá Piedra sepa algo más, también se aloja en el cuartel.

—¿Y tú?

—Sigo al servicio de Bauchelain y Korbal Espita.

—Pero qué idiota eres, por el Embozado.

Buke se limpió la cara, le dio la espalda a la ventana y consiguió esbozar una sonrisa tensa.

—Bienvenido otra vez.

—Anda y que te den en el abismo, cabrón.

Bajaron por el único tramo de escalones combados hasta la calle, Rezongo se apoyaba con pesadez en su demacrado compañero, la sangre le rugía en la cabeza y las oleadas de náuseas le estrujaban el estómago.

Los últimos recuerdos que tenía de la ciudad se habían fragmentado y manchado, como si sufrieran una conmoción, y después una pinta tras otra de cerveza, así que miró a su alrededor con un desconcierto momentáneo.

—¿Qué distrito es este? —preguntó.

—El culo del Viejo Daru, Distrito de los Templos —dijo Buke—. Una calle al norte y te das de morros con la opulencia y los templos ajardinados. Encontraste el único callejón podrido de todo el barrio y su único bloque asqueroso, Rezongo.

—Supongo que ya había estado allí —murmuró mientras miraba con los ojos entrecerrados los edificios cercanos—. Por aquel entonces había otra excusa, no me acuerdo cuál.

—Las excusas siempre son fáciles de encontrar. Me acuerdo bien.

—Pues sí, así es, y seguro que te acuerdas. —Rezongo se miró el estado lamentable de la ropa—. Necesito un baño, y ¿dónde están mis armas?

—Piedra se ocupó de ellas. Y también de buena parte de tus dineros. Está todo pagado, me refiero a tus deudas, así que puedes olvidarte de eso.

—Y seguir adelante.

—Y seguir adelante. Yo voy contigo, hasta el cuartel por lo menos…

—Por si me pierdo —dijo Rezongo con ironía.

Buke asintió.

—Bueno, todavía faltan unas campanadas para los tembleques.

—Sí. El destriant podría ayudarte con eso si se lo pides por favor.

Giraron al sur, rodearon el estropeado bloque de pisos y se acercaron a las amplias avenidas que había entre los campamentos circulares rodeados de altos muros. Había

pocos ciudadanos por las calles y los que había se movían como furtivos, como si patinaran por una fina capa de pánico. Una ciudad asediada que aguarda el primer derramamiento de sangre.

Rezongo escupió en una cloaca.

—¿Qué andan tramando tus jefes, Buke?

—Han tomado posesión de una finca recién abandonada. Se han instalado allí.

La repentina tensión de la voz de Buke le puso a Rezongo los pelos de la nuca de punta.

—Continúa.

—Por eso fui… a verte. En parte. Una guardia gidrath encontró el primer cuerpo anoche, no estaba ni a ochenta metros de nuestra finca. Destripado. Faltaban… algunos órganos…

—Informa al príncipe, Buke. No dudes, un cáncer en el corazón de una ciudad sitiada…

—No puedo. —Se detuvo y cogió con fuerza el brazo de Rezongo—. No debemos. No has visto lo que son capaces de hacer cuando se sienten arrinconados.

—Hay que echarlos, Buke. Que los painitas abracen su compañía; para ellos será un placer, seguro. Pero antes deja su servicio. Y quizás ese anciano criado, Reese, también.

—No podemos.

—Sí que podéis…

Los dedos de Buke se tensaron de una forma dolorosa.

—No —siseó—, ¡no podemos!

Rezongo frunció el ceño y miró avenida arriba mientras intentaba pensar.

—Empezarán a tirar los muros, Rezongo. Muros exteriores. Aniquilarán a cientos de soldados, desatarán demonios, resucitarán cadáveres y nos los lanzarán a la cara. Arrasarán Capustan, les harán el trabajo a los painitas.

Pero es mucho más que eso. Plantéate otra posibilidad. Si son los painitas los que los irritan…

—Desatarán sus fuerzas sobre ellos —suspiró Rezongo, y asintió—. Sí. Entre tanto, sin embargo, los asesinados empiezan a acumularse. Mira a tu alrededor, Buke, estas personas ya casi están dominadas por el pánico. ¿Qué crees que hará falta para llevarlas al límite? ¿Cuántas víctimas más? Los campamentos son comunidades muy unidas, en cada barrio hay vínculos muy fuertes, de sangre y de matrimonio. Es una línea muy fina por la que caminamos…

—No puedo hacerlo solo —dijo Buke.

—¿Hacer qué?

—Seguir a Korbal Espita. Cuando sale por la noche. Si puedo estropearle la caza… pero seguir siendo invisible, sin que me descubra…

—¡Te has vuelto loco! —siseó Rezongo—. ¡Es un puñetero hechicero, por el Embozado, viejo! ¡Te olerá a la primera ocasión!

—Si trabajo solo, tienes razón…

Rezongo estudió al hombre que tenía al lado, buscó algo en aquel rostro curtido y flaco, los ojos duros sobre la barba gris y enmarañada. Viejas cicatrices de quemaduras pintaban los antebrazos de Buke, de cuando se había arrastrado por carbones y brasas la mañana después del incendio con una fe frenética y absurda, como si los fuera a encontrar… como si fuera a encontrar a su familia viva entre los escombros.

Buke agachó la mirada bajo aquel firme escrutinio.

—Yo no soy astuto, amigo mío —dijo el hombre después de soltar el brazo de Rezongo—. Necesito a alguien que piense en una forma de hacerlo. Necesito a alguien con cerebro que sea más listo que Korbal Espita.

—No que Espita. Que Bauchelain.

—Sí. Solo que no es él el que sale de noche. Bauchelain tolera los… peculiares intereses de Korbal. Espita tiene la mente de un niño, un niño malcriado y maligno. Ya los conozco, Rezongo. Los conozco bien.

—Me pregunto cuántos otros idiotas habrán intentado ser más listos que Bauchelain.

—Habrá cementerios llenos, diría yo.

Rezongo asintió poco a poco.

—¿Y todo para lograr qué? Salvar unas cuantas vidas… ¿para que puedan masacrarlas y devorarlas los Tenescowri?

—Una muerte más compasiva, en cualquier caso, amigo mío.

—Que el Embozado me lleve, Buke. Déjame pensarlo.

—Me pasaré esta noche, entonces. En el cuartel. Piedra…

—Piedra no puede saber ni una maldita palabra. Si se entera, irá a por Espita ella misma y no será muy sutil…

—Y la matarán. Sí.

—Dioses, tengo la cabeza a punto de estallar.

Buke sonrió.

—Lo que necesitas es un sacerdote.

—¿Un sacerdote?

—Un sacerdote con poderes para curar. Ven, conozco al hombre adecuado.

El yunque del escudo Itkovian se encontraba junto a la puerta del cuartel con toda la armadura y los guanteletes puestos, llevaba la celada del casco levantada aunque las salvaguardas de las mejillas permanecían en su sitio. La primera campanada de la tarde había tocado cien latidos antes. Los otros llegaban tarde, pero eso no era nada nuevo, como tampoco lo era la puntualidad de Itkovian. Hacía mucho tiempo que se había acostumbrado a esperar a

Brukhalian y a Karnadas y parecía que los dos barghastianos que iban a unirse a ellos en la reunión sentían la misma indiferencia por la puntualidad.

El Consejo de Máscaras los recibiría furiosos por el aparente insulto, y no sería la primera vez.

El desdén es mutuo, cielos. El diálogo se ha deteriorado. En esta situación nadie gana. Y el pobre príncipe Jelarkan… metido entre dos bandos que se odian.

El yunque del escudo se había pasado la mañana en las murallas de Capustan, examinando el asentamiento medido del ejército del Dominio que iba a sitiarlos. Calculó que al septarca Kulpath le habían dado el mando de diez legiones completas de beklitas, la infantería regular vestida de rojo y oro con yelmos puntiagudos que formaban el corazón de las fuerzas del Dominio, más o menos la mitad de los afamados Cien Mil. Los urdomen de Kulpath (la infantería pesada de élite) ascendían a por lo menos ocho mil. Cuando se produjera la brecha, serían los urdomen los que se abrirían camino al interior de la ciudad. Además de esas fuerzas regulares, había varias divisiones reforzadas: betaklitas, infantería media; al menos tres alas betrullid, caballería ligera; a los que se añadían una división de desandi (zapadores e ingenieros) y especialistas en escaramuzas scalandi. Unos ochenta mil soldados en total.

Más allá de los campamentos del ejército del septarca y su impresionante organización, el paisaje era una masa hirviente de humanidad que llegaba hasta las orillas del río, al sur, y las playas adoquinadas de la costa, al este: los Tenescowri, el ejército de campesinos, con sus despeinadas mujeres de la semilla de los muertos y sus retoños salvajes que nunca dejaban de gritar; grupos que iban rebuscando comida, cazadores de débiles y ancianos entre los suyos y, muy pronto, entre los indefensos ciudadanos de Capustan.

Una horda hambrienta y al verla, se derrumbó la indiferencia profesional con la que Itkovian había contemplado las legiones de Kulpath. Había abandonado las murallas conmocionado por primera vez en su vida.

Había cien mil Tenescowri y con cada campanada llegaban más en barcazas sobrecargadas, Itkovian se quedó anonadado por las oleadas de su hambre palpable.

Los soldados de la guardia capan del príncipe que guarnecían las almenas estaban pálidos como cadáveres, silenciosos y prácticamente inmóviles. Al llegar a las murallas, al yunque del escudo le desesperó su miedo; cuando volvió a bajar, lo compartía, era como un cuchillo gélido clavado en su pecho. Las compañías de gidrath que había en los reductos exteriores eran los afortunados, sus muertes eran inminentes y se producirían bajo las espadas de soldados profesionales. El destino de Capustan, y el destino de los que la defendían, sería mucho más horrendo, seguro.

El susurro suave de una armadura de malla anunció la llegada de los dos guerreros barghastianos. Itkovian estudió a la mujer, que iba delante. La cara de Hetan estaba manchada de cenizas, al igual que la de su hermano Cafal. El semblante de luto continuaría así mientras ambos quisieran y el yunque del escudo sospechaba que él no viviría los suficiente como para ver cómo se lo quitaban. *Incluso recubierta de gris, hay una belleza brutal en esta mujer*.

—¿Dónde está el oso de las colinas y su escuálido cachorro? —quiso saber Hetan.

—La espada mortal de Fener y el destriant acaban de salir del edificio que tienes detrás, Hetan.

La mujer enseñó los dientes.

—Bien, pues vamos entonces a ver a esos sacerdotes que tanto riñen.

—Sigo preguntándome por qué has solicitado esta audiencia, Hetan —dijo Itkovian—. Si lo que quieres es anunciar la llegada inminente de clanes enteros de barghastianos que acuden en nuestra ayuda, el Consejo de Máscaras no es el lugar más adecuado. De inmediato comenzarán los esfuerzos para manipularte a ti y a tu pueblo, con el consiguiente caos incesante e infeccioso de pequeñas rivalidades y batallas de voluntades. Si no quieres informar a las Espadas Grises, entonces te recomiendo encarecidamente que hables con el príncipe Jelarkan…

—Hablas demasiado, lobo.

Itkovian se quedó callado y entreabrió los ojos.

—Tendrás la boca muy ocupada cuando me acueste contigo —continuó ella—. Insistiré.

El yunque del escudo se giró en redondo para mirar a Brukhalian y Karnadas cuando llegaron y les recibió con un saludo militar.

—Ya hay cierto color en tu cara, señor —comentó el destriant—. Y no era el caso cuando regresaste de las murallas.

Hetan lanzó una carcajada.

—Está a punto de yacer con una mujer por primera vez.

Karnadas alzó las cejas y miró a Itkovian.

—¿Qué hay de tus votos, yunque del escudo?

—Mis votos siguen en pie —dijo el soldado con los dientes apretados—. La barghastiana se equivoca.

—Además, ¿no estás de luto, Hetan? —gruñó Brukhalian.

—El luto es sentir la muerte lenta de una flor, oso de las colinas. Acostarse con un hombre es recordar la gloria brillante de la flor.

—Pues tendrás que coger otra —dijo Karnadas con una leve sonrisa—. El yunque del escudo ha hecho votos monásticos…

—¡Entonces se burla de su dios! Los barghastianos conocen a Fener, el de los colmillos. ¡Tiene fuego en la sangre!

—El fuego de la batalla…

—¡De la lujuria, cachorrito escuálido!

—Ya está bien —dijo Brukhalian con voz profunda—. Nos vamos ya al salón del vasallaje. Tengo nuevas que contaros a todos y preciso tiempo. Vamos.

Atravesaron las puertas del cuartel y giraron a la izquierda para cruzar la explanada que rodeaba la muralla sur de la ciudad. Los espacios abiertos de Capustan (un producto accidental de los campamentos autónomos) no habían necesitado mucho para convertirse en campos de la muerte. Habían construido puestos fortificados en los accesos, fuertes de piedra, madera y fardos empapados de heno. Cuando las murallas sufrieran una brecha, el enemigo penetraría en masa en las explanadas y enfilarían por los caminos. El príncipe Jelarkan había vaciado la mitad de sus arcas para adquirir flechas, arcos, ballestas, mandrones y otras armas de sacrificio. La red de defensas imponía una telaraña en la ciudad, de acuerdo con el plan de Brukhalian de contracción medida y organizada.

No se rinde un solo adoquín hasta que nos llegue por los tobillos la sangre painita que lo bañe.

Los pocos ciudadanos vestidos con colores brillantes que se veían se apartaban del camino de las Espadas Grises y de los bárbaros barghastianos de rostros cenicientos.

—El destriant y yo hemos mantenido conversaciones con los kron t'lan imass —dijo Brukhalian—. Bek Okhan nos informa que su ofrecimiento de una alianza responde a los

ataques de los k’chain che’malle. No lucharán contra humanos mortales. Nos informa también que los cazadores k’ell se han reunido a media legua al norte, unos ochenta en total. Deduzco entonces que serán la primera jugada del septarca Kulpath, un asalto a la puerta norte. La aparición de criaturas tan formidables provocará el terror entre nuestros defensores. La puerta saltará en mil pedazos, los cazadores entrarán en la ciudad y comenzará la matanza. Kulpath enviará entonces a sus urdomen contra las otras puertas. Al atardecer, Capustan habrá caído. —Hizo una pausa, como si masticara las palabras, después continuó—: Es obvio que el septarca está muy seguro de sí mismo. Por fortuna para nosotros, los cazadores k’ell nunca llegarán a la puerta norte, ya que catorce mil t’lan imass y todos los t’lan ay que vayan con ellos se alzarán para interponerse en su camino. Bek Okhan nos asegura que la derrota será absoluta y definitiva.

—Si damos por válida su afirmación —admitió Itkovian al acercarse al distrito del Viejo Daru—, el septarca Kulpath tendrá que ajustar sus planes.

—Y en circunstancias de gran confusión —dijo Karnadas.

Brukhalian asintió.

—Recae sobre nosotros la tarea de predecir esos ajustes.

—No sabrá que a los t’lan imass les interesan solo los k’chain che’malle —dijo el yunque del escudo—. Al menos no de forma inmediata.

—Y esa limitación puede resultar temporal —dijo el destriant—. Una vez que tenga lugar esta reunión, es posible que los t’lan imass cuenten con un nuevo propósito.

—¿Qué más sabemos de la persona que los ha llamado?

—Acompaña al ejército de Brood.

—¿A qué distancia están?

—Seis semanas.

Hetan bufó.

—Son lentos.

—Se trata de un ejército pequeño —gruñó Brukhalian—. Y cauto. No me parece mal el ritmo que han elegido. El septarca tiene intención de tomar Capustan en un solo día, pero sabe que el tiempo máximo que puede emplear para concluir el asedio sin problemas es de seis semanas. Una vez que su primer esfuerzo fracase, se retirará y se lo replanteará. Es probable que con detalle.

—No podemos resistir seis semanas —murmuró Itkovian, sus ojos se alzaron sobre la fila de templos que bordeaban la calle principal del Viejo Daru y se clavaron en las altas murallas del antiguo torreón que se había convertido el salón del vasallaje.

—Pues tenemos que resistir, señor —dijo Brukhalian—. Yunque del escudo, necesito un consejo, por favor. La campaña de Kulpath en Setta, allí no hubo k'chain che'malle que apresuraran el asedio. ¿Su duración?

—Tres semanas —respondió de inmediato Itkovian—. Setta es una ciudad más grande, señor, y los defensores estaban unidos y bien organizados. Alargaron hasta las tres semanas un asedio que debería haber requerido una semana como mucho. Señor, Capustan es más pequeña, con menos defensores y encima mal avenidos. Es más, los Tenescowri han doblado su tamaño desde Setta. Y por último, las habilidades de beklitas y urdomen se han incrementado tras muchas contiendas muy reñidas. ¿Seis semanas, señor? Imposible.

—Debemos hacer posible lo imposible, yunque del escudo.

Itkovian apretó la mandíbula y no dijo nada.

Cuando aparecieron ante ellos las altas verjas del salón del vasallaje, Brukhalian se detuvo y miró a los

barghastianos.

—Ya nos has oído, Hetan. Si los clanes de las Caras Blancas tomasen las lanzas de guerra, ¿cuántos guerreros se pondrían en marcha? ¿Y cuándo podrían llegar al fin?

La mujer le enseñó los dientes.

—Los clanes nunca se han unido para librar una guerra pero, si lo hicieran, los guerreros de los clanes de las Caras Blancas alcanzarían los setenta mil. —Su sonrisa se ensanchó, fría y desafiante—. No lo harán ahora. No marcharán. No hay alivio. Para vosotros, no hay esperanza.

—El Dominio pondrá sus ojos ávidos sobre tu pueblo después, Hetan —dijo Itkovian.

La mujer se encogió de hombros.

—¿Cuál entonces —dijo con voz profunda Brukhalian— es el propósito de esta audiencia con el Consejo de Máscaras?

—Cuando ofrezca una respuesta, será a los sacerdotes.

Itkovian habló entonces.

—Se me dio a entender que habíais venido al sur para descubrir la naturaleza de los k'chain che'malle.

—No había un motivo que explicase nuestra misión, lobo. Hemos completado la tarea que nos habían encomendado los cargadores de los clanes. Ahora debemos completar la segunda tarea. ¿Nos presentaréis ahora a esos necios o debemos continuar solos?

El salón del vasallaje era una cámara inmensa cubierta por una cúpula y con un semicírculo de estrados de madera que miraban hacia la gran entrada. El techo de la cúpula había brillado en otro tiempo con el pan de oro que lo recubría y del que ya solo quedaban unos cuantos trozos. Los bajorrelieves que el oro había iluminado una vez se habían desvanecido y ya casi carecían de forma, si bien

insinuaban un desfile de figuras humanas con galas de ceremonia. El suelo estaba cubierto de azulejos brillantes y geométricos que no formaban ningún patrón apreciable alrededor de un disco central de granito pulido y muy gastado.

Varias teas colocadas en lo alto de los muros de piedra parpadeaban con una luz amarilla y exhalaban zarcillos de humo negro que flotaba entre las corrientes de la cámara. De pie e inmóviles a ambos lados de la entrada y delante de cada una de las catorce puertas dispuestas detrás de las gradas había unos guardias gidrath, con las celadas de los yelmos bajadas y armadura completa de escamas.

Los catorce sacerdotes del Consejo de Máscaras se sentaban en fila en la más alta de las tres gradas, con sus túnicas sombrías, silenciosos tras las máscaras talladas y con bisagras de sus dioses. Las representaciones variaban, pero eran de una fealdad singular, caricaturizadas en sus maleables expresiones, aunque en ese instante todos ellos mostraban una mirada neutral.

Las botas de Brukhalian levantaron ecos cuando entró y se detuvo en el centro de la cámara, de pie sobre el único y enorme círculo que con toda propiedad se llamaba el Ombligo.

—Consejo de Máscaras —entonó—, permitidme presentaros a Hetan y Cafal, emisarios barghastianos de las Caras Blancas. Las Espadas Grises han atendido su solicitud para que los presentáramos. Ahora que se ha cumplido, abandonaremos esta sesión. —Brukhalian dio un paso atrás.

Rath'Dessembrae levantó una mano delgada.

—Un momento, por favor, espada mortal —dijo—. Si bien no sabemos nada de la naturaleza de las intenciones de los barghastianos, te rogamos que continúes presente, pues hay asuntos que deben discutirse al concluir esta audiencia.

Brukhalian inclinó la cabeza.

—Entonces debemos transmitir la distancia que nos separa de los barghastianos y su desconocida petición.

—Por supuesto —murmuró la mujer enmascarada, el semblante apenado de la cara de su dios se transformó en una ligera sonrisa.

Itkovian vio que Brukhalian regresaba adonde se encontraban Karnadas y él, justo al lado de la entrada.

Hetan y su hermano ocuparon la posición que les correspondía en el círculo. La mujer estudió a los sacerdotes, después levantó la cabeza y exclamó:

—¡El clan de Caras Blancas está de luto!

Una mano cayó con un golpe seco en la barandilla. Rath'D'rek se había levantado, la cara de la diosa del Gusano del Otoño se había crispado con un ceño.

—¿Otra vez? Por el abismo, ¿nos traes las reclamaciones de tu tribu en momentos como este? ¡Las mismas palabras iniciales! ¡La misma afirmación absurda! ¡La respuesta fue «no» la primera vez, «no» la segunda, «no» cada vez! ¡Esta audiencia queda cerrada!

—¡No lo está!

—Te atreves a dirigirte a nosotros en ese tono…

—¡Me atrevo, enana, pedorra maloliente!

Itkovian se quedó mirando con los ojos muy abiertos primero a Hetan y después al Consejo.

La mujer barghastiana abrió los brazos.

—¡Escuchad mis palabras! ¡Ignoradlas por vuestra cuenta y riesgo!

Su hermano había iniciado un suave canturreo. El aire dibujaba un torbellino alrededor de los dos feroces guerreros.

Todos los guardias gidrath echaron mano de sus armas.

Itkovian tropezó cuando Karnadas pasó a su lado con un empujón, con las túnicas revoloteando tras el apurado sacerdote.

—¡Un momento, por favor! —exclamó—. ¡Hermanos y hermanas sagrados! ¿Querríais ver el salón del vasallaje destruido y a todos muertos en el proceso? ¡Observad con atención la hechicería que aparece ante vosotros, os lo ruego! No es la simple magia de un chamán, ¡mirad! Los espíritus barghastianos se han reunido. Hermanos y hermanas, ¡los espíritus barghastianos están aquí, en esta habitación!

Silencio, salvo por el canturreo profundo de Cafal.

Brukhalian se acercó más a Itkovian.

—Yunque del escudo —murmuró—, ¿sabes algo, señor, de lo que tenemos ante nosotros?

—La posibilidad ni siquiera se me había ocurrido —murmuró Itkovian—. Una antigua petición, esta. No pensé…

—¿Qué es lo que solicitan?

El otro sacudió la cabeza lentamente.

—Reconocimiento, señor. La tierra que hay bajo esta ciudad es tierra barghastiana, o eso afirman ellos. Si leemos las actas de audiencias previas, los despidieron con una patada en el trasero, más o menos. Espada mortal, no imaginaba…

—Escucha ahora, señor. La mujer tiene permiso para hablar.

Los hermanos y hermanas habían escuchado las palabras del destriant y una vez más se habían sentado y desplegaban una amplia variedad de expresiones furiosas. Si el momento no hubiera sido tan tenso, Itkovian habría sonreído al ver la obvia… consternación de los dioses.

—Aceptable —dijo Hetan con los dientes apretados, la mirada entrecerrada estudiaba a los sacerdotes y

sacerdotisas—. Lo que se planteó como una solicitud es ahora una exigencia. Quiero hacer una lista de vuestros pasados argumentos para rechazar nuestra petición y repetir una vez más nuestras respuestas. Quizás en esta ocasión decidáis entrar en razón cuando votéis. En caso contrario, tendré que forzar las cosas.

Rath’Embozado lanzó una carcajada y se inclinó hacia delante.

—¿Forzar las cosas? Mi querida muchacha, es posible que esta ciudad y todo lo que contiene estén a solo unas campanadas de la aniquilación. ¿Y sin embargo nos amenazas con la fuerza? ¿Eres en verdad la niñita tonta que pareces?

La sonrisa de Hetan era salvaje.

—Vuestros argumentos pasados. Los primeros archivos daru que existen de este asentamiento insisten en que la tierra no estaba ocupada. Salvo por edificios antiguos abandonados mucho tiempo atrás, que era obvio que no eran de origen barghastiano. Los pocos archivos que poseían los campamentos de pastores, reforzaban esa noción. Los barghastianos vivían al norte, en las laderas de las colinas y dentro de la propia cordillera. Sí, los cargadores hacían peregrinaciones a esta tierra, pero tales viajes eran infrecuentes y breves. ¿Estamos de acuerdo hasta ahora? Bien. A esos argumentos hemos respondido en el pasado con sencillez. Los barghastianos no viven en suelo sagrado, en la morada de los huesos de sus ancestros. ¿Vivís vosotros en vuestros cementerios? No. Y nosotros tampoco. Las primeras tribus capan no encontraron nada salvo los túmulos de muertos barghastianos. Los arrasaron y con los daru alzaron una ciudad en nuestra tierra sagrada.

»Esa afrenta no se puede deshacer. El pasado es inmutable y no somos tan lerdos como para insistir en otra

cosa. No, nuestra petición era más sencilla. Reconocimiento formal de nuestra propiedad y el derecho a peregrinar aquí.

»Nos habéis negado la petición una y otra vez. Sacerdotes, se nos ha acabado la paciencia.

Rath'Tronosombrío lanzó una carcajada que más parecía un cacareo y levantó las manos.

—¡Desde luego! ¡Excelente! ¡Muy bien! ¡Hermanos y hermanas, concedámosles a los barghastianos todo lo que deseen! ¡Qué deliciosa ironía, dar de buen grado todo cuanto estamos a punto de perder! ¿Honrarán los painitas también la petición? —Su máscara se transformó en una expresión desdeñosa—. Me parece que no.

Hetan sacudió la cabeza.

—He dicho que se nos ha acabado la paciencia, escarabajo de la roca. Nuestras pasadas peticiones ya no prevalecen. Esta ciudad caerá. Los painitas no nos darán la bienvenida. El deseo de los peregrinos barghastianos, no obstante, debe hallar respuesta. Así sea. —La mujer se cruzó de brazos.

El silencio se fue alargando.

Entonces Rath'Reina de los Sueños ahogó un grito.

Hetan la miró de frente.

—¡Ah, así que sabéis la verdad!

Con un semblante sereno y atento, desmentido por la alarma aturdida que transmitían su postura y sus gestos, la sacerdotisa se aclaró la garganta.

—No todos entre nosotros. Unos cuantos. Muy pocos. —Giró la cabeza y examinó a sus hermanos y hermanas. Rath'Ascua fue la primera en reaccionar y siseó a través de la ranura de la boca de la máscara.

Después de un momento, Rath'Embozado lanzó un gruñido.

—Ya veo. Una solución extraordinaria, sin duda…

—¡Obvia! —soltó Rath'Tronosombrío al tiempo que se sacudía en su asiento—. ¡No se requiere ningún conocimiento secreto! ¡No obstante, debemos considerar el asunto! ¿Qué se pierde al renunciar? ¿Qué se gana al negar?

—No —dijo Hetan—. Una negativa no nos obligará a defender esta tierra. Humbrall Taur, mi padre, adivinó con acierto el giro que darían vuestros pensamientos. En ese caso, aceptaremos la pérdida. Sin embargo, mi hermano y yo mataremos a todos los presentes en esta cámara antes de irnos de aquí si decidierais negarnos nuestra petición. ¿Podéis aceptar vosotros esa pérdida?

No habló nadie durante varios minutos, después, Rath'Reina de los Sueños volvió a toser.

—Hetan, ¿me permites hacerte una pregunta?

La mujer del rostro gris asintió.

—¿Cómo vais a dar curso a… lo que pretendéis?

—¿Qué secreto ocultáis? —chilló Rath'Oponn—. ¡Tú, Rath'Embozado y Rath'Ascua! ¡De qué estáis hablando todos! ¡El resto debemos saberlo!

—Usa ese trozo de cerebro que tienes —se burló Rath'Tronosombrío—. ¿Qué acuden a venerar y reverenciar los peregrinos?

—Eh… ¿reliquias? ¿Iconos?

Rath'Tronosombrío imitó el asentimiento tolerante y paciente de un tutor.

—Muy bien, hermano. ¿Y cómo pones fin a la peregrinación?

Rath'Oponn se lo quedó mirando sin expresión.

—¡Trasladas las reliquias, idiota! —gritó Rath'Tronosombrío.

—Pero, espera —dijo Rath'Beru—. ¿No se supone entonces que se conoce su ubicación? ¿No se arrasaron todos los montículos? Por el abismo, ¿cuántas fincas y

hogares de los campamentos tienen una urna abollada barghastiana en un estante? ¿Es que vamos a ponernos a registrar cada casa de la ciudad?

—No nos interesan nada los recipientes —dijo Hetan con tono profundo.

—¡Ese es precisamente el secreto! —entonó Rath'Tronosombrío mirando a Rath'Beru y meneando la cabeza de un lado a otro—. ¡Nuestras dos hermanas y nuestro hermano saben dónde se encuentran los huesos! —Se enfrentó a Rath'Reina de los Sueños—. ¿No es cierto, querida? Alguna chispa idiota o muy sabia los reunió hace todos esos siglos y los depositó en un solo lugar, y ese lugar continúa en pie, ¿verdad? ¡Déjate de evasivas y di lo que tengas que decir, mujer!

—Eres un grosero —siseó la sacerdotisa.

Itkovian dejó de escuchar cuando continuó la disputa. Había clavado la mirada en Hetan y su atención se agudizó. Ojalá pudiera verle los ojos, aunque solo fuera para confirmar lo que sospechaba.

La mujer estaba temblando. Un temblor tan ligero que el yunque del escudo dudaba que alguien lo hubiera notado. Temblando… *Y creo que sé por qué*.

Le llamó la atención un movimiento. Karnadas se estaba retirando, se acercaba muy poco a poco a Brukhalian otra vez. La mirada del destriant parecía clavada en los hermanos y hermanas del Consejo, sobre todo en la figura silenciosa y ligera de Rath'Fener, sentado en el extremo derecho. La postura de la espalda y los hombros de Karnadas (y el hecho de que evitara de forma deliberada mirar a Hetan) le indicó a Itkovian que el destriant había tenido la misma revelación, una revelación que había desbocado el corazón del yunque del escudo.

Las Espadas Grises no formaban parte de aquello. De hecho, eran simples observadores neutrales, pero Itkovian no pudo evitar añadir su voluntad silenciosa a la causa de Hetan.

El destriant se retiró junto a Brukhalian, después miró con aire despreocupado y se encontró con los ojos de Itkovian.

El yunque del escudo respondió con el más leve de los asentimientos.

Los ojos de Karnadas se abrieron un poco más y después suspiró.

Sí. La jugada barghastiana. Generaciones de peregrinos… mucho antes de la llegada de los capan y los daru, mucho antes de que naciera el asentamiento. Los barghastianos no suelen honrar a sus muertos de ese modo. No, los huesos ocultos aquí, en algún sitio, no son solo los huesos de un jefe muerto o de un cargador. Estos huesos pertenecen a alguien… realmente importante. Alguien a quien valoraban tanto que los hijos e hijas de un sinfín de generaciones viajaron a su legendario lugar de descanso. Así pues, una verdad trascendente… que lleva a otra.

Hetan tiembla. Los espíritus barghastianos… tiemblan. Se han perdido, han quedado cegados por la profanación. Durante tanto tiempo… perdidos. Los más santos de los restos… y los propios barghastianos nunca tuvieron la certeza, nunca supieron con seguridad que estaban aquí, en esta tierra y este lugar, nunca tuvieron la certeza de que existían de verdad.

Los restos mortales de sus dioses-espíritus.

Y Hetan está a punto de encontrarlos. La sospecha albergada durante tanto tiempo por Humbrall Taur… La jugada audaz (no, exorbitante) de Humbrall Taur.

—Búscame los huesos de las familias fundadoras, hija Hetan.

Los clanes Caras Blancas sabían que el Dominio iría a por ellos una vez que cayera Capustan. Habría, en verdad, una guerra. Sin embargo, los clanes nunca habían estado unidos, las antiguas enemistades mortales y las rivalidades siempre los habían minado por dentro. Humbrall Taur necesitaba esos restos sagrados. Para alzarlos como un estandarte. Para unir a los clanes, olvidados así todos los odios.

Pero Hetan llega demasiado tarde. Incluso aunque gane, aquí, ahora, llega demasiado tarde. Llévate los restos mortales, querida, cómo no, ¿pero cómo los vas a sacar de Capustan? ¿Cómo vas a atravesar fila tras fila de soldados painitas?

La voz de Rath'Reina de los Sueños interrumpió sus pensamientos.

—Muy bien. Hetan, hija de Humbrall Taur, accedemos a tu petición. Os devolvemos los restos mortales de vuestros ancestros. —Se levantó poco a poco y le hizo un gesto a su capitán gidrath. El soldado se acercó y la sacerdotisa empezó a susurrarle unas instrucciones. Después de un momento, el hombre asintió y salió por la puerta que tenía detrás. La mujer enmascarada se giró una vez más hacia los barghastianos.

—Será necesario cierto esfuerzo para… llegar a su lugar de descanso. Con vuestro permiso, entre tanto, nos gustaría hablar con la espada mortal Brukhalian sobre asuntos que se refieren a la defensa de esta ciudad.

Hetan frunció el ceño y después se encogió de hombros.

—Como queráis. Pero nos queda poca paciencia.

La máscara de la reina de los Sueños esbozó una sonrisa.

—Podrás presenciar la extracción en persona, Hetan.

La mujer barghastiana se apartó del Ombligo.

—Acércate, espada mortal —dijo con voz profunda Rath'Embozado—. Con la espada envainada esta vez.

Itkovian vio a su comandante adelantarse y se preguntó a qué venía la advertencia del sumo sacerdote y la sonrisa fría con la que le respondió Brukhalian.

Rath'Tronosombrío se inclinó hacia delante.

—Has de saber, espada mortal, que el Consejo de Máscaras al fin admite lo que para ti y para mí fue obvio desde el principio, la destrucción inevitable de Capustan.

—Te equivocas —respondió Brukhalian, su voz profunda reverberó por toda la sala—. No hay nada inevitable en este asedio inminente, siempre que mantengamos una defensa unificada.

—Los reductos exteriores resistirán —soltó de repente Rath'Beru— todo el tiempo posible.

—¡Serán masacrados, imbécil con anteojeras! —chilló Rath'Tronosombrío—. ¡Cientos de vidas desperdiciadas! ¡Vidas que mal podemos permitirnos perder!

—¡Ya es suficiente! —gritó Rath'Reina de los Sueños—. No es ese el tema que hemos de discutir. Espada mortal, el regreso de la tropa del yunque del escudo lo presenciaron muchos. En concreto, la aparición de… grandes lobos. Según dicen un tanto… desmejorados. No se ha visto a semejantes criaturas desde…

Se abrió una puerta interna y entró una fila de soldados gidrath desarmados y equipados con picos que cruzaron el amplio suelo antes de repartirse por un extremo, donde se pusieron a examinar las baldosas del borde.

Brukhalian carraspeó.

—Este es un tema, Rath'Reina de los Sueños, que concierne también al príncipe Jelarkan.

Solo momentáneamente distraídos por la llegada de los trabajadores, los sumos sacerdotes volvieron a mirar a Brukhalian.

—Ya hemos tratado el tema con el príncipe. Se mostró reacio a compartir información y parecía resuelto a obtener ciertas concesiones del Consejo a cambio de esa información. No vamos a participar en un regateo tan burdo, espada mortal. Deseamos saber la naturaleza y el significado de tales bestias y nos vas a proporcionar las respuestas.

—Bueno, en ausencia de la persona que nos ha contratado —dijo Brukhalian—, no podemos acatar la orden. Si el príncipe nos pidiera lo contrario…

Los trabajadores empezaron a dar golpecitos con los picos contra el borde del suelo. Los fragmentos de las baldosas de cerámica rebotaban alrededor de sus pies como el granizo. Itkovian vio que Hetan daba un paso hacia los hombres. El cántico de Cafal se había reducido a un bisbiseo, un susurro por debajo de cualquier otro sonido que hubiera en la cámara; había clavado los ojos relucientes en los esfuerzos de los gidrath.

Los huesos yacen bajo nosotros. Reunidos aquí, en el corazón de la cámara del salón del vasallaje; me pregunto desde hace cuánto tiempo.

Rath'Tronosombrío bufó al oír las palabras de Brukhalian.

—Vamos, por favor. Así no llegamos a ninguna parte. Que alguien llame al príncipe. Yunque del escudo, había dos magos entre esos mercaderes que salvaste, ¿esos lobos no muertos eran acaso sus mascotas? Tenemos entendido que los magos se han instalado aquí, en el barrio Daru. Mientras que otro miembro de ese grupo de mercaderes ha obrado del mismo modo; de hecho, ha adquirido una casa pequeña y le ha solicitado al Consejo un permiso de renovación. ¡Qué extraño grupo! ¡Cien mil caníbales a las puertas de nuestras murallas y estos forasteros se dedican a comprar

propiedades! ¡Y encima con lobos no muertos como mascotas! ¿Qué dices tú, Itkovian, a todo esto?

El yunque del escudo se encogió de hombros.

—Tu razonamiento tiene cierta lógica, Rath'Tronosombrío. En cuanto a las acciones de los magos y el mercader, yo desde luego no puedo explicar su optimismo. Quizá harías mejor en preguntarles a ellos directamente.

—Eso haré, yunque del escudo, eso haré.

Las baldosas resultaron estar pegadas a unas losas más grandes y rectangulares de piedra. Los trabajadores habían conseguido soltar una y la estaban arrastrando hacia un lado para revelar unos entramados de puntales de madera manchados de brea. Las vigas formaban una rejilla suspendida sobre una cámara subterránea de la que surgía un aire denso que olía a humedad. Una vez soltada la primera losa, el proceso de extracción se aceleró.

—Creo —dijo Rath'Embozado— que deberíamos posponer nuestra discusión con la espada mortal, parece que la cámara no tardará en perder el suelo para responder a las exigencias de Hetan. Cuando se reanude esta discusión concreta, asistirá el príncipe Jelarkan para que pueda sostener la mano de la espada mortal y este pueda enfrentarse a nuestras preguntas. Entre tanto, somos testigos de una revelación histórica que se está adueñando a toda prisa de nuestra atención colectiva. Así sea.

—Dioses —murmuró Rath'Tronosombrío—, cuánto hablas, máscara de la muerte. Con todo, será mejor que no hagamos oídos sordos a tu consejo. ¡Rápido, malditos soldados, quitad ese suelo de una vez! ¡Veamos esos huesos enmohecidos!

Itkovian se acercó más y se colocó junto a Hetan.

—Bien jugado —murmuró.

La tensión le quitaba el aliento a la mujer y fue obvio que no confió en su voz lo suficiente como para responder.

Se retiraron más losas. Se encontraron y prepararon unos astiles con unos faroles pero, de momento, la oscuridad continuaba tragándose todo lo que yacía bajo el suelo.

Cafal llegó al otro lado de Itkovian y puso fin a su canturreo.

—Están aquí —dijo con voz profunda—. Empujándonos.

El yunque del escudo asintió, comprensivo. *Los espíritus, atraídos a nuestro mundo por el cántico. Han llegados. Ávidos y anhelantes. Sí, los siento*…

Abrieron un pozo inmenso con los bordes irregulares pero geométricos, de unos seis metros de ancho y casi lo mismo de largo; alcanzaba el círculo central, que en sí mismo parecía estar colocado sobre una columna de piedra. Los sacerdotes y sacerdotisas del Consejo se habían levantado de sus asientos y comenzaban a acercarse para ver mejor. Una figura se separó de las otras y se acercó al trío de espadas grises.

Brukhalian e Itkovian se inclinaron cuando llegó Rath'Fener. La máscara con pelo y colmillos del hombre carecía de expresión y los ojos contemplaban a Karnadas sin inmutarse.

—He buscado —dijo en voz baja y serena— hasta en las mismísimas pezuñas de nuestro señor. Ayuné durante cuatro días, me deslicé entre los juncos y me encontré en la costa empapada de sangre del propio reino del dueño de los colmillos. ¿Cuándo fue la última vez, señor, que hiciste tú tal viaje?

El destriant sonrió.

—¿Y qué aprendiste mientras estabas allí, Rath'Fener?

—El Tigre del Verano está muerto. Su carne se pudre en una llanura al sur de aquí, muy lejos. Asesinado por secuaces del Vidente Painita. Y sin embargo, contempla a Rath'Trake, posee un vigor renovado, no, un regocijo callado.

—Parecería entonces —dijo Karnadas después de un momento— que el cuento de Trake no ha acabado todavía.

Rath'Fener siseó.

—¿Crees que es una maniobra para llegar a la divinidad? ¡No hay más que un dios de la guerra!

—Quizá sería más prudente que nos ocupáramos del nuestro, señor —murmuró el destriant.

El sacerdote enmascarado bufó, después se giró en redondo y se alejó con paso colérico.

Itkovian lo observó un momento y después se inclinó hacia Karnadas.

—¿Es que eres inmune a la conmoción y la consternación, señor? ¿O acaso ya lo sabías?

—¿Lo de la muerte de Trake? —Las cejas del destriant se alzaron poco a poco, sus ojos seguían clavados en Rath'Fener—. Oh, sí. Mi colega hizo un viaje muy largo para llegar ante las pezuñas hendidas de Fener. Mientras que yo, señor, jamás he dejado ese lugar. —Karnadas se volvió hacia Brukhalian—. Espada mortal, ha llegado el momento de desenmascarar a esa arpía pomposa y desmontar sus afirmaciones de preeminencia…

—No —bramó Brukhalian sin alzar la voz.

—Hiede a desesperación, señor. No podemos confiar en semejante criatura y permitir que continúe entre nuestro rebaño…

Brukhalian se enfrentó a Karnadas.

—¿Y las consecuencias de semejante acto, señor? ¿Es que quieres ocupar su lugar en el Consejo de Máscaras?

—No sería mala idea…

—Esta ciudad no es nuestra casa, Karnadas. Quedarse atrapado en su red es correr un riesgo demasiado grande. Mi respuesta sigue siendo no.

—Muy bien.

Encendieron los faroles largos y los guardias gidrath comenzaron a bajarlos con cautela. Toda la atención se clavó de repente en lo que se revelaba abajo.

El suelo de tierra de la cámara subterránea estaba a menos de la altura de un hombre bajo las vigas cruzadas. Llenaba el espacio que quedaba entre los dos niveles de la proa de madera de un navío abierto, retorcido por los años y quizá lo que en otro tiempo había sido el peso del suelo y las rocas, negro como la brea y tallado con gran ingenio. Desde donde Itkovian se encontraba, podía ver un tramo de ramas que parecían una telaraña y que se extendía hasta una batanga.

Tres trabajadores descendieron a la cámara con faroles en la mano. El yunque del escudo se acercó un poco más. La nave se había tallado a partir un solo árbol y toda su longitud (más de ocho metros) se encontraba aplanada y retorcida en su tumba. Junto a ella, Itkovian pudo distinguir otra nave, idéntica a la primera, y luego otra. Todo el suelo oculto de la cámara del Consejo del salón del vasallaje estaba atestado de barcas. Itkovian no había sabido qué esperar, pero desde luego no era eso. *Los barghastianos no son un pueblo de marinos… o al menos ya no. Por todos los dioses del inframundo, estas naves deben de tener miles de años*.

—Decenas de miles —susurró el destriant a su lado—. Hasta la hechicería que los protege ha comenzado a fallar.

Hetan se dejó caer y aterrizó con un movimiento ágil junto a la primera nave. Itkovian notó que ella también estaba sorprendida y que estiraba la mano con vacilación para tocar la regala aunque sin llegar a hacerlo, su mano flotó sobre ella, temblorosa e incierta.

Uno de los guardias movió el astil del farol justo por encima del barco.

Varias voces ahogaron un grito.

La nave estaba llena de cuerpos apilados de cualquier modo, cada uno envuelto en lo que parecía una vela manchada de rojo, cada miembro entrelazado de forma separada, con una tela tosca que cubría cada cadáver de los pies a la cabeza. No parecían haberse desecado bajo las mortajas.

Habló entonces Rath'Reina de los Sueños.

—Los primeros escritos de nuestro Consejo describen el hallazgo de este tipo de canoas… en buena parte de los túmulos arrasados durante la construcción de Capustan. Cada uno de ellos contenía solo unos cuantos cuerpos como los que veis aquí y la mayor parte de las canoas se desintegraron durante los esfuerzos para extraerlas. Sin embargo, se respetó a los muertos hasta cierto punto, los cadáveres que no se destruyeron sin querer durante las excavaciones se reunieron y enterraron de nuevo dentro de las naves supervivientes. Hay —continuó la sacerdotisa, cuyas palabras atravesaban el silencio mortal— nueve canoas bajo nosotros y algo más de sesenta cuerpos. Los eruditos de aquel tiempo creían que estos túmulos no eran barghastianos, y creo que es obvio por qué se llegó a esa conclusión. Podéis observar también que los cuerpos son más grandes (casi toblakai en altura), lo que apoyaba la teoría de que no eran barghastianos. Aunque debemos reconocer que existen rasgos toblakai en Hetan y su pueblo. Considero que los toblakai, los barghastianos y los trell descienden todos de la misma raza, si bien los barghastianos tienen más sangre humana que los otros dos. No poseo demasiadas pruebas que apoyen mi hipótesis, aparte de la simple observación de unas características físicas y de sus modos de vida.

—Estos son nuestros espíritus fundadores —dijo Hetan—. La verdad grita en mi interior. La verdad rodea mi corazón con dedos de hierro.

—Buscan su poder —murmuró Cafal con voz profunda desde el borde del pozo.

Karnadas asintió antes de hablar en voz baja.

—Así es, no cabe duda. Alegría y dolor… regocijo atenuado por el dolor por los que todavía están perdidos. Yunque del escudo, somos testigos del nacimiento de unos dioses.

Itkovian se acercó a Cafal y posó una mano en su hombro.

—Señor, ¿cómo vas a sacar estos restos de la ciudad? Los painitas consideran enemigos declarados a todos los dioses, salvo a los suyos. Intentarán destruir cuanto habéis encontrado.

El barghastiano clavó sus ojos pequeños y duros en el yunque del escudo.

—No tenemos respuesta, lobo. Todavía no. Pero tampoco miedo. Ahora no, y nunca jamás.

Itkovian asintió pausadamente.

—Todo va bien —dijo al comprenderlo todo— cuando te encuentras con el abrazo de tu dios.

Cafal enseñó los dientes.

—Dioses, lobo. Tenemos muchos. Los primeros barghastianos que llegaron a esta tierra, los primeros de todos.

—Vuestros ancestros han ascendido.

—Así es. ¿Quién se atreve ahora a desafiar nuestro orgullo?

Desgraciadamente, eso todavía está por ver.

—Debes alguna que otra disculpa —dijo Piedra Menackis cuando salió del círculo de práctica y estiró el brazo para coger un trapo con el que limpiarse el sudor de la cara.

Rezongo suspiró.

—Sí, lo siento, muchacha…

—A mí no, idiota. No tiene sentido disculparse por quién eres y siempre serás, ¿no? —La joven hizo una pausa para examinar la hoja estrecha de su estoque y frunció el ceño al ver una pequeña muesca cerca del borde interno, a un palmo de la punta, después volvió a mirar a la recluta de las Espadas Grises que seguía en el círculo, a la espera de un nuevo adversario—. Esa maldita mujer está muy verde, pero aprende rápido. Con quien deberías disculparte, zoquete, es con maese Keruli…

—Ya no es mi jefe.

—Nos salvó el pellejo a todos, Rezongo, incluyo el tuyo, aunque sea inútil.

Rezongo se cruzó de brazos y alzó una ceja.

—Ah, ¿y cómo se las arregló, si se puede saber? Se desmayó al primer ataque… Es gracioso, pero no vi ningún rayo ni ninguna conflagración de su dios ancestral, ese dios desagradable…

—Perdimos el sentido todos, idiota. Estábamos acabados. Pero ese sacerdote nos sacó el alma del cuerpo; en lo que a esos k’chain che’malle respectaba, estábamos muertos. ¿No recuerdas haber soñado? ¡Soñaste! Nos metió en plena senda de ese dios ancestral. Yo recuerdo cada detalle…

—Supongo que estaba muy ocupado muriendo de verdad —soltó Rezongo.

—Sí, así es, y Keruli también te salvó de eso. Cerdo desagradecido. En un momento me estaba zarandeando un

k’chain che’malle y al siguiente desperté… en otro sitio… con un enorme lobo fantasma sobre mí. Y supe, lo supe al instante, Rezongo, que nada iba a pasar junto a ese lobo. Estaba haciendo guardia… sobre mí.

—¿Una especie de sirviente del dios ancestral?

—No, no tiene ningún sirviente. Lo que tiene son amigos. No sé tú, pero saber eso, entender eso como lo entendí allí, con ese lobo gigante… Bueno, un dios que encuentra amigos en lugar de adoradores mecánicos… maldita sea, soy suya, Rezongo, en cuerpo y alma. Y lucharé por él porque sé que él luchará por mí. Dioses ancestrales horribles, ¡bah! A mí que me den uno así antes que a esos idiotas que gruñen y discuten y andan todo el día con sus templos, sus arcas y sus rituales.

Rezongo se la quedó mirando sin poder creérselo.

—Debo de estar alucinando todavía —murmuró.

—Da igual lo que yo diga —dijo Piedra mientras envainaba el estoque—. Keruli y su dios ancestral te salvaron la vida, Rezongo. Así que ahora vamos a ir a verlo y tú te vas a disculpar, y si eres listo, vas a comprometerte a continuar a su lado en todo lo que haya de suceder…

—Y una mierda del Embozado. Oh, claro, diré que lo siento y todo eso, pero no quiero tener nada que ver con dioses, ancestrales o de otro tipo, y eso incluye a sus sacerdotes…

—Sabía que no eras listo, pero tenía que intentarlo de todos modos. Vamos entonces. ¿Dónde se ha metido Buke?

—No estoy seguro. Solo vino para, eh, traerme a mí.

—El dios ancestral también lo salvó a él. Y a Mancy. El Embozado sabe que a esos dos nigromantes les importaba un carajo si vivían o morían. Si es listo, dejará ese contrato.

—Bueno, ninguno de nosotros somos tan listos como tú, Piedra.

—Y que lo digas.

Dejaron el complejo. Rezongo sentía todavía los efectos de los últimos días pero con la barriga llena de comida en lugar de vino y cerveza y las atenciones momentáneas pero eficaces del sacerdote de las Espadas Grises, Karnadas, se encontró con que su paso era más firme y el dolor que tenía detrás de los ojos había comenzado a desvanecerse y se había convertido en unas punzadas apagadas. Tuvo que alargar el paso para mantenerse a la altura de la marcha habitual de Piedra. Aunque su belleza atraía la atención, su paso despiadado y su mirada sombría garantizaban vía libre entre cualquier multitud, y los pocos y acobardados ciudadanos de Capustan se escabullían más rápido que la mayoría.

Rodearon el cementerio y dejaron a su izquierda los erguidos troncos-ataúdes de arcilla. Otra necrópolis se alzaba justo delante, con el estilo daru de criptas y urnas que Rezongo conocía bien de Darujhistan. Piedra giró un poco a la izquierda y se metió por el pasaje estrecho e irregular que quedaba entre los terrenos de muros bajos de la necrópolis y el borde exterior de la explanada de Tura'l. Quince metros después entraron en una plaza más pequeña que atravesaron antes de llegar al borde oriental del Distrito de los Templos.

Rezongo ya estaba harto de ir dando tropezones tras Piedra como un perrito faldero.

—Escucha —gruñó—. Acabo de salir de este barrio. Si Keruli ha acampado por aquí cerca, ¿por qué no viniste a buscarme y me ahorraste el paseo?

—Vine a buscarte, pero apestabas como el retrete de una taberna hedionda. ¿Es así como querías aparecer delante de maese Keruli? Tenías que asearte y comer algo y yo no pensaba hacerte de niñera mientras tanto.

Rezongo se aplacó y empezó a murmurar por lo bajo. *Dioses, ojalá el mundo estuviera lleno de mujeres pasivas y lloriqueantes*. Pensó en eso un momento más y después frunció el ceño. *Pensándolo bien, sería una pesadilla. El trabajo de un hombre es convertir la chispa en llamas, no sofocarla*…

—Quítate esa expresión soñadora de la cara —le soltó Piedra—. Hemos llegado.

Rezongo parpadeó, suspiró y se quedó mirando el edificio pequeño y desvencijado que tenían delante: sencillo, bloques de piedra llenos de agujeros y cubiertos por algunas partes con escayola antigua, un tejado plano de vigas cuya madera vieja se combaba y una puerta por la que Piedra y él tendrían que pasar agachados.

—¿Es aquí? Por el aliento del Embozado, esto es patético.

—Es un hombre modesto —dijo Piedra con las manos en las caderas—. A su dios ancestral no le va tanta pompa y ceremonia. Además, con la historia que tiene, salió barato.

—¿Historia?

Piedra frunció el ceño.

—Hay que derramar sangre para santificar el suelo sagrado del dios ancestral. Una familia entera se suicidó en esta casa, hace menos de una semana. Keruli estaba…

—¿Encantado?

—Era más bien una felicidad atemperada. Lamentó sus prematuras muertes, por supuesto…

—Por supuesto.

—Y después hizo una oferta.

—Como es natural.

—En definitiva, que ahora es un templo…

Rezongo se volvió hacia ella.

—Espera un momento. No estaré comprometiéndome con ninguna fe cuando entre, ¿verdad?

Piedra esbozó una sonrisita de satisfacción.

—Lo que tú digas.

—Significa que no pienso hacerlo. ¿Me entiendes? Y más vale que Keruli lo entienda también. ¡Y su puñetero y viejo dios! Ni una sola genuflexión, ni siquiera un saludo con la cabeza al altar. Y si no te parece aceptable, entonces me quedo aquí fuera.

—Relájate, nadie espera nada de ti, Rezongo. ¿Por qué habrían de esperarlo?

El hombre hizo caso omiso del desafío burlón que asomaba a los ojos femeninos.

—Muy bien, pues tú delante, mujer.

—Como siempre. —Piedra se acercó a la puerta y la abrió de un tirón—. Medidas locales de seguridad, no se pueden tirar estas puertas de una patada, todas se abren hacia fuera y se construyen más grandes que el marco interior. Inteligente, ¿eh? Las Espadas Grises esperan escaramuzas casa por casa una vez que caigan las murallas, pero esos painitas se van a encontrar el camino bastante complicado.

—¿La defensa de Capustan asume la pérdida de las murallas? Qué optimistas. Estamos todos metidos en una trampa mortal y el truco de Keruli de huir al mundo de los sueños no va a ayudarnos mucho cuando los Tenescowri se hagan un asado con nuestros cuerpos como plato principal, ¿no crees?

—Eres un buey miserable, ¿no crees?

—El precio de ver las cosas con claridad, Piedra.

La mujer agachó la cabeza al entrar en el edificio y le hizo un gesto a Rezongo para que la siguiera. El hombre dudó pero luego, todavía con el ceño fruncido, se metió.

Se encontraron en una pequeña cámara de recepción con las paredes desnudas y baldosas de arcilla, había unos cuantos huecos para faroles en las paredes y una fila de

ganchos de hierro sin adornos para la ropa. Enfrente había otra puerta, un largo mandil de cuero era la única barrera. El aire olía a jabón de lejía con un leve trasfondo de bilis.

Piedra se soltó el broche del manto y lo colgó de un gancho.

—La mujer salió gateando de la habitación principal para morir aquí —dijo—. Y arrastró las entrañas todo el camino. Cosa que suscitó algunas sospechas, se llegó a pensar que su suicidio no había sido voluntario. O eso o cambió de opinión.

—Quizás un vendedor de leche de cabra llamó a la puerta —sugirió Rezongo— y ella estaba intentando anular el pedido.

Piedra lo estudió un momento como si se lo planteara, pero después se encogió de hombros.

—Me parece un poco elaborado como explicación pero ¿quién sabe? Podría ser. —Se dio la vuelta y entró por la puerta interior entre un siseo de cuero.

Rezongo la siguió con un suspiro.

La cámara principal ocupaba toda la anchura de la casa. Una serie de huecos (almacenes y dormitorios del tamaño de una celda) dividían la pared posterior, un pasaje central arqueado la partía y conducía al jardín y el patio de atrás. Bancos y cofres atestaban una esquina de la cámara. Justo delante de ellos había un fuego central y un horno de arcilla encorvado que irradiaba calor. En el aire flotaba el aroma a pan recién hecho.

Maese Keruli estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo de baldosas, a la izquierda del fuego, con la cabeza inclinada y la testa brillándole con gotitas de sudor.

Piedra se adelantó un poco e hincó una rodilla en el suelo.

—¿Maese?

El sacerdote levantó la cabeza y su rostro redondo se arrugó con una sonrisa.

—He hecho borrón y cuenta nueva para todos —dijo—. Ahora descansan en paz. Sus almas han fabricado un mundo soñado digno de ellos y oigo reír a los niños.

—Tu dios es misericordioso —murmuró Piedra.

Rezongo puso los ojos en blanco y se acercó a los cofres.

—Gracias por salvarme la vida, Keruli —gruñó—. Siento haber sido tan vil sobre el tema. Al parecer tu mercancía sobrevivió, me alegro. Bueno, yo ya me voy…

—Un momento, por favor, capitán.

Rezongo se dio la vuelta.

—Tengo algo para tu amigo, Buke —dijo el sacerdote—. Una… ayuda… para su empresa.

—¿Sí? —Rezongo evitó la mirada interrogante de Piedra.

—Ahí, en ese segundo cofre, sí, el pequeño de hierro. Sí, ábrelo. ¿Lo ves? Encima del rollo gris oscuro de fieltro.

—¿Este pajarito de arcilla?

—Sí. Por favor, dile que lo machaque y lo convierta en polvo, después que lo mezcle con agua fría que haya sido hervida durante al menos cien latidos. Una vez hecha la mezcla, Buke debe bebérsela, toda.

—¿Quieres que beba agua embarrada?

—La arcilla le aliviará los dolores de estómago, y también hay otros beneficios que descubrirá en su debido momento.

Rezongo dudó.

—Buke no es un hombre que confíe demasiado en la gente, Keruli.

—Dile que de otro modo su presa lo eludirá. Con facilidad. Dile también que para lograr lo que desea, debe aceptar aliados. Los dos debéis aceptarlos. Comparto vuestra preocupación por ese tema. Otros aliados lo encontrarán a él, con el tiempo.

—Muy bien —dijo Rezongo con un encogimiento de hombros. Cogió el pequeño objeto de arcilla y se lo metió en el saquito del cinturón.

—¿De qué estáis hablando vosotros dos? —preguntó Piedra sin alzar la voz.

Rezongo se tensó al oír el tono suave, ya que por lo general precedía una explosión de mal genio, pero Keruli se limitó a esbozar una sonrisa mayor.

—Un asunto privado, querida Piedra. Ahora tengo instrucciones para ti; por favor, ten paciencia. Capitán Rezongo, ya no quedan deudas entre nosotros. Vete en paz.

—Ya. Gracias —añadió con brusquedad—. Ya puedo salir yo solo.

—Ya hablaremos más tarde, Rezongo —dijo Piedra—. ¿Verdad?

Primero tendrás que encontrarme.

—Pues claro, muchacha.

Unos momentos más tarde se encontraba fuera; se sentía extrañamente abrumado y nada menos que por la naturaleza amable y compasiva de un simple viejo. Permaneció allí unos minutos, sin moverse, observando a los nativos que pasaban a su lado a toda prisa. *Como hormigas en un nido al que se le ha dado una patada. Y la patada siguiente las va a matar a todas*…

Piedra observó irse a Rezongo y después se volvió hacia Keruli.

—Dijiste que tenías instrucciones para mí.

—Nuestro amigo el capitán tiene un camino difícil por delante.

Piedra frunció el ceño.

—Rezongo no coge caminos difíciles. Al primer indicio de problemas, se da la vuelta y sale pitando en dirección contraria.

—A veces no hay alternativa.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo?

—Está llegando su hora. Será pronto. Solo te pido que permanezcas cerca de él.

El ceño femenino se profundizó.

—Eso depende de él. Tiene un don para que no lo encuentren si no quiere.

Keruli le dio la espalda para ocuparse del horno.

—Yo diría —murmuró— que su don está a punto de fallarle.

La luz de las telas y la luz difusa del sol bañaba las canoas y sus cadáveres envueltos. Habían expuesto el pozo entero tras arrancar la mayor parte del suelo del salón del vasallaje (la columna de granito que conformaba el círculo del centro de la cámara se alzaba sola) para revelar las naves, aplastadas y apiladas como la cosecha de un antiguo huracán.

Hetan se arrodilló con la cabeza inclinada delante de la primera canoa. No se había movido en cierto tiempo.

Itkovian había bajado para llevar a cabo su propio examen de los restos y en ese momento se movía con pasos cautelosos entre las ruinas, Cafal lo seguía en silencio. Llamó la atención del yunque del escudo las tallas de las proas; si bien no había dos iguales, sí que había una continuidad en los temas representados, eran escenas de batallas marinas, los barghastianos claramente reconocibles en sus largas canoas bajas, luchando con un enemigo singular, una especie alta y ágil de rostros angulares y ojos grandes y almendrados que llegaban en barcos de altos muros.

Cuando se agachó para estudiar uno de los paneles, Cafal murmuró algo detrás de él.

—T’isten’ur.

Itkovian miró hacia atrás.

—¿Señor?

—Los enemigos de nuestros espíritus fundadores. T’isten’ur, los pieles grises. Demonios de los antiguos relatos que recopilaban cabezas y sin embargo mantenían vivas a las víctimas… Cabezas que permanecían vigilantes, cuerpos que trabajaban sin descanso. T’isten’ur: demonios que moraban en las sombras. Los espíritus fundadores lucharon contra ellos en los Yermos Azules… —Quedó callado, arrugó el ceño y después continuó—. Los Yermos Azules. No comprendíamos un lugar así. Los cargadores creían que era nuestro reino natal. Pero ahora… era el mar, los océanos.

—El reino natal barghastiano en realidad, entonces.

—Sí. Los espíritus fundadores expulsaron a los t’isten’ur de los Yermos Azules, expulsaron a los demonios, que tuvieron que regresar a su inframundo, el Bosque de las Sombras, un reino que se dice que se encuentra lejos, al sureste…

—Otro continente, quizá.

—Quizá.

—Estás descubriendo la verdad que hay tras vuestras leyendas más antiguas, Cafal. En mi tierra natal de Elingarth, lejos de aquí, al sur, se cuentan historias sobre un continente lejano que está en la dirección que has indicado. Una tierra, señor, de abetos gigantes, secuoyas y píceas, un bosque ininterrumpido cuyas bases están ocultas en las sombras y habitado por fantasmas mortales.

»Como yunque del escudo —continuó Itkovian después de un momento, mientras volvía a mirar las tallas—, soy tanto estudioso como guerrero. T’isten’ur, un nombre que despierta ecos curiosos. Tiste andii, los moradores de la Oscuridad. Y más raramente mencionados, e incluso

entonces nada más que entre susurros de miedo, sus sombríos parientes, los tiste edur. De piel gris, se creían extintos, y menos mal, pues es un nombre que suscita pavor. T'isten'ur, la primera oclusión glotal implica un tiempo pasado, ¿no? Tlan, bueno, t'lan… vuestro idioma está emparentado con el de los imass. Son parientes cercanos. Dime, ¿entiendes el moranthiano?

Cafal gruñó.

—Los moranthianos hablan el idioma de los cargadores barghastianos, la lengua sagrada, el idioma que se alzó del pozo de la oscuridad y del que procede todo pensamiento y todas las palabras. Los moranthianos afirman ser parientes de los barghastianos, nos llaman su «familia caída». Pero son ellos los que han caído, no nosotros. Ellos, que han encontrado un bosque sombrío en el que vivir. Ellos, que han abrazado las alquimias de los t'isten'ur. Ellos, que hicieron las paces con los demonios hace mucho tiempo e intercambiaron secretos antes de retirarse a sus espesuras de las montañas para esconderse para siempre detrás de sus máscaras de insectos. No me preguntes más sobre los moranthianos, lobo. Han caído y no se arrepienten. Se acabó.

—Muy bien, Cafal. —Itkovian se irguió poco a poco—. Pero el pasado se niega a permanecer enterrado, como ves aquí. El pasado también oculta verdades agitadas, verdades desagradables además de gozosas. Una vez que se ha dado comienzo al esfuerzo de desvelarlas… Señor, ya no hay vuelta atrás.

—Eso es algo que he comprendido —gruñó el guerrero barghastiano—. Como mi padre nos advirtió, en el éxito encontraremos semillas de desesperación.

—Me gustaría conocer a Humbrall Taur algún día —murmuró Itkovian.

—Mi padre puede aplastar el pecho de un hombre con un abrazo. Puede empuñar espadas de gancho con las dos manos y matar a diez guerreros en apenas unos latidos. Sin embargo, lo que los clanes más temen de su caudillo es su inteligencia. De sus diez hijos, Hetan es la que más se parece a él en ingenio.

—Tu hermana muestra una franqueza brutal.

Cafal lanzó un gruñido.

—Igual que nuestro padre. Te lo advierto ya, yunque del escudo, mi hermana ha bajado su lanza en tu dirección y te ha puesto en su punto de mira. No escaparás. Se acostará contigo a pesar de todos tus votos y después le pertenecerás.

—Te equivocas, Cafal.

El barghastiano enseñó los dientes afilados y no dijo nada.

Tú también tienes el ingenio de tu padre, Cafal, me desvías con astucia de los antiguos secretos barghastianos asaltando con osadía mi honor.

Una decena de metros tras ellos, Hetan se levantó y miró al círculo de sacerdotes y sacerdotisas que bordeaban el agujero del suelo.

—Podéis volver a poner las losas de piedra. El traslado de los restos de los espíritus fundadores debe esperar…

Rath'Tronosombrío lanzó un bufido.

—¿Hasta cuándo? ¿Hasta que los painitas hayan terminado de asolar la ciudad? ¿Por qué no acudes a tu padre y le dices que traiga aquí a los clanes barghastianos? ¡Que rompa el asedio y después tú y los tuyos podréis llevaros esos huesos en paz y con todas nuestras bendiciones!

—No. Librad vosotros vuestra propia guerra.

—¡Los painitas os devorarán cuando nosotros hayamos desaparecido! —chilló Rath'Tronosombrío—. ¡Sois unos necios! ¡Tú y tu padre! ¡Vuestros clanes! ¡Necios todos!

Hetan esbozó una sonrisa.

—¿Es pánico lo que veo en el rostro de tu dios?

El sacerdote se encorvó de repente y habló con voz ronca.

—Tronosombrío nunca siente pánico.

—Entonces debe de ser el hombre mortal que hay tras la fachada —concluyó Hetan con una sonrisa desdeñosa y triunfante.

Rath'Tronosombrío siseó, furioso, dio media vuelta y se abrió camino entre sus compañeros con las sandalias aleteando al salir corriendo de la cámara.

Hetan salió trepando del pozo.

—¡Yo ya he terminado aquí, Cafal! ¡Regresamos al cuartel!

Brukhalian estiró el brazo para ayudar a Itkovian a salir del pozo y cuando el yunque del escudo se irguió, la espada mortal lo acercó con un leve tirón.

—Acompaña a esos dos —murmuró—. Tienen algo preparado para el traslado de…

—Quizá —interpuso Itkovian—, pero, con franqueza, señor, no veo cómo.

—Entonces piensa en ello, señor —le ordenó Brukhalian.

—Lo haré.

—Por cualquier medio, yunque del escudo, cualquiera.

Todavía muy cerca de la espada mortal, Itkovian miró al hombre a los ojos oscuros.

—Señor, mis votos…

—Soy la espada mortal de Fener, señor. Debes reunir la información, una orden que no procede de mí, sino del propio dios de los colmillos. Yunque del escudo, es una

orden nacida del miedo. Nuestro dios, señor, está muerto de miedo. ¿Lo entiendes?

—No —soltó Itkovian de repente—. No lo entiendo. Pero he oído tu orden, señor. Así será. —Brukhalian soltó el brazo del yunque del escudo y se volvió un poco para mirar a Karnadas, que permanecía, pálido y muy quieto, junto a ellos—. Ponte en contacto con Ben el Rápido, señor, por el medio que sea…

—No sé si podré —respondió el destriant—, pero lo intentaré, señor.

—Este asedio —gruñó Brukhalian, y se le nublaron los ojos con una visión interna— es una flor ensangrentada y antes de que termine el día se abrirá ante nosotros. Y al intentar coger su tallo, descubriremos también las espinas…

Los tres hombres se volvieron al acercarse uno de los sacerdotes Rath. Sereno, los ojos soñolientos quedaban visibles tras la felina máscara a rayas.

—Caballeros —dijo el hombre—, nos aguarda una batalla.

—¿Ah, sí? —dijo Brukhalian con sequedad—. No éramos conscientes de eso.

—Nuestros señores de la guerra se encontrarán en medio de esa batalla encarnizada. El Jabalí. El Tigre. Un ascendiente en peligro y un espíritu a punto de despertar a la verdadera divinidad. ¿No os preguntáis, caballeros, de quién es esta guerra en realidad? ¿Quién es el que osa cruzar su filo con nuestros señores? Pero hay algo incluso más curioso que todo esto, ¿de quién es el rostro oculto que hay detrás de esta ascensión predestinada de Trake? ¿Qué valor tendrían en verdad dos dioses de la guerra? ¿Dos señores del Verano?

—Ese —dijo el destriant arrastrando las palabras— no es un título único, señor. Jamás hemos discutido que Trake puede compartirlo.

—No has conseguido ocultar tu alarma ante mis palabras, Karnadas, pero lo dejaré pasar. Tengo, sin embargo, una última pregunta. ¿Cuándo destituirás a Rath'Fener, como es tu derecho como destriant de Fener, un título que nadie ha ostentado de modo legítimo desde hace mil años… salvo por ti, por supuesto y, aparte de eso, por qué ha visto Fener la necesidad de revivir el más elevado de los cargos justo ahora? —Después de un momento se encogió de hombros—. Ah, bueno, no importa. Rath'Fener no es aliado vuestro, ni de vuestro dios, eso ya debéis de saberlo. Percibe la amenaza que representas para él y hará todo lo que pueda por acabar contigo y tu compañía. Si alguna vez necesitaras ayuda, ven a buscarme.

—Pero dices que tú y tu señor sois nuestros rivales, Rath'Trake —gruñó Brukhalian.

La máscara se crispó en una sonrisa fiera.

—Solo lo parece ahora mismo, espada mortal. Será mejor que me despida ya de vosotros, de momento. Adiós, amigos míos.

Se produjo un largo silencio mientras las tres espadas grises observaban alejarse al sacerdote Rath, después Brukhalian se sacudió.

—Puedes irte, yunque del escudo. Destriant, me gustaría hablar un momento más contigo…

Conmocionado, Itkovian se dio la vuelta y partió tras los dos guerreros barghastianos. *La tierra se ha movido bajo nuestros pies. Trastornados, a pocos momentos de derramar nuestra sangre y el peligro nos acosa ahora por todos lados. Dios de los Colmillos, líbranos de la incertidumbre. Te lo ruego. No es la hora*…

Capítulo 11



La tan cacareada habilidad del ejército malazano para adaptarse a cualquier estilo de batalla que presentara el enemigo era, en realidad, superficial. Tras la ilusión de maleabilidad permanecía una confianza inmutable en la supremacía del modo imperial. Contribuía a la ilusión de flexibilidad esa elasticidad pura de la estructura militar malazana, unos cimientos reforzados por un conocimiento profundo y un análisis muy perspicaz de numerosos y dispares estilos de guerra.

Abstracto (parte XXVII, libro VII, vol. IX) sobre el tratado de trece páginas de Temul, «La guerra malazana»
Enet Obar, el Exánime

La camisa de pelo de Eje se había prendido. Con los ojos llenos de lágrimas y tosiendo por el hedor, Rapiña observó al escuálido mago rodando de un lado a otro por el suelo junto a la hoguera. El humo salía serpenteando del pelo chamuscado y las maldiciones cabalgaban sobre las chispas hacia el aire nocturno. Puesto que todos los demás estaban muy ocupados riéndose, la cabo estiró el brazo para coger un cuero de agua y se lo metió entre las rodillas. Destapó la espita, apretó los muslos y siguió a Eje con el chorro de agua hasta que oyó un siseo.

—¡Está bien, está bien! —chilló el mago agitando las manos tiznadas—. ¡Para, que me estoy ahogando!

Sacudido por un ataque de risa, Seto había rodado peligrosamente cerca de las llamas. Rapiña estiró una bota y le dio una patada al zapador.

—Que todo el mundo se calme de una vez —soltó—. Antes de que el pelotón entero termine cocinado a la brasa. ¡Por el aliento del Embozado!

Mezcla habló a su lado, en medio de la oscuridad.

—Nos morimos de aburrimiento, cabo, ese es el problema.

—Si el aburrimiento matara, no habría ni un solo soldado vivo en todo el mundo, Mezcla. Una excusa muy poco convincente. El problema es muy sencillo: empezando por el sargento que se retuerce por el suelo, todo este pelotón maldito por Oponn está chiflado.

—Salvo tú, claro…

—¿Me estás lamiendo las botas, con lo asquerosas que están, muchacha? Pues te equivocas. Yo estoy más loca que todos los demás. Si no lo estuviera, ya me habría largado hace mucho tiempo. Dioses, mira a esos idiotas. Tengo un mago que viste el pelo de su madre muerta y cada vez que abre su senda nos atacan las ardillas enseñando los dientes. Tengo un zapador con quemaduras permanentes y cuya vejiga debe de ser una senda en sí misma, no le he visto apartarse ni una sola vez y ya llevamos tres días enteros en este campamento. Tengo una mujer napaniana a la que persigue un macho bhederin solitario que, o bien está ciego, o ve mucho más que nosotros cuando la mira. Y luego está un sanador que, mira tú, se quemó tanto con el sol que le ha subido la fiebre.

—No te molestes en mencionar a Azogue —murmuró Mezcla—. El sargento encabezaría cualquier lista de lunáticos perdidos…

—No había terminado. Tengo una mujer a la que le gusta acercarse sigilosamente a sus amigos. Y por último —añadió

la cabo con un gruñido profundo—, el bueno de Azogue. Nervios de acero tiene ese. Convencido de que los propios dioses se han llevado a Ben el Rápido y que todo es culpa de Azogue. Por alguna razón. —Rapiña levantó la mano y metió un dedo bajo los ornamentos del brazo mientras su ceño se remarcaba—. Como si a los dioses les importara un pimiento Ben el Rápido, por no hablar ya del propio sargento. Como si miraran para nosotros en algún momento, hagamos lo que hagamos.

—¿Te molestan los brazaletes de Treach, cabo?

—Cuidado, Mezcla —murmuró Rapiña—, no estoy de humor.

Empapado y abatido, Eje empezaba a levantarse.

—¡Chispa del infierno! —siseó—. Salió disparada como un moco quemado, seguro que por aquí acechan espíritus malévolos, fijaros en lo que os digo.

—¡Que nos fijemos en lo que dice! —bufó Rapiña—. Voy a grabarlo en tu lápida, Eje, ¡te lo prometo, por el Embozado, joder!

—¡Dioses, qué peste! —maldijo Seto—. ¡Dudo que se acerque a ti ni siquiera un barghastiano untado de grasa! Yo digo que votemos, y me refiero al pelotón entero. Que votemos para arrancar esa asquerosa camisa de la espalda llena de granos de Eje y que la enterremos por alguna parte, a ser posible bajo unas cuantas toneladas de escombros. ¿Qué dices, sargento? ¿Eh, Azogue?

—*¡Shh!* —siseó el sargento desde donde se encontraba, al borde del círculo de luz de la hoguera, con los ojos clavados en la oscuridad—. ¡Hay algo ahí fuera!

—Si es otra ardilla cabreada… —empezó a decir Rapiña.

—¡Yo no he hecho nada! —gruñó Eje—. Y nadie va a enterrar mi camisa, no mientras a mí me quede aliento, por lo menos. Así que olvídate, zapador. Además, en este

pelotón no se vota nada. Sabrá el Embozado lo que Whiskeyjack os dejaba hacer en el noveno, idiotas, pero ya no estáis en el noveno, ¿no?

—¡Callaos! —gruñó Azogue—. ¡Hay alguien ahí fuera! ¡Olisqueando!

Una forma enorme apareció de repente justo delante del sargento, que dejó escapar un gañido y dio un salto atrás, con lo que estuvo a punto de caerse sobre el fuego entre balbuceos.

—¡Es ese bhederin macho! —gritó Seto—. ¡Eh, Detoran! Ha llegado tu cita. ¡Ay! Dioses, ¿con qué me has golpeado, mujer? ¿Con un mazo? Maldito sea el Embozado… ¿con el puño? ¡Mentirosa! ¡Azogue, esta soldado casi me rompe la cabeza! ¡No sabe aceptar un chiste…! ¡Ah! ¡Ay!

—Déjalo ya —le ordenó Rapiña a la soldado—. Que alguien espante a esa bestia…

—Esto tengo que verlo —se rio Mezcla muy contenta—. Mil kilos de cuernos, pezuñas y polla…

—Ya está bien —dijo Rapiña—. Hay oídos sensibles presentes, muchacha. Mira, ya has hecho ruborizarse a Detoran mientras deja sin sentido a Seto.

—Yo diría que el color encendido es por el esfuerzo, cabo. Al zapador no se le da mal esquivar los golpes, oh, bueno, está bien, con ese no pudo. Uf.

—¡No te pases, Detoran! —bramó Rapiña—. ¡Con lo mal que ve, más te vale que no le hayas hecho un daño permanente!

—Eso —añadió Eje—. El chaval tiene malditos en esa bolsa y si no puede tirar bien…

Eso fue suficiente para que Detoran bajara los puños y se apartara un poco. Seto se tambaleó como si estuviera borracho y después se sentó con un golpe seco, la sangre le chorreaba por la nariz rota.

—No sabe aceptar una broma —murmuró con los labios hinchados. Un momento después se desplomó.

—Estupendo —murmuró Rapiña—. Si no vuelve en sí en toda la mañana y tenemos que emprender la marcha, ¿adivinas quién va a tirar del armazón, Detoran?

La mujerona frunció el ceño, se dio la vuelta y fue a buscar su petate.

—¿Quién está herido? —metió baza una vocecita aguda.

Los soldados levantaron la cabeza y vieron a Mazo envuelto en una manta que entraba en el círculo de luz con paso vacilante.

—He oído puñetazos.

—El cangrejo cocido está despierto —comentó Eje—. Supongo que no se te ocurrirá echarte más siestas en laderas orientadas al sol, ¿eh, sanador?

—Es Seto —dijo Rapiña—. Intentó tomarle el pelo a Detoran y ahí lo tienes, tirado junto al fuego, ¿lo ves?

Mazo asintió y cojeó hasta el zapador.

—Una imagen alarmante la que conjuraste ahí, cabo. —Se agachó y empezó a examinar a Seto—. ¡Por el aliento del Embozado! La nariz partida, la mandíbula fracturada… y además tiene una conmoción, este hombre está hecho un asco. —Después miró furioso a Rapiña—. ¿Es que no se le ocurrió a nadie detener esta pequeña discusión?

Con un gruñido suave, el macho bhederin se dio media vuelta y se alejó con paso pesado en la oscuridad.

La cabeza de Mazo se giró de golpe.

—Por la pezuña de Fener, ¿pero qué coño era eso?

—El rival de Seto —murmuró Mezcla—. Seguramente ya ha visto suficiente y prefiere arriesgarse en otra parte.

Rapiña suspiró y se echó hacia atrás mientras observaba a Mazo, que atendía al zapador inconsciente. *El pelotón no está encajando muy bien. Azogue no es ningún*

Whiskeyjack, Eje no es Ben el Rápido *y yo tampoco soy el cabo Kalam. Si de alguien se podía decir que eran los mejores entre los mejores, era del noveno. Bueno, puede que Detoran esté a la misma altura que Trote*…

—A ese mago más le vale aparecer pronto —murmuró Mezcla después de un rato.

Rapiña asintió en la oscuridad.

—Es muy posible que el capitán y los demás ya estén con el clan de las Caras Blancas —dijo después—. Quizá Ben el Rápido y nosotros no lleguemos a tiempo para marcar alguna diferencia en el resultado…

—De todos modos, va a dar igual que estemos allí o no —dijo Mezcla—. Lo que quieres decir es que no vamos a llegar a tiempo de ver el espectáculo.

—Y quizá fuera lo mejor.

—Estás empezando a parecerte a Eje.

—Sí, bueno, las cosas no tienen muy buena pinta —dijo Rapiña por lo bajo—. El mejor mago de la compañía ha desaparecido. Si a eso le añades que tenemos un capitán noble y que Whiskeyjack se ha ido, qué te parece, resulta que ya no somos la compañía que éramos.

—No desde lo de Pale, eso desde luego.

La cabo tuvo visiones del caos y el horror de los túneles el día de la Escalada e hizo una mueca.

—Traicionados por los nuestros. Es lo peor que hay, Mezcla. Puedo aceptar que tenga que caer a manos de las espadas enemigas, o del fuego de los magos, o incluso que unos demonios me despedacen trozo a trozo. Pero que uno de los tuyos saque el cuchillo cuando le das la espalda… —Escupió en el fuego.

—Acabó con nosotros —dijo Mezcla.

Rapiña asintió otra vez.

—Quizá —continuó la mujer, a su lado— que Trote pierda el combate contra el clan de las Caras Blancas y haga que nos ejecuten a todos y cada uno no sea tan mala cosa. Con aliados barghastianos o sin ellos, no es una guerra que me apetezca mucho librar.

Rapiña se quedó mirando las llamas.

—Estás pensando en lo que podría pasar la próxima vez que entremos en combate.

—Somos frágiles, cabo. Plagados de grietas…

—No hay nadie en quién confiar, ese es el problema. No hay nada por lo que luchar.

—Está Dujek, la respuesta a esas dos preguntas —dijo Mezcla.

—Sí, nuestro puño renegado…

Mezcla lanzó un suave bufido.

Rapiña miró a su amiga y frunció el ceño.

—¿Qué?

—No es ningún renegado —dijo Mezcla en voz baja—. Solo se han deshecho de nosotros por culpa de Brood y los tiste andii, porque no podríamos habérnoslas arreglado de otro modo en el parlamento. Oye, cabo, ¿tú no te has preguntado quién es ese nuevo portaestandartes de Unbrazo?

—¿Cómo se llama? ¿Arantal? Artanthos. Ya. Apareció…

—Más o menos un día después de que nos proclamaran en rebeldía.

—¿Y? ¿Quién crees tú que es, Mezcla?

—Yo apostaría a que es una Garra de alto rango. Está aquí por orden de la emperatriz.

—¿Tienes prueba de eso?

—No.

Rapiña giró la cabeza y miró con gesto huraño el fuego.

—¿Y ahora quién es la que se asusta de su propia sombra?

—No somos renegados —afirmó Mezcla—. Estamos cumpliendo la voluntad de la emperatriz, cabo, da igual lo que parezca. Whiskeyjack también lo sabe. Y quizá también ese sanador de ahí, y Ben el Rápido…

—Te refieres al noveno.

—Sí.

Rapiña frunció todavía más el ceño, se levantó, se acercó junto a Mazo y se agachó.

—¿Cómo está el zapador, sanador? —le preguntó en voz baja.

—No tan mal como parecía —admitió Mazo—. Una conmoción leve. Y menos mal, me está costando recurrir a mi senda Denul, hay algún problema.

—¿Problema? ¿Qué clase de problema?

—No estoy seguro. Se ha… viciado. Hay algo. Una infección… de algo. Eje tiene el mismo problema con su senda. Quizá sea eso lo que está retrasando a Ben el Rápido.

Rapiña lanzó un gruñido.

—Podrías haberlo mencionado desde el principio, Mazo.

—Estaba muy liado ocupándome de mi «insolación», cabo.

La mujer entrecerró los ojos.

—Si no fue el sol lo que te abrasó, ¿qué pasó?

—No sé lo que me envenenó la senda, pero puede cruzar a este lado. Que me lo digan a mí.

—Mazo —dijo Rapiña tras un momento—, se ha corrido un rumor que sugiere que quizá no seamos tan rebeldes como Dujek y Whiskeyjack quieren aparentar. De hecho, hasta es posible que la emperatriz nos haya dado su aprobación y todo.

Bajo la luz del fuego, el rostro redondo del sanador no mostró expresión alguna cuando se encogió de hombros.

—Eso es nuevo para mí, cabo. A mí me parece algo que se le ocurriría a Azogue.

—No, pero le encantará cuando se entere.

Los ojitos de Mazo se posaron en la cara de Rapiña.

—¿Y por qué ibas a decírselo?

Rapiña alzó las cejas.

—¿Por qué iba a decírselo a Azogue? La respuesta debería ser obvia, sanador. Me agrada verlo aterrado. Además —la cabo se encogió de hombros—, no es más que un rumor sin fundamento, ¿no? —Después se irguió—. Asegúrate de que el zapador está listo para ponerse en marcha mañana.

—¿Nos vamos a alguna parte, cabo?

—Por si aparece el mago.

—De acuerdo. Haré cuanto pueda.

Con unas manos que arañaban energía podrida y manchada, Ben el Rápido salió a rastras de su senda. El mago sufrió una arcada y escupió el sabor amargo, bilioso, que tenía en la boca, después se tambaleó unos cuantos pasos hasta que el aire limpio de la noche penetró en sus pulmones y se detuvo a la espera de que se le despejase la cabeza.

El último medio día se lo había pasado en una lucha desesperada y aparentemente eterna por escaparse del reino del Embozado, y eso que sabía que era la menos envenenada de todas las sendas que solía usar. Las otras lo habrían matado. Comprender eso lo dejó con una sensación de orfandad, un mago despojado de su poder, su inmenso

dominio de su propia disciplina convertido en algo sin sentido, impotente.

El aire frío y penetrante de la estepa lo envolvió y le secó el sudor de los miembros temblorosos. Las estrellas relucían en el cielo. A ochocientos metros, al norte, tras los matorrales y los montículos de hierba, se alzaba una línea de colinas. Una luz amarilla apagada, la luz de una hoguera, bañaba la base de la colina más cercana.

Ben el Rápido suspiró. No había podido establecer contacto con nadie por medio de la hechicería desde el comienzo del viaje. *Paran me ha dejado un pelotón… mejor de lo que podría haber esperado. Me pregunto cuántos días hemos perdido. Se suponía que iba a cubrir a Trote si las cosas iban mal*…

Se sacudió y emprendió el camino todavía luchando contra los restos de la enervante influencia de la senda infectada del Embozado. *Este es el asalto del dios Tullido, una guerra contra las sendas mismas. La hechicería fue la espada que acabó con él. Ahora pretende destruir ese arma y dejar así a sus enemigos desarmados. Indefensos*.

El mago se envolvió con su manto manchado de cenizas mientras caminaba. *No, no indefensos del todo. Tenemos nuestro ingenio. Es más, somos capaces de oler de lejos una distracción, por lo menos yo. Y esto es una distracción, todo eso del Dominio Painita y su influencia infecciosa. El Encadenado encontró un modo de abrir las compuertas de la senda del Caos. Un conducto, quizás el propio Vidente Painita, que no es consciente de que lo están utilizando, que no es más que un peón que han adelantado en un gambito de apertura. Un gambito diseñado para poner a prueba la voluntad, la eficacia, de su enemigo… Tenemos que acabar con ese peón. Rápido. Con decisión*.

Se acercó a la luz de la hoguera del pelotón, oyó los murmullos quedos de las voces y tuvo la sensación de que volvía a casa.

Mil calaveras ensartadas en palos bailaban por el risco, sus trenzas ardientes de hierba empapada en aceite creaban melenas de llamas sobre las letales muecas blanqueadas. Las voces se alzaban y caían en una canción que oscilaba con un zumbido monótono. Cerca de donde Paran se encontraba, unos jóvenes guerreros combatían con cuchillos cortos de hoja curva, la ocasional salpicadura de sangre siseaba al rociar el círculo de piedras de la hoguera del clan, la rivalidad tenía prioridad sobre todo lo demás, al parecer.

Las mujeres barghastianas se movían entre los pelotones de los Abrasapuentes y tiraban de soldados de ambos sexos hacia las tiendas de cuero del campamento. El capitán había pensado prohibir tales contactos amorosos, pero después había desechado la idea por ser tanto impracticable como poco prudente. *Puede que mañana o al día siguiente ya estemos todos muertos*.

Se habían reunido los clanes de las Caras Blancas. Las tiendas y yurtas de las tribus senan, gilk, ahkrata y barahn (así como muchas otras) cubrían el suelo del valle. Paran calculó que unos cien mil barghastianos habían atendido la llamada de Humbrall Taur y formaban consejo. Pero no habían ido solo para eso. *Han venido a responder al desafío de Trote. Es el último de su clan y en su marcado cuerpo está tatuada la historia de su tribu, el relato de quinientas generaciones. Llega afirmando que hay un parentesco, vínculos de sangre establecidos al principio de los tiempos… y algo más, aunque nadie explica qué es lo que hay*

implicado, con exactitud. Cabrones taciturnos. Aquí hay demasiados secretos…

Un guerrero nith'rithal dejó escapar un chillido húmedo cuando un guerrero de un clan rival le abrió la garganta con un cuchillo curvo. Varias voces bramaron y maldijeron. El guerrero abatido se retorció en el suelo ante la hoguera, la vida se le derramaba en un charco reluciente que se iba extendiendo bajo él. Su asesino se pavoneó en círculos entre vítores salvajes.

Entre los siseos de los barghastianos más cercanos, Torzal llegó junto al capitán sin hacer caso de las maldiciones.

—No eres muy popular —comentó Paran—. No sabía que los moranthianos cazabais tan al este.

—Y no cazamos —respondió Torzal con la voz aflautada y monótona tras el yelmo quitinoso—. La enemistad es antigua, nacida de los recuerdos, no de la experiencia. Son falsos recuerdos.

—¿Ah, sí? Te sugeriría que no te esforzaras mucho en darles tu opinión.

—Tampoco tendría sentido, capitán. Siento curiosidad, ese guerrero, Trote, ¿tiene habilidades únicas como guerrero?

Paran hizo una mueca.

—Ha salido bien librado de un montón de escaramuzas complicadas. Supongo que sabe defenderse. Para serte sincero, jamás lo he visto luchar.

—¿Y entre los Abrasapuentes, los que lo han visto?

—Lo menosprecian, por supuesto. Pero esos lo desprecian todo, así que no creo que sea una opinión muy fiable. Pronto lo veremos.

—Humbrall Taur ha elegido a su paladín —dijo Torzal—. Uno de sus hijos.

El capitán entornó los ojos y miró en la oscuridad al moranthiano negro.

—¿Dónde lo has oído? ¿Entiendes el barghastiano?

—Se parece a nuestro idioma. La noticia de la elección está en boca de todos. El hijo menor de Humbrall, todavía sin nombre, a dos lunas todavía de su noche de la muerte (su paso a la edad adulta). Nacido con hojas de espada en las manos. Invicto en los duelos, incluso en enfrentamientos con guerreros curtidos. De corazón cruel, sin piedad alguna… las descripciones continúan, pero me canso de repetirlas. No tardaremos en ver a este formidable jovencito. Todo lo demás no es más que hablar por hablar.

—Para empezar, sigo sin entender qué necesidad hay de este duelo —dijo Paran—. A Trote no le hace falta reclamar nada, lleva su historia escrita con claridad en la piel. ¿Por qué debería haber duda alguna sobre su veracidad? Es un auténtico barghastiano, solo hay que mirarlo.

—Reclama el rango de líder, capitán. La historia de su tribu establece que su linaje es el de los primeros fundadores. Su sangre es más pura que la sangre de estos clanes, así que tiene que desafiarlos para afirmar su estatus.

Paran hizo una mueca. Tenía las tripas llenas de nudos. Le había invadido la boca un sabor amargo y no había cantidad de cerveza o vino que lo eliminase. Cuando dormía, las visiones acosaban sus sueños, la caverna gélida bajo la Casa del Finnest, las losas de piedra tallada con imágenes antiguas y superficiales de la baraja de los Dragones. Incluso en ese momento, si cerrara los ojos y dejara fluir su voluntad, se sentiría caer en la fortaleza de las Bestias (el hogar de los t’lan imass y su trono astado y vacante) con una presencia física, táctil y rica en sensaciones, como si hubiera viajado en persona a ese lugar. *Y a ese tiempo… a menos que ese tiempo sea ahora, y el trono siga allí,*

esperando... aguardando un nuevo ocupante. ¿Lo sintió así el emperador cuando se encontró ante el trono de las Sombras? Poder, el dominio sobre los odiados mastines, ¿y todo a un solo paso de él?

—No estás bien, capitán.

Paran miró a Torzal. La luz reflejada del fuego resplandecía sobre la armadura negra del moranthiano y jugueteaba como la ilusión de unos ojos por los planos de su yelmo. La única prueba de que bajo aquella concha quitinosa había un hombre de carne y hueso era la mano mutilada que le colgaba sin vida del brazo derecho. *Marchito y aplastado por la presa nigromántica de un espíritu rhivi… ese brazo entero cuelga muerto. Lenta pero inevitable, la falta de vida seguirá su ascenso… hasta el hombro, y luego al pecho. En un año, este hombre estará muerto. Necesitaría el roce sanador de un dios para salvarse, ¿y qué probabilidades tiene?*

—Tengo el estómago revuelto —contestó el capitán.

—Tu contención engaña —dijo Torzal. Después se encogió de hombros—. Como desees. No voy a curiosear más.

—Necesito que hagas algo —dijo Paran después de un momento con los ojos entrecerrados y clavados en otro duelo más ante la hoguera—. A menos que tú y tu quorl estéis muy cansados.

—Hemos descansado suficiente —dijo el moranthiano negro—. Pide y se te concederá.

El capitán respiró hondo, después suspiró y asintió.

Un manchón de color surgía por el horizonte oriental y se extendía entre las grietas de la cordillera de colinas al sur de las montañas barghastianas. Con los ojos enrojecidos y estremecido por el frío, Paran se ajustó mejor el manto

acolchado mientras observaba los primeros movimientos en aquel inmenso campamento envuelto en humo que llenaba el valle. Distinguió varios de los clanes por los bárbaros estandartes que se alzaban sobre la distribución aparentemente aleatoria de las tiendas (el informe de Whiskeyjack había sido minucioso), y se fijó sobre todo en las que había citado el comandante como problemáticas en potencia.

A un lado del claro del Desafío, donde Trote y el paladín de Humbrall Taur combatirían en poco rato, se encontraban los mil componentes del campamento Ahkrata. Se distinguían por sus característicos tapones nasales, una única coleta y la armadura multicolor elaborada con víctimas moranthianas (incluyendo los clanes verdes, negros, rojos y, en ocasiones, incluso los dorados); era el contingente más pequeño y también el que había llegado de más lejos, pero tenía reputación de ser de los más feroces. Enemigos declarados del clan Ilgres (que en esos momentos luchaba al lado de Brood), podían presentar dificultades a la hora de entablar una alianza.

El mayor rival de Humbrall Taur era el caudillo Maral Eb, cuyo clan Barahn había llegado en masa; más de diez mil guerreros empuñando sus armas, pintados con ocre rojo y luciendo una armadura brigantina de color bronce y con el pelo de punta y recubierto de púas de erizo. Se corría el riesgo de que Maral impugnara la posición de Humbrall si surgía la ocasión, y la noche anterior había visto más de cincuenta duelos entre los barahn y los guerreros senan de Humbrall Taur. Semejante desafío podía disparar una guerra generalizada entre los clanes.

Quizás el grupo más extraño de guerreros que había visto Paran eran los gilk. Llevaban el pelo cortado en cuñas rígidas y estrechas y lucían una armadura confeccionada

con las placas de una especie de tortuga. Ostensiblemente bajos y fornidos para ser barghastianos, al capitán le parecía que se podían comparar con cualquier infantería pesada a la que se tuvieran que enfrentar.

Decenas de tribus menores ponían su granito de arena en la confusa mezcla que conformaba la nación de los clanes de las Caras Blancas. Hostiles entre sí y enfrentadas por antiguas enemistades y odios, era sorprendente que Humbrall Taur hubiera conseguido reunirlos a todos en el mismo sitio y que más o menos se hubiera mantenido la paz durante cuatro días enteros.

Y hoy es el momento culminante. Incluso si Trote gana el duelo, tampoco está garantizada la aceptación absoluta. Podrían producirse estallidos sangrientos. Y si pierde... Paran prefirió no pensar en esa posibilidad.

Gimió una voz para recibir el amanecer y de repente los campamentos cobraron vida con figuras silenciosas que se levantaban. A continuación se oyó el estrépito sordo de las armas y las armaduras entre el ladrido de los perros y los bramidos nasales de los gansos. Como si el claro del Desafío contuviera de repente el aliento, los guerreros comenzaron a dirigirse allí.

Paran echó un vistazo y vio que sus Abrasapuentes se iban reuniendo poco a poco, como una presa alertada por el cuerno del cazador. Treinta y tantos malazanos, el capitán sabía que estaban decididos a presentar batalla si las cosas iban mal, y sabía también que la lucha sería breve. Examinó el cielo que comenzaba a iluminarse y entrecerró los ojos para mirar al suroeste con la esperanza de ver una mota oscura (Torzal y su quorl, aproximándose a toda velocidad), pero no había nada que estropeara aquella inmensidad de color azul plateado.

Un silencio más profundo entre los barghastianos alertó a Paran. Se volvió y vio a Humbrall Taur, que se abría paso a grandes zancadas entre la multitud para tomar posición en el centro del claro. Era lo más cerca que el capitán había tenido a aquel hombre desde que habían llegado. El guerrero era un hombre enorme, bestial, engalanado con las pieles marchitas de cabezas humanas despojadas del hueso, que todavía lucían un pelo enmarañado. El camisote de monedas superpuestas resplandecía bajo la luz matinal: el tesoro de monedas antiguas y desconocidas con el que los senan debían de haberse tropezado en el pasado debía de ser enorme porque cada guerrero de la tribu lucía una armadura parecida. *Debía de haber barcos enteros cargados de esas malditas monedas. Eso o un templo entero lleno hasta el techo*.

El caudillo no perdió tiempo con palabras. Se descolgó el mazo con pinchos que llevaba en la cadera, lo levantó hacia el cielo y dibujó sin prisas un círculo completo. Con todas las miradas sobre él, los guerreros de élite de todas las tribus rodearon el claro y el resto se apiñó tras ellos, hasta las laderas del valle.

Humbrall Taur hizo una pausa cuando un perro estúpido cruzó trotando la explanada. Una piedra bien lanzada lo hizo salir corriendo con un gañido. El caudillo gruñó algo por lo bajo y después efectuó un gesto con su arma.

Paran observó a Trote salir de entre la multitud. El tatuado barghastiano vestía la armadura de reglamento que el Imperio de Malaz daba a los marineros: cuero hervido tachonado con bandas de hierro sobre los hombros y las caderas. El semiyelmo se lo había quitado a un oficial muerto de los soldados de Aren, en Siete Ciudades. La protección de la nariz y las mejillas lucía una filigrana de plata incrustada. Un almófar de malla le protegía los lados

del cuello y la nuca. Aguantaba un escudo redondo atado al antebrazo izquierdo, la mano protegida por un cesto con pinchos y bandas de hierro. En la mano derecha llevaba una espada ancha recta de punta roma.

Su llegada arrancó gruñidos profundos entre los barghastianos reunidos, a los que Trote respondió con una sonrisa dura que reveló unos dientes afilados manchados de azul.

Humbrall Taur lo miró un instante, como si no aprobara la elección de Trote de armas malazanas en lugar de las de los barghastianos, después se giró en dirección contraria e hizo otro gesto con el mazo.

Su hijo menor salió del círculo.

Paran no había sabido qué esperar, pero la visión de aquel jovencito flaco y sonriente (que solo llevaba unos cueros y un único cuchillo corto de gancho en la mano derecha) no encajaba con ninguna de las imágenes que se había hecho. *¿Qué es esto? ¿Una especie de insulto retorcido? ¿Es que Taur quiere garantizar su propia derrota? ¿A costa de la vida de su hijo menor?*

Los guerreros comenzaron a patear la tierra dura con los pies, un redoble rítmico que resonó por todo el valle.

El joven sin nombre se adentró sin prisas en el círculo y se colocó frente a Trote, con cuatro metros entre los dos. El muchacho miró al abrasapuentes de arriba abajo y sonrió un poco más.

—Capitán —siseó una voz junto a Paran.

Este se volvió.

—Cabo Sinsentido, ¿no? ¿Qué puedo hacer por ti? Y que sea rápido.

La expresión adusta habitual de aquel soldado flaco y encorvado era más lúgubre de lo normal.

—Nos estábamos preguntando, señor… Si esta pelea va mal, quiero decir, bueno, yo y unos cuantos más, nos guardamos unas cuantas municiones moranthianas. Malditos también, señor, de esos tenemos cinco a mano. Podríamos abrir una especie de camino; ¿ves ese montículo de ahí?, un buen sitio, supusimos, para retirarnos y aguantar. Esos lados escarpados…

—Basta ya, cabo —gruñó Paran por lo bajo—. Mis órdenes no han cambiado. Todo el mundo espera sin moverse.

—Ya sé que es un crío, señor, pero si…

—Ya me has oído, soldado.

Sinsentido inclinó la cabeza.

—Sí, señor. Es solo que, bueno, hay unos cuantos, nueve, puede que diez, en fin, que murmuran que quizá hagan lo que les dé la gana y al Embozado contigo… señor.

Paran apartó la mirada de los dos guerreros inmóviles del círculo y se encontró con los ojos llorosos del cabo.

—¿Y tú eres su portavoz, Sinsentido?

—¡No! ¡Yo no, señor! Yo no tengo opinión, nunca la tuve. De hecho, nunca la tengo, capitán. No, yo no. Yo solo vengo a decirte lo que pasa con los pelotones, nada más.

—Y ahí están todos, observándonos a ti y a mí sostener esta conversación, que es lo que querían. Hablas por ellos, cabo, te guste o no. Quizás en este caso debería matar al mensajero, aunque solo sea para deshacerme de su estupidez.

La expresión adusta de Sinsentido se nubló.

—Yo no lo intentaría, señor —dijo poco a poco—. Al último capitán que me sacó la espada le rompí el cuello.

Paran alzó una ceja. *Que Beru me proteja, subestimo incluso a los verdaderos idiotas de la compañía*.

—Intenta mostrar cierta contención esta vez, cabo —dijo—. Vuelve y diles a tus camaradas que no se muevan hasta

que yo lo indique. Diles que de ninguna de las maneras vamos a caer sin luchar, pero que intentar largarnos cuando los barghastianos más lo esperan solo hará que muramos más rápido.

—¿Quieres que diga todo eso, señor?

—Con tus propias palabras, si quieres.

Sinsentido suspiró.

—Entonces es fácil. Me voy, capitán.

—Eso, vete, cabo.

Paran volvió a mirar al círculo y vio que Humbrall Taur se había movido y se había colocado justo en medio de los dos contendientes. Si se dirigió a ellos fue con algo breve y por lo bajo, mientras daba un paso atrás y alzaba una vez más el mazo por encima de la cabeza. El redoble de la masa de guerreros se detuvo. Trote empuñó el escudo, echó atrás la pierna izquierda y colocó la espada en posición, en guardia. La postura descuidada del jovencito no cambió, el cuchillo continuaba a un lado, sostenido con desgana.

Humbrall Taur llegó al borde del cerco. Agitó la maza una última vez por encima de la cabeza y después la bajó.

El duelo había empezado.

Trote dio un paso atrás y se inclinó con el borde del escudo justo bajo los ojos. La punta roma de la espada sobresalió un poco cuando el guerrero extendió medio brazo.

El joven giró para mirarlo, el cuchillo que llevaba en la mano hacía movimientos muy ligeros y se mecía como la cabeza de una serpiente. Tras un cambio invisible de peso por parte de Trote, el joven se desplazó con ligereza a la izquierda y la hoja osciló en un movimiento de defensa descuidado y poco entusiasta; con todo, el gran abrasapuentes no se adelantó. Todavía había ocho metros entre ellos.

Cada movimiento que hace el chaval le va diciendo más a Trote, que va llenando el mapa táctico. Con qué reacciona el chico, qué lo hace dudar, tensarse, retirarse. Cada cambio de postura, el juego sobre el suelo y los talones… y Trote todavía no se ha movido.

El jovencito se acercó un poco más, se aproximó en un ángulo que Trote imitó solo con el escudo. Otro paso. La espada del abrasapuentes se deslizó hacia un lado. El muchacho se retiró por un lateral y después se acercó otra vez agudizando el ángulo.

Como un buen soldado de infantería, Trote giró en redondo para volver a plantar los pies y el barghastiano atacó.

Paran lanzó un resoplido cuando la pesadez del abrasapuentes desapareció. Tras anular la ventaja de altura que tenía, Trote recibió el amago de cuchillada desde detrás del escudo, agazapado, y se abalanzó de forma inesperada sobre el ataque alto de la hoja del muchacho. El cuchillo curvo rebotó sin fuerza en el yelmo de Trote y después el pesado escudo redondo se estrelló contra el pecho del chico y lo arrojó hacia atrás.

El joven chocó contra el suelo, resbaló y levantó una nube de polvo cuando tropezó y rodó.

Un idiota habría continuado y solo para encontrarse con la cuchillada del muchacho entre la nube iluminada por el sol, pero Trote se limitó a ponerse cómodo tras el escudo. El joven salió de entre el torbellino de polvo con la cara embadurnada y el cuchillo en ristre. No había perdido la sonrisa.

No es un estilo al que el chaval esté acostumbrado. Trote bien podría estar en primera línea de una falange, hombro con hombro y escudo con escudo con la implacable infantería malazana. Más de una horda barbárica se ha

desflorado y hecho pedazos contra ese letal muro humano. Estas Caras Blancas jamás han combatido contra el Imperio.

El ágil barghastiano comenzó una danza rápida y veloz que rodeaba a Trote, entraba levemente y luego volvía a salir, jugaba con el brillo del sol y los destellos sobre el arma y la armadura y levantaba nubes de polvo. El abrasapuentes respondía con simples giros que lo colocaban en uno de los cuatro lados (se había convertido en su propio cuadrado) y se limitaba a esperar; una y otra vez parecía conservar una posición demasiado tiempo antes de cambiar; siempre se desplazaba con pasos bruscos y metódicos de la instrucción de la infantería malazana, como un recluta un poco zoquete. Hacía caso omiso de cada finta, no lo arrastraban los movimientos del muchacho, ni su desequilibrio y torpeza, que eran a su vez ilusorios también.

El círculo de guerreros había empezado a gritar de frustración. Aquel no era un duelo como los que ellos conocían. Trote no le seguía el juego al muchacho. *Ahora es un soldado del Imperio y esa es la moraleja de su cuento*.

El jovencito lanzó otro ataque, su hoja se desdibujó en una madeja salvaje de fintas, después lanzó una cuchillada baja que buscaba la rodilla derecha del abrasapuentes, la bisagra de la articulación de la armadura. El escudo bajó y apartó el cuchillo. La espada ancha lanzó una cuchillada horizontal en busca de la cabeza del chico. Este se agachó y la hoja curva cayó para lanzar una cuchillada ineficaz hacia la punta de la bota de Trote. El abrasapuentes estrelló el escudo contra la cara del chico.

El joven se tambaleó y empezó a chorrear sangre de su nariz. Con todo, alzó el cuchillo sin vacilar y rodeó el borde del escudo como si siguiera una guía de siseos para hundirse en la bisagra del brazo izquierdo de Trote, el

gancho mordió la carne y después atravesó ligamentos y venas.

El malazano bajó de repente la espada ancha y rebanó la mano del cuchillo del chico por la muñeca.

La sangre brotó de los dos guerreros, pero el combate cuerpo a cuerpo no había terminado. Paran observó asombrado la mano izquierda del muchacho, que subió disparada con los dedos rígidos y se metió por debajo de la protección de la barbilla del yelmo de Trote. Se oyó un extraño chasquido seco en la garganta de Trote. El brazo del escudo cayó sin sentido en medio de un mar de sangre, las rodillas cedieron y el abrasapuentes se desplomó.

El último gesto de Trote fue un barrido rápido como un rayo con la espada ancha, un barrido que atravesó el estómago del muchacho. La carne flexible se separó y el jovencito bajó la mirada a tiempo de ver que sus intestinos caían entre un chorro de fluidos. Sufrió una convulsión a su alrededor y se hundió en el suelo.

Trote yacía ante el muchacho moribundo, se agarraba con gestos frenéticos la garganta y daba patadas.

El capitán se abalanzó sobre él, pero uno de sus abrasapuentes fue más rápido, Mantillo, un sanador menor del undécimo pelotón, salió disparado hacia el círculo y cayó junto a Trote. Una pequeña navaja destelló en la mano del soldado cuando se sentó a horcajadas sobre el guerrero que se retorcía y le echó la cabeza hacia atrás para exponer la garganta.

En el nombre del Embozado, pero qué...

El caos reinaba por todas partes. El círculo se estaba disolviendo y los guerreros barghastianos se abalanzaban con las armas sacadas, aunque era obvio que no sabían muy bien qué debían hacer con ellas. Paran giró la cabeza de

repente y vio a sus abrasapuentes contrayéndose en medio de un círculo de salvajes beligerantes que daban chillidos.

Dioses, se está derrumbando todo.

Un cuerno interrumpió la cacofonía. Todas las cabezas se giraron. Los guerreros senan estaban reafirmando la santidad del círculo, bramaban y apartaban a empujones a los demás hombres y mujeres de las tribus. Humbrall Taur había levantado una vez más su mazo, una exigencia silenciosa pero ineludible de que se restableciera el orden.

Se alzaron voces entre los barghastianos que rodeaban a la compañía de abrasapuentes y el capitán vio las municiones moranthianas sostenidas en alto por las manos de sus soldados. Los barghastianos empezaban a retroceder con las lanzas echadas hacia atrás, listas para lanzarlas.

—¡Abrasapuentes! —gritó Paran mientras se dirigía a grandes zancadas hacia ellos—. ¡Guardad esos malditos trastos! ¡Ahora!

El cuerno sonó por segunda vez.

Se giraron los rostros. Las letales granadas desaparecieron de nuevo bajo las capas de lluvia y los mantos.

—¡Descansen! —gruñó Paran al llegar. En voz más baja les espetó—: ¡Estaos quietos, malditos idiotas! ¡Nadie contaba con un puñetero empate, por el Embozado! No perdáis la cabeza. Cabo Sinsentido, vete con Mantillo y averigua qué hizo con esa navaja, en nombre de Fener, y que te dé las malas noticias sobre Trote; lo sé, lo sé, parecía acabado. Pero el chaval también. Quién sabe, quizá sea cuestión de quién muere primero…

—Capitán —interpuso uno de los sargentos—. Venían a por nosotros, señor, eso es todo. No estábamos planeando nada, estábamos esperando tu señal, señor.

—Me alegro de oír eso. Ahora mantened los ojos abiertos, pero no perdáis la calma mientras yo voy a consultar con Humbrall Taur. —Paran giró en redondo y se dirigió hacia el círculo.

La cara del caudillo barghastiano era de un color ceniciento y su mirada regresaba sin cesar a la pequeña figura que permanecía sumida en una inquietante inmovilidad en el suelo manchado, a poca distancia. Media docena de jefes menores se habían apiñado alrededor de Humbrall y todos y cada uno gritaban para hacerse oír por encima de sus rivales. Taur hacía caso omiso de todos ellos.

Paran se abrió camino entre la multitud. Una mirada a la derecha le mostró a Sinsentido agachado junto a Mantillo. El sanador apretaba con una mano la herida del brazo izquierdo de Trote y parecía susurrar por lo bajo con los ojos cerrados. Un ligero movimiento por parte de Trote reveló que el abrasapuentes seguía vivo. Y además, comprendió el capitán, había dejado de agitar brazos y piernas. Mantillo le había proporcionado algún medio de coger aire. Paran sacudió la cabeza sin poder creérselo. Si a un hombre le aplastas la garganta, se muere. *A menos que haya un sanador gran Denul cerca… y Mantillo no lo es, no es más que un físico con un puñado de trucos a su disposición que se las ha arreglado para hacer un milagro*…

—¡Malazano! —Los ojos pequeños y firmes de Humbrall Taur se habían clavado en Paran. Le hizo un gesto—. Debemos hablar, tú y yo. —Dejó el daru para bramarles algo a los guerreros que lo rodeaban. Los hombres se retiraron con el ceño fruncido y lanzándole miradas venenosas al capitán.

Un momento después, Paran y el caudillo barghastiano se encontraban cara a cara. Humbrall Taur lo estudió un momento antes de hablar.

—Tus guerreros no tienen muy buena opinión de ti. Sangre blanda, es lo que dicen.

Paran se encogió de hombros.

—Son soldados y yo soy su nuevo oficial.

—Son desobedientes. Deberías matar a uno o dos, después los demás te respetarán.

—Mi trabajo es mantenerlos con vida, no matarlos, caudillo.

Humbrall Taur entrecerró los ojos.

—Tu barghastiano luchó a vuestro estilo, como los forasteros. No luchó como pariente nuestro. Veintitrés duelos, mi hijo sin nombre. Sin perder ni uno, sin sufrir una sola herida siquiera. He perdido a alguien de mi sangre, a un gran guerrero.

—Trote sigue vivo —dijo Paran.

—Debería estar muerto. Aplasta la garganta de un hombre y las convulsiones se lo llevan. No debería haber podido girar la espada. Mi hijo sacrificó una mano para matarlo.

—Un esfuerzo valiente, caudillo.

—En vano, al parecer. ¿Afirmas que Trote sobrevivirá a sus heridas?

—No lo sé. Necesito consultar con mi sanador.

—Los espíritus están callados, malazano —dijo Humbrall Taur después de un momento—. Esperan. Como debemos hacer nosotros.

—Tu Consejo de Jefes quizá no esté de acuerdo contigo —comentó Paran.

Taur frunció el ceño.

—Eso es asunto de los barghastianos. Regresa con tu compañía, malazano. Mantenlos con vida… si puedes.

—¿Nuestro destino depende de la supervivencia de Trote, caudillo?

El enorme guerrero le enseñó los dientes.

—No del todo. He terminado contigo, por ahora. —Le dio la espalda al capitán. Los otros jefes volvieron a acercarse.

Paran se apartó un poco, luchó contra un resurgimiento del dolor de estómago y se acercó adonde yacía Trote. Con los ojos puestos en el guerrero barghastiano, se agachó junto al sanador, Mantillo. Entre las clavículas de Trote había un agujero que albergaba un tubo de hueso hueco que silbaba con suavidad cuando el guerrero respiraba. El resto de la garganta estaba arrugada y era una masa de cardenales verdes y azules. El barghastiano tenía los ojos abiertos, conscientes y llenos de dolor.

Mantillo miró al capitán.

—He sanado los vasos y los tendones del brazo —dijo en voz baja—. Creo que no lo perderá. Aunque se le quedará más débil, a menos que Mazo llegue aquí pronto.

Paran señaló el tubo de hueso.

—En el nombre del Embozado, ¿qué diablos es eso, sanador?

—No es tan fácil jugar con las sendas ahora mismo, señor. Además, yo no soy tan bueno como para arreglar algo así. Es un truco de físico, lo aprendí de Bullit cuando estuve en el Sexto Ejército; ese siempre estaba buscando formas de hacer cosas sin magia, porque nunca era capaz de encontrar su senda cuando se calentaba el ambiente.

—Parece… temporal.

—Sí, capitán. Necesitamos a Mazo. Y pronto.

—Fuiste muy rápido, Mantillo —dijo Paran mientras se levantaba—. Bien hecho.

—Gracias, señor.

—Cabo Sinsentido.

—¿Capitán?

—Que bajen aquí unos soldados. No quiero que ningún barghastiano se acerque demasiado a Trote. Cuando Mantillo os lo diga, llevadlo a nuestro campamento.

—Sí, señor.

Paran observó al soldado que se escabullía a toda prisa y después miró al sur y examinó el cielo.

—¡Por el aliento del Embozado! —murmuró con tono aliviado y quejumbroso.

Mantillo se levantó.

—Así que mandaste a Torzal a buscarlos, ¿eh, señor? Mira, lleva un pasajero. Seguramente Ben el Rápido, aunque…

Paran sonrió poco a poco, entrecerró los ojos y observó la distante mota negra que se dibujaba sobre la cordillera.

—No si Torzal siguió mis órdenes, sanador.

Mantillo lo miró.

—Mazo. Por la pezuña de Fener, eso sí que es una buena jugada, capitán.

Paran se encontró con la mirada del sanador.

—Nadie muere en esta misión, Mantillo.

El veterano asintió poco a poco y después se arrodilló otra vez para atender a Trote.

Rapiña estudió al mago mientras subían penosamente otra ladera más cubierta de hierba.

—¿Quieres que busquemos a alguien para que te lleve, mago?

Ben el Rápido se secó el sudor de la frente y sacudió la cabeza.

—No, ya estoy mejor. Hay gran densidad de espíritus barghastianos por aquí, cada vez más. Se están resistiendo a la infección. Todo irá bien, cabo.

—Si tú lo dices, solo que a mí no me parece que tengas muy buena cara.

Y que conste que me quedo corta.

—La senda del Embozado nunca es un paseo por el parque.

—Eso son malas noticias, mago. ¿Qué podemos esperar entonces?

Ben el Rápido no dijo nada.

Rapiña frunció el ceño.

—Tan mal están las cosas, ¿eh? Bueno, estupendo. Espera a que se entere Azogue.

El mago consiguió esbozar una sonrisa.

—Le dices las cosas solo para verlo retorcerse, ¿verdad?

—Claro. El pelotón necesita entretenerse, ¿no?

La cima reveló otro grupo más de pequeños montones de piedras repartidos por aquella explanada erosionada por los elementos. Unos pájaros diminutos, grises y de patas largas, se apartaban a saltitos del camino de los soldados. No se desperdiciaban palabras, el calor era opresivo y quedaba medio día de luz. Las moscas zumbaban y mantenían el ritmo.

El pelotón no había visto a nadie desde la visita de Torzal al amanecer. Sabían que a esas alturas el duelo ya habría tenido lugar, pero no sabían nada del resultado. *Por el Embozado, podríamos ir de camino a nuestra propia ejecución*. Eje y Ben el Rápido eran prácticamente inútiles, no podían ni querían poner a prueba el sabor de sus sendas, pálidos, temblorosos e inaccesibles. Seto tenía la mandíbula demasiado hinchada como para poder hacer algo más que soltar unos cuantos gruñidos, pero las miradas que le lanzaba a la espalda de Detoran, que caminaba en cabeza, insinuaban planes de una venganza asesina. Mezcla estaba explorando por delante, o por detrás, *o quizás a mi maldita*

sombra, por el Embozado; Rapiña echó un vistazo por encima del hombro para comprobarlo, pero la mujer no estaba allí. Azogue, que cerraba la marcha, mantenía una conversación privada consigo mismo y sus incesantes murmullos eran el acompañamiento constante de los zumbidos de las moscas.

El paisaje no albergaba vida alguna más allá de las hierbas que cubrían las colinas y los árboles atrofiados visibles de vez en cuando en los valles, donde los arroyos estacionales acumulaban agua bajo el suelo. En el cielo no había ni una sola nube, ni un pájaro a la vista que estropeara aquella inmensidad azul. Muy lejos, al norte y el este, se alzaban los picos blancos de la cordillera Barghastiana, irregulares en su juventud e imponentes.

Según los cálculos de Torzal, la reunión barghastiana se celebraba en un valle a unas cuatro leguas al norte. Llegarían antes del atardecer si todo iba bien.

Ben el Rápido caminaba a su lado y dio voz a un suave gruñido, la cabo se giró a tiempo de descubrir una veintena de manos sucias que se cerraban alrededor de las piernas del mago. La tierra parecía soltar espuma bajo las botas de Ben el Rápido y después la mujer vio que lo arrastraban al suelo dedos huesudos, manchados, que se aferraban a él y tironeaban, antebrazos nudosos que surgían del suelo para envolver la forma del mago, que hacía esfuerzos por liberarse.

—¡Ben! —bramó Rapiña lanzándose hacia él. El mago le tendió la mano con una mirada de asombro aturdido cuando el suelo se alzó y le rodeó la cintura. Se acercaron gritos y zancadas pesadas. La mano de Rapiña atrapó la muñeca del mago.

La tierra se hinchó hasta cubrirle el pecho. Reaparecieron las manos para agarrar el brazo derecho de Ben el Rápido y

llevárselo al subsuelo.

Los ojos de la cabo se encontraron con los del mago y este sacudió la cabeza.

—Suéltame, cabo…

—Estás loco…

—Ahora, antes de que consigas que me arranque el brazo… —El hombro derecho del hombre desapareció bajo el suelo de un tirón.

Apareció Eje, se abalanzó sobre Ben el Rápido y le envolvió el cuello con un brazo.

—¡Suéltalo! —chilló Rapiña al tiempo que soltaba la muñeca del mago.

Eje se la quedó mirando.

—¿Qué?

—¡Suéltalo, maldita sea!

El mago del pelotón le soltó el cuello al otro y se apartó con una maldición.

Azogue irrumpió entre ellos con la pala de asa corta ya en las manos cuando la cabeza de Ben el Rápido desapareció bajo el suelo. La tierra empezó a volar.

—Con calma, sargento —le soltó Rapiña—. ¡Vas a terminar arrancándole la maldita coronilla!

El sargento se la quedó mirando y después dio un salto hacia atrás como si estuviera pisando carbones ardientes.

—¡Por el Embozado! —Levantó la pala y miró la hoja con los ojos entrecerrados—. ¡No veo sangre! ¿Alguien ve sangre? O… ¡dioses! ¡Pelo! ¿Eso es pelo? Oh, reina de los Sueños…

—No es pelo —gruñó Eje mientras le quitaba a Azogue la pala de las manos—. ¡Son raíces, idiota! Ya lo tienen. Tienen a Ben el Rápido.

—¿Quién lo tiene? —quiso saber Rapiña.

—Espíritus barghastianos. ¡Una horda entera de ellos! ¡Nos tendieron una emboscada!

—¿Y qué hay de ti, entonces? —preguntó la cabo.

—Supongo que yo no soy lo bastante peligroso. Al menos —volvió la cabeza de golpe y miró a su alrededor—, espero que no. ¡Tengo que salir de este maldito túmulo, eso es lo que tengo que hacer!

Rapiña lo observó escabullirse.

—Seto, échale un ojo, ¿quieres?

El zapador de la cara hinchada asintió y salió con paso cansino detrás de Eje.

—¿Y ahora qué hacemos? —siseó Azogue con el bigote crispado.

—Esperamos una campanada o dos y si para entonces el mago no se has arreglado para salir de ahí, continuamos.

El sargento abrió mucho los ojos azules.

—¿Lo dejamos? —susurró.

—O eso o arrasamos esta maldita colina. Y de todos modos no íbamos a dar con él, lo han metido en su senda. Está aquí, pero no está aquí, si sabes a lo que me refiero. Quizá, cuando Eje se centre un poco, pueda hacer algún sondeo.

—Sabía que Ben el Rápido solo nos iba a meter en líos —murmuró Azogue—. No se puede contar con los magos para nada. Tienes razón, ¿qué sentido tiene esperar aquí? Pero si son una puñetera panda de inútiles. Vamos a recoger y larguémonos de aquí.

—No pasa nada por esperar un poco —dijo Rapiña.

—Sí, seguramente es una buena idea.

La cabo le lanzó una mirada y después apartó los ojos con un suspiro.

—No nos vendría mal algo de comer. Quizá podrías hacernos algo especial, sargento.

—Tengo dátiles secos y frutos del árbol del pan, y unas sanguijuelas ahumadas de ese mercado del sur de Pale.

La mujer hizo una mueca.

—Suena bien.

—Ahora mismo me pongo.

Azogue se escabulló de inmediato.

Dioses, Azogue, estás perdiendo los papeles a toda velocidad. ¿Y qué hay de mí? Alguien menciona dátiles y sanguijuelas y a mí se me hace la boca agua…

Las canoas de proas altas yacían pudriéndose en la marisma, las cuerdas que colgaban entre ellas y los cercanos troncos de cedro estaban recubiertos de musgo. Se veían docenas de botes. Fardos jorobados repletos de mercancías yacían en pequeñas colinas, envueltos en grueso moho al que le salían hongos y champiñones. La luz era pálida, un tanto amarillenta. Ben el Rápido, chorreando cieno, se irguió con esfuerzo y escupió agua sucia, después se levantó poco a poco y echó un vistazo a su alrededor.

No se veía a sus atacantes por ningún lado. Los insectos revoloteaban por el aire con una falta de prisa muy poco entusiasta. Las ranas croaban y el ruido del agua era constante. Había un leve olor a sal en el aire. *Estoy en una senda muerta hace ya mucho tiempo, putrefacta por la pérdida de recuerdos mortales. Los barghastianos vivos no saben nada de este sitio y, sin embargo, es adonde van sus muertos, suponiendo que lleguen hasta aquí*.

—De acuerdo —dijo, su voz sonaba extrañamente apagada por aquel ambiente hinchado—. Ya estoy aquí. ¿Qué queréis?

Lo alertó un movimiento entre las brumas. Aparecieron unas figuras que se acercaron con vacilación, hundidas

hasta las rodillas en aquel remolino de agua negra. El mago entrecerró los ojos. Esas criaturas no eran los barghastianos que conocía del reino mortal. Más achaparrados, más anchos, de huesos robustos, eran una mezcla de imass y toblakai. *Dioses, ¿pero cuántos años tiene este sitio?* Unas frentes bajas y encapotadas ocultaban unos ojos pequeños y relucientes en la oscuridad. Unas tiras negras de cuero se abrían paso con suturas hasta las mejillas demacradas y pasaban por las mandíbulas sin vello, donde se ataban alrededor de unos huesos largos y pequeños que corrían paralelos a la mandíbula. El pelo negro les caía en toscas trenzas separadas por la raya al medio. Los hombres y las mujeres que empezaban a rodear a Ben el Rápido iban todos y cada uno vestidos con pieles de foca ceñidas decoradas con huesos, cuernas y conchas. Unos cuchillos largos de hoja fina les colgaban de las caderas. Unos cuantos varones llevaban lanzas con pinchos que parecían hechas solo de hueso.

Una figura más pequeña se subió de un salto a un tocón podrido de cedro que había justo delante de Ben el Rápido, un bulto con forma de hombre hecho de palos y cuerda y con una cabeza de bellota.

El mago asintió.

—Talamandas. Creí que ibas a regresar con el clan de las Caras Blancas.

—Y eso hice, mago, gracias solo a tu astucia.

—Tienes una forma muy rara de mostrar gratitud, viejo. —Ben el Rápido miró a su alrededor—. ¿Dónde estamos?

—El primer desembarco. Aquí aguardan los guerreros que no sobrevivieron al final del viaje. Nuestra flota era inmensa, mago; sin embargo, cuando terminó la travesía, la mitad de las canoas albergaban solo cadáveres. Habíamos cruzado un océano sumidos en una incesante batalla.

—¿Y los barghastianos muertos dónde van ahora?

—A ninguna parte y a todas. Están perdidos. Hechicero, vuestro aspirante ha matado al paladín de Humbrall Taur. Los espíritus han contenido el aliento y no se mueven, pues todavía es posible que ese hombre muera.

Ben el Rápido se estremeció. Se quedó callado un momento y después habló.

—¿Y si muere?

—Vuestros soldados morirán. Humbrall Taur no tiene elección. Se enfrenta a una guerra civil. Los propios espíritus perderán su unidad. Seríais una distracción demasiado grande, una fuente de mayor división. Pero no es por eso por lo que he hecho que te traigan aquí. —El pequeño monigote señaló con un gesto las figuras que permanecían en silencio tras él—. Estos son los guerreros. El ejército. Sin embargo… nuestros caudillos no se hallan entre nosotros. Los espíritus fundadores se perdieron hace mucho tiempo. Mago, un vástago de Humbrall Taur los ha encontrado. ¡Los ha encontrado!

—Pero hay un problema.

Talamandas pareció hundirse.

—Así es. Están atrapados… en la ciudad de Capustan.

Las implicaciones se abrieron paso poco a poco por la mente del hechicero.

—¿Lo sabe Humbrall Taur?

—No lo sabe. Me expulsaron de allí sus cargadores. Los espíritus más antiguos no son bienvenidos. Solo se permite la presencia de los más jóvenes porque no tienen mucho poder. Su don es la comodidad y la comodidad ha llegado a significar mucho entre los barghastianos. No siempre fue así. Ves ante ti un panteón dividido y el cisma inmenso que nos separa es el tiempo, y la pérdida de la memoria. Somos

desconocidos para nuestros hijos; no quieren escuchar nuestra sabiduría y temen nuestro potencial de poder.

—¿Esperaba Humbrall Taur que su hijo encontrara esos espíritus fundadores?

—Asume un grave riesgo, pero sabe que los clanes de las Caras Blancas son vulnerables. Los espíritus jóvenes son demasiado débiles para resistirse al Dominio Painita. Serán esclavizados o destruidos. Cuando les arranquen la comodidad, todo lo que se revelará será la debilidad de la fe y la ausencia de fuerza. Los ejércitos del Dominio aplastarán a los clanes. Humbrall Taur extiende el brazo en busca de poder, pero tantea a ciegas.

—Y cuando le diga que han encontrado los antiguos espíritus… ¿me creerá?

—Eres nuestra única esperanza. Debes convencerlo.

—Te liberé de las protecciones —dijo Ben el Rápido.

—¿Qué pides a cambio?

—Trote tiene que sobrevivir a sus heridas. Debe ser reconocido como paladín para que pueda ocupar su lugar legítimo en el Consejo de Jefes. Necesitamos contar con una posición de fuerza, Talamandas.

—No puedo regresar a las tribus, hechicero. Solo conseguiré que me echen otra vez.

—¿Puedes canalizar tu poder a través de un mortal?

El monigote ladeó lentamente la cabeza.

—Verás, tenemos un sanador Denul, pero, al igual que yo, tiene problemas para utilizar su senda. El veneno painita…

—Para que se le haga obsequio de nuestro poder —dijo Talamandas— hay que traerlo a esta senda, a este lugar.

—Bueno —dijo Ben el Rápido—, ¿por qué no encontramos una forma de hacerlo?

Talamandas se giró poco a poco para examinar a sus espíritus. Después de un momento volvió a mirar al

hechicero.

—De acuerdo.

Una jabalina perdida dibujó un arco hacia Torzal cuando el moranthiano negro y su pasajero comenzaron el descenso. El quorl salió disparado hacia un lado y después cayó con rapidez hacia el círculo. Risas y maldiciones se alzaron entre los guerreros reunidos, pero no se hicieron más gestos.

Paran le lanzó una última mirada al pelotón que hacía guardia alrededor de Trote y Mantillo y después echó una carrera hacia donde desmontaban Torzal y un Mazo lleno de ampollas entre desafíos y armas amenazantes.

—¡Abrid paso, malditos seáis! —bramó el capitán al tiempo que apartaba a un nativo senan de un empujón y se acercaba. El hombre se incorporó con un gruñido y después le mostró al capitán los dientes afilados a modo de desafío. Paran no le hizo caso. Cinco zancadas y varios empujones después, llegó junto a Torzal y Mazo.

El sanador había abierto mucho los ojos, alarmado.

—Capitán…

—Sí, se están calentando las cosas, Mazo. Ven conmigo. Torzal, más valdría que salieras de aquí como una flecha, ¡por el abismo!

—De acuerdo. Regreso con el pelotón del sargento Azogue. ¿Qué ha ocurrido?

—Trote ganó la batalla, pero puede que pierda la guerra. Venga, vete ya, antes de que se hagan un pincho moruno contigo.

—Sí, capitán.

Paran cogió al sanador por un brazo, dio media vuelta y empezó a abrirse paso entre la multitud.

—Trote te necesita —le dijo mientras caminaba—. Está mal. Tiene la garganta aplastada…

—En el nombre del Embozado, ¿cómo es que sigue vivo?

—Mantillo le abrió un agujero encima de los pulmones y el cabrón respira por ahí.

Mazo frunció el ceño y después asintió.

—Muy listo. Pero, capitán, puede que no te sea de mucha utilidad, a ti o a Trote…

Paran giró la cabeza de golpe.

—Pues más te vale serlo. Si él muere, nosotros también…

—Mi senda…

—Déjate de excusas y cura a ese hombre, ¡maldito seas!

—Sí, señor, pero solo para que lo sepas, es muy probable que la operación me mate.

—¡Por los huevos de Fener!

—Es un trato justo, señor. Hasta yo lo sé. No te preocupes, curaré a Trote… Saldréis todos de esta y eso es lo que único que importa.

Paran se detuvo. Cerró los ojos y luchó contra las oleadas de dolor que sentía de repente en el estómago.

—Como tú digas, Mazo —dijo entre dientes.

—Sinsentido nos está haciendo señas…

—Sí, adelante, vete tú, sanador.

—Sí, señor.

Mazo se soltó del capitán y se dirigió al pelotón. Paran se obligó a abrir los ojos.

Mira al muy cabrón. Ni una sola vacilación. Ni parpadea al contemplar su destino. ¿Quién… qué son estos soldados?

Mazo apartó a Mantillo y se arrodilló junto a Trote, se encontró con la mirada dura del guerrero y extendió una mano.

—¡Mazo! —siseó Mantillo—. Tu senda…

—Cállate —dijo Mazo. Cerró los ojos y tocó con los dedos la garganta hundida y mutilada.

Abrió su senda y su mente chilló cuando una oleada virulenta de poder penetró en él. Sintió que se le hinchaba la carne, que se le partía, oyó el chorro de sangre y el grito espantado de Mantillo. Después, el mundo físico se desvaneció en medio de un mar agitado de dolor.

¡Encuentra la senda, maldita sea! El camino de la curación, la vena del orden… ¡Dioses! No pierdas la cordura, sanador. Aguanta…

Pero sintió que le arrancaban la cordura, que algo la devoraba. Estaban haciendo pedazos su verdadero yo delante de sus narices y él no podía hacer nada. Recurrió a ese núcleo de salud que había en el fondo de su alma, se sirvió de su poder, sintió cómo se derramaba entre las yemas de sus dedos hasta alcanzar el cartílago destrozado de la garganta de Trote. Pero el núcleo empezó a disolverse…

Unas manos lo agarraron, tiraron de él, un nuevo asalto. Su espíritu luchó e intentó apartarse. Los gritos lo envolvieron desde todos lados, como si se estuvieran destruyendo un sinfín de almas. Las manos se apartaron de sus miembros, pero las sustituyeron otras nuevas. Lo estaban arrastrando, su mente se rendía a la determinación salvaje de esas manos que se aferraban a él y lo arañaban.

Una calma repentina. Mazo se encontró arrodillado en un estanque fétido, envuelto en silencio. Después se alzó un murmullo a su alrededor. Levantó la cabeza.

Quítanoslo a nosotros, susurraron mil voces al unísono. *Toma nuestro poder. Regresa a tu lugar y usa todo lo que te damos. Pero date prisa, el camino que hemos trazado es costoso… muy costoso*…

Mazo se abrió al poder que giraba a su alrededor. No tenía alternativa. Estaba indefenso ante sus exigencias. Sus miembros, su cuerpo, parecía arcilla húmeda recién moldeada. De los huesos hacia fuera, algo estaba reuniendo de nuevo su alma hecha pedazos.

Se irguió con una sacudida, se dio la vuelta y empezó a caminar. Sentía el suelo desigual que cedía bajo sus pies. No miró abajo, se limitó a continuar. La senda Denul lo rodeaba, salvaje y mortal, pero a la vez se contenía ante él. Incapaz de reclamar su alma, el veneno aullaba.

Mazo pudo sentir los dedos una vez más, todavía apretados contra la garganta rota de su amigo y, sin embargo, en su mente seguía caminando. Paso a paso, empujado de forma inexorable. *Este es el viaje que me lleva a mi carne. ¿Quién ha hecho esto por mí? ¿Por qué?*

La senda empezó a atenuarse a su alrededor. Ya casi estaba en casa. Mazo bajó la cabeza y vio lo que sabía que vería. Caminaba sobre una alfombra de cadáveres, el camino que atravesaba el horror envenenado de su senda. Costoso, tan costoso…

El sanador abrió los ojos con un parpadeo. Bajo sus dedos había piel magullada, pero nada más. Parpadeó para espantar el sudor y miró a Trote a los ojos.

Dos caminos, al parecer. Uno para mí y otro para ti, amigo mío.

El barghastiano levantó con gesto débil el brazo derecho. Mazo lo sujetó con una mano de hierro.

—Has vuelto —susurró el sanador—, maldito cabrón de los dientes de tiburón.

—¿Quién? —croó Trote, la piel que le rodeaba los ojos se tensó por el esfuerzo—. ¿Quién pagó?

Mazo sacudió la cabeza.

—No lo sé. Yo no.

Los ojos del barghastiano se posaron un momento en la piel partida y ensangrentada de los brazos del sanador.

Mazo volvió a sacudir la cabeza.

—Yo no, Trote.

Paran no podía moverse, no se atrevía a acercarse más. Lo único que distinguía era un tropel de soldados alrededor del cuerpo postrado de Trote y la figura arrodillada de Mazo. *Que los dioses me perdonen, le he ordenado a ese sanador que se suicide. Si este es el verdadero rostro del mando, entonces es la sonrisa de una calavera y yo no lo quiero. Se acabó, Paran, tú no puedes asumir esta vida, tomar estas decisiones, eres incapaz. ¿Quién eres tú para comparar el valor de dos vidas? ¿Para calcular el valor de alguien, para medir la carne por libras? No, esto es una pesadilla. Se acabó*.

Mantillo apareció tambaleándose y giró para mirar al capitán. El hombre tenía la cara pálida y los ojos muy abiertos. Se acercó tropezando.

No, no me digas nada. Vete, maldito seas.

—¿Qué es lo que hay, sanador?

—Va… todo va bien, capitán. Trote saldrá de esta…

—¿Y Mazo?

—Heridas superficiales, yo me ocuparé de eso, señor. Vive… no me preguntes cómo…

—Déjame, Mantillo.

—¿Señor?

—Vete. Vuelve con Mazo. Quítate de mi vista.

Paran le dio la espalda al hombre y lo oyó escabullirse. El capitán cerró los ojos y esperó a que se reanudara la agonía de sus tripas, que se alzaran de nuevo como un puño de fuego. Pero en su interior todo era calma. Se secó los ojos y

respiró hondo. *No muere nadie. Vamos a salir todos de aquí. Será mejor que se lo diga a Humbrall Taur. Trote ha vencido… ¡y al Embozado con todos los demás!*

A doce metros de él, Mantillo y Sinsentido se habían agachado y observaron que la espalda del capitán se erguía, observaron que Paran se ajustaba el cinturón de la espada y lo observaron mientras accedía sin prisa a la tienda de mando de Humbrall Taur.

—Es duro, el muy cabrón —murmuró el sanador.

—Frío como un invierno jaghut —dijo Sinsentido con el rostro crispado—. Mazo pareció hombre muerto durante un rato.

—Durante un rato casi lo estuvo, maldita sea.

Los dos hombres se quedaron callados, después Mantillo se inclinó hacia un lado y escupió.

—Puede que el capitán lo consiga, después de todo —dijo.

—Sí —dijo Sinsentido—. Es posible.

—¡Eh! —gritó uno de los soldados que tenían cerca—. ¡Mirad ese pico! ¿Esa no es Detoran? Y ahí está Eje, ¡llevan a alguien entre los dos!

—Será Ben el Rápido —dijo Mantillo mientras se erguía—. Habrá estado jugando demasiado tiempo en sus sendas. Será idiota.

—Magos —se burló Sinsentido—. ¿Pero quién necesita a esos vagos? Serán cabrones…

—Magos, ¿eh? ¿Y qué hay de los sanadores, cabo?

El largo rostro del hombre se alargó de repente todavía más y se quedó con la boca abierta.

—Eh, bueno, los sanadores están bien, Mantillo. Muy bien, joder. Yo me refería a brujos, hechiceros y demás…

—Déjalo, anda, antes de que digas una auténtica estupidez, Sinsentido. Bueno, ya estamos todos aquí. Me pregunto qué nos harán estas Caras Blancas.

—¡Pero si ganó Trote!

—¿Y?

El cabo se quedó con la boca abierta por segunda vez.

El humo de la hoguera llenaba la tienda de cuero de Humbrall Taur. El enorme caudillo se encontraba solo y le daba la espalda a la hoguera redonda. El fuego dibujaba su silueta junto al hogar.

—¿Qué tienes que decirme? —dijo con voz profunda cuando Paran dejó caer tras él la solapa de cuero.

—Trote vive. Y reclama de nuevo el liderato que le corresponde.

—Pero no tiene tribu…

—Tiene una tribu, caudillo. Treinta y ocho abrasapuentes. Te lo demostró con el estilo que escogió para el duelo.

—Sé lo que nos mostró…

—¿Pero quién lo entendió?

—Yo, y eso es lo único que importa.

Se produjo un silencio. Paran estudió la tienda y su escaso contenido, buscaba pistas sobre la naturaleza del guerrero que se alzaba delante de él. El suelo estaba cubierto de pieles de bhederin. Media docena de lanzas yacían en un lado, una de ellas partida. Un único cofre de madera tallado a partir de un solo tronco, lo bastante grande para contener tres cadáveres estirados uno encima de otro, dominaba la pared contraria. La tapa estaba abierta y mostraba en el interior un enorme mecanismo de cierre de una gran complejidad. Un caos rebelde de mantas corría paralelo al cofre, era evidente que allí dormía Taur. Monedas,

cosidas a las paredes de cuero, resplandecían con un brillo mortecino por todos lados, y del techo cónico colgaban más monedas como borlas, estas ennegrecidas por años de humo.

—Has perdido el mando, capitán.

Paran parpadeó y miró los ojos oscuros del caudillo.

—Es un alivio —dijo.

—Nunca admitas que no quieres gobernar, malazano. Lo que temes en ti mismo nublará tu juicio sobre todo lo que haga tu sucesor. Tu temor te cegará tanto que no sabrás reconocer ni su sabiduría ni su estupidez. Trote nunca ha sido comandante, lo vi en sus ojos la primera vez que salió de entre tus filas. Ahora debes vigilarlo. Con una visión clara. —El hombre se giró y se acercó al cofre—. Tengo hidromiel. Bebe conmigo.

Dioses, mi estómago…

—Gracias, caudillo.

Humbrall Taur sacó del cofre una jarra de barro y dos tazas de madera. Destapó la jarra, la olisqueó con vacilación y después asintió y sirvió la bebida.

—Esperaremos un día más —dijo—. Después me dirigiré a los clanes. Trote tendrá permiso para hablar, se ha ganado un lugar entre los jefes. Pero te digo ya una cosa, capitán. —Le pasó a Paran una taza—. No marcharemos sobre Capustan. A esa gente no le debemos nada. Cada año perdemos a más jóvenes a manos de esa ciudad, de su forma de vida. Sus mercaderes llegan entre nosotros sin nada de valor, con la osadía de hacer reclamaciones y ofrecimientos, y serían capaces de desnudar a mi pueblo si pudieran.

Paran dio un sorbo a la embriagadora hidromiel y sintió que le quemaba la garganta.

—Tu verdadero enemigo no es Capustan, caudillo…

—El Dominio Painita nos declarará la guerra. Lo sé, malazano. Tomarán Capustan y la usarán para llevar sus ejércitos hasta nuestras propias fronteras. Y entonces marcharán sobre nosotros…

—Si ya lo sabes, entonces por qué…

—Veintisiete tribus, capitán Paran. —Humbrall Taur se terminó la taza y después se limpió la boca—. De ellas, solo ocho jefes me apoyan. No son suficientes. Los necesito a todos. Dime, tu nuevo jefe, ¿puede convencer solo con palabras?

Paran hizo una mueca.

—No lo sé. Pocas veces las usa. Claro que, hasta ahora, no ha tenido mucha necesidad de usarlas. Ya veremos mañana, supongo.

—Tus Abrasapuentes siguen corriendo peligro.

El capitán se puso rígido y estudió el denso vino con miel que tenía en la taza.

—¿Por qué? —preguntó después de un momento.

—Los barahn, los gilk, los ahkrata, todos están unidos contra vosotros. Incluso ahora hacen correr rumores sobre vuestra doblez. Vuestros sanadores son nigromantes, están realizando un ritual de resurrección para devolverle la vida a Trote. Las Caras Blancas no aprecian a los malazanos. Sois aliados de los moranthianos. Conquistasteis el norte, ¿cuánto tardaréis en volver vuestras ávidas miradas hacia nosotros? Sois el oso de las llanuras que tenemos a nuestro lado y que nos incita a entablar combate con el tigre del sur. Un cazador siempre sabe lo que piensa un tigre, pero nunca lo que piensa un oso de las llanuras.

—Así que, al parecer, nuestro destino sigue pendiendo de un hilo —dijo Paran.

—Veremos cuando llegue la mañana —dijo Humbrall Taur.

El capitán se terminó la taza y la dejó en el borde del cofre. Empezaban a encenderse brasas en su estómago. Tras la empalagosa hidromiel que le entumecía la lengua, sentía el sabor de la sangre.

—Debo ocuparme de mis soldados —dijo.

—Dales esta noche, capitán.

Paran asintió y después salió de la tienda.

A ocho metros de la tienda lo esperaban Rapiña y Mezcla. El capitán frunció el ceño cuando se acercaron las dos mujeres a toda prisa.

—Más buenas noticias, supongo —gruñó por lo bajo.

—Capitán.

—¿Qué pasa, cabo?

Rapiña parpadeó.

—Bueno, eh, pues que hemos llegado. Pensé que debería informar…

—¿Dónde está Azogue?

—No se encuentra muy bien, señor.

—¿Algo que comió?

Mezcla esbozó una gran sonrisa.

—Esa es muy buena. Algo que comió…

—Capitán —interpuso Rapiña a toda prisa mientras le lanzaba a Mezcla una mirada de advertencia—. Perdimos a Ben el Rápido durante un tiempo y después lo recuperamos, solo que no se ha despertado. A Eje le parece que es una especie de conmoción. Lo metieron en las sendas barghastianas…

Paran se sobresaltó.

—¿Que le pasó qué? Llévame con él. Mezcla, ve a buscar a Mazo y que se reúna con nosotros, ¡paso ligero! ¿Y bien, Rapiña? ¿Por qué te quedas ahí parada? Tú delante.

—Sí, señor.

El séptimo pelotón había dejado caer su equipo en el campamento de los Abrasapuentes. Detoran y Seto estaban desplegando tiendas, los observaba con gesto malhumorado un Azogue pálido y tembloroso. Eje estaba sentado detrás de Ben el Rápido, se peinaba con los dedos y aire ausente la destrozada camisa de pelo mientras miraba con el ceño fruncido al mago inconsciente. El moranthiano negro, Torzal, no se había alejado mucho. Los soldados de los otros pelotones se habían sentado con sus respectivos grupos, observaban a los recién llegados, pero no se acercaban más.

Paran siguió a la cabo hasta que se reunió con Eje y Ben el Rápido. El capitán le echó un vistazo a los pelotones.

—¿Qué les pasa? —se preguntó en voz alta.

Rapiña lanzó un gruñido.

—¿Ves la cara hinchada de Seto? Detoran está de mala leche, señor. A todos nos parece que le gusta el pobre zapador.

—¿Y le ha mostrado su afecto dándole la gran paliza?

—Es una tipa dura, señor.

El capitán suspiró y guio a Eje a un lado mientras se agachaba para estudiar a Ben el Rápido.

—Dime lo que pasó, Eje. Rapiña habló de una senda barghastiana.

—Sí, señor. Bueno, es lo que supongo. Estábamos cruzando un túmulo…

—Ah, muy inteligente —soltó de repente Paran.

El mago agachó la cabeza.

—Sí, bueno, no era el primero que cruzábamos y todos los demás estaban dormidos. Pero bueno, los espíritus levantaron los brazos, cogieron a Ben, lo arrastraron y desapareció. Esperamos un rato. Después lo volvieron a escupir y ya estaba así. Capitán, las sendas se han deteriorado y tienen muy mala pinta. Ben dijo que eran los

painitas, solo que no los painitas de verdad, sino el poder que se oculta tras ellos. Dijo que estábamos todos metidos en un lío.

Se oyeron unos pasos, Paran se volvió y vio acercarse a Mazo y Mezcla. Tras ellos llegaba Trote. Entre los otros pelotones se alzaron unos cuantos vítores confusos e irónicos seguidos de una estruendosa pedorreta. Trote les enseñó los dientes y cambió de dirección. Una figura se levantó de un salto como un conejo. La sonrisa del barghastiano se ensanchó.

—Vuelve aquí, Trote —le ordenó Paran—, tenemos que hablar.

El enorme guerrero se encogió de hombros, giró en redondo y volvió a acercarse.

Mazo se apoyó con fuerza en el hombro de Paran cuando se arrodilló.

—Perdona, capitán —dijo con un jadeo—. No me encuentro muy bien.

—No te pediré que vuelvas a usar tu senda, sanador —dijo Paran—. Pero necesito despierto a Ben el Rápido. ¿Alguna sugerencia?

Mazo miró al hechicero con los ojos entrecerrados.

—No he dicho que estuviera debilitado, señor, solo que no me encuentro muy bien. Tuve ayuda para sanar a Trote. Espíritus, creo. Quizá barghastianos. Me pusieron en forma, no sé cómo, quién lo sabe, y el Embozado es consciente de que precisaba una ayudita para recuperarme. En definitiva, que es como si tuviera las piernas de otro, los brazos de otro… —Estiró una mano y la apoyó en la frente de Ben el Rápido, después gruñó—. Ya vuelve. Es una hechicería protectora lo que lo tiene dormido.

—¿Puedes acelerar las cosas?

—Claro. —El sanador le dio una bofetada al hechicero.

Los ojos de Ben el Rápido se abrieron de repente.

—Ay. Serás cabrón, Mazo.

—Deja de quejarte, Ben. El capitán quiere hablar contigo.

Los ojos oscuros del hechicero giraron y se clavaron en Paran, después, cerniéndose sobre el hombro del capitán, en Trote. Ben el Rápido esbozó una gran sonrisa.

—Me debéis una. Todos.

—Ni caso —le dijo Mazo a Paran—. Siempre dice lo mismo. Dioses, menudo ego. Si Whiskeyjack estuviera aquí, ya te habría dado una colleja, mago, y yo estoy tentado a ocupar su lugar.

—Ni se te ocurra. —Ben el Rápido se sentó poco a poco—. ¿Cuál es la situación por aquí?

—Seguimos con la cabeza en el tajo —dijo Paran en voz baja—. No hemos hecho ningún amigo y nuestros enemigos son cada vez más osados. El liderato de Humbrall Taur es frágil y lo asume. El hecho de que Trote matara a su hijo predilecto no nos ha ayudado tampoco. Con todo, el caudillo está de nuestro lado. Más o menos. Quizá Capustan le importe un bledo, pero sabe la amenaza que representa el Dominio Painita.

—Así que Capustan le da igual, ¿eh? —Ben el Rápido sonrió—. Esa actitud la puedo cambiar yo. Mazo, ¿tienes compañía en ese cuerpo tuyo?

El sanador parpadeó un momento.

—¿Qué?

—¿No te sientes raro?

—Bueno…

—Eso es lo que dice —lo interrumpió Paran—. ¿Qué sabes tú?

—Pues todo. Capitán, tenemos que ir a ver a Humbrall Taur. Los tres, no, los cuatro; tú también, Trote. Por el Embozado, vamos a llevarnos también a Torzal, sabe mucho

más de lo que finge saber y quizá no pueda ver esa sonrisa, moranthiano, pero sé que está ahí. Eje, esa camisa de pelo apesta. Lárgate antes de que me ponga a vomitar.

—Menuda gratitud por protegerte el pellejo —murmuró Eje mientras se apartaba.

Paran se irguió y posó la mirada en la tienda de Humbrall Taur.

—Muy bien, allá vamos otra vez.

Se acercaba la puesta de sol y la penumbra se extendía por todo el valle. Los barghastianos habían reanudado sus bailes salvajes y sus duelos crueles con una intensidad casi febril. A veinticinco metros de la tienda de Humbrall Taur, sentada entre piezas desechadas de armadura, Rapiña frunció el ceño.

—Todavía siguen ahí dentro, los muy cabrones. Y nos dejan aquí sin poder hacer nada salvo mirar cómo se mutilan estos salvajes entre sí. No creo que ya se haya acabado todo, Mezcla.

La mujer de ojos oscuros que tenía a su lado frunció también el ceño.

—¿Quieres que traiga aquí a Azogue?

—¿Para qué molestarse? ¿Oyes esos gruñidos? Es nuestro sargento, que se ha llevado a esa doncella barahn a dar una «vuelta». Volverá en un momento o dos con expresión de satisfacción…

—Y la moza un par de pasos por detrás…

—Con una expresión confusa en la cara…

—«¿Y ya está?»

—Parpadeó la pobre y se lo perdió.

Las dos mujeres compartieron una carcajada corta y desagradable. Después Rapiña volvió a ponerse seria.

—Mañana podríamos estar muertas, da igual lo que Ben el Rápido le diga a Taur. Eso es lo que sigue pensando el capitán, así que nos deja esta noche para que lo pasemos bien…

—«Con el Embozado llega el amanecer…»

—Sí.

—Trote hizo lo que tenía que hacer en esa pelea —comentó Mezcla—. Debería haber sido así de simple.

—Bueno, yo hubiera preferido que hubiera sido Detoran desde el principio. No habría habido ni casi empate ni nada. Ella le habría ajustado las cuentas a ese mocoso. Por lo que he oído, nuestro tatuado barghastiano se limitó a quedarse allí plantado y dejar que el zorrito fuera a por él. Detoran se habría lanzado y le habría roto la crisma al muchacho en menos que canta un gallo…

—No cantó ningún gallo, más bien un mazo.

—Lo que sea. Pero bueno, Trote no es tan mezquino como ella.

—Nadie lo es y acabo de notar que no ha vuelto después de arrastrar a ese guerrero gilk hasta los arbustos.

—Algo tenía que compensar la huida de Seto. Pobre chaval, me refiero al gilk. A estas alturas ya estará muerto.

—Esperemos que Detoran lo note.

Las dos mujeres se callaron. Los duelos que se daban junto a la hoguera comenzaban a sucederse a toda velocidad y con una saña que había empezado a atraer cada vez más espectadores barghastianos. Rapiña lanzó un gruñido cuando vio que otro guerrero más caía con el cuchillo de su rival clavado en la garganta. *Si esto sigue así, mañana van a tener que empezar a construir un nuevo túmulo. Claro que, quizá lo hagan de todos modos, un túmulo para los Abrasapuentes*. Miró a su alrededor y distinguió a los abrasapuentes solitarios entre la multitud de

nativos. La disciplina se había derrumbado. La oleada de esperanza que los había recorrido al oír la noticia de que Trote había sobrevivido se había hundido igual de rápido al extenderse el rumor de que los barghastianos quizá los matasen a todos en cualquier caso, por pura inquina.

—Hay algo… raro en el aire —dijo Mezcla.

Sí… como si la propia noche estuviera en llamas… como si nos encontráramos en el ojo de una tormenta de fuego invisible. Los brazaletes de Rapiña ya estaban calientes, pero continuaban calentándose cada vez más. *Estoy lista para otro chapuzón en ese barril de agua, un alivio breve, pero algo es algo*.

—¿Te acuerdas de aquella noche en Perronegro? —continuó Mezcla en voz baja—. Aquella retirada…

Nos tropezamos con un terreno abrasado rhivi… Espíritus malignos que se alzaban de las cenizas…

—Sí, Mezcla, me acuerdo muy bien.

Y si esa ala de moranthianos negros no nos hubiera visto y hubiera bajado para sacarnos…

—Tengo la misma sensación, Rapiña. Hay espíritus sueltos.

—No de los grandes, estos son ancestros que se están reuniendo. Si fueran de los grandes, se nos habrían puesto los pelos de punta.

—Cierto. Entonces, ¿dónde están? ¿Dónde se hallan los más desagradables de los espíritus barghastianos?

—En algún otro sitio, es obvio. Si nos sonríe Oponn, no aparecerán mañana.

—Se diría que sí van a aparecer. Se diría que no querrían perderse algo así.

—Intenta pensar en algo agradable para variar, Mezcla. ¡Por el aliento del Embozado!

—Solo pensaba en voz alta. —La mujer se encogió de hombros—. Pero bueno —continuó mientras se levantaba—, creo que me voy a dar un paseo. A ver a quién puedo llevarme.

—¿Entiendes barghastiano?

—No, pero a veces la comunicación más reveladora no usa palabras.

—Eres peor que los demás, Mezcla. Seguramente será nuestra última noche en el reino de los vivos y tú te largas.

—Pero de eso se trata, ¿no?

Rapiña observó a su amiga escabullirse entre las sombras. *Maldita mujer... me deja aquí sentada, sintiéndome más desgraciada que antes. ¿Cómo sabré dónde están los espíritus barghastianos serios? Quizás estén esperando detrás de una colina, listos para salir de un salto mañana por la mañana y darnos tal susto a todos que nos caguemos por las patas abajo. ¿Y cómo sé lo que va a decidir el caudillo barghastiano mañana? ¿Una palmadita en la cabeza o un cuchillo clavado en la garganta?*

Eje se abrió paso entre la multitud y se acercó. El hedor a pelo quemado flotaba a su alrededor como un segundo manto y lucía una expresión lúgubre. El mago se agachó junto a ella.

—Las cosas van mal, cabo.

—Qué novedad —soltó la mujer—. ¿Qué pasa?

—Tenemos la mitad de los soldados borrachos como cubas y el resto a punto de estarlo. Que Paran y sus amigotes desaparecieran en esa tienda y no hayan salido todavía se ha tomado como mala señal. Cuando llegue la mañana, no vamos a estar para nada, maldita sea.

Rapiña le echó un vistazo a la tienda de Humbrall Taur. Las siluetas que había en su interior llevaban algún tiempo

sin moverse. Después de un momento, la mujer asintió para sí.

—Está bien, Eje. Deja de preocuparte. Ve a divertirte un poco.

El hombre la miró con la boca abierta.

—¿Divertirme?

—Sí, ¿te acuerdas? Relajación, placer, sensación de bienestar. Vamos, la chica anda por ahí, en algún sitio, y dentro de nueve meses tampoco vas a estar aquí. Claro que tendrías más posibilidades si te quitaras esa camisa de pelo, por esta noche por lo menos…

—¿Cómo voy a hacer eso? ¿Qué pensará mi madre?

Rapiña estudió la expresión tensa y horrorizada del mago.

—Eje —dijo la cabo sin prisas—, tu madre está muerta. No está aquí, no te está viendo. Puedes portarte mal, Eje. En serio.

El mago agachó la cabeza como si una mano invisible le acabara de dar una colleja y por un momento Rapiña creyó ver la impresión de unos nudillos que florecían en la testa del tipo; después, Eje se escabulló entre murmullos y sacudiendo la cabeza.

¡Dioses… quizás estén aquí todos nuestros ancestros! Rapiña miró furiosa a su alrededor. *Acércate a mí, padre, y te rebano esa maldita garganta, por el Embozado, igual que hice la primera vez*…

Agotado y con los ojos irritados, Paran se apartó de la entrada de la tienda. El cielo estaba gris y había una leve luminiscencia. La bruma y el humo flotaban inmóviles en el valle. Una manada de perros, que recorría a grandes zancadas el risco, era lo único que se movía.

Y sin embargo están despiertos. Aquí no duerme nadie. La verdadera batalla ha terminado y ahora, aquí, delante de mí (casi puedo verlos), se alzan los diosecitos de los barghastianos que se enfrentan al amanecer… Por primera vez en miles de años, se enfrentan al amanecer de los mortales…

Una figura se reunió con él. Paran la miró.

—¿Y bien?

—Los espíritus ancestrales barghastianos han abandonado a Mazo —dijo Ben el Rápido—. El sanador duerme. ¿Los sientes, capitán? ¿A los espíritus? Se han roto todas las barreras, hechas pedazos; los ancianos se han reunido con sus familiares espirituales más jóvenes. La senda olvidada ya no está olvidada.

—Todo eso está muy bien —murmuró Paran—, pero todavía tenemos una ciudad que liberar. ¿Qué pasa si Taur levanta el estandarte de guerra y sus rivales reniegan de él?

—No lo harán. No pueden. Cada cargador de las Caras Blancas despertará al cambio, a ese florecimiento. Sentirán el poder y sabrán lo que es. Es más, los espíritus les harán saber que sus amos (los verdaderos dioses de los barghastianos) están atrapados en Capustan. Los espíritus fundadores están despiertos. Ha llegado el momento de liberarlos.

El capitán estudió al mago durante un momento.

—¿Sabías que los moranthianos eran parientes de los barghastianos? —preguntó después.

—Más o menos. A Taur puede que no le haga mucha gracia, y las tribus aullarán de rabia, pero si los propios espíritus han abrazado a Torzal y su pueblo…

Paran suspiró. *Necesito dormir un poco*.

—Será mejor que reúna a los Abrasapuentes.

—La nueva tribu de Trote —dijo Ben el Rápido con una gran sonrisa.

—¿Entonces por qué lo oigo roncar?

—Para él la responsabilidad es una novedad, capitán. Tendrás que enseñarle.

¿Enseñarle qué? ¿A vivir bajo la carga del mando? Pero si ni siquiera sé hacerlo yo. Solo tengo que mirar a Whiskeyjack a la cara para entender que no hay nadie que sepa, nadie que tenga corazón, al menos. No aprendemos más que una cosa: la capacidad de ocultar nuestros pensamientos, de enmascarar nuestros sentimientos, de enterrar nuestra humanidad en lo más profundo de nuestras almas. Y eso no se puede aprender, solo mostrar.

—Vete a despertar a ese cabrón —gruñó Paran.

—Sí, señor.

Capítulo 12



En el corazón de la montaña esperaba,
soñaba con la paz, acurrucada
alrededor de su dolor, cuando él la encontró,
la búsqueda del hombre había terminado,
y él asumió todas las cicatrices de aquella mujer,
pues el abrazo del poder es un amor
que hiere.

Ascenso del Dominio
Scintalla de Baluarte (1129-1164)

La fortaleza montañosa de Panorama, de espaldas al lago, era del color de la sangre aguada al atardecer. Los cóndores dibujaban círculos a su alrededor; el doble de grandes que los grandes cuervos, ladeaban los cuellos ribeteados de plumas para estudiar a los humanos que se arremolinaban alrededor de la base de la fortaleza en medio de un paisaje iluminado por un millar de pequeñas hogueras.

El tenescowri tuerto, que en otro tiempo había sido explorador en la hueste de Unbrazo, seguía el vuelo curvo de las aves con una concentración intensa, como si se pudieran leer mensajes divinos en los barridos de los cóndores sobre un cielo cada vez más oscuro. A él lo habían abrazado de verdad, admitían aquellos que lo conocían de vista. La inmensidad del Dominio lo había dejado mudo aquel día en Baluarte, tres semanas antes. Había habido un hambre salvaje en su único ojo desde el comienzo, un fuego

antiguo que hablaba en susurros cada vez más altos de lobos que se movían sin ruido en la oscuridad. Se decía que el propio Anaster, el primero entre los hijos de la semilla de los muertos, había observado la presencia del hombre e incluso lo había ido atrayendo cada vez más durante la larga marcha, hasta que al tenescowri tuerto le habían dado un caballo y cabalgaba con los tenientes de Anaster a la vanguardia de la marea humana.

Claro que en la compañía de tenientes de Anaster cambiaban las caras con una regularidad brutal.

Aquel ejército informe y muerto de hambre esperaba en ese momento a los pies del Vidente Painita. Al amanecer aparecería en un balcón de la torre central del Panorama y levantaría las manos en una bendición sagrada. El aullido bestial que se alzaría para recibir la bendición haría pedazos a un hombre inferior, pero el Vidente, a pesar de ser muy antiguo, no era un hombre normal. Era la encarnación del Painita, el dios, el único dios.

Cuando Anaster condujera al ejército Tenescowri al norte, al río y después más allá, hasta Capustan, llevaría en su interior el poder que era el Vidente. Y el enemigo que se había reunido para enfrentarse a ellos sería violado, devorado, borrado de la faz de la tierra. No cabía ninguna duda en las mentes de los Cien Mil. Solo certeza, una espada de hierro afilada como una cuchilla sujeta por un hambre incesante, desesperada.

El hombre tuerto continuaba observando a los cóndores mientras la luz se iba desvaneciendo. Quizá, susurraban algunos, estaba en comunión con el propio Vidente, y su mirada no se posaba en aquellas aves que dibujaban círculos, sino en la fortaleza del propio Panorama.

En realidad, los campesinos nunca se acercarían más a la verdad. Sí, Toc el Joven estaba estudiando la imponente

fortaleza, un antiguo monasterio malformado por excreciones militares: almenas y muros para escaladas, garitas gigantes y trincheras de muros escarpados. Y los esfuerzos continuaban, era obvio que los albañiles e ingenieros estaban decididos a continuar trabajando toda la noche bajo imponentes braseros de llamas bailarinas.

Oh, daos prisa con este último frenesí de mejoras. Siente lo que has de sentir, viejo. Para ti es una emoción nueva, pero el resto la conocemos muy bien. Se llama miedo. Los siete cazadores k'ell que enviaste ayer al sur, los que pasaron junto a nosotros en el camino... no van a volver. Y ese fuego mágico que ves iluminando el firmamento meridional por la noche... se está acercando. Inexorable. La razón es muy sencilla: has hecho enfadar a la buena de lady Envidia. No es una mujer muy agradable cuando se enfada. ¿Visitaste la carnicería de Baluarte? ¿Enviaste a tus urdomen favoritos para que te trajeran un informe detallado? ¿La noticia te convirtió las rodillas en agua? Debería. La loba y el perro, enormes y silenciosos, desgarraron aquella masa humana. El t'lan imass, su espada era un borrón del color del orín que atravesaba y rebanaba los cuerpos de tu tan cacareada élite. Y los seguleh, ah, los seguleh. Un ejército punitivo de tres, llegado para responder a tu arrogancia...

El dolor del estómago de Toc se había amortiguado un poco, el nudo de hambre se había tensado, encogido, se había convertido en un núcleo de necesidad casi sin sentido, una necesidad que había muerto de hambre ella sola. Las costillas le sobresalían, agudas bajo la piel estirada. Los fluidos le hinchaban el vientre. Las articulaciones le dolían sin cesar y sentía que los dientes comenzaban a aflojársele. El único sabor que conocía esos días era algún resto ocasional y el amargor de malta de su propia saliva, bañada

muy de vez en cuando por un agua viciada, teñida de vino de las cubas de las carretas, o de algún escaso barril de cerveza, reservado para los pocos favoritos del primer hijo.

Los otros tenientes, los compañeros de Toc (y, de hecho, el propio Anaster) estaban bien alimentados. Consumían el sinfín de cadáveres que se había cobrado la marcha y que continuaba cobrándose. Sus calderos nunca estaban vacíos. La recompensa del poder.

La metáfora convertida en realidad, ya veo a mis antiguos y cínicos profesores asintiendo. Aquí, entre los Tenescowri no hay forma de ofuscar la brutal verdad. Nuestros gobernantes nos devoran. Siempre lo han hecho. ¿Cómo he podido creer otra cosa? En otro tiempo fui soldado. Yo era la afirmación violenta de la voluntad de otra persona.

Había cambiado, no le costaba reconocer esa difícil verdad en su interior. Con el alma desgarrada por los horrores que veía a su alrededor, la pura amoralidad nacida del hambre y del fanatismo lo había visto cambiar, su forma se había retorcido hasta quedar irreconocible y se había convertido en algo nuevo. La erradicación de la fe, (la fe en lo que fuera, sobre todo en la bondad esencial de su especie) había hecho de él un ser frío, endurecido y salvaje.

Y, sin embargo, no tenía intención de comer carne humana. *Prefiero devorarme a mí mismo por dentro, arrebatarme mis propios músculos, capa a capa, y digerir cuanto fui. Es la última tarea que tengo ante mí, y ya ha comenzado*. No obstante, estaba empezando a darse cuenta de una verdad más profunda: toda su resolución se estaba desmoronando. *No, aléjate de ese pensamiento*.

No tenía ni idea de lo que Anaster había visto en él. Toc se hacía el mudo, era el que desafiaba la carne bendecida, no le ofrecía al mundo nada más que su presencia, la

perspicacia de su único ojo (que veía todo lo que podía verse), y sin embargo Anaster, el primero, lo había divisado de alguna forma entre la multitud, lo había arrastrado a primera fila y lo había hecho teniente.

Pero no estoy al mando de nadie. Táctica, estrategia, las dificultades interminables de gestionar un ejército incluso tan anárquico como este… asisto a las reuniones de Anaster en silencio. No me piden opinión alguna. No hago informes. ¿Qué es lo que quiere de mí?

Las sospechas seguían arremolinándose, oscuras y profundas, bajo la entumecida superficie. Se preguntó si Anaster sabía de algún modo quién era. ¿Estaban a punto de ponerlo en manos del Vidente? Era posible, cualquier cosa era posible en lo que el mundo se había convertido. Todo y nada. La realidad en sí había rendido sus reglas, los vivos concebidos por los muertos, el amor salvaje en los ojos de las mujeres cuando montaban a un prisionero moribundo, la esperanza encendida de tomar en su interior la última semilla del cadáver cuando esta brotaba (como si el propio cuerpo moribundo buscara una última oportunidad de huir de un olvido definitivo) al tiempo que el alma se ahogaba en la oscuridad. *Amor, no lujuria. Estas mujeres han entregado sus corazones al momento de la muerte. Si la semilla echara raíces*…

Anaster era el mayor de la primera generación. Un jovencito pálido y desgarbado con ojos manchados de amarillo y el pelo negro y lacio que dirigía un ejército inmenso a lomos de su percherón. Su rostro era de una belleza inhumana, como si no morara alma alguna tras aquella máscara perfecta. Mujeres y hombres de todas las edades se acercaban a él ansiando su dulce caricia, pero él los rechazaba a todos. Solo a su madre le permitía acercarse,

para acariciarle el cabello y posar una mano arrugada y curtida por el sol en su hombro.

Toc la temía a ella más que a cualquier otro, más que a Anaster y su crueldad aleatoria, más que al Vidente. Algo demoníaco iluminaba sus ojos por dentro. Había sido la primera en montar a un hombre moribundo, había chillado los votos nocturnos de la primera noche de una pareja casada y después se había lamentado como una viuda cuando el hombre había muerto bajo ella. Una historia repetida con frecuencia. Una multitud de testigos. Otras tenescowri se congregaron a su alrededor. Quizás era su acto de poder sobre hombres indefensos, quizá fuera su osado robo de aquella semilla que derramaban sin querer; quizá, sencillamente, la locura se extendía de unas a otras.

En su marcha tras salir de Baluarte, el ejército se había topado con una aldea que había desafiado al abrazo. Toc lo observó todo cuando Anaster soltó a su madre y a las seguidoras de esta, observó cuando las mujeres tomaron a hombres y niños por igual, sus cuchillos asestaban golpes mortales y se abalanzaban sobre los cuerpos de un modo que ni las bestias más viles podían igualar. Y los pensamientos que Toc había tenido entonces se habían quedado grabados en su alma. *Fueron humanas en otro tiempo, estas mujeres. Vivían en aldeas y pueblos no muy diferentes de este. Eran esposas y madres, atendían sus casas y sus animales. Bailaban y lloraban, eran piadosas y respetuosas al alabar a los antiguos dioses. Tenían una vida normal*.

Había un veneno en el Vidente Painita y el dios que hablaba a través de él. Un veneno que parecía nacido de la memoria de una familia. Recuerdos lo bastante poderosos como para desmembrar los más antiguos de los vínculos. *Un niño traicionado, quizás. Un niño llevado de la mano… hacia*

el terror y el dolor. Eso es lo que se siente, todo lo que veo a mi alrededor. La madre de Anaster, un ser reformado y maligno, nacida del tormento para desempeñar un papel de pesadilla. Una madre que no es una madre, una esposa que no es una esposa, una mujer que no es una mujer.

Se alzaron gritos que anunciaron la aparición de un grupo de jinetes que surgían de la rampa de entrada de la muralla exterior de Panorama. Toc giró la cabeza y estudió a los visitantes que se acercaron atravesando la oscuridad creciente. Vestían armadura. Un comandante urdo flanqueado por un par de videntes del Dominio, la tropa de urdomen, en columnas de tres por siete cabalgaban tras ellos.

Tras la tropa, un cazador k'ell.

Un gesto de Anaster llevó a sus tenientes a la loma baja que había escogido como cuartel general, y a Toc el Joven entre ellos.

El blanco de los ojos del primer hijo era del color de la miel y las pupilas de un tono gris pizarra turbio. La luz de las teas iluminaba su rostro del color del alabastro y tintaba sus labios llenos de un extraño color rojo. Había vuelto a montar y cabalgaba a pelo en el enorme y agotado caballo, hundido mientras estudiaba a sus oficiales elegidos.

—Llegan noticias —dijo con voz ronca.

Toc nunca lo había oído hablar más alto. Quizás el muchacho no podía, quizá había nacido con un defecto en la garganta o la lengua. Quizá nunca había tenido necesidad.

—El Vidente y yo hemos hablado en nuestras mentes y ahora sé más incluso que los cortesanos que moran en el interior de las sagradas murallas de Panorama. El septarca Ultentha, de Coral, ha sido llamado a presencia del Vidente, lo que ha provocado incontables especulaciones.

—¿Qué noticias hay —preguntó uno de los tenientes— de la frontera norte, oh, glorioso primero?

—El cerco está casi terminado. Me temo, hijos míos, que llegaremos demasiado tarde para tomar parte en el sitio.

Se oyó un siseo por todas partes.

Temo que nuestra hambre no tendrá fin. Ese era el verdadero significado de las palabras de Anaster.

—Se dice que Kaimerlor, una gran aldea que hay al este, ha rechazado el abrazo —dijo otro oficial—. Quizá, glorioso primero…

—No —dijo Anaster entre dientes—. Más allá de Capustan nos aguardan los barghastianos. Cientos de miles, según se dice. Divididos entre ellos. Con poca fe. Allí encontraremos todo lo que necesitamos, hijos míos.

No lo conseguiremos. Toc tenía la certeza absoluta, al igual que los otros. Se produjo un silencio.

Los ojos de Anaster continuaban en los soldados que se acercaban.

—El Vidente —dijo— nos ha preparado un regalo entre tanto. Reconoce que necesitamos sustentarnos. Parece —continuó con tono cruel— que en los ciudadanos de Coral se han hallado ciertas… carencias. Esa es la verdad tras todas las especulaciones. Solo tenemos que cruzar las aguas tranquilas del Tajo de Ortnal para poder llenarnos la barriga, y el urdo que viene ahí nos dará la noticia de que nos aguardan las lanchas, suficientes para transportarnos a todos.

—Y después —gruñó un teniente—, nos daremos un festín.

Anaster sonrió.

Un festín. Que el Embozado me lleve, por favor… Toc podía sentir el deseo que se alzaba en él, una exigencia palpable que comprendió que lo derrotaría, que haría

pedazos todas sus defensas. *Un festín, ¡dioses, qué hambre tengo!*

—No he terminado todavía —dijo el primero después de un momento—. El urdo tiene otra misión. —Los ojos enfermizos del jovencito recayeron sobre Toc el Joven—. El Vidente solicita la presencia del Desafiador, el de un único ojo, un ojo que, noche tras noche, ha ido cambiando poco a poco en nuestro viaje desde Baluarte, aunque me imagino que él no lo sabe. El Desafiador será el invitado del Vidente. El Desafiador, con su ojo de lobo que tanto brilla en la oscuridad. No necesitará esas extraordinarias armas de piedra, me encargaré personalmente de ponerlas a buen recaudo.

A Toc le quitaron de inmediato la daga y las fechas de punta de obsidiana y se las entregaron a Anaster.

Llegaron los soldados.

Toc se acercó a ellos sin correr y cayó de rodillas ante el caballo del urdo.

—Para él es un honor —dijo Anaster—. Llevadlo.

Y la gratitud de Toc era real, una oleada de alivio se precipitaba por sus menguadas venas. No vería las murallas de Coral, no vería a sus decenas de miles de ciudadanos hechos pedazos, no vería las violaciones, no se vería a sí mismo entre las multitudes, precipitándose sobre la carne que era su legítima recompensa…

Los trabajadores se arremolinaron sobre las almenas recién nacidas de la vía de acceso, unas figuras polvorientas y sucias iluminadas por un fuego demoníaco a la luz de las hogueras. Toc avanzaba entre tropezones tras el caballo de guerra del urdo y estudiaba los esfuerzos frenéticos de los trabajadores con una indiferencia hastiada. Las piedras, la

tierra y la madera eran exiguos obstáculos para la hechicería de lady Envidia, hechicería que él había visto desatarse en Baluarte. Como en las antiguas leyendas, el de la dama era un poder que aparecía en amplias oleadas y despojaba de vida todo aquello que barría, devoraba fila tras fila, calle tras calle, dejaba cuerpos apilados por cientos. Aquella mujer era, se recordó Toc con algo parecido a un orgullo fiero, la hija de Draconus, un dios ancestral.

El Vidente Painita había interpuesto hechiceros en su camino, había oído Toc después, pero no les había ido mucho mejor. La dama se había deshecho de sus esfuerzos con un encogimiento de hombros y había diezmado sus poderes, después los había dejado a merced de *Garath* o *Baaljagg*. Algún k'chain che'malle había pretendido hacerse con ella, pero solo para marchitarse bajo una carnicería de hechicería. El perro que era *Garath* se burlaba de aquellos que eludían a lady Envidia. Por lo general trabajaba solo, pero en ocasiones en conjunción con *Baaljagg*. Ambos eran más rápidos que los cazadores no muertos, se decía, y mucho más listos. Se habían producido tres batallas encarnizadas en las que legiones de betaklitas painitas, apoyados por los betakullid montados y los escaramuzadores scalandi, así como el equivalente del Dominio de cuadros de magos, se habían enfrentado a su puñado de enemigos como lo harían a un ejército rival. De esas batallas surgieron entre susurros los relatos del t'lan imass (una criatura de la que los painitas no tenían conocimiento y que habían terminado por llamar Espadadepiedra), y los seguleh, dos en las primeras dos batallas, pero había aparecido un tercero para la última. Espadadepiedra defendía un flanco y los seguleh el contrario. Lady Envidia permanecía en el centro mientras *Garath* y *Baaljagg* se desplazaban como capas

deshilachadas de oscuridad allí donde los llevara el capricho.

Tres combates, tres ejércitos destrozados, miles de muertos, el resto intentaba huir, pero siempre los atrapaba la ira despiadada de lady Envidia.

Tan terrible como los painitas, mi dulce amigo. Igual de terrible… y de aterradora. Tool y los seguleh respetan la retirada de los que se enfrentan a ellos, se conforman con reclamar el campo de batalla y nada más. Hasta la loba y el perro suspenden pronto la persecución. Pero no Envidia. Una táctica poco prudente; ahora que el enemigo sabe que es imposible la retirada, se quedará y luchará. Los seguleh no escapan a las heridas, ni tampoco Garath y Baaljagg. *Hasta Tool se ha visto enterrado bajo espadachines coléricos, aunque él se limita a disolverse en polvo y reaparecer en otro sitio. Una carga de lanceros llegó a menos de una decena de metros de la propia lady Envidia. La próxima jabalina bien lanzada*…

A Toc no le pesaba haberlos dejado. No habría sobrevivido a su compañía.

Al acercarse a las fortificaciones de la puerta exterior, Toc vio videntes del Dominio entre las almenas, pesados y silenciosos. Formidables como pelotones de media docena de miembros, allí había decenas. *Podrían hacer algo más que ralentizar a los seguleh. Podrían detenerlos en seco. El último escudo del Vidente*…

Una única rampa llevaba a la puerta interior de Panorama, empinada y de lados escarpados. Había huesos humanos esparcidos por las trincheras a ambos lados. Subieron. Ochenta metros después pasaron bajo el arco de la verja. El urdo envió su tropa a llevar a los caballos a los establos y después desmontó. Flanqueado por videntes del Dominio, Toc observó al cazador k'ell que entraba con paso

pesado por la verja con las hojas que eran los brazos bajadas. La criatura posó los ojos sin vida en el malazano durante un momento y después se alejó sin ruido por un pasaje cubierto sin iluminar que corría paralelo a la muralla.

El urdo se subió la celada del yelmo.

—Desafiador, a tu izquierda está la entrada a la torre del Vidente. Él te aguarda dentro. Ve.

Quizá no sea un prisionero. Quizá yo no sea más que una curiosidad. Toc se inclinó ante el oficial y después se dirigió tambaleándose y cansado a la puerta abierta. *Más bien será que el Vidente sabe que no tiene nada que temer de mí. Ya estoy en la sombra del Embozado. Ya no falta mucho*.

Una cámara de techos altos y abovedados ocupaba todo el piso principal de la torre, el techo era un caótico laberinto invertido de contrafuertes, vanos, arcos y falsos arcos. Bajaba del centro y se cernía a un palmo del suelo una escalera circular esquelética de bronce que se mecía entre chirridos en un círculo lento. Iluminada por un único brasero, cerca de la pared contraria a la entrada, la cámara estaba envuelta en penumbra, aunque a Toc no le costó discernir los bloques de piedra lisos que eran las paredes y la total ausencia de muebles que dejaban ecos que bailaron a su alrededor cuando cruzó las losas del suelo, arrastrando los pies sobre los charcos poco profundos.

Puso una mano en la barandilla más baja de la escalera. Aquella inmensa estructura colgante lo arrastró de forma inexorable hacia un lado mientras continuaba rotando, lo que lo hizo tambalearse. Hizo una mueca y subió al primer escalón. *Apuesto a que el muy cabrón está arriba del todo, en una sala que todo lo domina. Lo más seguro es que mi corazón se rinda a medio camino. Se quedará allí sentado, esperando una audiencia que nunca se producirá. Ese sí que*

es un buen chiste, por la sonrisa del Embozado. Empezó a subir.

Cuarenta y dos escalones lo llevaron al siguiente nivel. Toc se hundió en el bronce frío del rellano, le ardían los brazos y las piernas, el mundo oscilaba borracho y nauseabundo ante él. Posó las manos sudorosas en la superficie arenosa y llena de guijarros de la hoja de metal, parpadeó e intentó centrarse.

La habitación que lo rodeaba no estaba iluminada, pero su único ojo podía discernir cada detalle, las rejillas abiertas repletas de instrumentos de tortura, los catres bajos de madera manchada, el fardo de trapos oscuros y rígidos apoyado en una pared y, cubriendo esas mismas paredes, como tapices de un artesano loco, las pieles de seres humanos. Yemas de los dedos y uñas incluidas, estiradas en una aproximación espeluznante y demasiado grande de la forma humana, los rostros aplastados, solo asomaba la piedra tosca de la pared allí donde en algún momento habían estado los ojos. Con los orificios de la nariz y la boca cosidos, el pelo apartado hacia un lado y anudado de cualquier manera.

Oleadas de repulsión atravesaron el cuerpo entero de Toc, oleadas que lo estremecieron y debilitaron todavía más. Quería gritar, liberar la presión del horror, pero solo pudo jadear. Se irguió temblando y se quedó mirando los escalones que subían en espiral, después empezó a arrastrarse hacia arriba una vez más.

Pasaron a su lado aposentos varios, escenas que flotaban en una incertidumbre granulosa y él seguía trepando por lo que parecían unas escaleras interminables. Perdió la noción del tiempo. La torre, que crujía y gemía por todas partes (que cabeceaba al viento), se había convertido en el ascenso de toda su vida, lo que había nacido para hacer, el

solitario trabajo de un mortal. Metal frío, piedra, habitaciones apenas iluminadas que se alzaban y caían como el paso de unos débiles soles, la travesía de eones enteros, civilizaciones que nacían y después morían, y todo lo que se encontraba entre ambos no era más que la ilusión de la gloria.

Febril, su mente saltaba por los precipicios, uno tras otro, caía cada vez más al pozo de la demencia, al mismo tiempo que su cuerpo se iba arrastrando escaleras arriba, escalón a escalón. *Embozado bendito, ven a buscarme. Te lo ruego. Sácame de los pies enfermos de este dios, pon fin a esta degradación vergonzosa; cuando al fin me enfrente a él, no seré nada*…

—Las escaleras han terminado —exclamó una voz antigua, aguda y trémula—. Alza la cabeza, me gustaría contemplar ese alarmante semblante que tienes. ¿No te quedan fuerzas? Permíteme.

Una voluntad se filtró por la carne de Toc, el vigor de un desconocido que imbuyó salud y fuerza en cada músculo. No obstante, tenía un sabor vil, insípido. Toc gimió y luchó contra él, pero le falló la resistencia. Se le estabilizó el aliento, se le ralentizó el corazón y levantó la cabeza. Estaba arrodillado en la última plataforma de bronce batido.

Sentado, encorvado y retorcido en una silla de madera estaba el cuerpo arrugado de un anciano, con los ojos iluminados y llameantes, como si su superficie no fuera más que la fina película de dos faroles de papel, manchados y rasgados. El Vidente Painita era un cadáver y sin embargo había una criatura que moraba dentro de aquel cascarón, una criatura que lo animaba, una criatura que Toc veía como una exhalación de poder fantasmal con la forma vaga de un hombre.

—Ah, ya veo —dijo la voz, aunque la boca no se movió—. Es cierto que no es un ojo humano. Es de lobo, en verdad. Extraordinario. Se dice que no hablas. ¿Querrás hacerlo ahora?

—Si así lo deseas —dijo Toc con la voz áspera por la falta de uso, una conmoción para sus propios oídos.

—Me complace. Me canso tanto de oírme a mí mismo. Tu acento no me es familiar. Desde luego no eres ciudadano de Baluarte.

—Malazano.

El cadáver crujió al inclinarse hacia delante con los ojos más encendidos todavía.

—Vaya. Un hijo de ese Imperio lejano y formidable. Y sin embargo tú llegas del sur, mientras que mis espías me informan de que el ejército de los tuyos ha salido de Pale y desde allí se ha puesto en marcha. ¿Cómo es que te has perdido tanto?

—Yo no sé nada de ese ejército, Vidente —dijo Toc—. Ahora soy un tenescowri y eso es lo único que importa.

—Una afirmación muy audaz. ¿Cómo te llamas?

—Toc el Joven.

—Dejemos el tema del ejército malazano por un momento, ¿te parece? El sur, hasta hace muy poco, ha sido un lugar desprovisto de amenazas para mi nación. Pero eso ha cambiado. Me irrita una nueva y obstinada amenaza. Esos… seguleh… y una inquietante, si bien afortunadamente pequeña, colección de aliados. ¿Son esos tus amigos, entonces, Toc el Joven?

—Carezco de amigos, Vidente.

—¿Ni siquiera tus compañeros tenescowri? ¿Qué hay de Anaster, el primer hijo que un día liderará un ejército entero de hijos de la semilla de los muertos? Te catalogó como…

único. ¿Y qué hay de mí? ¿Acaso no soy tu señor? ¿Acaso no fui yo el que te abrazó?

—No sé muy bien —dijo Toc sin entusiasmo— cuál de vosotros fue el que me abrazó.

Entidad y cadáver se estremecieron a la vez y se encogieron al oír las palabras de Toc, un contorno borroso de formas que le hicieron daño en el único ojo. *Dos seres, el vivo que se oculta tras el muerto*. El poder se hinchó hasta que pareció que el cuerpo del ser ancestral se limitaría a desintegrarse. Los miembros se crisparon con un espasmo. Después de un momento, disminuyó aquella emanación furiosa y el cuerpo se quedó quieto una vez más.

—Algo más que el ojo de un lobo para que veas con tanta claridad lo que nadie más ha sido capaz de distinguir. Oh, me han examinado hechiceros rebosantes de sus tan cacareadas sendas y no han visto nada anormal. Mi engaño no halló quién lo desafiara. Y sin embargo tú…

Toc se encogió de hombros.

—Veo lo que veo.

—¿Con qué ojo?

El guerrero se encogió de hombros otra vez. Para eso no tenía respuesta.

—Pero estábamos hablando de amigos, Toc el Joven. En mi sagrado abrazo un mortal no se siente solo. Anaster, según veo, se engañó.

—No dije que me sintiera solo, Vidente, dije que carezco de amigos. Entre los tenescowri, soy uno con tu sagrada voluntad. Sin embargo, piensa en la mujer que camina a mi lado, o el niño cansado que llevo en brazos, o los hombres que me rodean… si murieran, los devoraría. No puede haber amistad en tal compañía, Vidente. Solo hay un alimento en potencia.

—Pero no quisiste comer.

Toc no dijo nada.

El Vidente se inclinó hacia delante.

—Pero ahora lo harías, ¿no es cierto?

Y así la locura me cubre con sigilo como el más cálido de los mantos.

—Si quiero vivir.

—¿Y para ti es importante vivir, Toc el Joven?

—No lo sé, Vidente.

—Veamos entonces, ¿quieres? —Se alzó un brazo marchito. La hechicería hizo temblar el aire ante Toc. Una pequeña mesa tomó forma delante del malazano, en ella se apilaban trozos humeantes de carne hervida.

—Aquí, así pues —dijo el Vidente—, está el sustento que requieres. Carne dulce; es un gusto adquirido, según me han dicho. Ah, ya veo el hambre que destella en tu ojo de lobo. Sí, en tu interior hay una bestia, sin duda, ¿qué le importa a ella de dónde proviene la comida? No obstante, te advierto que procedas despacio, no vaya a ser que tu estómago encogido rechace todo lo que te lleves a la boca.

Con un suave gemido, Toc cayó de rodillas delante de la mesa y estiró las manos. Le dolieron los dientes cuando empezó a masticar, añadió su propia sangre a los jugos de la carne. Tragó y sintió que sus tripas se aferraban al bocado. Se obligó a parar y esperar.

El Vidente se levantó de la silla y se acercó con movimientos rígidos a una ventana.

—He aprendido —dijo la antigua criatura— que los ejércitos mortales no son suficientes para la tarea de derrotar a esa amenaza que se acerca por el sur. Por tanto he retirado mis fuerzas y despacharé al enemigo con mi propia mano. —El Vidente se giró y estudió a Toc—. Se dice que los lobos evitan la carne humana, dada la alternativa. No creas

que carezco de clemencia, Toc el Joven. La carne que tienes ante ti es de venado.

Ya lo sé, cabrón. Al parecer tengo algo más que el ojo de lobo. También tengo su sentido del olfato. Cogió otro trozo.

—Ya no importa, Vidente.

—Me complace. ¿Sientes la fuerza que regresa a tu cuerpo? Me he tomado la libertad de sanarte, poco a poco, para disminuir el trauma del espíritu. Me caes bien, Toc el Joven. Aunque pocos lo saben, puedo ser el más amable de los amos. —El anciano miró hacia la ventana una vez más.

Toc siguió comiendo, sentía que la vida volvía a fluir por su interior; su único ojo se había clavado en el Vidente y se había concentrado en el poder que había comenzado a cimentarse alrededor del cadáver animado del anciano. *Fría, esa hechicería. El olor del hielo en el viento, aquí está la memoria, recuerdos ancestrales, ¿de quién?*

La habitación se desdibujó, se disolvió ante sus ojos. *Baaljagg*... Pasos firmes y silenciosos, un ojo que se desviaba a la izquierda para ver a lady Envidia caminando a zancadas a una decena de metros de distancia. Tras ella caminaba con paso largo *Garath*, inmenso, con los flancos entrecruzados de cicatrices que todavía rezumaban una sangre hirviente, virulenta, la sangre del caos. A la izquierda de *Garath* caminaba Tool. Las espadas habían tallado un nuevo mapa en el cuerpo del t’lan imass, huesos astillados, piel y músculos partidos y marchitos. Toc jamás había visto a un t’lan imass tan dañado. Parecía imposible que Tool pudiera tenerse en pie y mucho menos caminar.

Baaljagg no volvió la cabeza para examinar a los seguleh que marchaban a su derecha, pero Toc sabía que estaban allí, incluido Mok. La ay, como el propio Toc, estaba atrapada

por recuerdos que habían cobrado vida con el aroma de aquel viento nuevo y frío que bajaba del norte, recuerdos que llevaban la atención de los dos hacia Tool.

El t'lan imass había levantado la cabeza, ralentizó los pasos hasta que se detuvo del todo. Los otros siguieron su ejemplo. Lady Envidia se volvió hacia Tool.

—¿Qué hechicería es esta, t'lan imass?

—Lo sabes tú tan bien como yo, mi señora —respondió Tool con voz ronca sin dejar de olisquear el aire—. Inesperada, una profundización de la confusión que rodea a la entidad conocida como el Vidente Painita.

—Una alianza inimaginable; sin embargo, parecería…

—Eso parecería —asintió Tool.

Los ojos de *Baaljagg* regresaron al norte y calibraron el fulgor sobrenatural que se alzaba en aquel horizonte irregular, un fulgor que empezó a bajar entre las montañas, llenó los valles y siguió extendiéndose. El viento surgió como un aullido gélido y amargo.

Resurgió la memoria… esto es hechicería jaghut.

—¿Puedes derrotarla, Tool? —preguntó lady Envidia.

El t'lan imass se giró hacia ella.

—Carezco de clan. Estoy debilitado. Mi señora, a menos que puedas anularla, tendremos que cruzar como podamos y ella seguirá aumentando sin cesar, seguirá luchando para rechazarnos.

La expresión de la dama era inquieta. Su ceño se profundizó mientras estudiaba la emanación que llegaba del norte.

—K'chain che'malle… y jaghut, juntos. ¿Hay precedentes para tal alianza?

—No la hay —dijo Tool.

La aguanieve barrió al pequeño grupo y no tardó en convertirse en granizo. Toc sintió el escozor de los impactos

a través del pelo de *Baaljagg* cuando el animal se inclinó un poco más. Un momento después empezaron a moverse de nuevo, encorvados contra el viento cortante.

Ante ellos, las montañas se espesaron con un manto blanco veteado de verde…

Toc parpadeó. Estaba en la torre, agachado delante de la mesa cargada de carne. El Vidente le había vuelto la espalda, inmerso en hechicería jaghut; la criatura que moraba en el interior del cadáver del anciano ya era totalmente visible: delgada, alta, sin vello, de piel verde. *Pero no, hay más*, unas raíces grises bajaban acordonándose alrededor de las piernas del cuerpo, un poder caótico que se precipitaba a través del suelo de piedra, retorcido con algo parecido al dolor o el éxtasis. *El jaghut extrae su fuerza de otra hechicería, algo más antiguo y mucho más letal que Omtose Phellack*.

El Vidente se volvió.

—Me siento… decepcionado, Toc el Joven. ¿Creías que podías acudir a tus familiares lobunos sin que yo lo supiera? Así pues, el que mora en tu interior se prepara para su renacimiento.

¿El que mora en mi interior?

—Vaya —continuó el Vidente—, el trono de la Bestia está vacante; ni tú ni ese dios bestia estáis a la altura de mi fuerza. Aun así, si yo hubiera continuado en la ignorancia, bien podrías haber conseguido asesinarme. ¡Mentiste!

La última acusación fue un chillido agudo y Toc vio, no a un anciano, sino a un niño de pie delante de él.

—¡Mentiroso! ¡Mentiroso! ¡Y por eso sufrirás! —El Vidente hizo unos gestos salvajes.

El dolor prensó a Toc el Joven, envolvió su cuerpo, sus miembros, con fajas de hierro, y lo alzó en el aire. Los huesos se partieron. El malazano gritó.

—¡Rómpete! ¡Sí, rómpete en mil pedazos! ¡Pero no te mataré, no, todavía no, no durante mucho, mucho tiempo! Oh, mira cómo te retuerces, ¿pero qué sabes tú del verdadero dolor, mortal? Nada. Yo te lo mostraré, Toc el Joven. Yo te enseñaré… —Volvió a gesticular.

Toc se encontró flotando en una oscuridad absoluta. La agonía que lo tenía preso no cesó, pero tampoco se tensó más. Sus jadeos levantaban ecos apagados en aquel aire pesado y rancio. *Me… me ha echado. Mi dios me ha echado… y ahora estoy solo de verdad. Solo*.

Algo se movió cerca, algo enorme, una piel dura que raspaba la piedra. Un maullido llegó a oídos de Toc, un sonido que iba creciendo y acercándose.

Con un chillido, unos brazos correosos envolvieron al malazano y lo atrajeron en un abrazo desesperado y asfixiante. Atrapado contra un pecho fofo de piel como guijarros, Toc se encontró en compañía de una veintena de cadáveres o más en varios estados de descomposición, todos al alcance del abrazo vehemente de unos brazos gigantes de reptil.

Unas costillas rotas se clavaron y desgarraron algo en el pecho de Toc. Tenía la piel resbaladiza por la sangre y, sin embargo, también persistía la hechicería sanadora que el Vidente le había concedido y que lo curaba poco a poco, soldaba sus huesos solo para que se rompieran de nuevo en el abrazo salvaje de aquella criatura que lo sostenía.

La voz del Vidente llenó su cráneo. *Me cansé de los otros… pero a ti te mantendré con vida. Tú eres digno de ocupar mi lugar en ese abrazo dulce y maternal. Oh, está loca. Perturbada por la demencia; sin embargo, en su*

interior residen las chispas de la necesidad. Y qué necesidad es esa. Cuidado o te devorará, como me devoró a mí, hasta que mi sabor fue tan vil que me volvió a escupir. La necesidad, cuando abruma, se convierte en veneno, Toc el Joven. El gran corruptor del amor y así te corromperá a ti. Tu carne. Tu mente. ¿Lo sientes? Ha comenzado. Mi querido malazano, ¿lo sientes ya?

No le quedaba aliento para chillar, pero los brazos que lo sujetaban percibieron su estremecimiento y lo estrecharon con más fuerza.

Unos gemidos suaves llenaron la cámara, las voces gemelas de Toc y su captora.

Capítulo 13



La hueste de Unbrazo, en aquel tiempo, era quizás el mejor ejército que el Imperio de Malaz tenía todavía que dar al mundo, incluso a pesar de la aniquilación de los Abrasapuentes en el asedio de Pale. Sacados de regimientos dispares que incluían compañías de Siete Ciudades, Falar y la isla de Malaz, estos diez mil soldados eran, según la lista, cuatro mil novecientas doce mujeres y el resto hombres; mil doscientos sesenta y siete menores de veinticinco años, setecientos veintiún mayores de treinta y cinco años y el resto entre ambas edades.

Caso notable, sin lugar a dudas. Sobre todo cuando se tiene en cuenta que entre sus soldados se podían encontrar veteranos de las Guerras Wickanas (véase la rebelión de Coltaine), del alzamiento de Aren (de ambos bandos), del bosque de Perronegro y del bosque de Mott.

¿Cómo se puede medir semejante ejército? Por sus obras. Y lo que les aguardaba en el Dominio Painita convertiría a la hueste de Unbrazo en una leyenda grabada en piedra.

«Este de Saltoan», una Historia de las Guerras Painitas
Gouridd Palah

Los mosquitos plagaban las hierbas altas de la pradera, las nubes negras y granulosas se precipitaban sobre aquel verde desvaído y oscilante. Los bueyes bramaban y gemían en sus yugos con los ojos cubiertos por racimos de aquellos insectos enloquecidos. La mhybe observó a sus parientes rhivi moverse entre las bestias con las manos cargadas de

grasa mezclada con las semillas aplastadas de hierba luisa; frotaban la pasta alrededor de los ojos, las orejas, la nariz y la boca de las bestias. El ungüento había servido bien a los bhederin desde que aquel enorme bisonte se encontraba al cuidado de los rhivi; una versión algo menos espesa la utilizaban los propios rhivi. La mayor parte de los soldados de Brood se habían aficionado también a aquella defensa acre pero eficaz, mientras que los tiste andii habían demostrado de forma evidente que su sabor no era grato a los paladares de los molestos insectos. Lo que había atraído a los mosquitos esa vez eran las filas interminables de desprotegidos soldados malazanos.

Otra marcha más por este continente olvidado de la mano del Embozado para este exhausto ejército de forasteros, estos desconocidos que fueron, durante tantos años, poco gratos en esta tierra, hombres detestados y temidos. Nuestros nuevos aliados, con la sobrevesta teñida de gris y los estandartes incoloros proclamando una lealtad desconocida. Siguen a un solo hombre y no piden justificación alguna, ni causa.

La mujer se puso el tejido tosco de la capucha sobre la cabeza cuando los rayos sesgados del sol irrumpieron entre las nubes reunidas al suroeste. Le daba la espalda a la marcha. Iba sentada en el fondo de un carro rhivi, con los ojos puestos en las carretas de equipaje que seguían su estela y en las compañías de soldados malazanos que las flanqueaban.

¿Se gana Brood semejante lealtad? Fue el caudillo que derrotó por primera vez al ejército malazano. Estaban invadiendo nuestras tierras. Nuestra causa estaba clara y luchamos por el comandante que se hallaba a la altura del enemigo. E incluso ahora que nos enfrentamos a una nueva amenaza en nuestra tierra, Brood ha decidido

encabezarnos. Con todo, si nos llevara al abismo, ¿lo seguiríamos? Y ahora, sabiendo lo que sé, ¿le seguiría yo?

Los pensamientos de la mhybe pasaron del caudillo a Anomander Rake y los tiste andii. Todos forasteros en Genabackis, y sin embargo luchaban en su defensa, en nombre de la libertad de su pueblo. El dominio de Rake sobre sus tiste andii era absoluto. *Sí, se precipitarían sin vacilar al abismo. Necios*.

Y en ese momento, marchando a su lado, los malazanos. Dujek Unbrazo. Whiskeyjack. Y diez mil almas inquebrantables. ¿Qué convertía a hombres y mujeres en seres tan intratables en cuestiones de honor?

La mhybe había terminado por temer su valor. En el cascarón de su cuerpo había un espíritu roto. Deshonrada por su propia cobardía, carente de dignidad, ya no era madre. Perdida incluso para los rhivi. *Ya no soy más que alimento para la niña. La he visto, ya desde lejos y sin acercarme; está más alta y su cuerpo se ha llenado, las caderas, los pechos, la cara. Esa tal Velajada no era ninguna gacela. Me devora, esta nueva mujer, con esos ojos adormilados, esa boca amplia y llena, ese contoneo seductor*…

Un jinete se acercó a la parte trasera de la carreta, el estrépito de la armadura, la capa polvorienta agitándose al frenar su caballo de guerra. Llevaba alzada la celada de su yelmo bruñido, que revelaba una barba corta y gris bien recortada bajo unos ojos duros.

—¿Me vas a echar a mí también, mhybe? —gruñó, el caballo frenó todavía más y se puso al paso para no dejar atrás la carreta.

—¿Mhybe? Esa mujer está muerta —respondió ella—. Puedes irte de aquí, Whiskeyjack.

La mujer lo observó quitarse los guantes de cuero curtido de las manos anchas y llenas de cicatrices y estudió esas manos cuando al fin se posaron en el pomo de la silla. *En ellas se percibe la dureza de un albañil, y sin embargo son también tiernas. Cualquier mujer todavía viva desearía sentir su roce*...

—Hay que dejarse de tonterías, mhybe. Necesitamos tu consejo. Korlat me dice que te atormentan los sueños. Gritas contra una amenaza que se acerca a nosotros, algo inmenso y mortal. Mujer, tu terror es palpable, incluso ahora veo que mis palabras lo han reavivado en tus ojos. Describe tus visiones, mhybe.

La mujer luchó contra el dolor de un corazón que se le había desbocado en el pecho y lanzó una carcajada áspera y rota.

—Sois todos unos necios. ¿Pretendes acaso desafiar a mi enemigo? ¿A ese ser hostil y letal que no encuentra oposición? ¿Querrás desenvainar esa espada tuya y alzarte en mi nombre?

Whiskeyjack frunció el ceño.

—Si eso ayudase en algo.

—No es necesario. Lo que viene a por mí en mis sueños, viene a por todos nosotros. Oh, quizá suavicemos su horrendo semblante, la oscuridad de una cogulla, una vaga forma humana, incluso la sonrisa de una calavera que solo por un momento conmociona pero sigue siendo, no obstante, algo profundamente conocido, casi un consuelo. Y construimos templos para mitigar el paso a su dominio eterno. Moldeamos verjas, alzamos túmulos…

—¿Tu enemigo es la muerte? —Whiskeyjack apartó la mirada y después volvió a posar los ojos en los de la mhybe —. Eso son tonterías, mhybe. Tú y yo somos los dos demasiado viejos para temer a la muerte.

—¡Cara a cara con el Embozado! —soltó ella de repente —. Así es como lo ves tú, ¡necio! Solo es la máscara tras la que se oculta algo que está más allá de tu comprensión. ¡Yo lo he visto! ¡Sé lo que me aguarda!

—Entonces ya no la ansías…

—Me equivocaba por aquel entonces. Creía en el mundo espiritual de mi tribu. He sentido los fantasmas de mis ancestros. Pero no son más que recuerdos que se manifiestan, un sentido del yo que se sostiene de forma desesperada por pura fuerza de voluntad y nada más. Si falla esa voluntad, todo se pierde. Para siempre.

—¿Es la nada tan terrible, mhybe?

La mujer se inclinó hacia delante y se aferró a los lados de la carreta con unos dedos que se clavaban en ella, unas uñas que se hundían en la madera gastada.

—¡Lo que se halla después no es la nada, ignorante! No, imagina un lugar atestado de recuerdos fragmentados, recuerdos de dolor, de desesperación, todas esas emociones que se graban a fuego en nuestras almas. —Se echó hacia atrás, debilitada, y suspiró lánguidamente, después cerró los ojos—. El amor vaga como la ceniza, Whiskeyjack. Incluso la identidad desaparece. En su lugar, cuanto queda de ti está condenado a una eternidad de dolor y miedo, una sucesión de fragmentos de todos, de todo, todos y todo lo que ha vivido alguna vez. En mis sueños… me encuentro al borde. No hay fuerzas en mi interior, mi voluntad ya ha demostrado ser débil, deficiente. Cuando muero… veo lo que me aguarda, veo lo que me ansía, lo que ansían mis recuerdos, mi dolor. —Abrió los ojos y miró a Whiskeyjack—. Es el verdadero abismo, Whiskeyjack. Más allá de todas las leyendas e historias, es el verdadero abismo. Y vive en sí mismo, consumido por un hambre rapaz.

—Los sueños pueden ser solo la forma que la imaginación les da a sus propios temores, mhybe —dijo el malazano—. Estás proyectando un castigo justo para lo que percibes como el fracaso de tu vida.

La mujer lo miró con los ojos entrecerrados.

—Vete de mi vista —gruñó, se dio la vuelta y se ciñó mejor la capucha para aislarse del mundo exterior, todo lo que yacía más allá de las tablas combadas y sucias del lecho de la carreta. *Vete ya, Whiskeyjack, con esas palabras que son como cuchilladas, con la fría e insensible armadura de tu ignorancia. No puedes responder a todo lo que he visto con una simple y brutal afirmación. No soy una piedra para tus toscas manos. Los nudos que hay en mí desafían a tu cincel*.

Esas palabras que son como cuchilladas no me atravesarán el corazón.

No me atrevo a aceptar tu sabiduría. No me atrevo…

Whiskeyjack. Cabrón.

El comandante atravesó el polvo con un medio galope suave hasta que alcanzó la vanguardia del ejército malazano. Allí encontró a Dujek flanqueado por Korlat por un lado y el daru, Kruppe, por el otro. Este último bamboleándose inquieto sobre una mula y agitando las manos para espantar las nubes de mosquitos.

—¡Una plaga de estos perniciosos jejenes! ¡Kruppe se desespera!

—El viento no tardará en levantarse —gruñó Dujek—. Nos acercamos a las colinas.

Korlat se acercó más a Whiskeyjack.

—¿Cómo se encuentra la mujer, comandante?

Whiskeyjack hizo una mueca.

—No está mejor. Su espíritu se encuentra tan retorcido y encogido como su cuerpo. Ha elaborado una visión de la muerte que la tiene huyendo de ella, aterrorizada.

—Vel… Zorraplateada se siente abandonada por su madre. Lo que lleva a la amargura. Ya no agradece nuestra compañía.

—¿Ella también? Esto se está convirtiendo en un combate de voluntades, creo. El aislamiento es lo último que necesita, Korlat.

—En eso es como su madre, como acabas de insinuar.

El comandante dejó escapar un largo suspiro y cambió de postura en la silla. Sus pensamientos comenzaron a dejarse llevar; estaba cansado y tenía la pierna dolorida y rígida. El sueño le había eludido en los últimos tiempos. No habían sabido prácticamente nada del destino de Paran y los Abrasapuentes. Las sendas se habían hecho intransitables. Tampoco sabían con certeza si había comenzado el asedio de Capustan o cuál habría sido el destino de la ciudad. Whiskeyjack había empezado a lamentar haber mandado marchar a los moranthianos negros. Los ejércitos de Dujek y Brood marchaban hacia lo desconocido; hacía más de una semana que ni siquiera se veía al gran cuervo Arpía y los suyos.

Son esas malditas sendas y la enfermedad que las llena…

—Llegan tarde —murmuró Dujek.

—Y no más que eso, os asegura Kruppe a todos y cada uno. Recordad la última entrega. Casi había anochecido ya. Quedaban tres caballos en el vagón que venía en cabeza, los otros muertos y desenganchados de las riendas. Cuatro accionistas desaparecidos, sus almas y ganancias esparcidos a los vientos infernales. ¡Y la propia mercader! A punto de morir estaba. La advertencia fue clara, amigos míos, las

sendas han sido comprometidas. Y al tiempo que marchamos rumbo al Dominio, la vileza se va haciendo más… eh, vil.

—Y sin embargo insistes en que volverán a pasar.

—¡Kruppe insiste, puño supremo! La Asociación Comercial de Trygalle siempre cumple sus contratos. No se les debe subestimar. Es el día que entregan las provisiones. Dichas provisiones serán, por tanto, entregadas. Y suponiendo que se haya respetado la petición de Kruppe, ¡entre esas provisiones habrá cajas del mejor repelente de insectos jamás creado por los formidables alquimistas de Darujhistan!

Whiskeyjack se inclinó hacia Korlat.

—¿Por dónde camina ella en la fila? —preguntó en voz baja.

—Justo al final, comandante.

—¿Y hay alguien vigilándola?

La mujer tiste andii miró por encima del hombro y frunció el ceño.

—¿Hay necesidad?

—¿Cómo voy a saberlo, en nombre del Embozado? —le soltó él. Un momento después el comandante frunció el ceño—. Te ruego que me disculpes, Korlat. La buscaré yo mismo. —Hizo girar su montura y la azuzó para que se pusiera a medio galope.

—Se empiezan a perder los nervios —murmuró Kruppe cuando se alejó el comandante—. Pero eso no afecta a Kruppe; todas las palabras desagradables pasan con un zumbido sin impactar sobre su cabeza y se pierden en el éter. Y esos dardos que apuntan más bajo, ah, esos dardos no hacen más que rebotar en la amplia ecuanimidad de Kruppe…

—Dirás grasa —dijo Dujek mientras se limpiaba el polvo de la frente y después se inclinaba para escupir en el suelo.

—Ejem, Kruppe, amortiguado por su ecuanimidad, sonríe jubiloso ante las mofas del puño supremo. Es en la franqueza directa de los soldados en la que uno debe bañarse cuando se encuentra marchando con ellos, a leguas de la civilización. Antídoto contra los ataques de las ratas de alcantarilla, un bálsamo refrescante para los nobles sardónicos y divertidos, ¿para qué pinchar con una aguja cuando se puede usar un martillo, eh? Kruppe respira hondo (pero no tan hondo como para toser por el hedor cargado de polvo de la naturaleza) con tan sencilla conversación. El intelecto debe cambiar con presteza y pasar de los pasos intrincados y precisos de un baile en la corte a los golpes tribales y toscos de las botas en una cadencia de gruñidos…

—Que el Embozado nos lleve —le murmuró Korlat al puño supremo—, resulta que lo has irritado de verdad.

La sonrisa con la que le respondió Dujek fue una expresión de absoluta satisfacción.

Whiskeyjack le dio la vuelta al caballo junto a las columnas y después tiró de las riendas para esperar a la retaguardia. Había rhivi por todas partes, se movían solos o en pequeños grupos con las largas lanzas equilibradas sobre los hombros. De piel morena bajo el sol, caminaban con pasos ligeros, aparentemente inmunes al calor y las leguas que pasaban bajo sus pies. Conducían el rebaño de bhederin paralelo a los ejércitos, a un tercio de legua al norte. La brecha que separaba ambos grupos revelaba un chorreo constante de rhivi que regresaban de vigilar el rebaño o partían rumbo a él. Alguna carreta ocasional se unía a las

idas y venidas, descargada de camino al norte y repleta de animales muertos al regresar.

Apareció entonces la retaguardia flanqueada por escoltas, compañías malazanas en número suficiente como para contener un ataque sorpresa el tiempo necesario como para que la fuerza principal pudiera girar y acudir en su rescate. El comandante levantó la vejiga de agua de la silla y se llenó la boca, después entrecerró los ojos mientras estudiaba la disposición de sus soldados.

Satisfecho, puso el caballo al paso y guiñó los ojos para observar las nubes de polvo que quedaban al paso de la retaguardia.

Caminaba entre esa nube como si buscara la oscuridad, su paso era tan parecido al de Velajada que Whiskeyjack sintió un escalofrío subiéndole por la columna. Quince metros tras ella marchaban un par de soldados malazanos con las ballestas cruzadas sobre los hombros y las celadas bajadas.

El comandante esperó hasta que hubo pasado el trío y después guio su caballo tras ellos. Unos momentos después se encontraba junto a las marineras.

Las soldados levantaron la cabeza. Ninguna saludó, el procedimiento estándar en el campo de batalla. La mujer que tenía Whiskeyjack más cerca le ofreció un brusco saludo con la cabeza.

—Comandante. Estás aquí para cumplir con la cuota de polvo que nos toca comer a todos, ¿no?

—¿Y cómo os habéis ganado vosotras dos este privilegio?

—Nos presentamos voluntarias, señor —dijo la otra mujer—. Esa de ahí es Velajada. Sí, lo sabemos, ahora se hace llamar Zorraplateada, pero a nosotras no nos engaña. Es la maga de nuestra compañía, si lo sabremos nosotras.

—Así que habéis decidido protegerla a vuestra vez.

—Sí. Un intercambio justo, señor. Siempre.

—¿Y vosotras dos sois suficientes?

La primera mujer esbozó una gran sonrisa bajo su media celada.

—Somos unas asesinas como nunca ha visto el Embozado, mi hermana y yo, señor. Dos cuadrillos cada setenta latidos, las dos. Y llegado el momento, bueno, entonces cambiamos a las espadas largas, una para cada mano. Y cuando están acabados, son pinchos para cerdos…

—Y —gruñó la otra— cuando se nos acaba el hierro, usamos los dientes, señor.

—¿Con cuántos hermanos crecisteis vosotras dos?

—Siete, solo que se largaron todos en cuanto pudieron. Igual que padre, pero madre estaba mejor sin él y tampoco estaba fanfarroneando cuando lo dijo.

Whiskeyjack se acercó un poco más y se subió la manga izquierda. Se inclinó y les enseñó a las dos marineras el antebrazo.

—¿Veis estas cicatrices…? No, estas de aquí.

—Un bonito mordisco, muy regular —comentó la mujer más próxima—. Pero bastante pequeño.

—Tenía cinco años, esa pequeña hada de la muerte. Yo tenía dieciséis. La primera pelea que perdí jamás.

—¿Creció la moza y se convirtió en soldado, comandante?

El comandante se irguió y se bajó la manga.

—Por el Embozado, no. Cuando cumplió los doce años, partió para casarse con un rey. O eso fue lo que dijo. Esa fue la última vez que la vimos o supimos algo de ella.

—Apuesto a que eso fue lo que hizo, señor —dijo la primera mujer—. Si se parecía en algo a ti.

—Ahora sí que me atraganto con algo más que polvo, soldado. Continuad.

Whiskeyjack se adelantó trotando hasta que alcanzó a Zorraplateada.

—Ahora serán capaces de morir por ti —dijo la joven en cuanto él se puso a su altura—. Ya lo sé —continuó—, no lo haces a propósito. No hay nada calculado cuando te comportas como un ser humano, viejo amigo. Eso es lo que te hace tan letal.

—No me extraña que camines sola —respondió él.

La sonrisa femenina fue sardónica.

—Somos muy parecidos, ¿sabes? Lo único que tenemos que hacer es ahuecar las manos y diez mil almas se precipitan a llenarlas. Y de vez en cuando, uno de nosotros lo comprende y esa presión repentina y abrumadora nos endurece un poco más en el fondo. Y lo que era suave y blando se empequeñece un poco más, se debilita un poco más.

—No se debilita, Zorraplateada. Más bien se concentra un poco más, se hace más selectivo. El hecho de que sientas la carga es prueba suficiente de que continua vivo y sano.

—Pero sí que hay una diferencia, ahora que lo pienso —dijo Zorraplateada—. Para ti son diez mil almas. Para mí, cien mil.

El comandante se encogió de hombros.

La joven estaba a punto de continuar, pero un crujido agudo llenó el aire tras ellos. Se dieron la vuelta y vieron un desgarro salvaje, a unos ochocientos metros de distancia, un desgarro del que brotó un río de color carmesí. Las dos marineras dieron marcha atrás cuando el torrente se precipitó hacia ellas.

Las altas hierbas se ennegrecieron y agitaron y después se hundieron por todos lados. Se oyeron gritos lejanos de los rhivi que habían visto la conflagración.

La carreta de Trygalle que surgió de la fisura ardía con un fuego negro. Los caballos mismos estaban envueltos, sus relinchos eran agudos y horribles cuando se arrojaron como locos a la llanura inundada. Las bestias quedaron devoradas en apenas unos momentos, lo que dejó la carreta rodando con su propio impulso entre aquel arroyo rojo que se extendía por la hierba. Una de las ruedas delanteras se derrumbó y el enorme vehículo cabeceó y giró, los cuerpos quemados cayeron de sus flancos y después se escoró de lado en una explosión de llamas del color del ébano.

A la segunda carreta que surgió del agujero la lamía el mismo fuego hechicero, aunque todavía no estaba fuera de control. Un nimbo de magia protectora rodeaba a los ocho caballos de la reata, un nimbo que se iba desgastando ya cuando los animales penetraron en tromba en el claro, chapoteando por el río de sangre que continuaba extendiéndose desde el portal. El conductor, de pie como una aparición perturbada, con el manto chorreando fuego negro, bramó una advertencia a las dos marineras antes de ladearse con fuerza hacia un lado y tirar de las riendas. Los caballos viraron y levantaron la enorme carreta sobre dos ruedas un momento antes de que bajara con un inmenso crujido de maderas. Un escolta que se aferraba a un costado salió despedido por el impacto y aterrizó con un fuerte chapoteo en el río que se iba derramando. Un brazo envuelto en rojo se alzó sobre la marea antes de volver a hundirse y desaparecer.

Los caballos y las dos carretas no golpearon a las dos marineras por solo una decena de metros y fueron frenando tras cruzar el río con los fuegos ya moribundos.

Apareció una tercera carreta seguida por otra y otra más. El vehículo que surgió entonces era del tamaño de una casa y rodaba sobre varias decenas de ruedas con radios de

hierro, enjaulada por una hechicería resplandeciente. Lo arrastraban más de treinta percherones pero Whiskeyjack supuso que ni siquiera todas esas poderosas bestias serían suficientes si no fuera por la magia visible que sostenía buena parte del enorme peso de la carreta.

Tras esa carreta el portal se cerró de pronto entre un chorro de sangre.

El comandante bajó la vista y vio las patas de su caballo hundidas hasta los tobillos en aquel río que comenzaba a ralentizarse. Le echó un vistazo a Zorraplateada, que permanecía inmóvil, mirando el líquido que le lamía las espinillas desnudas.

—Esta sangre —dijo la joven poco a poco, casi como si no se lo creyera— es suya.

—¿De quién?

Zorraplateada levantó la cabeza con expresión consternada.

—De un dios ancestral. De un… amigo. Esto es lo que llena las sendas. Lo han herido. De algún modo. Una herida… quizá fatal, ¡dioses! ¡Las sendas!

Whiskeyjack cogió las riendas con una maldición y azuzó el caballo para ponerlo a un medio galope que lo llevó chapoteando hasta la carreta gigante.

Le habían hecho unos agujeros inmensos en los adornados flancos. Unas manchas ennegrecidas mostraban los lugares a los que en otro tiempo se habían aferrado los guardas. El humo flotaba sobre toda la recua. Habían comenzado a salir figuras, se tambaleaban como si estuvieran ciegas y gemían como si les hubieran arrancado las almas del cuerpo. Vio guardias que caían de rodillas en aquella sangre enlodada y que lloraban o se limitaban a inclinarse, sumidos en un silencio estremecido.

La puerta lateral que tenía Whiskeyjack más próxima se abrió cuando él se acercó.

Apareció una mujer con aire débil a la que ayudaron a bajar los escalones. La dama apartó a sus compañeros una vez que sus botas se hundieron en el fango carmesí moteado de hierbas y encontró terreno firme.

El comandante desmontó.

La mercader inclinó la cabeza, sus ojos enrojecidos mostraron una expresión firme cuando se irguió otra vez.

—Por favor, disculpa el retraso, señor —dijo con una voz que estaba ronca de puro agotamiento.

—Deduzco que tendrás que encontrar una ruta alternativa para regresar a Darujhistan —dijo Whiskeyjack mientras le echaba un vistazo a la carreta que tenía la mujer detrás.

—Lo decidiremos una vez que evaluemos los daños. —La mujer miró la nube de polvo que se veía al este—. ¿Tu ejército ha acampado para pasar la noche?

—Sin duda ya se ha dado la orden.

—Bien. No estamos en condiciones de perseguiros.

—Lo he notado.

Tres guardias (accionistas) se acercaron desde una de las carretas que iban en cabeza, luchaban bajo el peso del enorme brazo de alguna bestia, arrancado por el hombro y todavía chorreando sangre. Tres dedos acabados en garras y dos pulgares oponibles se crispaban y agitaban a menos de un palmo de la cara de uno de los guardias. Los tres hombres sonreían.

—¡Nos imaginamos que todavía seguía allí, Haradas! Pero perdimos los otros tres. Con todo, ¿no es una belleza?

La mercader, Haradas, cerró los ojos un instante y suspiró.

—El ataque se produjo hace un rato —le explicó a Whiskeyjack—. Una veintena de demonios, seguramente tan perdidos y asustados como nosotros.

—¿Y por qué os iban a atacar a vosotros?

—No fue un ataque, señor —dijo uno de los guardias—. Solo querían que los sacáramos de aquella pesadilla. Y les hubiéramos hecho el favor, pero es que pesaban mucho…

—Y tampoco firmaron el descargo —señaló otro guardia —. Incluso les ofrecimos una participación…

—Ya está bien, caballeros —dijo Haradas—. Llevaos esa cosa.

Pero los tres hombres se habían acercado demasiado a la rueda delantera de la enorme carreta. En cuanto la mano demoníaca entró en contacto con el borde, se cerró a su alrededor con un chasquido. Los tres guardias se echaron atrás de un salto y dejaron el brazo colgando de la rueda.

—¡Oh, no fastidies, estupendo! —soltó Haradas de repente—. ¿Y se puede saber cuándo sacamos eso de ahí?

—Cuando los dedos se agujereen, supongo —respondió un guardia mientras miraba el brazo con el ceño fruncido—. Va a ser un viajecito movido durante un rato, querida. Lo siento.

Una tropa de jinetes se acercó proveniente de la caravana del ejército.

—Ha llegado vuestra escolta —observó Whiskeyjack—. Te pediremos un informe detallado del viaje, señorita. Te sugiero que te retires hasta esta noche y que le dejes los detalles de la distribución a tu segundo.

La mujer asintió.

—Buena idea.

El comandante buscó a Zorraplateada. Esta había reanudado su marcha con las dos marineras detrás. La

sangre del dios había manchado sus botas y las piernas de la rhivi.

En toda la llanura, ciento setenta metros o más, la tierra parecía una manta roja apelmazada y hecha jirones, punteada y desgarrada en un caos que se iba disolviendo.

Como siempre, los pensamientos de Kallor eran oscuros.

Cenizas y polvo. Los necios parlotean sin parar en la tienda de mando, una inmensa pérdida de tiempo. La muerte fluye por las sendas, ¿qué importa? El orden siempre sucumbe ante el caos, roto sobre sí mismo por las mismas constricciones que impone. Al mundo le irá mejor sin los magos. Yo, por lo menos, no lamentaré la desaparición de la hechicería.

La única vela, veteada por los fragmentos aplastados de un gusano de mar poco común, expulsaba un humo denso y pesado que llenaba la tienda. Las sombras trepaban bajo los penachos que flotaban en el aire. El parpadeo de una luz amarilla se reflejaba en una antigua armadura remendada con frecuencia.

Sentado en un ornamentado trono de madera del árbol de hierro, Kallor respiró hondo aquellos vapores vigorizantes. *La alquimia no es magia. El arcano del mundo natural alberga muchas más maravillas de las que cualquier mago podría conjurar en mil vidas. Estas velas centenarias, por poner un ejemplo, llevan un nombre muy apropiado. Por mi vida, otra capa más se filtra por mi carne y mis huesos, la siento cada vez que respiro. Y menos mal. ¿Quién querría vivir para siempre en un cuerpo demasiado frágil para moverse? Otros cien años conseguidos en el transcurso de una sola noche, en las profundidades de esta única columna de cera. Y yo tengo decenas más…*

Poco importaban las décadas y siglos que pasaban, poco importaba el tedio interminable de la inactividad que formaba parte integral de la vida, había momentos… *momentos en los que debo actuar, como una explosión, con determinación. Y todo lo que antes no parecía nada no era en realidad más que preparación. Hay criaturas que cazan sin moverse; cuando se quedan totalmente quietas, perfectamente inmóviles, es cuando son más peligrosas. Yo soy como esas criaturas. Siempre lo he sido, pero todos los que me conocen han… desaparecido. Cenizas y polvo. Los niños que me rodean ahora con sus balbuceos y preocupaciones no ven el cazador que se halla entre ellos. Están ciegos*…

Unas manos pálidas se aferraron a los brazos del trono y se quedó sentado sin moverse, acechando en el paisaje de sus propios recuerdos, arrastrándolos bajo las luces como cadáveres sacados del suelo, acercando sus semblantes por un instante antes de desecharlos y continuar adelante.

Ochenta poderosos magos con las manos juntas y las voces alzándose al unísono. Desesperados por alcanzar el poder. Lo buscaban desde un reino lejano y desconocido. Confiados, curiosos, el extraño dios de aquel extraño lugar se acercó un poco más, y entonces saltó la trampa. Se derrumbó hecho pedazos, pero todavía vivo, abatido, y en su caída destrozó un continente, arrasó sendas. Roto él mismo, dañado, tullido…

Ochenta poderosos magos que intentaban enfrentarse a mí y así provocaron una pesadilla que se alza una vez más, milenios más tarde. Necios. Ahora son polvo y cenizas…

Tres dioses que asaltan mi reino. Demasiados insultos lanzados por mi mano. Mi existencia ha pasado de ser algo más que una irritación y por tanto se unieron para aplastarme de una vez por todas. En su ignorancia, creyeron

que jugaría según sus reglas. Que lucharía o que rendiría mi reino. Oh, vaya, cómo se sorprendieron al penetrar en mi imperio y encontrarse… con que no quedaba nada vivo. Nada salvo huesos calcinados y cenizas inertes.

No podían comprender (ni lo entendieron jamás) que yo no iba a entregar nada. Antes que rendir todo lo que había hecho preferí destruirlo. Ese es el privilegio del creador, dar y luego quitar. Jamás olvidaré el grito de agonía del mundo, pues fue la voz de mi triunfo…

Y queda uno de vosotros, uno que me persigue una vez más. Oh, sé que eres tú, K'rul. Pero en lugar de mí has encontrado otro enemigo y ese es el que te está matando. Poco a poco, de una forma deliciosa. Has regresado a este reino solo para morir, tal y como pronostiqué. ¿Y sabías lo de tu hermana? Ella ha sucumbido también a mi antigua maldición. Qué poco queda de tu hermana, ¿podrá recuperarse jamás? No si yo puedo evitarlo.

Una leve sonrisa se extendió por el rostro marchito y pálido.

Entrecerró los ojos cuando ante él comenzó a tomar forma un portal. Un poder miasmático salió como un torbellino. Surgió también una figura, alta, demacrada, un rostro destrozado. Unos cortes gigantescos, abiertos y rojos, fragmentos de huesos que resplandecían a la luz de las velas. El portal se cerró tras el jaghut, que permanecía relajado, sus ojos eran unos estanques de oscuridad que parpadeaba.

—Te traigo los saludos del dios Tullido —dijo el jaghut—, a ti, Kallor —hizo una pausa para examinar el interior de la tienda— y a tu inmenso imperio.

—Me tientas —dijo Kallor con voz ronca— para que añada algo a tu… aflicción facial, Gethol. Mi imperio puede que haya desaparecido, pero no pienso entregar este trono. Tú,

más que nadie, deberías saber que no he terminado todavía de cumplir mis ambiciones, y soy un hombre paciente.

Gethol lanzó una carcajada con un gruñido.

—Ah, querido Kallor. Eres para mí la excepción a la regla de que la paciencia es una virtud.

—Puedo destruirte, jaghut, me da igual a quién llames amo en los últimos tiempos. Puedo terminar lo que tu competente castigador comenzó. ¿Dudas de mí, acaso?

—Desde luego que no —respondió Gethol con facilidad—. Te he visto empuñar ese mandoble que tienes.

—Entonces retira tus cuchillos verbales y dime lo que haces aquí.

—Mis disculpas por trastocar tu… concentración. Me explicaré. Soy el heraldo del dios Tullido; sí, una nueva Casa ha llegado a la baraja de los Dragones: la Casa de las Cadenas. Se han elaborado ya las primeras imágenes. Y pronto cada lector de la baraja comenzará a buscar sus parecidos.

Kallor lanzó un bufido.

—¿Y esperas que esa jugada funcione? Esa Casa será atacada. Borrada de la faz del universo.

—Oh, la batalla ya ha empezado, viejo. No puedes cerrar los ojos a eso, ni al hecho de que estamos ganando.

Kallor entrecerró los ojos hasta convertirlos en meras ranuras.

—¿El envenenamiento de las sendas? El dios Tullido es un necio. ¿Qué sentido tiene destruir el poder que precisa para hacer valer sus derechos? Sin las sendas, la baraja de los Dragones no es nada.

—El término «veneno» es erróneo, Kallor. Más bien considéralo una infección para ejecutar cierta… alteración… en las sendas. Sí, aquellos que se resisten lo ven como una manifestación letal, un «veneno», desde luego. Pero solo

porque su efecto primordial es hacer que las sendas sean intransitables para ellos. Los servidores del dios Tullido, sin embargo, comprobarán que pueden viajar con libertad por esos caminos.

—Yo no soy siervo de nadie —gruñó Kallor.

—La posición de rey supremo está vacante en la Casa de las Cadenas del dios Tullido.

Kallor se encogió de hombros.

—Pero requiere que me manche las rodillas ante el Encadenado.

—No se exigen tales gestos al rey supremo. La Casa de las Cadenas existe más allá de la influencia del dios Tullido, ¿es que no es obvio? Después de todo, está encadenado. Atrapado en un fragmento sin vida de una senda muerta hace mucho tiempo. Ligado al cuerpo de la diosa Dormida; sí, eso ha demostrado ser de una eficacia singular con el dios Tullido, pero también limitada. Has de comprender, Kallor, que el dios Tullido arroja ahora la Casa de las Cadenas al mundo, y de hecho, la abandona a su suerte. La supervivencia depende de aquellos que accedan a los títulos que contiene. En algunos de ellos el Encadenado puede influir (aunque nunca de forma directa), mientras que otros, como el de Rey de la Gran Casa de las Cadenas, deben asumirse libremente.

—En ese caso —dijo Kallor con voz profunda después de un momento—, ¿por qué no eres tú el Rey?

Gethol inclinó la cabeza.

—Me honras, señor —dijo con sequedad—. Me conformo, sin embargo, con ser el Heraldo.

—¿Bajo la ilusión de que al mensajero se le perdona la vida, sea cual sea el mensaje? Nunca fuiste tan listo como tu hermano, ¿verdad? En algún sitio, Gothos debe de estar riéndose a carcajadas.

—Gothos nunca se ríe. Pero puesto que sé dónde languidece él, yo sí. Con frecuencia. Pero bueno, si me quedara mucho más tiempo aquí, aguardando tu respuesta, alguien podría detectar mi presencia. Hay tiste andii cerca…

—Muy cerca. Por no mencionar a Caladan Brood. Tienes suerte de que Anomander Rake se haya ido, ha regresado a Engendro de Luna, esté donde esté…

—Hay que descubrir su ubicación para revelársela al dios Tullido.

El guerrero de cabellos grises alzó una ceja.

—¿Acaso una tarea para el rey?

—¿Es que la traición hace mella en tu sentido del honor, Kallor?

—Si lo llamas inversión repentina de estrategia, esa mella se desvanece. Lo que requiero, a cambio, es una oportunidad, dispuesta como le plazca al dios Tullido.

—¿Cuál es la naturaleza de esa oportunidad, rey supremo?

Kallor sonrió, después su expresión se endureció.

—Esa tal Zorraplateada… un momento de vulnerabilidad, eso es cuanto pido.

Gethol se inclinó poco a poco.

—Soy tu heraldo, mi señor, y le transmitiré tus deseos al dios Tullido.

—Dime algo —dijo Kallor— antes de irte. ¿Le va bien este trono a la Casa de las Cadenas, Gethol?

El jaghut estudió la madera gastada del color del hierro y observó las grietas que había en su armazón.

—Desde luego que sí, mi señor.

—Puedes irte, entonces.

El heraldo se inclinó una vez más mientras el portal se abría tras él. Un momento después dio un paso atrás y desapareció.

El humo de la vela dibujó un torbellino tras la desaparición del portal. Kallor respiró hondo, lo que añadió años y más años de vigor renovado. Se quedó allí sentado, inmóvil… *un cazador a punto de tender una emboscada. Explosivo, como requiere la ocasión. Letal, como requiere la ocasión*.

Whiskeyjack salió de la tienda de mando y se quedó un momento con la cabeza alzada para mirar las estrellas que brillaban en el firmamento. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había sentido tan cansado.

Escuchó un movimiento tras él y después sintió una mano suave, de dedos largos, que se posaba en su hombro. Aquel roce envió oleadas de sensaciones por todo su cuerpo.

—Sería agradable —murmuró Korlat— oír una buena noticia para variar.

El guerrero gruñó.

—Veo la preocupación en tus ojos, Whiskeyjack. La lista es larga, ¿verdad? Tus Abrasapuentes, Zorraplateada, su madre y ahora este asalto contra las sendas. Marchamos a ciegas. Es mucho lo que depende de incógnitas. ¿Resiste todavía Capustan o ya ha caído la ciudad? ¿Y qué hay de Trote? ¿Y Paran? ¿Ben el Rápido?

—Soy muy consciente de esa lista, Korlat —dijo el comandante con voz profunda.

—Lo siento. Comparto esas preocupaciones, eso es todo.

El hombre la miró.

—Perdona pero ¿por qué? Esta no es tu guerra, por los dioses del inframundo, ¡ni siquiera es tu mundo! ¿Por qué te rindes a sus necesidades? —Whiskeyjack suspiró hondo y sacudió la cabeza al tiempo que regresaba con la mirada al firmamento—. Esa es una pregunta que hacíamos con

frecuencia al principio de las campañas. Recuerdo, en el bosque de Perronegro, que nos tropezamos con media docena de miembros de tu especie. Un maldito moranthiano había acabado con ellos. Un pelotón de regulares estaba muy ocupado saqueando los cuerpos. Maldecían porque no encontraban nada de valor. Unas cuantas tiras anudadas de telas de colores, un guijarro pulido por el agua, armas sencillas, de las que se podían encontrar en cualquier mercado de cualquier ciudad. —Se quedó callado un momento y después continuó—. Recuerdo que me pregunté cuál era la historia de sus vidas. ¿Sus sueños, sus aspiraciones? ¿Los echarían de menos los suyos? La mhybe mencionó una vez que los rhivi asumían la tarea de enterrar a los tiste andii caídos… bueno, nosotros hicimos lo mismo, allí, en aquel bosque. Largamos a los regulares con un par de patadas en el culo. Enterramos a vuestros muertos, Korlat. Despedimos sus almas al modo malazano…

Los ojos femeninos carecían de fondo mientras lo estudiaba.

—¿Por qué? —preguntó a toda prisa.

Whiskeyjack frunció el ceño.

—¿Por qué los enterramos? ¡Por el aliento del Embozado! Respetamos a nuestros enemigos, sean quienes sean. Pero sobre todo a los tiste andii. Hacían prisioneros. Cuidaban de aquellos que estaban heridos. Incluso aceptaban la retirada, ni una sola vez nos persiguieron cuando salimos pitando de una escaramuza imposible de ganar.

—¿Y acaso los Abrasapuentes no devolvieron el favor una y otra vez, comandante? Y desde luego, antes de que pasara mucho tiempo, lo mismo hizo el resto de los soldados de Dujek Unbrazo.

—La mayor parte de las campañas se van volviendo más desagradables con el tiempo —caviló Whiskeyjack—, pero

no esa. Se hizo más… civilizada. Protocolos tácitos…

—Buena parte se deshizo cuando tomasteis Pale.

El comandante asintió.

—Más de lo que crees.

La mano femenina continuaba en el hombro del guerrero.

—Ven conmigo a mi tienda, Whiskeyjack.

Las cejas masculinas se alzaron, después el comandante sonrió y añadió con tono seco:

—No es noche para estar solo…

—¡No seas necio! —respondió ella de golpe—. No he pedido compañía, te quiero a ti. No es una necesidad sin rostro a la que haya que dar respuesta y cualquiera valga. No es eso. ¿Me he explicado?

—No del todo.

—Deseo que nos convirtamos en amantes, Whiskeyjack. Empezando por esta noche. Deseo despertar entre tus brazos. Me gustaría saber si sientes algo por mí.

El comandante se quedó callado unos momentos antes de responder.

—Sería idiota si no sintiera algo, Korlat, pero también pensaba que sería incluso más absurdo intentar algo contigo. Suponía que tenías como pareja a otro tiste andii, una unión que sin duda tendría varios siglos…

—¿Y qué sentido tendría una unión así?

Whiskeyjack frunció el ceño, sorprendido.

—Bueno, no sé, ¿compañía? ¿Hijos?

—Los hijos llegan. Pocas veces, producto tanto del aburrimiento como de cualquier otra cosa. Los tiste andii no encuentran compañía entre los de su propia especie. Eso se extinguió hace ya mucho tiempo, Whiskeyjack. Y sin embargo, más escasa todavía es la ocasión en la que un tiste andii surge de la oscuridad y entra en el mundo mortal en busca de un alivio a… a…

El hombre le puso un dedo en los labios.

—No digas más. Es un honor aceptarte, Korlat. Más de lo que nunca llegarás a comprender e intentaré ser digno del regalo que me haces.

La tiste andii sacudió la cabeza y bajó los ojos.

—Es un regalo irrisorio. Busca en mi corazón y quizá te decepcione lo que puedas encontrar.

El malazano dio un paso atrás y estiró la mano para coger el saquito que llevaba en el cinturón. Lo desató y volcó el pequeño saco de cuero en una mano ahuecada. Cayeron unas cuantas monedas y después un nudo pequeño y enmarañado de cintas de telas de colores, seguido por un único guijarro oscuro y liso.

—Había pensado —dijo poco a poco Whiskeyjack con los ojos puestos en los objetos que tenía en la mano— que algún día quizá tuviera la oportunidad de devolver lo que sin duda tenía mucho valor para aquellos tiste andii caídos. Todo lo que se encontró en aquel registro de los cuerpos... Comprendí, incluso entonces, que no podía hacer más que honrarlos.

Korlat cerró la mano alrededor de la del guerrero y los objetos quedaron atrapados en la unión de aquellas dos manos. Después se llevó al malazano por la primera fila de tiendas.

La mhybe soñaba. Se encontró aferrándose al borde de un precipicio, se agarraba con los nudillos blancos a las raíces nudosas, el susurro del hilo de polvo que le manchaba la cara mientras ella luchaba por no caer.

Abajo esperaba el abismo, agitado por la tormenta de recuerdos desmembrados, serpentinas de dolor, miedo, rabia, celos y deseos oscuros. Aquella tormenta la quería,

alzaba los brazos para cogerla y ella era incapaz de defenderse.

Se le debilitaban los brazos.

El chillido del viento le envolvió las piernas, tiró y se la llevó consigo. Estaba cayendo, añadiendo su propio chillido a la cacofonía. Los vientos la llevaban a un lado y a otro, la retorcían y bamboleaban…

Algo duro y cruel le golpeó la cadera y se alejó de repente. El aire la zarandeaba con fuerza. Y después regresó aquel intruso duro, unas garras que se cerraban alrededor de su cintura, escamosas y frías como la muerte. Un tirón brusco le echó la cabeza hacia atrás y se encontró con que ya no caía sino que subía, algo la llevaba cada vez más alto.

El rugido de la tormenta se desvaneció bajo ella y luego se fue reduciendo por un lado.

La mhybe volvió la cabeza y miró hacia arriba.

Un dragón no muerto se cernía sobre ella, desmesuradamente grande. Desecado, unos jirones de piel seca le colgaban de los miembros, sus alas casi traslúcidas bramaban en el aire. La criatura se la llevaba con el viento.

La mujer se giró para estudiar lo que quedaba debajo.

Bajo ella se extendía una planicie anodina de color pardo. Se veían largas grietas en la tierra llenas de hielo que resplandecía con un tono apagado. Divisó un trozo más oscuro, raído por los bordes, que fluía por una ladera. *Un rebaño. No es la primera vez que paso por esta tierra. Aquí, en mis sueños… había pisadas*…

El dragón viró de repente, dobló las alas y comenzó una rápida espiral hacia el suelo.

La mhybe se encontró gimiendo, fue una conmoción darse cuenta que no era terror lo que sentía, sino emoción y alegría. *¡Por los espíritus de los cielos, esto es volar! ¡Ah, ahora sí que sé lo que es la envidia!*

La tierra se precipitó a los cielos para recibirla. Momentos antes de lo que habría sido un golpe letal, las alas del dragón se abrieron de súbito, atraparon el aire y después, la pata que tenía justo encima se dobló para unirse a su hermana y la criatura planeó sin ruido a una braza del margoso suelo. El impulso fue remitiendo. La pata descendió y las garras soltaron a la mhybe.

La mujer aterrizó con apenas un golpe seco, rodó de espaldas y después se incorporó para ver alzándose por el aire una vez más al enorme dragón entre un batir de alas.

La mhybe miró abajo y descubrió un cuerpo joven, su propio cuerpo. Gritó de indignación ante la crueldad de aquel sueño. Volvió a gritar y se acurrucó en la tierra fría y húmeda.

Oh, ¿por qué me salvaste? ¿Por qué? Solo para despertar, por todos los espíritus del inframundo, para despertar…

—Estaba de paso. —Una voz suave, una voz desconocida, habló en su mente en el idioma de los rhivi.

La mhybe levantó la cabeza de golpe y miró a su alrededor.

—¿Quién habla? ¿Dónde estás?

—Estamos aquí. Cuando estés lista para vernos, nos verás. Parece que tu hija tiene una voluntad que solo puede compararse con la tuya. Haber dominado de ese modo a la mejor entre los invocahuesos, cierto que la mujer acude a responder a la llamada de la niña. La reunión. Lo que hace del rodeo algo trivial. No obstante… estamos impresionados.

—¿Mi hija?

—Todavía le duelen las palabras duras, lo percibimos. De hecho, así es como hemos venido a morar aquí. Ese hombre pequeño y redondo oculta bordes de obsidiana bajo su exceso de carne. ¿Quién lo habría pensado? «Te ha dado

todo lo que tiene, Zorraplateada. Ha llegado el momento de que tú respondas con un regalo, muchacha. Kruppe no es el único que se niega a abandonarla a su destino». Ah, aquel hombre le abrió los ojos entonces, se llevó su obsesión, y ella solo era una niña en aquel tiempo, pero escuchó sus palabras, aunque lo cierto era que él solo le hablaba en sueños. Lo escuchó. Sí, desde luego.

»Bueno —continuó la voz—, ¿quieres vernos ya?

La mhybe se quedó mirando sus manos lisas, sus brazos jóvenes y chilló.

—¡Dejad de torturarme con este sueño! ¡Parad! Oh, parad…

Abrió los ojos a la oscuridad húmeda y cerrada de su tienda. Los dolores y las punzadas azuzaron sus mermados huesos, los músculos encogidos. La mhybe gimió y se acurrucó, convirtió su envejecido cuerpo en una bola.

—Dioses —susurró—, ¡cómo os odio! ¡Cómo os odio!

Libro Tercero



Capustan

La última espada mortal de la revelación de Fener fue Fanald de Cawn Vor, que resultó muerto durante el encadenamiento. El último destriant revestido de jabalí fue Ipshank de Korelri, que desapareció durante la última huida de Manask, en los campos helados de Stratem. Otro esperaba para reclamar el título, pero fue expulsado del templo antes de que llegara a él y el nombre de ese hombre se ha borrado de todos los archivos. Se sabe, sin embargo, que era de Unta, que había comenzado sus días como simple ratero que vivía en sus viles calles y que su expulsión del templo estuvo marcada por el singular castigo de la revelación de Fener...

Vidas del templo
Birrin Thund

Capítulo 14



Si podéis, queridos amigos, no os pongáis en la tesitura de soportar un asedio.

Ubilast, El que Carecía de Piernas

La posada que dominaba la esquina sureste de la vieja calle Daru no albergaba más de media docena de parroquianos, la mayor parte de ellos visitantes de la ciudad que, al igual que Rezongo, habían quedado atrapados. Los ejércitos painitas que rodeaban las murallas de Capustan no habían hecho nada en cinco días y así seguían. Se habían visto nubes de polvo más allá de la cordillera, al norte, según había oído el capitán de la caravana, señal de… algo. Pero eso había sido días antes y al final no había significado nada.

Nadie sabía a qué estaba esperando el septarca Kulpath, aunque abundaban las especulaciones. Se habían visto más gabarras con Tenescowri que cruzaban el río, hasta que dio la impresión de que la mitad de la población del imperio se había unido al ejército de campesinos.

—Con semejante número —había dicho alguien una campanada antes— apenas les tocará un bocado de ciudadano capan a cada uno.

Rezongo había sido casi el único que había apreciado el chiste.

Estaba sentado en una mesa cerca de la entrada, con la espalda apoyada en el marco de la puerta de doble viga, toscamente barnizado; la puerta en sí la tenía a la derecha, con la sala de techo bajo delante de él. Un ratón se abría camino por el suelo de tierra bajo las mesas, escabulléndose de una sombra a otra y deslizándose entre los zapatos o botas del parroquiano que se interpusiera en su camino. Rezongo observaba sus progresos con los ojos casi cerrados. Todavía quedaba comida de sobra en la cocina, o eso le decía al ratón su nariz. Un botín, como bien sabía Rezongo, que no duraría mucho si el asedio se alargaba.

Su mirada se alzó de repente hacia la viga principal manchada de humo que atravesaba toda la habitación, donde dormía el gato de la posada con los miembros colgando de la madera. El felino cazaba solo en sueños, al menos de momento.

El ratón llegó al rodapié del mostrador y anadeó paralelo a él rumbo a la entrada de la cocina.

Rezongo tomó otro sorbo del vino aguado, más agua que vino tras casi una semana de bloqueo de la ciudad por parte de los painitas. Los otros seis parroquianos de la posada estaban sentados cada uno en una mesa o apoyados en el mostrador. Se intercambiaban palabras entre ellos muy de vez en cuando; comentarios esporádicos, respondidos por lo general con poco más que un gruñido.

A lo largo de un día y una noche, la posada la habitaron dos tipos de personas, o eso fue lo que Rezongo observó. Los que tenía delante en ese momento casi vivían en la sala común meciendo su vino y su cerveza. Forasteros en Capustan, y al parecer carentes de amigos, habían logrado formar una especie de comunidad de todos modos, una comunidad caracterizada por una capacidad inmensa de no hacer nada juntos durante largos períodos de tiempo. Al

llegar la noche comenzaba a reunirse el otro tipo. Ruidosos, alborotadores, arrastraban a las fulanas callejeras al interior con sus dineros, monedas que tiraban sobre las mesas sin pensar en el mañana. La suya era una energía desesperada, un farol con el que saludaban al Embozado. *¡Somos tuyos, cabrón de la guadaña!*, parecían decir. *¡Pero no hasta el amanecer!*

Se agitaban como la espuma del mar alrededor de las rocas inamovibles e indiferentes que eran los parroquianos silenciosos y sin amigos.

El mar y las rocas. El mar lo celebra ante el Embozado en cuanto este se cierne sobre él. Las rocas deben de haber mirado al cabrón a la cara durante tanto tiempo que ya ni se les ocurre ceder, y mucho menos celebrar nada. El mar se ríe a carcajadas de sus propios chistes. Las rocas producen una línea tensa que puede silenciar una habitación entera. Un bocado capan…

La próxima vez me quedaré calladito.

El gato se levantó en la viga y se estiró, las rayas negras se ondularon sobre el pelo tostado, ladeó la cabeza y miró hacia abajo con las orejas estiradas.

El ratón estaba al borde de la entrada de la cocina, inmóvil.

Rezongo siseó por lo bajo.

El gato miró hacia él.

El ratón entró disparado en la cocina y se perdió de vista.

Con un crujido estrepitoso, la puerta de la posada se abrió hacia dentro y entró Buke, que apareció delante de Rezongo y se hundió en la silla que tenía al lado.

—Eres muy predecible —murmuró el hombre, mientras señalaba que quería dos de lo mismo, cuando al fin pudo captar la atención del posadero.

—Sí —respondió Rezongo—. Soy una roca.

—Una roca, ¿eh? Más bien una iguana gorda que se aferra a una roca. Y cuando llegue la gran ola…

—Lo que tú digas. Ya me has encontrado, Buke. ¿Y ahora qué?

—Solo quería darte las gracias por toda tu ayuda, Rezongo.

—¿Eso era una ironía sutil, viejo? Habría que afinar un poco…

—De hecho, hablaba casi en serio. Esa agua turbia que me hiciste beber, el brebaje de Keruli, ha hecho maravillas. —Su rostro estrecho reveló una sonrisa un tanto reservada—. Maravillas…

—Me alegro de oír que te encuentras mejor. ¿Alguna otra noticia de las que mueven el mundo? Si no…

Buke se echó hacia atrás cuando el posadero les trajo las dos jarras.

—Me he reunido con los de mayor edad de los campamentos —dijo cuando el hombre se fue arrastrando los pies—. Al principio querían ir a hablar directamente con el príncipe…

—Pero después recuperaron el sentido común.

—Hubo que insistirles un poco.

—Así que ahora tienes toda la ayuda que necesitas para evitar que ese eunuco perturbado juegue a ser el portero del Embozado. Bien. No se puede consentir que reine el pánico en las calles, sobre todo con un cuarto de millón de painitas asediando la ciudad.

Los ojos de Buke se clavaron en Rezongo.

—Creí que agradecerías la calma.

—Eso ya está mucho mejor.

—Sigo necesitando tu ayuda.

—Pues no sé para qué, Buke. A menos que quieras que derribe la puerta de una patada y separe la cabeza de Korbal

Espita de sus hombros. En cuyo caso, tú tendrás que distraer a Bauchelain. Podrías prenderle fuego o algo así. Yo solo necesito un momento. Claro que el momento lo es todo. Digamos que una vez que se abra una brecha en las murallas y haya Tenescowri asaltando las calles. Así todos podemos ir a ver al Embozado de la manita y cantando tan contentos.

Buke sonrió tras la jarra.

—No estaría mal —dijo antes de beber.

Rezongo se terminó su propia jarra y estiró el brazo para coger la siguiente.

—Sabes dónde encontrarme —dijo después de un momento.

—Hasta que llegue la oleada.

El gato se bajó de un salto de la viga, se abalanzó sobre una cucaracha y la atrapó entre las garras. Después empezó a jugar.

—De acuerdo —gruñó el capitán de la caravana después de un momento—. ¿Qué más quieres decir?

Buke se encogió de hombros con gesto casual.

—Tengo entendido que Piedra se ha presentado voluntaria. Los últimos rumores dicen que los painitas están listos al fin para el primer asalto, en cualquier momento ya.

—¿El primero? Seguramente el único. En cuanto a estar listos, hace días que están listos, Buke. Si Piedra quiere desperdiciar su vida defendiendo lo indefendible, eso es asunto suyo.

—¿Y qué alternativa hay? Los painitas no hacen prisioneros, Rezongo. Tendremos que luchar, antes o después.

Eso es lo que tú crees.

—A menos —continuó Buke después de un momento, cuando levantó la jarra— que tengas intención de cambiar

de bando. Encontrar la fe por cuestión de conveniencia…

—¿Qué otro camino hay?

Los ojos del otro se achicaron.

—¿Te llenarías la barriga con carne humana, Rezongo? ¿Solo para sobrevivir? Serías capaz, ¿verdad?

—La carne es carne —respondió Rezongo con los ojos clavados en el gato. Un suave crujido anunció que el animal había terminado de jugar.

—Bueno —dijo Buke mientras se levantaba—. Creí que no eras capaz de asombrarme. Supongo que creía conocerte…

—Creías.

—Así que este es el hombre por el que Harllo dio su vida.

Rezongo levantó la cabeza poco a poco. Buke no supo muy bien qué descubrió en sus ojos, pero dio un paso atrás.

—¿Con qué campamento estás trabajando ahora? —preguntó el capitán de la caravana con tono sereno.

—Uldan —susurró su amigo.

—Ya pasaré a verte. Entre tanto, Buke, quita de mi vista.

Las sombras habían cruzado en su retirada buena parte del complejo, y habían dejado a Hetan y su hermano, Cafal, a plena luz del sol. Los dos barghastianos estaban agachados en una alfombra gastada y desvaída con las cabezas inclinadas. Ambos estaban sudando (un sudor ennegrecido por las cenizas). Entre los dos había un brasero amplio y poco profundo encaramado sobre tres patas de hierro de un palmo de altura y lleno de carbones que ardían sin llama.

Los soldados y los mensajeros de la corte pasaban a su alrededor sin fijarse en ellos.

El yunque del escudo Itkovian estudió a los hermanos desde donde se encontraba, cerca de la entrada del cuartel.

No sabía que los barghastianos eran un pueblo tan enamorado de la meditación, pero daba la sensación de que Hetan y Cafal no habían hecho mucho más desde su regreso del salón del vasallaje. En ayuno permanente, aislados, acampados en muy mal sitio en medio del complejo del cuartel, los dos hermanos se habían convertido en una isla inaccesible.

La suya no es una calma mortal. Viajan entre los espíritus. Brukhalian exige que encuentre una forma de entrar, por cualquier medio. ¿Acaso Hetan posee algún secreto más? ¿Una forma de huir para ella, su hermano y los huesos de los espíritus fundadores? ¿Un punto débil que nadie conoce en nuestras defensas? ¿Un defecto en la investidura painita?

Itkovian suspiró. No era la primera vez que lo intentaba, siempre sin éxito. Lo intentaría una vez más. Mientras se preparaba para acercarse, percibió una presencia a su lado y se giró. Era el príncipe Jelarkan.

En el rostro del joven estaba grabado a fuego el agotamiento. Las manos elegantes de dedos largos le temblaban a pesar de tenerlas entrelazadas justo por encima del cinturón de la túnica. Tenía la mirada clavada en el torbellino de actividad que invadía el complejo cuando habló.

—Debo saber, yunque del escudo, lo que pretende hacer Brukhalian. Tiene lo que los soldados llamáis una taba en la manga, eso está bastante claro. Así que he venido, una vez más, para pedirle audiencia al hombre al que pago. —No hizo esfuerzo alguno por ocultar la sardónica amargura de su afirmación—. Pero en vano. La espada mortal no tiene tiempo para mí. No tiene tiempo para el príncipe de Capustan.

—Señor —dijo Itkovian—, podéis hacerme las preguntas a mí, y yo haré todo lo que pueda por responderos.

El joven capan se dio la vuelta y miró al yunque del escudo.

—¿Brukhalian te ha dado permiso para hablar?

—Me lo ha dado.

—Muy bien. Los kron t'lan imass y sus lobos no muertos. Han destruido a los demonios k'chain del septarca.

—Así es.

—Y sin embargo, el Dominio Painita tiene más. Cientos de ellos.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué los t'lan imass no marchan hacia el Dominio? Un asalto directo contra el territorio del Vidente bien podría lograr la retirada de las fuerzas de Kulpath que nos asedian. El Vidente no tendría más alternativa que obligarlas a regresar y tendrían que cruzar el río otra vez.

—Si los t'lan imass fueran un ejército mortal, la elección sería desde luego obvia y por tanto beneficiosa para nuestros intereses —respondió Itkovian—. Pero el caso es que Kron y sus parientes no muertos están sometidos a exigencias que no son de este mundo y de las que no sabemos casi nada. Nos han hablado de una reunión, una llamada silenciosa sin propósito conocido. Eso, de momento, tiene prioridad sobre todo lo demás. Kron y los t'lan ay destruyeron a los k'chain che'malle del septarca porque consideraron su presencia una amenaza directa para la reunión.

—¿Por qué? Esa explicación es insuficiente, yunque del escudo.

—No discuto vuestra valoración, señor. Es cierto que parece haber otra razón… para la reticencia de Kron a marchar hacia el sur. Un misterio que concierne al propio

Vidente. Al parecer, la palabra «painita» es jaghut. Los jaghut eran enemigos declarados de los t’lan imass, como es posible que ya sepáis. En mi opinión, Kron aguarda la llegada de… aliados. Otros t’lan imass que acuden a esta reunión inminente.

—Estás sugiriendo que Kron se siente intimidado por el Vidente Painita…

—Sí, dado que cree que el Vidente es jaghut.

El príncipe se quedó callado unos cuantos minutos y después sacudió la cabeza.

—Incluso si los t’lan imass decidieran marchar sobre el Dominio Painita, la decisión llegará demasiado tarde para nosotros.

—Parece probable.

—Muy bien. Ahora otra pregunta. ¿Por qué se va a producir esa reunión precisamente aquí?

Itkovian dudó un momento y después asintió despacio para sí.

—Príncipe Jelarkan, la persona que ha convocado a los t’lan imass se acerca a Capustan… en compañía de un ejército.

—¿Un ejército?

—Un ejército que marcha para enfrentarse al Dominio Painita; y, en realidad, con el objetivo adicional de aliviar el asedio que sufre Capustan.

—¿Qué?

—Señor, están a cinco semanas de distancia.

—No podemos resistir…

—Todos somos conscientes de ello, príncipe.

—¿Y esa persona manda ese ejército?

—No. El mando lo comparten dos hombres. Caladan Brood y Dujek Unbrazo.

—¿Dujek… el puño supremo Unbrazo? ¿El malazano? ¡Por los dioses del inframundo, Itkovian! ¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

El yunque del escudo se aclaró la garganta.

—Hace algún tiempo que se estableció un contacto preliminar, príncipe. A través de vías hechiceras. Desde entonces esas vías se han hecho intransitables…

—Sí, sí, eso ya lo sé. Continúa, maldito seas.

—La presencia de la persona que los convocó entre su compañía fue una noticia que nos transmitió hace muy poco tiempo un invocahuesos de los kron t'lan imass…

—¡El ejército, Itkovian! ¡Háblame de ese ejército!

—Dujek y sus legiones han sido declarados en rebeldía por la emperatriz Laseen. Ahora actúan de forma independiente. Su dotación asciende a unos diez mil miembros. Caladan Brood tiene bajo su mando un número de pequeñas compañías de mercenarios, tres clanes barghastianos, la nación rhivi y los tiste andii… un número total de combatientes de treinta mil.

El príncipe Jelarkan abrió mucho los ojos. Itkovian observó la información que penetraba en las defensas internas del hombre, observó todas las esperanzas que florecían y luego se marchitaban en rápida sucesión.

—Parece —dijo en voz baja el yunque del escudo— que todo lo que os he contado puede tener una importancia vital. Sin embargo, ya veo que ahora entendéis que en realidad no significa nada. Cinco semanas, príncipe. Dejadlos que se venguen, si queréis, pues eso es todo lo que van a conseguir. E incluso en ese caso, dado su limitado número…

—¿Esas son las conclusiones de Brukhalian o las tuyas?

—Lamento decir que de ambos.

—Necios —dijo el joven con los dientes apretados—. Malditos necios, por el Embozado.

—Mi señor, no podemos resistirnos a los painitas cinco semanas enteras.

—¡Eso ya lo sé, maldito seas! La pregunta es, ¿por qué lo intentamos siquiera?

Itkovian frunció el ceño.

—Señor, ese era el contrato. La defensa de la ciudad…

—Idiota, ¿qué me importa a mí tu maldito contrato? ¡Ya habéis llegado a la conclusión de que fracasaréis en cualquier caso! A mí me preocupan las vidas de mi pueblo. ¿Este ejército llega por el oeste? Tiene que ser por ahí. Marchará junto al río…

—No podemos fugarnos, príncipe. Nos aniquilarían.

—Lo concentramos todo al oeste. Una salida repentina que discurra y se convierta en un éxodo. Yunque del escudo…

—Nos masacrarán —lo interrumpió Itkovian—. Mi señor, lo hemos considerado. No funcionará. Los flancos de jinetes del septarca nos rodearán y nos harán parar en seco. Después llegarán los beklitas y los Tenescowri. Habríamos cedido una posición defendible por otra indefendible. Todo terminaría en el espacio de una única campanada.

El príncipe Jelarkan se quedó mirando al yunque del escudo con un desdén manifiesto, con odio, de hecho.

—Informa a Brukhalian de lo siguiente —dijo con voz ronca—. En el futuro, no es tarea de las Espadas Grises pensar por el príncipe. No es tarea suya decidir lo que tiene que saber y lo que no. Al príncipe se le ha de informar sobre todos los asuntos, sin reparar en su supuesta relevancia. ¿Ha quedado claro, yunque del escudo?

—Le transmitiré vuestras palabras con toda precisión, mi señor.

—Debo suponer —continuó el príncipe— que el Consejo de Máscaras sabe incluso menos que yo hace una campanada.

—Esa sería una suposición acertada. Mi señor, sus intereses…

—Ahórrame tus doctas opiniones, Itkovian. Que tengas un buen día.

Itkovian observó al príncipe alejarse con aire colérico rumbo a la salida del complejo, su paso era demasiado rígido para ser majestuoso. *Y sin embargo transmite nobleza a su manera. Cuenta con mi pesar, querido príncipe, aunque no me atrevería a expresarlo en voz alta. No soy más que la voluntad de la espada mortal. Mis deseos son irrelevantes*. Dejó a un lado la oleada de cólera amarga que lo invadió tras esos pensamientos y volvió a posar la mirada en los dos barghastianos que continuaban sentados en la alfombra.

El trance se había roto. Hetan y Cafal se habían acercado más al brasero, de donde se alzaban espirales de humo blanco que se retorcían bajo el aire iluminado por el sol.

Sobresaltado, pasó un momento antes de que Itkovian se adelantara.

Cuando se acercó, vio que habían colocado un objeto sobre los carbones del brasero. Con los bordes tintados de rojo, plano y lechoso por el centro. Una escápula fresca, demasiado ligera para ser de un bhederin, pero más delgada y más larga que la de un ser humano. El omóplato de un ciervo, quizá, o de un antílope. Los barghastianos habían comenzado un ritual de adivinación y utilizaban el objeto que daba significado al nombre tribal de sus chamanes.

Más que simples guerreros, entonces. Debería habérmelo imaginado. El cántico de Cafal en el salón del vasallaje. Es un cargador y Hetan es su contrapartida femenina.

Se detuvo justo al borde de la alfombra, ligeramente a la izquierda de Cafal. En el omóplato habían empezado a surgir grietas. La grasa burbujeaba por los gruesos bordes del hueso, chisporroteaba y llameaba como un anillo de fuego.

El ritual más sencillo de adivinación era la interpretación de las grietas como si fueran un mapa, un medio de encontrar rebaños salvajes para los cazadores de la tribu. Pero en ese caso, como bien sabía Itkovian, la hechicería que se estaba llevando a cabo era mucho más compleja, las grietas eran algo más que un simple mapa del mundo físico. El yunque del escudo se quedó callado e intentó captar la conversación murmurada que mantenían Hetan y su hermano.

Hablaban en barghastiano, un idioma del que Itkovian no tenía más que un conocimiento superficial. Y lo que era más extraño, daba la sensación de que era una conversación a tres bandas, los hermanos ladeaban la cabeza y asentían a respuestas que solo ellos podían oír.

La escápula era un laberinto de grietas a esas alturas, el hueso mostraba tonos azules, beis y blanco calcinado. No tardaría en comenzar a desmoronarse cuando el espíritu de la criatura se rindiera al poder abrumador que fluía por su fuerza vital, cada vez más reducida.

Terminó entonces la sobrenatural conversación. Mientras Cafal volvía a sumirse en un trance, Hetan se sentó, levantó la cabeza y miró a Itkovian a los ojos.

—Ah, lobo, me complace verte. Ha habido cambios en el mundo. Cambios sorprendentes.

—¿Y esos cambios te complacen, Hetan?

La mujer sonrió.

—¿Te complacería a ti si así fuera?

¿Me acerco a este precipicio?

—Es una posibilidad.

La mujer se echó a reír y se levantó sin prisas. Hizo una mueca de dolor al estirar los miembros.

—Que los espíritus me lleven, me duelen los huesos. Mis músculos claman manos cariñosas que los alivien.

—Hay ejercicios de flexibilidad…

—Como si no lo supiera, lobo. ¿Querrás unirte a mí en tal empresa?

—¿Qué noticias tienes, Hetan?

La mujer sonrió con las manos en las caderas.

—Por el abismo —dijo arrastrando las palabras—, mira que eres torpe. Ríndete a mí y aprende todos mis secretos, ¿es esa la tarea que te has impuesto? Es un juego del que deberías desconfiar. Sobre todo si lo juegas conmigo.

—Quizá tengas razón —dijo Itkovian al tiempo que se erguía y se daba la vuelta.

—¡Espera, hombre! —rio Hetan—. ¿Huyes como un conejo? ¿Y yo te llamé lobo? Debería cambiarte el nombre.

—Hazlo si quieres —respondió el yunque del escudo por encima del hombro mientras se iba.

La carcajada femenina resonó tras él una vez más.

—¡Ah, ese sí que es un juego que merece la pena jugar! ¡Vamos entonces, mi querido conejito! ¡Mi elusiva presa, ja!

Itkovian volvió a entrar en el cuartel y bajó por el pasillo que rodeaba la muralla exterior hasta que llegó a la entrada de la torre. Subió con el estrépito de la armadura por los empinados escalones de piedra. Intentó deshacerse de las imágenes de Hetan, aquel rostro sonriente y brillante, los ojos alegres, los rastros de sudor que le recorrían la frente entre las capas de ceniza, la postura con la espalda arqueada y el pecho alzado en una invitación deliberada y provocativa. A Itkovian le molestaba el renacimiento de aquellos deseos enterrados mucho tiempo atrás que habían empezado a atormentarlo otra vez. Sus votos se

desmoronaban, todas sus plegarias a Fener no encontraban más que el silencio, como si al dios le resultaran indiferentes los sacrificios que Itkovian había hecho en su nombre.

Y posiblemente esa sea la verdad definitiva y más devastadora. A los dioses no les importan las imposiciones ascéticas sobre el comportamiento mortal. Les dan igual las reglas de conducta, la moral retorcida de los sacerdotes y monjes de los templos. Quizá hasta se ríen de las cadenas con las que nos envolvemos nosotros solos, nuestra necesidad infinita e insaciable de encontrarles defectos a las exigencias de la vida. O quizá no se ríen sino que se encolerizan con nosotros. Quizá rechazar la celebración de la vida es el mayor insulto que podemos hacerle a aquellos que veneramos y servimos.

Llegó a la sala de armas que había al final de la escalera de caracol, saludó con gesto distraído a los dos soldados apostados allí y después subió por la escalera de mano hasta la plataforma del tejado.

El destriant ya estaba allí. Karnadas estudió a Itkovian cuando el yunque del escudo se reunió con él.

—El tuyo, señor, es un semblante desazonado.

—Sí, no lo niego. He tenido una conversación con el príncipe Jelarkan, conversación que se cerró con gran disgusto por su parte. A continuación hablé con Hetan. Destriant, mi fe ha sufrido un asalto.

—Te cuestionas tus votos.

—Así es, señor. Admito que dudo de su veracidad.

—¿Creías, yunque del escudo, que tus reglas de conducta existían para apaciguar a Fener?

Itkovian frunció el ceño, se apoyó en la almena y se quedó mirando los campamentos enemigos envueltos en humo.

—Bueno, sí…

—Entonces has vivido bajo unos supuestos equivocados, señor.

—Explícate, por favor.

—Muy bien. Hallaste la necesidad de encadenarte, la necesidad de imponerle a tu alma las constricciones que definen tus votos. En otras palabras, Itkovian, tus votos nacieron de un diálogo contigo mismo, no con Fener. Las cadenas son tuyas, y del mismo modo, tú también estás en posesión de la llave con la que puedes abrirlas cuando ya no se requieran.

—¿Cuando ya no se requieran?

—Sí. Cuando todo lo que abarque la vida deje de amenazar tu fe.

—Sugieres, entonces, que mi crisis no es de fe, sino por mis votos. Que para mí se ha desdibujado la distinción.

—Eso creo, yunque del escudo.

—Destriant —dijo Itkovian sin dejar de mirar los campamentos painitas—, tus palabras invitan a sumergirse en una riada carnal.

El sumo sacerdote se echó a reír.

—¡Y con ella a un hundimiento dramático de tu arisca disposición, esperemos!

La boca de Itkovian se crispó.

—Ahora hablas de milagros, señor.

—Esperaría…

—Un momento. —El yunque del escudo levantó un guantelete—. Hay movimiento entre los beklitas.

Karnadas se reunió con él, había recuperado la sobriedad de repente.

—Y ahí —señaló Itkovian— hay urdomen. Con scalandi en los flancos. Los videntes del Dominio se colocan en posiciones de mando.

—Van a asaltar los reductos primero —predijo el destriant —. Los tan cacareados gidrath del Consejo de Máscaras y sus fuertes. Puede que nos hagan ganar algo más de tiempo…

—Búscame mi cuerpo de mensajeros, señor. Alerta a los oficiales. Y manda recado al príncipe.

—Sí, yunque del escudo. ¿Tú te quedas aquí?

Itkovian asintió.

—Es una buena atalaya. Ve ya, señor.

Las tropas beklitas estaban formando un círculo alrededor del fuerte gidrath, en el campo de la muerte. Las puntas de lanza relucían bajo el sol.

Cuando se quedó solo, Itkovian entrecerró los ojos y estudió los preparativos.

—Ah, bueno, ya ha comenzado.

En las calles de Capustan reinaba el silencio, estaban prácticamente vacías bajo un cielo sin nubes cuando Rezongo bajó por el callejón Calmanark. Llegó a la muralla curva del campamento independiente conocido con el nombre de Uldan, se abrió paso a patadas entre la basura que atestaba una escalera que llevaba a un trozo bajo al nivel de la calle y aporreó con el puño una sólida puerta tallada en los cimientos de la muralla.

Al poco se abrió una ranura.

Rezongo entró a un pasillo estrecho, el suelo dibujaba una pronunciada rampa que volvía a subir al nivel de la calle quince metros más allá, donde asomaba el sol brillante y revelaba un patio circular central.

Buke cerró la inmensa puerta tras él y luchó con el peso de la barra para bajarla y colocarla otra vez en las cuñas. Después, aquel hombre canoso y demacrado miró a Rezongo.

—Qué rápido. ¿Y bien?

—¿A ti qué te parece? —gruñó el capitán de la caravana—. Ha habido movimiento. Los painitas están en marcha. Hay mensajeros que van de un lado a otro a caballo…

—¿En qué muralla te encontrabas?

—Al norte, justo a este lado de la mansión Lektar, como si eso importara mucho. ¿Y tú? Se me olvidó preguntarte antes. ¿Ese cabrón salió de caza anoche?

—No. Ya te lo he dicho, los campamentos están ayudando. Creo que todavía está intentando averiguar por qué volvió con las manos vacías anteanoche; eso lo tiene de los nervios, suficiente para que Bauchelain lo haya notado.

—No es buena señal. Empezará a investigar, Buke.

—Sí. Ya dije que habría riesgos, ¿no?

Sí, intentar evitar que un asesino perturbado encuentre víctimas (sin que lo note) y con un asedio a punto de empezar… Que el abismo te lleve, Buke, en qué estás intentando meterme. Rezongo miró rampa arriba.

—Te ayudan, has dicho. ¿Cómo se están tomando esto tus nuevos amigos?

El hombre se encogió de hombros.

—Korbal Espita prefiere órganos sanos cuando hace la recolección para sus experimentos. Son sus hijos los que están en riesgo.

—Menos que si los hubieran dejado en la ignorancia.

—Lo saben.

—¿Has dicho niños?

—Sí, tenemos por lo menos cuatro pequeños vigilantes en la casa en todo momento. Golfillos sin hogar, hay de sobra de los de verdad como para que se confundan con ellos. También mantienen el cielo vigilado… —Se detuvo de repente y una extraña mirada furtiva se apoderó de sus ojos.

Rezongo se dio cuenta que aquel hombre tenía un secreto.

—¿El cielo? ¿Para qué?

—Bueno, por si Korbal Espita lo intenta por los tejados.

¿En una ciudad de cúpulas separadas por amplios espacios?

—Lo que me proponía decirte —continuó Buke— es que hay ojos por toda la casa. Por fortuna, Bauchelain sigue encerrado en el sótano, que ha convertido en una especie de laboratorio. No lo deja nunca. Y Korbal duerme de día. Rezongo, lo que dije antes…

Rezongo lo interrumpió con un gesto brusco de la mano.

—Escucha.

Los dos hombres se quedaron inmóviles.

Un trueno distante bajo sus pies, un rugido que se iba alzando poco a poco más allá de las murallas de la ciudad.

Buke se quedó pálido de repente, maldijo y preguntó:

—¿Dónde está Piedra? Y no intentes decirme que no lo sabes.

—En la puerta de la calle del Puerto. Cinco pelotones de Espadas Grises, una compañía de gidrath, una docena, más o menos, de guardias lestari…

—Allí se oye muy alto…

El otro gruñó con el ceño fruncido.

—Se imaginó que empezaría por allí. Estúpida mujer.

Buke se acercó un poco más y lo cogió por un brazo.

—En el nombre del Embozado —siseó—, ¿se puede saber que haces todavía aquí parado? ¡El asalto ha comenzado y Piedra se ha metido justo en medio!

Rezongo se desprendió de aquella mano.

—No me vengas con historias, por el abismo, viejo. Ya es mayorcita, ¿sabes? Se lo dije, ¡y te lo dije a ti! ¡Esta no es mi guerra!

—¡Lo que no detendrá a los Tenescowri cuando quieran arrancarte la cabeza para meterla en la olla!

Rezongo hizo una mueca de desprecio y apartó a Buke de la puerta. Cogió la pesada barra con la mano derecha y con un solo impulso la sacó de las ranuras y la dejó caer con un estrépito que resonó por todo el pasillo. Abrió la puerta y se agachó para meterse en el hueco de la escalera.

El sonido del asalto se convirtió en un rugido atronador cuando llegó al nivel de la calle y salió por el callejón. Entre el estruendo apagado de las armas se oían gritos y bramidos, y ese escalofrío indefinible y vacilante que surge de miles de cuerpos en movimiento con sus armaduras, en el exterior de las murallas, a lo largo de las almenas, a ambos lados de la puerta, que sabía que estaría gimiendo bajo los impactos repetidos de los arietes.

Al fin el asedio había desenvainado su afilada espada de hierro. La espera había terminado.

Y no conseguirán defender esas murallas. Ni las puertas. Esto habrá terminado antes del atardecer. Pensó en emborracharse y se consoló con aquel rumbo conocido que tomaban sus pensamientos.

Le llamó la atención un movimiento que percibió encima de él. Levantó la cabeza y vio, dibujando un arco proveniente del oeste, medio centenar de bolas de fuego que arrasaban el cielo. Las llamas estallaban a la vista y más allá cuando los proyectiles impactaban contra edificios y calles con la conmoción de un martilleo.

Se giró para contemplar una segunda oleada que procedía del norte, una de las bolas se iba haciendo más grande que las otras. Y seguía creciendo, un sol colérico que volaba directamente hacia él.

Rezongo se tiró escaleras abajo con una maldición.

La masa de brea se estrelló contra la calle, rebotó en una tormenta de fuego y golpeó la muralla curva del campamento, a un lado, a menos de ocho metros del hueco de la escalera.

El núcleo de piedra atravesó la muralla y arrastró sus llamas tras él.

Llovieron los escombros sobre la calle quemada.

Rezongo, magullado y medio sordo, salió como pudo del hueco de la escalera. Se oían gritos dentro del campamento uldan. El humo salía ondeando del agujero. *Esos malditos cacharros son trampas de fuego*. Se volvió cuando la puerta que había al final de la escalera se abrió de golpe. Apareció Buke arrastrando a una mujer inconsciente para ponerla a salvo.

—¿Están muy mal las cosas? —gritó Rezongo.

Buke levantó la cabeza.

—¿Sigues aquí? Estamos bien. El fuego ya está casi apagado. Sal, corre a esconderte o algo.

—Buena idea —gruñó el capitán.

El humo envolvía el cielo y se alzaba en columnas negras por todo el lado oriental de Capustan antes de extenderse como un paño mortuorio con el viento que lo llevaba hacia el oeste. Se veían llamas en el barrio Daru, entre los templos y los bloques de pisos. Rezongo calculó que la zona que estaría más a salvo de los proyectiles incendiarios sería la más cercana a las murallas y emprendió rumbo al este, calle abajo. *Es solo una coincidencia que Piedra esté por allí, en la puerta de la calle del Puerto. Esa chica tomó sus propias decisiones*.

Esta no es nuestra lucha, maldita sea. Si hubiera querido ser soldado, me habría alistado en algún maldito ejército, por el Embozado. Que el abismo se los lleve a todos.

Otra oleada de las lejanas catapultas abrieron caminos entre el humo. Rezongo aceleró el paso, pero las bolas de fuego ya habían pasado por encima de él, habían descendido sobre el corazón de la ciudad y aterrizado con un tamborileo en *staccato. Como sigan así voy a terminar volviéndome loco*. Varias figuras corrían entre el humo por delante de él. El sonido de las armas entrechocando era más alto, susurraba como olas que despellejaran una playa de guijarros. *Vale. Busco la dichosa puerta y saco a la moza de allí. No me llevará mucho. Bien sabe el Embozado que soy capaz de dejarla sin sentido de un golpe si se pone tonta. Vamos a encontrar un modo de salir de aquí y se acabó*.

Se acercó a la parte posterior de una fila de puestos del mercado que daban a la calle interior del Puerto. Los callejones que se abrían entre los destartalados puestos eran estrechos y el capitán se hundió hasta la rodilla en basura. La calle que había detrás estaba oculta tras un muro de humo. Rezongo se abrió camino a patadas entre los desechos y llegó a la calle. La puerta quedaba a su izquierda y apenas se veía. Las inmensas hojas de la entrada se hallaban hechas pedazos y el pasaje y el umbral, repletos de cuerpos. De las torres que flanqueaban la entrada, y cuyos lados ennegrecidos lucían las cicatrices blancas hechas por flechas oblicuas, cuadrillos e impactos de ballesta, salía humo por las aberturas laterales. En su interior resonaban los gritos y los choques de las espadas. En los adarves de la muralla, a ambos lados, soldados con el atuendo de las Espadas Grises se abrían paso a empujones hacia los pisos superiores de las torres.

Unas botas se acercaron con paso pesado por la derecha de Rezongo. Media docena de pelotones de las Espadas Grises surgieron entre el humo, las dos primeras filas con espadas y escudos y las dos últimas con ballestas

amartilladas. Cruzaron por delante del capitán de la caravana y tomaron posiciones tras el montón de cuerpos que había en la entrada.

Un viento díscolo barrió el humo de toda la vía a la derecha de Rezongo y reveló más cuerpos, soldados de la guardia capan, lestari y betaklitas painitas, después continuó calle abajo hasta un cruce bloqueado con barricadas a unos cincuenta metros de distancia, donde había otro montículo más de soldados muertos.

Rezongo echó una carrera hacia la tropa de Espadas Grises. Al no ver ningún oficial obvio, eligió a la mujer de la ballesta que tenía más próxima.

—¿Cuál es la situación aquí, soldado?

La mujer lo miró, su rostro era una máscara serena y sin expresión cubierta de hollín, a Rezongo le sorprendió darse cuenta que era capan.

—Estamos vaciando las torres de arriba. Los de la incursión no deberían tardar en volver, los dejaremos entrar y después resistiremos en la puerta.

El capitán se la quedó mirando. *¿Una incursión? ¡Dioses, se han vuelto locos!*

—Resistir, has dicho. —Rezongo le echó un vistazo al pasaje arqueado—. ¿Cuánto tiempo?

La mujer se encogió de hombros.

—Vienen de camino unos zapadores con varios operarios. Habrá una nueva puerta en una campanada o dos.

—¿Cuántas brechas hay? ¿Qué se ha perdido?

—No sabría decirte, ciudadano.

—A ver si dejamos de charlar por ahí —exclamó una voz masculina—. Y saca a ese civil de aquí.

—¡Hay movimiento por delante, señor! —gritó otro soldado.

Se prepararon las ballestas sobre los hombros de los espadachines agachados.

Alguien los llamó desde el otro lado del pasaje.

—Tropa lestari, ¡alto el fuego! Vamos a entrar.

Nadie se relajó entre las Espadas Grises, al menos de forma evidente. Un momento después, los primeros miembros de la incursión aparecieron entre empujones. Con cortes y magulladuras y llevando a sus heridos, los soldados de infantería fuertemente armados comenzaron a gritar para que las Espadas Grises les despejaran el camino.

Los pelotones que esperaban se dividieron para formar un pasillo.

Cada lestari entre los treinta primeros que pasaron iba cargado con un camarada herido. Detrás de la puerta, el sonido de la lucha llamó la atención de Rezongo. Se iba acercando. Había una retaguardia que protegía a los que cargaban con los heridos y la presión que soportaban iba creciendo.

—¡Contraataque! —exclamó alguien—. ¡Escaramuzadores scalandi!

Gimió un cuerno en la cima del muro, a la derecha de la torre del sur.

El rugido iba creciendo en el campo de la muerte que había tras la puerta. Los adoquines que pisaba Rezongo temblaron. *Scalandi. Combaten en legiones de no menos de cinco mil*…

Filas enteras de Espadas Grises se iban reuniendo calle abajo, espadachines, ballesteros y arqueros de la guardia capan que formaban la segunda línea de defensa. Tras ellos se estaba reuniendo una compañía incluso más grande, junto con balistas, catapultas y lanzadores, estos últimos con sus calderos de grava hirviendo que humeaban como ollas en la cocina.

La retaguardia entró tambaleándose en el pasaje. Las jabalinas los golpearon oblicuamente, pero rebotaron en armaduras y escudos y solo una encontró a su objetivo y envió al soldado dando vueltas por el suelo con el astil de pinchos clavado en el cuello. Aparecieron los primeros scalandi painitas, ágiles, con camisa y yelmo de cuero, empuñando lanzas y espadas arrancadas a otros, unos cuantos con escudos de mimbre; se abrieron paso entre la línea de infantería pesada lestari que iba cediendo terreno; iban muriendo unos tras otros, pero seguían llegando más con un grito de guerra agudo.

—¡Brecha! ¡Brecha!

Aquella orden bramada tuvo un efecto instantáneo, la retaguardia lestari dejó de combatir de repente, giró en redondo y salió disparada pasillo abajo dejando a sus caídos, para que los reclamaran los scalandi, los arrastraran con ellos y desaparecieran de la vista. Después, los escaramuzadores bajaron con furia por el pasaje.

La primera línea de las Espadas Grises volvió a formar tras el paso de los lestari. Saltaron las ballestas y cayeron decenas de scalandi, sus cuerpos retorcidos impedían el paso de los que llegaban detrás. Rezongo observó a las Espadas Grises que volvían a cargar sus armas sin perder la calma.

Unos cuantos de la primera línea de escaramuzadores alcanzaron a los espadachines mercenarios y fueron derribados sin contemplaciones.

Una segunda oleada trepó por encima de sus compañeros caídos y se abalanzó sobre la línea de defensa.

Se encogieron bajo otro enjambre de cuadrillos. El pasaje se estaba llenando de cuerpos. La siguiente multitud de scalandi que apareció iba desarmada. Mientras las Espadas Grises cargaban las ballestas una vez más, los

escaramuzadores empezaron a arrastrar a sus muertos y moribundos por el pasaje, de regreso a sus líneas.

La puerta de la torre de la izquierda se abrió de golpe y sobresaltó a Rezongo, que giró en redondo y echó mano a sus alfanjes gadrobi antes de ver a media docena de soldados de la guardia capan que salían tropezando, tosiendo y manchados de sangre. Y entre ellos, Piedra Menackis.

Llevaba el estoque partido a un palmo de la punta; el resto del arma, hasta la empuñadura e incluyendo los gavilanes, estaban repletos de vísceras humanas, igual que la mano enguantada y el brazal. Algo resbaladizo y correoso le colgaba atravesado de la daga de parada que llevaba en la otra mano, algo que chorreaba un fango marrón. Su costosa armadura de cuero estaba hecha jirones, una cuchillada oblicua había penetrado lo suficiente como para atravesar la camisa enguatada que llevaba debajo. Cuero y camisa se habían desprendido y revelaban el pecho derecho de la mujer, la piel suave y blanca lucía los morados dejados por la mano de alguien.

Piedra no lo vio al principio. Tenía la mirada clavada en la puerta, de donde se habían apartado los últimos cadáveres y por donde iba surgiendo otra oleada de scalandi. Las primeras filas cayeron víctimas de los cuadrillos, como antes, pero los atacantes supervivientes se precipitaron sobre los defensores, una chusma frenética que avanzaba dando chillidos.

Las cuatro líneas de Espadas Grises se abrieron una vez más, giraron y echaron a correr, cada mitad se lanzó al callejón más cercano que había a cada lado de la calle del Puerto, donde los arqueros de la guardia capan permanecían a la espera de contar con una visual clara de los perseguidores scalandi.

Piedra les ladró una orden a los pocos compañeros que le quedaban y la pequeña tropa se retiró con un movimiento paralelo a la pared. Fue entonces cuando vio a Rezongo.

Los ojos de ambos se encontraron.

—¡Ven aquí, so cabestro! —siseó la mujer.

Rezongo se acercó corriendo.

—Por los huevos del Embozado, mujer, pero qué…

—¿A ti qué te parece? Nos desbordaron, entraron por la puerta, subieron a las torres, saltaron por las malditas murallas. —Echó la cabeza hacia atrás como si acabara de recibir un golpe invisible. Una calma terminante le inundó los ojos—. Fue sala por sala. Fue cuerpo a cuerpo. Un vidente del Dominio me encontró… —La atravesó otra sacudida—. Pero el muy cabrón me dejó viva. Así que le di caza. Venga, ¡hay que moverse! —Golpeó otra vez a Rezongo con la daga de parada mientras salían corriendo y le salpicó el pecho y la cara de bilis y mierda aguada—. Lo atravesé de arriba abajo y joder si me suplicó. —Piedra escupió—. Pero si a mí no me funcionó, ¿por qué debería haberle funcionado a él? Qué idiota. Un idiota patético y llorica…

A Rezongo, que había echado a correr tras ella, le llevó un momento comprender lo que le estaba diciendo su compañera. *Oh, Piedra*…

Los pasos femeninos perdieron fuerza de repente y se puso muy pálida. Piedra se giró en redondo y se encontró con los ojos de Rezongo con una expresión de horror en los suyos.

—Se suponía que esto era un combate. Una guerra. Ese cabrón… —La mujer se apoyó en una pared—. ¡Dioses!

Los demás continuaron adelante, demasiado aturdidos para notarlo, o quizá demasiado entumecidos para que les importase.

Rezongo se acercó a su lado.

—¿Así que lo abriste de arriba abajo? —preguntó en voz baja sin atreverse a estirar el brazo y tocarla.

Piedra asintió y apretó los ojos, respiraba entre jadeos ásperos y dolorosos.

—¿Y no me guardaste un poco para mí, muchacha?

La joven negó con la cabeza.

—Una pena. Claro que, qué más da un vidente del Dominio que otro.

Piedra se adelantó y apoyó la cara en el hombro de Rezongo. Este la envolvió entre sus brazos.

—Vamos a salir de esta lucha, muchacha —murmuró—. Tengo una habitación limpia, con una palangana, una cocina y una jarra de agua. Una habitación lo bastante cerca de la muralla norte como para que estemos a salvo. Está al final de un pasillo. Solo hay una forma de entrar. Piedra, me voy a quedar en el pasillo, junto a esa puerta, todo el tiempo que necesites. Por allí no va a pasar nadie. Te lo prometo. —La sintió asentir con la cabeza. Después bajó las manos para cogerla en brazos.

—Puedo caminar.

—¿Pero quieres hacerlo, muchacha? Esa es la pregunta.

Después de unos minutos Piedra negó con la cabeza.

Rezongo la levantó con facilidad.

—Duerme un rato si te apetece —le dijo—. Ya estás a salvo.

El capitán se puso en marcha y empezó a rodear la muralla con la mujer acurrucada entre sus brazos y el rostro apretado con fuerza contra su túnica, el tosco tejido de esa zona se iba mojando cada vez más.

Tras ellos, los scalandi morían por centenas. Las Espadas Grises y los soldados de la guardia capan estaban llevando a cabo una matanza pavorosa.

Rezongo quería estar allí con ellos. En primera línea. Acabando con una vida tras otra.

Un vidente del Dominio no era suficiente. Ni siquiera mil serían suficientes.

Ya no.

Sintió que se iba enfriando, como si la sangre de su interior fuera otra cosa y abriera un curso amargo por sus venas, como si se alzara para llenar sus músculos de una fuerza extraña e inflexible. Jamás había sentido algo así, pero ya no iba a pensar más en ello. No había palabras para describir aquella sensación.

Ni había, como no tardaría en descubrir, palabras para descubrir aquello en lo que pronto se convertiría, lo que no tardaría en hacer.

La matanza de los k'chain che'malle por parte de los kron t'lan imass y los ay no muertos había sumido en el caos al septarca y sus fuerzas, tal y como Brukhalian había predicho. La confusión y la inmovilidad que engendró habían añadido días a los preparativos del yunque del escudo Itkovian para el inminente asedio. Pero ya había acabado el momento de los preparativos e Itkovian se había quedado con el mando de las defensas de la ciudad.

No habría t'lan imass o t'lan ay que acudieran a rescatarlos. *Ni ejército que llegara a socorrerlos con el último grano del reloj de arena*. Capustan estaba sola.

Y así serán las cosas. Miedo, angustia y desesperación.

Desde su posición sobre la torre más alta de la muralla del cuartel, después de que se fuera el destriant Karnadas y el chorreo de mensajeros diera comienzo a sus frenéticas idas y venidas, Itkovian había observado el primer movimiento coordinado de las tropas enemigas al este y al

sureste, la aparición con un ruido sordo de las armas de asedio. Los beklitas y los betaklitas, mejor armados, marchaban frente a la puerta del Puerto con una gran concentración de scalandi detrás y ambos lados de ellos. Grupos de tropas de choque compuestas por videntes del Dominio, bandas de desandi (zapadores) que se escabullían para colocar todavía más armas de asedio. Y a la espera, en los enormes y extendidos campamentos que había junto al río y la costa, la masa furiosa de los Tenescowri.

Había atisbado el asalto contra la fortificación exterior del reducto de la Guardia Oriental de los gidrath, aislada y rodeada ya por el enemigo; había visto la estrecha puerta derribada a golpes, los beklitas abriéndose camino en el pasaje, tres pasos, dos pasos, uno y luego un alto en el camino; momentos después un paso atrás y luego otro, cuerpos que se apartaban. Más cuerpos todavía. Los gidrath, los guardias de élite del Consejo de Máscaras, habían hecho gala de su disciplina y determinación. Expulsaron a los intrusos y levantaron una barricada más para sustituir a la puerta.

Los beklitas del exterior habían rondado un rato y después habían renovado el asalto.

La batalla continuó durante toda la tarde, pero cada vez que Itkovian abandonaba por un instante la vigilancia de otros acontecimientos, veía que los gidrath seguían resistiendo. Acababan con vidas enemigas por decenas. *Retorcían esa espina en el costado del septarca*.

Al fin, casi al anochecer, dieron la vuelta a las armas de asedio. Lanzaron enormes peñascos contra las murallas de la fortaleza. Los golpes y los impactos continuaron a medida que se iba desvaneciendo la luz del día.

Más allá de este drama menor, el asalto contra las murallas de la ciudad había dado comienzo por todos lados.

El ataque por el norte resultó ser una distracción, mal ejecutado y rápidamente reconocido como insignificante. Los mensajeros transmitieron al yunque del escudo que un combate igual de superficial se estaba llevando a cabo en la muralla oeste.

Los verdaderos asaltos se estaban produciendo en las murallas sur y este y se concentraban en las puertas. Itkovian, colocado justo entre las dos, podía supervisar de forma directa la defensa de ambos lados. Era visible para el enemigo, que había lanzado más de un proyectil en su dirección, pero solo unos pocos se acercaron. Únicamente era el primer día. El alcance y la puntería mejorarían a lo largo de los días siguientes. Quizá tuviera que renunciar a su atalaya a no tardar mucho, entre tanto dejaría que su presencia se burlara de los atacantes.

Cuando los beklitas y betaklitas se precipitaron contra las murallas, con desandi con escaleras de manos entre ellos, Itkovian dio la orden de que se contraatacara desde las murallas y las torres. La matanza consiguiente fue horrenda. Los atacantes no se habían molestado en hacerse con escudos u otras formas de cubrirse y morían en atroz tropel.

Pero tal era su número que alcanzaron las puertas, desplegaron arietes y consiguieron abrir brechas. Los painitas, sin embargo, tras abrirse camino por los pasajes, se encontraron en explanadas abiertas que se convirtieron en campos de la muerte cuando las Espadas Grises y los arqueros de la guardia capan lanzaron un fuego cruzado fulminante desde detrás de las barricadas que bloqueaban las calles laterales, los cruces y los callejones.

La estrategia del yunque del martillo de una defensa escalada estaba demostrando ser de una eficiencia letal. Los contraataques subsiguientes habían sido tan eficaces que incluso permitieron incursiones más allá de las puertas y

una persecución cruel de los painitas que huían. Y, ese día al menos, ninguna de las compañías que había mandado al exterior había ido demasiado lejos. La disciplina se había mantenido entre los soldados de la guardia capan, los lestari y las compañías coralesianas.

El primer día había terminado y les pertenecía a los defensores de Capustan.

Itkovian seguía en pie aunque le temblaban las piernas, la brisa de la costa crecía y le secaba el sudor de la cara, unos zarcillos frescos se metían por la rejilla de la media celada y le rozaban los ojos enrojecidos por el humo. A medida que la oscuridad se iba cerrando a su alrededor, escuchó las rocas que golpeaban el reducto de la Guardia Oriental y se giró por primera vez en horas para ver la ciudad.

Había bloques enteros en llamas, los fuegos se alzaban en el cielo nocturno e iluminaban la panza de un inflado dosel de humo sólido. *Sabía lo que iba a ver. ¿De qué me asusto, entonces? ¿Por qué se me hiela la sangre en las venas?* Se sintió débil de repente, se inclinó sobre la almena que tenía detrás y apoyó una mano en la piedra tosca.

Le habló una voz desde las sombras que arrojaba la puerta de la torre.

—Necesitas descansar, señor.

Itkovian cerró los ojos.

—Destriant, es cierto lo que dices.

—Pero no habrá descanso —continuó Karnadas—. La otra mitad de la fuerza de ataque se está reuniendo. Podemos esperar asaltos durante toda la noche.

—Lo sé, señor.

—Brukhalian…

—Sí, hay que hacerlo. Aproxímate, pues.

—Son esfuerzos que cada vez cuestan más —murmuró Karnadas, que se acercó y se colocó ante el yunque del escudo. Después posó una mano en el pecho de Itkovian—. La enfermedad de las sendas me amenaza —continuó—. Pronto apenas seré capaz de defenderme.

El cansancio abandonó al yunque del escudo y el vigor regresó a sus miembros. Suspiró.

—Te lo agradezco, señor.

—La espada mortal acaba de ser llamada al salón del vasallaje para dar cuenta de la batalla del primer día. Y no, no tuvimos la fortuna de oír el relato de la destrucción del salón del vasallaje bajo unos cuantos cientos de bolas de fuego. Permanece intacto. Sin embargo, dado a quienes aloja ahora, ya no desearíamos un final tan fiero.

Itkovian apartó la mirada de las calles y estudió el rostro iluminado por el fuego del destriant.

—¿A qué te refieres, señor?

—Los barghastianos, Hetan y Cafal, se han instalado en el salón principal.

—Ah, ya veo.

—Antes de irse, Brukhalian me pidió que inquiriera sobre tus esfuerzos para descubrir el medio por el que a los huesos de los espíritus fundadores se les evitarán los efectos de la conflagración inminente.

—He fracasado, señor. Y no parece muy probable que vaya a tener la oportunidad de renovar mis esfuerzos en esa dirección.

—Es comprensible, señor. Le transmitiré a la espada mortal tus palabras, si no tu obvio alivio.

—Gracias.

El destriant se acercó a contemplar el campo de la muerte oriental.

—Por todos los dioses del inframundo, ¿los gidrath todavía conservan el reducto?

—Se ignora —murmuró Itkovian al reunirse con el otro—. Como mínimo, el bombardeo no ha cesado. Puede que por allí no queden más que escombros, está demasiado oscuro para distinguir nada, pero creo que escuché derrumbarse un muro hace media campanada.

—Las legiones están formando una vez más, yunque del escudo.

—Necesito más mensajeros, señor. Mi última tropa…

—Sí, agotados —dijo Karnadas—. Me despediré entonces y haré lo que me pides, señor.

Itkovian escuchó al hombre que bajaba por la escalera de mano, pero no apartó los ojos de las posiciones enemigas que había al este y al sur. Los faroles destellaban de vez en cuando entre lo que parecían ser tropas dispuestas en cuadrados, las figuras se daban empellones y cambiaban de postura tras escudos de mimbre. Varias compañías más pequeñas de escaramuzadores scalandi salieron y se adelantaron con cautela.

Unos pasos tras el yunque del escudo anunciaron la llegada de los mensajeros. Itkovian habló sin volverse.

—Informad a los capitanes de los arqueros y las tropas de las catapultas que los painitas están a punto de reanudar el asalto. Soldados a las murallas y almenas. Que se reúnan las compañías de las puertas, toda la dotación, incluyendo zapadores.

Una veintena de bolas encendidas se alzó por los cielos desde detrás de las filas de los painitas. Los proyectiles dibujaron un arco, el rugido de sus chispas se oyó al pasar a gran altura por encima de la cabeza de Itkovian. Las explosiones iluminaron la ciudad y sacudieron los tablones

revestidos de bronce que pisaba. El yunque del escudo miró a su cuadro de mensajeros.

—Vamos.

Karnadas puso a su caballo a medio galope y cruzó la explanada Tura'l. El enorme arco que tenía a cuarenta metros a su izquierda acababa de sufrir un impacto en una esquina de la basa y había rociado con mampostería rota y brea ardiendo los adoquines y los tejados de los bloques de pisos que tenía al lado. Las llamas ondeaban y el destriant vio figuras que salían en masa del edificio. Por el norte, justo al borde del Distrito de los Templos, otro edificio de pisos estaba envuelto en llamas.

El jinete llegó al otro lado de la explanada sin aflojar el paso de su montura y subió por la calle de las Sombras (con el templo de las Sombras a su izquierda y el templo de la reina de los Sueños a la derecha), después volvió a girar a la izquierda al llegar a la Lanza Daru, la avenida principal del distrito. Por delante se cernían las piedras oscuras del salón del vasallaje, el antiguo torreón que se alzaba sobre las estructuras más bajas de los pisos daru.

Tres pelotones de gidrath dominaban la puerta, con la armadura completa y las armas en la mano. Al reconocer al destriant, le dieron paso con un gesto.

Karnadas desmontó en el patio y le dejó el caballo a un mozo de cuadras, después se dirigió al gran salón, donde sabía que encontraría a Brukhalian.

Bajó por el pasillo principal que llevaba a las puertas dobles y vio que tenía otro hombre delante. Ataviado con una túnica y capucha, carecía de la escolta habitual que se les proporcionaba a los forasteros que entraban en el salón del vasallaje, pero se acercaba a la entrada con una

seguridad llena de elegancia. Karnadas se preguntó cómo se las había arreglado para pasar junto a los gidrath y después abrió mucho los ojos cuando el desconocido hizo un gesto con una mano y las enormes puertas se abrieron ante él.

Voces alzadas en una discusión salieron del gran salón, voces que se acallaron cuando entró el desconocido.

Karnadas apretó el paso y llegó a tiempo de oír el final de la protesta de uno de los sacerdotes Rath.

—¡…ahora mismo!

El destriant se deslizó por las puertas tras el desconocido. Vio a la espada mortal de pie, cerca del círculo central. Se había girado para mirar al recién llegado. Los barghastianos, Hetan y Cafal, estaban sentados en su alfombra a poca distancia y a la derecha de Brukhalian. Los sacerdotes y sacerdotisas del Consejo de Máscaras estaban todos y cada uno inclinados hacia delante en sus asientos, y sus máscaras transmitían caricaturas de extremo desagrado, con la excepción de Rath'Embozado, que estaba de pie, con el semblante de calavera de madera de su máscara arqueado de indignación.

El desconocido, con las manos unidas entre los pliegues de las mangas de su túnica de color pardo, no parecía demasiado perturbado por la hostil bienvenida.

Desde donde se encontraba el destriant no podía distinguir la cara del hombre, pero vio que la capucha se movía cuando el desconocido examinó a los enmascarados presentes.

—¿Vas a hacer caso omiso de mi orden? —preguntó Rath'Embozado, era obvio que intentaba contener el tono. El sacerdote miró furioso a su alrededor—. ¿Dónde están nuestros gidrath? En el nombre de todos los dioses, ¿por qué no han respondido a nuestra llamada?

—Bueno —murmuró el desconocido en daru—, de momento, han escuchado la llamada de sus sueños. Así evitamos cualquier interrupción innecesaria.

El hombre se volvió hacia Brukhalian, lo que permitió que Karnadas (que en ese momento se hallaba junto a la espada mortal) viera su rostro por primera vez. Redondo, extrañamente liso, nada memorable salvo por la expresión serena y ecuánime. *Ah, el mercader que salvó Itkovian. ¿Cómo se llamaba…? Keruli*.

Los ojos pálidos del hombre se clavaron en Brukhalian.

—Quiero disculparme ante el comandante de las Espadas Grises, pero me temo que debo dirigirme al Consejo de Máscaras. Si tuvieras la amabilidad de cederme la palabra por un instante…

La espada mortal ladeó la cabeza.

—Desde luego, señor.

—¡Nosotros no lo consentimos! —susurró Rath'Tronosombrío.

Los ojos del desconocido se endurecieron cuando miró al sacerdote.

—Por desgracia, no tenéis elección. Os miro a todos y me encuentro con una representación lamentable e inadecuada.

Karnadas contuvo una carcajada y se recuperó a tiempo de ver la ceja alzada de Brukhalian en una expresión de inocente interrogación.

—Por el abismo —dijo Rath'Ascua—, ¿y quién eres tú para hacer semejante juicio de valor?

—No necesito dar aquí mi verdadero nombre, sacerdotisa, solo el título que ahora reclamo.

—¿Título?

—Rath'K'rul. He venido a ocupar mi lugar en el Consejo de Máscaras y a deciros lo siguiente: hay uno entre vosotros que nos traicionará a todos.

Se sentó en el catre con el largo cabello despeinado envolviéndole la cara. Rezongo estiró el brazo y le fue apartando poco a poco los mechones.

El suspiro de Piedra fue entrecortado.

—Esto es estúpido. Pasan cosas. En una batalla no hay reglas. Fui idiota al intentar enfrentarme a un vidente del Dominio con un simple estoque, lo apartó de un manotazo con una carcajada. —La joven levantó la cabeza—. No te quedes conmigo, Rezongo. Veo lo que hay en tus ojos. Vete. —Miró la habitación—. Solo necesito… solo necesito limpiarme un poco. No te quiero aquí, ni tampoco ahí fuera, junto a la puerta. Si lo hicieras, Rezongo, nunca te irías. Vete. Eres el mejor combatiente que he visto jamás. Mata unos cuantos painitas; que el Embozado me lleve, mátalos a todos.

—¿Estás segura…?

La risa femenina fue dura.

—Ni lo intentes siquiera.

Rezongo gruñó y empezó a comprobar las correas y arreos de su armadura. Colocó bien el almohadillado inferior y bajó la celada del yelmo. Aflojó los pesados alfanjes en sus vainas.

Piedra lo observó en silencio.

Al fin, el capitán estuvo listo.

—De acuerdo. Tómate tu tiempo, muchacha. Todavía quedarán de sobra cuando hayas terminado aquí.

—Sí, ya lo sé.

Rezongo se dirigió a la puerta.

—Cárgate alguno, anda.

El hombre asintió.

—Lo haré.

Los beklitas y los scalandi llegaron a la muralla del este a miles. A pesar del tropel de flechas que les llovía, izaron escaleras de mano, subieron en masa y se precipitaron por las almenas. La puerta oriental fue tomada de nuevo y el enemigo bajó a miles por el pasaje y se derramó por la plaza del nuevo mercado oriental.

Al sur, la puerta principal de la ciudad cayó bajo un aluvión coordinado de fuego de catapultas. Una legión de betaklitas invadió la explanada de Jelarkan. Una bola bien apuntada de brea ardiente golpeó el cuartel occidental de la guardia capan, el edificio se alzó en una explosión que iluminó toda la ciudad con un rojo refulgente.

Tropas de choque de urdomen y videntes del Dominio penetraron por la puerta norte y entraron en las calles daru más cercanas después de destruir el campamento Nildar y asesinar a todos en su interior. El enemigo había invadido la ciudad.

La batalla, concluyó Itkovian, no iba bien.

Con cada informe que entregaba un mensajero, el yunque del escudo daba varias órdenes con voz suave y serena.

—Cuarta ala, a la novena barricada, entre la torre interna oriental y la torre Ne’rok. Que lleven provisiones a la guardia capan que hay en las dos torres… La séptima ala, a la torre interna occidental y a la muralla. Necesito un informe sobre el estado de la torre Jehbar. Había quinientos soldados de la guardia capan en el cuartel occidental, lo más probable es que los hayan aplastado… Las crines quinta y tercera a las calles que rodean la explanada Tular, que reúnan a los soldados de la guardia capan. Las crines primera, séptima y sexta que se dirijan de inmediato a la zona norte del Distrito

de los Templos, que bloqueen y golpeen hasta que volvamos a tomar la puerta norte… Las crines cuarta, segunda y octava al nuevo mercado oriental. Una vez que se recupere la puerta oriental, quiero que las alas uno, tres y cinco hagan una incursión. Su punto de reunión es el reducto de la Guardia Oriental. Quiero neutralizadas las máquinas de asedio que la atacan, y que luego rescaten a cualquier superviviente gidrath que quede. Que el trimáster me informe…

Entre orden y orden y las idas y venidas de los mensajeros, Itkovian observaba los combates en el nuevo mercado oriental, lo que podía ver de ellos bajo el fulgor de los fuegos y entre las nubes negras de humo. Los scalandi presionaban con fuerza para derribar las barricadas que les impedían llegar al palacio del príncipe. Las rocas habían estado golpeando los muros exteriores del palacio sin descanso, pero en vano, aquellas murallas de piedra fina y reluciente ni siquiera temblaban. La brea en llamas rugía hasta extinguirse, pero apenas lograba nada más que unas simples manchas negras que estropeaban la superficie de aquella piedra desconocida. El palacio habría que tomarlo por las malas, paso a paso, cada sala, cada nivel, y los painitas estaban impacientes por empezar.

El trimáster de las Espadas Grises que estaba al mando de la primera, tercera y quinta alas llegó al parapeto. Era uno de los oficiales más antiguos del yunque del escudo, alto y delgado, con una barba gris que ocultaba un sinfín de cicatrices.

—Ya me han transmitido mi misión, yunque del escudo.

Así que, ¿por qué me has hecho llamar? Ya veo la pregunta en tus ojos, señor. No te hacen falta palabras de estímulo que te hagan lanzarte a lo que podría ser una misión suicida.

—Nadie se lo esperará —dijo Itkovian.

El hombre entrecerró los ojos y después asintió.

—Así es, señor. Con tanta brecha, la primera línea del enemigo ha perdido cohesión. Esta noche el caos lo reclama todo. Destruiremos las máquinas de asedio como se nos ha ordenado. Rescataremos a los supervivientes del reducto.

Sí, viejo amigo, soy yo el que necesita palabras de estímulo.

—Mantén los ojos bien abiertos, señor. Me gustaría saber la posición de las fuerzas painitas de la retaguardia. En concreto, de los Tenescowri.

—Comprendido, señor.

Llegó un mensajero que dio un tropezón al dejar la escalera de mano.

—¡Yunque del escudo! —jadeó la mujer.

—Tu informe, señor —dijo Itkovian.

—Del trimáster de las crines primera, séptima y sexta, señor.

Puerta norte. Miró al norte. La mayor parte de los bloques de pisos daru que había allí estaban ardiendo.

—Procede.

—El trimáster informa que se ha encontrado con las fuerzas de choque de urdomen y videntes del Dominio. Están todos muertos, señor.

—¿Muertos?

La joven asintió e hizo una pausa para secarse el sudor manchado de ceniza de la frente. Itkovian notó que el yelmo que llevaba era demasiado grande.

—Un ciudadano reunió a los restos de la guardia capan así como a otros civiles y unos cuantos escoltas de caravanas. Señor, entablaron combate con los urdomen y los videntes del Dominio en una sucesión de batallas callejeras… y los hicieron retirarse. El trimáster controla

ahora la puerta norte, su compañía de zapadores están realizando ya las reparaciones necesarias.

—¿Y esa milicia improvisada y su comandante?

—Solo quedaban unos cuantos heridos para recibir al trimáster, señor. La, bueno, la milicia ha puesto rumbo al oeste; perseguían a una compañía de urdomen que pretendía asolar la mansión Lektar.

—Mensajero, envía a la primera ala en su ayuda. Y tras llevar mi orden, descansa un poco, señora.

—Sí, yunque del escudo.

—Ese no es el yelmo de reglamento que te entregaron, ¿verdad, señora?

Avergonzada, la joven negó con la cabeza.

—Yo, esto, lo perdí, yunque del escudo.

—Que el intendente te busque uno de tu talla.

—Sí, señor.

—Vete.

Los dos veteranos observaron partir a la joven.

—Qué descuidada —murmuró el trimáster—, mira que perder el yelmo.

—Desde luego.

—Muy lista al buscarse otro.

El yunque del escudo sonrió.

—He de despedirme ya, señor.

—Que Fener te acompañe, trimáster.

Karnadas respiró hondo y sin ruido, los pelos de la nuca se le habían puesto de punta al oír aquel silencio repentino y pesado que reinaba en el gran salón. *¿Traición?* Sus ojos se posaron en un sacerdote en concreto. Las palabras de Rath’K’rul no hacían más que alimentar las sospechas que ya tenía el destriant y los prejuicios lo llevaban a desconfiar

de sus propias conclusiones. Contuvo la lengua, pero no dejó de mirar a Rath'Fener.

La máscara de jabalí carecía de expresión, pero el hombre se erguía como si acabara de recibir un golpe.

—La era de K'rul —siseó Rath'Tronosombrío— ya hace mucho tiempo que pasó.

—Ha regresado —respondió el hombre de la túnica—. Un hecho que debería aliviaros en parte a todos y cada uno de vosotros. Es la sangre de K'rul, después de todo, la que han envenenado. La batalla que ahora comienza no perdonará a nadie, incluyendo los dioses a los que servís. Si dudáis de mis palabras, haced vuestros viajes internos, escuchad la verdad de labios de vuestros propios dioses. Sí, las palabras quizá sean reticentes, habrá incluso resentimiento. Pero se pronunciarán, no obstante.

—Tu sugerencia —dijo Rath'Reina de los Sueños— no se puede llevar a cabo con precipitación.

—Estoy dispuesto a reunirme de nuevo con vosotros —dijo Rath'K'rul con una ligera reverencia—. Habéis de saber, sin embargo, que tenemos poco tiempo.

—Has hablado de traición…

—Sí, Rath'Reina de los Sueños, eso he dicho.

—Nos ofendes al pretender dividirnos.

El hombre de la túnica ladeó la cabeza.

—Aquellos que saben que su conciencia está limpia, hermanos y hermanas, se unirán más. Del caballero que no pueda afirmar lo mismo es muy probable que se ocupe su dios.

—¿Caballero?

Rath'K'rul se encogió de hombros.

Brukhalian se aclaró la garganta en medio del silencio subsiguiente.

—Con el permiso del Consejo de Máscaras, debo partir ya. Mi yunque del escudo me necesita.

—Por supuesto —dijo Rath'Embozado—. De hecho, por los sonidos que se oyen más allá del salón del vasallaje, se diría que se han abierto brechas en las murallas y el enemigo está dentro.

Y el Embozado acecha en las calles de Capustan. Ambivalencia, suficiente para enfriar tu tono.

La espada mortal sonrió.

—Era lo que esperábamos desde el principio, Rath'Embozado, que terminaran tomando murallas y puertas. Periódicamente. —Se volvió hacia Karnadas—. Sígueme, por favor. Necesito la última información.

El destriant asintió.

Hetan se levantó de repente con un destello en los ojos y miró furiosa a Rath'K'rul.

—Hombre durmiente, ¿es cierto el ofrecimiento de tu dios? ¿De veras querrá ayudarnos?

—Lo hará. ¿Cuál de vosotros se presenta voluntario?

La mujer barghastiana, con los ojos muy abiertos, señaló con un gesto brusco de la cabeza a su hermano.

El hombre de la túnica sonrió.

Rath'Tronosombrío pareció escupir las palabras.

—¿Y ahora qué? ¿Qué pasa ahora? ¿Qué?

Karnadas se giró para estudiar a Cafal y se quedó asombrado al ver al joven todavía sentado con las piernas cruzadas y la cabeza inclinada en un profundo sueño.

—Todos los aquí presentes —dijo Rath'K'rul en voz muy baja—, no lo despertéis si apreciáis en algo vuestra vida.

De los sesenta y tantos seguidores que Rezongo había llevado al oeste tras dejar la puerta norte solo quedaba una

docena de soldados de la guardia capan y únicamente un guardia lestari, un sargento de piernas cortas y brazos largos que se había metido en el papel de segundo al mando sin una sola palabra.

La mansión Lestari era una de las pocas residencias privadas bien fortificadas que había en Capustan. Era el hogar de Kalan D’Arle, una familia de mercaderes vinculada al concejo de Darujhistan, así como a la noble casa caída del mismo nombre en el propio Lest. La sólida estructura de piedra lindaba con la muralla norte y su tejado plano se había convertido en un fuerte y un punto de reunión para los defensores de la muralla.

Al nivel de la calle, la magnífica entrada consistía en una gruesa puerta de bronce incrustada en un marco de piedra con los goznes ocultos. Un amplio frontón sobresalía en la entrada, sostenido por dos columnas de mármol. El techo se hallaba atestado de cabezas talladas de demonios que tenían la boca abierta y de los que chorreaban los restos de agua hirviendo que había caído como un torrente sobre los scalandi que, entre gritos, habían estado aporreando la puerta.

Rezongo y su tropa, todavía tambaleantes tras un choque salvaje con quince urdomen que había terminado con la mayor parte de la milicia hecha pedazos (antes de que Rezongo hubiera derribado en persona a los dos últimos painitas), se habían topado con la chusma de scalandi justo delante de ellos.

El enfrentamiento fue rápido y brutal. Solo el sargento lestari reveló cierta piedad cuando rebanó las gargantas de los scalandi que habían quedado escaldados por el agua hirviendo. El cese de sus chillidos hizo caer un silencio repentino sobre la escena.

Rezongo se agachó junto a un cuerpo y utilizó su túnica para limpiar las hojas de los alfanjes. Los músculos de sus brazos y hombros estaban muy cargados y le temblaban.

La brisa de la noche se reforzó y, al llevarse el humo hacia el interior, olía a sal. Aún bramaban por todos lados incendios suficientes como para espantar la oscuridad.

—Mira eso, ¿quieres?

El capitán de la caravana le echó un vistazo al sargento lestari y después siguió la mirada del hombre.

El salón del vasallaje se cernía al sureste, a solo unas calles de allí. Se veía un leve fulgor en todo el torreón.

—¿Qué te parece? —murmuró el entrecano soldado.

Hechicería de algún tipo.

—Yo diría que es magia ritual —continuó el sargento—. Seguramente protectora. Bien sabe el Embozado que a nosotros no nos vendría nada mal un poco. Estamos hechos pedazos, señor. A mí no me queda mucho, y en cuanto al resto… —Les echó un vistazo a los soldados de la guardia capan magullados y ensangrentados que se habían agachado o arrodillado en el suelo, algunos se habían apoyado en las paredes de la casa; después sacudió la cabeza—. Están acabados.

Varios sonidos de lucha se acercaron por el suroeste.

El arañazo de una armadura en el tejado de la mansión Lestari llamó la atención de Rezongo. Media docena de regulares de la guardia capan los miraban desde allí.

—¡No sé quiénes sois, pero bien hecho! —gritó uno.

—¿Qué veis ahí arriba? —exclamó el sargento.

—¡Hemos vuelto a tomar la puerta norte! Espadas Grises, maldita sea, casi un millar de ellos. ¡Los painitas pierden terreno!

—Espadas Grises —murmuró el lestari por lo bajo. Después le lanzó una mirada encendida a Rezongo—. Pero si

fuimos nosotros los que volvimos a tomar esa puerta…

—Pero no estamos allí defendiéndola, ¿no? —gruñó Rezongo mientras se erguía. Después miró a su exigua tropa —. Un poco de vida en esos cuerpos, capan, que no tenéis aguante. No hemos terminado todavía.

Varios ojos apagados e incrédulos se clavaron en él.

—Parece que la puerta occidental ha caído y que nuestros defensores están dando marcha atrás. Lo que significa que han perdido a sus oficiales o sus oficiales no valen una mierda. Sargento, ahora eres teniente. El resto, ahora sois sargentos. Tenemos que agrupar a unos cuantos soldados muertos de miedo. A moverse, venga, a paso ligero, no quiero que empecéis a agarrotaros. —Rezongo los miró furioso, cuadró los hombros e hizo entrechocar los alfanjes—. Seguidme.

Bajó corriendo por la calle hacia la puerta occidental. Después de un momento, los demás lo siguieron.

Dos campanadas antes del amanecer. Al norte y al oeste de la ciudad el rugido de la batalla comenzaba a amainar. Gracias a los contraataques de Itkovian se habían recuperado las puertas y las murallas de esa parte, los atacantes se habían quedado sin fuerzas para luchar por aquel lado, al menos durante el resto de la noche.

Brukhalian había regresado del salón del vasallaje con Karnadas tras él una campanada antes. La espada mortal había reunido a los seiscientos reclutas que el yunque del escudo había mantenido en la reserva, junto con dos crines y dos alas y había partido hacia la explanada de Jelarkan, donde se rumoreaba que más de mil beklitas se habían abierto camino y amenazaban con arrollar las defensas internas.

La situación alrededor de la puerta occidental era incluso más apurada. Tres de los mensajeros de Itkovian no habían regresado después de haberlos enviado allí. El cuartel occidental era un puño inmenso de fuego enfurecido que revelaba, entre destellos refulgentes, los escombros a los que había quedado reducida la propia puerta occidental. Esa brecha, si terminaba abriéndose camino hasta el lado occidental de la explanada de Jelarkan, podría significar la caída de la mitad de la ciudad.

El yunque del escudo se paseaba de pura frustración. Ya no le quedaban fuerzas de reserva. Por un momento dio la sensación que los destacamentos de la guardia capan y las Espadas Grises asignados a la puerta occidental habían dejado de existir sin más, y la herida se había convertido en un torrente que amenazaba con inundarlo todo. Y después, de forma inexplicable, la resistencia se había reforzado. El torrente se había topado con una muralla humana y aunque seguía subiendo, todavía no se había desbordado.

El destino de Capustan se encontraba en manos de aquellos defensores y a Itkovian solo le quedaba contemplar cómo se desarrollaba esa situación pendiente de un hilo.

Karnadas estaba abajo, en el complejo del cuartel. Agotaba su senda Denul, luchaba contra esa infección hechicera que la infestaba, y a pesar de todo conseguía sanar de algún modo a las Espadas Grises heridas. Algo había ocurrido en el salón del vasallaje, estaba ocurriendo todavía; el torreón entero refulgía entre una penumbra incolora. Itkovian quería preguntarle al destriant, pero todavía no se había dado la oportunidad.

Unas botas en la escalera. El yunque del escudo se dio la vuelta.

El mensajero que apareció tenía una horrible quemadura en un lado de la cara, la piel roja y ampollada que le cubría

la mandíbula y la mejilla formaba una cordillera bajo el borde del yelmo. El ojo de ese lado estaba fruncido, arrugado y negro como una pasa.

El hombre trepó por la escalera e Itkovian vio a Karnadas tras él.

El destriant fue el primero en hablar, a medio salir de la trampilla.

—Insistió en darte primero el informe, señor. No puedo hacer nada por el ojo, pero el dolor…

—Dentro de un momento —soltó Itkovian de repente—. Mensajero, dame tu informe.

—Mis disculpas —jadeó el joven— por tardar tanto.

El yunque del escudo abrió mucho los ojos.

—Me das una lección de humildad, señor. Ha pasado una campanada y algo más desde que te envié a la puerta occidental.

—Los painitas habían llegado ya al campamento Tular, yunque del escudo. El campamento Senar había caído, sus habitantes masacrados. Todo el mundo. Niños, señor… Lo siento, pero es que el horror permanece conmigo…

—Continúa.

—La torre Jehbar estaba rodeada y sus defensores asediados. Tal era la situación a mi llegada, señor. Nuestros soldados estaban dispersos y luchaban en grupos separados, muchos de ellos rodeados. Estaban acabando con nosotros allá por donde mirase. —El mensajero hizo una pausa, respiró hondo con esfuerzo y después continuó—. Tal era la situación a mi llegada. Mientras me preparaba para regresar con dichas noticias, me… raptaron.

—¿Que te qué?

—Mis disculpas, señor. No se me ocurre otra palabra. Apareció un forastero con poco más de una decena de seguidores capan, una especie de milicia, señor. Y un

sargento Iestari. El hombre tomó el mando de todos, yo incluido. Yunque del escudo, discutí…

—Es obvio que era un hombre persuasivo. Continúa tu relato, señor.

—El forastero hizo que sus propios soldados derribaran la puerta del campamento Tular. Exigió que sus habitantes salieran a luchar. Por sus hijos…

—¿Y los convenció?

—Señor, sostenía en sus brazos lo que quedaba de un niño del campamento Senar. El enemigo, señor, los painitas, alguien había empezado a comerse a ese niño…

Karnadas se colocó detrás del joven y le puso las manos en los hombros.

—Los convenció —dijo Itkovian.

El mensajero asintió.

—El forastero, entonces… el forastero cogió lo que quedaba de la túnica del niño y ha hecho con ella un estandarte. Yo mismo lo vi. Señor, dejé de discutir entonces, lo siento…

—Te entiendo, señor.

—No había escasez de armas. La guardia capan de Tular se armó sola, salieron cuatrocientos o quinientos. Hombres y mujeres. El forastero había enviado a sus propios seguidores y empezaron a regresar, y con ellos bandas supervivientes de soldados capan, unos cuantos gidrath, coralesianos y Espadas Grises. El trimáster había muerto, ya sabéis…

—El forastero los reunió a todos —lo interrumpió Itkovian —. ¿Y luego qué?

—Nos dirigimos en ayuda de la torre Jehbar, señor. Yunque del escudo, bajo ese horrible estandarte, hicimos una masacre.

—¿Y las condiciones de la torre?

—En ruinas, señor. Cielos. No había más que veinte supervivientes entre los capan que la defendían. Están ahora con el forastero. Yo regresé a mis responsabilidades entonces, señor, y se me dio permiso para venir a informarte.

—Muy generoso por parte de ese forastero. ¿Cuál era la disposición de esa milicia en ese momento?

—Estaban a punto de hacer una salida entre los escombros de la puerta occidental, señor.

—¿Qué?

—Una compañía beklita acudía a reforzar a los atacantes del interior de la ciudad. Pero los atacantes estaban todos muertos. El forastero planeaba sorprenderlos.

—Por los dos colmillos del dios, ¿pero quién es ese hombre?

—Desconozco su nombre, señor. Empuña dos alfanjes. Lucha como un… como un jabalí, señor, con esos dos alfanjes…

Itkovian se quedó mirando al joven durante un buen rato, vio que el dolor disminuyó cuando el destriant le apretó los hombros, vio que las ampollas se encogían, los verdugones se desvanecían y una piel nueva encerraba el ojo destrozado. El yunque del escudo se giró entre un estrépito de armadura y miró al oeste. El fuego del cuartel occidental hacía llegar su luz carmesí solo hasta cierto punto. Más allá dominaba la oscuridad. Miró entonces la explanada de Jelarkan. No se veían más brechas que él pudiera distinguir. La espada mortal tenía la situación controlada, como Itkovian sabía que sería el caso.

—Menos de una campanada para el amanecer —murmuró Karnadas—. Yunque del escudo, la ciudad resiste.

Itkovian asintió.

Más botas en la escalera. Todos se dieron la vuelta cuando llegó otro mensajero.

—Yunque del escudo, de la tercera incursión al reducto de la Guardia Oriental. Se ha rescatado a los gidrath supervivientes, señor. Se distinguió movimiento al sureste. El trimáster envió a un explorador. Yunque del escudo, los Tenescowri se han puesto en marcha.

Itkovian asintió. *Llegarán con las primeras luces. Trescientos mil, quizá más*.

—Destriant, abre los túneles. Empieza con los campamentos interiores. Que todos los ciudadanos vayan abajo. Ponte al mando de los cuarteles de crines y alas y de todos los que te encuentres para llevar a cabo una evacuación rápida y controlar las entradas.

El rostro arrugado de Karnadas se crispó en una sonrisa irónica.

—Yunque del escudo, es mi obligación recordarte que el Consejo de Máscaras todavía tiene que aprobar la construcción de los susodichos túneles.

Itkovian asintió otra vez.

—Por fortuna para el pueblo de Capustan, nosotros procedimos sin aguardar esa aprobación. —Después frunció el ceño—. Parece que el Consejo de Máscaras ha encontrado su propia forma de defenderse.

—No son ellos, señor. Son Hetan y Cafal. Y un sacerdote nuevo. En realidad ese supuesto mercader que rescataste en la llanura.

El yunque del escudo parpadeó.

—¿No tenía un escolta de caravanas, un hombre grande con un par de alfanjes atados a las caderas? —*¿Alfanjes? Más bien parecían los colmillos de Fener*.

El destriant siseó.

—Creo que tienes razón, señor. De hecho, ayer mismo me tomé un momento para curarlo.

—¿Estaba herido?

—Resaca, yunque del escudo. Una gran resaca.

—Ya veo. Continúa, señor. —Itkovian miró a sus dos mensajeros—. Hay que enviar recado a la espada mortal… y a ese forastero…

El escudo de mimbre del beklita explotó en el brazo del hombre tras el revés de Rezongo. El alfanje lleno de muescas y entrañas que llevaba el escolta en la otra mano bajó con un golpe seco y atravesó yelmo y después cráneo. La sangre y los sesos le salpicaron el guantelete. El beklita cayó de lado sacudiendo brazos y piernas.

Rezongo giró en redondo y limpió la carnicería de la hoja. Una decena de metros más atrás, cerniéndose sobre las filas salvajes de sus seguidores, se alzaba el Estandarte del Niño, una túnica desgarrada y teñida de un brillante color amarillo salpicada de un color rojo que al secarse quedaba de un tono magenta oscuro.

Habían aplastado a la compañía beklita. La víctima de Rezongo había sido la última. El capitán de la caravana y su milicia estaban a treinta y cinco metros de lo que quedaba de la puerta occidental, en la amplia avenida principal de lo que había sido un pueblo de chabolas. Las estructuras habían desaparecido, habían desmantelado las paredes de madera y los techos de pizarra y se los habían llevado. Lo único que quedaba eran placas de suelos de tierra manchadas y unos cuantos trozos de cerámica rota. Unos ciento setenta metros más allá se veían los piquetes de los sitiadores, que se agolpaban bajo la luz creciente del amanecer.

Rezongo vio a medio millar de betaklitas marchando por el borde, flanqueados por compañías de urdomen y caballería ligera betrullid. Tras ellos se alzaba un inmenso velo de polvo dorado por la luz sesgada del sol.

El teniente había hincado una rodilla en el suelo, junto a Rezongo, y luchaba por recuperar el aliento.

—Es hora… es hora de… de retirarse, señor.

El capitán de la caravana frunció el ceño y se giró para examinar a su milicia. *Cincuenta, sesenta todavía en pie. ¿Con qué empecé anoche? Más o menos ese mismo número. ¿En serio? Dioses, ¿eran esos?*

—¿Dónde están nuestros sargentos?

—Están ahí, por lo menos la mayor parte. ¿Quieres que los llame, señor?

No, sí, quiero verles la cara. No recuerdo qué caras tenían.

—Que reúnan a los pelotones.

—Señor, si esa caballería nos ataca…

—No lo harán. Están encubriéndolos.

—¿Encubriendo qué?

—A los Tenescowri. ¿Para qué va a lanzarnos más soldados veteranos solo para ver cómo los matan? Esos cabrones necesitan descansar, en cualquier caso. No, es la hora de las hordas muertas de hambre.

—Beru nos libre —susurró el teniente.

—No te preocupes —respondió Rezongo—, mueren con facilidad.

—Necesitamos descansar, estamos hechos pedazos, señor. Soy demasiado viejo para una misión suicida.

—¿Entonces qué estás haciendo en Capustan, en el nombre del Embozado? Da igual. Vamos a ver esos pelotones. Quiero que les quiten las armaduras a esos

cuerpos. Solo el cuero, yelmos y guanteletes. Quiero que mis sesenta parezcan soldados.

—Señor…

—Y después nos retiramos. ¿Comprendido? Y más vale que te des prisa.

Rezongo llevó a su magullada compañía de regreso a Capustan. Había movimiento entre las ruinas de la puerta occidental. Los mantos lisos y grises de las Espadas Grises dominaban la multitud, aunque también había otros presentes, como albañiles y dotaciones desaliñadas de trabajadores. La frenética actividad se frenó y comenzaron a volverse cabezas. Las conversaciones murieron.

El ceño de Rezongo se profundizó. Detestaba llamar la atención de aquel modo. *¿Qué es lo que somos, fantasmas?*

Todos los ojos se posaban en el Estandarte del Niño.

Se adelantó una figura para recibirlos, una oficial de los mercenarios.

—Bienvenidos —dijo la mujer con un asentimiento grave de la cabeza. Tenía la cara manchada de polvo y rastros de sudor bajándole por el yelmo—. Tenemos unos armeros instalados a las afueras del campamento Tular. Me imagino que habrá que afilar tus colmillos…

—Alfanjes.

—Como tú digas, señor. Al yunque del escudo… no, a todos nos gustaría saber tu nombre.

Pero Rezongo ya la había dejado atrás.

—Afiladores. Buena idea. Teniente, ¿crees que a todos nos hace falta que nos afilen los colmillos?

La oficial de las Espadas Grises giró en redondo.

—Señor, la referencia no se ha de tomar a la ligera.

El capitán siguió andando, pero se dirigió a ella por encima del hombro.

—Muy bien, pues llamémoslos garras de tigre, ¿qué te parece? Creo que tenéis una puerta que reconstruir. Será mejor que te pongas con eso, muchacha. Los Tenescowri tienen ganas de desayunar y nosotros estamos en el menú.

Rezongo la oyó sisear en lo que podría ser un ataque de frustración y cólera.

Unos momentos después, los trabajadores reanudaron sus esfuerzos.

Los armeros habían montado sus muelas en la calle. Tras ellos, en dirección a la explanada de Jelarkan, continuaban los sonidos de batalla. Rezongo les hizo un gesto a sus soldados para que se adelantaran.

—Formad una fila, venga, todos. Quiero esas hojas tan afiladas que os podáis afeitar con ellas.

El teniente bufó.

—La mayor parte de tu tropa son mujeres, señor.

—Lo que sean.

Un jinete azuzaba con fuerza a su caballo calle abajo. Tiró de las riendas entre un estruendo de cascos, desmontó e hizo una pausa para ajustarse los guanteletes blindados antes de dirigirse a Rezongo.

—¿Eres el capitán de la caravana de Keruli? —le preguntó con el rostro oculto tras un yelmo con celada completa.

—Lo era. ¿Qué quieres, mercenario?

—Felicitaciones de parte del yunque del escudo, señor. —La voz era dura, profunda—. Los Tenescowri se están reuniendo…

—Lo sé.

—En opinión del yunque del escudo, el asalto principal de esas fuerzas se producirá por el este, ya que es allí donde

el primer hijo de la semilla de los muertos ha reunido a su vanguardia.

—Bien, ¿y qué?

El mensajero se quedó callado un momento y después continuó.

—Señor, a los ciudadanos de Capustan se les está trasladando…

—¿Trasladando adónde?

—Las Espadas Grises han construido túneles bajo la ciudad, señor. Bajo tierra se han acumulado provisiones suficientes para mantener a veinte mil ciudadanos…

—¿Durante cuánto tiempo?

—Dos semanas, quizá tres. Los túneles son extensos. En muchos casos se abrieron también viejos túmulos vacíos, como almacenes; había más de los que nadie había anticipado. Las entradas están bien ocultas y se pueden defender bien.

Dos semanas. No tiene sentido.

—Bueno, así queda resuelto el problema de los civiles. ¿Qué hay de nosotros, los combatientes?

Los ojos del mensajero se velaron entre las barras de hierro de la celada.

—Luchamos. Calle por calle, edificio por edificio. Habitación por habitación, señor. El yunque del escudo quiere preguntarte de qué sección de la ciudad deseas hacerte cargo. ¿Y hay algo que requieras? Flechas, alimentos…

—No tenemos arqueros, pero comida y vino aguado, sí. ¿Qué sección? —Rezongo examinó a sus tropas—. Más bien qué edificio. Hay un bloque de apartamentos justo al salir de la calle del Viejo Daru, el de los cimientos de piedra negra. Empezaremos por la puerta norte e iremos retirándonos hacia allí.

—Muy bien. Se llevarán provisiones a ese bloque, señor.

—Ah, hay una mujer en una de las habitaciones del último piso; si vuestra evacuación de ciudadanos implicaba un registro casa por casa…

—La evacuación era voluntaria, señor.

—Ella no la habría aceptado.

—Entonces continúa donde estaba.

Rezongo asintió.

El teniente se acercó junto al capitán.

—Tus alfanjes, hora de afilar tus garras de tigre, señor.

—Sí. —Rezongo se dio la vuelta y no notó que la cabeza del mensajero daba una sacudida al oír las palabras del teniente lestari.

A través de la jaula negra de su celada, el yunque del escudo Itkovian estudió al fornido capitán de caravanas que en ese momento se dirigía hacia un herrero, con el lestari de piernas cortas un paso por detrás. Llevaba los alfanjes manchados de sangre en la mano y las hojas anchas, marcadas y con la punta pesada, eran del color de las llamas envueltas en humo.

Había acudido a conocer a aquel hombre en persona, para tomarle la medida y ponerle una cara que acompañase su extraordinario talento.

Itkovian ya lamentaba su decisión. Murmuró en voz muy baja una larga maldición por su impetuosidad. *¿Lucha como un jabalí? Dioses no, este hombre es uno de esos grandes felinos que cazan en las llanuras. Es grande, sin duda, pero eso pasa desapercibido tras una elegancia letal. Que Fener nos salve a todos, el fantasma del Tigre del Verano camina a la sombra de este hombre*.

Itkovian regresó a su caballo, se subió a la silla y cogió las riendas. Le dio la vuelta a su montura, echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el sol de la mañana. *La verdad ha estallado como el fuego en mi corazón. En este, nuestro último día, he conocido a este hombre sin nombre, a este sirviente de Treach, el Tigre del Verano… Treach, que asciende*.

¿Y Fener? El jabalí brutal cuya salvaje astucia domina mi alma, ¿qué hay de mi señor?

Fener… que desciende. En este, nuestro último día.

El susurro de un rugido se alzó a lo lejos, por todas partes. Los Tenescowri se habían puesto en marcha.

—Que los dos colmillos nos protejan —jadeó Itkovian con voz ronca antes de hundir los talones en los flancos del caballo. El animal se precipitó hacia delante y llovieron las chispas cuando los cascos golpearon los adoquines.

Con la cara cenicienta de puro agotamiento, Buke se dirigió a la finca del nigromante. Era un edificio grande que dominaba una colina larga y baja que parecía demasiado regular para ser natural, rodeada de un muro alto con torres falsas de vigilancia en las esquinas. Una entrada majestuosa daba a la calle Kilsban, aunque estaba apartada de la calle en sí por una rampa. La verja era una versión en miniatura de la del salón del vasallaje, la subían y bajaban unas piedras de molino encastradas por los agujeros del centro.

Una bola de fuego había golpeado la verja y la había reventado en mil pedazos. Las llamas habían ardido durante un rato, habían ennegrecido el marco de piedra y lo habían agrietado, pero de algún modo la estructura había conseguido mantenerse en pie.

Cuando el viejo escolta subió cojeando por la rampa hacia la puerta, lo sobresaltó la salida repentina de un hombre alto, demacrado y vestido con una túnica negra. El hombre tropezó y dio un saltito como un enorme buitre de alas negras, después se giró en redondo para mirar furioso a Buke. Su rostro se crispó.

—¡Por encima de mí solo está el propio Rath'Tronosombrío! ¿No me conoces? ¿Es que no me conocen? ¡Soy Mármol! ¡También conocido como el Maléfico! ¡Temido entre todos los medrosos ciudadanos de Capustan! ¡Un hechicero de poderes inimaginables! Y sin embargo… —Balbuceaba de pura furia—. ¡Una patada en el trasero, nada menos! ¡Me vengaré, lo juro!

—No sería aconsejable, sacerdote —dijo Buke, no sin amabilidad—. Mis jefes…

—¡Son escoria, escoria arrogante!

—Bien puede ser, pero no conviene irritarlos, señor.

—¿Irritarlos? Cuando mi amo se entere de cómo… de cómo han… insultado a su servidor más apreciado, entonces, ah, entonces ¡cómo fluirán las sombras! —Con un gruñido de desdén final, el sacerdote bajó por el camino de entrada con paso colérico y la túnica negra siseando de forma dramática a su paso.

Buke hizo una larga pausa y observó hasta que el tal Mármol desapareció tras una esquina.

Se oía por todas partes el sonido de los combates, pero ninguno se acercaba. Horas antes, en plena noche, mientras Buke ayudaba a los habitantes de los campamentos y de los bloques de pisos del Distrito Daru a dirigirse a los lugares de reunión establecidos por las Espadas Grises (desde donde después los llevarían a las entradas ocultas de los túneles), los painitas habían llegado hasta la calle por la que caminaba Buke en ese momento. De algún modo, la

variopinta colección de defensores de Capustan había conseguido rechazarlos. Cuerpos de ambos bandos salpicaban la calle Kilsban.

Buke se puso en movimiento una vez más, pasó bajo el chamuscado dintel de la entrada con la firme convicción de que nunca más saldría de la propiedad de Bauchelain y Korbal Espita. Pero al tiempo que un repentino instinto de supervivencia refrenaba sus pasos, vio que ya era demasiado tarde.

Bauchelain se encontraba en el patio.

—Ah, mi antiguo empleado. Nos preguntábamos adónde te habrías ido.

Buke agachó la cabeza.

—Mis disculpas, señor. Les había llevado el escrito de exención de tasas a las autoridades civiles daru, como se había solicitado…

—Excelente, ¿y nuestro argumento fue bien recibido?

El antiguo guardia hizo una mueca.

—Al parecer, las circunstancias del asedio no son excusa para evitar el pago de los impuestos de propiedad, amo. Se han de pagar los dineros. Por fortuna, con la evacuación, en la mansión no queda nadie que aguarde su llegada.

—Sí, la evacuación. Túneles. Muy inteligente. Y declinamos la oferta, por supuesto.

—Por supuesto. —Buke no pudo seguir manteniendo la mirada en los adoquines que tenía delante y se encontró girando la cabeza; la levantó un poco para advertir la presencia por todas partes de una decena de cuerpos de urdomen tirados y exangües, con las caras veteadas de negro bajo las celadas.

—Un asalto precipitado de estos descaminados soldados —murmuró Bauchelain—. Korbal estaba encantado y ya está haciendo los preparativos para reclutarlos.

—¿Reclutarlos, amo? Ah, sí, señor. Reclutarlos.

El nigromante ladeó la cabeza.

—Qué raro, el bueno de Emancipor Reese pronunció esas mismas palabras con un tono idéntico no hace ni media campanada.

—Cómo no, amo.

Los dos se miraron durante unos instantes, después Bauchelain se acarició la barba y se dio la vuelta.

—Vienen los Tenescowri, ¿lo sabías? Y entre ellos, los hijos de la semilla de los muertos. Extraordinarios, esos niños. La semilla de un hombre moribundo… *Hmm*. Se dice que el mayor de ellos está ahora al mando de toda la horda de campesinos. Estoy deseando conocerlo.

—¿Amo? Eh, cómo, es decir…

Bauchelain sonrió.

—Korbal está impaciente por llevar a cabo un examen meticuloso de ese niño llamado Anaster. ¿Qué regusto tiene su biología? Hasta yo me lo pregunto.

Los urdomen caídos dieron una sacudida, se crisparon como uno solo, las manos tentaron el suelo en busca de las armas que habían tirado y las cabezas, protegidas todavía por los yelmos, se levantaron.

Buke se los quedó mirando, horrorizado.

—Ah, ahora tienes guardas que poner bajo tu mando, Buke. Te sugiero que los apuestes a la entrada. Y quizá uno en cada una de las cuatro torres de las esquinas. Unos defensores incansables, los mejores que puede haber, ¿no?

Emancipor Reese, aferrado a su sarnoso gato, al que estrechaba contra su pecho, salió tambaleándose de la casa principal.

Bauchelain y Buke observaron al anciano, que se precipitó hacia uno de los urdomen, que ya se habían puesto en pie. Reese se acercó al fornido guerrero, estiró el brazo y

tiró con frenesí del cuello de la cota de malla del no muerto y del chaleco que llevaba debajo. La mano del anciano se había metido por debajo de ambas capas de ropa y seguía bajando cada vez más.

Emancipor empezó a farfullar. Sacó la mano y se tambaleó hacia atrás.

—Pero, pero… —Su rostro arrugado y correoso se giró hacia Bauchelain—. Ese… ese hombre, Korbal, tiene… dijo… ¡pero si lo vi! ¡Tiene sus corazones! Los ha cosido entre ellos, ¡son una masa ensangrentada que palpita encima de la mesa de la cocina! Pero… —Giró y golpeó al urdomen en el pecho—. ¡No hay heridas!

Bauchelain levantó una fina ceja.

—Ah, bueno, contigo y aquí el amigo Buke interfiriendo en las actividades nocturnas habituales de Korbal Espita, mi colega se vio obligado a modificar sus hábitos, su modus operandi, por así decirlo. Ahora, ya veis, queridos amigos, no le hace falta dejar su habitación para satisfacer sus necesidades de adquisición. No obstante, he de rogaros que desistáis de vuestros desacertados esfuerzos. —Los ojos grises y apagados del nigromante se clavaron en Buke—. En cuanto a esa hechicería peculiar del sacerdote Keruli que ahora reside en tu interior, no la desveles, mi querido sirviente. Nos desagrada contar con compañía cuando nos encontramos en nuestras formas soletaken.

Las piernas de Buke estuvieron a punto de ceder bajo él.

—Emancipor —murmuró Bauchelain—, por favor, préstale tu hombro a nuestro guardia.

El anciano se acercó un poco más. Tenía los ojos tan abiertos que Buke podía ver el blanco que los rodeaba. El sudor perlaba su arrugado rostro.

—¡Ya te dije que era una locura! —siseó—. ¿Qué te hizo Keruli? Maldito seas, Buke…

—¡Cállate, Mancy! —gruñó Buke—. Tú sabías que eran soletaken y no dijiste nada, pero Keruli lo sabía también.

Bauchelain se encaminó sin prisas a la casa tarareando por lo bajo.

Buke se giró y se aferró a la túnica de Emancipor.

—¡Ahora puedo seguirlos! El regalo de Keruli. ¡Puedo seguir a esos dos adonde sea!

—Te matarán. Te aplastarán como a una mosca, Buke. Maldito idiota, por el Embozado…

Buke consiguió esbozar una sonrisa enfermiza.

—¿Maldito? Oh, sí, Mancy, como todos. Vaya que sí. Malditos por el Embozado, sí, señor.

Un rugido distante y terrible los interrumpió, un sonido que estremeció toda la ciudad y la barrió de punta a punta.

Emancipor se puso pálido.

—Los Tenescowri…

Pero lo que había llamado la atención de Buke era la torre cuadrada del edificio principal, las contraventanas abiertas de la parte superior, la habitación del tercer piso. Allí se habían encaramado dos grajos.

—Oh, sí —murmuró enseñando los dientes—. Ya os veo. Vais tras él, ¿verdad? El primer hijo de la semilla de los muertos. Anaster. Vais tras él.

Los grajos se apartaron de la cornisa, extendieron las alas y descendieron en picado sobre el complejo, después, con un aleteo pesado y audible se alzaron sobre la muralla y echaron a volar al sureste.

Buke apartó a Reese de un empujón.

—¡Puedo seguirlos! Oh, sí. El dulce regalo de Keruli… —*Mi propia forma soletaken, la forma de las alas, el aire deslizándose sobre mí y también por debajo. ¡Dioses, la libertad! Lo que seré… encuentra su forma*. Sintió que su cuerpo giraba y que una dulce calidez embargaba sus

miembros, el aroma picante del aliento de su piel cuando asumió un manto de plumas. El cuerpo se le encogió y cambió de forma. Los pesados huesos se redujeron y se hicieron más ligeros.

El dulce regalo de Keruli, más de lo que jamás imaginé. ¡Volar! ¡Lejos de lo que era! ¡De todo lo que he sido! ¡Desaparecen todas las cargas! Oh, puedo seguir a esas dos horrendas criaturas, a esas pesadillas aladas. Puedo seguirlos y allí donde ellos se esfuerzan y luchan contra las corrientes invisibles del cielo, yo giro, salgo disparado, ¡vuelo como un rayo!

De pie en el patio, Emancipor Reese contempló con los ojos llenos de lágrimas la transformación de Buke. La forma borrosa del hombre, un encogimiento, el aire llenándose de un aroma acre y picante. Observó al gavilán que ahora era Buke salir disparado hacia el cielo en una espiral de volteretas.

—Sí —murmuró—. Puedes volar en círculos a su alrededor. Pero, mi querido Buke, cuando decidan aplastarte, no será en un duelo alado. Será hechicería. A esos lentos y pesados grajos no les hace falta ser veloces, no les hace falta ser ágiles, y esos dones no te servirán de nada cuando llegue el momento. Buke… pobre idiota.

En el cielo de Capustan, el gavilán comenzó a dibujar círculos. Los dos grajos, Bauchelain y Korbal Espita, se encontraban muy por debajo pero todavía perfectamente visibles para los ojos del ave rapaz. Aleteaban con movimientos pesados entre jirones de humo, hacia el sureste, más allá de la puerta oriental…

La ciudad seguía ardiendo por algunos sitios y los incendios mandaban columnas de humo negro al cielo. El

gavilán estudió el asedio desde un punto de vista por el que todos los generales del mundo matarían. Revoloteó, giró, lo observó todo.

Los Tenescowri rodeaban la ciudad en una banda densa e hirviente. La tercera parte de un millón, quizá más. Una masa de personas como Buke no había visto en su vida. Aquella bandada había empezado a oprimir las zonas habitadas. Una soga extrañamente incolora que iba ciñendo poco a poco las frágiles murallas derruidas de la ciudad y lo que no parecía más que un puñado de defensores.

No habría forma de detener ese ataque. Un ejército medido no por la valentía sino por algo mucho más letal, algo a lo que nadie podía oponerse: el hambre. Un ejército que no podía permitirse el lujo de derrumbarse, que solo veía una muerte lenta y agónica en la retirada.

Capustan estaba a punto de ser devorada.

El Vidente Painita es un auténtico monstruo. Una tiranía de necesidad. Y eso se extenderá. ¿Derrotarlo? Habría que matar a cada hombre, mujer y niño de este mundo que sufren bajo el yugo del hambre, a todos aquellos que se enfrentan a la sonrisa horripilante de la inanición. Ha empezado aquí, en Genabackis, pero eso es solo el corazón. Esta marea seguirá extendiéndose. Infectará cada ciudad de cada continente, devorará imperios y naciones enteras desde dentro.

Ya te veo, Vidente. Desde esta altura. Entiendo lo que eres y en qué te convertirás. Estamos perdidos. Estamos perdidos sin remedio.

Sus pensamientos quedaron esparcidos por un virulento brote de hechicería al este. Un nudo de magia conocida dibujó un torbellino alrededor de una pequeña sección del ejército Tenescowri. Unas ondas negras cruzaron como rayos la multitud y extendieron gallardetes de un color violeta

enfermizo que derribaron entre gritos a cientos de campesinos. Le respondió una hechicería de ondas grises.

Los ojos del gavilán vieron entonces a los dos cuervos, allí, en medio de la tormenta mágica. Varios demonios surgieron de repente de portales desgarrados que aparecieron en la llanura y provocaron estragos entre las filas de aquel ejército que chillaba y se encogía. La hechicería respondió con un estallido y se precipitó sobre las criaturas.

Los dos grajos bajaron en picado y convergieron sobre una criatura sentada sobre un caballo roano que corcoveaba. Varias oleadas de magia chocaron con un destello negro, el impacto se convirtió en un trueno que se alzó hasta donde Buke dibujaba círculos en el aire.

El gavilán abrió el pico y dejó escapar un grito desgarrado. Los grajos se habían retirado. La hechicería los aporreó y apaleó mientras aleteaban en veloz retirada.

La figura del caballo que pateaba el suelo permanecía ilesa. Rodeada de cientos de cadáveres sobre los que se precipitaron los demás Tenescowri. Para alimentarse.

Buke lanzó otro grito triunfante, encogió las alas y se lanzó hacia el este.

Llegó al patio de la finca muy por delante de Bauchelain y Korbal Espita; bajó en espiral, frenó y golpeó el aire con las alas. Pudo flotar durante un brevísimo instante antes de cambiar de forma y recuperar su aspecto humano.

Emancipor Reese no estaba por ninguna parte. Los urdomen no muertos continuaban en las posiciones que habían adoptado al levantarse.

Buke se sentía pesado y torpe en su cuerpo cuando se giró para estudiarlos.

—Seis de vosotros a la puerta, vosotros —señaló—, y los que estáis justo detrás. Y tú, a la torre noroeste. —Siguió

dando instrucciones a los silenciosos guerreros y los colocó como Bauchelain había sugerido. Cuando lanzó la última orden, unas sombras gemelas dejaron unos rastros entrelazados en los adoquines. Los grajos aterrizaron en el patio. Tenían las plumas hechas jirones y uno incluso echaba humo.

Buke observó el cambio de forma y sonrió al ver primero a Korbal Espita (la armadura hecha trizas y envuelto en zarcillos malolientes de humo) y después a Bauchelain, su pálido rostro lucía un cardenal en un lado de la larga mandíbula y la sangre le apelmazaba el bigote y le manchaba la barba plateada.

Korbal Espita estiró los brazos hacia el cuello del manto, las manos suaves y regordetas le temblaban al manosear el broche. El cuero negro cayó al suelo y el nigromante empezó a pisarlo para apagar los últimos trozos que todavía ardían.

Bauchelain se limpió el polvo de los brazos y miró a Buke.

—Qué paciente por tu parte, esperar nuestro regreso.

Buke se borró la sonrisa de los labios y se encogió de hombros.

—No lo habéis atrapado. ¿Qué pasó?

—Parece —murmuró el nigromante— que tenemos que refinar nuestras tácticas.

El instinto de supervivencia se desvaneció entonces y Buke lanzó una suave carcajada.

Bauchelain se quedó inmóvil y arqueó una ceja. Después suspiró.

—Sí, bueno. Que tengas un buen día tú también, Buke.

Buke lo observó meterse dentro.

Korbal Espita siguió pisoteando su manto mucho después de que los trozos encendidos se hubieran apagado.

Capítulo 15



En mis sueños me enfrento
a una miríada de reflejos de mí mismo,
todos desconocidos, pasajeros y extraños.
Hablan sin descanso
en idiomas que no son los míos
y caminan con compañeros
que jamás he conocido, en lugares
a los que mis pasos nunca me han llevado.

En mis sueños camino por mundos
en los que los bosques me llegan a las rodillas
y la mitad del cielo es un muro de hielo.
Rebaños pardos fluyen como el barro,
riadas inmensas de colmillos y cuernos
que se hinchan sobre la llanura,
y mira, son mis recuerdos,
las emigraciones de mi alma.

En el tiempo antes de la noche
D’arayans de los rhivi

Whiskeyjack se alzó en la silla cuando su caballo saltó por encima del risco espinoso de rocas que coronaba la colina. Los cascos emitieron un ruido sordo cuando la criatura reanudó su galope y cruzó la cima plana de la meseta, después frenó un poco cuando el malazano tensó las riendas y se acomodó de nuevo en la silla. A medio galope cada vez más reducido, se acercó al otro lado de la cima y después se detuvo al borde.

Una ladera arrugada y sembrada de peñascos bajaba hasta el lecho seco de un amplio río. En la base, dos exploradores del segundo ejército esperaban en sus caballos, de espaldas a Whiskeyjack. Ante ellos, una docena de rhivi cruzaba a pie lo que parecía un campo de huesos.

Huesos enormes.

Whiskeyjack azuzó su montura con un chasquido y fue bajando poco a poco por la antigua pendiente. Tenía los ojos clavados en aquella extensión de huesos. Relucían unas hojas inmensas de hierro además de algunos yelmos y armaduras abolladas de formas extrañas. Vio mandíbulas largas de reptil, filas de dientes irregulares. Aferrados a algunos de los destrozados esqueletos, los restos de una piel gris.

Whiskeyjack dejó atrás el pedregal y se acercó al explorador más cercano.

El hombre realizó un saludo militar.

—Señor. Los rhivi no hacen más que chapurrear algo, no lo sigo muy bien. Parece que había unos diez de esos demonios. No sé lo que cayó sobre ellos, pero tuvo que ser bastante desagradable. Quizá los rhivi hayan averiguado algo más porque están arrastrándose entre los cuerpos.

Whiskeyjack asintió y desmontó.

—Manteneos alerta —dijo, aunque sabía que eso era lo que estaban haciendo los exploradores, pero había sentido la necesidad de decir algo. El campo de la muerte exudaba un aire de horror, viejo pero también nuevo y, lo que era incluso más alarmante, conservaba esa tensión peculiar que seguía a una batalla. *Un silencio denso, que gira como si todavía no se hubieran asentado los sonidos de la violencia, como si de algún modo aún temblara, no obstante se estremeciera*…

Se acercó a los rhivi y a los huesos.

Era cierto, los exploradores tribales no dejaban de farfullar.

—Lobos muertos…

—Rastros dobles, las pisadas pesadas pero ligeras a la vez, más anchas que mi mano. Grandes.

—Grandes lobos muertos.

—No hay sangre, ¿verdad? El hedor de los túmulos.

—Polvo de piedra negra. Fuerte.

—Reluciente bajo los antebrazos, la piel…

—Fragmentos de vidrio negro.

—Obsidiana. Muy al sur…

—Suroeste. O muy al norte, más allá de meseta Laederon.

—No, no veo rojo ni marrón. La obsidiana de Laederon tiene venas del color de la madera. Esto es de Alborada.

—Si es de este mundo…

—Los demonios están aquí, ¿verdad? De este mundo. En este mundo.

—Hedor a túmulo.

—Y sin embargo en el aire, el hedor a hielo, el viento de la tundra, el olor de la turba helada.

—El paso de los lobos, los asesinos…

Whiskeyjack gruñó.

—Exploradores rhivi, escuchadme, por favor.

Se alzaron cabezas y se giraron caras. Reinó el silencio.

—Quiero oír vuestros informes, ahora. ¿Quién de vosotros está al mando de esta tropa?

Se intercambiaron varias miradas y después uno se encogió de hombros.

—Sé hablar ese daru que usas. Mejor que los otros. Así que para eso que pides, yo.

—Muy bien. Procede.

El joven rhivi se apartó los mechones trenzados de su cabello embadurnado de grasa y después señaló con gesto

expansivo los huesos que los rodeaban.

—Demonios no muertos. Armados con espadas en lugar de manos. Vienen del sureste, más del este que del sur. —Frunció el ceño con expresión exagerada—. Heridos. Perseguidos. Cazados. Huyen. Conducidos como bhederin hacia un lado y otro, se acercan a grandes zancadas unos seguidores silenciosos a cuatro patas y pacientes…

—Grandes lobos no muertos —lo interrumpió Whiskeyjack.

—El doble de grandes que los lobos nativos de esta llanura. Sí. —Después, la expresión del joven se despejó como si hubiera tenido una revelación—. Son como los corredores fantasma de nuestras leyendas. Cuando los cargadores sueñan sus sueños más alejados, se ven los lobos. Nunca se acercan, siempre corren, todos fantasmales salvo el que va en cabeza, que parece de carne y hueso y tiene ojos de vida. Verlos es una gran fortuna, buenas nuevas, pues hay alegría en su carrera.

—Salvo que ya no corren solo en los sueños de vuestras brujas y hechiceros —dijo Whiskeyjack—. Y esta carrera fue mucho más letal.

—Cazaban. Dije que estos lobos son como los de los sueños. No dije que fueran los de los sueños. —La expresión del chico se hizo ilegible y sus ojos se convirtieron en los de un asesino frío—. Cazaban. Conducían a su presa hasta aquí abajo, su trampa. Y después los destruyeron. Una batalla de no muertos. Los demonios proceden de los túmulos que hay al sur, muy lejos. Los lobos son del polvo que hay en los vientos septentrionales del invierno.

—Gracias —dijo Whiskeyjack. La forma de narrar de los rhivi (aquella interpretación dramática) había sabido transmitir los acontecimientos que había presenciado aquel valle.

Se acercaban más jinetes de la columna principal y el comandante se giró para mirar.

Tres. Korlat, Zorraplateada y el daru, Kruppe, este último meciéndose y zigzagueando en su mula, que corría con una urgencia rígida sobre sus cortas patas en pos de las dos mujeres, que montaban sendos caballos. Los gritos de alarma del daru resonaban por el estrecho valle.

—Sí.

El comandante se giró en redondo, entrecerró los ojos y miró al líder de los exploradores que, junto con todos los suyos, estudiaba en ese momento a los tres jinetes.

—¿Disculpa?

El rhivi se encogió de hombros, su rostro carecía de expresión, y no dijo nada.

El pedregal de la ladera había obligado a los recién llegados a frenar un poco, salvo por Kruppe, que se vio lanzado de un lado a otro de la silla cuando la mula se precipitó de cabeza por la ladera. Aunque la bestia consiguió no perder pie mientras pasaba como un rayo junto a una sorprendida Korlat y una alegre Zorraplateada, que se reía a carcajadas; el animal llegó al fondo del valle, frenó su loca carrera y se acercó trotando a Whiskeyjack con la cabeza levantada con orgullo, las orejas erguidas y mirando hacia delante.

Kruppe, por su parte, permanecía agarrado al cuello del animal con los ojos apretados, la cara carmesí y sudando por todos los poros.

—¡Terror! —gimió—. ¡Batalla de voluntades, Kruppe ha hallado a su igual en esta descerebrada y engañada bestia! ¡Sí, está derrotado! Oh, salvadme…

La mula se detuvo.

—Ya puedes bajarte —dijo Whiskeyjack.

Kruppe abrió los ojos, miró a su alrededor y después se incorporó poco a poco. Sacó un pañuelo con manos temblorosas.

—Como es natural. Tras haber soltado las riendas de la criatura, Kruppe recupera ahora el control. —Hizo una pequeña pausa para secarse la frente y pasarse el pañuelo por la cara, después se bajó de la silla arrastrándose y puso los pies en el suelo con un fuerte suspiro—. Ah, aquí llegan las perezosas comedoras de polvo de Kruppe. ¡Es un placer verlas aquí, mis queridas damas! Bonita tarde para salir a dar un paseo a caballo, ¿verdad?

Zorraplateada había dejado de reírse y sus ojos velados se habían clavado en los huesos esparcidos por el suelo.

Que el Embozado me lleve, ese manto de piel le sienta muy bien. Whiskeyjack se dio una sacudida mental y levantó los ojos para encontrarse con la mirada firme y un poco irónica de Korlat. *Pero, oh, palidece ante esta tiste andii. Maldita sea, viejo, no pienses en las noches pasadas. No abraces esta maravilla con tanta fuerza que puedas aplastarla*.

—Los exploradores —les dijo a las dos mujeres— se han encontrado con un campo de batalla…

—K’chain che’malle —asintió Korlat mientras miraba los huesos—. Cazadores k’ell, por fortuna no muertos en lugar de cuerpos revividos. Es probable que no tan rápidos como habrían sido. Con todo, que los destrozaran de este modo…

—T’lan ay —dijo Zorraplateada—. Por ellos es por lo que he venido.

Whiskeyjack la estudió un momento.

—¿A qué te refieres?

La joven se encogió de hombros.

—Para verlo por mí misma, comandante. Nos estamos acercando. Vosotros a vuestra ciudad sitiada y yo al destino

para el que he nacido. Convergencia, la plaga de este mundo. De todos modos —añadió Zorraplateada mientras se bajaba de la silla y se paseaba entre los huesos—, también hay regalos. Los más apreciados de esos regalos… los t'lan ay. —Hizo una pausa y el viento acarició la piel de zorro que llevaba en los hombros, después susurró el nombre una vez más—. T'lan ay.

—Kruppe se estremece cuando la joven los nombra, ah… ¡que los dioses bendigan esta lúgubre belleza en el cuadro vivo de su yermo, en el que los sueños sembrados de estrellas, tan apagados con el tiempo, son como ríos de arco iris en el cielo! —Hizo una pausa y miró con un parpadeo a los otros—. Dulce sueño, en el que reside una poesía escondida, el flujo de lo desconectado, tan parejo que parece entrelazado. ¿Verdad?

—No soy hombre —gruñó Whiskeyjack— que sepa apreciar tus abstracciones, Kruppe, cielos.

—¡Por supuesto, franco soldado, como tú digas! Pero espera, ¿acaso Kruppe ve en tus ojos cierta… carga? El aire cruje en verdad con inminencia… ¿Niegas que tú también lo sientes, malazano? No, no digas nada, la verdad reside en tu mirada dura y en la mano envuelta en el guantelete que se acerca al puño de tu espada.

Whiskeyjack no podía negar que el vello que se le ponía de punta en la nuca. Miró a su alrededor y vio una expresión parecida de alerta entre los rhivi y en el par de exploradores malazanos que examinaban las laderas de todas las colinas.

—¿Qué es lo que viene? —susurró Korlat.

—El regalo —murmuró Kruppe con una sonrisa beatífica al posar los ojos en Zorraplateada.

Whiskeyjack siguió la mirada del daru.

Y vio entonces a la mujer, tan parecida a Velajada, de pie y dándole la espalda, con los brazos alzados hacia el cielo.

El polvo empezó a dibujar torbellinos que se alzaron en remolinos por todas partes.

Los t’lan ay tomaron forma en la cuenca, en las laderas y en las cimas de las colinas que los rodeaban.

Por millares…

Polvo gris que se convertía en pelo gris apelmazado, hombros negros, gargantas del tono de las nubes de tormenta, colas densas y plateadas con las puntas negras; otros eran marrones, del color de la madera podrida y llena de polvo, un color que se debilitaba y adquiría un tono pardo en la garganta y el vientre. Lobos, altos, delgados, con ojos como pozos en sombras. Cabezas largas, enormes, que se giraban como una sola hacia Zorraplateada.

Esta miró por encima del hombro y sus ojos de párpados pesados se clavaron en Whiskeyjack. Después sonrió.

—Mi escolta.

El comandante se había quedado callado de repente y se la quedó mirando. *Tan parecida a Velajada. Pero no. Escolta, dice, pero yo veo algo más, y su mirada me dice que es consciente de ello… muy consciente ya*.

Escolta… y guardaespaldas. Es posible que Zorraplateada ya no requiera nuestra presencia. Y ahora que ya no necesita nuestra protección, es libre de hacer… lo que le plazca…

Un viento frío pareció atravesar la mente de Whiskeyjack. *Dioses, ¿y si Kallor tenía razón? ¿Y si hemos perdido todos una oportunidad de oro?* Con un suave gruñido, el comandante se deshizo de aquellos pensamientos indignos. *No, demostramos que teníamos fe en ella cuando más importaba, cuando era una niña pequeña y débil. Velajada no lo olvidaría*…

Tan parecida… pero no. Escalofrío, descuartizada por la traición. ¿Es a Tayschrenn a quien odian los restos de su

alma? ¿O al Imperio de Malaz y cada hijo e hija de su sangre? ¿O a aquel al que debía enfrentarse, pues para eso la habían llamado, Anomander Rake y, por extensión, Caladan Brood? Los rhivi, los barghastianos... ¿pretende vengarse de ellos?

Kruppe se aclaró la garganta.

—Y no cabe duda de que son una escolta encantadora, mi querida muchacha. ¡Alarmantes para tus enemigos y tranquilizadores para tus leales amigos! Estamos encantados, pues vemos que tú también estás profundamente encantada con estos silenciosos e inmóviles t'lan ay. Qué cachorritos más buenos, Kruppe es incapaz de expresar lo impresionado que está, ¡tanto que no hay gestos ni respuesta adecuada alguna que lo demuestre!

—Ojalá ese fuera el caso —murmuró Korlat. La mujer miró entonces a Whiskeyjack con una expresión cerrada y profesional—. Comandante, he de despedirme ya para ir a informar a nuestros líderes…

—Korlat —la interrumpió Zorraplateada—, perdona por no preguntarte antes, pero ¿cuándo fue la última vez que fuiste a ver a mi madre?

—Esta mañana —respondió la tiste andii—. Ya no puede caminar y permanece en ese estado desde hace casi una semana. Se debilita día a día, Zorraplateada. Quizá si quisieras acercarte a verla…

—No es necesario —dijo la mujer del manto de piel—. ¿Quién la atiende en este momento?

—El concejal Coll y el daru, Murillio.

—Los amigos más leales de Kruppe, os asegura Kruppe. La dama se encuentra a salvo.

—Las circunstancias —dijo Zorraplateada con expresión tirante— están a punto de hacerse… tensas.

¿Y cómo han sido hasta ahora, mujer? Kallor persigue tu sombra como un buitre, me sorprende que te haya dejado escaparte hasta aquí... a menos que esté acechando al otro lado de la colina más cercana...

—¿Me estás pidiendo algo, Zorraplateada? —inquirió Korlat.

La joven cobró fuerzas de forma visible.

—Sí, que alguno de los tuyos proteja a mi madre.

La tiste andii frunció el ceño.

—Se diría que con tus nuevos guardianes ascendiendo a tal número, incluso te sobran unos cuantos…

—Me temo que no dejaría que se acercaran a ella. Tiene… pesadillas. Lo siento pero debo asegurarme que mis t'lan ay se mantienen fuera de su vista, y del alcance de sus sentidos. Es posible que tenga un aspecto frágil y que parezca que carece de fuerzas, pero hay algo en su interior que es capaz de alejar a los t'lan ay. ¿Harás lo que te pido?

—Por supuesto, Zorraplateada.

La mujer asintió y su mirada volvió a posarse una vez más en Whiskeyjack cuando Korlat hizo girar su montura y subió la ladera. La joven lo estudió en silencio por un momento y después miró a Kruppe.

—¿Y bien daru? ¿Estás satisfecho hasta ahora?

—Lo estoy, queridísima mía. —No era el tono habitual de Kruppe, sino un tono más bajo y medido.

Satisfecho. ¿Con qué?

—¿Crees que resistirá?

Kruppe se encogió de hombros.

—Ya veremos, ¿verdad? Kruppe tiene fe.

—¿Suficiente para los dos?

El daru sonrió.

—Naturalmente.

Zorraplateada suspiró.

—Muy bien, cuento contigo para esto y confío en ti, ya lo sabes.

—Las piernas de Kruppe son como pilares de piedra. Tu roce es tan ligero que pasa desapercibido para mi digna persona. Querida mía, el sonido de otros jinetes te urge a tomar una decisión, ¿qué permitirás que vean aquellos que se acercan?

—Nada impropio —respondió la mujer, que volvió a levantar los brazos.

Los t'lan ay retornaron al polvo del que habían salido.

Whiskeyjack regresó con un gruñido y paso calmo a su caballo. Eran demasiados los misterios que enturbiaban el camino de los dos ejércitos, secretos que parecían albergar promesas de una revelación explosiva. *Probablemente promesas violentas, si a eso vamos*. Estaba inquieto. *Ojalá estuviera aquí Ben el Rápido… Bien sabe el Embozado que ojalá supiera lo que le está pasando, y a Paran y a los Abrasapuentes. ¿Lo han conseguido? ¿O están ya todos muertos y sus cráneos adornan lanzas alrededor de los campamentos barghastianos?*

Una parte importante de la vanguardia de la columna llegó a la cima de la colina, donde se detuvieron en una línea irregular.

Whiskeyjack se subió a la silla y se dirigió al grupo.

Kallor, que montaba un caballo gris y flaco, había tirado de las riendas con gesto deliberado lejos de los otros. Su manto, de un color gris desvaído, le ceñía los hombros anchos y blindados. Las sombras profundizaban su rostro antiguo y marchito. Largos mechones de su cabello gris flotaban hacia un lado con el viento.

La mirada de Whiskeyjack se clavó en aquel hombre un momento más y lo midió, después se posó en los demás jinetes que flanqueaban el risco. Brood y Dujek permanecían

juntos. A la derecha del caudillo se encontraba su escolta, Hurlochel; a la izquierda del malazano, el portaestandartes, Artanthos. La maga mercader de la Asociación Comercial de Trygalle también estaba presente y, por supuesto, Korlat.

Ninguno habló cuando el caballo de Whiskeyjack llegó a la cima. Después Dujek asintió y gruñó algo.

—Korlat ha descrito lo que encontraron los exploradores. ¿Algo más que añadir?

Whiskeyjack miró a la tiste andii, pero la expresión de la mujer no dejaba filtrar nada. Sacudió la cabeza.

—No, puño supremo. Korlat y los suyos parecen saber más sobre estos k'chain che'malle que el resto de nosotros, lo que yace debajo es un revoltijo de huesos hechos pedazos, algunas armas y armaduras. Yo no podría haberlos identificado. Los exploradores rhivi creen que eran no muertos…

—Por fortuna para todos nosotros —murmuró Kallor—, no soy tan ignorante con respecto a estas criaturas como el resto de vosotros, salvo Korlat. Es más, me siento inusualmente… locuaz. Así pues, hablaré. Hay restos de la civilización k'chain che'malle en casi todos los continentes de este mundo. De hecho, en el lugar donde se alzaba mi viejo imperio, Jacuruku, sus extraños mecanismos llenaban pozos y agujeros en la tierra; siempre que mi pueblo tenía que excavar bajo la superficie descubría ese tipo de cosas. Incluso se hallaron túmulos. Los eruditos realizaron exámenes cuidadosos de su contenido. ¿Deseáis oír un relato de sus conclusiones o quizá os estoy aburriendo?

—Continúa —dijo con voz cansada Caladan.

—Muy bien. Quizá haya más sabiduría aquí presente de lo que en un principio yo había admitido. Estas bestias parecen ser reptiles, capaces de criar a sus retoños para que desarrollen talentos concretos. Lo que los tiste andii

llamaban cazadores k’ell, por ejemplo, nacían para ser guerreros. Las versiones no muertas están en ese valle de ahí abajo, ¿de acuerdo? Tenían espadas en lugar de manos, fundidas de algún modo con los huesos de sus antebrazos. Los k’chain che’malle eran matriarcales, su linaje era materno. Así como una población de abejas tiene su reina, lo mismo ocurría con estas bestias. Ella es la reproductora, la madre de cada hijo. Y en el interior de esa matrona residía la capacidad hechicera de toda su familia. Un poder que excedía al de los dioses de hoy en día. Un poder que impedía a los dioses ancestrales venir a este mundo, y si no hubiera sido por la autodestrucción de los k’chain che’malle, seguirían gobernando sin resistencia alguna hasta hoy.

—Autodestrucción —dijo Korlat, había cierta aspereza en sus ojos cuando estudió a Kallor—. Un detalle interesante. ¿Puedes explicarte?

—Por supuesto. Entre los documentos hallados, una vez que se descifró el idioma, y ese esfuerzo solo ya es digno de un prolongado monólogo, pero puesto que veo que todos cambiáis de postura en vuestras monturas, como niños impacientes, os ahorraré el relato… Entre los documentos hallados, se averiguó que las matronas, cada una de las cuales dominaba el equivalente a una ciudad moderna, se habían reunido para fundir sus dispares ambiciones. Lo que buscaban, más allá del inmenso poder que ya poseían, no está del todo claro. Aunque, ¿qué necesidad puede haber de motivos cuando rige la ambición? Baste decir que una antigua raza se… resucitó, regresó de la extinción con la intervención de las matronas: una versión más primitiva de los propios k’chain che’malle. Por falta de un nombre mejor, mis eruditos del momento los llamaron colas cortas.

Whiskeyjack, con los ojos posados en Korlat, fue el único que la vio tensarse al oír eso. Tras él, oyó que Zorraplateada

y Kruppe estaban subiendo la colina.

—Por una simple razón —continuó Kallor con su seco y monótono tono—: Se distinguían físicamente de los otros k’chain che’malle en que tenían una cola corta y achaparrada en lugar de las colas normales, largas y ahusadas. Eso no los hacía tan rápidos, sino más erguidos, adaptados al mundo y la civilización a la que un principio habían pertenecido. Cielos, esos nuevos hijos no eran tan tratables como las matronas estaban acostumbradas a esperar entre su prole; para ser más explícitos, los colas cortas no estaban dispuestos a rendir o fusionar su talento mágico con el de sus madres. El resultado fue una guerra civil y las hechicerías desatadas fueron apocalípticas. Para poder calibrar parte de la desesperación que reinaba entre las matronas, solo hay que viajar al sur de este continente, a un lugar llamado Alborada.

—El desgarro —murmuró Korlat con un asentimiento.

La sonrisa de Kallor fue glacial.

—Ella intentó aprovechar el poder de una puerta en sí, pero no era la puerta de una senda normal y corriente. Oh, no, decidió abrir el portal que llevaba al reino del Caos. Qué orgullo desmesurado, pensar que ella sola podría controlar, podría imponer orden, en semejante lugar. —Kallor hizo una pausa como si quisiera reconsiderar sus propias palabras y después se echó a reír—. Oh, se puede aprender alguna que otra amarga lección de ese cuento, ¿no os parece?

Caladan Brood soltó un gruñido.

—Traigamos toda esa historia al presente, ¿de acuerdo? En ese valle de ahí abajo hay cazadores k’ell. La pregunta que debemos contestar es la siguiente: ¿qué están haciendo aquí?

—Los están utilizando.

Todas las miradas se clavaron en Zorraplateada, que se encontraba delante de su caballo con las riendas en la mano.

—No me gusta cómo suena eso —gruñó Dujek.

—Los utiliza —repitió Zorraplateada— el Vidente Painita.

—Imposible —le soltó Kallor de repente—. Solo una matrona k’chain che’malle podría dar órdenes a un cazador k’ell, incluso cuando está no muerto.

—Entonces se podría decir —dijo Korlat— que tenemos más de un enemigo.

—¿El Vidente Painita tiene un aliado? —Dujek se echó hacia delante en la silla y escupió—. No ha habido ni un solo indicio…

—No obstante —lo interrumpió Zorraplateada—, tenemos la prueba ante nosotros, en ese valle de ahí abajo.

—Una matrona no puede engendrar más miembros de su especie sin la semilla de machos vivos —dijo Kallor—. Por tanto, cada cazador k’ell destruido es uno menos al que debemos enfrentarnos nosotros.

Brood se giró al oír eso y entrecerró los ojos hasta convertirlos en meras ranuras.

—Es fácil tragarse esa revelación.

Kallor se encogió de hombros.

—También se encuentra ante nosotros —continuó el caudillo— otra verdad. Con respecto a la destrucción de los cazadores k’ell, parece que alguien nos está haciendo el trabajo sucio.

Silencio; después, poco a poco, los ojos de todos se posaron en Zorraplateada.

La joven sonrió.

—Es cierto que dije, hace algún tiempo, que todos ibais a necesitar ayuda.

Kallor esbozó una mueca desdeñosa.

—¡T'lan imass! Entonces dinos, zorra, ¿por qué se iban a preocupar de los k'chain che'malle? ¿Acaso no son los jaghut sus enemigos jurados? ¿Por qué cargas a tus seguidores no muertos con otro enemigo más? ¿Por qué os habéis unido a esta guerra los t'lan imass y tú, mujer?

—No nos hemos unido a nada —respondió Zorraplateada con los ojos entornados, con la misma postura que habría adoptado Velajada, las manos unidas y apoyadas en los pliegues de su vientre, el cuerpo sólido, pero también curvado bajo la túnica de piel de ciervo.

Ah, conozco esa mirada. Juegos de manos. Cuidado ahora…

—¿Niegas entonces —comenzó a decir Brood poco a poco, con expresión nublada, incierta— que tus t'lan imass fueron los responsables de destruir a estos cazadores k'ell?

—¿No os habéis preguntado ninguno —dijo Zorraplateada al tiempo que los miraba a todos y cada uno— por qué los t'lan imass guerreaban con los jaghut?

—Quizá una explicación —dijo Dujek— nos ayude a entenderlo.

Zorraplateada asintió con gesto brusco.

—Cuando surgieron los primeros imass, se les obligó a vivir a la sombra de los jaghut. Tolerados, ignorados, pero solo en un número pequeño y manejable. Empujados a las tierras más pobres. Entonces surgieron los tiranos entre los jaghut, tiranos que se complacían en esclavizarlos, en forzarlos a llevar una existencia de pesadilla, una existencia en la que nacieron generaciones sucesivas que nada supieron de otra vida, que nunca supieron lo que era la libertad.

»La lección fue dura, no fue fácil de tragar, pues la verdad era la siguiente: eran seres inteligentes en un mundo que explotaba las virtudes de los demás, su compasión, su

amor, su fe en los suyos. Explotados y burlados. ¿Cuántas tribus imass descubrieron que sus dioses eran en realidad tiranos jaghut? Ocultos tras máscaras de amigos. Tiranos que los manipulaban con el arma de la fe.

»La rebelión fue inevitable y devastadora para los imass. Más débiles, sin saber siquiera qué era lo que buscaban o qué les mostraría la libertad si la encontraran… Pero no nos rendimos. No podíamos.

Kallor lanzó un bufido desdeñoso.

—Nunca hubo más de un puñado de tiranos entre los jaghut, mujer.

—Un puñado ya eran demasiados, y sí, encontramos aliados entre los jaghut, aquellos para los que las actividades de los tiranos eran censurables. Pero ya lucíamos cicatrices. Heridas provocadas por la desconfianza, por la traición. Solo podíamos confiar en nuestra propia raza. En el nombre de las generaciones venideras, todos los jaghut tendrían que morir. No podía quedar ninguno que produjera más hijos, que permitiera entre esos hijos el surgimiento de nuevos tiranos.

—¿Y qué relación —preguntó Korlat— tiene eso con los k’chain che’malle?

—Antes de que los jaghut gobernaran este mundo, gobernaban los k’chain che’malle. Los primeros jaghut fueron para los k’chain che’malle lo que los primeros imass para los jaghut. —La joven hizo una pausa y su mirada pesada se paseó por cada uno de ellos—. En cada especie nacen las semillas de la dominación. Nuestras guerras con los jaghut nos destruyeron como pueblo vivo, como cultura vibrante y en evolución. Ese fue el precio que pagamos para garantizar la libertad que poseéis vosotros ahora. Nuestro sacrificio eterno. —Se quedó callada una vez más y después continuó con tono más duro—. Así que ahora os pregunto yo

a vosotros, a todos vosotros, que habéis asumido la tarea de librar una guerra contra un imperio tiránico que todo lo devora, de sacrificar quizá vuestra vida por pueblos que nada saben de vosotros, por tierras que jamás habéis pisado y nunca pisaréis. Os lo pregunto a vosotros, ¿qué es lo que hay en nosotros, los t'lan imass, que sigue escapándose a vuestra comprensión? Destruid el Dominio Painita. Debe hacerse. A mí, a mis t'lan imass, nos aguarda la tarea de destruir la amenaza que se oculta tras el Vidente Painita, la amenaza que representan los k'chain che'malle.

Zorraplateada estudió los rostros de todos los presentes.

—Hay una matrona viva. De carne y hueso. Si esa hembra encontrara un macho de su especie, un macho de carne y hueso… la tiranía de los jaghut no será nada comparada con la de los k'chain che'malle. Ese, entonces, será nuestro sacrificio.

Solo el viento llenó el silencio que siguió a sus palabras.

Después, Caladan Brood se volvió hacia Kallor.

—¿Y tú ves en esta mujer una abominación?

—Miente —respondió el otro con voz ronca—. Esta guerra entera carece de sentido. No es más que una distracción.

—¿Una distracción? —repitió Dujek sin poder creérselo—. ¿De quién?

Kallor cerró la boca de golpe y no contestó.

La maga mercader de la Asociación Comercial de Trygalle, Haradas, carraspeó.

—Es posible que haya algo de cierto en eso. No es que esa mujer, Zorraplateada, esté mintiendo, creo que dice la verdad, al menos en lo que está dispuesta a contarnos. No, me refería a la distracción. Pensad en la infección de las sendas. Sin duda, el foco parece emanar del Dominio Painita y sí, es cierto también que la mancha del veneno es la de la senda del Caos. Si todo eso es así, entonces debemos

preguntarnos: ¿por qué una matrona k’chain che’malle, que es la depositaria de un pozo inmenso de hechicería, intentaría destruir el propio conducto de su poder? Si estaba presente cuando se destruyó Alborada, cuando se creó el desgarro, ¿por qué intentaría sujetar el caos otra vez? Ambiciosa, quizá, pero ¿tonta? Eso es difícil de creer.

El significado de las palabras de la maga penetró en la mente de Whiskeyjack y el comandante se dio cuenta también de otra cosa. *Desde luego que hay otro enemigo y por la expresión de la mayor parte de los rostros que me rodean (salvo el de Dujek y, sin duda, el mío) la revelación no sorprende tanto como debería. Es cierto, habíamos captado una insinuación, pero no habíamos llegado a relacionarlo. Brood, Korlat, Kallor… dioses, ¡hasta Kruppe y Artanthos! ¡Recuérdame que evite a todos y cada uno de esos malditos la próxima vez que me una a una partida de tabas!* De repente volvió a mirar a Zorraplateada y se encontró con aquella mirada adormilada y sagaz.

No, eso no va a funcionar otra vez.

—Zorraplateada —gruñó—. Nos cuentas un cuento para hallar comprensión de nuestros corazones, sin embargo parece que tus esfuerzos iban mal dirigidos y has terminado por socavar todo lo que pretendías lograr. Si hay una amenaza más profunda, una tercera mano que nos manipula con habilidad a nosotros y al Dominio Painita… ¿querréis tú y tus t’lan imass concentraros entonces en esa mano?

—No.

—¿Por qué?

Al comandante le sorprendió ver que la mirada firme de la joven vacilaba un poco y después se desviaba. Su voz surgió en un susurro áspero.

—Porque, Whiskeyjack, nos pides demasiado.

Nadie dijo nada.

El miedo invadió a Whiskeyjack. Se dio la vuelta, clavó la mirada en los ojos de Dujek y vio en el rostro del anciano un reflejo de su propio y creciente horror. *Por todos los dioses del inframundo, vamos a morir todos. Un enemigo invisible, pero alguien al que conocemos desde hace mucho tiempo, alguien que sabíamos que iba a llegar, antes o después, alguien que (por el abismo) hace retroceder espantados a los t'lan imass*…

—¡Qué afligimiento palpable! —exclamó Kruppe—. ¿Afligimiento? ¿Existe tal palabra? Si no es así, entonces a los incontables talentos de Kruppe debemos añadir el de la invención lingüística. ¡Amigos míos! ¡Escuchad! ¡Oíd todos! ¡Prestad atención! ¡Cobrad ánimos, todos y cada uno, sabiendo que Kruppe se ha colocado, con los pies bien plantados y la amplia cintura firme, en el camino del dicho (y sin embargo no mencionado) enemigo formidable de toda existencia! Dormid tranquilos por la noche con esa certeza. Sumíos en un sueño infantil, como un bebé en brazos de su madre, como todos hicisteis alguna vez, hasta Kallor, aunque la imagen estremece y conmociona…

—¡Maldita sea! —rugió Caladan Brood—. En el nombre del Embozado, ¿de qué estás hablando, hombrecito? ¿Afirmas interponerte en el camino del dios Tullido? ¡Por el abismo, estás loco! Si no nos das al instante una prueba de tu eficacia —continuó en voz baja y profunda al tiempo que se bajaba del caballo, después se dirigió a Kruppe y echó mano del mango forrado de su martillo—, no podré predecir el alcance de mi cólera.

—Yo no haría eso, Brood —murmuró Zorraplateada.

El caudillo se giró para mirarla enseñando los dientes.

—¿Ahora extiendes tu protección a este sapo gordo y engreído?

Los ojos de la joven se abrieron un poco más cuando miró al daru.

—Kruppe, ¿es eso lo que me pides?

—¡Qué absurdo! ¡No te ofendas, querida, por tal protesta, te asegura Kruppe con toda dulzura!

Whiskeyjack se quedó mirando, sin poder creérselo, a aquel hombrecito redondo con sus ropas manchadas de comida y bebida que se erguía todo lo que le era posible y clavaba unos ojos pequeños y relucientes en Caladan Brood.

—Así que amenazas a Kruppe de Darujhistan, ¿eh? Me exiges una explicación, ¿verdad? Manoseas el martillo, ¿no? Me enseñas esos di…

—¡Silencio! —bramó el caudillo mientras luchaba por controlar su ira.

Por todos los dioses del inframundo, ¿qué está tramando Kruppe?

—¡Kruppe desafía todas las amenazas! Kruppe desprecia cualquier demostración que el erizado caudillo pudiera intentar…

El martillo se encontró de repente en las manos de Brood, un borrón manchado que giró por el aire, dibujó un arco y golpeó la tierra casi a los pies de Kruppe.

El estallido derribó caballos y mandó por los aires a Whiskeyjack y los otros. Una conmoción atronadora hizo crujir el aire. El suelo pareció dar un salto para recibir al comandante malazano y el impacto fue como un puñetazo cuando cayó, rodó y después bajó dando tumbos por la ladera salpicada de peñascos.

Sobre él relinchaban los caballos. Un viento cálido y repleto de aullidos disparó el polvo y la tierra hacia el cielo.

El pedregal se movía bajo Whiskeyjack, fluía, se deslizaba hasta el valle a un ritmo cada vez más rápido, con un rugido profundo y creciente. Las rocas le golpeaban con estrépito la

armadura, le impactaban contra el yelmo y lo dejaban aturdido. Vislumbró un destello a través de un desgarro irregular en la nube de polvo, un destello de la línea de colinas del otro lado del valle. Era imposible, pero se estaban alzando a toda velocidad, el lecho de piedras partía la piel de hierba, perdía gotas de polvo, astillas de rocas y humo. Y después, el remolino de polvo se tragó el mundo que lo rodeaba. Los peñascos rebotaron sobre él y fueron cayendo. Otros lo golpearon, impactos sólidos y dolorosos que lo dejaron jadeando, tosiendo, atragantándose mientras rodaba.

Y el suelo seguía palpitando bajo el pedregal que se deslizaba por la ladera. Varias detonaciones lejanas agitaron el aire e hicieron temblar los huesos magullados de Whiskeyjack.

Se detuvo al fin, medio enterrado en gravilla y rocas. Parpadeó, le ardían los ojos y vio ante él a los exploradores rhivi que esquivaban las rocas que rebotaban y se apartaban de un salto de su camino, como si de un juego extraño y letal se tratara. Más allá se alzaba el lecho de roca negro y humeante, el espinazo de una nueva cordillera, todavía creciendo, todavía alzándose, levantando y ladeando el suelo del valle en el que yacía el malazano. El cielo que tenía detrás se revolvía de un color gris hierro repleto de vapor y humo.

Que el Embozado me lleve… pobre Kruppe… Whiskeyjack se dio la vuelta hasta donde pudo con un gruñido. Estaba cubierto de arañazos y podía sentir el dolorido nacimiento de los enormes moratones que le saldrían bajo la armadura mellada y rasgada, aunque, por sorprendente que pareciera, tenía todos los huesos intactos. Forzó los ojos llenos de lágrimas para mirar la cima de la colina que tenía detrás.

El pedregal había desaparecido y había dejado un acantilado abierto y cortante. Buena parte de la cima de la meseta se había desvanecido, borrada de la faz de la tierra, y había dejado una isla pequeña y plana… en la que Whiskeyjack vio unas figuras que se movían y se levantaban. Los caballos luchaban por ponerse en pie. Le llegó en un susurro casi imperceptible la osada queja de una mula.

Al norte, abriendo un camino por el lado de un valle lejano y después a través de colinas lejanas, se veía una grieta estrecha y humeante, una fisura en la tierra que parecía carecer de profundidad.

Whiskeyjack se levantó dolorido entre los escombros y se irguió poco a poco.

Vio a Caladan Brood con el martillo colgándole de las manos, inmóvil… Y de pie, delante del caudillo, en una isla propia, estaba Kruppe. Se estaba limpiando el polvo de la ropa. La grieta que había nacido donde el martillo había golpeado la tierra se dividía con cuidado alrededor de aquel daru bajito y gordo y volvía a unirse justo detrás de él.

Whiskeyjack luchó por contener una carcajada, sabía lo desesperada, lo desafinada que sonaría. *Así que hemos visto la furia de Brood. Y Kruppe, ese ridículo hombrecito la ha soportado sin inmutarse. Bueno, si en algún momento hubo necesidad de alguna prueba de que el daru no es lo que parece*… Después frunció el ceño. *Una demostración, sin duda. Me pregunto a quién iba dirigida*.

Un grito de consternación interrumpió sus pensamientos.

Korlat. La mujer miraba al norte, su postura parecía de algún modo contraída, encogida sobre sí misma.

La fisura, como Whiskeyjack contemplaba en ese momento, desaparecido ya todo el buen humor, se estaba llenando de sangre.

Sangre viciada, sangre podrida. Que Beru nos proteja, la diosa Dormida… Ascua duerme el sueño de los moribundos, de los envenenados. Y eso, comprendió, era el final, la revelación más terrible. *Enferma… la mano oculta del dios Tullido*…

La mhybe abrió los ojos de repente. La carreta se mecía y cabeceaba. Un trueno sacudió el suelo. Los gritos de los rhivi se oían por todas partes, un coro de gemidos de alarma y consternación. Los huesos y los músculos de la mujer protestaron cuando se vio arrojada al cataclismo, pero no quiso chillar. Solo quería esconderse.

El bramido se desvaneció, sustituido por los mugidos distantes de los bhederin y, más cerca, los pasos suaves de los suyos al pasar corriendo junto a la carreta. El rebaño estaba a punto de sufrir un ataque de pánico y la estampida era inminente.

Lo que provocaría la ruina de todos. Y sin embargo sería hacerme un favor. Un final para el dolor, para mis pesadillas…

En sus sueños era joven una vez más, pero en esos sueños no había alegría. Había desconocidos caminando por el paisaje de la tundra en el que siempre se encontraba. Se acercaban. Ella huía. Salía disparada como una liebre de nieve. Corriendo, siempre corriendo.

Desconocidos. No sabía lo que querían, pero la buscaban a ella, eso al menos estaba claro. Seguían su rastro como cazadores persiguiendo a su presa. Dormir era despertar exhausta, con los miembros temblando y el pecho agitándose con el aliento agónico de la carrera.

La habían salvado del abismo, de ese sinfín de almas hechas jirones, perdidas en un apetito eterno y desesperado.

La había salvado un dragón. *¿Con qué fin? ¿Para dejarme en un sitio donde intentan darme caza, donde me persiguen sin concederme un respiro?*

Pasó el tiempo, puntuado por las palabras tranquilizadoras de los pastores que intentaban calmar a los asustados bhederin. No habría estampida, después de todo. El suelo todavía seguía retumbando, aunque las réplicas disminuían y se percibían cada vez más distantes.

La mhybe gimió con suavidad para sí cuando la carreta se sacudió una vez más, en esa ocasión con la llegada de los dos daru, Coll y Murillio.

—Te has despertado —observó el concejal—. No me extraña.

—Dejadme —dijo la mujer mientras se ceñía las pieles alrededor del cuerpo estremecido y se encogía y apartaba de los dos hombres. *Hace tanto frío*…

—¿Alguna idea de lo que ha pasado por ahí delante? —le preguntó Murillio a Coll.

—Parece que Brood ha perdido los estribos.

—¡Dioses! ¿Con quién? ¿Con Kallor? Ese cabrón se merece…

—No con Kallor, amigo mío —gruñó Coll—. Prueba otra vez, no debería llevarte mucho tiempo adivinar con quién.

Murillio lanzó un gruñido.

—Kruppe.

—Bien sabe el Embozado que en un momento u otro ha acabado con la paciencia de todos… solo que ninguno de nosotros era capaz de partir el mundo en dos y levantar montañas nuevas por los aires.

—¿Y ese pequeño canalla se ha hecho matar? No me puedo creer…

—Según se dice, el tipo ha salido sin un rasguño. Típico de él. Solo se quejaba del polvo. Nadie más resultó herido

tampoco, aunque al propio caudillo una mula enfadada casi le arranca la cabeza de una coz.

—¿La mula de Kruppe? ¿Esa que camina sonámbula?

—Sí, esa misma.

Duerme. Sueña con ser un caballo, sin duda. Magnífico, alto, fiero…

—Esa bestia es muy rara, desde luego. Jamás he visto una mula tan… atenta. A todo. ¡Reina de los Sueños, esa es la cordillera más rara que he visto jamás!

—Sí, Murillio, es cierto que parece más grande de lo que es en realidad. Tergiversa el punto de vista. Un espinazo roto, como algo que se vería en el horizonte y sin embargo ahí esta, ni a media legua de nosotros. Da horror solo pensarlo, en mi opinión…

Todo da horror solo con pensarlo. Las montañas, las mulas, la ira de Brood. Las almas atestan el cuerpo de mi hija, allí, en su interior. Dos mujeres y un thelomenio crujecráneos. Dos mujeres y un hombre a los que nunca conocí… y sin embargo llevé a esa niña en mi interior. Yo, una rhivi, joven, en la flor de la vida, arrastrada a un sueño, y luego el sueño se hizo real. Pero ¿dónde estoy yo en el interior de mi hija? ¿Dónde está la sangre, el corazón, de los rhivi?

No tiene nada mío, nada en absoluto. Nada salvo un recipiente en realidad, eso fue todo lo que fui, un recipiente para albergar y luego traer al mundo a una desconocida.

No tiene razones para verme, para visitarme, para tomar mi mano y ofrecerme consuelo. La razón de mi existencia ha desaparecido, se acabó. Aquí yazgo, un trasto descartado por inútil. Olvidada. Una mhybe.

Una mano se apoyó con suavidad en su hombro.

Habló Murillio.

—Creo que duerme otra vez.

—Es lo mejor —murmuró Coll.

—Recuerdo cuando era joven —continuó el daru en voz baja e introspectiva.

—Yo también me acuerdo de cuando tú eras joven, Murillio.

—Mi juventud salvaje y pródiga…

—Una viuda diferente cada noche, si no recuerdo mal.

—Por aquel entonces era un imán, sabes, me costaba todo tan poco…

—Ya nos habíamos dado cuenta.

El hombre suspiró.

—Pero ya no. He envejecido, he pagado el precio de mis días de juventud…

—Noches, querrás decir.

—Lo que sea. Han llegado nuevos rivales. Sangre joven. Marak de Paxto, alto y delgado, hace volver las cabezas allá por donde se pasea. Ese cabrón engreído. Y luego está Perryl de M’necrae…

—Oh, por favor, Murillio, ahórramelo.

—El caso es que fue todo en el curso de unos años. Años llenos. Años placenteros. Y aunque ya esté de capa caída, al menos puedo mirar atrás y recordar mis días (de acuerdo, mis noches) de gloria. Pero aquí, esta pobre mujer…

—Sí, lo sé. ¿Te has fijado en esos adornos de cobre que lleva? Mira, ahí tienes el par que lleva en la muñeca. Regalos de Kruppe, de Darujhistan.

—¿Qué pasa con ellos?

—Bueno, como te decía. ¿Te has fijado en ellos? Es muy raro. Brillan más, relucen cuando está dormida.

—¿Ah, sí?

—Lo juraría sobre una pila de los pañuelos de Kruppe.

—Qué raro.

—Ahora están como apagados, aunque…

Se produjo un silencio entre los dos hombres que se habían agachado sobre ella. Después de unos minutos, la mano que se había posado en su hombro se lo apretó un poco.

—Ah, querida —susurró Murillio—, ojalá pudiera retirar mis palabras…

¿Por qué? Eran verdad. Palabras dichas con el corazón y es un corazón generoso a pesar de toda tu irresponsable juventud. Has dado voz a mi maldición. Eso no cambia nada. ¿Se me debe compadecer? Solo cuando duermo, al parecer. A la cara no me decís nada y consideráis vuestro silencio un favor. Pero se burla de mí, pues me llega como indiferencia.

¿Y este silencio mío con estos dos hombres amables que me miran desde arriba? ¿Cuál de mis incontables defectos revela ese silencio?

Vuestra compasión, al parecer, no tiene comparación con la mía.

Después, los pensamientos de la mhybe comenzaron a perderse y apareció el yermo ocre y sin árboles de su mundo soñado. Y ella en él.

Echó a correr.

Dujek lanzó los guanteletes contra la pared de la tienda cuando entró, su rostro estaba encendido de furia.

Whiskeyjack destapó la jarra de cerveza y llenó las dos copas que esperaban en la pequeña mesa de campaña que tenía delante. Los dos hombres estaban manchados de sudor y polvo.

—¿Qué locura es esta? —dijo el puño supremo con voz ronca mientras hacia una pausa solo lo bastante larga como para coger de golpe una de las copas antes de empezar a pasearse de un lado a otro.

Whiskeyjack estiró las magulladas piernas y la silla crujió bajo su peso. Le dio un largo trago a la cerveza y suspiró antes de hablar.

—¿A qué locura te refieres, Dujek?

—Ah, la lista empieza a ser demasiado larga, maldita sea. ¡El dios Tullido! Las peores leyendas son las que pertenecen a ese cabrón roto…

—El poema de Pescador Kel Tath sobre el encadenamiento…

—No soy de los que leen poesía, pero bien sabe el Embozado que he oído trozos recitados por bardos de taberna y demás. Por los huevos de Fener, esta no es la guerra para la que yo me alisté.

Los ojos de Whiskeyjack se entrecerraron y miraron al puño supremo.

—Entonces no luches.

Dujek dejó de pasearse y miró a su segundo.

—Continúa —dijo después de un momento.

—Brood ya lo sabía —respondió con un encogimiento de hombros que le provocó una mueca de dolor. *Igual que lo sabía Korlat*—. Y con él podríamos incluir a Anomander Rake. Y Kallor, aunque no me gustó el brillo ávido que había en la mirada de ese hombre. Así que dos ascendientes y un aspirante a ascendiente. El dios Tullido es demasiado poderoso para que nos enfrentemos a él gente como tú y como yo, puño supremo. Déjaselo a ellos, y a los dioses. Después de todo, tanto Rake como Brood estuvieron en el encadenamiento.

—Es decir, que el follón es suyo.

—Hablando en plata, así es.

—Un follón que estamos pagando todos y por el que bien podríamos pagar el precio definitivo antes de que pase mucho tiempo. No pienso consentir que se use mi ejército

como carne de cañón, Whiskeyjack. Nos pusimos en marcha para aplastar al Dominio Painita, un imperio mortal, por lo que nosotros pudimos determinar.

—La manipulación parece estar dándose por ambos lados, Dujek.

—¿Y eso tiene que consolarme? —La mirada del puño supremo era fiera. La clavó en su segundo durante un momento más, después se bebió de un trago su cerveza y le tendió la copa de un tirón.

Whiskeyjack la volvió a llenar.

—No somos quiénes para quejarnos de que nos manipulen —dijo con voz profunda—, ¿verdad, viejo amigo?

Dujek hizo una pausa y después gruñó.

Es cierto. Cálmate, puño supremo. Intenta pensar con claridad.

—Además —continuó Whiskeyjack—. Tengo fe.

—¿En qué? —le soltó su comandante—. ¿En quién? ¡Te lo ruego, dímelo!

—En cierto hombrecito odioso, bajito y gordinflón…

—¡Kruppe! ¿Te has vuelto loco?

Whiskeyjack sonrió.

—Viejo amigo, observa esa rabia que te hierve en la sangre. Esa rabia porque crees que te están manipulando. Utilizando. Quizás engañando. Ahora piensa en lo que sentiría un ascendiente como Caladan Brood al darse cuenta de que lo están manipulando a él. ¿Suficiente como para hacer pedazos su autocontrol y hacer que pierda los estribos? Suficiente como para verlo descolgarse el martillo e intentar borrar de la faz de la tierra a ese titiritero engreído y pomposo.

Dujek se quedó inmóvil durante un buen rato y después una sonrisa le curvó los labios.

—En otras palabras, se tomó a Kruppe en serio…

—Darujhistan —dijo Whiskeyjack—. Nuestro gran fracaso. Siempre tuve la sensación de que alguien, por alguna parte, estaba orquestando todo aquel maldito asunto. No Anomander Rake. No la Cábala. No Vorcan y sus asesinos. Otra persona. Una persona oculta, con tanta astucia… de una capacidad tan… extraordinaria… que nosotros nos quedábamos indefensos, indefensos por completo.

»Y entonces, en el parlamento, todos descubrimos quién era el responsable del renacimiento de Velajada como Zorraplateada, la hija de una mujer rhivi, la semilla plantada y el parto llevado a cabo en una senda desconocida. La unión de varias hebras, Escalofrío, Bellurdan, la propia Velajada. Y según parece ahora, un dios ancestral que ha regresado al reino mortal. Y, por último y lo más notable de todo, los t’lan imass. Así pues, Velajada, Escalofrío y Bellurdan (todo el Imperio de Malaz) renacidos en una mujer rhivi, del ejército de Brood… con un parlamento inminente y el potencial de una gran alianza… qué conveniente, por el Embozado, que una niña pudiera unir así los campamentos…

—Salvo a Kallor —señaló Dujek.

Whiskeyjack asintió poco a poco.

—Y a Kallor le acaban de recordar el poder que tiene Brood, esperemos que de forma suficiente como para mantenerlo a raya.

—¿Y eso era todo lo que se cocía allí?

—Quizá. El tipo exigió una demostración, ¿no? Lo que Kruppe manipula son las circunstancias. De algún modo. No creo que estemos condenados a bailar al son que él toca. Hay un dios ancestral detrás de ese daru pero, incluso en ese caso, creo que es más bien una alianza de… beneficios mutuos, casi entre iguales. Una asociación, si quieres. Bueno, admito que no son más que especulaciones por mi

parte, pero una cosa es cierta, a mí no es la primera vez que me manipulan y a ti tampoco. Pero esta vez la sensación es diferente. Menos hostil. Dujek, esta vez yo percibo compasión.

—Una alianza entre iguales —murmuró el puño supremo, después sacudió la cabeza—. ¿Y en qué convierte eso entonces a Kruppe? ¿Es una especie de dios disfrazado? ¿Un hechicero de alto rango, un archimago?

Whiskeyjack se encogió de hombros.

—Yo diría que Kruppe es un hombre mortal. Pero dotado de una inteligencia singular y una habilidad extraordinaria. Y lo digo en el sentido más literal. Singular, Dujek. Si a un dios ancestral lo lanzaran de repente a este reino, ¿no buscaría como primer aliado a la más grande de las mentes?

El rostro de Dujek revelaba asombro e incredulidad.

—Pero, Whiskeyjack… ¿Kruppe?

—Kruppe. Que nos entregó la Asociación Comercial de Trygalle, los únicos comerciantes capaces de traernos los suministros por la ruta que decidimos emplear. Kruppe, que le trajo a la mhybe las posesiones supervivientes de los primeros rhivi para que se las pusiera y así disminuyera el dolor que siente, y esos adornos sospecho que todavía no han florecido del todo. Kruppe, el único con el que habla Zorraplateada ahora que Paran se ha ido. Y por fin, Kruppe, que se ha puesto en el camino del dios Tullido.

—Si no es más que un simple mortal, ¿cómo es que sobrevivió a la ira de Brood?

—Bueno, supongo que su aliado, el dios ancestral, no querría ver al daru muerto. Supongo entonces que hubo una intervención. ¿Qué otra cosa podría haber sido?

Dujek se terminó su copa.

—Maldita sea —suspiró—. De acuerdo. Hacemos caso omiso del dios Tullido, al menos hasta donde podamos.

Seguimos concentrados en el Dominio Painita. Con todo, amigo mío, esto no me gusta. No puedo evitar que me ponga nervioso que no vayamos a ocuparnos de forma activa en tomar en consideración a este nuevo enemigo…

—No creo que ese sea el caso, puño supremo.

La mirada de Dujek fue perspicaz, interrogante, después crispó la cara.

—Ben el Rápido.

Whiskeyjack asintió poco a poco.

—Eso creo. No estoy seguro… Por el Embozado, ni siquiera sé si sigue vivo pero conociendo a Ben, lo está. Muy vivo. Y dado lo alterado que se encontraba la última vez que lo vi, no se ha llamado a engaño ni ignora lo que pasa.

—¿Y él es todo lo que tenemos? ¿Para engañar al dios Tullido?

—Puño supremo, si Kruppe es el mayor genio que tiene este mundo, entonces Ben el Rápido solo está un paso por detrás, y es un paso muy corto.

Los dos hombres oyeron unos gritos fuera de la tienda y después pisadas de botas. Un momento después el portaestandartes Artanthos apartó la solapa y entró.

—Señores, han visto a un único moranthiano. Viene volando desde el noreste. Es Torzal.

Whiskeyjack se levantó y gruñó ante la cascada de dolores y punzadas que desencadenó el movimiento.

—Reina de los Sueños, estamos a punto de recibir noticias.

—Esperemos que sean buenas noticias —gruñó Dujek—. No me vendría mal escuchar alguna.

Tenía la cara apretada contra las piedras recubiertas de líquenes, la aspereza se iba desvaneciendo a medida que su

sudor empapaba la irregular planta. Con el corazón desbocado y jadeando, la mujer yacía gimoteando, demasiado cansada para seguir corriendo, demasiado cansada incluso para levantar siquiera la cabeza.

La tundra de sus sueños había revelado nuevos enemigos. No era la banda de desconocidos la que la perseguía en esa ocasión.

Esa vez la habían encontrado unos lobos. Unas criaturas enormes y flacas, más grandes que los que ella había visto jamás en su vida real. Habían aparecido dando amplias zancadas en un risco que marcaba el horizonte por el norte. Ocho bestias de patas largas y hombros encorvados, el pelo de los animales compartía las tonalidades apagadas del paisaje. El que iba en cabeza había girado como si captara el aroma de la mujer en el viento frío y seco.

Y la persecución había comenzado.

Al principio la mhybe había disfrutado de la ligereza que le prestaban sus piernas jóvenes y ágiles. Veloz como un antílope, más rápida que cualquier ser humano mortal, había huido a través de la tierra yerma.

Los lobos la siguieron sin perder el ritmo, incansables, la manada se extendía hacia los lados, alguno de vez en cuando echaba una carrera, salía disparado de un lado u otro y la obligaba a girar.

Una y otra vez, mientras ella intentaba mantenerse entre las colinas, en terreno llano, las criaturas conseguían llevarla colina arriba. Y empezó a cansarse.

La presión no se mitigó. Comenzó a comprender, horrorizada, entre el dolor creciente en las piernas, el fuego en el pecho y la agonía seca y aguda de la garganta, que era imposible huir. Iba a morir. Derribada como cualquier otro animal condenado a convertirse en víctima del hambre de los lobos.

Sabía que para ellos no significaba nada, lo sabía en el mar que era su mente, en el que se agitaba una tormenta enloquecida de pánico y desesperación. Eran cazadores y lo que residía en el alma de su presa no tenía relevancia alguna. Como ocurría con el antílope, el ternero bhederin, o el ranag, la elegancia y el prodigio, la promesa y el potencial, todo ello se reducía a simple carne.

La lección definitiva de la vida, la única verdad enterrada bajo toda aquella maraña de capas de engaños.

Antes o después, comprendió la mhybe, *no somos más que comida*. Lobos o gusanos, con un final abrupto o prolongado, no importaba nada en absoluto.

Se levantó tambaleándose, entre gimoteos y medio ciega para subir otra colina más. Estaban más cerca. Oía sus zarpas, que hacían crujir los líquenes y el musgo resecados por el viento. A su derecha, a su izquierda, acercándose, desviándose un poco por delante.

La mhybe tropezó, dio un grito y cayó de cara sobre la cima rocosa. Cerró los ojos y esperó la primera explosión de dolor cuando le clavaran los dientes en el cuerpo.

Los lobos la rodearon. Los oyó. La rodearon y empezaron a acercarse cada vez más, como una espiral.

Un aliento cálido le rozó la nuca.

La mhybe chilló.

Y despertó. Sobre ella, un cielo de color azul desvaído, un halcón que pasaba. La bruma de polvo del rebaño flotaba a su alrededor. En el aire voces lejanas y mucho más cerca, el sonido entrecortado y veloz de su propia respiración.

La carreta había dejado de moverse. El ejército se estaba instalando para pasar la noche.

Se quedó allí echada, acurrucada, inmóvil bajo las pieles y cueros. Un par de voces murmuraban cerca. Olió el humo de un fuego hecho con estiércol, olió un caldo de hierbas y

carne, salvia, un toque de cabra. Llegó una tercera voz a la que saludaron las dos primeras, todas extrañamente borrosas, era incapaz de identificarlas. *Y no merece la pena el esfuerzo. Mis vigilantes. Mis carceleros*.

La carreta crujió. Alguien se agachó a su lado.

—El sueño no debería dejarte tan exhausta.

—No, Korlat, no debería. Por favor, ahora déjame poner fin a esto…

—No. Toma, Coll ha hecho un estofado.

—No me quedan dientes para masticar nada.

—Solo son unos trocitos de carne, fáciles de tragar. Es sobre todo caldo.

—No tengo hambre.

—Da igual. ¿Te ayudo a incorporarte?

—Que el Embozado te lleve, Korlat. A ti y a los demás. A todos y cada uno.

—Toma, yo te ayudo.

—Tus buenas intenciones me están matando. No, matando no. Es precisamente eso, ¿verdad…? —Gruñó e hizo un débil intento de apartarse de las manos de Korlat cuando la tiste andii la levantó sin esfuerzo y la sentó—. Me tortura. Tu piedad. Que es cualquier cosa salvo eso. No, no me mires a la cara, Korlat. —Se ciñó mejor la capucha—. No vaya a ser que comience a ansiar la compasión de tus ojos. ¿Dónde está ese cuenco? De acuerdo, comeré. Déjame.

—Quiero hacerte compañía, mhybe —respondió Korlat—. Después de todo, hay dos cuencos.

La mujer rhivi se quedó mirando sus propias manos, arrugadas, picadas de viruelas y esqueléticas, después miró el cuenco que sujetaba con ellas, el caldo aguado con sus trocitos de carne manchados de vino.

—¿Ves esto? El carnicero de la cabra. El que la mató. ¿Se detuvo acaso ante los gritos desesperados del animal? ¿Miró

el ruego de sus ojos? ¿Dudó acaso con el cuchillo? En mis sueños, yo soy esa cabra. A eso es a lo que me condenas.

—El que mató a esa cabra era rhivi —dijo Korlat después de un momento—. Tú y yo conocemos bien ese ritual, mhybe. Propiciación. Se invoca al espíritu misericordioso cuyo abrazo es necesidad. Las dos sabemos que ese espíritu invade a la cabra, o, de hecho, a cualquier criatura cuyo cuerpo va a alimentarte y cuya piel va a vestirte. Así pues, la bestia no grita, no clama. He sido testigo… y me he maravillado, pues es un hecho notable. Exclusivo de los rhivi, no en su intención, sino en su obvia eficacia. Es como si el espíritu que llega durante el ritual le muestra a la bestia un futuro mejor, algo que está más allá de la vida que ha conocido hasta ese momento…

—Mentiras —murmuró la mhybe—. El espíritu engaña a la pobre criatura. Para que la muerte sea más fácil.

Korlat no dijo nada.

La mhybe se llevó el cuenco a los labios.

—Quizá, aun en ese caso —continuó la tiste andii— el engaño sea un regalo… de misericordia.

—No existe tal cosa —le soltó la mhybe de repente—. Palabras para consolar al asesino y a los suyos y nada más. El que muere está muerto, como suelen decir los Abrasapuentes. Esos soldados saben bien la verdad. Los hijos del Imperio de Malaz no se hacen ilusiones. No es tan fácil cautivarlos.

—Pareces saber mucho sobre ellos.

—Dos marineras vienen a visitarme de vez en cuando. Han asumido la tarea de proteger a mi hija. Y de hablarme de ella, ya que nadie más parece haber pensado en eso. Las aprecio por ello.

—No sabía de ese…

—¿Te alarma? ¿Acaso se me han revelado terribles secretos? ¿Le pondrás ahora fin?

Una mano le rodeó el hombro.

—Ojalá me miraras al menos a la cara, mhybe. No, no haré tal cosa. Ni soy consciente de que se te oculte algún oscuro secreto. De hecho, me gustaría ahora buscar a esas dos marineras para darles las gracias.

—Déjalas, Korlat. No piden que les den las gracias. Son simples soldados, dos mujeres del Imperio. Gracias a ellas sé que Kruppe visita a Zorraplateada con regularidad. Quizá haya asumido el papel de un tío cariñoso. Es un hombre muy extraño, enternecedor a pesar de la terrible maldición que me ha echado.

—¿Maldición? Oh, mhybe, por lo que le he visto de Kruppe, puedo decirte que no es un hombre que maldiga a nadie. No creo que jamás imaginara lo que el renacimiento de Velajada significaría para ti.

—Eso es muy cierto. Y lo entiendo, ya ves. Acudió a él un dios ancestral que o bien decidió implicarse o ya lo estaba. Se había creado una abominación, como la llamó Kallor, y de hecho era una abominación. El cadáver marchito de Escalofrío, el alma de Velajada atrapada en su interior, la aparición orquestada por la hechicería t'lan imass. Una creación de pesadilla. El dios ancestral intentó salvarla, de algún modo, de alguna manera y para eso al parecer necesitaba a Kruppe. Así fue. El daru hizo todo lo que pudo, creía que hacía un favor. Pero no te equivoques, Korlat. Kruppe y su dios ancestral han decidido utilizar a la niña que crearon. ¿Oportunismo o premeditación? ¿Importa acaso? Y mira, Kruppe camina ahora con Zorraplateada. ¿Conspiran? ¿Estoy ciega…?

—¿Conspirar? ¿Con qué fin, mhybe?

—¿No lo sabes? Me cuesta creerlo.

—Es obvio que has llegado a la conclusión de que todos conspiramos… contra ti.

—¿Y no es así? —Con todas las fuerzas que pudo reunir, la mhybe lanzó el cuenco, oyó derramarse su contenido, lo oyó rebotar en algo y escuchó el grito sorprendido de Murillio que, al parecer, tuvo la desgracia de encontrarse en su camino—. ¡Me protegéis! —siseó la mhybe—. ¡Me alimentáis! ¡Me vigiláis para que no me quite la vida! ¿Y no es ninguna conspiración? Y mi hija, mi propia hija, ¿me visita acaso? ¡No! ¿Cuándo fue la última vez que vi su rostro? ¡Apenas lo recuerdo ya!

La mano le apretó el hombro con fuerza. La voz de Korlat, cuando habló, fue baja y tensa.

—Te comprendo, amiga mía. Llegaré al fondo de esto. Descubriré la verdad y después vendré a contártela. Es una promesa, mhybe.

—Entonces dime lo que ha pasado. Hoy, hace un rato. Sentí… algo. Un acontecimiento. Coll y Murillio hablaron de una escena entre Kruppe y Brood. Dime, ¿dónde estaba Zorraplateada en todo esto?

—Estaba allí —respondió Korlat—. Vino conmigo cuando fui a responder a la llamada de Whiskeyjack. Seré honesta contigo, mhybe. Es cierto que ocurrió algo, antes del choque entre Brood y Kruppe. Tu hija ha encontrado unos… protectores, pero no quiere extenderte a ti esa protección; por alguna razón cree que ahora corres peligro. No sé cuál es la fuente de ese peligro.

Pero yo sí. Oh, Korlat, la amistad que sientes por mí te ha cegado. Es cierto que corro peligro. Y el riesgo soy yo misma.

—¿Protectores? ¿Quién? ¿Qué?

Korlat respiró hondo y dejó escapar el aire poco a poco.

—Zorraplateada me pidió que no te dijera nada. No entendí por qué pero accedí. Ahora me doy cuenta que fue una equivocación. Se equivoca contigo, mhybe. Es una conspiración, y yo no formaré parte de ella. Los protectores de tu hija eran lobos. Unas bestias antiguas y gigantes…

El terror invadió a la mhybe. Con una mueca fiera, lanzó una mano contra la cara de Korlat y sintió que las uñas atravesaban la piel de la tiste andii.

—¡Mis cazadores! —chilló cuando la otra mujer se apartó con una mueca—. ¡Quieren matarme! Mi hija… —*¡Mi hija! ¡La que atormenta mis sueños! ¡Por todos los espíritus del inframundo, quiere matarme!*

Coll y Murillio habían saltado a la carreta y gritaban alarmados aunque Korlat les siseaba para que se calmaran, pero la mhybe había dejado de escucharlos, había dejado de ver el mundo que la rodeaba. Continuó agitando brazos y piernas, arañaba el aire con las uñas, la traición le abrasaba el pecho y convertía su corazón en cenizas. *¡Mi hija! ¡Mi hija!*

Y mi voz, que gimotea.

Y mis ojos, que ruegan.

Y ese cuchillo en sus manos, y en su mirada no hay más que un propósito frío, tan frío.

La débil sonrisa de Whiskeyjack se desvaneció cuando se volvió hacia la recién llegada Korlat y vio que sus ojos eran como hierros al rojo vivo, cuando vio, cuando la mujer atravesó la entrada de la tienda, cuatro rasguños paralelos en la mejilla derecha, todavía húmedos de la sangre que había corrido por la línea de la mandíbula y en ese momento salpicaba los juncos que cubrían el suelo.

El malazano estuvo a punto de dar un paso atrás cuando la tiste andii se acercó a él.

—Korlat, ¿qué ha pasado?

—Escucha mis palabras, amante —dijo la mujer entre dientes, con tono gélido—. Los secretos que me hayas ocultado sobre el renacimiento de Velajada, sobre esos malditos t'lan ay, sobre las instrucciones que les hayas dado a esas marineras que protegen a la niña con respecto a lo que deben decirle a la mhybe, me los vas a contar. Ahora mismo.

Whiskeyjack sintió que lo invadía un escalofrío y que su rostro se crispaba ante la punzada de furia de la mujer.

—¿Instrucciones? —preguntó en voz baja—. No les he dado instrucciones. Ni siquiera les he dicho que protejan a Zorraplateada. Lo que han hecho ha sido por decisión suya. Lo que hayan podido decir y que pudiera llevar a esto… bueno, acepto la responsabilidad, soy su comandante. Y te aseguro que si se requiere algún castigo…

—Para. Un momento, por favor. —Algo se había calmado en el interior de la mujer y comenzaba a temblar.

Whiskeyjack se planteó cogerla entre sus brazos, pero se contuvo. Korlat necesitaba consuelo, presintió, pero su instinto le dijo que su amante todavía no estaba lista para recibirlo. Miró a su alrededor, encontró un paño relativamente limpio, lo empapó en una palangana y después se lo tendió.

Korlat lo había observado en silencio, el tono de sus ojos se había profundizado hasta alcanzar un color gris pizarra, pero no hizo movimiento alguno para aceptar el paño.

El comandante bajó poco a poco el brazo.

—¿Por qué —preguntó Korlat— insistió Zorraplateada para que su madre no supiera nada de los t'lan ay?

—No tengo ni idea, Korlat, aparte de la explicación que nos dio. En ese momento pensé que tú lo sabías.

—Creías que lo sabía.

Whiskeyjack asintió.

—Creías que te había estado ocultando… un secreto. Algo que tenía que ver con Zorraplateada y su madre…

Whiskeyjack se encogió de hombros.

—¿Tenías intención de decirme algo?

—No.

La mujer abrió mucho los ojos y lo miró. El silencio fue alargándose.

—Por el amor del Embozado, límpiame las heridas.

Aliviado, el comandante se acercó y empezó, con el más suave de los roces, a restañarle los cortes.

—¿Quién te pegó? —preguntó en voz baja.

—La mhybe. Creo que acabo de cometer un terrible error, a pesar de todas mis buenas intenciones…

—Suele ser el caso —murmuró él— con las buenas intenciones.

Korlat entrecerró los ojos y lo miró con expresión interrogante.

—Los pragmáticos malazanos. Clarividentes, no cabe duda. ¿Por qué pensáis en vosotros mismos como simples soldados? Brood, Rake, Kallor… yo misma, todos os contemplamos a ti, a Dujek y a vuestro ejército como algo… auxiliar. Una espada de la que esperamos echar mano cuando haya necesidad. Me parece que somos todos unos necios. De hecho, ni uno solo de nosotros ha llegado a darse cuenta de cómo son las cosas en realidad.

El comandante frunció el ceño.

—¿Y cómo son esas cosas?

—Os habéis convertido en nuestra columna vertebral. De algún modo sois lo que nos da fuerza, lo que nos mantiene unidos. Oh, sé que tienes tus secretos, Whiskeyjack…

El hombre sonrió con ironía.

—No tantos como pareces creer. Te contaré el más grande. Es el siguiente: nos sentimos superados. Por ti, por Rake, por Caladan Brood, por Kallor. Por el ejército tiste andii y por el de los rhivi y los barghastianos. Por el Embozado, hasta esa chusma de mercenarios que os acompaña nos pone nerviosos. No tenemos vuestro poder. Solo somos un ejército. Nuestro mejor mago ni siquiera tiene rango. Es un mago normal del cuadro, ahora mismo está muy lejos y sospecho que se siente como una mosca en una telaraña. Así que cuando llegue el momento de luchar, sabemos que seremos la cabeza de lanza y que nos va a costar caro. En cuanto al Vidente en sí y lo que se oculte tras él, bueno, esperamos ahora que os ocupéis vosotros de eso. Lo mismo va por el dios Tullido. Tienes razón, Korlat, solo somos soldados. Y soldados cansados, además. Si somos la columna vertebral de este ejército combinado, que el Embozado nos ayude porque es una columna encorvada y quebradiza.

Korlat levantó la mano, la puso sobre la de él y se la apretó contra la mejilla. Los ojos de ambos se encontraron.

—¿Encorvada y quebradiza? No lo creo.

Whiskeyjack sacudió la cabeza.

—No estoy siendo modesto, Korlat. Te digo la verdad aunque temo que no estés preparada para oírla.

—Zorraplateada está manipulando a su madre —dijo la tiste andii después de un momento—. De algún modo. Es posible incluso que sea la responsable de las terribles pesadillas que tiene la anciana.

—Eso me resulta difícil de creer…

—No es algo que haría Velajada, ¿verdad? ¿Pero qué hay de esa tal Escalofrío? ¿O del thelomenio? Tú los conocías, Whiskeyjack. Mejor que cualquiera de nosotros, al menos.

¿Es posible que uno de ellos, o los dos, fueran responsables de eso?

El comandante no dijo nada mientras terminaba de limpiar las heridas de la mejilla de su amante.

—Esto requerirá el toque de un sanador, Korlat, no vaya a ser que la infección…

—Whiskeyjack.

El hombre suspiró y se retiró un poco.

—Escalofrío, me temo, bien podría sentirse traicionada. Podría elegir para vengarse algún objetivo indiscriminado. Lo mismo para Bellurdan el crujecráneos. A ambos los traicionaron, después de todo. Si tienes razón sobre lo que le está pasando a la mhybe, que le están haciendo algo, entonces sigo creyendo que Velajada se estaría resistiendo a ellos.

—¿Y si ya ha perdido la pugna?

—No veo señales de…

Los ojos de Korlat destellaron y le clavó a su amante un dedo en el pecho.

—¡Es decir, que tus dos marineras no han informado de ninguna señal de ello!

El comandante hizo una mueca.

—Siguen siendo voluntarias, Korlat. Dado el alarmante alcance de nuestra ignorancia en estos temas, vale la pena mantenerse alerta. Esas dos marineras decidieron proteger a Zorraplateada porque ven en ella a Velajada. No solo en su físico, sino también en la personalidad de la mujer. Si algo ha ido mal, lo habrían notado y habrían acudido a mí. De inmediato.

Korlat bajó la mano y suspiró.

—Y aquí entro yo como un huracán dispuesta a arrancarte la cabeza. Maldito seas, Whiskeyjack, ¿cómo he

llegado a merecerte? Y que el abismo me lleve, ¿por qué sigues aquí? Después de todas mis acusaciones…

—Hace unas cuantas horas, Dujek hizo una entrada parecida. —El comandante esbozó una gran sonrisa—. Ha sido uno de esos días, supongo. Ahora deberíamos llamar a un sanador…

—Dentro de un momento. —La tiste andii lo estudió—. Whiskeyjack, no tienes la menor idea de lo excepcional que eres, ¿verdad?

—¿Excepcional? —La sonrisa masculina se ensanchó un poco más—. Pues claro que lo sé. Soy un ejemplar único, gracias al Embozado.

—No me refería a eso.

Él se acercó un poco más y le rodeó la cintura con un brazo.

—Es hora de ir a buscar un sanador, mujer. Mis necesidades son muy sencillas y estamos perdiendo el tiempo.

—La respuesta de un soldado —dijo ella—. A mí no me engañas, ya lo sabes.

Sin que ella lo viera, el comandante cerró los ojos. *Oh, pero el caso es que sí que te engaño, Korlat. Si supieras todo el miedo que tengo… a perderte*…

Kruppe, la anguila de Darujhistan, receptor ocasional de objetos robados y ladrón, desafiador del caudillo Caladan Brood, agitó los brazos con gesto expansivo y bajó sin prisas por la avenida principal de tiendas rumbo a las carretas de provisiones. Acababa de salir de la tienda de la cocina de los Irregulares de Mott y llevaba en cada mano un pastel negro nathi chorreando sirope. Varios pasos por detrás, su mula lo

seguía a buen ritmo con las orejas aguzadas y el morro estirado hacia los dos pastelitos.

La segunda campanada tras la medianoche acababa de resonar por todos los campamentos empujando a los lejanos rebaños de bhederin a emitir un luctuoso mugido que se desvaneció cuando las bestias volvieron a sumirse en su sueño. Cuando llegó al borde de las carretas, dispuestas en un rectángulo para formar un fuerte con ruedas, observó que había dos marineras malazanas envueltas en sus mantos, sentadas delante de una pequeña hoguera de estiércol.

Kruppe alteró el rumbo y se acercó.

—Amables amigas —exclamó sin alzar la voz—. Es tarde y seguro que damas tan bonitas ya deben de esperar algo dulce.

Las dos mujeres levantaron la cabeza.

—Ah —gruñó una de ellas—. Es ese daru gordo.

—Y su mula, que acecha ahí, entre las sombras.

—¡Único sin duda es Kruppe! ¡Tened! —El gordito les tendió de golpe los pastelitos chorreantes—. Para vosotras, queridas.

—¿Y qué tendríamos que comernos, los pasteles o tus manos?

La otra sacó el cuchillo al oír las palabras de su compañera.

—Un par de cortes rápidos y podemos elegir nosotras, ¿no?

Kruppe dio un paso atrás.

—¡Por la reina de los Sueños! ¡Amargadas y muy poco femeninas! Las guardianas de la bella Zorraplateada, ¿no? Una verdad tranquilizadora. El corazón de Velajada, que resplandece con toda su luz en la niña que ahora es mujer…

—Sí, ya te hemos visto más que de sobra charlando con la muchacha. Es la hechicera, desde luego. Está claro como el agua para los que la conocimos.

—Extraordinaria desconexión, este intercambio. Kruppe está encantado…

—¿Nos vas a dar los pasteles de sirope o qué?

—Desde luego, aunque el destello de esa hoja sigue cegando al generoso Kruppe.

—Si es que no tienes sentido del humor, ¿no? Únete a nosotras, si te atreves.

El daru sonrió y se acercó sin prisas.

—Pasteles negros nathi, queridas mías.

—Los reconocemos. Los Irregulares de Mott nos los tiraban cuando se quedaban sin flechas.

—A Jaybar le dio uno en plena cara, si no recuerdo mal.

—Es verdad, entonces tropezó y cuando se levantó era como el suelo del bosque con ojos.

—Qué espantosa savia y qué arma tan mortal —asintió Kruppe mientras una vez más les ofrecía los pasteles a las dos marineras.

Las chicas los cogieron.

—Valerosa tarea la de proteger a la muchacha rhivi.

—No es ninguna muchacha rhivi. Es Velajada. Esas pieles y cueros son solo para aparentar.

—Ah, así que habéis hablado con ella.

—No mucho y no nos hace falta. Estos pasteles bajan mejor sin todas esas ramitas y hojas, la verdad.

Kruppe parpadeó y después asintió poco a poco.

—Sin duda. Inmensa responsabilidad la de ser los ojos de vuestro comandante con respecto a dicha muchacha.

Las dos mujeres dejaron de masticar un momento. Intercambiaron una mirada y una de ellas tragó el bocado antes de hablar.

—¿Quién, Dujek? Si somos sus ojos entonces está ciego como un topo.

—Ah, Kruppe se refería a Whiskeyjack, por supuesto.

—Whiskeyjack no está ciego y tampoco le hace falta que nosotras veamos por él.

—No obstante —sonrió el daru—, no cabe duda de que le tranquiliza mucho la tarea que os habéis impuesto, los informes y demás. Si Kruppe fuera Whiskeyjack, sabe que así sería.

—¿Sería qué?

—Bueno, que sería muy tranquilizador, por supuesto.

Las dos mujeres gruñeron, después una bufó.

—Esa sí que es buena. Si tú fueras Whiskeyjack. Ja.

—Una forma de hablar…

—Eso no existe, gordito. ¿Intentas seguir los pasos de Whiskeyjack? ¿Intentas ver a través de sus ojos? Ja.

—Y que lo digas —asintió la otra mujer—. Ja.

—Así que lo hicisteis —observó Kruppe.

—¿Hicimos qué?

—Acceder.

—Pues claro que sí, maldita sea. Whiskeyjack debería haber sido emperador cuando se cargaron al viejo. Él y no Laseen. Pero la tipa sabía quién era su rival, cómo no. Por eso lo despojó de su rango, lo convirtió en un puñetero sargento, por el Embozado, y lo largó lejos, muy lejos.

—Un hombre ambicioso entonces, este Whiskeyjack.

—En absoluto, daru. Y de eso se trata. Habría sido un buen emperador, ya te lo he dicho. No querer el trabajo es el mejor y el único título que hay que considerar.

—Una afirmación curiosa, querida.

—Pues no.

—Disculpa, ¿no, qué?

—Que de curiosa nada. Escucha, el Imperio de Malaz sería muy diferente si Whiskeyjack hubiera ocupado el trono hace todos esos años. Si hubiera hecho lo que todos queríamos que hiciera y hubiera cogido a Laseen por el cogote y la hubiera lanzado por una ventana de la torre…

—¿Y es un hombre bien dotado para tan notable proeza?

Las dos marineras lo miraron, confundidas. Una se volvió hacia su compañera.

—¿Tú lo has visto en privado?

La otra negó con la cabeza.

—No. Con todo, puede que tenga una dotación notable. ¿Por qué no?

—Entonces igual está bien dotado, pero yo solo dije que la cogiera por el cogote.

—Bueno, para tal proeza hay que estar bien dotado, ¿no?

—En eso tienes razón, amiga.

—Ejem —las interrumpió Kruppe—. Bien dotado, queridas mías. Como capacitado, apto, con talento…

—Ah.

—Ah, ya, claro. Entiendo. ¿Nos preguntas si podría haberlo hecho si hubiera querido? Claro. No conviene hacer enfadar a Whiskeyjack y por si eso no bastara, el tipo tiene cerebro.

—¿Entonces por qué, se pregunta Kruppe asombrado, no lo hizo en su momento?

—Porque es un soldado, idiota. Cuando Laseen ocupó el trono las cosas ya estaban bastante complicadas. El Imperio entero se tambaleaba. La gente empieza a dar puñaladas y a asaltar tronos ensangrentados y a veces no se para, a veces es como el dominó, ¿no? Cae una ficha tras otra, y luego, otra, y el asunto entero se va al garete. Era a él al que todos mirábamos, ¿no? Esperábamos para ver cómo se lo tomaba, lo de Laseen y todo eso. Y cuando le hizo un saludo militar y

dijo, «sí, emperatriz», bueno, las cosas como que se calmaron.

—Vamos, que le estaba dando una oportunidad a la señora.

—Por supuesto. Bueno, muchachas, ¿y ahora creéis que cometió un error?

Las mujeres se encogieron de hombros a la vez.

—Ya da igual —dijo una—. Estamos aquí, la vida es como es y las cosas son como son.

—Pues es así y así sea —dijo Kruppe mientras se levantaba con un suspiro—. Magnífica conversación. Kruppe os da las gracias y opta por despedirse ya.

—Claro. Gracias por los pasteles.

—Para Kruppe ha sido un placer. Buenas noches, queridas.

Se alejó sin prisas y emprendió de nuevo el camino hacia las carretas de provisiones.

Cuando desapareció en la penumbra, las dos marineras se quedaron calladas un rato, ocupadas como estaban lamiéndose la savia de los dedos.

Después una suspiró.

La otra siguió su ejemplo.

—¿Y bien?

—Que fue demasiado fácil, diablos.

—¿Tú crees?

—Claro. Llegó esperando hallar dos cerebros y se encontró con apenas uno.

—Con todo, puede que ese cerebro se haya ido mucho de la lengua.

—Así es la naturaleza de los alelados, cariño. Si hubiéramos hecho otra cosa, le habría hecho sospechar.

—¿De qué crees tú que hablan él y Velajada, de todos modos?

—De la vieja, diría yo.

—Yo me había imaginado lo mismo.

—Están tramando algo.

—Justo lo que yo sospecho.

—Y Velajada está a cargo.

—Eso es.

—Cosa que a mí me vale.

—Y a mí. Sabes, ese pastel negro no era lo mismo sin las ramitas y las hojas…

—Qué raro, yo estaba pensando lo mismo…

Dentro del fuerte de carretas, Kruppe se acercó a otra hoguera. Los dos hombres acurrucados junto a ella levantaron la cabeza cuando llegó.

—¿Qué te pasa en las manos? —preguntó Murillio.

—Todo lo que Kruppe toca se pega a él, amigo mío.

—Bueno —dijo Coll con voz profunda—, eso lo sabemos desde hace años.

—¿Y qué le pasa a esa maldita mula? —inquirió Murillio.

—Esa bestia me acosa sin cesar, pero ahora mismo da igual. Kruppe ha tenido un coloquio muy interesante con dos marineras. Y para él es un placer informar que la muchacha Zorraplateada se encuentra en buenas manos.

—¿Tan pegajosas como las tuyas?

—Ahora lo son, querido Murillio, ahora lo son.

—Lo que dices me parece muy bien —dijo Coll—, pero ¿nos sirve de algo a nosotros? Hay una anciana durmiendo en esa carreta, cuyo corazón roto es el menor de sus dolores, y eso podría ser suficiente como para acabar con el más

fuerte de los hombres, así que imagínate lo que supondría para una frágil anciana.

—Para Kruppe es un placer aseguraros que están en marcha asuntos de inmensa misericordia. No se ha de hacer caso de las apariencias momentáneas.

—¿Entonces por qué no decirle eso? —gruñó Coll al tiempo que señalaba con un gesto la carreta de la mhybe.

—Ah, pero todavía no está lista para escuchar tales verdades, por todos los cielos. Este es un viaje del espíritu. La dama debe empezar el viaje en su propio interior. Lo que pueden hacer Kruppe y Zorraplateada tiene un límite, a pesar de nuestra aparente omnipotencia.

—Omnipotencia, ¿eh? —Coll sacudió la cabeza—. Ayer me habría reído de esas palabras. Así que te enfrentaste a Caladan Brood, ¿no? Pues me interesa saber cómo te las arreglaste, maldito sapo.

Kruppe alzó las cejas.

—¡Mi querido e inseparable compañero Coll! ¡Tu falta de fe aplasta al frágil Kruppe hasta casi arrancarle los dedos de los pies, que se agitan de pura angustia!

—Por el amor del Embozado, no nos los enseñes —dijo Murillio—. Llevas usando las mismas zapatillas desde que te conozco, Kruppe. La propia Poliel se encogería ante lo que habrá al acecho entre esos dedos.

—¡Ah, y haría bien! Para responder a Coll con precisión sucinta, Kruppe proclama que la ira, no, la cólera, no surte efecto con alguien como él, para quien el mundo es una perla acurrucada en los viscosos confines de su perspicaz y musculoso cerebro. Eh, bueno, quizá la alusión vacile si se piensa bien… y sería peor pensarlo otra vez. Kruppe volverá a intentarlo. Para quien, como decía, el mundo no es más que un sueño de plumas y colores y maravillas inimaginables, donde incluso el tiempo mismo ha perdido su

significado, y hablando de eso, ya es muy tarde, ¿no? El sueño me reclama, el riachuelo de serena transubstanciación que metamorfosea el olvido en descanso y rejuvenecimiento, ¡y eso solo ya es maravilla suficiente para que todos y cada uno den por terminada esta noche de inquietud! —Batió las manos en un último gesto de despedida y se alejó. Después de un momento, la mula salió trotando tras él.

Los dos hombres se quedaron mirando las dos figuras.

—Imagínate que el martillo de Brood entrara en contacto con esa aceitosa testa —dijo Coll con voz profunda después de un momento.

—Seguramente resbalaría —dijo Murillio.

—Sí, es verdad.

—Mejillones, sesos y pies que huelen a queso, por el abismo, creo que voy a vomitar.

Muy por encima del campamento, Arpía dobló las cansadas alas que sentía como de plomo y bajó en picado hacia la tienda del caudillo. A pesar de su agotamiento, la recorrían escalofríos de emoción y curiosidad. La fisura que había al norte del campamento seguía expulsando la sangre viciada de Ascua. El gran cuervo había sentido la explosión cuando todavía estaba sobre las montañas Visión, al sureste de allí, y había sabido al instante lo que era.

La cólera de Caladan Brood.

El beso del martillo, y con él una remodelación explosiva del mundo natural. Lo notó a pesar de la oscuridad, así como la columna bien definida de una cadena montañosa de basalto donde no debía haber ninguna montaña, allí, en el corazón de la llanura Catlin. Y la hechicería emanaba de la

sangre de la diosa Dormida, eso también lo había visto Arpía.

El toque del dios Tullido. Se estaba produciendo una transformación en el interior de las venas de Ascua. El Caído estaba haciendo suya la sangre de la diosa. *Y ese es un sabor que conozco bien, pues fue como leche materna para mí, hace ya tanto tiempo. Para mí y para los míos*.

Se habían generado cambios en el mundo que tenía debajo y Arpía disfrutaba con los cambios. Su alma, y el alma de los suyos, se agitaba una vez más en un estado de intensa alerta. Jamás se había sentido más viva.

Se deslizó bajo las cálidas corrientes termales y descendió meciéndose por las bolsas de aire frío, ecos de la traumática alteración que se había agitado por toda la atmósfera tras el estallido de la furia de Brood; después se deslizó hasta la tierra y se posó con un golpe seco y suave ante la tienda del caudillo.

En su interior no se veía ninguna luz.

Arpía cacareó sin apenas hacer ruido y dio unos saltitos bajo la solapa de la entrada que permanecía medio levantada.

—Ni una sola palabra —dijo con voz profunda Brood desde la oscuridad— sobre mi pérdida de estribos.

El gran cuervo ladeó la cabeza y miró el catre. El caudillo estaba sentado al borde con la cabeza entre las manos.

—Como desees —murmuró.

—Dame tu informe.

—Te lo daré. En primer lugar, de parte de Anomander Rake. Lo ha conseguido. Engendro de Luna ha pasado sin que nadie la viera y ahora… se oculta. Mis hijos se están distribuyendo por todas las tierras del Vidente Painita. Caudillo, no solo sus ojos han sido testigos de todo lo que yace debajo. Yo misma he visto…

—Reserva esos detalles para más tarde. Engendro de Luna está donde debe. Bien. ¿Volaste hasta Capustan, como te pedí?

—Lo hice, mi serio señor. Y fui testigo del primer día y la primera noche de batalla.

—¿Tu valoración, Arpía?

—La ciudad no resistirá, caudillo. Aunque no será culpa de los defensores. A lo que se enfrentan es demasiado inmenso.

Brood soltó un gruñido.

—Quizá deberíamos habernos replanteado el despliegue que hizo Dujek de los moranthianos negros.

—Ah, ellos también están emplazados justo donde los quería Unbrazo. —Arpía vaciló, giró primero un ojo y después el otro hacia Caladan Brood—. Hay que explicar ahora un detalle inusual, caudillo. ¿Querrás oírlo?

—Muy bien.

—El Vidente libra una guerra al sur.

Brood levantó la cabeza de golpe.

—Sí —asintió Arpía—. Mis hijos han visto ejércitos del Dominio encaminados y retirándose hacia el norte. Rumbo al propio Panorama. El Vidente ha desatado hechicerías formidables contra ese enemigo desconocido. Ríos de hielo, murallas de hielo. Un frío cortante, vientos y tormentas. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que fuimos testigos de la reaparición de esa senda concreta.

—Omtose Phellack. La senda de los jaghut.

—Incluso así. Caudillo, pareces menos sorprendido de lo que yo había anticipado.

—Una guerra al sur sí que me sorprende, Arpía. —El caudillo se levantó, se echó una manta de piel sobre los hombros y empezó a pasearse—. Omtose Phellack… no, no me sorprende mucho.

—Así pues, el Vidente no es lo que parece.

—Es evidente que no. Rake y yo teníamos nuestras sospechas…

—Bueno —soltó Arpía de pronto— si las hubiera sabido, habría examinado con más atención la situación de Panorama. Tu contumacia nos hace daño a todos.

—No teníamos pruebas, Arpía. Además, valoramos demasiado ese pellejo con plumas como para arriesgarte a que te acercaras demasiado a la fortaleza de un enemigo desconocido. Ya no tiene remedio. Dime, ¿el Vidente continúa en Panorama?

—Los míos fueron incapaces de determinarlo. Hay cóndores en la zona y no se sentían muy cómodos con nuestra presencia.

—¿Por qué unos pájaros mundanos iban a crearos problemas?

—No son mundanos del todo. Sí, las aves mortales son poco más que lagartos con alas, pero estos cóndores concretos eran más lagartos que la mayoría.

—¿Los ojos del propio Vidente?

—Es posible.

—Eso podría resultar molesto.

Arpía se encogió de hombros con las alas medio ladeadas.

—¿Tienes algún trozo de carne? Estoy hambrienta.

—Hay restos de cabra de la cena en el pozo de desechos que hay tras la tienda.

—¿Qué? ¿Quieres que coma en un pozo de desechos?

—Eres un maldito cuervo, Arpía, ¿por qué no?

—¡Es indignante! Pero si es todo lo que hay…

—Así es.

Cloqueando para contener su furia, Arpía se acercó a saltitos a la pared trasera de la tienda.

—Tómame como ejemplo en el futuro —murmuró mientras empezaba a introducirse por debajo de la tela.

—¿A qué te refieres? —preguntó Brood tras ella.

El cuervo volvió a meter la cabeza por debajo de la tela, abrió el pico en una carcajada silenciosa y después respondió.

—¿Acaso he perdido yo los estribos?

El caudillo dio un paso hacia ella con un gruñido.

El gran cuervo lanzó un chillido y huyó.

Capítulo 16



El primer hijo de la semilla de los muertos
sueña con el último aliento de un padre
y escucha el eterno estribillo
del grito atrapado en sus pulmones…
¿Te atreves a hollar, aunque solo sea un momento,
tras sus ojos?

El primer hijo de la semilla de los muertos
guía un ejército de dolor
por el camino salpicado de huesos del hambre
donde una madre danza y canta…
¿Te atreves a seguir sus pasos
y sostener con cariño la mano de esa madre?

El primer hijo de la semilla de los muertos
va envuelto en el estrépito de la armadura fracasada
que lo defiende desde que nace
durante años de funesta educación…
No te atrevas a juzgarlo con dureza
a menos que estés en su piel.

Silba, la del Corazón Destrozado
K'alass

Los Tenescowri se alzaron como una marea inexorable contra las murallas de la ciudad. Se alzaron y después las barrieron, una marea humana impulsada por la locura del hambre. Las barricadas de las puertas se combaron bajo la presión y luego cedieron.

Y Capustan se ahogó.

A trescientos cuarenta metros del cuartel, Itkovian hizo girar su montura salpicada de sangre. Varias figuras se alzaban desde el suelo y clavaban las garras en las patas blindadas del caballo. La bestia, embargada por una cólera fría, pateaba los cuerpos, aplastaba huesos y hendía torsos y cabezas sin tomarse un respiro.

Tres crines de Espadas Grises rodeaban al yunque del escudo, los habían aislado del cuartel sobre la pequeña colina que era el cementerio de columnas. Habían volcado buena parte de esos ataúdes erguidos, que se habían roto y derramado su contenido mohoso y envuelto en telas, un contenido que en ese momento se mezclaba confundido con sus primos en la muerte.

Itkovian podía ver la puerta del cuartel, contra ella se apilaban los cadáveres a altura suficiente como para trepar por ellos, que era lo que estaban haciendo decenas de Tenescowri, que escalaban hasta los revestimientos de los costados y solo para encontrarse con las hojas serradas de las picas largas. Picas que mataban, que herían a campesinos que no intentaban defenderse siquiera, que se agitaban arrastrando banderas de sangre y tripas.

Itkovian jamás había presenciado una escena tan horrenda. A pesar de todas las batallas que había librado, de todos los terrores del combate y todo aquello que un soldado no podía evitar ver, la visión que tenía ante él barrió todo lo demás de su mente.

Cuando caían los campesinos y se desplomaban tambaleándose por la ladera de cadáveres, las mujeres saltaban sobre los hombres que había entre ellos, les arrancaban la ropa, los sujetaban sentándose a horcajadas sobre ellos y entre la sangre, entre chillidos y dedos como garfios, los violaban.

Entre las filas de muertos y moribundos, otros se alimentaban de los suyos.

Pesadillas gemelas. El yunque del escudo era incapaz de decidir qué era lo que lo conmocionaba más. La sangre le corría helada por las venas y supo, con un miedo que rayaba el pánico, que el asalto acababa solo de empezar.

Otra oleada se precipitó a enfrentarse a la desventurada banda de Espadas Grises del cementerio. Las amplias avenidas y calles estaban repletas de una marea sólida de Tenescowri enloquecidos. Todos los ojos se clavaban en Itkovian y sus soldados. Las manos se estiraban hacia ellos, fuera cual fuera la distancia, y se aferraban con avidez al aire.

Las Espadas Grises entrelazaron los escudos y volvieron a formar el cuadrado destrozado que rodeaba al yunque del escudo. La marea volvería a tragarlo, Itkovian lo sabía, como lo había tragado solo momentos antes, y, sin embargo, si sus silenciosos soldados podían hacer lo que habían hecho antes, el cuadrado volvería a alzarse de nuevo entre aquel mar de cuerpos, se abriría camino a cuchilladas, haría retirarse al enemigo y treparía sobre una colina recién hecha de carne y hueso. Y, si Itkovian conseguía permanecer sobre su caballo, podría hacer un barrido con la espada y matar a todos los que pusieran a su alcance, y aquellos que hiriera morirían luego bajo los cascos de hierro de su caballo.

Jamás había hecho carnicería semejante y lo ponía enfermo, llenaba su corazón de un odio abrumador… por el Vidente. Hacerle algo así a su propio pueblo. Y por el septarca Kulpath, por su sanguinaria crueldad al enviar a esos campesinos indefensos a las fauces de un ejército desesperado.

Más mortificante era que la táctica parecía tener posibilidades triunfar. *Pero a un coste que está más allá de*

toda comprensión.

Con un rugido, los Tenescowri atacaron de nuevo.

Los primeros en llegar al cuadrado erizado de picas quedaron hechos pedazos. Sus compañeros se tambalearon entre aullidos, los apartaron a rastras y se encontraron con una masa devoradora que era incluso más cruel que el enemigo al que se habían enfrentado en primera línea. Otros siguieron abriéndose camino y sufrieron un destino parecido. Pero seguían llegando campesinos, trepaban sobre los que tenían delante mientras otros montaban a su vez sobre sus hombros. Durante apenas un instante, Itkovian se quedó mirando aquel triple muro de humanidad salvaje que no tardó en derrumbarse sobre sí mismo y enterrar a las Espadas Grises.

El cuadrado cedió bajo el peso y empezaron a arrancarse armas de las manos. Se derribaron escudos, se arrancaron yelmos de las cabezas y por doquiera que mirara el yunque del escudo había sangre.

Las figuras subían como podían sobre la superficie palpitante. Las cuchillas, las hachas y las navajas se precipitaban al pasar, para Itkovian era su destino final, como bien sabía el guerrero. El yunque del escudo preparó la espada ancha y el escudo. Un ligero movimiento en la presión de las piernas y comenzó a hacer virar a su montura en un giro incesante. La bestia agitó la cabeza y después la agachó para defender la garganta. La armadura que le cubría la frente, el cuello y el pecho ya estaba manchada y abollada. Los cascos pateaban el suelo, impacientes por encontrar carne viva.

El primer campesino apareció a su alcance. Itkovian hizo girar la espada y a continuación observó una cabeza que giraba separada del cuerpo, vio que el cuerpo se estremecía y se crispaba antes de derrumbarse. Su caballo estiró los

cascos traseros y comenzó a repartir golpes secos y crujientes, después se enderezó y se levantó sobre las patas traseras, los cascos delanteros recubiertos de hierro comenzaron a dar coces y arañar al tiempo que arrastraban al suelo a una mujer que gritaba. Otro tenescowri dio un salto para apoderarse de una de las patas delanteras del caballo. Itkovian se inclinó hacia delante y clavó la espada en los riñones del hombre; el corte fue lo bastante profundo como para partirle la columna.

Su caballo giró en redondo y lanzó el cadáver por los aires con una pata. El animal lanzó la cabeza hacia delante y clavó los dientes en la testa de pelo enmarañado de un campesino, atravesó el hueso y se apartó con un bocado de pelo y cráneo.

Varias manos se clavaron en el muslo de Itkovian por el lado del escudo. El yunque se giró y se abalanzó sobre la cruz de su montura. La hoja de su espada partió músculos y clavícula. La sangre y la carne se echaron hacia atrás tambaleándose.

Su caballo volvió a dar otra coz. Mordía, pateaba y giraba, pero las manos, la presión y el peso los rodeaba por todas partes. La espada de Itkovian destellaba, lo azotaba todo a ciegas, pero nunca dejaba de encontrar un objetivo. Alguien trepó a la grupa del caballo por detrás. El yunque del escudo arqueó la espalda y el guantelete se precipitó por encima de su propia cabeza con la punta de la espada clavándose en seco tras él. Sintió el filo que se deslizaba por piel y carne, rodeaba costillas y luego se clavaba en el vientre.

Una marea de bilis y sangre mojó la parte de atrás de su silla de montar. La figura se deslizó al suelo.

Dio una orden seca y el caballo agachó la cabeza. Itkovian lo barrió todo con una cuchillada horizontal. Un contacto mordaz y vidriado que se abrió camino casi con un

tartamudeo. La montura pivotó y el yunque del escudo invirtió la cuchillada. Volvió a girar e Itkovian volvió a blandir la espada.

Hombre y bestia dibujaron un círculo completo, un círculo que provocaba heridas terribles. Entre el calor asfixiante que reinaba bajo el visor de su yelmo, Itkovian vislumbró un resumen fragmentado de la escena que se daba por todas partes.

No se alzarían de nuevo las Espadas Grises. Esa vez no. De hecho, no veía ni una sola sobrevesta conocida. Los Tenescowri rodeaban al yunque del escudo y bajo sus pies había una cantidad de cuerpos que alcanzaban la altura de un hombre. Y bajo aquella superficie palpitante estaban los soldados de Itkovian. Enterrados vivos, enterrados moribundos, enterrados muertos.

Su caballo y él eran todo lo que quedaba, el centro de cientos y cientos de ojos ávidos y desesperados.

A los campesinos que tenía más cerca les estaban pasando las picas capturadas. En pocos momentos, esas armas de mangos largos comenzarían a acosarlo por todos lados. Contra eso, ni la armadura de Itkovian ni la de su caballo sería suficiente.

Ah, dios de los dos colmillos, soy tuyo. Hasta este, mi último momento.

—¡Retirada!

Su caballo de guerra estaba esperando esa orden. La bestia se abalanzó hacia delante. Cascos, pecho y hombros se abrieron camino a golpes entre la multitud. Itkovian clavaba su hoja en todos los cuerpos que encontraba. Las figuras se tambaleaban, se apartaban y desaparecían bajo los cascos agitados. Las picas le lanzaban cuchilladas y resbalaban por la armadura y el escudo. Las que llegaban por su derecha las apartaba a golpes con la espada.

Algo lo golpeó en los riñones, algo que le partió los eslabones de la cota de malla, algo que penetró retorciéndose y excavando por el cuero y el relleno de fieltro. Un dolor agónico atravesó a Itkovian cuando la punta dentada le atravesó la piel y rozó una de las costillas inferiores, cerca de la columna.

En ese mismo momento su caballo relinchó al tropezar con la punta de otra pica; la cabeza de hierro se hundió en lo más profundo del lado derecho del pecho del animal. La bestia se lanzó hacia la izquierda tambaleándose, con la cabeza hundida y las mandíbulas intentando partir el astil.

Alguien saltó sobre el escudo de Itkovian y lanzó sobre él el hacha de un leñador. La cuña de la hoja se enterró entre el hombro izquierdo y el cuello del yunque del escudo, y se atascó allí.

El yunque clavó la punta de la espada en la cara de la campesina. La hoja trinchó una mejilla y salió por la otra. Itkovian giró la hoja, tenía la celada a solo unos centímetros de la cara de su víctima cuando su espada destrozó el semblante joven de la muchacha. La chica cayó hacia atrás con un borboteo en la garganta.

Itkovian podía sentir el peso de la pica, la punta todavía enterrada en la espalda, y oía el estrépito que provocaba al chocar con la armadura de las ancas de su caballo cuando la bestia se retorcía y se hundía.

El cuchillo de un pescador encontró la parte inferior desprotegida de la rodilla izquierda del yunque y penetró hasta la articulación. Itkovian lanzó un golpe débil con el borde inferior del escudo, un golpe apenas suficiente para apartar al atacante. La hoja fina se partió y los quince centímetros que quedaron en su rodilla pulverizaron y rebanaron tendones y cartílagos. La sangre llenó el espacio

que había entre la pantorrilla y el relleno de fieltro que la envolvía.

El yunque del escudo no sintió dolor alguno. Una claridad brutal dominaba sus pensamientos. Su dios estaba con él en sus momentos finales. Con él y con el valiente e indómito caballo de guerra que estaba debajo.

La sacudida lateral de la bestia cesó cuando el animal (una vez arrancada la lanza) se enderezó a pesar de la sangre que le brotaba del pecho. El animal se abalanzó, aplastó los cuerpos que encontró en su camino y se abrió paso entre coces, desgarros y patadas hacia lo que parecía (de forma imposible a ojos de Itkovian) una avenida despejada, un lugar donde solo aguardaban cuerpos inmóviles. El yunque del escudo, al comprender al fin lo que veía, renovó sus esfuerzos. El enemigo se estaba fundiendo por todos lados. Los gritos y el choque del hierro resonaban con un sonido salvaje en el yelmo de Itkovian.

Un momento después, el caballo encontró espacio abierto y se tambaleó, los cascos agitaron el aire al levantarse sobre las patas traseras, no de rabia en esa ocasión, sino para celebrar su triunfo.

El dolor llegó cuando Itkovian se hundió sobre el cuello blindado del animal. Un dolor que no se parecía a nada de lo que hubiera sufrido hasta entonces. Seguía teniendo la pica clavada en la espalda, la hoja partida del cuchillo en el centro de la rodilla izquierda y el hacha enterrada en los restos destrozados de la clavícula. Apretó las mandíbulas, consiguió sofocar las cabezadas de su animal, pudo al fin hacer girar el caballo y mirar, una vez, al cementerio.

Ante su mirada incrédula las Espadas Grises se estaban abriendo paso a cuchilladas entre los cuerpos que los habían enterrado, se alzaban como si salieran de un túmulo de cadáveres, silenciosos como fantasmas, los movimientos

bruscos, como si se estuvieran desprendiendo con uñas y dientes del sueño tras una pesadilla aterradora. Solo se veía una docena, pero eran doce más de lo que el yunque del escudo habría creído posible.

Unas botas se acercaron con paso seco a Itkovian. Parpadeó para espantar el sudor granuloso de los ojos e intentó concentrarse en las figuras que comenzaban a rodearlo.

Espadas Grises. Sobrevestas ajadas y manchadas, los rostros jóvenes y pálidos de reclutas capan.

Y después, sobre un caballo que solo podía compararse al suyo, la espada mortal. Brukhalian, con armadura negra, el cabello negro convertido en una melena salvaje y salpicada de sangre, la espada sagrada de Fener en una enorme mano protegida por un guantelete.

Se había levantado la celada. Los ojos oscuros se clavaron en el yunque del escudo.

—Mis disculpas, señor —bramó Brukhalian al tirar de las riendas a su lado—, por nuestra tardanza.

Tras la espada mortal, Itkovian vio a Karnadas, que llegaba a toda prisa. Su rostro, demacrado y pálido como el de un cadáver, era bello, no obstante, a los ojos del yunque del escudo.

—¡Destriant! —jadeó mientras se removía en su silla—. Mi caballo, señor… mis soldados…

—Fener está conmigo, señor —respondió Karnadas con voz temblorosa—. Encontrarás respuesta en mí.

El mundo se oscureció entonces. Itkovian sintió un tirón repentino de manos a su espalda, como si hubiera caído entre sus brazos. Mientras le daba vueltas a eso, sus pensamientos vagaron libres, *mi caballo… mis soldados*… y después se hundieron en el olvido.

Derribaron a golpes las endebles contraventanas y se metieron por las habitaciones que había sobre el piso bajo. Se deslizaron por el túnel de cuerpos apilados que, en otro tiempo, habían sido las escaleras. Los colmillos de hierro de Rezongo estaban desafilados, mellados y ahuecados. Se habían convertido en palos desdentados entre sus manos. Dominaba el pasillo principal e iba creando barricadas poco a poco, de forma metódica, con carne que comenzaba a enfriarse y huesos rotos.

El cansancio no abrumaba sus brazos ni embotaba su agudeza. Su respiración permanecía firme, solo un poco más profunda de lo habitual. Sus antebrazos mostraban un extraño dibujo de manchas de sangre, con púas y franjas, la sangre se ennegrecía y parecía filtrarse por su piel. Pero él permanecía indiferente a todo.

Había videntes del Dominio repartidos entre la marea humana de los Tenescowri. Probablemente arrastrados sin poder evitarlo. Rezongo derribaba campesinos para poder acercarse a ellos. Era su único deseo. Enfrentarse a ellos. Matarlos. El resto era simple paja irritante que se ponía en su camino. Un impedimento para conseguir lo que quería.

Si se hubiera visto la cara, apenas la habría reconocido. Franjas ennegrecidas bajaban desde sus ojos hasta las barbudas mejillas. Un color leonado le veteaba la propia barba. Tenía el iris del color de la hierba de las praderas marchita por el sol.

Su milicia alcanzaba ya los cien hombres, figuras silenciosas que eran simples extensiones de su voluntad. Lo miraban asombrados sin cuestionarlo jamás. Sus rostros brillaban cuando él posaba la mirada en ellos. Tampoco le sorprendía, y no se dio cuenta de que la luz que veía era un

espejo, que aquellos hombres no hacían más que reflejar aquella emanación pálida y sin embargo extrañamente tropical de sus ojos.

Rezongo estaba satisfecho. Estaba respondiendo a todo aquello que había sufrido Piedra, que luchaba en ese momento al lado de su segundo al mando, aquel pequeño y nervudo soldado lestari que dominaba la escalera posterior del bloque de pisos. Piedra y él no se habían encontrado más que una vez desde que se habían retirado a aquel edificio horas antes. Y el encuentro lo había conmocionado, lo había sacudido en lo más profundo de su alma, era como si lo hubieran despertado de repente, como si durante todo ese tiempo su alma hubiera permanecido agazapada en su interior, oculta, silenciosa, mientras una fuerza desconocida e implacable gobernaba sus miembros, cabalgaba en la sangre que bombeaba en sus venas. Aquella mujer seguía rota, las bravatas arrancadas habían revelado el semblante humano, dolorosamente vulnerable, profundamente herido, que había en el fondo.

Ese reconocimiento había disparado un resurgimiento de deseo frío en el interior de Rezongo. Aquella mujer era una deuda que solo había empezado a pagar. Y fuera lo que fuera lo que la había inquietado a ella al volverse a encontrar de nuevo, bueno, no cabía duda de que la mujer había comprendido de algún modo los colmillos desnudos y las garras desenvainadas de su deseo. Una reacción razonable, solo inquietante en la medida que merecía serlo.

El decrépito y antiguo edificio daru albergaba en ese momento una tormenta de muerte que levantaba vientos de cólera, terror y agonía, unos vientos que se retorcían y agitaban por cada pasillo, en cada habitación por pequeña que fuese. Fluía despiadada y sin cesar. Igualaba, en cada

detalle, el mundo de la mente de Rezongo, el mundo de los confines de su cráneo.

No existían contradicciones entre la realidad de aquel mundo exterior y el de su paisaje interno. Una verdad que era imposible comprender, solo se podía intuir. Un entendimiento visceral vislumbrado por menos de un puñado de los seguidores de Rezongo, entre ellos el teniente Iestari.

Sabía que había penetrado en un lugar desprovisto de cordura. Sabía, de algún modo, que él y el resto de la milicia existían ya más dentro de la mente de Rezongo que en el mundo real. Luchaban con habilidades que jamás habían poseído. No se cansaban. No gritaban, ni chillaban, ni siquiera ladraban órdenes o gritos de ánimo. No había necesidad de gritos de ánimo, nadie se desmoronaba, nadie se desviaba. Los que morían caían en donde estaban, silenciosos como autómatas.

En los pasillos de la planta baja los cuerpos llegaban a la altura del pecho. En algunas habitaciones ni siquiera se podía entrar. La sangre corría entre la multitud como un río carmesí que fluyera bajo la superficie de la tierra y se filtrara entre lentes ocultas de gravilla, bolsas de arena, peñascos enterrados; se filtraba allí, en ese pavoroso edificio, alrededor de huesos, carne, armaduras, botas, sandalias, armas y yelmos. Apestaba como una alcantarilla, densa como el flujo en el drenaje de un cirujano.

Los atacantes al fin se echaron atrás, tambaleantes, se retiraron por las escaleras casi bloqueadas y salieron arrastrándose por las ventanas. Miles más esperaban fuera, pero la retirada atascaba sus accesos. Un momento de paz envolvió el edificio.

Mareado, el teniente Iestari se abrió camino serpenteando por el pasillo principal en busca de Rezongo.

Las franjas de los brazos de su jefe resplandecían, las hojas de sus alfanjes eran de un color blanco amarillento (colmillos ya, en verdad); Rezongo le dirigió una mirada salvaje y felina al lestari.

—Renunciamos a este piso —dijo Rezongo mientras sacudía la sangre de sus hojas.

Los restos destrozados de varios videntes del Dominio rodeaban al capitán de la caravana. Guerreros con armadura hechos pedazos, literalmente.

El teniente asintió.

—Ya no nos queda espacio para maniobrar.

Rezongo encogió los hombros inmensos.

—Tenemos dos pisos más por encima. Después el tejado.

Los ojos de los dos hombres se encontraron durante un momento, el teniente sintió un escalofrío y una sensación cálida a la vez con lo que vio en el interior de las ranuras verticales de las pupilas de Rezongo. *Un hombre al que temer… un hombre al que seguir… un hombre al que amar*.

—Eres la espada mortal de Trake —dijo.

El enorme daru frunció el ceño.

—Piedra Menackis.

—No sufre más que heridas leves, capitán, y se ha trasladado al siguiente rellano.

—Bien.

Cargados con sacos de comida y bebida, la milicia se estaba reuniendo; la orden para hacerlo había sido tácita, al igual que había sido tácita cada vez que se había producido la reunión. El lestari comprobó que más de veinte habían caído en el último combate. *Perdemos ese número en cada piso. Para cuando lleguemos al tejado, no quedaremos más que una veintena. Bueno, con eso debería haber más que suficientes para defender una única trampilla. Para defenderla hasta el abismo de la noche definitiva*.

Los seguidores silenciosos estaban recogiendo armas que pudieran utilizar y trozos de armadura, sobre todo de los videntes del Dominio. El lestari observó con los ojos apagados a una mujer capan que tomaba un guantelete que todavía conservaba la mano, uno de los alfanjes de Rezongo se la había arrancado con tosquedad a la muñeca de su dueño; la mujer sacó con calma la mano del guante escamado y se lo puso.

Rezongo pasó por encima de los cuerpos de camino a la escalera.

Era hora de retirarse al siguiente nivel, era hora de tomar el mando de las habitaciones exteriores con sus ventanas de contraventanas endebles, las escaleras de atrás y las escaleras centrales. *Es hora de meter más almas todavía por la garganta atascada y atragantada del Embozado*…

En las escaleras, Rezongo hizo entrechocar los alfanjes.

Fuera, una marea de sonido resurgía…

Brukhalian permanecía a horcajadas sobre su enorme caballo de guerra empapado de sudor, observaba a los físicos del destriant, que arrastraban a un Itkovian que apenas era capaz de respirar hasta un edificio cercano que serviría, al menos durante una campanada o dos, como casa de socorro. El propio Karnadas, que recurría una vez más a su enfebrecida senda Denul, había dominado la hemorragia del pecho del caballo del yunque del escudo.

A las Espadas Grises supervivientes que quedaban en el cementerio las estaban ayudando a salir las propias compañías de la espada mortal. Allí también había heridas que atender, pero las que eran letales ya se habían llevado a sus víctimas. Apartaban los cadáveres en una búsqueda frenética de más supervivientes.

Los físicos que llevaban a Itkovian se enfrentaban en ese momento a la tarea de quitar el hierro incrustado en el yunque del escudo; unas armas que, al permanecer clavadas, habían con toda probabilidad salvado la vida del hombre. Y Karnadas permanecería a mano para la operación, para restañar la sangre que brotaría de cada herida a medida que fueran extrayendo el hierro.

Los ojos firmes y duros de Brukhalian siguieron al destriant cuando salió tambaleándose en pos de sus físicos. Karnadas había ido demasiado lejos, había recurrido demasiado a su senda, demasiado y con demasiada frecuencia. Su cuerpo había comenzado su rendición inevitable. Las magulladuras marcaban las articulaciones de los brazos, los codos, las muñecas, los dedos. En su interior, las venas y las arterias se estaban convirtiendo en estopilla y la filtración de sangre por el músculo y las cavidades se iría haciendo cada vez más profunda. El flujo de Denul estaba desintegrando todo aquello por lo que corría, el cuerpo del propio sacerdote.

Brukhalian sabía que el destriant moriría antes del amanecer.

Sin embargo, antes de que eso ocurriera, Itkovian estaría curado, recompuesto de una forma brutal sin reparar en el trauma mental que acompaña a todas las heridas. El yunque del escudo asumiría el mando una vez más, pero no como el hombre que había sido.

La espada mortal era un hombre duro. El destino de sus amigos era una certeza despojada de cualquier emoción. Era como tenía que ser.

Se irguió en la silla y examinó la zona para valorar la situación. El ataque contra el cuartel había sido repelido. Los Tenescowri se habían desmoronado y no quedaba ninguno en pie a la vista. No en todas partes era así, como bien sabía

Brukhalian. Las Espadas Grises habían sido prácticamente borradas del mapa como ejército organizado. Seguramente quedarían bolsas de resistencia, pero serían contadas. A todos los efectos, Capustan había caído.

Un mensajero montado se acercó desde el noroeste. El caballo saltaba sobre los montículos de cuerpos que salpicaban la avenida y ralentizó el paso al acercarse a las compañías de la espada mortal.

Brukhalian le hizo un gesto con la hoja a la joven mujer capan que se detuvo delante de él.

—¡Señor! —jadeó la joven—. ¡Traigo recado de Rath'Fener! ¡Un mensaje que me pasó un acólito!

—Oigámoslo entonces, señora.

—¡El salón del vasallaje ha sido asaltado! Rath'Fener invoca la octava orden de la revelación. Debes acudir con toda tu compañía en su ayuda. Rath'Fener se arrodilla ante tus cascos, ¡tienes que ser los dos colmillos de su sombra y la de Fener!

Brukhalian entrecerró los ojos.

—Señora, ese acólito se las arregló para dejar el salón del vasallaje para poder transmitir la invocación sagrada de su sacerdote. Dada la hechicería protectora que rodea el edificio, ¿cómo se las arregló?

La joven sacudió la cabeza.

—No lo sé, señor.

—Y tú tuviste que cruzar toda la ciudad para llegar aquí, ¿te encontraste con muchos obstáculos?

—Ningún ser vivo se interpuso en mi camino, señor.

—¿Puedes explicarlo?

—No, señor, no puedo. La fortuna de Fener, quizá…

Brukhalian la estudió un momento más.

—Recluta, ¿quieres unirte a nosotros en este rescate?

La joven parpadeó y después asintió poco a poco.

—Sería un honor para mí, espada mortal.

La respuesta del comandante fue un susurro brusco y apenado que solo profundizó el evidente desconcierto de la joven.

—Como lo será para mí, señora. —Brukhalian se bajó la celada y se giró para dirigirse a sus seguidores—. ¡La undécima crin, que permanezca con el destriant y sus físicos! —ordenó—. El resto de las compañías, ¡en marcha hacia el salón del vasallaje! ¡Rath'Fener ha invocado la revelación y debemos responder! —Después desmontó y le entregó las riendas de su caballo de guerra a la mensajera—. He cambiado de opinión —dijo con voz profunda—. Vas a permanecer aquí, señora, para proteger a mi destriant, y también para informar al yunque del escudo de mi situación una vez que despierte.

—¿Tu situación, señor?

—No tardarás en saberla, recluta. —La espada mortal miró a sus tropas una vez más. Los soldados habían formado y esperaban en silencio. Cuatrocientas espadas grises, quizá los últimos que quedan vivos—. Señores —les preguntó Brukhalian—, ¿estáis todos preparados?

Un oficial veterano le contestó entre dientes.

—Listos para intentarlo, espada mortal.

—¿Y eso qué significa? —preguntó el comandante.

—Debemos cruzar media ciudad, señor. No lo conseguiremos.

—Supones que encontraremos obstáculos en nuestro camino al salón del vasallaje, Nilbanas, ¿no es así?

El viejo soldado frunció el ceño y no dijo nada.

Brukhalian echó mano de su escudo, que esperaba a su lado, en manos de un edecán.

—Yo me pondré en cabeza —dijo—. ¿Me seguís?

Todos los soldados asintieron y la espada mortal vio en esas caras medio cubiertas por las celadas el surgimiento de una conciencia, una certeza que él ya tenía. No habría regreso del viaje que estaban a punto de emprender. Contra algunas corrientes, como bien sabía, no se podía luchar.

Tras atarse el gran escudo de bronce plateado al brazo izquierdo y sujetar con firmeza la empuñadura de su espada sagrada, Brukhalian se adelantó. Sus Espadas Grises fueron tras él. La espada mortal eligió el camino más recto, sin reducir el paso ni siquiera al cruzar las plazas abiertas salpicadas de cadáveres.

El murmullo bajo y profundo de la humanidad se oía por todas partes. Sonidos aislados de batalla, el desmoronamiento de edificios en llamas y el rugido de los incendios incontrolables, calles en las que se hundían hasta las rodillas en cadáveres, escenas del pozo infernal del Embozado que pasaban a su lado mientras ellos continuaban su marcha, como si estuvieran desenrollando dos tapices tejidos por un artesano loco de alma torturada.

Pero no encontraron obstáculos en su camino.

Cuando se acercaron al salón del vasallaje, envuelto en su aura, el veterano apretó el paso para acercarse a Brukhalian.

—Oí las palabras de la mensajera, señor…

—Soy consciente de ello, Nilbanas.

—No pueden ser de verdad de Rath’Fener…

—Pero lo son, señor.

—¡Entonces el sacerdote nos traiciona!

—Sí, viejo amigo, nos traiciona.

—¡Ha profanado la revelación más secreta de Fener! Por todos los colmillos, señor…

—Las palabras de la revelación son más grandes que él, Nilbanas. Son las palabras de Fener.

—¡Pero él las ha retorcido y convertido en algo maligno, señor! ¡No deberíamos obedecer!

—El crimen de Rath’Fener tendrá respuesta, pero no se la daremos nosotros.

—¿A costa de nuestras vidas?

—Sin nuestras muertes, señor, no habría crimen. Así pues, tampoco el castigo adecuado.

—Espada mortal…

—Estamos acabados, amigo mío. Pero de esta manera, elegimos el significado de nuestras muertes.

—Pero… ¿qué gana él? Traicionar a su propio dios…

—Sin duda —dijo Brukhalian con una sonrisa privada y lúgubre—, su propia vida. Por un tiempo. Si la hechicería protectora del salón del vasallaje se partiera, si conquistaran el Consejo de Máscaras, él podrá evitar los horrores que les aguardan a sus compañeros. A él le parece un intercambio que merece la pena.

El veterano sacudía la cabeza.

—Y Fener permite que sus palabras asuman el peso de la traición. ¿Tan noble será su bestial semblante cuando al fin arrincone a Rath’Fener?

—Nuestro dios no será el que imponga el castigo, Nilbanas. Tienes razón, no podría hacerlo de forma totalmente consciente, pues es una traición que lo hiere en lo más profundo, lo deja debilitado y vulnerable de un modo trascendental, señor.

—Entonces —el hombre casi sollozaba—, entonces, ¿quién será la mano que nos vengue, Brukhalian?

Si acaso, la sonrisa de la espada mortal se hizo más lúgubre todavía.

—Seguro que en estos mismos momentos el yunque del escudo ya está recuperando el sentido. Y en pocos instantes escuchará el informe de la mensajera y lo comprenderá

todo. Nilbanas, la mano que nos vengue será la de Itkovian. ¿Qué te preocupa ahora, viejo amigo?

El soldado se quedó en silencio durante unos cinco metros más. Ante ellos se encontraba la explanada abierta que se abría ante la entrada del salón del vasallaje.

—Estoy sereno, señor —dijo con voz profunda y satisfecha—. Estoy sereno.

Brukhalian golpeó la espada contra el escudo. Un fuego negro iluminó la hoja, chisporroteó y crujió.

—Rodean la explanada que tenemos delante. ¿Entramos?

—Sí, señor, con mucho gusto.

La espada mortal y sus cuatrocientos seguidores entraron sin prisas en la zona abierta, sin vacilar cuando las calles y las bocas de los callejones de todos lados se llenaron a toda prisa con las fuerzas de choque del septarca Kulpath, sus urdomen, videntes del Dominio y betaklitas, incluyendo la avenida que acababan de abandonar. Aparecieron arqueros en los tejados y los cientos de videntes del Dominio que había tirados ante la puerta del salón del vasallaje, fingiéndose muertos, se levantaron con las armas listas.

Junto a Brukhalian, Nilbanas bufó.

—Patético.

La espada mortal gruñó con una carcajada que oyeron todos.

—El septarca se considera muy listo, señor.

—Y a nosotros imbéciles y honorables.

—Sí, y eso es lo que somos, ¿no es cierto, viejo amigo?

Nilbanas levantó la espada y lanzó un rugido triunfal. Con la hoja dibujando un torbellino sobre su cabeza, giró en redondo y llevó a cabo su danza de alegre desafío. Las Espadas Grises unieron los escudos y los extremos se entrelazaron para rodear a la espada mortal y preparar su última batalla en el centro de la explanada.

El veterano permaneció fuera, todavía girando, todavía rugiendo con la espada en el aire.

Cinco mil painitas y el propio septarca los contemplaban maravillados, sin poder creerlo, profundamente alarmados por las patadas bestiales y salvajes de aquel hombre que aporreaba los adoquines. Después, con una mueca silenciosa de desdén, Kulpath se sacudió el desconcierto y levantó un guantelete.

Y lo bajó de golpe.

El aire de la explanada se ennegreció cuando mil quinientos arcos susurraron como uno solo.

Itkovian abrió los ojos de repente y oyó el susurro. Vio, con una visión que llenaba su conciencia y excluía todo lo demás, las cabezas recubiertas de púas que caían sobre la tortuga de escudos que eran las Espadas Grises. Los astiles penetraban por algunos lugares. Los soldados se tambaleaban y caían plegados sobre sí mismos.

Nilbanas, alcanzado por más de un centenar de flechas, giró de golpe una última vez entre una calima de gotas de sangre y después se derrumbó.

Una masa rugiente de soldados de infantería painita se precipitó sobre la explanada y se estrelló contra los escudos trabados de las Espadas Grises supervivientes, que luchaban por cerrar las brechas que quedaban en sus filas. La plaza terminó hecha pedazos, destrozada. La batalla se convirtió en una masacre.

Todavía en pie, el torbellino de la hoja de la espada mortal bramaba con un fuego negro. Tachonado de astiles de flechas, el comandante se alzaba como un gigante entre niños salvajes.

Y siguió luchando.

Las picas lo perforaban y lo levantaban por los aires. El brazo de la espada bajaba con fuerza y atravesaba con golpes secos los astiles para aterrizar entre cuerpos que se retorcían.

Itkovian vio que un hacha de doble hoja separaba el brazo izquierdo de Brukhalian de su cuerpo, por el hombro; la sangre brotó como un torrente del brazo rebanado y todavía cargado con el escudo, que cayó al suelo y se contrajo con un espasmo por el codo, como lo haría el miembro desmembrado de un insecto.

El enorme hombre se ladeó hacia la derecha.

Más lanzas lo atravesaron y le desgarraron el torso.

La mano que empuñaba la espada no vaciló. La hoja ardiente continuaba extendiendo las llamas que todo lo devoraban e incineraban a su paso. Los chillidos llenaban el aire.

Se acercaron los urdomen con sus espadas cortas y pesadas y empezaron a repartir golpes contundentes.

Los intestinos de la espada mortal, enredados en la punta de una espada, se desplegaron de sus entrañas como una serpiente. Otra hacha se estrelló sobre la cabeza de Brukhalian y partió el pesado yelmo de hierro, después el cráneo y después la cara del hombre.

La espada ardiente estalló en un destello oscuro y los fragmentos derribaron a unos cuantos painitas más.

El cadáver que era la espada mortal de Fener se tambaleó, erguido, un momento más, desgarrado por completo, casi sin cabeza y después se hincó de rodillas poco a poco, con la espada encorvada; un espantapájaros empalado por una docena de picas y un sinfín de flechas.

Arrodillado y al fin inmóvil, entre las sombras más profundas del salón del vasallaje; los painitas se fueron retirando poco a poco (la ira de la batalla desaparecida, algo

silencioso y horrendo había ocupado su lugar) y se quedaban mirando aquella criatura hecha pedazos que había sido Brukhalian… y la aparición alta y apenas sólida que tomaba forma delante de la espada mortal. Una figura envuelta en una túnica negra con capucha y las manos ocultas en los pliegues raídos de unas mangas muy anchas.

El Embozado. El Rey de la Gran Casa de Muerte… ha venido a recibir el alma de este hombre. En persona.

¿Por qué?

Un momento después, el señor de la Muerte había desaparecido. Pero nadie se movió.

Empezó a llover. Con fuerza.

De rodillas, con una sangre aguada manchando la armadura negra que hacía que los eslabones de hierro de la cota de malla resplandecieran con un color carmesí.

Otro par de ojos compartía la visión interna de Itkovian, ojos que él conocía bien. Y en la mente del yunque del escudo se alzó una satisfacción fría y en su mente se dirigió a aquel otro testigo y supo, sin sombra de duda, que oía sus palabras.

Te tengo, Rath'Fener.

Eres mío, traidor.

Mío.

El gavilán viró entre las nubes cargadas de lluvia y azotadas por el viento, sintió las gotas como clavos que le magullaban las alas y la cola extendida. Llamas refulgentes que resplandecían en la ciudad, más abajo, entre aquellos edificios grises que se iban ennegreciendo.

El día terminaba ya, pero el horror no se detenía. La mente de Buke estaba aturdida por todo lo que había presenciado y la distancia que le permitía poner su forma

soletaken no era ningún alivio. Aquellos ojos eran muy perspicaces, demasiado.

Realizó un giro brusco justo encima de la finca que daba cobijo a Bauchelain y Korbal Espita. La verja era una masa de cuerpos. Las torres de las esquinas, ornamentales en su mayor parte, y los pasajes que atravesaban las murallas del complejo estaban ocupadas por centinelas silenciosos, oscuros e inmóviles bajo la lluvia.

El ejército de cadáveres animados de Korbal Espita había crecido. Cientos de Tenescowri habían abierto una brecha en la puerta y habían entrado en masa poco antes. Bauchelain los había recibido con oleadas de hechicería letal, una magia que ennegrecía su carne, la agrietaba y luego la retorcía en tiras que se les desprendían de los huesos. Mucho después de haber muerto, el hechizo continuaba con su cruel trabajo hasta que los adoquines quedaron enterrados bajo polvo carbonizado.

Habían hecho dos intentos más, cada uno más desesperado que el anterior. Asaltados por la hechicería y la crueldad implacable de los guerreros no muertos, los Tenescowri al fin se habían retirado y habían huido aterrorizados. A una compañía de beklitas no le fue mucho mejor pocas horas después. En ese momento, con el atardecer que lo barría todo tras la lluvia, en las calles que rodeaban la finca solo quedaban los muertos.

Con las alas cansadas, Buke trepó por los aires una vez más y siguió la avenida principal del Distrito Daru hacia el oeste.

Bloques de pisos destripados, humo que ondeaba entre los escombros, el lametazo intermitente de las llamas. Multitudes airadas de Tenescowri, hogueras inmensas en las que asaban carne humana en espetones. Pelotones errantes

y compañías de scalandi, beklitas y betaklitas, urdomen y videntes del Dominio.

Desconcertados, furiosos, preguntándose dónde se han metido los ciudadanos de Capustan. Oh, ya sois dueños de la ciudad, pero os sentís engañados de todos modos.

Tenía una visión aguda, pero le estaba fallando bajo la luz que se desvanecía. Al sureste, entre la neblina de lluvia y humo, se alzaban las torres del palacio del príncipe. Oscuro, aparentemente inviolado. Quizá sus habitantes todavía resistían. O quizás era, una vez más, un edificio sin vida que albergaba ya solo fantasmas. Un lugar que había regresado a la comodidad del silencio que había reinado en él durante siglos, antes de la llegada de los capan y los daru.

Buke volvió la cabeza y vislumbró un bloque de pisos justo a su izquierda. Lo rodeaban los incendios, pero parecía que la achaparrada estructura desafiaba a las llamas. Bajo el fulgor de las hogueras avivadas descubrió cuerpos desnudos pintados de rojo. Cuerpos que llenaban las calles y callejones circundantes.

No, tiene que ser un error. Me engañan mis ojos. Esos muertos yacen en medio de los escombros. No puede ser de otro modo. Dioses, la planta baja del edificio ni siquiera se ve. Enterrada. Escombros. No, son cuerpos amontonados hasta esa altura… oh… ¡por el abismo sin fondo!

Se trataba del edificio donde Rezongo había tomado una habitación.

Y, asaltado por las llamas, no se quemaba.

Y allí, iluminado desde el suelo, las paredes lloraban.

No agua, sino sangre.

Buke se acercó un poco más dibujando círculos y cuanto más se acercaba, más se horrorizaba. Vio ventanas sin contraventanas en el primer piso visible. Ventanas repletas

de cuerpos. Lo mismo en el piso siguiente y en el que tenía encima, justo debajo del tejado.

Se dio cuenta de que el edificio entero era una entidad casi sólida. Una masa de carne y hueso que filtraba por las ventanas lágrimas de sangre y bilis. Un mausoleo gigante, un monumento dedicado a ese día.

Avizoró figuras en el tejado. Una docena, acurrucadas bajo toldos improvisados y simples cobertizos. Y una, separada de los demás, con la cabeza inclinada como si estudiara el horror que invadía la calle. Alto, grande. Unos hombros amplios e inclinados. Extrañamente recubierto de sombras. Un alfanje le colgaba de cada mano enguantada, armas desnudas que resplandecían como el hueso.

Tras él, a una decena de metros habían alzado un estandarte sostenido sobre las cabezas de todos por fardos de lo que podrían ser paquetes de alimentos como los que daban las Espadas Grises a sus soldados. Empapada, amarilla y manchada de sangre, con franjas oscuras, la túnica de un niño.

Buke se acercó un poco más y después se dio la vuelta. No estaba listo. No para Rezongo. No para el hombre que era, el hombre en el que se había convertido. Una terrible transformación… *una víctima más de este asedio*.

Como lo somos todos.

Itkovian parpadeó y luchó por encontrarle sentido a su entorno. Un techo bajo y manchado de humedad, el olor a carne cruda. La luz amarilla de un farol, el peso de una manta de lana tosca en el pecho. Estaba echado en un catre estrecho y alguien le sostenía la mano.

Giró poco a poco la cabeza e hizo una mueca ante la punzada de dolor que el movimiento le provocó en el cuello.

Curado, pero no curado. La sanación… incompleta…

Karnadas se encontraba a su lado, en cuclillas y medio derrumbado, plegado sobre sí mismo e inmóvil, la testa pálida y arrugada de su cabeza inclinada estaba al mismo nivel que los ojos de Itkovian.

La mano que se aferraba a la suya era huesos y piel seca y moribunda, fría como el hielo.

El yunque del escudo la apretó con suavidad.

La cara del destriant, cuando la levantó, era esquelética, la piel moteada con profundos cardenales que se originaban en las articulaciones de la mandíbula, los ojos inyectados en sangre hundidos en unos pozos del color del carbón.

—Ah —jadeó el hombre—. Te he fallado, señor…

—No me has fallado.

—Tus heridas…

—La carne se ha curado, al menos eso lo siento. El cuello, la espalda, la rodilla. No son ya más que zonas sensibles, señor. Fácil de soportar. —Se incorporó poco a poco y mantuvo la expresión serena a pesar de la agonía que lo atravesaba. Al flexionar la rodilla quedó bañado en sudor, invadido a un tiempo por un escalofrío y mareado. No alteró el gesto firme que sostenía la mano del destriant.

—Tu don siempre me da una lección de humildad, señor.

Karnadas apoyó la cabeza en el muslo de Itkovian.

—Estoy acabado, amigo mío —susurró.

—Lo sé —respondió el yunque del escudo—. Pero yo no.

La cabeza del destriant se movió en un asentimiento, pero no la levantó.

Itkovian miró a su alrededor. Otros cuatro catres, cada uno con un soldado. Unas mantas toscas les cubrían las caras. Dos de los físicos del sacerdote estaban sentados en el suelo reseco de sangre con la espalda apoyada en la pared, los ojos cerrados, sumidos en el sueño de los

agotados. Cerca de la puerta de la pequeña habitación se encontraba una mensajera de las Espadas Grises, capan a juzgar por los rasgos que se distinguían bajo el borde del yelmo. Había visto una versión más joven de aquella mensajera entre los reclutas… quizás una hermana.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente? ¿Lo que oigo es lluvia?

Karnadas no respondió. Ninguno de los cirujanos se despertó. Después de un momento, la mensajera se aclaró la garganta.

—Señor, falta menos de una campanada para medianoche. La lluvia llegó con el atardecer.

Con el atardecer y con la muerte de un hombre. La mano que sostenía la suya iba debilitándose por momentos.

—¿Cuántos soldados hay aquí, señora? ¿Cuántos tengo todavía bajo mi mando?

La joven hizo una mueca.

—Hay ciento treinta y siete en total, señor. De ellos, noventa y seis son reclutas. De las crines que se encontraban contigo en el cementerio, sobreviven once soldados.

—¿Nuestro cuartel?

—Ha caído, señor. La estructura arde.

—¿El palacio de Jelarkan?

La mujer sacudió la cabeza.

—No hay noticia, señor.

Itkovian se desprendió con cuidado de la mano inerte de Karnadas y bajó la cabeza para mirar la figura inmóvil. Acarició los mechones del cabello del hombre. Pasaron unos momentos y luego el yunque del escudo rompió el silencio.

—Búscame un ordenanza, señora. El destriant ha muerto.

Los ojos femeninos lo miraron muy abiertos.

—Se une a nuestra espada mortal, Brukhalian. Se acabó.

Tras esas palabras, Itkovian puso las botas en el suelo y estuvo a punto de desmayarse de dolor al forzar la rodilla destrozada. Aspiró una bocanada profunda y temblorosa de aire y se irguió poco a poco.

—¿Queda algún armero?

—Un aprendiz, señor —respondió la mensajera después de un momento, con un tono quebradizo como el cuero quemado.

—Necesito una abrazadera para la rodilla, señora. Lo que sea que pueda improvisar.

—Sí, señor —susurró la mujer—. Yunque del escudo…

El hombre hizo una pausa en su búsqueda de su sobrevesta y la miró. La mujer se había quedado pálida como la muerte.

—Yo… yo doy voz a la decimotercera ley de la revelación. Solicito… un justo castigo. —Estaba temblando.

—¿Castigo, señora? ¿Cuál ha sido tu crimen?

—Entregué el mensaje. El del acólito de Rath'Fener. —La mensajera se tambaleó ante sus propias palabras, la armadura tintineó cuando apoyó la espalda en la puerta—. ¡Que Fener me perdone! ¡Envié a la espada mortal a una muerte segura!

Los ojos de Itkovian se entrecerraron y la estudió.

—Eres la recluta que me acompañó a mí y a mis alas en la última salida por la llanura. Has de disculparme, señora, por no reconocerte antes. Debería haber anticipado la… experiencia intermedia, escrita con tanta claridad en tu rostro. Te deniego la posibilidad de invocar la revelación, soldado. Ahora búscame a ese ordenanza y al aprendiz.

—Pero señor…

—Brukhalian no fue engañado. ¿Lo entiendes? Es más, tu presencia en esta habitación demuestra tu inocencia en ese asunto. Si hubieras formado parte de la traición, habrías

cabalgado con él y bajo su mando. Y se habrían ocupado de ti como corresponde. Ahora vete. No podemos quedarnos aquí mucho más.

El yunque del escudo hizo caso omiso de las lágrimas que corrían por el rostro manchado de barro de la mujer y se dirigió lentamente a la armadura desmontada que le habían quitado. Un momento después, la mensajera se dio la vuelta, abrió la puerta y huyó por el pasillo.

Itkovian hizo una pausa en su andar vacilante y miró a los físicos dormidos.

—Soy el portador del dolor de Fener —entonó en un susurro—. Soy mi voto encarnado. En esto y en todo lo que conlleva. Todavía no hemos terminado. Todavía no he terminado. Mirad, no me rindo ante nada. —Después se irguió, nuevamente sin expresión alguna en la cara. Su dolor se fue retirando. En poco tiempo sería irrelevante por completo.

Ciento treinta y siete caras miraban al yunque del escudo bajo sus armaduras. Bajo la lluvia incesante él contempló a su vez las filas que habían formado en la calle oscura. Quedaban dos caballos de batalla, el suyo (la herida del pecho era un verdugón rojo, pero el fuego no se había apagado en sus ojos) y el destrero negro de Brukhalian. La mensajera sostenía las riendas de ambos.

Habían atado unas tiras de una coraza de bandas a ambos lados de la rodilla dañada de Itkovian, lo que le proporcionaba flexibilidad suficiente para poder montar y caminar, además de proporcionarle un apoyo vital cuando permanecía en pie. Los desgarros de la sobrevesta de malla los habían arreglado con alambre de cobre, el peso de la manga solo era perceptible en el brazo izquierdo, no tenía

mucha fuerza en él y sentía la piel que tenía entre el cuello y el hombro tensa y caliente sobre el tejido incompleto y cicatrizado que quedaba debajo. Le habían colocado unas tiras para sujetarle el brazo en ángulo cuando cogía el escudo.

—Espadas Grises. —El yunque del escudo se dirigió a ellos—. Tenemos trabajo que hacer. Nuestro capitán y sus sargentos os han formado en diferentes pelotones. Nos dirigimos al palacio del príncipe. El viaje no es largo. Parece que el enemigo está reunido en su mayor parte alrededor del salón del vasallaje. Si nos encontráramos con bandas errantes, sin embargo, serán seguramente pequeñas y con toda probabilidad Tenescowri y por tanto mal armadas y sin adiestramiento. Marchad, por tanto, preparados para todo. —Itkovian miró entonces a su única capitana, solo días antes había sido la sargento mayor responsable de la instrucción de los reclutas capan—. Señora, dispón los pelotones.

La mujer asintió.

Itkovian se dirigió a su caballo. Ya le habían preparado un bloque improvisado para ayudarlo a montar y facilitar la transición hasta la silla. Tras aceptar las riendas de manos de la mensajera, el yunque del escudo la miró desde su altura.

—El capitán caminará con sus soldados, señora —dijo—. El caballo de la espada mortal tendría que montarlo alguien. La yegua es tuya, recluta. El animal conocerá tu capacidad por tu forma de montarla y responderá en consecuencia para garantizar tu seguridad. No te servirá de nada desafiarla.

La joven asintió con lentitud, con un parpadeo.

—Monta entonces, señora, y cabalga a mi lado.

La rampa que llevaba a la entrada estrecha y arqueada del palacio de Jelarkan estaba vacía, barrida por completo. Las verjas mismas habían quedado reducidas a pedazos. La luz tenue de las teas resplandecía en la antecámara que había justo detrás. Ni un solo soldado permanecía en las murallas o los adarves. Aparte de la lluvia que tamborileaba en los techos, no había más que silencio para recibir a Itkovian y sus Espadas Grises.

Los avanzadillas habían hecho una exploración previa hasta el umbral de la entrada y habían confirmado que no se veía por ninguna parte al enemigo. Ni, al parecer, había sobrevivido ningún defensor. Tampoco había cuerpos.

El humo y el siseo de la bruma llenaban los espacios entre las piedras, cortinas de lluvia del firmamento nocturno. Todos los sonidos de los combates de las otras secciones habían desaparecido.

Brukhalian había pedido seis semanas. Itkovian le había dado menos de tres días. Aquella verdad lo reconcomía por dentro, como si una hoja o la punta de una flecha rota continuara en su cuerpo, algo que no hubieran visto los físicos, enterrada en sus tripas, envolviéndole el corazón con una capa de dolor.

Pero no he terminado todavía.

Se aferró a esas palabras. Con la espalda erguida y los dientes apretados. Un gesto del guantelete envió a los primeros exploradores por la verja. Desaparecieron durante un tiempo y luego regresó una única corredora que bajó sin ruido por la rampa donde esperaba Itkovian.

—Señor —le informó la mujer—, hay Tenescowri dentro. En el salón principal, creemos. Se oyen sonidos de un banquete y una fiesta.

—¿Y los accesos están protegidos? —preguntó el yunque del escudo.

—Los tres que hemos encontrado no lo están, señor.

Había cuatro entradas al salón principal de Jelarkan: las puertas dobles que miraban a la verja que había al otro lado de la antecámara, dos portales que flanqueaban el salón en la cámara misma y que llevaban a las habitaciones de los invitados y de la guardia, y un pasaje estrecho y protegido por cortinas que acababa justo detrás del trono del príncipe.

—Muy bien. Capitán, apuesta un pelotón en cada una de las dos entradas laterales. Sin hacer ruido. Seis pelotones aquí, en la verja. Los cinco restantes conmigo.

El yunque del escudo desmontó con cuidado y apoyó la mayor parte del peso en la pierna ilesa. Se tambaleó, no obstante, ante la punzada que le sacudió la columna. La mensajera había seguido su ejemplo y se colocó a su lado. Itkovian exhaló un lento suspiro y la miró.

—Tráeme el escudo —dijo con los dientes apretados.

Otro soldado la ayudó a atar el escudo de bronce al brazo de Itkovian y le pasó el cabestrillo de apoyo por el hombro.

El yunque del escudo se bajó la celada y sacó la espada mientras la capitana les daba órdenes a los cinco pelotones que los rodeaban.

—Las ballestas a segunda línea, manteneos agachados y las armas amartilladas, pero más bajas todavía. Primera línea, escudos superpuestos y espadas en guardia. Celadas bajadas. Señor —la capitana se dirigió a Itkovian—, estamos listos.

El yunque asintió y se dirigió a la recluta.

—Te quiero a mi izquierda. Y ahora, en marcha a mi ritmo.

Subió con paso lento la rampa resbaladiza por la lluvia.

Lo siguieron cincuenta y tres soldados silenciosos.

Entraron en la antecámara, una habitación casi cuadrada de techos altos iluminada por una única antorcha que vacilaba en un soporte colocado en la pared de la derecha. Los dos pelotones asignados a la cámara se dividieron a cada lado cuando el yunque del escudo llevó a sus tropas hacia el amplio pasillo donde esperaban las dos puertas del salón principal. El tamborileo de la lluvia los acompañaba.

Más adelante, ahogado por las gruesas puertas de roble, se oía el sonido de unas voces. Carcajadas teñidas de histeria. El chisporroteo de madera quemada.

Itkovian no se detuvo al llegar a la entrada y utilizó el escudo y el puño de la cota de malla para abrir de un empujón las dos puertas. Cuando el yunque del escudo entró, los pelotones que lo seguían se repartieron para tomar el mando de aquel extremo de la larga y abovedada cámara.

Varias caras se giraron de golpe. Figuras demacradas vestidas con andrajos se levantaron de un salto de las sillas que había a ambos lados de la larga mesa. Los utensilios resonaron y los huesos cayeron al suelo con un golpe seco. Una mujer de cabello revuelto lanzó un chillido y se precipitó con gesto de loca hacia el joven sentado en el trono de Jelarkan.

—Mi dulce madre —dijo el hombre con voz ronca mientras estiraba una mano brillante y manchada de grasa hacia ella, aunque sin apartar un instante los ojos teñidos de amarillo de Itkovian—, ten calma.

La mujer se aferró a aquella mano con las dos suyas y cayó de rodillas entre gimoteos.

—Solo son invitados, madre. Si bien han llegado demasiado tarde al… festín real.

Alguien lanzó una carcajada estridente.

En el centro de la mesa había una enorme fuente de plata sobre la que se había hecho una hoguera con patas de sillas

partidas y marcos de cuadros, convertidos en carbón ya la mayoría. Espetados sobre el fuego estaban los restos de un torso humano desollado que ya había dejado de dar vueltas y cuya parte inferior comenzaba a ennegrecerse. Partidos por las rodillas, los dos muslos iban unidos por un alambre de cobre. Los brazos los habían arrancado por los hombros, aunque antes también habían estado atados. Habían dejado la cabeza, partida y carbonizada.

Los cuchillos habían ido rebanando la carne por varios lugares del cuerpo. Muslos, nalgas, pecho, espalda, cara. Pero aquel, como comprendió Itkovian, no había sido un festín nacido del hambre. Los Tenescowri que había en ese salón parecían mejor alimentados que cualquiera que hubiera visto él. No, esa noche, en aquel lugar, se estaba celebrando algo.

A la izquierda del trono, medio oculta en las sombras, había una cruz con forma de equis hecha con dos picas. Sobre ella estaba estirada la piel del príncipe Jelarkan.

—El estimado príncipe estaba muerto antes de que empezáramos a cocinarlo —dijo el joven del trono—. Después de todo, no somos deliberadamente crueles. No eres Brukhalian, pues Brukhalian está muerto. Tienes que ser Itkovian, el supuesto yunque del escudo de Fener.

Aparecieron varios videntes del Dominio detrás del trono, con armaduras pálidas y yelmos, la espalda cubierta por pieles, los rostros ocultos por cestas faciales con rejillas y unas hachas de batalla pesadas en las manos protegidas por guanteletes. Cuatro, ocho, una docena. Veinte. Y seguían saliendo cada vez más.

El hombre del trono sonrió.

—Tus soldados parecen… cansados. No creo que se hallen a la altura de esta tarea. ¿Me conoces, Itkovian? Soy Anaster, primer hijo de la semilla de los muertos. Dime,

¿dónde están los habitantes de esta ciudad? ¿Qué has hecho con ellos? Oh, déjame adivinar. Se ocultan, acobardados, en túneles bajo las calles. Protegidos por un puñado de los gidrath supervivientes y una compañía o dos de tus espadas grises, además de algunos de los miembros de la guardia capan del príncipe. Me imagino que el príncipe Arard se oculta también bajo tierra. Una vergüenza. Hace mucho tiempo que lo queremos. Bueno, la búsqueda de entradas ocultas continúa y los encontraremos. Capustan quedará purificada, yunque del escudo aunque, qué pena, no vivirás lo suficiente para ver ese día glorioso.

Itkovian estudió al joven y vio lo que no había esperado ver.

—Primer hijo —dijo—. Hay desesperación en tu interior. La borraré de tu corazón, señor, y con ella tus cargas.

Anaster sufrió una sacudida, como si le hubieran dado un golpe físico. Levantó las rodillas y se retrepó en el asiento del trono con la cara crispada. Una mano se cerró sobre la extraña daga de obsidiana que llevaba en el cinturón y después se apartó de repente como si la piedra quemara.

Su madre chilló y se aferró con las uñas al brazo estirado de su hijo. Con un gruñido, el joven se desprendió de ella. La mujer se hundió en el suelo y se acurrucó.

—No soy tu padre —continuó Itkovian—, pero seré como él. Suelta el torrente que te atenaza, primer hijo.

El joven se lo quedó mirando con los labios entreabiertos y los dientes al aire.

—¿Quién… qué eres? —siseó.

La capitana se adelantó.

—Perdonamos tu ignorancia, señor —dijo—. Es el yunque del escudo. Fener sabe lo que es el dolor, tanto dolor que es incapaz de soportarlo, así que elige un corazón humano, un

corazón con armadura, un alma humana para asumir el dolor del mundo. El yunque del escudo.

»Estos últimos días y noches han presenciado un dolor inmenso, una vergüenza profunda, todo lo cual, comprobamos ahora, está escrito con claridad en tus ojos. No puedes engañarte, señor, ¿verdad?

—Nunca has podido —dijo Itkovian—. Entrégame tu desesperación, primer hijo. Estoy listo para recibirla.

El gemido de Anaster resonó por todo el salón. Se acurrucó todavía más en el alto respaldo del trono y se rodeó con los brazos.

Todos los ojos se posaron en él.

No se movió nadie.

Con el pecho palpitante, el primer hijo se quedó mirando a Itkovian. Después sacudió la cabeza.

—No —susurró—, no te quedarás con mi… con mi desesperación.

La capitana siseó furiosa.

—¡Es un don! Primer hijo…

—¡No!

Itkovian pareció hundirse. La punta de la espada vaciló y bajó. La recluta se acercó para sostener al yunque del escudo.

—¡No puedes llevártela! ¡No puedes llevártela!

La capitana abrió mucho los ojos y se giró hacia Itkovian.

—Señor, soy incapaz de comprender…

El yunque del escudo sacudió la cabeza y se irguió poco a poco una vez más.

—No, lo entiendo. El primer hijo… en su interior no hay nada, solo desesperación. Sin ella…

Sin ella no es nada.

—¡Los quiero a todos muertos! —chilló Anaster con voz entrecortada—. ¡Videntes del Dominio! ¡Matadlos!

Cuarenta videntes del Dominio se adelantaron a ambos lados de la mesa.

La capitana lanzó una orden seca. La primera línea que tenía detrás hincó una rodilla en el suelo. La segunda línea levantó las ballestas, que aparecieron de repente. Veinticuatro cuadrillos cruzaron la habitación. No falló ni uno.

Destellaron más cuadrillos en las entradas que flanqueaban las habitaciones de los invitados.

La primera línea que aguardaba tras Itkovian se levantó y preparó las armas.

Solo seis videntes del Dominio permanecían en pie. Varias figuras que se retorcían, y otras inmóviles, cubrían el suelo.

Los Tenescowri de la mesa huían hacia el portal que había tras el trono.

El propio Anaster fue el primero en alcanzarlo con su madre solo un paso por detrás.

Los videntes del Dominio cargaron contra Itkovian.

No he terminado todavía.

Su hoja destelló. Una cabeza con un yelmo se separó de golpe de los hombros. Un revés firme partió los eslabones de una cota de malla y abrió en canal el vientre de otro vidente del Dominio.

Las ballestas resonaron una vez más.

Y las Espadas Grises se alzaron sin encontrar oposición.

El yunque del escudo bajó su arma.

—Capitán —dijo después de un momento—. Recupera el cuerpo del príncipe. Que bajen la piel. Devolveremos al príncipe Jelarkan a su trono, el lugar que le corresponde. Y ocuparemos esta sala durante un tiempo. En nombre del príncipe.

—El primer hijo…

Itkovian la miró.

—Ya lo encontraremos. Soy su única salvación, señora, y no le fallaré.

—Eres el yunque del escudo —entonó la mujer.

—Soy el yunque del escudo. —*Soy el dolor de Fener. Soy el dolor del mundo. Y lo contendré. Lo contendré todo, porque no hemos terminado todavía*.

Capítulo 17



Lo que el alma puede albergar, la carne no alcanza a imaginarlo.

La revelación de Fener
Imarak, primer destriant

Caliente, enfebrecida, la piel guijarrosa se movía como un saco húmedo cargado de rocas. El cuerpo de la matrona exudaba un aceite acre que había impregnado la ropa raída de Toc el Joven. El guerrero se deslizaba entre pliegues de carne cuando la enorme e hinchada k'chain che'malle cambiaba de postura en el suelo de grava, sus brazos inmensos lo envolvían en un abrazo fiero.

La oscuridad dominaba la cueva. Los resquicios de luz que veía Toc nacían en su mente. Ilusiones que podrían haber sido recuerdos. Escenas desgarradas, fragmentadas, de colinas suaves de hierba amarilla bajo un sol cálido. Figuras, sorprendidas apenas por el rabillo del ojo. Algunas lucían máscaras. Una no era más que piel muerta estirada sobre huesos robustos. Otra era… belleza. Perfección. No creía en ninguna de ellas. Sus rostros eran los rostros de su locura que se cernía cada vez más cerca y lo miraba por encima del hombro.

Cuando se sumía en un sopor soñaba con lobos. Cazaban no para comer sino para liberar… otra cosa, él no sabía qué.

La presa vagaba sola, la presa huía cuando lo veía. Con sus hermanos y hermanas a su lado, él la perseguía. Incansable, las leguas pasaban sin esfuerzo bajo sus patas. La criatura, pequeña y asustada, no podía eludirlos. Él y los suyos se aproximaban cada vez más, la agotaban contra las laderas de las colinas y al final la presa vacilaba y se derrumbaba. Los lobos la rodeaban.

Y cuando se acercaban para entregarle… lo que debiera entregarse… la presa se desvanecía.

Conmoción y luego desesperación.

Él y los suyos dibujaban círculos alrededor de donde había yacido la mujer. Levantaban las cabezas al cielo y aullidos de dolor abandonaban sus gargantas. Aullaban sin cesar. Hasta que Toc el Joven despertaba con un parpadeo entre los brazos de la matrona, el aire cargado de la cueva parecía bailar con los ecos casi desvanecidos de sus aullidos. La criatura lo ceñía entonces con más fuerza. La criatura gimoteaba, le sondeaba la nuca con un morro lleno de colmillos, su aliento olía a leche azucarada.

Esos eran los ciclos de su vida. El sueño y después vigilia interrumpida por alucinaciones. Escenas manchadas de figuras bajo una luz dorada, delirios en los que era un bebé que mamaba del pecho de su madre (la matrona no tenía pechos, así que Toc sabía que eran delirios, sin embargo esos delirios lo sostenían de todos modos) y momentos en los que empezaba a vaciar la vejiga y los intestinos y la criatura lo apartaba para que solo se ensuciara él. Después la criatura lo lamía para limpiarlo, un gesto que lo despojaba de sus últimos jirones de dignidad.

El abrazo de la matrona rompía huesos. Cuanto más gritaba él de dolor, con más fuerza lo abrazaba ella, así que había aprendido a sufrir en silencio. Sus huesos se soldaban con una rapidez sobrenatural. A veces se soldaban mal. Toc

sabía que estaba deformado, el pecho, las caderas, los omóplatos.

Y entonces llegaron las visitas. Una cara fantasmal, cubierta por el semblante arrugado de un anciano, la insinuación de unos colmillos relucientes que tomaban forma en su mente. Ojos amarillos que brillaban con regocijo y se clavaban en los suyos.

Conocidas, esas caras superpuestas, pero Toc era incapaz de reconocer nada más.

El visitante le hablaba.

Están atrapados, amigo mío. Todos salvo el t'lan imass, que teme a la soledad. ¿Por qué si no se negaría a abandonar a sus compañeros? Tragados por el hielo. Indefensos. Congelados. A los seguleh no hay que temerlos. Nunca los temí. Yo no hacía más que jugar. ¡Y la mujer! ¡Mi preciosa estatua escarchada! Loba y perro han desaparecido. Han huido. Sí, el pariente, hermano de tus ojos... huyó. Con la cola entre las patas, ¡ja, ja!

Y una vez más.

¡Tu ejército malazano llega demasiado tarde! ¡Demasiado tarde para salvar Capustan! La ciudad es mía. Tus compañeros todavía están a una semana de distancia, amigo mío. Los aguardaremos. Los recibiremos como recibimos a todos los ejércitos.

Te traeré la cabeza del general malazano. Te traeré su carne cocinada y comeremos juntos, tú y yo, una vez más.

¿Cuánta sangre puede derramar un mundo? ¿Te lo has preguntado alguna vez, Toc el Joven? ¿Quieres que lo veamos? Veámoslo, entonces. Tú y yo, y aquí la querida madre, oh, ¿es horror lo que veo en sus ojos? Su cerebro podrido todavía conserva algo de cordura, al parecer. Qué desgracia... para ella.

Y en ese instante, tras una larga ausencia, regresaba una vez más. La piel falsa del anciano estaba tensa sobre el semblante inhumano. Los colmillos se veían como a través de una mortaja transparente. Los ojos ardían, pero esa vez no de alegría.

¡Qué engaño! ¡No son bestias mortales! ¡Cómo osan asaltar mis defensas! ¡Aquí, ante estas mismas puertas! Y ahora el t'lan imass se ha desvanecido, ¡no lo encuentro por ninguna parte! ¿Viene él también?

Así sea. No te encontrarán. Emprenderemos el viaje, nosotros tres. Al norte, muy lejos de su alcance. He preparado otro… nido para vosotros dos.

Cuántas molestias…

Pero Toc el Joven ya no lo oía. Algo se había llevado su mente. Percibió una luz blanca y quebradiza, un fulgor doloroso que rielaba en montañas cubiertas de hielo y valles enterrados en ríos de nieve. En el cielo, los cóndores daban vueltas. Y después, mucho más inmediato, había humo, estructuras de madera destrozadas, paredes de piedra que habían caído. Figuras que corrían y chillaban. Un color carmesí que salpicaba la nieve y llenaba los charcos lechosos de un camino de gravilla.

El punto de vista (ojos que veían a través de una calima roja) cambió, giró hacia un lado. Un perro moteado de blanco y gris mantenía el ritmo, los hombros al mismo nivel que las figuras recubiertas de armaduras en la que hundía los dientes con una saña borrosa. La criatura se dirigía hacia un segundo conjunto de verjas, un portal arqueado en la base de una fortaleza imponente. Nadie podía interponerse en su camino. Nadie podía frenar su impulso.

El polvo gris dibujó un torbellino en los hombros del sabueso. Giró en redondo. Viró, se transformó en brazos y piernas que se aferraron a los flancos de la criatura, una

cabeza con un yelmo de hueso, el pelo arrancado formaba un ala raída tras él. Elevada por el aire, una espada ondulada del color de la sangre antigua.

Sus huesos están bien, la carne no. Mi carne está bien, mis huesos no. ¿Somos hermanos?

Sabueso y jinete (una visión de pesadilla) golpearon las enormes verjas de hierro.

Explotó la madera. En la penumbra del arco, el terror se abalanzó sobre un puñado tambaleante de videntes del Dominio.

Con largas zancadas, rumbo al portal donde se había abierto una brecha, Toc cabalgó sobre la visión de aquel lobo y avistó entre las sombras que las formas enormes de unos reptiles aparecían a ambos lados del perro de caza y su jinete no muerto.

Los cazadores k’ell levantaron sus amplias hojas.

El lobo echó a correr con un gruñido fiero. Su mirada se concentraba en la puerta, cada detalle de ella era afilado como el vidrio roto, mientras que todo lo que quedaba a cada lado se desdibujaba. Un cambio de postura lo llevó al cazador k’ell que se acercaba por la izquierda del perro y el jinete.

La criatura giró y la espada lanzó una cuchillada destinada a interceptar la carga.

El lobo se agachó bajo ella y después se alzó de golpe con las mandíbulas abiertas. Una garganta correosa le llenó la boca. Los caninos se hundieron en la carne inerte. Los músculos de la mandíbula se agruparon. El hueso se partió y después se derrumbó cuando el lobo apretó el torno de sus mandíbulas, implacable, y el impulso de la carga empujó al cazador k’ell hacia atrás, sobre la cola; se estrelló contra un muro que se estremeció con el impacto. Los caninos superiores e inferiores se encontraron. Los molares

irregulares se unieron y atravesaron los tendones rígidos como madera y los músculos secos.

El lobo estaba separando la cabeza del cuerpo.

El k’chain che’malle se sacudía bajo él, sufría espasmos. Una hoja que vacilaba penetró en el anca derecha del lobo.

Toc y la bestia se estremecieron de dolor, pero no se rindieron.

La cabeza con el ornado yelmo cayó hacia atrás, se alejó y se oyó un golpe seco cuando chocaron contra los adoquines cubiertos de aguanieve.

Con un gruñido y trozos inertes de carne enganchados en los dientes, el lobo giró en redondo.

El perro se agazapó con la columna encorvada en una esquina del arco. Estaba sangrando. Luchaba solo, enfrentándose a sus heridas.

El espadachín no muerto, *mi hermano*, se había puesto en pie, unos pies envueltos en cuero, y con la espada de pedernal intercambiaba golpes con las dos hojas del otro cazador k’ell. A velocidades inimaginables. Volaban por los aires trozos de los k’chain che’malle. Un antebrazo unido a una espada comenzó a dar vueltas por los aires y aterrizó cerca del estremecido perro de caza.

El cazador k’ell se echó hacia atrás ante la matanza. Los huesos de la pantorrilla se partieron con un sonido quebradizo. La enorme criatura cayó y lo salpicó todo de aguanieve.

El guerrero no muerto trepó sobre él y empuñó la espada para desmembrar al k’chain che’malle. Una tarea metódica que completó en pocos minutos.

El lobo se aproximó al perro herido. El animal le lanzó un mordisco de advertencia para que no se acercase.

Toc se quedó ciego de repente, arrancado de la visión del lobo.

Unos vientos cortantes lo sacudían, pero la matrona lo sujetaba con fuerza. Se movían. Rápido. Viajaban por una senda, un sendero de hielo hendido. Se dio cuenta de que huían de Panorama, que huían de la fortaleza en la que se acababa de abrir una brecha.

Baaljagg. Y *Garath* y Tool. *Garath*… esas heridas.

—¡Silencio! —gritó una voz.

El Vidente estaba con ellos, encabezaba la marcha a través de Omtose Phellack.

El don de la claridad permanecía en la mente de Toc. Su carcajada fue un borboteo entrecortado.

—¡Cállate!

La senda entera se estremecía bajo el trueno lejano, el sonido del hielo inmenso… que se agrietaba y explotaba en una conflagración de hechizos.

Lady Envidia. Con nosotros una vez más…

El Vidente chilló.

Unos brazos de reptil se aferraron a Toc. Se partieron huesos, se hicieron astillas. El dolor lo lanzó por un precipicio. *Mi familia, mis hermanos*… Se desmayó.

Al sur, el cielo nocturno se iluminó de rojo. Aunque estaba a más de una legua de distancia por la ladera de aquella colina apenas poblada de árboles, la muerte de Capustan era aparente para todos y silenciaba a todos los testigos, aparte del crujido de armaduras y armas y el chapoteo de botas y mocasines en el barro.

Las hojas goteaban en un susurro constante. El humus empapado llenaba el aire cálido con su fecundidad. No muy lejos tosió un hombre.

El capitán Paran sacó una daga y empezó a quitarse el barro de las botas. Sabía lo que cabía esperar la primera vez

que contemplara la ciudad. Los exploradores de Humbrall Taur habían traído recado poco antes. El asedio había terminado. Las Espadas Grises quizá hubieran exigido una auténtica fortuna por sus servicios, pero los huesos calcinados y mordidos no podrían cobrarla. Con todo, saber lo que cabía esperar no reducía el patetismo de una ciudad moribunda.

Si esas Espadas Grises hubieran sido la Guardia Carmesí, la escena que tenía Paran delante bien podría haber sido muy diferente. Con la única excepción de la Compañía de los Juramentados del príncipe K'azz D'Avore, los mercenarios eran menos que nada en lo que al capitán se refería. Tipos que se hacían los duros y poco más.

Esperemos que a esos hijos de Humbrall Taur les haya ido un poco mejor. No parecía muy probable. Quizá quedara alguna bolsa de resistencia. Pequeños grupos de soldados arrinconados que sabían que la misericordia estaba fuera de cuestión y lucharían hasta el final. En callejones, en casas, en habitaciones. La agonía de Capustan sería prolongada. *Claro que, si estos malditos barghastianos pudieran ir por fin a paso ligero, en lugar de este paseo lleno de riñas y peleas, quizá conseguiríamos modificar la conclusión de este destino en concreto*.

Paran se giró al ver llegar a su nuevo comandante, Trote.

Los ojos del enorme barghastiano brillaban mientras estudiaba la ciudad en llamas.

—Las lluvias no han hecho mucho por atenuar las llamas —dijo con voz profunda y el ceño fruncido.

—Quizá no vaya tan mal como parece —dijo Paran—. Yo veo cinco incendios importantes. Podría ser peor, he oído hablar de tormentas de fuego…

—Sí. Nosotros vimos una de lejos, en Siete Ciudades, una vez.

—¿Qué tenía que decir Humbrall Taur, caudillo? ¿Aceleramos el paso o nos quedamos aquí plantados?

Trote le enseñó los dientes afilados.

—Enviará a los clanes Barahn y Ahkrata al sureste. Les ha encomendado la tarea de tomar los lugares de desembarco, los puentes flotantes y las barcazas. Sus senan y los gilk se dirigirán hacia Capustan. Los clanes restantes se apoderarán del campamento de suministros principal del septarca, que se encuentra entre los desembarcaderos y la ciudad.

—Todo eso está muy bien, pero si seguimos vacilando…

—Hetan y Cafal, los hijos de Taur, están vivos y su vida no corre peligro. O en eso insisten los cargadores. Los huesos cuentan con la protección de extrañas hechicerías. Extrañas pero profundamente poderosas. Hay…

—¡Maldito seas, Trote! ¡Hay gente muriendo ahí abajo! ¡Están devorando a personas!

La sonrisa del barghastiano se amplió.

—Así pues he recibido permiso para… guiar a mi clan al ritmo de mi elección. Capitán, ¿estás impaciente por ser de los primeros Caras Blancas que entren en Capustan?

Paran gruñó por lo bajo. Sintió la necesidad de sacar la espada, sintió la necesidad de vengarse, de, al fin, (tras todo ese tiempo) asestarle un golpe al Dominio Painita. Ben el Rápido, cuando estaba lúcido y no deliraba de fiebre, había dejado claro que el Dominio albergaba nefastos secretos y una malevolencia que le manchaba el corazón. Para el capitán, la existencia de los Tenescowri ya era prueba suficiente.

Pero había algo más en esa necesidad. Vivía con el dolor. En su estómago bramaban hogueras encendidas. Había vomitado bilis ácida y sangre… sin revelárselo a nadie. El dolor lo encadenaba a sí mismo y esas cadenas cada vez se ceñían más.

Y otra verdad, una verdad que no hago más que alejar. Esa mujer me persigue. Busca mis pensamientos. Pero todavía no estoy listo para ella. Todavía no, no con el estómago en llamas…

Tenía que ser una locura, un delirio, pero Paran creía que el dolor cesaría, que todo iría bien una vez más, en cuanto descargara sobre el mundo la violencia atrapada en su interior. Locura o no, se aferraba a esa creencia. *Solo entonces se aplacará esa presión. Solo entonces*.

No estaba listo para fracasar.

—Reúne a los Abrasapuentes, entonces —murmuró Paran —. Podemos estar en la puerta norte antes de una campanada.

Trote gruñó.

—Los treinta y tantos que somos.

—Bueno, malditos seamos si no podemos avergonzar a esos barghastianos para que se den un poco más de prisa…

—¿Eso es lo que esperas?

Paran miró al otro.

—Que el Embozado nos lleve a todos, Trote, tú fuiste el que le pidió a Taur que te diera permiso. ¿Esperas que nosotros treinta y siete volvamos a tomar Capustan sin ayuda alguna? ¿Con un mago inconsciente a remolque?

El barghastiano, con los ojos entrecerrados y convertidos en meras ranuras mientras estudiaba la ciudad que tenía delante, se encogió de hombros.

—Dejamos a Ben el Rápido aquí. En cuanto a volver a tomar la ciudad, pienso intentarlo.

Después de un largo momento, el capitán sonrió.

—Me alegra oírlo.

La marcha de los barghastianos del clan Caras Blancas había sido lenta, tortuosa. En un principio, durante el viaje hacia el sur, mientras cruzaban las altas planicies, duelos repentinos detenían a los clanes media docena de veces al día. Al fin las peleas se habían ido reduciendo y la decisión de Humbrall Taur de asignar clanes enteros a tareas concretas en la inminente batalla eliminaría de forma efectiva la oportunidad de más duelos durante los días siguientes. A pesar de que todos los caudillos se habían comprometido con una única causa (la liberación de sus dioses), persistían las antiguas enemistades.

El nuevo papel de Trote como caudillo de los Abrasapuentes había resultado ser una especie de alivio para Paran. El capitán siempre había odiado la responsabilidad del mando. La presión que suponía el bienestar de cada soldado que tenía a sus órdenes había sido una carga creciente. Como segundo al mando, esa presión había disminuido aunque solo fuera un poco, pero ese alivio era, de momento, suficiente. Menos agradable era el hecho de que Paran había perdido su papel como representante de los Abrasapuentes. Trote había asumido la tarea de asistir a los consejos de guerra y había dejado al capitán fuera.

En el sentido más estricto, Paran permanecía al mando de los Abrasapuentes, pero la compañía se había convertido en una tribu, al menos en lo que se refería a Humbrall Taur y los barghastianos, y las tribus elegían caudillos, un rol que le pertenecía a Trote.

Con las colinas tachonadas de árboles tras ellos, la compañía de los Abrasapuentes fue bajando por los márgenes embarrados de un arroyo estacional que

serpenteaba hacia la ciudad. El humo de los fuegos de Capustan oscurecía las estrellas del firmamento y la lluvia de los últimos días había ablandado el suelo, lo que le prestaba al ambiente un silencio esponjoso. Habían atado con fuerza armas y armaduras y los Abrasapuentes avanzaban en la oscuridad en absoluto silencio.

Paran iba dos metros por detrás de Trote, que todavía conservaba su antiguo papel en el pelotón de Whiskeyjack, el de avanzadilla. No era la posición ideal para el comandante, pero sí que complementaba el rol barghastiano de caudillo. Al capitán no le hacía gracia. Y lo que era peor, mostraba el lado más obstinado de Trote con demasiada claridad. Una falta de adaptabilidad inquietante en un líder.

Una presencia invisible pareció asentarse en su hombro, el tacto de una mente lejana y conocida. Paran hizo una mueca. Su vínculo con Zorraplateada cada vez era más fuerte. Era la tercera vez que la mujer acudía a él aquella semana. Un leve roce de conciencia, como el tacto de unos dedos que se unen por las puntas. Se preguntó si gracias a eso Zorraplateada podía ver lo que veía él, se preguntó si estaría leyendo sus pensamientos. Teniendo en cuenta todo lo que Paran albergaba en su interior, el capitán estaba empezando a rehuir, de forma instintiva, el contacto con la mujer. Sus secretos eran suyos. Zorraplateada no tenía derecho a saquearlos, si acaso eso era lo que estaba haciendo. Le parecía que ni siquiera la necesidad táctica podía justificar aquello. Frunció todavía más el ceño cuando la presencia femenina persistió en su mente. *Si es que es ella. Y si*…

Algo más adelante, Trote se detuvo y se agachó con una mano levantada. Después hizo un gesto dos veces.

Paran y el soldado que llevaba justo detrás se reunieron con el guerrero barghastiano.

Habían llegado a los piquetes norte de los painitas. El campamento era un desastre, desorganizado, montado con descuido y con una notable falta de efectivos. La basura salpicaba los pisoteados senderos entre las trincheras, los pozos y la accidentada extensión de tiendas improvisadas. El aire estaba impregnado del olor a letrinas mal emplazadas.

Los tres hombres estudiaron la escena un momento más y después se retiraron para unirse a los otros. Los sargentos del pelotón se adelantaron y se formó un corrillo.

Eje, que era el soldado que había acompañado a Paran, fue el primero en hablar.

—Infantería media en posición —susurró—. Dos compañías pequeñas a juzgar por el par de estandartes…

—Doscientos —asintió Trote—. Más en las tiendas. Enfermos y heridos.

—Sobre todo enfermos, diría yo —respondió Eje—. Disentería, me imagino, por el olor. Estos oficiales painitas no valen una mierda. Esos enfermos no van a entablar batalla hagamos lo que hagamos. Supongo que todos los demás están en la ciudad.

—Las puertas que hay más allá —gruñó Trote.

Paran asintió.

—Montones de cuerpos delante. Mil cadáveres, quizá más. No hay barricadas en las puertas y tampoco ningún guardia. El exceso de confianza de los vencedores.

—Tenemos que atravesar esa infantería media como sea —murmuró el sargento Azogue—. Eje, ¿cómo vais de municiones moranthianas tú y el resto de los zapadores?

El hombrecito sonrió.

—Has recuperado el valor, ¿eh, Azogue?

El sargento frunció el ceño.

—Esto es una guerra, ¿no? Y ahora responde a mi pregunta, soldado.

—Tenemos de sobra. Pero ojalá contásemos con unos cuantos voladores de esos que hace Violín.

Paran parpadeó y después recordó las enormes ballestas que usaban Violín y Seto para aumentar el alcance de los malditos.

—¿Seto no tiene uno? —preguntó.

—Lo rompió, el muy idiota. No, prepararemos unos cuantos malditos, pero eso será solo para sembrar el terreno. Esta noche, fulleros. Los incendiarios darían demasiada luz, el enemigo vería los pocos que somos en realidad. Fulleros. Voy a llamar a nuestros niños y niñas.

—Creí que eras mago —murmuró Paran cuando el hombre se volvió hacia los pelotones que aguardaban.

Eje giró la cabeza.

—Y lo soy, capitán. También soy zapador. Una combinación letal, ¿eh?

—Letal para nosotros —replicó Azogue—. Entre eso y tu maldita camisa de pelo…

—Eh, que los trozos quemados están creciendo otra vez, ¿lo ves?

—Ponte a ello —gruñó Trote.

Eje empezó a llamar a los zapadores del pelotón.

—Así que nos abrimos camino directamente —dijo Paran—. Con los fulleros no debería haber problema, pero después los flancos exteriores entran en masa detrás de nosotros…

Eje se reunió con ellos a tiempo para lanzar un gruñido y contestarle.

—Por eso vamos a sembrarlo todo de malditos, capitán. Dos gotas en la cera. Diez latidos. La palabra es «corred» y cuando lo gritemos, será mejor que corras, y rápido. Si estás

a menos de veinticinco metros de distancia cuando estallen, eres hígado picado.

—¿Estás listo? —le preguntó Trote a Eje.

—Sí. Somos nueve, así que podéis esperar algo menos de veinticinco metros de ancho, el sendero que abramos.

—Sacad las armas —dijo el barghastiano. Después estiró el brazo, cogió a Eje por la camisa de pelo y lo acercó de un tirón. Trote esbozó una gran sonrisa—. Nada de errores.

—Nada de errores —asintió el hombre con los ojos muy abiertos cuando Trote hizo restallar los dientes afilados a solo unos centímetros de su cara.

Un momento después, Eje y sus ocho zapadores se movían hacia las líneas enemigas, encapuchados e informes con sus capas de lluvia.

La presencia rozó la conciencia de Paran una vez más. Hizo todo lo que pudo por apartarla. El ácido de su estómago dibujó un torbellino y murmuró una promesa de dolor. El capitán respiró hondo para tranquilizarse. *Si las espadas chocan… será mi primera vez. Después de todo este tiempo, mi primera batalla*.

La infantería media del enemigo estaba agrupada, veinte soldados o más en cada una de una fila de hogueras que había en el único terreno alto del campamento, lo que solía ser una pista de carretas que corría paralela a la muralla de la ciudad. A Paran le pareció que un sendero de veinticinco metros de ancho acabaría con buena parte de los tres grupos.

Lo que dejaba a bastantes más de cien painitas con capacidad de responder. Si había algún oficial competente entre ellos, las cosas podían ponerse muy feas. *Claro que, si hubiera algún oficial competente, los pelotones no estarían apiñados como lo están…*

Los zapadores se habían escondido. El capitán ya no podía verlos. Cambió de postura la espada y miró por encima del hombro para examinar la posición del resto de los Abrasapuentes. Rapiña estaba en vanguardia con una expresión dolorida en la cara. Estaba a punto de preguntarle qué pasaba cuando las detonaciones atravesaron la noche con un millar de crujidos. El capitán giró en redondo.

Los cuerpos se retorcían a la luz del fuego de las hogueras que habían quedado dispersas por todos lados.

Trote soltó un grito de guerra tembloroso. Los Abrasapuentes se adelantaron a la carrera.

Explotaron más fulleros, esa vez por los lados, que derribaron a los soldados aglutinados y confusos que rodeaban las hogueras adyacentes.

Paran vio las formas oscuras de los zapadores, convergían justo delante y se agazapaban entre los painitas muertos y moribundos.

Las ballestas emitieron ruidos sordos en las manos de la docena de abrasapuentes que las llevaban. Resonaban los gritos.

Con Trote en cabeza, los Abrasapuentes alcanzaron el sendero de la masacre y rodearon a los zapadores agachados que estaban preparando los malditos más grandes. Dos gotas de ácido en el tapón de cera que sellaba un agujero en las granadas de arcilla.

Un coro de siseos apagados.

—¡Corred!

Paran maldijo. De repente, diez latidos no le parecieron mucho tiempo. Los malditos eran las municiones moranthianas más grandes. Con uno solo se podía lograr que la intersección de cuatro calles fuera intransitable. El capitán intentó escapar a toda velocidad.

El corazón casi se le paró en el pecho cuando clavó los ojos en la puerta que tenía justo delante. Los mil cadáveres se estaban moviendo. *Oh, maldita sea. No estaban muertos. Estaban dormidos. ¡Los muy cabrones estaban durmiendo!*

—¡Abajo, abajo, abajo!

La palabra era malazana. La voz, la de Seto.

Paran dudó solo el tiempo suficiente para ver a Eje, Seto y los otros dos zapadores llegar hasta ellos… para lanzar malditos. Hacia delante. Hacia la masa de Tenescowri que se interponía entre ellos y las puertas. Después se echaron boca abajo.

—¡Oh, por el Embozado! —El capitán se lanzó al suelo, se deslizó por el barro lleno de grava, soltó la empuñadura de la espada y se tapó los oídos con las manos.

El suelo le quitó el aliento de golpe y lanzó sus piernas por los aires. Volvió a caer en el barro con un golpe seco. De espaldas. Tuvo tiempo para empezar a rodar antes de que explotaran los malditos que tenía justo delante. El impacto lo mandó dando volteretas por el suelo. Le llovieron encima jirones ensangrentados.

Un objeto grande cayó con un ruido sordo junto a la cabeza de Paran. Parpadeó y abrió los ojos. Vio las caderas de un hombre, solo las caderas, la cavidad a la que pertenecían los intestinos se había abierto, negra y húmeda. Los muslos habían desaparecido, cortados por las articulaciones. El capitán se quedó mirando.

Le resonaban los oídos. Sintió la sangre que le chorreaba por la nariz. Le dolía el pecho. Unos gritos lejanos gemían en la noche.

Un puño se cerró sobre su capa empapada de lluvia y lo levantó de un tirón.

Mazo. El sanador se inclinó hacia delante para ponerle al capitán la espada en las manos y después gritó algo que

Paran apenas oyó.

—¡Vamos! ¡Están todos saliendo a toda leche de aquí, por el Embozado! —Un empujón hizo avanzar al capitán de un tropezón.

Sus ojos lo vieron, pero su mente no terminó de asimilar la devastación que había a ambos lados del sendero por el que bajaban corriendo rumbo a la verja norte. Sintió que se bloqueaba por dentro, que resbalaba y se tambaleaba entre aquella ruina humana… que se bloqueaba como se había bloqueado en otra ocasión, años atrás, en el camino a Itko Kan.

La mano de la venganza se mantenía fría solo durante un tiempo. Cualquier alma que poseyera un jirón de humanidad no podría evitar ver la realidad tras aquel golpe cruel, por muy justificado que pudiera haber parecido en un principio. Rostros muertos, carentes de expresión. Cuerpos retorcidos en posturas que nadie que no tuviera huesos rotos podría lograr. Vidas destruidas. La venganza le prestaba un espejo a cada atrocidad, donde las nociones del bien y del mal se desdibujaban y perdían toda relevancia.

El capitán vio, a su derecha e izquierda, figuras que huían. Crujieron unos cuantos fulleros que apresuraron la desbandada.

Los Abrasapuentes se habían anunciado al enemigo.

Somos iguales que ellos, comprendió el capitán mientras corría, *en brutalidad calculada. Pero esta es una guerra de nervios en la que no gana nadie*.

La oscuridad incontestada de la puerta se tragó a Paran y los demás Abrasapuentes. Las botas resbalaron cuando los soldados detuvieron su loca carrera. Se agacharon. Recargaron las ballestas. No se dijo ni una sola palabra.

Trote estiró una mano y acercó a Seto de un tirón. El barghastiano sacudió al otro hombre con fuerza por un

momento y después hizo amago de lanzarlo al suelo. Un chillido de Eje lo detuvo. Seto, después de todo, llevaba un saco de cuero casi lleno de munición.

Su cara seguía siendo una masa de cardenales tras las cariñosas atenciones de Detoran. Seto maldijo en voz alta.

—¡No quedaba más remedio, animal!

Paran pudo oír las palabras. Algo era algo. No sabía muy bien de qué lado se iba a poner en aquello, pero lo cierto era que ya no importaba.

—¡Trote! —soltó de golpe—. ¿Y ahora qué? Si esperamos aquí…

El barghastiano lanzó un gruñido.

—Entramos en la ciudad, agachados y sin ruido.

—¿En qué dirección? —preguntó Azogue.

—Nos dirigimos al salón del vasallaje…

—Bien, ¿y qué es eso?

—El torreón que brilla, zoquete.

Avanzaron poco a poco, salieron de las sombras del arco a la explanada que había justo detrás. Sus pasos se ralentizaron cuando el parpadeo de la luz de los fuegos reveló la pesadilla que se abría ante sus ojos.

Había habido una inmensa masacre y después un festín. Los adoquines estaban hundidos entre los huesos, que llegaban a la altura de los tobillos, algunos calcinados, otros rojos y en carne viva, con trozos de tendones y carne todavía aferrados a ellos. Y dos tercios completos de los muertos, juzgó el capitán por lo que podía distinguir por los uniformes y la ropa, pertenecían a los invasores.

—Dioses —murmuró Paran—, los painitas lo han pagado caro. —*Creo que debería revisar mi opinión con respecto a las Espadas Grises*.

Eje asintió.

—Aun así, el número se notará.

—Un día o dos antes… —dijo Mazo.

Nadie se molestó en terminar la idea. No había necesidad.

—¿Qué problema tienes, Rapiña? —quiso saber Azogue.

—¡Nada! —soltó la mujer—. No es nada.

—¿Entonces eso es el salón del vasallaje? —preguntó Seto—. ¿Esa cúpula que reluce? Ahí, entre el humo…

—Vamos —dijo Trote.

Los Abrasapuentes se repartieron con cautela tras el barghastiano y emprendieron la marcha, cruzaron la horripilante explanada hasta una avenida principal que parecía llevar directamente hacia aquella estructura iluminada con una luz extraña. El estilo de las casas y los bloques de pisos que había a ambos lados, los que todavía quedaban en pie, era indiscutiblemente daru, en opinión de Paran. El resto de la ciudad, por lo que vislumbró por los callejones laterales y las avenidas donde seguían activos los incendios, era muy diferente. Con cierto aspecto extranjero. Y por todas partes, cadáveres.

Calle abajo, los montones de cadáveres todavía con carne se alzaban como la ladera de una colina.

Los Abrasapuentes no dijeron nada al acercarse a la loma. Lo que tenían ante sus ojos resultaba difícil de asimilar. Solo en esa calle había al menos diez mil cadáveres. Quizá más. Empapados, ya hinchados, la carne pálida alrededor de heridas abiertas y desangradas, montículos concentrados alrededor de las entradas de los edificios, de las bocas de los callejones, de la entrada a una finca, de las escaleras de acceso a los templos en ruinas. Caras y ojos ciegos que reflejaban llamas y hacían que las expresiones parecieran retorcerse en burlonas ilusiones de animación, de vida.

Para seguir por esa calle, los Abrasapuentes tendrían que trepar por la colina. Trote no dudó un momento.

Llegó recado de la retaguardia de la pequeña compañía. Habían entrado Tenescowri por la puerta y los perseguían como fantasmas silenciosos, sin perder el ritmo. Unos cuantos cientos de ellos, no más que eso. Mal armados. No había problema. Trote se limitó a encogerse de hombros al oír la noticia.

Subieron gateando por aquella rampa blanda y cargada de carne.

No mires abajo. No pienses en lo que estás pisando. Piensa solo en los defensores que tuvieron que seguir luchando. Piensa en un coraje casi inhumano, un valor que desafía los límites mortales. En estas Espadas Grises, estos cadáveres inmóviles, uniformados, en esas puertas, atestando las bocas de los callejones. Que siguieron luchando hasta el final, sin parar. Sin rendirse ante nada. Hechos pedazos allí mismo, sin moverse.

Esos soldados nos dan a todos una lección de humildad. Una lección… para los Abrasapuentes que me rodean. Esta compañía frágil, con el corazón desgarrado. Hemos entrado en una guerra en la que no hay lugar para la piedad.

La rampa había sido fabricada. Había intencionalidad en su creación. Era un acceso. ¿A qué? Terminaba en un montón revuelto algo más abajo del tejado de un bloque de pisos. Enfrente de ese edificio había habido otro idéntico, pero el fuego lo había reducido a un montón de escombros humeantes.

Trote se detuvo al borde mismo de la rampa. El resto siguió su ejemplo y se agachó, miró a su alrededor e intentó asimilar el significado de cuanto veían. El extremo irregular revelaba la verdad: no había estructura subyacente bajo aquella espeluznante construcción. Estaba hecha solo de cuerpos.

—Una rampa de asedio —dijo al fin Eje en voz baja, casi cohibida—. Querían llegar a alguien…

—A nosotros —dijo una voz baja y profunda sobre ellos.

Las ballestas se alzaron de repente.

Paran miró al tejado del bloque de pisos. Una docena de figuras se alineaban al borde. Un incendio lejano las iluminaba.

—Trajeron escaleras de mano —continuó la voz, en daru —. Los vencimos de todos modos.

Esos guerreros no eran Espadas Grises. Llevaban armadura, pero era una colección improvisada de prendas. Todos y cada uno, los rostros y la piel expuesta estaba embadurnada con vetas y pinchos. Como tigres humanos.

—Me gusta la pintura —exclamó Seto, también en daru—. Lo veo y me cago de miedo, eso seguro.

El portavoz, alto y fornido, con unos alfanjes blancos como huesos con púas negras en las manos envueltas en guanteletes, ladeó la cabeza.

—No es pintura, malazano.

Silencio.

Después, el hombre hizo un gesto con una de las hojas.

—Subid si queréis.

Aparecieron unas escaleras en el tejado y se deslizaron por el borde.

Trote dudó, pero Paran se acercó.

—Creo que deberíamos subir. Hay algo en esos hombres y sus seguidores…

El barghastiano lanzó un bufido.

—¿En serio? —Después les hizo un gesto a los Abrasapuentes para que treparan por las escaleras.

Paran observo el ascenso y decidió que él iría en último lugar. Vio que Rapiña se quedaba atrás.

—¿Algún problema, cabo?

La mujer hizo una mueca y se masajeó el brazo derecho.

—Te duele algo —dijo el capitán, se colocó a su lado y estudió su rostro crispado—. ¿Te han herido? Vamos a ver a Mazo.

—No puede ayudarme, capitán. No importa.

Sé exactamente cómo te sientes.

—Sube, entonces.

Como si se acercara a la horca, la cabo se dirigió a la escala más cercana.

Paran se giró y miró por la rampa. Unas figuras espectrales se movían en la penumbra, en la lejana base. Muy lejos del alcance de cualquier proyectil. Poco dispuestos, quizá, a trepar por la ladera. Al capitán no le sorprendía.

Después empezó a escalar luchando contra las punzadas.

El tejado plano del bloque tenía todo el aspecto de un pequeño poblado de chabolas. Lonas y tiendas de campaña, hogueras que ardían sobre escudos volcados. Paquetes de comida, barriles de agua y vino. Una hilera de figuras envueltas en mantas: los caídos, siete en total. Paran vio otros en algunas de las tiendas; heridos, casi con toda probabilidad.

Habían alzado un estandarte cerca de la trampilla que daba paso al tejado, la bandera amarilla no era más que la túnica de un niño manchada de algo oscuro.

Los guerreros permanecieron silenciosos y vigilantes mientras Trote enviaba pelotones a cada esquina del tejado, donde comprobaron lo que había tanto debajo como enfrente del edificio.

Su portavoz se volvió de repente, un movimiento fluido y aterradoramente elegante. Después miró a la cabo Rapiña.

—Tienes algo para mí —dijo con voz profunda.

La mujer abrió mucho los ojos.

—¿Qué?

El hombre envainó uno de los alfanjes y se acercó a ella.

Paran y los demás que tenía cerca observaron al hombre, que estiró la mano para coger el brazo derecho de Rapiña y sujetarle la manga de la cota de malla por el bíceps. Resonó un estrépito metálico apagado.

Rapiña contuvo un grito.

Después de un momento, dejó caer la espada, que rebotó en el tejado alquitranado y empezó a quitarse la sobrevesta de malla con movimientos rápidos y bruscos.

—¡Por la bendición de Beru! —le dijo con una oleada de alivio—. No sé quién eres, señor, por el Embozado, pero me están matando. Cada vez aprietan más. ¡Dioses, qué dolor! Dijo que nunca se saldrían. Dijo que los tendría que llevar para siempre. Hasta Ben el Rápido dijo lo mismo, no se puede hacer un trato con Treach. El Tigre del Verano está loco, perturbado…

—Muerto —interpuso el daru.

Con la sobrevesta a medio quitar, Rapiña se quedó inmóvil.

—¿Qué? —susurró—. ¿Muerto? ¿Treach está muerto?

—El Tigre del Verano ha ascendido, mujer. Treach, Trake, camina ahora con los dioses. Me quedaré yo con ellos, y gracias por entregármelos en mano.

La mujer sacó el brazo derecho de la manga de la cota de malla. Tres brazaletes de marfil le bajaron repiqueteando hasta la mano.

—¡Toma! ¡Sí, por favor! Es un placer…

—Que el Embozado se lleve esa lengua, Rapiña —le soltó Azogue—. ¡Nos estás avergonzando a todos! ¡Solo dale esos malditos trastos!

La cabo se quedó mirando a su alrededor.

—¡Mezcla! ¿Dónde te escondes, mujer, por el abismo?

—Aquí —murmuró una voz junto a Paran.

Sobresaltado, el capitán dio un paso atrás. *¡Maldita mujer!*

—¡Ja! —se jactó Rapiña—. ¿Me oyes, Mezcla? ¡Ja!

Los pelotones se iban reuniendo poco a poco.

El daru se subió una manga andrajosa. El dibujo de rayas le cubría los músculos grandes y bien definidos del brazo. Se deslizó los tres brazaletes más arriba del codo. El marfil encajó con un chasquido. Un destello ámbar estalló en la oscuridad bajo el borde de su yelmo.

Paran estudió al hombre. *Una bestia reside en su interior, un espíritu antiguo que ha vuelto a despertar*.

El poder dibujó un torbellino alrededor del daru, pero el capitán presintió que nacía tanto de un aire natural de mando como del animal que se ocultaba en su interior, pues esa bestia prefería la soledad. Esa fuerza inmensa había quedado de algún modo subsumida por esa cualidad de liderazgo.

Juntos, una unión formidable. No cabe error posible, este es importante. Aquí está a punto de pasar algo y mi presencia no es ninguna casualidad.

—Soy el capitán Paran, de la hueste de Unbrazo.

—Te has tomado tu tiempo, ¿eh, malazano?

Paran parpadeó.

—Lo hicimos lo mejor que pudimos, señor. En cualquier caso, el alivio que tengáis esta noche y mañana será el que os den los clanes de las Caras Blancas.

—El padre de Hetan y Cafal, Humbrall Taur. Bien. Ya es hora de volver las tornas.

—¿Volver las tornas? —balbuceó Azogue—. ¡Pues no parece que necesitaras mucha ayuda para volver las tornas, hombre!

—Trote —exclamó Seto—. No me hace mucha gracia lo que estamos pisando. Hay grietas por todas partes. Todo este techo no es más que un montón de grietas.

—Lo mismo en las paredes —observó otro zapador—. Por todos lados.

—Este edificio está lleno de cuerpos —dijo un pequeño guerrero con armadura lestari que se encontraba junto al daru—. Se están hinchando, supongo.

Con los ojos todavía clavados en el gran daru, Paran le hizo una pregunta.

—¿Tienes nombre?

—Rezongo.

—¿Sois una especie de secta o algo así? ¿Guerreros de algún templo?

Rezongo lo miró despacio, su expresión permanecía casi oculta bajo la celada.

—No. No somos nada. Nadie. Esto es por una mujer y ahora se está muriendo…

—¿En qué tienda? —lo interrumpió Mazo con su voz aguda y aflautada.

—La senda Denul está envenenada…

—Lo sientes, ¿no, Rezongo? Qué curioso. —El sanador esperó y después volvió a preguntar—. ¿Qué tienda?

El compañero lestari de Rezongo la señaló.

—Allí. La atravesaron y es grave. Tiene sangre en los pulmones. Puede que ya esté… —Se quedó callado.

Paran siguió a Mazo hasta el destrozado refugio.

La mujer que yacía dentro estaba pálida, su joven rostro estaba demacrado y tenso. Una sangre espumosa le pintaba los labios.

Y aquí hay algo más.

El capitán observó al sanador arrodillarse junto a ella y estirar las manos.

—Espera —gruñó Paran—. La última vez estuvo a punto de matarte, maldita sea…

—No va a ser mi don, capitán. Con esta tengo a los espíritus barghastianos apiñándose a mi alrededor, señor. Otra vez. No sé por qué. Quizás alguien se haya tomado un interés personal. De todos modos, puede que ya sea demasiado tarde. Ya veremos… ¿de acuerdo?

Después de un momento, Paran asintió.

Mazo posó las manos sobre la mujer inconsciente y cerró los ojos. Transcurrieron una docena de latidos.

—Ay, ay —susurró al fin—. Hay varias capas. Carne herida… espíritu herido. Tendré que arreglar ambos. ¿Me… me vas a ayudar?

El capitán se dio cuenta que la pregunta no se la estaban haciendo a él, así que no respondió.

Mazo, con los ojos todavía cerrados, suspiró.

—¿Vas a sacrificar a tantos por esta mujer? —Hizo una pausa, todavía con los ojos cerrados, y después frunció el ceño—. No veo esas hebras de las que hablas. Ni en ella, ni en Rezongo, ni en el hombre que tengo a mi lado…

¿A tu lado? ¿Yo? Dioses, ¿por qué no me dejan en paz?

—… pero tendré que tomarte la palabra. ¿Empezamos?

Pasaron unos momentos, el sanador permanecía inmóvil sobre la mujer. Después, la mujer se agitó en el catre y gimió en voz baja.

Algo arrancó la tienda y las cuerdas se soltaron de repente. Paran levantó la cabeza de golpe, sorprendido. Y vio a Rezongo con el pecho palpitante, de pie sobre ellos.

—¿Qué? —jadeó el daru—. Qué… —Se tambaleó hacia atrás, solo un paso antes de que las manos firmes de Trote en sus hombros lo estabilizaran.

—No existe eso —gruñó el barghastiano— del demasiado tarde.

Azogue se acercó con una gran sonrisa.

—Hola, Capustan. Han llegado los Abrasapuentes.

Los sonidos de la batalla al norte y al este acompañaron el amanecer. Los clanes de las Caras Blancas al fin habían entrado en combate con el enemigo. Rapiña y los demás se enterarían más tarde de la repentina, sangrienta y encarnizada batalla que se dio en los desembarcaderos de la costa y en la orilla del río Catlin. Los clanes Barahn y Ahkrata habían chocado con regimientos recién llegados de betaklitas y caballería betrullid. El comandante de aquel lugar había decidido contraatacar en lugar de mantener unas posiciones defensivas mal preparadas y en poco tiempo eran los barghastianos los que tenían que atrincherarse, acosados por todas partes.

Los barahn habían sido los primeros en desmoronarse. Presenciar la consiguiente masacre de sus parientes había solidificado el empeño de los ahkrata, que resistieron hasta el mediodía, cuando Taur destacó a los gilk del ataque a la ciudad y envió a los guerreros con las armaduras de concha de tortuga en su ayuda. Los gilk, un clan de las llanuras adiestrados en guerras interminables contra enemigos montados, se enzarzaron con los betrullid y se convirtieron en la piedra angular de una ofensiva renovada por parte de los ahkrata, que hicieron pedazos a los betaklitas y se apoderaron de los pontones y las barcazas. Los últimos efectivos de la infantería media painita fueron empujados a los bajíos del río, donde las aguas se volvieron rojas. Varios elementos supervivientes de los betrullid se deshicieron de los gilk y se retiraron al norte por la costa, hasta los pantanos, un error fatal ya que los caballos se hundieron en el barro salado. Los gilk los persiguieron para reanudar un

ataque sin cuartel que no cesaría hasta la caída de la noche. Los refuerzos del septarca Kulpath habían quedado aniquilados.

El empuje de Humbrall Taur al entrar en la ciudad había desencadenado una desbandada aterrada. Unidades de videntes del Dominio, urdomen, beklitas, scalandi y betaklitas quedaron atrapadas y separadas por las decenas de miles de Tenescowri que huían ante las espadas curvas y las lanzas de los barghastianos. Las avenidas principales se convirtieron en masas palpitantes de humanidad, un torbellino que se lanzaba hacia el oeste, que se precipitaba por las brechas abiertas en ese lado y salía a la llanura.

Taur no renunció a la fiera persecución de sus clanes y empujó a los painitas cada vez más hacia el oeste.

Agachada sobre el tejado, Rapiña contempló la aterrada chusma que corría entre gritos por las calles. Las tornas se habían vuelto en la rampa, se abrían surcos en ella y cada uno mostraba un estrecho barranco que serpenteaba entre paredes de carne fría. Cada sendero estaba atestado de figuras, algunas gateaban por encima, a veces a menos de una lanza de la posición de la malazana.

A pesar del horror que estaba presenciando en las calles, la mujer tenía la sensación de que le habían quitado un enorme peso de encima. Aquellos malditos brazaletes ya no le comprimían el brazo. Cuanto más se habían acercado a la ciudad, más ceñidos y calientes se habían ido haciendo, varias quemaduras seguían rodeándole la parte superior del brazo y un dolor profundo persistía en los huesos. Había muchas preguntas que rodeaban todo aquel asunto, pero ella todavía no estaba preparada para planteárselas.

A pocas calles de allí, al este, se oía el ya familiar sonido de la matanza, los discordantes cánticos de batalla de los barghastianos formaban un trasfondo bajo y profundo. Los

painitas habían formado una especie de retaguardia, elementos sueltos de beklitas, urdomen y videntes del Dominio que habían cerrado filas en un esfuerzo por frenar el avance de las Caras Blancas. La retaguardia se estaba desintegrando a toda velocidad, abrumada por el número de enemigos.

No habría forma de dejar aquel tejado hasta que hubiera pasado la desbandada de los enemigos por mucho que Seto protestara por las grietas en los cimientos y demás. A Rapiña le parecía bien. Los Abrasapuentes estaban en la ciudad, se habían librado por un pelo fuera de las murallas y en la puerta norte pero, aparte de eso, las cosas habían ido bien, había sido más fácil de lo que ella se esperaba. Las municiones moranthianas tenían la costumbre de igualar las cosas, eso cuando no les daban la vuelta por completo.

Ni un solo choque de espadas todavía. Bien. Ya no somos tan duros como antes, a pesar de todas las bravatas de Azogue.

Se preguntó si Dujek y Brood estarían muy lejos. El capitán Paran había enviado a Torzal a ponerse en contacto con ellos en cuanto quedó claro que Humbrall Taur había unificado sus tribus y estaba listo para anunciar la orden de marchar al sur, a Capustan. Con Ben el Rápido fuera de juego y Eje demasiado asustado como para poner a prueba sus sendas, no había modo de saber si el moranthiano negro lo había conseguido.

Quién sabe lo que les habrá ocurrido. Hay relatos entre los barghastianos de reptiles demoníacos no muertos que recorren las llanuras... y esas sendas viciadas... ¿quién dice que el veneno no es el camino de algún ser cruel? Eje dice que las sendas están enfermas. ¿Y si las acaba de tomar algo o alguien? Podría ser que las estuvieran usando ahora mismo. Alguien podría haber pasado y haberlos golpeado

con fuerza. Podría haber treinta mil cadáveres pudriéndose en la llanura ahora mismo. Podríamos ser todo lo que queda de la hueste de Unbrazo.

A los barghastianos no parecía interesarles mucho comprometerse con la guerra más allá de la liberación de Capustan. Querían los huesos de sus dioses. Estaban a punto de conseguirlos y una vez conseguidos, seguramente volverían a casa.

Y si entonces nos quedamos solos… ¿qué decidirá Paran? Este maldito noble tiene un aspecto cadavérico. Ese hombre está enfermo. Sus pensamientos cabalgan sobre clavos de dolor y eso no es bueno. No, señor, nada bueno.

Unas botas crujieron a su lado cuando alguien se acercó al borde del tejado. Rapiña levantó la mirada y vio a la mujer pelirroja que Mazo había arrancado casi de las garras de la muerte. La joven llevaba en la mano derecha un estoque partido, solo le quedaba un tercio de la hoja. Tenía la armadura de cuero hecha jirones y sangre antigua le manchaba un sinfín de desgarros. Había cierta fragilidad en su expresión, así como algo parecido al… asombro.

Rapiña se irguió. Los gritos de la calle eran ensordecedores. Se acercó un poco más antes de hablar.

—Ya no falta mucho. La vanguardia de los barghastianos se ve desde aquí. —Y señaló.

La mujer asintió.

—Me llamo Piedra Menackis —dijo.

—Cabo Rapiña.

—He estado hablando con Mezcla.

—Qué sorpresa. No es muy charlatana.

—Me estuvo hablando de los brazaletes.

—¿No me digas? Ah.

Piedra se encogió de hombros y dudó un momento.

—¿Has… le has jurado lealtad a Trake o algo así? —preguntó—. Muchos soldados lo hacen, según tengo entendido. El Tigre del Verano, el señor de la Batalla…

—No —gruñó Rapiña—. Nada de eso. Solo pensé que eran amuletos… esos brazaletes.

—Así que no sabías que te habían elegido para entregarlos. A… a Rezongo…

La cabo miró a la otra mujer.

—Eso fue lo que te confundió, ¿no? Tu amigo Rezongo. Jamás hubieras supuesto que es lo que… en lo que sea que se ha convertido.

Piedra hizo una mueca.

—Cualquiera menos él, a decir verdad. Ese hombre es un cabrón y un cínico con tendencia a emborracharse. Oh, es listo para ser hombre. Pero ahora, cuando lo miro…

—No reconoces lo que ves.

—No son solo esas marcas tan raras. Son los ojos. Ahora son los ojos de un gato, los de un puñetero tigre. Igual de fríos, igual de inhumanos.

—Dice que luchaba por ti, muchacha.

—Querrás decir que yo era su excusa.

—No puedo decir que haya mucha diferencia, la verdad.

—Pero la hay, cabo.

—Si tú lo dices. En cualquier caso, la verdad la tienes delante de ti. En esta maldita cripta de edificio. Que el Embozado nos lleve a todos, está ahí, en los seguidores de Rezongo, él no es el único pintarrajeado, ¿verdad? Ese hombre se interpuso entre los painitas y tú, y con la fuerza suficiente como para arrastrar a todos los demás. ¿Fue cosa de Treach? Supongo, y supongo que yo también tomé parte en ello, al aparecer, con los brazaletes en el brazo. Pero ahora me he deshecho de esos horribles trastos y por mí vale. —*Y no pienso pensar más en ello*.

Piedra negaba con la cabeza.

—No pienso arrodillarme ante Trake. Por el abismo, resulta que ya me he visto ante el altar de otro dios, ya he hecho mi elección y no es Trake.

—Ya. Quizás, entonces, tu dios encontró útil todo ese asunto con Rezongo. Los humanos no son los únicos que tejen y juegan con telarañas, ¿no? No somos los únicos que caminamos juntos o incluso trabajamos juntos para lograr un beneficio mutuo, y sin explicar ni un penoso detalle al resto. No te envidio. Es una atención mortal cuando quien te la presta es un dios. Pero ocurre… —Rapiña se quedó callada.

Caminar juntos. Entrecerró los ojos. *Y mantenernos al resto en la oscuridad*. Se giró en redondo y examinó el grupo que rodeaba las tiendas hasta que vio a Paran. La cabo alzó la voz.

—¡Eh, capitán!

Este alzó la cabeza.

¿Y qué hay de ti, capitán? ¿Guardas quizás algún secreto? Hablando de corazonadas…

—¿Se sabe algo de Zorraplateada? —preguntó.

Los abrasapuentes más cercanos clavaron los ojos en el noble que era su oficial. Paran se encogió como si hubiera recibido un golpe. Se llevó una mano al estómago cuando un espasmo de dolor se apoderó de él. Apretó las mandíbulas y se las arregló para levantar la cabeza y mirar a Rapiña a los ojos.

—Está viva —dijo entre dientes.

Eso pensaba. Lo has tenido demasiado fácil, capitán. Es decir, que nos has estado ocultando cosas. Una mala decisión. La última vez que no nos lo contaron todo a los Abrasapuentes, la oscuridad estuvo a punto de tragarnos a todos, maldita sea.

—¿Se encuentra muy cerca? ¿A qué distancia, capitán?

La mujer notaba el efecto que producían sus palabras, pero una parte de ella estaba enfadada, lo suficiente como para no ablandarse. Los oficiales siempre daban largas. Era lo que los Abrasapuentes habían aprendido a despreciar cuando se trataba de sus comandantes. La ignorancia resultaba letal.

Paran se obligó a erguirse poco a poco. Respiró hondo y después tomó aliento otra vez, al mismo tiempo que contenía de forma visible el dolor.

—Humbrall Taur está empujando a los painitas hacia ellos, se los va a poner en las manos, cabo. Dujek y Brood están a unas tres leguas de distancia…

—¿Y saben lo que se les viene encima? —preguntó Azogue entre balbuceos.

—Sí, sargento.

—¿Cómo?

Buena pregunta. ¿Hasta qué punto es estrecho el contacto que mantienes con Velajada renacida? ¿Y por qué no nos lo has dicho? Somos tus soldados. Se espera que luchemos por ti. Así que es una buena pregunta, maldita sea.

Paran miró a Azogue con el ceño fruncido, pero no contestó. El sargento no iba a dejar el tema una vez que se lo había quitado a Rapiña de las manos y estaba hablando por todos los Abrasapuentes.

—Así que casi nos arrancan la cabeza los puñeteros Caras Blancas, casi nos asan vivos los puñeteros Tenescowri y nosotros pensando que quizás estuviéramos solos. Totalmente solos. Sin saber si la alianza había resistido o si Dujek y Brood se habían hecho pedazos entre sí y al oeste no quedaban más que huesos medio podridos. Y sin

embargo, tú lo sabías. Así que si estuvieras muerto… ahora mismo, señor…

No sabríamos nada, ni un maldito detalle.

—Si estuviera muerto, no estaríamos manteniendo esta conversación —respondió Paran—. ¿Así que, por qué no nos limitamos a fingir, sargento?

—Quizá no finjamos —gruñó Azogue al tiempo que echaba mano a la espada.

No muy lejos, donde se había agachado un rato atrás cerca del borde del tejado, Rezongo se giró poco a poco y después se levantó.

Oye, espera un minuto.

—¡Sargento! —le soltó Rapiña—. ¿Te crees que Velajada te va a soltar una sonrisita la próxima vez que te vea si sigues adelante y haces lo que estás pensando?

—Silencio, cabo —le ordenó Paran con los ojos puestos en Azogue—. Vamos a terminar de una vez. Está bien, te lo pondré incluso más fácil. —El capitán le dio la espalda al sargento y esperó.

Se encuentra tan enfermo que quiere ponerle fin. Mierda. Y lo que es peor… todo esto con público delante.

—Ni se te ocurra, Azogue —le advirtió Mazo—. Nada de esto es lo que parece…

Rapiña se volvió hacia el sanador.

—¡Bueno, ahora sí que estamos llegando a algo! Estuviste dándole mucho al palique con Whiskeyjack antes de irnos, Mazo. Ben el Rápido y tú. ¡Suéltalo ya! Tenemos a un capitán con unos dolores tan fuertes que quiere que lo matemos, pero nadie nos cuenta nada, coño. En el nombre del Embozado, ¿qué diablos está pasando?

El sanador hizo una mueca.

—Sí, Zorraplateada está intentando comunicarse con el capitán, pero él ha estado apartándola, así que no se puede

decir que el intercambio de información haya sido muy fluido. El capitán sabe que está viva, como dice, y supongo que tiene cierta idea de a qué distancia está, pero no va más allá de eso. Maldita sea, Rapiña. ¿Crees que a ti y al resto de los Abrasapuentes nos han distinguido con el honor de otra traición más solo porque Paran no habla contigo? ¡Pero si no habla con nadie! Y si tú tuvieras tantos agujeros quemándote las tripas como él, ¡tú tampoco abrirías la puñetera boca! ¡Y ahora todos vosotros, se acabó el tema! ¡Mirad en vuestro interior y si es vergüenza lo que veis, lo tenéis bien merecido, malditos seáis!

Rapiña clavó la mirada en la espalda del capitán. El tipo no se había movido. No quería mirar a su compañía. No podía, no en ese momento. Mazo tenía talento para darle la vuelta a las cosas. Paran era un hombre enfermo, *y los enfermos no piensan con claridad. Dioses, yo tenía unos brazaletes apresándome el brazo y estaba perdiendo los papeles a toda velocidad. Ah, me parece que acabo de pisar un montón de mierda. Y además, hubiera jurado que era otro el que tenía la culpa. Supongo que las quemaduras de Pale están muy lejos de haberse curado. Maldita sea. Que el tacón del Embozado me pise el alma podrida, por favor. Que la pise y la retuerza*.

Paran apenas oyó los gritos que se intercambiaban tras él. Se sentía asaltado por la presión de la presencia de Zorraplateada que llevaba a un deseo oscuro de que esa misma presencia lo aplastara y le quitara la vida, si tal cosa era posible, antes que ceder un milímetro de terreno.

Una espada entre los omóplatos, *sin dioses que intervengan esta vez*. O un chorro final y torrencial de sangre en el estómago cuando sus paredes al fin cedieran,

una opción dolorosa, pero no por ello menos definitiva. O un salto hacia la chusma de las calles para que lo destrozaran y lo pisotearan. Una futilidad que hablaba de libertad entre susurros.

Zorraplateada estaba muy cerca, como si extendiera un puente de huesos entre ella y el lugar donde se encontraba él. No, no era ella. Su poder, que era mucho más que solo Velajada. Hacía que el incesante deseo de ese poder de atravesar las defensas de Paran tuviera un propósito mucho más letal que el simple afecto de un amante; mucho más, incluso que el que engendraría una necesidad táctica. *A menos que Dujek, Brood y sus ejércitos estén sufriendo un asalto… y no es el caso. Dioses, no sé cómo lo sé pero lo sé. Con toda certeza. Esta… esta no es Velajada. Es Escalofrío. Bellurdan. Uno o los dos. ¿Qué es lo que quieren?*

De repente lo sacudió una imagen que provocó un chasquido casi audible en su mente. Se alejaba. Rumbo a algo. Losas secas en el interior de una caverna oscura, las líneas profundamente talladas de una carta de la baraja, grabada en la piedra, la imagen parecía retorcerse como si estuviera viva.

Obelisco. Uno de los Neutrales, un monolito inclinado… ahora de piedra verde. Jade. Alzándose sobre las olas agitadas por el viento, no, dunas de arena. Figuras a la sombra del monolito. Tres, tres en total. Deshechas, rotas, moribundas.

Y luego, más allá de la extraña escena, el cielo se desgarró.

Y la pezuña peluda de un dios pisó suelo mortal.

Terror.

Arrastrado por una fuerza salvaje al mundo… *oh, no lo elegiste tú, ¿verdad? Alguien te empujó y ahora*…

Fener ya se podía dar por muerto. Un dios atrapado en el reino mortal era como una jovencita sobre un altar. Lo único que hacía falta era un cuchillo y una mano decidida.

Ya se podía dar por muerto.

Aquella certeza oscura floreció como la belladona en su mente. Pero él no quería tomar parte. Se le estaba exigiendo que adoptara decisiones, se lo exigían fuerzas más antiguas de lo que nadie podía imaginar. La baraja de los Dragones… dioses ancestrales jugaban con ella… y ahora intentaban jugar con él.

¿Y ese va a ser el papel del señor de la Baraja, si eso es en lo que me he convertido? ¿El dueño de un conocimiento fatal y ahora un maldito árbitro, por el Embozado? Así que eso es lo que queréis que haga. Un dios cae, ¿pon a otro en su lugar? ¿Mortales que han jurado lealtad a uno y luego se la han de jurar a otro? Por el abismo, ¿es que van a empujarnos, a lanzarnos, como si fuéramos tabas en un tablero?

La rabia y la indignación se avivaron al rojo vivo en la mente de Paran y borraron el dolor. Sintió que mentalmente giraba en redondo para enfrentarse a aquella presencia extraña e incesante que lo había perseguido de tal manera. Sintió que se abría como una explosión.

De acuerdo, querías mi atención. Pues ya la tienes. Escucha y escucha con sumo cuidado, Escalofrío o quien seas o lo que seas en realidad. Quizá haya habido señores de la baraja en el pasado, hace mucho tiempo, a los que podías coger y dejar para que hicieran tu voluntad. El Embozado sabrá, quizá seas tú (tú y tus amigos ancestrales) los que me elegisteis esta vez. Pero si es así, oh, habéis cometido un error. Un gran error.

Ya fui una vez la marioneta de un dios. Pero corté esos hilos y si quieres detalles, vete a preguntarle a Oponn. Entré

en una maldita espada para hacerlo y te juro que lo haré otra vez, y con mucha menos piedad en el corazón, si huelo siquiera un indicio de manipulación por tu parte.

Presintió un regocijo frío a modo de respuesta y la sangre bestial que corría por las venas de Paran respondió. Se le puso el vello de punta y enseñó los dientes. De su garganta brotó un gruñido profundo y letal.

Una alarma repentina.

Sí, ahí tienes la verdad. No me vas a acorralar, Escalofrío. Y te lo digo ahora, y harás bien en prestar atención a mis palabras. Voy a dar un paso al frente. A interponerme entre tú y cada mortal que sea como yo. No sé lo que tuvo que perder ese hombre, Rezongo, para llegar adonde lo querías, pero percibo las heridas que hay en él, que el abismo te lleve, ¿es que el dolor es el único medio que tienes para hacernos lograr lo que tú quieres? Eso parece. Pues has de saber una cosa: hasta que puedas encontrar otro medio, hasta que puedas mostrarme otra forma, algo que no sea dolor y angustia, lucharé contra ti.

Tenemos nuestras vidas. Todos nosotros, y no son para que tú juegues con ellas. Ni con la vida de Rapiña, ni con la de Rezongo ni con la de Piedra.

Tú has abierto este camino, Escalofrío, al ponernos en contacto. Muy bien. De acuerdo. Dame motivos y me echaré encima. Cabalgaré sobre la sangre de un mastín de Sombra, además, creo que si quisiera podría llamar a los otros también. A todos.

Porque ahora entiendo algo. Me he dado cuenta de una cosa que sé que es verdad. En la espada Dragnipur… *dos mastines de Sombra regresaron a la senda de la Oscuridad. Regresaron, Escalofrío. ¿Entiendes a qué me refiero? Se iban a casa*.

Y puedo llamarlos para que vuelvan, seguro. Dos almas de la Oscuridad indomable. Almas agradecidas, engendros adorados de la destrucción…

Llegó entonces una respuesta, la voz de una mujer que Paran no conocía.

—No tienes ni idea de con qué me amenazas, mortal. La espada de mi hermano oculta muchos más secretos de los que puedas imaginar.

Paran sonrió. *Algo peor que eso, Escalofrío. La mano que empuña ahora* Dragnipur *pertenece a la Oscuridad. Anomander Rake, el hijo de la madre. El sendero nunca ha sido tan recto, tan directo ni tan corto, ¿verdad? Si le dijera lo que ha ocurrido dentro de su propia arma*…

—Si Rake se enterase de que encontraste un modo de entrar en *Dragnipur* y que liberaste a los dos mastines que él había asesinado… te mataría, mortal.

Es posible. Ya ha tenido unas cuantas oportunidades de hacerlo y también buenas razones. Pero se ha contenido. No creo que entiendas al señor de Engendro de Luna tan bien como crees. No hay nada predecible en Anomander Rake, quizás eso sea lo que te asusta.

—No continúes por ese camino.

Haré lo que tenga que hacer, Escalofrío, para cortarte los hilos. A tus ojos, los mortales somos débiles. Y utilizas nuestra debilidad para justificar la manipulación.

—La lucha a la que nos enfrentamos es mucho más inmensa, mucho más letal, de lo que crees.

Explícalo. Explícalo todo. Muéstrame esa inmensa amenaza tuya.

—Si hemos de preservar tu cordura, no debemos hacerlo, Ganoes Paran.

Zorra condescendiente.

El capitán percibió la cólera de la mujer al oír eso.

—Dices que el único modo de utilizaros es infligiéndoos dolor. A eso no tenemos más que una respuesta: las apariencias engañan.

¿Mantenernos en la ignorancia es lo que entendéis por piedad?

—Expresado de forma demasiado franca pero, en esencia, estás en lo cierto, Ganoes Paran.

A un señor de la Baraja no se le puede mantener en la ignorancia, Escalofrío. Si he de aceptar este papel y sus responsabilidades, sean las que sean y bien sabe el Embozado que no las conozco todavía, pero si voy a hacerlo, entonces necesito saber. Saberlo todo.

—En su momento…

Paran esbozó una sonrisa de desdén.

—En su momento, he dicho. Concédenos este pequeño favor, mortal. La lucha que tenemos ante nosotros no es muy diferente de una campaña militar, enfrentamientos graduales, conflictos localizados. Pero el campo de batalla es nada menos que la existencia en sí. Las pequeñas victorias son cada una, en sí misma, una contribución vital a la guerra pandémica que hemos decidido emprender…

¿A quién te refieres con ese plural?

—A los dioses ancestrales supervivientes… y a otros con algo menos de conciencia de su papel.

¿K'rul? ¿El responsable del renacimiento de Velajada?

—Sí. Mi hermano.

Tu hermano. Pero no el hermano que forjó Dragnipur.

—No. En este momento, Draconus no puede hacer otra cosa, solo actuar de forma indirecta, ya que está encadenado dentro de la misma espada que creó. Asesinado por su propio filo, a manos de Anomander Rake.

Paran sintió el acero frío de la sospecha deslizándose por su interior. *De forma indirecta, has dicho*.

—Un momento de oportunidad, Ganoes Paran. Inesperado. La llegada de un alma al interior de *Dragnipur*, un alma que no estaba encadenada. El intercambio de unas cuantas palabras que significaron mucho más de lo que jamás llegaste a comprender. Así como la brecha que se abrió en la senda de la Oscuridad, la barrera de almas rota durante un brevísimo espacio de tiempo. Pero fue suficiente…

Espera. Paran necesitaba el silencio para pensar, para pensar rápido y pensarlo bien. Cuando se había encontrado en el interior de *Dragnipur*, caminando junto a las almas encadenadas que arrastraban su inimaginable carga, era cierto que había hablado con uno de aquellos prisioneros. *Por el abismo del inframundo, era Draconus*. Pero no recordaba nada de las palabras que se habían intercambiado.

Las cadenas llevaban a la senda de la Oscuridad, el nudo bajo la carreta que gemía. Así pues, la Oscuridad retenía esas almas, todas y cada una, y las retenía sin soltarlas jamás.

Tengo que volver, al interior de la espada. Necesito preguntar…

—Jen'isand Rul. Sí, Draconus, aquel con el que hablaste dentro de *Dragnipur*, mi otro hermano, te utilizó, Ganoes Paran. ¿Te parece brutal esa verdad? ¿Está por encima de tu entendimiento? Al igual que otros dentro de la espada, mi hermano se enfrenta… a la eternidad. Intentó ser más listo que una maldición, pero nunca se imaginó que hacerlo le fuera a llevar tanto tiempo. Ha cambiado, mortal. Su legendaria crueldad ha sido… despuntada. Su sabiduría, adquirida y multiplicada por mil. Más. Lo necesitamos.

Queréis que libere a Draconus de la espada de Rake.

—Sí.

Para luego hacer que vaya tras el propio Rake y reclame el arma que forjó. Escalofrío, preferiría que fuera Rake antes que Draconus…

—No habrá tal batalla, Ganoes Paran.

¿Por qué no?

—Para liberar a Draconus, hay que romper en mil pedazos la espada.

El acero frío que sentía entre las costillas se retorció. *Y eso liberaría… a todos los demás. Todo lo demás. Lo siento, mujer, no pienso hacerlo*…

—Si hay algún modo de evitar la lamentable liberación de espíritus locos y malignos (cuyo número supera en verdad el de una legión y es demasiado aterrador para planteárselo siquiera), ese modo lo conocerá solo un hombre.

El propio Draconus.

—Sí. Piensa en ello, Ganoes Paran. No te precipites, todavía hay tiempo.

Me alegra oír eso.

—No somos tan crueles como crees.

¿La venganza no ha ennegrecido tu corazón, Escalofrío? Disculpa mi escepticismo.

—Oh, busco venganza, mortal, pero no contra los jugadores menores que llevaron a cabo mi traición, pues esa traición estaba prevista. Una antigua maldición. El que pronunció esa maldición es el único foco de mi deseo de venganza.

Me sorprende que siga por ahí.

Había una sonrisa fría en las palabras de la mujer.

—Tal fue la maldición que le echamos a él.

Estoy empezando a pensar que os merecéis el uno al otro.

Hubo una pausa antes de que la mujer volviera a hablar.

—Quizás así sea, Ganoes Paran.

¿Qué has hecho con Velajada?

—Nada. En estos momentos reclaman su atención otros asuntos.

Así que solo me estaba haciendo ilusiones. Maldita sea, Paran, sigues siendo un necio.

—No le haremos daño, mortal. Aunque pudiéramos, que no podemos. Hay honor en su interior. E integridad. Cualidades muy escasas en alguien tan poderoso. Así pues, tenemos fe…

Una mano enguantada en su hombro despertó a Paran con un sobresalto. Parpadeó y miró a su alrededor. El tejado. *He vuelto*.

—¿Capitán?

Se encontró con la mirada preocupada de Mazo.

—¿Qué?

—Lo siento, señor, parecía que te habíamos perdido ahí… por un momento.

Paran hizo una mueca, quería negárselo a la cara, pero no fue capaz.

—¿Cuánto tiempo?

—Una docena de latidos, señor.

—¿Eso es todo? Bien. Tenemos que movernos. Debemos ir al salón del vasallaje.

—¿Señor?

Ahora estoy entre ellos y nosotros, Mazo. Pero hay más «nosotros» de los que crees. Maldita sea, ojalá pudiera explicarlo. Sin parecer un cabrón arrogante. Sin responder a la pregunta del sanador, Paran se dio la vuelta y buscó a Trote.

—Caudillo. El salón del vasallaje nos llama.

—Sí, capitán.

Los abrasapuentes, todos y cada uno, evitaban su mirada. Paran se preguntó por qué. Se preguntó qué era lo que se había perdido. Se encogió de hombros mentalmente y se acercó a Rezongo.

—Te vienes con nosotros —le dijo.

—Lo sé.

Sí, tenías que saberlo. Muy bien, vamos a acabar con esto de una vez.

La torre del palacio se alzaba como una lanza envuelta en estandartes de humo fantasmal. La piedra oscura e incolora apagaba la luz del sol que la bañaba. Trescientos treinta y nueve escalones serpenteantes llevaban al interior de la torre y salían a una plataforma abierta con un tejado puntiagudo de azulejos de cobre que no mostraban ninguna señal de verdete. El viento aullaba entre las columnas que sujetaban el tejado y la plataforma de piedra lisa, pero la torre no se mecía.

Itkovian se encontraba mirando al este y el viento le azotaba la cara. Sentía el cuerpo exangüe, extrañamente acalorado bajo la armadura hecha jirones. Sabía que el agotamiento se estaba cobrando al fin su precio. Un ser de carne y hueso tenía sus límites. La defensa del príncipe muerto en su gran salón había sido brutal y sin artificios. Los pasillos y las entradas se habían convertido en mataderos. El hedor de la matanza permanecía como una nueva capa bajo su piel, ni siquiera el viento podía llevárselo.

Las batallas en la costa y los desembarcaderos estaban llegando a un lúgubre fin, como le había informado un único explorador superviviente. Habían destruido a los betrullid, que huían al norte por la costa, donde el yunque del escudo sabía de sobra que sus caballos terminarían enfangados en

las ciénagas de sal. Los barghastianos que los perseguían acabarían con ellos en poco tiempo.

Los campamentos de los sitiadores habían quedado destrozados, como si los hubiera atravesado un tornado. Unos cuantos cientos de barghastianos (ancianos y niños) vagaban entre la carnicería, recogiendo los despojos entre los gritos de las gaviotas.

El reducto de la Guardia Oriental, convertido en un montón de escombros, apenas se alzaba sobre la alfombra de cuerpos. El humo flotaba sobre él como sobre una pira moribunda.

Itkovian había visto a los clanes barghastianos abrirse camino por la ciudad, había visto la retirada painita transformarse en una desbandada por las calles. La lucha había barrido las calles que rodeaban el palacio. Un oficial vidente del Dominio se las había arreglado para reunir una retaguardia en la explanada de Jelarkan y esa batalla continuaba bramando. Pero para los painitas el combate era ya de retirada. Estaban ganando tiempo para el éxodo a través de lo que quedaba de las puertas sur y oeste.

Unos cuantos exploradores Caras Blancas se habían aventurado en los terrenos del palacio y se habían acercado lo suficiente para discernir que permanecían allí varios defensores, pero no se había establecido ningún contacto oficial.

La recluta Velbara permanecía junto a Itkovian, pero ya no era una recluta. Su adiestramiento con las armas había sido desesperado y no le había pasado desapercibida la lección más importante, la de continuar con vida, que fue la fuerza que guio cada habilidad que adquirió después en el calor de la batalla. Como el resto de las recién llegadas capan a la compañía (que en esos instantes componían la mayor parte de los supervivientes bajo el mando del yunque

del escudo) se había ganado un lugar como soldado de las Espadas Grises.

Itkovian rompió el largo silencio.

—Entregamos ya el gran salón.

—Sí, señor.

—El honor del príncipe ha sido restituido. Debemos partir ya, tenemos asuntos inacabados en el salón del vasallaje.

—¿Podremos llegar siquiera a él, señor? Tendremos que encontrar a un caudillo barghastiano.

—No nos confundirán con el enemigo, señora. Suficientes de nuestros hermanos y hermanas yacen muertos en la ciudad como para que nuestros colores se conozcan a la perfección. Además, dado que la persecución, aparte de la explanada, ha empujado a los painitas al oeste, a la llanura, es probable que no encontremos obstáculos en nuestro camino.

—Sí, señor.

Itkovian clavó los ojos por última vez en el reducto destruido del campo de la muerte del este. Dos soldados gidrath del gran salón que tenía debajo procedían de esa defensa empecinada pero noble, y uno de ellos sufría heridas recientes que probablemente resultaran fatales. El otro, un toro de hombre que se había arrodillado delante de Rath’Embozado, parecía no ser capaz ya de conciliar el sueño. En los cuatro días y noches transcurridos desde que habían vuelto a tomar el gran salón, no había hecho más que pasearse durante los períodos de descanso, sin ser consciente de su entorno. Se paseaba, murmuraba por lo bajo, en sus ojos una intensidad oscura y febril. Él y su compañero moribundo eran, sospechaba Itkovian, los últimos gidrath todavía vivos fuera del salón del vasallaje en sí.

Un gidrath que ha jurado lealtad al Embozado y que, sin embargo, sigue mis órdenes sin dudar. Simple conveniencia, se podría concluir. Prescindimos de la rivalidad en circunstancias extremas. Con todo... desconfío de mis propias explicaciones.

A pesar de su agotamiento, el yunque del escudo había presentido una perturbación creciente. Había ocurrido algo. En alguna parte. Y como si ese algo respondiera, había sentido que lo abandonaba toda su sangre, que se vaciaban sus venas y su corazón se quedaba hueco y se desvanecía a través de una herida que todavía tenía que encontrar. Una herida que lo dejaba con una sensación de algo... inacabado.

Como si hubiera renunciado a mi fe. Pero no lo he hecho. «El vacío de la fe perdida se llena de tu hinchado yo». Palabras de un destriant muerto mucho tiempo atrás. Uno no renuncia a nada, solo lo sustituye. Sustituye la fe por las dudas, el escepticismo por el rechazo. Yo no he renunciado a nada. No tengo una horda de palabras apiñándose contra mis defensas internas. Es cierto, me he reducido al silencio. Estoy vacío... como si aguardara una renovación...

Se libró del ensimismamiento con una sacudida.

—Este viento grita con demasiada fuerza en mis oídos —dijo con los ojos todavía puestos en el reducto de la Guardia Oriental.

—Ven, señor, vamos abajo.

Ciento doce soldados permanecían en condiciones de luchar, aunque ninguno se había librado de alguna herida. Diecisiete espadas grises yacían muertos o moribundos junto a una pared. El aire hedía a sudor, orina y carne podrida. Las entradas del gran salón estaban enmarcadas

por sangre ennegrecida arrancada de las baldosas para que nadie resbalara. El arquitecto, desaparecido hacía mucho, que había dado forma a aquella cámara, se habría quedado horrorizado al ver en lo que se había convertido. Su noble belleza albergaba en esos momentos una escena más propia de una pesadilla.

Sobre el trono, con la piel cosida de nuevo de mala manera a la forma medio devorada de su cuerpo, se encontraba el príncipe Jelarkan, sin ojos, con los dientes expuestos en una sonrisa que se iba haciendo más pronunciada a medida que los labios perdían su humedad y se iban encogiendo. La sonrisa ensanchada de la muerte, un horror tan poético como preciso. Digno de dar audiencia en lo que se había convertido el gran salón. Un joven príncipe que había amado a su pueblo y había compartido el mismo destino.

Era hora de irse.

Itkovian se encontraba cerca de la puerta principal, estudiando lo que quedaba de sus Espadas Grises. Estos lo miraban a su vez, inmóviles, con expresiones pétreas. A la izquierda, dos reclutas capan sujetaban las riendas de los dos caballos de batalla que quedaban. El único gidrath que había (su compañero había muerto momentos antes) se paseaba, con la cabeza gacha y los hombros encorvados, de un lado a otro de la pared por detrás de los mercenarios formados. En cada mano sostenía una baqueteada espada larga; la de la izquierda, doblada por un golpe salvaje que le había asestado a una columna de mármol dos noches atrás.

El yunque del escudo se planteó dirigirse a sus soldados, aunque solo fuera en aras del decoro, pero en ese instante, mientras examinaba sus rostros, se dio cuenta de que ya no le quedaban palabras, ninguna que vistiera los vínculos que los unían, ninguna palabra capaz de rivalizar con aquel

orgullo extraño y frío que sentían en ese momento. Al fin sacó la espada, probó las cinchas que le sujetaban el brazo del escudo y después se dirigió a la entrada principal.

Habían apartado los cadáveres del pasillo y habían creado una avenida entre los cuerpos apilados hasta las puertas exteriores.

Itkovian bajó por aquel espeluznante pasillo y atravesó las puertas inclinadas y abolladas para salir al sol.

Tras sus muchos asaltos, los painitas habían apartado a sus camaradas caídos de los amplios y poco profundos escalones del acceso y habían utilizado el patio para apilar los cuerpos al azar, incluyendo a los que seguían con vida, que después expiraron a causa de sus heridas o de asfixia.

Itkovian hizo una pausa en la cima de las escaleras. Los sonidos de los combates persistían en la dirección de la explanada de Jelarkan, pero eso era todo lo que oía. El silencio envolvía la escena que tenía delante, un silencio discordante en lo que había sido el animado patio de un palacio, en lo que había sido una ciudad próspera, tan discordante que Itkovian se sintió profundamente afectado por primera vez desde que comenzara el asedio.

Querido Fener, ¿qué victoria hay aquí?

Bajó los escalones, la piedra estaba blanda y gomosa bajo sus botas. Su compañía lo siguió sin una sola palabra.

Atravesaron sin prisas la verja destrozada y empezaron a abrirse camino entre los cadáveres de la rampa y luego por la calle posterior. Sin obstáculos que pusieran los vivos, resultaría ser de todos modos un largo trayecto. Y tampoco sería un trayecto carente de batallas. Los atacaba lo que veían sus ojos, lo que olían sus narices y lo que podían sentir bajo los pies.

Una batalla que hacía inútiles armas y escudos, que hacía fútiles las cuchilladas de la espada. Un alma endurecida,

carente de cualquier jirón de humanidad, era la única defensa y para Itkovian ese precio era demasiado elevado. *Soy el yunque del escudo. Me rindo a lo que se encuentra ante mí. Más denso que el humo, el dolor desatado y ahora perdido que se agita en el aire sin vida. Han asesinado a toda una ciudad. Hasta los supervivientes que se apiñan en los túneles subterráneos, que Fener me lleve, pero mejor sería que no salieran nunca… para ver esto*.

La ruta los llevó entre los cementerios. Itkovian estudió el lugar donde sus soldados y él habían presentado batalla. No parecía muy diferente de ningún otro lugar que examinaran sus ojos. Los muertos yacían amontonados. Como Brukhalian había prometido, no habían abandonado ni un solo adoquín sin luchar. Aquella pequeña ciudad había hecho todo lo que había podido. La victoria painita quizá hubiera sido inevitable pero, no obstante, existían umbrales que iban transformando un impulso inexorable en una maldición.

Y después los clanes Caras Blancas de los barghastianos habían anunciado su propia inevitabilidad. Lo que los painitias habían infligido lo habían sufrido ellos a su vez. *Nos empujan a todos y cada uno a un mundo de locura, pero ahora recae sobre cada uno de nosotros la tarea de regresar del abismo, de arrastrarnos y liberarnos de esa espiral que nos empuja al fondo. Con el horror se debe elaborar dolor y con ese dolor, compasión*.

Cuando la compañía entró en una avenida obstruida al borde del Distrito Daru, una veintena de barghastianos salieron de la boca de un callejón que tenían justo delante. Con espadas curvas ensangrentadas en las manos y las caras pintadas de blanco y manchadas de rojo. El que iba en cabeza le sonrió al yunque del escudo.

—¡Defensores! —ladró en un capan de acento duro—. ¿Qué os parece este don de la liberación?

Itkovian hizo caso omiso de la pregunta.

—Tenéis familiares en el salón del vasallaje, señor. Aunque ya veo que el fulgor protector se desvanece.

—Veremos los huesos de nuestros dioses, sí —dijo el guerrero con un asentimiento. Sus ojos pequeños y oscuros examinaron a las Espadas Grises—. Encabezas una tribu de mujeres.

—Mujeres capan —dijo Itkovian—. La fuente más resistente de esta ciudad, aunque tuvimos que ser nosotros los que la descubriéramos. Ahora son Espadas Grises, señor y gracias a eso nuestras fuerzas han crecido.

—Hemos visto a vuestros hermanos y hermanas por todas partes —gruñó el guerrero barghastiano—. Si hubieran sido nuestros enemigos, nos alegraríamos de que estuvieran muertos.

—¿Y como aliados? —preguntó el yunque del escudo.

Los combatientes barghastianos, todos y cada uno, hicieron un gesto, se llevaron el dorso de la mano de la espada a la frente, un roce brevísimo de cuero y piel, y después habló su portavoz.

—La pérdida llena las sombras que arrojamos. Has de saber algo, soldado, el enemigo que nos dejasteis era frágil.

Itkovian se encogió de hombros.

—La fe painita no conoce culto alguno, solo necesidad. Su fuerza carece de profundidad, señor. ¿Queréis acompañarnos al salón del vasallaje?

—A vuestro lado, soldados. Es un honor ser vuestra sombra.

Buena parte de las estructuras del Distrito Daru se habían quemado y se habían derrumbado, lo que llenaba las calles de escombros ennegrecidos. Mientras las Espadas Grises y los barghastianos se abrían camino por los senderos menos atestados, llamó la atención de Itkovian un edificio que

permanecía en pie a su derecha. Era un bloque de pisos con las paredes combadas de forma extraña. Habían prendido hogueras en el lado que tenía delante y el fuego había calcinado las piedras, pero el asalto de las llamas había fracasado por alguna razón. Todas las ventanas arqueadas que Itkovian veía parecían contener una barricada.

A su lado, el portavoz barghastiano gruñó algo.

—Los tuyos atestan vuestros túmulos hasta el límite.

El yunque del escudo se quedó mirando al hombre.

—¿Señor?

El guerrero señaló con un gesto el bloque de pisos envuelto en humo y continuó con su comentario.

—Es más fácil, sí, que cavar y recubrir un hoyo fuera de la ciudad, y que luego las filas pasen cubos de tierra. Os gusta tener una visión clara de las paredes, al parecer. Pero nosotros no vivimos entre nuestros muertos como hace tu pueblo…

Itkovian se volvió para estudiar el bloque de pisos, que había quedado un poco más atrás, a su derecha. Entrecerró los ojos. *Las barricadas que bloquean las ventanas. Una vez más, carne y hueso. Por los dos colmillos, ¿quién construiría semejante necrópolis? No puede ser consecuencia de la defensa, ¿verdad?*

—Nosotros nos acercamos bastante —dijo el guerrero a su lado—. Las paredes emiten su propio calor. Un líquido gelatinoso se filtra entre las grietas. —El guerrero hizo otro gesto, esa vez estremecido, la empuñadura de la espada curva tintineó contra la armadura de monedas talladas que le cubría el torso—. Por esos huesos, soldado, huimos.

—¿Es ese bloque el único que se… llenó así?

—No hemos visto ningún otro aunque pasamos junto a una propiedad que todavía resistía, cadáveres animados hacían guardia en la entrada y en las murallas. El aire hedía

a hechicería, una emanación manchada de nigromancia. Déjame que te diga, soldado, que será un placer dejar esta ciudad.

Itkovian se quedó callado. Se sentía desgarrado por dentro. La revelación de Fener daba voz a la verdad de la guerra. Hablaba sin engañar de la crueldad que la humanidad era capaz de desatar sobre sus propios miembros. La guerra era un juego para los que guiaban a otros; se jugaba en una palestra ilusoria de serenos razonamientos, pero esas mentiras no podían sobrevivir a la realidad y la realidad no parecía tener límites. La revelación contenía un ruego que pedía contención e insistía en que la gloria que había de hallarse no fuera una gloria ciega, sino una gloria nacida de una mirada solemne y clara. Dentro de una realidad sin límites se encontraba la promesa de la redención.

Pero esa mirada le fallaba a Itkovian. Se encogía como un animal enjaulado y azuzado con crueldad. Se le negaba la huida, pero era una negativa que se había impuesto él, nacida de su conciencia y su voluntad, algo a lo que habían dado forma las palabras de sus votos. Debía asumir esa carga, fuera cual fuera el coste. Los fuegos de la venganza habían sufrido una transformación en su interior. Él sería, al final, la redención… para las almas de los caídos en esa ciudad.

Redención. Para todos los demás, pero no para él. Para eso, él solo podía recurrir a su dios. *Pero, querido Fener, ¿qué ha pasado? ¿Dónde estás? Me arrodillo aquí mismo y espero tu toque, pero no te encuentro por ninguna parte. Tu reino… parece… vacío*.

¿Dónde puedo ir ahora?

Sí, no he terminado todavía. Lo acepto. ¿Y cuando haya terminado? ¿Quién me aguarda? ¿Quién me abrazará? Lo

recorrió un escalofrío.

¿Quién me abrazará a mí?

El yunque del escudo apartó la pregunta de su mente y luchó por renovar su resolución inquebrantable. Después de todo, no tenía alternativa. Sería el dolor de Fener. Y la mano de la justicia de su señor. No eran responsabilidades gratas y presentía el precio que estaban a punto de exigirle.

Se acercaron a la plaza que había delante del salón del vasallaje. Se veían más barghastianos reunidos allí. Los lejanos sonidos de los combates que se libraban en la explanada de Jelarkan, que los habían acompañado durante buena parte de la tarde, habían cesado. Habían expulsado al enemigo de la ciudad.

A Itkovian no le pareció que los barghastianos fueran a perseguirlos. Habían logrado lo que se habían propuesto. Habían eliminado la amenaza que los painitas representaban para los huesos de sus dioses.

Seguramente, si el septarca Kulpath seguía vivo, reuniría sus destrozadas fuerzas, volvería a imponer la disciplina y se prepararía para su siguiente movimiento. Ya fuera un contraataque o una retirada hacia el oeste, ambas tácticas presentaban sus riesgos. Quizá no contara con fuerzas suficientes para volver a tomar la ciudad. Y su ejército, tras perder sus campamentos y rutas de abastecimiento, no tardaría en sufrir la falta de suministros. No era una posición envidiable. Capustan, una ciudad pequeña y sin trascendencia de la costa este de Genabackis central, se había convertido en una maldición multifacética. Y las vidas que se habían perdido allí no significaban más que el comienzo de la guerra inminente.

Salieron a la plaza.

El lugar en el que había caído Brukhalian se encontraba justo delante, pero ya habían sacado de allí todos los

cuerpos, sin duda se los habían llevado los painitas en su retirada. Carne para otro festín real más. *No importa. El Embozado vino a por él. En persona. ¿Fue una señal que lo honró o el dios solo lo hizo para recrearse, el muy miserable?*

La mirada del yunque del escudo se posó unos segundos más en aquellas losas manchadas, y después se volvió hacia la puerta principal del salón del vasallaje.

El fulgor había desaparecido. En las sombras del arco de la puerta habían aparecido unas figuras.

Todos los accesos a la plaza se habían llenado de barghastianos, pero las tribus no se habían aventurado más.

Itkovian se giró hacia su compañía. Su mirada encontró a su capitana, que había sido la sargento mayor a cargo del adiestramiento de los reclutas, y después hacia Velbara. El yunque estudió sus armaduras manchadas y hechas jirones, los rostros crispados y demacrados.

—Nosotros tres, al centro de la plaza.

Las dos mujeres asintieron.

Los tres avanzaron sin prisas por la explanada. Miles de ojos clavados en ellos seguidos por un rumor bajo y profundo, y más tarde un choque rítmico y apagado de espada contra espada.

Surgió otro grupo por la derecha. Soldados que llevaban uniformes que Itkovian no reconoció y, en su compañía, figuras que mostraban unos tatuajes felinos llenos de púas. A la cabeza del grupo, un hombre que Itkovian ya había visto antes. Los pasos del yunque del escudo se refrenaron un poco.

Rezongo. El nombre fue como un martillazo en el pecho. Una certeza brutal forzó sus siguientes pensamientos. *La espada mortal de Trake, Tigre del Verano. El héroe primero ha ascendido*.

Nos han… nos han sustituido.

Itkovian cobró ánimo y reanudó el paso, después se detuvo en el centro de la explanada.

Un único soldado con uniforme extranjero se había adelantado con Rezongo. Rodeó con una mano el gran brazo rayado del daru y les ladró algo a los otros por encima del hombro. Los otros se detuvieron y el hombre y Rezongo continuaron directamente hacia Itkovian.

Una conmoción en la puerta del salón del vasallaje les llamó la atención. Salían sacerdotes y sacerdotisas del Consejo de Máscaras que se apresuraban al centro de la plaza, sujetaban entre varios a un compañero que se resistía. Al frente, Rath'Trake. Un paso por detrás, el mercader daru, Keruli.

El soldado y Rezongo llegaron junto a Itkovian los primeros.

Bajo el yelmo daru, los ojos de tigre de Rezongo estudiaron al yunque del escudo.

—Itkovian de las Espadas Grises —dijo con voz profunda—. Se acabó.

Itkovian no necesitaba más explicaciones. La verdad fue una cuchillada en el corazón.

—No, no se ha acabado —soltó de repente el soldado extranjero—. Te saludo, yunque del escudo. Soy el capitán Paran, de los Abrasapuentes. Hueste de Unbrazo.

—Es mucho más que eso —murmuró Rezongo—. Lo que afirma ahora…

—No es nada que haga por gusto —terminó Paran—. Yunque del escudo, a Fener lo han arrancado de su reino. Camina por tierras lejanas. Tú, tu compañía, habéis perdido a vuestro dios.

Así pues, lo saben todos ya.

—Somos conscientes de ello, señor.

—Rezongo dice que tu posición, tu papel, ha llegado a su fin. Las Espadas Grises deben hacerse a un lado, pues un nuevo dios de la guerra ha adquirido preeminencia. Pero no tiene por qué ser así. Se ha preparado un camino para vosotros… —La mirada de Paran se posó detrás de Itkovian y alzó la voz—. Bienvenido, Humbrall Taur. Tus hijos te aguardan dentro del salón del vasallaje.

El yunque del escudo echó un vistazo por encima del hombro y vio a ocho metros de él a un enorme caudillo barghastiano con una armadura de monedas entrelazadas.

—Pueden esperar un rato más —gruñó Humbrall Taur—. Me gustaría presenciar esto.

Paran hizo una mueca.

—Cabrón entrometido.

—Pues sí.

El malazano volvió a mirar a Itkovian e hizo amago de hablar, pero el yunque del escudo lo interrumpió.

—Un momento, señor. —Después pasó junto a los dos hombres.

Rath’Fener dio una sacudida y se retorció entre las manos de sus compañeros sacerdotes. Llevaba la máscara torcida y varios mechones de cabello gris se habían soltado de las correas de cuero.

—¡Yunque del escudo! —exclamó al ver acercarse a Itkovian—. En el nombre de Fener…

—En su nombre, sí, señor —interpuso Itkovian—. A mi lado, capitán Norul. Invocamos la ley de la revelación.

—Señor —respondió la canosa mujer al tiempo que se adelantaba.

—¡No puedes! —chilló Rath’Fener—. ¡Para esto, solo la espada mortal puede invocar la revelación!

Itkovian permaneció inmóvil.

El sacerdote se las arregló para adelantar un brazo y señalar con el dedo al yunque del escudo.

—¡Tengo rango de destriant! A menos que tengas a alguien que pueda reclamar ese título…

—El destriant Karnadas está muerto.

—¡Ese hombre no era el destriant, yunque del escudo! Un aspirante, quizá, pero mi rango era y sigue siendo preeminente. Así pues, solo una espada mortal puede invocar la revelación contra mí y lo sabes.

Rezongo lanzó un bufido.

—Itkovian, aquí Paran me ha dicho que hubo una traición. Tu sacerdote les vendió la vida de Brukhalian a los painitas. No solo repugnante sino también muy desacertado. Bien. —Hizo una pequeña pausa—. ¿Sirve cualquier espada mortal? Si es así, yo invoco la revelación. —Miró a Rath'Fener enseñándole los dientes—. Que castigue al cabrón.

Nos han sustituido. El señor de la Batalla se ha transformado de verdad.

—¡No puede! —chilló Rath'Fener.

—Una afirmación muy osada —le dijo Itkovian al sacerdote enmascarado—. Para negar el derecho de este hombre al título, señor, tienes que recurrir a nuestro dios. En tu defensa. Hazlo, señor, y saldrás de aquí convertido en un hombre libre.

Los ojos se abrieron mucho dentro de la máscara.

—¡Sabes que eso es imposible, Itkovian!

—Entonces tu defensa ha terminado, señor. La revelación está invocada. Me he convertido en la mano de la justicia de Fener.

Rath'Trake, que se encontraba cerca observando en silencio, habló entonces.

—Esto no es necesario, yunque del escudo. La ausencia de tu dios lo cambia… todo. Por supuesto que entiendes las

implicaciones de la forma tradicional de castigo. Una simple ejecución, no la ley de la revelación…

—Se le niega a este hombre —dijo Itkovian—. Capitán Norul.

La mujer se acercó a Rath’Fener, estiró el brazo y lo arrancó de las manos de sacerdotes y sacerdotisas. El hombre parecía una muñeca de trapo entre las grandes manos llenas de cicatrices de la mujer cuando le dio la vuelta de un tirón y lo arrojó boca abajo sobre los adoquines. Después se sentó a horcajadas sobre él y le estiró los brazos a los lados. El hombre chilló al comprender de repente lo que iba a pasar.

Itkovian sacó la espada. Salía humo de la hoja.

—La revelación —dijo irguiéndose sobre los brazos estirados de Rath’Fener—. Traición, cambiar la vida de Brukhalian por la tuya. Traición, el crimen más vil para la ley de la revelación, para el propio Fener. Invocamos el castigo de acuerdo con el juicio del Jabalí del Verano. —Se quedó callado un momento y luego siguió—. Ruega, señor, para que Fener encuentre lo que le enviamos.

—¡Pero no lo hará! —gritó Rath’Fener—. ¿No lo entiendes? Su reino… ¡tu dios ya no aguarda en él!

—Es consciente de eso —dijo Paran—. Esto es lo que pasa cuando uno se mete en el terreno personal y, créeme, preferiría no tomar parte alguna en esto.

Rath’Trake se giró hacia el capitán.

—¿Y se puede saber quién eres tú, soldado?

—Hoy, ahora mismo, soy el señor de la Baraja, sacerdote. Y al parecer estoy aquí para negociar… en tu nombre y en el de tu dios. Cielos —añadió con ironía—, el yunque del escudo está resultando ser un hombre de una… contumacia admirable.

Itkovian apenas oyó el intercambio. Con los ojos fijos en el sacerdote apresado contra el suelo siguió hablando.

—Nuestro señor se ha… ido. Es cierto. Así que… será mejor que reces, Rath'Fener, para que una criatura misericordiosa se apiade de ti.

Rath'Trake se giró en redondo y miró al yunque del escudo.

—¡Por el abismo, Itkovian, no hay crimen tan vil que iguale lo que estás a punto de hacer! ¡Su alma quedará destrozada! ¡Donde irá no hay criaturas misericordiosas! Itkovian…

—Silencio, señor. Este juicio es mío y de la revelación.

La víctima chilló.

E Itkovian bajó de golpe la espada. El borde de la hoja agrietó los adoquines. Dos gotas de sangre salieron despedidas de los muñones de las muñecas de Rath'Fener. Las manos… no se veían por ninguna parte.

Itkovian estrelló la parte plana de la espada contra los muñones. La carne chisporroteó. Los gritos de Rath'Fener cesaron de golpe cuando perdió el sentido. La capitana Norul se apartó del hombre y lo dejó tirado en los adoquines.

Paran empezó a hablar.

—Yunque del escudo, escúchame. Por favor, Fener ha desaparecido, camina por el reino mortal. Así pues, no puede bendecirte. Con lo que tú asumes… no tiene ningún sitio al que ir, no hay forma de aliviar la carga.

—Soy, de igual manera, consciente de lo que dices, señor. —Itkovian seguía mirando a Rath'Fener, que empezaba a recuperar la conciencia una vez más—. Es un conocimiento sin ningún valor.

—Hay otro modo, yunque del escudo.

Este se volvió al oírlo y entrecerró los ojos.

Paran continuó.

—Han elaborado una… alternativa. Yo no soy más que el mensajero…

Rath'Trake se acercó a Itkovian.

—Te recibiremos de buen grado, señor. A ti y a tus seguidores. El Tigre del Verano te necesita, yunque del escudo, y te ofrece su abrazo…

—No.

Los ojos se entornaron dentro de la máscara.

—Itkovian —dijo Paran—, esto estaba previsto… el camino preparado… por poderes ancestrales, una vez más despiertos y activos en este mundo. Estoy aquí para contarte lo que querrían que hicieras…

—No. He jurado mi lealtad a Fener. Si es necesario, compartiré su suerte.

—¡Es un ofrecimiento de salvación, no una traición! —exclamó Rath'Trake.

—¿No lo es? Basta de palabras, señores. —En el suelo, Rath'Fener había recuperado la conciencia. Itkovian estudió al hombre—. No he terminado todavía —susurró.

El cuerpo de Rath'Fener se sacudió y un chillido desgarrador surgió de su garganta, se le partieron los brazos como si hubieran tirado de ellos unas manos invisibles e inhumanas. En la piel de hombre aparecieron unos tatuajes oscuros, pero no los que pertenecían a Fener, pues no había sido ese dios el que había reclamado las manos cercenadas de Rath'Fener. Una escritura extraña y retorcida se multiplicó por su piel cuando el demandante desconocido dejó su marca y se apoderó del alma mortal del hombre. Palabras que se oscurecieron como quemaduras.

Le salieron ampollas que se rompieron y expulsaron un líquido denso y amarillo.

Unos gritos de un dolor insoportable, inimaginable, llenaron la plaza, el cuerpo sufrió espasmos sobre los

adoquines cuando los músculos y la grasa se disolvieron bajo la piel y luego hirvieron y se abrieron paso.

Pero el hombre no murió.

Itkovian envainó su espada.

El malazano fue el primero en comprender. Estiró de golpe la mano y la cerró sobre el brazo del yunque del escudo.

—Por el abismo, no…

—Capitán Norul.

Con el rostro muy pálido bajo el yelmo, la mujer posó la mano en la empuñadura de su espada.

—Capitán Paran —dijo con voz tensa y quebradiza—, retira la mano.

El capitán se giró hacia ella.

—Sí, hasta tú retrocedes ante lo que planea hacer…

—No obstante, señor. Suéltalo o tendré que matarte.

Los ojos del malazano brillaron de un modo extraño al oír la amenaza pero Itkovian no podía pensar en la joven capitana. Tenía una responsabilidad. Rath'Fener ya había recibido castigo suficiente. Había que poner fin a su dolor.

¿Y quién me salvará a mí?

Paran lo soltó al fin.

Itkovian se inclinó sobre la forma retorcida y apenas reconocible que yacía en los adoquines.

—Rath'Fener, óyeme. Sí, aquí estoy. ¿Querrás aceptar mi abrazo?

A pesar de toda la envidia y maldad que albergaba en su interior el torturado sacerdote (lo que le había conducido a la traición no solo de Brukhalian, la espada mortal, sino del propio Fener), en el alma de aquel hombre quedaba cierta pequeña medida de misericordia. Misericordia y comprensión. Su cuerpo se apartó con una sacudida y los

miembros le resbalaron cuando intentó arrastrarse lejos de la sombra de Itkovian.

El yunque del escudo asintió, después cogió la supurante figura entre sus brazos y la levantó.

Veo que te encoges y sé que es tu último gesto. Un gesto de expiación. A eso, no puedo sino responder con la misma moneda, Rath'Fener. Así pues, asumo tu dolor, señor. No, no luches contra este don. Libero tu alma al Embozado, al solaz de la muerte…

Paran y los otros no vieron nada, salvo al yunque del escudo de pie e inmóvil con Rath'Fener entre sus brazos. El sacerdote rendido y manchado de sangre continuó agonizando un momento más y después pareció derrumbarse sobre sí mismo y sus gritos se redujeron al silencio.

La vida del hombre se desplegó en la mente de Itkovian. Ante él, el camino que siguió el sacerdote hasta la traición. Vio a un joven acólito, puro de corazón, cruelmente educado no en la piedad y la fe sino en las cínicas lecciones de las luchas seculares de poder. El gobierno y la administración eran un nido de víboras, un conflicto constante entre mentes pequeñas y mezquinas con gratificaciones ilusorias. Una vida pasada en los fríos pasillos del salón del vasallaje había dejado huera el alma del sacerdote. El yo llenaba la nueva caverna de la fe perdida, acosada por miedos y celos para los que la única respuesta eran actos malevolentes. El instinto de supervivencia hacía de cada virtud un artículo de consumo con el que se podía comerciar.

Itkovian lo entendía, podía contemplar cada paso que había llevado, de forma inevitable, a la traición, al intercambio de vidas que se había acordado entre el sacerdote y los agentes del Dominio Painita. Y entre todo eso, la certeza de Rath'Fener de que al hacerlo se había

envuelto con una víbora cuyo beso era letal. Estaba muerto en cualquier caso, pero se había alejado demasiado de su fe, demasiado para imaginar que podría algún día regresar a ella.

Te comprendo ahora, Rath'Fener, pero la comprensión no es sinónimo de absolución. La justicia que es tu castigo no vacila. Así pues, se te obligó a conocer el dolor.

Sí, Fener debería haber estado aguardándote; nuestro dios debería haber aceptado tus manos cercenadas para poder mirarte tras tu muerte, para poder dar voz a las palabras preparadas para ti y solo para ti, las palabras que habrían de aparecer sobre tu piel. La expiación definitiva de tus crímenes. Así debería haber sido, señor.

Pero Fener ha desaparecido.

Y lo que te sostiene ahora tiene… otros deseos.

Yo le niego ahora el derecho que tiene a poseerte.

El alma de Rath'Fener chilló e intentó apartarse una vez más. Trazó palabras entre el tumulto: «¡Itkovian! ¡No lo hagas! Déjame con esto, te lo ruego. No, por tu alma, jamás quise… por favor, Itkovian…».

El yunque del escudo tensó todavía más su abrazo espiritual y rompió las últimas barreras. *A nadie se le debe negar su dolor y su angustia, señor, ni siquiera a ti*.

Pero las barreras, una vez bajadas, no podían elegir lo que las atravesaría.

La tormenta que golpeó a Itkovian lo arroyó. Un dolor tan intenso que se convirtió en una fuerza abstracta, una entidad viva que era en sí misma un objeto lleno de pánico y terror. Se abrió a él y dejó que los gritos lo llenaran.

En un campo de batalla, después de que se haya detenido el último corazón, queda el dolor. Atrapado en la tierra, en la piedra, tendiendo un puente en el aire de un extremo a otro, una telaraña de recuerdos que tiemblan al

ritmo de una canción silenciosa. Pero a Itkovian su juramento le negaba el don del silencio. Él podía oír esa canción. Lo llenaba por entero. Y él era su contrapunto. Su respuesta.

Ahora te tengo, Rath'Fener. Te han hallado y así… respondo.

De repente, más allá del dolor, una conciencia mutua, una presencia ajena. Un poder inmenso. No maligno pero profundamente… diferente. De esa presencia surgía una confusión atormentada, angustia. Quería hacer del regalo inesperado de las dos manos de un mortal… algo bello. Pero la carne de ese hombre no podía contener ese regalo.

Horror dentro de la tormenta. Horror… y dolor.

Ah, hasta los dioses lloran. Encomiéndate entonces a mi espíritu. Yo me quedaré con tu dolor también, señor.

La presencia extraña se encogió, pero ya era demasiado tarde, el abrazo de Itkovian ofrecía su inconmensurable don…

… y quedó sumergido. Sintió que su alma se disolvía y se rasgaba, *¡demasiado inmenso!*

Había, bajo los rostros fríos de los dioses, calidez. Pero solo era dolor en la oscuridad, pues no eran los dioses mismos los que eran insondables. Eran los mortales. En cuanto a los dioses… se limitaban a pagar.

Somos… somos el potro sobre el que los torturan.

Y después la sensación desapareció, huyó de él cuando el dios ajeno consiguió salir y dejó a Itkovian solo con los ecos debilitados del dolor de un mundo lejano, un mundo con sus propias atrocidades, capa tras capa de una historia larga y torturada. Ecos debilitados… que al final se apagaron.

Y lo dejaron con una certeza que le desgarró el corazón.

Una pequeña misericordia. Se combaba bajo el dolor de Rath'Fener, la crecida matanza y la aterradora muerte de

Capustan a medida que su abrazo se veía obligado a abrirse cada vez más. Las almas que clamaban por todas partes, ni una sola historia que no fuera digna de mirarse, de reconocerse. A nadie rechazaba. Almas por decenas de miles, vidas enteras de dolor, pérdida, amor y sufrimiento, cada una llevaba su propia y agónica muerte cabalgando sobre sus recuerdos. Hierro, fuego, humo y piedras que caían. Polvo y falta de aire. Recuerdos de finales penosos, finales sin sentido, de miles y miles de vidas.

Debo expiarlas. Debo dar respuestas. A cada muerte. A todas las muertes.

Quedó perdido en la tormenta, su abrazo era incapaz de rodear aquella inmensidad de angustia que lo asaltaba. Pero siguió luchando. El don de la paz. Despojar del trauma del dolor, liberar las almas para que encontraran su camino… hasta los pies de incontables dioses, o hasta el reino del Embozado, o, de hecho, hasta el propio abismo. Viajes necesarios para liberar las almas atrapadas en sus muertes torturadas.

Soy el… el yunque del escudo. Esto es para que yo… lo sujete… lo contenga. ¡Estirad los brazos… dioses! ¡Redímelos, señor! Es tu trabajo. El corazón de tus votos, eres el que caminas entre los muertos en el campo de batalla, el que trae la paz, el redentor de los caídos. Eres el que arregla vidas rotas. Sin ti, la muerte carece de sentido y la negación de ese sentido es el crimen más grande del mundo contra sus propios hijos. Aguanta, Itkovian… aguanta…

Pero él no tenía dios en el que apoyar la espalda, no había una presencia sólida e insoluble aguardándolo para responder a sus necesidades. Y él no era más que un alma mortal…

Pero no debo rendirme. ¡Dioses, oídme! Puede que no sea vuestro. Pero vuestros hijos caídos son míos. Presenciad, entonces, lo que yace tras mi cara fría. ¡Sed testigos!

En la plaza, entre un silencio pavoroso, Paran y los otros contemplaron a Itkovian, que se fue arrodillando poco a poco. Un cuerpo sin vida y medio podrido se había desplomado entre sus brazos. Aquella solitaria figura arrodillada parecía (a los ojos del capitán) abarcar el agotamiento del mundo, una imagen que se quedó grabada en su mente, una imagen que sabía que jamás lo abandonaría.

De toda la lucha, las guerras, que todavía se libraba en el interior del yunque del escudo, poco se mostraba. Después de largos minutos, Itkovian levantó un brazo, se desató el yelmo, lo levantó y reveló el interior de cuero manchado de sudor. El cabello, largo y chorreante, se le había pegado a la frente y el cuello y le cubrió la cara cuando se arrodilló con la cabeza inclinada; el cuerpo que tenía entre sus brazos se derrumbó convertido en cenizas pálidas. El yunque del escudo se quedó inmóvil.

Su frágil cuerpo se alzaba y caía con un gesto vacilante que se iba ralentizando.

Se entrecortó.

Y después cesó.

El capitán Paran, con el corazón desbocado en el pecho, se acercó disparado, cogió a Itkovian por los hombros y lo sacudió.

—¡No, maldito seas! ¡No he venido aquí para ver esto! ¡Despierta, cabrón!

... Paz... ¿te tengo ya? Mi regalo, ah, esta carga...

La cabeza del yunque del escudo cayó hacia atrás con una sacudida y aspiró una bocanada de aire que fue casi un

sollozo.

Se posa… ¡tanto peso! ¿Por qué? Dioses, todos mirasteis. Fuisteis testigos con vuestros ojos inmortales. Pero no distéis ni un solo paso adelante. Rechazasteis mi llamada de socorro. ¿Por qué?

El malazano se agachó y rodeó a Itkovian para observarlo de frente.

—¡Mazo! —gritó por encima del hombro.

Cuando el sanador se adelantó corriendo, Itkovian buscó con los ojos a Paran y levantó poco a poco una mano. Se tragó su desesperación y consiguió encontrar las palabras necesarias.

—No sé cómo —dijo con voz ronca—, pero me has devuelto…

La sonrisa de Paran era forzada.

—Eres el yunque del escudo.

—Sí —susurró Itkovian. *Y que Fener me perdone, pero no me has hecho ningún favor*…—. Soy el yunque del escudo.

—Lo noto en el aire —dijo Paran mientras sus ojos buscaban algo en los de Itkovian—. Ha… ha sido purificado.

Sí.

Y no he terminado todavía.

Rezongo se quedó mirando mientras el malazano y su sanador hablaban con el comandante de las Espadas Grises. La niebla de sus pensamientos (que lo había encerrado durante lo que comprendió que habían sido días enteros) había empezado a aclararse. Lo asaltaban detalles y la prueba de los cambios que se habían operado en su interior lo alarmaron.

Sus ojos veían… de forma diferente. Una percepción inhumana. Captaba cualquier movimiento, por muy ligero o

periférico que fuera, y llenaba su conciencia. Le parecía carente de importancia o lo definía como amenaza, presa o desconocido: decisiones instintivas, pero que ya no permanecían enterradas en lo más profundo de su ser, sino que acechaban bajo la superficie de su mente.

Podía sentir cada uno de sus músculos, cada tendón y cada hueso, podía concentrarse en cada uno y excluir incluso todos los demás; lograba así una sensibilidad espacial que hacía que el control fuera absoluto. Podía caminar por el suelo de un bosque en total silencio si así lo deseara. Podía pararse en seco, ocultar incluso el aliento que cogía y quedarse totalmente inmóvil.

Pero los cambios que sentía eran mucho más profundos que simples manifestaciones físicas. La violencia que residía en su interior era la de un asesino frío e implacable, desprovisto de compasión o ambigüedad.

Y comprender eso lo dejó aterrado.

La espada mortal del Tigre del Verano. Sí, Trake, te siento. Sé lo que has hecho de mí. Maldito seas, al menos podrías haberme preguntado.

Miró a sus seguidores y supo que eran exactamente eso, seguidores, sus propios juramentados. Una verdad espantosa. Piedra Menackis, *no, ella no es de Trake. Ella ha elegido al dios ancestral de Keruli. Bien. Si alguna vez esa mujer fuera a arrodillarse delante de mí, no serían religiosos nuestros pensamientos… ¿y qué probabilidades hay de eso? Ah, muchacha*…

La joven percibió los ojos que se habían posado en ella y lo miró.

Rezongo le guiñó un ojo.

Piedra alzó las cejas y él comprendió que se alarmara, lo que solo le hizo más gracia; el humor era su única respuesta

al terror que le inspiraba el asesino brutal que se ocultaba en su interior.

Piedra dudó y después se acercó.

—¿Rezongo?

—Sí. Tengo la sensación de que acabo de despertar.

—Sí, bueno, la resaca se nota, créeme.

—¿Qué ha pasado?

—¿No lo sabes?

—Creo que sí, pero no estoy del todo seguro… de mí mismo, de mis propios recuerdos. Defendimos nuestro bloque y las cosas se pusieron más feas que lo que hay entre los dedos de los pies del Embozado. Te hirieron. Te morías. Ese soldado malazano de ahí te sanó. Y está Itkovian, el sacerdote que tenía en los brazos acaba de convertirse en polvo, dioses, debía de necesitar un buen baño…

—Que Beru nos proteja a todos, eres tú de verdad, Rezongo. Creí que te había… que te habíamos perdido para siempre.

—Creo que una parte de mí se ha perdido, muchacha. Que la hemos perdido todos.

—¿Desde cuándo eres de los que veneran a un dios?

—Ahí está el chiste y, la verdad, lo siento por Trake. No lo soy. Ha elegido muy mal. Enséñame un altar y más que besarlo, seguramente me mearé en él.

—Quizá debas besarlo, así que te sugeriría que cambiaras el orden de tus acciones.

—Ja, ja. —Rezongo se sacudió, hizo rodar los hombros y suspiró.

Piedra se encogió un poco al ver el movimiento.

—Eh, eso ha sido demasiado felino para mí, tus músculos se ondularon bajo esa piel cubierta de púas.

—Y la sensación fue estupenda, joder. ¿Así que se onduló? Deberías estar considerando nuevas…

posibilidades, muchacha.

—Sigue soñando, zoquete.

Las chanzas eran frágiles y los dos lo notaron.

Piedra se quedó callada un momento y después siseó entre dientes.

—Buke. Supongo que está…

—No, sigue vivo. De hecho, ahora mismo está dibujando círculos sobre nuestras cabezas. Es ese gavilán, un regalo de Keruli para ayudar al tipo a echarle un ojo a Korbal Espita. Ahora es soletaken.

Piedra se puso a mirar al cielo con gesto furioso y las manos en las caderas.

—¡Bueno, pues me parece magnífico! —La joven le lanzó una mirada venenosa a Keruli, que se hallaba a un lado con las manos metidas en las mangas, pasando desapercibido y observándolo todo en silencio—. ¡A todo el mundo lo bendicen menos a mí! ¿Es eso justo?

—Bueno, a ti ya te han bendecido con una belleza incomparable, Piedra…

—Una palabra más y te corto la cola, te lo juro.

—No tengo cola.

—Exacto. —La joven lo miró de frente—. Escucha, tenemos una cosa que solucionar. Algo me dice que, en nuestro caso, no es muy probable que volvamos a Darujhistan, al menos no durante un tiempo, en cualquier caso. Así que, ¿ahora qué? ¿Estamos a punto de separarnos, viejo miserable?

—No hay prisa alguna, muchacha. Veamos cómo van las cosas…

—Disculpad.

Los dos se giraron al oír la voz y se encontraron con que Rath’Trake se había reunido con ellos.

Rezongo miró con el ceño fruncido al sacerdote enmascarado.

—¿Qué?

—Creo que tenemos asuntos que discutir, tú y yo, espada mortal.

—Puedes creer lo que quieras —respondió el daru—. Yo ya le he dejado claro al de los bigotes que no soy la mejor elección…

Rath’Trake pareció atragantarse.

—¿El de los bigotes? —balbuceó, indignado.

Piedra se echó a reír y le dio un golpe al sacerdote en el hombro.

—Es un reverendísimo cabrón, ¿a que sí?

—Yo no me arrodillo ante nadie —gruñó Rezongo—. Y eso incluye a los dioses. Y si con restregar bastara, me quitaría esas rayas de la piel ahora mismo.

El sacerdote se frotó el magullado hombro, los ojos brillaron furiosos dentro de la máscara felina al mirar a Piedra. Al oír las palabras de Rezongo volvió a mirar al daru.

—No hay nada que discutir, espada mortal. Eres lo que eres…

—Soy capitán de caravanas, y además, de los buenos, coño. Es decir, cuando estoy sobrio.

—Eres el maestro de la guerra en nombre del señor del Verano…

—Digamos que eso es una distracción como cualquier otra.

—Una… ¿una qué?

Oyeron unas carcajadas. El capitán Paran, todavía agachado junto a Itkovian, los miraba y era obvio que había escuchado toda la conversación. El malazano le sonrió a Rath’Trake.

—Las cosas nunca van como crees que deberían, ¿verdad, sacerdote? Esa es la gloria de los humanos, así somos y será mejor que tu nuevo dios se acostumbre, y pronto. Rezongo, tú sigue jugando según tus propias reglas.

—No había planeado hacer otra cosa, capitán —respondió Rezongo—. ¿Cómo se encuentra el yunque del escudo?

Itkovian los miró.

—Estoy bien, señor.

—Eso sí que es mentir —dijo Piedra.

—Da igual —dijo el yunque del escudo mientras aceptaba el hombro de Mazo para irse levantando poco a poco.

Rezongo bajó la vista y miró los dos alfanjes blancos que tenía en las manos.

—Que el Embozado me lleve —murmuró—, estos trastos se han puesto muy feos, maldición. —Metió las hojas a la fuerza en las deterioradas vainas, casi hechas jirones.

—No deben abandonar tus manos hasta que esta guerra haya acabado —le soltó de repente Rath'Fener.

—Una palabra más, sacerdote —dijo Rezongo—, y el que estarás acabado serás tú.

Nadie más se había aventurado a entrar en la plaza. La cabo Rapiña permanecía con los otros abrasapuentes en la boca del callejón, intentando determinar lo que estaba pasando. A su alrededor, los soldados conversaban y hacían conjeturas como siempre han hecho los soldados, intentando adivinar el significado de los gestos y los intercambios apagados que presenciaban entre los dignatarios.

Rapiña miró furiosa a su alrededor.

—Mezcla, ¿dónde estás?

—Aquí —respondió la mujer junto a la cabo.

—¿Por qué no te escabulles por ahí delante y averiguas lo que está pasando?

La mujer se encogió de hombros.

—Notarían mi presencia.

—¿En serio?

—Además, no me hace falta. Para mí está claro lo que ha pasado.

—¿De veras?

Mezcla esbozó una mueca irónica.

—¿Perdiste el cerebro cuando renunciaste a esos brazaletes, cabo? Jamás habías sido tan cándida.

—¿De veras? —repitió Rapiña, pero esa vez con un tono cansino y peligroso—. Sigue así y lo lamentarás, soldado.

—¿Quieres una explicación? De acuerdo. Te contaré lo que creo que he estado viendo. Las Espadas Grises tenían algún tipo de asunto personal que solucionar, cosa que han hecho, solo que el asunto ha estado a punto de hacer pedazos a ese comandante. Pero Mazo, que ha recurrido al Embozado, sabrá qué poderes le ha prestado cierta fuerza, aunque creo que fue la mano del capitán la que rescató a ese hombre de entre los muertos. Y no, yo tampoco sabía que Paran podía hacer eso, y si en los últimos tiempos pensábamos que era algo más que un oficial blandengue de noble cuna, acabamos de asistir a la demostración que confirma nuestras sospechas. Pero no considero que eso sea necesariamente malo para nosotros, tampoco es que nos vaya a clavar una espada por la espalda, cabo. De hecho, puede que se ponga delante de alguna que vaya dirigida a nosotros. En cuanto a Rezongo, bueno, me parece que acaba de despertarse con una sacudida y que a ese sacerdote enmascarado de Trake no le hace ninguna gracia, pero a nadie más le importa un puñetero pimiento porque, a veces, una sonrisa es justo lo que todos necesitamos.

La respuesta de Rapiña fue un simple gruñido.

—Y por último, después de presenciar todo esto —continuó Mezcla—, es hora de que Humbrall Taur y sus barghastianos…

Humbrall Taur sostenía el hacha en alto y había echado a andar hacia la puerta del salón del vasallaje. Caudillos, cargadores y cargadoras salieron de entre las tribus reunidas y cruzaron la plaza en pos del gigantesco guerrero.

Trote se abrió paso entre el grupo de abrasapuentes y se reunió con ellos.

Rapiña se quedó mirando la espalda de su compañero y bufó.

—Va a encontrarse con sus dioses —murmuró Mezcla—. Déjale eso al menos, cabo.

—Esperemos que se quede con ellos —respondió la otra—. Bien sabe el Embozado que ese hombre no sabe mandar…

—Pero el capitán Paran sí —dijo Mezcla.

Rapiña miró a su compañera y se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

—Podría merecer la pena arrinconar a Azogue —continuó Mezcla en voz baja— y a cualquier otro que haya estado abriendo mucho la boca últimamente…

—Arrinconar, sí. Y después dejarlo sin sentido de una paliza. Buen plan, Mezcla. Busca a Detoran. Al parecer nosotros también tenemos un asunto personal que aclarar.

—Bueno, parece que te funciona el cerebro, después de todo.

La única respuesta de Rapiña fue otro gruñido.

Mezcla volvió a escabullirse entre la multitud.

Asunto personal. Me gusta como suena. Ya arreglaremos cuentas nosotros en tu lugar, capitán. El Embozado sabe que es lo menos que puedo hacer…

El gavilán trazaba círculos en el cielo, sus penetrantes ojos no se perdían nada de lo que ocurría. El día estaba cayendo y las sombras se alargaban. Las polvaredas que se levantaban en la llanura, al oeste, revelaban la presencia de los painitas en franca retirada, empujados todavía hacia el oeste por varios miembros del clan de Humbrall Taur.

En la ciudad en sí, miles de barghastianos se movían por las calles. Se llevaban a los muertos mientras otras tribus excavaban inmensos hoyos más allá de la muralla norte, hoyos que empezaron a llenarse cuando las carretas requisadas comenzaron a salir en fila de Capustan. La larga y pesada tarea de limpiar la ciudad había empezado.

Justo debajo de él, la explanada de la plaza se hallaba entreverada de figuras, barghastianos que se movían en procesión, procedentes de las calles y los callejones, los cuales seguían a Humbrall Taur, que se acercaba a la verja del salón del vasallaje.

El gavilán, que en otro tiempo había sido Buke, no oía más sonido que el del viento, que le prestaba a la escena del suelo una solemnidad etérea.

No obstante, el ave rapaz no se acercó más. La distancia era lo único que lo mantenía cuerdo, era lo único que lo había mantenido cuerdo desde el amanecer.

Allí, muy por encima de Capustan, aquellos inmensos dramas de muerte y desesperación quedaban disminuidos, eran casi una abstracción. Mareas de movimiento, el torbellino borroso de colores, el lodo puro de la humanidad, todo quedaba comprimido, la futilidad reducida a algo extrañamente manejable.

Edificios quemados. El fin trágico de los inocentes. Esposas, madres, hijos. Desesperación, horror y dolor, las

tormentas de vidas destruidas.

No se iba a acercar más.

Esposas, madres, hijos. Edificios quemados.

No se iba a acercar más.

Nunca jamás.

El gavilán cogió una corriente y se lanzó hacia las alturas con los ojos clavados en el brillo de las estrellas cuando la noche se tragó el mundo que dejó abajo.

Había dolor en los regalos concedidos por los dioses ancestrales.

Pero a veces también había misericordia.

Capítulo 18



El nacimiento de los dioses barghastianos resonó como un martillo en el yunque del panteón. Primordiales en su orientación, estos espíritus ascendidos surgían de la fortaleza de la Bestia, el más ancestral de los reinos de la baraja Ancestral, perdida hacía mucho tiempo. Dueños de secretos y misterios nacidos a la sombra bestial de la humanidad, el suyo era un poder envuelto en antigüedad.

De hecho, los otros dioses debieron sentir el temblor de su ascenso y alzaron la cabeza, alarmados y consternados. Uno de los suyos, después de todo, acababa de ser abandonado en el reino mortal mientras que un héroe primero asumía el manto de guerrero en su lugar. Más aún, el Caído había regresado al juego con funesta malicia y había corrompido las sendas para anunciar su deseo de venganza y, hay que añadir si volvemos la vista atrás y vemos las cosas con claridad, de dominación.

El sueño de Ascua era febril. La civilización humana se debatía en un sinfín de tierras y se ahogaba en el fango de la sangre derramada. Eran tiempos oscuros y era una oscuridad que parecía hecha para el amanecer de los dioses barghastianos...

Tras los sueños
Imrygyn Tallobant, el Joven

El hechicero abrió los ojos.

Y vio, agachado sobre un fardo justo delante de él, una pequeña figura de palos y bramante anudado; la cabeza era una bellota que en ese momento ladeaba un poco.

—Despierto. Sí. Una mente sólida una vez más.

Ben el Rápido hizo una mueca.

—Talamandas. Por un momento pensé que estaba reviviendo una pesadilla especialmente desagradable.

—Por los delirios de los últimos días y noches, Ben Adaephon Delat, has vivido unas cuantas pesadillas desagradables, ¿no?

Una lluvia ligera tamborileaba en las paredes inclinadas de la tienda. El hechicero se quitó las pieles del cuerpo y se sentó despacio. Se encontró con que apenas llevaba puesto poco más que las prendas interiores, le habían quitado la armadura de cuero y la túnica acolchada. Estaba empapado en sudor, tenía frío y la lana mugrienta y áspera se hallaba húmeda.

—¿Delirios?

La risa del monigote fue suave.

—Oh, sí. Y yo escuché, escuché con mucha atención. Así que ya sabes la causa de la enfermedad que acosa a la diosa Dormida. Querrías interponerte en el camino del dios Tullido, compararte con él en ingenio, que no en poder, y derrotar sus pretensiones. Mortal, la tuya es una presunción sin par… que no puedo sino aplaudir.

Ben el Rápido suspiró y examinó el contenido revuelto de la tienda.

—De forma burlona, sin duda. ¿Dónde está el resto de mis ropas?

—No me burlo de ti, hechicero. De hecho, me da una lección la profundidad de tu… integridad. Encontrar tal en un soldado común, en un soldado que sirve a una emperatriz malévola y rencorosa que se sienta en un trono manchado de sangre y gobierna un Imperio de asesinos…

—Eh, espera un momento, marioneta descabellada…

Talamandas se echó a reír.

—Oh, pero si siempre ha sido así, ¿no? ¡Dentro del cadáver podrido se esconden diamantes! Puros de corazón, leales y honrados, pero acosados dentro de su propia casa por el más vil de los amos. Y cuando los historiadores hayan terminado y empiece a secarse la tinta, ¡que la casa brille en todo su esplendor aunque se esté quemando!

—Ahora sí que me he perdido, enano —murmuró Ben el Rápido—. ¿Cuánto tiempo llevo… fuera del mundo?

—El tiempo suficiente. Con la ciudad reconquistada, el salón del vasallaje rindiendo los huesos de nuestros fundadores y los painitas empujados hacia las garras de Brood y tus compañeros malazanos, bueno, el caso es que te has perdido la mayor parte de la fiesta. De momento, en cualquier caso. El cuento está lejos de acabar, después de todo.

El mago encontró su túnica acolchada.

—Todo eso —murmuró mientras se ponía la pesada prenda— habría estado bien presenciarlo, pero dada mi actual falta de eficacia…

—Ah, en cuanto a eso…

Ben el Rápido le echó un vistazo al monigote.

—Continúa.

—Quieres vencer al dios Tullido, pero resulta que eres incapaz de usar los poderes que posees. ¿Cómo te las arreglarás, entonces?

El mago estiró el brazo para coger las calzas.

—Ya pensaré en algo, con el tiempo. Por supuesto, tú crees que tienes la respuesta, ¿verdad?

—La tengo.

—Muy bien, vamos a oírla, entonces.

—Mis dioses han despertado, hechicero. Con la nariz en el aire, olisquean el aroma de las cosas y son dados a pensamientos desazonados y meditaciones lúgubres. Tú,

Ben Adaephon Delat, persigues una causa digna. Lo bastante osada como para captar su atención. Una atención que lleva a ciertas conclusiones. Hay que hacer sacrificios. Por tu causa. Entrar en las sendas, un paso imprescindible. De ahí la necesidad de proporcionarte una… armadura adecuada. Para que puedas defenderte de los venenos del dios Tullido.

Ben el Rápido se masajeó la frente.

—Talamandas, si tus dioses y tú habéis cosido una especie de manto o tahalí impermeable o algo parecido, dilo sin más. Por favor.

—Nada tan… anodino, hechicero. No, tu propia carne debe ser inmune a la infección. Tu mente debe estar blindada contra las fiebres y otras plagas parecidas. Debes estar revestido con poderes protectores que por naturaleza desafíen todo lo que intente el dios Tullido cuando pretenda frustrar tus planes.

—Talamandas, lo que describes es imposible.

—Exacto. —El monigote se desenredó y se levantó—. Así pues, ante ti se encuentra el sacrificio digno. Las ramas y el bramante no se ponen enfermos. Un alma que ha conocido la muerte no puede sufrir fiebre alguna. Los antiguos poderes que me rodean y atan son antiguos e inmensos, las más altas hechicerías para atraparme dentro de mí mismo.

—Y sin embargo te engañaron. Una vez. Te arrancaron de tu túmulo…

—Lo hicieron nigromantes, así se pudran sus viles corazones. No se repetirá. Mis dioses se han ocupado de eso, con el poder de su propia sangre. Te acompañaré, Ben Adaephon Delat. Al interior de las sendas. Soy tu escudo. Úsame. Llévame donde quieras.

Ben el Rápido entrecerró los ojos oscuros y estudió al monigote.

—Mis caminos nunca son rectos, Talamandas. Y por muy poco sentido que mis acciones tengan para ti, no pienso perder el tiempo con explicaciones.

—Mis dioses te han otorgado su confianza.

—¿Por qué?

—Porque les caes bien.

—¡Por el aliento del Embozado! ¿Sobre qué he estado delirando?

—En verdad no puedo decirte por qué confían en ti, hechicero, solo que confían. Tales asuntos no son algo que yo deba cuestionar. En ese febril estado revelaste el modo en que funciona tu mente, tejiste una red, una telaraña, pero ni siquiera yo podía distinguir todos los eslabones, las hebras que la conectaban. Tu comprensión de la causalidad supera mi intelecto, Ben Adaephon Delat. Quizá mis dioses vislumbraron un destello de tus designios. Quizás un simple indicio que disparó la sospecha instintiva de que en ti, mortal, el dios Tullido encontrará un digno rival.

Ben el Rápido se puso en pie y se acercó adonde su armadura de cuero y los colores de los Abrasapuentes lo esperaban hechos un montón, cerca de la entrada de la tienda.

—Ese es el plan, en cualquier caso. De acuerdo, Talamandas, trato hecho. Admito que no sabía muy bien cómo iba a proceder sin mis sendas. —Hizo una pausa y se volvió hacia el monigote una vez más—. Quizá puedas responderme a unas cuantas preguntas. Hay alguien más en este juego. Parece estar resistiéndose de algún modo también al Caído. ¿Sabes qué o quién podría ser?

Talamandas se encogió de hombros.

—Dioses ancestrales, hechicero. Mis dioses barghastianos han llegado a la conclusión de que sus acciones han sido reaccionarias en extremo…

—¿Reaccionarias?

—Sí, una especie de retirada combativa. Parecen incapaces de cambiar el futuro, solo pueden prepararse para él.

—Eso es muy fatalista por su parte, maldita sea.

—Su perenne defecto, hechicero.

Ben el Rápido se puso la armadura con un movimiento ágil.

—Claro que —murmuró— en realidad no es su guerra. Salvo quizá la de K’rul…

Talamandas saltó al suelo y se escabulló a toda prisa para colocarse justo delante del hechicero.

—¿Qué has dicho? ¿K’rul? ¿Qué sabes de él?

Ben el Rápido alzó una ceja.

—Bueno, fue el que hizo las sendas, después de todo. Nadamos en su sangre inmortal, los magos y todos aquellos que emplean los caminos de la hechicería, incluyendo los dioses. Los tuyos también, me imagino.

El monigote dio unos cuantos saltitos, con las ramitas que formaban los dedos se agarraba la hierba amarillenta que llevaba atada a la cabeza de bellota.

—¡Nadie sabe todo eso! ¡Nadie! Tú, tú, ¿cómo sabes…? *¡Aghh!* ¡La telaraña! ¡La telaraña de tu cerebro infernal!

—K’rul se encuentra incluso peor que Ascua, dada la naturaleza del asalto del dios Tullido —dijo Ben el Rápido—. Así que si yo me sentí indefenso, imagínate cómo se debió de sentir él. Hace un poco más comprensible ese fatalismo, ¿no te parece? Y si eso no fuera suficiente, los últimos dioses ancestrales supervivientes, sin excepción, han vivido bajo una serie de maldiciones de lo más desagradables durante mucho, mucho tiempo. ¿No es cierto? Dadas las circunstancias, ¿quién no sería un poco fatalista?

—¡Cabrón mortal! ¡Perviertes y tramas! ¡Trampa mortal! ¡Escúpelo ya, maldito seas!

Ben el Rápido se encogió de hombros.

—Tus dioses barghastianos no están listos para hacerlo solos. Ni siquiera apoyándome a mí con todas sus fuerzas, en cualquier caso. De eso nada, Talamandas, siguen siendo niños perdidos. Pues bien, los dioses ancestrales se han puesto a la defensiva y han intentado hacerlo solos, me imagino. El legendario orgullo de toda esa panda. Pero eso no funcionaba, así que han ido en busca de aliados.

»Así pues… ¿quién se empecinó en reformarte para convertirte en algo capaz de protegerme en las sendas? El Embozado, por ejemplo, me imagino. Capas de muerte que protegen tu alma. Y tus propios dioses barghastianos, por supuesto. Escindieron esos hechizos vinculantes que constreñían tu poder. Y Fener te ha tirado algún hueso, o Treach, o quien sea que esté en ese turno concreto en estos momentos; puedes devolver el golpe si algo viene a por ti. Y yo diría que la reina de los Sueños se ha metido también, un puente entre tú y la diosa Dormida, para convertirte en un cruzado solitario y me imagino que formidable contra el veneno que habita en su cuerpo y en las venas de K’rul. Así que ya estás listo para partir, pero ¿adónde? ¿Cómo? Y ahí es donde entro yo. ¿Cómo lo estoy haciendo hasta ahora, Talamandas?

—Confiamos en ti, Ben Adaephon Delat —gruñó el monigote.

—¿Para que haga qué?

—¡Lo que sea que estés planeando hacer! —chilló Talamandas—. ¡Y más vale que funcione!

Después de un largo rato, Ben el Rápido bajó la cabeza y le sonrió a la criatura.

Pero no dijo nada.

El monigote salió arrastrándose detrás de Ben el Rápido cuando este dejó la tienda. El mago hizo una pausa para mirar a su alrededor. Lo que había creído que era lluvia era, en realidad, agua que se derramaba de las hojas de un roble grande y verde cuyas ramas colgaban sobre la tienda. Caía ya la tarde y el cielo estaba despejado.

Un campamento barghastiano se extendía en todas direcciones. Moradas de mimbre y cuero se alzaban sobre el suelo del bosque por la base de una ladera ligeramente arbolada justo detrás del mago, mientras que ante él, al sur, veía los montecillos de color pardo de unos tipis redondos. Los diferentes estilos reflejaban al menos dos tribus diferentes. Los senderos embarrados que se entrecruzaban por el campamento estaban atestados de guerreros, muchos heridos o cargando con compañeros heridos.

—¿Dónde están mis compañeros Abrasapuentes? —le preguntó Ben el Rápido a Talamandas.

—Fueron los primeros en entrar en Capustan, hechicero, y allí siguen. En el salón del vasallaje, con toda probabilidad.

—¿Lograron combatir?

—Solo en la puerta norte, para romper la línea de asedio. Se llevó a cabo con rapidez. No hay ningún herido, Ben Adaephon Delat. Lo que hace de tu tribu algo único, ¿no?

—Eso parece —murmuró Ben el Rápido mientras observaba los guerreros que iban entrando en el campamento—. He de asumir que no ha habido muchos duelos en los últimos días.

El monigote lanzó un gruñido.

—Cierto. Nuestros dioses han hablado con nuestros chamanes, que, a su vez, les han trasmitido a los guerreros de los clanes un… castigo. Da la sensación de que las Caras Blancas no han terminado todavía con esos painitas… ni con tu guerra, hechicero.

Ben el Rápido bajó la mirada.

—¿Vais a marchar al sur con nosotros, Talamandas?

—Marcharemos. No es suficiente con despuntar la espada, debemos cercenar la mano que la empuña.

—Tengo que ponerme en contacto con mis aliados… del ejército que está al oeste. ¿Debería intentarlo con una senda?

—Yo estoy listo.

—Bien. Vamos a buscar un sitio un poco más privado.

Dos leguas al oeste de Capustan, en las sombras que bordeaban una amplia ladera, las pobladas filas de la infantería pesada malazana entrelazaban los escudos y avanzaban. Marines armados con ballestas se habían dispuesto por delante y disparaban cuadrillos contra la línea arremolinada de betaklitas que estaba a menos de veinticinco metros de distancia.

Whiskeyjack observaba entre las ranuras de la celada desde donde se había detenido en la cima de la colina, su caballo agitaba la cabeza al sentir el olor de la sangre. Edecanes y mensajeros se reunían a su alrededor.

El ataque del flanco de Dujek contra el regimiento de arqueros del septarca había acabado casi con todo el zumbido del vuelo de las flechas procedentes del lado contrario del valle. La infantería pesada de Whiskeyjack había detenido el fuego, lo que le había proporcionado a la caballería pesada de Unbrazo el tiempo preciso para montar una carga por la ladera norte. Si los arqueros painitas hubieran tenido la disciplina necesaria (y comandantes competentes) habrían tenido tiempo de recuperar la formación y lanzar al menos tres andanadas contra la caballería que cargaba contra ellos, quizá suficiente para

detener el ataque. En su lugar, se habían arremolinado, confundidos, al ver a los guerreros montados que los cercaban por el flanco derecho y luego se habían desintegrado en desbandada. Después la persecución y una matanza general.

Los marineros retrocedieron por los pasillos que dejaba la infantería pesada que avanzaba. Reaparecerían por cada flanco y reanudarían el fuego de ballesta contra los márgenes de la línea enemiga. Antes de eso, sin embargo, cuatro mil veteranos silenciosos, ataviados con armaduras de escamas y con los escudos listos, se enfrentaron a los betaklitas. Las jabalinas precedieron a su carga cuando no quedaban más que una decena de metros, las lanzas de cabezas largas y con púas penetraron en la línea painita (una táctica única de la hueste de Unbrazo), después las cuchilladas de las espadas recién sacadas de las vainas. Y los malazanos se abalanzaron sobre el enemigo.

La línea betaklita se desmoronó.

La infantería pesada de Whiskeyjack se reformó en cuñas individuales de cuatro pelotones, cada una de ellas se adentraba de forma independiente entre las filas painitas una vez que la batalla se había entablado por completo.

Los destacamentos que tenía el comandante delante seguían con precisión la doctrina malazana de batalla, tal y como la había diseñado Dassem Ultor décadas atrás. Las líneas y cuadrados de escudos entrelazados funcionaban mejor en los enfrentamientos defensivos. Pero cuando se pretendía crear el caos entre las pobladas filas de los enemigos, se había averiguado que las unidades más pequeñas y herméticas funcionaban mucho mejor. Un avance eficaz que hiciera retroceder al enemigo perdía con frecuencia impulso, sobre todo al entrar en contacto con los enemigos que se retiraban, en un campo de batalla atestado

de cuerpos y con la necesidad de mantener las filas unidas. Casi mil cuñas de cuatro pelotones, de entre treinta y cinco y cuarenta soldados cada uno, por otro lado, conseguían retrasar el momento de la desbandada. La huida era más difícil, la comunicación problemática, y el campo de visión de los otros soldados con frecuencia se interrumpía, (nadie sabía lo que estaban haciendo los demás y ante esa incertidumbre, solían dudar antes de huir), una opción fatal. Había otra alternativa, por supuesto, que era la de luchar, pero hacía falta un ejército muy especial para ser capaz de mantener semejante disciplina y adaptabilidad en esas circunstancias, y en esos casos las fuerzas malazanas solían mantener la formación de escudos trabados.

Aquellos betaklitas no poseían ninguna de esas cualidades. En un espacio de apenas cincuenta latidos, la división había quedado hecha pedazos. Compañías enteras, que se encontraban rodeadas por los silenciosos y letales malazanos, tiraban las armas.

Whiskeyjack llegó a la conclusión de que esa parte de la batalla había terminado.

Un mensajero saltoano llegó a caballo junto a Whiskeyjack.

—¡Señor! ¡Recado del caudillo!

Whiskeyjack asintió.

—Los barghastianos ilgres y sus escaramuzadores rhivi han acabado con los videntes del Dominio y los urdomen. Había un cuadro de magos activo en el combate, al menos al principio, pero los tiste andii los anularon. Brood domina el terreno en el flanco sur.

—Muy bien —gruñó Whiskeyjack—. ¿Algo más?

—Señor, un hondazo bien apuntado de un rhivi le abrió al septarca Kulpath un tercer ojo, mató al muy cabrón allí

mismo. Nos hemos hecho con el estandarte del ejército, señor.

—Informa al caudillo que las compañías betaklitas, beklitas, scalandi y desandi han sido derrotadas. Dominamos el centro y el norte. Pregúntale al caudillo por nuestro próximo movimiento, mis exploradores me informan que hasta doscientos mil Tenescowri se encuentran acampados a media legua al este. Bastante maltrechos según todos los indicios, pero podrían ser una molestia en potencia. Al mismo tiempo (y en esto estamos de acuerdo Dujek y yo) una masacre indiscriminada de esos campesinos no nos sentaría nada bien.

—Transmitiré tus palabras, comandante. —El mensajero hizo un saludo militar, le dio la vuelta a su caballo y puso rumbo al sur.

Una cuchillada de oscuridad se abrió ante Whiskeyjack y asustó a su caballo y a los de los que tenía cerca. La bestia bufó y pateó el suelo y a punto estuvo de encabritarse hasta que un gruñido profundo de Whiskeyjack lo calmó. Su séquito también calmó a sus caballos.

Korlat salió de su senda. La armadura negra de la mujer brillaba con salpicaduras de sangre, pero Whiskeyjack no vio ninguna herida obvia. No obstante…

—¿Estás herida?

Korlat negó con la cabeza.

—Un desventurado brujo painita. Whiskeyjack, necesito que vengas conmigo. ¿Has terminado aquí?

El comandante hizo una mueca, detestaba dejar una batalla, aunque fuera una que estaba llegando a una conclusión rápida y satisfactoria.

—Supondré que es importante, lo bastante como para que hayas arriesgado tu senda, así que la respuesta es sí. ¿Vamos muy lejos?

—A la tienda de mando de Dujek.

—¿Ha sufrido heridas?

—No. Todo va bien, eterno preocupado —dijo la mujer esbozando una sonrisa—. ¿Cuánto tiempo me vas a hacer esperar?

—Muy bien —gruñó el guerrero. Se volvió hacia un oficial que estaba sentado no muy lejos, a lomos de un caballo de combate roano—. Barack, te quedas aquí al cargo.

El joven abrió mucho los ojos.

—Señor, soy capitán…

—Pues aquí tienes tu oportunidad. Además, yo soy sargento, al menos lo sería si siguiera cobrando la nómina de la emperatriz. Y además también, eres el único oficial presente que no tiene que preocuparse por su propia compañía.

—Pero, señor, soy el enlace de Dujek con los moranthianos negros…

—¿Y están aquí?

—Eh, no, señor.

—Pues ya basta de darle a la lengua y asegúrate que las cosas terminan aquí como es debido, Barack.

—Sí, señor.

Whiskeyjack desmontó y le entregó las riendas de su caballo de guerra a un edecán, después se reunió con Korlat. Resistió el impulso de cogerla entre sus brazos y le desconcertó ver un destello de certeza clarividente en los ojos de la mujer.

—No se te ocurrirá delante de las tropas, me imagino —le murmuró Korlat.

El comandante gruñó.

—Pasa tú delante, mujer.

Whiskeyjack había viajado por sendas solo unas pocas veces, pero sus recuerdos de aquellos tensos viajes no lo habían preparado para Kurald Galain. Korlat lo cogió de la mano y lo metió en el antiguo reino de la madre Oscuridad y, aunque el comandante sentía la presión firme de los dedos de la mujer, entró a ciegas.

No había luz. Adoquines granulosos bajo las botas, el aire inmóvil por completo, carente de olor, con una temperatura ambiente que no parecía muy diferente de la que notaba en la piel.

Percibió un tirón hacia delante, sus botas apenas parecían tocar el suelo.

Un rayo gris repentino le asaltó los ojos y oyó sisear a Korlat.

—Nos asaltan incluso aquí; el veneno del dios Tullido se filtra hasta lo más profundo, Whiskeyjack. Esto no augura nada bueno.

El comandante se aclaró la garganta.

—Seguro que Anomander Rake ha reconocido la amenaza y si es así, ¿sabes lo que tiene intención de hacer?

—Cada cosa a su tiempo, querido amante. Es el caballero de la Oscuridad, el hijo. El paladín de la madre Oscuridad. No es alguien que rehuya los enfrentamientos.

—Nunca lo habría adivinado —respondió Whiskeyjack con ironía—. Entonces, ¿a qué está esperando?

—Los tiste andii somos un pueblo paciente. La verdadera medida del poder se encuentra en la sabiduría de esperar el momento propicio. Cuando llegue ese momento, y así lo crea oportuno Anomander Rake, será entonces cuando responda.

—Es de suponer que sigue el mismo criterio para desatar Engendro de Luna contra el Dominio Painita.

—Sí.

No sé cómo, pero Rake se las ha arreglado para ocultar una fortaleza flotante del tamaño de una montaña…

—Tienes una fe considerable en tu señor, ¿verdad?

Whiskeyjack sintió el encogimiento de hombros de la mujer a través de la mano que lo llevaba cogido.

—Existen precedentes suficientes como para desechar nociones como la fe cuando se trata de mi señor. A mí me consuela la certeza.

—Me alegra escuchar eso. ¿Y estás cómoda conmigo, Korlat?

—Hombre taimado. La respuesta a cada faceta de esa cuestión es sí. ¿Quieres que te responda ahora en especie?

—No deberías tener que hacerlo.

—Tiste andii o humanos, cuando se trata de los machos de la especie, sois todos iguales. Quizá te obligue a contestar de todos modos.

—No tendrás que esforzarte mucho. Mi respuesta es la misma que la tuya.

—¿Cuál es?

—Bueno, pues la misma palabra que usaste tú, por supuesto.

El comandante gruñó al sufrir la punzada en las costillas.

—Ya está bien. Hemos llegado.

El portal se abrió a una luz dolorosa, el interior de la tienda de mando de Dujek, envuelta en la penumbra de las últimas horas de la tarde. Entraron los dos y la senda se cerró en silencio tras ellos.

—Si todo esto era para verme a solas…

—¡Dioses, qué ego! —Hizo un gesto con la mano libre y una figura fantasmal tomó forma delante de Whiskeyjack. Una cara conocida, que sonrió.

—Qué visión tan encantadora —dijo la aparición mientras los miraba—. Bien sabe el Embozado que no recuerdo la última vez que tomé mujer.

—Cuidado con esa lengua, Ben el Rápido —gruñó Whiskeyjack mientras se soltaba de la mano de Korlat—. Hace ya tiempo que no nos vemos y tienes un aspecto terrible.

—Vaya, muchas gracias, comandante. Pues que sepas que me siento todavía peor. Pero ahora puedo atravesar mis sendas más o menos protegido del veneno del Caído. Traigo noticias de Capustan, ¿las quieres o no?

Whiskeyjack esbozó una gran sonrisa.

—Adelante.

—Las Caras Blancas dominan la ciudad.

—Nos lo habíamos imaginado, una vez que Torzal nos trajo la noticia de vuestro éxito con los barghastianos y una vez que nos pusieron al ejército painita en las manos.

—Estupendo. Bien, suponiendo que os hayáis encargado de ese ejército, voy a añadir solo una cosa más. Los barghastianos marchan con nosotros. Hacia el sur. Si a Dujek y a ti os costó tratar con Brood, Kallor y compañía (y disculpa, Korlat), ahora tendréis que tratar también con Humbrall Taur.

Whiskeyjack gruñó al oír eso.

—¿Y cómo es eso?

—Demasiado listo para su propio bien, pero al menos ha unido los clanes y ve con claridad el lío en el que se está metiendo.

—Me alegro de que uno de vosotros lo vea. ¿Cómo se encuentran Paran y los Abrasapuentes?

—Según se dice, bien, aunque hace un tiempo que no los frecuento. Están en el salón del vasallaje, con Humbrall Taur y los supervivientes de los defensores de la ciudad.

Whiskeyjack alzó las cejas.

—¿Hay supervivientes?

—Pues sí, eso parece. No combatientes que todavía se ocultan en los túneles. Y algunas Espadas Grises. Difícil de creer, ¿verdad? Claro que dudo que les quedaran muchas fuerzas para luchar. Por lo que he oído sobre las calles de Capustan… —Ben el Rápido negó con la cabeza—. Tendrás que verlo para creerlo. Yo también, de hecho, que es lo que estoy a punto de hacer. Con tu permiso, por supuesto.

—Con cautela, confío.

El hechicero sonrió.

—No me verá nadie a menos que yo quiera, señor. ¿Cuándo cuentas con llegar a Capustan?

Whiskeyjack se encogió de hombros.

—Tenemos que ocuparnos de los Tenescowri. Se podrían complicar las cosas.

Ben el Rápido entrecerró los ojos oscuros.

—No tendrás intención de parlamentar con ellos, ¿verdad?

—¿Por qué no? Es mejor que una masacre, hechicero.

—Whiskeyjack, los barghastianos están regresando con historias… de lo que ocurrió en Capustan, de lo que los Tenescowri les hicieron a los defensores. Tienen un líder, esos Tenescowri, un hombre llamado Anaster, el primer hijo de la semilla de los muertos. El último rumor es que desolló en persona al príncipe Jelarkan y luego lo sirvió como plato principal de un banquete… en el propio salón del trono del príncipe.

Korlat expulsó el aliento con un siseo.

Whiskeyjack hizo una mueca antes de hablar.

—Si tales crímenes se pueden achacar con certeza a Anaster, o a cualquier otro tenescowri, entonces prevalecerá la ley militar malazana.

—Una simple ejecución les concede una clemencia de la que no disfrutaron sus víctimas.

—Entonces tendrán la fortuna de que haya sido la hueste de Unbrazo la que los haya capturado y no otra.

Ben el Rápido seguía pareciendo inquieto.

—Y los ciudadanos supervivientes de Capustan, los defensores y los sacerdotes del salón del vasallaje, ¿no tendrán voz ni voto sobre lo que se haga con los prisioneros? Señor, quizá nos aguarden tiempos turbulentos.

—Gracias por la advertencia, hechicero.

Después de un momento, Ben el Rápido se encogió de hombros y suspiró.

—Te veo en Capustan, Whiskeyjack.

—Sí.

La aparición se desvaneció.

Korlat se volvió hacia el comandante.

—La ley militar malazana.

El comandante alzó las cejas.

—A mí Caladan Brood no me parece del tipo vengativo. ¿Crees que habrá un choque?

—Sé lo que aconsejará Kallor. —Una insinuación de tensión se había colado en el tono de la mujer.

—Yo también, pero no creo que el caudillo se incline por escuchar. Bien sabe el Embozado que no lo ha hecho hasta ahora.

—Todavía no hemos entrado en Capustan.

Whiskeyjack exhaló una bocanada de aire y se quito los guanteletes.

—Horrores a los que responder con la misma moneda.

—Una ley no escrita —dijo Korlat en voz baja—. Una ley antigua.

—Yo no me atengo a ella —gruñó Whiskeyjack—. No seríamos mejores que ellos. Hasta la simple ejecución… —La

miró entonces—. Más de doscientos mil campesinos muertos de hambre. ¿Se quedarán allí plantados como ovejas? No creo. ¿Prisioneros? No podríamos alimentarlos, aunque lo intentáramos, y no tenemos soldados suficientes de los que podamos prescindir para vigilarlos.

Korlat iba abriendo poco a poco los ojos cada vez más.

—Estás proponiendo que los dejemos, ¿verdad?

Esta mujer quiere llegar a un punto en concreto. Ya he percibido algún que otro destello, el susurro de una cuña oculta preparada para introducirse entre nosotros.

—No a todos. Nos llevaremos a sus líderes. A ese tal Anaster y sus oficiales, suponiendo que haya alguno. Si los Tenescowri trazaron un camino de atrocidades, fue el primer hijo el que encabezó la marcha. —Whiskeyjack sacudió la cabeza—. Pero el verdadero criminal nos aguarda dentro del Dominio en sí; es el Vidente, que es capaz de matar de hambre a sus seguidores para que caigan en el canibalismo, en la locura. Que sería capaz de destruir a su propio pueblo. Estaríamos ejecutando a las víctimas, a sus víctimas.

La tiste andii frunció el ceño.

—Según ese mismo razonamiento, también deberíamos absolver a los ejércitos painitas, Whiskeyjack.

Los ojos grises del malazano se endurecieron.

—Nuestro enemigo es el Vidente. Dujek y yo estamos de acuerdo en eso, no estamos aquí para aniquilar una nación. Nos ocuparemos de los ejércitos que impiden nuestra marcha hacia el Vidente. Con eficiencia. El castigo y la venganza son simples distracciones.

—¿Y qué hay de la liberación? Las ciudades conquistadas…

—Son algo secundario, Korlat. Me sorprende tu confusión. Brood vio lo mismo que nosotros en ese primer parlamento,

cuando se debatieron las tácticas. Atacamos directamente al corazón…

—Creo que lo has entendido mal, Whiskeyjack. Durante más de una década, el caudillo ha estado sumido en una guerra de liberación contra la avidez rapaz de tu Imperio de Malaz. Caladan Brood ha centrado su mirada en otra cosa, en un nuevo enemigo, pero la guerra sigue siendo la misma. Brood está aquí para liberar a los painitas…

—¡Por el aliento del Embozado! ¡No se puede liberar a un pueblo de sí mismo!

—Quiere liberarlos del dominio del Vidente.

—¿Y quién elevó al Vidente a su estatus actual?

—Pero tú hablas de absolver a la plebe, incluso a los soldados de los ejércitos painitas, Whiskeyjack. Y eso es lo que me confunde.

No del todo.

—Estamos hablando de cosas distintas, Korlat. Ni Dujek ni yo asumiremos por propia voluntad el papel de juez y verdugo si la victoria llegase a ser nuestra. No estamos aquí para volver a reunir las piezas para los painitas. Eso lo tienen que hacer ellos. Esa responsabilidad nos convertirá en administradores y para administrar de forma eficaz, debemos ocupar antes.

La mujer lanzó una dura carcajada.

—¿Y no es así como hacen las cosas los malazanos, Whiskeyjack?

—¡Esta no es una guerra malazana!

—¿Ah, no? ¿Estás seguro?

Whiskeyjack la estudió con los ojos entrecerrados.

—¿A qué te refieres? Nos han declarado en rebeldía, mujer. La hueste de Unbrazo es… —Se quedó callado, vio la luz apagada que se apoderaba de la mirada de Korlat y entonces se dio cuenta, demasiado tarde, que acababa de

fallar una prueba. Y con ese fracaso había puesto fin a la confianza que había crecido entre ellos. *Maldita sea, caí en la trampa. Estúpido ingenuo*.

La mujer sonrió entonces y fue una sonrisa llena de dolor y pesar.

—Se acerca Dujek. Bien podrías esperarlo aquí.

La tiste andii se dio la vuelta y salió de la tienda.

Whiskeyjack se la quedó mirando y después, cuando se fue, lanzó los guanteletes en la mesa de los mapas y se sentó en el catre de Dujek. *¿Debería habértelo contado, Korlat? ¿La verdad? Que tenemos un cuchillo en la garganta. Y que la mano que lo sostiene, en nombre de la emperatriz Laseen, está justo aquí, en este mismo campamento, y que lo ha estado desde el comienzo*.

Oyó un caballo que se detenía con un golpe seco fuera de la tienda. Unos momentos después entraba Dujek Unbrazo con la armadura recubierta de polvo.

—Ah, me preguntaba dónde te habías metido…

—Brood lo sabe —lo interrumpió Whiskeyjack en voz baja y cortante.

Dujek hizo una pausa de apenas un momento.

—Así que lo sabe, ¿eh? Y, exactamente, ¿qué es lo que ha averiguado?

—Que no somos tan prófugos como hemos hecho creer a todos.

—¿Algo más?

—¿Es que no es suficiente, Dujek?

El puño supremo se acercó al aparador donde esperaba una jarra de cerveza. La destapó y sirvió dos jarras hasta arriba.

—Hay… circunstancias atenuantes…

—Que solo son relevantes para nosotros. Para ti y para mí…

—Y para tu ejército…

—Que creen que sus vidas no valen nada en el Imperio, Dujek. Convertidos en víctimas una vez más, esta vez no solo somos tú y yo.

Dujek se terminó la jarra de un trago y la volvió a llenar en silencio. Después volvió a hablar.

—¿Estás sugiriendo que le enseñemos la mano que tenemos a Brood y Korlat? ¿Con la esperanza de que ellos hagan algo con respecto a nuestra… situación?

—No lo sé, no si esperamos que nos perdonen por haber mantenido el engaño durante todo este tiempo. Ese sería un motivo que a mí no me sentaría muy bien, sobre todo si es tan obviamente incierto. Las apariencias…

—Harán que parezca justo eso, sí. «Os hemos estado mintiendo desde el principio para salvar el cuello. Pero ahora que ya lo sabéis os lo vamos a contar…» Dioses, es insultante incluso para mí y eso que el que lo dice soy yo. De acuerdo, la alianza tiene problemas…

Un golpe seco en la solapa de la tienda precedió la llegada de Artanthos.

—Disculpad, señores —dijo el hombre, los ojos apagados estudiaron a los dos soldados uno por uno antes de continuar—. Brood ha convocado un consejo.

Ah, portaestandartes, tu sentido de la oportunidad es impecable…

Whiskeyjack cogió la jarra que lo aguardaba y se la terminó de un trago, después se volvió hacia Dujek y asintió.

El puño supremo suspiró.

—Tú delante, Artanthos, nosotros te seguimos.

En el campamento parecía reinar un silencio extraordinario. La mhybe no se había dado cuenta de lo

reconfortante que había sido la presencia del ejército durante la marcha. Ya solo quedaban ancianos y niños y unos cuantos cientos de soldados malazanos de la retaguardia. No tenía ni idea de cómo había ido la batalla; en cualquier caso, las muertes se harían sentir. Duelo entre los rhivi y los barghastianos, voces desconsoladas alzándose en la oscuridad.

La victoria es una ilusión. En todo.

Ella huía cada noche en sus sueños. Huía y al final terminaban atrapándola, pero solo para despertar de inmediato. De repente, como si la arrancaran del sueño, su cuerpo encogido se estremecía y los dolores invadían sus articulaciones. Una especie de salida, aunque lo cierto era que solo dejaba una pesadilla por otra.

Una ilusión. En todo.

El fondo de la carreta se había convertido en su único mundo, una especie de santuario burlón que reaparecía cada vez que concluía el sueño. Las bastas mantas de lana y las pieles que la envolvían eran un paisaje personal, el lúgubre terreno de pliegues pardos tenían un parecido sorprendente con lo que había visto cuando se encontraba entre las garras del dragón, cuando la bestia no muerta se elevaba por las alturas de la tundra de su sueño y producía un eco de la libertad que había experimentado entonces, un eco que era dolorosamente irónico.

A ambos lados del fondo había listones de madera. Había llegado a conocer de forma íntima el dibujo del grano y los nudos. Mucho más al norte, recordó, entre los nathii, a los muertos se les enterraba en cajas de madera. La costumbre había nacido generaciones atrás y había surgido de una práctica más antigua de enterrar a los cadáveres en troncos de árbol ahuecados. Las cajas se enterraban después, pues la madera nacía de la tierra y a la tierra debía regresar. Una

vasija de vida convertida en una vasija de muerte. La mhybe imaginaba que, si un nathii muerto pudiera ver momentos antes de que la tapa se bajara y la oscuridad se lo tragara todo, la visión del nathii sería parecida a la suya.

Echado en la caja, incapaz de moverse, a la espera de la tapa. Un cuerpo que ya ha dejado de ser útil y que aguarda la oscuridad.

Pero no habría final. No para ella. Se lo estaban negando. Estaban interpretando sus propias ilusiones de misericordia y compasión. El daru que la alimentaba, la mujer rhivi que la aseaba, la bañaba y le peinaba los ralos mechones de cabello que le quedaban. Gestos de malicia. Interpretando, una y otra vez, escenas de tortura.

La mujer rhivi se había sentado a su lado e iba pasando con ritmo constante el peine de carey por el cabello de la mhybe mientras tarareaba una canción infantil. Una mujer que la mhybe recordaba de su otra vida. Anciana, por aquel entonces se lo había parecido, una desdichada mujer a la que un bhederin le había pegado una patada en la cabeza y por tanto vivía en un mundo sencillo.

A mí me parecía simple. Pero eso solo era una ilusión más. No, vive entre desconocidos, entre cosas que no puede comprender. Canta para espantar el miedo nacido de su propia ignorancia. Le dan tareas para mantenerla ocupada.

Antes de que apareciera yo, esta mujer ayudaba a preparar los cadáveres. Después de todo, los espíritus trabajaban a través de adultos infantiles como ella. A través de ella, los espíritus podían acercarse a los caídos para consolarlos y guiarlos al mundo de los ancestros.

No podía ser otra cosa que malicia, concluyó la mhybe, que le hubieran impuesto a esa mujer. Era muy posible que ni siquiera fuera consciente que el objeto de sus cuidados todavía estaba viva. La mujer nunca miraba a nadie a los

ojos, jamás. El conocimiento había huido con la coz de la pezuña de un bhederin.

El peine seguía pasando de un extremo a otro, de un extremo a otro. El tarareo continuó con su incesante estribillo.

Por todos los espíritus del inframundo, preferiría enfrentarme incluso a tu terror a lo desconocido. Antes eso que la certeza de la traición de mi hija, los lobos que ha azuzado contra mí para que me persigan en sueños. Los lobos, que son su hambre. El hambre que ya ha devorado mi juventud y ahora busca todavía más. Como si quedara algo. ¿Es que no he de ser nada más que alimento para la vida floreciente de mi hija? ¿Una última comida, una madre reducida a nada más que sustento?

Ah, Zorraplateada, ¿eres tú todas las hijas? ¿Soy yo todas las madres? No ha habido rituales que separen nuestras vidas, hemos olvidado el significado que hay detrás de las costumbres rhivi, las verdaderas razones para esos rituales. Yo siempre cedo. Y tú succionas en una demanda incesante. Y así estamos atrapadas, cada vez más metidas en el fondo del pozo, tú y yo.

Llevar un hijo en el vientre es envejecer en los huesos. Agotar la sangre. Estirar piel y carne. El alumbramiento parte a la mujer en dos, la división es un momento de pura agonía. Separa a lo joven de lo viejo. El hijo necesita y la madre entrega.

Jamás te he destetado, Zorraplateada. De hecho, jamás has abandonado mi vientre. Tú, hija, me sacas mucho más que simple leche.

Espíritus, por favor, que cese ya, concededme ese favor. Esta parodia cruel de la maternidad es imposible de soportar. Separadme de mi hija. Por ella. Mi leche se ha convertido en veneno. Solo puedo alimentarla ya con

rencor, pues no queda nada más dentro de mí. Y yo sigo siendo una mujer joven dentro de este cuerpo anciano…

El peine se enredó en un nudo y le dio un tirón a la cabeza. La mhybe siseó de dolor y le lanzó una mirada furiosa a la mujer que se alzaba sobre ella. El corazón le dio un vuelco de repente.

Las miradas de las dos mujeres se habían entrelazado.

La mujer que no miraba a nadie la estaba mirando a ella.

Yo, una mujer joven en el cuerpo de una anciana. Ella, una niña en un cuerpo de mujer…

Dos prisiones en un reflejo perfecto.

Los ojos se cerraron.

—Mi querida muchacha, pareces cansada. Ponte cómoda aquí con el magnánimo Kruppe y él te servirá un poco de esta humeante infusión de hierbas.

—Sí, gracias.

Kruppe sonrió y observó a Zorraplateada, que se acomodó poco a poco en el suelo y apoyó la espalda en la silla sobrante de montar. La pequeña hoguera quedaba entre los dos. Las redondeadas curvas de la mujer se hacían visibles a través la gastada túnica de cuero de venado.

—¿Y dónde están tus amigos? —le preguntó la joven.

—Jugando. Con los miembros de la Asociación Comercial de Trygalle. A Kruppe, por alguna extraña razón, le han prohibido participar en tales partidas. Indignante. —El daru le dio una taza de hojalata—. Salvia sobre todo, por cierto. Si tienes tos…

—No la tengo, pero se agradece de todos modos.

—Kruppe, por supuesto, nunca tose.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque bebe infusión de salvia.

Los ojos castaños de la mujer se deslizaron más allá de los del daru y se posaron en la carreta que había a una docena de varas.

—¿Cómo se encuentra?

Kruppe levantó las cejas.

—Podrías preguntarle a ella, muchacha.

—No puedo. No puedo ser nada más que una abominación para mi madre, soy su juventud robada, en carne y hueso. Me desprecia y tiene motivos para ello, sobre todo ahora que Korlat le ha hablado de mis t'lan ay.

—Kruppe se pregunta si comienzas a tener dudas sobre el viaje emprendido.

Zorraplateada sacudió la cabeza y tomó un sorbo de té.

—Ya es demasiado tarde para eso. El problema persiste, como bien sabes. Además, nuestro viaje ha finalizado. Solo queda el de ella.

—Disimulas, muchacha —murmuró Kruppe—. Tu viaje está lejos de haber acabado, Zorraplateada. Pero dejemos ese tema de momento, ¿de acuerdo? ¿Has averiguado alguna nueva sobre esa horrenda batalla?

—Ha terminado. Las fuerzas painitas ya no existen. Aparte de un par de cientos de miles de campesinos mal armados. Las Caras Blancas han liberado Capustan, es decir, lo que queda de ella. Los Abrasapuentes ya están en la ciudad. Y lo que es más urgente, Brood ha convocado un consejo, es posible que te interese asistir.

—Desde luego, aunque solo sea para bendecir la reunión con la abrumadora sabiduría de Kruppe. ¿Y tú, no vas a asistir tú también?

Zorraplateada sonrió.

—Como bien has dicho antes, daru, mi viaje no ha concluido del todo.

—Ah, sí, Kruppe te desea todo lo mejor en eso, muchacha. Y espera con todo interés volver a verte pronto.

Los ojos de la mujer se posaron una vez más en la carreta.

—Me verás, amigo —respondió, después apuró la infusión y se levantó con un ligero suspiro.

Kruppe la vio vacilar.

—¿Muchacha? ¿Ocurre algo?

—Eh, no estoy segura. —La expresión de la joven era inquieta—. Una parte de mí desea acompañarte a ese consejo. Es un impulso repentino, de hecho.

Los ojitos del daru se entrecerraron.

—¿Una parte de ti, Zorraplateada?

—Sí, lo que sugiere la pregunta, ¿qué parte? ¿De quién es el alma que en mi interior se retuerce de suspicacia? ¿Quién presiente que están a punto de saltar chispas en esta alianza nuestra? Dioses, es incluso peor, es como si supiera exactamente por qué… pero no lo sé.

—Velajada no lo sabe, ¿verdad? Lo que deja a Escalofrío y Bellurdan como candidatos en potencia, posibles dueños de ese conocimiento profético preñado de alarmantes motivaciones. Bueno, quizá se pueda decir de una forma más sencilla…

—No importa, Kruppe.

—Estás dividida, Zorraplateada, por decirlo con franqueza. Piensa en lo siguiente, ¿una pequeña demora a la hora de buscar tu destino afectará en gran medida al resultado? En otras palabras, ¿dispones de tiempo para venir conmigo a la tienda de mando del caudillo?

La mujer estudió al daru.

—Tú también tienes una corazonada, ¿verdad?

—Si es inminente la ruptura, muchacha, entonces tu persona podría resultar esencial, pues tú eres el puente que une estos formidables campamentos.

—Yo… no confío en Escalofrío, Kruppe.

—La mayor parte de los mortales de vez en cuando dejan de confiar en partes de sí mismos. Salvo Kruppe, por supuesto, cuya merecida seguridad en sí mismo es absoluta. En cualquier caso, los instintos encontrados forman parte integral de nuestra naturaleza, salvo de la de Kruppe, cla…

—Sí, sí. De acuerdo. Vamos.

Una cuchillada de oscuridad se abrió en la pared de lona. El aliento suave de Kurald Galain fluyó por la tienda de mando y atenuó la luz de los faroles. Anomander Rake entró en la tienda sin prisas. El desgarro negro se cerró en silencio a su espalda. Los faroles volvieron a cobrar vida.

El rostro amplio y plano de Brood se crispó.

—Llegas tarde —gruñó—. Los malazanos ya vienen de camino.

El señor de Engendro de Luna se quitó la capa con un encogimiento de hombros.

—¿Y qué? ¿O es que he de arbitrar una vez más?

Con la espalda apoyada en un lado de la pared de la tienda, Korlat se aclaró la garganta.

—Se han producido… revelaciones, mi señor. Se está cuestionando la propia alianza.

Un bufido seco surgió de la garganta de Kallor, la última persona presente.

—¿Cuestionándose? Nos han mentido desde el principio. Es imperativo un golpe rápido contra la hueste de Unbrazo, antes de que haya tenido tiempo de recuperarse de las batallas de hoy.

Korlat observó a su señor, que estudiaba a sus aliados en silencio.

Después de un largo momento, Rake sonrió.

—Querido Caladan, si al decir que han mentido te refieres a la mano oculta de la emperatriz, a las dagas que penden tras las espaldas de Dujek Unbrazo y Whiskeyjack; bueno, parecería que, si fuese necesario tomar medidas, que debo añadir que no creo que sea el caso, nuestra posición debería ser intervencionista. Es decir, a favor de Dujek y Whiskeyjack. A menos, por supuesto —clavó los ojos en Brood—, que ya no confíes en sus capacidades como comandantes. —El hombre se quitó poco a poco los guanteletes—. Sin embargo, el informe que me ha dado Arpía hoy sobre los combates de este día estaba caracterizado por nada más que reticentes elogios. Los malazanos han sido profesionales, eficaces e implacables. Justo como hubiéramos querido.

—El problema no es su habilidad como guerreros —dijo Kallor con voz ronca—. Esta iba a ser una guerra de liberación…

—No seas necio —murmuró Rake—. ¿Hay algo de vino o cerveza? ¿Quién quiere tomar una copa conmigo?

Brood lanzó un gruñido.

—Sí, sírveme una, Rake. Pero que se sepa que, si bien Kallor ha hecho pronunciamientos necios en el pasado, no lo han sido tanto ahora. Liberación. El Dominio Painit…

—Es solo un imperio más —dijo con voz cansina el señor de Engendro de Luna—. Y como tal, su poder representa una amenaza. Una amenaza que tenemos intención de eliminar. Bien puede ser que se produzca la liberación de la plebe como consecuencia, pero no puede ser ese nuestro objetivo. Libera una víbora y de todos modos te morderá, si se le brinda la oportunidad.

—¿Así que debemos aplastar al Vidente Painita solo para que algún puño supremo del Imperio de Malaz ocupe su lugar?

Rake le pasó al caudillo una copa de vino. Los ojos del tiste andii permanecían velados, casi adormilados mientras estudiaba a Brood.

—El Dominio es un imperio que siembra el horror y la opresión entre su propio pueblo —dijo Rake—. Ninguno de los presentes lo negaría. Así pues, solo por una cuestión ética, había una causa justa para marchar contra él.

—Que es lo que hemos estado diciendo desde el principio…

—Ya te oí la primera vez, Kallor. Tu afición a repetir las cosas resulta de lo más fatigosa. No he descrito más que una… excusa. Una razón. Sin embargo, parece que todos habéis permitido que esa razón aplaste a todas las demás, mientras que, en mi opinión, es la menos importante. —Tomó un sorbo de vino y después continuó—. Pero continuemos con eso solo un momento. El horror y la opresión, la cara del Dominio Painita. Considerad, si os parece, las ciudades y los territorios de Genabackis que están ahora bajo el gobierno malazano. ¿Horror? No excede aquel al que los mortales deben enfrentarse a diario en su vida normal. ¿Opresión? Todos los gobiernos requieren leyes y por lo que yo veo, las leyes malazanas, si acaso, están entre las menos represivas de los imperios que conozco.

»Ahora bien. Se elimina al Vidente y lo sustituye un puño supremo y un gobierno de estilo malazano. ¿El resultado? Paz, reparaciones, ley y orden. —Examinó a los otros y después levantó una única ceja poco a poco—. Hace quince años Genabaris era una úlcera fétida en la costa noroeste y Nathilog era incluso peor. ¿Y ahora, bajo el gobierno de Malaz? Rivales de la propia Darujhistan. Si de veras deseáis lo mejor para los ciudadanos painitas normales, ¿por qué no dais la bienvenida a la emperatriz?

»En lugar de eso, Dujek y Whiskeyjack se ven obligados a interpretar una charada de lo más elaborada para ganarnos como aliados. Son soldados, en caso de que lo hayáis olvidado. Los soldados reciben órdenes y si esas órdenes no les gustan, mala suerte. Si significa sufrir una falsa proclamación de rebeldía (sin dejar que cada recluta del ejército sepa el secreto y eliminando por tanto la posibilidad de que deje de ser un secreto), entonces un buen soldado aprieta los dientes y se pone a trabajar.

»La verdad es muy sencilla, para mí por lo menos. Brood, tú y yo hemos luchado contra los malazanos como auténticos libertadores. Sin pedir dinero ni tierras. Nuestros motivos no están claros ni siquiera para nosotros, imaginad lo que deben de parecerle a la emperatriz. Inexplicables. Parece que hemos jurado lealtad a altos ideales, a nociones casi escandalosas de abnegación. Somos sus enemigos y no creo que sepa siquiera por qué.

—Y ahora cántame la canción del abismo —se burló Kallor—. En su Imperio no habría sitio para nosotros, para ninguno de nosotros.

—¿Y te sorprende? —preguntó Rake—. No nos puede controlar. Lo cierto, así de simple y sencillo, es que luchamos por nuestra propia libertad. Nada de fronteras para Engendro de Luna. Nada de paz en todo el mundo que convierta en obsoletos a caudillos, generales y compañías de mercenarios. Luchamos contra la imposición del orden y el puño de hierro que debe esconderse tras él porque no somos nosotros los que alzan ese puño.

—Ni jamás desearía serlo —gruñó Brood.

—Exacto. ¿Así que por qué envidiarle a la emperatriz que posea el deseo de hacerlo y cumpla con las responsabilidades consiguientes?

Korlat se quedó mirando a su señor asombrada una vez más, desconcertada una vez más. *La sangre draconiana que corre por sus venas. No piensa como nosotros. ¿Es la sangre? ¿U otra cosa?* No tenía respuesta, en realidad no entendía al hombre al que seguía. La llenó una repentina oleada de orgullo. *Es el hijo de la Oscuridad. Un amo al que merece la pena jurarle lealtad, quizás el único. Para mí. Para los tiste andii*.

Caladan Brood dejó escapar un suspiro profundo.

—Sírveme otra copa, maldito seas.

—Dejaré a un lado mi disgusto —dijo Kallor mientras se levantaba de su silla entre los crujidos de la cota de malla— y daré voz a un tema relacionado solo de forma marginal con lo que se ha dicho hasta ahora. Se ha limpiado Capustan. Ante nosotros, el río. Al sur, tres ciudades sobre las que marchar. Hacerlo en sucesión como un único ejército nos frenará de modo considerable. Setta, en concreto, no está en la ruta que nos lleva a Coral. Así pues, el ejército debe dividirse en dos y nos encontraremos de nuevo al sur de Lest y Setta, quizás en Maurik, antes de golpear Coral. Bien, la pregunta es: ¿qué criterios seguimos para dividirnos?

—Un buen tema —murmuró Rake— para discutirlo en esta reunión pendiente.

—Y en ninguna otra, sí —murmuró Caladan Brood—. ¿No les sorprenderá?

Desde luego que sí. El pesar se filtraba por los pensamientos de Korlat. *Y mucho, he cometido una injusticia con Whiskeyjack. Espero que no sea demasiado tarde para arreglarlo. No está bien que una tiste andii juzgue de forma precipitada. Mi visión estaba nublada. ¿Nublada? No, era más bien como una tormenta. Una tormenta de emociones, nacida de la necesidad y el amor. ¿Podrás perdonarme, Whiskeyjack?*

La solapa de la tienda se apartó y entraron los dos comandantes malazanos seguidos por el portaestandartes Artanthos. La cara de Dujek se hallaba ensombrecida.

—Siento el retraso —gruñó—. Me acaban de informar que los Tenescowri se han puesto en marcha. Vienen directamente a por nosotros.

Korlat buscó los ojos de Whiskeyjack, pero el hombre estaba estudiando al caudillo al añadir:

—Esperamos otra batalla, al amanecer. Una muy complicada.

—Dejádmela a mí —dijo Anomander Rake con tono cansino.

La voz hizo dar la vuelta a Whiskeyjack, sorprendido.

—Señor, perdóname. No te había visto. Me temo que estaba un tanto… preocupado.

—¿Estás ofreciendo lanzar a tus tiste andii contra los Tenescowri, señor? —preguntó Dujek.

—En absoluto —respondió Rake—. Pienso darles un susto de muerte. En persona.

Nadie habló por un momento y después Caladan Brood empezó a revolver en un baúl en busca de más copas.

—Tenemos otro tema que discutir, puño supremo —dijo.

—Eso tengo entendido.

El hombre parecía a punto de ponerse enfermo, mientras que a Whiskeyjack se le habían subido los colores.

El caudillo sirvió más vino y después señaló con un gesto las copas que había llenado.

—Servíos. Kallor ha observado un problema relativo a la disposición de nuestras fuerzas.

Oh, los muy cabrones se están burlando de la situación. Ya está bien.

Korlat tomó la palabra.

—Puño supremo, al sur aguardan tres ciudades. Lest y Setta deberían tomarse de forma simultánea, si es posible; nuestras fuerzas volverían a reunirse en Maurik antes de continuar hacia Coral. Nos gustaría debatir con vosotros la mejor forma de dividir los ejércitos.

Los ojos de Whiskeyjack se encontraron con los de la mujer. Ella le ofreció una pequeña sonrisa. Él respondió frunciendo el ceño.

—Ya veo —dijo Dujek después de un momento. Cogió su copa y se sentó en una silla de campaña—. Muy bien. —Y de momento no dijo nada más.

Whiskeyjack carraspeó antes de hablar.

—La división, al menos en un primer momento, parece bastante obvia. La hueste de Unbrazo al suroeste, hacia Setta, lo que cerrará nuestras líneas de comunicación con nuestros moranthianos negros, que permanecen apostados en las montañas Visión. El caudillo y sus fuerzas directamente al sur, a Lest. Una vez que hayamos tomado Setta, nos dirigimos a la cabecera del río Maurik y después seguimos el curso hacia el sur, hasta la propia Maurik. Es posible que vosotros lleguéis primero, pero no sería demasiado problemático.

—De acuerdo —dijo Brood.

—He dicho en un principio, por cierto —continuó Whiskeyjack.

Lo otros se volvieron hacia él.

El hombre se encogió de hombros.

—Los barghastianos Caras Blancas se van a unir a la campaña. También tenemos que considerar a los elementos supervivientes de la defensa de la Capustan, que bien podrían desear acompañarnos. Y por último, está la pregunta pendiente de Zorraplateada y sus t'lan imass.

—Si permitimos que la zorra y sus t'lan imass entren en esta guerra —gruñó Kallor con desprecio—, habremos perdido toda esperanza de dirigirla.

Whiskeyjack estudió a aquel antiquísimo guerrero.

—La tuya es una obsesión singular, Kallor. Ha retorcido tu mente…

—Y el sentimiento ha retorcido la tuya, soldado. Quizá llegue un día en el que tú y yo podamos poner a prueba nuestros respectivos empeños…

—Basta —lo interrumpió Brood—. Parece, entonces, que debemos suspender esta reunión. Podemos retomarla cuando todos los comandantes relevantes estén presentes. —El caudillo se volvió hacia Rake—. ¿Cómo se encuentra Engendro de Luna?

El señor de los tiste andii se encogió de hombros.

—Nos reuniremos en Coral, como estaba planeado. Quizá merezca la pena observar que el Vidente ha sufrido un ataque grave desde el sur al que ha respondido con hechicería Omtose Phellack. Mis grandes cuervos han podido ver a su enemigo, o al menos a parte de ese enemigo. Un t'lan imass, una loba y un perro muy grande. De ahí la vieja batalla: Omtose Phellack, siempre retirándose ante Tellann. Bien podría haber otros jugadores, las tierras que hay al sur de Panorama han quedado totalmente envueltas en las brumas nacidas del hielo moribundo. Lo que significa que el Vidente ha huido de Panorama y se dirige por medio de una senda a Coral.

Se produjo un silencio cuando las implicaciones de las revelaciones de Rake se fueron asentando poco a poco en las mentes de los presentes.

Whiskeyjack fue el primero en hablar.

—¿Un único t'lan imass? Un invocahuesos, entonces, para tener poder suficiente para romper sin ayuda alguna la

hechicería de un jaghut.

—Tras haber oído la llamada hecha por Zorraplateada —añadió Dujek—. Sí, es probable.

—Este t'lan imass concreto es un guerrero —respondió Rake sin extenderse—. Empuña un mandoble de pedernal. Los invocahuesos no llevan armas. Es obvio que tiene una habilidad fuera de lo común. La loba es una ay, creo, una criatura que se creía extinta hace mucho tiempo. El perro puede rivalizar con los mastines de Sombra.

—Y están empujando al Vidente y poniéndonoslo en las manos —dijo Brood con voz profunda—. Parece que Coral no va a ser solo la última ciudad a la que lleguemos durante esta campaña. Será la ciudad donde nos enfrentemos al propio Vidente.

—Maldita sea, lo que garantizará que la batalla esté cargada de hechicería —murmuró Dujek—. Qué puta maravilla.

—Tenemos tiempo de sobra para formular nuestras tácticas —dijo Brood después de un momento—. Se aplaza la reunión.

A veinticinco metros de la tienda de mando, mientras la oscuridad se iba profundizando en el campamento, Zorraplateada comenzó a andar más despacio.

Kruppe la miró.

—Ah, muchacha, presientes que la tormenta pasa sin estallar. Como lo presiento yo. ¿Les hacemos una visita a tan formidables personajes de todos modos?

La mujer dudó y después sacudió la cabeza.

—No, ¿para qué precipitar el enfrentamiento? Ahora debo afrontar mi propio… destino. Si tienes la bondad, Kruppe, no

informes a nadie de mi partida. Al menos no durante un tiempo.

—Ha llegado el momento de la reunión.

—Así es —asintió la joven—. Presiento la convergencia inminente de los t'lan imass y preferiría que se diera en algún lugar lejos de miradas ajenas.

—Un asunto privado, por supuesto. No obstante, Zorraplateada, ¿te molestaría tener compañía? Kruppe es sabio, lo bastante sabio como para guardar silencio cuando es silencio lo que se requiere, pero más sabio todavía para hablar cuando lo que se precisa son palabras sabias. La sabiduría, después de todo, es la hermana de sangre de Kruppe.

Zorraplateada bajó la cabeza y le sonrió.

—¿Te gustaría ser testigo de la segunda reunión?

—No hay mejor testigo para todo aquello que maravilla que Kruppe de Darujhistan, muchacha. Oh, los relatos que podrían fluir sin esfuerzo de estos labios más bien zalameros si en algún momento te aguijonease la curiosidad…

—Disculpa si me abstengo de preguntar —respondió la joven—. Al menos en un futuro cercano.

—No fueras a distraerte, por supuesto. Está claro, es cierto, que incluso la mera presencia de Kruppe genera toda una abundancia de sabiduría.

—Muy claro. Muy bien. Tendremos que buscarte un caballo, dado que tengo intención de ir cabalgando.

—¿Un caballo? ¡Qué horror! Viles bestias. No, prefiero aferrarme a mi leal mula.

—Con fuerza.

—Hasta el límite de mi capacidad física, sí. —El gordito se volvió al oír el sonido de unos cascos detrás de ellos—. ¡Ah, precisamente! Y mira, un caballo chiflado la sigue como un

perrito atado con una correa, ¿y acaso es de extrañar cuando uno contempla a mi atractiva y orgullosa bestia?

Zorraplateada estudió con los ojos entrecerrados al caballo ensillado que seguía a la mula.

—Dime, Kruppe, ¿quién más será testigo de la reunión a través de tus ojos?

—¿A través de Kruppe? ¡Pero bueno, nadie salvo el propio Kruppe! ¡Lo jura!

—Supongo que la mula no.

—Muchacha, la capacidad que tiene esta mula para dormir (sean cuales sean las circunstancias) es ilimitada, inmutable y, desde luego, admirable. ¡Te aseguro que nadie será testigo a través de sus ojos!

—¿Así que duerme? Para soñar, sin duda. Muy bien, pongámonos en marcha entonces, Kruppe. ¿Confío en que te parezca bien viajar toda la noche?

—No me lo parece en absoluto, pero la perseverancia es prima carnal de Kruppe…

—Acompáñame.

Whiskeyjack hizo una pausa al salir de la tienda y miró a su izquierda, vio a Anomander Rake de pie en la penumbra. *Ah, no es Korlat entonces. Oh, bueno*…

—Por supuesto, mi señor.

El hijo de la Oscuridad lo llevó entre las filas de tiendas, hacia el sur, al borde mismo del campamento y después continuó. Subieron un risco y llegaron cerca del río Catlin. La luz de las estrellas jugaba sobre la superficie revuelta a ciento setenta metros de distancia.

Las polillas aleteaban como motas de nieve que huían del viento cálido.

Ninguno de los dos habló durante un largo rato.

Al fin, Anomander Rake suspiró.

—¿Cómo tienes la pierna? —le preguntó.

—Me duele —respondió Whiskeyjack con sinceridad—. Sobre todo después de un día entero en la silla.

—Brood es un sanador experto. Gran Denul. No dudaría un instante si se lo pidieras.

—Cuando haya tiempo…

—De eso ha habido de sobra, y los dos lo sabemos. No obstante, comparto algo de tu obstinación, así que no volveré a sacar el tema. ¿Se ha puesto en contacto contigo Ben el Rápido?

Whiskeyjack asintió.

—Está en Capustan. O debería estarlo a estas alturas.

—Es un alivio. El asalto a las sendas ha hecho del oficio de mago un trabajo un tanto peligroso. Hasta Kurald Galain ha sentido el toque del veneno.

—Lo sé.

Rake se volvió despacio para mirarlo.

—No me esperaba encontrar en ella tal… renacimiento. Un corazón que yo había creído cerrado para siempre. Verlo florecer así…

Whiskeyjack cambió de postura, incómodo.

—Puede que lo haya herido esta noche.

—Por un momento, quizá. Vuestra falsa declaración de rebeldía ya es del dominio público.

—De ahí la reunión, o eso pensamos.

—Yo saqué la espina antes de que llegarais el puño supremo y tú.

El malazano estudió al tiste andii en la penumbra.

—No estaba seguro. Sin embargo, la sospecha no pudo encontrar raíces.

—Porque, para vosotros, mi postura no tiene sentido.

—Sí.

Rake se encogió de hombros.

—Pocas veces veo la necesidad como una carga.

Whiskeyjack lo pensó un instante y después asintió.

—Sigues necesitándonos.

—Más que nunca, quizá. Y no solo a vuestro ejército. Necesitamos a Ben el Rápido. Necesitamos a Humbrall Taur y a sus clanes de Caras Blancas. Necesitamos vuestro vínculo con Zorraplateada y, a través de ella, con los t'lan imass. Necesitamos al capitán Paran.

—¿A Ganoes Paran? ¿Por qué?

—Es el señor de la baraja de los Dragones.

—No es ningún secreto, entonces.

—Nunca lo fue.

—¿Sabes —preguntó Whiskeyjack— lo que significa ese papel? Te lo pregunto en serio porque, con franqueza, yo no lo sé y, maldita sea, ojalá lo supiera.

—El dios Tullido ha elaborado una nueva Casa y pretende unirla ahora a la baraja de los Dragones. Es necesaria una aprobación. Una bendición, si quieres. O, por el contrario, una negativa.

Whiskeyjack lanzó un gruñido.

—¿Qué hay de la Casa de Sombras entonces? ¿Había un señor de la Baraja por ahí que sancionó su ingreso en la baraja?

—No hubo necesidad. La Casa de Sombras siempre ha existido, más o menos. Tronosombrío y Cotillion se limitaron a despertarla de nuevo.

—Y ahora quieres que Paran, el señor de la Baraja, rechace la Casa del dios Tullido.

—Creo que debe hacerlo. Legitimar al Caído es darle poder. Ya vemos de lo que es capaz en su actual estado, por debilitado que esté. La Casa de las Cadenas son los cimientos que utilizará para reconstruirse.

—Pero los dioses y tú ya lo derribasteis una vez. El encadenamiento.

—Una empresa costosa, Whiskeyjack. Una empresa donde el dios Fener fue vital. Dime, entre tus soldados, el de los colmillos es un dios muy popular, ¿tenéis también sacerdotes?

—No. Fener es bastante popular puesto que es el señor de la Batalla. Los malazanos son un tanto... relajados cuando se trata del panteón. Tendemos a no alentar la existencia de cultos organizados dentro del estamento militar.

—Hemos perdido a Fener —dijo Rake.

—¿Perdido? ¿A qué te refieres?

—Arrancado de su reino, ahora vaga por la tierra de los mortales.

—¿Cómo?

Había una sonrisa sombría en el tono de Rake cuando se explicó.

—Lo hizo un malazano. Un antiguo sacerdote de Fener, una víctima de la revelación.

—¿Lo que significa...?

—Le cercenaron las manos de forma ritual. El poder de la revelación envía entonces esas manos a las pezuñas del propio Fener. El ritual debe ser la expresión de la justicia más pura, pero este no fue el caso. Más bien se percibió la necesidad de reducir la influencia de Fener y, en concreto, la del puño supremo, una medida llevada a cabo por agentes del Imperio, con toda probabilidad de la Garra. Has mencionado que no se alienta la existencia de cultos dentro del ejército. Quizás eso fuera un factor, no dispongo de todos los datos, por cierto. Desde luego, la afición del puño supremo al análisis histórico fue otro factor, había completado una investigación que llegaba a la conclusión

de que la emperatriz Laseen, de hecho, fracasó al pretender asesinar al emperador y a Danzante. Cierto, la dama alcanzó el trono que tanto ansiaba, pero ni Kellanved ni Danzante murieron en realidad, sino que ascendieron.

—Comprendo que a Torva se le pusieran los pelos de punta ante semejante descubrimiento.

—¿Torva?

—La emperatriz Laseen. Torva era su antiguo nombre.

—En cualquier caso, esas manos cercenadas fueron como veneno para Fener. No podía tocarlas ni podía sacarlas de su reino. Quemó los tatuajes que anunciaban su negativa sobre la piel del sumo sacerdote y así selló el poder virulento de las manos, al menos por el momento. Y eso debería haber sido todo. Con el tiempo, el sacerdote moriría y su espíritu acudiría a Fener para recuperar lo que le había sido arrebatado de una forma tan cruel e injusta. El espíritu se convertiría entonces en el instrumento de la ira de Fener, su venganza contra los sacerdotes del templo mancillado y, desde luego, contra la Garra y la propia emperatriz. Una tormenta muy oscura aguardaba al Imperio de Malaz, Whiskeyjack.

—Pero ha pasado algo.

—Sí. El sumo sacerdote, a propósito o por azar, entró en contacto con la senda del Caos, con un objeto, quizá, forjado dentro de esa senda. El sello protector que rodeaba sus manos cercenadas fue destruido por esa oleada inmensa e incontrolable de poder. Y, al encontrar a Fener, esas manos… lo empujaron.

—Por el aliento del Embozado —murmuró Whiskeyjack con los ojos clavados en el río que resplandecía ante sus ojos.

—Y ahora —continuó Rake—, el Tigre del Verano asciende para ocupar su lugar. Pero Treach es joven y mucho más

débil, su senda no es más que un lugar miserable, el número de sus seguidores es mucho menor que el de los de Fener. Todo fluye y cambia. Sin duda el dios Tullido sonríe.

—Espera un momento —objetó Whiskeyjack—. ¿Treach ha ascendido? Qué coincidencia.

—Algunos destinos estaban previstos, o eso parece.

—¿Previstos por quién?

—Por los dioses ancestrales.

—¿Y por qué les interesa tanto todo esto?

—Estaban allí cuando cayó el dios Tullido, cuando lo arrastraron a esta tierra. La caída destruyó a muchos de ellos, no dejó más que unos cuantos supervivientes. Fueran cuales fueran los secretos que rodean al Caído (de dónde vino, la naturaleza de su orientación, el ritual en sí que lo capturó), K'rul y los suyos son los dueños. Que hayan decidido involucrarse directamente, ahora que el dios Tullido ha reanudado su guerra, tiene implicaciones alarmantes en lo que respecta a la seriedad de la amenaza.

—Una afirmación que se queda muy corta, mi señor. —Whiskeyjack no dijo nada por un tiempo y después suspiró—. Lo que nos lleva de nuevo a Ganoes Paran y la Casa de las Cadenas. De acuerdo, entiendo por qué quieres que rechace la maniobra del dios Tullido. Debería advertirte, sin embargo, que Paran no se toma muy bien las órdenes.

—Esperemos, entonces, que vea por sí mismo cuál es el curso más prudente a seguir. ¿Querrás aconsejarle en nuestro nombre?

—Lo intentaré.

—Dime, Whiskeyjack —dijo Rake con tono indiferente—, ¿alguna vez encuentras perturbadora la voz de un río?

El malazano frunció el ceño.

—Al contrario, la encuentro tranquilizante.

—Ah. Eso, entonces, marca la diferencia esencial que hay entre nosotros.

¿Entre los mortales y los inmortales? Beru me proteja… Anomander Rake, sé exactamente lo que necesitas.

—Tengo un pequeño barril de cerveza gredfaliana, señor. Me gustaría sacarlo ahora, si no te importa esperar.

—Un buen plan, Whiskeyjack.

Y al amanecer, ojalá veas que la voz se va calmando.

El malazano se dio la vuelta y se dirigió al campamento. Al acercarse a las primeras filas de tiendas, hizo una pausa y se volvió para mirar a la lejana figura que se alzaba, erguida e inmóvil, en el risco cubierto de hierba.

La espada *Dragnipur*, sujeta en transversal a la espalda de Anomander Rake, colgaba como una cruz alargada rodeada de su propia aureola de oscuridad antinatural.

Cielos, no creo que la cerveza gredfaliana sea suficiente…

—¿Y qué senda escogerás para esto?

Ben el Rápido estudió los cuerpos tirados por el suelo y las piedras volcadas y manchadas de sangre de la muralla de la ciudad. Se veían hogueras a través de la brecha, humo que emborronaba el cielo nocturno sobre los edificios oscuros y aparentemente sin vida.

—Rashan, creo —dijo.

—Sombras. Debería haberlo supuesto. —Talamandas se encaramó sobre un montón de cadáveres y luego se volvió a mirar al hechicero—. ¿Procedemos?

Ben el Rápido abrió la senda, reprimida con fuerza, y la cerró a su alrededor. La hechicería lo envolvió en sombras. Talamandas lanzó una risita burlona y se acercó.

—Iré sobre tu hombro, ¿te parece?

—Si insistes —mascullό el mago.

—No me dejas mucha elección. Controlar una senda abriéndola de golpe delante de ti y recogiéndola de repente a tu espalda bien podría resultar ser tu mejor arte, pero a mí no me queda mucho espacio para maniobrar en su interior. Aunque por qué tenemos que molestarnos con las sendas en estos momentos es algo que no alcanzo a entender.

—Tengo que practicar. Además, odio que noten mi presencia. —Ben el Rápido hizo un gesto—. Sube a bordo entonces.

El monigote trepó por la pierna del hechicero, apoyó los pies de bramante atado en el cinturón del hombre y después se arrastró por la túnica de Ben. El peso, cuando Talamandas se acomodó en su hombro izquierdo, era insustancial. Unas ramitas a modo de dedos se cerraron alrededor del cuello de la túnica.

—Puedo soportar una caída o dos —dijo el monigote—, pero no lo conviertas en una costumbre.

Ben el Rápido se adelantó y se deslizó por la brecha de la muralla. La luz del fuego arrojaba vetas crudas entre las sombras y pintaba al azar partes apenas vislumbradas del cuerpo del mago. Una sombra profunda que atravesara una escena iluminada por el fuego habría llamado la atención. Ben el Rápido se concentró en fundirse con su entorno.

Llamas, humo y cenizas. Gemidos vagos en los edificios derrumbados, unas cuantas calles más allá, el cántico de duelo de los barghastianos.

—Todos los painitas se han ido —susurró Talamandas—. ¿Qué necesidad tenemos de ocultarnos?

—Es mi naturaleza. La cautela me mantiene con vida, y ahora cállate.

Entró en una calle rodeada de propiedades daru. Mientras otras avenidas daban fe de los esfuerzos de las tribus de

Caras Blancas por llevarse los cuerpos, allí no había tenido lugar tal tarea. Los soldados painitas yacían muertos en gran número, apilados alrededor de una propiedad concreta, cuya garita ennegrecida era un buche rodeado de sangre seca. Una muralla baja se alzaba a ambos lados de la verja. Unas figuras oscuras e inmóviles hacían guardia en ella, encaramados al parecer a una especie de pasaje que había a media altura al otro lado.

Agazapado a los pies de otro edificio, a cincuenta metros de distancia, Ben el Rápido estudió la escena. El aliento amargo de la hechicería seguía aferrándose al aire. Sobre su hombro, Talamandas siseó al reconocer de repente el olor.

—¡Los nigromantes! ¡Los que me arrancaron de mi túmulo!

—Creí que ya no tenías nada que temer de ellos —murmuró Ben el Rápido.

—Y no lo tengo, pero eso no hace nada por disminuir el odio o el asco que siento.

—Es una pena, porque quiero hablar con ellos.

—¿Por qué?

—Para tomarles la medida, ¿por qué si no?

—Es una idiotez, mago. Sean lo que sean, no es nada bueno.

—¿Y yo lo soy? Ahora déjame pensar.

—Jamás conseguirás pasar junto a esos guardias no muertos.

—Cuando digo que me dejes pensar, me refiero a que te calles.

Talamandas guardó silencio de mala gana, aunque no dejó de murmurar y removerse en el hombro de Ben el Rápido.

—Vamos a necesitar una senda diferente —dijo al fin el mago—. Podemos elegir entre la del Embozado o Aral

Gamelon…

—¿Aral qué? Jamás he oído hablar…

—Demoníaca. La mayor parte de los conjuradores que invocan demonios abren un camino a Gamelon, aunque lo más seguro es que ellos no la conozcan, no por su verdadero nombre, al menos. Es verdad que se pueden encontrar demonios en otras sendas, los aptorianos de Sombra, por ejemplo. Pero los korvalahrai y los galayn, los favoritos del Imperio, son los dos de Gamelon. En cualquier caso, si mi instinto no me engaña, los dos tipos de nigromancia están presentes en esa propiedad; tú dijiste que eran dos, ¿no?

—Sí, y dos clases de locura.

—Suena interesante.

—¡Esto es un capricho! ¿Es que no has aprendido nada de tus múltiples almas, mago? Los caprichos pueden ser letales. Haz algo sin más razón que la curiosidad y se cierra como las mandíbulas de un lobo sobre tu garganta. Incluso si consigues escapar, te persigue, para siempre.

—Hablas demasiado, monigote. Ya he tomado una decisión. Hora de moverse. —Plegó la senda de Rashan a su alrededor y después avanzó.

—¡Cenizas en la urna! —siseó Talamandas.

—Sí, las del Embozado. ¿Te consuela la familiaridad? Es la alternativa más segura, dado que el propio Embozado te ha bendecido, ¿no?

—No me consuela.

Lo que tampoco era de extrañar, pensó Ben el Rápido cuando estudió la transformación que lo rodeaba. La muerte hacía estragos por aquella ciudad. Las almas atestaban las calles atrapadas en los ciclos de sus últimos momentos de vida. El aire estaba repleto de chillidos, gemidos, el golpe seco de las armas, el derrumbamiento aplastante de las piedras y el humo asfixiante. En capas bajo aquella había un

sinfín de muertes más, las que se posaban, como nevadas sucesivas, en cualquier lugar donde se reunieran seres humanos. Generación tras generación.

Sin embargo, Ben el Rápido se fue dando cuenta poco a poco de que aquella conflagración no eran más que ecos y las almas en sí, simples fantasmas.

—Por todos los dioses del inframundo —murmuró al comprenderlo de repente—. Esto no es más que un recuerdo, lo que albergan las piedras de las calles y los edificios, memorias del aire en sí. Las almas… han desaparecido todas por la puerta del Embozado…

Talamandas permanecía inmóvil sobre su hombro.

—Lo que dices es cierto, hechicero —murmuró—. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién ha tomado a todos estos muertos?

—Tomado, sí, bajo su ala. Los han bendecido, a todos y cada uno, su dolor ha llegado a su fin. ¿Es esto obra del Consejo de Máscaras?

El monigote escupió.

—¿De esos idiotas? No creo.

Ben el Rápido no dijo nada durante un tiempo y después suspiró.

—Capustan puede que se recupere, después de todo. No creí que eso fuera posible. Bueno, ¿acompañamos a estos fantasmas?

—¿Tenemos que hacerlo?

Ben el Rápido no respondió, solo se limitó a avanzar. Los guardias no muertos (videntes del Dominio y urdomen) eran borrones oscuros, manchas en la senda del Embozado. Pero eran ciegos a su presencia en el reino por donde caminaba el mago en ese momento. Uno de los dos nigromantes residía en su interior, al otro lo rechazaban en ese instante.

El único riesgo que quedaba era si el otro (el invocador) había liberado algún demonio para complementar la

defensa de la propiedad.

Ben el Rápido atravesó la verja. En el complejo que tenía delante no había ningún cuerpo, aunque la sangre coagulada cubría los adoquines por algunos sitios.

Unos deditos ramosos se convulsionaron en el hombro del mago.

—Huelo…

El demonio sirinth estaba agachado delante de las puertas principales de la casa, envuelto en la sombra del dintel. En ese momento gruñía y apartaba su peso del rellano para aparecer a plena vista. Cubierto por pliegues de piel parecida a la de los sapos, con los miembros estirados y una cabeza ancha y baja que era sobre todo mandíbulas y colmillos, el sirinth abultaba más que un bhederin macho. Pero en carreras cortas, sin embargo, podía alcanzar la velocidad del rayo.

Y una carrera corta era todo lo que necesitaba para alcanzar a Ben el Rápido y Talamandas.

El monigote lanzó un chillido.

Ben el Rápido se hizo a un lado con un movimiento ágil y desplegó otra senda más, esta recubierta por la del Embozado. Un paso atrás lo metió en esa senda donde el calor fluía como líquido y donde una luz seca y ambarina impregnaba el aire.

El sirinth giró en redondo y cayó boca abajo dentro de Aral Gamelon.

Ben el Rápido se metió un poco más en la senda demoníaca.

El sirinth intentó seguirlo con un gemido, pero solo para que lo detuviera en seco un collarín de hierro y una cadena que acababan de hacerse visibles, la cadena llegaba hasta el fondo; Ben sabía que llegaría hasta el círculo vinculante

que el invocador hubiera conjurado al encadenar a esa criatura.

—Mala suerte, amigo mío —dijo el mago cuando el demonio lanzó un gemido agudo—. ¿Me permites que te sugiera un trato, sirinth? Yo rompo la cadena y tú te vas en busca de tus seres queridos. Que reine la paz entre nosotros.

La criatura se quedó inmóvil. Unos párpados plegados se abrieron y revelaron unos ojos grandes y luminosos. En el reino mortal que acababan de dejar, esos ojos ardían como el fuego. Allí, en Aral Gamelon, era casi dóciles.

Casi. No te engañes, Ben. Esta cosa podría engullirte de un solo bocado.

—¿Y bien?

El sirinth se deslizó a un lado y estiró el cuello.

La hechicería refulgió en el collarín y la cadena, el hierro atestado de glifos tallados.

—Tendré que echar un vistazo más de cerca —le dijo Ben el Rápido al demonio—. Has de saber que la senda del Embozado permanece con nosotros…

—¡No lo suficiente! —siseó Talamandas—. ¡Esos guardias no muertos nos han visto!

—Todavía tenemos unos momentos —respondió Ben el Rápido—. Es decir, si te callas. Sirinth, si me atacas cuando me acerque, te revelaré otra cadena que te rodea el cuello, la del Embozado. Muerto pero no muerto, atrapado en el ínterin. Para siempre. ¿Me entiendes?

La criatura volvió a chillar, pero no realizó ningún otro movimiento.

—Me basta.

—Idiota…

Ben el Rápido hizo caso omiso del monigote y se colocó a un lado del enorme demonio. Sabía que aquella cabeza podía girar de golpe, poco más que un simple contorno

borroso, y que las mandíbulas podían abrirse para engullir cabeza, hombros (Talamandas incluido) y el torso hasta las caderas.

Estudió los glifos y después gruñó.

—Unos eslabones muy logrados, desde luego. La clave, sin embargo, para romper esta cadena se encuentra en poder desenredar un único hilo. El reto es encontrar el adecuado...

—¡Quieres darte prisa! ¡Esos no muertos se están reuniendo! ¡Los tenemos casi encima!

—Un momento, por favor. —Ben el Rápido se inclinó sobre el monstruo y miró los símbolos con los ojos entrecerrados—. Es curioso —murmuró—, esto es escritura korelri. Alto korelri, que hace siglos que no se utiliza. Bueno, pues no es tan difícil. —Estiró el brazo, murmuró unas cuantas palabras y golpeó un glifo con la uña del pulgar—. Así pues, al cambiar el significado... —Ben el Rápido sujetó la cadena por ambos lados del símbolo estropeado y dio un rápido tirón.

La cadena se partió.

El sirinth se lanzó hacia delante y después giró en redondo con las mandíbulas abiertas de par en par.

Talamandas chilló.

Ben el Rápido ya volaba por los aires, atravesaba la puerta de la senda y regresaba a la del Embozado, donde hundió un hombro al chocar con los adoquines y dio una voltereta para volver a ponerse en pie con Talamandas todavía aferrado a su túnica. El mago se quedó entonces inmóvil.

Estaban rodeados por unas figuras oscuras e insustanciales que dejaron de moverse cuando su presa dejó de ser visible.

Talamandas tuvo la prudencia de no decir nada. Todavía agachado, Ben el Rápido se metió en silencio entre dos guardias no muertos y después se apartó sin ruido y se acercó a las puertas dobles.

—Dioses —gimió el monigote en un susurro—, ¿por qué estamos haciendo esto?

—¿Porque es divertido?

Las puertas no estaban cerradas con llave.

Ben el Rápido se deslizó al interior y cerró la puerta tras ellos, el chasquido suave del picaporte pareció provocar un estrépito en el hueco.

—Bueno —dijo Talamandas sin aliento—, ¿y qué senda usamos ahora?

—Ah, ¿percibo acaso que ya empiezas a meterte en el espíritu de la aventura?

—Mala elección de términos, mortal.

Ben sonrió y cerró la del Embozado. *Debería resultar obvio por qué estoy haciendo esto, monigote. Llevo demasiado tiempo sin poder utilizar las sendas y necesito practicar. Es más, necesito saber hasta qué punto eres eficaz. Y de momento, todo va bien. El veneno se mantiene a raya, incapaz de cerrarse sobre mí. Estoy satisfecho*. Se acercó a la pared más cercana y apoyó las dos manos contra la fría piedra.

Talamandas lanzó una risita.

—D'riss. La senda de la Piedra. Qué cabrón más listo.

Ben el Rápido abrió la senda de un empujón y se deslizó por la pared.

Aquello no tenía nada de fácil. La piedra se podía atravesar con bastante facilidad, no tenía más resistencia que el agua, pero el mortero no cedía tanto y se resistía a su paso como las hebras de una telaraña especialmente

obstinada. Y lo que era peor, las paredes eran delgadas, lo que lo obligaba a avanzar de lado.

Siguió el curso de la pared de habitación en habitación, adentrándose cada vez más. La arquitectura daru era predecible y simétrica. El aposento principal del piso bajo estaría en el centro. Los niveles superiores eran más problemáticos, pero con bastante frecuencia la cámara principal del piso bajo estaba abovedada, lo que empujaba a las habitaciones de encima a los laterales del edificio.

Apenas podía ver las habitaciones, aunque allí estaban. Granulosas, grises, el mobiliario borroso y mal definido. Pero la carne viva refulgía de verdad. «La piedra conoce la sangre, pero no puede albergarla. La piedra ansía la vida, pero solo puede imitarla». Eran palabras antiguas, de un cantero y escultor que había vivido siglos atrás en Unta. Pero bastante apropiadas cuando estabas en la senda de D'riss. Cuando penetrabas en la carne de la diosa Dormida.

Ben el Rápido se deslizó por una esquina y al fin le pudo echar un primer vistazo a la cámara principal.

Una figura reclinada en una especie de diván cerca de la chimenea. Parecía leer un libro. Otro hombre alimentaba las llamas sin brillo, de un leve color rosado, mientras murmuraba algo por lo bajo. Paseándose por la repisa de la chimenea había una criatura pequeña, un cuervo o quizá una urraca.

El hombre del diván estaba hablando al tiempo que pasaba las páginas de pergamino del libro que leía, sus palabras llegaban apagadas y quebradizas por efecto de la piedra.

—Cuando hayas terminado con eso, Emancipor, devuelve a los guardias a sus posiciones en la muralla. Tenerlos plantados en el patio, todos mirando hacia el interior, a la nada, sugiere un comportamiento ridículo. No se puede

decir que sea una escena que inspire temor en potenciales intrusos.

—Si no le importa que se lo diga, amo —dijo Emancipor al levantarse de la chimenea y limpiarse el hollín de las manos —, si tenemos compañía no deseada, ¿no deberíamos estar haciendo algo?

—Por mucho que me desagrade perder a mis demonios, querido sirviente, no asumo que todos mis visitantes sean malignos. Deshacerse de mi sirinth era sin duda la única opción disponible e incluso entonces una empresa repleta de riesgos. La cadena no supone más que la mitad del ensalmo, por supuesto; las órdenes del collarín no se pueden anular con tanta facilidad. Así pues, un poco de paciencia, hasta que nuestro huésped, ya sea hombre o mujer, decida hacer formal su visita.

La cabeza de bellota de Talamandas tocó la oreja de Ben el Rápido.

—Déjame aquí cuando pases, hechicero. Una traición por parte de este hombre no es tanto una probabilidad como una maldita certeza.

Ben el Rápido se encogió de hombros. El peso del monigote abandonó su hombro.

El mago salió de la senda con una sonrisa y empezó a limpiarse el polvo arenoso de la túnica y la capa de lluvia.

El hombre sentado cerró poco a poco el libro sin mirarlo.

—Un poco de vino, Emancipor, para mí y para mi invitado.

El sirviente se giró y miró a Ben el Rápido.

—¡Por el aliento del Embozado! ¿De dónde ha salido?

—Las paredes oyen, ven y todo lo demás. Continúa con tus tareas, Emancipor. —El hombre al fin levantó la cabeza y se encontró con la mirada del hechicero.

Esa sí que es una mirada de lagarto. Bueno, nunca me he encogido ante los de su calaña, ¿por qué debería hacerlo ahora?

—Un poco de vino sería estupendo —dijo Ben el Rápido también en daru, como el hombre sentado.

—Algo… floral —añadió el nigromante cuando el sirviente se acercó a una puerta lateral.

El cuervo de la chimenea había dejado de pasearse y en ese momento estudiaba al mago con la cabeza ladeada. Después de un momento reanudó sus paseos de un lado a otro de la chimenea.

—Por favor, siéntate. Me llamo Bauchelain.

—Ben el Rápido. —El hechicero se dirigió al sillón afelpado que había enfrente del nigromante y se acomodó en él. Después suspiró.

—Un nombre interesante. Un nombre acertado, si me permites decirlo. Haber esquivado el ataque del sirinth… ¿He de suponer que te atacó una vez que lo liberaste?

—Muy listo —admitió Ben el Rápido—, encerrar un hechizo de aplazamiento en ese collarín, una última orden de matar a quien lo libere. He de suponer que eso no te incluye a ti, la persona que lo invocó.

—Yo nunca libero a mis demonios —dijo Bauchelain.

—¿Nunca?

—Cada excepción a un ensalmo mágico lo debilita. Yo no permito ninguna.

—¡Pobres demonios!

Bauchelain se encogió de hombros.

—Yo no siento simpatía alguna por meros instrumentos. ¿Tú lloras por tu daga cuando se rompe en la espalda de alguien?

—Eso depende de si mató al cabrón o solo lo cabreó.

—Ah, pero entonces lloras por ti mismo.

—Estaba haciendo un chiste.

Bauchelain levantó una de sus finas cejas.

El subsiguiente silencio lo interrumpió el regreso de Emancipor, que traía una bandeja en la que reposaba una polvorienta botella y dos copas de cristal.

—¿No traes un vaso para ti? —preguntó el nigromante—. ¿Tan poco respeto la igualdad de los hombres, Emancipor?

—Eh, ya eché un trago abajo, amo.

—¿Ah, sí?

—Para ver si era floral.

—¿Y lo era?

—No estoy seguro. Quizá. ¿Qué es floral?

—*Hmm*. Creo que debemos reanudar tu educación sobre este tipo de lujos. Floral es lo contrario de… amaderado. En otras palabras, que no alberga el recuerdo amargo de la savia sino algo más dulce, como el narciso o la corona cadavérica…

—Esas flores son venenosas —observó Ben el Rápido con un tono ligeramente alarmado.

—Pero bonitas y dulces en apariencia, ¿no? Dudo que ninguno de nosotros tengamos por costumbre comer flores, de ahí que en la analogía buscara indicios visuales para mi querido Emancipor.

—Ah, ya veo.

—Antes de que sirvas de esa botella, entonces, Emancipor, dime, ¿el regusto que dejó era amargo o dulce?

—Oh, era como espeso, amo. Como el hierro.

Bauchelain se levantó y cogió la botella. Se la llevó a la nariz y olisqueó la boca.

—Idiota, esto es sangre de la colección de Korbal Espita. Esa fila no, la que está enfrente. Devuelve esta a la bodega.

La cara arrugada de Emancipor se había quedado blanca como el pergamino.

—¿Sangre? ¿De quién?

—¿Importa acaso?

Cuando Emancipor se quedó con la boca abierta, Ben el Rápido carraspeó y dijo:

—Para tu sirviente, creo que la respuesta sería, «pues sí, importa».

El cuervo graznó en la repisa de la chimenea y empezó a subir y bajar la cabeza.

El criado se hundió sobre unas rodillas débiles y las copas de la bandeja entrechocaron entre sí.

Bauchelain frunció el ceño, cogió de nuevo la botella y la olisqueó una vez más.

—Bueno —dijo mientras la devolvía a la bandeja—, no soy la persona más adecuada para preguntárselo, pero creo que es sangre de una virgen.

Ben el Rápido no tuvo más alternativa que preguntarlo.

—¿Cómo lo distingues?

Bauchelain lo miró con las cejas alzadas.

—Bueno, pues porque es amaderada.

Al infierno del Embozado con los planes. Paran se había repantigado en uno de los bancos más bajos de la cámara del Consejo del salón del vasallaje. La noche parecía entrar como un río en la inmensa y polvorienta habitación y mitigar la luz de las teas de las paredes. Ante él, habían levantado el suelo y habían revelado una serie de canoas con batanga recubiertas de polvo. Los cadáveres amortajados que en otro tiempo las llenaban habían sido extraídos por los barghastianos en una ceremonia solemne pero, en lo que al capitán respectaba, habían dejado atrás los artefactos más importantes. Sus ojos no abandonaban las canoas de

marineros, como si contuvieran verdades que podrían resultar abrumadoras si consiguiera extraerlas.

El dolor del estómago se alzaba con ecos menguantes. Le pareció comprender al fin la fuente de su enfermedad. No era un hombre que agradeciera el poder, pero se lo habían encomendado a pesar de todo. Nada tan obvio como una espada, por ejemplo *Dragnipur*; nada que pudiera empuñar y con lo que atravesar a los enemigos como un demonio vengador que se arrodillara solo ante la justicia fría. No obstante, era poder, de todos modos. Una sensibilidad a las corrientes invisibles, la percepción de las interconexiones que lo unía todo y a todos con todo lo demás. Ganoes Paran, que despreciaba la autoridad, había sido elegido como juez y árbitro. Un regulador del poder cuya tarea era imponerles una estructura (las reglas del juego) a unos jugadores a los que les molestaba cada desafío a la libertad que tenían de hacer lo que les viniera en gana.

Peor todavía que un magistrado malazano en Unta. Aferrarse a la ley mientras se sufre la presión de todas las influencias imaginables, desde facciones rivales hasta los deseos de la propia emperatriz. Pincha y tira, empuja y estira, manipula para transformar la decisión más fácil y recta en una pesadilla.

No me extraña que mi cuerpo se eche atrás y rechace lo que me han impuesto.

Estaba solo en la sala del consejo del salón del vasallaje. A los Abrasapuentes el cuartel gidrath les había parecido más de su estilo, y sin duda se estaban poniendo ciegos, jugando y bebiendo con el medio centenar de gidrath que componían la guardia particular del salón del vasallaje; los sacerdotes del Consejo de Máscaras se habían retirado ya a dormir.

Y parecía que la espada mortal de Trake, el hombre llamado Rezongo, había iniciado una amistad con la hija de Humbrall Taur, Hetan, una amistad que Paran sospechaba que podría dar como resultado final unos lazos muy estrechos con el clan de las Caras Blancas; la pareja se había dirigido al corazón del salón del vasallaje, sin duda en busca de un sitio más privado. Para gran disgusto de la mujer, Piedra Menackis.

El yunque del escudo Itkovian había regresado con sus tropas al cuartel que tenía cerca del palacio de Jelarkan para efectuar las reparaciones necesarias y, llegada la mañana, comenzar la tarea de rescatar a los refugiados ocultos en los túneles que había bajo la ciudad. La resurrección de Capustan seguramente resultaría tortuosa y angustiada y el capitán no envidiaba la tarea de las Espadas Grises.

Nosotros, sin embargo, seguiremos adelante. Itkovian tendrá que encontrar, entre los supervivientes, a alguien con sangre real (por aguada que esté) para colocarlo en ese crispado trono. La infraestructura de la ciudad está en ruinas. ¿Quién va a alimentar a los supervivientes? ¿Cuánto tiempo habrá de pasar antes de que se restablezca el comercio con ciudades como Saltoan y Darujhistan? Bien sabe el Embozado que los barghastianos no le deben nada al pueblo de Capustan…

Su estómago al fin había encontrado la paz. Respiró hondo, vacilante, y después suspiró lánguidamente. *Poder*. Sus pensamientos tenían tendencia a deslizarse por consideraciones más mundanas, un medio de aplazar la decisión, bien lo sabía, y era una lucha regresar al único tema al que tendría que enfrentarse antes o después. *Una tormenta de planes, cada uno intentando convertirme en una piedra angular. Solo tengo que extender los dedos de una mano y abarcar así toda la baraja de los Dragones. Una*

verdad que preferiría no admitir. Pero siento esas malditas cartas en mi interior, como los huesos apenas articulados de una bestia inmensa, tan inmensa que es imposible abarcarla toda. Un esqueleto que amenaza con volar en mil pedazos. A menos que pueda resistir y esa es la tarea que me han impuesto ahora. Mantenerlo todo unido.

Jugadores de la partida que no quieren incluir a otros. Jugadores fuera de la partida que quieren entrar. Jugadores que están a la vanguardia y otros detrás, que se mueven entre las sombras. Jugadores que juegan limpio, jugadores que hacen trampas. Dioses, ¿por dónde empiezo a desentrañar todo esto?

Pensó en Rezongo, la espada mortal del recién ascendido Treach. En cierto sentido, el Tigre del Verano siempre había estado ahí, siguiendo sin ruido el rastro de Fener. Si las historias que se contaban eran ciertas, el héroe primero se había perdido mucho tiempo atrás, se había rendido por completo a los instintos bestiales de su forma soletaken. *Con todo, aquella coincidencia tan grande y abrumadora*… Paran había empezado a sospechar que los dioses ancestrales no habían orquestado las cosas hasta el punto que había insinuado Escalofrío; el oportunismo y la casualidad eran tan responsables del giro de los acontecimientos como lo demás. *De otro modo, contra los dioses ancestrales ninguno tendríamos ni una sola oportunidad, incluyendo al dios Tullido. Si todo estuviera planeado, entonces ese plan habría tenido que incluir la pérdida de Treach, que, por tanto, se habría convertido en un espía silente en la partida; su amenaza contra Fener anulada con destreza hasta el momento en que se necesitase al héroe primero. Y su muerte también tendría que haberse dispuesto, y el momento tendría que ser preciso para que ascendiese en el instante exacto*.

Y cada acontecimiento que llevara, en último caso, al extremo que ha alcanzado Fener, a su repentina y brutal vulnerabilidad, habrían tenido que conocerlo los dioses ancestrales, lo habrían tenido que conocer hasta el último detalle.

Así pues, a menos que todos estemos interpretando unos papeles que están predeterminados, y son por tanto inevitables (y por lo mismo, conocibles en potencia por seres como los dioses ancestrales), a menos que ocurra eso, entonces, lo que todos y cada uno de nosotros decidamos hacer, o no hacer, puede tener graves consecuencias. No solo en nuestras propias vidas, sino en el mundo… los mundos, cada reino en existencia.

Paran recordó los escritos de los historiadores que habían afirmado justo eso. *El viejo soldado, Duiker, para empezar, aunque ya hace mucho tiempo que ha caído en desgracia. Cualquier erudito que acepte una túnica imperial es de inmediato sospechoso… por razones obvias: integridad comprometida y parcialidad. Con todo, en sus primeros tiempos, era un fiero defensor de la eficacia individual*.

La maldición de las grandes mentes. Llegar joven a una idea, sobrevivir al asedio que la asalta de forma invariable y luego, al fin, hacer guardia en los baluartes mucho después de que haya terminado la guerra, con las armas embotadas en las manos de plomo… maldita sea, vuelvo a divagar.

Así que él iba a ser la piedra angular. Una posición que exigía un florecimiento repentino de su ego, una fe inexpugnable en su propia eficacia. *Y eso es lo último de lo que soy capaz, cielos. Acosado por la incertidumbre, el escepticismo, por todos los defectos inherentes a alguien que carece de propósito, un mal crónico en él. Que socava cada objetivo personal como un árbol que se reconcome sus*

propias raíces y se derrumba aunque solo sea para darle la razón a la pobre opinión que tiene de sí mismo.

Dioses, hablando de haber elegido mal…

Un susurro seco alertó a Paran de la presencia de alguien más en la cámara. Parpadeó y examinó la penumbra. Había una figura entre las canoas, una figura grande y recubierta de una armadura de monedas deslustradas.

El capitán se aclaró la garganta.

—¿Haciendo una última visita?

El guerrero barghastiano se irguió.

Tenía un rostro conocido, pero pasó un momento antes de que Paran reconociera al joven.

—Cafal, ¿verdad? El hermano de Hetan.

—Y tú eres el capitán malazano.

—Ganoes Paran.

—El que bendice.

Paran frunció el ceño.

—No, ese título encajaría mejor con Itkovian, el yunque del escudo…

Cafal sacudió la cabeza.

—Él no hace más que llevar la carga. Tú eres el que bendice.

—¿Estás sugiriendo que si hay alguien capaz de aliviar la… carga… de Itkovian… ese soy yo? ¿Solo tengo que… bendecirlo? *—Juez y árbitro, había pensado. Es obvio que es bastante más complicado que eso. ¿El poder de bendecir? Feru me libre*.

—No soy yo quien debe decirlo —gruñó Cafal, sus ojos resplandecían bajo la luz de las teas—. No puedes bendecir a alguien que te niega el derecho a hacerlo.

—Muy cierto. No me extraña que la mayor parte de los sacerdotes sean desdichados.

Unos dientes resplandecieron, ya fuera con una sonrisa o con algo bastante más desagradable.

Oh, creo que me molesta la noción de bendecir. Pero tiene sentido. ¿De qué otro modo concluye un señor de la Baraja su arbitrio? Como un magistrado de Unta, claro está, solo que hay algo de religioso en esto… y eso me incomoda. Ya reflexionarás sobre eso más tarde, Ganoes…

—Estaba aquí sentado —dijo Paran— pensando, a ratos, que hay un secreto dentro de esas canoas medio podridas.

Cafal lanzó un gruñido.

—Si me lo tomo como un sí, ¿me equivocaría?

—No.

Paran sonrió. Había aprendido que los barghastianos odiaban decirle que sí a lo que fuese, pero se podía extraer una afirmación si se los guiaba para que dijeran que no a lo contrario.

—¿Preferirías que me fuera?

—No. Solo los cobardes atesoran los secretos. Acércate más, si quieres, y sé testigo de al menos una de las verdades que albergan estas antiguas naves.

—Gracias —respondió Paran antes de erguirse poco a poco. Recogió un farol y se acercó al borde del pozo, después bajó hasta la tierra enmohecida para colocarse junto a Cafal.

La mano derecha del barghastiano reposaba en una proa tallada.

Paran la estudió.

—Escenas de batalla. En el mar.

—No es el secreto que me gustaría enseñarte —dijo Cafal con voz profunda—. Los que las tallaron eran muy diestros. Escondieron las junturas y ni siquiera el paso de los siglos ha hecho mucho por revelar su subterfugio. Mira, ¿ves cómo esta canoa parece haber sido tallada a partir de un solo

árbol? Así fue, pero, no obstante, la nave fue construida por piezas. ¿Lo distingues Ganoes Paran?

El capitán se agachó y miró más de cerca.

—Apenas —dijo después de un rato—, pero solo porque algunas de las piezas se han combado y apartado de las junturas. Estos paneles con las escenas de batallas, por ejemplo…

—Sí, esos mismos. Ahora, presencia el secreto. —Cafal sacó un cuchillo de caza de hoja ancha y metió la punta y el filo entre el panel tallado y la capa inferior. Después lo giró.

La regala de la escena de batalla se soltó del extremo de la proa. Dentro se podía ver un gran hueco. Algo destellaba con una luz apagada en su interior. Tras devolver el cuchillo al cinturón, Cafal metió la mano en la cavidad y extrajo el objeto.

Una espada, la hoja grabada al aguafuerte era estrecha y de un solo filo y parecía líquida bajo el juego de luces de las teas. El arma era muy larga y la punta destellaba en el último palmo. Una pequeña empuñadura de hierro negro con forma de diamante protegía el puño envuelto en tendones. Los siglos no habían dejado huella en la espada, que permanecía sin engrasar y sin vaina.

—Hay hechicería en su interior.

—No. —Cafal levantó el arma, rodeó el puño con las dos manos y lo sujetó con un extraño gesto de dedos entrelazados—. En la juventud de nuestro pueblo, la paciencia y la habilidad se habían desposado en una unión perfecta. Los filos no tenían igual por aquel entonces y continúan sin tenerlo hoy.

—Disculpa, Cafal, pero las hojas curvas y las lanzas que he visto entre vuestros guerreros no dan muchas señales de una habilidad singular.

Cafal le enseñó los dientes.

—No hay nada que disculpar. De hecho, usas con demasiada mesura tus palabras. Las armas que forjan nuestros herreros en estos tiempos están mal hechas. Hemos perdido el saber antiguo.

—No imagino una espada totalmente mundana que sea capaz de sobrevivir intacta a semejante descuido, Cafal. ¿Estás seguro que no ha sido imbuida de...?

—Lo estoy. La combinación de metales desafía al asalto del tiempo. Entre ellos, metales que han de descubrirse otra vez y que, ahora que prevalece la hechicería, quizá nunca vuelvan a ser descubiertos. —Le tendió la espada a Paran—. Parece desequilibrada, ¿verdad? Con la punta muy pesada. Toma.

Paran aceptó el arma. Era ligera como una daga.

—Imposible —murmuró—. Debe de romperse…

—No con facilidad, capitán. La hoja parece rígida, ¿verdad? Así pues, la conclusión es que es quebradiza, pero no lo es. Examina el filo. No hay mella alguna, sin embargo esta espada concreta ha entrado en combate muchas, muchas veces. El filo permanece liso y afilado. Esta espada no necesita cuidados.

Paran se la devolvió y posó los ojos en las canoas.

—¿Y estas naves poseen más de tales armas?

—Así es.

—¿Quiénes las usarán? ¿Los caudillos?

—No. Niños.

—¿Niños?

—Elegidos con todo cuidado para que comiencen su adiestramiento con estas espadas. Imagínate blandiendo esta hoja, capitán. Tus músculos están acostumbrados a algo mucho más pesado. La girarías demasiado o la compensarías con un movimiento igual de brusco. Un golpe seco podría hacerla volar de tus manos. No, el verdadero potencial de

estas espadas solo se puede hallar en manos que no conozcan otras armas. Y buena parte de lo que aprenden esos niños deben hacerlo por sí solos. Después de todo, ¿cómo podemos enseñar lo que no sabemos?

—¿Y cuál será el propósito de estas espadas? ¿De esos jóvenes guerreros que las empuñen?

—Puede que halles la respuesta algún día, Ganoes Paran.

Paran se quedó callado un momento.

—Creo —dijo al fin—, que he conseguido averiguar otro secreto.

—¿Y qué secreto es ese?

Vais a desmantelar estas canoas. Para aprender el arte de hacerlas.

—¿La tierra seguirá siendo vuestro hogar durante mucho tiempo, barghastiano?

Cafal sonrió.

—No.

—Ese es.

—Ese es. Capitán, a Humbrall Taur le gustaría pedirte algo. ¿Quieres escuchar la petición de sus labios o me permites que te la haga en su nombre?

—Adelante.

—A los barghastianos les gustaría que… bendijeras a sus dioses.

—¿Qué? No me necesitáis a mí para eso…

—Eso es cierto. Te lo pedimos, no obstante.

—Bueno, déjame pensarlo, Cafal. Uno de mis problemas es que no sé cómo se hace. ¿Me limito a acercarme a los huesos y decir «yo os bendigo» o es preciso algo más complicado?

Las pobladas cejas de Cafal se unieron.

—¿No lo sabes?

—No. Quizá te convendría reunir a todos tus chamanes y debatir el tema.

—Sí, habrá que hacer eso. Cuando descubramos el ritual necesario, ¿accederás a realizarlo?

—Dije que lo pensaría, Cafal.

—¿Por qué vacilas?

Porque soy una puñetera piedra angular, por el Embozado, y lo que decida hacer podría cambiar, cambiará, todo.

—No es mi intención ofender, pero soy un cabrón muy cauto.

—Un hombre que posee el poder debe actuar con decisión, Ganoes Paran. De otro modo se le escapa entre los dedos.

—Cuando decida actuar, Cafal, será con decisión. Si es que eso tiene sentido. Una cosa que no será es precipitado, y si de hecho poseo un poder vasto, entonces dame las gracias por mis precauciones.

El guerrero barghastiano lanzó un gruñido.

—Quizá tu cautela sea razonable, después de todo. Le transmitiré tus palabras a mi padre.

—Así sea.

—Si deseas quedarte en soledad, tendrás que encontrar otro sitio. Los míos vienen a recuperar las armas restantes. Será una noche muy ajetreada.

—De acuerdo, iré a dar un paseo.

—Ten cuidado, Ganoes Paran.

El capitán se volvió.

—¿Con qué?

—El Consejo de Máscaras sabe quién, qué eres, y no les gusta.

—¿Por qué?

Cafal sonrió una vez más.

—Al Consejo de Máscaras no le hace gracia tener rivales. Todavía no han accedido a reconocer los méritos de Keruli, que pretende unirse a la compañía. Tú… tú bien podrías estar en posición de reclamar el dominio sobre todos ellos. Los ojos se disparan en todas direcciones dentro de esas máscaras, capitán.

—Por el aliento del Embozado —suspiró Paran—. ¿Quién es Keruli, por cierto?

—El sumo sacerdote de K'rul.

—¿K'rul? ¿El dios ancestral?

—Seguro que Keruli busca tu bendición. En nombre de su dios.

Paran se frotó la frente, de repente se sentía increíblemente cansado.

—He cambiado de opinión —murmuró—. No voy a dar ese paseo.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a buscar un agujero y a meterme en él, Cafal.

La risa del guerrero fue áspera y no tan comprensiva como le hubiera gustado a Paran.

Emancipor Reese se las había arreglado para encontrar una botella más adecuada en la bodega y había llenado las dos copas antes de retirarse a toda prisa de la habitación, su palidez enfermiza era, si acaso, más cruda sobre el rostro arrugado.

Ben el Rápido vaciló de todos modos al tomar el primer sorbo. Después de un momento tragó y luego suspiró.

Sentado enfrente de él, Bauchelain esbozó una pequeña sonrisa.

—Excelente. Bueno, tras haber realizado los esfuerzos necesarios para penetrar en las defensas de esta propiedad,

estás aquí con algún propósito en mente. Así pues, cuentas con mi atención más absoluta.

—Invocaciones demoníacas. Es la disciplina más excepcional y difícil entre las artes nigrománticas.

Bauchelain respondió con un modesto encogimiento de hombros.

—Y el poder que utilizas —continuó Ben el Rápido—, si bien se extrae de la propia senda del Embozado, está profundamente manchado de caos. Se encuentra a horcajadas entre esas dos sendas. Y aparte de eso, ¿por qué crees tú que la invocación de demonios tiene un aspecto mortal?

—La afirmación de un control absoluto sobre una fuerza vital, Ben el Rápido. La amenaza de la aniquilación tiene un aspecto mortal inherente. En cuanto a tu observación sobre la influencia de la senda del Caos, continúa, por favor.

—Las sendas han sido envenenadas.

—Ah. Hay muchos sabores en el poder del caos. Lo que asalta a las sendas tiene poco que ver con los elementos de la senda del Caos con los que yo estoy implicado.

—Así que tu acceso a las sendas no se ha visto afectado.

—Yo no he dicho eso —respondió Bauchelain, después hizo una pausa para tomar un poco de vino—. La… infección… es irritante, un cambio poco afortunado que amenaza con empeorar. Quizás, en el futuro, sienta la necesidad de tomar represalias contra el responsable. Mi compañero, Korbal Espita, me ha comunicado su creciente preocupación. Él trabaja de forma más directa a través de la senda del Embozado y por tanto se ha sentido mucho más afectado.

Ben el Rápido miró al cuervo que se paseaba por la repisa de la chimenea.

—Desde luego. Bueno —añadió mientras volvía a mirar a Bauchelain—, en cuanto a eso, yo puedo deciros exactamente quién es el responsable.

—¿Y por qué nos lo ibas a decir, mago? A menos que sea para obtener nuestra ayuda; he de asumir que te estás enfrentando a ese… envenenador y ahora buscas posibles aliados.

—¿Aliados? ¿Obtener vuestra ayuda? No, señor, no me has entendido. Ofrezco mi información de forma gratuita. No solo no espero nada a cambio sino que, si me lo ofrecieras, lo rechazaría con el debido respeto.

—Qué curioso. ¿Es el tuyo acaso un poder que rivaliza con el de los dioses?

—No recuerdo haberme referido a los dioses en esta conversación, Bauchelain.

—Cierto; sin embargo, la entidad responsable de envenenar todas las sendas es sin duda un individuo formidable. Si no es un dios entonces es un aspirante.

—En cualquier caso —dijo Ben el Rápido con una sonrisa —, yo no rivalizo con los dioses.

—Una sabia decisión.

—Pero, a veces, les gano en su propio juego.

Bauchelain estudió al mago y después se recostó en su asiento con lentitud.

—Resulta que empiezo a apreciar tu compañía, Ben el Rápido. No es fácil entretenerme, pero sin duda has demostrado ser una diversión digna para esta noche, y por eso, permíteme que te dé las gracias.

—No hay de qué.

—A mi compañero, Korbal Espita, bueno, le gustaría matarte.

—No se puede agradar a todo el mundo.

—Muy cierto. Le fastidia que lo confundan, sabes, y tú lo has confundido.

—Será mejor que permanezca encaramado a la repisa de la chimenea —aconsejó Ben el Rápido sin alzar la voz—. No trato demasiado bien a quien me interrumpe.

Bauchelain levantó una ceja.

La sombra de unas alas se extendió de repente, inmensa, a la izquierda de Ben el Rápido cuando Korbal Espita se dejó caer de su posición y empezó a descender y cambiar de forma.

El malazano estiró el brazo izquierdo y unas capas de hechicería atravesaron el espacio intermedio y golpearon al nigromante.

Medio hombre, medio cuervo desaliñado, Korbal Espita no había completado su transformación a la forma humana. Las oleadas de poder todavía tenían que florecer. El impacto mágico levantó por los aires al nigromante y lo atrapó en la cima de esa hechicería. La magia golpeó la pared sobre la chimenea y arrastró a aquella extraña figura alada y semihumana con él, después estalló.

La escayola pintada explotó entre una nube de polvo. La pared tembló y se arrugó hacia dentro por el punto por donde se golpeó Korbal Espita antes de abrir un agujero que atravesó lo que hubiera al otro lado. Lo último que Ben el Rápido vio del tipo fueron las botas, antes de que el torbellino de polvo y los zarcillos retorcidos de poder oscurecieran la pared.

Se oyó el sonido de un golpe pesado y seco al otro lado, en lo que seguramente era el pasillo y después, el tamborileo de la escayola sobre la chimenea fue todo lo que rompió el silencio.

Ben el Rápido se acomodó sin prisas en su sillón.

—¿Más vino? —preguntó Bauchelain.

—Por favor. Gracias. Disculpa el desbarajuste.

—No te apures. Nunca había visto… cuántas… seis, quizá siete sendas desatadas todas a la vez, todas intrincadamente vinculadas entre sí de un modo tan complementario. Señor, eres todo un artista. ¿Se recuperará Korbal Espita?

—Soy tu invitado, Bauchelain. No sería de buena educación matar a tu compañero. Después de todo, en realidad también soy invitado suyo.

Con la chimenea comprometida por completo, la habitación se iba llenando de humo poco a poco.

—Cierto —admitió Bauchelain—. Aunque he de señalar, si bien con cierta reticencia, que él pretendía matarte a ti.

—No te aflijas —respondió el malazano—. No me ha causado ninguna molestia.

—Y eso es lo que me parece más asombroso. No había rastro de veneno caótico en tu hechicería, Ben el Rápido. Ya te imaginarás la plétora de preguntas que me gustaría hacerte.

Se oyó un gemido en el pasillo.

—Y debo confesar —continuó Bauchelain— que la curiosidad es uno de mis rasgos más obsesivos, lo que con frecuencia se traduce en una lamentable violencia descargada sobre aquel al que pregunto, sobre todo cuando esa persona no es tan generosa con la información como a mí me gustaría. Pues bien, seis, siete sendas…

—Seis.

—Seis sendas, entonces, y todas a la vez; y afirmas que el esfuerzo no te ha causado demasiadas molestias. Eso sí que me parece un farol. Por tanto, deduzco que estás, por decirlo sin rodeos, agostado.

—Dejas claro, por tanto, que ya no soy bienvenido aquí —dijo Ben el Rápido con un suspiro mientras depositaba la

copa en la mesa.

—No necesariamente. Solo tienes que contármelo todo y podemos continuar de esta forma tan civilizada.

—Me temo que eso no será posible —respondió el malazano—. No obstante, te informo que la entidad que envenena las sendas es el dios Tullido. Tendrás que considerar… tomar represalias… contra él. Y quizás antes de lo que creerías.

—Gracias. No negaré que me ha impresionado tu dominio de seis sendas, Ben el Rápido. Mirándolo en retrospectiva, deberías haber contenido al menos la mitad de las que dominas. —El hombre comenzó a levantarse.

—Pero, Bauchelain —contestó el mago—, es que eso hice.

Al diván, y al hombre que estaba sentado en él, no les fue mucho mejor que a la pared y a Korbal Espita momentos antes, cuando los golpeó el poder de la media docena de sendas vinculadas.

Ben el Rápido se encontró con Emancipor Reese en el pasillo lleno de humo que llevaba a la puerta principal de la propiedad. El criado se había envuelto la mitad inferior de la cara con un paño y los ojos le lloraban cuando los entrecerró para mirar al mago.

—Tus amos requieren tu atención, Emancipor.

—¿Están vivos?

—Por supuesto. Aunque la inhalación de humo…

El sirviente pasó junto a Ben el Rápido con un empujón.

—¿Pero qué os pasa a todos? —ladró.

—¿A qué te refieres? —preguntó el malazano tras él.

Emancipor se giró un poco.

—¿No es obvio? Cuando intentas aplastar a una avispa y la mandas al suelo, luego utilizas el tacón, ¿no? ¡De otro

modo es muy probable que te pique!

—¿Me estás animando a que mate a tus amos?

—¡Sois todos unos idiotas, por el Embozado, eso es lo que sois! ¡Limpia esto, Mancy! ¡Friega eso! ¡Entierra esto en el jardín! ¡Haz los baúles, nos vamos a toda prisa! Esa es mi maldición, ¡nadie los mata! ¿Creéis que me gusta mi trabajo? ¡Idiotas! ¿Creéis…?

El anciano seguía rugiendo cuando Ben el Rápido salió al patio.

Talamandas lo esperaba en el umbral.

—Tiene razón, lo sabes…

—Cállate —le soltó el mago.

En el patio, todos los guardias no muertos se habían caído de la pasarela de la muralla y yacían tirados en los adoquines, pero comenzaban a recuperar el movimiento. Los miembros se agitaban y crispaban. *Como escarabajos con armadura tirados de espaldas. Será mejor que salgamos de aquí porque ahora sí que estoy agostado*.

—Casi me había puesto junto a esa pared que destruiste, ¿sabes?

—Eso habría sido una pena —respondió Ben el Rápido—. Trepa a bordo, nos vamos.

—¡Al fin una sabia decisión!

Bauchelain abrió los ojos y Emancipor lo miró.

—Estamos en el jardín, amo —dijo el sirviente—. Los arrastré a usted y a Korbal hasta aquí fuera. También apagué el fuego. Ahora tengo que abrir todas las ventanas…

—Muy bien, Emancipor —gimió el nigromante de la barba gris después de un momento—. Emancipor —exclamó cuando el criado se dispuso a alejarse.

—¿Amo?

—Confieso… cierta… confusión. ¿Poseemos algún defecto crónico, Emancipor?

—¿Señor?

—Subestimar… oh, da igual, Emancipor. Continúa con tus tareas, entonces.

—Sí, amo.

—Ah, y te has ganado una gratificación por tus esfuerzos, ¿qué deseas?

El sirviente se quedó mirando a Bauchelain durante una docena de latidos y después sacudió la cabeza.

—No es nada, amo. Solo parte de mi trabajo. Y será mejor que lo haga.

El nigromante levantó la cabeza y miró al anciano que regresaba con paso cansino al interior de la casa.

—Qué hombre tan modesto —dijo sin aliento. Después miró todo su cuerpo, raído y magullado y lanzó un suspiro entrecortado—. Me pregunto qué me quedará de mi guardarropa.

Que él pudiera recordar, y dados los últimos acontecimientos, no mucho.

Envuelto una vez más en sombras, Ben el Rápido se abrió camino por la calle sembrada de basura. Buena parte de los fuegos se habían apagado solos o los habían extinguido y ni una sola de las estructuras que quedaban mostraban luz alguna tras las contraventanas o tras las ventanas abiertas. Las estrellas dominaban el cielo nocturno, aunque la oscuridad era la que regía la ciudad.

—Maldita sea, es espeluznante —susurró Talamandas.

El mago gruñó en voz baja.

—Eso tiene su gracia, proviniendo como proviene de alguien que se ha pasado generaciones en una urna en

medio de un túmulo.

—Los vagabundos como tú no saben apreciar la confianza y la familiaridad —dijo el monigote con un bufido sarcástico.

La masa oscura del salón del vasallaje se interponía en el horizonte justo delante de ellos. La luz tenue de las teas de la plaza que había delante de la verja principal hacía destacar las piedras angulares de la estructura en un relieve apagado. Cuando entraron en una avenida que llevaba a la explanada, se encontraron con el primer grupo de barghastianos, los cuales rodeaban una pequeña hoguera hecha con mobiliario roto. Las lonas tendidas entre los edificios por toda la avenida convertían el pasaje posterior en una especie de túnel sorprendentemente parecido a las calles del mercado de Siete Ciudades. Había figuras echadas y durmiendo junto a los bordes de toda la calle. Varias hogueras pintaban con humo patrones moteados de luz en la parte baja de las lonas. Un buen número de barghastianos permanecían despiertos, vigilantes.

—Intenta pasar sin que te vean entre esa multitud, mago —murmuró Talamandas—. Tendremos que dar un rodeo, suponiendo que todavía te aferres a ese extraño deseo de escabullirte como un ratón en una choza llena de gatos. Por si se te había olvidado, ese es mi pueblo…

—Cállate —le ordenó Ben el Rápido por lo bajo—. Considera esto otra prueba de nuestra asociación… y de las sendas.

—¿Y vamos a pasar directamente?

—Así es.

—¿Con qué senda? D’riss otra vez no, por favor, esos adoquines…

—No, no, terminaríamos empapados en sangre antigua. No iremos por debajo, Talamandas. Iremos por arriba. Serc, la senda del Firmamento.

—Creí que te habías agotado en esa propiedad.

—Así es. Estoy casi agotado. Podríamos sudar un poco en esta parte.

—Yo no sudo.

—Vamos a ver si es verdad, ¿te parece? —El mago desveló la senda de Serc. Pocas alteraciones se discernían en la escena que los rodeaba. Luego, poco a poco, a medida que los ojos de Ben el Rápido se acostumbraban, comenzó a detectar corrientes en el aire, las capas de frío y calor fluían paralelas al suelo, las espirales se enroscaban hacia el cielo entre los toldos, el rastro de figuras que pasaban, el recuerdo del calor de la piedra y la madera.

—Parece enferma —murmuró el monigote—. ¿Quieres nadar en esas corrientes?

—¿Por qué no? Somos casi tan insustanciales como el aire que tenemos delante. Puedo conseguir que echemos a volar, pero luego el problema es mantenernos a flote. Tienes razón, a mí no me quedan reservas. Así que está en tus manos, Talamandas.

—¿En mis manos? Yo no sé nada de Serc.

—Y tampoco te estoy pidiendo que aprendas. Lo que quiero es tu poder.

—¡Eso no formaba parte del trato!

—Ahora sí.

El monigote cambió de postura y se crispó sobre el hombro de Ben el Rápido.

—Al recurrir a mi poder, debilitas la protección que ofrezco contra el veneno.

—Y necesitamos encontrar ese umbral, Talamandas. Necesito saber qué puedo extraer de ti en una emergencia.

—¿Hasta qué punto —quiso saber el monigote— crees que se complicará la situación cuando al fin desafíes al dios

Tullido? Esos planes tuyos tan secretos… ¡no me extraña que los mantengas en secreto!

—Hubiera jurado que dijiste que estabas dispuesto a sacrificarte por la causa, ¿te echas atrás ahora?

—¿Ante semejante locura? ¡Desde luego, hechicero!

Ben el Rápido sonrió para sí.

—Relájate, no estoy atizando una pira para quemarte. Ni tengo plan alguno de desafiar al dios Tullido. No directamente. Ya he estado cara a cara con él una vez y es más que suficiente. Incluso así, hablaba en serio cuando me refería a que hay que averiguar el umbral. Y ahora quita el tapón, chamán, y veamos lo que podemos sacar.

Talamandas siseó de furia, y después gruñó, pero asintió de mala gana.

Ben el Rápido se levantó del suelo y se deslizó por la corriente más cercana que barría toda la calle. El torrente era frío y se colaba por debajo de las lonas. Un momento antes de alcanzar la corriente inferior, el mago se alzó y se metió en la espiral de calor de uno de los fuegos. Salieron despedidos hacia arriba.

—¡Maldita sea! —soltó de repente Ben el Rápido mientras giraba y daba brincos en la columna de calor. El mago apretó los dientes, recurrió al poder del monigote y encontró lo que siempre había sospechado.

Del Embozado. Total y absolutamente. De los dioses barghastianos apenas una gota de pis salado. Los malditos recién llegados están al límite de sus fuerzas. Me pregunto qué es lo que está explotando sus energías. Hay una carta en la baraja, en la Casa de Muerte, que ha cumplido un papel que lleva sin ejecutarse mucho, mucho tiempo. Los Magos. Creo que acaba de encontrar una cara, una cara pintada en una estúpida bellota. Talamandas, quizá hayas cometido un terrible error. En cuanto a vosotros, dioses

barghastianos, aquí tenéis un prudente consejo al que será mejor que prestéis atención en el futuro. Nunca entreguéis vuestros sirvientes a otro dios, pues es improbable que sigan siendo sirvientes vuestros durante mucho tiempo. En su lugar, es muy posible que ese dios los convierta en armas… dirigidas directamente contra vuestras espaldas.

Queridos dioses barghastianos, estáis en un mundo de depredadores, mucho más desagradables que los que rondaban por ahí en el pasado. Por suerte para vosotros, me tenéis a mí.

El mago recurrió a ese poder, con dureza.

El monigote se retorció y las ramitas que tenía por dedos se hundieron en el hombro y el cuello del mago.

En su mente, Ben el Rápido cerró el puño implacable alrededor del poder del señor de la Muerte, y tiró.

Ven a mí, cabrón. Tenemos que hablar, tú y yo.

Dentro de la mano cerrada estaba el basto tejido de tela, que se estiraba y encogía. El aliento de la Muerte fluía sobre el mago, una presencia innegable, cargada de rabia.

Y entre las garras de un mortal, totalmente indefensa.

Ben el Rápido lanzó una carcajada que casi era un gruñido.

—Para que hablen de umbrales. ¿Quieres aliarte conmigo, Embozado? De acuerdo, estoy dispuesto a considerarlo, a pesar del engaño. Pero vas a tener que contarme lo que estás tramando.

—*¡Maldito idiota!* —La voz del Embozado era un trueno en el cráneo del mago, un trueno que descargaba oleadas de dolor.

—Más bajo —dijo Ben el Rápido entre dientes—. O te arrastro por el barro y Fener no será el único dios que terminará convertido en presa fácil.

—*¡Hay que anular la Casa de las Cadenas!*

El mago parpadeó, derribado por la afirmación del Embozado.

—¿La Casa de las Cadenas? Ese es el veneno que estamos intentando extirpar, ¿verdad?, la fiebre de Ascua… Las sendas infectadas…

—*Hay que convencer al señor de la Baraja, mortal. La Casa del dios Tullido está encontrando… partidarios*…

—Espera un momento. ¿Partidarios? ¿En el panteón?

—*Traición, sí. Poliel, señora de la Pestilencia, aspira al papel de Consorte del Rey de las Cadenas. Han reclutado un… Heraldo. Un antiguo guerrero pretende convertirse en Saqueador mientras que la Casa ha encontrado, en una tierra lejana, a su espada mortal. Mowri abraza ahora a los tres (el Tullido, el Leproso y el Necio), que ocupan el lugar de la Tejedora, el Constructor y el Soldado. Y lo más inquietante de todo, un antiguo poder tiembla alrededor de la última de las temidas cartas… mortal, el señor de la Baraja no debe continuar ignorando la amenaza*.

Ben el Rápido frunció el ceño.

—El capitán Paran no es de los miopes, Embozado. De hecho, es muy probable que vea las cosas incluso con más claridad que tú; o al menos de forma bastante menos apasionada, y algo me dice que lo que va a hacer falta cuando llegue el momento de decidir es un razonamiento frío y lógico. En cualquier caso, la Casa de las Cadenas puede que sea tu problema, pero el veneno que ataca a las sendas es el mío. —*Eso y lo que le está haciendo a Ascua*.

—*Te han informado mal, mago, te están llevando por donde no es. No hallarás respuestas ni soluciones dentro del Dominio Painita, el Vidente está en el centro de una historia muy distinta*.

—Eso ya lo había supuesto, Embozado. Incluso así, tengo intención de descubrir a ese cabrón, y su poder.

—*Lo que no te servirá de nada*.

—Eso es lo que tú te crees —respondió Ben el Rápido con una gran sonrisa—. Volveré a acudir a ti, Embozado.

—*¿Y por qué debería responder? No has escuchado ni una sola palabra que*…

—Las he escuchado, pero piensa lo siguiente, mi señor: los dioses barghastianos quizá sean jóvenes e inexpertos, pero eso no durará mucho. Además, los dioses jóvenes son dioses peligrosos. Si los dejas marcados ahora, nunca olvidarán al que causó la herida. Te has ofrecido a ayudar, así que será mejor que cumplas, Embozado.

—*¿Osas amenazarme…?*

—¿Y quién es ahora el que no escucha? No te estoy amenazando, te estoy advirtiendo. Y no solo sobre los dioses barghastianos. Treach ha encontrado una espada mortal digna de él, ¿es que no lo sientes? Aquí estoy, a ochocientos metros o más de él, con al menos veinte muros de piedra entre los dos y puedo sentirlo. Está envuelto en el dolor de una muerte, alguien muy cercano cuya alma tienes en tus manos. No es amigo tuyo, Embozado, esta espada mortal.

—*¿No crees que recibí con agrado todo lo que me ha entregado? Treach me prometió almas y su sirviente humano me las ha proporcionado*.

—En otras palabras, el Tigre del Verano y los dioses barghastianos han cumplido su parte del trato. Ahora será mejor que tú hagas lo mismo, y eso incluye renunciar a Talamandas cuando llegue el momento. Atente al espíritu del acuerdo, Embozado… a menos que no hayas aprendido nada de los errores que cometiste con Dassem Ultor…

El mago sintió la cólera hirviente que brotaba en el señor de la Muerte; sin embargo, el dios permaneció callado.

—Sí —gruñó Ben el Rápido—, piensa en eso. Entre tanto, vas a desatar tu poder, lo suficiente para llevarme por

encima de esta multitud de barghastianos y dejarme en la plaza que hay delante del salón del vasallaje. Después te vas a retirar, lo suficiente como para darle a Talamandas la libertad que se supone que debe tener. Puedes rondar tras sus ojos pintados si así lo deseas, pero no te acerques más. Hasta que decida que te necesito otra vez.

—*Serás mío un día, mortal*…

—Sin duda, Embozado. Entre tanto, limitémonos a disfrutar de la anticipación, ¿te parece? —Con esas palabras, el mago soltó el manto del dios. La presencia se echó hacia atrás.

El poder fluyó sin interrupciones, las corrientes de aire llevaron a Ben el Rápido y al monigote que se aferraba a su hombro sobre los toldos.

Talamandas siseó.

—¿Qué ha ocurrido? Yo, bueno, desaparecí por un momento.

—Todo va bien —murmuró el mago—. ¿Sientes un poder real, monigote?

—Sí, es real. Esto, esto sí que puedo usarlo.

—Me alegra oírlo. Y ahora guíanos a la plaza.

Una fina gasa de humo antiguo atenuaba las estrellas del cielo. El capitán Paran estaba sentado en los amplios escalones de la entrada principal del salón del vasallaje. Justo delante, al final de una gran avenida, se levantaba la garita. Visible a través de la puerta abierta, en la plaza que había detrás, la luz de las hogueras de los campamentos barghastianos resplandecía entre la bruma que iba cayendo.

El malazano estaba agotado, pero el sueño no acudía a él. Sus pensamientos habían vagado por un sinfín de caminos desde que había dejado la compañía de Cafal dos

campanadas antes. Los cargadores barghastianos seguían trabajando en la cámara, desmantelando las canoas y recogiendo las antiguas armas. Fuera de esa sala y aparte de esa actividad, el salón del vasallaje parecía prácticamente desierto y sin vida.

Los pasillos y corredores vacíos llevaron a Paran, sin poder evitarlo, a lo que imaginaba que sería la propiedad de sus padres en Unta en esos momentos, con su madre y su padre muertos, Felisin encadenada a una fila en alguna mina a miles de leguas de distancia y su querida hermana Tavore morando en una veintena de suntuosos aposentos en el palacio de Laseen.

Una casa sola con sus recuerdos, saqueada por sirvientes, guardias y hampones. ¿Pasaba la consejera alguna vez junto a ella en su caballo? ¿Regresaban sus pensamientos a ella en el curso de su ajetreado día?

La consejera no era una persona que perdiera un solo momento en sentimentalismos. Mujer de ojos fríos, la suya era una racionalidad brutal, un pragmatismo con un millar de bordes afilados, capaz de abrir en canal a cualquiera lo bastante necio como para acercarse demasiado.

La emperatriz estaría muy complacida con su nueva consejera.

¿Y qué hay de ti, Felisin, con tu amplia sonrisa y tus alegres ojos? No existe el pudor en las minas de Otataral, nada que te proteja de lo peor de la naturaleza humana. De todos modos, alguien te habrá tomado bajo su ala, algún chulo o algún matón de las minas.

Una flor pisoteada en el suelo.

Pero tu hermana tiene en mente sacarte de allí, eso lo sé. Es muy posible que haya metido un guardián o dos durante el tiempo que dure tu pena.

Pero no va a rescatar a ninguna niña. Ya no. No habrá sonrisa y sí algo duro y mortal en lo que antes eran unos ojos alegres. Deberías haber encontrado otro modo, hermana. Dioses, deberías haber matado a Felisin directamente, le habrías hecho un favor.

Y ahora, ahora temo que algún día lo pagues caro…

Paran sacudió poco a poco la cabeza. La suya era una familia que nadie envidiaría. *Desgarrada por nuestras propias manos, nada menos. Y ahora, los hermanos hemos partido cada uno en pos de su destino*. La probabilidad de que esos destinos convergieran algún día nunca había parecido tan remota.

Los gastados escalones que tenía delante estaban moteados de cenizas, como si la única superviviente de aquella ciudad fuera la propia piedra. En la oscuridad había algo solemne, afligido. Todos los sonidos que deberían haber acompañado a la noche estaban ausentes. *El Embozado parece tan cerca esta noche*…

Una de las inmensas puertas dobles que tenía detrás se abrió de golpe.

El capitán miró por encima del hombro y después asintió.

—Espada mortal. Se te ve… descansado.

El hombretón hizo una mueca.

—Me siento como si me hubieran dado una paliza casi de muerte. Esa es una mujer mezquina.

—No es la primera vez que le oigo a un hombre decir eso de su mujer y siempre hay una insinuación complacida en la queja. La misma que oigo ahora.

Rezongo frunció el ceño.

—Sí, tienes razón. Es gracioso.

—Estas escaleras son amplias. Siéntate si quieres.

—No quisiera perturbar tu soledad, capitán.

—Por favor, pertúrbala, no es nada que vaya a lamentar dejar atrás. Demasiados pensamientos oscuros se cuelan en mi cabeza cuando estoy solo.

La espada mortal se adelantó y se acomodó sin prisas en el escalón junto a Paran, la gastada armadura (con las correas sueltas) crujía y tintineaba. Apoyó los antebrazos en las rodillas y dejó colgando las manos embutidas en los guanteletes.

—Comparto la misma maldición, capitán.

—Qué afortunado eres, entonces, de haber encontrado a Hetan.

El otro gruñó.

—El problema es que es insaciable.

—En otras palabras, eres tú el que va en busca de soledad, lo que mi presencia ha impedido.

—Siempre que no me claves las uñas en la espalda, agradezco tu compañía.

Paran asintió.

—No soy del tipo felino, perdóname.

—No pasa nada. Si Trake no tiene sentido del humor, es su problema. Claro que, debe de tenerlo, porque me ha elegido a mí como espada mortal.

Paran estudió al hombre que tenía al lado. Tras los tatuajes de puntas había una cara que había vivido años duros. Curtida, cincelada con dureza, con ojos que rivalizaban con los de un tigre y albergaban en su interior el poder del dios. No obstante, había arrugas producidas por la risa alrededor de aquellos mismos ojos.

—Pues a mí me parece que Trake ha sabido escoger…

—No si espera lástima o exige votos de lealtad. Bien sabe el Embozado que ni siquiera me gusta luchar. No soy soldado ni tengo deseo de serlo. ¿Cómo se supone, entonces, que voy a servir al dios de la Guerra?

—Mejor tú, creo yo, que un patán cejijunto sediento de sangre, Rezongo. La reticencia a la hora de desenvainar esas espadas y todo lo que representan a mí me parece una buena señal. Y bien saben los dioses que eso no es algo que abunde en estos tiempos.

—Yo no estoy tan seguro. Toda esta ciudad era reticente. Los sacerdotes, los gidrath, hasta las Espadas Grises. Si hubiera habido alguna otra forma… —Se encogió de hombros—. Lo mismo ocurrió conmigo. Si no hubiera sido por lo que les pasó a Harllo y Piedra, ahora mismo estaría ahí abajo, en los túneles, farfullando de miedo con todos los demás.

—Piedra es tu amiga, la del estoque partido, ¿verdad? ¿Quién es Harllo?

Rezongo apartó la cabeza por un momento.

—Otra víctima, capitán. —La amargura llenó su tono—. Solo uno más que quedó en el camino. Tengo entendido que tu ejército malazano está justo al oeste de aquí, y que viene a unirse a esta guerra maldita, que la muerte se la lleve. ¿Por qué?

—Una aberración temporal. Nos quedamos sin enemigos.

—Humor cuartelero. Nunca he podido entenderlo. ¿Tan importante es luchar para vosotros?

—Si te refieres a mí, personalmente, entonces no, no lo es. Pero para hombres como Dujek Unbrazo y Whiskeyjack es la suma total de sus vidas. Son los que hacen la historia. Su don es el poder de mandar. Lo que hacen corrige los mapas de los eruditos. En cuanto a los soldados que los siguen, yo diría que la mayor parte de ellos lo ven como una profesión, una carrera, supongo que la única que se les da bien. Son la voluntad física de los comandantes a los que sirven, y por tanto son los hacedores de su historia, soldado a soldado.

—¿Y qué pasa si sus comandantes son unos necios suicidas?

—Es el destino del soldado quejarse de sus oficiales. Todo embarrado soldado de infantería es un artista a la hora de hacer conjeturas, un maestro estratega a toro pasado. Pero lo cierto es que el Imperio de Malaz tiene una larga tradición de comandantes magníficos y muy competentes. Duros y justos, por lo general salidos de la soldadesca, aunque he de admitir que los nobles como yo hemos hecho incursiones bastante destructivas en esa tradición. Si yo hubiera seguido un camino más seguro, bien podría ser puño a estas alturas, no por mi competencia, por supuesto, ni siquiera por experiencia. Con los contactos habría bastado. Pero la emperatriz ha reconocido por fin que hay algo podrido, y ha tomado medidas para solucionarlo, aunque es probable que ya sea demasiado tarde.

—Entonces, en el nombre del Embozado, ¿por qué tuvo que declarar en rebeldía a Dujek Unbrazo?

Paran se quedó callado un momento y después se encogió de hombros.

—Cuestión de política. La conveniencia puede apretar hasta las tuercas de una emperatriz, supongo.

—A mí me suena a distracción —murmuró Rezongo—. No se deja marchar al mejor comandante solo por despecho.

—Puede que tengas razón. Cielos, no soy yo el que puede confirmarlo o negarlo. Hay ciertas heridas antiguas que siguen abiertas entre Laseen y Dujek, en cualquier caso.

—Capitán Paran, hablas con demasiada libertad para tu propio bien, aunque no es que conmigo corras riesgo alguno, que conste. Pero tienes una franqueza y una honestidad que podrían llevarte a la horca algún día.

—Pues no te lo he contado todo, espada mortal. Ha aparecido una nueva Casa que pretende entrar a formar

parte de la baraja de los Dragones. Pertenece al dios Tullido. Ya siento la presión, la voz de un sinfín de dioses, todos exigiendo que niegue mi aprobación, dado que parece que soy el único al que han maldecido con esa responsabilidad. ¿Bendigo a la Casa de las Cadenas o no? Los argumentos contra esa bendición son abrumadores y no necesito que ningún dios me los susurre en la cabeza.

—Entonces, ¿dónde está el problema, capitán?

—Es muy sencillo. Hay una única voz que grita en lo más profundo de mi ser, tan enterrada que es casi inaudible. Una única voz, Rezongo, que exige justo lo contrario. Que exige que le dé mi aprobación a la Casa de las Cadenas. Debo bendecir el derecho del dios Tullido a tener su lugar dentro de la baraja de los Dragones.

—¿Y de quién es esa voz que grita semejante locura?

—Creo que es la mía.

Rezongo quedó en silencio durante una docena de latidos, pero Paran sentía los ojos inhumanos de aquel hombre clavados en él. Al final, la espada mortal apartó la mirada y se encogió de hombros.

—Yo no sé mucho de la baraja de los Dragones. Se utiliza para hacer adivinaciones, ¿verdad? No es algo a lo que me haya dedicado jamás.

—Yo tampoco —admitió Paran.

Rezongo lanzó una carcajada aguda y resonante y después asintió despacio.

—¿Y qué dijiste antes de mí? Mejor un hombre que odia la guerra para servir al dios de la Guerra que otro que la codicia. Por tanto, ¿por qué no un hombre que no sabe nada de la baraja de los Dragones para que la arbitre que no alguien que haya practicado con ella toda su vida?

—Puede que tengas razón. Aunque no por eso me siento menos inepto.

—Sí, justo eso. —Rezongo hizo una pausa y después continuó—. Sentí que mi dios se encogía al oír tus palabras, capitán, tu instinto sobre la Casa de las Cadenas del dios Tullido. Pero como ya he dicho antes, no soy un seguidor. Así que supongo que yo lo vi de forma diferente. Si Trake quiere temblar sobre sus cuatro débiles patas, eso es asunto suyo.

—Tu falta de miedo me ha picado la curiosidad, Rezongo. No pareces vislumbrar ningún riesgo en legitimar la Casa de las Cadenas. ¿Por qué?

El hombre encogió los inmensos hombros.

—Es que de eso se trata, verdad. De legitimar. Ahora mismo el dios Tullido está fuera de todo el puñetero juego, es decir, que no está sujeto a ninguna regla en absoluto…

Paran se irguió de repente.

—Tienes razón. Que el abismo me lleve, eso es. Si bendigo la Casa de las Cadenas, entonces el dios Tullido queda… atado…

—Solo será otro jugador más, sí, que se abre paso a empujones por el mismo tablero. Ahora mismo se dedica a derribarlo de una patada siempre que tiene la oportunidad. Cuando esté en él, no tendrá ese privilegio. En cualquier caso, solo es mi opinión, capitán. Así que cuando dijiste que querías aprobar la Casa, pensé: ¿a qué viene tanto jaleo? A mí me parece perfectamente razonable. Los dioses pueden ser muy duros de mollera en ocasiones, diablos, quizá porque necesitan que los mortales pensemos con claridad cuando hace falta pensar con claridad. Escucha esa única voz, ese es mi consejo.

—Y es un buen consejo…

—Quizás, o quizá no. Puede que Treach y todos los demás dioses terminen asándome sobre los fuegos eternos del abismo por haberlo otorgado.

—Así tendré compañía —dijo Paran con una gran sonrisa.

—Menos mal que los dos odiamos la soledad.

—Eso es humor cuartelero, Rezongo.

—¿Ah, sí? Pues hablaba en serio, capitán.

—Ah.

Rezongo lo miró.

—Te lo has creído.

Una corriente de aire frío bajó deslizándose y llevó a Ben el Rápido a los adoquines arenosos de la plaza. La garita se cernía a una decena de metros. Tras ella, sentados uno al lado del otro en los escalones anchos y bajos del salón del vasallaje estaban el capitán Paran y la espada mortal.

—Justo los dos con los que quería hablar —murmuró el hechicero al abandonar la senda de Serc.

—Se acabaron las discusiones, por favor —respondió Talamandas desde su percha en el hombro de Ben el Rápido—. Esos dos son hombres poderosos…

—Relájate —dijo el hechicero—. No estoy anticipando ningún enfrentamiento.

—Bueno, yo me haré invisible, solo por si acaso.

—Como quieras.

El monigote se desvaneció, aunque el mago seguía sintiendo su escaso peso y las ramitas que se le aferraban al manto.

Los dos hombres levantaron la cabeza cuando se acercó Ben el Rápido.

Paran lo saludó con la cabeza.

—La última vez que te vi, te atormentaba la fiebre. Me alegra comprobar que estás mejor. Rezongo, este es Ben el Rápido, uno de los soldados de los Abrasapuentes.

—Un mago.

—Eso también.

Rezongo estudió a Ben el Rápido durante un momento y Paran presintió una presencia bestial que se removía incómoda tras los felinos ojos ambarinos del hombre.

—Hueles a muerte —dijo después el daru—, un olor que me desagrada.

Ben el Rápido se sobresaltó.

—¿Ah, sí? He estado cultivando malas compañías en los últimos tiempos. Desagradable, desde luego, pero, cielos, necesario.

—¿Y es solo eso?

—Eso espero, espada mortal.

Una amenaza brutal destelló por un instante en los ojos de Rezongo y después, poco a poco, se fue apagando. El hombre consiguió encogerse de hombros.

—Fue un abrasapuentes el que salvó la vida de Piedra, así que mantendré las riendas tensas. Al menos hasta que vea si se desvanece.

—Considéralo —le dijo Paran a Ben el Rápido— una forma elaborada de decir que necesitas un buen baño.

—Vaya —respondió el mago con los ojos clavados en el capitán—, es toda una novedad oírte contar un chiste.

—Muchos cambios y novedades —asintió Paran— en los últimos tiempos. Si lo que quieres es reunirte con la compañía, están en el cuartel de los gidrath.

—De hecho, traigo recado de Whiskeyjack.

Paran se irguió un poco más.

—¿Has conseguido ponerte en contacto con él? ¿A pesar de las sendas envenenadas? Impresionante, mago. Ahora cuentas con toda mi atención. ¿Hay nuevas órdenes para mí?

—Brood ha solicitado otro parlamento —dijo Ben el Rápido—. Con todos los comandantes; todos, incluyendo aquí a Rezongo, Humbrall Taur y quien quede de las Espadas

Grises. ¿Puedes hacer llegar la petición a todos los mandamases que estén en Capustan?

—Sí, supongo. ¿Eso es todo?

—Si tienes algún informe que enviar a Whiskeyjack, puedo transmitírselo.

—No, gracias. Me lo guardaré para cuando nos veamos en persona.

Ben el Rápido frunció el ceño. *Que así sea, entonces*.

—En cuanto al resto, será mejor que hablemos en privado, capitán.

Rezongo se dispuso a levantarse, pero Paran estiró el brazo y lo detuvo.

—Creo que puedo anticiparme a tus preguntas ahora mismo, Ben el Rápido.

—Es posible, pero preferiría que no lo hicieras.

—Peor para ti, entonces. Te lo dejaré claro. No he decidido todavía si voy a aprobar o no la Casa de las Cadenas. De hecho, no he tomado ninguna decisión sobre nada y quizá pase algún tiempo antes de que lo haga. Tampoco te molestes en intentar presionarme.

Ben el Rápido levantó las dos manos.

—Por favor, capitán. No tengo intención de presionarte dado que yo mismo fui víctima de un esfuerzo parecido hace muy poco tiempo por parte del mismísimo Embozado, situación que me ha irritado muchísimo. Cuando alguien me advierte que siga un camino, siento el impulso de hacer justo lo contrario. No eres el único al que le da por revolver el estiércol.

Rezongo lanzó una carcajada salvaje.

—¡Eso sí que es quedarse corto, qué gracioso! Al parecer esta noche he encontrado la compañía perfecta. Continúa, mago.

—Solo tengo una cosa más que añadir —continuó Ben el Rápido mientras estudiaba a Paran—. Una observación. Puede que me equivoque, pero no creo. Enfermaste, capitán, no por resistirte al poder que te impusieron sino por resistirte a ti mismo. Sea lo que sea lo que te exige tu instinto, escúchalo. Síguelo y al abismo con el resto. Eso es todo.

—¿Ese es tu consejo —preguntó Paran en voz baja— o el de Whiskeyjack?

Ben el Rápido se encogió de hombros.

—Si estuviera aquí el comandante, no diría nada diferente, capitán.

—Lo conoces desde hace mucho tiempo, ¿verdad?

—Sí, así es.

Después de un momento, Paran asintió.

—Yo acababa de llegar a la misma conclusión esta noche, es decir, con la ayuda de Rezongo. Parece que los tres estamos a punto de hacer enfadar mucho a seres muy poderosos.

—Pues que chillen —gruñó la espada mortal—. Bien sabe el Embozado que hemos hecho más de lo que nos corresponde mientras ellos se repanchigaban y se reían a carcajadas. Ha llegado el momento de ponerse el guantelete en la otra mano.

Ben el Rápido suspiró por lo bajo. *De acuerdo, Embozado, no lo intenté de verdad, pero solo porque resultaba evidente que Paran no estaba por la labor de escucharte. Y quizá sepa por qué, ahora que lo pienso. Así que, si te sirve de algo, aquí tienes un consejo: habrá una Casa de las Cadenas. Acéptalo y prepárate para ello. Tienes tiempo de sobra… más o menos*.

Ah, y una cosa más, Embozado. Tú y tus compañeros, los otros dioses, lleváis demasiado tiempo imponiendo las

reglas sin que nadie os dispute el papel. Ahora tenéis que echaros atrás, a ver cómo nos va a los mortales... Creo que os daremos una sorpresita o dos.

Pálidos, sucios pero vivos. Los supervivientes de Capustan salieron de la boca del último pozo cuando el cielo comenzaba a perder luz al este, moradores blanqueados de las raíces de la ciudad, encogiéndose ante la luz de las teas al entrar tropezando en la explanada, donde se fueron apiñando como si se hubieran perdido en el lugar que en otro tiempo habían llamado hogar.

El yunque del escudo, Itkovian, se sentaba una vez más a horcajadas sobre su caballo de guerra, aunque cualquier movimiento brusco lo hacía tambalearse, la cabeza le daba vueltas de puro agotamiento y por el dolor de las heridas. Su tarea era ser visible, su único propósito era su presencia. Familiar, reconocible, tranquilizadora.

Llegado el nuevo día, los sacerdotes del Consejo de Máscaras darían comienzo a una procesión que atravesaría la ciudad para añadir su propia presencia tranquilizadora (que la autoridad permanecía en su sitio, que alguien estaba al cargo, que las cosas, la vida, podían comenzar de nuevo). Pero ahí, en la oscuridad callada (un momento que Itkovian había elegido para mitigar el impacto de las ruinas que los rodeaban), con los sacerdotes sumidos en un profundo sueño en el salón del vasallaje, las Espadas Grises, en un número que alcanzaba los trescientos diecinueve en total cuando se incluía a los de los túneles, se apostaron en la boca de cada túnel y en cada cruce.

Estaban allí para garantizar la ley marcial e impartir un orden sombrío en los procedimientos, pero su mayor valor, como bien sabía Itkovian, era psicológico.

Somos los defensores. Y seguimos en pie.

Mientras que el dolor era oscuridad, la victoria y todo lo que significaba era un tono gris que podía compararse con el amanecer, una mitigación de la opresión que era la pérdida y de la devastación que poco a poco se iba revelando por todas partes. No había forma de suavizar el conflicto en el interior de todos y cada uno de los supervivientes (la brutal aleatoriedad del destino que atormentaba al espíritu), pero las Espadas Grises eran una presencia sencilla y sólida. Se habían convertido, en realidad, en el estandarte de la ciudad.

Y seguimos en pie.

Una vez finalizada esa tarea, el contrato, en opinión de Itkovian, se podía dar por concluido. Podían dejar la ley y el orden en manos de los gidrath del salón del vasallaje. Las Espadas Grises supervivientes dejarían Capustan, seguramente para no regresar jamás. La cuestión que ocupaba en ese momento al yunque del escudo se refería al futuro de la compañía. De más de siete mil habían pasado a tener trescientos diecinueve: ese era un asedio del que las Espadas Grises quizá nunca se recuperasen. Pero incluso tan tremendas pérdidas, si se soportaban a solas, eran manejables.

La expulsión de Fener de su senda era otra cosa. Un ejército que ha jurado lealtad a un dios despojado de su poder no resultaba, en lo que a Itkovian se refería, muy diferente de una banda de mercenarios: una colección de inadaptados y un surtido de soldados profesionales. Una columna de monedas no ofrecía un espinazo fiable, pocas eran las compañías existentes que podían afirmar con todo derecho que entre ellos reinaba el honor y la integridad; pocos permanecerían en su puesto cuando fuera posible la huida.

Un reclutamiento para recuperar fuerzas se había convertido en algo problemático. Las Espadas Grises necesitaban individuos sobrios y rectos, individuos capaces de aceptar una disciplina de primer nivel, individuos para los que un voto significase algo.

Por los dos colmillos, lo que necesito son fanáticos.

Al mismo tiempo, tales personas tenían que carecer de lazos de cualquier tipo. Una combinación poco probable.

Y aunque pudieran encontrarse tales personas, ¿a quién iban a jurarle lealtad? No a Trake, el núcleo de ese ejército ya existía y se centraba alrededor de Rezongo.

Había otros dos dioses de orientación bélica de los que Itkovian tenía conocimiento: dioses del norte, a los que escasas veces se adoraba allí, en el interior o en el sur del continente.

¿Qué me llamó Hetan? No me comparó a un gato ni a un oso. No. A sus ojos yo era un lobo.

Muy bien, entonces...

Levantó la cabeza, examinó el paisaje por encima de las cabezas de los grupos de supervivientes que se arremolinaban en la explanada hasta que encontró al otro único jinete que había.

La mujer lo observaba.

Itkovian le hizo un gesto para que se acercara.

La mujer tardó unos momentos en conseguir que su caballo se abriera camino entre la multitud y llegar a su lado.

—¿Señor?

—Vete a buscar al capitán. Los tres tenemos trabajo que hacer, señora.

La mujer ejecutó un saludo militar e hizo girar la montura.

Itkovian la vio internarse en una calle lateral y después perderse de vista. Había una lógica sólida tras su decisión, sin embargo, le parecía vacía, como si él, en persona, no fuera a formar parte de lo que iba a ocurrir más allá de los preparativos, ningún papel subsiguiente en lo que tenía que ser. No obstante, la supervivencia de las Espadas Grises tenía prioridad sobre sus propios deseos, de hecho, sobre su propia vida. *Tiene que ser así, no se me ocurre otro modo. Debe darse forma a una nueva revelación. Ni siquiera en esto he terminado todavía*.

La capitana Norul se había hecho con un caballo. Su rostro había envejecido bajo el borde del yelmo, todos llevaban demasiado tiempo sin dormir. No dijo nada cuando la recluta y ella se detuvieron junto al yunque del escudo.

—Seguidme, señoras —dijo Itkovian al tiempo que le daba la vuelta a su montura.

Atravesaron la ciudad, el cielo palidecía y adquiría un azul cerúleo sobre los tres, después salieron por la puerta norte. Acampados en las colinas, a un tercio de legua de distancia, encontraron a los barghastianos, las yurtas y las tiendas apenas patrulladas por una modesta retaguardia. El humo se alzó de un sinfín de hogueras, los ancianos y las mujeres del campamento comenzaban a preparar la colación matinal. Los niños ya corrían por los pasillos irregulares, más silenciosos que sus homólogos de la ciudad, pero no menos llenos de energía.

Las tres espadas grises cruzaron los restos saqueados de las líneas painitas y se dirigieron directamente al campamento barghastiano más cercano.

A Itkovian no le sorprendió ver a media docena de ancianas que se reunían para recibirlos al borde del

campamento. *Hay una corriente que nos trae y vosotras, brujas, la habéis sentido igual que yo y así su certeza se da a conocer y queda patente*. Comprender eso no hizo nada por disminuir la crudeza de su resolución. *Considéralo solo una carga más, yunque del escudo, una carga para la que fuiste hecho como fuiste hecho para todas las demás*.

Itkovian se detuvo ante las ancianas barghastianas.

Nadie habló durante un largo momento y después una de las ancianas cacareó algo e hizo un gesto.

—Ven, pues.

Itkovian desmontó y sus compañeras lo imitaron. Aparecieron unos niños para tomar las riendas de los tres caballos y se llevaron a las bestias.

Las ancianas, encabezadas por la cargadora, tomaron el camino principal del campamento hasta una gran yurta que había en el otro extremo. La entrada estaba flanqueada por dos guerreros barghastianos. La anciana les siseó y los dos hombres se retiraron.

Itkovian, la recluta y la capitana siguieron a la anciana al interior de la yurta.

—Pocos son los hombres que acuden a este lugar —dijo la cargadora antes de cojear hasta el otro lado de la hoguera del centro y acomodarse sobre un fardo de pieles.

—Es un honor…

—¡No creas! —le replicó ella con una carcajada aguda—. Tendrías que dejar a un guerrero sin sentido de un golpe y después arrastrarlo, e incluso entonces es muy probable que sus hermanos y amigos te atacaran antes de que llegaras a la entrada. Tú eres un hombre joven y estás entre viejas, ¡no hay nada más peligroso en el mundo!

—¡Pero míralo! —exclamó otra mujer—. ¡No le teme a nada!

—La hoguera de su alma no son más que cenizas —dijo con desdén una tercera.

—Aun así —replicó la primera—, con lo que ahora busca podría provocar una tormenta de fuego en un bosque helado. Togctha y Farand, los amantes que se perdieron para toda la eternidad, los corazones invernales que aúllan en lo más intrincado de Laederon y más allá, todas hemos oído esos lamentos de pesar en nuestros sueños. ¿Acaso no es cierto? Se están acercando y no solo desde el norte, oh no, no vienen del norte. Y ahora, este hombre. —La mujer se inclinó hacia delante, su rostro arrugado perdía definición tras el humo de la hoguera—. Este hombre…

Las últimas palabras fueron un suspiro.

Itkovian respiró hondo y después le hizo un gesto a la recluta.

—La espada mortal…

—No —gruñó la anciana.

El yunque del escudo vaciló.

—Pero…

—No —repitió ella—. Ya lo han encontrado. Ya existe. Ya está hecho. Mira sus manos, lobo. Hay demasiado cariño en ellas. Ella será la destriant.

—¿Estás… estás segura de eso?

La anciana señaló con un gesto a la capitana.

—Y esta —continuó sin hacer caso de la pregunta de Itkovian— está destinada a ser lo que tú eras. Aceptará la carga; tú, lobo, le has mostrado todo lo que debe saber. La verdad de esas enseñanzas se encuentra en sus ojos y en el amor que siente por ti. Ella quiere ser su respuesta, en especie, en sangre. Ella será la yunque del escudo.

Las otras ancianas asentían con la cabeza y los ojos les brillaban en la penumbra sobre las narices aguileñas, como si un aquelarre de cuervos se enfrentara a Itkovian.

El yunque se volvió poco a poco hacia la capitana Norul. La veterana parecía conmocionada.

La joven lo miró.

—Señor, qué…

—Por las Espadas Grises —dijo Itkovian, que luchaba por contener la oleada de dolor y angustia que lo invadía—. Hay que hacerlo, señora —dijo con voz ronca—. Togg, el Lobo del Invierno, un dios de la guerra olvidado hace mucho tiempo, recordado entre los barghastianos como el espíritu lobo, Togctha. Y su compañera perdida, la loba Fanderay, Farand en la lengua barghastiana. Parte de nuestra compañía, ahora, más mujeres que hombres. Hay que proclamar una nueva revelación que se arrodille ante el dios lobo y la diosa loba. Has de ser la yunque del escudo, señora. Y tú —le dijo Itkovian a la recluta, que había abierto mucho los ojos— has de ser la destriant. Las Espadas Grises se han rehecho, señoras. La sanción está aquí, ahora, entre estas sabias mujeres.

La capitana dio un paso atrás entre el estrépito de la armadura.

—Señor, tú eres el yunque del escudo de las Espadas Grises…

—No. Yo soy el yunque del escudo de Fener, y Fener, señora, se ha… ido.

—La compañía está prácticamente destruida, señor —señaló la veterana—. Nuestra recuperación es muy improbable. La cuestión de la calidad…

—Necesitarás fanáticos, capitán. Un temperamento, una educación y una cultura que son vitales. Debes buscarlas, señor, necesitas encontrar a personas así. Personas que no les quede nada en la vida y cuya fe haya sido desmantelada. Personas que se hayan… perdido.

Norul negaba con la cabeza, pero Itkovian podía ver una luz creciente de comprensión en sus ojos grises.

—Capitán —continuó Itkovian con tono inexorable—, las Espadas Grises marcharán con los dos ejércitos extranjeros. Hacia el sur, a ver el final del Dominio Painita. Y en el momento que se considere propicio, te encargarás del reclutamiento. Encontrarás a las personas que buscas, señora, entre los Tenescowri.

No temas, no te abandonaré todavía, amiga mía. Hay muchas cosas que debes aprender.

Y, al parecer, mi tarea no tiene fin.

Itkovian observó que la desolación se apoderaba de la mujer, lo vio y luchó contra el horror de lo que había hecho. Había cosas que jamás deberían compartirse. *Y ese es mi peor delito, pues para el título, para la carga que significa ser el yunque del escudo, no le permití elegir*.

No le he dado ninguna alternativa.

Capítulo 19



Hubo sorpresas oscuras ese día.

El año de la reunión
Koralb

—Nos están siguiendo.

Zorraplateada se volvió en la silla y entrecerró los ojos.

—Mis dos niñeras malazanas. —Titubeó un momento y después añadió—: Dudo que podamos disuadirlas.

Kruppe sonrió.

—Es obvio que tu desaparición del campamento, invisible y preternatural, no fue del todo perfecta dentro de lo eficaz de tu hechicera. Más testigos, entonces, que darán fe del inminente y feroz acontecimiento al que nos dirigimos. ¿Te intimida el posible público, muchacha? Un defecto espantoso si es así…

—No, Kruppe, no me intimidan.

—¿Las aguardamos, entonces?

—Algo me dice que ellas lo prefieren así, a distancia. Continuamos, daru. Ya casi hemos llegado.

Kruppe examinó las colinas bajas cubiertas de hierba que los rodeaban. La luz del sol de la mañana era intensa y despojaba de las últimas sombras las amplias y poco profundas cuencas. Los dos se encontraban, salvo por las

dos soldados malazanas a ochocientos metros de distancia, totalmente solos.

—Un ejército modesto, al parecer —comentó—. Atrincherados en madrigueras, sin duda.

—Su don y su maldición —respondió Zorraplateada—. Como polvo, en todas las cosas, los t’lan imass.

Al tiempo que hablaba (sus monturas los llevaban a un trote lento), comenzaron a aparecer formas en las colinas que los flanqueaban. Lobos demacrados que avanzaban a grandes y silenciosas zancadas. Los t’lan ay, al principio solo una veintena a cada lado, después por cientos.

La mula de Kruppe rebuznó, levantó las orejas de golpe y echó hacia atrás la cabeza.

—¡Cálmate, bestia! —exclamó el daru, con lo que sobresaltó al animal todavía más.

Zorraplateada se acercó con su caballo y calmó a la mula con un simple toque en el cuello.

Se acercaron a una colina de cima plana que había entre dos antiguos lechos fluviales secos desde hacía mucho tiempo; los canales eran amplios y las orillas estaban erosionadas, convertidas en suaves laderas. Zorraplateada ascendió a la cima, detuvo el caballo y desmontó.

Kruppe se apresuró a imitarla.

Los t’lan ay siguieron rodeándolos a distancia. El número de lobos ascendía ya a miles, espectros extraños entre el polvo que levantaban sus pasos incesantes.

Las dos marineras llegaron tras la rhivi y el daru, y sin que los t’lan ay les hicieran caso, subieron al paso con los caballos por la ladera.

—Va a hacer calor —comentó una.

—Mucho calor —dijo la otra mujer.

—Buen día para perderse una refriega.

—Pues sí. Además, no me interesaba mucho luchar contra los Tenescowri. Un ejército muerto de hambre es una visión patética. Esqueletos andantes…

—Una curiosa imagen, esa —dijo Kruppe—. Dadas las circunstancias.

Las dos marineras se quedaron calladas y lo estudiaron.

—Disculpad que interrumpa la charla —dijo Zorraplateada con tono seco—. Si tenéis la bondad de tomar posiciones detrás de mí. Gracias, no, un poco más atrás. Digamos unos cuatro metros como mínimo. Así servirá. Preferiría que no hubiera interrupciones, si no os importa, en lo que se va a producir.

La mirada de Kruppe (y sin duda las de las mujeres que lo flanqueaban) se habían posado más allá de ella, en las tierras bajas que rodeaban la colina, donde unos guerreros desecados, achaparrados y cubiertos de pieles se alzaban del suelo entre un mar de polvo resplandeciente. Una conjura repentina y sumida en un silencio extraño.

Como polvo, en todas las cosas…

Pero el polvo había encontrado forma.

Filas irregulares, el brillo apagado de las armas de pedernal era una ondulación gris, negra y rojiza entre los tonos de betel de la piel marchita y pulida. Cascos hechos con cráneos de animales, unos cuantos con cuernos o astas, convertían cada ladera y cada cuenca en una extensión de huesos, como los adoquines manchados y mal alineados de alguna plaza inmensa. No había viento que agitase el cabello largo y desgreñado que colgaba bajo aquellos cascos de hueso y la luz del sol no podía disipar la sombra bajo los cascos y la protección de la frente que se tragaba las cuencas de los ojos. Pero cada mirada estaba clavada en Zorraplateada, una contemplación que era un peso inmenso.

En el espacio de apenas una docena de latidos, la planicie que los rodeaba se había desvanecido. Los t'lan imass, decenas de miles de ellos, se alzaban en su lugar, silenciosos, inmóviles.

Los t'lan ay ya no eran visibles, se alineaban más allá de la periferia de las legiones que se habían acumulado en la llanura. Guardianes. Parientes que había abjurado del Embozado.

Zorraplateada se volvió para mirar a los t'lan imass.

Silencio.

Kruppe se estremeció. En el aire flotaba el olor acre de la no muerte, la exhalación gélida del hielo moribundo, llena de algo parecido a la pérdida.

Desesperación. *O quizá, después de esta aparente eternidad, solo las cenizas*.

Hay, a nuestro alrededor, un saber antiguo, un saber que no puede negarse. Sin embargo, Kruppe se pregunta, ¿es esto acaso memoria de algo? ¿Recuerdos verdaderos? ¿De carne llena de vida y de la caricia del viento, de la risa de los niños? ¿Memorias del amor?

Cuando se está congelado entre la vida y la muerte, en ese interludio glacial, ¿qué puede existir del sentimiento mortal? Ni siquiera un eco. Solo la memoria del hielo, del hielo y nada más. Por los dioses del inframundo… tanto dolor…

Se acercaron unas figuras a la ladera que había ante Zorraplateada. Sin armas, envueltos en pieles de bestias antiguas, extintas hacía mucho tiempo. Los ojos de Kruppe se centraron en uno en concreto, un invocahuesos de amplios hombros que llevaba un casco astado y la piel manchada de un zorro ártico. Con cierta conmoción, el daru se dio cuenta de que conocía a esa aparición.

Ah, nos encontramos otra vez, Pran Chole. Perdóname, pero se me rompe el corazón al contemplarte y ver en lo que te has convertido.

El invocahuesos de las astas fue el primero en dirigirse a Zorraplateada.

—Hemos venido —dijo— a la segunda reunión.

—Habéis venido —dijo Zorraplateada entre dientes— para responder a mi llamada.

El invocahuesos ladeó poco a poco la cabeza.

—Lo que eres fue creado hace mucho tiempo, guiado por la mano de un dios ancestral. Sin embargo, en el fondo, imass. Todo lo que sigue ha corrido por tus venas desde el momento de tu nacimiento. La espera, invocadora, ha sido larga. Soy Pran Chole, de kron t'lan imass. Yo me encontraba allí, con K'rul, para asistir a tu nacimiento.

La sonrisa con la que respondió Zorraplateada fue amarga.

—¿Eres tú mi padre, entonces, Pran Chole? Si es así, este encuentro ha llegado demasiado tarde. Para los dos.

La desesperación invadió a Kruppe. Aquella era una rabia antigua, contenida durante demasiado tiempo, que en ese instante volvía el aire gélido y quebradizo. Un intercambio pavoroso que marcaba las primeras palabras de la segunda reunión.

Pran Chole pareció marchitarse al oír las palabras de la joven. Su rostro desecado se hundió, como si al invocahuesos lo invadiera la vergüenza.

No, Zorraplateada, ¿cómo has podido hacer eso?

—Donde tú fuiste luego, hija —susurró Pran Chole—, yo no podía seguirte.

—Cierto —le soltó ella—. Después de todo, tenías un voto aguardándote. Un ritual. El ritual, el que convirtió vuestros corazones en ceniza. Todo por una guerra. Pero de eso se

trata la guerra, ¿no? De irse. De abandonar el hogar. A tus seres queridos, en realidad; la propia capacidad de amar en sí. Decidiste abandonarlo todo. ¡Lo abandonaste todo! Abandonaste… —Zorraplateada se interrumpió de repente.

Kruppe cerró los ojos durante un breve instante para poder completar la frase de la mujer en su mente. *Abandonaste… a tu hija*.

La cabeza de Pran Chole continuaba inclinada. Al fin la levantó ligeramente.

—Invocadora, ¿qué querrías que hiciéramos?

—No tardaremos en llegar a eso.

Otro invocahuesos se adelantó entonces. La piel medio podrida de un gran oso pardo le cubría los hombros, parecía que la propia bestia se había alzado tras sus ojos ensombrecidos.

—Soy Okral Lom —dijo con una voz que parecía un trueno lejano—. Todos los invocahuesos de kron t'lan imass se encuentran ahora ante ti. Agkor Choom. Bendal Home. Ranag Ilm y Brold Chood. Kron, así mismo, que fue elegido caudillo en la primera reunión. Al contrario que Pran Chole, a nosotros no nos importa tu ira. No tuvimos ningún papel en tu creación, en tu nacimiento. No obstante, invocadora, te aferras a un malentendido. Pran Chole no puede considerarse en ningún sentido tu padre. Se encuentra aquí y acepta la carga de tu cólera porque es lo que es. Si quieres llamar a alguien padre, si requieres por tanto un rostro sobre el que pueda concentrarse el odio, debes entonces contenerte, pues el que buscas no se encuentra entre nosotros.

La sangre había ido desapareciendo poco a poco de la cara de Zorraplateada, como si no hubiera estado preparada para la brutal condena que le había lanzado aquel invocahuesos.

—¿N… no está entre vosotros?

—Tus almas se forjaron en la senda de Tellann, pero no en el pasado remoto (el pasado en el que vivió Pran Chole), no al principio, en cualquier caso. Invocadora, la senda desvelada de la que hablo pertenecía a la primera espada, Onos T'oolan. Ahora carece de clan y camina solo, y esa soledad ha retorcido el poder que tenía sobre Tellann…

—¿Retorcido? ¿Cómo?

—Por lo que busca, por lo que se halla en el corazón de sus deseos.

Zorraplateada sacudía la cabeza como si luchara por negar todo lo que le decía Okral Lom.

—¿Y qué busca?

El invocahuesos se encogió de hombros.

—Invocadora, eso no tardarás en descubrirlo, pues Onos T'oolan ha oído tu llamada para una segunda reunión. Llegará, sin embargo, bastante tarde.

Kruppe observó que Zorraplateada volvía a posar la mirada poco a poco en Pran Chole, que había inclinado la cabeza una vez más.

Al asumir la responsabilidad de su creación, este invocahuesos le ofreció un regalo, algo en lo que concentrar su rabia, una víctima que se alzara ante ella cuando la desatara. Te recuerdo, Pran Chole, de allí, de mi mundo soñado. Tu rostro, la compasión de tus ojos. ¿Tendría el valor de preguntar si fuisteis los imass, en verdad, una vez todos así?

Otra pareja surgía entre las filas de los reunidos. En el silencio que siguió a las palabras de Okral Lom, el más destacado fue quien habló.

—Soy Ay Estos, de logros t'lan imass. —Las pieles de unos lobos árticos colgaban de ese invocahuesos, que era más alto y más delgado que los otros.

La respuesta de Zorraplateada fue casi distraída.

—Te saludo, Ay Estos. Tienes venia para hablar.

El t’lan imass se lo agradeció con una inclinación y después empezó.

—Logros no pudo enviar más que dos invocahuesos a esta reunión por la razón que me gustaría explicarte. —El t’lan imass hizo una pausa pero luego, cuando Zorraplateada no le contestó, continuó—. Los logros t’lan imass dan caza a los renegados, a nuestro propio pueblo, aquellos que han quebrado el voto. Se han cometido crímenes, invocadora, a los que responder. He venido, así pues, en nombre del clan de Logros.

Zorraplateada se sacudió un momento y arrancó, con un esfuerzo visible, su mirada de Pran Chole. Después respiró hondo y se irguió.

—Has dicho —dijo con tono inexpresivo— que hay otro invocahuesos del clan Logros presente.

El t’lan imass vestido de lobo se hizo a un lado. La figura que se encontraba tras él era de huesos inmensos, el cráneo bajo la piel fina y marchita era bestial. La mujer vestía un manto de piel correoso hecho de escamas que le colgaba hasta el suelo. Desprovista de casco, el cráneo amplio y plano revelaba solo unos cuantos parches de piel y cada uno no lucía más que unos cuantos mechones de cabello largo y blanco.

—Olar Ethil —dijo Ay Estos—. Primera entre los invocahuesos. Eleint, la primera soletaken. No ha viajado conmigo, pues Logros le impuso otra tarea que la ha alejado de los clanes. Hasta este día, entre los de Logros no se había visto a Olar Ethil en muchos años. Eleint, ¿quieres hablar del éxito o del fracaso de lo que has buscado?

La primera invocahuesos ladeó la cabeza y después se dirigió a Zorraplateada.

—Invocadora, al ir acercándome a este lugar, empezaste a dominar mis sueños.

—Lo hice, aunque no sabía quién eras. Podemos discutir eso en otro momento. Háblame de esa tarea que te impuso Logros.

—Logros me envió en busca de los ejércitos t'lan imass que quedaran, los que conocíamos de la primera reunión. Los ifayle, los kerluhm, los bentract y los orshan.

—¿Y los has encontrado? —preguntó la invocadora.

—Los cuatro clanes restantes de bentract t'lan imass se encuentran en Jacuruku, creo, pero atrapados en el interior de la senda del Caos. Busqué allí, invocadora, sin éxito. Sobre los orshan, los ifayle y los kerluhm he de informar de mi fracaso a la hora de descubrir alguna señal. De lo que se colige que ya no existen.

Zorraplateada quedó claramente conmocionada por las palabras de Olar Ethil.

—Tantos… —susurró— ¿perdidos? —Un momento después, Kruppe la vio prepararse para lo peor—. Olar Ethil, ¿qué inspiró a Logros a que te despachara a buscar a los restantes ejércitos?

—Invocadora, el primer trono ha encontrado un ocupante digno. A Logros se lo ordenó el ocupante.

—¿Un ocupante? ¿Quién?

—Un mortal conocido entonces como Kellanved, emperador de Malaz.

Zorraplateada no dijo nada durante un largo instante.

—Por supuesto —dijo después—. Pero ya no lo ocupa, ¿no es cierto?

—Ya no lo ocupa, invocadora, sin embargo tampoco lo ha cedido.

—¿Qué significa eso? Ah, porque el emperador no murió, ¿verdad?

Olar Ethil asintió.

—Kellanved no murió. Ascendió y es Tronosombrío. Si hubiera fallecido de verdad, el primer trono se encontraría vacante una vez más. No lo hizo, así que no lo está. Nos hallamos en un punto muerto.

—Y cuando ocurrió ese… acontecimiento, el resultado fue que cesasteis de servir al Imperio de Malaz y dejasteis que Laseen se las arreglara sola durante los primeros años cruciales de su gobierno.

—Eran tiempos inciertos, invocadora. Los logros t'lan imass estaban divididos. El descubrimiento de supervivientes jaghut en el Jhag Odhan resultó una distracción oportuna, aunque breve. Hay clanes entre nosotros que han regresado desde entonces al servicio del Imperio de Malaz.

—¿Y fue el cisma el responsable de los renegados que el resto persigue ahora?

Ah, ha recuperado su ingenio, afilado y cortante. Es información vital, sin duda. Renegados entre los t'lan imass…

—No, invocadora. Los renegados han hallado otro camino, que hasta el momento permanece oculto para nosotros. En ocasiones han empleado la senda del Caos en su huida.

¿Caos? Me pregunto ante quién se arrodillan ahora esos t'lan imass renegados. No, no has de darle vueltas. Sigue siendo una amenaza lejana, sospecha Kruppe. Todo en su momento…

—¿Qué forma soletaken asumes, Olar Ethil? —preguntó Zorraplateada.

—Cuando me transformo, soy un gemelo no muerto de Tiam, que engendró a todos los dragones.

No se añadió nada más. Los miles de t'lan imass permanecieron inmóviles, silenciosos. Pasaron una veintena

de latidos en el pecho de Kruppe. Al fin, el gordito carraspeó y se acercó a Zorraplateada.

—Parece, muchacha, que aguardan tus órdenes, sean cuales sean. Una resolución razonab…

Zorraplateada se dio la vuelta y lo miró.

—Por favor —dijo entre dientes—. Nada de consejos. Esta es mi reunión, Kruppe. Déjamela a mí.

—Por supuesto, querida. Mis más humildes disculpas. Por favor, reanuda tus vacilaciones.

La joven hizo una mueca agria.

—Cabrón insolente.

Kruppe sonrió.

Zorraplateada se volvió de nuevo hacia los t’lan imass que aguardaban.

—Pran Chole, por favor, disculpa mis anteriores palabras.

El t’lan imass levantó la cabeza.

—Invocadora, soy yo el que debe pedirte perdón.

—No. Okral Lom tenía razón al condenar mi cólera. Tengo la sensación de que llevo esperando este encuentro desde hace mil vidas, las expectativas, la presión…

Kruppe se aclaró la garganta.

—¿Mil vidas, Zorraplateada? Has de escrutar con más atención a los que se alzan ante ti…

—Gracias, ya es suficiente, Kruppe. Créeme, soy muy capaz de castigarme sola sin pedirte ningún tipo de ayuda.

—Por supuesto —murmuró el daru.

Zorraplateada posó la mirada en Pran Chole una vez más.

—Me gustaría hacerte a ti y a los tuyos una pregunta.

—Aguardamos, invocadora.

—¿Queda algún jaghut?

—De pura raza no sabemos más que de uno en este reino. Uno que se oculta no al servicio de un dios ni al servicio de las Casas Azath.

—Y lo hallaremos en el corazón del Dominio Painita, ¿verdad?

—Sí.

—Comanda a los k'chain che'malle no muertos. ¿Cómo puede ser?

Kruppe observó la vacilación en Pran Chole cuando el invocahuesos respondió.

—No lo sabemos, invocadora.

—Y cuando sea destruido, Pran Chole, ¿entonces qué?

El invocahuesos pareció quedarse desconcertado por la pregunta.

—Invocadora, esta es tu reunión. Eres de carne y hueso, nuestra carne y hueso, renacida. Cuando se asesine al último jaghut…

—¡Un momento, si tienes la bondad! —dijo Kruppe al tiempo que se adelantaba otro paso. Zorraplateada siseó exasperada, pero el daru continuó—. Pran Chole, ¿recuerdas al ilustre Kruppe?

—Lo recuerdo.

—¿Al ilustre e inteligente Kruppe, sí? Has dicho que no sabes más que de un jaghut. Sin duda una afirmación bastante exacta. No obstante, decir eso no es en realidad lo mismo que decir que no queda más que uno, ¿verdad? Así pues, no estás seguro, ¿no es cierto?

Olar Ethil le respondió.

—Mortal, quedan otros jaghut. Aislados. Ocultos. Han aprendido a esconderse muy bien, desde luego. Creemos que existen, pero no los encontramos.

—Sin embargo, buscáis un final oficial para la guerra, ¿no es verdad?

Un susurro de movimiento se extendió entre las filas de no muertos.

Zorraplateada se giró en redondo para mirarlo.

—¿Cómo lo sabías, maldito seas?

Kruppe se encogió de hombros.

—Dolor sin par e insuperable. En verdad desean convertirse en polvo. Si tuvieran ojos, Kruppe no vería la verdad escrita con más claridad. Los t'lan imass ansían caer en el olvido.

—Cosa que yo solo concedería si todos los jaghut de este mundo hubieran dejado de existir —dijo Zorraplateada—. Pues esa es la carga que han puesto sobre mis hombros. El propósito que me estaba destinado. La eliminación de la amenaza de la tiranía, al fin y de una vez por todas. Solo entonces podría concederles a los t'lan imass el olvido que reclaman, eso es lo que me exige el ritual, pues es un vínculo que no se puede romper.

—Debes dirigir el pronunciamiento, invocadora —dijo Okral Lom.

—Sí —respondió ella sin dejar de mirar furiosa a Kruppe.

—Tus palabras —añadió Pran Chole— pueden hacer pedazos los lazos del ritual.

La mujer volvió la cabeza de golpe.

—¿Así de fácil? Y sin embargo… —Miró de nuevo al daru y frunció el ceño—. Kruppe, me obligas a declarar abiertamente una verdad desagradable…

—Sí, Zorraplateada, pero no la misma verdad que tú pareces ver. No, Kruppe ha desvelado una verdad más profunda, más conmovedora.

La mujer se cruzó de brazos.

—¿Y cuál es?

Kruppe estudió el mar de figuras no muertas, entrecerró los ojos y los clavó en las cuencas ensombrecidas de un sinfín de ojos. Después de un largo instante, suspiró y fue un suspiro entrecortado por la emoción.

—Ah, querida mía, mira otra vez, por favor. Fue un engaño patético que ni siquiera merece la pena condenar. Has de comprender, si tienes la bondad, el comienzo de todo. La primera reunión. No había más que un enemigo entonces. Un pueblo del que surgían los tiranos. Pero el tiempo pasa, ¿verdad? Y ahora, la dominación y los tiranos abundan por todos lados, ¿pero acaso son jaghut? No lo son. Son humanos en su mayor parte, ¿verdad?

»¿La verdad con todas sus capas? Muy bien, Zorraplateada, los t'lan imass han ganado su guerra. Si un nuevo tirano surgiera entre los pocos jaghut que quedan ocultos, esa persona no encontraría un mundo tan sencillo de conquistar como lo fue en otro tiempo. Hay dioses para oponerse a ese esfuerzo, ¡no, hay simples ascendientes! Hombres como Anomander Rake, mujeres como Korlat, ¿es que has olvidado el destino del último tirano jaghut?

»El momento ha pasado, Zorraplateada. Para los jaghut y por tanto para los t'lan imass. —Kruppe posó una mano en el hombro de la joven y la miró a los ojos—. Invocadora —le susurró—, estos guerreros indomables están… cansados. Cansados más allá de toda comprensión. Llevan existiendo cientos de miles de años por una sola causa. Y esa causa es ahora… una farsa. Sin sentido. Irrelevante. Quieren que termine, Zorraplateada. Intentaron arreglarlo con Kellanved y el primer trono, pero el esfuerzo fracasó. Así pues te dieron forma a ti, a lo que te convertirías. Para esta única tarea.

»Redímelos. Por favor.

Pran Chole habló entonces.

—Invocadora, destruiremos al jaghut que se oculta dentro de este Dominio Painita y después nos gustaría pedir el fin. Kruppe está en lo cierto. No tenemos razón de existir, pues existimos sin honor y eso nos está destruyendo. La caza de

los renegados logros t'lan imass no es más que el principio. Perderemos a más de los nuestros, o eso tememos.

Kruppe vio que Zorraplateada estaba temblando, pero las palabras de la mujer brotaron sometidas a un férreo control cuando se dirigió al chamán astado.

—Me creas como la primera invocahuesos de carne y hueso en casi trescientos mil años. La primera y, al parecer, la última.

—Haz lo que te pedimos, invocadora, y el resto de tu vida será tuya.

—¿Qué vida? No soy rhivi ni malazana. Ni siquiera soy humana de verdad. ¡Ninguno de vosotros lo entiende! —La mujer señaló con un dedo a Kruppe y las dos marineras para completar un gesto que lo abarcaba todo—. ¡Ninguno de vosotros! Ni siquiera Paran, que cree… No, de lo que cree ya me ocuparé en su momento, no es para ninguno de vosotros. ¡T'lan imass! ¡Soy de los vuestros, malditos seáis! ¡Vuestra primera hija en trescientos mil años! ¿Me vais a abandonar otra vez?

Kruppe dio un paso atrás. *¿Otra vez? Oh, dioses del inframundo*…

—Zorraplateada…

—¡Silencio!

Pero no cayó el silencio. En su lugar, un susurro y un crujido cruzaron el aire y Zorraplateada y Kruppe se giraron hacia el sonido.

Y vieron decenas de miles de t'lan imass que se hincaban de rodillas con las cabezas inclinadas.

Olar Ethil fue la última que quedó en pie y fue la que habló.

—Invocadora, te rogamos que nos liberes. —Y con esas palabras, ella también se acomodó en el suelo.

La escena clavó un cuchillo en el alma de Kruppe y lo retorció. Incapaz de hablar, apenas capaz de respirar, se limitó a quedarse mirando la multitud quebrada con un horror creciente. Y cuando Zorraplateada les respondió, el corazón del daru amenazó con estallar.

—No.

A lo lejos, por todas partes, los lobos no muertos comenzaron a aullar.

—¡Por el aliento del Embozado! —maldijo una de las marineras.

Sí, la suya es una voz de un dolor tan sobrenatural que desgarra la mente humana. Oh, K'rul, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Uno supone una cierta falta de complejidad en personas cuyas vidas son tan cortas.

Whiskeyjack sonrió con amargura.

—Si se supone que eso es una disculpa, tendrás que hacerlo mejor, Korlat.

La tiste andii suspiró y se pasó una mano por el largo cabello negro en un gesto muy humano.

—Claro que —continuó el malazano— de ti, mujer, hasta un simple gruñido sirve.

Los ojos de la tiste andii destellaron.

—¿Oh? ¿Y cómo debo tomarme eso?

—Prueba a tomártelo como lo que era, muchacha. No he disfrutado mucho de los últimos días y preferiría que continuáramos como estábamos, así que aceptaré lo que haya. Ya está, no puedo decirlo de forma más sencilla.

La mujer se inclinó en la silla de montar y posó su mano en el brazo cubierto por la cota de malla del guerrero.

—Gracias. Parece que soy yo la que necesita que se simplifiquen las cosas.

—Ante eso, mis labios están sellados.

—Eres un hombre sabio, Whiskeyjack.

La llanura que tenían ante ellos, a una distancia de mil setecientos metros pero acercándose, hervía de Tenescowri. Sus filas no guardaban orden alguno, salvo el jinete solitario que cabalgaba ante ellos, un joven delgado y demacrado a lomos de un percherón roano con la columna combada. Justo detrás del joven (que Whiskeyjack supuso que era Anaster) se alineaba alrededor de una docena de mujeres. Con los cabellos revueltos y lanzando chillidos intempestivos, un aura de locura y horror oscuro las rodeaba.

—Las mujeres de la semilla de los muertos, supongo —dijo Korlat al observar la mirada del guerrero—. Ahí hay un poder hechicero. Creo que son la verdadera guardia personal del primer hijo.

Whiskeyjack se giró en la silla para examinar a las legiones malazanas que formaban tras él, a cuarenta metros de distancia.

—¿Dónde está Anomander Rake? Esa chusma podría cargar contra nosotros en cualquier momento.

—No lo hará —aseveró Korlat—. Esas brujas perciben la cercanía de mi señor. Están inquietas y le gritan a su hijo predilecto para que tenga cuidado.

—¿Pero querrá escucharlas?

—Mejor será…

Un rugido hizo pedazos sus palabras.

Los Tenescowri se lanzaban a la carga, una marea que se alzaba con una desesperación que no parecía temerle a nada. Una oleada de poder procedente de las mujeres de la semilla de los muertos asaltó físicamente a Whiskeyjack e hizo que en su corazón bramara un extraño pánico.

Korlat siseó entre dientes.

—¡Resístete al miedo, mi amor!

Whiskeyjack lanzó un gruñido, sacó la espada y le dio la vuelta al caballo para mirar a sus tropas. Aquel hechizo de terror los había alcanzado y había azotado las filas. Estas vibraron, pero ni un solo soldado retrocedió. Un momento después, los malazanos se tranquilizaron.

—¡Cuidado! —exclamó Korlat—. ¡Llega mi señor en todo su poder!

El aire pareció descender y gemir bajo un peso inmenso e invisible. El cielo se oscureció con un pavor palpable.

El caballo de Whiskeyjack tropezó, las patas se le combaron por un momento antes de que el animal recuperara el equilibrio. La bestia chilló.

Un viento frío y cortante silbó con fiereza y aplastó las hierbas ante el comandante y Korlat, después golpeó la masa de Tenescowri que cargaba contra ellos.

Las mujeres de la semilla de los muertos fueron arrojadas hacia atrás, tambaleándose, tropezando antes de caer al suelo, donde se retorcieron. Tras ellas, los que encabezaban la multitud intentaron detenerse, pero los atropellaron. En un solo latido, las filas de la vanguardia se derrumbaron en medio del caos, figuras que se abalanzaban furiosas sobre otras, cuerpos pisoteados o empujados entre miembros que se agitaban.

El dragón negro de la crines plateadas sobrevoló la cabeza de Whiskeyjack y se adelantó, majestuoso, sobre ese gélido vendaval.

Lo aguardaba la solitaria figura de Anaster, a lomos de su caballo roano, que ni siquiera se había estremecido. La vanguardia de los Tenescowri era un muro que se derrumbaba tras el primer hijo.

Anomander Rake descendió sobre el joven.

Anaster se irguió en la silla y abrió mucho los brazos.

Unas garras enormes cayeron sobre él de golpe, se cerraron alrededor del primer hijo y lo arrancaron del caballo.

El dragón se irguió hacia los cielos con su premio.

Después pareció tambalearse en el aire.

—¡Dioses, es un veneno! —exclamó Korlat.

La pata del dragón se agitó hacia un lado y lanzó a Anaster por los aires. El joven giró en redondo y empezó a dar volteretas por el aire como una muñeca de trapo. Después se desplomó sobre la multitud de Tenescowri por la derecha y desapareció. Anomander Rake se irguió, bajó la cabeza con forma de cuña y se acercó al ejército de campesinos. Se abrió una boca llena de colmillos.

De ese buche salió Kurald Galain puro. Una oscuridad turbia que Whiskeyjack había visto antes, mucho tiempo atrás, fuera de la ciudad de Pale. Claro que en aquel entonces estaba muy controlada. Y en fecha más reciente, cuando era Korlat la que lo guiaba por la senda en sí; una vez más, en calma. Pero en esos instantes la senda ancestral de la Oscuridad estaba desatada, salvaje.

Así que hay otra forma de entrar en la senda de Kurald Galain, justo por la garganta de ese dragón.

Una ringlera amplia y aplastada barrió a los Tenescowri. Los cuerpos se disolvían en la nada y no dejaban más que ropas raídas. El vuelo del dragón era inalterable y abría un camino de aniquilación que dividía el ejército en dos mitades que hervían y retrocedían.

Una vez completada la primera pasada, Anomander Rake se alzó por los cielos y viró para hacer otra.

No hubo necesidad. Las fuerzas Tenescowri se habían roto y las figuras se dispersaban en todas direcciones. En algunos lugares, como vio Whiskeyjack, se volvía sobre sí

misma, como un perro mordiéndose sus propias heridas. Asesinatos sin sentido, autodestrucción, todo lo que salía del terror ciego e irracional.

El dragón se deslizó sobre la multitud que se retorcía, pero no desató su senda por segunda vez.

Después, Whiskeyjack vio que Anomander Rake giraba la cabeza.

El dragón bajó un poco más, una amplia extensión se despejó ante él cuando los Tenescowri se apartaron de golpe y dejaron solo una decena de figuras en el suelo, tendidas pero dando señales de movimiento de todos modos; las figuras intentaban ponerse de nuevo en pie, poco a poco, con gestos agónicos.

Las mujeres de las semillas de los muertos.

El dragón, que volaba en ese momento a la altura de un hombre sobre el suelo, se desdibujó al precipitarse sobre las brujas; después recuperó su forma de señor de Engendro de Luna, se dirigió sin prisas hacia las mujeres y levantó la mano para sacar la espada.

—Korlat…

—Lo siento, Whiskeyjack.

—Va a…

—Lo sé.

Whiskeyjack se quedó mirando, horrorizado, cuando Anomander Rake alcanzó a la primera de las mujeres, una arpía escuálida y encorvada que le llegaba al tiste andii por la cintura, y blandió a *Dragnipur*.

La cabeza de la mujer cayó al suelo, a los pies de su dueña, entre un torrente de sangre y vísceras. El cuerpo consiguió dar un paso a un lado, como si ejecutara un baile espeluznante y después se desplomó.

Anomander Rake se acercó a la siguiente mujer.

—No, esto no está bien…

—Por favor…

Whiskeyjack hizo caso omiso del ruego de Korlat y azuzó su caballo, que bajó la ladera a medio galope y después continuó a galope tendido cuando se niveló el suelo.

Otra mujer cayó asesinada y después una tercera antes de que llegara el malazano y contuviera al caballo de repente justo en el camino de Rake.

El señor de Engendro de Luna se vio obligado a detener sus zancadas. Levantó la cabeza, sorprendido, y después frunció el ceño.

—Déjalo ya —dijo Whiskeyjack entre dientes. Advirtió que todavía portaba la espada desenvainada y descubrió que los ojos inhumanos de Rake lo notaban por casualidad antes de responder.

—Hazte a un lado, amigo mío. Es un acto de clemencia…

—No, es un juicio, Anomander Rake. Y —añadió después con los ojos clavados en la hoja negra de *Dragnipur*— una sentencia.

La respuesta que le ofreció el gran señor fue extrañamente melancólica.

—Te gustaría que así fuera, Whiskeyjack. No obstante, reclamo el derecho de juzgar a estas criaturas.

—No me opondré a eso, Anomander Rake.

—Ah, entonces es la… sentencia.

—Así es.

El gran señor envainó su espada.

—Entonces debes hacerlo tú en persona, amigo mío. Y rápido, pues comienzan a recuperar sus poderes.

El guerrero se estremeció en la silla de montar.

—No soy ningún verdugo.

—Pues será mejor que te conviertas en uno, o bien hazte a un lado. Ahora.

Whiskeyjack hizo girar su caballo. Las siete mujeres que quedaban comenzaban ya a recuperar el sentido, aunque el guerrero vio en la que estaba más próxima una mirada vidriada de incomprensión que persistía en sus cansados ojos amarillentos.

Que el Embozado me lleve…

Azuzó a su montura y sacó la espada justo a tiempo para clavar la punta en el pecho de la mujer que tenía más cerca.

La piel seca se abrió casi sin esfuerzo. Los huesos se partieron como simples ramas. La víctima se tambaleó hacia atrás y cayó.

Whiskeyjack espoleó a su caballo, sacudió la sangre de la espada y después, al llegar a la siguiente mujer, blandió el arma de lado y le rebanó la garganta.

Se obligó a contener sus pensamientos y a mantenerlos a raya y se concentró en la mecánica de las acciones. No podía haber errores. Nada de fallos que prolongara el dolor de sus víctimas. Ejecuciones precisas, una tras otra, guiando por instinto el caballo, cambiando el peso en la silla, preparando la hoja, clavando la espada de golpe o asestando cuchilladas, como mejor conviniese.

Una, después otra y después otra.

Hasta que, al darle la vuelta a su montura, comprobó que había terminado. Todo había terminado.

Su caballo daba patadas en el suelo sin dejar de dibujar un círculo. Whiskeyjack levantó la cabeza.

Y divisó la hueste de Unbrazo alineada sobre el risco que tenía a su izquierda, el espacio entre ellos estaba cubierto de cuerpos pisoteados, pero aparte de eso era espacio abierto. Sin obstáculos.

Sus soldados.

Alineados sobre el risco. En silencio.

Han presenciado esto… Ahora sí que estoy condenado. Ya no hay vuelta atrás. Da igual cuáles sean las palabras para explicarlo, para justificarlo. No importan los crímenes cometidos por mis víctimas. He asesinado. No a soldados, no a adversarios armados sino a criaturas asaltadas por la locura, aturdidas y sin sentido, criaturas que nada comprendían.

Se volvió y se quedó mirando a Anomander Rake.

El señor de Engendro de Luna le devolvió la mirada sin inmutarse.

Esta carga… no es la primera vez que la tomas, la asumiste hace ya mucho tiempo, ¿verdad? Esta carga que ahora asalta mi alma es con lo que vives, con lo que hace siglos que vives. El precio de la espada que llevas a la espalda…

—Deberías habérmelo dejado a mí, amigo mío —dijo en voz baja el tiste andii—. Podría haber insistido, pero no quería cruzar mi filo con el tuyo. Así pues —añadió con una sonrisa pesarosa—, el hecho de abrir mi corazón ha demostrado una vez más que es una maldición. Reclama a aquellos a los que quiero en virtud de esa misma emoción. Ojalá hubiera aprendido la lección hace mucho tiempo, ¿no estás de acuerdo?

—Parece —consiguió decir Whiskeyjack— que hemos encontrado algo nuevo en común.

Anomander Rake entrecerró los ojos.

—No es lo que yo hubiera querido.

—Lo sé. —El guerrero se aferró a su autocontrol—. Siento no haberte dado alternativa.

Los dos hombres se miraron.

—Creo que el pueblo de Korlat ha atrapado al tal Anaster —dijo Rake después de un momento—. He de ocuparme de él, ¿quieres acompañarme?

Whiskeyjack se estremeció.

—No, amigo mío —continuó Rake—. Renuncio a juzgarlo a él. Dejémosle eso a otros, ¿te parece?

Un juicio militar, quieres decir. Esa estructura rígida que con tanta facilidad absuelve de la responsabilidad personal. Por supuesto. Ahora ya tenemos tiempo para eso, ¿no?

—De acuerdo, mi señor. Tú primero, si tienes la bondad.

Con otra sonrisa leve y melancólica, Anomander Rake pasó a su lado a grandes zancadas.

Whiskeyjack envainó la espada ensangrentada y lo siguió.

Se quedó mirando la amplia espalda del tiste andii y el arma que colgaba de ella.

Anomander Rake, ¿cómo soportas esta carga, la carga que a mí me ha roto el corazón en mil pedazos?

Pero no, no es eso lo que me desgarra de este modo.

Señor de Engendro de Luna, me pediste que me hiciera a un lado y lo llamaste clemencia. Te entendí mal. Clemencia no con las mujeres de la semilla de los muertos, sino conmigo. De ahí la triste sonrisa que esbozaste cuando dije que no.

Ah, amigo mío, vi solo tu brutalidad y eso te hizo daño.

Mejor, para los dos, si hubieras cruzado filos conmigo.

Para los dos.

Y yo… yo no merezco tales amigos. Ah, viejo, los gestos necios te atormentan. Acaba de una vez. Que sea esta tu última guerra.

Que sea la última.

Korlat esperaba con su pueblo tiste andii, rodeaban la demacrada figura que era Anaster, primer hijo de la semilla de los muertos, en un lugar cerca de donde el joven había

caído cuando Anomander Rake lo había lanzado por los aires.

Whiskeyjack descubrió lágrimas en los ojos de su amante y la visión de esas lágrimas le provocó una punzada de dolor en las tripas. Se obligó a apartar la mirada. Aunque en esos momentos la necesitaba, y quizás ella a su vez necesitaba que él compartiera todo lo que era obvio que esta entendía, eso tendría que esperar. El guerrero decidió seguir el ejemplo de Anomander Rake, para quien el control era una armadura y a la vez, si lo exigían las circunstancias, un arma.

Se acercaban varios jinetes desde la posición malazana y también desde la de Brood. Habría testigos para lo que iba a acontecer, *y que ahora maldiga tales verdades es la verdadera revelación de lo bajo que he caído. ¿Cuándo, hasta ahora, he temido que hubiera testigos de lo que hacía o decía? Reina de los Sueños, perdóname. Me encuentro en una pesadilla viviente y el monstruo que me persigue no es otro que yo mismo*.

Whiskeyjack detuvo el caballo ante los tiste andii que se habían reunido y pudo examinar a Anaster de cerca por primera vez.

Desarmado, magullado y manchado de sangre, con la cabeza girada, el joven tenía un aspecto lamentable, débil y pequeño.

Pero siempre ocurre lo mismo con los líderes caídos. Ya sean reyes o comandantes, la derrota los marchita...

Y entonces contempló la cara del muchacho. Algo le había sacado uno de los ojos y había dejado una mezcla confusa de sangre de color rojo profundo. El ojo que le quedaba se alzó y se clavó en Whiskeyjack. Absorto, pero horripilantemente inerte a la vez, con una mirada fría y a la

vez casual, curiosa pero también de una indiferencia inmensa, fundamental.

—El asesino de mi madre —dijo Anaster con voz cantarina, después ladeó la cabeza para seguir estudiando al malazano.

La voz de Whiskeyjack era ronca.

—Lo siento, primer hijo.

—Yo no. Estaba loca. Era prisionera de sí misma, estaba poseída por sus propios demonios. No era la única con esa maldición, debemos suponer.

—Ya no —respondió Whiskeyjack.

—Es como una plaga, ¿no es cierto? Que se extiende sin parar. Que devora vidas. Por eso, en último término, fracasaréis. Todos vosotros. Os convertís en lo que destruís.

El tono de la respuesta de Anomander Rake fue espantoso y vulgar.

—Nada más apropiado podía decir un caníbal. ¿Qué crees tú, Anaster, que deberíamos hacer contigo? Y sé sincero.

El joven volvió su singular mirada hacia el señor de Engendro de Luna. La seguridad en sí mismo que pudiera poseer pareció vacilar de repente, porque alzó una mano tímida que flotó ante la cuenca ensangrentada del ojo arrancado y su rostro pálido empalideció todavía más.

—Mátame —susurró.

Rake frunció el ceño.

—¿Korlat?

—Sí, ha perdido el control. Su miedo tiene rostro. Un rostro que no he visto jamás…

Anaster se volvió hacia ella.

—¡Cállate! ¡No has visto nada!

—Hay oscuridad en tu interior —respondió ella con tono sereno—. Un primo virulento de Kurald Galain. Una

oscuridad del alma. Cuando titubeas, niño, vemos lo que se oculta en su interior.

—¡Mentirosa! —siseó el muchacho.

—La cara de un soldado —dijo Anomander Rake. Después se giró poco a poco hacia el oeste—. De la ciudad. De Capustan. —Se giró de nuevo hacia Anaster—. Sigue allí, ¿verdad? Parece, mortal, que has adquirido un némesis, alguien que promete algo diferente de la muerte, algo mucho más terrible. Interesante.

—¡No lo entiendes! ¡Es Itkovian! ¡El yunque del escudo! ¡Desea mi alma! ¡Por favor, mátame!

Dujek y Caladan Brood habían llegado de las líneas aliadas, así como Kallor y Artanthos. Todos permanecían sentados en sus caballos, vigilantes, en silencio.

—Quizá lo hagamos —respondió el señor de Engendro de Luna después de un instante—. En su momento. Por ahora te llevaremos con nosotros a Capustan…

—¡No! ¡Por favor! ¡Matadme ya!

—No veo absolución en tu locura concreta, muchacho —dijo Anomander Rake—. No hay motivo alguno para tener clemencia. Todavía no. Quizás, al conocer a ese tal… ¿Itkovian?, que tanto te aterroriza juzguemos la situación de otro modo y te concedamos un final rápido. Puesto que eres nuestro prisionero, estamos en nuestro derecho. Es posible que te evitemos la pena de tu némesis, después de todo. —Miró a Brood y a los otros—. ¿Aceptable?

—Sí —gruñó Dujek con los ojos clavados en Whiskeyjack.

—De acuerdo —dijo Brood.

Anaster realizó un esfuerzo desesperado por quitarle una daga a un guerrero tiste andii que tenía al lado, daga que se le negó sin ningún esfuerzo. El joven se derrumbó entonces, sollozando y de rodillas, con el delgado cuerpo atormentado por los suspiros.

—Será mejor que os lo llevéis —dijo Anomander Rake tras estudiar a la figura desplomada—. No está actuando.

Eso quedaba patente para todos los presentes.

Whiskeyjack azuzó su caballo y se colocó junto a Dujek.

El hombre lo saludó con la cabeza.

—Eso ha sido lamentable, maldita sea —murmuró después.

—Desde luego.

—De lejos parecía…

—No parecía nada bueno, puño supremo, porque no lo era.

—Has de entender, Whiskeyjack, que comprendo tu… tu clemencia. La espada de Rake… pero, maldita sea, ¿no podrías haber esperado?

Las explicaciones, las justificaciones sólidas, atestaban la mente de Whiskeyjack, pero lo único que dijo fue:

—No.

—Las ejecuciones exigen ciertos procedimientos…

—Entonces despójame de mi rango, señor.

Dujek hizo una mueca y apartó la mirada. Después lanzó un suspiro áspero.

—No me refería a eso, Whiskeyjack. Conozco bien la importancia de esos procedimientos, la verdadera razón para que existan ya en primer lugar. El hecho de poder compartir medidas necesarias pero brutales…

—Hace disminuir el coste personal, sí —respondió Whiskeyjack en tono bajo—. No cabe duda de que Anomander Rake podría haber incluido con facilidad esas pocas almas en su legendaria lista. Pero esas vidas las quité yo en su lugar. Disminuí su coste personal. Un esfuerzo ínfimo, es cierto, y un esfuerzo que él no me pidió. Pero ya está hecho. Problema resuelto.

—Está cualquier cosa menos resuelto —dijo Dujek entre dientes—. Soy tu amigo…

—No. —*No corremos el riesgo de cruzar las espadas, así que no habrá que compartir esto*—. No —repitió. *Esta vez no*.

Casi pudo oír a Dujek haciendo rechinar los dientes.

Korlat se reunió con ellos.

—Un joven extraño el que se conoce con el nombre de Anaster.

Los dos malazanos se volvieron al oírla.

—¿Te sorprende? —le preguntó Dujek.

La mujer se encogió de hombros.

—Había mucho oculto en la oscuridad de su alma, puño supremo. Algo más que la simple cara de un soldado. No soportaba guiar a su ejército. No soportaba ver la hambruna, la pérdida y la desesperación. Y por ello resolvió enviarlo a la muerte, a una aniquilación absoluta. Como acto de misericordia, nada menos. Para aliviar el sufrimiento.

»En cuanto a sí mismo, cometió crímenes a los que solo se podía responder con la muerte. Que lo ejecutaran aquellos supervivientes que quedaran entre sus víctimas. Pero no una simple muerte, él busca algo más. Busca la condenación como sentencia. Una eternidad de condenación. No alcanzo a entender semejante odio por sí mismo.

Yo sí, pues siento que yo también me tambaleo al borde mismo de esa empinada ladera. Un paso más en falso… Whiskeyjack apartó la mirada y contempló las legiones malazanas agrupadas en el lejano risco. El sol se reflejaba en las armaduras y las armas y lo cegaba haciendo que le lloraran los ojos.

Dujek apartó su caballo y se reunió con Artanthos, Brood y Kallor.

Y dejó a Whiskeyjack a solas con Korlat.

Esta levantó un brazo y le acarició el guantelete.

El guerrero no la pudo mirar a los ojos y continuó estudiando las filas inmóviles de sus soldados.

—Amor mío —murmuró—. Esas mujeres… no estaban indefensas. El poder al que recurrían procedía de la propia senda del Caos. El ataque inicial de mi señor tenía como propósito destruirlas, pero en su lugar solo las dejó aturdidas por un instante. Se estaban recuperando. Y en su poder recién despertado habrían desatado una devastación. Locura y muerte para tu ejército. Todos los esfuerzos de este día podrían haberse perdido.

El guerrero hizo una mueca.

—Yo no recrimino jamás los actos necesarios —dijo.

—Parece que… en realidad sí.

—La guerra tiene sus necesidades, Korlat y eso siempre lo he tenido claro. Siempre he sabido el coste. Pero hoy me he dado cuenta de otra cosa, yo solo, sin ayuda de nadie. La guerra no es un estado natural. Es una imposición, y una imposición muy poco sana, por cierto, maldita sea. Con sus reglas renunciamos de buen grado a nuestra humanidad. No me hables de causas justas o de objetivos dignos. Nosotros quitamos vidas. Somos sirvientes del Embozado, todos y cada uno.

—Las mujeres de la semilla de los muertos habrían matado a cientos, quizá miles, Whiskeyjack…

—Y yo he reclamado otras tantas vidas en su momento, Korlat. ¿Qué diferencia hay entonces entre nosotros?

—Tú no temes a las preguntas que se coligen de esos actos —dijo la mujer—. Las que te haces de forma voluntaria. Quizá tú lo veas como una crueldad autodestructiva, pero yo lo veo como valor, un valor

extraordinario. Un hombre menos valiente habría dejado en manos de mi señor tan desagradable tarea.

—Lo que dices no tiene sentido, Korlat. El ejército que ves ahí ha sido testigo de los actos de su comandante, lo han visto cometiendo un asesinato…

La réplica cortante y llena de siseos de Korlat lo sorprendió.

—¡No te atrevas a subestimarlos!

—Subest…

—He llegado a conocer a muchos de tus soldados, Whiskeyjack. No son tontos. Quizá muchos de ellos, si no la mayoría, no sean capaces de articular sus pensamientos y lo que comprenden, pero lo entienden, no obstante. ¿No crees que ellos, cada uno a su manera, también se ha enfrentado a la decisión que tuviste que tomar esta mañana? ¿El giro a punta de cuchillo que dieron sus vidas? Y todos y cada uno de ellos siguen sintiendo la cicatriz en su interior…

—Yo no veo mucho…

—Whiskeyjack, escúchame. Han sido testigos. Lo vieron y lo comprendieron todo. Maldito seas, lo sé porque yo sentí lo mismo. Les dolía por ti. Con cada uno de aquellos golpes brutales ellos sentían resonar en su interior las viejas heridas y sabían lo que sentías. Comandante, tu vergüenza es un insulto. Deséchala o infligirás a tus soldados la herida más profunda de todas.

Whiskeyjack se la quedó mirando desde su altura.

—Somos un pueblo con una vida muy corta —le dijo después de un momento—. Nos falta tal complejidad en nuestras vidas.

—Cabrón. Recuérdame que nunca más te pida disculpas.

El guerrero miró una vez a las legiones malazanas.

—Todavía temo enfrentarme a ellos cara a cara —murmuró.

—La distancia que había entre ellos y tú ya se ha cerrado, Whiskeyjack. Tu ejército te seguirá al abismo si se lo ordenas.

—La idea más aterradora que se ha pronunciado en todo el día.

La mujer no le respondió.

Sí, la imposición… de extremos que produce la guerra. Dura pero sencilla. No es lugar para la humanidad, no es lugar en absoluto.

—Dujek no estaba muy contento —dijo el guerrero.

—Dujek quiere mantener a su ejército con vida.

Whiskeyjack giró la cabeza de repente.

Los ojos de la mujer lo miraron, fríos y calculadores.

—No tengo ningún interés en usurpar su autoridad…

—Acabas de hacerlo, Whiskeyjack. Maldito sea el temor que inspiras en Laseen, el orden natural se ha reafirmado. La emperatriz podía manejar a Dujek. Por eso te degradó y lo puso a él al mando. ¡Dioses, a veces puedes ser muy duro de mollera!

Whiskeyjack frunció el ceño.

—Si soy una amenaza tan grande para ella, ¿por qué no…? —Se detuvo y cerró la boca. *Oh, por el Embozado. Pale. Darujhistan. No era a los Abrasapuentes a quien quería destruir. Era a mí*.

—Cuidado con esa confianza, mi amor —dijo Korlat—. Puede que estén usando contra ti tu fe en el honor.

El guerrero sintió un frío inmenso por dentro.

Oh, Embozado.

Por los huevos de mármol del Embozado en un yunque…

Coll bajó por la suave ladera hacia la carreta de la mhybe. A veinticinco metros a la derecha estaban los últimos

carruajes de la Asociación Comercial de Trygalle, un grupo de accionistas que jugaban a las tabas sobre una lona cercana. Varios mensajeros cabalgaban a lo lejos, yendo o viniendo a las posiciones del ejército principal, apostado a una legua al suroeste.

Murillio se encontraba sentado con la espalda apoyada en las sólidas ruedas de madera de una de las carretas de los rhivi, con los ojos cerrados.

Ojos que se abrieron cuando llegó el concejal.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Coll al agacharse a su lado.

—Es agotador —respondió Murillio—. Verla sufrir esas pesadillas… son incesantes. Cuéntame las nuevas que haya.

—Bueno, a Kruppe y Zorraplateada no se les ha visto desde ayer, ni tampoco a esas dos marineras que Whiskeyjack tenía protegiendo a la hija de la mhybe. En cuanto a la batalla… —Coll apartó la vista y entrecerró los ojos para mirar al suroeste—. No duró mucho. Anomander Rake asumió su forma soletaken. Una única pasada dispersó a los Tenescowri. Capturaron a Anaster y, eh, a las magas que tenía a su servicio las… ejecutaron.

—Suena desagradable —comentó Murillio.

—A decir de todos, lo fue. En cualquier caso, los campesinos están huyendo de regreso a Capustan, donde dudo que se les reciba muy bien. Es un triste destino, desde luego, para esos pobres cabrones.

—Se han olvidado de ella, ¿verdad?

A Coll no le hizo falta pedir más explicaciones.

—Resulta difícil de tragar pero sí, eso es lo que parece.

—Ha dejado de ser útil y por tanto la desechan.

—Quiero creer, y a esa fe me aferro, que esta historia todavía no ha terminado.

—Somos los testigos. Estamos aquí para supervisar el descenso. Nada más, Coll. Las garantías de Kruppe no son más que viento. Y tú y yo somos prisioneros de esta poco grata circunstancia, igual que ella, igual que esa confusa mujer rhivi que viene para peinarle el cabello.

Coll se giró poco a poco para estudiar a su viejo amigo.

—¿Qué sugieres que hagamos? —preguntó.

Murillio se encogió de hombros y gruñó.

—¿Qué hace la mayor parte de los prisioneros, antes o después?

—Intentan escapar.

—Sí.

Coll no dijo nada durante un buen rato, después suspiró.

—¿Y cómo propones que lo hagamos? ¿Quieres dejarla aquí, sin más? Sola, desatendida…

—Pues claro que no. No, nos la llevamos con nosotros.

—¿Adónde?

—¡No lo sé! ¡Adonde sea! Siempre que quede lejos.

—¿Y hasta dónde tendrá que ir para escapar de esas pesadillas?

—Solo tenemos que encontrar a alguien dispuesto a ayudarla, Coll. Alguien que no juzgue una vida por su conveniencia y su potencial utilidad.

—Esta es una llanura vacía, Murillio.

—Lo sé.

—Mientras que en Capustan…

El más joven entrecerró los ojos.

—Por lo que se oye, es poco más que un montón de ruinas.

—Hay supervivientes. Incluidos sacerdotes.

—¡Sacerdotes! —bufó el otro—. Maestros interesados del timo, estafadores de los crédulos, embusteros y…

—Murillio, hay excepciones…

—Todavía tengo que ver la primera.

—Quizás esta vez. Lo que digo es que si vamos a escapar con ella, tenemos más oportunidades de encontrar ayuda en Capustan que aquí fuera, en este yermo.

—Saltoan…

—Está a una semana o más de distancia, más con esta carreta. Además, la ciudad es el mismísimo ombligo lleno de costras del Embozado. Yo no llevaría ni a la madre de Rallick Nom con su hacha y todo a Saltoan.

Murillio suspiró.

—Rallick Nom.

—¿Qué pasa con él?

—Ojalá estuviera aquí.

—¿Por qué?

—Para que pudiera matar a alguien. A cualquiera. Ese hombre es una maravilla cuando se trata de simplificar las cosas.

Coll lanzó una risita.

—«Simplificar las cosas». Espera a que se lo diga. Eh, Rallick, que sepas que no eres un asesino, solo alguien que simplifica las cosas.

—Bueno, ahora ya da igual, en cualquier caso, porque ha desaparecido.

—No está muerto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé. Bueno, Murillio, ¿esperamos hasta Capustan?

—De acuerdo. Y una vez allí, seguimos el ejemplo de Kruppe y Zorraplateada. Nos escabullimos. Nos desvanecemos. Bien sabe el Embozado que dudo que alguien lo note y mucho menos que le importe.

Coll titubeó un instante antes de hablar.

—Murillio, si encontramos a alguien… alguien que pueda hacer algo por la mhybe… Bueno, es probable que sea caro.

El otro se encogió de hombros.

—No es la primera vez que me endeudo.

—Ni yo. Siempre que quede claro que seguramente esto signifique nuestra ruina financiera y que lo único que podríamos lograr es un final más piadoso para su vida.

—Merece la pena el intercambio, entonces.

Coll no pidió más confirmación de la determinación de su amigo. Conocía a Murillio demasiado bien para eso. *Sí, no es más que dinero, ¿no? Poco importa la cantidad, es un intercambio justo para aliviar el sufrimiento de una anciana. De un modo u otro. Pues al menos nosotros nos habremos preocupado, incluso si nunca vuelve a despertar y por tanto no sabe nada de lo que hacemos. De hecho, quizá sea mejor así. Más limpio. Más sencillo*…

El aullido resonó como si partiera de una inmensa caverna. Resonó, se plegó sobre sí mismo hasta que el llanto de duelo se convirtió en un coro. Voces bestiales en un número incontable, voces que despojaban al mundo del sentido del tiempo en sí, que convertían la eternidad en un solo presente.

Las voces del invierno.

Sin embargo procedían del sur, del lugar donde la tundra ya no podía seguir adelante, donde los árboles ya no llegaban a los tobillos sino que se alzaban, todavía recortados, agitados por el viento, altos y delgados, por encima de su cabeza, de modo que podía pasar desapercibida, ya no elevada sobre el paisaje.

Otros respondieron a ese aullido. Las bestias que la perseguían, todavía tras su rastro, pero perdiéndola cuando

se deslizaba entre las píceas negras; el suelo pantanoso le succionaba con avidez los pies descalzos; el agua manchada de negro giraba espesa e hinchada cuando vadeaba los gélidos charcos. Unos mosquitos enormes la rodeaban sin descanso, cada uno quizás el doble de grande que los que ella conocía de la llanura de Rhivi. Los jejenes se le metían por el pelo y le picaban el cuero cabelludo. Unas sanguijuelas redondas como puntos negros le cubrían los miembros.

En su huida medio ciega había tropezado con una cornamenta con forma de espátula encajada en la horquilla de dos árboles al nivel de los ojos. La herida que le había hecho una púa bajo la mejilla derecha todavía le sangraba.

Es mi muerte la que se acerca. Eso me da fuerza. Saco ánimo de ese momento final y ya no pueden atraparme.

No pueden atraparme.

La cueva se encontraba justo delante. Todavía no podía verla y no había nada en el paisaje que sugiriera una geología natural en la que hubiera cuevas, pero el eco del aullido estaba más cerca.

La bestia me llama. Una promesa de muerte, creo, pues me da fuerzas. Es mi llamada de sirena…

La oscuridad cayó a su alrededor y supo que había llegado. La caverna tenía la forma de un alma, un alma perdida en sí misma.

El aire era húmedo y frío. No había insectos que zumbaran o se posaran en su piel. La piedra estaba seca bajo las plantas de sus pies.

No veía nada y el aullido se había callado.

Cuando se adelantó, supo que era su mente la que se movía, solo su mente, que dejaba su cuerpo y partía a explorar en busca de la bestia encadenada.

—¿Quién?

La voz la sobresaltó. Una voz de hombre, ahogada, tensa de dolor.

—¿Quién viene?

No sabía qué responder y se limitó a pronunciar las primeras palabras que se le ocurrieron.

—Soy yo.

—¿Yo?

—Una… una madre.

La carcajada del hombre chirrió con dureza.

—¿Otro juego, entonces? No tienes palabras, madre. Nunca las has tenido. Tienes gimoteos y llantos, tienes gruñidos de advertencia, tienes cien mil sonidos sin palabras para describir tu necesidad, esa es tu voz y yo la conozco bien.

—Una madre.

—Déjame. Estoy más allá de cualquier mofa. Dibujo círculos alrededor de mi propia cadena, aquí en mi mente. Este lugar no es para ti. Quizá, al encontrarlo, creas que has derrotado mis últimas defensas. Crees que lo sabes todo sobre mí. Pero aquí no tienes ningún poder. Sabes, me imagino viendo mi propia cara, como si fuera en un espejo.

»Pero es el ojo que no es, el ojo que me mira a su vez. Y lo que es peor, ni siquiera es humano. Me llevó mucho tiempo comprenderlo, pero ahora lo entiendo.

»Tú y los tuyos jugasteis con el invierno. Omtose Phellack. Pero nunca lo comprendisteis. No el invierno de verdad, no el invierno que no es fruto de la hechicería, sino nacido del enfriamiento de la tierra, del sol que se reduce, de los días más cortos y las noches más largas. El rostro que veo ante mí, Vidente, es la cara del invierno. La de un lobo. La de un dios.

—El fruto de mi vientre conoce a los lobos —dijo la mhybe.

—Así que el chico los conoce.

—No es un chico. Tengo una hija.

—Confundir las reglas frustra el juego, Vidente. Qué descuido…

—No soy quien crees que soy. Soy, soy una mujer anciana. De los rhivi. Y mi hija desea verme muerta. Pero no es un simple paso, para mí no. No. Mi hija ha enviado lobos tras de mí. Para desgarrar mi alma. Plagan mis sueños, pero aquí he escapado de ellos. He venido aquí para escapar.

El hombre se echó a reír otra vez.

—El Vidente ha convertido esto en mi prisión. Y sé que lo es. Tú eres el atractivo de la locura, de las voces de extraños en mi cabeza. Te desafío. Si hubieras sabido algo de mi verdadera madre, quizá lo hubieras conseguido, pero nunca llegaste a completar la violación de mi mente. Aquí hay un dios, Vidente, agazapado delante de mis secretos. Enseñando los colmillos. Ni siquiera tu querida madre, que me ciñe con tanta fuerza, se atreve a retarlo. En cuanto a tu Omtose Phellack, él se habría enfrentado a ti en la puerta de esa senda hace mucho tiempo. Te la habría negado, jaghut. A todos vosotros. Pero estaba perdido. Perdido. Y has de saber algo, lo estoy ayudando. Lo estoy ayudando a encontrarse a sí mismo. Cada vez es más consciente de todo, Vidente.

—No te entiendo —respondió la mhybe, vacilaba y la desesperación la iba embargando poco a poco. Aquel no era el lugar que ella creía que era. En realidad había huido a la prisión de otra persona, un lugar de locura personal—. Vine aquí en busca de la muerte…

—No la encontrarás aquí, no en estos brazos correosos.

—Huyo de mi hija.

—La huida es una ilusión. Incluso madre lo comprende. Sabe que no soy su hijo, pero no puede evitarlo. Incluso

tiene recuerdos, recuerdos de un tiempo en el que era una auténtica matrona, la madre de una prole de verdad. Hijos que la amaban y otros hijos que la traicionaron. Y la dejaron para que sufriera por toda la eternidad.

»La matrona jamás anticipó escapar. Sin embargo, cuando se encontró libre al fin, fue para descubrir que su mundo se había convertido en polvo. Sus hijos llevaban mucho tiempo muertos, sepultados en sus túmulos, pues sin una madre se marchitaron y murieron. Te miró entonces a ti, Vidente. Su hijo adoptado. Y te mostró tu poder para utilizarlo ella. Para recrear su mundo. Resucitó a sus hijos muertos. Los puso a reconstruir la ciudad. Pero todo era falso, el delirio no podía engañarla, solo podía enloquecerla.

»Y fue entonces —continuó— cuando la usurpaste. Así pues, su hijo la ha hecho prisionera una vez más. Parece que no hay forma de escapar de los caminos de nuestras vidas. Una verdad que no estás preparado para afrontar, Vidente. Todavía no.

—Mi hija también me ha hecho prisionera —susurró la mhybe—. ¿Es esta la maldición de todas las madres?

—Es la maldición del amor.

Un leve aullido resonó por el aire oscuro.

—¿Oyes eso? —preguntó el hombre—. Es mi compañera. Ya viene. La busqué tanto tiempo. Tanto tiempo. Y ahora ya viene.

La voz había adquirido un timbre más profundo. Ya no parecía ser la voz del hombre.

—Y ahora —continuaron las palabras—, ahora respondo.

Su aullido la desgarró y lanzó su mente por los aires. La sacó de la cueva, más allá de los bosques dispersos, de regreso a la llanura yerma de la tundra.

La mhybe gritó.

Sus lobos respondieron. Triunfantes.

La habían encontrado de nuevo.

Una mano le tocó la mejilla.

—Dioses, tengo los pelos de punta.

Una voz conocida, pero no terminaba de ubicarla.

Habló otro hombre.

—Aquí hay más de lo que nosotros comprendemos, Murillio. Mírale la mejilla.

—Se ha arañado…

—No puede levantar los brazos amigo mío. Y mira, tiene las uñas limpias. Ella no se infligió esa herida.

—¿Entonces quién fue? Llevo aquí todo este tiempo. Ni siquiera la visita la mujer rhivi desde la última vez que vine aquí, y entonces no había ninguna herida.

—Como ya he dicho, en todo esto hay un misterio…

—Coll, no me gusta. Esas pesadillas, ¿podrían ser reales? Sea lo que sea lo que la persigue en sueños, ¿son capaces de causarle daño?

—Repara en la prueba…

—Sí, aunque casi no puedo creer lo que veo. Coll, esto no puede seguir así.

—Estoy de acuerdo, Murillio. A la primera oportunidad en Capustan…

—La primera que tengamos. Vamos a llevar la carreta al principio de la fila, cuanto antes lleguemos a las calles, mejor.

—Como digas.

Capítulo 20



Es un relato muy antiguo. Dos dioses de antes de los tiempos de los hombres y las mujeres. Anhelo, amor y pérdida, las bestias condenadas a vagar por los siglos de los siglos.

Un relato de costumbres, contado sin propósito de resolución. Su significado, amables lectores, no se encuentra en una conclusión que llene de calor el alma, sino en todo lo que es inalcanzable en este mundo.

¿Quién entonces podría haber imaginado semejante fin?

El amor del invierno
Silbaratha

El corazón del inmenso palacio se encontraba enterrado en el acantilado. Mares nacidos al este de la bahía azotaban las pezuñas dentadas del acantilado y alzaban espuma que oscurecía la superficie rocosa. Al borde de los bastos espatos de la accidentada costa, las aguas de la bahía de Coral se precipitaban en una negrura honda de varias brazas de profundidad. El puerto de la ciudad era poco más que un corte estrecho y sinuoso al socaire del acantilado, una fisura de gran profundidad que abría una hendidura que casi partía la ciudad en dos. Un puerto sin muelles. La superficie escarpada de los lados se había tallado para dar forma a largos embarcaderos coronados por calzadas. En el nivel de la marea alta, en la piedra pura, se habían clavado unos

anillos para amarras. Amplias extensiones de gruesas redes, el doble de altas que los mástiles de un mercante oceánico, se extendían por toda la anchura del agua, desde la boca del puerto hasta la cumbre. Allí donde ningún ancla atada con una cuerda podía tocar el fondo del fiordo y donde las orillas mismas no ofrecían una playa o unos simples bajíos, las anclas del barco se lanzaban hacia arriba. Los hombres gato, como se les llamaba (esa colección extraña y casi tribal de trabajadores que vivían con sus esposas e hijos en chabolas sobre las redes, y cuya única profesión era levantar con tornos las anclas y atar las maromas), habían convertido la tarea en arte en movimiento.

Desde las amplias almenas del palacio que se asomaban al mar, las moradas de los hombres gato, chabolas de tejados hechos de piel de foca y cobertizos levantados con madera, que llegaba a la deriva, parecían un conjunto de guijarros marrones y detritus de playa, espacios enganchados a las redes que desde lejos parecían hilos. Ninguna figura se escabullía entre las estructuras. De las chimeneas cubiertas y ladeadas no salía humo. Si tuviera vista de águila, Toc el Joven no tendría problemas para divisar los cuerpos resecados por la sal que colgaban de las redes. Dadas las circunstancias, solo podía aceptar la palabra del vidente del Dominio de que aquellas manchitas enmarañadas eran en verdad cadáveres.

Los barcos mercantes ya no acudían a Coral. Los hombres gato se habían muerto de hambre. Cada hombre, cada mujer y cada niño. Un pueblo único y legendario dentro de aquella ciudad que se había extinguido.

La observación se había hecho con tono indiferente, pero Toc percibió un trasfondo en las palabras de aquel sacerdote guerrero sin nombre. El hombretón permanecía cerca, con una mano sujetaba el brazo izquierdo de Toc, por encima del

codo. Para evitar que se lanzara del acantilado. Para mantenerlo erguido. Lo que había comenzado como una tarea no había tardado en convertirse en otra. Ese respiro de las garras de la matrona solo era temporal. Al cuerpo quebrado del malazano ya no le quedaban fuerzas. Los músculos se habían atrofiado. Los huesos combados y las articulaciones agarrotadas le daban la flexibilidad de la madera seca. Tenía los pulmones llenos de líquido, lo que convertía cada aliento que cogía en un resuello y cada exhalación en un gorgoteo lechoso.

El Vidente había querido que lo viera. Coral. La fortaleza del palacio, asaltada con frecuencia por barcos de guerra de Elingarth y flotas piratas, jamás había sido tomada. Su inmenso cordón de magos, los miles de cazadores k'chain che'malle k'ell, las legiones de élite de su ejército principal. Las derrotas del norte no significaban mucho para él; de hecho rendiría Setta, Lest y Maurik; les dejaría a los invasores su marcha larga y agotadora por tierras calcinadas que no ofrecían ningún sustento, donde hasta los pozos estaban viciados. En cuanto a los enemigos que llegaban del sur, se encontraban ya con una inmensa extensión de mar picado que impedía su avance, un mar que el Vidente había llenado de montañas destrozadas de hielo. En cualquier caso, no había barcos en la otra orilla. El viaje al extremo occidental del Tajo de Ortnal llevaría meses. Cierto, el t'lan imass podía cruzar el agua como polvo transportado por las olas, pero tendría que luchar contra las fieras corrientes durante todo el camino, corrientes que se precipitaban en las profundidades de arroyos fríos, que abrazaban los ríos sumergidos del este y los sacaban al océano.

El Vidente estaba satisfecho, dijo el vidente del Dominio sin nombre. Lo bastante complacido como para hacerle a Toc

aquel momentáneo favor. Sacarlo de entre los brazos de su madre.

El viento frío y salado le azotaba la cara y tiraba de su cabello, largo, sucio y enmarañado. Sus ropas eran poco más que tiras de tela llenas de costras, el vidente del Dominio le había dado su capa, que Toc había utilizado para envolverse con ella como si fuera una manta. Había sido ese gesto lo que le había insinuado al malazano que el hombre que tenía al lado todavía poseía algún resto de humanidad.

El descubrimiento le había llenado los ojos de lágrimas.

La claridad de mente había renacido en su interior, ayudada por el detallado relato que le había hecho el vidente del Dominio de las batallas libradas al sur. Quizás era el final de la demencia el más convincente de los delirios, pero Toc se aferró a ello de todos modos. Se quedó mirando al sur, a aquellos mares azotados por el viento. La costa montañosa del otro lado apenas era visible.

Seguramente a aquellas alturas ya habían llegado allí. Bien podrían encontrarse en ese momento en la playa, con los ojos dirigidos con aire sombrío hacia él y todo lo que había en medio. *Baaljagg* no se desalentaría. Una diosa se escondía en su interior, una diosa que la empujaba a seguir siempre adelante, sin cesar, para encontrar a su compañero.

El compañero que se oculta en mi interior. Estuvimos viajando juntos sin ser conscientes de los secretos que había en el otro. Ah, qué brutal ironía…

Y quizá Tool no se desmoralizaría. El tiempo y la distancia no significaban nada para los t'lan imass. Lo mismo, sin duda, rezaba para los tres seguleh, todavía tenían que entregar su singular mensaje, después de todo. La invitación de su pueblo a la guerra.

Pero lady Envidia…

Señora de la aventura, seducida por la serendipia, cierto, pero también muy enfadada. Eso al menos quedaba claro por lo que le contaba el vidente del Dominio. Ofendida era una descripción mejor, se corrigió Toc. Lo suficiente como para hacer estallar su mal genio, pero ese mal genio no era un rasgo que la empujara. No era una mujer que se fuera consumiendo, no era de las que prendía los fuegos profundos de la venganza. Lady Envidia existía para las distracciones, para los caprichos rebeldes.

Llegados allí, lady Envidia y seguramente su perro herido y magullado, *Garath*, se darían al fin la vuelta. Cansados de la caza, no se impondrían la tarea de seguir persiguiéndolos, no si había que cruzar aquel mar violento con sus resplandecientes leviatanes inundados de hielo dentado.

Se dijo que no debía sentirse decepcionado, pero una punzada de tristeza se retorció en su interior. La echaba de menos, no como mujer, no exactamente, en cualquier caso. *No, el rostro inmortal que presenta, creo. Sin cargas, el brillo de la timadora en esa mirada milenaria. Le tomé el pelo, una vez... jugueteé alrededor de esa naturaleza... le hice dar una patada y fruncir el ceño. Como solo lo haría un inmortal cuando lo roza el peso improbable de tales burlas. Retorcí el cuchillo en la herida. Dioses, ¿de veras poseí alguna vez semejante audacia?*

Bien, mi querida señora, ahora me disculpo con toda humildad. Ya no soy el hombre valiente que era antaño, si es que era en realidad valentía y no simple estupidez. Me han arrebatado las burlas de mi naturaleza para no regresar nunca más, y quizá sea lo mejor. Ah, veo que asientes con todo tu ser. Los mortales no deberían burlarse, por muchas razones, todas ellas obvias. La indiferencia les pertenece a los dioses porque solo ellos pueden permitirse su precio. Así sea.

Gracias, lady Envidia. No te acosarán las recriminaciones. Lo has hecho bien.

—Deberías haber contemplado Coral en su día, malazano.

—Era tu hogar, ¿verdad?

—Sí. Aunque ahora mi hogar está en el corazón de mi Vidente.

—Donde los vientos son incluso más gélidos —murmuró Toc.

El vidente del Dominio se quedó callado un momento.

Toc esperaba un puñetazo del guantelete o un tirón doloroso de la mano que le sujetaba el frágil brazo. Cualquiera habría sido una respuesta apropiada, cualquiera habría suscitado un asentimiento de aprobación en el Vidente. Pero en lugar de eso, el hombre le habló.

—Estamos en verano, pero no es como los veranos que recuerdo de mi juventud. El viento de Coral era cálido, suave; acariciaba como el aliento de un amante. Mi padre pescaba algo más allá de la bahía. Costa arriba, al norte de aquí. Bancos de pesca inmensos y muy ricos. Se iba durante una semana o más con la marea de cada estación. Bajábamos todos a la calzada a ver el regreso de la flotas, a buscar la vela naranja de nuestro padre entre las barcazas.

Toc levantó la cabeza y miró al hombre, vio la sonrisa, el destello del eco de una alegría infantil en sus ojos.

Los vio morir una vez más.

—Volvió la última vez… y se encontró que su familia había abrazado la fe. Su mujer, con los Tenescowri. Sus hijos, en las filas del ejército, el mayor había comenzado su adiestramiento como vidente del Dominio. No me lanzó las cuerdas ese día cuando observó mi uniforme. Al contemplar a mi madre, al oír sus chillidos perturbados. Al descubrir a mis hermanos con lanzas en las manos, a mis hermanas desnudas y aferrándose a hombres que les triplicaban la

edad. No, hizo girar el botalón y aprovechó la brisa de la costa para cambiar de rumbo.

»Lo vi alejarse hasta que se perdió de vista. Fue mi manera, malazano…

—De decir adiós —susurró Toc.

—De desearle buena suerte. De decir… bien hecho.

Destructor de vidas. Vidente, ¿cómo has podido hacerle esto a tu pueblo?

Una campana lejana tañó en el palacio que tenían detrás.

La mano del vidente del Dominio lo sujetó con más fuerza.

—El tiempo permitido se ha terminado.

—De vuelta a los brazos que me corresponden —dijo Toc mientras forzaba la mirada para examinar, una última vez, el mundo que tenía ante sí. *Recuerda todo esto pues nunca volverás a verlo, Toc el Joven*—. Gracias por dejarme usar tu capa —dijo.

—No hay de qué, malazano. Estos vientos fueron en otro tiempo cálidos. Vamos, apóyate en mí mientras caminamos. No pesas nada.

Se abrieron camino con lentitud hacia el edificio.

—Dirás que es fácil de soportar.

—Yo no he dicho eso, malazano. Yo no he dicho eso.

El bloque destripado pareció estremecerse un momento antes de derrumbarse en medio de una nube de polvo. Los adoquines de la calle temblaron bajo las botas del yunque del escudo Itkovian y el trueno sacudió el aire.

Seto se volvió hacia él con una sonrisa que atravesaba las manchas de hollín.

—¿Ves? Es fácil.

Itkovian respondió al abrasapuentes con un asentimiento y se quedó mirando mientras Seto se reunía con los demás zapadores y partían en busca de otro edificio irrecuperable.

—Al menos —comentó la capitana Norul, a su lado, que se sacudía el polvo del sobretodo—, no habrá falta de material.

La mañana era cálida y el sol brillaba. La vida regresaba a Capustan. Había gente con bufandas cubriéndoles la cara que se arrastraban entre las ruinas de sus hogares. Al retirarse los escombros se iban recuperando más cuerpos, cuerpos que envolvían y lanzaban a carretas atestadas de moscas. El aire de la calle hedía a podredumbre pero parecía que los caballos que montaban hacía ya tiempo que se habían acostumbrado al olor.

—Deberíamos continuar, señor —dijo la capitana.

Reanudaron el viaje. Tras la puerta oeste se reunían los representantes oficiales, el contingente que partiría para recibir a los ejércitos que se acercaban, los ejércitos de Dujek Unbrazo y Caladan Brood. El parlamento iba a tener lugar en tres campanadas.

Itkovian había dejado al mando a la nueva destriant de la compañía. Los Tenescowri llegaban a centenares de la llanura. Los pocos que habían intentado entrar en Capustan había sido agredidos por los supervivientes. A oídos del yunque del escudo se habían sucedido noticias de campesinos destrozados por multitudes encolerizadas. Para responder a la situación había enviado a las Espadas Grises a establecer un campo de internamiento a las afueras de la muralla occidental. La comida escaseaba. Itkovian se preguntaba cómo se las estaría arreglando su nueva destriant. Al menos se estaban preparando refugios para los indefensos refugiados.

Que muy pronto se convertirán en reclutas. Por lo menos aquellos que sobrevivan a las próximas semanas. Es muy probable que las arcas de las Espadas Grises queden vacías comprándoles alimentos y provisiones a los barghastianos. Quiera Fener… No, quiera Togg que la inversión merezca la pena.

No le hacía mucha gracia tener que acudir al parlamento. De hecho, él no pintaba nada allí. La capitana que llevaba al lado era la nueva comandante de las Espadas Grises y el papel de Itkovian como asesor de la capitana era discutible, pues la mujer era capaz de representar los intereses de la compañía sin ayuda alguna por su parte.

Se acercaron a la puerta occidental, que en ese instante no parecía más que un inmenso agujero en la muralla de la ciudad.

Rezongo, apoyado en una de las garitas quemadas y casi derrumbadas de la puerta, los observó con una pequeña sonrisa en la cara llena de púas. Piedra Menackis se paseaba por allí cerca, al parecer de muy mal humor.

—Ahora ya solo hay que esperar por Humbrall Taur —dijo Rezongo.

Itkovian frunció el ceño al parar.

—¿Dónde está el séquito del Consejo de Máscaras?

Piedra escupió en el suelo.

—Se han adelantado. Al parecer quieren tener una charla privada antes.

—Relájate, muchacha —dijo Rezongo con voz profunda—. Tu amigo Keruli está con ellos, ¿no?

—¡No se trata de eso! Se escondieron. ¡Mientras aquí las Espadas Grises y tú los manteníais con vida, a ellos y su maldita ciudad!

—No obstante —dijo Itkovian—, con el príncipe Jelarkan muerto y sin heredero aparente, son el gobierno de

Capustan.

—¡Y podrían haber esperado, maldita sea!

La capitana Norul se giró en la silla para mirar por la avenida.

—Ahí viene Humbrall Taur. Quizá, si apretáramos lo suficiente el paso, podríamos alcanzarlos.

—¿Es importante? —le preguntó Itkovian.

—Señor, lo es.

El yunque asintió.

—Estoy de acuerdo.

—Vamos a preparar los caballos, Piedra —dijo Rezongo y se apartó de la muralla.

Partieron para cruzar la llanura, Humbrall Taur, Hetan y Cafal igual de incómodos en sus monturas prestadas. A los barghastianos no les había hecho demasiada gracia el intento de usurpación del Consejo de Máscaras, las viejas enemistades y desconfianza habían cobrado vida una vez más. Según todos los informes, los ejércitos aliados todavía estaban a una legua, quizá dos, de distancia. Keruli, Rath'Embozado, Rath'Ascua y Rath'Tronosombrío viajaban en un carruaje tirado por tres caballos de los gidrath que no habían sido masacrados y devorados durante el asedio.

Itkovian recordó la última vez que había recorrido aquel camino, recordó los rostros de soldados que ya estaban muertos: Farakalian, Torun, Sidlis. A pesar de la formalidad impuesta por la revelación, aquellos hombres habían sido sus amigos. *Una verdad a la que no me atrevía a acercarme. Ni como yunque del escudo ni como comandante. Pero eso ha cambiado. Son personas que me duelen a mí, un dolor tan difícil de soportar como el de esas decenas de miles*.

Dejó a un lado esos pensamientos. Tenía que seguir manteniendo el control. No podía permitirse ninguna emoción.

Vislumbraron entonces el carruaje de los sacerdotes.

Piedra lanzó un gruñido desdeñoso de triunfo.

—¡Qué contentos van a ponerse!

—No te emociones tanto, muchacha —aconsejó Rezongo —. Los alcanzamos con toda inocencia…

—¿Crees que soy idiota? ¿Crees que soy incapaz de ser sutil? Pues has de saber…

—Está bien, mujer —gruñó su compañero—. Olvida lo que he dicho…

—Como siempre, Rezongo.

El conductor gidrath detuvo el carruaje cuando se acercaron los jinetes. Una de las contraventanas se deslizó hacia un lado y apareció el rostro enmascarado de Rath'Tronosombrío con expresión neutral.

—¡Qué suerte! ¡El resto de nuestro honorable séquito!

Itkovian suspiró por lo bajo. *Cielos, cualquier cosa menos sutilidad en ese tono*.

—¿Honorable? —inquirió Piedra con las cejas alzadas—. Me sorprende que conozcas ese concepto, sacerdote.

—Ah. —La máscara se volvió hacia ella—. La moza de maese Keruli. ¿No deberías ponerte de rodillas?

—Ya te daré yo rodillas, enano, una rodilla justo entre los…

—¡Bien, bien! —dijo Rezongo en voz muy alta—. Ya estamos todos aquí. Veo que los exploradores van por delante. ¿Continuamos, entonces?

—Llegamos pronto —le soltó de repente Rath'Tronosombrío.

—Sí, y por desgracia eso es muy poco profesional por nuestra parte. No importa. Podemos proseguir a un ritmo lo

más lento posible para darles tiempo para prepararse.

—Una sabia medida, dadas las circunstancias —admitió Rath'Tronosombrío. Los labios articulados de la máscara se crisparon en una gran sonrisa, después la máscara se retiró y la contraventana volvió a cerrarse.

—Voy a cortar a ese hombre en trocitos muy pequeños —dijo Piedra con tono alegre.

—Todos sabemos apreciar tu sentido de la sutileza, muchacha —murmuró Rezongo.

—Y más os vale, zoquete.

Itkovian se quedó mirando a la mujer y después al capitán de caravanas, maravillado.

La cabo Rapiña estaba sentada en los polvorientos escalones de lo que en otro tiempo había sido un templo. Le dolían la espalda y los hombros de haberse pasado el día lanzando escombros desde el amanecer.

Mezcla debía de estar rondando cerca porque apareció con un odre.

—Pareces sedienta.

Rapiña lo aceptó.

—Es gracioso cómo te desvaneces como por arte de magia siempre que hay trabajo duro por hacer.

—Bueno, te he traído agua, ¿no?

Rapiña la miró con el ceño fruncido.

Al otro lado de la calle el capitán Paran y Ben el Rápido ensillaban unos caballos y se preparaban para partir hacia la reunión con la hueste de Unbrazo y el ejército de Brood. Los dos hombres parecían haber hecho muy buenas migas, cosa nada habitual en ellos, desde que habían vuelto a encontrarse y eso despertaba las suspicacias de Rapiña. Las intrigas de Ben el Rápido nunca eran de fiar.

—Preferiría que fuéramos todos —murmuró.

—¿Al parlamento? ¿Para qué? Así son todos los demás los que tienen que caminar.

—Es más fácil acechar por ahí, ¿no? Cargada con un odre medio lleno. No dirías lo mismo si hubieras estado tirando rocas con los demás, Mezcla.

La delgada mujer se encogió de hombros.

—He estado ocupada.

—¿Haciendo qué?

—Recabando información.

—Ah, ya. ¿Qué susurros has estado escuchando, eh? ¿De quién eran?

—De personas. Nosotros, ellos, por aquí y por allá.

—¿Ellos? ¿Qué ellos?

—*Um*, veamos. Barghastianos. Espadas Grises. Un par de gidrath muy charlatanes del salón del vasallaje. Tres acólitos del templo que tienes detrás…

Rapiña se estremeció y se levantó a toda prisa para lanzarle una nerviosa ojeada al edificio calcinado que tenía detrás.

—¿Qué dios, Mezcla? Y nada de mentiras…

—¿Por qué iba a mentir, cabo? Tronosombrío.

Rapiña lanzó un gruñido.

—¿Conque espiando a los chivatos, eh? ¿Y de qué estaban hablando?

—De un extraño plan que tiene su amo. Una venganza contra un par de nigromantes que andan metidos en una propiedad que hay calle arriba.

—¿La que tiene todos esos cuerpos delante y los guardias apestosos en las murallas?

—Es de suponer que esa misma.

—De acuerdo, pues oigamos el informe sobre el resto.

—Los barghastianos andan pavoneándose. Hay agentes del Consejo de Máscaras que están comprando comida para alimentar a los ciudadanos. Las Espadas Grises también están comprando comida para alimentar a un campamento cada vez más grande de refugiados Tenescowri que se han instalado fuera de la ciudad. El clan de las Caras Blancas se está haciendo rico.

—Espera un momento, Mezcla. ¿Has dicho refugiados Tenescowri? ¿Qué están tramando las Espadas Grises? Bien sabe el Embozado que hay suficientes cadáveres tirados por ahí para esos caníbales, ¿para qué les dan comida de verdad? ¿Y para qué quieren alimentar a esos viles cabrones?

—Buena pregunta —asintió Mezcla—. Debo admitir que a mí también me picó la curiosidad.

—Y no cabe duda que se te ha ocurrido una teoría.

—He encajado las piezas del rompecabezas, para ser más exactos. Hechos dispares. Observaciones. Comentarios despreocupados que creían pronunciar en privado, pero que llegaron a oídos de nada menos que la fiel sierva que tienes ante ti…

—Por las rodillas temblorosas de Oponn, mujer, ¡termina de una vez!

—Jamás has sabido apreciar un buen pavoneo. Está bien. Las Espadas Grises le juraron lealtad a Fener. No eran una simple compañía de mercenarios, más bien malditos soldados consagrados a un dios de la guerra. Y se lo tomaban muy en serio. Solo que ha ocurrido algo. Han perdido a su dios…

—Seguro que ahí hay una buena historia.

—Desde luego, pero no es relevante.

—Es decir, que no la sabes.

—Exacto. El caso es que los oficiales supervivientes de la compañía se dirigieron a los campamentos barghastianos, encontraron a una manada de brujas de la tribu esperándolos y todos juntos organizaron una nueva consagración.

—Quieres decir que cambiaron de dios. Oh, no, no me digas que Treach…

—No, Treach no. Treach ya tiene sus propios cruzados.

—Ah, ya. Entonces tiene que ser Jhess, la reina del Entramado. Ahora se van a poner todos a tejer, pero muy feroces ellos…

—No exactamente. Togg. Y Fanderay, la Loba del Invierno, la compañera de Togg, perdida mucho tiempo atrás. ¿Recuerdas la historia? Tienes que haberla oído cuando eras pequeña, suponiendo que hayas sido pequeña alguna vez…

—Mucho cuidado, Mezcla.

—Perdona. Bueno, las Espadas Grises quedaron prácticamente borradas del mapa. Están buscando reclutas.

Rapiña alzó las cejas.

—¿Los Tenescowri? ¡Por el aliento del Embozado!

—En realidad tiene sentido.

—Claro. Si necesitara un ejército, yo buscaría primero entre personas que se comen unas a otras cuando pintan bastos. Cómo no. Al instante.

—Bueno, no es una forma muy afortunada de verlo. Es más bien una cuestión de encontrar gente que no tenga vida…

—Indeseables, querrás decir.

—Eh, sí. Sin ataduras, sin lealtades comprometidas. A punto para aceptar los arcanos rituales de iniciación.

Rapiña volvió a gruñir.

—Locos. Todo el mundo se ha vuelto loco.

—Y hablando de eso… —murmuró Mezcla.

El capitán Paran y Ben el Rápido se acercaban a ellas a caballo.

—Cabo Rapiña.

—¿Sí, capitán?

—¿Sabes dónde está Eje ahora mismo?

—No tengo ni idea, señor.

—Entonces te sugeriría que te mantuvieras más al corriente de los movimientos de tu pelotón.

—Bueno, se fue con el sargento Azogue. Ha salido alguien de los túneles que afirma que es el príncipe Arard, un gobernante depuesto de una de las ciudades que hay al sur del río. El hombre exigía hablar con un representante de la hueste de Unbrazo y como no te pudimos encontrar en ese momento…

Paran maldijo por lo bajo.

—A ver si lo he entendido. ¿El sargento Azogue y Eje se eligieron como representantes oficiales de la hueste de Unbrazo para recibir en audiencia a un príncipe? ¿Azogue? ¿Y Eje?

Junto al capitán, Ben el Rápido contuvo una carcajada, con lo que se ganó una mirada furiosa de Paran.

—Detoran también se presentó voluntaria —añadió Rapiña con tono inocente—. Así que se fueron los tres, creo. Quizás unos cuantos más.

—¿Mazo?

La cabo negó con la cabeza.

—Está con Seto, señor. Ocupándose de las sanaciones y todo eso.

—Capitán —interpuso Ben el Rápido—, será mejor que emprendamos viaje. Azogue se detendrá en cuanto empiece a hacerse un lío y, por lo general, empieza a hacerse un lío justo después de las presentaciones. Detoran no dirá ni mu y lo más probable es que los demás tampoco. Eje puede que

farfulle un poco, pero lleva puesta una camisa de pelo. No debería haber ningún problema.

—¿En serio? ¿Y quieres que te haga a ti responsable de lo que pase, mago?

Ben el Rápido abrió mucho los ojos.

—Da igual —gruñó Paran al tiempo que recogía las riendas—. Larguémonos de esta ciudad… antes de que nos encontremos metidos en otra guerra más. Cabo Rapiña.

—¿Señor?

—¿Por qué estás ahí plantada, sola?

La mujer echó un rápido vistazo a su alrededor.

—Será zorra —susurró.

—¿Cabo?

—Nada. Lo siento, señor. Solo estaba descansando.

—Pues cuando termines de descansar, cabo, vete a rescatar a Azogue, Eje y los demás. Envía a Arard al salón del vasallaje con recado de que los verdaderos representantes de la hueste de Unbrazo se reunirán con él en breve si acaso desease una audiencia.

—Comprendido, capitán.

—Eso espero.

La cabo vio irse a los dos hombres calle abajo y después se giró en redondo.

—¿Dónde estás, cobarde?

—¿Sí? —inquirió Mezcla mientras salía de entre las sombras de la entrada del templo.

—Ya me has oído.

—Me pareció ver algo dentro de este cuchitril y fui a investigar…

—¿Cuchitril? Querrás decir la sagrada morada de Tronosombrío.

Se alegró de ver que Mezcla empalidecía de repente.

—Oh. Se me había, eh, olvidado.

—Menudo susto. Ja, ja. Mezcla se ha llevado un susto de muerte. ¡Se olió que se iba a montar una escena y se metió en el primer edificio que encontró como un conejo en su madriguera! Espera a que se lo cuente a los otros…

—Una versión indecorosa —comentó Mezcla sorbiendo por la nariz—, una versión que tergiversa con malicia un suceso puramente fortuito. No te creerán.

—Eso es lo que tú te crees.

—Oh-oh.

Mezcla volvió a desvanecerse.

Sorprendida, Rapiña miró a su alrededor.

Dos figuras envueltas en capas negras bajaban por la calle y se dirigían hacia la cabo.

—Estimado soldado —exclamó la más alta de la barba puntiaguda.

A Rapiña se le puso el vello de punta al escuchar el tono imperioso.

—¿Qué?

Se arqueó una fina ceja.

—Se nos debe un respeto, mujer. No exigimos menos. Y ahora escucha. Necesitamos provisiones para poder reanudar nuestro viaje. Requerimos comida, agua potable y en gran cantidad, y si pudieras indicarnos dónde podemos encontrar un sastre…

—De inmediato. Verás… —Rapiña se acercó a él y le asestó un puñetazo con el guantelete en toda la cara. Los pies del hombre abandonaron el suelo y el tipo se estrelló contra los adoquines con un ruido esponjoso. Se quedó en el sitio sin dar ni pie ni mano.

Mezcla se acercó por detrás al otro hombre y le dio un porrazo en la cabeza con el pomo de su espada corta. El hombre cayó con un gruñido agudo.

Los seguía de cerca un anciano con ropas raídas de criado. Se detuvo en seco a menos de cuatro metros y levantó las manos.

—¡No me peguéis! —chilló.

Rapiña frunció el ceño.

—¿Y por qué íbamos a pegarte? Estos dos… ¿son algo tuyo?

La expresión del sirviente era descorazonadora.

—Sí —suspiró mientras bajaba las manos.

—Dales algún consejo —dijo Rapiña— sobre la forma más adecuada de dirigirse a la gente. Cuando despierten.

—Desde luego, señor.

—Deberíamos irnos, cabo —dijo Mezcla con los ojos clavados en los dos hombres inconscientes.

—Sí. ¡Sí, por favor! —les rogó el criado.

Rapiña se encogió de hombros.

—No tiene sentido entretenernos. Tú delante, soldado.

Paran y Ben el Rápido pasaron a menos de ochocientos metros del campamento Tenescowri, que se encontraba al norte del camino, a la derecha. Ninguno de los dos habló hasta que lo dejaron atrás, después el capitán suspiró.

—Tengo la sensación de que es un problema a punto de caernos encima.

—¿Sí? ¿Por qué?

Paran le lanzó a su compañero una mirada sorprendida, pero después volvió a mirar al camino.

—El ansia de venganza contra esos campesinos. Los capan bien podrían salir en masa por la puerta de la muralla y masacrarlos, y todo con la bendición del Consejo de Máscaras. *—¿Y por qué, mago, creo que veo algo por el*

rabillo del ojo? Ahí, en tu hombro. Y luego, cuando miro con más atención, ha desaparecido.

—Eso sería un error por parte del Consejo de Máscaras —comentó Ben el Rápido—. Las Espadas Grises parecen listas para defender a sus invitados, a juzgar por esos piquetes y esas trincheras.

—Sí, cuentan con que no van a ser muy populares con lo que están tramando.

—Reclutarlos. Claro que, ¿por qué no? Esa compañía de mercenarios pagó un precio muy alto por defender la ciudad y a sus ciudadanos.

—El recuerdo de su heroicos esfuerzos podría desvanecerse en un abrir y cerrar de ojos, mago. Además, solo quedan unos cientos de Espadas Grises. Si unos cuantos miles de capan cargaran contra ellos…

—Yo no me preocuparía, capitán. Hasta los capan, por muy encolerizados que estén, dudarían antes de hacer enfadar a esos soldados. Son los que sobrevivieron, después de todo. Como ya he dicho, sería absurdo por parte del Consejo de Máscaras guardarles rencor. Sin duda, descubriremos algo más en el parlamento.

—Suponiendo que estemos invitados. Ben el Rápido, sería mejor que mantuviéramos una conversación privada con Whiskeyjack. Personalmente, tengo muy poco que decirles a la mayoría de los que se hallarán presentes. En cualquier caso, he de entregar un informe.

—Oh, yo no estaba planeando hablar en el parlamento, capitán. Solo escuchar.

Habían dejado atrás las zonas ocupadas y bajaban ya por un camino vacío, la ondulada llanura se extendía a su derecha y unos riscos marcaban el río que corría a doscientos cincuenta metros de distancia, a su izquierda.

—Veo a unos jinetes —dijo Ben el Rápido—. Al norte.

Paran guiñó los ojos y después asintió.

—Ya ha ocurrido.

—¿El qué?

—La segunda reunión.

El mago le lanzó una mirada.

—¿Los t'lan imass? ¿Cómo lo sabes?

Porque ella ha dejado de tenderme la mano. Velajada, Escalofrío, Bellurdan… ha ocurrido algo. Algo… inesperado. Y los ha dejado tambaleándose.

—Lo sé, mago, eso es todo. Zorraplateada cabalga en cabeza.

—Debes de tener vista de águila.

Paran no dijo nada. *No me hace falta verlo. Siento que se acerca*.

—Capitán, ¿el alma de Velajada sigue dominando en Zorraplateada?

—No lo sé —admitió Paran—. Pero lo que sí te diré es que a partir de ahora deberíamos prescindir de la fe que tuviéramos en nuestra capacidad de predecir las acciones de Zorraplateada.

—¿En qué se ha convertido esa mujer, entonces?

—En una invocahuesos auténtica.

Se detuvieron a esperar a los cuatro jinetes. La mula de Kruppe parecía competir por el primer puesto, las patitas de la bestezuela pasaban de un trote frenético a un medio galope y el redondo daru se bamboleaba y rebotaba sobre la silla. Dos marineras malazanas cabalgaban detrás de Zorraplateada y Kruppe con aspecto relajado.

—Ojalá hubiera visto —murmuró Ben el Rápido— lo que han visto sus compañeros.

Y sin embargo, nada salió como estaba planeado. Lo noto en su postura, la rabia contenida, la inseguridad y, en lo más hondo, el dolor. Los ha sorprendido. Sorprendido y

desafiado. Y los t'lan imass han respondido de un modo igual de inesperado. Hasta Kruppe parece desconcertado, y no solo por las cabezadas que da la mula.

Zorraplateada lo estaba mirando cuando tiró de las riendas de su montura con una expresión que Paran fue incapaz de definir. *Como ya había presentido, ha levantado un muro entre los dos, pero ¡dioses, cómo se parece a Velajada! Ya es una mujer. Ha dejado de ser una niña y la ilusión de los años que abarcaban nuestra separación ha terminado, se ha convertido en una persona cautelosa, poseedora de secretos que como niña no habría dudado en revelar. Por el aliento del Embozado, cada vez que nos encontramos, tengo la sensación de que debo reajustarlo… todo*.

—Bien hallada, Zorraplateada, qué… —dijo Ben el Rápido.

—No.

—¿Disculpa?

—No, mago, no tengo explicaciones que esté dispuesta a dar. No hay preguntas que vaya a responder. Kruppe ya lo ha intentado, demasiadas veces. No me queda mucha paciencia, así que no la pongas a prueba.

Cautelosa y más dura. Mucho, mucho más dura.

Después de un momento, Ben el Rápido se encogió de hombros.

—Sea como quieres, entonces.

—Es que soy así —le soltó la mujer—. La ira a la que te enfrentarías sería la de Escalofrío y el resto no haríamos nada por contenerla. Confío en que me hayáis comprendido.

Ben el Rápido se limitó a esbozar una gran sonrisa. Fría, retadora.

—¡Mis estimados señores! —exclamó Kruppe—. ¿Por casualidad os dirigís a reuniros con vuestros leales ejércitos?

Si es así, me gustaría acompañaros, encantado y aliviado de regresar al seno marcial. Encantado, desde luego, de disfrutar de la formidable compañía de vuestras insignes personas. Aliviado, como Kruppe ha dicho, por el grato destino inminente y cercano. Impaciente, hay que admitir, por reanudar el viaje. Un optimismo incorregible me embarga…

—Ya es suficiente, Kruppe —gruñó Zorraplateada.

—Ejem, por supuesto.

Si algo existió de verdad entre nosotros, ya ha terminado. Esta mujer ha dejado a Velajada atrás. Ahora es una auténtica invocahuesos. La comprensión de aquello despertó una punzada más débil de añoranza de lo que Paran habría esperado. *Quizá los dos hemos seguido adelante. Nuestros corazones no pueden imponerse a la presión de aquello en lo que nos hemos convertido*.

Que así sea. Nada de compadecernos. Esta vez no. Tenemos trabajo que hacer.

Paran recogió entonces las riendas.

—Como Kruppe ha dicho, reanudemos el viaje. Ya llegamos tarde.

Una gran lona de arpillera se había alzado sobre la cima de la colina para proteger al parlamento del cálido sol de la tarde. Un cordón de protección de soldados malazanos rodeaba la colina con las ballestas en los brazos.

Con los ojos puestos en las figuras que esperaban bajo la lona, Itkovian detuvo el caballo y desmontó a una decena de metros de los guardias. El carruaje del Consejo de Máscaras también se había parado, las puertas laterales se abrieron para dar paso a los cuatro representantes de Capustan.

Hetan se había bajado del caballo con un gruñido de alivio y se había acercado a Itkovian. Lo saludó con una palmada en la espalda.

—¡Te he echado de menos, lobo!

—Es muy posible que me rodeen los lobos, señora —dijo Itkovian—, pero no puedo pretender ser tal cosa.

—El cuento circula entre los clanes —dijo Hetan con un asentimiento—. Las viejas nunca se callan.

—¿Y las jóvenes? —preguntó el yunque sin dejar de estudiar las figuras de la cima de la colina.

—Ahora te encuentras en el filo de la navaja, estimado amigo.

—Disculpa si en algo te he ofendido.

—Te perdonaría a cambio de una sonrisa, fuera cual fuera la razón. Sí, admito que no es muy probable, ya lo sé. Si tienes sentido del humor, lo escondes muy bien. Es una lástima.

Itkovian la miró.

—¿Una lástima? ¿No querrás decir una tragedia?

La mujer entrecerró los ojos, después siseó, frustrada, y partió colina arriba.

Itkovian la observó un momento y después volvió a estudiar a los sacerdotes que comenzaban a reunirse junto al carruaje. Rath'Tronosombrío se estaba quejando.

—¡Les gustaría dejarnos a todos sin aliento! Una ladera más suave y podríamos haber continuado con el carruaje…

—Caballos suficientes y podríamos haber hecho lo mismo —bufó Rath'Embozado—. Esto es un insulto calculado…

—No se trata de eso, camaradas —murmuró Keruli—. Ya veis que enjambres de insectos comienzan su asalto para picar a nuestras dignas personas. Sugiero que dejéis de quejaros y me acompañéis hasta la cima y el viento nos

ahorrará las molestias. —Y con eso, el hombrecito de rostro redondo se puso en marcha.

—Deberíamos insistir… ¡ah!

Los tres comenzaron a trepar tras Keruli con los moscardones zumbando alrededor de sus cabezas.

Humbrall Taur se echó a reír.

—¡Solo tenían que haberse embadurnado con grasa de bhederin!

—Ya son bastante escurridizos tal y como son, caudillo —respondió Rezongo—. Además, es una presentación mucho más digna de nuestros visitantes, tres sacerdotes enmascarados tropezando, resoplando y agitando las manos para espantar los fantasmas que los rodean. Al menos Keruli está mostrando un poco de dignidad y seguramente es el único que tiene un cerebro digno de ese nombre.

—¡Gracias a los dioses! —exclamó Piedra.

Rezongo se volvió hacia ella.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Bueno, acabas de usar todas las palabras que conoces, zoquete. ¡Lo que significa que no volverás a abrir la boca en todo el día!

La sonrisa del hombretón fue mucho más salvaje de lo que pretendía.

Itkovian observó a los dos daru ponerse en marcha, seguidos por Humbrall Taur, Hetan y Cafal.

—¿Señor? —dijo la capitana Norul.

—No me esperes —respondió—. Ahora hablas por las Espadas Grises, señora.

La mujer suspiró y echó a andar sin prisas.

Itkovian examinó con detenimiento el paisaje. Aparte del cordón que rodeaba la base de la colina, no se veía por ninguna parte a los dos ejércitos extranjeros. No habría ningún tempestuoso despliegue de fuerza para intimidar a

los representantes de la ciudad, un gesto generoso que quizá los sacerdotes no llegaran a entender; una pena, desde luego, porque Rath'Embozado, Rath'Ascua y Rath'Tronosombrío necesitaban con urgencia un buen baño de humildad.

Tendría que bastar con que los picaran las moscas y llegaran sin aliento a la cima.

El yunque les lanzó una mirada apreciativa a los guardias malazanos. Sus armas, observó, eran de una manufactura magnífica, si bien estaban un poco gastadas. Las reparaciones y los arreglos de las armaduras se habían hecho sobre la marcha, aquel era un ejército que estaba muy lejos de casa y muy lejos de las estructuras de reabastecimiento. Unos rostros curtidos por el sol bajo cascos abollados lo estudiaron a su vez, sin expresión alguna, quizá con curiosidad al percibir que se había quedado allí con la única compañía de un silencioso cochero gidrath.

Voy vestido de oficial. Detalles engañosos, por cierto. Se quitó uno de los guanteletes, levantó la mano, se quitó el broche que denotaba su rango y lo dejó caer al suelo. Tiró de la faja que le ceñía la cintura y la arrojó a un lado. Por último se desabrochó la correa del casco con celada que llevaba.

Solo entonces se adelantó el soldado que tenía más cerca.

Itkovian lo saludó con un asentimiento.

—Estoy dispuesto a hacer un intercambio, señor.

—No sería justo —respondió el hombre con un daru chapurreado.

—Permíteme que difiera. Las incrustaciones de plata y el penacho de oro quizá sugieran que mi casco de guerra solo tiene una función ornamental, pero te aseguro que las tiras de bronce y hierro son de la mejor calidad, así como las

protecciones de las mejillas y el entramado. Apenas pesa una fracción más que el que llevas en estos momentos.

El soldado se quedó callado durante un largo instante y después se desató poco a poco el yelmo con almófar.

—Cuando cambies de opinión…

—No lo haré.

—Sí. Solo que decía que cuando cambies de opinión, búscame y ni un solo mal pensamiento por devolverlo. Me llamo Azra Jael. Undécimo pelotón, quinta cohorte, la tercera compañía de marineros de la hueste de Unbrazo.

—Soy Itkovian… en otro tiempo soldado de las Espadas Grises.

Los dos hombres realizaron el intercambio.

Itkovian estudió el yelmo que tenía en las manos.

—Una elaboración sólida. Me complace.

—Acero de Aren, señor. No ha habido que volver a forjarlo ni una sola vez, así que el metal es sólido. El almófar es napaniano, todavía tiene que cortarlo una espada por primera vez.

—Excelente. Me siento enriquecido por el intercambio, lo admito con humildad.

El soldado no dijo nada.

Itkovian levantó la cabeza y miró la cima.

—¿Tú crees que se ofenderían si me acercara? No aventuraré ninguna opinión, por supuesto, pero me gustaría oír…

El soldado parecía luchar contra alguna emoción intensa, pero solo sacudió la cabeza.

—Se sentirían honrados de contar con tu presencia, señor.

Itkovian esbozó una débil sonrisa.

—No creo. Además, preferiría que no se enteraran, a decir verdad.

—Rodea la colina, entonces. Sube por detrás, señor.

—Buena idea. Gracias, señor, eso haré. Y gracias también por este magnífico yelmo.

El hombre se limitó a asentir.

Itkovian atravesó el cordón de seguridad, los soldados de ambos lados se apartaron con un movimiento acompasado para dejarlo pasar y le dedicaron un saludo militar.

Una cortesía inmerecida pero que, no obstante, se agradece.

Se dirigió al otro lado de la colina. Desde allí pudo ver los dos ejércitos acampados al oeste. Ninguno era grande, pero a los dos los habían establecido con profesionalidad; las fuerzas malazanas se distinguían por cuatro pequeñas fortalezas independientes, aunque conectadas entre sí y creadas por unos montículos elevados y zanjas escarpadas. Unos caminos levantados unían las cuatro fortalezas.

Me impresionan estos extranjeros. Y debo concluir, por tanto, que Brukhalian tenía razón, si hubiéramos podido resistir, estos ejércitos habrían demostrado estar más que a la altura de las fuerzas del septarca Kulpath, pese a que estas fueran superiores en número. Habrían roto el asedio si hubiéramos podido resistir…

Comenzó el ascenso con el casco malazano metido bajo el brazo izquierdo.

El viento era fiero cerca de la cima, lo que ahuyentaba a los insectos. Al llegar a la cumbre, Itkovian hizo una pausa. Tenía la lona que habían clavado en los postes a doce metros de distancia, justo delante de él. A ese lado, la parte posterior del lugar de encuentro formal, había una fila de toneles de agua y unos cajones recargados que lucían el símbolo de la Asociación Comercial de Trygalle, fácilmente reconocible, ya que los mercaderes se habían establecido por primera vez en Elingarth, la patria natal de Itkovian. Al

posar los ojos en ese símbolo, se sintió orgulloso de ellos por su evidente éxito.

Habían instalado una gran mesa bajo la lona, pero todo el mundo se encontraba de pie más allá, bajo el sol, como si todavía no se hubieran terminado las presentaciones formales.

Quizá ya se ha producido algún desacuerdo. Lo más probable es que sea el Consejo de Máscaras, que ya está expresando todas sus quejas.

Itkovian giró a la izquierda y continuó andando sin ruido con la intención de colocarse al socaire de la lona, cerca de los toneles de agua.

Pero en lugar de eso un oficial malazano observó su presencia y se inclinó hacia otro hombre. A eso le siguió un corto intercambio y después el otro hombre, también comandante de los malazanos, se giró sin prisa para estudiar a Itkovian.

Un momento después todos los demás estaban haciendo lo mismo.

Itkovian se detuvo.

Se adelantó entonces un gran guerrero con un martillo atado a la espalda.

—El hombre que queríamos conocer, te estábamos esperando. Eres Itkovian, yunque del escudo de las Espadas Grises. Defensor de Capustan. Soy Caladan Brood…

—Disculpa, señor, pero ya no soy yunque del escudo y ya no soy soldado de las Espadas Grises.

—Eso nos han dicho. No obstante, acércate, por favor.

Itkovian no se movió, sino que estudió las caras que habían clavado los ojos en él.

—Descubrirías mi vergüenza, señor.

El guerrero frunció el ceño.

—¿Vergüenza?

—Así es. Me has llamado defensor de Capustan y yo debo aceptar tan burlón título aunque no defendí Capustan. La espada mortal Brukhalian ordenó que resistiese en la ciudad hasta vuestra llegada. Fracasé.

Nadie dijo nada. Pasaron media docena de latidos.

—No era mi intención burlarme —dijo Brood después—. Y no fracasaste solo por no haber podido ganar. ¿Me entiendes, señor?

Itkovian se encogió de hombros.

—Comprendo tu argumento, Caladan Brood, pero no veo que tenga mucha utilidad discutir cuestiones semánticas. Me gustaría, si me lo permitís, observar desde este lado los eventos. No aventuraré comentarios ni opiniones, os lo aseguro.

—Entonces peor será nuestra pérdida —gruñó el guerrero.

Itkovian le echó un vistazo a su capitana y le sorprendió ver las mejillas curtidas por el sol de la mujer manchadas de lágrimas.

—¿Quieres que discutamos el valor de tu presencia, Itkovian? —preguntó Brood frunciendo todavía más ceño.

—No.

—Sin embargo piensas que tu presencia no tiene ningún valor en esta reunión.

—Es posible que no haya terminado todavía, señor, pero las responsabilidades que algún día habré de abrazar las he de soportar yo, y por tanto han de soportarse a solas. No tengo a nadie bajo mi mando, así que no tengo ningún papel en los debates que han de emprenderse aquí. Me gustaría solo escuchar. Cierto es que no tenéis ningún motivo para ser generosos…

—Por favor —lo interrumpió Caladan Brood—. Ya está bien. Eres bienvenido, Itkovian.

—Gracias.

Como por un acuerdo tácito, los dignatarios pusieron fin a su inmovilidad y se acercaron a la gran mesa de madera. Los sacerdotes del Consejo de Máscaras se sentaron en un extremo. Humbrall Taur, Hetan y Cafal se apostaron tras las sillas que tenían más cerca, con lo que dejaron claro que permanecerían de pie durante todo el acto. En el medio, Rezongo y Piedra se sentaron uno enfrente de la otra; la nueva yunque del escudo de las Espadas Grises se sentó junto a esta última. Caladan Brood y los dos comandantes malazanos, uno de ellos, según vio Itkovian en ese momento, manco, se sentaron en el otro extremo de la mesa, frente a los sacerdotes. Un guerrero alto de cabello gris, con una cota de malla completa, se quedó de pie detrás de Brood, a metro y medio a su izquierda. Un portaestandartes malazano rondaba tras sus comandantes, a la derecha.

Se llenaron las copas con una jarra de vino aguado, pero antes incluso de que se hubiera servido a todos los presentes, Rath'Embozado ya estaba hablando.

—Una ubicación más civilizada para esta reunión histórica habría sido en el salón del vasallaje, el palacio desde el que gobiernan los dirigentes de Capustan…

—Querrás decir ahora que el príncipe está muerto —dijo Piedra con voz cansina y un gesto desdeñoso—. Ese sitio no tiene suelo, por si se te había olvidado, sacerdote.

—Podría decirse que es una metáfora estructural, ¿no? —le preguntó Rezongo.

—Podría, si eres idiota, claro.

Rath'Embozado lo intentó otra vez.

—Como iba diciendo…

—No decías nada, era simple pose, sacerdote.

—Este vino es sorprendentemente bueno —murmuró Keruli—. Dado que esta es una reunión militar, la ubicación

me parece apropiada. Yo, por lo menos, tengo alguna que otra pregunta para los comandantes del ejército extranjero.

El comandante manco lanzó un gruñido antes de hablar.

—Pues hazlas.

—Gracias, puño supremo, las haré. En primer lugar, aquí falta alguien, ¿verdad? ¿No hay tiste andii entre vosotros? Y su legendario líder, Anomander Rake, señor de Engendro de Luna, ¿no debería estar presente? De hecho, cabe preguntarse sobre la disposición del propio Engendro de Luna, las ventajas tácticas de un edificio así…

—No sigas, si tienes la bondad —lo interrumpió Brood—. Tus preguntas presuponen… muchas cosas. No creo que hayamos avanzado tanto como para empezar a debatir las tácticas. En lo que a nosotros concierne, Capustan no es más que una parada temporal en nuestra marcha, su liberación por parte de los barghastianos fue una necesidad estratégica, pero solo la primera de las muchas que sin duda habrá en esta guerra. ¿Sugieres ahora, sumo sacerdote, que deseas contribuir a la campaña de alguna forma más directa? Se diría que tu preocupación primordial en este momento es la reconstrucción de tu ciudad.

Keruli sonrió.

—Así pues, se intercambian preguntas pero, de momento, no hay respuestas.

Brood frunció el ceño.

—Anomander Rake y la mayoría de los tiste andii han regresado a Engendro de Luna. Tanto ellos como la ciudad tendrán un papel en esta guerra, pero no se elaborará más sobre el tema.

—Casi mejor que Rake no esté aquí —dijo Rath'Tronosombrío, en su máscara había una expresión de desprecio—. Es totalmente impredecible y un asesino declarado.

—Cosa de la que tu dios puede dar fe. —Keruli sonrió y después se volvió hacia Brood—. Respuestas suficientes que merecen que correspondamos del mismo modo. Como bien has señalado, la preocupación primordial del Consejo de Máscaras es la reparación de Capustan. No obstante, aquí mis compañeros son todos ellos (aparte de gobernantes improvisados) siervos de sus dioses respectivos. No creo que nadie de los presentes ignore por completo el tumultuoso estado del panteón en estos momentos. Después de todo, tú, Caladan Brood, llevas el martillo de Ascua y continúas luchando con las responsabilidades que eso conlleva. Mientras que las Espadas Grises, despojadas de un dios, han optado por arrodillarse ante otros dos (una pareja, aunque estén separados). El que antaño era mi capitán de caravanas, Rezongo, ha renacido como espada mortal de un nuevo dios. Se han redescubierto los dioses barghastianos, que representan una antigua horda de poder y disposición que aún no se ha puesto a prueba. De hecho, si examinamos a los aquí reunidos, los únicos agentes sin orientación alguna que se sientan a esta mesa son el puño supremo Dujek y su segundo al mando, Whiskeyjack. Los malazanos.

Itkovian vio la expresión repentinamente cerrada del caudillo, Caladan Brood, y se preguntó cuáles serían las responsabilidades del martillo que Keruli había mencionado con tanta alegría.

El guerrero canoso, que permanecía de pie, quebró el consiguiente silencio con una carcajada brusca.

—Te has olvidado de ti mismo, qué conveniente, sacerdote. Perteneciente al Consejo de Máscaras y sin embargo sin máscara. En realidad, compañía poco grata entre ellos, al parecer. Tus compañeros dejan patentes cuáles son sus dioses, pero tú no, ¿por qué es eso?

La sonrisa de Keruli fue benigna, impertérrita.

—Estimado Kallor, cómo te has marchitado bajo tu maldición. ¿Todavía acarreas contigo ese absurdo trono? Sí, eso me había imaginado…

—Ya me pareció que eras tú —siseó Kallor—. Un disfraz tan miserable…

—Las cuestiones de la manifestación física han resultado un tanto problemáticas.

—Has perdido tu poder.

—No del todo. Ha… evolucionado, así que me veo obligado a adaptarme y aprender.

El guerrero echó mano a su espada.

—En otras palabras, podría matarte ahora mismo…

—Me temo que no —suspiró Keruli—. Solo en tus sueños, quizá. Claro que, tú ya no sueñas, ¿verdad, Kallor? El abismo te acoge entre sus brazos cada noche. El olvido, tu propia pesadilla personal.

Sin volverse, Brood habló con voz profunda.

—Quita la mano del arma, Kallor. Se me ha acabado la paciencia contigo.

—¡No es un sacerdote lo que tienes sentado ante ti, caudillo! —dijo el guerrero con voz ronca—. ¡Es un dios ancestral! El mismísimo K’rul.

—Ya me había dado cuenta —suspiró Brood.

Nadie habló durante media docena de latidos, Itkovian casi pudo oír los chirridos y las sacudidas del cambio de poder. Entre ellos había un dios ancestral. Sentado, con expresión benévola, a esa misma mesa.

—Una manifestación limitada —dijo entonces Keruli—, para ser más exactos.

—Más vale así —interpuso Rezongo, sus ojos felinos se habían clavado en el dios—, dada la suerte que corrió Harllo.

Una expresión dolorida cruzó los rasgos lisos y redondos del dios ancestral.

—Una manifestación profundamente limitada en aquel momento, me temo. Hice todo lo que pude, Rezongo. Lamento que no fuera suficiente.

—Yo también.

—¡Bueno! —soltó entonces Rath’Tronosombrío—. Entonces no creo que puedas sentarte en el Consejos de Máscaras, ¿no?

El malazano llamado Whiskeyjack se echó a reír, un sonido que sobresaltó a todos los presentes en aquella mesa.

Piedra se giró en su asiento para mirar al sumo sacerdote de Sombra.

—¿Y tu dios sabe de verdad lo pequeño que es en realidad tu cerebro? ¿Qué problema hay? ¿Los dioses ancestrales no conocen el apretón de manos secreto? ¿Su máscara es demasiado realista?

—¡Es inmortal, guarra!

—Lo que yo diría que garantiza la antigüedad —comentó Rezongo—. Con el tiempo…

—¡No bromees con esto, comerratas!

—Y si te atreves a insultar a Piedra otra vez, te mataré —dijo el daru—. En cuanto a lo de bromear, resulta difícil no hacerlo. Todos estamos intentando asimilar las implicaciones de todo esto. Un dios ancestral se ha metido en la lucha… contra lo que creíamos que era un imperio mortal; por el abismo, ¿en qué nos hemos metido? Pero en tu caso, tu primer y único pensamiento es si tiene derecho a ser miembro de tu miserable y petulante Consejo. Tronosombrío debe de estar encogiéndose de vergüenza ahora mismo.

—Seguro que ya está acostumbrado —dijo Piedra entre dientes mientras miraba con una sonrisa burlona al sumo sacerdote— cuando se trata de este baboso.

Rath’Tronosombrío se la quedó mirando con la boca abierta.

—Volvamos al trabajo que tenemos entre manos —dijo Brood—. Aceptamos tus palabras, K’rul. El Dominio Painita nos preocupa a todos. Como dioses y sacerdotes, no cabe duda que sabréis encontrar el papel que debéis desempeñar para contrarrestar las amenazas que se manifiesten contra el panteón y las sendas, aunque todos sabemos que la fuente de esas amenazas no está asociada directamente con el Vidente Painita. Lo que intento decir es que estamos aquí para debatir la organización de las fuerzas que marcharán ahora con nosotros hacia el sur del río, hacia el corazón del Dominio. Consideraciones mundanas, ya lo sé, pero esenciales, no obstante.

—Aceptado —respondió K’rul—. De forma provisional —añadió.

—¿Por qué provisional?

—Creo que unas cuantas máscaras se van a caer durante este proceso, caudillo.

Humbrall Taur se aclaró la garganta.

—El camino a tomar es muy sencillo —gruñó—. Cafal.

Su hijo asintió.

—Una división de fuerzas, señores. Una a Setta, la otra a Lest. Nos reunimos en Maurik y después continuamos hacia Coral. Los barghastianos Caras Blancas marcharán con la hueste de Unbrazo, pues fueron sus esfuerzos los que nos trajeron aquí y a mi padre le gusta el sentido del humor de este hombre —señaló con un gesto a Whiskeyjack, que alzó las cejas—, y también a nuestros dioses. Sería también aconsejable que las Espadas Grises, que han comenzado a reclutar nuevos miembros entre los Tenescowri, estén en el otro ejército, pues las Caras Blancas no tolerarán a dichos reclutas.

La nueva yunque del escudo de la compañía habló entonces.

—Conforme, suponiendo que Caladan Brood y sus dispares fuerzas puedan soportar nuestra presencia.

—¿De veras podéis encontrar algo que merezca la pena en semejantes criaturas? —le preguntó Brood.

—Todos tenemos algo que merece la pena, señor, una vez que asumimos la carga del perdón y el esfuerzo de la absolución. —La mujer giró la cabeza y se encontró con los ojos de Itkovian.

¿Y esa es mi lección? se preguntó. *¿Entonces por qué estoy orgulloso y a la vez me duelen sus palabras? No, no son sus palabras, precisamente. Es su fe. Una fe que, para gran pena mía, yo he perdido. Es envidia lo que sientes, señor. Deséchala*.

—Nos las arreglaremos, entonces —dijo Caladan Brood después de un momento.

Dujek Unbrazo suspiró y fue a coger su copa de vino.

—Asunto resuelto. Más fácil de lo que habías imaginado, Brood, ¿no te parece?

El caudillo enseñó los dientes con una sonrisa satisfecha, aunque dura.

—Sí. Cabalgamos todos por el mismo camino. Bien.

—Hora de proceder entonces —dijo Rath'Ascua con los ojos clavados en Caladan Brood—. Debemos discutir otros temas. Fue a ti a quien se concedió el regalo del martillo, el foco del poder de Ascua. Fue a ti a quien se confió la tarea de despertarla en su momento de mayor necesidad…

La sonrisa del caudillo se hizo casi salvaje.

—Y destruir así todas las civilizaciones de este mundo, sí. Sin duda te parece que su necesidad es ya lo bastante urgente, suma sacerdotisa.

—¿Y osas no pensar lo mismo? —le soltó ella inclinándose hacia delante con las dos manos en la mesa—. ¡La has engañado!

—No. La he constreñido.

La respuesta del guerrero dejó a la sacerdotisa sin habla por un momento.

—Hay un vendedor de alfombras —dijo Rezongo— en Darujhistan. Cruzar su tienda es como escalar capa tras capa de tapices tejidos. Así se presentan las lecciones de los mortales ante los dioses. Es una pena que no hagan más que tropezar; se diría que ya deberían haber aprendido a estas alturas.

Rath'Ascua se volvió en redondo hacia él.

—¡Silencio! ¡Tú no sabes nada de esto! ¡Si Brood no actúa, Ascua morirá! ¡Y cuando ella muera, lo hará también toda la vida de este mundo! ¡Esa es la alternativa, necio! Derribar un puñado de civilizaciones corruptas o la aniquilación absoluta, ¿tú qué elegirías?

—Bueno, ya que me preguntas…

—Retiro la pregunta, es obvio que estás tan perturbado como aquí el caudillo. Caladan Brood, debes ceder el martillo. Cedérmelo a mí. Aquí y ahora. En el nombre de Ascua, la diosa Dormida, te lo exijo.

El caudillo se levantó y se descolgó el arma.

—Tómalo entonces. —El guerrero se lo tendió con la mano derecha.

Rath'Ascua parpadeó después se levantó de un salto y rodeó la mesa.

La sacerdotisa cogió el mango del martillo recubierto de cobre con las dos manos.

Brood lo soltó.

El arma se precipitó hacia el suelo. Los crujidos de los huesos de las muñecas de la mujer atravesaron el aire.

Después, la sacerdotisa lanzó un grito y la colina tembló bajo el impacto de la inmensa cabeza del martillo. Las copas rebotaron en la mesa y salpicaron de vino tinto su superficie. Rath'Ascua había caído de rodillas, ya no sujetaba el arma sino que acunaba los brazos rotos en el regazo.

—Artanthos —dijo Dujek con los ojos puestos en Brood, que miraba a la mujer del suelo con una expresión imparcial —, búscanos un sanador. Uno bueno.

El soldado que permanecía detrás del puño supremo se fue a cumplir el encargo.

El caudillo se dirigió a la suma sacerdotisa.

—La diferencia entre tu diosa y tú, mujer, es la fe. Algo muy simple, después de todo. Tú solo ves ante mí dos opciones. En realidad, lo mismo le pasaba a la diosa Dormida, al principio. Me entregó el arma y me dio la libertad de elegir. Me ha costado mucho comprender que también me otorgó algo más. Me he abstenido de actuar, me he abstenido de tomar una decisión y pensé que era un simple cobarde. Quizá sigo siéndolo, pero parece que un poco de sabiduría se ha incrustado al fin en mi cabeza…

—La fe de Ascua —dijo K'rul—. Que podrías encontrar una tercera alternativa.

—Sí. La fe de la diosa.

Reapareció entonces Artanthos con otro malazano, pero Brood levantó un brazo para detenerlos.

—No, yo mismo la curaré. La sacerdotisa no podía saberlo, después de todo.

—Muy generoso por tu parte —murmuró K'rul—. Hace mucho tiempo que esa mujer abandonó a su diosa, caudillo.

—No hay viaje demasiado largo —respondió Brood mientras se arrodillaba junto a Rath'Ascua.

La última vez que Itkovian había visto el gran Denul lo había desvelado el destriant Karnadas, y por aquel entonces

estaba cargado de la infección que envenenaba las sendas. Lo que descubría en ese momento era… limpio, sin afección alguna y muy poderoso.

K'rul se levantó de repente y miró a su alrededor.

Rath'Ascua ahogó un grito.

Las extrañas acciones del dios ancestral llamaron la atención de Itkovian y siguió la mirada de K'rul. Y vio que había llegado otro grupo a la cima de la colina y se encontraba a cierta distancia, a la derecha de la lona. El capitán Paran era el único entre los cuatro recién llegados al que Itkovian reconoció y no era el hombre al que el dios ancestral miraba.

Un hombre de piel oscura, alto y delgado, con una leve sonrisa, observaba la reunión desde detrás del grupo, concentrado, al parecer, en Brood. Después de un momento, un movimiento instintivo lo hizo mirar a K'rul. El hombre respondió a la mirada absorta del dios ancestral con un ligero encogimiento de hombros extrañamente desigual, como si llevara un peso invisible en el hombro izquierdo.

Itkovian oyó suspirar a K'rul.

Rath'Ascua y Caladan Brood se levantaron a la vez. Los huesos de la mujer habían quedado soldados. No había hinchazón ni magulladura que estropease los antebrazos desnudos de la sacerdotisa. La mujer se quedó de pie como si estuviera conmocionada, apoyada en el caudillo.

—¿Qué significa esto? —preguntó Kallor—. Esa senda no tenía señal alguna de veneno.

—Cierto —sonrió K'rul—. Parece que han hecho retroceder la enfermedad de esa ubicación. Algo temporal pero suficiente, sin embargo. Quizás esta sea otra lección sobre los poderes de la fe… una lección que yo procuraré aprovechar…

Itkovian entrecerró los ojos. *Lo que dice tiene un doble sentido. Uno para nosotros y un segundo significado más profundo para ese hombre que está ahí*.

Un momento después, la mujer grande y corpulenta que se encontraba junto al capitán Paran se acercó a la mesa.

Al verla, Kallor dio un paso atrás.

—Qué descuido —le dijo con voz cansina al caudillo, que se dio la vuelta al oír sus palabras—, dejar caer el martillo así.

—Zorraplateada. Nos preguntábamos si volveríamos a verte.

—Y sin embargo enviaste a Korlat a seguir mi rastro, caudillo.

—Solo para asegurarnos de cuál era tu paradero y en qué dirección viajabas. Al parecer se perdió, porque todavía no ha regresado.

—Una pérdida temporal de orientación. Mis t'lan ay la rodean ya y la guían de regreso a este lugar. Sin daño alguno.

—Es un alivio oír eso. Por lo que has dicho, he de asumir que la segunda reunión ya ha tenido lugar.

—Así es.

Whiskeyjack había visto al capitán Paran y se acercaba para hablar en privado con él. El hombre alto de piel morena se dispuso a reunirse con ellos.

—Cuéntanos entonces —continuó el caudillo—, ¿otro ejército se ha unido a nuestra empresa?

—Mis t'lan imass tienen tareas pendientes que requerirán un viaje al Dominio Painita. Una ventaja con la que podréis contar si hubiera más cazadores k'ell k'chain che'malle, pues nosotros nos ocuparemos de ellos.

—Es de suponer que no tienes intención de explicar con más detalle esas tareas que has mencionado.

—Caudillo, son asuntos privados y no tienen relación alguna ni contigo ni con tu guerra.

—No creas lo que dice —gruñó Kallor—. Quieren al Vidente porque saben lo que es, un tirano jaghut.

Zorraplateada se enfrentó a Kallor.

—Y si tú capturaras al Vidente Painita, ¿qué harías con él? Está loco, su mente se halla afectada por la mancha de la senda del Caos y por las manipulaciones del dios Tullido. La ejecución es la única opción. Déjanoslo a nosotros, pues existimos para matar a los jaghut…

—No siempre —interpuso Dujek.

—¿Qué quieres decir?

—¿Acaso no fue uno de tus t'lan imass el que acompañó a la consejera Lorn cuando liberó al tirano jaghut al sur de Darujhistan?

Zorraplateada parecía inquieta.

—El que carece de clan. Sí. Un acontecimiento que no comprendo todavía. No obstante, a ese tirano se le despertó de un sueño maldito y solo para morir de verdad…

Habló entonces una nueva voz.

—De hecho, si bien un poco desmejorado, Raest estaba admirablemente vivo la última vez que lo vi.

Zorraplateada se giró en redondo.

—Ganoes, ¿qué quieres decir? El tirano fue asesinado.

El hombrecito redondo que se encontraba junto al capitán Paran sacó un pañuelo de una manga y se secó la frente.

—Bueno, en cuanto a eso… no del todo, ha de advertir Kruppe. Las cosas fueron un poco confusas, en fin…

—Una Casa de Azath se llevó al tirano jaghut —explicó K'rul—. El plan malazano, tal y como yo lo entiendo, era apretarle las tuercas a Anomander Rake, un enfrentamiento que pretendía debilitarlo, si no asesinarlo directamente. Pero

resultó que Raest nunca llegó a enfrentarse cara a cara con el señor de Engendro de Luna…

—No veo qué relevancia puede tener todo eso —interpuso Zorraplateada—. Si el que carece de clan ha roto su juramento, tendrá que responder ante mí.

—A lo que yo me refería —dijo Dujek— era a que alegas que los t'lan imass y lo que hacen o no hacen no tiene relación con todos y todo lo demás. Insistes en que os mantenéis al margen pero, como veterano de las campañas malazanas, te digo que lo que afirmas salta a la vista que es falso.

—Quizás es cierto que los logros t'lan imass se… confundieron. Si es así, tal ambivalencia ha quedado en el pasado. A menos, por supuesto, que alguien quiera poner en duda la autoridad para la que nací.

Nadie respondió a eso.

Zorraplateada asintió.

—Muy bien. Ya se os ha puesto al corriente de la posición de los t'lan imass. Derrocaremos a ese tirano jaghut. Entre los presentes, ¿desea alguien responder a nuestra reivindicación?

—Por las amenazas que hay implícitas en tu tono, mujer —dijo Brood entre dientes—, sería absurdo tomar esa posición. Yo, por lo menos, no pienso pelearme por el Vidente tirándole de un brazo mientras tú tiras del otro. —El guerrero se volvió hacia Dujek—. ¿Puño supremo?

El soldado manco hizo una mueca y después sacudió la cabeza.

Itkovian se fijó entonces en el daru bajito y gordo por alguna razón que no podría haber explicado. Una sonrisa benevolente curvaba aquellos labios llenos y un tanto grasientos.

Es toda una reunión de poderes la que hay aquí. Pero ¿por qué tengo la sensación de que el epicentro de la eficacia se encuentra en este extraño hombrecito? Atrae incluso la mirada de K'rul, igual que un compañero lleno de admiración posa los ojos sobre una especie de… prodigio de toda la vida, quizá. Un prodigio cuyo talento ha llegado a sobrepasar el del maestro. Pero no hay envidia en esa mirada, ni siquiera orgullo, que, después de todo, siempre insinúa posesión. No, la emoción es más sutil y compleja…

—Tenemos que debatir asuntos referidos a los suministros —dijo al fin Caladan Brood. La suma sacerdotisa seguía apoyada en él. El guerrero la condujo de nuevo hasta su silla con una dulzura sorprendente y le habló en voz baja. La mujer respondió con un asentimiento.

—Los barghastianos —dijo Cafal— hemos venido preparados. Vuestros números son manejables.

—¿Y el precio? —preguntó Dujek.

El joven guerrero sonrió.

—Lo encontraréis aceptable… más o menos.

Zorraplateada se alejó como si ya hubiera dicho todo lo que tenía intención de decir y no tuviera interés en los asuntos mundanos que todavía había que debatir. Itkovian observó que el capitán Paran, su compañero de piel curtida y Whiskeyjack ya habían salido. Rezongo parecía haber empezado a dormitar en su silla, sin ser consciente de las miradas malhumoradas que le lanzaba Piedra desde el otro lado de la mesa. Rath'Embozado y Rath'Tronosombrío se habían derrumbado en sus sillas con las máscaras ladeadas en una expresión hosca, lo que hacía que Itkovian se preguntase cuánto control ejercían los sacerdotes sobre aquellos artilugios barnizados y articulados.

La nueva yunque del escudo de las Espadas Grises permanecía sentada e inmóvil, con la mirada clavada en

Itkovian y los ojos llenos de un dolor que no se molestaba en ocultar.

Y… lástima.

Soy una distracción. Muy bien. Dio un paso atrás, se dio la vuelta y se dirigió a la parte posterior de la lona.

Le sorprendió encontrar a Paran, Whiskeyjack y el hombre de piel oscura esperando allí. Una mujer alta y de aspecto marcial, con la piel negra como la noche, se había unido a ellos, y en ese momento estudiaba a Itkovian con unos ojos almendrados extraordinarios, del color de la hierba descolorida.

Al encontrarse con aquella mirada, Itkovian estuvo a punto de tambalearse. *Por los colmillos de Fener, tanta tristeza… una eternidad de pérdida… una existencia vacía*.

La mujer desvió los ojos con una expresión sobresaltada y después alarmada.

Pero no por mí. No por mi mirada. No es eso. Algunas heridas no se curan jamás, algunos recuerdos no se deberían revivir jamás. No arrojes luz sobre esa oscuridad, señor. Es demasiado… Se dio cuenta entonces de otra cosa. Fener había desaparecido y con el dios se había desvanecido su protección. Itkovian era vulnerable como nunca lo había sido. Vulnerable al dolor del mundo, a su pena.

—Itkovian, te esperábamos —dijo el capitán Paran—. Te presento a mi comandante, Whiskeyjack. Y Ben el Rápido, de los Abrasapuentes. Y la tiste andii es Korlat, segunda al mando de Anomander Rake. Es un placer contar con tu presencia, Itkovian. ¿Quieres acompañarnos?

—Tengo un barril de cerveza gredfaliana impaciente por abrirse en mi tienda —dijo Whiskeyjack.

Mis votos…

—Una agradable invitación, señores. La acepto. Gracias. Señora —añadió mirando a Korlat—, mis más profundas

disculpas.

—Soy yo la que debe disculparse —respondió la mujer—. Bajé la guardia y cometí la imprudencia de no tener en cuenta todo lo que eres.

Los tres malazanos miraban a uno y a otro, pero ninguno se aventuró a hacer pregunta o comentario alguno.

—Permitidme —dijo al fin Whiskeyjack al mismo tiempo que emprendía la marcha ladera abajo, rumbo al campamento de la hueste.

El abrasapuentes, Ben el Rápido, caminaba junto a Itkovian.

—Bueno, parece que Zorraplateada nos ha sorprendido a todos hoy.

—No la conozco, señor, así que no puedo comentar nada sobre su disposición.

—¿No percibiste nada en ella?

—Yo no he dicho eso.

El hombre le lanzó una sonrisa blanca.

—Cierto. No lo has dicho.

—Ha cometido un terrible error, señor, pero sobre sus hombros no hay peso alguno.

A Ben el Rápido se le escapó el aire con un siseo entre los dientes.

—¿Ninguno? ¿Estás seguro? Por el aliento del Embozado, eso no pinta bien. Nada bien.

—Escalofrío —dijo Paran tras ellos.

Ben el Rápido le lanzó una mirada por encima del hombro.

—¿Tú crees?

—Lo sé, mago. Y por si eso fuera poco, Escalofrío era, es, mucho más de lo que habíamos pensado. No solo una maga suprema del Imperio. Esa mujer es todo matices y aristas, su

compañero Bellurdan era su equilibrio, pero el caso es que no percibo nada del thelomenio.

—¿Y Velajada?

—En las sombras. Observa, aunque al parecer sin demasiado interés.

—Una mujer llamada Zorraplateada era el sujeto —murmuró Itkovian—, sin embargo habláis de otras tres personas.

—Perdona. Todas renacidas en el interior de Zorraplateada. Es una larga historia.

El otro asintió.

—Y todas por fuerza han de vivir con las demás, por dispares que sean sus naturalezas individuales.

—Sí —suspiró Paran—. No es de extrañar que hubiera una lucha de voluntades.

—No hay lucha en su interior —dijo Itkovian.

—¿Qué?

—Caminan al mismo paso, señor. En su interior reina la calma.

Llegaron al valle y se acercaron al campamento malazano. Whiskeyjack y Korlat caminaban uno junto al otro y muy cerca, cinco metros por delante de los otros.

—Eso sí que es —murmuró Ben el Rápido— la revelación más sorprendente de todo el día.

—Hasta ahora —señaló Paran—. Algo me dice que no hemos terminado todavía.

—¡Caballeros! —resolló una voz tras ellos—. ¡Un momento, por favor, mientras las formidables pero, por desgracia, muy cortas piernas de Kruppe impulsan su persona hasta alcanzar a vuestras mercedes!

La elaborada declaración fue suficiente para cubrir la distancia cuando los tres hombres se detuvieron para

permitir que Kruppe llegara sin aliento, tras lo cual reanudaron la marcha.

—¡Vientos de la fortuna —jadeó Kruppe—, aquellos que llevan hasta Kruppe todas vuestras palabras…!

—Qué conveniente —murmuró Ben el Rápido con ironía—. Y sin duda tendrás un comentario o dos que hacer sobre el tema de Zorraplateada.

—¡Desde luego! Kruppe fue testigo, después de todo, de la susodicha y pavorosa reunión. Sin embargo, toda la alarma subsiguiente a tales acontecimientos se ha acallado dentro de su persona, pues las verdades han ido saliendo de la oscuridad para postrarse ante las zapatillas que cubren los pies de Kruppe.

—Eso conjura una imagen de ti tropezando y cayendo de bruces, daru —comentó el mago—. Una construcción descuidada, ha de admitir Kruppe, ¡pero ninguno de vosotros habéis visto bailar a Kruppe! Ah, y vaya si sabe bailar, con un arte y una elegancia que quita el aliento… ¡no! Se desliza como un huevo intacto sobre una sartén engrasada. ¿Tropezar? ¿Caer? ¿Kruppe? ¡Jamás!

—Has mencionado unas verdades —le recordó Paran.

—¡Ah, sí! Verdades que se retuercen como cachorritos alrededor de Kruppe, ante lo cual su persona se puso a acariciarlos a todas y cada una como haría cualquier buen amo. ¿El resultado? ¡Kruppe os puede informar que todo va bien en el interior de Zorraplateada! Creedme, podéis tranquilizaros. Creedme, podéis calmaros. Creedme… a mí, eh…

—¿Eso fue un tropezón?

—Tonterías. Hasta las confusiones lingüísticas tienen su valor.

—¿En serio? ¿Cómo?

—Eh, el tema es demasiado sutil para expresarlo con simples palabras, cielos. No debemos alejarnos mucho del asunto que tenemos entre manos, o a nuestros pies, que era de lo que se trataban las verdades…

—Retorciéndose como cachorritos.

—Así es, capitán. Como cachorritos de lobo, para ser más precisos.

Los dos malazanos se detuvieron de repente, seguidos un momento después por Itkovian, cuando el chorro hipnótico y soñador de palabras de Kruppe reveló una base sólida, como si dibujase un remolino alrededor de una roca. *Una roca… ¿una de las verdades de Kruppe? O estos malazanos están acostumbrados a esto, o sencillamente son más listos que yo*.

—Escúpelo ya —gruñó Paran.

—¿Que escupa qué, con exactitud, mi estimado capitán? Kruppe goza haciendo gala de una ambigüedad taimada y por tanto acapara sus secretos como debe hacer cualquier… acaparador de secretos que se precie. ¿Concierne el tema a ese ex mercenario obligado por su honor que camina con nosotros? De una forma indirecta, sí. O, más bien, a la compañía que hace tan poco tiempo ha dejado. De forma indirecta, explica Kruppe una vez más. Dos dioses antiguos, en otro tiempo simples espíritus, los primeros que corrieron con mortales (esos t'lan imass de carne y hueso de hace ya tanto tiempo), los más antiguos de los compañeros. Y los suyos, que los siguieron del mismo modo y todavía corren con los t'lan imass.

»Dos dioses lobo, ¿sí? ¿No recuerda aquí nadie ese cuento para irse a dormir que contaba su separación, la búsqueda eterna que habían emprendido el uno del otro? Por supuesto que os acordáis todos. Una historia tan triste, de las que los niños impresionables jamás olvidan. ¿Pero qué

los separó? ¿Qué dice el cuento? «Y entonces, un día, el horror visitó aquella tierra. El horror del cielo oscuro. El horror que descendió para romper el mundo en mil pedazos. Y así quedaron separados los amantes, nunca más pudieron abrazarse». Y bla, bla, bla y demás.

»Caballeros, el horror fue, por supuesto, el fatídico descenso del Caído. Y fuera cual fuera el proceso de sanación que se exigía a los poderes supervivientes resultó ser una tarea difícil y onerosa. Los dioses ancestrales hicieron lo que pudieron, pero debéis entender que también eran más jóvenes que los dos dioses lobo y, lo que es más importante, no encontraron la ascendencia caminando al mismo paso que los humanos… o los que algún día se convertirían en humanos, es decir…

—¡Cállate, por favor! —soltó Paran.

—¡Kruppe no puede! ¡Detenerme aquí sería omitir todo lo que se ha de decir! ¡Lo único que queda son los más vagos de los recuerdos e incluso ellos sucumben a la creciente oscuridad! Fragmentos frágiles que acuden como sueños tensos y la promesa de la reunión y el renacimiento se pierde sin que nadie la reconozca, la redención prometida vaga sola por una tundra, aullando con el viento, ¡y sin embargo la salvación está cerca! ¡Espíritus dispares se unen en su determinación! Un espíritu de matices y aristas que sostiene a los otros y no les permite perder el rumbo a pesar de todo el dolor que deben soportar. ¡Otro espíritu para contener con fuerza el dolor del abandono hasta que pueda hallar la respuesta adecuada! Y todavía hay un tercer espíritu, lleno de amor y compasión (si bien un poco descerebrado, cierto es) para dar sabor al momento inminente. Y un cuarto, que posee el poder de lograr la reparación necesaria de las viejas heridas…

—¿Un cuarto? —balbuceó Ben el Rápido—. ¿Quién es el cuarto en Zorraplateada?

—Vaya, el retoño de la simiente de un invocahuesos t'lan imass, por supuesto. La hija de Pran Chole, ¡aquella cuyo verdadero nombre es en realidad el nombre por el que todos la conocemos!

La mirada de Itkovian se posó más allá de Kruppe, en Korlat y Whiskeyjack, que se hallaban a quince metros de distancia, ante una gran tienda de campaña, y miraban al grupo. Sin duda sentían curiosidad, pero mantenían una distancia respetuosa.

—Así pues, Kruppe aconseja a todos y cada uno —el daru continuó después de un momento, su tono era profundamente satisfecho y unos dedos regordetes se entrelazaban y reposaban en la prominente barriga— que tengáis fe. Paciencia. Aguardad lo que ha de aguardarse.

—¿Y tú llamas a eso una explicación? —preguntó Paran con el ceño fruncido.

—El paradigma de toda explicación, queridos amigos. Contundente, clara, aunque expresada de forma un tanto pintoresca. La precisión es un arte preciso. El sentimiento es preeminente y excluye las evasivas. Después de todo, las verdades no son tema trivial…

Itkovian se volvió hacia Whiskeyjack y Korlat y echó a andar.

Paran lo llamó.

—¿Itkovian?

—He recordado esa cerveza gredfaliana —respondió el antiguo yunque por encima del hombro—. Hace ya muchos años, pero de repente la necesidad es abrumadora, señor.

—Estoy de acuerdo. Espera.

—¡Esperad, a fe mía, los tres! ¿Qué hay de la sed prodigiosa del propio Kruppe?

—Desde luego —respondió Ben el Rápido echando a andar tras Itkovian y Paran—, sáciala de la pintoresca forma que quieras, pero hazlo en otro sitio.

—¡Ajá! ¿Pero no es ese Whiskeyjack el que le hace señas a Kruppe para que se acerque? ¡Qué generoso y amable soldado es Whiskeyjack! ¡Un momento! ¡Kruppe ya os alcanza!

Las dos marineras se habían sentado en unos peñascos que formaban parte de un antiguo círculo para un tipi, a doce metros de donde se encontraba Zorraplateada. Las sombras se estiraban a medida que el día caía sobre la pradera.

—Bueno —murmuró una de ellas—, ¿tú cuánto tiempo crees?

—Yo diría que se está comunicando con esos t'lan imass. ¿Ves los torbellinos de polvo que la rodean? Podría durar toda la noche.

—Tengo hambre.

—Sí, bueno, admito que le he estado echando un ojo a tus correas de cuero, querida.

—El problema es que se han olvidado de nosotras.

—Eso no es ningún problema. Puede que ya no nos necesiten. Esa mujer no necesita guardaespaldas. Por lo menos no unas miserables mortales como nosotras. Y ya hemos visto lo que se suponía que teníamos que ver, lo que significa que ya llegamos tarde a dar el informe.

—Se suponía que no teníamos que informar de nada, cariño. ¿Te acuerdas? El que quiera que le contemos algo, se pasa por aquí para charlar un rato.

—Ya, solo que hace tiempo que no se pasa nadie. Que era a lo que yo me refería precisamente.

—Pero eso no significa que tengamos que levantarnos y largar. Además, ahí viene alguien…

La otra marinera se giró en su asiento. Después de un momento lanzó un gruñido.

—Nadie a los que se suponga que tengamos que informar de nada. Bien sabe el Embozado que ni siquiera los reconozco.

—Pues claro que sí. A una por lo menos. Es la hechicera de los mercaderes de Trygalle, Haradas.

—La otra es soldado, diría yo. Una mozuela elin, bonito vaivén de caderas…

—Pero un rostro severo.

—Ojos llenos de dolor. Podría ser una de esas Espadas Grises, la vi en el parlamento.

—Sí, bueno, pues vienen hacia aquí.

—Yo también —dijo una voz a pocas varas a su izquierda. Las marineras se giraron y vieron que Zorraplateada se iba a reunir con ellas—. Malhadado asunto —murmuró.

—Ah, ¿y eso por qué? —le preguntó una de las marineras.

—Una reunión de mujeres.

—No vamos a chismorrear, ¿verdad? —gruñó la soldado.

Zorraplateada sonrió al oír el tono jocoso.

—Entre los rhivi, son los hombres los que chismorrean. Las mujeres están demasiado ocupadas dándoles motivos para chismorrear.

—Ja. Menuda sorpresa. Yo hubiera dicho que había todo tipo de leyes antiguas contra el adulterio y demás. Destierro, lapidaciones, eso es lo que hacen las tribus, ¿no?

—Los rhivi no. Acostarse con el marido de otra es uno de los deportes favoritos. Es decir, para las mujeres. Los hombres se lo toman demasiado en serio, por supuesto.

—Es que siempre se lo toman todo demasiado en serio, en mi opinión —murmuró la marinera.

—Es lo que pasa con los prepotentes —respondió Zorraplateada con un asentimiento.

En ese momento llegaron Haradas y su compañera. Tras ellas, pero todavía a cincuenta metros de distancia, se acercaba también una barghastiana.

La hechicera de los mercaderes se inclinó ante Zorraplateada y después ante las dos marineras.

—El crepúsculo es un momento mágico, ¿no es cierto?

—¿Qué querías preguntar? —dijo Zorraplateada con voz cansada.

—Quiero hacer una pregunta nacida de la reflexión, invocahuesos, un pensamiento que no ha mucho que se me ocurrió, de ahí que acuda a ti.

—Llevas demasiado tiempo codeándote con Kruppe, Haradas.

—Quizá. Los problemas de abastecimiento continúan acosando a estos ejércitos, como bien sabes. En el parlamento, los barghastianos Caras Blancas se ofrecieron a proporcionar una buena parte de lo que se requerirá. Pero a pesar de toda su confianza, me temo que no tardarán en encontrarse también con que sus recursos se han llevado al límite…

—Te gustaría preguntar por Tellann —dijo Zorraplateada.

—Ah, desde luego. La senda de los t’lan imass debe de permanecer… libre de infecciones, después de todo. ¿Podría nuestro gremio emplear su sendero, con el debido respeto…?

—Libre de infecciones. Sí, así es. No obstante, dentro de Tellann existe una violencia en potencia, un riesgo que tendrían que correr tus caravanas.

Haradas alzó las cejas.

—¿Ha sufrido un ataque?

—En cierto sentido. El trono de la fortaleza de la Bestia está… disputado. Hay renegados entre los t'lan imass. El juramento se debilita.

La hechicera suspiró.

—Te agradezco la advertencia, invocahuesos. El riesgo, por supuesto, es un factor que se tiene en cuenta cuando se trata de la Asociación Comercial de Trygalle. De ahí los emolumentos de usura que cobramos por nuestros servicios. ¿Nos permitirás entonces que usemos Tellann?

Zorraplateada se encogió de hombros.

—No veo razón para que no lo hagáis. ¿Tenéis medios para crear un portal de entrada a nuestra senda? Si no es así, puedo…

—No es necesario, invocahuesos —dijo Haradas con una leve sonrisa—. Ya hace tiempo que encontramos los medios necesarios; sin embargo, por consideración a los t'lan imass y dada la accesibilidad de sendas… menos… bárbaras, tales portales nunca se utilizaron.

Zorraplateada estudió a la hechicera durante un largo instante.

—Extraordinario. Solo puedo colegir que la Asociación Comercial de Trygalle está dirigida por un conjunto de magos supremos de una pericia singular. ¿Sabes que ni siquiera los magos más poderosos y eruditos del Imperio de Malaz consiguieron jamás descubrir los secretos de Tellann? Me gustaría conocer algún día a los fundadores de tu gremio.

La sonrisa de Haradas se ensanchó.

—Estoy segura de que para ellos sería un placer, de hecho se sentirían honrados por tu compañía, invocahuesos.

—Quizá seas demasiado generosa en su nombre, hechicera.

—En absoluto, te lo aseguro. Me complace que hayamos concluido el asunto con tan poco esfuerzo…

—Somos reunión malhadada, sin duda —murmuró Zorraplateada.

Haradas parpadeó, pero se recuperó y continuó.

—Así que ahora ya puedo presentarte a la nueva yunque del escudo de las Espadas Grises, el capitán Norul.

La soldado se inclinó.

—Invocahuesos. —La mujer dudó, después, su expresión se endureció con una mirada decidida—. Las Espadas Grises han jurado lealtad a Togg, Lobo del Invierno, y a Fanderay, Loba del Invierno.

—Interesante elección —dijo Zorraplateada—. Unos amantes que se han perdido hasta el fin de los tiempos, y sin embargo, en vuestra compañía, que ha jurado lealtad a los dos, sus espíritus se unen. Un gesto audaz y valiente, yunque del escudo.

—Invocahuesos, Togg y Fanderay ya no están perdidos. Ambos han encontrado al fin el rastro del otro. Tu actitud parece transmitir que no tienes conocimiento de ello, cosa que me confunde, señora.

Fue entonces Zorraplateada la que frunció el ceño.

—¿Por qué debería confundirte? No siento ningún interés especial por los antiguos dioses lobo… —Sus palabras se fueron perdiendo poco a poco en el silencio.

La yunque del escudo volvió a hablar.

—Invocahuesos, invocadora de la segunda reunión de los t’lan imass, te ruego formalmente que entregues a los t’lan ay, los hijos de nuestros dioses.

Silencio.

Zorraplateada se quedó mirando a la comandante de las Espadas Grises con los ojos entrecerrados y el rostro

redondo sin expresión alguna. Después, un ligero temblor cruzó sus rasgos.

—No lo entiendes —susurró al fin—. Los necesito.

La yunque del escudo ladeó la cabeza.

—¿Para qué?

—Pa… para hacer un… regalo. Una… compensación. He jurado…

—¿A quién?

—A… a mí misma.

—Y, señora, ¿de qué forma están implicados los t’lan ay a la hora de hacer ese regalo? Han corrido siempre con los t’lan imass, es cierto. Pero nadie puede ser su dueño. Ni los t’lan imass ni tú.

—Y, sin embargo, quedaron unidos con el ritual de Tellann, durante la primera reunión…

—El ritual los… abarcó. Por ignorancia. Quedaron vinculados por lazos de lealtad y amor a los t’lan imass de carne y hueso. Lo que provocó que perdieran sus almas. Señora, se acercan mis dioses y en sus lamentos, que ahora me visitan cada noche en sueños, exigen… compensación.

—Debo negártelo —dijo Zorraplateada—. Hasta que Togg y Fanderay puedan venir, de forma física, y manifestar su poder para imponer sus exigencias, no entregaré a los t’lan ay.

—Arriesgas la vida, invocahuesos.

—¿Acaso los dioses lobo van a declararles la guerra a los t’lan imass? ¿Se lanzarán ellos y los t’lan ay contra nuestras gargantas, yunque del escudo?

—No lo sé, señora. Tendrás que responder por las decisiones que has tomado. Pero temo por ti, invocahuesos. Togg y Fanderay son bestias ascendidas. Sus almas son irreconocibles para personas como tú y como yo. ¿Quién

puede predecir lo que se encuentra en los corazones de tales criaturas?

—¿Dónde están ahora?

La yunque del escudo se encogió de hombros.

—Al sur. Convergeremos todos, al parecer, dentro del Dominio Painita.

—Entonces todavía tengo tiempo.

—Conseguir tu regalo, señor, podría provocar tu muerte.

—Siempre un intercambio justo —murmuró Zorraplateada casi para sí.

Las marineras intercambiaron una mirada al oír esas palabras, legendarias en la hueste de Unbrazo.

La mujer barghastiana había llegado y se encontraba a unos metros de distancia con aire avispado y los ojos oscuros clavados en la conversación entre la yunque del escudo y Zorraplateada. Al oír la pausa lanzó una carcajada gutural que atrajo la atención de todas.

—Es una pena que no haya hombres dignos de esta compañía —gruñó—. Veros a vosotras me recuerda cuál es el verdadero corazón del poder de este mundo. Marineras malazanas, una yunque del escudo de las Espadas Grises, una bruja y una hechicera. Y ahora, para completar el tapiz, una hija de las Caras Blancas barghastianas… que trae comida y vino.

Las dos marineras se levantaron de un salto con una gran sonrisa.

—¡Y yo sí que quiero chismorrear! —gritó Hetan—. ¡Yunque del escudo! ¿Itkovian ya no ha de respetar sus votos, verdad? Puedo acostarme con él…

—Si puedes atraparlo —respondió la espada gris con una ceja arqueada.

—¡Aunque él tuviera cincuenta piernas todavía podría atraparlo! ¡Zorraplateada! ¿Qué hay de Kruppe, eh?

La invocahuesos parpadeó.

—¿Qué hay de él?

—Eres una mujer grande. ¡Podrías sujetarlo bajo tu cuerpo! ¡Dejarlo dando chillidos!

—Qué imagen tan horripilante.

—Admito que es redondo, pequeño y viscoso, pero listo, ¿no? La inteligencia calienta la sangre sin necesidad de más, ¿no es cierto? He oído que, si bien quizá parezcas una mujer, sigues siendo niña en el aspecto más importante. ¡Que el deseo se agite en tu interior, muchacha! ¡Llevas demasiado tiempo mezclándote con no muertos y marchitos! ¡Coge la lanza con las dos manos, como yo siempre digo!

Zorraplateada sacudió la cabeza lentamente.

—¿Has dicho que has traído vino?

Hetan se acercó con una inmensa sonrisa.

—Sí, dos vejigas tan grandes como tus pechos y sin duda igual de dulces. ¡Reuníos, formidables compañeras, y démonos un festín!

Haradas sonrió.

—Una idea maravillosa, gracias.

La yunque del escudo dudó. Después miró a las marineras, empezó a quitarse el abollado casco y lanzó un profundo suspiro.

—Los lobos pueden esperar —dijo—. Yo no puedo comportarme con la circunspección de la que hacía gala mi predecesor…

—¿No puedes? —la retó Hetan—. ¿O no quieres?

—No quiero —se corrigió la mujer mientras se quitaba el casco. El cabello le cayó suelto por los hombros, empapado en sudor y manchado de hierro—. Que los lobos me perdonen.

—Uno de ellos lo hará —le aseguró la barghastiana mientras se agachaba para sacar la comida de su bolsa.

Coll envolvió un poco mejor con las pieles la forma frágil y encogida de la mhybe. Tras los párpados de la mujer había un movimiento aleatorio y frenético. Respiraba con un resuello entrecortado. El concejal daru la miró un instante más, después se irguió y se bajó del borde de la carreta.

Murillio se encontraba cerca, apretando las correas de los toneles de agua que iban atados a la barandilla derecha de la carreta. Habían utilizado tiendas viejas para cubrir los paquetes de comida que le habían comprado a un mercader barghastiano esa mañana y que los llevaban sujetos a la barandilla contraria, lo que le daba a la carreta rhivi una apariencia ancha, como hinchada.

Los dos hombres también habían adquirido un par de caballos, a un precio exorbitante, a los Irregulares de Mott, una compañía de mercenarios de aspecto extrañamente ineficaz que se había acoplado al ejército de Caladan Brood y que Coll ni siquiera se había enterado que andaban por allí. Mercenarios cuyo rústico atavío contradecía su profesión marcial pero que, sin embargo, encajaba a la perfección con el nombre de la compañía. Los caballos apenas estaban domados, criaturas de patas gruesas pero altos, era una raza que los Irregulares reclamaban como propia; linajes que incluían caballos de guerra nathi, caballos de tiro mott y percherones genabarii, todos mezclados para producir un animal grande, resistente y malhumorado con un lomo sorprendentemente ancho que hacía que montarlos fuera un lujo.

—Siempre que no te arranquen la mano de un mordisco —había añadido el mott de dientes de conejo mientras se

quitaba piojos del largo cabello y se los metía en la boca sin dejar de hablar.

Coll suspiró, un tanto desconcertado por el recuerdo y se acercó con cautela a los dos caballos.

Las dos monturas podrían haber sido hermanos gemelos, ambos alazanes, con las crines largas y sin recortar, las gruesas colas sembradas de erizos y hierbajos. Las sillas eran malazanas (antiguos botines de guerra, sin duda) y las gruesas mantas que tenían debajo eran rhivi. Las bestias lo miraron.

Uno lanzó los cuartos traseros con gesto despreocupado en dirección al daru. Este se detuvo y murmuró una maldición en voz baja.

—Regaliz —dijo Murillio junto a la carreta—. Sobórnalos. Toma, tenemos un poco en los fardos.

—¿Y premiarlos por sus malos modales? No. —Coll rodeó a los animales a cierta distancia. Habían atado a los caballos al poste de una tienda, lo que les permitió imitarlo. Tres pasos más y podrían darle una coz en la cabeza al daru, que maldijo en un tono un poco más alto y después dijo—: Murillio, lleva a los bueyes hasta ese poste, usa la carreta para bloquearlos. Y si eso no funciona, búscame un martillo.

Murillio trepó al asiento con una gran sonrisa y recogió las riendas. Quince latidos más tarde detuvo a las bestias algo más allá del poste de la tienda, la carreta impedía de ese modo que los caballos pudieran seguir rodeando el poste.

Coll dio la vuelta corriendo hasta que dejó la carreta entre él y las monturas.

—Así que prefieres recibir un mordisco que una coz —comentó Murillio mientras observaba a su amigo aproximarse a la carreta, subir por un costado y después

cruzar el fondo (pasó por encima de la forma inconsciente de la mhybe) y detenerse a unos palmos de los caballos.

Los animales habían tensado las cuerdas que los ataban y se habían apartado todo lo posible mientras tiraban del poste de la tienda. Era una cuña rhivi y el diseño del poste estaba estudiado para resistir hasta el viento más fiero de la pradera. Bien clavado en la tierra prensada, no cedía ni un milímetro.

El guantelete de cuero de Coll se disparó y se cerró sobre una de las cuerdas. Después le dio un tirón seco y se dejó caer de la carreta.

El animal tropezó hacia él y bufó. Su compañero se echó hacia atrás, alarmado.

El daru recogió las riendas del pomo de la silla sin dejar de sujetar la cuerda con la otra mano y manteniendo la cabeza del caballo baja y ladeada hacia el lomo. Plantó una bota en el estribo y se subió a la silla con un único movimiento.

El caballo intentó agacharse y esquivar el peso, un giro lateral que lo lanzó contra su compañero… con la pierna de Coll atrapada en medio.

El hombre lanzó un gruñido, pero no aflojó las riendas.

—Vas a tener un bonito moratón —comentó Murillio.

—Tú sigue diciendo esas cosas tan agradables, ¿quieres? —dijo Coll con los dientes apretados—. Ahora acércate y pásame la cuerda. Pero ten cuidado. Hay un buitre solitario sobre nuestra cabezas y se está haciendo ilusiones.

Su compañero miró al cielo y lo examinó un instante.

—Vale, así que me lo creí por un momento —siseó—, deja de relamerte. —Después trepó por encima del respaldo del asiento.

Coll lo observó dejándose caer con gesto ágil al suelo y arrimándose con cautela al poste de la tienda.

—Pensándolo bien, quizá deberías haberme ido a buscar ese mazo.

—Demasiado tarde, amigo mío —dijo Murillio mientras desataba el nudo.

El caballo se echó media docena de pasos hacia atrás, después plantó las patas traseras en el suelo y se encabritó.

En opinión de Murillio, la voltereta trasera de Coll hizo gala de una elegancia casi poética y concluyó con gran destreza cuando el gran daru aterrizó de pie y solo para echarse de repente hacia atrás y evitar una despiadada coz con las dos patas que, si le hubiera dado, le habría roto en mil pedazos el pecho. El daru aterrizó a tres metros de distancia con un golpe seco.

El caballo salió disparado, corcoveando de alegría.

Coll se quedó echado un momento, mirando el cielo con un parpadeo.

—¿Estás bien? —preguntó Murillio.

—Tráeme un lazo. Y un poco de regaliz.

—Yo sugeriría un mazo en su lugar —respondió Murillio—, pero puesto que sabes lo que quieres, no lo haré.

Resonaron unos cuernos lejanos.

—Por el aliento del Embozado —gimió Coll—. La marcha hacia Capustan ha empezado. —Se sentó en el suelo con cautela—. Se suponía que íbamos a estar en primera línea.

—Siempre podríamos ir en la carreta, amigo mío. Les devolvemos los caballos a los Irregulares de Mott y que nos den el dinero.

—La carreta ya va demasiado cargada. —Coll se puso en pie con gesto dolorido—. Además, dijo que nada de devoluciones.

Murillio miró a su compañero con los ojos entrecerrados.

—¿Eso dijo? ¿Y no se te ocurrió sospechar nada?

—Cállate.

—Pero…

—Murillio, ¿quieres saber la verdad? El tipo era tan feo que me dio lástima, ¿estamos? Y ahora deja de balbucear y vamos a acabar de una vez con esto.

—¡Coll! Estaba pidiendo una fortuna por…

—Ya está bien —gruñó el concejal—. Esa fortuna va a pagar por el privilegio de matar a esas malditas bestias o a ti, ¿qué prefieres?

—No puedes matarlas.

—Pues otra palabra más y es esta colina bajo un montón de peñascos para el bueno de Murillio de Darujhistan. ¿Me he explicado con claridad? Y ahora dame ese lazo y el regaliz, empezaremos con el que todavía tenemos aquí.

—¿No preferirías correr tras…?

—Murillio —le advirtió Coll.

—Perdona. Que los peñascos no sean muy grandes, por favor.

Las nubes de miasmas se revolvían a poca altura sobre las olas que se balanceaban sobre el agua, olas que competían entre sí entre montañas irregulares de hielo, olas que giraban y se retorcían al tiempo que se estrellaban contra la costa maltratada y lanzaban espuma al aire. El rugido atronador llegaba entreverado de crujidos y chirridos, y el siseo incesante de la lluvia torrencial.

—Oh, vaya —murmuró lady Envidia.

Los tres seguleh se agazaparon al socaire de un gran peñasco de basalto y aplicaron una densa grasa a sus armas. Eran un trío triste y desaliñado, empapados por la lluvia, manchados de barro y con las armaduras destrozadas. Varias heridas menores les cruzaban los brazos, los muslos y los hombros, las más profundas suturadas de mala manera con

tripa, filas de nudos negros y pegajosos con sangre seca que brillaba con un color carmesí bajo la lluvia.

Cerca, en la cima de una roca de basalto que sobresalía, se encontraba *Baaljagg*. Con el pelo apelmazado y lleno de costras y mechones enmarañados alrededor de trozos desnudos, tenía un palmo del astil de una lanza rota clavado en el lomo derecho, (ya habían pasado tres días, pero la bestia no permitía que se acercara Envidia ni los seguleh), la loba gigante se había quedado mirando al norte sin pestañear, con unos ojos enfebrecidos y brillantes.

Garath yacía dos metros más atrás, temblando de forma incontrolable. Las heridas le supuraban como si su cuerpo se hubiese echado a llorar ya que él no podía, inmenso y medio loco, sin dejar que nadie (ni siquiera la loba) se arrimara.

Solo lady Envidia permanecía, al menos en apariencia, incólume a pesar de la horrenda guerra que habían emprendido, insensible incluso a la lluvia torrencial. Su telaba blanca no mostraba ni una sola mancha. El cabello suelto negro le caía liso hasta por debajo de la cintura. Llevaba los labios pintados de un color rojo profundo, vagamente amenazador. El kohl que le delineaba los párpados contenía los tonos del atardecer.

—Oh, vaya —susurró una vez más—. ¿Cómo vamos a seguir a Tool a través de… esto? ¿Y por qué no podía ser un t’lan elefante o una t’lan ballena para que pudiera llevarnos sobre su lomo en suntuosas sillas cubiertas? Con agua corriente caliente e ingeniosos sanitarios.

Mok apareció a su lado, la lluvia le chorreaba por la máscara de esmalte.

—Acabaré por enfrentarme a él —dijo.

—Ah, no me digas. ¿Y desde cuándo librar un duelo con Tool se convirtió en algo más importante que la misión que

tienes con el Vidente? ¿Cómo reaccionarán el primero o el segundo ante semejante prepotencia?

—El primero es el primero y el segundo es el segundo —respondió Mok sin extenderse.

Lady Envidia puso los ojos en blanco.

—Qué observación tan astuta.

—Las exigencias de uno mismo tienen prioridad, señora. Siempre; de otro modo no habría paladines. No habría ningún tipo de jerarquía. Los seguleh se verían regidos por mártires lloricas que pisotean a ciegas a los indefensos en su búsqueda del bien común. O nos gobernarían déspotas que se ocultarían tras un ejército ante cada desafío, que crearían con la fuerza bruta una reivindicación justificada del honor. Sabemos de otras tierras, señora. Sabemos mucho más de lo que crees.

La mujer se volvió para estudiarlo.

—Madre mía. Y yo aquí, obrando según el supuesto de que se me negaba una conversación entretenida.

—Somos inmunes a tu desdén, señora.

—No creo, estás dolido desde que te volví a despertar. ¿Dolido? Más bien estás furioso.

—Hay asuntos que han de debatirse —dijo Mok.

—¿Estás seguro? ¿No te referirás por alguna casualidad a esta tempestad tumultuosa que nos impide avanzar? ¿O quizás a los restos que huyen del ejército que nos persiguió hasta aquí? No van a regresar, te lo aseguro…

—Les has enviado una plaga.

—¡Qué acusación más atroz! Es un milagro que la enfermedad no los golpeara hace ya mucho tiempo, teniendo en cuenta que se comen entre sí sin ni siquiera la aplicación de alguna somera técnica culinaria. Querido mío, que me acuses así…

—*Garath* sucumbe a esa plaga, señora.

—¿Qué? ¡Tonterías! Está enfermo a causa de sus heridas…

—Heridas que el poder de su espíritu debería haber curado hace ya mucho tiempo. La fiebre que embarga a la bestia, que llena de ese modo sus pulmones, es la misma que aflige a los painitas. —El seguleh se volvió despacio para mirarla—. Haz algo.

—Qué descaro…

—Señora.

—¡Oh, está bien! ¿Pero no te parece una ironía deliciosa? Poliel, reina de la Enfermedad, se ha aliado con el dios Tullido. Una decisión que me ofende en lo más profundo, que conste. ¡Qué astuto por mi parte saquear su senda y hostigar así a sus aliados!

—Dudo que las víctimas sepan apreciar la ironía, señora. Ni creo que la aprecie *Garath*.

—¡Te hubiera preferido taciturno!

—Sánalo.

—¡No me permite arrimarme!

—*Garath* ya no es capaz de tenerse en pie, señora. De donde ahora yace ya no se va a levantar, a menos que lo sanes.

—¡Oh, eres un hombre miserable! Si te equivocas e intenta morderme, me voy a disgustar mucho contigo, Mok. Devastaré tus ingles. Te dejaré los ojos bizcos para que todos los que te miren a ti y tu absurda máscara no puedan evitar echarse a reír. Y te aseguro que se me ocurrirán más cosas.

—Sánalo.

—¡Pues claro que lo haré! *Garath* es mi más amado compañero, después de todo. Aunque una vez intentara mearme la túnica, claro que he de admitir que dado que en aquel momento estaba dormido, seguramente fue una de las

jugarretas de K’rul. Está bien, está bien, deja de interrumpirme.

La mujer se acercó al inmenso can.

El perro tenía los ojos vidriados y cada aliento era una contorsión provocada por la tos seca. *Garath* no levantó la cabeza cuando se acercó lady Envidia.

—Oh, cielos, disculpa mi falta de atención, mi querido cachorrito. Pensaba que solo eran las heridas y ya había empezado a llorarte. ¿Te ha derribado un vapor nocivo? Inaceptable. De fácil anulación, de hecho. —La mujer estiró la mano y posó los dedos con suavidad en la piel humeante —. Ya está…

Garath giró la cabeza y enseñó los dientes poco a poco.

Lady Envidia se apartó a toda prisa.

—¿Y así es como me lo agradeces? ¡Te he curado, querido mío!

—Fuiste tú quien le envió la enfermedad, señora —dijo Mok tras ella.

—Cállate, ya no pienso hablar más contigo. *¡Garath!* ¡Mira cómo recuperas las fuerzas con cada segundo que pasa! ¡Ves, ya estás de pie! ¡Oh, maravilloso! Y… no, no te acerques, por favor. A menos que quieras una caricia. ¿Quieres una caricia? Si es así, debes dejar de gruñir de inmediato.

Mok se interpuso entre ellos con los ojos posados en el furioso perrazo.

—*Garath*, la necesitamos, igual que te necesitamos a ti. No sirve de nada continuar esta enemistad.

—¡No te entiende! —dijo lady Envidia—. ¡Es un perro! Y un perro muy enfadado, de hecho.

La enorme criatura se dio la vuelta y se acercó sin ruido ni prisas al lugar donde se encontraba *Baaljagg* enfrentándose a la tormenta. La loba ni lo miró siquiera.

Mok se adelantó entonces.

—*Baaljagg* ve algo, señora.

—¿Qué? ¿Ahí fuera?

Subieron corriendo la ladera de la cúspide.

Los icebergs habían conseguido un premio. A menos de ochocientos metros de distancia, al borde mismo de la pequeña ensenada que tenían delante, flotaba una estructura. De muros altos por dos de los lados, con lo que parecía un enrejado de mimbre, y coronado por casas escarchadas (tres en total), no parecía más que un trozo roto, arrancado del puerto de algún pueblo o ciudad. De hecho, entre las casas altas y combadas se veía un callejón estrecho y torcido. Cuando el hielo que se aferraba a la base de la estructura se giró bajo el influjo de una corriente invisible, aparecieron los dos lados contrarios y revelaron el buche roto de un armazón de madera que llegaba por debajo del nivel de la calle, atestado de enormes troncos para balsas y lo que parecían ser unas vejigas inmensas hinchadas, tres de ellas perforadas y flácidas.

—De lo más peculiar, sin duda —dijo lady Envidia.

—Meckros —dijo Mok.

—¿Disculpa?

—El hogar de los seguleh es una isla, señora. Nos visitan, en alguna que otra ocasión, los meckros, que viven en ciudades que recorren los océanos. Pretenden asolar nuestras costas, siempre olvidan los lamentables resultados de las anteriores incursiones. Su fiero celo sirve de entretenimiento a los integrantes de las escuelas inferiores.

—Bueno —dijo lady Envidia con tono desdeñoso—, pues no veo ocupantes en ese… barrio extraviado.

—Yo tampoco, señora. Sin embargo, mira ese hielo que hay justo detrás del resto. Ha encontrado una corriente externa y pretende unirse a él.

—Cielos, no estarás sugiriendo…

Baaljagg lanzó una respuesta clara a la pregunta inacabada de lady Envidia. La loba se volvió, pasó disparada junto a ellos y bajó como un rayo hasta las rocas golpeadas por las olas. Momentos después observaron a la enorme loba lanzándose desde las agitadas aguas a una amplia balsa de hielo para después escabullirse hacia el otro lado. *Baaljagg* dio entonces un salto y aterrizó sobre otro témpano, resbalando un poco.

—El método parece viable —dijo Mok.

Garath se precipitó junto a ellos y siguió la ruta de la loba hasta la costa.

—¡Oh! —exclamó lady Envidia al tiempo que soltaba una patadita—. ¿Es que nunca podemos hablar las cosas?

—Vislumbro una posible ruta formándose, señora, una ruta que bien podría evitar que nos mojáramos demasiado…

—¿Mojarnos? ¿Quién está mojado? Está bien, llama a tus hermanos y pasad vosotros primero.

El viaje a través de los témpanos que se movían, palpitaban y con frecuencia se inundaban de agua resultó ser frenético, peligroso y agotador. Al llegar al muro alzado de mimbre, no vieron ninguna señal de *Baaljagg* o *Garath*, pero pudieron seguir sus huellas sobre la balsa recubierta de nieve que parecía sostener a flote buena parte de la estructura meckros, y que rodearon hasta el lado roto y sin vallas.

Dentro del caótico armazón de vigas y puntales, dispuestos en ángulos empinados, se habían colocado escaleras de mano de tablones gruesos, sin duda construidas en un primer momento para ayudar en el mantenimiento de la estructura inferior de la ciudad. Los escalones escarchados que había a la vista mostraban los

agujeros profundos provocados por el paso de la loba y el perro al subir.

El agua chorreaba por el confuso armazón con forma de telaraña y revelaba la naturaleza dividida de la calle y las casas que tenía encima.

Senu en cabeza, seguido por Thurule y después Mok, con lady Envidia en último lugar, todos los viajeros fueron trepando poco a poco, con cautela.

Salieron al fin por una trampilla del tamaño de un almacén que se abría al piso inclinado principal de una de las casas. Tres de las cuatro paredes de la cámara estaban atestadas de mercancías envueltas en arpillera. Se habían caído barriles enormes que habían rodado y habían terminado todos juntos en un extremo. A la derecha había unas puertas dobles, que estaban rotas y abiertas, obra sin duda de *Baaljagg* y *Garath*, y que revelaban detrás una calle de adoquines.

El aire era cortante.

—Quizá mereciera la pena —le dijo Mok a lady Envidia— examinar cada una de estas casas, de un nivel a otro, para determinar cuál es la más sólida, estructuralmente hablando, y por tanto la más habitable. Parece quedar de pie un número considerable de almacenes que podemos explotar.

—Sí, sí —dijo lady Envidia con tono distraído—. Dejo en tus manos y en las de tus hermanos necesidades tan mundanas. El supuesto al que nos ha traído nuestro viaje, sin embargo, descansa en la creencia, no demostrada todavía, de que este artilugio nos llevará por fuerza al norte y que podremos cruzar la bahía de Coral completa y, desde ahí, llegar a la ciudad que es nuestro objetivo. Yo, y solo yo, por lo que parece, debo ser la que se apure por esta cuestión concreta.

—Como desees, señora.

—¡Mucho cuidado, Mok! —soltó la dama de repente.

El seguleh ladeó la cabeza en una disculpa silenciosa.

»Mis criados se olvidan de quiénes son, al parecer. Pensad en la intensidad que puede alcanzar mi más absoluta irritación, los tres. Entre tanto, me entretendré en la calle de la ciudad, por poco que valga. —Y con eso, lady Envidia giró en redondo y se alejó con gesto lánguido hacia la puerta.

Baaljagg y *Garath* se encontraban dos metros más allá, la lluvia golpeaba sus anchos lomos con la fuerza suficiente como para cubrirlos de bruma. Los dos animales se enfrentaban a una única figura que permanecía bajo la penumbra de la buhardilla que sobresalía en la casa de enfrente.

Lady Envidia estuvo a punto de suspirar por un instante y después se dio cuenta que no reconocía a la figura.

—¡Oh! ¡Y yo que estaba a punto de decir: querido Tool, pero si nos has esperado, después de todo! Y mira por donde, tú no eres Tool, ¿verdad?

El t'lan imass que tenían delante era más bajo y achaparrado que Tool. Tres espadas anchas de hierro forjado y estilo desconocido empalaban el pecho amplio y enorme de aquel guerrero no muerto, dos de ellas clavadas por la espalda y la otra por la izquierda del t'lan imass. Unas costillas rotas sobresalían por la piel negra, ribeteada de sal. Las correas de cuero de los mangos de las tres espadas colgaban en tiras podridas y deshechas de los guardamanos de madera. Unos restos ralos de hechicería antigua fluían en oleadas irregulares por las hojas picadas de agujeros.

Los rasgos del guerrero eran extraordinariamente pesados, el puente de la frente era un estante de hueso carente de piel, de un color marrón oscuro manchado, los

pómulos sobresalían y se alzaban para enmarcar unas cuencas oculares aplastadas y ovaladas. Unos colmillos de cobre batido cubrían los caninos superiores del no muerto. El t'lan imass no llevaba casco. El cabello largo y blanqueado le colgaba a ambos lados del rostro ancho y sin barbilla y sujetaban en los extremos el peso de unos dientes de tiburón.

Una aparición pavorosa y horripilante, caviló lady Envidia.

—¿Tienes nombre, t'lan imass? —preguntó.

—He oído la llamada —dijo el guerrero con una voz que era nítidamente femenina—. Provenía de un lugar que encajaba con la dirección que ya había tomado. El norte. Ya no queda lejos. Asistiré a la segunda reunión y me dirigiré a mis parientes de ritual, les diré que soy Lanas Tog. Enviada para traer noticias sobre los destinos que han corrido los ifayle t'lan imass y mis propios kerluhm t'lan imass.

—Fascinante —dijo lady Envidia—. ¿Y sus destinos han sido?

—Soy la última de los kerluhm. Los ifayle, que escucharon nuestra primera llamada, han quedado prácticamente destruidos. Los pocos que quedan no logran escapar del conflicto. Yo misma no esperaba sobrevivir al intento, y sin embargo lo he hecho.

—Un conflicto horrendo, sin duda —comentó lady Envidia en voz baja—. ¿Dónde tiene lugar?

—En el continente de Assail. Nuestras pérdidas: veintinueve mil ochocientos catorce kerluhm. Veintidós mil doscientos ifayle. Ocho meses de batalla. Hemos perdido esta guerra.

Lady Envidia se quedó callada durante un largo rato.

—Parece que al fin habéis encontrado a un tirano jaghut capaz de competir con vosotros, Lanas Tog —dijo al fin.

La t’lan imass ladeó la cabeza.
—No es jaghut. Es humano.

Libro Cuarto



Memorias del hielo

«Primeros en entrar, últimos en salir».

Lema de los Abrasapuentes

Capítulo 21



La cara de tu amigo quizá resulte ser la máscara,
la mancha encontrada en sutil cambio,
que altera el semblante otrora familiar.
O el niño que se formó invisible
en la oscuridad privada, mientras tú pasabas el tiempo inconsciente,
para revelar una conmoción cruel como una piedra que atraviesa un cristal.
Para eso no hay armadura en el alma.
Y sobre la máscara está escrito en palabras osadas,
resuena en los ojos del niño,
un extraño repentino a todo lo que has conocido.
Tal es la traición.

Vigilia de la muerte de Sorulan
Minir Othal

El capitán Paran detuvo el caballo cerca de los escombros ennegrecidos por el humo del reducto de la Guardia Oriental. Se giró en la silla para echarle un último vistazo a las maltratadas murallas de Capustan. El palacio de Jelarkan se alzaba alto y oscuro contra el cielo azul brillante. Vetas de pintura negra marcaban la torre como grietas, símbolo del luto de la ciudad por su príncipe perdido. Las próximas lluvias lavarían la pintura sin dejar rastro. Aquella estructura, según había oído, nunca toleraba momentos mortales durante demasiado tiempo.

Los Abrasapuentes iban saliendo por la puerta oriental.

«Los primeros en entrar, los últimos en salir». Siempre tienen presentes ese tipo de gestos.

El sargento Azogue iba en cabeza, con la cabo Rapiña un paso por detrás. Daba la sensación de que aquellos dos estaban discutiendo, lo que tampoco era nada nuevo. Tras ellos, los soldados de los otros siete pelotones habían perdido toda su cohesión; la compañía marchaba sin un orden concreto. Al capitán le sorprendió. Había conocido a los otros sargentos y cabos, por supuesto. Sabía los nombres de cada abrasapuentes superviviente y también conocía sus rostros. No obstante, había algo extrañamente efímero en ellos. Entrecerró los ojos mientras los veía recorrer el camino envueltos en polvo, como figuras en un tapiz raído y blanqueado por el sol. La marcha de los ejércitos, reflexionó, era intemporal.

A su derecha resonaron unos cascos y el capitán se giró para ver a Zorraplateada, que se acercó a caballo y se detuvo a su lado.

—Mejor que hubiéramos seguido evitándonos —dijo Paran mientras volvía a mirar a los soldados que avanzaban por el camino inferior.

—No te lo discuto —dijo la mujer después de un momento —. Pero ha ocurrido algo.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. A lo que tú te refieres sin duda no es de lo que yo estoy hablando, capitán. Es mi madre, ha desaparecido. Ella y esos dos daru que la cuidaban. En algún lugar de la ciudad hicieron girar la carreta y dejaron la fila. Nadie parece haber visto nada, aunque, por supuesto, no puedo interrogar a un ejército entero…

—¿Qué hay de tus t’lan imass? ¿No podrían encontrarla ellos en un momento?

La mujer frunció el ceño pero no dijo nada.

Paran la miró.

—No están muy contentos contigo, ¿verdad?

—Ese no es el problema. Los he enviado a ellos y a los t'lan ay al otro lado del río.

—Ya tenemos medios fiables de hacer un reconocimiento, Zorraplateada…

—Basta. No tengo que dar explicaciones.

—Sin embargo me pides ayuda…

—No. Te estoy preguntando si sabes algo. A esos daru tuvo que ayudarlos alguien.

—¿Le has preguntado a Kruppe?

—Está tan sorprendido y consternado como yo, y le creo.

—Bueno —dijo Paran—, la gente tiene la costumbre de subestimar a Coll. Es bastante capaz de lograr algo así él solito, sin ayuda de nadie.

—No pareces darte cuenta de la gravedad de lo que han hecho. Al secuestrar a mi madre…

—Espera un momento, Zorraplateada. Dejaste a tu madre a su cuidado. ¿Dejaste? No, esa es una palabra demasiado suave. La abandonaste. Y no me cabe ninguna duda que Coll y Murillio se tomaron el encargo muy en serio, con toda la compasión por la mhybe que tú no pareces poseer. Plantéate la situación desde su punto de vista. La están cuidando, un día sí y otro también, la ven marchitarse. Ven a la hija de la mhybe, pero solo a distancia. Una mujer que no le hace caso a su propia madre. Deciden que tienen que encontrar a alguien que esté dispuesto a ayudar a la mhybe. O como mínimo a concederle un final digno. Secuestrar significa llevarse a alguien del lado de otra persona. A la mhybe se la han llevado, ¿pero a quién se la han arrebatado? A nadie. A nadie en absoluto.

Zorraplateada, con el rostro muy pálido, tardó en responder. Cuando lo hizo, fue con voz ronca.

—No tienes ni idea de lo que hay entre nosotras, Ganoes.

—Y al parecer tú no tienes ni idea de cómo perdonar, ni a ella ni a ti misma. El sentimiento de culpa se ha convertido en un abismo…

—Eso tiene gracia viniendo de ti.

La sonrisa del capitán se hizo tensa.

—Yo ya he bajado hasta el fondo, Zorraplateada, y ahora estoy subiendo por el otro lado. Las cosas han cambiado para los dos.

—Así que le has dado la espalda a lo que jurabas sentir por mí.

—Todavía te quiero, pero con tu muerte sucumbí a una especie de encaprichamiento. Estaba convencido de que lo que tú y yo tuvimos durante tan poco tiempo era muchísimo más profundo y trascendente de lo que fue en realidad. De todas las armas que volvemos contra nosotros mismos, el sentimiento de culpa es la más afilada, Zorraplateada. Puede tallar tu pasado en formas irreconocibles, recuerdos falsos que llevan a creencias que siembran todo tipo de obsesiones.

—Me alegra mucho que hayas aclarado tanto el ambiente, Ganoes. ¿No se te ha ocurrido que el examen cínico de uno mismo es otra obsesión más? Lo que diseccionas tiene que estar muerto primero; después de todo, ese es el primer principio de la disección.

—Eso me explicó mi tutor hace ya muchos años —respondió Paran—. Pero te has saltado una verdad más sutil. Puedo examinarme a mí mismo, cada uno de mis sentimientos, hasta que el abismo se trague el mundo entero, pero no estaré más cerca de dominar las emociones que me invaden. Porque no son cosas estáticas ni tampoco son inmunes al mundo exterior, a lo que otros dicen o no dicen. Y por tanto están en un flujo constante.

—Extraordinario —murmuró la mujer—. El capitán Ganoes Paran, el joven maestro del autocontrol, el tirano de sí mismo. Has cambiado mucho, desde luego. Tanto que ya no te reconozco.

Paran estudió el rostro de la mujer y buscó alguna pista de los sentimientos que ocultaba. Pero Zorraplateada se había cerrado en banda.

—Mientras que yo —dijo poco a poco el capitán— te reconozco a la perfección.

—¿Y no llamarías tú a eso ironía? Me ves como una mujer que en otro tiempo amaste, mientras que yo te veo como un hombre al que nunca conocí.

—Demasiadas marañas para tan poca ironía, Zorraplateada.

—Quizá sea emoción, entonces.

Paran desvió los ojos.

—Nos hemos alejado mucho del tema. Me temo que no puedo decirte nada de la suerte que ha corrido tu madre. Sin embargo, estoy seguro de que Coll y Murillio harán todo lo que puedan por ella.

—Entonces es que eres más tonto incluso que ellos, Ganoes. Al llevársela, han sellado su perdición.

—No sabía que te diera por el melodrama.

—No me da…

—Es una anciana, una mujer anciana y moribunda. Que el abismo me lleve, déjala en paz…

—¡No me estás escuchando! —siseó Zorraplateada—. Mi madre está atrapada en una pesadilla… dentro de su propia mente, perdida, aterrada. ¡Acosada! He permanecido más cerca de ella de lo que vosotros creíais. ¡Muy cerca!

—Zorraplateada —dijo Paran en voz baja—, si está en una pesadilla, entonces la vida se ha convertido para ella en una

maldición. La única misericordia real es hacer que llegue a su fin, de una vez por todas.

—¡No! ¡Es mi madre, maldito seas! ¡Y no pienso abandonarla!

Zorraplateada le dio la vuelta a su caballo y clavó los talones en los flancos.

Paran la observó alejarse. *Zorraplateada, ¿en qué maquinaciones has envuelto a tu madre? ¿Qué es lo que buscas para ella? ¿No podrías contárnoslo, por favor, para que todos entendamos que lo que vemos como una traición es en realidad otra cosa?*

¿Es acaso otra cosa?

Y esas maquinaciones… ¿de quién son? No de Velajada, desde luego. No, tienen que ser de Escalofrío. Oh, cómo te has cerrado a mí. Cuando antaño me buscabas de forma incesante, despiadada, para abrirme el corazón. Parece que lo que compartimos hace tanto tiempo en Pale ya no significa nada.

Empiezo a pensar que fue mucho más importante para mí que para ti. Velajada… eras, después de todo, una mujer madura. Habías vivido tus amores y tus pérdidas. Yo, por otro lado, apenas había vivido.

Lo que era entonces ya no es.

Invocahuesos de carne y hueso, te has hecho más fría que los t'lan imass que ahora tienes bajo tu mando.

Supongo, entonces, que han encontrado en verdad un líder digno de ellos.

Que Beru nos proteja a todos.

De las treinta barcazas de transporte y puentes flotantes que los painitas habían empleado para cruzar el río Catlin, solo podía utilizarse un tercio, las otras habían caído presa

del celo desmedido de los barghastianos Caras Blancas durante el primer día de combate. Las compañías de la colección de mercenarios de Caladan Brood se esforzaban por salvar los restos con la intención de improvisar unas cuantas más; entre tanto, el único puente flotante en uso y las diez barcazas supervivientes comenzaban a salvar las líneas que cruzaban el río, cargadas de tropas, monturas y suministros.

Itkovian los observaba mientras se acercaba a la orilla. Había dejado el caballo en un montículo cercano donde la hierba se espesaba y vagaba solo, con el giro de los guijarros bajo sus pies y el suave rumor del río por única compañía. El viento subía de la desembocadura del río, un aliento cargado de sal marina, así que los sonidos de las barcazas que tenía detrás (los cabestrantes, los mugidos del ganado uncido, los gritos de los conductores), no llegaban a sus oídos.

Al levantar la cabeza vio una figura en la playa, delante de él, sentada con las piernas cruzadas y mirando el cruce de las tropas. Con el pelo alborotado y ataviado con una manchada colección de trapos, el hombre se afanaba en pintar sobre una muselina con el revés de madera. Itkovian hizo una pausa y observó la cabeza del artista, que subía y bajaba, el pincel de mango largo que se movía a toda velocidad en su mano y oyó entonces la conversación murmurada que sostenía consigo mismo.

O quizá no fuese consigo mismo. Uno de los peñascos del tamaño de un cráneo que había cerca del artista se movió de repente y resultó ser un gran sapo de color verde aceituna.

Y acababa de responder a la diatriba del artista con voz baja y profunda.

Itkovian se acercó.

El sapo fue el primero en verlo y dijo algo en un idioma que Itkovian no entendió.

El artista levantó la cabeza y frunció el ceño.

—¡Las interrupciones —le soltó de repente en daru— no son bienvenidas!

—Mis disculpas, señor…

—¡Espera! ¡Eres el que llaman Itkovian! ¡Defensor de Capustan!

—Defensor fracas…

—Sí, sí, todo el mundo oyó las palabras que pronunciaste en el parlamento. Una idiotez. Cuando te pinte en la escena me aseguraré de incluir el noble fracaso; en tu postura, quizá, es posible que donde poses los ojos. Un cierto giro de los hombros, sí, creo que ya lo veo. Con toda precisión. Estupendo.

—¿Eres malazano?

—¡Por supuesto que soy malazano! ¿Acaso a Brood le importa un pimiento la historia? Le da igual. ¡Pero al viejo emperador! Oh, sí, a ese le importaba, ¡vaya si le importaba! ¡Artistas con cada ejército! ¡En cada campaña! Artistas del más puro talento, de ojos perspicaces, sí, osaré admitirlo, genios. ¡Como Ormulogun de Li Heng!

—Me temo que jamás he oído ese nombre, ¿era un gran artista del Imperio de Malaz?

—¿Era? ¡Lo es! Yo soy Ormulogun de Li Heng, por supuesto. ¡Imitado sin descanso pero nunca superado! ¡Ormulogun seraith Gumble!

—Un título impresionante…

—No es un título, idiota. Gumble es mi crítico. —Señaló con un gesto al sapo y después se dirigió a él—. Míralo bien, Gumble, para que luego observes la genialidad de mi próxima obra. Su postura es erguida, ¿no es cierto? Sin embargo sus huesos bien podrían ser de hierro, su carga la

de cien mil piedras angulares… o almas, para ser más precisos. Y sus rasgos, ¿sí? Mira con cuidado, Gumble, y verás la medida entera de este hombre. Y has de saber algo, aunque capturo todo lo que es en el lienzo que recoge el parlamento celebrado a las afueras de Capustan, has de saber que… en esa imagen verás que Itkovian no ha terminado todavía.

El soldado se sobresaltó.

Ormulogun esbozó una gran sonrisa.

—Oh, sí, guerrero, lo veo todo con demasiada claridad para tu gusto, ¿verdad? ¡Vamos, Gumble, escupe tu comentario, pues sé que ya empieza a cocerse! ¡No te demores más!

—Estás loco —comentó el sapo en tono lacónico—. Discúlpalo, yunque del escudo, suaviza la pintura en su propia boca y le ha envenenado el cerebro…

—¡Envenenado, encurtido, escalfado, sí, sí, ya te he oído todas las variaciones posibles hasta revolverme el estómago!

—Las náuseas son de esperar —dijo el sapo con un parpadeo adormecido—. Yunque del escudo, no soy ningún crítico. Me limito a ser un humilde observador que, cuando puede, habla en nombre de las multitudes que no pueden hacerlo, también conocidas como simple plebe o, para ser más precisos, chusma. Un público, has de entender, incapaz de comprender o articular sus ideas de forma contundente y que posee por tanto unos gustos deprimentemente vulgares cuando no se les indica lo que les gusta de verdad, si es que llegan a saberlo. Mi exiguo don, por tanto, se encuentra en la comunicación de un marco estético del que se cuelgan la mayor parte de los artistas.

—¡Ja, qué escurridizo! ¡Ja! ¡De lo más escurridizo! ¡Anda, toma una mosca! —Ormulogun metió los dedos manchados

de pintura en un saquito que tenía a un lado. Sacó un moscardón y se lo tiró al sapo.

El insecto, todavía vivo pero sin alas, aterrizó justo enfrente de Gumble, que se abalanzó sobre él y lo devoró con un destello rosa.

—Como iba diciendo…

—Un momento, si tienes la bondad —lo interrumpió Itkovian.

—Te permitiré un momento —dijo el sapo— si es poseedor de una brevedad admirable.

—Gracias, señor. Ormulogun, dices que el emperador de Malaz tenía por costumbre asignar artistas a sus ejércitos. Es de suponer que para documentar momentos históricos. ¿Pero la hueste de Unbrazo no ha sido declarada en rebeldía? ¿Para quién pintas entonces?

—¡Es esencial dejar documentada la declaración de rebeldía! Además, no me quedó más alternativa que acompañar al ejército. ¿Qué querías que hiciera, pintar atardeceres sobre los adoquines de Darujhistan para ganarme la vida? ¡Me encontré en el continente que no debía! En cuanto a la supuesta comunidad de artesanos y mecenas de la supuesta ciudad de Pale y sus supuestos estilos de expresión…

—Te odiaban —dijo Gumble.

—¡Y yo los odiaba a ellos! Dime, ¿viste algo digno de mención en Pale? ¿Lo viste?

—Bueno, había un mosaico…

—¿Qué?

—Por fortuna, el artista al que se atribuía llevaba mucho tiempo muerto, lo que permitía que mis elogios fueran efusivos.

—¿Llamas a eso efusivo? «No cabe duda de que promete…» ¿No es eso lo que dijiste? ¡Bien sabes que es

exactamente lo que dijiste en cuanto ese petimetre de anfitrión mencionó que el artista estaba muerto!

—De hecho —comentó Itkovian— tiene gracia decir eso.

—Yo nunca tengo gracia —dijo el sapo.

—¡Aunque se te cae una baba muy graciosa en ocasiones! ¡Ja! Qué escurridizo, ¿verdad? ¡Ja!

—Chupa otro trozo de pintura, ¿quieres? Mira, ese blanco de azogue. Tiene un aspecto muy sabroso.

—Tú solo quieres verme muerto —murmuró Ormulogun, que se puso a coger el trocito gomoso de pintura— para poder ponerte efusivo.

—Sí tú lo dices.

—Eres una sanguijuela, ¿lo sabías? Me sigues por todas partes. Eres un buitre.

—Estimado amigo —suspiró Gumble—, soy un sapo, mientras que tú eres un artista. Y por la fortuna que me acompaña en esa distinción les doy las gracias todos los días a todos los dioses que son y todos los dioses que fueron.

Itkovian los dejó intercambiando insultos cada vez más elaborados y continuó bajando por la costa. Se olvidó de mirar el lienzo de Ormulogun.

Una vez que los ejércitos cruzaran el río se dividirían. La ciudad de Lest se encontraba justo al sur, a cuatro días de marcha, mientras que el camino a Setta viraba hacia el oeste-suroeste. Setta estaba a los pies de las montañas Visión, se alzaba a las orillas del río del que tomaba su nombre. Ese mismo río continuaba hasta el mar, al sur de Lest y con el tiempo ambas fuerzas tendrían que cruzarlo.

Itkovian acompañaría al ejército que se iba a dirigir a Lest, que consistía en las Espadas Grises, varios elementos de los tiste andii, los rivhi, los barghastianos ilgres, un regimiento de caballería de Saltoan y un puñado de compañías mercenarias menores de Genabackis del Norte.

Caladan Brood continuaría con el mando general, con Kallor y Korlat como segundos al mando. Las Espadas Grises se habían acoplado como fuerza aliada y la yunque del escudo disfrutaría de la misma consideración que Brood. Esa distinción no se aplicaba a las otras compañías de mercenarios, ya que todas y cada una se había comprometido por contrato con el caudillo. Al daru, Rezongo, y a sus variopintos seguidores se les consideraba completamente independientes, eran bienvenidos en las sesiones informativas, pero eran libres de hacer lo que deseasen.

En general, decidió Itkovian, la organización del mando era confusa y las jerarquías efímeras. *No muy diferente de las circunstancias que sufríamos en Capustan, con el príncipe y el Consejo de Máscaras siempre enturbiando las aguas. Quizá sea una característica del norte y sus ciudades-estado independientes, es decir, antes de que la invasión malazana las obligara a convertirse en una especie de confederación. E incluso entonces, al parecer, las viejas rivalidades y feudos socavaron de forma perenne la unificación, de lo que sacaron partido los invasores*.

La estructura impuesta por el puño supremo malazano sobre las fuerzas que lo acompañaban era mucho más clara en su jerarquía. En opinión de Itkovian, el estilo imperial se reconocía al instante y, de hecho, se parecía a lo que habría establecido él si estuviera en el lugar de Dujek Unbrazo. El puño supremo mandaba. Sus segundos al mando eran Whiskeyjack y Humbrall Taur (este último haciendo gala de su sabiduría al insistir en la preeminencia de Dujek), así como el comandante de los moranthianos negros, a quien Itkovian todavía no conocía. Los tres se consideraban iguales en rango, aunque con diferentes responsabilidades, claras y definidas.

Itkovian oyó unos cascos de caballo y se giró para ver al segundo al mando malazano, Whiskeyjack, que se acercaba a él siguiendo la playa. El hecho de que se hubiera detenido a hablar con el artista era evidente por el modo en que Ormulogun se apresuraba a reunir sus pertrechos tras el paso del soldado.

Whiskeyjack se detuvo a su lado.

—Buen día, Itkovian.

—Para ti también, señor. ¿Hay algo que desees de mí?

El barbudo soldado se encogió de hombros y examinó la zona.

—Estoy buscando a Zorraplateada. A ella o a las dos marineras que se supone que la acompañan.

—Supongo que te refieres a que la siguen. Me adelantaron hace un rato, primero Zorraplateada, después las dos soldados. Se dirigían al este a caballo.

—¿Habló alguna de ellas contigo?

—No. Pasaron a cierta distancia de mí, así que no era de esperar un intercambio de cortesías. Ni tampoco me esforcé por saludarlas.

El comandante hizo una mueca.

—¿Ocurre algo, señor?

—Ben el Rápido ha estado usando sus sendas para ayudar con el cruce. Nuestras fuerzas están al otro lado y listas para marchar, dado que nuestro camino es más largo.

—Entiendo. ¿Pero no pertenece Zorraplateada a los rhivi? ¿O solo deseas formalizar la despedida?

El ceño del comandante se profundizó.

—Es tan malazana como rhivi. Me gustaría pedirle que eligiera a quién quiere acompañar.

—Quizá ya lo ha hecho, señor.

—Quizá no —respondió Whiskeyjack con los ojos clavados en algo que había al este.

Itkovian se volvió, pero dado que él iba a pie pasó algo más de tiempo hasta que los dos jinetes entraron en su campo de visión. Las marineras se acercaban a un medio galope constante.

Se detuvieron ante su comandante.

—¿Dónde está? —preguntó Whiskeyjack.

La marinera de la derecha se encogió de hombros.

—La seguimos hasta la costa. Por encima de la línea de la marea había una fila de colinas desiguales rodeadas por zanjas cenagosas. Se metió en una de las colinas, Whiskeyjack…

—Se metió por una de ellas —explicó la otra—. Se desvaneció. Ni una pausa, ni una vacilación del caballo. Nos aproximamos al punto, pero allí no había nada salvo hierba, barro y rocas. La hemos perdido, que es, supongo, lo que quería.

El comandante se quedó callado.

Itkovian esperaba al menos una maldición sentida y le impresionó el autocontrol del hombre.

—De acuerdo. Regresad conmigo. Vamos a cruzar el río.

—Vimos a la mascota de Gumble cuando salíamos.

—Ya lo he enviado a él y a Ormulogun de vuelta. La suya es la última carreta y sabéis bien cuáles son las instrucciones de Ormulogun con respecto a su colección.

Las marineras asintieron.

—¿Su colección? —preguntó Itkovian—. ¿Cuántas escenas ha pintado desde Pale?

—¿Desde Pale? —sonrió una de las marines—. Hay más de ochocientas telas en esa carreta. Diez, once años allí plasmados. Dujek por aquí, Dujek por allí, Dujek incluso donde no estaba pero debería haber estado. Ya ha hecho una del asedio de Capustan, con Dujek llegando justo a tiempo, erguido sobre su silla y entrando por la puerta de la

ciudad. Hay un barghastiano Cara Blanca agazapado a la sombra de la puerta, saqueando a un painita muerto. Y en las nubes de tormenta que cubren la escena se puede distinguir la cara de Laseen si se mira con atención…

—Ya es suficiente —gruñó Whiskeyjack—. Tus palabras ofenden, soldado. El hombre que tienes delante es Itkovian.

La sonrisa de la marinera se ensanchó, pero la mujer no dijo nada.

—Lo sabemos, señor —dijo la otra—. Que es por lo que aquí mi compañera bromeaba. Itkovian, no existe tal pintura. Ormulogun es el historiador de la hueste, ya que no tenemos otro, y tiene el encargo, bajo pena de muerte, de ser preciso en todo, hasta en los pelos de la nariz.

—Seguid adelante —les dijo Whiskeyjack—. Me gustaría hablar en privado con Itkovian.

—Sí, señor.

Las dos marineras partieron.

—Mis disculpas, Itkovian…

—No es necesario, señor. Se agradece el respiro que proporciona la irreverencia. De hecho, me complace que hagan gala de esa naturalidad.

—Bueno, solo son así con las personas a las que respetan, aunque con frecuencia se toma por el lado contrario, lo que puede provocar todo tipo de problemas.

—Ya me lo imagino.

—Bueno —dijo Whiskeyjack con tono brusco, después sorprendió a Itkovian desmontando, acercándose a él y tendiéndole la mano recubierta por el guantelete—. Entre los soldados del Imperio —dijo—, donde el guantelete es para la guerra y nada más que para la guerra, permanecer con él puesto cuando se estrecha la mano de otro en son de paz es un gesto excepcional.

—Así que eso también se malinterpreta —dijo Itkovian—. Yo, señor, comprendo su significado y por tanto para mí es un honor. —Le estrechó la mano al comandante—. Me concedes demasiado…

—No, Itkovian. Solo pienso que ojalá viajaras con nosotros para poder llegar a conocerte mejor.

—Pero nos encontraremos en Maurik, señor.

Whiskeyjack asintió.

—Hasta entonces, Itkovian.

Los dos hombres se soltaron. El comandante se volvió a subir a la silla y cogió las riendas. Después dudó un momento antes de hablar.

—¿Son todos los elin como tú, Itkovian?

El otro se encogió de hombros.

—No soy único.

—Entonces que la emperatriz tenga cuidado el día que sus legiones asalten las fronteras de tu tierra.

Las cejas de Itkovian se alzaron.

—Y llegado ese día, ¿comandarás tú esas legiones?

Whiskeyjack sonrió.

—Ve con bien, señor.

Itkovian observó al hombre alejarse por la playa, los cascos del caballo levantaban terrones verdes de arena. Tuvo la convicción repentina e inexplicable de que jamás volverían a verse. Después de un momento, sacudió la cabeza para disipar tan ominoso pensamiento.

—Pero bueno, ¡por supuesto que Kruppe bendecirá esta compañía con su presencia!

—Has entendido mal —suspiró Ben el Rápido—. Solo era una pregunta, no una invitación.

—El pobre mago está cansado, ¿no? Tantos caminos de hechicería para ocupar el lugar de las mundanas barcazas hostigadas por una falta de integridad llena de fugas. No obstante, Kruppe está impresionado con tu pericia, semejante baile de sendas pocas veces, si es que ha habido alguna, lo ha presenciado esta humilde persona. ¡Y todas y cada una prístinas! ¡Como si quisiera decir «fuera» a ese necio de las cadenas! ¡Qué osado desafío! Qué…

—¡Oh, cállate! ¡Por favor! —Ben el Rápido estaba en la costa norte del río. El barro le cubría hasta medio muslo los pantalones ceñidos, el precio de minimizar todo lo posible la distancia de los senderos que había elaborado para las columnas de tropas, el ganado y las monturas de reserva. Solo esperaba a los últimos rezagados que todavía tenían que llegar, Whiskeyjack incluido. Para hacer de su agotamiento una experiencia todavía más desagradable, el espíritu de Talamandas no cesaba de gimotear y quejarse desde su percha invisible en el hombro izquierdo del mago.

El poder desvelado era excesivo. Suficiente para llamar la atención. Negligente, afirmaba el monigote en un susurro. Suicida, de hecho. *El dios Tullido nos encontrará sin remedio. ¡Estúpido farol! ¿Y qué hay del Vidente Painita? ¡Una veintena de sendas pavorosas que tiemblan a nuestro paso! ¡Prueba de nuestra singular eficacia contra la infección! ¿Se van a quedar esos dos cruzados de brazos sin responder a lo que han visto aquí?*

—Silencio —murmuró Ben el Rápido.

Kruppe alzó las ásperas cejas.

—¡Una sola de tus groseras órdenes era suficiente, Kruppe se lo asegura con altivez al miserable mago!

—No era a ti. Da igual. Solo estaba pensando en voz alta.

—Curiosa costumbre para un mago, ¿no? Peligrosa.

—¿Tú crees? ¿Qué te parecen unos cuantos pensamientos más expresados en voz alta, daru? Es una exhibición deliberada. El poder desvelado aquí pretende precisamente dar una patada al avispero. ¡A los dos avisperos! Un movimiento inmenso y torpe, una carencia de sutileza casi indignante. Un trueno para aquellos que esperaban los pasitos casi mudos de las patitas de un ratón y los susurros de su cola. Bueno, ¿por qué haría yo eso, te preguntas?

—Kruppe no se pregunta nada, salvo, quizá, por qué insistes en explicar tan admirables tácticas de despiste a estas gaviotas que chillan a nuestro alrededor.

Ben el Rápido bajó la cabeza y miró con el ceño fruncido al hombrecito redondo.

—¿En serio? No tenía ni idea de que fuera transparente. Quizá debería replantearme mi actitud.

—¡Tonterías, mago! Conserva tu inexpugnable fe en ti mismo; sí, algunos bien podrían llamarlo megalomanía, pero no Kruppe, pues él también es dueño de una fe en sí mismo inexpugnable, una fe como aquella de la que solo los mortales son capaces, aunque por derecho, en realidad solo un simple puñado en todo el mundo. ¡Tienes una compañía singular, te asegura Kruppe!

Ben el Rápido sonrió.

—¿Singular? ¿Y qué hay de estas gaviotas?

Kruppe agitó una mano regordeta.

—¡Bah! A menos que una aterrice sobre tu hombro izquierdo, claro está. Lo que sería otro asunto completamente diferente, ¿no es cierto?

Los ojos oscuros del mago se entrecerraron con una mueca suspicaz y se posaron en el daru que tenía al lado.

Kruppe continuó muy contento.

—En cuyo caso, el pobre e ignorante pajarito sería testigo de tan potente pluralidad de astuta plática que se

tambalearía confundido si no por fortuna estreñido.

Ben el Rápido parpadeó, asombrado.

—¿Qué has dicho?

—Bueno, señor, ¿acaso no estábamos sugiriendo la colocación de unos corchos? *Silencio. Cállate*. Kruppe se limitaba a aconsejar una versión interna con la que se amortigua la incesante queja y gimoteo de la gaviota, de hecho, ¡se tapona para alivio de todos y cada uno!

A ciento sesenta y cinco metros a su derecha partió otra barcaza cargada con las fuerzas de Brood, la nave tiró a toda prisa de las cuerdas corriente abajo y dejó la orilla.

Un par de marineras se acercaron a caballo a Ben el Rápido y Kruppe.

El mago las miró con el ceño fruncido.

—¿Dónde está Whiskeyjack?

—De camino, abrasapuentes. ¿Han aparecido el sapo y su artista?

—Justo a tiempo para ocuparse de su carreta, sí. Ya han cruzado.

—Bonito trabajo. ¿Vamos a cruzar nosotras igual?

—Bueno, estaba pensando que podía dejaros caer a mitad de camino, ¿cuándo fue la última vez que os bañasteis vosotras dos?

Las mujeres intercambiaron una mirada, después una se encogió de hombros antes de hablar.

—No sé. ¿Un mes? ¿Tres? Hemos estado muy ocupadas.

—Y preferiríamos no mojarnos, mago —dijo la otra marinera—. La armadura y la ropa que llevamos debajo podrían caérsenos a trozos.

—¡Kruppe asegura que esa sería una visión inolvidable!

—Apuesto a que se te saldrían los ojos —asintió la soldado—. Y si no se te salieran, tendríamos que ayudarlos un poco.

—Al menos tendríamos las uñas limpias —comentó la otra.

—¡Ah! ¡Bastas mujeres! Kruppe pretendía solo hacerles un cumplido.

—Eres tú el que necesita un baño —dijo la marinera.

La expresión del daru mostró conmoción y después consternación.

—Qué noción tan escandalosa. Capas suficientes de dulces aromas aplicadas a lo largo de suficientes años, no, décadas, han dado como resultado un buqué permanente y, de hecho, impermeable, de la más suave fragancia. —El hombrecito agitó las manos pálidas y gordezuelas—. Una auténtica aura que rodea a esta persona para atraer a mariposas perdidamente enamoradas…

—A mí me parecen moscas del ciervo…

—Estas son tierras sin civilizar, ¿veis sin embargo que se pose un solo insecto?

—Bueno, hay unas cuantas ahogadas en ese pelo aceitoso, ya que preguntas.

—Exacto. Enemigos hostiles y todas caen presa del mismo destino.

—Ah —dijo Ben el Rápido—, aquí viene Whiskeyjack. Por fin. Gracias a los dioses.

El crepúsculo cayó sobre la ciudad en ruinas y la oscuridad se tragó el callejón. Unas cuantas lámparas de aceite iluminaban las principales avenidas y algún que otro pelotón de gidrath hacía las rondas con sus propios faroles.

Envuelto en un manto que ocultaba su armadura, Coll se encontraba dentro de un hueco y observaba a uno de aquellos pelotones que pasaba junto a la boca del callejón,

observó que el charco de luz amarilla iba reduciéndose poco a poco, hasta que la noche reclamó una vez más la calle.

Se detuvo e hizo un gesto.

Murillio le dio un papirotazo a las riendas y sobresaltó a los bueyes, que se pusieron en movimiento. La carreta crujió y se meció sobre los adoquines agrietados y reventados por el calor.

Coll se adelantó sin prisas y salió a la calle. Solo la habían limpiado de escombros en parte. En su campo de visión tenía tres templos destripados que no mostraban señal alguna de haber sido ocupados de nuevo. No muy diferente de los otros cuatro que habían encontrado esa misma tarde.

Lo cierto era que las perspectivas no eran muy halagüeñas. Parecía que los únicos sacerdotes supervivientes eran los del salón del vasallaje y ese era el último lugar al que quería acudir. Según los rumores, las rivalidades políticas habían alcanzado un estado muy volátil cuando el Consejo de Máscaras se había visto libre de la presencia de sus poderosos aliados; libre, asimismo, de una presencia soberana que por tradición solía imponer una influencia que compensaba sus excesos. El futuro de Capustan no era muy prometedor.

Coll giró a la derecha, al noreste, mientras hacía gestos a su espalda y subía la calle. Oyó las maldiciones apagadas de Murillio, que azotaba con las riendas los lomos de los dos bueyes. Los animales estaban cansados y hambrientos y la carreta de la que tiraban iba demasiado cargada.

Que el Embozado nos lleve, quizá hayamos cometido un terrible error...

Oyó el aleteo de las alas de un pájaro en el cielo, suave y fugaz, y no pensó más en ello.

El paso de un sinfín de carretas había creado profundos surcos en los adoquines; muchas de las carretas habían

pasado en los últimos tiempos cargadas con piedra rota, pero la anchura de los surcos no se correspondía con la de la carreta rhivi, un vehículo de las praderas, de ruedas gruesas, construido para enfrentarse a hierbas altas y agujeros llenos de barro. Tampoco pudo evitar Murillio que la carreta se deslizara por uno de los surcos, los bueyes tenían un camino estriado propio a ese lado de la calle. El resultado era un avance sesgado y torpe, los yugos se movían y se colocaban en ángulos que era obvio que a los bueyes les resultaban incómodos.

Tras él, Coll oyó que uno mugía una queja, que terminó con un extraño gruñido y un chasquido de las riendas. Se giró a tiempo para ver el cuerpo de Murillio saliendo disparado del asiento y estrellándose contra los adoquines con un golpe capaz de romper varios huesos.

Una figura enorme, vestida toda de negro, que pareció durante un breve instante estar dotada de alas, se encontraba encima de la carreta.

Murillio permanecía hecho un fardo inmóvil junto a la rueda delantera.

El miedo atravesó el cuerpo del daru.

—¿Pero qué…?

La figura hizo un gesto. Una hechicería negra surgió de él y se abalanzó tropezando hacia Coll.

El daru maldijo y se lanzó hacia la derecha, rodó con un estrépito metálico, el metal se partió sobre la piedra y terminó chocando con el primer escalón con forma de medialuna de un templo.

Pero la magia fluía en un arco demasiado ancho como para escapar, giraba y hacía dar vueltas a su negro poder hasta llenar las calles como una riada.

Tirado de lado, con la espalda clavada en el escalón, Coll solo pudo levantar un antebrazo para cubrirse los ojos

cuando la hechicería se cernió sobre él y luego se abalanzó.

Y se desvaneció. Coll gruñó con un parpadeo y bajó el brazo a tiempo de ver una figura oscura con armadura que se ponía justo delante de él; lo había rodeado desde atrás, como si hubiera salido de la entrada del templo.

Su visión periférica captó unas espadas largas que lo flanqueaban, una de ellas extrañamente doblada, que luego se deslizaron junto a él cuando el inmenso guerrero llegó a los adoquines de la calle.

El atacante encaramado a la carreta habló con voz aguda y tono divertido.

—Deberías estar muerto. Puedo sentir la frialdad que te invade. Puedo sentir el puño del Embozado, encogido ahí, en tu pecho sin vida. Te ha dejado aquí. Vagando sin rumbo.

Hmm, este recién llegado a mí no me parece que esté muy muerto. Sus ojos examinaron las sombras a la derecha de la carreta en busca de la forma inmóvil de Murillio.

—No vago —dijo el guerrero con voz ronca sin dejar de andar hacia la figura—. Cazo.

—¿A nosotros? ¡Pero os hemos arrebatado tan pocos! Menos de una veintena en esta ciudad. Caballero de la Muerte, ¿acaso tu señor no se ha alimentado hasta el hartazgo en los últimos tiempos? Y yo no buscaba más que a la arpía inconsciente… Yace en el fondo de esta carreta. Flota al borde mismo del abismo. Seguro que tu señor…

—No es para ti —dijo el guerrero con voz profunda—. Su espíritu aguarda. Y los de aquellos de los suyos que se han reunido. Y las bestias cuyos corazones están vacíos. Todos aguardan. Pero no a ti.

El aire del callejón se había hecho gélido y cortante.

—Oh, está bien, entonces —suspiró el atacante—. ¿Qué hay de este conductor y su guardia? Podría utilizar tantos de sus pedazos…

—No. Korbal Espita, escucha las palabras de mi señor. Debes liberar a los no muertos que protegen tu complejo. Tú y el llamado Bauchelain debéis abandonar la ciudad. Esta noche.

—Habíamos planeado partir por la mañana, caballero de la Muerte, porque eres el caballero, ¿verdad? La Gran Casa de Muerte se remueve y despierta, ya lo percibo. Partiremos por la mañana, ¿sí? Para seguir a esos fascinantes ejércitos hacia el sur…

—Esta noche, o descenderé sobre vosotros y reclamaré vuestras almas. ¿Comprendes la suerte que os tiene reservada mi señor a los dos?

Coll observó que el hombre calvo y de rostro pálido que continuaba sobre la carreta alzaba los brazos, que después se desdibujaron y se ensancharon convertidos en unas alas negras como la noche. Lanzó una risita.

—¡Tendrás que atraparnos antes! —El contorno desdibujado se convirtió en un manchón y después, donde el hombre se alzó quedó solo un cuervo despeluchado que graznó con tono agudo al remontarse, entre un zumbido de alas, antes de que se lo tragara la oscuridad.

El guerrero se acercó adonde yacía Murillio.

Coll respiró hondo para intentar calmar su corazón desbocado y después se levantó con gesto dolorido.

—Te lo agradezco mucho, señor —gruñó mientras se palpaba con una mueca lo que por la mañana sería un gran cardenal en el hombro y la cadera derecha—. ¿Vive mi compañero?

El guerrero, que Coll descubrió en ese momento que llevaba los restos de una armadura gidrath, se giró para comprobarlo.

—Vive. Korbal Espita los necesita vivos… para su trabajo. Al menos al principio. Has de venir conmigo.

—Ah, cuando dijiste que ibas de caza, ese hechicero supuso que era él al que cazabas. Pero no resultó ser así, ¿verdad?

—Son un par de lo más arrogante.

Coll asintió poco a poco. Después dudó antes de hablar.

—Discúlpame si parezco maleducado, pero me gustaría saber lo que tú, lo que tu señor, quiere hacer con nosotros. Tenemos una anciana a la que cuidar…

—Podréis contar con la protección de mi amo. Ven, el templo del Embozado ha sido preparado para convertirse en vuestra residencia.

—No estoy muy seguro de cómo debería tomarme eso. La mhybe necesita ayuda.

—Lo que la mhybe necesita, Coll de Darujhistan, no eres tú el que debe dárselo.

—¿Es el Embozado el que ha de hacerlo?

—Hay que mantener la carne y los huesos de la mujer. Alimentarla, darle agua, cuidarla. Esa es tu responsabilidad.

—No me has respondido.

—Sígueme. No queda lejos.

—En este momento —dijo Coll sin alzar la voz—, me inclino por no hacerlo. —Entonces echó mano a la espada.

El caballero de la Muerte ladeó la cabeza.

—Dime, Coll de Darujhistan, ¿duermes?

El daru frunció el ceño.

—Por supuesto. Qué…

—En otro tiempo yo también dormía. Debía de dormir, ¿no? Pero ahora no. En lugar de dormir, me paseo. Verás, no recuerdo el sueño. No recuerdo cómo era.

—Yo… siento oír eso.

—Así pues, uno que no duerme… y aquí, en esta carreta, una que no despierta. Creo, Coll de Darujhistan, que nos vamos a necesitar. Pronto. Esa mujer y yo.

—¿Por qué os vais a necesitar?

—No lo sé. Ven, no queda lejos.

Coll volvió a envainar la espada poco a poco. No podría haber explicado por qué lo hizo; nadie había respondido a sus preguntas a su satisfacción y la idea de someterse a la protección del Embozado le daba escalofríos. No obstante, asintió.

—Un momento, si tienes la bondad. Tengo que poner a Murillio en la carreta.

—Ah, sí. Es cierto. Lo habría hecho yo pero, cielos, soy incapaz de soltar las espadas. —El guerrero se quedó callado un momento más y después dijo—: Korbal Espita vio en mi interior. Sus palabras han… desazonado mi mente. Coll de Darujhistan, creo que estoy muerto. ¿Lo estoy? ¿Estoy muerto?

—No lo sé —respondió el daru—, pero… eso creo.

—Los muertos, según se dice, no duermen.

Coll conocía bien el dicho y sabía que se había originado en el propio templo del Embozado. Sabía, también, la irónica observación que cerraba la cita.

—«Mientras que los vivos no viven». No es que tenga mucho sentido.

—Para mí, sí —dijo el guerrero—. Pues ahora sé que he perdido lo que no sabía que en otro tiempo fue mío.

La mente de Coll tropezó con esa afirmación y después suspiró.

—Sería tonto si no aceptara tu palabra… ¿tienes nombre?

—Eso creo, pero lo he olvidado.

—Bueno —dijo Coll mientras se agachaba sobre Murillio y lo cogía en brazos—, me temo que caballero de la Muerte no servirá. —Se irguió con un gruñido por el peso que sostenía —. Eras gidrath, ¿verdad? Y capan, aunque admito que con

ese tono bronce que tiene tu piel, tienes un color más propio de…

—No, no era gidrath. Ni capan. No soy, creo, de este continente. No sé por qué aparecí aquí. Ni cómo. No llevo en este sitio mucho tiempo. Es lo que mi amo dispone. De mi pasado solo recuerdo una cosa.

Coll llevó a Murillio a la parte posterior de la carreta y lo dejó allí.

—¿Y qué es?

—Una vez me alcé en el interior de una hoguera.

Después de un largo momento, Coll lanzó un brusco suspiro.

—Un recuerdo desafortunado…

—Había dolor, sin embargo resistí. Luché. O eso creo. Había jurado, creo, defender la vida de un niño. Pero el niño ya no estaba. Es posible que… fracasara.

—Bueno, todavía necesitamos darte un nombre.

—Quizá se te ocurra uno con el tiempo, Coll de Darujhistan.

—Lo prometo.

—O quizás un día lo recordaré todo al fin y con los recuerdos llegará mi nombre.

Y si al Embozado le queda algo de misericordia, ese día nunca llegará, amigo mío. Pues creo que no hubo nada fácil en tu vida. Ni en tu muerte. Y al parecer sí que es misericordioso, te ha llevado lejos de todo lo que otrora conociste pues si no me equivoco, aunque solo sea por tus rasgos, y me da igual esa extraña piel, eres malazano.

Itkovian había cruzado en la última barcaza, bajo un inmenso despliegue de estrellas como puntas de lanza en compañía de Piedra Menackis, Rezongo y su veintena de

seguidores con púas, además de más o menos un centenar de rhivi, sobre todo ancianos y sus perros. Los animales riñeron y se pelearon en los confines de aquella nave plana y poco profunda, y después se acomodaron durante la segunda parte del viaje en cuanto consiguieron abrirse camino hasta las regalas y pudieron asomarse al río.

Los perros fueron los primeros en bajarse cuando la barcaza llegó a tierra en el lado sur, ladraban como salvajes mientras chapoteaban entre los juncos e Itkovian se alegró de verlos alejarse. Mientras escuchaba solo a medias a Rezongo y Piedra, que intercambiaban insultos como un matrimonio que llevara casado media vida, Itkovian preparó su caballo para esperar a que tendieran los tablones y observó con cierto interés a los ancianos rhivi, que siguieron los pasos de sus perros sin prestar atención al barro revuelto y los juncos apelmazados de la orilla.

Las colinas bajas y gastadas de ese lado del río todavía contenían una bruma de polvo y humo de estiércol, una bruma que envolvía como el velo de una plañidera las veinte mil o más tiendas del ejército. Aparte de unos cuantos cientos de pastores rhivi y del rebaño de bhederin que debía cruzar al amanecer, la fuerza entera invasora se encontraba ya en territorio painita.

No había acudido nadie para impedir la llegada de las barcazas. Las colinas bajas del sur parecían desprovistas de vida y no revelaban más que las huellas gastadas dejadas por el ejército de asedio del septarca Kulpath.

Rezongo subió por la colina a su lado.

—Algo me dice que vamos a marchar por tierra asolada hasta Coral.

—Parece probable, señor. Es lo que yo habría hecho si fuera el Vidente.

—A veces me pregunto si Brood y Dujek se dan cuenta de que el ejército que asedió Capustan no era más que uno entre al menos tres de tamaño parecido. Y si bien Kulpath era un septarca particularmente eficaz, hay otros seis lo bastante competentes como para crearnos más de un problema.

Itkovian apartó la mirada del campamento que tenía delante y estudió al enorme guerrero que tenía a su lado.

—Debemos suponer que nuestro enemigo se está preparando para hacernos frente. Sin embargo, dentro del Dominio, los últimos granos del reloj de arena están ya cayendo.

La espada mortal de Treach lanzó un gruñido.

—¿Sabes algo que no sabemos los demás?

—No de forma concreta, señor. No he hecho más que sacar conclusiones basadas en los detalles que he podido observar cuando contemplaba el ejército de Kulpath y los Tenescowri.

—Bueno, pues no te lo guardes.

Itkovian volvió a mirar al sur. Después de un momento, suspiró.

—Las ciudades y los gobiernos no son más que la flor de una planta cuyo tallo es la plebe, y es la plebe la que hunde las raíces en la tierra y extrae el sustento necesario que mantiene a la flor. Los Tenescowri, señor, son la plebe superviviente del Dominio, personas arrancadas de sus tierras, de sus aldeas, de sus hogares, de sus granjas. Ha cesado toda la producción de alimentos y en su lugar ha surgido el horror del canibalismo. El campo que tenemos ante nosotros está asolado, es cierto, pero no para responder a nuestra invasión. Hace ya tiempo que es un erial, señor. Así pues, si bien la flor todavía ofrece sus colores más vivos, lo cierto es que ya está muerta.

—¿Se seca colgada de un gancho bajo el estante del dios Tullido?

Itkovian se encogió de hombros.

—Caladan Brood y el puño supremo han seleccionado sus destinos. Ciudades como Lest, Setta, Maurik y Coral. De estas, creo que solo la última sigue viva. Ninguna de las otras sería capaz de alimentar a un ejército defensor; de hecho, ni siquiera a su propia población, si es que todavía queda alguien. El Vidente no tiene más opción que concentrar sus fuerzas en la única ciudad donde reside ahora y a sus soldados no les quedará más alternativa que adoptar las prácticas de los Tenescowri. Sospecho que crearon a los Tenescowri con ese propósito final, alimentar a los soldados.

La expresión de Rezongo era desazonada.

—Lo que describes, Itkovian, es un imperio que nunca estuvo destinado a sostenerse solo.

—A menos que pudiera continuar expandiéndose sin cesar.

—Pero incluso en ese caso, estaría vivo solo por los bordes exteriores, que nunca dejan de avanzar y que se extienden a partir de un núcleo muerto, un núcleo que creció con él.

Itkovian asintió.

—Sí, señor.

—Así pues, si Brood y Dujek esperan entablar batalla en Setta, Lest y Maurik, puede que se lleven una sorpresa.

—Eso creo.

—Esos malazanos terminarán marchando muchos kilómetros en vano —comentó Rezongo—, si tienes razón.

—Quizá haya otros temas que basten para justificar la división de las fuerzas, espada mortal.

—¿No están tan unidos como les gustaría hacernos creer?

—Son líderes poderosos reunidos en un mismo mando, señor. Quizá sea un milagro que no se haya producido todavía un serio choque de voluntades.

Rezongo no dijo nada durante un rato.

Las amplias plataformas de mimbre se estaban anclando a la parte anterior de la barcaza y una compañía de mercenarios montaba la pasarela con una eficiencia fruto de la práctica.

—Esperemos entonces —murmuró al fin— que el asedio de Coral no sea largo.

—No lo será —afirmó Itkovian—, predigo un único ataque cuya intención será aplastar. Una combinación de soldados y hechicería. La escisión masiva de las defensas es la intención del caudillo y del puño supremo. Ambos son muy conscientes de los riesgos inherentes a cualquier inversión prolongada.

—Suena complicado, Itkovian.

Piedra Menackis se acercó tras ellos sujetando al caballo por las riendas.

—Empezad a moveros, vosotros dos; nos estáis retrasando a todos y esta maldita barcaza se está asentando. Si me mancho de barro la ropa nueva, pienso matar al culpable, con púas o sin ellas.

Itkovian esbozó una sonrisa.

—Tenía intención de felicitarte por tu atavío…

—Las maravillas de los de Trygalle. Hecho a medida por mi sastre favorito de Darujhistan.

—Parece que te gusta el verde, señora.

—¿Has visto alguna vez una jaelparda?

Itkovian asintió.

—Son serpientes conocidas en Elingarth.

—Besos letales los de la jaelparda. Este verde hace juego a la perfección, ¿verdad? Y más le vale. Es lo que pagué y no

fue barato. Y este dorado pálido, ¿lo ves? ¿Lo que forra el manto? ¿Has mirado alguna vez la panza de una paraltina blanca?

—¿La araña?

—La que hace las cosquillas mortales, sí. El color es este.

—No podría haberlo confundido con nada más —respondió Itkovian.

—Bien, me alegro de que aquí alguien comprenda los sutiles matices de una civilización avanzada. Y ahora mueve ese maldito caballo o lo que llevas demasiado tiempo sin usar se encontrará haciendo amistad con la punta de mis brillantes botas nuevas.

—Sí, señora.

La cabo Rapiña observó a Detoran arrastrar a Seto hacia su tienda. Los dos pasaron en silencio junto al borde de luz que arrojaba la hoguera. Antes de que se desvanecieran de nuevo en la oscuridad, Rapiña fue testigo de una cómica pantomima cuando Seto, con la piel de la cara estirada en una mueca salvaje, intentó salir disparado en un vano intento de escapar. La mujer respondió levantando la mano para coger al hombre por la garganta y sacudirle la cabeza de un lado a otro hasta que dejó de luchar.

Cuando desaparecieron, Mezcla lanzó un gruñido.

—Lo que la noche por fortuna oculta…

—No lo suficiente, cielos —murmuró Rapiña mientras hurgaba en el fuego con el asta partida de una lanza.

—Bueno, seguro que ahora lo está amordazando y después le arrancará…

—De acuerdo, de acuerdo, ya lo capto.

—Pobre Seto.

—De pobre Seto nada, Mezcla. Si a él esto no lo pusiera a mil también, no seguiría pasando noche tras noche.

—Claro que, aquí todos somos soldados.

—¿Y qué significa eso?

—Significa que sabemos que seguir órdenes es la mejor manera de continuar con vida.

—¿Así que más vale que Seto se ponga firme si quiere seguir respirando? ¿Es eso lo que dices? Yo diría que el terror lo dejaría flácido y colgante.

—Recuerda que Detoran era antes sargento mayor. Yo una vez vi a un recluta continuar en posición de firmes durante campanada y media después de que al pobre chaval le estallara el corazón tras una de sus broncas. Campanada y media, Rapiña, ahí de pie, de cuerpo presente.

—Bobadas. Yo estaba allí y fue una décima parte de una campanada, como mucho, y lo sabes.

—Lo que no cambia lo fundamental, y apostaría toda mi columna de atrasos a que Seto está haciendo lo mismo.

Rapiña metió el palo en el fuego con fuerza.

—Es gracioso —murmuró después de un rato.

—¿Qué es gracioso?

—Oh, lo que estabas diciendo. No lo del recluta muerto sino que Detoran fue sargento mayor. Nos han hecho la cama a todos los Abrasapuentes. A casi todos y cada uno de nosotros, puñeta, empezando por arriba, por el propio Whiskeyjack. Mazo dirigía un cuadro de sanadores cuando teníamos sanadores suficientes y el emperador estaba al mando. ¿Y Eje no capitaneó una compañía de zapadores una vez?

—Durante tres días, hasta que uno de ellos tropezó con su propio maldito…

—Y volaron todos por los aires, sí. Nosotros estábamos a ochocientos metros camino arriba, me zumbaron los oídos

durante días.

—Ese fue el final de las compañías de zapadores. Dassem las desmanteló después de eso, con lo que Eje se quedó sin cuerpo de especialistas que capitanear. ¿Y eso qué, Rapiña?

—Nada. Solo que ninguno somos ya lo que fuimos.

—A mí no me han ascendido nunca.

—¡Vaya, qué sorpresa! ¡Has hecho de pasar desapercibida una profesión!

—Aun así. Y Azogue nació sargento…

—Y eso lo ha atrofiado, sí. Tampoco lo han degradado nunca, es cierto, pero eso es porque es el peor sargento de la historia. Mantenerlo en su puesto nos castiga a todos, empezando por el propio Azogue. Lo único que decía es que somos una panda de pringados.

—Ah, ese sí que es un pensamiento agradable, Rapiña.

—¿Y quién ha dicho que todo lo que se piensa tiene que ser bonito? Nadie.

—Lo habría dicho yo, solo que no se me ocurrió.

—Ja, ja.

Llegó hasta ellas el sonido fuerte y cansino de los cascos de un caballo. Un momento después apareció el capitán Paran, que llevaba a su caballo por las riendas.

—Ha sido un día muy largo, capitán —dijo Rapiña—. Tenemos un poco de té si te apetece.

Paran enroscó las riendas alrededor del pomo de la silla y se acercó.

—La última hoguera que queda entre los Abrasapuentes. ¿Es que vosotras dos no dormís nunca?

—Podríamos preguntarte lo mismo a ti, señor —respondió Rapiña—. Pero ya sabemos todos que el sueño es para los débiles, ¿verdad?

—Depende de lo pacífico que sea, diría yo.

—En eso el capitán tiene razón —le dijo Mezcla a Rapiña.

—Bueno —bufó la cabo—. Yo soy muy pacífica cuando duermo.

Mezcla lanzó un gruñido.

—Eso es lo que tú te crees.

—Nos ha llegado recado —dijo Paran mientras aceptaba la taza de la humeante infusión que le ofrecía Rapiña— de los moranthianos negros.

—Han hecho un reconocimiento de Setta.

—Sí. Allí no hay nadie. Por lo menos que respire. La ciudad entera es una gran necrópolis.

—¿Entonces por qué continuamos hacia allí? —preguntó Rapiña—. A menos que no…

—Hacia allí vamos, cabo.

—¿Para qué?

—Marchamos hacia Setta porque no marchamos hacia Lest.

—Bueno —suspiró Mezcla—, me alegro de que eso haya quedado claro.

Paran tomó un sorbo de té.

—He elegido un segundo al mando —dijo después.

—¿Un segundo, señor? —preguntó Rapiña—. ¿Por qué?

—Por razones obvias. En cualquier caso, te he elegido a ti, Rapiña. Ahora eres teniente. Whiskeyjack ha dado su bendición. En mi ausencia, serás tú la que te pongas al mando de los Abrasapuentes…

—No, gracias, señor.

—No voy a discutirlo, Rapiña. Tu rango de teniente ya está recogido en los registros. Es oficial, con el sello de Dujek y todo.

Mezcla le dio un codazo.

—Felicidades, oh, supongo que debería haberte hecho un saludo militar.

—Cállate —gruñó Rapiña—. Pero tienes razón en una cosa, no me vuelvas a empujar, mujer.

—Es una orden difícil de seguir… señor.

Paran se terminó el té y se irguió.

—Solo tengo una orden para ti, teniente.

Rapiña levantó la cabeza y lo miró.

—¿Capitán?

—Los Abrasapuentes —dijo Paran y su expresión se hizo grave de repente—. Que no se separen, pase lo que pase. Que se mantengan juntos, teniente.

—Eh, sí, señor.

Observaron a Paran, que regresó con su caballo y se lo llevó.

Ninguna de las dos mujeres dijo mucho durante un rato pero después Mezcla suspiró.

—Vamos a la cama, Rapiña.

—Sí.

Apagaron con los pies los restos de la hoguera y la oscuridad las envolvió. Mezcla se acercó un poco más y enlazó un brazo con el de Rapiña.

—Todo se reduce —murmuró— a lo que oculta la noche…

Y una mierda del Embozado. Todo se reduce a lo que el capitán dijo entre líneas. Eso es lo que tengo que averiguar. Algo me dice que esto es el fin del sueño tranquilo para la teniente Rapiña…

Se alejaron sin prisa de las brasas moribundas y las tragó la oscuridad.

Unos momentos después nada se movía, las estrellas arrojaban su tenue luz plateada sobre el campamento de los Abrasapuentes. Las tiendas remendadas carecían de color bajo aquel fulgor apagado y espectral. Una escena fantasmal y extrañamente intemporal. Una escena que revelaba su propio tipo de paz.

Whiskeyjack entró en la tienda de mando de Dujek. Como era de esperar, el puño supremo estaba preparado para recibirlo. Un farol en la mesa de campaña, dos jarras de cerveza y un gran trozo de queso de cabra de Gadrobi. El propio Dujek estaba sentado en una de las sillas, con la cabeza gacha y dormido.

—Puño supremo —dijo Whiskeyjack mientras se quitaba los guanteletes con los ojos posados en la cerveza y el queso.

El anciano comandante gruñó, se irguió en la silla y parpadeó.

—Estoy aquí.

—La hemos perdido.

—Una pena. Tienes que tener hambre, así que voy a… Ah, bien. Tú sigue comiendo y déjame hablar a mí. —Se inclinó hacia delante y cogió su jarra—. Artanthos ha encontrado a Paran y le ha dado las órdenes. Así que el capitán va a preparar a los Abrasapuentes, ellos no sabrán para qué y seguramente será lo mejor. En cuanto al propio Paran, de acuerdo, Ben el Rápido me ha convencido. Una pena, aunque seré honesto y diré que por lo que a mí respecta, echaremos más de menos al mago que a ese muchacho de noble cuna…

Whiskeyjack levantó una mano para detener a Dujek y tragó lo que le quedaba del queso con un trago de cerveza.

El puño supremo suspiró y esperó.

—Dujek…

—Sacúdete las migas de la barba —gruñó el puño supremo—, porque supongo que querrás que te tome en serio.

—Unas palabras sobre Paran. Con la pérdida de Velaja… es decir, de Zorraplateada, no podemos subestimar el valor que puede tener el capitán para nosotros. No, no solo para nosotros. Para el propio Imperio. Ben el Rápido ha sido inflexible sobre el tema. Paran es el señor de la Baraja. En su interior está el poder para remodelar el mundo, puño supremo. —Hizo una pausa y caviló sobre sus propias palabras—. Bueno, quizá no haya posibilidad de que Laseen recupere jamás el favor de ese hombre pero, como mínimo, haría bien en evitar que empeore la relación.

Dujek levantó las cejas.

—Se lo aconsejaré la próxima vez que la vea.

—De acuerdo. Disculpa. Seguro que la emperatriz es consciente…

—Sin duda. Como decía, sin embargo, lo peor es la pérdida de Ben el Rápido. Es decir, desde mi punto de vista.

—Bueno, señor, lo que el mago tiene en mente… eh, estoy de acuerdo con él en que cuanto menos sepan Brood y compañía, mejor. Siempre y cuando la división de fuerzas proceda como está planeado, no tendrán motivos para no creer que Ben el Rápido marcha al mismo paso que los demás.

—La locura del mago…

—Puño supremo, la locura del mago nos ha salvado el pellejo más de una vez. No solo el mío y el de los Abrasapuentes, sino el tuyo también…

—Y soy muy consciente de ello, Whiskeyjack. Perdona los temores de un viejo, por favor. Fueron Brood, Rake y los tiste andii… y también los malditos dioses ancestrales, los que se suponía que se tenían que interponer en el camino del dios Tullido. Son los que cuentan con un sinfín de sendas y niveles aterradores de potencia, no nosotros, no un mago mortal de un pelotón y un joven capitán noble que ya ha

muerto una vez. Aunque no compliquen todavía más las cosas, mira los enemigos que nos vamos a ganar.

—Suponiendo que nuestros actuales aliados sean tan miopes como para no entender lo que está pasando.

—Whiskeyjack, somos malazanos, ¿recuerdas? Se supone que nada de lo que hacemos ha de revelar un solo ápice de nuestros planes a largo plazo, se supone que los imperios mortales no piensan con tanto adelanto. Y a ti y a mí se nos da muy bien seguir ese principio, demonios. Que el Embozado me lleve, Laseen ha invertido la estructura de mando por una razón, lo sabes.

—Para que las personas adecuadas estén ahí, donde deben, cuando se pongan en marcha Tronosombrío y Cotillion, sí.

—No solo ellos, Whiskeyjack.

—Esto deberíamos hacérselo saber a Ben el Rápido, a todos los Abrasapuentes, de hecho.

—No. En cualquier caso, ¿no crees que tu mago ya lo habrá descubierto?

—Si es así, ¿entonces por qué envió a Kalam tras la emperatriz?

—Porque a Kalam hay que convencerlo en persona, por eso. Un cara a cara con la emperatriz. Ben el Rápido lo sabía.

—Entonces yo debo de ser el único zoquete de todo este juego imperial —suspiró Whiskeyjack.

—Quizás el único honorable de verdad, en cualquier caso. Mira, sabíamos que el dios Tullido se estaba preparando para ponerse en marcha. Sabíamos que los dioses complicarían las cosas. Admito que no anticipamos que los dioses ancestrales se iban a involucrar, pero tampoco tiene tanta importancia, ¿no? De lo que se trata es que sabíamos que iba a haber problemas. Y que los íbamos a tener por más de un sitio, ¿pero cómo íbamos a adivinar que lo que estaba

pasando en el Dominio Painita tenía alguna relación con los esfuerzos del dios Tullido?

»Aun así, no creo que fuera una simple casualidad que tuvieran que ser un par de abrasapuentes las que se tropezaron con ese agente del Encadenado, ese artesano enclenque de Darujhistan; ni que Ben el Rápido estuviera allí para confirmar la llegada de la Casa de las Cadenas. Laseen ha entendido desde un principio el valor de una buena ubicación táctica, que siempre da resultado; bien sabe el Embozado que fue ella la que le enseñó eso al emperador, no al revés. Los paseos por las sendas de bolsillo del dios Tullido, continuamente ha sido así. Que vagara hasta las colinas entre Pale y Darujhistan fue una oportunidad que el Tullido no podía dejar pasar; si iba a hacer algo, tenía que actuar. Y lo atrapamos. Quizá no del modo que habíamos anticipado, pero lo atrapamos.

—Bien —murmuró Whiskeyjack.

—En cuanto a Paran, también tiene su lógica. Tayschrenn estaba preparando a Velajada para el papel de señora de la baraja, después de todo. Y cuando eso se fue al garete, bueno, quedó un efecto residual, que recayó directamente en el hombre que más cerca tenía ella en ese momento. No en el plano físico, pero sí en el espiritual. En todo esto, Whiskeyjack (si miramos las cosas en retrospectiva), el único zoquete de verdad fue Bellurdan el crujecráneos. Jamás sabremos lo que pasó entre él y Velajada en esa llanura, pero por el abismo que apesta a uno de los peores desastres de la historia imperial. Que el papel de señor de la Baraja recayera sobre un malazano y no sobre algún pastor gadrobi que pasara por allí, bueno, digamos que Oponn nos sonrió esa vez, y mejor no decir nada más, me temo.

—Ahora soy yo el que está preocupado —dijo Whiskeyjack—. Hemos sido demasiado listos, con diferencia,

con lo que me pregunto quién está manipulando a quién. Hemos estado jugando a las sombras con el señor de las Sombras, hemos estado agitando las cadenas del dios Tullido y ahora le damos a Brood más tiempo sin que él lo sepa siquiera, mientras desafiamos a los t'lan imass, o al menos pretendemos hacerlo…

—Hay que aprovechar la oportunidad, Whiskeyjack. Las dudas son fatales. Cuando te encuentras en medio de un río ancho y embravecido, solo se puede nadar en una dirección. Somos nosotros los que tenemos que mantener la cabeza de Laseen fuera del agua, y por medio de ella, la del Imperio de Malaz. Si Brood blande el martillo en nombre de Ascua, nos ahogamos todos. La ley, el orden, la paz… la civilización, todo desaparece.

—Así que para evitar que Brood blanda el martillo, nos sacrificamos desafiando al dios Tullido. Nosotros, un puñetero ejército agotado que ya ha sido diezmado por uno de los ataques de pánico de Laseen.

—Será mejor que le perdones sus ataques de pánico, Whiskeyjack. Demuestra que es mortal, después de todo.

—Y prácticamente borra de la faz de la tierra a los Abrasapuentes en Pale…

—Eso fue un accidente y si bien no lo supiste en su momento, ahora lo sabes. Tayschrenn les ordenó que permanecieran en los túneles porque pensó que era el lugar más seguro. El más seguro.

—Parecía más bien que alguien quería que nos convirtiéramos en una baja colateral —dijo Whiskeyjack. *No, nosotros no. Yo. Maldito seas, Dujek, me obligas a sospechar que sabías más de lo que yo creía. Que Beru me proteja, espero equivocarme*…—. Y con lo que pasó en Darujhistan…

—Lo que pasó en Darujhistan fue un desastre. Falta de comunicación por todas partes. Fue demasiado pronto

después de el Asedio de Pale, demasiado pronto para todos.

—Así que no fui el único que se puso nervioso.

—¿En Pale? No. Que el Embozado nos lleve, lo estábamos todos. Esa batalla no fue según lo planeado. Tayschrenn creía de verdad que podía acabar con Engendro de Luna y obligar a Rake a salir a campo abierto. Y si no lo hubieran dejado prácticamente solo en el ataque, las cosas bien podrían haber salido de forma diferente. Por lo que supe después, Tayschrenn no sabía entonces quién era en realidad Escalofrío, pero sabía que la maga se estaba acercando a la espada de Rake. Ella y Bellurdan, al que la maga estaba utilizando para que investigara por ella. Parecía un juego de poder, un juego privado y Laseen no estaba dispuesta a permitirlo. E incluso entonces, Tayschrenn solamente la golpeó cuando Escalofrío acabó con A’Karonys, el mismo mago supremo que acudió a Tayschrenn con sus sospechas sobre ella. Cuando dije que la muerte de Velajada a manos de Bellurdan fue el peor desastre de la historia malazana, puede decirse que el día de Pale ocupa un indiscutible segundo lugar.

—En los últimos tiempos ha habido más de uno y de dos…

Dujek asintió poco a poco, le brillaban los ojos bajo la luz del farol.

—Y yo diría que todo comenzó con la matanza a manos de los t’lan imass de los ciudadanos de Aren. Pero, como ocurrió incluso con ese, con cada desastre se descubren nuevas verdades. Laseen no dio esa orden, pero alguien lo hizo. Alguien regresó para sentarse en el primer trono (y se suponía que ese alguien estaba muerto) y utilizó a los t’lan imass para vengarse de Laseen, para minar su dominio sobre el Imperio. Mira tú, el primer indicio de que el emperador Kellanved no estaba tan muerto como hubiéramos querido.

—E igual de loco, sí. Dujek, creo que estamos a punto de meternos en otro desastre.

—Espero que te equivoques. En cualquier caso, esta noche era yo el que necesitaba que me levantaran la moral, no tú.

—Bueno, supongo que ese es el precio de haber invertido los puestos de mando…

—A pesar de todo lo que he dicho, se me ocurre una nueva observación, Whiskeyjack, y no es de las más agradables.

—¿Y cuál es?

—Estoy empezando a pensar que no estamos tan seguros de lo que estamos tramando como creemos estar.

—¿A quién te refieres con ese «estamos»?

—Al Imperio. Laseen. Tayschrenn. En cuanto a ti y a mí, bueno, somos los últimos monos y lo poco que sabemos ni siquiera se acerca a lo que necesitamos saber. Nos metimos en el asalto contra Engendro de Luna en Pale sin saber prácticamente nada de lo que estaba pasando en realidad. Y si yo no hubiera arrinconado a Tayschrenn después, seguiríamos igual de ignorantes.

Whiskeyjack estudió los restos de cerveza que quedaban en la jarra.

—Ben el Rápido es listo —murmuró—. La verdad es que no sé cuánto ha averiguado. A veces puede ser muy reservado.

—Supongo que sigue dispuesto.

—Oh, sí. Y ha dejado claro que ha adquirido una fe muy poderosa en Ganoes Paran. En ese nuevo señor de la Baraja.

—¿Y eso te parece raro?

—Un poco. A Paran lo ha utilizado un dios. Ha caminado por el interior de la espada *Dragnipur*, tiene la sangre de un mastín de Sombra corriendo por sus venas. Y ninguno de

nosotros sabe qué cambios ha provocado en él todo eso, o siquiera lo que auguran. Ese hombre ha sido cualquier cosa salvo predecible y es casi imposible de manejar; oh, desde luego que cumple las órdenes que le doy, pero tengo la sensación de que si Laseen cree que puede utilizarlo, posiblemente se lleve una sorpresa.

—Te cae bien el tipo, ¿verdad?

—Lo admiro, Dujek. Por su resistencia, por su capacidad para examinarse con un valor despiadado y, sobre todo, por su humanidad intrínseca.

—Suficiente para tener fe en él, diría yo.

Whiskeyjack hizo una mueca.

—Apuñalado por mi propia espada.

—Mejor que por la de otro.

—Estoy pensando en retirarme, Dujek. Cuando termine esta guerra.

—Me lo había imaginado, amigo mío.

Whiskeyjack levantó la cabeza.

—¿Crees que esa mujer me dejará?

—No creo que debiéramos dejarla elegir.

—¿He de ahogarme como hicieron Costra y Urko? ¿Tendrán que verme asesinado para que luego se desvanezca mi cuerpo, como Dassem?

—Suponiendo que ninguno de esos casos se dio en realidad…

—Dujek…

—Está bien, pero tienes que admitir que persisten ciertas dudas.

—No las comparto y un día buscaré a Duiker y le obligaré a contarme la verdad; si alguien la sabe, es ese historiador excéntrico.

—¿Ben el Rápido ya ha sabido algo de Kalam?

—A mí no me lo ha dicho si ha sabido algo.

—¿Dónde está tu mago ahora mismo?

—La última vez que lo vi, estaba de charla con esos mercaderes de Trygalle.

—Con la que se avecina, ese hombre debería intentar dormir un poco.

Whiskeyjack dejó la jarra en la mesa y se levantó.

—Y nosotros también, amigo mío —dijo con una mueca al apoyar demasiado peso en la pierna mala—. ¿Cuándo llegan los moranthianos negros?

—Dentro de dos noches.

Whiskeyjack lanzó un gruñido y después giró hacia la salida de la tienda.

—Buenas noches, Dujek.

—Buenas noches, Whiskeyjack. Ah, una última cosa.

—¿Sí?

—Tayschrenn. Lleva tiempo queriendo disculparse contigo. Por lo que les pasó a los Abrasapuentes.

—Sabe dónde encontrarme, Dujek.

—Quiere un momento como es debido.

—¿Y qué es un momento como es debido?

—No estoy seguro, pero todavía no se ha presentado.

Whiskeyjack no dijo nada durante media docena de latidos, después estiró el brazo para coger la solapa de la tienda.

—Hasta mañana, Dujek.

—Sí —respondió el puño supremo.

Cuando Whiskeyjack llegó a su tienda vio de pie delante de ella una figura alta envuelta en una túnica negra.

El guerrero sonrió al acercarse.

—Te echaba de menos.

—Y yo a ti —respondió Korlat.

—Brood te ha tenido muy ocupada. Ven dentro, no tardaré ni un momento en encender el farol.

La oyó suspirar tras él cuando entraron en la tienda.

—Preferiría que no te molestaras.

—Bueno, tú puedes ver en la oscuridad, pero…

La mujer lo hizo girar y se apoyó en él con un murmullo.

—Si ha de haber conversación, que sea corta, por favor. Lo que deseo no se responde con palabras.

El guerrero la abrazó.

—Solo me preguntaba si habías encontrado a Zorraplateada.

—No. Parece que es capaz de viajar por senderos que yo pensaba que ya no existían. En su lugar, llegaron dos de sus lobos no muertos… para escoltarme hasta casa. Son unas criaturas… inusuales.

Whiskeyjack recordó el día que había visto por primera vez a los t'lan ay alzándose como el polvo entre las hierbas amarillas. Habían encontrado sus formas bestiales hasta que las colinas enteras quedaron cubiertas.

—Lo sé. Hay algo extraño y desproporcionado en ellos…

—Sí, tienes razón. Ofenden a la vista. Miembros demasiado largos, hombros demasiado grandes, pero con el cuello corto y la mandíbula ancha. Pero es algo más que su aspecto físico lo que me parece… alarmante.

—¿Más que los t'lan imass?

Korlat asintió.

—Hay, dentro de los t'lan imass, un vacío, como una cavidad ennegrecida por el humo. Pero no con los t'lan ay. Dentro de esos lobos… veo dolor. Un dolor eterno…

La mujer se estremeció entre los brazos de Whiskeyjack, que no dijo nada. *Tú ves en los ojos de esos lobos, mi querida amante, lo que yo veo en los tuyos. Y es ese reflejo, ese reconocimiento, lo que te ha alterado tanto*…

—Al llegar al campamento —continuó Korlat— se convirtieron en polvo. En un momento dado trotaban a ambos lados y al siguiente… habían desaparecido. No sé por qué, pero eso me afectó más que nada.

Porque es lo que nos aguarda a todos. Incluso a ti, Korlat.

—Se suponía que esta conversación iba a ser corta. Se acabó. Ven a la cama, mujer.

Ella se miró en los ojos de su amante.

—¿Y después de esta noche?

El guerrero hizo una mueca.

—Puede que pase un tiempo, sí.

—Ha vuelto Arpía.

—¿Ah, sí?

Korlat asintió. Estaba a punto de decir algo más pero luego dudó, buscó algo en los ojos de Whiskeyjack y no dijo nada.

Setta, Lest, Maurik. Las ciudades estaban vacías. Sin embargo, los ejércitos se iban a dividir de todos modos. Y ninguno decía por qué. Ambos bandos de la alianza tenía cosas que ocultar, secretos que mantener y cuanto más se acercaban a Coral, más problemático era mantener esos secretos.

Buena parte de los tiste andii se han desvanecido. Han desaparecido con Rake y es muy probable que hayan ido a Engendro de Luna. ¿Pero dónde está Engendro de Luna? Y, en el nombre del Embozado, ¿qué están planeando? ¿Llegaremos a Coral solo para encontrarnos con que la ciudad ya ha caído, que el Vidente Painita está muerto, que su alma se la ha llevado Dragnipur *y que una montaña inmensa pende sobre nosotros?*

Los moranthianos negros lo han registrado todo en busca de esa maldita roca flotante… en vano.

Y luego están nuestros secretos. Vamos a enviar a Paran y a los Abrasapuentes por delante; que el Embozado nos lleve, estamos haciendo mucho más que eso.

Este es un inoportuno juego de poder, un juego inminente… todos sabíamos que iba a llegar. Setta, Lest, Maurik. El juego sutil ya no lo es tanto.

—Mi corazón es tuyo, Korlat —le dijo Whiskeyjack a la mujer que tenía en sus brazos—. Nada más me importa. Nada, ni nadie…

—Por favor, no te disculpes por lo que ni siquiera ha ocurrido todavía. No hables siquiera de ello.

—No creo que me estuviera disculpando, muchacha.

Mentiroso. Lo estabas haciendo. A tu manera te estabas disculpando.

La mujer aceptó la mentira con una sonrisa irónica.

—Muy bien.

Más tarde, Whiskeyjack recordaría sus palabras y pensaría que ojalá hubieran sido más limpias, despojadas de cualquier intención oculta.

Con los ojos irritados por la falta de sueño, Paran observó a Ben el Rápido terminar su conversación con Haradas y después dejar la compañía de la mercader de Trygalle para reunirse con el capitán.

—Los zapadores van a ponerse furiosos —dijo Paran cuando los dos reanudaron su paseo hacia el campamento malazano, recién montado en la orilla sur del río Catlin.

Ben el Rápido se encogió de hombros.

—Me llevaré a Seto a un lado para charlar un momento. Después de todo, Violín es casi un hermano para él y, con el lío en el que se ha metido el tipo, necesita toda la ayuda que

pueda conseguir. El único problema es si los de Trygalle pueden llevarle el paquete a tiempo.

—Son un equipo extraordinario, esos mercaderes.

—Están locos, haciendo lo que hacen. Lo único que los mantiene con vida es la audacia, pura y dura.

—Yo añadiría que también cierta habilidad para viajar por sendas hostiles, Ben.

—Esperemos que con eso baste —respondió el mago.

—No eran solo municiones moranthianas, ¿verdad?

—No. La situación en Siete Ciudades no podría ser más desesperada. En cualquier caso, he hecho lo que he podido. En cuanto a su efectividad, ya veremos.

—Eres un hombre notable, Ben el Rápido.

—No, de eso nada. Y ahora será mejor que hablemos de este asunto lo menos posible. Seto mantendrá la boca cerrada y Whiskeyjack también…

—¡Caballeros! ¡Qué tarde tan bonita hace!

Los dos hombres se dieron la vuelta en redondo al oír la voz que bramaba justo detrás de ellos.

—¡Kruppe! —siseó Ben el Rápido—. Serás escurridizo…

—Vamos, vamos, Kruppe te ruega que seas indulgente. Fue una simple y feliz coincidencia que Kruppe oyera tus admirables palabras cuando casi estuvo a punto de tropezar sin ruido con vuestras mercedes ¡y, de hecho, ahora no desea más que participar, oh, con toda humildad, en tan valerosa empresa!

—Si le dices una sola palabra de esto a alguien —gruñó Ben el Rápido—, te rebano la garganta.

El daru sacó su andrajoso pañuelo y se secó la frente; tres rápidos movimientos que parecieron dejar la tela de seda empapada de sudor.

—Kruppe le asegura al letal mago que el silencio es como la querida más íntima de Kruppe, una amante invisible e

imposible de ver, insospechada y fiel. Si bien, y al mismo tiempo, Kruppe proclama que los leales habitantes de Darujhistan se unirán a tan noble causa, el propio Baruk lo asegura y lo haría en persona si pudiera. Pero, cielos, no puede ofrecer más que esto. —Y con eso Kruppe extrajo con un floreo una pequeña bola de cristal del pañuelo y luego la dejó caer al suelo. La bola se rompió con un suave tintineo. Se alzaron unas brumas y se revolvieron hasta la altura de la rodilla entre el daru y los dos malazanos, después adoptaron poco a poco la forma de un bhokaral.

—¡Aaah! —murmuró Kruppe—. Unas criaturas de lo más horrendas, de hecho ofenden a la vista.

—Solo porque te pareces demasiado a ellas —señaló Ben el Rápido con los ojos clavados en la aparición.

El bhokaral giró el cuello y lo levantó para mirar al mago con unos ojos negros y brillantes en una cabeza negra del tamaño de un pomelo. La criatura enseñó los dientes puntiagudos como agujas.

—¡Saludos! ¡Baruk! ¡Amo! ¡Querría ayudar!

—Un esfuerzo por desgracia lacónico por parte del bueno de Baruk, que sin duda ha estado trabajando demasiado —dijo Kruppe—. Sus mejores conjuros hacen gala de cierta elegancia lingüística, cuando no de una fluidez afable, mientras que esta… cosa, cielos, muestra…

—Cállate, Kruppe —dijo Ben el Rápido. Después le habló al bhokaral—. Por inusual que suene, me gustaría contar con la ayuda de Baruk, pero me da que pensar el interés del alquimista. Después de todo, es una rebelión en Siete Ciudades. Un asunto malazano.

La cabeza del bhokaral se meció de arriba abajo.

—¡Sí! ¡Baruk! ¡Amo! ¡Raraku! ¡Azath! ¡Gran! —La cabeza volvió a subir y bajar a toda prisa.

—¿Gran? —lo imitó Paran.

—¡Gran! ¡Peligro! ¡Azath! ¡Icarium! ¡Más! ¡Coltaine! ¡Admira! ¡Honor! ¡Aliados! ¡Sí! ¿Sí?

—Algo me dice que esto no va a ser fácil —murmuró Ben el Rápido—. De acuerdo, vamos a concretar los detalles.

Paran se dio la vuelta al oír un jinete que se acercaba. Apareció una figura, borrosa bajo la luz de las estrellas. El primer detalle que observó el capitán fue el caballo, un caballo de batalla poderoso, orgulloso, y era obvio que irritable. La mujer que montaba el animal era, por el contrario, poco atractiva, con una armadura lisa y vieja; el rostro que asomaba bajo el borde del casco era el de una mujer de mediana edad sin rasgos marcados aparentes.

La mirada de la recién llegada se posó en Kruppe, el bhokaral y Ben el Rápido. Sin cambiar de expresión se dirigió a Paran.

—Capitán, me gustaría hablar contigo en privado, señor.

—Como desees —respondió el otro, y la llevó a doce metros de los demás—. ¿Es lo bastante privado?

—Bastará —respondió la mujer al tiempo que paraba y desmontaba. Después se acercó a él—. Señor, soy la destriant de las Espadas Grises. Tus soldados retienen a un prisionero y he venido a solicitar de modo oficial que lo pongan bajo nuestro cuidado.

Paran parpadeó y después asintió.

—Ah, debe de ser Anaster, que antaño comandaba a los Tenescowri.

—Así es, señor. Todavía no hemos terminado con él.

—Ya veo… —El capitán dudó.

—¿Se ha recuperado de sus heridas?

—¿El ojo que perdió? Lo han tratado nuestros sanadores.

—Quizá —dijo la destriant— debería trasladarle mi solicitud al puño supremo Dujek.

—No, no será necesario. Puedo hablar en nombre de los malazanos. Por eso mismo, sin embargo, debo hacerte primero unas preguntas.

—Como desees, señor. Puedes proceder.

—¿Qué tenéis intención de hacer con el prisionero?

La mujer frunció el ceño.

—¿Señor?

—No toleramos la tortura, sea cual sea su crimen. Si es necesario, nos veríamos obligados a extender nuestra protección sobre Anaster y por tanto rechazar vuestra solicitud.

La mujer apartó los ojos por un instante y después clavó la mirada firme en el capitán una vez más; fue entonces cuando Paran se dio cuenta que era mucho más joven de lo que él había supuesto en un principio.

—La tortura, señor, es un término relativo.

—¿Lo es?

—Por favor, señor, permíteme continuar.

—Muy bien.

—Ese hombre, Anaster, es muy posible que vea como tortura lo que queremos para él, pero ese es un miedo nacido de la ignorancia. No se le hará daño alguno. De hecho, mi yunque del escudo pretende justo lo contrario con ese desafortunado hombre.

—Quiere quitarle el dolor.

La destriant asintió.

—Te refieres a un abrazo espiritual… Como el que Itkovian le dio a Rath'Fener.

—Incluso así, señor.

Paran se quedó callado un momento.

—¿Y esa idea aterroriza a Anaster? —dijo después.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque en su interior no conoce nada más. Ha equiparado su identidad entera con el dolor de su alma. Y, por tanto, teme su fin.

Paran se volvió hacia el campamento malazano.

—Sígueme —dijo.

—¿Señor? —le preguntó la mujer a su espalda.

—Es todo tuyo, destriant. Con mis bendiciones.

La mujer tropezó entonces contra su caballo, que gruñó y se apartó.

Paran giró en redondo.

—Qué…

La mujer se irguió, se llevó una mano a la frente y después sacudió la cabeza.

—Lo siento. Hubo… un peso… cuando usaste esas últimas palabras.

—Cuando usé… Ah.

Oh. Por el aliento del Embozado, Ganoes, pero qué puñetero descuido.

—¿Y? —preguntó el capitán de mala gana.

—Y… no estoy segura, señor, pero creo que harías bien en hacer un ejercicio de prudencia en el futuro.

—Sí, creo que tienes razón. ¿Te has recuperado lo suficiente para continuar?

La mujer asintió y recogió las riendas de su caballo.

No pienses en ello, Ganoes Paran. Tómatelo como una advertencia y nada más. No le has hecho nada a Anaster, ni siquiera conoces al tipo. Una advertencia, y más vale que le hagas caso, diablos…

Capítulo 22



¡El vidrio es arena y la arena es vidrio!
La hormiga bailando a ciegas como hacen las ciegas hormigas
en el labio del borde y el borde del labio.

Blanco en la noche y gris en el día,
sonriente araña nunca sonríe, pero sonreír es lo que hace,
aunque la hormiga nunca lo ve, ciega como es,

¡y ahora era!

Cuentos para asustar a los niños
Malesen, el Vengativo (¿n?)

—Un pánico sin sentido, a fe mía, la hace crisparse.

Le contestó la voz del vidente del Dominio sobre él.

—Pienso que ha crecido de forma… excesiva en los últimos días, mi sagrado señor.

La respuesta del Vidente Painita fue un chillido.

—¿Te crees que no lo veo? ¿Te crees que estoy ciego?

—Sois sabio y todo lo sabéis —dijo con voz profunda el oficial vidente del Dominio—. Yo solo expresaba mi preocupación, mi sagrado señor. Él ya no puede caminar y parece costarle mucho respirar con ese pecho deformado.

«Él»… tullido… costillas arrugadas como manos esqueléticas que ciñen los pulmones, cada vez con más fuerza. Vidente del Dominio. Soy yo a quien describes.

¿Pero quién soy?

Sentí poder una vez. Hace ya mucho tiempo.

Hay un lobo.

Un lobo. Atrapado en esta jaula, mi pecho, estos huesos, sí, no puede respirar. Duele tanto respirar.

Los aullidos han desaparecido. Silenciados. El lobo no puede llamar… llamar…

¿A quién?

Posé la mano, una vez, en el lomo peludo de la loba. Cerca del cuello. No habíamos despertado todavía, ella y yo. Tan cerca, viajábamos juntos, pero no habíamos despertado… qué trágica ignorancia. Sin embargo, la loba me había regalado sus visiones mortales, su única historia, tal y como ella la conocía, mientras que en lo más profundo de su corazón dormía…

… dormía mi amada.

—Mi sagrado señor, el abrazo de vuestra madre lo matará, si se lo devolviéramos…

—¿Osas darme órdenes? —siseó el Vidente, y había un temblor en su voz.

—Yo no ordeno, mi sagrado señor. Establezco un hecho.

—¡Ultentha! ¡Mi querido septarca, adelántate! Sí, mira a ese hombre que yace a los pies de tu vidente del Dominio. ¿Cuál es tu opinión?

—Mi sagrado señor —una voz nueva, más suave—, mi más probado sirviente está en lo cierto. Los huesos de ese hombre están tan aplastados…

—¡Ya lo veo! —chilló el Vidente.

—Mi sagrado señor —continuó el septarca—, aliviadlo de este horror.

—¡No! ¡No lo haré! ¡Es mío! ¡Es de madre! Lo necesita, alguien a quien abrazar, ¡lo necesita!

—Su amor está resultando letal —dijo el vidente del Dominio.

—¿Osáis desafiarme los dos? ¿He de reunir a mis alados? ¿Para enviaros a los dos al olvido? ¿Para que luchen y se peleen por lo que quede? ¿Sí? ¿He de hacerlo?

—Como mi sagrado señor desee.

—¡Sí, Ultentha! ¡Exacto! ¡Como yo desee!

El vidente del Dominio habló entonces.

—¿Se lo devuelvo entonces a la matrona, mi sagrado señor?

—Todavía no. Déjalo ahí. Me divierte la visión que me ofrece. Bien. Ultentha, tu informe.

—Hemos completado las trincheras, mi sagrado señor. El enemigo cruzará las marismas y se encontrará con la muralla de la ciudad. No enviarán exploradores al risco boscoso de la derecha, apostaría mi alma en ello.

—Ya lo has hecho, Ultentha, ya lo has hecho. ¿Y qué hay de esos malditos grandes cuervos? Si uno solo ha visto…

—Vuestros alados los han expulsado, mi sagrado señor. Han despejado los cielos y han frustrado así la red de inteligencia del enemigo. Permitiremos que monten sus campamentos en las marismas y después nos alzaremos de nuestras posiciones secretas y descenderemos sobre su flanco. Un ataque coordinado con el asalto de los magos del cuadro desde las murallas y otro de los alados desde el cielo, así como la incursión del septarca Inal, que partirá de las puertas de la ciudad; mi sagrado señor, la victoria será nuestra.

—Quiero a Caladan Brood. Quiero que me entreguen su martillo. Quiero a los malazanos aniquilados. Quiero que los dioses barghastianos se arrastren a mis pies. Pero sobre todo, ¡quiero a las Espadas Grises! ¿Comprendido? Quiero a ese hombre, Itkovian; entonces tendré un sustituto para mi

madre. Así que escuchadme bien, si queréis misericordia para Toc el Joven, traedme a Itkovian. Vivo.

—Se cumplirá vuestra voluntad, mi sagrado señor —dijo el septarca Ultentha.

Se cumplirá su voluntad. Es mi dios. Lo que él desea, todo lo que desea. El lobo no puede respirar. El lobo se muere.

Él… nos morimos.

—¿Y dónde está ahora el enemigo, Ultentha?

—Se han dividido; fue hace dos días, cuando cruzaron el río.

—¿Pero no son conscientes de que las ciudades hacia las que marchan están muertas?

—De ello debieron informarles sus grandes cuervos, mi sagrado señor.

—¿Entonces qué están tramando?

—No estamos seguros. Vuestros alados no se atreven a acercarse demasiado, nadie ha advertido su presencia todavía, según creo, y es mejor mantenerla así.

—Cierto. Bueno, quizá se imaginen que hemos puesto trampas, tropas ocultas o algo parecido, y temen un ataque sorpresa por detrás si se limitaran a no entrar en las ciudades.

—Su cautela nos concede a nosotros más tiempo, mi sagrado señor.

—Son unos necios, se han crecido con la victoria en Capustan.

—Así es, mi sagrado señor. Por la que pagarán un coste muy elevado.

Todo el mundo paga. Nadie escapa. Creí que estaba a salvo. El lobo era un poder en sí mismo, se estiraba, despierto. Era adonde yo huía.

Pero el lobo escogió al hombre equivocado, el cuerpo equivocado. Cuando bajó para llevarse mi ojo (ese destello gris, ardiente, que yo pensé que era una piedra) yo estaba entero, era joven, sano.

Pero ahora me tiene la matrona. Piel vieja que le cuelga de unos brazos inmensos, el olor de unos nidos de serpientes abandonados. La contracción de su abrazo, y los huesos que se rompen, una y otra vez. Ha habido tanto dolor, un trueno incesante en los últimos tiempos. He sentido su pánico, como ha dicho el Vidente. Eso ha sido lo que se ha llevado mi mente. Eso ha sido lo que me ha destruido.

Ojalá hubiera seguido destruido. Ojalá nunca volviera a recordar. El conocimiento no es ningún regalo.

Maldita conciencia. Tirado aquí, en este suelo frío, las oleadas de dolor que se alzan poco a poco van alejándose, ya no noto las piernas. Huele a sal. Polvo y moho. Tengo un peso encima de la mano izquierda. La tengo atrapada debajo de mí y comienza a entumecerse.

Ojalá pudiera moverme.

—… sal a los cuerpos. No hay falta de ella. El escorbuto se ha llevado a tantos de los Tenescowri que nuestras tropas apenas dan abasto para reunir los cadáveres, mi sagrado señor.

—Las enfermedades mundanas no acabarán con los soldados, Ultentha. Lo he visto en un sueño. La señora caminaba entre los Tenescowri y mira, la carne de estos se hinchaba, los dedos de las manos y los pies se les pudrían y quedaban negros, se les caían los dientes entre torrentes de saliva roja. Pero cuando se acercó a mis guerreros elegidos, la vi sonreír. Y se dio la vuelta.

—Mi sagrado señor —dijo el vidente del Dominio—, ¿por qué querría Poliel bendecir nuestra causa?

—Lo desconozco, y no me importa. Quizá haya tenido su propia visión de la gloria de nuestro triunfo, o quizá solo ruega nuestro favor. Nuestros soldados continuarán sanos. Y una vez que los invasores queden destruidos, podremos emprender la marcha una vez más, a nuevas ciudades, nuevas tierras y allí la grasa crece en el botín.

Los invasores... entre ellos, mi pueblo. Yo era Toc el Joven, un malazano. Y los malazanos ya vienen...

La carcajada que brotó de su garganta comenzó con suavidad, un sonido líquido que se fue haciendo más fuerte.

Cesó entonces la conversación. El ruido que hacía él era el único en la cámara.

La voz del Vidente surgió justo encima de él.

—¿Y qué es lo que tanto te divierte, Toc el Joven? ¿Puedes hablar? Ah, ¿no te he preguntado eso ya antes?

Toc respondió con un resuello.

—Hablo. Pero tú no me oyes. Nunca me oyes.

—¿Ah, no?

—La hueste de Unbrazo, Vidente. El ejército más letal que ha producido jamás el Imperio de Malaz. Viene a por ti.

—¿Y debería temblar acaso?

Toc se echó a reír otra vez.

—Haz lo que quieras, pero tu madre lo sabe.

—¿Crees que teme a tus estúpidos soldados? Te perdono tu ignorancia, Toc el Joven. Mi querida madre, he de explicar, tiene… terrores antiguos. Engendro de Luna. Pero permíteme que sea más preciso para evitar futuros malentendidos. Engendro de Luna es ahora el hogar de los tiste andii y su temido señor, pero son como lagartos en un templo abandonado. Moran allí sin ser conscientes del magnífico entorno que los rodea. Aunque mi querida madre no alcanza a ver tales detalles. Ahora mismo es poco más que instinto, mi pobrecita loca.

»Los jaghut recuerdan Engendro de Luna. Solo yo estoy en posesión de los papiros relevantes de *La locura de Gothos* que susurran sobre los k'chain nah'rhuk, los colas cortas, hijos bastardos de las matronas, hijos que elaboraron mecanismos que vinculaban hechicerías en modos perdidos mucho tiempo ha, que construyeron fortalezas flotantes inmensas desde las que lanzaban ataques devastadores contra sus parientes de colas largas.

»Oh, al final perdieron. Fueron destruidos. Y no quedó más que una fortaleza flotante, dañada, abandonada a los vientos. Gothos creía que se había alejado a la deriva, hacia el norte, que había chocado con el hielo del viento jaghut y estaba por tanto congelada, atrapada durante milenios. Hasta que la halló el señor de los tiste andii.

»¿Comprendes, Toc el Joven? Anomander Rake no sabe nada de todos los poderes de Engendro de Luna, poderes a los que no tiene forma de acceder aunque supiera de ellos. Mi querida madre recuerda, o al menos parte de ella recuerda. Por supuesto no tiene nada que temer. Engendro de Luna está a más de doscientas leguas de aquí, mis alados la han buscado en las alturas, por las sendas, en todas partes. La única conclusión es que Engendro de Luna ha huido, o al fin ha fracasado. ¿No quedó casi destruida sobre Pale? O eso me has contado.

»Así que ya ves, Toc el Joven, tu ejército malazano no tiene el poder de aterrorizarnos, incluyendo a mi querida madre. La hueste de Unbrazo será aplastada en el asalto a Coral. Así como Brood y sus rhivi. Es más, las Caras Blancas quedarán rotas en mil pedazos, no tienen la disciplina necesaria para este tipo de guerra. Los tendré a todos. Y te daré trocitos de la carne de Dujek Unbrazo, te gustaría probar la carne otra vez, ¿verdad? Algo que no haya sido… regurgitado, ¿no?

No dijo nada aunque el estómago se le encogió con una codicia visceral.

El Vidente se agachó un poco más y tocó con la punta de un dedo la sien de Toc.

—Es tan fácil quebrarte. Todas tus fes. Una por una. Casi demasiado fácil. La única salvación que puedes esperar es la mía, Toc el Joven. Ahora lo entiendes, ¿verdad?

—Sí —respondió.

—Muy bien. Reza, entonces, para que haya misericordia en mi alma. Cierto, todavía la tengo que encontrar yo, aunque admito que no he buscado mucho. Pero quizás exista. Aférrate a eso, amigo mío.

—Sí.

El Vidente se irguió.

—Oigo los llantos de mi madre. Llévalo con ella, vidente del Dominio.

—Como ordenéis, mi sagrado señor.

Unos brazos fuertes cogieron a Toc el Joven y lo levantaron sin esfuerzo del suelo frío.

Lo sacaron de la habitación y en el pasillo, el vidente del Dominio se detuvo.

—Toc, escúchame, por favor. Está encadenada abajo y las cadenas no llegan a toda la habitación. Escucha. Te dejaré fuera del alcance de la matrona. Te traeré comida, agua, mantas… El Vidente no prestará mucha atención a los gritos de su madre, estos días no hace más que gritar. Y tampoco sondeará su mente, hay asuntos de mucha más importancia que lo consumen.

—Hará que te devoren, vidente del Dominio.

—Me devoraron hace mucho tiempo, malazano.

—Yo… siento oír eso.

El hombre que lo sostenía no dijo nada durante un buen rato y cuando al fin habló, se le quebró la voz.

—Tú… tú ofreces compasión. Que el abismo me lleve, Toc, la sensación me sobrepasa. Permite, por favor, que mis pequeños esfuerzos…

—Con gratitud, vidente del Dominio.

—Gracias.

Emprendió el camino una vez más.

Toc habló entonces.

—Dime, vidente del Dominio, ¿el hielo todavía apresa al mar?

—No en toda una legua por lo menos, Toc. Un giro inesperado de las corrientes ha despejado el puerto. Pero las tormentas siguen bramando sobre la bahía y ahí fuera el hielo sigue tronando y agitándose como diez mil demonios en guerra. ¿No lo oyes?

—No.

—Sí, admito que desde aquí apenas se oye. Desde el pasaje de la fortaleza es un auténtico asalto.

—Recuerdo… recuerdo el viento…

—Ya no nos alcanza. Otro rebelde capricho, que yo agradezco.

—En la cueva de la matrona —dijo Toc— no hay viento.

Madera partida, un sonido enfermizo que resonó por todo el fragmento del meckros. Lady Envidia hizo una pausa en su escalada hacia el extremo rasgado e irregular de la calle. La ladera se había hecho de repente más escarpada y los adoquines estaban resbaladizos por la helada. La dama siseó de frustración, después invocó una senda y flotó hasta donde Lanas Tog permanecía justo al borde.

La t'lan imass ni siquiera se tambaleaba sobre su peligrosa percha. El viento le tironeaba de las pieles raídas y

el cabello blanco como el hueso. Las espadas que seguían empalándola brillaban de escarcha.

Al llegar a su lado, lady Envidia vio con más claridad la fuente de aquellos ruidos secos y terribles. Una inmensa sección de hielo había chocado con ellos y se estaba abriendo paso por la base por un canal espumoso de chorros de agua y ráfagas de hielo.

—Oh, vaya —murmuró lady Envidia—. Me parece que nos siguen empujando al oeste.

—Pero seguimos acercándonos a tierra a pesar de todo —respondió Lanas Tog—. Y con eso es suficiente.

—Según este rumbo terminaremos a veinte leguas de Coral y todo ello monte sin civilizar, suponiendo que mis recuerdos del mapa de esta región sean exactos. Estaba tan cansada de caminar, por todos los cielos. ¿Has visto ya nuestra morada? Aparte del suelo inclinado y las alarmantes vistas que hay por la ventana, es bastante suntuosa. No soporto la incomodidad, sabes.

La t'lan imass no respondió sino que continuó mirando hacia el noroeste.

—Sois todos iguales —dijo lady Envidia con desdén—. Hicieron falta semanas para conseguir que Tool estuviera de humor para charlar.

—Ya has mencionado ese nombre antes. ¿Quién es Tool?

—Onos T'oolan, primera espada. La última vez que lo vi, estaba incluso más desaliñado que tú, querida, así que todavía hay esperanzas para ti.

—Onos T'oolan. No lo he visto más que una vez.

—En la primera reunión, sin duda.

—Sí. Habló contra el ritual.

—Así que, por supuesto, lo odias.

La t'lan imass no respondió de inmediato. La estructura cambió con un movimiento violento bajo ellas, el extremo se

inclinó hacia abajo cuando el témpano se apartó de repente y después la estructura se alzó una vez más. En la postura de Lanas Tog no hubo ni una simple vacilación.

—¿Odiarlo? —dijo—. No. Por supuesto que no estaba de acuerdo. Ninguno lo estábamos, así que él se sometió. Es una creencia común.

Lady Envidia esperó y después se cruzó de brazos.

—¿Qué creencia? —preguntó.

—Que la verdad la demuestra el peso de los números. Que lo que muchos creen que es verdad, tiene que serlo. Cuando vea a Onos T'oolan una vez más se lo diré: era él el que tenía razón.

—No creo que guarde rencor, Lanas Tog. Supongo, si pienso en ello, que eso lo hace único entre los t'lan imass, ¿verdad?

—Es la primera espada.

—He tenido otra conversación igual de frustrante con Mok. Verás, me preguntaba por qué sus hermanos y él no te han retado a combatir todavía. Tanto Senu como Thurule se han enfrentado a Tool, y han perdido. Mok era el siguiente. Y resulta que los seguleh no luchan contra mujeres, a menos que los ataquen. Así que, como advertencia, no los ataques.

—No tengo razón para hacerlo, lady Envidia. Si encontrara alguna, sin embargo…

—De acuerdo. Seré más directa. Tanto Senu como Thurule pusieron en apuros a Tool. Contra Mok, bueno, seguramente estaría muy igualado. ¿Tu destreza se puede comparar a la de la primera espada, Lanas Tog? Si de verdad pretendes llegar a la segunda reunión de una pieza y entregar tu mensaje, muestra cierta contención.

El hierro chirrió contra el hueso cuando Lanas Tog se encogió de hombros.

Lady Envidia suspiró.

—Bueno, ¿qué es más deprimente? ¿Intentar mantener una conversación civilizada contigo y los seguleh o quedarme mirando los ojos sufrientes de una loba? Y ni siquiera puedo comentar el humor de *Garath* porque la bestia todavía parece disgustada conmigo.

—La ay ha despertado —dijo Lanas Tog.

—Lo sé, lo sé, y de verdad que se me rompe el corazón por ella, o al menos por la desdichada diosa que reside en su interior. Claro que las dos se merecen unas cuantas lágrimas, ¿no? Una eternidad sola para una ay no del todo mortal no pudo ser muy divertida, después de todo.

La t'lan imass giró la cabeza.

—¿Quién le dio a la bestia ese regalo cubierto de espinas?

Lady Envidia se encogió de hombros y sonrió con deleite al presentársele la oportunidad de imitar el gesto.

—Un hermano que creyó equivocadamente que le estaba haciendo un favor. De acuerdo, quizás esa haya sido una respuesta demasiado simple. Mi hermano había encontrado a la diosa con daños terribles por culpa de la caída y necesitaba un lugar de sangre caliente para depositar su espíritu y que pudiera sanar. Pura coincidencia. La manada de la ay estaba muerta mientras que ella era demasiado joven para sobrevivir en circunstancias normales. Peor todavía, ella era la última que quedaba en todo el continente.

—Tu hermano tiene un sentido bastante desacertado de la piedad, lady Envidia.

—Estoy de acuerdo. ¡Mira, después de todo, tenemos algo en común! ¡Qué maravilla!

Un momento después, mientras estudiaba a la t'lan imass que tenía a su lado, su efusividad fue desapareciendo.

—Oh —murmuró—, qué verdad más angustiosa resultó ser esa.

Lanas Tog volvió a contemplar el tumultuoso panorama que se extendía hacia el noroeste.

—Como la mayor parte de las verdades —dijo.

—¡Bien! —Lady Envidia se pasó las manos por el pelo—. Creo que voy a bajar y me voy a quedar mirando los ojos miserables de una loba durante un rato. Solo para animarme un poco, como comprenderás. Sabes, al menos Tool tenía sentido del humor.

—Es la primera espada.

Lady Envidia se fue calle abajo murmurando, sus zapatillas apenas rozaban los adoquines helados, y solo hizo una pausa cuando llegó a la entrada de la casa.

—¡Oh! ¡Eso tuvo su gracia! De una forma extraña, claro. ¡Bueno! ¡Extraordinario!

Arpía daba saltitos de un lado para otro, furiosa. Brood se quedó mirando al gran cuervo. A un lado estaba Korlat. Rezagado, a unos metros de distancia, se encontraba Kallor. El ejército marchaba en amplias filas por el camino elevado que tenían a su izquierda mientras que a su derecha, a una distancia de mil setecientos metros, bramaba el rebaño de bhederin.

Korlat observó que había menos bestias. El cruce del río se había llevado a cientos.

Un siseo agudo proveniente de Arpía volvió a captar su vagabunda atención.

El gran cuervo había extendido a medias las alas y se había detenido justo delante del caudillo.

—¡Sigues sin comprender la gravedad de la situación! ¡Necio! ¡Cabestro! ¿Dónde está Anomander Rake? ¡Dímelo!

Debo hablar con él, advertirle…

—¿Qué? —preguntó Brood—. ¿Que unos cientos de cóndores te han espantado?

—¡Una hechicería desconocida se oculta dentro de esos abominables buitres! ¡Nos están alejando de forma deliberada, maldito bruto descerebrado!

—De Coral y sus alrededores —observó Kallor con tono seco—. Lest acaba de aparecer ante nosotros, Arpía. Cada cosa a su tiempo.

—¡Estúpido! ¿Crees que están ahí esperando tan tranquilos? Se están preparando…

—Por supuesto que se están preparando —dijo Kallor con voz cansina mientras le dedicaba una mirada de desdén al gran cuervo—. ¿Y qué?

—¿Qué le ha pasado a Engendro de Luna? Sabemos lo que planeaba Rake, ¿lo ha conseguido? ¡No puedo ponerme en contacto con Engendro! ¡No puedo ponerme en contacto con Rake! ¿Dónde está Engendro de Luna?

Nadie dijo nada.

Arpía bajó la cabeza de golpe.

—¡Sabéis menos que yo! ¿Verdad? ¡Todo esto no son más que faroles! ¡Estamos perdidos! —El gran cuervo giró en redondo para clavar en Korlat sus ojos negros y brillantes—. Tu señor ha fracasado, ¿verdad? ¡Y se ha llevado a tres cuartas partes de los tiste andii con él! ¿Será suficiente contigo, Korlat? ¿Podrás…?

—Arpía —dijo Brood con voz profunda—. Habíamos pedido información sobre los malazanos, no una lista de tus temores.

—¿Los malazanos? ¡Siguen marchando! ¿Qué otra cosa podrían hacer? Una hilera interminable de carretas en el camino, polvo por todas partes. Se acercan a Setta, ¡que

está vacía salvo por un puñado de cadáveres marchitos por el sol!

Kallor lanzó un gruñido.

—Avanzan con rapidez, entonces. Como si tuvieran prisa. Caudillo, traman algún engaño.

Brood frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—Ya has oído al pájaro, Kallor. Los malazanos siguen marchando. Más rápido de lo que esperábamos, es cierto, pero eso es todo.

—Disimulas —dijo Kallor entre dientes.

Brood no le hizo caso y miró una vez más al gran cuervo.

—Que los tuyos les echen un ojo. En cuanto a lo que está ocurriendo en Coral, nos preocuparemos por eso cuando lleguemos a Maurik y reunamos nuestras fuerzas. Por último, en lo que respecta a tu señor, Anomander Rake, ten fe, Arpía.

—¿A la fe fías tú el éxito? ¡Qué locura! ¡Debemos prepararnos para lo peor!

La atención de Korlat volvió a vagar. Últimamente le pasaba mucho. Había olvidado lo que podía hacer el amor al entrelazar sus raíces por todo el alma; el sentimiento empujaba y tiraba de sus pensamientos, la obsesión maduraba como una fruta seductora. Korlat solo sentía la vida de esa obsesión, que se espesaba en su interior y la reclamaba entera.

Los temores por su señor y los suyos parecían casi intrascendentes. Si se lo exigían de veras, podía intentar recurrir a su senda y llegar a su señor por los caminos de Kurald Galain. Pero en su interior no había prisa. Esa guerra encontraría su propio camino.

Sus deseos, todos y cada uno, quedaban contenidos en los ojos de un hombre. Un mortal de una nobleza sesgada y llena de matices. Un hombre que había dejado atrás su

juventud, un alma repleta de cicatrices que sin embargo le había entregado a ella.

Casi imposible de creer.

Recordó la primera vez que lo había visto de cerca. Ella se encontraba con la mhybe y Zorraplateada y sostenía la mano de la niña entre las suyas. Él había llegado a caballo al lugar del parlamento, con Dujek. Un soldado cuyo nombre ella ya sabía, el nombre de un enemigo temido cuya pericia táctica había desafiado a Brood una y otra vez, a pesar de todo lo que tenían en contra las fuerzas mal abastecidas e inferiores en número del malazano.

Pero incluso entonces la había atraído como un imán.

Y no era solo su mirada la que se sentía atraída, comprendió. Su señor lo había llamado amigo. La rareza de semejante acontecimiento todavía amenazaba con quitarle el aliento. Anomander Rake, desde que ella lo conocía, no había reconocido más que a un amigo, y ese era Caladan Brood. Y entre esos dos hombres, miles de años de experiencias compartidas, una alianza nunca rota. Un sinfín de enfrentamientos, cierto, pero ni una sola vez una ruptura definitiva e irreparable.

La clave de todo eso, como bien entendía Korlat, era que se mantenían a una distancia respetable, puntuada por alguna que otra convergencia.

Era, creía la tiste andii, una relación que nunca se rompería. Y de ahí, tras varios siglos, había nacido una amistad.

Sin embargo, Rake no había compartido más que unas cuantas tardes con Whiskeyjack. Entre ellos habían tenido lugar conversaciones de naturaleza desconocida. Y había sido suficiente.

Algo en cada uno de ellos los ha convertido en espíritus afines, pero ni siquiera yo puedo verlo. No se puede

alcanzar a Anomander Rake, no se puede tocar siquiera, no su verdadero yo. Yo jamás he sabido lo que se encuentra tras los ojos de mi señor. He presentido apenas su inmensa capacidad, pero no el sabor de todo lo que contiene.

Pero Whiskeyjack (mi querido amante mortal), si bien no puedo ver todo lo que hay en su interior, puedo ver el coste de su contención. El sangrado pero no la herida. Y puedo ver su fuerza, incluso la última vez, cuando estaba tan cansado…

Justo al sur comenzaban a verse las viejas murallas de Lest. No había señal de que se hubieran hecho reparaciones desde la conquista painita. El aire sobre la ciudad estaba limpio de humo y despojado de pájaros. Los exploradores rhivi habían informado que no había más que unos cuantos huesos calcinados tirados por las calles. En otro tiempo había habido jardines colgantes, por los que Lest se había hecho famosa, pero el flujo de agua había cesado semanas antes y desde entonces el fuego había arrasado la ciudad, incluso desde lejos Korlat podía ver la mancha oscura de hollín en las murallas.

—¡Devastación! —gimió Arpía—. ¡Esta es la historia que tenemos ante nosotros! Todo el camino hasta Maurik, mientras nuestra alianza se desintegra ante nuestros ojos.

—De eso nada —bramó Brood con el ceño más marcado todavía.

—¿No? ¿Y dónde está Zorraplateada? ¿Qué le ha pasado a la mhybe? ¿Por qué las Espadas Grises y la legión de Trake marchan tan lejos por detrás de nosotros? ¿Por qué estaban los malazanos tan impacientes por dejar nuestra compañía? ¡Y ahora se han desvanecido Anomander Rake y Engendro de Luna! Los tiste andii…

—Están vivos —lo interrumpió Korlat, al fin se le acababa la paciencia.

Arpía se giró en redondo para mirarla.

—¿Estás segura?

Korlat asintió. *Pero… ¿lo estoy? No. ¿He de buscarlos entonces? No. Ya veremos lo que haya que ver en Coral. Eso es todo*. Su mirada se fue posando poco a poco en el oeste. *Y tú, mi querido amante, ladrón de todos mis pensamientos, ¿me liberarás alguna vez?*

Por favor. No lo hagas. Nunca.

Junto a Rezongo cabalgaba Itkovian, que observó a los dos escoltas de las Espadas Grises que se acercaban a medio galope a la yunque del escudo y a la destriant.

—¿De dónde vienen? —preguntó Rezongo.

—De los flancos de la retaguardia —respondió Itkovian.

—Con nuevas que entregar, al parecer.

—Eso parece, señor.

—¿Y bien? ¿No sientes curiosidad? Las dos te han pedido que cabalgues con ellas; si hubieras dicho que sí, estarías oyendo ahora mismo ese informe, en lugar de quedarte apocado con esta chusma, con esta gentuza. Eh, se me está ocurriendo algo, podría dividir a mi legión en dos compañías y llamar a una gentuza y a la otra…

—¡Oh, por favor! —soltó Piedra de repente tras ellos.

Rezongo se giró en la silla.

—¿Cuánto tiempo llevas tras nuestra sombra, mujer?

—Nunca estoy a tu sombra, Rezongo. Ni tras la tuya, ni tras la de Itkovian. Ni tras la de ningún hombre. Además, con el sol tan bajo a nuestra derecha, tendría que ir junto a ti para estar a tu sombra, y tampoco lo estaría entonces, claro.

—Así que, en lugar de eso —sonrió la espada mortal—, eres la mujer que está detrás de mí.

—¿Y qué se supone que significa eso, cerdo?

—Solo establezco un hecho, muchacha.

—¿De veras? Bueno, pues te equivocas. Estaba a punto de dirigirme hacia las espadas grises, solo que vosotros dos, zoquetes, os pusisteis en medio.

—Piedra, esto no es un camino, es una llanura. En el nombre del Embozado, ¿cómo podríamos estar en tu camino cuando puedes llevar tu caballo por donde quieras?

—Zoquetes. Cerdos, vagos. Alguien tendrá que haber aquí con un poco de curiosidad. Ese alguien necesita un cerebro, por supuesto, que es por lo que vosotros dos os limitáis a seguir trotando mientras os preguntáis de qué va el informe de esos escoltas, os preguntáis pero no hacéis nada en absoluto. Porque sois los dos unos descerebrados. En cuanto a mí…

—En cuanto a ti —dijo Itkovian con tono seco—, parece que estás hablando con nosotros, señora. De hecho, tú has entablado una conversación…

—¡Que ya ha terminado! —soltó la mujer, después le dio un tirón al cuello del caballo para hacerlo girar a la izquierda y lo lanzó a una carrera que los dejó atrás.

Los dos hombres la observaron dirigirse hacia la otra columna.

Después de un momento, Rezongo se encogió de hombros.

—Me pregunto qué oirá —dijo.

—Yo también —respondió Itkovian.

Continuaron adelante con paso regular si bien un poco lento. La legión de Rezongo marchaba tras ellos; era una chusma, apiñados como corsarios que se adentran por el continente en busca de una granja que saquear. Itkovian había sugerido un tiempo antes que cierto adiestramiento quizá resultase beneficioso, a lo que Rezongo se había limitado a sonreír sin decir nada.

La espada mortal de Trake despreciaba a los ejércitos; de hecho, despreciaba todo lo que tuviera la menor relación con la noción de prácticas militares. La disciplina le resultaba indiferente y no tenía más que un oficial (un soldado lestari, por fortuna) para dirigir a sus casi ciento sesenta seguidores: inadaptados de mirada pétrea que había llamado entre risas «la legión de Trake».

Rezongo era, en todos los aspectos, todo lo contrario de Itkovian.

—Aquí viene —gruñó la espada mortal.

—Monta —comentó Itkovian— con gran dramatismo.

—Sí. Una fiereza que no se limita a cuando está sentada en la silla, por lo que he oído.

Itkovian se quedó mirando a Rezongo.

—Mis disculpas. Había supuesto que ella y tú…

—Unas cuantas veces —respondió el hombre—. Cuando estábamos los dos borrachos, por cierto. Ella más borracha que yo, he de admitir. No solemos hablar del tema. Nos tropezamos con el asunto una vez y se convirtió en una discusión sobre a cuál de los dos le daba más vergüenza… ¡Ah, muchacha! ¿Qué nuevas hay?

Piedra frenó con brusquedad y los cascos de su caballo levantaron algo de polvo.

—En el nombre del Embozado, ¿por qué habría de decíroslo?

—Entonces, en el nombre del Embozado, ¿por qué has vuelto con nosotros?

La mujer lo miró con el ceño fruncido.

—Solo estaba regresando a mi posición, zoquete. Y tú, Itkovian, será mejor que lo que veo ahí no sea la insinuación de una sonrisa. Si lo fuera, tendría que matarte.

—Desde luego que no lo es, señora.

—Me alegro.

—¿Y bien? —le preguntó Rezongo.

—¿Qué?

—¡Las nuevas, mujer!

—Ah, eso. Unas nuevas maravillosas, por supuesto, que son las únicas que oímos estos días, ¿no? Revelaciones gratas. Momentos felices…

—Piedra…

—¡Viejos amigos, Rezongo! Ruedan detrás de nosotros, más o menos a una legua de distancia. Un carruaje grande, de hueso, tirado por una recua que no es todo lo que parece. También arrastra detrás un par de carretas planas, cargadas de trastos, ¿he dicho trastos? Me refería a un botín, por supuesto, incluyendo más de un cadáver ennegrecido por el sol. Y un viejo en el asiento del cochero. Con un gato sarnoso en el regazo. Bueno, ¿qué te parece? Viejos amigos, ¿a que sí?

Las sombras embargaron la expresión de Rezongo y sus ojos se enfriaron de repente.

—¿Nada de Buke?

—Ni siquiera su caballo. O bien ha volado o…

La espada mortal hizo girar el caballo en redondo y clavó las espuelas en los flancos de la bestia.

Itkovian dudó un momento. Miró a Piedra y le sorprendió ver una franca simpatía que suavizaba su rostro. Los ojos verdes de la mujer se encontraron con los suyos.

—Alcánzalo, ¿quieres? —le pidió en un susurro.

Itkovian asintió y se bajó la celada del casco malazano. Un ligero cambio de postura y un roce momentáneo de las riendas contra el cuello del caballo hicieron que el corcel diese la vuelta.

Su montura se alegró de tener la oportunidad de estirar las patas y, puesto que su carga era más ligera, pudo poner a Itkovian a la altura de Rezongo cuando todavía quedaban

dos tercios de legua. El caballo de la espada mortal ya estaba jadeando.

—¡Señor! —lo llamó Itkovian—. ¡Al paso, señor! ¡O bien iremos montando los dos en uno al regreso!

Rezongo siseó una maldición, hizo como si fuera a azuzar a su caballo para que corriese más, pero después se aplacó, se irguió en la silla, soltó las riendas y el galope del caballo se ralentizó hasta convertirse en un medio galope.

—Un trote rápido ahora, señor —le aconsejó Itkovian—. Lo reduciremos al paso en unos ochenta metros para que el animal estire el cuello y abra las vías respiratorias.

—Lo siento, Itkovian —dijo Rezongo un poco después—. No hay calor en mi genio últimamente, pero me temo que eso parece hacerlo más letal.

—Trake querría…

—No, ni siquiera lo intentes, amigo mío. Ya te lo he dicho, me importa un bledo lo que Trake quiera o espere de mí y más vale que el resto dejéis de verme de ese modo. Espada mortal, odio los títulos. Ni siquiera me gustaba que me llamaran capitán cuando escoltaba caravanas. Solo lo usaba para poder cobrar más.

—¿Tienes intención de hacer algún daño a esos viajeros, señor?

—Sabes bien quiénes son.

—Lo sé.

—Tenía un amigo…

—Sí, el llamado Buke. Lo recuerdo. Un hombre roto por el dolor. Una vez me ofrecí a asumir sus penas, pero me rechazó.

La cabeza de Rezongo giró de golpe al oír eso.

—¿Te ofreciste? ¿Se negó?

Itkovian asintió.

—Quizá debería haber sido más… directo.

—Deberías haberlo cogido por el pescuezo y haberlo obligado, dijera lo que dijera. Eso es lo que la nueva yunque del escudo le ha hecho a ese primer hijo tuerto de la semilla de los muertos, Anaster, ¿no? Y ahora el tipo cabalga a su lado…

—Cabalga en la ignorancia. Ese hombre no es más que una concha, señor. En su interior no había más que dolor. Al arrebatárselo le han robado el conocimiento que tenía de sí mismo. ¿Hubieras querido que esa fuera la suerte también de Buke?

El hombre hizo una mueca.

Solo quedaba menos de un tercio de legua, suponiendo que la afirmación de Piedra fuera precisa, pero la ondulación de los riscos de la playa erosionada reducía el campo de visión y de hecho, fue el sonido que hacía el carruaje, un estrépito metálico apagado que traía el viento, lo que alertó a los dos hombres sobre su proximidad.

Coronaron un risco y tuvieron que frenar a toda prisa para evitar chocar con la reata de bueyes.

Emancipor Reese lucía un vendaje amplio y manchado que le envolvía la cabeza en sentido vertical y sin cubrir del todo la mandíbula hinchada y el ojo derecho, inflamado también. El gato que llevaba en el regazo chilló ante la repentina llegada de los dos jinetes, después trepó por el pecho del sirviente, le pasó por el hombro izquierdo y se subió al tejado del espeluznante carruaje, donde se desvaneció en un pliegue de huesos y piel de k’chain che’malle. El propio Reese dio un salto en el asiento y estuvo a punto de caerse antes de recuperar el equilibrio.

—¡Malnacidoz! ¿Pod qué hacéiz ezo? ¡Pod el aliento del Embozado!

—Mis disculpas, señor —dijo Itkovian— por sobresaltarte así. ¿Estás herido…?

—¿Hedido? No. Diente. Lo dompí. Huezo de ceduna.

Itkovian frunció el ceño y miró a Rezongo.

La espada mortal se encogió de hombros.

—¿Hueso de aceituna, quizá?

—¡Zí! —Reese asintió con vigor y después hizo una mueca de dolor—. ¿Qué quedéis?

Rezongo respiró hondo antes de hablar.

—La verdad, Reese. ¿Dónde está Buke?

El sirviente se encogió de hombros.

—Ze fue.

—¿Tus amos…?

—¡No! ¡Ze fue! ¡Voló! —Agitó los brazos de arriba abajo —. ¡Flap, flap! ¿Endiendez? ¿Zí?

Rezongo suspiró, apartó los ojos y después asintió poco a poco.

—Lo suficiente —dijo un momento después.

Se abrió la puerta del carruaje y se asomó Bauchelain.

—¿Por qué nos hemos para…? Ah, el capitán de caravanas… y la espada gris, creo, pero ¿dónde, señor, está tu uniforme?

—No veo necesidad…

—No importa —lo interrumpió Bauchelain mientras se bajaba del vehículo—. No me interesaba mucho tu respuesta. Bueno, caballeros, ¿tenéis temas que discutir, quizá? Disculpad mi grosería, si tenéis la bondad; estoy cansado y de mal humor últimamente, con franqueza. De hecho, antes de que pronunciéis otra palabra más, os aconsejo que no me irritéis. Con la próxima interrupción desagradable es probable que pierda los estribos por completo, y eso sería una auténtica desgracia, os lo aseguro. Bueno, ¿qué queréis de nosotros?

—Nada —dijo Rezongo.

Las cejas finas y negras del nigromante se alzaron unos milímetros.

—¿Nada?

—He venido a preguntar por Buke.

—¿Buke? ¿Quién…? Ah, sí, ese. Bueno, la próxima vez que lo veas, dile que está despedido.

—Lo haré.

Nadie dijo nada durante un momento, después Itkovian se aclaró la garganta.

—Señor —le dijo a Bauchelain—, tu criado se ha roto un diente y parece sufrir considerables molestias. Seguro que con tus artes…

Bauchelain se volvió y levantó la cabeza para mirar a Reese.

—Ah, eso explica el tocado. Admito que me estaba preguntando… ¿una nueva moda local que había adquirido, quizá? No, resulta que no. Bueno, Reese, parece que debo pedirle una vez más a Korbal Espita que se prepare para otra operación, es el tercer diente que te rompes así, ¿no? Más aceitunas, sin duda. Si insistes en creer que los huesos de aceitunas son un veneno mortal, ¿por qué eres tan descuidado cuando comes esos frutos? Ah, da lo mismo.

—¡Nada de opedaciones, pod favod! ¡No! ¡Pod favod!

—¿Pero qué balbuceas, hombre? ¡Cállate! Y límpiate esa baba, es de lo más desagradable. ¿Crees que no me doy cuenta de tu dolor, criado? Se te han saltado las lágrimas y estás pálido… blanco como la muerte. Y mira cómo tiemblas, ¡no debemos perder ni un momento más! ¡Korbal Espita! ¡Sal, si tienes la bondad, con tu maletín negro! ¡Korbal!

La carreta se meció un poco a modo de respuesta.

Rezongo le dio la vuelta al caballo e Itkovian siguió su ejemplo.

—¡Hasta luego entonces, caballeros! —exclamó Bauchelain tras ellos—. Podéis tener la seguridad de que os agradezco que me hayáis advertido del estado de mi criado. Dado que él está igual de agradecido, sin duda, si pudiera hablar de forma coherente, estoy seguro que os diría lo mismo.

Rezongo levantó una mano con una brusca despedida.

Después partieron para reunirse con la legión de Trake.

Ninguno de los dos hombres dijo nada durante un rato hasta que un suave murmullo por parte de Rezongo llamó la atención de Itkovian. La espada mortal, como vio al mirarlo, se estaba riendo.

—¿Qué te divierte tanto, señor?

—Tú, Itkovian. Me parece que Reese va a maldecir tu preocupación durante el resto de sus días.

—Una extraña expresión de gratitud sería esa. ¿No le darán remedio?

—Oh, sí, estoy seguro que sí, Itkovian. Pero aquí tienes algo para que reflexiones un poco, si quieres. A veces es peor el remedio que la enfermedad.

—¿Podrías explicarme eso?

—Pregúntale a Emancipor Reese la próxima vez que lo veas.

—Muy bien, eso es lo que haré, señor.

El olor a humo se aferraba a los muros y había suficientes manchas antiguas emborronando las alfombras para dar fe de la matanza de acólitos por los pasillos y en las antesalas y anexos de todo el templo.

Coll se preguntó si al Embozado le había complacido que le entregaran a sus propios hijos dentro de su propia estructura santificada.

No parecía cosa fácil profanar un lugar consagrado a la muerte. El daru podía sentir el aliento del poder imbatido, frío e indiferente, mientras permanecía sentado en el banco de piedra que había fuera de la cámara del sepulcro.

Murillio se paseaba por el amplio pasillo principal que tenía a la derecha, entraba en su campo de visión y luego volvía a salir, una y otra vez.

En la cámara sagrada que había detrás, el caballero de la Muerte preparaba un lugar para la mhybe. Habían pasado tres campanadas desde que el sirviente elegido del Embozado había entrado en la cámara del sepulcro y las puertas se habían cerrado solas tras él.

Coll esperó hasta que Murillio reapareció una vez más.

—No puede soltar esas espadas.

Murillio hizo una pausa y lo miró.

—¿Y?

—Bueno —bramó Coll— bien podría llevarle tres campanadas hacer una cama.

La expresión de su amigo se llenó de suspicacia.

—¿Se supone que eso tenía que tener gracia?

—No del todo. Estaba pensando en términos más pragmáticos. Estaba intentando imaginar la incomodidad física de intentar hacer algo con unas espadas pegadas a las manos. Eso es todo.

Murillio hizo amago de ir a decir algo, cambió de opinión con un juramento murmurado, se dio media vuelta y reanudó sus paseos.

Habían llevado a la mhybe al templo cinco días antes y la habían acomodado en una habitación que en otro tiempo había pertenecido a un sacerdote de alto rango. Después habían descargado la carreta y guardado la comida y el agua en las bodegas, entre los fragmentos de cientos de jarras hechas añicos y el suelo y las paredes pegajosas de

vino, bajo el aire espeso y empalagoso que hedía como el mandil de un tabernero.

Desde entonces cada comida había sabido a vino y le había recordado a Coll los casi dos años que había desperdiciado siendo un borracho, ahogándose en las aguas oscuras de la desdicha como solo puede hacerlo un hombre enamorado de la autocompasión. Le hubiera gustado llamar extraño al hombre que había sido, pero el mundo tenía la costumbre de girar sin que nadie lo notara, hasta que lo que pensaba que había dejado atrás volvía de repente a tenerlo delante.

Y lo que era peor, la introspección (para él al menos) era un agujero en la arena con una araña esperándolo en el fondo. Y Coll sabía muy bien que era muy capaz de devorarse a sí mismo.

Murillio volvió a aparecer delante de él.

—La hormiga bailaba a ciegas —dijo Coll.

—¿Qué?

—Ese viejo cuento infantil, ¿te acuerdas?

—Has perdido la chaveta, ¿no?

—Todavía no. Al menos no creo.

—Pero es que es eso, Coll. No lo sabrías, ¿verdad?

Coll observó a Murillio darse la vuelta una vez más, pasar junto al borde de la pared y perderse de vista. *El mundo gira invisible a nuestro alrededor. Los ciegos bailan en círculos. No hay forma de escapar de lo que eres y todos tus sueños resplandecen de color blanco por la noche, pero son grises a la luz del día. Y ambos son igual de mortales. ¿Quién era ese maldito poeta? El Vengativo. Un huérfano, afirmaba. Escribió mil historias para aterrorizar a los niños. Lo lapidó una multitud en Darujhistan, experiencia a la que sobrevivió. Creo que fue hace años. Sus relatos viven ahora en las*

calles. Canturreos para acompañar los juegos de los más pequeños.

Muy siniestros, los muy puñeteros, en mi opinión.

Coll se sacudió un poco para intentar aclararse la mente antes de caer otra vez en otra trampa de la memoria. Antes de que aquella mujer le robara la hacienda, antes de que lo destruyera, Simtal le había dicho que llevaba a su hijo en su vientre. Se preguntó si ese niño había existido alguna vez, Simtal luchaba con mentiras cuando otros usaban cuchillos. No se había producido ningún anuncio de ningún nacimiento. Aunque, por supuesto, la posibilidad de que a él se le escapase tal anuncio era casi una certidumbre en aquellos días que siguieron a su caída. Pero sus amigos lo habrían sabido. Se lo habrían dicho, si no entonces, al menos después…

Murillio volvió a aparecer ante él.

—Oye, un momento —gruñó Coll.

—¿Y ahora qué? ¿El escarabajo dio una voltereta? ¿El gusano rodeó el agujero?

—Una pregunta, Murillio.

—De acuerdo, si insistes.

—¿Oíste hablar alguna vez de que Simtal diera a luz a algún niño?

Observó que la cara de su amigo se cerraba poco a poco y que los ojos se entornaban.

—Esa es una pregunta que no debe hacerse en este templo, Coll.

—La estoy haciendo, no obstante.

—No creo que estés listo…

—No es algo que tú debas juzgar y ya deberías saberlo, Murillio. ¡Maldita sea, llevo meses sentado en el concejo! ¿Y sigo sin estar listo? Qué idea absurda…

—¡Está bien! ¡Está bien! Es solo que no son más que rumores.

—No me mientas.

—No te miento. Hubo un período de más de unos cuantos meses, justo después de tu, eh, fallecimiento, en los que no hizo ninguna aparición pública. La explicación fue el luto, por supuesto, aunque todo el mundo sabía…

—Sí, ya sé lo que sabía todo el mundo. Así que se escondió durante un tiempo. Continúa.

—Bueno, creímos que estaba consolidando su posición. Entre bambalinas. Rallick la estaba vigilando. Al menos eso creo. Él sabría más.

—¿Y vosotros dos nunca comentasteis los detalles de lo que estaba tramando, el aspecto que tenía? Murillio…

—Bueno, ¿qué iba a saber Rallick de la maternidad?

—Cuando una mujer está encinta, se le hincha el vientre y tiene los pechos más grandes. Estoy seguro de que nuestro amigo el asesino ha visto una o dos mujeres con esa aflicción por las calles de Darujhistan, ¿se creía acaso que se estaban comiendo melones enteros?

—No hace falta ponerse sarcástico, Coll. Lo único que digo es que no estaba seguro.

—¿Qué hay de los sirvientes de la hacienda? ¿Alguna mujer que acabara de dar a luz?

—Rallick nunca mencionó…

—Vaya, qué asesino más observador.

—¡Está bien! —le soltó Murillio—. ¡Te diré lo que pienso! ¡Tuvo un hijo! Lo envió a alguna parte. Adonde fuera. No lo habría abandonado porque en algún momento habría querido usarlo como heredero verificable, como cebo para casarse, lo que fuera. Simtal era una plebeya; los contactos que tuviera de su pasado eran privados, ocultos de todos salvo los implicados, incluyéndote a ti, como bien sabes.

Creo que envió al niño en esa dirección, a algún sitio donde a nadie se le ocurriría mirar.

—Casi tres ya —dijo Coll al tiempo que iba recostando poco a poco la cabeza en el muro. Cerró los ojos—. Tres años de edad…

—Quizá. Pero en aquel momento no había forma de averiguar…

—Habrías necesitado mi sangre. Y después Baruk…

—Eso —soltó Murillio—, habríamos ido y te habríamos sacado sangre de la nariz cuando te hubieras caído redondo, borracho perdido.

—¿Por qué no?

—¡Pues por una razón muy sencilla, zoquete, porque por aquel entonces no parecía tener mucho sentido!

—De acuerdo. Pero ya llevo meses por el camino recto, Murillio.

—Entonces hazlo tú, Coll. Ve a ver a Baruk.

—Lo haré. Ahora que lo sé.

—Escucha, amigo mío. He conocido a un montón de borrachos en mis tiempos. Tú llevas sobrio cuatro o cinco meses y crees que es una eternidad. Pero yo, yo solo veo a un hombre que todavía está limpiándose el vómito de la ropa. Un hombre al que todavía podrían dejar patas arriba. No iba a presionar, es demasiado pronto…

—Te entiendo. No maldigo tu decisión, Murillio. Tenías razón al ser tan cauto. Pero lo que yo veo, es decir, lo que veo ahora, es una razón. Al fin una razón de verdad para seguir así.

—Coll, espero que no pienses que puedes entrar como si nada en la casa en la que se está criando tu hijo y llevártelo por las buenas…

—¿Por qué no? Es mío.

—Y hay un sitio esperándolo en la repisa de tu chimenea, ¿no?

—¿Crees que no puedo criar a un niño?

—Sé que no puedes, Coll. Pero si lo haces bien, puedes pagar para verlo crecer en condiciones, con oportunidades que de otra forma quizá no tendría.

—Un benefactor oculto. Ya. Eso sería… noble.

—Sé honesto, sería conveniente, Coll. Ni noble ni heroico.

—Y tú te haces llamar amigo.

—Así es.

Coll suspiró.

—Y dices bien, aunque no sé qué he hecho para merecer semejante amistad.

—Dado que no quiero deprimirte todavía más, ya hablaremos de ese tema en otro momento.

Las inmensas puertas de piedra de la cámara del sepulcro se abrieron de un tirón.

Coll se levantó del banco con un gruñido.

El caballero de la Muerte salió al pasillo y se quedó justo delante de Murillio.

—Traed a la mujer —dijo el guerrero—. Los preparativos han terminado.

Coll se acercó a la entrada y miró dentro. Había tallado un gran agujero en la piedra sólida del suelo, en el centro de la cámara. Piedra hecha añicos se alzaba en montones apilados contra la pared lateral. Con un repentino escalofrío, el daru apartó al caballero de la Muerte de un empujón.

—¡Por el aliento del Embozado! —exclamó—. ¡Eso es un maldito sarcófago!

—¿Qué? —gritó Murillio al tiempo que se precipitaba a reunirse con Coll. Se quedó mirando la tumba y después se volvió y miró al caballero—. ¡La mhybe no está muerta, idiota!

Los ojos sin vida del guerrero se clavaron en el compañero de Coll.

—Los preparativos —dijo— han terminado.

Con los tobillos hundidos en polvo, cruzó entre tropezones una tierra baldía. La tundra se había desintegrado y con ella los cazadores, los perseguidores demoníacos que habían sido una compañía tan ingrata durante tanto tiempo. La desolación que la rodeaba era, comprendió, mucho peor. No había hierba bajo sus pies, ni brisa dulce y fría. El zumbido de los moscardones había desaparecido, esos ávidos compañeros tan impacientes por alimentarse de su carne, aunque todavía le picaba la cabeza, como si algunos hubieran sobrevivido a la devastación.

Se estaba debilitando, sus jóvenes músculos fallaban de algún modo indefinible. No era solo cansancio sino una especie de disolución crónica. Estaba perdiendo su solidez y darse cuenta de eso era lo más aterrador de todo.

Sobre ella, el cielo carecía de color, estaba desprovisto de nubes e incluso de sol, y sin embargo lo iluminaba una fuente leve e invisible. Parecía estar a una distancia imposible, levantar los ojos durante demasiado tiempo era arriesgarse a la locura, la mente clamaba contra su incapacidad para comprender lo que estaban transmitiendo sus ojos.

Así que mantuvo la mirada fija al frente mientras continuaba tropezando. No había nada que marcara el horizonte en ninguna dirección. Que ella supiera, bien podría estar caminando en círculos, aunque en ese caso era un círculo inmenso porque todavía tenía que cruzar su propio camino. No tenía ningún destino en mente para ese

viaje del espíritu, ni la voluntad de intentar elaborar uno en ese paisaje soñado y letal si hubiera sabido cómo.

Le dolían los pulmones, como si ellos también estuvieran perdiendo la capacidad de funcionar. Le parecía que antes de mucho tiempo ella también empezaría a disolverse, ese cuerpo joven caería derrotado de un modo que era contrarío a lo que ella había temido durante tanto tiempo. No la harían pedazos los lobos. Los lobos habían desaparecido. No, sabía ya que nada había sido lo que parecía, había sido todo algo diferente, algo secreto, una adivinanza que todavía tenía que desentrañar. Y ya era demasiado tarde. El olvido había acudido en su busca.

El abismo que había avizorado en sus pesadillas desde hacía tanto tiempo había sido un lugar de caos, de alimentarse con frenesí de almas, de recuerdos miasmáticos desprendidos y arrojados a los vientos de tormenta. Quizás esas visiones habían sido producto de su propia mente, después de todo. El verdadero abismo era lo que se mostraba en ese momento, por todas partes, en cada dirección…

Algo rompió la línea plana del horizonte, algo monstruoso y agazapado, bestial, a su derecha. No se encontraba allí un momento antes.

O quizá sí. Quizás ese mismo mundo se estuviera encogiendo y sus frágiles y escasos pasos habían desvelado lo que yacía tras la curvatura de la tierra.

Gimió, aterrorizada de repente, al tiempo que sus pasos cambiaban de dirección y la arrastraban hacia la aparición.

Se iba haciendo visiblemente más grande con cada paso que daba, se hinchaba de un modo horrible hasta que reclamó una tercera parte del cielo. Con vetas rosadas, huesos al aire, se alzaba una jaula de costillas, cada costilla marcada con nudos de crecimientos malignos,

calcificaciones, nodos porosos, grietas, giros y fisuras. Entre cada hueso, la piel se estiraba y encerraba lo que yacía debajo. Los vasos sanguíneos cubrían la piel y palpitaban como rayos rojos que parpadeaban y se atenuaban ante sus ojos.

Para aquella criatura, la tormenta de la vida estaba pasando. Para aquella criatura y para ella también.

—¿Eres mío? —preguntó con voz ronca y se acercó tambaleándose a menos de quince metros de la espeluznante jaula—. ¿Es mi corazón lo que yace dentro? ¿El que va ralentizándose con cada latido? ¿Soy yo?

De repente la asaltaron las emociones, sentimientos que no eran suyos sino que procedían de lo que hubiera dentro de la jaula. Angustia. Un dolor abrumador.

Quiso huir.

Pero aquello sintió su presencia y le exigió que se quedase.

Que se acercara.

Que se acercara lo bastante como para estirarse hacia ella.

Para tocarla.

La mhybe chilló. Estaba en una nube de polvo que le arañaba los ojos y la dejaba ciega, de repente estaba de rodillas y tenía la sensación de que la estaban despedazando; su espíritu, todo su instinto de supervivencia se alzaba por última vez. Para resistirse a la llamada. Para huir.

Pero no podía moverse.

Y entonces la fuerza se estiró hacia ella. Empezó a tirar.

Y la tierra cambió bajo ella, se ladeó. El polvo se hizo resbaladizo. El polvo se convirtió en algo parecido al cristal.

De rodillas, levantó la cabeza con los ojos llenos de lágrimas y la escena bailó ante ella.

Las costillas ya no eran costillas. Eran patas.
Y la piel no era piel. Se había convertido en una telaraña.
Y ella se estaba deslizando.

Capítulo 23



Si los moranthianos negros fueran un pueblo locuaz, la historia del conseguidor Torzal sería conocida. Y si fuera conocida, lo que precedió a la primera mención que se hace de él tras la alianza con el Imperio de Malaz, su viaje durante las campañas genabackeñas de ese mismo Imperio, y su vida dentro de la propia Hegemonía Moranthiana, si todo eso fuera conocido, sospechamos que el relato sería digno de algo más que una leyenda.

Héroes perdidos
Badark de Nathii

Las montañas Visión se alzaban oscuras e inmensas, tapando las estrellas al oeste. La cabo Rapiña le dio la espalda al muro de raíces verticales de un árbol caído y se ciñó mejor la capa de lluvia para defenderse del frío. A su izquierda, las murallas lejanas de Setta formaban una línea negra y desigual al otro lado del río iluminado por las estrellas. La ciudad había resultado estar más cerca de las montañas y del río de lo que indicaban los mapas, lo que había sido para bien.

La mirada de la mujer permaneció clavada en el sendero que tenía debajo, forzaba la vista en busca del primer borrón de movimiento. Al menos había dejado de llover, aunque había empezado a caer la neblina. La cabo escuchó el goteo del agua en las ramas de los pinos que la rodeaban.

Una bota chapoteó en el barro lleno de musgo y después raspó el granito. Rapiña echó un vistazo, asintió y después volvió a mirar la pista.

—Les llevará un rato —murmuró el capitán Paran—. Tienen un terreno considerable que cubrir.

—Sí —asintió Rapiña—. Solo que Mezcla es de las veloces, señor. Tiene ojos de gato.

—Esperemos entonces que no deje a los demás atrás.

—No lo hará. —*Más le vale*.

Paran se agachó despacio a su lado.

—Supongo que podríamos haber volado directamente sobre la ciudad y habernos ahorrado la molestia de reconocerla a pie.

—Y si hubiera habido centinelas, nos habrían visto. No lo pienses más, capitán. No sabemos cuáles son los ojos del Vidente Painita en esta tierra, pero seríamos idiotas si creyéramos que estamos solos por completo. Ya nos estamos arriesgando mucho pensando que podemos viajar de noche sin que nos detecten.

—Ben el Rápido dice que son los cóndores y nada más, teniente, y solo remontan el vuelo durante el día. Siempre que nos mantengamos a cubierto cuando caiga el sol, no deberíamos tener mayor problema.

Rapiña asintió poco a poco en la oscuridad.

—Eje está de acuerdo. Igual que Perlazul, Patas y Deditos. Capitán, con nosotros y solo nosotros los Abrasapuentes saltando de un lado a otro con los moranthianos negros, yo no me preocuparía mucho. Pero dado que volamos en línea recta…

—*Shh*, ahí abajo. Veo algo.

Mezcla era la guerrera admirable de siempre, se movía como una sombra y desaparecía por completo durante uno,

dos, tres latidos y después reaparecía ocho metros más cerca, zigzagueando hasta donde esperaban Rapiña y Paran.

Aunque ninguno de los dos oficiales se había movido ni había hecho ruido alguno, Mezcla los había encontrado. Sus dientes blancos destellaron y se agachó delante de ellos.

—Impresionante —murmuró Paran—. ¿Estás aquí para informar o se lo vas a dejar al hombre que se supone que tiene que hacerlo? A menos, por supuesto, que hayas dejado a Azogue y al resto por ahí perdidos, media legua más atrás.

La sonrisa desapareció.

—Eh, no, señor. Están a unos veinticinco metros de aquí, ¿no los oyes? Escucha, ese era Eje, la camisa de pelo se le enganchó en una rama. Y esos pasos de delante, ese es Azogue, tiene las piernas arqueadas y camina como un mono. ¿Esos ruidos metálicos? Seto. La más silenciosa de todos es Detoran, por raro que sea.

—¿Te lo estás inventando, soldado? —preguntó Paran—. Porque yo no oigo nada.

—No, señor —dijo Mezcla con aire inocente.

A Rapiña le apetecía estirar el brazo y darle un coscorrón a aquella mujer.

—Baja a buscarlos, Mezcla —gruñó. *Si hacen tanto ruido, es que se han despistado del camino, so idiota. Y no es que hagan ruido ni se hayan perdido. Paran te ha pillado y no te hace gracia. Pues muy bien*—. Ahora mismo.

—Sí, teniente —suspiró Mezcla.

La vieron deslizarse y bajar resbalando hasta el camino y después desvanecerse.

Paran lanzó un gruñido.

—Casi me lo trago todo.

Rapiña le lanzó una mirada.

—Ella piensa que te lo tragaste.

—Pues sí, se lo cree.

Rapiña no dijo nada y después sonrió. *Maldita sea, creo que ya eres nuestro capitán. Al fin hemos encontrado uno que merece la pena*.

—Aquí vienen —comentó Paran.

Apenas se diferenciaban de Mezcla, o lo suficientemente poco como para que no importara demasiado. Fluían en silencio, con las armas envueltas y la armadura recubierta para amortiguar el ruido. Observaron a Azogue levantar una mano, detener a los que lo seguían con un gesto y después dibujar un círculo en el aire con el índice. Los pelotones se dispersaron por los lados, cada uno en busca de un sitio donde refugiarse. La patrulla había terminado.

El sargento subió hasta donde esperaban Paran y Rapiña.

Antes de que llegara, Ben el Rápido bajó deslizándose a reunirse con los dos oficiales.

—Capitán —dijo por lo bajo—. He estado hablando con el segundo de Torzal.

—¿Y?

—Y el moranthiano está preocupado, señor, por su comandante; esa infección asesina le ha subido más arriba del hombro. A Torzal solo le quedan unas semanas y ahora mismo tiene muchísimos dolores, solo el Embozado sabe cómo consigue mantener el control.

—De acuerdo —dijo Paran—. Reanudaremos la conversación sobre el tema más tarde. Vamos a ver qué tiene que decir Azogue.

—Bien.

Llegó el sargento y se acomodó delante de ellos. Rapiña le dio una petaca y el sargento la cogió, se tomó media docena de tragos de vino y se la devolvió. Azogue se sonó las narices con unos bufidos explosivos, se limpió el bigote y se pasó unos cuantos momentos más atusándose y alisándoselo.

—Si después empiezas a lavarte las axilas —le advirtió Paran—, te juro que te mato. Es decir, una vez que me recupere de las náuseas. Así que le has hecho una visita a Setta, ¿qué has visto, sargento?

—Eh, sí, capitán. Setta. Una ciudad fantasma, espeluznante, diablos. Todas esas calles vacías, edificios vacíos, pilas de festines…

—¿Pilas de qué?

—Pilas de festines. En las plazas. Grandes montículos de huesos quemados y cenizas. Pilas de festines. Ah, y nidos de unos pájaros enormes en las cuatro torres de la ciudad. Mezcla se acercó a uno trepando.

—¿No me digas?

—Bueno, más o menos. Habíamos notado el guano en los lados de las torres, cuando la luz del sol todavía trepaba por el cielo. En fin, que esos buitres de montaña se habían metido ahí.

Ben el Rápido maldijo de repente.

—¿Y Mezcla está segura de que no la vieron?

—Del todo, mago. Ya conoces a Mezcla. Por si acaso no salimos de los puntos ciegos, que tampoco te creas que fue fácil, esas torres estaban muy bien situadas. Pero esos pájaros ya se habían ido a dormir.

—¿Visteis algún gran cuervo? —inquirió Ben el Rápido.

El sargento parpadeó.

—No. ¿Por qué?

—Por nada. Pero es la regla de siempre, no confíes en nada que haya por el cielo, Azogue. Asegúrate que todo el mundo lo sabe y lo recuerda, ¿estamos?

—Sí, como tú digas, mago.

—¿Algo más? —preguntó Paran.

Azogue se encogió de hombros.

—No, nada. Setta no puede estar más muerta. Seguramente Maurik estará igual.

—Maurik da igual —dijo Paran—. Vamos a saltarnos Maurik.

Eso sí que llamó la atención de Rapiña.

—¿Solo nosotros, capitán?

—Vamos a volar directamente —respondió Ben el Rápido.

Azogue gruñó algo por lo bajo.

—Habla con claridad, sargento —le ordenó Paran.

—Nada, señor.

—Vamos a oírlo, Azogue.

—Bueno, es solo Seto, Eje y los demás zapadores, capitán. Han estado quejándose sobre esa caja de municiones que falta, esperaban recibir nuevos suministros en Maurik. No les va a hacer gracia, señor.

Rapiña vio que Paran miraba a Ben el Rápido.

El mago frunció el ceño.

—Se me olvidó hablar con Seto. Perdón. Ahora mismo me pongo.

—El caso es —dijo Azogue— que andamos cortos de suministros, nos pongamos como nos pongamos. Si nos metemos en algún lío…

—Vamos, sargento —murmuró Rapiña—. Después de quemar tus puentes, no te pones a encender fuego en el que tienes delante. Diles a esos zapadores que no se arruguen. Si nos metemos en una situación en la que no bastan unos quince malditos que tenemos disponibles y los treinta o cuarenta fulleros que hay, es que de todos modos solo somos una pila de festín más.

—Se acabó la charla —anunció Paran—. Ben, prepara a los moranthianos, vamos a hacer un vuelo más esta noche. Nos quiero a la vista del río Eryn al amanecer. Rapiña, revisa las señales de piedra una vez más, por favor. No deben

notarse mucho, nos traicionamos ahora y las cosas empiezan a calentarse.

—Sí, señor.

—De acuerdo, a moverse.

El capitán observó escabullirse a sus soldados. Unos momentos después sintió una presencia y se dio la vuelta. El comandante moranthiano negro, Torzal, se había colocado a su lado.

—Capitán Paran.

—¿Sí?

—Me gustaría saber si has bendecido a los dioses barghastianos. En Capustan, o quizá después.

Paran frunció el ceño.

—Me advirtieron que quizá me lo pidiesen pero no, nadie se me ha acercado.

El guerrero de la armadura negra se quedó callado un momento y después siguió.

—Pero reconoces el lugar que ocupan en el panteón.

—No veo por qué no.

—¿Eso es un sí, capitán?

—De acuerdo, sí. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No pasa nada. Voy a morir pronto y deseo saber lo que le espera a mi alma.

—¿Los cargadores barghastianos por fin han reconocido que los moranthianos comparten la misma sangre?

—Sus pronunciamientos en un sentido u otro carecen de relevancia.

—¿Y los míos no?

—Tú eres el señor de la Baraja.

—¿Qué provocó el cisma, Torzal? ¿Entre los moranthianos y los barghastianos?

El conseguidor levantó poco a poco el brazo marchito.

—Quizás en otro reino este brazo está sano mientras que el resto de mi cuerpo está encogido y sin vida. Quizá —continuó— ya siente la mano, firme y fuerte, de un espíritu. Que ahora no hace más que esperar mi paso completo a ese mundo.

—Una forma interesante de verlo.

—Perspectiva, capitán. A los barghastianos les gustaría vernos marchitos y sin vida. Que nos eliminaran.

—¿Mientras que vosotros lo veis al revés?

Torzal se encogió de hombros.

—No tememos al cambio. No nos resistimos a él. Los barghastianos deben aceptar que es necesario el crecimiento, aunque duela. Deben aprender lo que los moranthianos aprendieron hace mucho tiempo, cuando no desenfundamos las espadas y en su lugar hablamos con los tiste edur, los nómadas de piel gris de los mares. Hablamos y descubrimos que estaban tan perdidos como nosotros, igual de cansados de la guerra e igual de listos para la paz.

—¿Los tiste edur?

—Los hijos de la senda Quebrada. Descubrieron un trozo en el inmenso bosque de Moranth que se convertiría en nuestra nueva tierra. Kurald Emurlahn, el verdadero rostro de la Sombra. Quedaban muy pocos tiste edur y decidimos aceptarlos. Los últimos ya han desaparecido del bosque moranthiano, hace mucho tiempo, pero su legado es lo que nos ha convertido en lo que somos.

—Conseguidor, puede que me lleve un tiempo encontrarle sentido a lo que acabas de describir. Tengo preguntas…

Torzal se encogió otra vez de hombros.

—No asesinamos a los tiste edur. A los ojos de los barghastianos, ese fue nuestro peor crimen. Me pregunto,

sin embargo, si los espíritus ancestrales, ahora dioses, lo ven del mismo modo.

—Han tenido mucho tiempo para pensar —murmuró Paran—. A veces, eso es lo único que hace falta. El núcleo de la sabiduría es la tolerancia. Creo.

—En ese caso, capitán, debes de sentirte orgulloso.

—¿Orgulloso?

El conseguidor le dio la espalda poco a poco cuando unas suaves llamadas anunciaron que la tropa estaba lista.

—Regreso ya junto a Dujek Unbrazo. —Hizo una pausa y después añadió—: El Imperio de Malaz es un imperio sabio. Una cualidad escasa, y muy valiosa, a mi entender. Así pues le deseo a él, y a ti, todo lo mejor.

Paran observó irse a Torzal.

Era hora de irse.

Tolerante. Quizá. No olvides esa palabra, Ganoes, un susurro que demostrará ser la piedra angular de lo que está por venir...

La mula de Kruppe lo llevó a toda prisa terraplén arriba, entre la multitud de marineras que marchaban por el camino (y que se dispersaron al acercarse el animal), y después bajó por el otro lado y salió a la llanura. Lo seguían los gritos y los consejos.

—¡Bestia descerebrada! ¡Criatura ciega y tozuda, el abismo te lleve a ti y a tus rebuznos! ¡Para, grita Kruppe! ¡Para! No, por ahí no...

La mula cargó por un camino ladeado que rodeaba por atrás y trotó a toda prisa en busca del clan más cercano de barghastianos Caras Blancas.

Una docena de niños adornados con pinturas salvajes salieron disparados a recibirlos.

La mula se plantó, alarmada de repente, y estuvo a punto de lanzar a Kruppe por encima de su cuello. El animal giró entonces y adoptó un plácido paso con la cola agitándose sobre las ancas.

El daru se las arregló para erguirse entre una variada sucesión de gruñidos.

—¡El ejercicio es una locura! —les exclamó a los niños que corrían a su lado—. ¡Contemplad a estos aterradores golfillos, tan musculosos ya, que se ríen con un deleite estúpido del triste destino de Kruppe! La maldición del vigor y el esfuerzo les ha dejado huero el cerebro. Estimado Kruppe, perdónales como corresponde a tu admirable naturaleza, a tu afable ecuanimidad, a tu sencilla y estimable naturalidad en compañía de aquellos que, por desgracia, carecen de años suficientes. Ah, pobres criaturas, de piernas tan cortas y sin embargo se engañan adoptando expresiones de estúpida sabiduría. Os pavoneáis al paso de esta maldita mula y así desnudáis la trágica verdad, ¡vuestra tribu está condenada, declara Kruppe! ¡Condenada!

—¡No entienden ni una palabra, hombre de manteca!

Kruppe se giró y vio a Hetan y Cafal que llegaban a caballo a reunirse con él. La mujer estaba sonriendo.

—Ni una palabra, daru, y menos mal. ¡De otro modo te arrancarían el corazón del pecho al oír semejantes maldiciones!

—¿Maldiciones? Mi estimada mujer, el genio letal de Kruppe tiene la culpa. ¡Su ira ardiente que pone en peligro todo lo que lo rodea! Es esta bestia, ya sabes…

—Ni siquiera vale para comérsela —observó Hetan—. ¿Qué te parece a ti, hermano?

—Demasiado escuálida —asintió Cafal.

—No obstante, Kruppe ruega el perdón en nombre de su digna persona y de la, por lo contrario, indigna bestia que

monta. ¡Perdonadnos, retoños de piernas un tanto largas de Humbrall Taur, os lo rogamos!

—Tenemos una pregunta para ti, hombre de manteca.

—Solo tenéis que preguntar y Kruppe responderá. Relucientes de verdad, sus palabras lisas como el aceite que perfuma tu piel sin tacha, ¿ahí, justo encima del pecho izquierdo, quizá? Kruppe tiene en su posesión…

—No me cabe duda —lo interrumpió Hetan—. Y si continuaras, esta guerra habría terminado antes de que yo hubiera tenido la oportunidad de hacerte la pregunta. Ahora, cállate, daru, y escucha. Mira, si tienes la bondad, las filas malazanas de aquel camino, las pocas compañías que arrastran los pies, que caminan junto a ellos y entre ellos, levantando hacia los cielos nubes de polvo…

—¡Mi querida muchacha, eres una de las personas que le gustan a Kruppe! Te lo ruego, reanuda esa pregunta que no interroga, con detalle, envuelve con tus palabras la cera de la vela más gruesa para que yo pueda prender una llama inextinguible de amor en su honor.

—He dicho mira, daru. ¡Observa! ¿No notas nada raro en tus aliados actuales?

—Actuales. Pasados y sin duda futuros también, asegura Kruppe. ¡Misterios malazanos, sí! Un pueblo peculiar, proclama Kruppe. La disciplina en la dicha marcha se acerca a un punto de disolución desaliñada, se alzan nubes de polvo que se habrán de distinguir en varias leguas pero lo que se ve… ¡vaya, nada salvo polvo!

—A eso me refería —gruñó Hetan.

—De una forma de lo más perspicaz, además.

—Así que lo habías notado.

—¿Notado qué, querida mía? ¿Las suntuosas curvas de tu persona? ¿Cómo podría evitar notar Kruppe tal maravillosa

belleza, si bien un poco bárbara? Como una flor de la pradera…

—… a punto de matarte —dijo Hetan con una gran sonrisa.

—Una flor de la pradera, observa Kruppe, como las que florecen en espinosos cactus…

—Cuidado con un mal paso, hombre de manteca.

—Los cuidados de Kruppe carecen de malos pasos, pues lleva bien los cuidados, eh…

—Esta mañana —continuó Hetan después de un momento— vi que una compañía de marineros quitaban las tiendas de tres compañías por todo el campamento malazano. Una para tres, una y otra vez.

—¡Sí, se puede contar con los malazanos!

Hetan se acercó más, estiró un brazo, cerró una mano sobre el cuello del manto de Kruppe y medio lo bajó a rastras de la silla con una amplia sonrisa.

—Hombre de manteca —siseó—, cuando me acueste contigo, y será pronto, esta mula va a necesitar una tabla para llevar lo que quede de ti. Arrastrar a todo el mundo en tu baile de palabras es un magnífico talento pero, llegada la noche, te arrancaré el aire de los pulmones. Te dejaré sin palabras durante días enteros. Y lo haré todo para demostrarte quién es el que manda de los dos. Y ahora, ni una sola palabra más de tus labios o no voy a esperar hasta esta noche. Le daré a estos niños y a todos los demás un espectáculo del que tú, daru, jamás podrás librarte. Ah, ya veo por los ojos que se te salen de las órbitas que lo entiendes. Bien. Ahora deja de apretar a esa mula entre las rodillas, la bestia lo odia. Acomódate en la silla como si fuera un caballo, porque eso se cree el animal que es. Observa cómo montan todos los demás, observa cómo llevan a sus jinetes los caballos. Los ojos de tu animal nunca descansan,

¿no lo has notado? Es la bestia más alerta que ha visto este mundo y no me preguntes por qué. Listo, ya he dicho lo que tenía que decir. Hasta esta noche, hombre de manteca, cuando vea cómo te fundes. —La mujer lo soltó entonces.

Kruppe se dejó caer otra vez en la silla con un jadeo. Abrió la boca para decir algo, pero después la cerró de golpe.

—Aprende rápido, hermana —gruñó Cafal.

La barghastiana lanzó un bufido.

—Como todos, hermano.

Los dos se alejaron. Kruppe se los quedó mirando, se sacó un pañuelo de una manga y se secó el sudor de la frente.

—Oh, vaya. Oh, caramba. ¿Has oído eso, mula? Es Kruppe quien está condenado. ¡Condenado!

Whiskeyjack estudió a las dos mujeres que tenía delante y después habló.

—Permiso denegado.

—No está aquí, señor —reiteró una de las dos marineras—. No tenemos a quién vigilar, ¿no?

—No volveréis a reuniros con vuestra compañía, marineras. Os quedáis conmigo. ¿Algún otro tema que queríais comentar? ¿No? Podéis iros.

Las dos marineras intercambiaron una mirada, después saludaron y se fueron con paso marcial.

—A veces —dijo Artanthos a unos cinco metros de él— vuelve y te muerde en el culo, ¿verdad?

Whiskeyjack miró al hombre.

—¿El qué?

—El estilo de mando de Dassem Ultor. Soldados a los que se da permiso para pensar, cuestionar, discutir…

—Lo que nos convierte en el mejor ejército que este mundo ha visto jamás, portaestandartes.

—No obstante…

—No hay ningún «no obstante». Por eso somos los mejores. Y cuando llegue el momento de obedecer las órdenes difíciles, verás la disciplina que hay. Quizá no la hayas visto ahora mismo, pero está ahí, bajo la superficie, y es sólida.

—Como quieras —respondió Artanthos con un encogimiento de hombros.

Whiskeyjack reanudó la tarea de llevar a su caballo al corral. El sol ya estaba metiendo los últimos rayos refulgentes bajo el horizonte. Por todos lados los soldados se apresuraban a montar las tiendas y preparar las hogueras. Observó que era una panda de hombres cansados. Demasiadas tandas a paso ligero durante el día y luego la campanada añadida de marcha cuando caía el ocaso. Se dio cuenta de que tendría que ir recortando el ritmo durante al menos tres días y después añadir dos campanadas más de descanso antes de llegar a Coral para darle a su infantería tiempo suficiente para recuperarse. Un ejército agotado era un ejército derrotado.

Un mozo de cuadras recogió el caballo de Whiskeyjack y el comandante se dirigió a la tienda de mando de Dujek.

Había un pelotón de marineros sentados encima de sus fardos delante de la entrada, con los cascos y las armaduras puestas, todavía llevaban los pañuelos que les habían cubierto las caras para defenderlas del polvo del día. Ninguno se levantó cuando llegó Whiskeyjack.

—Por mí no os mováis —gruñó con gesto sarcástico cuando pasó entre los soldados y entró en la tienda.

Dentro, Dujek estaba de rodillas. Había tirado un mapa por el suelo alfombrado y lo estaba estudiando a la luz de

los faroles mientras murmuraba por lo bajo.

—Bueno —dijo Whiskeyjack al tiempo que acercaba una silla de campaña y se ponía cómodo—, el ejército dividido… se vuelve a dividir.

Dujek levantó la cabeza, sus cejas pobladas se unieron en un ceño momentáneo antes de reanudar el estudio del mapa.

—¿La guardia personal que tengo fuera?

—Sí.

—Son un hatajo de desgraciados en el mejor de los casos, que no se puede decir que sea este.

Whiskeyjack estiró las piernas e hizo una mueca cuando el viejo dolor se despertó en la izquierda.

—Son todos untan, ¿verdad? Últimamente no los he visto mucho por ahí.

—No los has visto por ahí porque les dije que se esfumaran. Solo los llamo desgraciados cuando estoy de buenas. No forman parte de la hueste y en lo que a ellos se refiere, nunca lo serán y, maldita sea, por mí encantado. Además, no te habrían hecho un saludo militar aunque no nos hubiéramos dividido en dos mandos. Me cuesta que me saluden incluso a mí y eso que soy el que han jurado proteger.

—Ahí fuera tenemos un ejército exhausto.

—Lo sé. Si nos sonríe Oponn, el ritmo se recuperará una vez que lleguemos al otro lado de Maurik. Son tres días a galope tendido hasta Coral, nos las hemos arreglado con menos.

—Nos las hemos arreglado para que nos dieran una buena paliza, querrás decir. Esa carrera hasta Mott estuvo a punto de acabar con nosotros, coño, Dujek. No podemos permitirnos una repetición, hay mucho más que perder esta vez.

El puño supremo se echó hacia atrás y empezó a enrollar el mapa.

—Ten fe, amigo mío.

Whiskeyjack miró a su alrededor y observó la mochila cruzada apoyada en el poste central, la vieja espada corta en su vaina, igual de antigua, que habían dejado encima.

—¿Tan pronto?

—No has estado prestando mucha atención —dijo Dujek —. Nos hemos estado escabullendo limpiamente cada noche desde la división. Pasa lista, Whiskeyjack, te faltan seis mil. Llegada la mañana, tienes a tus soldados de vuelta, bueno, o al menos casi a la mitad. Deberías estar bailando alrededor del poste.

—No, debería ser yo el que sale a volar esta noche, no tú, Dujek. El riesgo…

—Exacto —gruñó el puño supremo—. El riesgo. Parece que no te das cuenta pero eres más importante para este ejército que yo. Siempre lo has sido. Para los soldados yo no soy más que un ogro manco con un bonito uniforme; pero si me ven como un animalito de compañía, joder.

Whiskeyjack estudió la armadura desgastada y sin adornos de Dujek y esbozó una sonrisa amarga.

—Es una forma de hablar —dijo el puño supremo—. Además, es lo que ha ordenado la emperatriz.

—Eso es lo que dices tú.

—Whiskeyjack, Siete Ciudades se está devorando a sí misma. La diosa del Torbellino se ha alzado sobre arenas ensangrentadas. La consejera tiene un nuevo ejército y está de camino, pero es demasiado tarde para las fuerzas malazanas que ya se encuentran allí. Sé que estabas hablando de retirarte pero míralo desde el punto de vista de Laseen. Le quedan dos comandantes que conocen Siete Ciudades. Y, sin tardanza, solo un ejército curtido, atrapado

allí, en Genabackis. Si tiene que arriesgar a uno de nosotros en la guerra painita, tiene que ser a mí.

—¿Planea enviar a la hueste a Siete Ciudades? Que el Embozado nos asista, Dujek…

—Si la nueva consejera cae víctima de Sha'ik, ¿qué alternativa le queda? Y lo que es más importante, te quiere a ti al mando.

Whiskeyjack parpadeó.

—¿Y qué hay de ti?

Dujek hizo una mueca.

—No creo que espere que sobreviva. Y si por algún milagro sobrevivo, bueno, la campaña en Korel es un desastre…

—Tú no quieres Korel.

—Lo que yo quiera da igual, Whiskeyjack.

—Y Laseen diría lo mismo de mí, deduzco. Dujek, como ya te he dicho, tengo intención de retirarme, de desaparecer si es necesario. Se acabó. Yo ya he terminado con todo esto. Alguna cabaña de troncos en un reino fronterizo, muy lejos del Imperio…

—Y una esposa dándote con una olla en la cabeza. La dicha doméstica del matrimonio, ¿crees que Korlat se conformará con eso?

Whiskeyjack sonrió al oír la suave burla del puño supremo.

—La idea es suya; no lo de la olla, esa es tu pesadilla concreta, Dujek. Pero el resto… De acuerdo, no una cabaña de troncos. Más bien una fortaleza remota y sacudida por los vientos en la ladera de alguna montaña. Un lugar con una vista intimidante…

—Bueno —dijo Dujek con voz cansina—, todavía puedes plantar una pequeña huerta en el patio. Librar una guerra contra las malas hierbas. De acuerdo, será nuestro secreto.

Lo siento por Laseen. Si sobrevivo a Coral, seré yo el que lleve a la hueste de regreso a Siete Ciudades. Y si no sobreviviese, bueno, no estaré en posición de que me importe un pimiento el Imperio de Malaz.

—Saldrás de esta, Dujek. Como siempre.

—Como esfuerzo no vale mucho, pero lo acepto. Bueno, ¿compartes una última comida conmigo? Los moranthianos no estarán aquí hasta después de la campanada de medianoche.

Fue una extraña elección de palabras que flotaron, pesadas, entre los dos amigos durante un buen rato.

—Me refería a una última comida antes de irme —dijo Dujek con una leve sonrisa—. Hasta Coral.

—Será un placer —respondió Whiskeyjack.

Los yermos del suroeste del río Eryn se extendían bajo las estrellas, las arenas se ondulaban bajo los vientos del interior nacidos en la llanura del Asentamiento, en el corazón del continente. Por delante, al borde mismo del horizonte, las montañas del Paseo Divino se hacían visibles, jóvenes e irregulares, formando una barrera hacia el sur que se extendía a lo largo de sesenta leguas. El borde oriental lo consumían bosques que continuaban sin interrupción hasta el Tajo de Ortnal y la bahía Coral y volvían a aparecer al otro lado del agua para rodear la propia ciudad de Coral.

El río Eryn se convertía en el Tajo de Ortnal a veinte leguas o más de la bahía Coral; las aguas rojas del río se precipitaban a un profundo abismo y, según se decía, se tornaban de un extraño color negro impenetrable. La bahía Coral no parecía ser más que una continuación de ese abismo.

Paran todavía no veía el Tajo, ni siquiera desde aquella altura, pero sabía que estaba allí. Los exploradores de la patrulla aérea de los moranthianos negros que lo trasladaban a él y a sus Abrasapuentes por el curso del río habían confirmado que se hallaba cerca; después de todo, a veces los mapas se equivocaban. Por fortuna, la mayor parte de los moranthianos negros llevaban meses apostados en las montañas Visión y hacían salidas cada noche para prepararse para ese momento, habían estudiado el terreno y formulado la mejor manera de acercarse a Coral.

Probablemente alcanzarían la boca del Eryn antes del amanecer; suponiendo que los vientos fuertes y constantes que se precipitaban hacia las montañas del Paseo Divino no amainaran, la noche siguiente los vería rozando las aguas negras del Tajo, rumbo a la propia Coral.

Y una vez allí, averiguamos qué es lo que ha planeado el Vidente para nosotros. Lo averiguamos y, si es posible, lo desmantelamos. Y una vez hecho eso, será el momento de que Ben el Rápido y yo…

Una señal invisible hizo precipitarse a los quorls hacia el este y virar hacia la orilla occidental del río. Paran se agarró a las protuberancias óseas de la armadura del jinete moranthiano, el viento silbó entre la celada y le chilló en los oídos. El capitán apretó los dientes y agachó la cabeza detrás del guerrero cuando el suelo oscuro se alzó a toda prisa para recibirlos.

Un aleteo rápido a muy poca altura de la orilla salpicada de rocas les hizo perder velocidad de repente y después se deslizaron en silencio por la playa. Paran se giró y vio a los demás en fila tras ellos. Dio un golpecito con el dedo en la armadura de su jinete y se inclinó hacia delante.

—¿Qué pasa?

—Hay carroña ahí delante —respondió el moranthiano negro, las palabras chasqueaban de forma extraña, un sonido al que el capitán sabía que nunca se acostumbraría.

—¿Tenéis hambre?

El guerrero de la armadura quitinosa no contestó.

De acuerdo, eso fue un golpe bajo.

El hedor de lo que fuera que había tirado en la orilla alcanzó a Paran.

—¿Tenemos que hacerlo? ¿Son los quorls los que necesitan comer? ¿Tenemos tiempo, moranthiano?

—Nuestros exploradores no vieron nada la noche pasada, capitán. Este río jamás ha dejado en la orilla semejante criatura. Quizá sea importante que lo haya hecho ahora. Lo investigaremos.

Paran se rindió.

—Muy bien.

El quorl que tenían debajo viró a la derecha, subió y sobrevoló el terraplén cubierto de hierba antes de posarse en el suelo plano que había detrás. Los otros lo siguieron.

Con las articulaciones doloridas, Paran soltó las correas de la silla y desmontó con cautela. Ben el Rápido llegó cojeando a su lado.

—Que el abismo me lleve —se quejó—, mucho más tiempo así y se me van a caer las piernas.

—¿Alguna idea sobre lo que hemos encontrado? —le preguntó el capitán.

—Solo que apesta.

—Alguna bestia muerta, al parecer.

Media docena de moranthianos negros habían rodeado al jinete que iba en cabeza. Se intercambiaron chasquidos y zumbidos entre ellos en una rápida discusión y después el oficial (cuyo quorl había estado montando Paran) les hizo un gesto al capitán y al mago para que se acercaran.

—La criatura —dijo el oficial—, se encuentra justo delante. Nos gustaría que la examinarais, como haremos nosotros. Hablad con libertad para que al fin podamos rodear la verdad y conocer así su color. Venid.

Paran le echó un vistazo a Ben el Rápido, que se limitó a encogerse de hombros.

—Tú delante, entonces —dijo el capitán.

El cadáver se encontraba entre peñascos, en lo alto de la playa, a unos doce metros de las aguas torrenciales que bajaban hacia el sur. Con los miembros retorcidos que revelaban huesos rotos (algunos de ellos sobresaliendo por la carne desagarrada), la figura estaba desnuda e hinchada por la descomposición. El terreno que lo circundaba hervía de cangrejos que, entre chasquidos y escaramuzas, se enzarzaban en una batalla titánica por la posesión del festín, un detalle que Paran encontró divertido al principio y después inquietante de un modo indescriptible. Los carroñeros distrajeron su atención durante un instante, pero después volvió a clavar la mirada en la figura.

Ben el Rápido formuló una pregunta en voz baja al oficial moranthiano, que asintió. El mago hizo un gesto y un fulgor apagado se alzó desde los peñascos e iluminó el cuerpo.

Por el aliento del Embozado.

—¿Es un tiste andii?

Ben el Rápido se acercó un poco más, se agachó y se quedó callado un buen rato antes de hablar.

—Si lo es, no es uno de los de Anomander Rake… no, de hecho, no creo que sea siquiera tiste andii.

Paran frunció el ceño.

—Pues es muy alto, diablos, mago. Y esos rasgos faciales, los que se ven…

—Tiene la piel demasiado pálida, capitán.

—Decolorada por el agua y el sol.

—No. He visto unos cuantos cuerpos de tiste andii. En el bosque de Perronegro y en las ciénagas que lo rodean. Los he visto en todo tipo de estados y nada como esto. Está hinchado por el calor de todo el día, sí, y tenemos que suponer que vino del río, pero no está empapado. Capitán, ¿has visto alguna vez una víctima de la hechicería Serc?

—¿La senda del Firmamento? Que yo recuerde, no.

—Hay un hechizo que hace estallar a la víctima por dentro. Tiene que ver con la presión, con alterarla de forma violenta, incluso con eliminarla del todo. O, por lo que parece aquí, con aumentarla fuera del cuerpo y multiplicarla por cien. A este hombre lo mató una presión implosiva, como si lo hubiera golpeado un mago usando gran Serc.

—Bien.

—De bien nada, capitán. En realidad, muy mal. —Ben el Rápido levantó la cabeza y miró al oficial moranthiano—. Rodear la verdad, has dicho. De acuerdo. Habla.

—Tiste edur.

El nombre, *ah, sí. Torzal habló de ellos. Una guerra antigua… una senda quebrada*…

—De acuerdo. Aunque yo jamás había visto ninguno.

—No murió aquí.

—Tienes razón, no murió aquí. Y tampoco se ahogó.

El moranthiano asintió.

—No se ahogó. Ni tampoco lo mató la hechicería, el olor no es ese.

—Sí, no hay mácula de magia. Sigue rodeando.

—Los moranthianos azules, que surcan los mares y hunden redes en las zanjas más profundas… su captura ya llega muerta a la cubierta. Un efecto producido por la naturaleza de la presión.

—Me lo imagino.

—A este hombre lo mató lo contrario. Murió al aparecer, de repente, en un lugar de gran presión.

—Sí. —Ben el Rápido suspiró. Después le echó un vistazo al río—. Hay una poza, una grieta, ahí fuera, se nota por el tirón superior de la corriente ahí, en el medio. El Tajo de Ortnal llega hasta aquí, invisible, y agrieta el lecho del río. Esa poza es profunda.

—Un momento —dijo Paran—. Estás sugiriendo que este tiste edur apareció, de repente, ahí abajo, en lo más profundo de esa poza submarina. El único modo de que eso pudiera ocurrir es si hubiera abierto una senda para llegar ahí; un modo de suicidarse de lo más complicado, creo yo.

—Solo si tenía intención de hacerlo como lo hizo —respondió Ben el Rápido—. Solo si fue él el que abrió la senda. Si quieres matar a alguien, matarlo de una forma desagradable, lo tiras, lo empujas, le pones la zancadilla para que caiga, lo que sea, en un portal hostil. Creo que a este pobre cabrón lo asesinaron.

—¿Un mago supremo de Serc?

—Más bien un mago supremo de Ruse, la senda del Mar. Capitán, el Imperio de Malaz es un imperio marinero, o al menos sus raíces son marineras. No encontrarás un verdadero mago supremo de Ruse en todo el Imperio. Es la senda más difícil de dominar. —Ben el Rápido se volvió hacia los moranthianos—. ¿Y entre tus moranthianos azules? ¿Los plateados o los dorados? ¿Algún mago supremo de Ruse?

El guerrero sacudió la cabeza cubierta por el yelmo.

—Y nuestros anales tampoco revelan ninguno en nuestro pasado.

—¿Y hasta dónde llegan esos anales? —preguntó Ben el Rápido con tono casual mientras volvía a mirar el cadáver.

—Siete decenas.

—¿Décadas?

—Siglos.

—Bueno —dijo el mago al erguirse—, un asesino singular.

—¿Entonces por qué creo ahora que a este hombre lo mató otro tiste edur? —murmuró Paran.

El moranthiano y Ben el Rápido se volvieron hacia él y se quedaron callados.

Paran suspiró.

—Una corazonada, supongo. Me lo susurran las tripas.

—Capitán —dijo el mago—, no olvides en qué te has convertido. —Volvió a clavar los ojos una vez más en el cadáver—. Otro tiste edur. De acuerdo, vamos a rodear esa teoría también.

—No hay objeciones a la posibilidad —dijo el oficial moranthiano.

—Los tiste edur son de la Sombra Ancestral —observó Ben el Rápido.

—En los mares, las sombras nadan. Kurald Emurlahn. La senda de los tiste edur, la Sombra Ancestral, está rota y los mortales la han perdido.

—¿Perdido? —Ben el Rápido alzó las cejas—. Querrás decir que nunca la encontraron. Meanas, donde moran Tronosombrío, Cotillion y los mastines…

—No es más que una puerta —terminó el oficial moranthiano.

Paran gruñó.

—Si una sombra pudiera arrojar sombra, esa sombra sería Meanas… ¿es eso lo que estáis diciendo los dos? ¿Tronosombrío gobierna la garita?

Ben el Rápido sonrió.

—Qué imagen tan deliciosa, capitán.

—Una imagen inquietante —respondió con un murmullo. *Los mastines de Sombra… son los guardianes de la puerta.*

Maldita sea, eso tiene demasiado sentido para que sea un error. Pero la senda también está rota en mil pedazos, lo que significa que quizá la puerta no lleve a ningún sitio. O quizá pertenece al fragmento más grande. ¿Sabe la verdad Tronosombrío? ¿Que su poderoso trono de las Sombras es… es qué? ¿La silla de un alcaide? ¿Donde se encarama un portero? Caramba, caramba, como diría Kruppe.

—Ah. —Ben el Rápido suspiró y su sonrisa se desvaneció—. Creo que ya sé a qué te refieres. Los tiste edur se hallan activos una vez más, por lo que hemos visto aquí. Están regresando al mundo mortal, quizá hayan despertado de nuevo al verdadero trono de las Sombras y quizás estén a punto de hacerle una visita a su nuevo portero.

—Otra guerra en el panteón, las cadenas del dios Tullido estarán tintineando sin duda con sus carcajadas. —Paran se frotó el rastrojo de barba—. Disculpadme, necesito un poco de privacidad. Continuad aquí, si queréis, no tardaré mucho. —*Espero*.

Se adentró en la tierra unos dieciséis metros y se colocó mirando hacia el noroeste, con los ojos clavados en las estrellas lejanas. *De acuerdo, no es la primera vez que lo hago, vamos a ver si funciona por segunda vez*…

La transición fue tan rápida, tan natural, que lo dejó tambaleándose, tropezando por unos adoquines irregulares en un torbellino de oscuridad cubierta de motas. Maldijo y se irguió. Las imágenes talladas del suelo brillaron con un tenue fulgor, una luz fría y vagamente distante.

Bueno, aquí estoy. Así de simple. A ver, ¿cómo encuentro la imagen que estoy buscando? ¿Raest? ¿Estás muy ocupado en este momento? Menuda pregunta. Si estuvieras muy ocupado, estaríamos todos metidos en un lío, ¿no? Da igual. Quédate donde estás, sea donde sea. Después de todo, el que tiene que averiguar esto soy yo.

En la baraja de los Dragones, no. No quiero la puerta, después de todo. Así pues la baraja Ancestral, la baraja de las fortalezas...

El adoquín que tenía justo debajo giró y se convirtió en una nueva imagen, una imagen que Paran no había visto antes, pero que reconoció por instinto, era la que buscaba. La talla era tosca, gastada, y los surcos profundos formaban una telaraña caótica de sombras.

Paran sintió que lo arrastraban al suelo, a la escena en sí.

Apareció en una cámara ancha y baja. Una piedra revestida pero sin adornos formaba las paredes, una piedra manchada de agua y cubierta de líquenes, moho y musgo. En lo alto, a su derecha y a su izquierda había unas ventanas anchas (ranuras horizontales), ambas atestadas con un motín de enredaderas y parras que se escabullían por la habitación, cubrían el suelo y atravesaban una alfombra de hojas muertas.

El aire olía a mar y fuera de la cámara, las gaviotas se peleaban sobre las olas que se estrellaban contra algún sitio.

A Paran se le había desbocado el corazón en el pecho. Eso sí que no se lo esperaba. *No estoy en otro reino. Es el mío*...

A cinco metros de distancia, sobre un estrado elevado, había un trono. Tallado en un único tronco de madera de color carmesí, de la madera de debajo, en los flancos, se habían arrancado amplias tiras de corteza improvisadas, muchas de ellas partidas. Las sombras flotaban en esa corteza, nadaban por los profundos surcos y se derramaban para salir disparadas por el aire circundante antes de desvanecerse en la oscuridad de la cámara.

El trono de las Sombras. No está en algún reino oculto y olvidado. Está aquí, en (o más bien dentro) de mi mundo... Un fragmento pequeño y deshilachado de Kurald Galain.

… Y los tiste edur han venido a por él. Están buscándolo, cruzando los mares para encontrar este lugar. ¿Cómo lo sé?

Paran se adelantó. Las sombras se precipitaron por el trono a una velocidad frenética. Un paso más. *Quieres decirme algo, trono, ¿verdad?* Se acercó al estrado, estiró el brazo…

Las sombras se derramaron sobre él.

¡Mastín… y no mastín! ¡Sangre que no es sangre! ¡Maestro y mortal!

—¡Oh, cállate! Háblame de este lugar.

¡La isla errante! ¡No vaga! ¡Huye! ¡Sí! ¡Los hijos están corrompidos, las almas de los edur están envenenadas! ¡Tormenta de locura… la eludimos! ¡Protégenos, mastín que no es mastín! ¡Sálvanos… ya vienen!

—La isla errante. Es Deriva Avalii, ¿verdad? Al oeste de Quon Tali. ¿No se suponía que había tiste andii en esa isla?

¡*Juramentados para defenderla! Retoños de Anomander Rake… ¡desaparecidos! Dejaron un rastro de sangre, alejaron a los edur sacrificando sus propias vidas… oh, ¿dónde está Anomander Rake? Lo llaman, ¡claman y claman! ¡Ruegan que los ayude!*

—Me temo que está muy ocupado.

¡Anomander Rake, hijo de la Oscuridad! Los edur han jurado destruir a la madre Oscuridad. ¡Debes dar aviso! Almas envenenadas, dirigidas por aquel que ha sido asesinado cien veces, oh, cuidado con este nuevo emperador de los edur, este tirano del dolor, ¡este libertador de mareas a medianoche!

Paran se apartó con un tirón mental, sentó un pie atrás tambaleándose y después otro. Estaba bañado en sudor y temblaba por las secuelas de semejante horror visceral.

Apenas consciente de sus propias intenciones, giró en redondo; a su alrededor, la cámara se desdibujó, tragada por

la oscuridad y después, con un cambio repentino, algo más profundo que la oscuridad.

—Oh, por el abismo…

Una llanura salpicada de escombros bajo un cielo muerto. A lo lejos, a su derecha, el gemido de unas ruedas inmensas de madera, el deslizamiento y los chasquido secos de las cadenas, un sinfín de pasos pesados. En el aire, un manto de sufrimiento que amenazaba con asfixiar a Paran allí mismo.

El capitán apretó los dientes, se volvió hacia los pavorosos sonidos y se adelantó.

Delante de él aparecieron unas figuras granulosas que se acercaban directamente a Paran. Unas figuras encorvadas, cadenas estiradas. Tras ellos, a ochenta o más metros de distancia, se cernía la terrible carreta atestada de cuerpos retorcidos. La carreta resonaba con un sonido metálico y se movía sobre las piedras, envuelta en una neblina espesa.

Paran se adelantó tropezando.

—¡Draconus! —gritó—. En el nombre del Embozado, ¿dónde estás? ¡Draconus!

Se alzaron varias caras, pero todas, salvo una (velada por una capucha y borrosa), volvieron a agacharse.

El capitán se deslizó entre víctimas de *Dragnipur* y se acercó a la única cara envuelta en sombras que seguía mirándolo; se puso al alcance de los locos, los aturdidos, los fracasados, ni uno solo de los cuales intentó impedirle el paso o reconoció siquiera su presencia. Paran se movía como un fantasma entre la multitud.

—Saludos, mortal —dijo Draconus—. Camina conmigo, entonces.

—Quería ver a Rake.

—Pero encontraste su espada. Cosa que yo no siento.

—Sí, ya he hablado con Escalofrío, Draconus, pero no me presiones con ese tema. Cuando tome una decisión, serás el

primero en saberlo. Me urge hablar con Rake.

—Sí —dijo el antiguo guerrero con voz profunda—, así es. Explícale esta verdad, mortal. Él es demasiado misericordioso, demasiado misericordioso para empuñar a *Dragnipur*. La situación se está haciendo desesperada.

—¿De qué estás hablando?

—*Dragnipur* necesita alimentarse. Mira a nuestro alrededor, mortal. Los hay que, con el tiempo, ya no pueden seguir tirando de esta carga. Entonces los llevan a la carreta y los arrojan ahí, ¿crees que eso es preferible? Demasiado débiles para moverse, no tardan en quedar enterrados bajo otros como ellos. Enterrados, atrapados para toda la eternidad. Y cuanto más soporta la carreta, mayor es el peso… y más difícil es la carga para aquellos que todavía podemos arrastrar esta cadenas. ¿Lo entiendes? *Dragnipur* tiene que alimentarse. Precisamos… piernas nuevas. Dile a Rake que tiene que empuñar la espada. Tiene que tomar almas. Almas poderosas, a ser posible. Y debe hacerlo pronto…

—¿Qué ocurrirá si se para la carreta, Draconus?

El hombre que había forjado su propia prisión se quedó callado durante un buen rato.

—Proyecta tu visión, mortal, sobre el camino. Mira por ti mismo lo que nos persigue.

¿Perseguirnos? Paran cerró los ojos, pero la escena no se desvaneció, la carreta continuó avanzando pesadamente, allí, en su mente, las multitudes se arrastraban a su lado como fantasmas. Y entonces el inmenso vehículo pasó a su lado y sus gemidos se desvanecieron tras él. Los surcos de sus ruedas lo flanquearon, cada uno tan ancho como un camino imperial. La tierra estaba empapada de sangre, bilis y sudor, un barro vil en el que hundía las botas y se las tragaba hasta los tobillos.

Su mirada siguió esas huellas hacia atrás, hasta el horizonte. Donde reinaba el caos. Llenaba el cielo una tormenta como él no había visto jamás. Un hambre voraz se derramaba en ella. Una anticipación frenética.

Recuerdos perdidos.

Poder nacido de almas arrancadas.

Malicia y deseo, una presencia casi consciente, con cientos de miles de ojos clavados en la carreta que había tras Paran.

Tan… impacientes por alimentarse…

El capitán se encogió.

Con un jadeo, Paran se encontró tropezando una vez más junto a Draconus. El residuo de lo que había presenciado se aferraba a él y hacía que su corazón palpitara con un ritmo salvaje en su pecho. Tardó otros veinticinco metros en ser capaz de levantar la cabeza y hablar.

—Draconus —dijo entre dientes—, has creado una espada muy desagradable.

—La oscuridad siempre ha luchado contra el caos, mortal. Y siempre se ha retirado. Y cada vez que la madre Oscuridad se rendía (a la llegada de la luz, al nacimiento de las sombras), su poder disminuía, el desequilibrio se hacía más profundo. Tal era el estado de los reinos a mi alrededor en esos primeros tiempos. Un desequilibrio creciente. Hasta que el caos se acercó a la propia puerta de Kurald Galain. Había que elaborar una defensa. Se… precisaban… almas…

—Espera, por favor. Necesito pensar.

—El caos anhela el poder que hay en esas almas, lo que *Dragnipur* ha reclamado. Alimentarse de ese poder lo hará más fuerte, diez veces más. Cien veces más. Suficiente para atravesar la puerta. Mira tu reino mortal, Ganoes Paran. Guerras devastadoras que destruyen civilizaciones enteras, guerras civiles, levantamientos raciales, dioses heridos y

moribundos, tú y los tuyos avanzáis a un ritmo peligroso por el camino forjado por el caos. Cegados por la ira, codiciando la venganza, esos, los más oscuros de los deseos…

—Espera…

—Donde la historia no significa nada. Las lecciones se olvidan. Los recuerdos… de la humanidad… de todo lo que es humano… se han perdido. Sin equilibrio, Ganoes Paran…

—¡Pero quieres que rompa *Dragnipur* en mil pedazos!

—Ah, ahora comprendo tu resistencia. Mortal, he tenido tiempo de pensar. De reconocer el grave error que he cometido. Creía, Ganoes Paran, en esos primeros tiempos, que solo en la oscuridad podía manifestarse el poder que es orden. Intentaba ayudar a la madre Oscuridad, pues parecía incapaz de ayudarse a sí misma. Se negaba a responder, ni siquiera reconocía la presencia de sus hijos. Se había retirado a las profundidades de su propio reino, muy lejos de todos nosotros, tan lejos que no podíamos encontrarla.

—Draconus…

—Escúchame, por favor. Antes de las Casas existieron las fortalezas. Antes de las fortalezas, la vida errante. ¡Tus propias palabras, sí! Pero estabas en lo cierto y a la vez te equivocabas. No era una vida errante sino una migración. Un recorrido estacional, predecible, cíclico. Lo que parecía carecer de sentido, ser aleatorio, era en realidad algo fijo, sometido a sus propias leyes. Una verdad, un poder, que yo no supe reconocer.

—Así que la destrucción de *Dragnipur* liberará la puerta una vez más, la dejará libre a su migración.

—A lo que le daba la fuerza para resistir al caos, sí. *Dragnipur* ha vinculado la puerta de la oscuridad a la huida, para toda la eternidad; pero si las almas encadenadas a ella disminuyeran…

—La huida se ralentiza…

—De una forma letal.

—Así que o bien Rake empieza a matar, a llevarse almas, o hay que destruir a *Dragnipur*.

—Lo primero es necesario para ganar tiempo hasta que se produzca lo segundo. Hay que romper la espada en mil pedazos. El propósito de su existencia seguía un camino equivocado. Además, hay otra verdad con la que me he tropezado… demasiado tarde ya para que importe algo. Al menos a mí.

—¿Y cuál es?

—Igual que el caos posee la capacidad de actuar en su propia defensa y alterar de ese modo su propia naturaleza en su propio beneficio en esta guerra eterna, lo mismo puede hacer el orden. No está vinculado solo a la oscuridad. Comprende, si quieres decirlo así, el valor del equilibrio.

Paran sintió un destello de intuición.

—Las Casas de Azath. La baraja de los Dragones.

La cabeza encapuchada se giró un poco y Paran sintió unos ojos fríos e inhumanos clavados en él.

—Sí, Ganoes Paran.

—Las Casas se llevan almas…

—Y las vinculan. Lejos del alcance del caos.

—Así que, entonces, tampoco debería importar que sucumbiera la oscuridad.

—No seas idiota. Las pérdidas y las ganancias se acumulan, cambian la marea, pero no siempre se equilibra la balanza. Nos encontramos en un momento de desequilibrio, Ganoes Paran, que se acerca a las puertas de algo. Esta guerra, que nos ha parecido eterna a los que estamos atrapados en ella, puede que llegue a su fin. Lo que nos aguarda a todos, si eso ocurriera… bueno, mortal, tú ya has sentido su aliento, ahí, a tu espalda.

—Necesito hablar con Rake.

—Entonces, búscalo. Suponiendo, por supuesto, que todavía lleve la espada.

Al parecer, es más fácil decirlo que hacerlo.

—Espera, ¿qué quieres decir con eso? ¿Con eso de que todavía lleve la espada?

—Solo eso, Ganoes Paran.

¿Y por qué no la iba a llevar? ¿En el nombre del Embozado, qué estás insinuando, Draconus? ¡Que hablamos de Anomander Rake, diablos! Si estuviéramos en una de esas fábulas de tres al cuarto con un granjerito lerdo que se tropieza con una espada mágica, bueno, entonces quizá fuera posible perder la espada. Pero… ¿Anomander Rake? ¿El hijo de la Oscuridad? ¿El señor de Engendro de Luna?

Un gruñido de Draconus le llamó la atención. En medio del camino, enredado en unas cadenas que se habían quedado flojas, yacía una figura demoníaca.

—Byrys. Lo maté yo mismo, hace ya mucho tiempo. No creí… —Se acercó a la criatura de piel negra, bajó los brazos y, para asombro de Paran, se lo echó al hombro—. A la carreta —dijo Draconus—, mi antiguo enemigo…

—¿Quién me invocó —murmuró el demonio— para que luchara contra ti?

—Siempre la misma pregunta, Byrys. No lo sé. Nunca lo supe.

—¿Quién me invocó, Draconus, para que muriera bajo la espada?

—Alguien que lleva muerto mucho tiempo, sin duda.

—Quién me invocó…

Mientras Draconus y el demonio que llevaba al hombro continuaban con su absurda conversación, Paran sintió que algo lo alejaba de allí, las palabras iban perdiendo nitidez, la imagen se desdibujaba… hasta que se encontró una vez

más sobre los adoquines, muy por debajo de la Casa del Finnest.

—Anomander Rake, caballero de la Oscuridad, Gran Casa de Oscuridad… —Sus ojos se esforzaron por ver cómo se alzaba la imagen que había invocado entre el universo sin fin de adoquines grabados.

Pero no ocurrió nada. Paran sintió un escalofrío repentino en la boca del estómago y estiró mentalmente la mano en busca de la Gran Casa de Oscuridad, intentaba encontrar el lugar, la figura con la espada negra que arrastraba unas cadenas etéreas…

No llegó a comprender lo que se precipitó a recibirlo, algo cegador que lo golpeó en el cráneo, un destello…

… y después la nada.

Abrió los ojos a una luz moteada. El agua le trazaba riachuelos fríos por las sienes. Se deslizó una sombra sobre él y después una cara redonda y conocida con unos ojos pequeños y perspicaces.

—Mazo —graznó Paran.

—Empezábamos a preguntarnos si ibas a volver, capitán. —El sanador levantó un trapo que chorreaba—. Te subió la fiebre durante un tiempo, pero creo que ya ha roto…

—¿Dónde?

—Desembocadura del río Eryn. Tajo de Ortnal. Es mediodía. Ben el Rápido tuvo que ir a buscarte anoche, capitán, el riesgo de que nos sorprendieran en terreno abierto antes del amanecer… Decidimos atarte a tu quorl y salir disparados con esos vientos.

—Ben el Rápido —murmuró Paran—. Tráemelo aquí. Deprisa.

—Nada más fácil, señor. —Mazo se echó hacia atrás y le hizo un gesto a alguien que tenía al lado.

Apareció el mago.

—Capitán. Desde el amanecer ya nos han pasado por encima cuatro de esos cóndores, si nos están buscando…

Paran sacudió la cabeza.

—A nosotros no. A Engendro de Luna.

—Puede que tengas razón, pero eso significaría que todavía no lo han avistado, y eso no parece demasiado probable, diablos. ¿Cómo se esconde una montaña flotante? Lo más probable…

—Anomander Rake.

—¿Qué?

Paran cerró los ojos.

—Lo busqué… a través de la baraja, el caballero de la Oscuridad. Mago, creo que lo hemos perdido. Y a Engendro de Luna. Hemos perdido a los tiste andii, Ben el Rápido. Anomander Rake ha desaparecido.

—¡Espantosa ciudad! ¡Horrenda! ¡Macabra! ¡Mugrienta! Kruppe lamenta el avistamiento del mencionado asentamiento…

—Eso ya lo habías dicho… —murmuró Whiskeyjack.

—No auguran nada bueno tales nefandas moradas. Causan pavor semejantes calles fantasmales y esos enormes buitres que anidan y aletean con tanta libertad por los cielos de acullá sobre la tan noble cabeza de Kruppe. ¿Cuándo, oh, cuándo llegará la oscuridad? ¿Cuándo caerá la misericordiosa oscuridad, reitera Kruppe, para que una bendita ceguera envuelva nuestras dignas personas y permita así que la inspiración destelle y revele por tanto el

engaño de engaños, el más astuto de los juegos de manos, la no ilusión de las ilusiones, el…?

—Dos días —gruñó Hetan desde el otro lado de Whiskeyjack—. Lo dejé sin habla… dos días; esperaba algo más, ya que el corazón de ese hombre estuvo a punto de rendirse.

—Pues vuelve a cerrarle la boca —dijo Cafal.

—Esta noche, y con un poco de suerte no estará en condiciones de decir ni una palabra más hasta Maurik por lo menos.

—¡Mi querida muchacha ha malinterpretado el silencio de Kruppe, tan poco propio de su persona! ¡Jura, no, ruega por todo lo que sabe que le ahorres los azotes y los jadeos en la noche venidera y en cada noche que sigue! Es demasiado tierno de espíritu, es demasiado fácil magullarlo, arañarlo y zarandearlo de un lado a otro. Kruppe no había conocido jamás el horror de las volteretas ni desea volver a experimentar dicha descomposición de su indispuesta persona. Así pues, para explicar un laconismo extraordinario, estos dos días de apariencia muda que de forma tan poco elegante engalanaban al honorable Kruppe, peor desde luego que una mortaja de abatimiento. ¡Se ha de explicar! Kruppe, mis queridos amigos, ha estado pensando.

»¡Pensando, sí! ¡Como nunca pensó haberlo hecho! Nunca, jamás. Pensamientos que brillan gloriosos, que deslumbran y ciegan el conocimiento mortal, tan estremecedores que saquean los miedos y no dejan más que el valor más puro, ¡valor sobre el que uno surca las aguas como en una balsa que se precipita por la boca del paraíso!

Hetan lanzó un bufido.

—Esos revolcones no eran volteretas. Eran simples caídas. Muy bien, ¡ya te daré yo volteretas de sobra esta noche, pequeño escurridizo!

—¡Kruppe reza, oh cómo reza para que nunca caiga la oscuridad! ¡Que desde las profundidades el destello no sea más que ahogado en un mundo repleto de luz y asombro! ¡Contente, misericordiosa oscuridad! ¡Nosotros debemos seguir adelante, valiente Whiskeyjack! ¡Siempre adelante! ¡Sin pausa, sin descanso, sin demora! ¡Agostar nuestros pies, que sean simples muñones, ruega Kruppe! ¡Noche, oh, noche! ¡Que ejerce su atracción fatal sobre esta débil persona, la mula estaba allí, después de todo, y mirad a la pobre bestia, exhausta por lo que sus ojos no pudieron evitar presenciar! ¡Casi fenecida de consunción por simple empatía!

»¡Oh, no escuches a Kruppe y sus secretos deseos de autodestrucción a manos de mujer tan deliciosa! ¡No escuches, por los dioses! Nada has de oír hasta que el significado en sí se disipe…

Rapiña se quedó mirando las aguas negras del Tajo de Ortnal. Había trozos de hielo que desafiaban la corriente y se abrían camino arroyo arriba machacándose contra las orillas. Al sureste, la bahía Coral era blanca como un campo de invierno bajo las estrellas. El viaje desde la desembocadura del Eryn no les había llevado más que media noche. A partir de allí los Abrasapuentes iban a viajar a pie, se mantendrían a cubierto, bordearían las montañas oscuras y boscosas y rodearían la región relativamente plana entre el Tajo y la cordillera.

Miró ladera abajo, era una ladera suave y al fondo podía ver al capitán Paran sentado con Ben el Rápido, Eje, Patas, Deditos y Perlazul. Las reuniones de magos siempre la ponían nerviosa, sobre todo cuando Eje se contaba entre ellos. Bajo la piel que había debajo de la camisa de pelo se

revolvía el alma de un zapador, un alma medio loca, como las de todos los zapadores. La magia de Eje tenía una merecida fama de impredecible y más de una vez ella lo había visto desvelar su senda con una mano mientras que con la otra arrojaba una munición moranthiana.

Los otros tres magos Abrasapuentes no eran gran cosa. Perlazul era un napaniano con los pies torcidos que se afeitaba la cabeza y se daba aires de tener inmensos conocimientos sobre la senda de la Mar.

Patas tenía sangre seti, sangre a la que él le concedía una importancia exagerada y que le servía de excusa para lucir un sinfín de amuletos y baratijas de la tribu de Quon Tali del norte, aunque los seti en sí hacía ya mucho tiempo que no existían más que de nombre, pues habían quedado asimilados por completo por la cultura quon. Patas, sin embargo, lucía como parte de su uniforme una versión extrañamente idealizada del atuendo seti de las llanuras, prendas todas que había confeccionado una costurera que trabajaba para una compañía teatral de Unta. Rapiña no sabía muy bien en qué senda se especializaba Patas, porque los rituales que usaba el mago para recurrir al poder por lo general llevaban más tiempo que una batalla normal.

Deditos se había ganado el apelativo por su costumbre de coleccionar los dedos de los pies de los enemigos muertos, ya los hubiera matado él en persona o no. Había inventado una especie de polvo de secado con el que trataba sus trofeos antes de cosérselos al chaleco; el tipo olía como una cripta en la época seca y como una fosa común antes de que le echaran cal cuando llovía. Afirmaba ser nigromante y que, en el pasado, un ritual que había resultado ser una auténtica chapuza lo había dejado con una sensibilidad especial para percibir fantasmas; afirmaba que estos lo seguían y añadía que al cortarles los dedos de los pies mortales, se llevaba su

sentido del equilibrio, de modo que se caían con tanta frecuencia que él podía dejarlos atrás.

De hecho parecía un hombre acosado por fantasmas pero, como había señalado Mezcla, ¿quién no se sentiría acosado con todos esos dedos muertos colgándole de la ropa?

El viaje había sido agotador. Pasarte horas atada a la silla de atrás de un quorl, temblando bajo los vientos cortantes de las alturas mientras veías pasar legua tras legua de terreno terminaba dejándote enervada, entumecida y triste. La naturaleza empapada de aquel bosque de montaña tampoco ayudaba mucho. Rapiña estaba congelada hasta los huesos. Tendrían lluvia y bruma toda la mañana, la calidez del sol no llegaría hasta por la tarde.

Mazo se acercó a ella.

—Teniente —dijo.

Rapiña lo miró con el ceño fruncido.

—¿Alguna idea sobre de qué están hablando, sanador?

Mazo les echó un vistazo a los magos.

—Solo están preocupados, señor. Por esos cóndores. Les han echado suficientes vistazos en las últimas horas como para que no queden muchas dudas: esos pájaros son cualquier cosa menos pájaros.

—Bueno, eso ya lo habíamos supuesto todos.

—Sí. —Mazo se encogió de hombros y añadió—: Y me imagino que las noticias de Paran sobre Anomander Rake y Engendro de Luna tampoco los habrán tranquilizado demasiado. Si los hemos perdido, como cree el capitán, tomar Coral y derrotar al Vidente Painita se va a poner mucho más complicado.

—Quieres decir que igual nos masacran.

—Bueno…

La atención de Rapiña se fijó poco a poco en el sanador.

—Suéltalo ya —gruñó.

—Es solo una corazonada, teniente.

—¿Y es?

—Ben el Rápido y el capitán. Tienen algo más planeado, quiero decir que esos dos traman algo. O eso sospecho. Verás, hace mucho tiempo que conozco a Ben el Rápido, lo conozco bien y ya tengo calado cómo trabaja. Estamos aquí a cubierto, ¿no? Somos la avanzadilla de Dujek. Pero para esos dos la operación es un doble ciego, hay otra misión oculta bajo esta y no creo que Unbrazo sepa nada de ella.

Rapiña parpadeó.

—¿Y Whiskeyjack?

Mazo sonrió con amargura.

—En cuanto a eso, no sabría decir, señor.

—¿Eres tú el único que sospecha algo, sanador?

—No. El pelotón de Whiskeyjack. Seto. Trote, ese maldito barghastiano está enseñando mucho esos dientes afilados y cuando hace eso suele significar que intuye que está pasando algo, pero no sabe qué con exactitud, solo que no dice nada. Si comprendes a qué me refiero.

Rapiña asintió. Había visto a Trote sonriendo casi cada vez que había puesto los ojos en el guerrero en los últimos días. Inquietante a pesar de la explicación de Mazo.

Mezcla apareció delante de ellos.

El ceño de Rapiña se profundizó.

—Perdona, teniente —dijo—. El capitán me encontró husmeando… aunque no sé cómo. Me temo que no tuve ocasión de escuchar. En fin, vengo a decirte que los pelotones están listos.

—Por fin —murmuró Rapiña—. Estaba a punto de quedarme congelada.

—Aun así —dijo Mazo—, pero yo ya echo de menos a los moranthianos, estos bosques son muy oscuros, diablos.

—Pero están vacíos, ¿no?

El sanador se encogió de hombros.

—Eso parece. Son los cielos los que deberían preocuparnos, llegado el día.

Rapiña se irguió.

—Vosotros dos, seguidme. Es hora de despertar a los otros…

La marcha de Brood hacia Maurik se había convertido en una especie de carrera. Varios elementos de su ejército se iban rezagando dependiendo de la velocidad que pudieran mantener o, en el caso de las Espadas Grises y la legión de Rezongo, la que eligieran mantener. En consecuencia, las fuerzas se extendían a lo largo de casi una legua de granjas calcinadas por el maltratado camino de mercaderes que llevaba al sur, con las Espadas Grises, la legión de Trake y otra chusma formando la retaguardia en virtud de su relajado paso.

Itkovian habían optado por permanecer con Rezongo. El gran daru y Piedra Menackis entretejían una sucesión de relatos sobre su pasado compartido que mantenían a Itkovian entretenido, tanto por el contraste entre sus dispares recuerdos como por los acontecimientos con frecuencia estrambóticos que describían los dos.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Itkovian se había permitido semejante placer. Había llegado a apreciar mucho la compañía de aquellos dos y sobre todo su espantosa irreverencia.

En alguna que otra ocasión se acercaba a las Espadas Grises y hablaba con la yunque del escudo y con la destriant, pero la incomodidad no tardaba en obligarlo a marchar; su antigua compañía había comenzado a sanar y comenzaba a incluir en su red a los reclutas tenescowri; el

adiestramiento se producía sobre la marcha y cuando la compañía se detenía al atardecer. Y a medida que los soldados se iban uniendo, más tenía la sensación Itkovian de que era un intruso, y más echaba de menos a la familia que había conocido toda su vida.

Al mismo tiempo, ellos eran su legado y se permitía sentir cierto orgullo cuando los contemplaba. La nueva yunque del escudo había asumido el título y todo lo que este exigía; Itkovian por primera vez entendía cómo debían de verlo los demás cuando ostentaba el título de la revelación. Lejano, inflexible, totalmente autosuficiente. Una figura dura que prometía una justicia brutal. Cierto, él había podido contar con el apoyo de Brukhalian y Karnadas. Para la nueva yunque del escudo no estaba más que la destriant, una joven capan de pocas palabras que no mucho tiempo atrás todavía era recluta. Itkovian comprendía de sobra lo sola que debía de sentirse la yunque del escudo, pero no se le ocurría ninguna forma de aliviar su carga. Todos los consejos que podía dar procedían, después de todo, de un hombre que le había (al menos en su mente) fallado a su dios.

Cada vez que regresaba al lado de Rezongo y Piedra sentía en la boca el sabor amargo de la huida.

—Rumias las cosas como ningún otro hombre que yo haya conocido —dijo Rezongo.

Itkovian parpadeó y miró al daru.

—¿Señor?

—Bueno, eso no es del todo verdad. Buke…

Al otro lado de Itkovian, Piedra lanzó un bufido.

—¿Buke? Buke era un borracho.

—Más que eso, miserable mujer —respondió Rezongo—. Llevaba sobre sus hombros…

—No empieces —le advirtió Piedra.

Para gran sorpresa de Itkovian, Rezongo se quedó callado de repente. *Buke… ah, ya recuerdo. Sobre sus hombros las muertes de seres queridos*.

—No hay necesidad, Piedra Menackis, de desplegar una sensibilidad tan poco característica en ti. Entiendo por qué para vosotros dos me parezco a Buke. Siento curiosidad, ¿vuestro triste amigo buscó redención en su vida? Si bien puede que me haya rechazado cuando era yunque del escudo, quizá haya encontrado fuerzas en algún propósito interno.

—De eso nada, Itkovian —dijo Piedra—. Buke bebía para mantener a raya su tormento. No buscaba redención. Quería la muerte, pura y simple.

—No tan simple —objetó Rezongo—. Quería una muerte honorable, como la que le negaron a su familia; con ese honor podría redimirlos a su vez. Sé que es una idea retorcida, pero sospecho que lo que pasaba por su mente a mí me parece menos misterioso que a la mayoría.

—Porque tú has pensado lo mismo —soltó Piedra de repente—. Aunque tú no perdiste a tu familia en el incendio de un bloque de apartamentos. Lo máximo que has perdido tú quizá sea esa fulana que se casó con el mercader…

—Piedra —gruñó el daru—. Perdí a Harllo. Estuve a punto de perderte a ti.

Fue obvio que la admisión la dejó sin habla.

Ah… estos dos…

—La distinción —dijo Itkovian— entre Buke y yo se encuentra en la noción de redención. Yo acepto el tormento, tal y como es para mí, y por tanto admito la responsabilidad de todo lo que he hecho o no. Como yunque del escudo mi fe me exigía que aliviara el dolor de otros. En el nombre de Fener debía llevar paz a las almas y hacerlo sin juzgarlas. Eso he hecho.

—Pero tu dios ha desaparecido —dijo Piedra—. Entonces, en el nombre del Embozado, ¿a quién le entregabas esas almas?

—Bueno, a nadie, Piedra Menackis. Las llevo todavía conmigo.

Piedra miraba furiosa a Rezongo, que le respondió con un encogimiento de hombros abatido.

—Ya te lo dije, muchacha —murmuró.

La mujer se volvió hacia Itkovian.

—¡Maldito idiota! Esa nueva yunque del escudo… ¿qué hay de ella? ¿No va a abrazar ella tu carga o lo que sea que hagas? ¿No tomará ella esas almas…? ¡Tiene un dios, maldita sea! —Piedra recogió las riendas—. Si se cree que puede…

Itkovian la detuvo con una mano.

—No, señor. Se ha ofrecido, como es su deber. Pero no está lista para tal carga, la mataría, destruiría su alma y eso heriría a su dios, quizá de un modo fatal.

Piedra apartó el brazo, pero permaneció a su lado. Había abierto mucho los ojos.

—¿Y, exactamente, qué tienes intención de hacer con… con todas esas almas?

—Debo encontrar un modo, Piedra Menackis, de redimirlas. Como habría hecho mi dios.

—¡Qué locura! ¡Tú no eres ningún dios! ¡Eres un maldito mortal! No puedes…

—Pero debo hacerlo. Así que, ya ves, soy igual pero a la vez distinto de vuestro amigo Buke. Disculpadme, señores, por «rumiar» tales cosas. Sé que me aguarda una respuesta pronto, creo, y tenéis razón, haría mejor en hacer solamente un ejercicio de serena paciencia. Después de todo, me he aferrado a esto durante mucho tiempo.

—Haz como desees, Itkovian —dijo Rezongo—. Hablamos demasiado, Piedra y yo. Eso es todo. Perdónanos.

—No hay nada que perdonar, señor.

—¿Por qué no puedo tener amigos normales? —preguntó Piedra—. ¿Amigos sin rayas de tigre y ojos de gato? ¿Amigos que no lleven cien mil almas a la espalda? Ahí viene un jinete de esa otra compañía rezagada, ¡quizá él sea normal! Bien sabe el Embozado que va vestido como un granjero y parece lo bastante lerdo como para ser capaz de expresarse solo con frases sencillas. ¡Un hombre perfecto! ¡Eh! ¡Tú! No, ¿a qué estás esperando? ¡Anda, acércate! ¡Por favor!

La desgarbada figura que montaba lo que parecía una raza extraña de percherón hizo avanzar su montura al paso, con cautela.

—¡Hola amigos! —exclamó en un daru con un acento terrible—. ¿Es un mal momento? Parece que discutís…

—¿Discutir? —bufó Piedra—. ¡Llevas viviendo demasiado tiempo en los bosques si crees que eso era una discusión! Acércate y, por el abismo, ¿cómo te hiciste con una nariz tan grande?

El hombre se encogió y dudó un momento.

—¡Piedra! —le advirtió Rezongo a su compañera. Después se dirigió al jinete—. Es así de grosera y desagradable con todo el mundo, soldado.

—¡No estaba siendo grosera! —exclamó Piedra—. Las narices grandes son como las manos grandes, eso es todo…

Nadie dijo nada.

Poco a poco, la cara estrecha y larga del desconocido se fue tiñendo de un profundo color escarlata.

—Bienvenido, señor —dijo Itkovian—. Lamento que no nos hayamos conocido antes, principalmente porque al parecer la vanguardia de Brood, los rhivi y todas las demás compañías, nos han dejado atrás.

El hombre consiguió asentir.

—Sí. Ya lo habíamos notado. Soy el mariscal supremo Paja, de los Irregulares de Mott. —Sus ojos pálidos y acuosos se fijaron con un parpadeo en Rezongo—. Bonitos tatuajes. Yo también tengo uno. —Se subió una manga mugrienta y reveló una imagen deformada y confusa en el hombro manchado de polvo—. No sé muy bien qué le pasó, pero se suponía que era una rana de San Antonio encima de un tocón. Claro que no es nada fácil ver esas ranas así que puede que sea eso, ese manchón de ahí, creo que eso es la rana. Aunque podría ser un champiñón. —Su sonrisa reveló unos dientes enormes, se bajó la manga y se acomodó en la silla. De repente frunció el ceño—. ¿Sabéis hacia dónde marchamos? ¿Y por qué tiene todo el mundo tanta prisa?

—Eh…

Eso fue lo único que al parecer consiguió decir Rezongo, así que tomó la palabra Itkovian.

—Excelentes preguntas, señor. Nos dirigimos a una ciudad llamada Maurik, donde nos reuniremos de nuevo con el ejército malazano. De Maurik continuaremos hacia el sur, a la ciudad de Coral.

Paja frunció el ceño.

—¿Habrá una batalla en Maurik?

—No, la ciudad está abandonada. Es solo un lugar conveniente para llevar a cabo la reunificación.

—¿Y en Coral?

—Es probable que allí haya una batalla, sí.

—Las ciudades no huyen, así que, ¿por qué nos damos tanta prisa?

Itkovian suspiró.

—Un interrogante lleno de perspicacia, señor, un interrogante que nos conduce a poner en duda supuestos

que todos los interesados daban por sabidos con anterioridad.

—¿Qué?

—Ha dicho que buena pregunta —dijo Piedra con tono cansino.

El mariscal asintió.

—Por eso la hice. Soy famoso por hacer buenas preguntas.

—Ya lo vemos —respondió ella sin inmutarse.

—Brood tiene prisa —dijo Rezongo— porque quiere llegar a Maurik antes que los malazanos, que al parecer marchan a un ritmo más rápido de lo que creímos posible.

—¿Y?

—Bueno, eh, la alianza se ha convertido en una entidad un tanto… inestable en los últimos tiempos.

—Son malazanos, ¿qué esperabas?

—A decir verdad —dijo Rezongo—, creo que ni Brood sabía qué esperar. ¿Estás diciendo que no te sorprende este reciente cisma?

—¿Cisma? Ah, ya. No. Además, es obvio por qué se mueven tan rápido los malazanos.

Itkovian se inclinó hacia delante en la silla.

—¿Lo es?

Paja se encogió de hombros.

—Tenemos a algunos de los nuestros allí…

—¿Tenéis espías entre los malazanos? —preguntó Rezongo.

—Claro. Siempre los tenemos. Compensa saber lo que están tramando, sobre todo cuando estábamos luchando contra ellos. Solo porque nos aliáramos con ellos no había razón para no seguir vigilando.

—¿Y por qué marchan tan rápido, mariscal Paja?

—Los moranthianos negros, por supuesto. Llegan cada noche y se llevan compañías enteras. Solo quedan unos cuatro mil malazanos en el camino, y la mitad de ellos son de apoyo. Dujek también se ha ido. Whiskeyjack es el que lidera la marcha, han llegado al río Maurik y están construyendo barcazas.

—¿Barcazas?

—Claro. Para bajar flotando por el río, diría yo. No para cruzarlo ya que, de todos modos, ahí hay un vado y además, las barcazas están río abajo.

—Y el río, por supuesto —murmuró Rezongo— los llevará directamente a Maurik. Son solo unos cuantos días.

Itkovian se dirigió al mariscal.

—Señor, ¿has hecho partícipe a Caladan Brood de esta información?

—No.

—¿Por qué no?

Paja se encogió otra vez de hombros.

—Bueno, yo y los hermanos Tronco hablamos de eso, un poco.

—¿Y?

—Decidimos que Brood, bueno, como que se ha olvidado.

—¿Olvidado, señor? ¿Olvidado de qué?

—De nosotros. De los Irregulares de Mott. Creemos que quizá había planeado dejarnos atrás. Arriba en el norte. En el bosque de Perronegro. Puede que hubiera algo así como una orden por aquel entonces, algo sobre que teníamos que quedarnos mientras él iba al sur. No estamos seguros. No nos acordamos.

Rezongo se aclaró la garganta.

—¿Habéis considerado la posibilidad de informar al caudillo sobre vuestra presencia?

—Bueno, no queremos que se cabree. Creo que sí que hubo algún tipo de orden, ya sabes. Algo como «largaos», quizá.

—¿Largaos? ¿Por qué os iba a decir eso Brood?

—Eh, es que es eso. No fue el caudillo. Fue Kallor. Eso fue lo que nos confundió. No nos cae bien Kallor. Por lo general no hacemos caso de sus órdenes. Así que, bueno, aquí estamos. ¿Y vosotros quiénes sois?

—Creo, señor —dijo Itkovian— que deberías enviarle un jinete a Brood, con tu informe sobre los malazanos.

—Oh, también tenemos gente allí, en la vanguardia. Intentaron hablar con el caudillo, pero Kallor no hizo más que mandarles de vuelta.

—Eso sí que es curioso —murmuró Rezongo.

—Kallor dice que ni siquiera deberíamos estar aquí. Dice que el caudillo se pondrá furioso. Así que ya no vamos a acercarnos más. De hecho, estamos pensando en marcharnos. Echamos de menos el bosque de Mott, aquí no hay árboles. Nos gustan los bosques. De todo tipo, acabamos de recuperar una mesa asombrosa… pero sin patas, es como si se las hubieran partido.

—Si te sirve de algo —dijo Rezongo—, nosotros preferiríamos que no dejarais el ejército, mariscal.

En la larga cara del hombre se dibujó una expresión melancólica.

—¡Hay árboles! —exclamó Piedra de repente—. ¡Al sur! ¡Un bosque, alrededor de Coral!

La cara del mariscal supremo se iluminó.

—¿En serio?

—Desde luego —dijo Itkovian—. Se supone que hay un bosque de cedros, abetos y píceas.

—Ah, entonces está bien. Se lo diré a los otros. Seguro que se alegran y es mejor tenerlos contentos. Últimamente

han estado despuntando las armas y siempre es mala señal cuando hacen eso.

—¿Despuntando, señor?

Paja asintió.

—Embotan los filos, hacen muescas. Así, el daño que hacen es mucho peor. Es mala señal cuando se ponen así. Muy mala. Es solo cuestión de tiempo que se pongan a bailar alrededor del fuego por la noche. Después dejan de hacerlo y cuando paran sabes que ya no puede ser peor, porque eso significa que los chicos están listos para formar partidas de guerra y salir por la noche en busca de algo que matar. Han estado echándole un ojo a ese carro grande que llevamos detrás…

—Oh —dijo Rezongo—, eso no lo hagáis, diles que no lo hagan, mariscal. Esa gente…

—Nigromantes, ya. Ariscos. Muy ariscos. No nos gustan los nigromantes, sobre todo a los hermanos Tronco. Tuvieron a uno apalancado en sus tierras, sabéis, metido en una vieja torre en ruinas que había en el pantano. Fantasmas y espectros cada noche. Así que al final los Tronco tuvieron que hacer algo; fueron y sacaron de allí al inoportuno inquilino. Muy mal asunto, creedme, pero en fin, que colgaron lo que quedaba del tipo en la encrucijada de Abajo, solo como advertencia para otros, ya sabéis.

—Esos hermanos Tronco —dijo Itkovian— parecen un par formidable.

—¿Un par? —Paja alzó las enmarañadas cejas—. Son veintitrés y ni uno solo más bajo que yo. Y listos, por lo menos algunos. No saben leer, claro, pero saben contar hasta más de diez y eso ya es algo, ¿no? Pero bueno, tengo que irme. A relatarles a los demás lo de los árboles del sur. Adiós.

Observaron alejarse al hombre.

—No llegó a recibir una respuesta a su pregunta —dijo Rezongo después de un rato.

Itkovian lo miró.

—¿Qué pregunta?

—Quiénes somos.

—No seas idiota —dijo Piedra—, sabe a la perfección quiénes somos.

—¿Crees que estaba haciendo teatro?

—¡Mariscal supremo Paja! Por el abismo, ¡por supuesto que sí! Y os lo tragasteis los dos, ¿no? Bueno, pues yo no. Me di cuenta al instante.

—¿Crees que habría que informar a Brood, señor? —le preguntó Itkovian a Piedra.

—¿Sobre qué?

—Bueno, sobre los malazanos, para empezar.

—¿Acaso importa? De todos modos, Brood va a llegar a Maurik antes que ellos. Solo vamos a tener que esperar dos días en lugar de dos semanas, ¿y qué? Así terminamos con todo este lío mucho antes; el Embozado sabrá, quizá Dujek ya haya conquistado Coral, y por lo que a mí respecta, puede quedarse con ella.

—En eso tienes razón —murmuró Rezongo.

Itkovian apartó la mirada. *Quizá la tenga. ¿En qué me estoy metiendo? ¿Qué busco todavía en este mundo? No lo sé. Me importa muy poco ese tal Vidente Painita, no aceptará abrazo alguno mío, después de todo, suponiendo que los malazanos lo dejen con vida, cosa muy poco probable*.

¿Es por eso por lo que me rezago tan lejos de aquellos que darán una nueva forma al mundo? ¿Indiferente, carente de preocupaciones? Da la sensación de que he acabado, ¿por qué no puedo aceptar la verdad? Mi dios ha desaparecido, mi carga es ya solo mía. Quizá para mí no

haya respuesta, ¿es eso lo que la nueva yunque del escudo ve cuando me mira con tanta compasión?

¿He dejado atrás ya mi vida entera, salvo por la absurda lucha diaria de este cuerpo?

Quizá haya terminado. Terminado al fin…

—Anímate, Itkovian —dijo Rezongo—, puede que la guerra haya concluido antes de que nos acerquemos siquiera, ¿no sería la guinda perfecta para este pastel?

—Los ríos son para beber y para ahogarse en ellos —gruñó Hetan mientras rodeaba un barril con un brazo.

Whiskeyjack sonrió.

—Creía que tus ancestros eran marineros —dijo.

—Que al final recuperaron el sentido común y enterraron las puñeteras canoas de una vez por todas.

—Hablas con una irreverencia muy poco propia de ti, Hetan.

—Estoy a punto de vomitarte en las botas, amigo, ¿cómo quieres que hable?

—No le hagas caso a mi hija —dijo Humbrall Taur, los pies envueltos en pieles hacían un ruido seco al acercarse—. La ha vencido un daru.

—¡No menciones a esa babosa! —siseó Hetan.

—Te alegrará saber que la tal babosa lleva tres días en otra barcaza, mientras tú sufrías —le dijo Whiskeyjack—. Recuperándose.

—Solo dejó esta porque juré que lo mataría —murmuró Hetan—. ¡Se suponía que no se iba a colar por mí, maldito gusano escurridizo! ¡Por todos los espíritus del inframundo, menudo apetito!

Las carcajadas de Humbrall Taur retumbaron en el aire.

—Jamás creí que presenciaría tan delicioso…

—¡Oh, cállate, padre!

El enorme caudillo barghastiano le guiñó un ojo a Whiskeyjack.

—Pues estoy deseando conocer en persona a ese hombre de Darujhistan.

—Entonces debería advertirte que las apariencias engañan —dijo Whiskeyjack—, sobre todo en el caso de Kruppe.

—Oh, ya lo he visto, de lejos, cuando lo arrastraba de un lado a otro mi hija, al menos al principio. Y después, en los últimos tiempos observé que el papel dominante se había invertido. Cosa notable. Verás, es que Hetan es digna hija de mi mujer.

—¿Y dónde está tu mujer?

—Se quedó en la cordillera de las Caras Blancas, a distancia casi suficiente como para dejarme respirar en paz. Casi. Quizá, para cuando lleguemos a Coral…

Whiskeyjack sonrió y se maravilló una vez más ante los dones que la amistad le había ofrecido en los últimos tiempos.

La orilla en otro tiempo domesticada del río Maurik corría frente a él. Los juncos rodeaban los muelles de pesca y los postes de los amarraderos; las viejas barcas yacían pudriéndose y medio enterradas entre los sedimentos de la orilla. La hierba crecía alta alrededor de las chozas de los pescadores que había playa arriba. El abandono y todo lo que significaba oscurecieron su humor por un momento.

—Incluso para mí —gruñó Humbrall Taur a su lado— es una vista ingrata.

Whiskeyjack suspiró.

—Nos acercamos a la ciudad, ¿verdad?

El malazano asintió.

—Quizá un día más.

Tras ellos, Hetan gimió al oír eso.

—¿Crees que Brood lo sabe?

—Creo que sí, al menos en parte. Tenemos Irregulares de Mott entre los mozos de cuadras y los tratantes…

—Irregulares de Mott, ¿quiénes o qué es eso, comandante?

—Algo parecido, aunque de lejos, a una compañía de mercenarios, caudillo. Leñadores y granjeros, en su mayor parte. Creados por accidente… por nosotros, los malazanos, en realidad. Acabábamos de tomar la ciudad de Oraz y marchábamos hacia el oeste, hacia Mott, que se rindió de inmediato con la única excepción de los que vivían en las afueras, en el bosque de Mott. Dujek no quería una compañía de renegados que se dedicaran a saquear nuestras líneas de suministros mientras nosotros nos adentrábamos en el continente, así que envió a los Abrasapuentes al bosque de Mott con el objetivo de acabar con ellos. Un año y medio después seguíamos allí. Los Irregulares no hacían más que marear la perdiz y las veces que decidían levantarse y luchar, era como si un dios oscuro de los pantanos los poseyera, nos dieron más de una paliza y de dos. Les hicieron lo mismo a los moranthianos dorados. Al final, Dujek nos sacó de allí, pero para entonces Brood ya se había puesto en contacto con los Irregulares de Mott y los había metido en su ejército. En cualquier caso —el comandante se encogió de hombros—, son una panda engañosa; siempre vuelven, como una de esas infecciones de lombrices, algo con lo que hemos aprendido a vivir.

—Así que sabéis lo que vuestro enemigo sabe de vosotros —asintió Humbrall Taur.

—Más o menos.

—Los malazanos —dijo el barghastiano mientras sacudía la cabeza— jugáis a juegos muy complicados.

—A veces —admitió Whiskeyjack—. Otras veces son muy sencillos.

—Un día, vuestros ejércitos marcharán sobre la cordillera de las Caras Blancas.

—Lo dudo.

—¿Por qué no? —quiso saber Humbrall Taur—. ¿Es que no somos enemigos dignos, comandante?

—Demasiado dignos, caudillo. No, verás. Hemos tratado con vosotros y el Imperio de Malaz se toma tales precedentes muy en serio. Se celebrará un encuentro en el que se os recibirá con todo respeto y se os ofrecerá establecer relaciones comerciales, fronteras y demás, si así lo deseáis. Si no, los enviados partirán y será lo último que sepáis de los malazanos hasta el momento que decidáis lo contrario.

—Sois unos conquistadores extraños los extranjeros.

—Sí, sí que lo somos.

—¿Por qué estáis en Genabackis, comandante?

—¿El Imperio de Malaz? Estamos aquí para unificar y, a través de la unificación, hacernos ricos. Tampoco somos egoístas en lo que a enriquecerse se refiere.

Humbrall Taur se dio unos golpes secos en el camisote entreverado de monedas.

—¿Y los dineros es lo único que os interesa?

—Bueno, hay más de un tipo de riqueza, caudillo.

—¿Sí? —Los ojos del enorme guerrero se habían entrecerrado.

Whiskeyjack sonrió.

—Conocer a los clanes Caras Blancas de los barghastianos es uno de esos premios. Merece la pena celebrar la diversidad, Humbrall Taur, pues es el lugar donde nace la sabiduría.

—¿Palabras tuyas?

—No, del historiador imperial, Duiker.

—¿Y habla en nombre del Imperio de Malaz?

—En el mejor de los casos.

—¿Y este es el mejor de los casos?

Whiskeyjack miró de frente los ojos oscuros del guerrero.

—Quizá lo sea.

—¿Queréis callaros los dos? —gruñó Hetan tras ellos—. Estoy a punto de morirme.

Humbrall Taur se giró y estudió a su hija, que se había agachado y estaba apoyada en los barriles de grano.

—Una cosa —dijo con voz profunda.

—¿Qué?

—Pues que puede que no estés mareada por ir en barca, hija.

—¿En serio? ¿Y entonces qué…? —Hetan abrió mucho los ojos—. ¡Por todos los espíritus del inframundo!

Instantes después, Whiskeyjack se vio obligado a inclinarse sin cumplidos y con los pies por delante, por la borda de la barcaza; la corriente empezó a tirarle de las botas y el agua pudo darles así un buen lavado.

Una tormenta marina había golpeado Maurik poco tiempo después de su abandono, había derribado árboles ornamentales y había amontonado dunas de arena enredadas con algas contra las paredes de los edificios. Las calles estaban enterradas bajo una alfombra blanca de arena, una alfombra sin mácula de ondulaciones uniformes que no dejaba a la vista cuerpos ni otros detritos.

Korlat cabalgaba sola por la avenida principal de la ciudad portuaria. A su izquierda había unos almacenes desgarbados y achaparrados y a la derecha edificios municipales, tabernas, posadas y tiendas de mercaderes. En

las alturas, unas maromas de arrastre unían los pisos superiores de los almacenes a los tejados planos de las tiendas, festoneadas ese día de algas, como si las hubieran decorado para un festival marítimo.

Aparte del suspiro constante del viento cálido, no había ningún otro movimiento por toda la calle ni en los callejones que la cortaban. Las ventanas y las puertas se abrían como agujeros negros y olvidados. Habían vaciado los almacenes y las amplias puertas correderas que daban a la calle habían quedado abiertas.

La tiste andii se acercó a los límites occidentales de la ciudad, el olor del mar que dejaba atrás daba paso a un regusto más meloso de agua dulce podrida proveniente del río que había detrás de los almacenes que tenía a la izquierda.

Caladan Brood, Kallor y los demás habían optado por rodear Maurik, por el interior, de camino a las marismas, Arpía se adelantó volando durante un tiempo antes de desviarse otra vez. Korlat jamás había visto a la matrona de los grandes cuervos tan alterada. Si era cierto que la pérdida de contacto significaba que algo había destruido tanto a Anomander Rake como a Engendro de Luna, entonces Arpía había perdido a su señor y el nido de su bandada. Nociones desagradables, ambas. Más que suficiente para encorvar de desesperación las alas del gran cuervo cuando continuó su camino hacia el sur, una vez más.

Korlat había decidido cabalgar sola y tomar una ruta más larga que los otros, a través de la ciudad. Después de todo, no había necesidad de darse prisa y la anticipación tenía la costumbre de alargar cualquier espera inmóvil; mejor entonces prolongar el acercamiento a un ritmo más controlado. Había muchas cosas en las que había que pensar, después de todo. Si su señor se encontraba bien,

entonces tendría que plantarse delante de él y poner fin formalmente a su servicio; acabaría así con una relación que había existido durante catorce mil años, o, más bien, la suspendería durante un tiempo. *Durante los años de vida que le quedaran a un hombre mortal*. Y si alguna calamidad le hubiera sucedido a Anomander Rake, Korlat se encontraría siendo la comandante de mayor rango de la docena de tiste andii que, como ella, habían permanecido con el ejército de Brood. Acortaría esa responsabilidad, no tenía ningún deseo de regir a su pueblo. Los dejaría libres para que decidieran su propio destino.

Anomander Rake había unificado a esos tiste andii con la fuerza de su personalidad, una cualidad que esta sabía de sobra que no compartía. Las causas dispares en las que Rake decidía involucrarse, y con él su pueblo, eran, Korlat siempre lo había asumido, todas y cada una un reflejo de un único tema, pero cuál era ese tema y su naturaleza era algo que siempre había eludido a Korlat. Había guerras, había luchas, enemigos, aliados, victorias y pérdidas. Un desfile de siglos que le parecía aleatorio, y no solo a ella, sino a los suyos también.

Se le ocurrió entonces una idea que se retorció como un cuchillo romo en su pecho. Quizás Anomander Rake estaba igual de perdido. *Quizás esta interminable sucesión de causas refleja su propia búsqueda. Yo siempre había asumido un objetivo sencillo, quería darnos una razón para existir, tomar sobre nosotros la nobleza de otros... otros para los que la lucha significaba algo. ¿No era ese el tema que subyacía a todo lo que hemos hecho? ¿Por qué dudo ahora? ¿Por qué creo ahora que, si existe en realidad algún tema, es algo diferente?*

Algo mucho menos noble...

Korlat intentó desprenderse de esos pensamientos antes de que la arrastraran a la desesperación. *Pues la desesperación es la mayor enemiga de los tiste andii. ¿Con qué frecuencia he visto a los míos caer en el campo de batalla y he sabido, en lo más hondo de mi alma, que mis hermanos y hermanas no murieron porque fueran incapaces de defenderse? Murieron porque habían decidido morir. Asesinados por su propia desesperación*.

Nuestra mayor amenaza.

¿Nos aleja Anomander Rake de la desesperación, es ese su único propósito, su único objetivo? ¿Es que el tema es la negación? Si es así, entonces, querida madre Oscuridad, tenía razón al intentar confundir nuestro entendimiento, al intentar evitar que llegáramos a comprender su único y patético objetivo. Y yo, yo jamás debería haberme puesto a reflexionar, jamás debería haberme abierto paso hasta esta conclusión.

No hay satisfacción alguna en descubrir el secreto de mi señor. Maldición de la luz, se ha pasado siglos eludiendo mis preguntas, desalentando mis deseos de llegar a conocerlo y atravesar su velo de misterio. Y eso me ha hecho daño, lo he atacado más de una vez y él se ha plantado ante mi ira mi y frustración. Sin decir nada.

Elegir no compartir… lo que yo había visto como arrogancia, como un comportamiento condescendiente del peor tipo, suficiente para ponerme furiosa… Ah, mi señor, te aferraste a la misericordia más dura.

Y si la desesperación nos invade a nosotros, a ti te invade multiplicada por cien…

Korlat supo entonces que no dejaría libres a los suyos. Al igual que Rake, no podía abandonarlos y, al igual que Rake, no podía darle voz a la verdad cuando le rogaran, o le exigieran, una justificación.

Y por tanto, si ese momento llegara pronto, no me quedará más remedio que encontrar la fuerza necesaria, la fuerza para liderar a mi pueblo, la fuerza para ocultarle la verdad.

Oh, Whiskeyjack, ¿cómo podré contarte esto? Nuestros deseos eran… simples. Absurdamente románticos. El mundo no alberga paraíso alguno para ti y para mí, querido amante. Así pues, lo único que puedo ofrecerte es que te unas a mí, que te quedes a mi lado. Y le ruego a la madre Oscuridad, le ruego con todo mi aliento, que, para ti, sea suficiente…

Las afueras de la ciudad se extendían por el borde del río en una cinta dispersa y destartalada de chozas de pescadores, cabañas de ahumado y redes puestas a secar, todo ello maltratado por la tormenta y salpicado de basura. El asentamiento subía río arriba, hasta el borde mismo de las marismas y, de hecho, una decena de chozas construidas sobre pilares y conectadas por pasarelas elevadas traspasaban la extensión llena de juncos del propio barro.

Dos líneas de postes a ese lado del río jalonaban la amplia trinchera submarina que se había excavado y que conducía al borde de las marismas, donde se habían construido unas plataformas anchas y sólidas.

La desembocadura del río Maurik, al este, era impracticable para todo lo que no fuera las embarcaciones de menor calado, ya que el fondo cambiaba constantemente bajo el choque de la marea y la corriente, y levantaba capas escondidas de arena en apenas unas cuantas campanadas, después se las volvía a llevar para crear más en otro sitio. Los suministros que se traían río abajo se descargaban al oeste de la desembocadura, allí, en las marismas.

El caudillo, Kallor, el escolta Hurlochel y el segundo al mando de Korlat, Orfantal, se encontraban sobre la

plataforma, con los caballos atados en el camino, en el borde interior de la plataforma.

Los cuatro hombres miraban río arriba.

Korlat guio su caballo a la pasarela que unía la ciudad con la plataforma. Cuando llegó al pequeño cerro del camino elevado, la tiste andii vio la primera de las barcazas malazanas.

Dedujo que en su construcción había intervenido la hechicería. Eran barcas sólidas y robustas, anchas y de fondo plano. Unos troncos inmensos, sin tallar, enmarcaban los cascos. Prácticamente la mitad de cada cubierta iba tapada por unas lonas. Korlat vio no menos de veinte desde su atalaya. *Incluso utilizando hechicería, construirlas ha debido de ser una empresa inmensa. Claro que, haber podido terminarlas tan rápido*...

Ah, ¿así que eso era lo que estuvieron tramando los moranthianos negros durante tanto tiempo? Si es así, Dujek y Whiskeyjack lo tenía todo planeado desde el principio.

Varios grandes cuervos rodeaban la flotilla y en sus chillidos agudos había una burla audible.

En la primera barcaza vieron soldados, barghastianos y caballos. En el borde interior de la plataforma, Korlat se detuvo junto a los caballos del grupo de bienvenida y desmontó. Un rhivi le recogió las riendas. La tiste andii se lo agradeció con un asentimiento y cruzó sin prisas la plataforma para colocarse junto a Caladan Brood.

El rostro del caudillo era impenetrable, mientras que el de Kallor mostraba una expresión crispada, desdeñosa y desagradable.

Orfantal fue a reunirse con Korlat y se inclinó para saludarla.

—Hermana —dijo en la lengua nativa de los dos—, ¿fue agradable el paseo por Maurik?

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, hermano?

—Quizá campanada y media.

—Entonces no lamento nada.

El hombre sonrió.

—Y una campanada y media silenciosa, además. Casi el tiempo suficiente como para volver loco a un tiste andii.

—Mentiroso. Podemos quedarnos en silencio absoluto durante semanas enteras, como tú bien sabes, hermano.

—Ah, pero eso carece de emoción, ¿verdad? Lo sé por mí mismo, me limito a escuchar el viento y así no me inquieto.

Korlat lo miró. *¿Carece de emoción? Tus mentiras no son ninguna broma*.

—Y me atrevería a decir —continuó Orfantal— que la tensión sigue subiendo.

—Vosotros dos —gruñó Kallor—, hablad un idioma que entendamos todos, si es que tenéis que hablar. Aquí ya ha habido disimulo suficiente para toda una vida.

Orfantal lo miró y le contestó en daru.

—Supongo que no te referirás a tu vida, ¿verdad?

El antiguo guerrero le enseñó los dientes con un gruñido silencioso.

—Ya es suficiente —dijo Brood con voz profunda—. Preferiría que los malazanos no nos vieran discutiendo.

Korlat distinguió entonces a Whiskeyjack, de pie, cerca de la amplia proa roma de la primera barcaza. Llevaba el casco puesto y la armadura completa. A su lado estaba Humbrall Taur, con el camisote de monedas resplandeciendo al sol. Era obvio que el barghastiano estaba disfrutando del momento, erguido e imperioso, con las dos manos posadas en los mangos de las hachas de guerra que llevaba sujetas a las caderas. El portaestandartes, Artanthos, rondaba en segundo plano con los brazos cruzados y una leve sonrisa en el rostro delgado.

Había soldados tripulando la nave, se gritaban unos a otros al guiar la barcaza entre los postes. La maniobra se llevó a cabo con habilidad y la enorme barca dejó atrás las corrientes más fuertes y se deslizó con suavidad por el acceso.

Korlat lo observó todo con los ojos puestos en Whiskeyjack, que a su vez también la había visto, cuando la barca se acercó a la plataforma.

Los crujidos y chirridos de la embarcación al aproximarse al embarcadero apenas rompieron el silencio. Salieron soldados con maromas por el costado y se subieron a la plataforma para amarrar la nave. En el río, las otras barcazas comenzaban a arrimarse a la orilla para empezar a desembarcar igualmente en la playa embarrada.

Hetan apareció entre su padre y Whiskeyjack, se abrió camino y saltó a la plataforma. Su rostro carecía de color y casi se le habían doblado las piernas. Orfantal se precipitó a ofrecerle un brazo para que se apoyara, brazo que la mujer apartó de un empujón con un gruñido desdeñoso antes de pasar tambaleándose junto a ellos hacia el otro extremo de la plataforma.

—Bien pensado —bramó Humbrall Taur con una carcajada —, pero si valoras en algo tu vida, tiste andii, deja a la muchacha con su grávida desdicha. ¡Caudillo! ¡Gracias por el recibimiento formal! Nos hemos dado prisa para llegar a Coral, ¿verdad? —El caudillo barghastiano saltó a la plataforma con Whiskeyjack tras él.

—A menos que haya otras cien barcazas corriente arriba —gruñó Brood—, habéis perdido dos tercios de vuestras fuerzas. Bueno, ¿cómo ha podido suceder tal cosa?

—Tres clanes vinimos flotando, caudillo —respondió Humbrall Taur con una sonrisa—. El resto decidió caminar. A

nuestros dioses espíritus les hizo gracia, ¿verdad? Aunque, debo admitir que fueron sonrisas amargas.

—Bien hallados, caudillo —dijo Whiskeyjack—. Como no teníamos las naves necesarias para llevar todas las fuerzas, Dujek Unbrazo decidió dividir el ejército…

—Y en el nombre del Embozado, ¿se puede saber dónde está? —preguntó Kallor—. Como si tuviera que preguntarlo —añadió.

Whiskeyjack se encogió de hombros.

—Los moranthianos negros los están llevando…

—A Coral, sí —soltó Kallor de repente—. ¿Con qué fin, malazano? ¿Para conquistar la ciudad en nombre de tu Imperio?

—Dudo que eso sea posible —respondió Whiskeyjack—. Pero si lo fuera, ¿tanto resentirías llegar a una Coral ya pacificada, Kallor? Si tu sed de sangre necesita aplacarse…

—Nunca he de soportar la sed durante mucho tiempo, malazano —dijo Kallor, una mano enguantada se alzaba ya hacia la espada bastarda que llevaba atada a la espalda.

—Parece —dijo Brood sin hacerle caso a Kallor— que ha habido cambios considerables en lo que habíamos acordado que era un plan sólido. De hecho —continuó mientras posaba los ojos en la barcaza—, es obvio que cuando ese plan se creó, vosotros ya teníais planeado el engaño, desde el comienzo.

—No estoy de acuerdo —dijo Whiskeyjack—. Del mismo modo que tú tenías tu propio plan privado con Engendro de Luna y lo que Rake pretendiera hacer con él, nosotros decidimos que lo mejor era concebir algo parecido. El precedente es tuyo, caudillo, así que no creo que estés en posición de quejarte de nada.

—Comandante —dijo Brood entre dientes—, nuestra intención jamás fue que Engendro de Luna lanzara un

ataque preventivo contra Coral para sacar ventaja sobre nuestros supuestos aliados. El ritmo al que nos hemos atenido ha sido con intención de llevar a cabo un esfuerzo combinado.

—Y Dujek sigue estando de acuerdo contigo, caudillo. Como yo. Dime, ¿Arpía ha conseguido acercarse a Coral?

—Intenta hacerlo una vez más.

—Y lo más probable es que la expulsen una vez más. Lo que significa que no tenemos información sobre los preparativos que se están llevando a cabo contra nosotros. Si el Vidente Painita o sus asesores tienen aunque sea un mínimo de perspicacia militar, nos habrán tendido una trampa, algo en lo que no podemos evitar caer solo con acercarnos a las murallas de Coral. Caudillo, nuestros moranthianos negros han trasladado al capitán Paran y a los Abrasapuentes a menos de diez leguas de la ciudad, pretenden acercarse de forma subrepticia y descubrir así lo que han tramado los painitas. Pero con los Abrasapuentes solo no basta para contrarrestar esos esfuerzos, sean los que sean. Por tanto, Dujek lidera a seis mil de su hueste, trasladados por los moranthianos negros, con la intención de destruir lo que hayan planeado los painitas.

—¿Y por qué deberíamos creerte, en el nombre del Embozado? —preguntó Kallor—. No has hecho otra cosa que mentir, desde el principio.

Whiskeyjack se encogió de hombros una vez más.

—Si seis mil soldados malazanos son suficientes para tomar Coral y destruir al Dominio Painita, entonces es que hemos subestimado seriamente a nuestro enemigo, y no creo que sea el caso. Creo que la lucha va a ser intensa y que vamos a necesitar la poca o mucha ventaja que podamos lograr de antemano.

—Comandante —dijo Brood—, las fuerzas painitas se han visto aumentadas por cuadros de magos así como por esos cóndores antinaturales. ¿Cómo espera defenderse Dujek contra ellos? No se puede decir que tu ejército tenga muchos hechiceros.

—Ben el Rápido está allí y ha encontrado un modo de acceder a sus sendas sin interferencias. En segundo lugar, tienen a los moranthianos negros para competir por el control del cielo y un suministro respetable de municiones. Pero admito que es posible que no sea suficiente.

—Podrías ver a más de la mitad de tu ejército masacrado, comandante.

—Es posible, caudillo. Así pues, si te parece bien, deberíamos dirigirnos ya a toda prisa a Coral.

—Cómo no —gruñó Kallor con tono desdeñoso—. Quizá sería mejor que dejáramos que los painitas se agotaran destruyendo a Dujek y a su seis mil y después llegamos nosotros. Caudillo, escúchame. Los malazanos han provocado esta situación, fatal en potencia, y ahora vienen a rogarnos que los aliviemos del coste. Yo digo, deja que se pudran esos cabrones.

Korlat presintió que el criterio de Kallor podía hacer mella en Brood y vio dudar al caudillo.

—Una respuesta bastante miserable —bufó la tiste andii —. Teñida por la emoción y por tanto, es probable que como táctica sea un suicidio por nuestra parte.

Kallor se giró en redondo.

—¡Tú, mujer, no puedes siquiera fingir que eres objetiva! ¡Por supuesto que te pondrás del lado de tu amante!

—Si su postura fuera insostenible, desde luego que no lo haría, Kallor. Y esa es la diferencia que hay entre tú y yo. —La tiste andii miró a Caladan Brood—. Ahora hablo en nombre de los tiste andii que acompañan a tu ejército,

caudillo. Te recomiendo de forma encarecida que apresures la marcha sobre Coral con el propósito de aliviar a Dujek. El comandante Whiskeyjack ha llegado con barcazas suficientes para cruzar de inmediato a la orilla sur. Cinco días de marcha rápida nos llevará ante las murallas de Coral.

—O bien ocho días a ritmo normal —dijo Kallor—, lo que garantiza que llegaremos bien descansados. ¿Tanto hemos sobrevalorado a la hueste de Unbrazo que no son capaces de resistir tres días más?

—¿Ahora pruebas una nueva táctica? —le preguntó Orfantal a Kallor.

El canoso guerrero se encogió de hombros.

Brood expulsó el aliento entre dientes con un siseo.

—Él habla con un planteamiento razonado, tiste andii. Cinco días u ocho. Agotados o descansados, y por tanto capaces de entablar batalla con el enemigo de inmediato. ¿Cuál de las dos es una táctica más sólida?

—Podría significar la diferencia entre reunirnos con una fuerza sólida y eficaz o encontrar solo carne picada —dijo Whiskeyjack. Después se sacudió antes de continuar—. Decidid lo que queráis, entonces. Os dejaremos las barcazas, por supuesto, pero mis fuerzas cruzarán primero, nos arriesgaremos a llegar agotados. —Se dio la vuelta y le hizo un gesto a Artanthos, que se había quedado en la barcaza. El portaestandartes asintió, estiró los brazos y recogió media docena de banderines de señales, después se dirigió a popa.

—Ya habías anticipado esto —siseó Kallor—, ¿verdad?

Que tú ganarías al final, sí. Creo que sí.

Whiskeyjack no dijo nada.

—Así que tus fuerzas llegan a Coral primero, después de todo. Muy listo, cabrón. Muy listo, desde luego.

Korlat se acercó a Brood.

—Caudillo, ¿conservas tu fe en los tiste andii?

Aquel enorme hombre frunció el ceño.

—¿En ti y los tuyos? Sí, por supuesto que sí.

—Muy bien, entonces acompañaremos a Whiskeyjack, Humbrall Taur y sus fuerzas. Así representaremos tus intereses. Orfantal y yo somos soletaken, si es necesario uno de nosotros puede traerte recado a toda prisa, ya sea sobre los peligros o sobre una traición. Es más, nuestra presencia bien podría resultar decisiva si fuera necesario efectuar la retirada de Dujek de un combate imposible de ganar.

Kallor se echó a reír.

—Los amantes reunidos, y se nos pide que nos inclinemos ante semejante falsa objetividad…

Orfantal dio un paso hacia Kallor.

—Esa ha sido la última vez que insultas a un tiste andii —dijo en voz baja.

—¡Basta! —bramó Caladan Brood—. Kallor, escúchame bien: sigo confiando en los tiste andii. Nada de lo que digas puede debilitar esa fe, pues se la ganaron hace siglos, un centenar de ellos, y ni una sola vez la han traicionado. De tu lealtad, por otro lado, empiezo a dudar cada vez más…

—Cuidado con tus temores, caudillo —gruñó Kallor—, no vaya a ser que se hagan realidad.

La respuesta de Brood fue tan queda que Korlat apenas la oyó.

—¿Ahora me provocas a mí, Kallor?

El guerrero se fue poniendo pálido.

—¿De qué serviría eso? —preguntó en voz baja, sin expresión.

—Exacto.

Korlat se volvió hacia su hermano.

—Llama los tuyos, Orfantal. Acompañaremos al comandante y caudillo.

—Como digas, hermana. —El tiste andii se giró, después se detuvo un momento y estudió a Kallor durante un instante antes de decir—: Creo, viejo, que cuando todo esto haya terminado…

Kallor le enseñó los dientes.

—¿Crees qué?

—Que vendré a por ti.

Kallor mantuvo la sonrisa que fue su respuesta, pero la tensión del esfuerzo quedó traicionada por un espasmo en una mejilla arrugada.

Orfantal emprendió la marcha hacia los caballos que esperaban.

La carcajada profunda de Humbrall Taur rompió el tenso silencio.

—Y nosotros que pensábamos que estaríais riñendo cuando llegáramos.

Korlat miró la barcaza y se encontró con los ojos de Whiskeyjack. Este consiguió esbozar una sonrisa que le reveló a su amante la presión a la que se había visto sometido. Pero fue lo que la tiste andii descubrió en los ojos del hombre lo que le aceleró el corazón. Amor, alivio, ternura… y pura anticipación.

¡Madre Oscuridad, sí que saben vivir estos mortales!

Juntos y a un suave medio galope, Rezongo e Itkovian llegaron a la calzada y se acercaron a la plataforma. El cielo comenzaba a palidecer al este y el aire era fresco y despejado. Una veintena de pastores rhivi guiaban a los últimos de los primeros trescientos bhederin a la rampa vallada.

Unos centenares de metros por detrás de los dos hombres, otros guiaban a los segundos trescientos hacia la

calzada. Tras ellos había al menos unos dos mil bhederin más y para Rezongo e Itkovian estaba claro que, si querían llevar a sus compañías al otro lado del río a no tardar mucho, tendrían que colarse.

Los malazanos las habían construido bien: cada barcaza transportaba unas rampas anchas y sólidas que se unían a la perfección por las proas, mientras que las popas se habían diseñado para que se empotraran una vez quitadas las protecciones traseras. El puente que formaban era flexible allí donde se requería y seguro por todas partes, además de ser sorprendentemente ancho, capaz de permitir que cruzaran dos carretas a la vez.

El comandante Whiskeyjack y sus compañías de la hueste habían cruzado el río más de quince campanadas antes, seguidos por los tres clanes de los barghastianos de Humbrall Taur. Rezongo sabía que Itkovian esperaba ver y encontrarse con los dos hombres otra vez, en especial con Whiskeyjack, pero para cuando habían llegado al río, ya hacía tiempo que los malazanos y los barghastianos se habían ido.

Caladan Brood había hecho acampar a sus fuerzas para pasar la noche a ese lado del río Maurik y había levantado a sus tropas tres campanadas antes del amanecer. Acababan de completar el cruce del río. A Rezongo le intrigó la disparidad de ritmo entre los dos ejércitos aliados.

Se detuvieron entre los pastores rhivi. Un hombre alto y de aspecto desgarbado que no era rhivi permanecía a un lado, observando a los bhederin abrirse camino con golpes secos por la primera barcaza entre las voces y silbidos de los ganaderos.

Rezongo desmontó y se acercó al hombre solitario.

—¿Irregulares de Mott? —preguntó.

—Mariscal supremo Pocilga —respondió el hombre con una sonrisa sesgada y llena de dientes—. Me alegro de veros, no entiendo nada de lo que dicen estos hombrecitos. Y eso que bien saben los dioses que lo he intentado. Supongo que hablan un idioma diferente.

Rezongo miró sin expresión alguna a Itkovian, que se había quedado más atrás, después se volvió de nuevo hacia el mariscal supremo.

—Así es. ¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Desde anoche. Ha cruzado mucha gente. Montones. Los vi montar las barcazas. Fueron muy rápidos. Los malazanos sí que saben de madera. ¿Sabías que Whiskeyjack fue aprendiz de albañil antes de convertirse en soldado?

—No, no lo sabía. ¿Qué tiene eso que ver con la carpintería, mariscal supremo?

—Nada. Solo por decir algo.

—¿Estás esperando al resto de tu compañía? —preguntó Rezongo.

—La verdad es que no, aunque supongo que aparecerán antes o después. Vendrán detrás de los bhederin, por supuesto, para poder recoger el estiércol. Esos hombrecitos también lo hacen. Hemos tenido unas cuantas peleas por eso, sabes. Algunas agarradas. En plan amistoso, por lo general. Míralos, mira lo que hacen, juntan el estiércol a patadas y lo vigilan. Si me acerco un poco más, son capaces de sacar los cuchillos.

—Bueno, entonces yo te sugeriría que no te acercaras, mariscal supremo.

Pocilga volvió a sonreír.

—Entonces no tendría gracia. No estoy esperando aquí para nada, ¿sabes?

Itkovian desmontó y se reunió con ellos.

Rezongo se volvió hacia los pastores y habló en un rhivi bastante pasable.

—¿Quién de vosotros está aquí al cargo?

Un viejo enjuto y fuerte levantó la cabeza y se adelantó.

—¡Dile que se largue! —le soltó mientras señalaba con el dedo al mariscal supremo Pocilga.

—Lo siento —respondió Rezongo con un encogimiento de hombros—. Me temo que no puedo ordenarle que haga nada. Estoy aquí por mi legión y las Espadas Grises. Nos gustaría cruzar… antes que el resto de tu rebaño…

—No. No se puede. No. Tenéis que esperar. Esperar. A los bhederin no les gusta que los separen. Se ponen nerviosos. Se inquietan. Los necesitamos tranquilos para cruzar. Lo entiendes, ¿verdad? No, tenéis que esperar.

—Bueno, ¿cuánto tiempo crees que llevará?

El rhivi se encogió de hombros.

—Se terminará cuando se termine.

Los siguientes trescientos bhederin subieron con un rumor sordo por la calzada. Los pastores se acercaron a recibirlos.

Rezongo oyó un fuerte golpe y después vio a todos los rhivi gritando y volviendo a todo correr. El daru se dio la vuelta a tiempo de ver al mariscal supremo Pocilga, con la pechera de su larga camisa rodeando una cantidad considerable de estiércol, corriendo a toda velocidad, el tipo subió a la rampa y después cayó con un golpe seco en la barcaza.

Un único pastor rhivi, al que era obvio que habían dejado para vigilar el estiércol, había quedado tendido junto al montón saqueado, inconsciente y con la huella roja de un puño grande y huesudo en la mandíbula.

Rezongo le sonrió al viejo pastor, que se había puesto a saltar y escupir de pura furia.

Itkovian se acercó a él.

—Señor, ¿lo has visto?

—Pues no, solo la última parte.

—Ese puñetazo salió de la nada, yo ni siquiera lo vi acercarse. El pobre rhivi se derrumbó como un saco de… de…

—¿Estiércol?

Después de un buen rato, tan largo que Rezongo pensó que nunca llegaría, Itkovian sonrió.

Los nubarrones entraron por el mar, lluvia empujada por fuertes vientos, cada gota golpeaba los yelmos de hierro, los escudos y las capas de lluvia de cuero con la fuerza suficiente para deshacerse en bruma. Los cultivos abandonados a ambos lados del camino se desvanecieron tras aquel muro gris, y en el camino de los mercaderes se agitaba el barro pegajoso bajo los cascos, las ruedas de las carretas y las botas.

Con el agua chorreándole por la celada (que había bajado en un intento no demasiado eficaz de evitar que la lluvia le cayera en los ojos), Whiskeyjack luchaba por encontrarle sentido a aquel paisaje. Un mensajero lo había apartado de la vanguardia gritándole algo que apenas oyó sobre un eje partido, la caravana detenida y desorganizada, animales heridos. En ese momento lo único que veía era una masa de soldados cubiertos de barro que se revolvían, resbalaban, ataban cuerdas y gritaban sin oírse unos a otros, y al menos tres carretas enterradas hasta los ejes en un río de barro. A los bueyes los estaban sacando por el otro lado entre bramidos.

El comandante se quedó sentado en su caballo, observando. No tenía sentido maldecir los veleidosos

caprichos de la naturaleza ni las averías de carretas sobrecargadas, ni siquiera el ritmo bajo el que todos se esforzaban. Sus marineros estaban haciendo lo que había que hacer, a pesar del caos aparente. Lo más probable era que el chaparrón no durara mucho, dada la estación, y la sed del sol era fiera. No obstante, se preguntó qué dioses habían conspirado contra él; desde que habían cruzado el río no había pasado ni un solo día de aquella frenética marcha sin incidentes, y ni uno solo de esos incidentes había respetado sus deseos.

Tardarían dos días más, como mínimo, en llegar a Coral. Whiskeyjack no había recibido comunicación alguna de Ben el Rápido desde antes de Maurik, y al mago, Paran y los Abrasapuentes todavía les faltaba media noche de camino de los alrededores de Coral por aquel entonces. El comandante estaba seguro de que a aquellas alturas ya habían llegado a la ciudad y estaba igual de convencido de que Dujek y sus compañías también se estaban aproximando al punto de encuentro. Si iba a entablarse combate, ya no tardaría mucho.

Whiskeyjack le dio la vuelta al caballo y, por el borde de la pista, azuzó a la cansada bestia para regresar a la vanguardia. La noche estaba cayendo a toda prisa y tendrían que parar durante al menos unas cuantas campanadas. Podría disponer entonces de un precioso tiempo a solas con Korlat. Los rigores de la marcha los habían mantenido separados con demasiada frecuencia y si bien Korlat y él continuaban creyendo que aún no se podía descartar del todo al señor de la tiste andii, Anomander Rake, la mujer había asumido en todos los aspectos el papel de comandante entre sus tiste andii; un mando frío, lejano, centrado exclusivamente en el despliegue de sus hermanos y hermanas.

Estos estaban, bajo la dirección de su nueva comandante, explorando Kurald Galain, su senda de la Oscuridad, haciendo uso de su poder en un esfuerzo por purgarla de la infección del dios Tullido. Whiskeyjack había comprobado, en sus cortas e infrecuentes reapariciones, el coste que suponía aquello para Orfantal y los otros tiste andii. Pero Korlat quería el poder de Kurald Galain a su alcance (sin temor a la corrupción) para cuando entablaran combate en Coral.

Whiskeyjack presentía que se había operado un cambio en su amante. Una resolución lúgubre que había endurecido todo lo que había en su interior. Quizá fuera la posible muerte de Anomander Rake lo que había impuesto tal endurecimiento de su espíritu. O quizá fueran sus caminos futuros, que ellos habían entrelazado con tanta ingenuidad sin considerar las duras exigencias del mundo real. El pasado siempre sería una inquietud para los dos.

En el fondo, Whiskeyjack estaba convencido de que Anomander Rake no estaba muerto. Ni siquiera perdido. A lo largo de la media docena de conversaciones que había sostenido de madrugada con el señor de Engendro de Luna, el malazano había comenzado a comprender al tiste andii: a pesar de las alianzas, incluyendo la asociación a largo plazo que compartía con Caladan Brood, Anomander Rake era un hombre solitario, de una independencia casi patológica. Era indiferente a las necesidades de otros, fueran cuales fueran el consuelo o la confirmación que pudieran esperar o exigirle.

Dijo que estaría allí para el ataque a Coral y allí estará.

Entre las tinieblas grises que tenía por delante distinguió la vanguardia, una mata apiñada de oficiales montados que rodeaban al quinteto compuesto por Humbrall Taur, Hetan, Cafal, Kruppe y Korlat, que ocupaban el camino. Algo más

allá, Whiskeyjack vio que el cielo comenzaba a despejarse. Estaban a punto de abrirse paso y salir de una vez del chaparrón y si Oponn les sonreía, a tiempo de parar y preparar una comida caliente a la luz cálida del atardecer antes de continuar.

Estaba presionando demasiado a sus cuatro mil soldados. Eran los mejores que había mandado jamás, pero les estaba exigiendo lo imposible. Aunque el malazano lo entendía, la repentina falta de fe de Caladan Brood había alterado a Whiskeyjack más de lo que estaba dispuesto a admitir ante nadie, ni siquiera ante Korlat. Una marcha rápida por parte de las fuerzas combinadas quizá hubiera hecho vacilar al Vidente, ver la llegada de una legión tras otra le daría a cualquier comandante enemigo motivos sobrados para retirarse de cualquier combate que pudiera haber entablado con Dujek. Agotados o no, a veces la simple cantidad resultaba ser intimidación suficiente. Los recursos de los painitas eran limitados: el Vidente no se arriesgaría a continuar una batalla más allá de las murallas de la ciudad si eso ponía en peligro a su ejército principal.

La aparición de cuatro mil soldados vacilantes y cubiertos de barro seguramente llevaría una sonrisa a los labios del Vidente. Whiskeyjack tendría que hacer que su escaso número contara. Los doce tiste andii, el clan Ilgres y los clanes de élite de las Caras Blancas de Humbrall Taur terminarían resultando cruciales, aunque el apoyo combinado de los barghastianos no llegaba a los dos mil.

Nos lanzamos a la carrera demasiado pronto y demasiado lejos de la presa. En nuestra absurda precipitación hemos dejado a cincuenta mil barghastianos Caras Blancas muy atrás. Una decisión que podría resultar fatal...

Whiskeyjack se sintió mucho más viejo de lo que era, abrumado por defectos nacidos en un espíritu hundido en el lodo del agotamiento, pero de todos modos se reunió con la vanguardia.

El agua le chorreaba por el sobretodo de malla y le dejaba el pelo gris aplastado por la espalda y los amplios pero huesudos hombros. El casco, de un color gris apagado, brillaba y reflejaba el cielo del color del peltre con una luz lechosa. Estaba inmóvil, con la cabeza gacha, en la base de una cuenca poco profunda, con el caballo esperando a una decena de metros más atrás.

Unos ojos apagados y sin vida estudiaban la pradera saturada a través de las ranuras de la celada fija. Unos ojos entrecerrados que no parpadeaban. Observaba el flujo de las aguas embarradas acuchilladas por la lluvia torrencial, los riachuelos diminutos, las mareas más anchas, un flujo incesante a través de pequeños canales, por encima de una piedra expuesta, entre las raíces enredadas de matas de hierba.

El agua se encaminaba al sur.

Y allí, en esa cuenca, donde llevaba sedimentos de colores extraños en veloces arroyos, fluía colina arriba.

Del polvo... al barro. Así que marcháis con nosotros, después de todo. No, entendedme, eso me complace.

Kallor giró en redondo y regresó sin prisas con su caballo.

Cabalgó por su propia pista y, con el atardecer cayendo a toda prisa bajo las nubes cargadas y la lluvia torrencial, llegó al fin al campamento. No había hogueras fuera de las filas de tiendas y el fulgor de los faroles se veía apagado a través de las lonas remendadas. Los pasillos embarrados

estaban atestados de grandes cuervos, agazapados e inmóviles bajo el diluvio.

Kallor se detuvo ante la tienda de mando de Caladan Brood, desmontó y entró.

El escolta, Hurlochel, se encontraba junto a la solapa, presente como mensajero de Brood por si surgiera la necesidad. El joven estaba demacrado y medio dormido en su puesto. Kallor no le hizo caso, se levantó la celada y pasó junto a él.

El caudillo estaba derrumbado en una silla de campo, cosa poco propia de él, con el martillo descansando en sus muslos. No se había molestado en limpiarse el barro de la armadura ni de las botas. Sus ojos extrañamente bestiales se alzaron, observaron la presencia de Kallor y después volvieron a bajar.

—He cometido un error —dijo con voz profunda.

—Estoy de acuerdo, caudillo.

Eso se ganó la atención agudizada de Brood.

—Debes de haber entendido mal…

—No lo he entendido mal. Deberíamos habernos unido a Whiskeyjack. La aniquilación de la hueste de Unbrazo, por mucho que eso pudiera complacerme personalmente, será un desastre táctico para esta campaña.

—Todo eso está muy bien, Kallor —bramó Brood—, pero ya no hay mucho que podamos hacer.

—La tormenta pasará, caudillo. Puedes subir el ritmo llegada la mañana, quizá podamos ahorrar un día. Pero estoy aquí por otra razón. Una razón que tiene relación, de forma muy oportuna, con nuestro cambio de opinión.

—Escúpelo de una vez por todas, Kallor, o cállate.

—Me gustaría ir a reunirme con Whiskeyjack y Korlat.

—¿Con qué fin? ¿Disculparte?

Kallor se encogió de hombros.

—Si eso ayuda en algo. Pero en realidad, pareces olvidar mi… experiencia. A pesar de lo mucho que pueda desagradaros a todos, lo cierto es que yo ya caminaba por esta tierra cuando los t’lan imass no eran más que niños. He comandado ejércitos de cien mil hombres. He extendido el fuego de mi ira por continentes enteros y me he sentado solo en tronos elevados. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí. Nunca aprendes, Kallor.

—Está claro —soltó el otro— que no has comprendido nada. Yo conozco el campo de batalla mejor que cualquier hombre vivo, incluyéndote a ti.

—A los malazanos parece haberles ido muy bien en este continente sin tu ayuda. Además, ¿qué te hace pensar que Whiskeyjack o Dujek van a escuchar tus sugerencias?

—Son hombres racionales, caudillo. Y al parecer también se te ha olvidado otra cosa sobre mí. Cuando desenvaino la espada, no me he enfrentado a una derrota en cien mil años.

—Kallor, tú eliges bien a tus enemigos. ¿Has cruzado el filo alguna vez con Anomander Rake? ¿Con Dassem Ultor? ¿Con Melenagris? ¿Con el primero entre los seguleh?

No tuvo que añadir, «¿conmigo?».

—No voy a enfrentarme a ninguno de ellos en Coral —gruñó Kallor—. Solo con videntes del Dominio, urdomen, septarcas…

—¿Y quizás a uno o dos k’chain che’malle?

—Creía que ya no quedaba ninguno, caudillo.

—Quizá sí. O quizá no. Me sorprende un tanto, Kallor, tu repentino… celo.

El alto guerrero se encogió de hombros.

—Me gustaría remediar mi desacierto, eso es todo. ¿Me das permiso para unirme a Whiskeyjack y Korlat?

Brood lo estudió un momento y después suspiró y agitó un guantelete salpicado de barro.

—Vete.

Kallor se dio la vuelta y salió de la tienda. Fuera, se acercó a su caballo.

Unos cuantos desdichados grandes cuervos, acurrucados bajo una carreta, fueron los únicos testigos de su repentina sonrisa.

Los témpanos que sobresalían por la costa rocosa estaban anegados de un agua oscura y manchada. Lady Envidia observó a *Baaljagg* y *Garath*, que cruzaron esa agua chapoteando hacia la playa boscosa. Con un suspiro, abrió el velo de su senda lo suficiente para permitirle cruzar sin mojarse.

Ya estaba más que harta de mares bravos, agua negra, montañas de hielo sumergidas y lluvia gélida, y se estaba planteando la idea de elaborar una maldición adecuada, y por supuesto eficaz, para echárselas a Nerruse y a Beru, a la dama por su fracaso a la hora de mantener un orden razonable sobre sus aguas y al señor por su evidente y absurda indignación al ver que lo explotaban de tal manera. Por supuesto, cabía la posibilidad de que la maldición debilitara el panteón un poco más y eso quizá no se comprendiera muy bien.

La dama suspiró.

—Así que debo privarme de ese placer… o al menos suspenderlo durante un tiempo. Oh, bueno. —Al darse la vuelta vio a Senu, Thurule y Mok que bajaban trepando por la capa de hielo casi vertical que llevaba al témpano. Momentos después, los seguleh se abrían camino chapoteando hasta la orilla.

Lanas Tog se había desvanecido poco antes y había reaparecido bajo los árboles, justo enfrente de ellos.

Lady Envidia se bajó del borde dentado y ribeteado de escarcha de la calle del meckros y emprendió el camino sin prisa hacia el puente de hielo. Se acercó a la línea caída de rocas de la playa donde se habían reunido los demás.

—¡Al fin! —dijo al llegar mientras subía con cuidado al musgo empapado cerca de donde se encontraba Lanas Tog. Unos cedros enormes se adentraban en la oscuridad de la cuesta que trepaba, escarpada y escabrosa, por la ladera de la montaña detrás de la t'lan imass. Lady Envidia se quitó unas motas de nieve de la telaba y estudió el nada acogedor bosque por un momento. Después clavó los ojos en Lanas Tog.

El hielo se deslizaba en astillas largas y estrechas por las espadas que mantenían envarada a la t'lan imass. Trozos de escarcha blanca cada vez más grandes morían en la cara marchita de la criatura no muerta.

—Oh, querida, te estás descongelando.

—Yo iré por delante —dijo Lanas Tog—. Hace poco que ha pasado gente por esta orilla. Más de veinte, menos de cincuenta, algunos con cargas pesadas.

—¿Ah, sí? —Lady Envidia miró a su alrededor y no vio ninguna señal que indicase que alguien hubiera caminado por donde ellos se encontraban—. ¿Estás segura? Oh, da igual. No he dicho nada. ¡Bueno! ¿Y en qué dirección caminaban?

La t'lan imass miró al este.

—La misma que nosotros.

—¡Qué curioso! Y, dime, ¿por casualidad podremos alcanzarlos?

—No es muy probable, señora. Están quizá unos cuatro días por delante…

—¡Cuatro días! ¡Entonces han llegado a Coral!

—Sí. ¿Deseas descansar o quieres que continuemos?

Lady Envidia se volvió para examinar a los otros. *Baaljagg* todavía tenía una punta de lanza en el hombro, aunque parecía estar saliéndole poco a poco y la hemorragia se había reducido de forma considerable. Le hubiera gustado haber curado la herida de la ay, pero la bestia no la dejaba acercarse lo suficiente. *Garath* parecía sano, aunque una sólida masa de viejas cicatrices habían grabado el pelo moteado del perro. Los tres seguleh habían llevado a cabo las reparaciones que habían podido en armaduras y armas y estaban esperando con las máscaras recién pintadas.

—¡*Hmm*, parece que no va a haber demoras, ningún tipo de demora! Qué impaciencia, ¡oh, la pobre Coral! —De repente se giró en redondo—. Lanas Tog, dime, ¿Onos T'oolan también ha pasado por aquí?

—No lo sé, señora. A esos mortales que nos precedieron, sin embargo, los rastreaba un depredador. Sin duda curioso. No percibo ningún tipo de violencia persistente en esta zona, así que es probable que la bestia los abandonara una vez que hubiera medido toda su fuerza.

—¿Una bestia? ¿Qué clase de bestia, querida?

La t'lan imass se encogió de hombros.

—Un gato grande. Un tigre, quizá; son los que se dan en este tipo de bosques, creo.

—¡Bueno, eso sí que es emocionante! Desde luego, Lanas Tog, emprende el camino por esta senda predestinada, ¡nosotros te seguiremos muy de cerca!

Habían disimulado las trincheras y las entradas de los túneles bajo las ramas de los cedros y las pilas de musgo, y sin las habilidades sobrenaturales de los magos, los Abrasapuentes quizá no los hubieran encontrado.

Paran se abrió camino por lo que él había llamado mentalmente el túnel de mando, pasó junto a parrillas llenas de armas (picas, alabardas, lanzas, arcos y fardos de flechas) y nichos repletos de comida, agua y otras provisiones, hasta que llegó a la gran cámara fortificada que era obvio que el septarca había destinado a cuartel general.

Ben el Rápido y su variopinto cuadro de magos se encontraban agachados o tirados en una especie de media luna cerca del otro extremo, más allá de la mesa de los mapas; parecían un hatajo de ratas de agua que acabaran de tomar posesión de la madriguera de un castor.

Al pasar, el capitán le echó un vistazo a la gran piel pintada que habían prendido a la mesa, sobre ella los painitas habían dibujado un mapa de lo más útil y oportuno de todo el laberinto de túneles y trincheras, así como la ubicación de suministros y de qué tipo eran, los accesos y las salidas.

—De acuerdo —dijo Paran al reunirse con los magos—, ¿qué tenéis?

—En Coral alguien cayó en la cuenta —dijo Ben el Rápido— de que este sitio debería tener una compañía metida aquí, como una especie de guardia. Trote le estaba echando un ojo a la ciudad y los vio salir. Llegarán aquí en una campanada.

—Una compañía. —Paran frunció el ceño—. ¿Y qué significa eso en términos painitas?

—Cuatrocientos beklitas, veinte urdomen, cuatro videntes del Dominio, uno de ellos de alto rango y con toda probabilidad hechicero.

—¿Y qué accesos crees que van a utilizar?

—Los tres más escarpados —respondió Eje mientras metía una mano para rascarse bajo la camisa de pelo—. Se meten por debajo de los árboles, montones de altibajos, lo

que significa que a los pobres cabrones les va a costar invadir nuestras posiciones cuando empecemos el follón.

Paran se volvió para estudiar el mapa.

—Suponiendo que sean flexibles, ¿qué elegirán como alternativa?

—La rampa principal —dijo Ben el Rápido, y se levantó para reunirse con él. Después dio unos golpecitos en el mapa—. La que habían planeado utilizar en la marcha descendente para tendernos la emboscada. No tienen dónde refugiarse, pero si pueden trabar escudos por delante y hacer la tortuga… bueno, solo somos cuarenta…

—¿Municiones?

El mago se dio la vuelta y miró a Eje, que hizo una mueca agria.

—Andamos escasos. Quizá, si las usamos bien, podamos aplastar a esa compañía, pero entonces el Vidente sabrá lo que se cuece y mandará veinte mil montaña arriba. Si no aparece Dujek pronto, vamos a tener que largarnos de aquí, capitán.

—Ya lo sé, Eje, por eso quiero que reserves los malditos y los incendiarios, quiero estos túneles minados. Si tenemos que largarnos, no dejamos en este fuerte más que barro y cenizas.

El zapador se quedó con la boca abierta.

—Capitán, sin los malditos y los incendiarios, al Vidente no le hará falta enviar a nadie tras esta compañía, ¡nos borrarán del mapa!

—Suponiendo que queden suficientes para reagruparse y subir por la rampa principal. En otras palabras, Eje, reúne a los zapadores y poneos manos a la obra, quiero el guiso más fuerte que podáis cocinar para esos tres caminos ocultos. Si podemos hacer que parezca que todo el ejército malazano está aquí… mejor aún; si podemos asegurarnos que ni un

solo soldado de esta compañía sale vivo, habremos conseguido el tiempo que necesitamos. Cuantas menos certezas tenga el Vidente, más seguros estaremos nosotros. Así que cierra esa boca y vete a buscar a Seto y a los demás. Ha llegado vuestro momento de gloria, Eje, así que, venga.

El hombre se escabulló de la cámara murmurando algo.

Paran miró entonces a los otros.

—Un hechicero vidente del Dominio, has dicho. De acuerdo, debe caer lo antes posible, en cuanto empiece la fiesta. ¿Qué tenéis en mente, caballeros?

Patas sonrió.

—La idea es mía, capitán. Es clásica y letal, sobre todo porque nadie se lo espera. Ya he completado el ritual, lo he dejado preparado, lo único que Ben el Rápido tiene que hacer es decirme cuándo ha visto al cabrón.

—¿Qué clase de ritual, Patas?

—De los ingeniosos, capitán. Perlazul me ha prestado el hechizo, pero no puedo describirlo y tampoco puedo escribirlo y enseñártelo. Las palabras y los significados se quedan flotando en el aire, ¿sabes?, se cuelan en las mentes suspicaces y disparan los instintos primarios. No hay nada más fácil que bloquearlo si sabes que lo van a usar. Solo funciona si te mantienes ignorante.

Paran se volvió hacia Ben el Rápido con el ceño fruncido.

El mago se encogió de hombros.

—Patas ni se acercaría siquiera a primera línea si no estuviera seguro, capitán. Yo husmearé la posición del vidente del Dominio como me ha pedido. Y tendré un par de cosas de reserva por si el asunto se tuerce.

—Eje se reservará un fullero, capitán —añadió Perlazul—, con el nombre del mago en él.

—Literalmente —interpuso Deditos—, y eso sí que cambia las cosas, con Eje siendo mago y demás.

—¿Sí? ¿Y cuántas veces han cambiado las cosas en el pasado, Deditos?

—Bueno, eh, ha habido una larga serie de, eh, circunstancias atenuantes…

—Por el abismo —dijo Paran sin aliento—. Ben, si no acabamos con ese hechicero, vamos a servirles de abono a las raíces.

—Ya lo sabemos, capitán. No te preocupes. Lo vamos a machacar antes de que suelte ni una chispa.

Paran suspiró.

—Deditos, búscame a Rapiña, quiero que saquen de aquí estos arcos y que se los entreguen a todo aquel que carezca de munición o no disponga de un hechizo, con veinte flechas para cada uno, y quiero también que tengan picas.

—Sí, señor. —Deditos se puso en pie. Echó mano de un gran dedo momificado que llevaba colgado al cuello y lo besó. Después salió de la cámara.

Perlazul escupió en el suelo.

—Me pongo malo cada vez que hace eso.

Campanada y media después, el capitán estaba echado junto con Ben el Rápido, mirando por el camino escarpado del medio, donde el destello de cascos y armas apareció bajo la luz tenue de las últimas horas de la tarde.

Los painitas no se habían molestado en enviar exploradores por delante ni su columna iba precedida por ningún oficial. Un exceso de confianza que Paran esperaba que resultara fatal.

En la tierra blanda que tenía delante, Ben el Rápido había puesto media docena de ramitas erguidas, dispuestas en una tosca línea. Una suave hechicería susurraba entre ellas de modo que los ojos del capitán solo podía mirar por la

periferia. Quince metros por detrás de los dos hombres, Patas se había agazapado sobre el modesto círculo rodeado de guijarros con el que iba a hacer el ritual; seis ramitas de la misma rama que había usado Ben el Rápido clavadas en el musgo delante del mago del pelotón, rodeaban una vejiga llena de agua. Varias gotas de condensación brillaban en las ramitas.

Paran oyó el suave suspiro de Ben el Rápido. El mago estiró la mano, el índice se cernió sobre la tercera ramita y después le dio unos golpecitos.

Patas vio que una de las ramitas se movía. Sonrió, susurró la última palabra del ritual y liberó su poder. La vejiga se encogió, vacía de repente.

En el camino, el hechicero vidente del Dominio, el tercero de la fila, se dobló, le salía agua por la boca, tenía los pulmones encharcados y se arañaba el pecho.

Los ojos de Patas se cerraron, tenía la cara bañada de sudor mientras añadía a toda prisa hechizos vinculantes al agua que llenaba los pulmones del vidente del Dominio para contenerla allí y evitar los esfuerzos desesperados y espasmódicos hechos para expulsar el fluido mortal.

Los soldados gritaron y se agolparon alrededor del mago, que se retorcía.

Cuatro fulleros cayeron volando entre ellos.

Se produjeron varias explosiones secas y al menos una de ellas disparó la fila de fulleros que había enterrados por todo el camino, explosivos que a su vez dispararon los buscapiés que había en la base de los árboles de los lados del camino, que empezaron a caer sobre los soldados reunidos.

El humo, los gritos de los heridos y los moribundos, figuras tiradas, atrapadas bajo los árboles, con ramas clavadas.

Paran vio que Seto y otros cuatro zapadores, Eje incluido, se lanzaban por la cuesta de la ladera hacia un lado del camino. Las municiones les volaban de las manos.

Los árboles caídos, la madera y las ramas empapadas de aceite de farol, se prendieron en una conflagración cuando explotó el primero de los incendiarios. En apenas un latido, el camino y la compañía entera atrapada allí estaba ardiendo.

Por el abismo, no somos una panda muy cordial, ¿verdad?

Abajo, en el fondo, muy por detrás de los últimos painitas, Rapiña y sus pelotones habían salido de su escondite con los arcos en la mano y estaban (o al menos eso esperaba Paran) acabando con los enemigos que hubieran conseguido evitar la emboscada y estuvieran intentando huir.

En ese momento, lo único que podía oír el capitán eran los gritos y el rugido atronador del fuego. Las tinieblas de la noche inminente habían quedado desterradas del camino y Paran podía sentir el calor que se le agolpaba en la cara. Miró entonces a Ben el Rápido.

El mago tenía los ojos cerrados.

Unos leves movimientos en el hombro del hombre llamaron la atención del capitán (una figura diminuta de ramitas y bramante), Paran parpadeó. La figurita había desaparecido y el capitán empezó a preguntarse si había visto algo de verdad… Las llamas salvajes y el reflujo del fuego, las sombras que se retorcían… *Ah, deben de ser imaginaciones mías. La falta de sueño, el horror que es esta danza del fuego, los sentidos agudizados, esos malditos chillidos*…

Que comenzaban a desvanecerse, el fuego en sí estaba perdiendo su avidez enfurecida, incapaz de adentrarse

demasiado en el bosque empapado por la lluvia. El humo envolvía el camino y flotaba entre los peñascos que lo rodeaban. Los cuerpos ennegrecidos llenaban el sendero, las placas de las armaduras bruñidas y multicolores, el cuero encogido y deshaciéndose, las botas llenas de ampollas y abriéndose con unos terribles chisporroteos.

Si el Embozado ha reservado un pozo para los más viles de sus sirvientes, entonces el moranthiano que hizo estas municiones tiene un sitio en él. Y nosotros también, ya que las hemos utilizado. Esto no ha sido una batalla. Esto ha sido una matanza.

Mazo se deslizó junto al capitán.

—¡Capitán! Los moranthianos están descendiendo sobre las trincheras; viene Dujek, y la primera oleada con él. Señor, han llegado los refuerzos.

Ben el Rápido pasó una mano por su pequeña fila de ramitas.

—Bien. Porque los vamos a necesitar.

Sí, el Vidente no va a entregar estas trincheras sin luchar.

—Gracias, sanador. Vuelve con el puño supremo y comunícale que me reuniré con él en breve.

—Sí, señor.

Capítulo 24



Algunas mareas se mueven sin que nadie las vea. Los sacerdotes y sacerdotisas de los dos cultos de Togg y Fanderay llevaban mucho tiempo presidiendo no más de un puñado de partidarios en sus respectivos templos, y esos templos eran muy contados. Una fugaz expansión de los cultos se extendería entre los ejércitos malazanos al comienzo del reinado de Laseen, pero después pareció marchitarse motu proprio. En retrospectiva, el frenesí podría interpretarse como algo solo marginalmente prematuro, un fenómeno que anticipó en menos de una década el despertar que haría destacar de nuevo esos antiguos cultos. Las primeras pruebas de ese despertar se dieron en los límites de las fronteras del Imperio (en realidad, ni siquiera cerca, *tr.*), en la recién liberada ciudad de Capustan, donde la marea reveló su poder ante todos…

Cultos de resurrección
Korum T'bal (traducido por Illys de Darujhistan)

Las dos figuras enmascaradas, antiguas y encogidas, cojearon con lentitud hacia la entrada amplia y baja del templo del Embozado. Coll, que se había estado ocupando de los caballos mott en el patio, permanecía en silencio entre las sombras del muro, observando a la figura que tenía más cerca, una mujer que levantaba un bastón y golpeaba con gesto enérgico la puerta.

Todavía se oían los tambores lejanos que indicaban que la coronación del príncipe Arard se había alargado. Dado que la ceremonia se realizaba bajo la dirección del Consejo de

Máscaras, a Coll le pareció muy curioso ver a esos dos miembros del Consejo allí, con la clara intención de hacer una visita privada y no oficial. También sentía cierta suspicacia, suponía que nadie se había enterado de la nueva ocupación del templo del Embozado.

Se sobresaltó al oír una voz baja a su lado.

—¿Crees que saldrá algo bueno de todo esto?

Otro sacerdote enmascarado se encontraba entre las sombras al lado del daru, extrañamente borroso, con la capucha subida y las manos enguantadas plegadas sobre el bulto de un buen barrigón, aunque el resto del hombre parecía delgado como un palo.

—¿De dónde has salido tú? —siseó Coll, el corazón se le había disparado en el pecho.

—¿Yo? ¡Yo ya estaba aquí! ¡Esta es mi sombra, idiota! Mira esa tea, donde estamos debería estar bañado de luz. ¿Todos los nobles de Darujhistan son tan estúpidos como tú?

Coll hizo una mueca.

—De acuerdo, sacerdote de las sombras, has estado espiando... ¿qué? ¿De qué secretos de Estado te has enterado viéndome almohazar a estos caballos?

—Solo que te odian, daru. Cada vez que les ofrecías la espalda, estaban listos para morderte, únicamente que tú siempre parecías apartarte en el momento justo…

—Pues sí, porque sabía lo que pretendían. Cada vez.

—¿Es orgullo lo que oigo? ¿Por ser más listo que dos caballos?

—Otro comentario como ese, sacerdote, y te tiro por ese muro.

—No te atreverías... oh, está bien, te atreverías. No te acerques más. Seré prudente, lo prometo.

Los dos se giraron al oír las puertas del templo que se abrían con un chirrido.

—¡Ah! —musitó Rath'Tronosombrío—. ¿Quién es ese?

—Mi amigo Murillio.

—¡No, idiota, el otro!

—¿Te refieres al de las espadas? Ah, bueno, trabaja para el Embozado.

—¿Y Rath'Embozado lo sabe?

—¿Me lo preguntas a mí?

—Bueno, ¿ha venido de visita?

—No.

—¡El muy idiota descerebrado!

Coll lanzó un gruñido.

—¿Es esa una cualidad que comparten todos tus conocidos?

—De momento sí —murmuró Rath'Tronosombrío.

—Esos dos —dijo Coll—, ¿qué clase de máscaras llevan bajo esas cogullas?

—¿Te refieres a si los reconozco? Por supuesto que sí. El viejo es Rath'Togg. La anciana es Rath'Fanderay. En el Consejo los usamos de sujetalibros; en todos los años que llevo en el salón del vasallaje, no creo que los haya oído jamás decir ni una palabra. Y lo que es más divertido, son unos amantes que jamás se han tocado.

—¿Y cómo funciona eso?

—Utiliza la imaginación, daru. ¡Eh, los están invitando a entrar! ¿Qué es lo que se cuece en ese caldero?

—¿Caldero? ¿Qué caldero?

—Anda, calla.

Coll sonrió.

—Bueno, yo me estoy divirtiendo mucho. Hora de entrar.

—Voy contigo.

—No, de eso nada. No me gustan los espías. —Y con eso, el puño de Coll entró en contacto con la quijada del sacerdote y el hombre cayó como un peso muerto.

Las sombras se fueron disolviendo poco a poco y reinó la luz parpadeante de las antorchas.

Coll se frotó los nudillos y emprendió el camino del templo.

Cerró la puerta tras él. Murillio, el guerrero y los invitados no aparecían por ningún sitio. Coll se dirigió al acceso de la cámara del sepulcro. Habían dejado una de las puertas un poco abierta. La empujó y entró.

Murillio se hallaba sentado cerca de donde habían instalado un catre para la mhybe, la tumba permanecía vacía a pesar de las constantes instrucciones del guerrero no muerto para que colocaran a la anciana dentro. El sirviente del Embozado que empuñaba las espadas permanecía delante de los dos consejeros enmascarados, con la tumba entre ellos. Nadie decía nada.

Coll se acercó a Murillio.

—¿Qué ha pasado? —susurró.

—Nada. Ni una palabra, a menos que estén parloteando en su cabeza, pero lo dudo.

—Así que… están esperando, entonces.

—Eso parece. Que el abismo nos lleve, son peores que buitres…

Coll estudió a su amigo durante un buen rato.

—Murillio —dijo después—, ¿sabías que estabas sentado en una esquina del altar del Embozado?

La tierra que había tras la muralla norte de Coral era un parque boscoso, claros divididos por bosquecillos de árboles que llevaban al menos tres estaciones sin podarse. La vía de los mercaderes serpenteaba por el parque y se enderezaba al acercarse a un campo de la muerte de ciento setenta metros de anchura, después se alzaba convertido en un

estrecho puente de piedra que salvaba un foso escarpado y seco justo antes de la muralla. La puerta era una construcción inmensa, el camino que la atravesaba apenas tenía la anchura de una carreta y sobre ella sobresalían los contrafuertes. Las puertas estaban recubiertas de láminas de bronce.

La teniente Rapiña se quitó con un parpadeo el sudor de los ojos. Se había acercado todo lo posible con Azogue y su pelotón y se habían aplastado contra el borde de un cortafuegos repleto de maleza a unos veinticinco o treinta metros montaña arriba, por el flanco oriental. Tenían las altas murallas de Coral a la derecha, al sureste; el campo de la muerte justo enfrente y el parque a la izquierda. Filas apretadas de beklitas painitas se habían reunido en el campo de la muerte y estaban dispuestos frente a la montaña y las trincheras que en ese momento dominaban Dujek y seis mil de la hueste de Unbrazo.

El sargento que tenía tirado al lado gruñó.

—Allí, salen por la puerta. Eso es una especie de estandarte y ese grupo de jinetes… muy erguidos ellos…

—Un septarca y sus oficiales —asintió Rapiña—. Bueno, Azogue, ¿tus cuentas coinciden con las mías?

—Veinticinco, treinta mil —murmuró el hombre mientras se tiraba del bigote.

—Pero la ventaja del terreno la tenemos nosotros…

—Sí, solo que esas trincheras y esos túneles no se diseñaron para que los defendieran, eran escondites. Demasiadas líneas rectas, no hay callejones sin salida, no hay embudos, no hay posibilidades de hacer una escalada. ¡Y hay demasiados puñeteros árboles, por el Embozado!

—Los zapadores están…

—¡No tienen tiempo!

—Eso parece —asintió Rapiña—. Oye, ¿ves algunos de esos cóndores reuniéndose para sumarse al asalto?

—No, pero eso no significa…

—Lo que significa, sargento, es que el Vidente los está reservando. Sabe que no somos el plato principal. Le jodimos la emboscada y acabamos con una compañía y sin duda eso lo ha cabreado lo suficiente como para que saque a ¿qué?, ¿un tercio de su ejército? ¿Quizás un cuadro de magos para proteger al septarca? Y si averiguan que somos un oso en su madriguera, dudo que presionen…

—A menos que el Vidente decida que para matar a seis mil de la hueste merece la pena arriesgar a un tercio de su ejército, Rapiña. Si yo fuera él…

La teniente hizo una mueca.

—Sí, yo también. —*Nos aniquilaría, nos pisotearía antes de que llegaran los demás*—. Con todo, no creo que el Vidente sea tan listo. Después de todo, ¿qué sabe de los malazanos? Relatos lejanos de guerras libradas muy al norte… una invasión que se ha empantanado. Cómo va a saber de qué somos capaces.

—Rapiña, estás pescando con el cebo vacío. El Vidente sabe que nos las hemos arreglado para ocupar sus trincheras. Sabe que nos hemos escabullido de esos cóndores sin rozar ni una sola pluma. Sabe que nos hemos cargado una compañía entera usando municiones moranthianas. Sabe que estamos aquí plantados, viendo cómo se reúne su ejército y todavía no hemos echado a correr. Sabe también que no contamos con ningún apoyo (todavía no) y quizá, solo quizá, nos hemos metido en el fangal antes de que se asentara la mierda.

Rapiña no dijo nada durante un rato. Las legiones painitas se habían instalado y sus oficiales se habían dispersado para tomar posiciones a la cabeza de cada una.

Resonaron los tambores. Se alzaron las picas. Y después, delante de cada una de las legiones dispuestas, comenzó a aparecer la hechicería.

Oh…

—¿Dónde está Mezcla?

—Aquí.

—Sal pitando a decírselo a Dujek…

—Sí, teniente. Empieza la fiesta.

Agachado en la primera trinchera de la ladera, Ben el Rápido se levantó poco a poco.

—Eje, Perlazul, Deditos, Patas, conmigo, si no os importa.

Los cuatro magos se escabulleron hasta su lado y todos farfullando a la vez.

—¡Una docena de hechiceros!

—¡Todos recurren a la misma senda!

—¡Y está limpia y es de las feas!

—¡Están entrelazándose, Ben!

—Trabajan junt…

—¡Callaos todos!

—¡Vamos a morir todos!

—¡Maldita sea, Deditos, cierra el pico!

Los miró furioso hasta que los cuatro hombres se calmaron, después examinó las lúgubres expresiones durante un momento y sonrió.

—Doce de esos cabrones, ¿no? ¿Y a quién tenéis delante de vosotros? Ben el Rápido. ¿Verdad? Ben Adaephon Delat. Bueno, si alguno de vosotros ya se ha cagado en los calzones, id a cambiaros y después os reunís con las compañías donde estáis destinados. Lo que consiga atravesarme a mí, tendréis que solucionarlo vosotros. Como podáis. —Echó un vistazo y vio a Dujek, Paran y Mezcla, que

se acercaban; esta última parecía alterada y con la mirada un tanto alocada—. De acuerdo, cuadro, os podéis ir.

Los magos se escabulleron en todas direcciones.

Dujek vestía la armadura completa, la primera vez que Ben el Rápido se la veía en años. El mago los saludó con un asentimiento.

—Ben el Rápido —dijo Paran—, aquí Mezcla nos ha traído malas…

—Lo sé, capitán. He dividido a mi cuadro para que no acaben con todos a la vez. Atraeré su atención, justo aquí…

—Espera un momento —gruñó Dujek—. Ese cuadro no tiene nada de cuadro, y lo que es peor, lo saben. En segundo lugar, tú no eres mago de combate. Si te perdemos al principio…

El mago se encogió de hombros.

—Puño supremo, soy todo lo que tienes. Los mantendré ocupados un rato.

—Asignaré a los Abrasapuentes a tu protección —dijo Paran—. Nos hemos reabastecido de municiones…

—Como si les sobraran —interpuso Dujek—. Media caja y la mayor parte material de corto alcance. Si el enemigo se aproxima lo suficiente como para que tengan que usarlo, estás demasiado cerca para que te alcance una flecha perdida, mago. Esto no me hace gracia, ni puñetera gracia.

—No creas, a mí tampoco —respondió Ben el Rápido. Esperó. Podía oír el rechinar de muelas del puño supremo.

—¿Capitán? —gruñó Dujek.

—¿Sí, señor?

—¿Los malditos y los buscapiés están colocados? ¿Podemos tumbar esta maldita ladera?

—Seto dice que lo tienen todo minado, puño supremo. Podemos enterrar cada túnel y aplastar cada trinchera.

—Así que podríamos salir de aquí y dejar que los painitas retomaran… un desastre humeante de nada.

—Podríamos, señor.

—Lo que significa que hemos atravesado medio continente y solo para retirarnos antes de nuestro primer combate.

—Una retirada temporal, señor —señaló Paran.

—O podríamos darles una buena paliza… quizás acabar con diez mil beklitas, diez, doce magos y un septarca. Con el posible coste de este ejército, incluyendo a aquí Ben el Rápido. Caballeros, ¿es un intercambio justo?

—Eres tú el que tienes que decidirlo —empezó a decir Paran, pero Dujek lo interrumpió.

—No, capitán. No lo es. Esta vez no.

Ben el Rápido se encontró con la mirada del puño supremo. *Le hice una promesa a Ascua. El capitán y yo teníamos… planes. Para mantener mi palabra, digo que no ahora mismo. Volamos las trincheras y salimos corriendo. Claro que, soy soldado. Y abrasapuentes. Y la brutal verdad es que, tácticamente hablando, es un intercambio más que justo. Lo hacemos por Whiskeyjack. Por el asedio inminente. Salvamos vidas*. El mago miró a Paran y vio la misma certeza en los ojos del capitán. El mago se volvió de nuevo hacia Dujek.

—Puño supremo, es un intercambio justo.

Dujek levantó una mano y se bajó el visor del casco.

—De acuerdo, a trabajar.

Ben el Rápido observó irse a los dos hombres y después suspiró.

—¿Qué quieres, Mezcla?

—¿Señor?

—No empieces con eso de «señor», mujer. ¿Vas a reunirte con tu pelotón en algún momento o quieres ver de cerca mi

inminente fallecimiento?

—Pensé que podría… eh, echarte una mano.

El mago la miró y entrecerró los ojos.

—¿Cómo?

—Bueno… —La mujer se sacó una piedra pequeña de alrededor del cuello—. Tengo este amuleto desde hace unos años.

El mago alzó las cejas.

—¿Y qué se supone que hace, Mezcla?

—Eh… hace que sea más difícil concentrarse en mí, parece que funciona bastante bien.

—¿Y dónde te la encontraste?

—Un viejo mercader del desierto, en Pan’potsun.

Ben el Rápido esbozó una sonrisa.

—Guárdatela, muchacha.

—Pero…

—Si no la llevaras, ya no serías Mezcla, ¿verdad?

—Supongo que no. Es solo…

—Regresa con tu pelotón y dile a Rapiña que mantenga a sus chicos y chicas controlados y lejos de la refriega, debéis permanecer en ese flanco de ahí, observando la ciudad. Si aparecen de repente los cóndores, me lo decís lo antes posible.

—Sí, señor.

—Venga, vete.

La mujer se alejó a toda prisa.

Bueno, que me aspen. La muchacha le compra un trozo de piedra inservible a un estafador gral y de repente es invisible. Un talento tosco pero puro, ahí mismo, en sus huesos, y ni siquiera lo sabe.

Ocultos bajo las frondas y los arbustos, Rapiña y su pelotón tenían unan visión clara de las legiones painitas, las primeras líneas llegaban a la base de la rampa sin árboles que llevaba a las trincheras. Una hechicería gris tejía un muro de marañas ante los beklitas que llegaban entonando cánticos. Los comandantes videntes del Dominio iban envueltos en la magia y avanzaban a pie, al frente de sus compañías, marchando colina arriba con gesto inexorable.

En un terraplén, muy por encima de los painitas, Ben el Rápido se asomaba al fondo, expuesto y solo. O eso le había dicho Mezcla, los árboles que tenía a la izquierda le impedían ver.

Es un suicidio. Rapiña ya sabía que el mago era bueno, pero solo era bueno porque mantenía la cabeza gacha y hacía lo que hacía a espaldas de todos, entre las sombras, sin que nadie lo viera. No era Velajada, no era Mechones ni Calot. Desde que lo conocía, no lo había visto ni una sola vez desvelar abiertamente una senda y armar follón. No solo porque no fuera su estilo, sino también porque Rapiña sospechaba que no era capaz.

Has desenvainado el arma equivocada para esta lucha, puño supremo.

Un movimiento repentino en medio del primer cuadrado painita. Gritos. Rapiña abrió mucho los ojos. Habían aparecido demonios. No uno, sino seis… no, siete. Enormes, impresionantes, bestiales, desgarrándolo todo entre las apretadas filas de la soldadesca. Salpicaba la sangre. Los miembros salían volando.

Los magos videntes del Dominio se dieron la vuelta.

—Maldita sea —susurró Mezcla a su lado—. Se lo han tragado.

Rapiña le lanzó una mirada furiosa a la mujer.

—¿De qué estás hablando?

—Son ilusiones, teniente. ¿Es que no lo ves?

No.

—Es toda esa incertidumbre, no saben a qué se enfrentan. Ben el Rápido está jugando con sus miedos.

—¡Mezcla! ¡Espera! ¿Y tú cómo lo sabes, en el nombre del Embozado?

—No estoy segura, pero lo sé.

El vidente del Dominio desató oleadas de hechicería gris que rompieron sobre la legión y mandaron raíces que bajaron serpenteando hacia los ocho demonios.

—Eso tendrá que derribarlos —dijo Mezcla—. Si Ben el Rápido pasara del ataque, los painitas sospecharán… vamos a ver cómo… ¡oh!

La magia salió disparada como nidos de víboras que caían en picado y envolvían a los rugientes demonios. La agonía fue frenética, daban coletazos y mataban y mutilaban a más soldados todavía. Pero morir, murieron, uno por uno.

La formación de la primera legión estaba en ruinas, con cuerpos desgarrados tirados por todas partes. La subida había quedado destrozada e iban a tardar un rato en recuperar algún tipo de orden.

—Es asombroso lo que pasa cuando crees algo —dijo Mezcla después de un rato.

Rapiña sacudió la cabeza.

—Si los magos pueden hacer eso, ¿se puede saber por qué no tenemos ilusionistas en todos los puñeteros pelotones?

—Teniente, solo funciona porque es algo muy raro. Además, hay que dominarlo muy bien para conseguir imitar

aunque solo sea un único demonio, que Ben el Rápido haya podido sacarse ocho de la manga es…

Entonces contraatacaron los magos videntes del Dominio. Un torbellino crujiente subió rodando la ladera, se comió el suelo e hizo estallar los tocones de los árboles.

—¡Eso va directamente a por él! —siseó Mezcla, se había agarrado con una mano al hombro de Rapiña y le clavaba los dedos.

—¡Ah! ¡Suéltame!

Una explosión atronadora sacudió el suelo y el aire.

—¡Dioses! ¡Lo han matado! ¡Reventado! ¡Aniquilado, que Beru nos proteja a todos!

Rapiña se quedó mirando a la soldado que gimoteaba a su lado y después se obligó a observar una vez más la escena que se desarrollaba en la rampa.

Salió otro mago vidente del Dominio de las filas de la legión montado en un enorme caballo de guerra pardo. La hechicería bailaba sobre su armadura, pálida, apagada, parpadeando sobre el hacha de doble filo que blandía en la diestra.

—Oh —susurró Mezcla—. Una ilusión muy elegante.

El hechicero se fue a reunir con sus compañeros, que se volvieron.

El hacha voló de la mano del jinete, su estela chispeaba con hielo suspendido. La forma cambió, se ennegreció, se retorció y estiró unos miembros como garras, del color de la medianoche.

La víctima chilló cuando la golpeó el espectro. Una magia mortal atravesó la oleada protectora de hechicería caótica como una punta de lanza que traspasara una cota de malla y se hundieran en el pecho del hombre.

El espectro reapareció al tiempo que el vidente del Dominio se caía del caballo, (le atravesó la cabeza protegida

por el casco en una explosión de hierro, hueso, sangre y sesos), se aferraba con las garras negras al alma del vidente del Dominio, una cosa que llameaba e irradiaba terror. El espectro, encorvado sobre su premio, salió volando hacia el bosque con rumbo zigzagueante y se desvaneció en las tinieblas.

El jinete, después de arrojar la espantosa arma, había hundido los talones en los flancos de su caballo. La enorme bestia había girado, había clavado los cascos en el suelo y había derribado a un segundo vidente del Dominio en un frenesí de coces que en apenas unos momentos lanzó por los aires terrones de barro empapados en sangre.

La hechicería se precipitó hacia el jinete, que siguió avanzando con su caballo. Un desgarrón irregular surgió ante los dos, y caballo y jinete se desvanecieron en él. El desgarro se cerró un momento antes de que llegara la magia caótica. El torbellino de hechicería atronó el aire y abrió un cráter en la colina.

Azogue le dio a Rapiña una palmada en el otro hombro.

—¡Mira! ¡Ahí abajo! ¡Las legiones de atrás!

La teniente se giró y avistó soldados rompiendo la formación y extendiéndose para desaparecer en la ladera boscosa a ambos lados de la rampa.

—¡Maldita sea, alguien ha tenido una idea!

—No solo una idea, ¡se van a tropezar directamente con nosotros!

Paran vio a Ben el Rápido reaparecer en el terraplén, salía tambaleándose de una senda con la armadura de cuero chamuscada y humeando. Momentos antes, el capitán había pensado que habían aniquilado a aquel hombre con una oleada crujiente de magia caótica, la cual había aporreado el

risco de tierra amontonada que el mago había elegido para posicionarse. Unas lenguas grises de fuego seguían ardiendo en el suelo consumido que rodeaba a Ben el Rápido.

—¡Capitán!

Paran se volvió y descubrió a un marinero trepando por la cuesta de la trinchera hacia él.

—Señor, hemos recibido informes, ¡hay legiones subiendo entre los árboles!

—¿Lo sabe el puño supremo?

—¡Sí, señor! Te envía otra compañía para que resistas aquí.

—Muy bien, soldado. Vuelve con él y pídele que haga correr la voz entre las filas. Tengo un pelotón por ahí abajo y subirán corriendo por delante del enemigo, seguramente a toda velocidad.

—Sí, señor.

Paran observó al hombre irse a toda prisa. Después examinó sus tropas medio enterradas. No era fácil reparar en ellos, las sombras jugaban como locas sobre sus posiciones y llenaban los pozos y las trincheras que los unían. El capitán giró la cabeza de repente hacia Ben el Rápido. El mago estaba encorvado, casi invisible bajo un torbellino de sombras.

Bajo el terraplén, el suelo se retorcía y revolvía. Las rocas y los peñascos intentaban atravesar el mantillo y salir a la superficie, se machacaban y crujían, el agua de la superficie chisporroteaba convertida en un vapor que envolvía la masa creciente de piedra.

Dos sendas desveladas, no, deben de ser tres, esos peñascos están al rojo vivo.

Unas sombras se deslizaron orilla abajo, entre los peñascos cada vez más numerosos que aparecían bajo ellos.

Está construyendo un pedregal, un pedregal que el enemigo no notará… hasta que sea demasiado tarde.

Entre los árboles, más abajo, Paran ya veía movimiento, hileras desordenadas de painitas que trepaban hacia ellos. No había filas de escudos ni tortugas, el precio que pagarían los beklitas, una vez que se acercaran para atacar, sería terrible.

Maldita sea, por el abismo, ¿se puede saber dónde están Rapiña y el pelotón?

En la rampa, la primera legión había recuperado la formación y continuaban subiendo con tenacidad y tres videntes del Dominio a la cabeza. Varias telarañas de hechicería tejían mantos protectores a su alrededor.

En rápida sucesión, tres oleadas de magia subieron rugiendo por la rampa. La primera trepó hacia Ben el Rápido, incrementándose a medida que se acercaba. Las otras dos rodaron directamente hacia la trinchera principal, delante de la cual se encontraba el capitán Paran.

Paran se dio la vuelta en redondo.

—¡Todo el mundo al suelo! —bramó, después se lanzó a tierra. Aunque sabía que no tenía mucho sentido. Ni el grito de advertencia ni que se tirara al suelo importaría demasiado al final. Se giró por el mantillo mojado y vio acercase la oleada que llegaba rodando.

La primera, dirigida contra Ben el Rápido, ya debía haber golpeado, pero no se oyó nada, no hubo ninguna explosión pavorosa…

… salvo colina abajo, una explosión que sacudió el suelo y se estremeció entre los árboles. Gritos lejanos.

No podía apartar la mirada de la magia que se precipitaba por la colina arriba en su dirección.

En su camino (solo momentos antes de que alcanzara al capitán y sus soldados) una llamarada de oscuridad, un

desgarrón en el propio aire, que cruzó como una cuchillada todo el campamento.

La hechicería se precipitó por la senda con un susurro y un siseo.

Otra detonación, mucho más abajo, entre las apretadas legiones.

La segunda oleada siguió a la primera.

Un momento después, cuando resonó una tercera explosión, la senda se estrechó y después se desvaneció.

Sin poder creérselo, Paran se retorció un poco más hasta que pudo ver a Ben el Rápido.

El mago había construido un muro de piedra palpitante ante él y este empezó a moverse entre las sombras sueltas, se inclinaba, cambiaba de postura, empujaba el humus que tenía delante. De repente, las sombras se precipitaron colina abajo, entre los árboles, en una oleada confusa y arrolladora. Un momento después las siguieron los peñascos, una avalancha que bramaba, arrastraba a los árboles con ella, se derramaba como líquido hacia las líneas confusas de soldados que trepaban por la ladera.

Si vieron lo que los golpeó, no tuvieron tiempo ni siquiera de gritar. El desprendimiento siguió creciendo y enterrando hasta la última señal de los beklitas de ese flanco, hasta que a Paran le pareció que la colina entera se movía y cientos de árboles hendían el aire al caer.

En el flanco contrario explotaron fulleros, lo que llamó la atención de Paran. Los beklitas de ese lado habían llegado al borde del terraplén. Tras el granizo letal de fulleros, se alzaron las picas sobre la línea de la trinchera y los malazanos se derramaron por un costado para formar una línea erizada en el terraplén. Entre ellos, marineros con armaduras pesadas y ballestas de asalto.

Los beklitas seguían subiendo como podían y morían por decenas.

Y entonces, casi a bocajarro, la hechicería sacudió la línea malazana. Los cuerpos explotaron dentro del fuego gris.

Cuando aquella magia miasmática se redujo, Paran no vio más que cuerpos mutilados en la orilla. Los beklitas continuaban subiendo como un enjambre. En el cielo, un cóndor que arrastraba unas llamas grises remontó el vuelo con esfuerzo entre las nubes.

Una escuadrilla de treinta moranthianos negros se precipitaron a su encuentro. Una veintena dispararon las ballestas contra el enorme pájaro. Unos rayos grises salieron despedidos del cóndor e incineraron los proyectiles. Una oleada retorcida iluminó el cielo y atravesó a los moranthianos negros. Armaduras y cuerpos explotaron.

Ben el Rápido se acercó tambaleándose a Paran y despejó con movimientos frenéticos el mantillo que tenía delante el capitán hasta que se reveló un trozo de tierra desnuda.

—¿Pero qué estás…?

—¡Dibuja ese maldito pájaro, capitán! Con el dedo… ¡dibuja una carta!

—Pero no sé…

—Dibuja…

Paran arrastró el índice enguantado por la tierra húmeda y trazó un perfil rectangular. Le temblaba la mano al intentar esbozar las líneas básicas del cóndor.

—Esto es una locura, no va a funcionar, ¡dioses, ni siquiera sé dibujar!

—¿Has terminado? ¿Ya está?

—En el nombre del Embozado, ¿qué es lo que quieres?

—¡Bien! —soltó el mago. Apretó el puño y aplastó la imagen.

En el cielo, el demoníaco cóndor había empezado a bajar en picado otra vez.

De repente, aleteó como un loco, como si no tuviera aire debajo. La criatura se desplomó directamente contra el suelo.

Ben el Rápido se levantó de un salto y arrastró a Paran con él.

—¡Vamos! ¡Saca la maldita espada, capitán!

Corrieron por el terraplén, con el mago en cabeza, hasta donde el cóndor se había estrellado, justo detrás de la trinchera invadida.

Momentos después, atravesaban a la carrera fragmentos humeantes de armadura y carne medio quemada, todo lo que quedaba de la compañía de malazanos. La primera oleada de beklitas se había abierto camino luchando hasta la segunda trinchera y habían entablado una fiera batalla con la infantería pesada de Dujek. A la derecha de Paran y Ben el Rápido, ladera abajo, la segunda oleada estaba a menos de veinticinco metros de distancia.

—¡Otro vidente del Dominio! —chilló Ben mientras tiraba a Paran al suelo.

La hechicería saltó de entre la segunda línea de beklitas y se precipitó directamente hacia los dos hombres.

Ben el Rápido se giró hacia un lado y maldijo.

—¡Aguanta, capitán!

Alrededor de los dos se abrió una senda. Y de repente se encontraron bajo el agua y la armadura los succionaba hacia la oscuridad.

La luz gris pasó como un rayo salvaje justo por encima, una conmoción atronadora que descendió de forma visible hacia los dos hombres.

El agua explotó por todos lados, unas raíces duras que estallaron contra las costillas de Paran. El capitán, entre

toses y jadeos, se aferró al barro.

Una mano le sujetó por una correa del arnés y empezó a arrastrarlo por el suelo empapado del bosque.

—¿Dónde tienes la maldita espada?

Paran se las arregló para apoyar las piernas y ponerse en pie como pudo.

—¿Espada? ¡Serás cabrón! ¡Me estaba ahogando!

—¡Maldita sea! —maldijo el mago—. Más te vale que ese pájaro siga atontado.

Una mirada asesina reveló el lamentable estado de Ben el Rápido; el tipo estaba sangrando por los oídos, la nariz y la boca. La armadura de cuero se le había partido por todas las costuras. Paran bajó la cabeza y comprobó que su propia armadura de bandas estaba casi igual de mutilada. Se limpió la boca y sacó el guantelete manchado de rojo.

—Todavía tengo el cuchillo de caza.

—Sácalo, creo que estamos cerca…

Por delante, entre los árboles, las ramas rotas recubrían el suelo y se alzaban penachos de humo.

Y entonces Paran lo vio, el apretón de advertencia de Ben el Rápido en el brazo del capitán le indicó que el mago también había detectado la masa negra que había entre las sombras, a un lado, una masa que destellaba al moverse.

El refulgir de un cuello gris y pálido, el brillo de un pico ganchudo. Zarcillos de hechicería bailando, incrementándose.

Paran no lo dudó más, salió corriendo junto al mago y sacó el cuchillo de la vaina.

La criatura era enorme, tenía el cuerpo del tamaño de un bhederin hembra y el cuello se alzaba de unos hombros encorvados como una serpiente. Una cabeza negra y viscosa con unos ojos de pesadilla se giraron hacia él.

Algo pasó junto a Paran como un tiro, un espectro con manos como garras que se estiraban hacia el cóndor.

La criatura siseó y se encogió, después sacó la cabeza de repente.

Destelló la hechicería.

El espectro desapareció.

Paran se apartó de la cabeza del cóndor con un giro repentino y le hundió la larga hoja del cuchillo en la espalda. Sintió que la hoja se desviaba de la columna y maldijo.

Un chillido agudo, un destello de movimiento negro y Paran se encontró sumergido en un mar negro, oleaginoso y asfixiante de plumas. El pico ganchudo le procuró un dolor lacerante en la sien que lo desgarró hasta llevarse la oreja, el capitán sintió el horripilante pellizco y el chorro de sangre caliente que le bajaba por el cuello.

La conciencia se fragmentó en una explosión de ira bestial que se iba alzando en su interior…

A ocho metros de distancia, de rodillas (demasiado magullado para hacer otra cosa), Ben el Rápido se quedó mirando, sin poder creerlo, a las dos figuras que se agitaban enzarzadas en una batalla. Paran era casi invisible dentro de un mastín retorcido de sombras entrelazadas. *No es un soletaken, no cambia de forma. Son dos criaturas (hombre y bestia) ligadas… de algún modo. Y el poder que hay detrás, es una sombra… Kurald Emurlahn*.

Las inmensas mandíbulas del mastín y sus caninos de un dedo de largo se clavaron en el cóndor y fueron abriendo un camino a mordiscos por los hombros de la criatura hasta el cuello. El demonio, a su vez, desgarraba una y otra vez a la bestia, cuyos flancos se hacían trizas y chorreaban sangre demasiado real.

La tierra temblaba bajo las dos bestias. Un ala salió disparada y se estrelló contra un árbol. Hueso y madera se

partieron como si fueran uno solo. El cóndor chilló.

La base rota del árbol (a la altura de la rodilla) sobresalió de repente y luego se derrumbó, atrapó el ala que se agitaba y seguidamente atravesó el miembro al caer hacia atrás, apartándose de los dos contendientes y estrellándose entre una tormenta de ramas y corteza.

Las mandíbulas del mastín se cerraron sobre el cuello del cóndor.

Las vértebras crujieron.

La cabeza de la criatura cayó hacia atrás y se derrumbó con un golpe seco sobre el suelo revuelto del bosque.

Las sombras del mastín triunfante parpadearon y la bestia se desvaneció.

Paran se apartó rodando del cuerpo del pájaro muerto.

Ben el Rápido apenas podía ver al hombre bajo la carne desgarrada y la sangre. El mago abrió todavía más los ojos cuando la espeluznante figura se puso en pie poco a poco. Le colgaba la piel de la sien derecha y se le veía el hueso. La mitad de la oreja de ese lado había desaparecido, cortada en una línea curva que chorreaba sangre.

Paran levantó la cabeza y se encontró con la mirada del mago.

—¿Qué ha pasado?

Ben el Rápido se levantó de un empujón.

—Ven conmigo, capitán. Vamos a coger una senda para ir a ver a un sanador.

—¿Un sanador? —preguntó Paran—. ¿Por qué?

El mago miró al capitán a los ojos y no vio señal de que fuera consciente de nada.

—De acuerdo. —Ben el Rápido cogió a Paran por un brazo —. Allá vamos…

Rapiña se abrió camino entre los arbustos hasta que se encontró con el lecho del bosque más abajo. Nadie a la vista. Huellas embarradas era lo único que quedaba de los beklitas que habían pasado bajo ellos media campanada atrás. Podía oír combates ladera arriba, a lo largo del terraplén y quizá más allá.

Las explosiones de hechicería que habían golpeado a las legiones de la base de la rampa no habían continuado, un buen motivo para preocuparse. La avalancha les había dado un susto mayúsculo, pero su rumbo los había esquivado por un centenar de metros o más. *Como si Ben el Rápido hubiera sabido dónde estábamos. Quién sabe cómo. Y lo que es más increíble, ese maldito mago también se las arregló para controlar el descenso de un tercio de la ladera de la montaña. Quizá si hubieran aparecido una docena de magos supremos para echarle una mano, podría creérmelo*.

O un dios…

Con ese escalofriante pensamiento empezó a bajarse del árbol.

Poco antes habían visto cóndores en el cielo y al menos uno había atacado las defensas malazanas. Durante un momento fugaz. Rapiña no tenía ni idea de por dónde andaban los otros pajarracos.

Aquí no están, gracias al Embozado…

Se dejó caer el último par de metros y aterrizó en el suelo entre tintineos y el estrépito de la armadura.

—Qué sutil…

Rapiña giró en redondo.

—Maldita seas, Mezcla…

—Chis… Eh, señor.

—¿Sabes dónde están los otros?

—Más o menos. ¿Quieres que los recoja?

—Sería útil.

—¿Y luego qué?

Y yo qué coño sé, mujer.

—Tú solo ve a buscarlos, Mezcla.

—Sí, señor.

Paran se despertó con un hedor a vómito que percibió como propio por el sabor ácido que tenía en la boca. Gimió y rodó de lado. Estaba oscuro. Unas voces apagadas conversaban no muy lejos. Presintió, aunque no pudo verlo bien, que había otros echados en la trinchera en la que se encontraba él.

Otras... bajas...

Se acercó alguien, una figura ancha y fornida.

Paran se llevó la mano a la sien e hizo una mueca cuando tocó con los dedos tripa anudada. Trazó con vacilación la longitud de la herida hasta una masa de vendas húmedas que le cubrían la oreja.

—¿Capitán?

—¿Eres tú, Mazo?

—Sí, señor. Acabamos de volver.

—¿Rapiña?

—El pelotón sigue en pie, señor. Tuvimos un par de refriegas en la subida, pero nada que nos frenara mucho.

—¿Por qué está tan oscuro?

—Nada de antorchas, señor. Ni faroles. Órdenes de Dujek, nos estamos reagrupando.

Reagrupándonos. No, ya preguntarás eso después.

—¿Sigue respirando Ben el Rápido? Lo último que recuerdo es que nos estábamos acercando a un cóndor derribado...

—Sí, aunque por lo que he oído, fuiste tú el que desplumaste al ganso, capitán. El mago te trajo aquí y los físicos te cosieron… más o menos. Te alegrará oír que la mayor parte es superficial; yo he venido a ponerte la cara bonita otra vez.

Paran se incorporó poco a poco.

—A mi alrededor hay soldados de sobra que necesitan tu toque sanador bastante más que yo, Mazo.

—Cierto, señor, es solo que Dujek dijo…

—Mis cicatrices se quedan conmigo, sanador. Mira a ver qué puedes hacer con esos heridos. Bueno, ¿dónde puedo encontrar al puño supremo y a Ben el Rápido?

—En el cuartel general, capitán. Esa cámara grande…

—La conozco. —Paran se levantó y se quedó quieto un momento hasta que se le pasó el mareo y las náuseas—. Y ahora una pregunta más importante… ¿dónde estoy?

—Trinchera principal, señor. Gira a la izquierda y después todo recto.

—Gracias.

El capitán se fue abriendo paso poco a poco entre las filas de marineros heridos. Vio que la lucha había sido complicada, pero no tan complicada como podía haber resultado.

La guardia de Unta de Dujek dominaba la entrada del túnel. A juzgar por su equipo, todavía no habían sacado la espada. Su oficial dio paso al capitán sin decir una sola palabra. Veinticinco metros después, Paran llegó a la cámara.

El puño supremo Dujek, Ben el Rápido y la teniente Rapiña estaban sentados a la mesa de los mapas con un pequeño farol colgado del techo de vigas de madera. Los tres se volvieron en sus sillas cuando entró el capitán.

Dujek lo miró con el ceño fruncido.

—¿No te encontró Mazo?

—Sí, puño supremo. Estoy bien.

—Te va a quedar un costurón, muchacho.

Paran se encogió de hombros.

—Bueno, ¿qué ha pasado? ¿A los beklitas no les gusta luchar por la noche?

—Se han retirado —respondió Dujek—. Y antes de que lo preguntes, no, no fue porque fuéramos demasiado duros, podrían haber seguido presionando y si lo hubieran hecho, a estas alturas estaríamos cruzando a paso ligero los bosques, los pocos que quedáramos con vida, claro. Además, solo uno de esos cóndores vino a por nosotros. Llevamos un rato aquí sentados, capitán, intentando descubrir por qué nos hemos ido casi de rositas.

—¿Alguna posible respuesta a eso, señor?

—Solo una. Creemos que Whiskeyjack y Brood se están aproximando a toda prisa. El Vidente no quiere tener sus fuerzas empantanadas con nosotros cuando lleguen. Y tampoco quiere arriesgar a ninguno más de sus malditos cóndores.

—Uno fue más que suficiente —murmuró Ben el Rápido.

El agotamiento del mago había dejado al hombre con aspecto de viejo, casi doblado sobre la mesa, con los dos brazos apoyados y los ojos llorosos y ribeteados de rojo clavados en la superficie marcada del mueble.

Aturdido por la visión, Paran apartó la mirada y se centró en el puño supremo.

—Mazo dijo que nos estábamos reagrupando, señor. Dado que la teniente Rapiña está aquí, supongo que tienes algo en mente para los Abrasapuentes.

—Así es. Solo te estábamos esperando a ti, capitán.

Paran asintió y no dijo nada.

—Esas trincheras son indefendibles —gruñó Dujek—. Aquí arriba estamos demasiado expuestos. Dos o tres más de esos cóndores y terminan con nosotros… y con los moranthianos negros. Y no quiero arriesgarme a mandar más mensajeros moranthianos a Whiskeyjack, los pájaros del Vidente derribaron a los últimos en la montaña antes de que pudieran cubrir siquiera una décima parte de una legua. Nos encontramos muy cerca de Coral y al parecer están dispuestos a volar de noche. Y Ben el Rápido tampoco está en condiciones de ponerse en contacto con Whiskeyjack por medio de la magia. Así que no vamos a esperar.

Vamos a entrar en Coral. Del cielo nocturno directamente a esas condenadas calles.

—Comprendido, puño supremo. ¿Y los Abrasapuentes son los primeros en entrar, señor?

—Los primeros en entrar… —asintió Dujek poco a poco.

Y los últimos en salir.

—Debéis atacar sin rodeos esa fortaleza. Abrir un agujero en la pared del complejo. Los moranthianos negros os acercarán todo lo que puedan.

—Señor —dijo Paran—, si Brood y Whiskeyjack no se hallan tan cerca como crees…

Dujek se encogió de hombros.

—Como ya he dicho, capitán, este no es el mejor sitio para quedarse a esperar. Vamos a entrar todos, mi primera oleada irá media campanada después de la vuestra.

Terminaremos por meternos en un nido de víboras…

—Será mejor entonces que la teniente y yo preparemos a los pelotones.

—Sí. Tendrás a Ben el Rápido contigo, los magos (su cuadro) han regresado con sus respectivos pelotones. Seto y el resto de los de los zapadores tienen seis malditos entre todos, diez buscapiés y veinte fulleros… Tenéis que abrir una

brecha en ese muro y después regresar con nosotros. No vayáis a por el Vidente vosotros solos, ¿comprendido?

—Comprendido, puño supremo.

—De acuerdo, los tres, en marcha.

Todavía quedaban casi dos campanadas para el amanecer y las brumas flotaban grises y bajas por los parques del norte de Coral, tendiendo zarcillos hacia la llanura que quedaba más allá.

Korlat se acercó a caballo adonde Whiskeyjack se había detenido, bajo la cresta bordeada de árboles que marcaba el comienzo de un parque arbolado, y tiró de las riendas junto a él.

El malazano no perdió el tiempo.

—¿Qué ha dicho?

—Es todo muy raro, Whiskeyjack. Disculpas formales de su parte y de la de Brood. Ofrece con toda humildad tanto su espada como su pericia táctica, como la llamó él. Admito que me… inquieta.

Whiskeyjack se encogió de hombros.

—Agradecería cualquier consejo que me pudiera dar Kallor.

El guerrero notó la expresión irónica e incrédula de Korlat al oírlo afirmar semejante cosa, pero prefirió hacer caso omiso.

Después de un momento, el malazano continuó.

—Sígueme.

Azuzó a su caballo y bajaron por el amplio camino de mercaderes que serpenteaba entre arboledas y cruzaba claros con leves montecillos.

Los caballos tropezaban con frecuencia, con las cabezas gachas al trotar en la oscuridad. Muy poco después se

acercaron a otro risco, este despojado de árboles. Tras él, alzándose poco a poco a medida que ellos se aproximaban, se encontraba la ciudad de Coral, que trepaba por las gradas reveladas por los reflejos apagados de las antorchas de las calles. La masa oscura de la fortaleza era una presencia desdibujada encorvada sobre la última grada visible.

Llegaron al risco y se detuvieron.

Korlat estudió la distribución de la tierra que tenían delante. El campo de la muerte que había frente a la muralla de la ciudad medía un sexto de legua de ancho y un único puente de piedra salvaba una zanja cerca de la muralla. A media legua al oeste se cernía una montaña boscosa, el flanco que tenían delante estaba envuelto en bruma o humo.

—Sí —dijo Whiskeyjack, que había seguido la mirada de la mujer—, de ahí fue de donde salieron los destellos de hechicería. Es donde yo habría ubicado un ejército para romper el asedio si fuera el Vidente.

—Y Dujek les ha estropeado los planes.

—Sospecho que está ahí. Supongo que los hicieron retroceder o los rodearon, la magia que vimos iluminando el cielo era sobre todo painita. Han debido de arrollar a Ben el Rápido. Creo que Dujek se ha llevado una buena paliza, Korlat. Tenemos que atraer la atención del Vidente y alejarla de esa montaña, darle al puño supremo tiempo para reagruparse.

La tiste andii lo miró y se quedó callada un momento.

—Tus soldados se caen de cansancio, Whiskeyjack —dijo después. *Como tú, amor mío*.

—No obstante, haré que cubran este risco en cuanto amanezca, el clan Ilgres a la izquierda, Taur y sus Caras Blancas a la derecha. —La miró—. Admito que pensar en la

otra… forma que puedes adoptar todavía me, eh, alarma. De todos modos, si Orfantal y tú pudierais remontar el vuelo…

—Mi hermano y yo ya lo hemos hablado, Whiskeyjack. A él le gustaría volar hasta Dujek. Quizá su presencia haga vacilar a los cóndores del Vidente.

—Más bien los atraerá como un imán, Korlat. Si vais los dos juntos y os protegéis…

—No es tan fácil hacernos retroceder, ni siquiera solos. No, Dujek lo necesita más. Yo adoptaré mi forma soletaken y protegeré tus fuerzas. Orfantal se dirigirá a la montaña. Al menos podrá determinar la posición del puño supremo y su ejército.

Korlat vio que los músculos de la mandíbula masculina se tensaban bajo la barba. Al fin, el guerrero suspiró antes de hablar.

—Temo por ti, Korlat… Estarás sola sobre nosotros.

—Con los que quedan de los míos entre tus soldados, magos todos, amor mío. No estaré tan sola como te imaginas.

Whiskeyjack recogió las riendas.

—¿Has captado algo, lo que sea, de tu señor?

La tiste andii negó con la cabeza.

—¿Te inquieta? No, no hace falta que contestes.

Cierto, parece que hay pocas cosas que pueda ocultarte.

—Será mejor que volvamos —continuó Whiskeyjack.

Los dos dieron la vuelta con sus monturas.

Si hubiera continuado su conversación durante media docena de latidos más, Korlat, con su visión sobrenatural, habría visto la primera escuadrilla de moranthianos negros alzándose de la ladera boscosa de la montaña, cuarenta en total, y, volando bajo, los habría visto dirigirse a toda velocidad hacia la ciudad.

Media docena de latidos durante los cuales giró la moneda de Oponn…

Un único y perezoso giro…

De la dama al caballero.

A menos de la altura de un hombre bajo ellos, la muralla de la ciudad pasó como un manchón borroso. Tras dejarla atrás, los moranthianos hicieron que sus quorls descendieran todavía más y se deslizaron por una avenida, entre los edificios, volando por debajo de los tejados. Un giro brusco en un cruce dirigió la escuadrilla hacia la fortaleza.

Paran, que luchaba por hacer caso omiso del fiero picor que le hacía arder los puntos que le atravesaban un lado de la cara, se arriesgó a mirar abajo. En la calle se veían pilas de festines, muchas de ellas todavía emitiendo un fulgor rojo apagado y envueltas en humo. De vez en cuando, una antorcha montada en las paredes de un edificio revelaba adoquines repletos de desechos. La ciudad dormía bajo ellos, al parecer; no vio ni un solo guardia o soldado.

El capitán volvió a mirar la fortaleza. La muralla exterior era alta y estaba bien fortificada; si acaso, era incluso más fuerte que la que rodeaba la ciudad. La estructura principal que había detrás era tanto roca pura como piedra trabajada. La fortaleza se había labrado en la ladera de una montaña.

Unas gárgolas monstruosas cubrían el borde irregular del tejado, negras y encorvadas, apenas visibles como borrones más oscuros sobre el cielo nocturno.

Y entonces Paran distinguió un movimiento.

Cóndores. Oh, ahora sí que nos vamos al abismo… Dio un golpe seco en el hombro del moranthiano y señaló con un dedo enguantado la calle que tenían debajo. El oficial asintió.

Como uno solo, los quorls que trasladaban a los Abrasapuentes bajaron disparados, planearon a una decena de metros de la calle y luego se posaron con una sola inclinación de las alas.

Los soldados abandonaron las sillas y buscaron las sombras.

Los moranthianos y sus quorls remontaron el vuelo de un salto y giraron para hacer el vuelo de regreso.

Agazapado en la boca de un callejón oscuro, Paran esperó a que los pelotones se reunieran a su alrededor. Ben el Rápido fue el primero en llegar a su lado.

—El tejado de la fortaleza…

—Lo he visto —gruñó Paran—. ¿Alguna idea, mago?

Azogue habló entonces.

—¿Qué te parece buscar un sótano y escondernos, capitán?

Ben el Rápido miró furioso al sargento y después miró a su alrededor.

—¿Dónde está Seto?

El zapador se adelantó anadeando bajo el peso de los abultados sacos de cuero.

—¿Has visto a esos malditos gorriones? —le preguntó el mago mientras hacía un movimiento extraño con el hombro izquierdo, como si lo encogiera.

—Sí. Necesitamos tiradores de primera encima de la muralla. Tengo doce cuadrillos con fulleros en lugar de puntas. Si lo hacemos bien, podemos acabar con otros tantos…

—Y llueve carne de pájaro —interpuso Eje—. Plumas ardiendo.

—¿Y eso es peor que una camisa de pelo ardiendo, Eje?

—Silencio —soltó de repente Paran—. De acuerdo, enganchad los garfios a la pared y poned a nuestros más

expertos y brillantes ballesteros en la cima. Seto, busca un buen sitio para poner el fardo de malditos y los buscapiés, y hazlo rápido. Tenemos que calcularlo bien. Quiero a esos pájaros por el suelo, no en el aire. Seguramente la primera oleada de Dujek ya esté en camino, así que hay que moverse.

El capitán le hizo un gesto a Rapiña para que se pusiera en cabeza y se dirigieron a la pared de la fortaleza.

Al llegar al borde contrario de la calle, Rapiña levantó una mano y se quedó agazapada. Todo el mundo permaneció inmóvil.

Paran se acercó por detrás. La teniente retrocedió.

—Guardias urdomen —susurró—. La puerta está a quince metros a la izquierda, bien iluminada…

—¿Los guardias están bien iluminados?

—Sí.

—¡Idiotas!

—Sí, pero me preguntaba…

—¿Qué?

—Damos la vuelta y vamos por la derecha, subimos otra vez y nos encontramos en una esquina de la muralla. A Seto le gustan las esquinas…

—Así que dejamos a los guardias donde están.

—Sí, capitán. Bien sabe el Embozado que con esa luz, no van a ver nada. Y estaremos lo bastante lejos como para que no oigan el ruido que hagan los garfios, si es que hacen alguno.

—Eso esperas.

—Todos llevan amortiguadores, señor.

—De acuerdo, llévanos por el otro lado, teniente.

—Un momento, señor. ¿Mezcla?

—Aquí.

—Quédate aquí. Échales un ojo a esos guardias.

—Sí, señor.

Rapiña le hizo un gesto a Paran y volvieron a bajar por la calle. Los pelotones dieron la vuelta y los siguieron.

Mientras avanzaba con sigilo al capitán le parecía que era el único que hacia ruido, demasiado ruido. Los treinta y tantos soldados que lo rodeaban eran como fantasmas silenciosos. Se movían de una sombra a otra sin pausa.

Un sexto de campanada después, Rapiña se acercó una vez más a la calle que tenía enfrente la pared del complejo. Justo delante había una torre cuadrada, coronada por unas inmensas almenas. Los pelotones se acercaron tras su teniente.

Paran oyó a los zapadores susurrar con alegría al ver la torre.

—Qué bien se va a derrumbar eso…

—Parece una patata pinchada en un palito enclenque…

—Refuerza los buscapiés, ¿de acuerdo? Mete las fuerzas formando un ángulo para que se encuentren a un brazo de distancia dentro de la piedra angular…

—¿Le estás diciendo al abuelito donde está el agujerito, enano? Anda, cállate y déjanos a Eje y a mí, ¿estamos?

—Solo decía, Seto…

Paran los interrumpió.

—Ya está bien, todos. Ballestas en la cima antes de que hagáis nada más.

—Sí, señor —asintió Seto—. Sacad los ganchos, cielitos. Los de las ballestas, en fila, y preparad los cuadrillos con los fulleros… eh, nada de colarse, ¡a ver si tenemos modales, mujer!

Paran se llevó a Ben el Rápido a un lado, a unos metros por detrás de los otros.

—Doce cuadrillos explosivos, mago —murmuró por lo bajo—. Hay por lo menos treinta cóndores.

—¿No crees que el ataque de Dujek contra las murallas de la ciudad los apartará de aquí?

—Claro, el tiempo suficiente para que aniquilen a la primera oleada y dejen a unos cuantos dibujando círculos para recibir a la segunda oleada mientras el resto regresa a ocuparse de nosotros.

—¿Tienes algo en mente, capitán?

—Una segunda distracción, una que aleje al resto de los cóndores tanto de Dujek como de los Abrasapuentes. Ben, ¿puedes llevarnos por una senda hasta ese tejado?

—¿Llevarnos, señor?

—Tú y yo, sí. Y Azogue, Eje, Detoran, Mazo y Trote.

—Puedo hacerlo, capitán, pero ya estoy casi exhausto…

—Tú solo llévanos allí, mago. ¿Dónde está Eje? —Paran giró la cabeza, miró a los demás y asintió cuando encontró al tipo—. Espera aquí. —El capitán corrió hacia donde estaba Eje agachado con los otros zapadores, estiró el brazo y lo sacó del montón—. Seto, vas a tener que arreglártelas sin este hombre.

Seto sonrió.

—Es un alivio, capitán.

—¡Eh!

—Calla, Eje. —Paran lo llevó adonde esperaba Ben el Rápido.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó el mago en cuanto llegaron.

—Dentro de un momento, Ben, esos cóndores… ¿qué son, con exactitud?

—No estoy seguro, señor.

—No es lo que quiero oír, mago. Prueba otra vez.

—De acuerdo, creo que en otro tiempo fueron cóndores de verdad, más pequeños, bueno, de tamaño normal. Y

entonces el Vidente encontró alguna forma de rellenar a los pájaros…

—¡Rellenar a los pájaros, ja! —se burló Eje.

Ben el Rápido estiró el brazo y le dio un coscorrón.

—No vuelvas a interrumpir, Eje. Demonios, capitán. Posesión. De orientación caótica, que es por lo que sus cuerpos no terminan de contenerlo todo.

—Así que son demonios y pájaros a la vez.

—Uno es el que domina sobre el otro, por supuesto.

—Por supuesto. Bueno, ¿y cuál es el que vuela?

—Bueno, el cóndor… —Ben el Rápido entrecerró los ojos. Miró a Eje y después sonrió—. Vale, oye, quizá…

—¿De qué estáis hablando vosotros dos?

—¿Guardas alguna munición, Eje? —preguntó Paran.

—Seis fulleros.

—Bien, por si esto sale mal.

Se volvieron al oír una orden siseada de Rapiña y vieron a media docena de soldados cruzando la calle a la carrera y acercándose a la base de la pared del complejo. Se prepararon ganchos y cuerdas.

—Maldita sea, no me había dado cuenta de lo alta que era esa pared, ¿cómo van a…?

—Mira otra vez, señor —dijo Ben el Rápido—. Deditos está con ellos.

—¿Y?

—Observa, señor.

El mago del pelotón había abierto su senda. Paran intentó recordar la especialidad del hombre y le respondió la aparición llena de humo de una docena de fantasmas que flotaron alrededor de Deditos. Paran gruñó en voz baja.

—Si esos son los que no dejan de caerse…

—No, estos son espíritus locales, capitán. La gente se cae de las murallas todo el tiempo y dado que esta tiene unos

cuantos cientos de años, bueno, los muertos se acumulan. Además, la mayor parte de los fantasmas son un tanto… obstinados. Lo último que recuerdan es que estaban en la muralla patrullando, haciendo guardia o lo que fuera. Así que quieren volver ahí arriba…

Paran observó a los espíritus, seis de ellos se las habían arreglado para coger unos garfios y se deslizaban pared arriba. Los otros seis habían rodeado a Deditos con unas manos fantasmales y lo estaban levantando para seguir a sus compañeros. Al mago del pelotón no parecía hacerle mucha gracia y agitaba las piernas.

—Creí que las sendas estaban envenenadas.

Ben el Rápido se encogió de hombros.

—El Embozado ha contraatacado con fuerza, capitán. Ha despejado un poco de espacio…

Paran frunció el ceño, pero no dijo nada.

Al llegar a la cima de la muralla, Deditos tomó el mando una vez más. Recuperó y colocó cada garfio, ya que quedó claro que los espíritus, o bien no eran capaces de manejar con precisión los objetos físicos, o bien eran reacios a hacerlo. El mago tuvo que pelearse con un par de ellos para quitarles los ganchos. Al final consiguió colocar todos los garfios y desenrolló las cuerdas, que serpentearon hasta los soldados que esperaban abajo.

Los primeros seis soldados equipados con ballestas empezaron a trepar.

Paran lanzó una mirada angustiada hacia arriba, hacia la fila de cóndores que coronaba el edificio principal. No se movió ninguno.

—Gracias al Embozado que tienen un sueño profundo.

—Sí, están acumulando poder para lo que va a pasar. Están inmersos en su senda caótica.

Paran se dio la vuelta y estudió el cielo oscuro del noroeste. Nada. Claro que tampoco era muy probable que fuera a verlos. Entrarían volando bajo, como había hecho su propia escuadrilla.

Los siguientes seis soldados con las ballestas atadas a la espalda cruzaron la calle y pusieron manos a la obra.

—Mago, prepara esa senda…

—Está lista, capitán.

Rapiña empezó de repente a agitar los brazos como una loca en dirección a Paran. El capitán siseó una maldición y corrió a reunirse con ella. Los pelotones restantes se habían alejado de la calle.

—¡Capitán! Asómate, señor, y mira la puerta.

Paran lo hizo.

Empezaba a haber actividad por allí. Habían abierto las puertas y empezaban a salir, uno detrás de otro, enormes guerreros reptiles. *K'chain che'malle, así que esa es la pinta que tienen esos malditos bichos. Por el aliento del Embozado*. Cinco… diez… quince… y seguían saliendo más, marchaban hacia la ciudad, rumbo a la puerta norte.

Y Dujek está a punto de aterrizarles encima.

Se echó hacia atrás y se encontró con los ojos de Rapiña.

—Teniente, tenemos que distraer a esos malditos bichos.

La mujer se frotó la cara y les echó un vistazo a los pelotones que quedaban.

—Se supone que son bastante rápidos, esos lagartos no muertos, pero con todos estos callejones y calles… —Volvió a mirar a Paran y asintió con gesto rápido—. Tenemos varios fulleros a mano, les daremos unas cuantas razones para que vengan a por nosotros.

—Pero asegúrate de que os mantenéis por delante, teniente. Si es posible, que no se separe nadie.

—Señor, eso no lo tengo tan claro; tendremos que dispersarnos, supongo, solo para poder confundir a los bichos.

—De acuerdo, pero inténtalo de todos modos.

—¿Y tú, capitán?

—El pelotón de Ben y Azogue, vamos a subir al tejado de la fortaleza. Probaremos nuestras propias maniobras de distracción con el resto de esos cóndores. Ahora estás al mando de los Abrasapuentes, teniente.

—Sí, capitán. Bueno, ¿quiénes creéis que morirán primero, los vuestros o los nuestros?

—No creo que vaya a haber mucha diferencia.

La teniente sonrió.

—La mitad de mis atrasos, capitán, a que nosotros vamos un paso por detrás de vosotros. Me lo pagas a las puertas del Embozado.

—Acepto, teniente. Y ahora deja a Seto y sus zapadores volando esa torre, reúne a Mezcla y al resto y poneos en marcha.

—Sí, señor.

Paran fue a alejarse, pero Rapiña estiró una mano y le tocó el brazo.

—¿Capitán?

—¿Qué?

—Bueno, eh, ¿recuerdas esos cuchillos que llevas a la espalda? Hace tiempo que están girados hacia el otro lado. Solo quería que lo supieras.

Paran apartó la mirada.

—Gracias, teniente.

Ben el Rápido había reunido a Azogue y su pelotón, menos Seto y Mezcla. En cuanto Paran se reunió con ellos, el mago asintió.

—Cuando quieras, capitán.

Paran le echó un vistazo al muro del complejo. Las cuerdas colgaban flojas. No había nadie a la vista en la cima.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que los divisaste?

El mago se encogió de hombros.

—Supongo que ya se encontrarán en posición, señor. Seto parece estar ya listo.

Paran bajó los ojos y vio al equipo de zapadores reunidos en un grupito apretado y nervioso que no hacía más que cambiar de postura en la base de la torre.

—Son rápidos.

—Seto es como un rayo cuando está cagado de miedo, señor. Será mejor que…

—Sí. Abre la senda. —El capitán le echó un vistazo a Azogue. El sargento, Detoran, Trote y Mazo se habían bajado las celadas y habían sacado las armas. Eje se agazapaba cerca con un fullero en la mano derecha—. Un momento, Ben. ¿Le dijiste a Eje lo que…?

—Sí, señor, y está trabajando en ello sin problemas.

Eje consiguió esbozar una débil sonrisa.

—De acuerdo. Vamos.

El portal se abrió con un destello y derramó sangre por la calle. Paran abrió mucho los ojos. *Kurald Galain. Pero qué*…

—¡Seguidme! —siseó Ben el Rápido al tiempo que entraba disparado en la senda.

El pelotón se precipitó hacia delante y lo engulló la oscuridad. Paran se lanzó tras ellos.

La transición fue casi instantánea. El capitán se tambaleó sobre unas baldosas pulidas, estaban en el tejado de la fortaleza, veinticinco metros por detrás de la fila de cóndores…

Una docena de las enormes y demoníacas criaturas explotaron de repente y salpicaron de sangre y carne todo el

tejado. Las otras se despertaron con una sacudida. Lanzaron unos gritos desgarradores, extendieron unas alas inmensas y remontaron el vuelo de inmediato.

Eje ya había desatado su senda y su efecto fue instantáneo.

Los cóndores chillaron de terror y las alas atronaron a causa del pánico, las cabezas se retorcieron sobre los cuellos espasmódicos cuando la bestia mortal que había en cada cuerpo (atenazada por un miedo ciego engendrado por el talento retorcido de Eje) comenzó a disputarle el mando al demonio.

Los cuadrillos de las ballestas salieron disparados por toda la muralla del complejo y se clavaron en cada una de las agitadas criaturas.

La fortaleza entera se estremeció. Paran se giró y vio que la torre del complejo que tenía a la izquierda se derrumbaba de repente y la enorme almena se abalanzaba hacia la calle. El humo ondeaba por todas partes. A eso lo siguieron los gritos cuando los abrasapuentes que cubrían la cima de la muralla se lanzaron hacia las cuerdas.

Los fulleros levantaron ecos en las calles del este, Rapiña y sus restantes abrasapuentes acababan de sorprender a la columna de k'chain che'malle y la persecución había empezado.

Ben el Rápido tiró de Paran un momento.

—¡Los demonios están ganando la batalla!

Los cóndores iban ganando altura poco a poco y alejándose cada vez más de la influencia de la senda de Eje. Si sentían alguna incomodidad por haber sido claveteados con cuadrillos, no se les notaba. La hechicería crepitaba a su alrededor.

—Van a venir a por nosotros, capitán —predijo Ben el Rápido.

—Mejor a por nosotros que a por Dujek. Bueno, ¿podemos mantenerlos ocupados un rato, mago?

—A la mayor parte, sí.

—¿Cómo?

—Bueno, para empezar, podemos correr al lado sur de este edificio.

¿Correr? ¿Y ya está?

—Pues en marcha.

Fuera de la muralla occidental de la ciudad, cerca de la accidentada costa, un torbellino perezoso de polvo se alzaba del suelo y tomaba forma.

Tool acomodó poco a poco la espada de pedernal en el gancho del hombro, su mirada sin fondo hizo caso omiso de las chozas abandonadas a ambos lados y se clavó en la inmensa barrera de piedra que tenía delante.

El polvo podía elevarse con el viento y salvar la muralla por arriba. El polvo podía convertirse en un raudal y atravesar los escombros por debajo de los cimientos. El t'lan imass podía hacer su entrada sin que nadie lo supiera.

Pero el Vidente Painita se había llevado a Aral Fayle. A Toc el Joven. A un hombre mortal… que había llamado a Tool «amigo».

Se adelantó y sus pies envueltos en cuero atravesaron de una patada los huesos esparcidos. Había llegado el momento de que la primera espada de los t'lan imass anunciara su presencia.

La segunda oleada, que llevaba otros mil soldados, llenó las calles de repente justo detrás de la posición de Dujek. Las explosiones iluminaron el cielo del sur, por la línea del

tejado de la fortaleza y luego directamente debajo; este último fue un sonido más profundo, retumbó por el suelo e hizo traquetear los adoquines, un sonido que el puño supremo reconoció. Habían abierto una brecha.

—Hora de avanzar —les ladró a sus oficiales—. Tomad el mando de vuestros hombres, nos dirigimos a la fortaleza.

Dujek se levantó la celada. El aire se había llenado de los susurros y los aleteos de los quorls. La segunda oleada de escuadrillas volvía a remontar el vuelo en el cielo nocturno al tiempo que la tercera se acercaba desde el norte, en unos momentos depositaría otros mil marineros.

Los fulleros resonaron en la ciudad, al este. Dujek se detuvo un momento para preguntarse qué era eso, pero entonces el cielo se incendió, una oleada gris y ondulada que lo barría todo hacia la tercera escuadrilla.

El puño supremo observó, en silencio, como, entre solo dos latidos de su frío corazón, mil moranthianos negros, sus quorls y cinco compañías de la hueste de Unbrazo se desintegraban en medio de llamas grises.

Tras la oleada, negros y mortales, volaban tres cóndores.

Los moranthianos de la segunda oleada, que se habían remontado a las alturas antes de girar para salir disparados hacia el norte, reaparecieron sobre los tres cóndores y se precipitaron en masa hacia las criaturas.

Una cuarta escuadrilla de transporte que se aproximaba desde el noroeste había llamado la atención de los pájaros.

Jinetes y quorls descendieron sobre los confiados cóndores en sucesivos ataques suicidas. Los guerreros de las armaduras negras clavaban lanzas en los cuerpos recubiertos de plumas. Los quorls giraban las cabezas triangulares y las mandíbulas quitinosas arrancaban trozos de carne, al mismo tiempo que los choques hacían pedazos sus frágiles cuerpos y sus alas, más frágiles todavía.

Murieron cientos de quorls, sus jinetes caían con ellos y se estrellaban contra los tejados y las calles, donde yacían rotos e inmóviles.

Los tres cóndores los siguieron y murieron al caer.

Dujek no tuvo tiempo de pensar en el horrible precio que sus moranthianos habían pagado por esa victoria momentánea. La cuarta escuadrilla se posó en las calles, los soldados se lanzaron de las sillas y corrieron a ponerse a cubierto.

El puño supremo le hizo una seña a un mensajero.

—Nuevas órdenes para los oficiales: las compañías deben tomar edificios, los más defendibles. La fortaleza tendrá que esperar, quiero tejados sobre nuestras…

Apareció otro portador de mensajes.

—¡Puño supremo!

—¿Qué?

—Las legiones painitas se están reuniendo, señor; en cada calle, desde la puerta norte hasta la fortaleza.

—Sí, y nosotros dominamos el tercio occidental de la ciudad. Vienen a sacarnos de aquí. De acuerdo. —Después miró al primer mensajero y le dijo—: Que los oficiales sepan que pueden modificar su defensa…

Pero el segundo portador de mensajes no había terminado.

—Puño supremo, señor… lo siento. Hay k'chain che'malle con esas legiones.

¿Entonces dónde está Zorraplateada y sus malditos t'lan imass?

—Con lo que hay, como si fueran dragones —gruñó después de un momento—. Vete —le dijo al primer mensajero. El soldado hizo un saludo militar y se fue. El puño supremo se quedó mirando al otro portador de mensajes y luego dijo—: Busca a Torzal e infórmale de que

necesitaremos una pasada de su artillería pesada al este de nuestra posición, pero solo una. Dile que es muy probable que no regresen jamás, así que será mejor que tenga un ala de reserva. —Dujek levantó la celada y estudió el cielo. Empezaba a amanecer, las quinta y sexta alas habían dejado a las tropas y eran motas lejanas que regresaban disparadas a la montaña. *Así que ya está, ya estamos todos en Coral. Y si no recibimos ayuda pronto, jamás saldremos de aquí*.

—Eso es todo.

Despidió al soldado con un asentimiento.

Los cóndores dibujaban círculos sobre los tejados y se gritaban unos a otros, bajaban y caían en picado, las alas golpeaban el aire y volvían a elevarse hacia la bóveda celeste, que comenzaba a palidecer.

Paran se quedó mirando el cielo sin poder creérselo.

—¡Pero si tienen que vernos! —siseó.

Se agazaparon contra un muro bajo, detrás del cual había un parapeto que se asomaba al puerto y a la bahía de Coral. La oscuridad que se los había tragado se desvanecía a toda prisa.

—No pueden vernos —murmuró Ben el Rápido a su lado— porque yo se lo estoy impidiendo. Pero saben que estamos aquí… por alguna parte.

Y por eso siguen rondando. Bien. Estupendo. Eso significa que no se están dedicando a aniquilar al ejército de Dujek.

La fortaleza tembló bajo ellos e hizo retumbar las baldosas.

—Por el aliento del Embozado, ¿qué ha sido eso?

El mago que tenía al lado frunció el ceño.

—No estoy seguro. No parecían municiones… pero yo diría que la muralla del complejo ha sufrido otra brecha.

¿Otra? ¿Quién? La detonación procedía del lado del puerto, al este. Una nube hinchada de polvo iba apareciendo poco a poco.

Paran levantó la cabeza con cautela hasta que pudo ver por encima del muro bajo.

En el cielo de la bahía gritaban las gaviotas. Más allá, el mar, que parecía estar hecho de hielo sólido, retumbaba. Los chorros de agua explotaban por el horizonte del sur. Allí fuera se estaba fraguando una tormenta. *Esperemos que venga hacia aquí, no nos vendría mal la confusión*.

—¡Baja la cabeza! —siseó Ben el Rápido.

—Perdón.

—Ya me está costando bastante tal y como están las cosas, capitán, tenemos que estarnos quietos, deja de dar patadas. Detoran, ¿qué? Ah. ¡Capitán, mira al norte, señor! ¡Arriba!

Paran se giró.

Un ala de moranthianos (no más que simples motas) sobrevolaban la ciudad, de este a oeste.

Seis cóndores remontaban el vuelo para recibirlos, pero todavía tenían mucho camino por delante.

Unas motas más pequeñas cayeron de los moranthianos y descendieron sobre la mitad este de la ciudad.

El descenso pareció llevarles una eternidad, pero al fin el primero golpeó el tejado de un edificio. La explosión hizo pedazos el tejado y el último piso. Todas a la vez, las detonaciones hicieron temblar el aire cuando empezó a golpear maldito tras maldito.

La hechicería salió disparada de los seis cóndores y se precipitó hacia los lejanos moranthianos.

Las bombas explotaron y el ala se dispersó. No obstante, más de una veintena no pudo escapar a la oleada de hechicería.

El humo y el polvo envolvieron el lado este de Coral.

Sobre el capitán y el pelotón, los cóndores restantes chillaron de rabia.

—Funcionó, más o menos —susurró Ben el Rápido—. Seguramente esas calles estaban atestadas de soldados painitas.

—Por no mencionar —dijo Paran entre dientes— al resto de los abrasapuentes.

—A estas alturas ya se habrían retirado.

Paran oyó el esfuerzo en el tono esperanzado del mago.

Un maldito había estallado en la calle cuarenta metros por detrás de Rapiña y sus diezmados pelotones, menos de ocho metros por detrás del cazador k’ell k’chain che’malle que los había estado cercando. La criatura no muerta quedó borrada de la faz de la tierra por la explosión, y su masa absorbió buena parte de la lluvia letal de adoquines destrozados que azotó la vía. Varios fragmentos de piel marchita, carne y astillas de hueso golpearon esta cuando los abrasapuentes la tenían casi a su alcance.

Rapiña levantó una mano para detener a los soldados. No era la única que necesitaba recuperar el aliento y esperar hasta que su desbocado corazón recuperara un poco la calma.

—A ver si esto cambia un poco, diablos —jadeó Mezcla junto a la teniente.

Rapiña no se molestó en contestar, pero no pudo evitar estar de acuerdo con el amargo comentario de Mezcla. Como

Paran había ordenado, habían llamado la atención de al menos algunos de los k'chain che'malle.

Y habían pagado por ello.

En su último recuento tenía dieciséis abrasapuentes capaces de combatir y seis heridos, de los cuales tres estaban a las puertas del Embozado. Los k'chain che'malle eran mucho más que rápidos, eran como el rayo. E implacables. Los fulleros prácticamente no conseguían sino irritarlos.

De todos modos se les habían acabado las municiones. Rapiña había lanzado a sus soldados contra uno de los cazadores k'ell para calcular las posibilidades que tenían en el cuerpo a cuerpo. No volvería a hacerlo. Habían tenido suerte de poder retirarse. Ver a sus amigos hechos pedazos allí mismo era una imagen que la perseguiría durante el resto de sus días… *¿Días? No tengo días. Me sorprendería que sobreviviéramos una campanada más*.

—¡Que el Embozado nos lleve! ¡Otro!

La teniente se giró en redondo al oír el grito.

Había aparecido otro cazador por un callejón, con las garras arañando los adoquines, la cabeza agachada y las hojas estiradas.

A menos de doce metros y con la cabeza girando para mirarlos.

De acuerdo… segundos entonces.

—¡Dispersaos!

Cuando los abrasapuentes comenzaban a salir disparados, una pared que había cerca del k'chain che'malle explotó sobre la calle. Llegó otro cazador entre el polvo y los ladrillos caídos, este era una ruina hecha pedazos que agitaba la cabeza como un salvaje, una cabeza conectada al cuello por una fina tira de tendones; le faltaba un brazo y una pierna terminaba en un muñón a la altura del tobillo. La

criatura se derrumbó, se estrelló contra los adoquines, se le partieron las costillas y no se movió más.

Los abrasapuentes se quedaron inmóviles.

Igual que el primer k’chain che’malle. Después, la criatura siseó y se giró para mirar el agujero irregular que se había abierto en la pared del edificio.

De entre el polvo salió un t’lan imass. Carne desecada y rasgada que colgaba en tiras, el brillo del hueso visible por todas partes, una cabeza con un casco de hueso que en otro tiempo sostenía unas astas. La espada de pedernal que llevaba en las manos estaba tan llena de muescas que parecía denticulada.

La criatura hizo caso omiso de los malazanos y se volvió hacia el otro k’chain che’malle.

El cazador siseó y atacó.

Los ojos de Rapiña no pudieron captar del todo la velocidad del intercambio de golpes. Ocurrió todo a la vez, o eso le pareció, el k’chain che’malle se estaba ladeando con una pierna arrancada de cuajo por encima de lo que pasaba por rodilla. Una espada se estrelló con un estrépito metálico sobre los adoquines cuando cayó un brazo desmembrado. El t’lan imass había dado un paso atrás, pero volvía a avanzar de nuevo con un corte alto que destrozó el hueso y atravesó el hombro, el pecho y después la cadera, hasta salir de repente para estrellarse contra los adoquines entre un chorro de chispas.

El cazador k’ell se derrumbó.

El solitario t’lan imass se volvió hacia la fortaleza y echó a andar.

Rapiña y los demás observaron al guerrero que pasaba junto a ellos sin prisa, calle arriba.

—¡Por el aliento del Embozado! —murmuró Mezcla.

—¡Vamos! —soltó Rapiña de repente.

—¿Adónde? —preguntó el cabo Sinsentido.

—Tras él —respondió la teniente al tiempo que echaba a andar—. Me parece que el sitio más seguro es a la sombra de esa cosa.

—¡Pero se dirige a la fortaleza!

—¡Entonces nosotros también!

Rebozados de barro y arrastrando las botas, el ejército de Whiskeyjack iba avanzando poco a poco para formar una línea delante del campo de la muerte y de la ciudad que había detrás. Más lejos, a ambos lados, se encontraban los barghastianos, con el clan Ilgres a un lado y las Caras Blancas al otro.

Korlat dejó el caballo con los demás tras la línea y se dirigió sin prisas a la colina que había justo al oeste del camino de mercaderes, donde se encontraban Whiskeyjack, Kallor y el portaestandartes, Artanthos.

Todos y cada uno habían presenciado las batallas aéreas que se habían sucedido sobre Coral, la matanza de los moranthianos negros y al menos un ala que transportaba tropas de la hueste de Unbrazo. Habían contemplado el bombardeo, pero ni uno solo de los soldados del risco lo había vitoreado. No había forma de ocultar la brutal verdad: Dujek estaba atrapado en Coral y estaban masacrando a su ejército. Whiskeyjack y su agotada fuerza no podían hacer mucho por remediarlo.

Habían avistado cóndores siguiendo a los moranthianos negros que regresaban a las trincheras de la montaña, pero allí se encontrarían con Orfantal. En su forma soletaken, solo el propio Rake podía compararse al hermano de Korlat. Esta le envidiaba la posibilidad de poder vengarse de inmediato.

Se acercó a sus compañeros y preparó su mente para la transformación a su forma draconiana. El poder que conllevaba la transición siempre le había dado miedo, era una manifestación fría y dura, inhumana y antihumana a la vez. Esa vez, sin embargo, lo agradecería.

Al llegar a la cima vio lo que ya veían los otros. La puerta norte se había abierto frente a ellos. De allí salían k'chain che'malle, criaturas que se iban extendiendo y formando una línea. Ochocientos, quizá más.

Entre los malazanos comenzaron a prepararse las armas. Cuando Whiskeyjack diese la orden, bajarían marchando para enfrentarse a aquella fila no muerta de asesinos.

Y para morir. Ochocientos k'chain che'malle menos en Coral. Ochocientos k'chain che'malle... ocupados por un tiempo. ¿Lo sabe Dujek siquiera? Brood todavía está a medio día por detrás de nosotros. Las Espadas Grises a dos campanadas, quizá más (no me esperaba esa noticia de Kallor), pero habrán cabalgado demasiado deprisa y durante demasiado tiempo.

Y Rezongo y su legión... Parecen haberse desvanecido por completo. ¿Hemos perdido nuestras fuerzas de choque? Bien sabe el abismo que a ese daru no le entusiasmaba la batalla...

¿Comprende Dujek lo que hacemos para darle un poco más de tiempo en este día?

Ochocientos k'chain che'malle en la llanura. ¿Cuántos quedan en la ciudad? ¿Cuántos se abren caminos mortales entre las compañías del puño supremo?

Los veinte cóndores que quedaban sobre la ciudad dibujaban círculos, todos y cada uno, alrededor de la fortaleza en sí, una indicación, quizá, de la confianza del Vidente, que no veía necesidad de que participaran en lo que estaba a punto de ocurrir.

La idea le hizo sentir a Korlat un regusto amargo en la boca.

Whiskeyjack se volvió cuando llegó la tiste andii y la saludó con un asentimiento.

—¿Encontraste a Kruppe? Supongo que habrá elegido un lugar seguro.

—Con Hetan —respondió Korlat—. Está exigiendo pintura blanca para pintarse la cara.

Whiskeyjack no consiguió sonreír del todo.

—Mis tiste andii precederán a tus soldados cuando avancen —dijo Korlat después de un momento—. Veremos cómo les va a esos no muertos contra Kurald Galain.

La expresión de Kallor insinuó cierto desdén.

—Tu senda sigue afectada, Korlat. Necesitarías quitar el velo por completo (y tendrían que hacerlo todos los tuyos, no solo los que están aquí) para lograr una purificación. Tus hermanos y hermanas están a punto de ser masacrados.

La tiste andii entrecerró los ojos. *Quitar el velo por completo. Kallor, sabes demasiado sobre nosotros*.

—Te agradezco tu perspicacia táctica —respondió con sequedad.

Korlat vio que Whiskeyjack miraba a Artanthos, que estaba detrás de los otros, a unos doce metros, protegido del frío matinal por un manto forrado de piel. El hombre no les estaba prestando ninguna atención a los demás, había clavado la mirada en la llanura que tenían debajo y un ligero ceño le estropeaba un poco la frente lisa.

Se acercaron dos marineras a caballo desde el este, cabalgaban a toda prisa por delante de la línea malazana.

Las dos marineras de Whiskeyjack…

Los caballos llegaron galopando, tosían y les costaba respirar al subir la ladera. Las dos mujeres frenaron de repente.

—¡Comandante! —gritó una.

—¡La hemos encontrado! —añadió la otra, y después señaló.

De entre las filas del este salía… Zorraplateada.

El sonido de miles de voces exclamando sorprendidas alertó a Korlat, que se volvió para ver el campo de muerte que había delante de los k'chain che'malle desvanecerse bajo una repentina bruma de polvo, la cual se iba deshaciendo a toda prisa y revelaba una fila tras otra de t'lan imass.

Zorraplateada se acercó. Parecía haber escogido a Artanthos como destino; había entrecerrado los ojos y su rostro redondo y pesado carecía de expresión.

Entre el ejército de Whiskeyjack se alzó un rugido en el aire matinal.

—Sí… —dijo con voz ronca Kallor al lado de Korlat.

Korlat apartó la mirada de Zorraplateada, el tono de Kallor le picó la curiosidad lo suficiente como para llamarle la atención.

Justo a tiempo de ver el filo tosco de la hoja que destellaba junto a su cabeza.

Explotó el dolor. Un momento de confusión en el que todo se quedó extrañamente quieto y luego el suelo le aporreó un costado. El calor le llameó por la cara y le bajó como una lanza por la frente. Parpadeó y se asombró de su propio cuerpo, que había empezado a agitarse.

Senda…

… caótica…

Kallor…

Una escena borrosa ante sus ojos, lo veía todo desde el suelo.

Cráneo… roto… muriendo…

Se despejó su visión, cada línea y cada borde de lo que veía era demasiado agudo, afilado como cuchillas, cuchillas que atravesaban su alma y se la hacían pedazos. Kallor, con un rugido encantado, cargó hacia Zorraplateada con la cota de malla revoloteando como un manto. Una magia de venas grises bailaba en el suelo, alrededor del guerrero.

La mujer rhivi se detuvo con la boca abierta, el terror le invadía la mirada. Chilló algo…

… algo…

—T'lan ay. ¡Defendedme!

Y sin embargo permanecía sola…

Kallor se acercó todavía más, con la espada sujeta con las dos manos recubiertas por guanteletes, apretadas y levantando la espada todo lo posible.

Pero entonces Whiskeyjack se interpuso en su camino y agitó la espada larga, que estrelló contra el arma de Kallor. Un choque repentino y fiero que hizo saltar las chispas. Kallor se apartó de un salto y bramó de frustración, se le enredó el tacón…

Whiskeyjack vio su momento. La espada cayó de golpe con la estocada de un duelista consumado, con el brazo totalmente extendido y el peso apoyado por completo en la pierna que había adelantado…

Que se le dobló.

Korlat vio el fragmento de hueso que atravesaba el muslo del hombre envuelto en cuero.

Vio el dolor en el rostro de su amante, el reconocimiento repentino…

Cuando la enorme espada de Kallor se le clavó en el pecho. Se deslizó entre las costillas. Desgarró corazón y pulmones en una estocada diagonal que rebanó el interior.

Whiskeyjack murió sobre esa hoja, la vida se le escapó de los ojos que se encontraron con los de Korlat. La vida fue

desapareciendo hasta que ya no quedó nada.

Kallor sacó la espada del cuerpo del guerrero.

Se tambaleó de repente cuando lo empalaron dos cuadrillos de ballesta. La magia caótica serpenteó alrededor de los ofensivos proyectiles y los desintegró. Brotó un chorro de sangre. Pero Kallor, sin hacer caso, preparó la espada una vez más cuando las dos marineras se acercaron a la vez.

Las mujeres eran magníficas y luchaban como una sola.

Pero el hombre al que se enfrentaban…

Un chillido mortal, la marinera de la derecha tropezó entre un revoltijo de sangre y bajó los brazos para recoger los intestinos que se le caían y desenrollaban, después se hundió en la tierra. La cabeza cubierta por el casco se separó de los hombros antes de que las rodillas tocaran el suelo.

La otra mujer se abalanzó sobre Kallor con la espada en alto para buscar la cara del guerrero.

Un quiebro, un corte bajo que rebanó el brazo…

Pero la marinera ya lo había rendido y la mano izquierda, que se aferraba a un cuchillo de caza, no encontró obstáculos en su camino cuando atravesó los eslabones que cubrían el estómago de Kallor.

El filo de la espada de Kallor atravesó la garganta de la mujer, que giró en redondo entre un chorro rojo antes de caer.

El anciano guerrero se tambaleó hacia atrás con un jadeo, la sangre manchada de amarillo le brotaba del agujero que tenía en el estómago.

—¡Encadenado! —chilló—. ¡Sáname!

Caliente… una senda…

… no es caótica… ¿dónde?

Una oleada de oro anudado golpeó a Kallor y se lo tragó en medio de un fuego frenético. El guerrero chilló, derribado,

machacado, cuando la magia continuó atravesándolo; la sangre se entrelazó en el aire y el guerrero quedó tirado en el suelo.

Una segunda oleada rodó hacia el hombre, una oleada chispeante de fuego solar…

La senda que se abrió alrededor de Kallor era una mancha miasmática, un desgarro enfermizo… que lo rodeó por completo…

… antes de desvanecerse y llevarse a Kallor con él.

La hechicería dorada parpadeó y se disipó.

No es posible… semejante control. ¿Quién?

El cuerpo de Korlat dejó de sufrir espasmos. Lo sentía entumecido y frío, extrañamente lejano. Un ojo se le estaba llenando de sangre. Tenía que parpadear de forma constante para despejarlo. Estaba echada en el suelo, comprendió de repente. Kallor la había golpeado…

Alguien se arrodilló a su lado y una mano suave y cálida se asentó en su mejilla.

Korlat luchó por centrarse.

—Soy yo, Zorraplateada. La ayuda ya está en camino.

La tiste andii intentó levantar una mano, hacer algún tipo de gesto hacia Whiskeyjack, pero el deseo continuó en su mente, dibujando círculos a toda velocidad, y supo por la leve sensación de hierba húmeda que sentía bajo la palma que su mano no obedecía a sus deseos.

—¡Korlat! Mírame. Por favor. Ya viene Brood y veo un dragón negro que se acerca por el oeste… ¿Orfantal? El caudillo es un gran Denul, Korlat. Tienes que aguantar…

Una sombra le cubrió la cara. Zorraplateada levantó la mirada y sus rasgos se crisparon en una mueca amarga.

—Dime —le dijo al recién llegado—, la hechicería que acompañó a la traición de Kallor, ¿fue de verdad tan eficaz como para dejarte aturdido durante tanto tiempo? ¿O te

contuviste? Calculabas tu momento, observabas las consecuencias de tu inactividad. Después de todo, no es la primera vez que lo haces, Tayschrenn, ¿verdad?

¿Tayschrenn?

Pero la voz entrecortada y afligida que le respondió fue la de Artanthos, el portaestandartes.

—Zorraplateada. Por favor. Yo no…

—¿No?

—No. Whiskeyjack… está…

—Lo sé —le soltó de repente Zorraplateada.

Una pierna mal curada… nunca era el momento… Brood podría haber…

Está muerto. Oh, mi amor, no…

Había figuras borrosas por todas partes. Soldados malazanos. Barghastianos. Alguien comenzó a gemir de dolor.

El hombre al que había conocido con el nombre de Artanthos se inclinó sobre ella. La hechicería le había abierto la piel de la cara, Korlat reconoció el toque de caos. Ella jamás habría podido sobrevivir a un toque tan fiero. Sabía, en el fondo, que el mago supremo no había pretendido demorar su respuesta. Que hubiera conseguido hacer algo era… extraordinario. Lo miró a los ojos y vio las capas de dolor que seguían atormentando al hombre.

—Zorr…

—¿Korlat?

—Mujer —dijo la tiste andii, no pronunciaba del todo bien, pero se le oía—. Este hombre…

—¿Sí? Es Tayschrenn, Korlat. La parte de mí que es Escalofrío lo sabe desde hace mucho tiempo. Venía a conf…

—… dale las gracias.

—¿Qué?

—Por… tu… vida. Dale las gracias, mujer… —Korlat sostenía todavía la mirada de Tayschrenn. De color gris oscuro, como la de Whiskeyjack—. Kallor, nos sorprendió a todos…

El hombre hizo una mueca y después asintió poco a poco.

—Lo siento, Korlat. Debería haber visto…

—Sí. Yo también. Y Brood.

Sintió cascos de caballos que retumbaban en la tierra bajo ella, la vibración se alzaba y se acomodaba en sus huesos.

Un canto fúnebre. Tambores, un sonido perdido. Caballos, azuzados con fuerza… no saben por qué, pero aquí vienen. Se acercan. Sin saber, pero con la urgencia que imponen unos amos incomprensibles.

Pero la muerte ya ha cruzado esta colina.

Sin saber por qué.

Mi amor.

Ahora es tuyo, Embozado… ¿sonríes?

Mi amor es… tuyo…

A pesar de toda su valentía y su raza, la montura de Itkovian comenzaba a vacilar. Cuando faltaban todavía dos campanadas para el amanecer, Rezongo lo había despertado con una brusquedad muy poco propia de él.

—Ha pasado algo —le había gruñido—. Debemos ir a Coral, amigo mío.

Las Espadas Grises no se habían detenido ni siquiera al llegar la noche, Itkovian los había observado todo el tiempo que había podido hasta que la oscuridad de la noche los había ocultado. La yunque del escudo había decidido acudir en ayuda de Whiskeyjack. Había creído que era indiferente a esa decisión y a lo que significaba su partida, pero la

desolación le llenaba el corazón y el sueño que al fin acudió a él no le proporcionó descanso. Después del brusco despertar de Rezongo, intentó reflexionar sobre la causa de su inquietud, pero seguía eludiéndolo.

Mientras ensillaba su caballo, Itkovian no le había prestado mucha atención a Rezongo y su legión y solo cuando se subió a la silla y cogió las riendas, observó que el daru y sus seguidores esperaban… a pie.

Itkovian había mirado a Rezongo con el ceño fruncido.

—Espada mortal, ¿qué pretendes?

El hombretón hizo una mueca antes de contestar.

—Para este viaje se requiere rapidez. Para este viaje —repitió mientras miraba a una ceñuda Piedra Menackis—, Trake arriesga el corazón de su poder.

—¡Mi dios, no! —soltó Piedra de repente.

Rezongo esbozó una sonrisa triste.

—No, claro. Tendrás que unirte a Itkovian e ir a caballo. No os vamos a esperar, pero quizá podáis seguirnos el ritmo… un tiempo.

Itkovian no había entendido nada.

—Señor —le dijo a Rezongo—, ¿vas a viajar por una senda?

—No. Bueno, no del todo. Quizá, ¿cómo lo sé? Solo sé… de algún modo… que mi legión es capaz de… bueno, de algo diferente. Algo… rápido.

Itkovian había mirado a Piedra y después se había encogido de hombros.

—Tanto Piedra Menackis como yo contamos con la bendición de unos caballos excepcionales. Procuraremos mantener el ritmo.

—Bien.

—Espada mortal.

—¿Qué pasa, Itkovian?

—¿Qué nos espera más adelante, señor, que te inquieta tanto?

—No estoy seguro, amigo mío, pero es algo que me pone enfermo. Creo que estamos a punto de ser traicionados.

Itkovian no dijo nada durante un buen rato.

—Señor —dijo después—, si contemplamos los últimos acontecimientos con la mirada tranquila, podríamos decir que la traición ya se ha producido.

Rezongo se había limitado a levantar los hombros y volverse hacia sus seguidores.

—No os separéis, malditos inadaptados. Al que se quede rezagado al comienzo, lo dejaremos atrás.

Piedra se acercó a Itkovian llevando su caballo por las riendas.

—¿Sabes lo que está a punto de ocurrir? —le preguntó Itkovian.

—Seguramente nada —le soltó ella mientras se subía a la silla—. Rezongo debe de haberse dado un golpe en la cabeza…

No dijo más porque Rezongo y su legión parecieron desdibujarse ante ellos, fundirse en un parpadeo mal definido de rayas llenas de púas, una única forma, inmensa, baja… una forma que de repente se adelantó con un movimiento felino y desapareció en la noche.

—¡Beru nos proteja! —siseó Piedra—. ¡Tras él! —exclamó al tiempo que clavaba los talones en los flancos de su caballo.

Y así habían cabalgado toda la noche, sin parar.

Habían pasado junto al campamento de Brood, habían observado que empezaba a despertarse con una prisa considerable, aunque todavía faltaba una campanada para el amanecer.

Presenciaron, sin cruzarse una sola palabra, el destello y la llamarada de hechicería en el cielo, al suroeste.

De vez en cuando, entre la oscuridad, podían vislumbrar a la enorme criatura que perseguían, el brillo apagado de amarillo con listas negras, que se movía como si atravesara una hierba imposiblemente alta, como si pasara por debajo de las frondas de la selva, envuelto en sombras, una insinuación fluida de movimiento, mortal en su velocidad y en su silencio.

Después, el cielo comenzó a iluminarse y se reveló el horizonte del sur, bosquecillos, el camino de mercaderes que se estiraba entre ellos.

Con todo, la bestia rayada desafiaba al ojo humano y evadió toda detección al llegar a las colinas del parque.

Empapados de sudor, tosiendo espuma, los caballos continuaban atronando por la tierra, los cascos golpeaban el suelo, pesados e irregulares. Itkovian supo que ninguno de los animales se recuperaría de aquella prueba. De hecho, sus muertes solo aguardaban al final del viaje.

Valientes y magníficos, y solo se preguntó si merecía la pena aquel sacrificio.

Cabalgaron por el camino que transcurría entre pequeños sotos, el sendero que se alzaba con suavidad hacia lo que a Itkovian le pareció una especie de escarpa.

Y luego, justo delante, carretas. Unas cuantas figuras que se volvieron para verlos aproximarse.

Si habían visto a la criatura, no se les notaba; nadie se había alarmado, todo parecía en calma.

Itkovian y Piedra pasaron junto a la retaguardia malazana.

El crujido de la hechicería… tan cerca.

Los soldados cubrían el risco que tenían delante, un ejército reagrupado que miraba al sur y que en esos

momentos rompía la formación con un movimiento desorganizado.

La consternación golpeó a Itkovian con una fuerza palpable, un dolor puro que lo embargó, el dolor de una pérdida inmensa.

Se tambaleó en la silla y se obligó a erguirse una vez más. La urgencia lo atravesó entero, abrumadora de repente.

Piedra gritaba y ladeaba su caballo, que se tambaleaba, hacia la derecha; dejó el camino y se acercó a la cima de una colina, donde se encontraba el estandarte malazano, que se inclinaba en el aire sin viento. Itkovian la siguió, pero más despacio, retrasándose un poco. Su alma se ahogaba en un horror frío.

Su caballo se rindió, se tambaleó y estiró la cabeza. El medio galope dio paso a un andar zigzagueante y perdido antes de detenerse, después se arrastró a quince metros de la base de la colina.

Y llegó la agonía.

Aturdido, Itkovian sacó las botas de los estribos, pasó una pierna dolorida sobre la grupa de la bestia y se dejó caer al suelo.

En la colina, a su derecha, vio a Piedra, que se bajaba tambaleándose de su caballo (la ladera lo había derrotado) y trepaba como podía. Rezongo y su tropa habían llegado, humanos una vez más, y atestaban la colina, aunque al parecer no estaban haciendo nada.

Itkovian apartó la mirada y echó a andar por un lado del sendero que se enderezaba para el último acercamiento, colina abajo, al campo de la muerte y la ciudad que esperaba detrás.

Un horror frío.

Su dios había desaparecido. Su dios no podía desviar el horror como había hecho antaño, meses atrás, en una llanura al oeste de Capustan.

Pérdida y dolor como no había sentido jamás.

La verdad. Que yo siempre he sabido. En el fondo. Oculta y al fin revelada. No he terminado todavía.

No he terminado todavía.

Caminó sin ver los soldados que tenía a la izquierda y a la derecha; se apartaba de la línea irregular, dejaba atrás al ejército que en ese momento se encontraba, con las armas bajadas, vencido antes de que comenzara siquiera la batalla, vencido por la muerte de un hombre.

Itkovian no era consciente de nada. Llegó a la ladera y continuó avanzando.

Bajó.

Bajó adonde los t'lan imass esperaban en formación ante los ochocientos k'chain che'malle.

Los t'lan imass que, como uno solo, giraron poco a poco.

Las sendas se dispararon en la cima de la colina.

Rezongo rugió y les ordenó a sus seguidores que tomaran posiciones en la ladera sur. Él permaneció allí, inmóvil después de tanto tiempo, todavía tembloroso por el poder del dios. La promesa del asesinato lo llenaba, imperturbable pero seguro, el propósito de un depredador que ya había sentido una vez, en una lejana ciudad del norte.

Su visión era demasiado aguda, cada movimiento le llamaba la atención. Se dio cuenta de que tenía los alfanjes en las manos.

Vio a Orfantal salir de una senda y Brood apareció tras él. Vio a Piedra Menackis, que contemplaba tres cadáveres. Después, el caudillo pasó junto a ella sin lanzarle más que

una somera mirada a esos cuerpos y se acercó adonde yacía un cuarto cadáver, cerca de donde se encontraba Rezongo. Una mujer tiste andii. Dos figuras agachadas junto a ella, la carne desgarrada, una cuya alma todavía se retorcía atenazada por una hechicería salvaje y caótica. La otra… Zorraplateada, rostro redondo y manchado por las lágrimas.

Vio a Kruppe, flanqueado por Hetan y Cafal. El daru estaba pálido, con los ojos vidriados y parecía a punto de perder el sentido. Cosa extraña pues no era el dolor lo que asaltaba de ese modo al daru. Vio a Hetan tenderle los brazos de repente cuando el hombrecito se derrumbó.

Pero el hombre al que Rezongo estaba buscando no aparecía por ninguna parte.

Se acercó al risco del sur para observar las posiciones de su legión. Estaban preparando sus armas. Bajo ellos se reunían las Espadas Grises, era obvio que se disponían a avanzar sobre la ciudad…

… una ciudad envuelta en humo, iluminada por los destellos de la hechicería, de los explosivos, una ciudad que se estaba desgarrando…

La mirada incansable de Rezongo encontró al hombre.

Itkovian.

Que se acercaba a los t'lan imass.

Un grito agudo resonó en la cima de la colina detrás de Rezongo, que se volvió para ver a Zorraplateada irguiéndose junto a Korlat, se daba la vuelta…

Pero las decenas de miles de t'lan imass estaban mirando a Itkovian.

Rezongo observó que los pasos de su amigo se ralentizaban y luego se detenían a quince metros de los guerreros no muertos.

Zorraplateada chilló al comprender lo que iba a hacer el hombre y echó a correr…

Sí, invocadora. Estabas a punto de lanzarlos contra los k’chain che’malle. A Rezongo no le hacía falta acercarse a escuchar para saber lo que les dijo Itkovian a los silenciosos t’lan imass.

Sufrís. Me gustaría abrazaros…

Sintió el horror de su dios, que florecía a punto de aplastar el suyo…

Cuando los t’lan imass respondieron.

Respondieron arrodillándose y agachando las cabezas.

Ah, invocadora…

Y ya era demasiado tarde.

Capítulo 25



No puede haber un retrato auténtico de la traición, pues el momento se oculta dentro de sí mismo, repentino, y asesta tal golpe al comprenderla que uno entregaría su alma solo por negar todo lo que ha pasado. No puede haber un retrato auténtico de la traición, pero de ese día, el cuadro de Ormulogun es lo que más se acerca a la verdad que cualquier mortal esperaría lograr…

Comentario de N'aruhl sobre *El asesinato de Whiskeyjack* de Ormulogun

El ruido de las pisadas en el pasillo anunció a otro concurrente más (Coll no tenía ni idea si invitado o no) y apartó la mirada de los dos antiguos consejeros Rath que se habían arrodillado ante la tumba; al mirar vio a una figura cubierta por una túnica que aparecía en la puerta. Sin máscara y con un rostro extrañamente poco definido.

El caballero de la Muerte se giró con un estrépito de armadura para recibir al recién llegado.

—K'rul —dijo entre dientes—, mi señor te da la bienvenida a su sagrada morada.

¿K'rul? ¿No hay un viejo templo en Darujhistan, el del campanario…? El campanario de K'rul. Una especie de dios ancestral… Coll echó un vistazo, se encontró con la mirada de Murillio y percibió en los rasgos de su amigo que este había llegado a la misma conclusión. *Un dios ancestral ha entrado en esta cámara. Está a cinco metros de distancia.*

¡Que Beru nos proteja! Otro cabrón de la antigüedad sediento de sangre…

K’rul se acercó a la mhybe.

Coll posó la mano en la empuñadura de la espada, una oleada de miedo le atenazó la garganta, pero se interpuso en el camino del dios ancestral.

—Un momento —gruñó. El corazón le palpitaba con fuerza al cruzar la mirada con K’rul y ver en esos ojos… nada. Nada en absoluto—. Si piensas abrirle la garganta en ese altar, bueno, me da igual que seas un dios ancestral, no te lo voy a poner fácil.

Al otro lado de la tumba, Rath’Togg se quedó con su desdentada boca muy abierta.

El caballero de la Muerte emitió un sonido que podría haber sido una carcajada, y después habló con una voz que ya no era la suya.

—Los mortales no son sino audaces.

Murillio fue a colocarse junto a Coll y levantó una mano temblorosa que posó en la empuñadura de su estoque.

K’rul miró al paladín no muerto y sonrió.

—Su don más admirable, Embozado.

—Hasta que se ponen beligerantes, quizá. Entonces la mejor respuesta es la aniquilación.

—Tu respuesta, sin duda. —El dios ancestral miró a Coll—. No tengo ningún deseo de hacerle daño a la mhybe. De hecho, estoy aquí para… salvarla.

—Bueno, entonces —soltó Murillio de repente—, quizá puedas explicar por qué hay una tumba aquí.

—Eso quedará claro con el tiempo… espero. Has de saber que ha ocurrido algo. Lejos, al sur. Algo… inesperado. Las consecuencias las desconocemos, las desconocemos todos. No obstante, ha llegado el momento de que la mhybe…

—¿Y qué significa eso, exactamente? —quiso saber Coll.

—Bueno —respondió el dios ancestral antes de pasar a su lado para arrodillarse ante la mhybe—, ahora tiene que soñar de verdad.

Habían desaparecido. Habían dejado su alma y con su partida (con lo que Itkovian había hecho, con lo que estaba haciendo), todo lo que esperaba lograr se derrumbaba y quedaba en ruinas.

Zorraplateada se quedó inmóvil, paralizada por la conmoción.

El ataque brutal de Kallor había revelado otra verdad más: los t’lan ay la habían abandonado. Una pérdida que se clavaba como un cuchillo en su alma.

Una vez más, la traición, el asesino de corazón negro de la fe. El antiguo legado de Escalofrío. Tanto Velajada como Bellurdan el crujecráneos, asesinados por las maquinaciones de Tayschrenn, la mano de la emperatriz. *Y ahora… Whiskeyjack. Las dos marineras, mis dos sombras durante tanto tiempo. Asesinadas*.

Tras los arrodillados t’lan imass aguardaban los no muertos k’chain che’malle. Las enormes criaturas no hicieron ningún movimiento hacia los t’lan imass, todavía. *Solo tienen que internarse entre las filas y empezar a derribarlos con las espadas, empezar a destruirlos. Mis hijos son incapaces ya de resistirse. Incapaces de sentir nada. Oh, Itkovian, noble necio*.

Y este ejército mortal… Vio a las Espadas Grises mucho más abajo, preparando lazos, lanzas y escudos, disponiéndose a cargar contra los k’chain che’malle. Dentro de la ciudad estaban destruyendo al ejército de Dujek, había que abrir una brecha en la puerta norte. Vio a Rezongo, la espada mortal de Trake, al frente de su variopinta legión,

bajando para reunirse con las Espadas Grises. Vio a los oficiales cabalgando delante de la vacilante línea de malazanos, intentando animar a los desconsolados soldados. Vio a Artanthos, Tayschrenn, preparándose para desatar su senda. Caladan Brood se había arrodillado junto a Korlat; la hechicería del gran Denul envolvía a la mujer tiste andii. Orfantal se encontraba detrás del caudillo, sintió al dragón en su sangre, un hambre helada, impaciente por regresar.

Todo para nada. El Vidente y sus cóndores demoníacos… y los k'chain che'malle… los matarán a todos.

No tenía alternativa. Tendría que comenzar. Desafiar a la desesperación y empezar con todo lo que había puesto en marcha tanto tiempo atrás. Sin esperanza, daría el primer paso por ese camino.

Zorraplateada abrió la senda de Tellann.

Y se desvaneció en su interior.

El amor de una madre aguanta.

Pero mi destino nunca fue ser madre. No estaba lista. No estaba preparada para entregar tanto de mí misma. Solo era una persona que había empezado a desvelar.

La mhybe podía haberse echado atrás. Al inicio. Podría haber desafiado a Kruppe, haber desafiado al dios ancestral, a los imass, ¿qué eran esas almas perdidas para ella? Malazanos, todos y cada uno. El enemigo. Funestos con sus costumbres mágicas. Y todos con sangre rhivi manchándoles las manos.

Los hijos debían ser regalos del cielo. La manifestación física del amor entre un hombre y una mujer. Y por ese amor, todo tipo de sacrificios podían soportarse.

¿Es suficiente con que la niña brotara de mi cuerpo? ¿Que llegara a este mundo como lo hacen todos los niños?

¿Es el simple dolor del parto la fuente del amor? Eso creían todos. Daban por hecho el vínculo entre madre e hijo, una consecuencia natural del parto en sí.

No deberían haberlo hecho.

Mi hija no era inocente.

Concebida por piedad, no por amor; concebida con un propósito pavoroso, ponerse al mando de los t'lan imass para meterlos en otra guerra más, para traicionarlos.

Y entonces la mhybe se quedó atrapada. Perdida en un mundo soñado demasiado vasto para comprenderlo, donde las fuerzas colisionaban y exigían que actuara, que hiciera… algo.

Dioses ancestrales, espíritus de bestias, un hombre atrapado en el dolor, en un cuerpo roto y retorcido. Esta jaula de costillas que tengo delante… ¿es suya? ¿De aquel con el que hablé hace tanto tiempo? ¿El que se retorcía entre los brazos de una madre? ¿Nos une un vínculo, a él y a mí? ¿Ambos atrapados en cuerpos desfigurados, ambos condenados a deslizarnos cada vez más por este tormento de dolor?

La bestia me aguarda, el hombre me espera. Debemos tendernos las manos. Para tocarnos, para demostrarnos a los dos que no estamos solos.

¿Es esto lo que nos espera?

La jaula de costillas, la prisión, hay que romperla desde fuera.

Hija, puede que tú me hayas abandonado. Pero a este hombre, a este hermano mío, a él yo no lo abandonaré.

No podía estar segura del todo, pero le pareció que empezó a arrastrarse una vez más.

La bestia aulló en su mente, una voz de agonía pura.

Tendría que liberarla si pudiese. Eso era lo que exigía la compasión.

No el amor.

Ah, ya veo…

Así pues.

Los abrazaría. Se llevaría su dolor. En este mundo en el que le habían arrebatado todo, donde vagaba sin propósito, cargado con las vidas y las muertes de miles de decenas de armas mortales, incapaz de concederles la paz, sin poder, sin querer repudiarlos sin más, no había terminado todavía.

Los abrazaría. A esos t'lan imass, que habían retorcido todos los poderes de la senda de Tellann para convertirlos en un ritual que les devoró el alma. Un ritual que los había dejado (a los ojos de todos los demás) transformados en poco más que cascarones, animados por un propósito que les habían impuesto otros y al que sin embargo estaban encadenados, para toda la eternidad.

Cascarones y, sin embargo, cualquier cosa salvo eso.

Y esa era una verdad que Itkovian no se esperaba, una verdad para la que no tenía forma de prepararse.

Insharak Ulan, el tercer nacido de Inal Thoom y Sultha A'rad, del clan Nashar que llegaría a ser el de Kron, en la primavera del año de la Roya del Musgo, bajo la Tierra del Cobre Puro y recuerdo…

Recuerdo…

Una liebre de nieve que temblaba a poco más de una sombra del atardecer de mí y mi brazo y mano infantiles que se estiraban. Manchas en el blanco, la promesa del verano. Una mano temblorosa, una liebre temblorosa, nacidas juntas en las nieves que habían caído. Ambas estirándose. Vidas que se tocaban, el latido de un corazón pequeño, el hambre de un tamborileo lento, la respuesta de mi pecho a la música oculta del mundo… *Recuerdo*…

Kalas Agkor, rodeaba con los brazos a la pequeña Jala, mi hermanita, que ardía de fiebre, pero la fiebre subió cada vez más y así, en mis brazos, su piel se fue enfriando hasta la llegada del alba, y madre gemía, pues Jala era el ascua ya sin vida y desde ese día, a los ojos de mi madre, yo no fui más que su lecho de cenizas…

Ulthan Arlad y rastros de rebaños en la nieve, matas del pelo que mudaban, ay en los flancos, teníamos hambre ese año, pero seguimos esos rastros, por antiguos que fuesen…

Karas Av cabalgaba sobre el hijo del invocahuesos Thal en el valle del Musgo Profundo, bajo el sol rompíamos la antigua ley, yo estaba rompiendo esa antigua ley, yo, compañera de Ibianhl Chode, convertí al niño en hombre antes de que su círculo quedara anudado…

… en el año del Asta Rota encontramos lobeznos…

… soñé que le decía que no al ritual, soñé que me acercaba a Onos T'oolan…

… un rostro cubierto de lágrimas, mis lágrimas…

… Chode, que observó a mi compañera llevar al muchacho al valle y supo que el niño se convertiría en hombre… sabía que estaba en las más dulces de las manos…

… las praderas ardían…

… ranag en el Círculo Astado…

… la quería tanto…

Voces, una riada, recuerdos… esos guerreros no los habían perdido. Los habían conocido como entes vivos, dentro de sus propios cuerpos muertos.

Los habían conocido.

Durante casi trescientos mil años.

… amigo de Onrack del clan Logros, la última vez que lo vi estaba arrodillado entre los cadáveres de su clan. Todos

asesinados en la calle; sin embargo, al fin habían acabado con los soletaken. Ah, pero a qué coste…

… oh, el corazón puesto a sus pies, querido Legana Breed. Tan listo, el más ingenioso, oh, cómo me hacía reír…

… nuestros ojos se encontraron, Maenas Lot y yo, cuando el ritual comenzaba a reclamarnos, y vimos el miedo en los ojos del otro… nuestro amor, los sueños de tener más hijos para llenar los espacios de aquellos que habíamos perdido en el hielo, nuestras vidas de sombras mezcladas… nuestro amor, que debíamos entregar…

… yo, Cannig Tol, observé a mis cazadores arrojar las lanzas. Cayó sin emitir un solo sonido, la última de su especie en ese continente, y si yo tuviera corazón, me habría reventado entonces. No había justicia en esa guerra. Habíamos dejado a nuestros dioses atrás y nos arrodillábamos solo ante un altar de brutalidad. La verdad. Y yo, Cannig Tol, no le daré la espalda a la verdad…

La mente de Itkovian se tambaleó e intentó eludir aquel diluvio, librarse aunque fuera por la fuerza del grito de respuesta de su propia alma, de su dolor, del torrente de verdades que le destrozaban el corazón, los secretos de los t’lan imass… *No, el ritual… ¿cómo, por los colmillos de Fener, cómo pudisteis haceros eso a vosotros mismos?*

Y ella os lo ha negado. Os lo ha negado a todos…

No podía escapar, había abrazado su dolor y la riada de recuerdos lo estaba destruyendo. Demasiados, sentidos con demasiada fiereza, revividos, cada momento revivido por aquellas criaturas perdidas, se estaba ahogando.

Les había prometido liberarlos pero ya sabía que iba a fracasar. No había final, no había forma de poder abarcar aquel don anhelante, aquel deseo desesperado y suplicante.

Estaba solo…

… soy Pran Chole, ¡debes oírme, mortal!

Solo. Desvaneciéndose…

¡Óyeme, mortal! Hay un lugar, ¡puedo llevarte! ¡Debes soportar todo lo que te damos, no está lejos, no se tarda mucho, debes conducirnos, mortal! ¡Hay un lugar!

Desvaneciéndose…

¡Mortal! ¡Por las Espadas Grises, debes hacerlo! Aguanta… triunfa… y tuyo será el don. ¡Puedo llevarte!

Por las Espadas Grises…

Itkovian estiró el brazo…

… y una mano sólida, cálida, le cogió el antebrazo…

El suelo se arrastraba bajo ella. Líquenes, de tallos verdes y copas verdes, las copas llenas de rojo; otra clase, blanca como el hueso, intrincada como el coral; y bajo esa piel de tiburón gris, sobre las piedras casi enterradas, un mundo entero allí, a solo un palmo del suelo.

Su paso lento e inexorable lo destruyó todo, abrió una ringlera entre la frágil arquitectura de los líquenes. Le apetecía llorar.

Más adelante, ya muy cerca, la jaula de hueso y piel manchada, la criatura de su interior era una sombra inmensa e informe.

Que seguía llamándola, que todavía ejercía sus terribles derechos.

Estirar el brazo.

Tocar la espeluznante barrera.

La mhybe se quedó inmóvil de repente, un peso descomunal e invisible la ataba al suelo.

Estaba ocurriendo algo.

La tierra se retorcía bajo ella, destellos entre el olvido creciente, el aire caliente de súbito. El temblor de un trueno…

Levantó las piernas, se apoyó en un brazo y consiguió rodar de espaldas. Con el aliento raspándole en los frágiles pulmones se quedó mirando…

La mano no vaciló. Itkovian empezó a entender. Detrás de los recuerdos aguardaba el dolor, aguardaba todo lo que había ido a abrazar. Más allá de los recuerdos, la absolución era el regalo, la respuesta que podría dar… si solo pudiera sobrevivir.

La mano lo llevaba por un paisaje mental. Sin embargo, él lo atravesó como lo haría un gigante, la tierra remota bajo sus pies.

Mortal, despójate de esos recuerdos. Libéralos para que empapen la tierra en el regalo de la estación. De vuelta a la tierra, mortal, a través de ti, pueden devolverle la vida a un mundo moribundo y desolado.

Por favor. Debes comprenderlo. Los recuerdos le pertenecen al suelo, a la piedra, al viento. Son el significado invisible de la tierra, el significado que acaricia las almas de todos aquellos que están dispuestos a mirarla (a mirarla de verdad). Caricias, el más suave de los suspiros, ecos antiguos casi sin forma a los que una vida mortal añade los suyos propios.

Alimenta este paisaje soñado, mortal.

Y has de saber algo. Nos arrodillamos ante ti. Se hace un silencio en nuestros corazones por lo que nos ofreces, por lo que ofreces de ti mismo.

Eres Itkovian y quieres abrazar a los t'lan imass.

Despójate de esos recuerdos, llora por nosotros, mortal.

Una nube palpitante y agitada donde no había habido nada salvo una cúpula sin forma y sin color, imposiblemente lejana; la nube se extendía, tropezaba y llenaba el cielo entero para correr unas cortinas oscuras sobre unos arco iris magullados. El rayo, manchado de carmesí, parpadeaba de un horizonte a otro.

Observó la caída, observó el descenso… lluvia, no, granizo…

Golpeó. Un rugido de tambores en el suelo, el sonido le llenó los oídos, cada vez se iba acercando más…

Para golpearla.

Chilló y levantó las manos al aire.

Cada impacto era una explosión, algo más que simple lluvia congelada.

Vidas. Vidas antiguas, olvidadas mucho tiempo atrás.

Y recuerdos…

Todos cayendo como la lluvia.

El dolor era insoportable.

Y luego cesó, una sombra que se deslizaba sobre ella, cerca, una figura encorvada bajo el golpeteo seco del granizo. Una mano cálida y suave en su frente, una voz…

—Ya no falta mucho, mi querida muchacha. Esta tormenta… inesperada… —La voz se quebró, jadeaba a medida que se intensificaba el diluvio—. Y sin embargo… maravillosa. Pero no debes detenerte. Vamos, Kruppe te ayudará…

La protegió todo lo que pudo del chaparrón y empezó a arrastrarla, a acercarla cada vez más…

Zorraplateada se alejó sin rumbo. Perdida, medio cegada por las lágrimas que derramaba sin cesar. Lo que había empezado siendo niña, sobre un túmulo olvidado tiempo atrás a las afueras de la ciudad de Pale, lo que había empezado tanto tiempo atrás, en ese momento le parecía patético.

Se lo había negado todo a los t’lan imass.

Se lo había negado a los t’lan ay.

Pero solo por un tiempo, o esa había sido su intención. Un breve período de tiempo durante el que trabajaría para dar forma al mundo que los aguardaba. Los espíritus que había reunido, los espíritus que servirían a ese antiguo pueblo y se convertirían en sus dioses, Zorraplateada pretendía que curaran a los t’lan imass, que curaran sus almas despojadas tanto tiempo atrás.

Un mundo donde su madre sería joven una vez más. Un mundo soñado, regalo de K’rul. Regalo del daru, de Kruppe. Un regalo de amor, una respuesta a todo lo que le había quitado a su madre.

Pero los t’lan ay le habían dado la espalda, no respondían a su silenciosa llamada… y se encontraba con Whiskeyjack muerto. Dos marineras, dos mujeres cuya sólida presencia había llegado a apreciar… más de lo que ellas podrían haber imaginado jamás. Dos marineras muertas por defenderla.

Whiskeyjack. Por todo eso Velajada lloraba con un dolor inconsolable. También a él le había dado la espalda y sin embargo este se había interpuesto en el camino de Kallor.

Lo había hecho porque seguía siendo el hombre que siempre había sido.

Y después también había perdido a los t’lan imass. El hombre, Itkovian, el mortal, yunque del escudo sin dios, el

hombre que había tomado sobre sí a los miles de asesinados de Capustan, había abierto los brazos…

No puedes abarcar el dolor de los t'lan imass. Si tu dios continuara contigo, habría rechazado tus pensamientos. No puedes. Son demasiado. Y tú, tú no eres más que un hombre, un hombre solo, no puedes asumir su carga. Es imposible.

Una valentía desgarradora.

Pero imposible.

Ah, Itkovian…

El valor la había derrotado, pero no el suyo propio (que jamás había sido mucho), no, el valor de los que la rodeaban. Por todas partes. Coll y Murillio, con su desencaminado honor, que se habían llevado a su madre y sin duda continuaban protegiéndola en esos instantes mientras se iba muriendo poco a poco. Whiskeyjack y las dos marineras. Itkovian. E incluso Tayschrenn, que se había desgarrado, casi entero, para desatar su senda y ahuyentar a Kallor. Qué coraje tan extraordinario, tan trágico y equivocado…

Soy Escalofrío, diosa ancestral. Soy Bellurdan el crujecráneos, thelomenio. Soy Velajada, que en otro tiempo fue mortal. Y soy Zorraplateada, invocahuesos de carne y hueso, invocadora de los t'lan.

Y me han derrotado.

Los mortales…

El cielo palpitó sobre ella… que levantó la cabeza. Y abrió mucho los ojos sin poder creérselo…

El lobo se agitaba y golpeaba contra los barrotes de hueso de su jaula, su jaula… *mis costillas. Atrapado. Moribundo*…

Y ese es un dolor que comparto.

Le ardía el pecho, capullos de una agonía intensa que se desataban en su interior como si llegaran de otra parte, una tormenta que ampollaba la piel que le cubría las costillas…

… y sin embargo no se reforzaba, de hecho, parecía desvanecerse, como si con cada herida le otorgaran algo, un regalo…

¿Un regalo? ¿Este dolor? ¿Cómo… qué es? ¿Qué viene a mí?

Antiguo, muy antiguo. Momentos perdidos, momentos agridulces de asombro, de alegría, de dolor; una tormenta de recuerdos que no eran suyos, tantos que llegaban como el hielo y después se fundían en la llamarada del impacto, sintió que su carne se entumecía bajo aquel diluvio incesante…

… de repente tiraban de él…

Parpadeó en la oscuridad, su único ojo tan ciego como el otro, el que había perdido en Pale. Algo le golpeaba los oídos, un sonido. Un chillido, el suelo y las paredes temblaban, las cadenas se partían, el polvo llovía del cielo bajo. *No estoy solo aquí dentro. ¿Quién? ¿Qué?*

Unas garras excavaban en los adoquines cerca de su cabeza, frenéticas y ansiosas.

Se estira. Me busca. ¿Qué me busca? ¿Qué soy para esa criatura?

Los golpes se iban acercando. Y después voces, un bramido desesperado que provenía del otro lado de las paredes… por un pasillo, quizá. Choque de armas, gritos y borboteos, estrépito de armaduras, trozos que bailaban en el suelo.

Toc giró la cabeza y vio algo en la oscuridad. Algo enorme que se esforzaba y chillaba sin cesar. Unas manos inmensas

terminadas en garras se estiraban con gesto implorante, buscaban…

A mí.

Una luz gris destelló en la cueva y reveló en un instante el reptil monstruoso y recubierto de capas de grasa que se hallaba encadenado enfrente de Toc con los ojos iluminados de terror. La piedra que estaba al alcance de la criatura estaba cubierta de un sinfín de cicatrices, por todos lados, una pesadilla de locura marcada por las sombras que desencadenaba el horror en el interior del malazano… pues era una pesadilla que reconocía en su interior.

Ella… es mi alma.

El Vidente se encontraba ante él y se desplazaba con movimientos desesperados y bruscos, el cuerpo del anciano que el jaghut había ocupado durante tanto tiempo se estaba cayendo a pedazos y murmuraba un canturreo; sin hacer caso de Toc, se iba acercando cada vez más a la matrona, a la madre.

La enorme bestia se encogió, las garras arañaban la piedra al meterse cada vez más por el muro. Los chillidos no dejaron de resonar por toda la cueva.

El Vidente sostenía algo en las manos, algo pálido, liso y oblongo, un huevo, aunque no de pájaro. Un huevo de lagarto con un enrejado de magia gris.

Magia que iba creciendo con cada palabra del cántico del Vidente.

Toc observó que algo explotó en el cuerpo de la matrona, una chispa de poder que pretendió huir al cielo…

… pero quedó atrapada en la telaraña de hechicería, atrapada y luego arrastrada al interior del huevo que sostenía el Vidente en las manos.

El chillido de la matrona cesó de repente. La criatura se acomodó con un gimoteo sin sentido.

En el silencio aturdido que se hizo en la cueva, Toc pudo escuchar con más claridad los sonidos de la batalla en el pasillo que había detrás. Cerca, cada vez más.

El Vidente, que se aferraba al finnest, giró y se quedó mirando a Toc. La sonrisa del jaghut partió los labios desecados del cadáver.

—Volveremos —susurró.

La hechicería floreció una vez más, unas cadenas pesadas cayeron con un estrépito al suelo, y regresó la oscuridad.

Y Toc supo que estaba solo dentro de la cueva. El Vidente se había llevado el poder de la madre y luego se la había llevado a ella también.

El lobo se agitó en su pecho y arrojó lanzas de dolor por sus miembros rotos y deformados. Ansiaba liberar su aullido y llamar a amante y familia. Pero no podía coger aire…

… *no puede coger aire. Se muere. El granizo, esos regalos salvajes, no significan nada. Conmigo, la elección fatal del dios, morimos*…

El sonido de la lucha se había detenido. Toc oyó barrotes de hierro que se partían, uno tras otro, oyó el tintineo metálico en las losas del suelo.

Y después alguien se agachaba a su lado. Una mano que era poco más que hueso áspero y tendones se posó en la frente de Toc.

El malazano no veía. No había luz. Pero la mano era fresca y su roce suave.

—¿Embozado? ¿Entonces has venido a por nosotros? —Las palabras se pronunciaron con claridad en su mente, pero surgieron incomprensibles… y entonces se dio cuenta de que ya no tenía lengua.

—Ah, amigo mío —respondió la figura con voz ronca—. Soy yo, Onos T’oolan, en otro tiempo del clan Tarad, de los

logros t'lan imass, pero ahora familia de Aral Fayle, de Toc el Joven.

Familia.

Unos brazos marchitos lo levantaron.

—Nos vamos ya, mi joven hermano.

¿Se iban?

Rapiña le echó un vistazo a la brecha. El farol que se había marcado al proclamar que seguirían al t'lan imass al interior de la fortaleza no había sobrevivido a un regreso repentino de la cautela cuando se encontraron ante la fortaleza. Fortaleza que estaba sufriendo un ataque y fuera cual fuera el enemigo que la había tomado por asalto, le había dado una buena patada al nido de avispas.

Los k'chain che'malle regresaban como truenos por la puerta del complejo. Las explosiones hechiceras sacudían la estructura entera. Urdomen y beklitas corrían disparados por la parte superior de las murallas. Unas espirales encrespadas de rayos grises se retorcían hacia el cielo por el tejado del sur y se unían a la veintena de cóndores que dibujaban círculos sobre sus cabezas. Más allá, llenando el cielo sobre el puerto, había una enorme nube de tormenta con destellos que brotaban de sus profundidades palpitantes.

La teniente volvió la cabeza y le echó un vistazo a sus miserables pelotones. Habían perdido a los tres soldados malheridos, ninguna sorpresa por ese lado. Ni uno solo de los abrasapuentes agachados en la calle invadida por el humo se había salvado de sufrir alguna herida; Rapiña veía demasiada sangre en los uniformes manchados de hollín que tenía detrás.

Al noroeste continuaban los sonidos de la batalla, que no llegaban a acercarse. Rapiña sabía que Dujek habría

intentado llegar a la fortaleza si le hubiera sido posible, pero por lo que oía, lo estaban haciendo retroceder, calle por calle.

La maniobra había fracasado.

Así que nos hemos quedado solos.

—¡K’chain che’malle! —siseó un soldado desde atrás—. ¡Llegan por detrás!

—Bueno, asunto solucionado —murmuró Rapiña—. ¡A paso ligero hacia la brecha de Seto!

Los Abrasapuentes atravesaron corriendo la calle sembrada de escombros.

Mezcla fue la primera en trepar por encima de los restos de la torre. Justo detrás había un edificio en ruinas, solo quedaban tres paredes y la mitad del tejado. En el interior se abría una oscuridad polvorienta y lo que podría haber sido una puerta a lo lejos, a la izquierda de la pared contraria de la habitación.

Dos pasos por detrás de Mezcla, Rapiña salvó de un salto los bloques de piedra caída y aterrizó resbalando en el suelo de la habitación, para chocar con una Mezcla que daba marcha atrás entre maldiciones.

Los pies se enredaron y las dos mujeres cayeron.

—Maldita sea, Mezcla…

—Guardias…

Una tercera voz las interrumpió.

—¡Rapiña! ¡Teniente!

Mientras sus Abrasapuentes se reunían tras ella, Rapiña se sentó y vio a Seto, Perlazul y siete abrasapuentes más (los que habían llevado las ballestas a la cima del muro y habían sobrevivido a las consecuencias) salir de entre las sombras.

—Intentamos volver con vosotros…

—Da igual, Seto —dijo Rapiña mientras se ponía en pie—. Hiciste lo que debías, soldado, confía en mí…

Seto sujetaba un maldito con una mano, un explosivo que levantó con una sonrisa.

—Me guardé uno…

—¿Habéis visto por aquí un t’lan imass?

—Sí, un cabrón hecho polvo, no miró a derecha ni izquierda, se limitó a pasar y adentrarse en la fortaleza…

Uno de los abrasapuentes de la retaguardia gritó:

—¡Tenemos a ese k’chain che’malle detrás de nosotros!

—¡Por esa puerta de ahí atrás! —chilló Seto—. ¡Apartaos, idiotas! Llevo esperando esto…

Rapiña empezó a empujar a sus soldados hacia la pared posterior.

El zapador volvió gateando a la brecha.

Los siguientes acontecimientos formaron un revoltijo en la mente de Rapiña…

Mezcla la cogió del brazo y le dio empujón hacia la puerta, por donde sus soldados se abalanzaban ya. Rapiña maldijo, pero de repente tuvo las manos de Mezcla en la espalda, unas manos que la empujaban de frente por el portal. Rapiña se giró con un gruñido y miró por encima del hombro de Mezcla…

El k’chain che’malle parecía flotar, atravesaba disparado los escombros y levantaba las hojas…

Seto alzó la cabeza y se encontró a tres metros del reptil que llegaba a la carga.

Rapiña lo oyó gruñir, un sonido apagado y momentáneo…

El zapador lanzó el maldito directamente al suelo.

El k’chain che’malle ya estaba girando, dos hojas enormes que descendían…

La explosión los alcanzó de lleno.

Mezcla y Rapiña se vieron propulsadas hacia la puerta. La cabeza de la teniente cayó hacia atrás con el impacto seco, en *staccato*, de las piedras que salieron volando contra su casco, la celada bajada y las protecciones de las mejillas. Las que consiguieron pasar le lanzaron fuego a la cara y le llenaron la nariz y la boca de sangre.

La mujer se quedó sorda y se tambaleó hacia atrás entre nubes de polvo y humo.

Varias voces chillaban, salían de lo que parecía quedar muy lejos y luego se acercaban a toda prisa y la rodeaban.

Llovieron piedras, una viga de madera alquitranada que ardía en llamas furiosas se precipitó y aterrizó con un golpe seco y un crujido de huesos, un gemido de muerte entre el caos, tan cerca de Rapiña que la mujer se preguntó si no sería suyo.

Unas manos la cogieron de nuevo y le dieron la vuelta para empujarla por lo que parecía un pasillo.

Un túnel de humo y polvo, sin aire, las pisadas de las botas, choques a ciegas, maldiciones, oscuridad… que se disipó de repente.

Rapiña salió tropezando en medio de sus soldados, escupía sangre y tosía. A su alrededor una habitación plagada de beklitas muertos, otra puerta, enfrente, que parecían haber destrozado de un solo puñetazo. Un farol solitario colgaba con movimientos salvajes de un gancho sobre ellos.

—¡Mirad! —gruñó alguien—. ¡Un perro ha estado mordisqueando la barbilla de la teniente!

Ni siquiera era una broma, solo la locura absurda de la batalla. Rapiña sacudió la cabeza y lo salpicó todo de sangre, volvió a escupir y examinó a sus tropas con unos ojos llorosos que le picaban.

—¿Mezcla? —El nombre surgió mutilado pero comprensible.

Silencio.

—¡Bucklund, vuelve al pasillo! ¡Búscala!

El sargento del duodécimo pelotón regresó un momento después arrastrando un cuerpo ensangrentado por la puerta.

—¡Respira… el Embozado sabrá cómo! ¡Tiene la espalda llena de piedras y astillas!

Rapiña se arrodilló junto a su amiga.

—Maldita idiota —murmuró.

—Deberíamos tener a Mazo con nosotros —se quejó Bucklund junto a ella.

Sí, y no es el único error de esta maldita partida.

—¡Oh! —exclamó una voz femenina—. ¡No sois painitas!

Las armas apuntaron de repente a la puerta.

Allí estaba una mujer con una telaba de un color blanco cegador, su largo cabello negro resplandecía imposiblemente limpio, peinado a la perfección. Unos ojos velados y bellísimos los estudiaron.

—¿No habréis visto, por casualidad, a tres guerreros enmascarados? Deberían haber pasado por aquí en busca del salón del trono, suponiendo que haya uno, claro. Quizá hayáis oído sonidos de lucha…

—No —gruñó Bucklund—. Es decir, sí, hemos oído sonidos de lucha. Por todas partes, señora. Es decir…

—Cállate —suspiró Rapiña—. No —le dijo a la mujer—, no hemos visto a tres guerreros enmascarados…

—¿Y qué hay de un t’lan imass?

—De hecho, sí…

—¡Excelente! Dime, ¿todavía tiene la chica todas esas espadas empalándola prácticamente? No me imagino que dejase…

—¿Qué espadas? —preguntó Rapiña—. Además, era varón. Creo.

—Lo era —soltó de repente otra soldado y luego se ruborizó cuando sus compañeros la miraron con grandes sonrisas.

—¿Un t'lan imass varón? —La mujer de la túnica blanca se llevó un dedo a los labios llenos y sonrió—. ¡Vaya, ese debía de ser Tool! ¡Excelente! —La sonrisa se desvaneció—. A menos, claro está, que Mok lo encuentre…

—¿Se puede saber quién eres? —preguntó Rapiña.

—¿Sabes, querida? Cada vez es más difícil entender lo que dices con toda esa sangre y demás. Creo que sois malazanos, ¿no? Aliados involuntarios, pero estáis todos muy malheridos, es terrible. Tengo una idea, una idea maravillosa, como lo son todas mis ideas, por supuesto. Es decir, maravillosas. Veréis, nos encontramos aquí para llevar a cabo el rescate de un tal Toc el Joven, un soldado de…

—¿Toc el Joven? —repitió Rapiña—. ¿Toc? Pero si es…

—Prisionero del Vidente, cielos. Un hecho angustioso y me desagrada que me angustien. Me irrita. Muchísimo. Bueno, como iba diciendo, tengo una idea. Ayudadme en este rescate y yo sanaré a los que necesiten una sanación, que al parecer sois todos.

Rapiña señaló con un gesto a Mezcla.

—Hecho. Empieza por ella.

Cuando la mujer entró en la habitación, Bucklund gritó y se apartó a gatas de la puerta.

Rapiña levantó la cabeza. Un lobo inmenso esperaba en el pasillo, los ojos le brillaban en la oscuridad recubierta de polvo.

La mujer volvió la cabeza un momento.

—Oh, no hay que preocuparse. Es *Baaljagg*. Creo que *Garath* se ha ido a dar una vuelta. Estará muy ocupado

matando painitas, supongo. Parece haberle tomado afición a los videntes del Dominio… Veamos, esta pobre mujer… Bueno, te tendremos hecha un pincel en un momento, querida…

—En el nombre del Embozado, ¿se puede saber qué está pasando allí?

Al otro lado del muro bajo, un tramo de escalones daba acceso al parapeto que se asomaba al puente y a la bahía, o más bien, a esa conclusión llegó Paran, ya que nada más tenía sentido. En cualquier caso, estaban disputando algún tipo de acceso, y a juzgar por los gritos, lo que fuera que iba de camino al tejado estaba haciendo estragos entre los defensores.

Junto a Paran, Ben el Rápido levantó la cabeza una fracción de segundo.

—No lo sé y no pienso asomarme a mirar tampoco —dijo para responder a la pregunta del capitán—, pero esperemos que sea una distracción que merezca la pena. No puedo mantenernos aquí mucho tiempo más sin que nos encuentren esos cóndores.

—Algo los tiene ocupados —afirmó Eje— y lo sabes, Ben. Si uno de ellos se tomara un momento para mirar con atención, ahora mismo estaríamos sirviéndoles de comida a los polluelos de algún nido.

—Tienes razón.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo todavía aquí, en el nombre del Embozado?

Buena pregunta. Paran se giró y volvió a mirar por el tejado, hacia el norte. Allí había una trampilla.

—Seguimos aquí —dijo Ben el Rápido entre dientes— porque aquí es donde tenemos que estar.

—Un momento —gruñó Paran mientras levantaba la mano para limpiarse lo que creyó que era el sudor de los ojos, aunque lo que le manchó la mano era rojo, los puntos de la sien se le habían soltado—. Eso no es del todo verdad, Ben. Es donde tenemos que estar tú y yo. Mazo, si queda algo de los Abrasapuentes, ahora mismo te necesitan.

—Sí, capitán, y saberlo me consume vivo.

—De acuerdo, entonces escuchad. La furia del abismo se ha desatado en la fortaleza que tenemos debajo. No tenemos ni idea de quién está luchando, pero sí que sabemos una cosa, no son amigos de los painitas. Así que Mazo, llévate a Eje y a los demás, esa trampilla de ahí atrás parece lo bastante endeble como para abrirse de un golpe si está cerrada con llave.

—Sí, capitán. Solo que, ¿cómo llegamos allí sin que nos vean?

—Eje tiene razón en lo de esos cóndores, se encuentran ocupados con otra cosa y además, cada vez más agitados. Es una carrera corta, sanador. Pero si no estás dispuesto a arriesgarte…

Mazo miró a Eje y después a Detoran y Trote. Al fin a Azogue. El sargento asintió. Mazo suspiró.

—Sí, señor, lo intentaremos.

Paran miró a Ben el Rápido.

—¿Alguna objeción, mago?

—No, capitán. Como mínimo… —Se quedó callado.

Como mínimo tienen más oportunidades de salir vivos de aquí. Ya te entiendo, Ben.

—Muy bien, Mazo, echa a correr cuando estés listo.

—Ánimo y fuerza, capitán.

—Lo mismo digo, sanador.

Un gruñido y una orden y el pelotón echó a correr hacia la trampilla.

Dujek arrastró al soldado herido por la puerta y solo entonces notó que las piernas del hombre se habían quedado atrás, y el rastro de sangre que conducía a los miembros iba menguando hasta quedarse prácticamente en nada para cuando llegaron al umbral. Dejó caer el cuerpo y se hundió contra el marco.

El k’chain che’malle había atravesado la compañía en solo unos latidos y aunque el cazador había perdido un brazo, eso no lo había frenado cuando se lanzó hacia el oeste, sin duda en busca de otra compañía de desventurados malazanos.

La guardia de élite de Dujek (la infantería pesada de Unta) yacía en mil pedazos delante del edificio en el que habían metido a empujones al puño supremo. Como habían jurado, habían entregado sus vidas para defenderlo, pero en ese momento Dujek hubiera preferido que hubieran fracasado, o mejor aún, que hubieran huido.

Enzarzados en un combate constante desde el amanecer contra beklitas, urdomen y videntes del Dominio, la hueste de Unbrazo había resistido como nunca y cuando había aparecido la primera docena de k’chain che’malle, las municiones moranthianas, incendiarios y malditos, habían destruido a los cazadores k’ell no muertos. El mismo destino esperaba a la segunda oleada. Para cuando llegó la tercera, los malditos se habían acabado y los soldados murieron por decenas. A la quinta y la sexta oleadas las recibieron solo con espadas y la batalla se convirtió en una matanza.

Dujek no tenía ni idea de cuántos quedaban de los cinco mil malazanos que habían llegado a la ciudad. No creía que existiera todavía una defensa unida. La batalla se había convertido en una cacería, así de sencillo. Una limpieza, por

parte de los k’chain che’malle, de las bolsas de resistencia malazana.

Hasta poco antes todavía se oían sonidos de batalla (de los muros que se derrumbaban y quizá de la hechicería) provenientes de la fortaleza, aunque quizá, pensó entonces, se equivocaba; la nube de tormenta que llenaba el cielo al sur comenzaba a tronar y los rayos partían el cielo y se abalanzaban sobre los mares agitados. Su cólera ahogaba todos los demás sonidos.

Un remolino de botas tras él. Dujek se giró en redondo con la espada corta en la mano.

—¡Puño supremo!

—¿De qué compañía, soldado?

—Undécima, señor —jadeó la mujer—. El capitán Hareb envió un pelotón a buscarte, puño supremo. Yo soy todo lo que queda.

—¿Hareb sigue resistiendo?

—Sí, señor. Estamos recogiendo recuerdos, trozos de k’chain che’malle.

—En el nombre del Embozado, ¿se puede saber cómo lo estáis haciendo?

—Torzal, señor, encabezó una última escuadrilla con las municiones que quedaban, sobre todo fulleros y buscapiés, puño supremo, pero los zapadores están minando edificios a lo largo de nuestra ruta de retirada; derriban toneladas de ladrillos y piedras sobre esos malditos lagartos, perdón, señor, sobre los cazadores.

—¿Dónde está la compañía de Hareb ahora mismo, soldado?

—No está lejos, puño supremo. Sígueme.

Hareb, ese noble de Siete Ciudades con una mueca de desprecio permanente. Dioses, podría hasta besarlo.

Rezongo se acercó a la cabeza de la legión y observó acercarse a la yunque del escudo de las Espadas Grises. La mujer tiró de las riendas cuando lo vio llegar.

—Saludos, señor —dijo, solo se le veía la mitad inferior de la cara bajo las amplias protecciones de las mejillas, que se le disparaban—. Estamos a punto de avanzar sobre el enemigo, ¿quieres flanquearnos?

El daru hizo una mueca.

—No, yunque del escudo.

La mujer dudó, asintió con gesto brusco y recogió las riendas.

—Como desees, señor. No es una deshonra rechazar un combate suicida.

—No me has entendido —la interrumpió Rezongo—. Mi legión se pone a la cabeza y vosotros nos seguís, tan de cerca como podáis. Atravesaremos ese puente de piedra y nos dirigiremos directamente a la puerta. Cierto, parece muy sólida, demonios, pero quizá consigamos tirarla.

—¿Estamos de acuerdo en intentar socorrer a Dujek Unbrazo, espada mortal?

—Sí. —*Y los dos sabemos que vamos a fracasar*.

Se volvieron al oír los cuernos y el *staccato* repentino de los tambores malazanos.

El portaestandartes (la hechicería surgía del hombre como motas de oro) parecía haber tomado el mando y reunía a los oficiales de las compañías. Por toda la línea se preparaban y se trababan los escudos. Las picas, el doble de altas que los hombres, se agitaban como juncos movidos por el viento sobre las filas de soldados, una vacilación poco propia de ellos que a Rezongo le pareció perturbadora.

Artanthos había despachado a un jinete, que se acercó al galope al daru y a la yunque del escudo.

El malazano frenó delante de ellos.

—¡Señores! ¡Al mago supremo Tayschrenn le gustaría saber vuestras intenciones!

Rezongo le enseñó los dientes.

—Con que Tayschrenn, ¿eh? Oigamos las suyas antes.

—Dujek, señores. Hay que acabar con esos k'chain che'malle, abrir una brecha en la puerta, asaltar a los defensores…

—¿Y qué hay del propio mago supremo? —inquirió la yunque del escudo.

—Los de las murallas son magos, señor. Tayschrenn procurará anular su intervención. Orfantal y sus tiste andii intentarán ayudarnos en nuestro ataque contra los k'chain che'malle, al igual que los cargadores de las Caras Blancas.

—Informa al mago supremo —dijo la yunque del escudo— de que la legión de Trake iniciará la carga y mi compañía la cubrirá.

El soldado hizo un saludo militar y regresó hacia la línea malazana.

Rezongo se volvió para estudiar a sus seguidores. Se preguntó una vez más por el efecto que el regalo del señor del Verano había tenido sobre aquellos adustos capan. *Como d'ivers… solo que al revés. De muchos a uno… ¡y cuánto poder!* Habían cruzado el terreno rápidos como una sombra que fluye. Rezongo se había encontrado mirando el mundo con ojos de tigre; no, no un simple tigre, sino una criatura inmortal, de fuerza ilimitada, una masa de músculos y huesos dentro de la que estaba la legión. Su legión. Una voluntad fusionada, aterradoramente centrada.

Y de nuevo se convertirían en esa bestia una vez más. En esta ocasión para entrar en batalla.

Su dios parecía sentir un odio especial por esos k’chain che’malle, como si Treach tuviera alguna cuenta que saldar. El asesino frío estaba dando paso a la sed de sangre, una idea que dejaba en Rezongo una vaga inquietud.

Su mirada se posó en la cima de la colina y vio a Caladan Brood y a Korlat, que se ponía en pie poco a poco a su lado. La distancia era irrelevante, la tiste andii estaba cubierta de sangre y Rezongo podía sentir el dolor enfermizo que iba y venía y después volvía a fluir en el interior de la mujer.

La senda de Brood sufre y en ese caso, también debe de sufrir… Se giró en redondo hacia donde Artanthos (el mago supremo Tayschrenn) se encontraba, ante las compañías malazanas. *Ah, ya veo el precio que paga*…

—Yunque del escudo.

—¿Señor?

—Cuidado con los magos de la muralla de la ciudad.

—Te aguardamos, señor.

Rezongo asintió.

Un momento después, la espada mortal y su legión se habían convertido en uno solo, los huesos y músculos se fundieron, las identidades (vidas enteras) quedaron barridas bajo un diluvio de ira fría y animal.

Un torbellino leonado que se hinchaba y abalanzaba.

Por delante, los k’chain che’malle levantaron las armas. Y no cedieron ni un milímetro de terreno.

Una vez más. Ya lo hemos hecho antes; no, nosotros no. Nuestro señor. Arrancó carne muerta… el chorro de sangre… sangre… Oh, por el Embozado…

Kurald Galain, la oscuridad del alma, la oscuridad que fluye, llena sus miembros, la rodea y envuelve sus sentimientos, el consuelo del olvido. Korlat se levantó y le

dio la espalda a las tres figuras sin vida de la cima de la colina que continuaban donde habían caído. Se levantó en silencio y con el poder de su senda (una senda que parpadeaba y atenuaba las oleadas de dolor) extendió los brazos y buscó a los suyos.

Caladan Brood, con el martillo en las manos, listo para actuar, permanecía a su lado. Estaba hablando y su voz retumbaba, lejana como un trueno en el horizonte del mar.

—A última hora de la tarde. Antes no. Todo habrá terminado mucho antes… de un modo u otro. Korlat, por favor, escúchame. Debes buscar a tu señor… Esa nube de tormenta, ¿Engendro de Luna se esconde en el interior? Dijo que vendría. En el momento justo. Dijo que golpearía…

Korlat ya no lo escuchaba.

Orfantal se estaba transformando, allí, ante las fuerzas malazanas que ya marchaban, negro, una criatura que florecía con las alas extendidas y el cuello sinuoso y estirado. Una pulsación sorda de hechicería y el dragón se remontó por los aires, cada vez más alto.

Los cóndores salieron de la fortaleza, una docena de aquellas demoníacas criaturas, todas y cada una unidas por una cadena retorcida de magia caótica.

En la llanura, la bestia que era la espada mortal y la legión de Trake parecía entrar y salir fluyendo de su visión, un movimiento borroso y mortal… que golpeó la línea de k’chain che’malle.

La hechicería manchó el aire que rodeó el impacto con sábanas salpicadas de sangre cuando dentro del salvaje remolino destellaron los filos. Un cazador k’ell se tambaleó y cayó hacia atrás, sus huesos se partieron en mil pedazos. El enorme tigre se retorció de un lado a otro cuando descendieron las espadas y descuartizó sus flancos. Allí donde cada hoja golpeaba, de la bestia caían figuras

humanas con los miembros arrancados, los torsos atravesados o las cabezas aplastadas.

La hechicería se iba acumulando en la cima de la muralla de la ciudad. Entonces Korlat vio a Artanthos (Tayschrenn) adelantarse para responder a la magia.

Una oleada dorada apareció de repente detrás de los k’chain che’malle, se alzó por un momento, creció y después se derrumbó hacia delante. El suelo por el que rodó en su camino a la muralla ardió con un celo fiero, después la oleada se alzó y trepó hacia los magos painitas.

Eso, eso es lo que se lanzó contra Engendro de Luna. Eso es contra lo que luchó mi señor. Solo ante semejante poder…

El suelo tembló bajo las botas de la tiste andii cuando la oleada se estrelló contra la cima de la muralla, al oeste de la puerta. Cegadora… *esto es gran Telas, la senda del Fuego, hijo de Tellann*…

La magia caótica estalló en la conflagración como metralla. El fuego violento se dispersó después.

El tercio superior de la muralla de la ciudad desapareció sin más, al menos treinta y cinco metros desde las proximidades de la puerta y hacia el oeste. Y con ella, al menos una docena de magos painitas.

En el campo de la muerte, la legión de Trake había quedado rodeada de k’chain che’malle, cuya velocidad solo era comparable a la del rayo de la enorme bestia. Los cazadores k’ell caían, pero al tigre lo iban a hacer pedazos, literalmente.

Las Espadas Grises, todas montadas, intentaban abrirle camino al otro lado. Unas lanzas largas y extrañamente recubiertas de púas se estaban clavando en los cazadores por detrás y obstruían sus pasos cuando se daban la vuelta

para arremeter contra el enemigo que los acosaba. Los lazos giraban en el aire y ceñían con fuerza cuellos y miembros…

Una oleada gris de hechicería salió disparada de los magos de la muralla, al este de la puerta, barrió el espacio por encima de las cabezas de los que batallaban en el campo de la muerte, trepó por el aire como una bestia con múltiples miembros e intentó golpear a Artanthos.

Un fuego repleto de chispas recibió el asalto y las dos hechicerías parecieron devorarse la una a la otra. Cuando se desvanecieron, Artanthos estaba de rodillas. Varios soldados corrieron hacia él desde las líneas malazanas.

Ha terminado. Demasiado pronto…

—¡Korlat!

El bramido la sacudió. Parpadeó y se volvió hacia Brood.

—¿Qué?

—¡Llama a tu señor, Korlat! ¡Llámalo!

¿Llamarlo? No puedo… no me atrevo.

—¡Korlat! ¡Mira esa maldita nube de tormenta!

La tiste andii giró la cabeza. Más allá de la ciudad, elevándose hacia el cielo en medio de una columna retorcida e imponente, la nube de tormenta se estaba haciendo pedazos al tiempo que se elevaba… se elevaba y los jirones se desprendían y dejaban pasar los haces de sol…

Engendro de Luna… no está dentro, la nube no ocultaba nada. Nada salvo una violencia vacía y sin sentido. Una violencia que se disipa.

¿Llamarlo? La atravesó la desesperación y oyó su propia y apagada respuesta.

—Anomander Rake ya no existe, caudillo. —*Está muerto. Tiene que estarlo*…

—¡Entonces ayuda a tu maldito hermano, mujer! ¡Lo están atacando…!

Ella levantó la cabeza y vio a Orfantal en las alturas, acosado por motas. La hechicería asaeteaba al dragón negro.

Hermano… Korlat volvió a bajar la cabeza y miró las filas malazanas que habían cercado a los k'chain che'malle. Las oscuridad los amortajaba, era el susurro de Kurald Galain. *Un susurro… nada más que un susurro*…

—¡Korlat!

—Aparta, caudillo. Voy a transformarme… y a reunirme con mi hermano.

—Cuando hayáis terminado con esos cóndores, querréis…

La tiste andii se apartó del campo de la muerte.

—Esta batalla está perdida, Caladan Brood. Vuelo para salvar a Orfantal.

Sin esperar respuesta, bajó por la ladera y fue desplegando el poder de su interior. Sangre draconiana, fría como el hielo en sus venas, la promesa de la muerte. Un hambre brutal e inquebrantable.

Alas al cielo.

Ladeó la cabeza con forma de cuña y clavó la mirada en los cóndores que rodeaban a su hermano. Se le crisparon las garras y después se extendieron en un gesto de anticipación.

Caladan Brood se encontraba justo al borde de la ladera, con el martillo en las manos. Los k'chain che'malle se habían apartado del asalto contra la legión de Trake (el tigre gigante se moría, rodeado por el destello de los filos de las espadas) y comenzaban a internarse entre la multitud malazana, asesinando a soldados por decenas. Otros perseguían a las Espadas Grises, cuyas filas se habían dispersado ante los veloces cazadores

Los barghastianos habían acudido por los dos flancos para añadir su sangre derramada a la matanza.

El caudillo se volvió lentamente y examinó la cima de la colina que tenía detrás. Tres cuerpos. Cuatro soldados malazanos que habían llevado a un Kruppe inconsciente hasta la cima y en ese momento estaban posando al daru en el suelo.

Los ojos de Brood se detuvieron en Kruppe y se maravilló ante el repentino e inexplicable derrumbamiento de aquel hombre, después se giró.

Los t'lan imass, decenas de miles de ellos, continuaban arrodillados, inmóviles, ante Itkovian, que también se había hundido en el suelo, convertido en un reflejo mortal de las criaturas no muertas. Brood no sabía lo que estaba pasando, pero los había llevado a todos muy lejos, a un lugar del que al parecer no regresarían; o, por lo menos, no hasta que ya fuera demasiado tarde.

No hay alternativa.

Ascua… perdóname…

Caladan Brood miró a la ciudad una vez más. Con los ojos puestos en las masas que batallaban en el campo de la muerte, el caudillo levantó poco a poco el martillo…

… y se quedó paralizado.

Llegaron a otro pasillo más repleto de muertos y moribundos. Rapiña frunció el ceño.

—Señora, ¿cuántos había en ese ejército seguleh del que nos has hablado?

—Tres, querida mía. Está claro que vamos por el buen camino…

—¿El buen camino para qué, lady Envidia?

La mujer se volvió.

—*Hmm*, una pregunta interesante. Es obvio que los seguleh están impacientes por solicitar una audiencia con el Vidente, pero ¿quién dice que el Vidente tiene a Toc el Joven con él? De hecho, ¿no es acaso más probable que nuestro amigo yazca encadenado en algún lugar de las profundidades?

Mezcla habló junto a Rapiña.

—Parece haber un rellano de algún tipo al otro extremo. Podrían ser escaleras…

—Qué perspicaz —murmuró lady Envidia con tono de admiración—. *Baaljagg*, cachorrita, ¿quieres ir tú delante?

La enorme loba pasó junto a ellas sin ruido y de alguna forma consiguió mantener el silencio, y eso que tuvo que trepar por encima de los cuerpos que ocupaban todo el pasillo. Se detuvo al otro extremo y bajó el largo hocico, con los ojos como carbones al rojo vivo.

—Ah, todo despejado —suspiró lady Envidia con una suave palmada—. Adelante, entonces, sombrías malazanas.

Cuando se acercaron, Mezcla tiró de la manga de Rapiña.

—Teniente —susurró—, alguien combate por ahí delante…

Llegaron al rellano. Varios urdomen muertos yacían amontonados, con los cuerpos tirados en los escalones que llevaban arriba. Un segundo tramo de escalones de piedra descendentes mostraban solo el flujo de sangre que se iba coagulando en el rellano.

Mezcla se adelantó un poco y se agachó delante de los escalones de descenso.

—Hay huellas en la sangre —dijo—, tres juegos… El primero, eh, huesudo, seguido por alguien con mocasines, una mujer, diría yo…

—¿Con mocasines? —se preguntó lady Envidia con las cejas alzadas—. Qué extraño. Las huesudas serán

seguramente de Tool o de Lanas Tog. ¿Pero quién podría estar siguiendo a cualquiera de ellos? ¡Qué misterio! ¿Y el último juego?

Mezcla se encogió de hombros.

—Botas gastadas. De un hombre.

El sonido del combate que Mezcla había detectado comenzaba a dejarse oír, proveniente de algún lugar escaleras arriba, lejano, quizás en el último piso, que estaba por lo menos a media docena de niveles sobre ellos.

Baaljagg se había acercado cojeando a Mezcla. La loba bajó la cabeza y examinó con la nariz las huellas que bajaban.

Un momento después, el animal fue un destello gris que salió disparado hacia abajo y se perdió de vista.

—¡Bueno! —dijo lady Envidia—. Tema resuelto, ¿no os parece? La cachorrita herida siente… algo por Toc el Joven. Una afinidad, para ser más precisos.

—Disculpa —soltó de repente Rapiña— pero ¿se puede saber de qué estás hablando, en el nombre del Embozado? —*Una afirmación críptica más de esta señora y le rompo la crisma*.

—Eso ha sido una grosería. No obstante, admito que el asunto es un secreto, pero dado que no es uno de los míos, hablaré con libertad de él.

—Ah, estupendo —murmuró uno de los soldados que iban detrás de Rapiña—, chismorreos.

Lady Envidia se giró en redondo.

—¿Quién ha dicho eso?

Nadie dijo nada.

—Aborrezco los chismorreos, que lo sepáis todos. Bueno, ¿queréis que os cuente el cuento de dos dioses antiguos, dos dioses que en su momento encontraron un cuerpo mortal, o más bien, un cuerpo un tanto mortal (en el caso de

Baaljagg) y un cuerpo demasiado mortal (en el caso del bueno de Toc el Joven)?

Rapiña se quedó mirando a la mujer y estaba a punto de decir algo cuando uno de los soldados maldijo en voz alta y con sentimiento… y las hojas entrechocaron…

… gritos…

Una veintena de urdomen acababan de acceder por detrás de los pelotones y el pasillo se llenó de repente de soldados enfrentados en una lucha cruel cuerpo a cuerpo.

Rapiña estiró una mano de golpe, cogió el manto rígido y ensangrentado de Mezcla y tiró. Cuando la teniente sacó la espada, siseó:

—¡Baja por las escaleras, muchacha! Te seguiremos en cuanto despejemos esto. —Lanzó a Mezcla hacia las escaleras y luego se dio la vuelta.

—¿Os llevará mucho tiempo? —preguntó lady Envidia, su voz destacó de algún modo entre el tumulto y resonó en los oídos de Rapiña cuando la malazana se metió entre la multitud. Los urdomen estaban mejor armados, más descansados y habían tenido el factor sorpresa de su lado. Rapiña vio tambalearse a Bucklund con la mitad de la cabeza rebanada.

—No —dijo entre dientes cuando dos abrasapuentes más se derrumbaron—, no mucho…

Los cuatro abrasapuentes se dirigieron pasillo abajo con Detoran a la cabeza. Mazo avanzaba cuatro metros por detrás de la gran napaniana, con Eje trotando tras él seguido por Azogue y Trote una docena de metros más atrás, cerrando la marcha. Hasta el momento no habían encontrado más que cuerpos, cuerpos painitas, derribados todos y cada uno por espadas.

—Alguien es un auténtico terror —murmuró Eje tras el sanador.

Oyeron sonidos de lucha, pero los ecos rebotaban y resultaba difícil determinar la dirección.

Detoran se detuvo y levantó una mano, después le hizo un gesto a Mazo para que avanzara.

—Escaleras por delante —gruñó—. Descienden.

—Despejadas —comentó el sanador.

—Por ahora.

Azogue se reunió con ellos.

—¿Por qué os paráis? Hay que moverse.

—Ya lo sabemos, sargento —dijo Mazo, después se giró hacia la napaniana—. Tendrá que servir. Llévanos abajo, Detoran.

Más cuerpos cubrían las escaleras de piedra, la sangre hacía el descenso vacilante.

Atravesaron dos rellanos sin que nadie les cortara el paso. A medio camino del siguiente rellano, en un recodo de las escaleras, Mazo oyó gruñir a la napaniana y de repente resonaron las armas.

Un grito sin palabras detrás de él se convirtió en un chillido de guerra barghastiano.

—¡Maldita sea! —Lucha por arriba y por abajo, se habían metido en un lío—. ¡Eje, ayuda a Azogue y a Trote! ¡Yo le echaré una mano a Det!

—¡Sí, señor!

El sanador bajó corriendo media docena de escalones hasta el recodo. Detoran ya había hecho retroceder a sus atacantes hasta un rellano. El sanador vio, más allá de la napaniana, al menos a seis videntes del Dominio, cuerpos pesados con hachas entre los guanteletes, hachas de mangos cortos y filos dobles. Detoran, con una espada corta en la mano izquierda y espada ancha en la derecha,

acababa de derribar al guerrero que tenía delante. Sin dudarlo un instante, pasó por encima del vidente del Dominio moribundo y llegó al rellano.

El vidente del Dominio se abalanzó sobre ella.

No había forma de pasar junto a la napaniana. Mazo maldijo, envainó la espada corta y preparó la ballesta. Ya tenía un cuadrillo en la ranura, sujeto por un lazo de cuero que el sanador quitó de un tirón. Hizo caso omiso de los bramidos y el tintineo del hierro, enganchó la pinza sobre la cinta trenzada y la amartilló.

Arriba, más allá del recodo de las escaleras, Trote había comenzado a canturrear, un cántico interrumpido solo por un chillido ominoso de Azogue. Sangre fresca diluida en bilis bajaba por los escalones.

Mazo se apartó un poco para buscar un espacio abierto por encima de Detoran que le permitiera disparar.

La napaniana le había clavado la espada corta a un vidente del Dominio en la cabeza desde abajo. La hoja se había atascado entre las mandíbulas. En lugar de tirar, Detoran empujó y mandó víctima y arma por el aire para derribar a los dos guerreros de detrás. Con la espada ancha en la mano derecha extendida, mantenía a raya a otro vidente del Dominio. Este agitaba sus armas más cortas contra la hoja, en un esfuerzo por apartarla y poder asestarle un golpe, pero Detoran hacía bailar y zigzaguear su pesada hoja como si fuera el estoque de un duelista.

La atención de Mazo se fijó en los dos videntes del Dominio que comenzaban a recuperarse. Un tercer guerrero apartaba a los videntes del Dominio caídos. El sanador levantó de golpe la ballesta y apretó el gatillo. El arma le corcoveó en las manos.

Uno de los videntes del Dominio que se recuperaban chilló y un cuadrillo se enterró entre las aletas de cuero del

pecho. El guerrero se hundió hacia atrás.

Un cuerpo cayó y derribó a Mazo cuando estaba a punto de volver a cargar el arma. El sanador maldijo al chocar contra una pared lateral, y estaba a punto de apartar el cadáver con las botas, mientras buscaba un cuadrillo, cuando vio que se trataba de Azogue. Todavía no estaba muerto, aunque tenía el pecho cubierto de sangre. Por lo que pudo oír, Trote se estaba abriendo camino escaleras arriba.

El sanador se giró al oír un grito de Detoran. La mujer se había abalanzado con su espada ancha y había roto el ritmo para hundir la hoja en una parada desesperada, después había deslizado el filo por debajo del casco del vidente del Dominio y había rasgado un lado del cuello del hombre, al tiempo que el otro hacha del hombre dibujaba un arco salvaje y se dirigía directamente a la cabeza de Detoran.

La napaniana interpuso el hombro izquierdo en su camino.

La cota de malla se partió y salpicó la sangre. La hoja del hacha se clavó y se llevó con ella buena parte del músculo del hombro de Detoran.

La mujer se tambaleó y después, entre chorros de sangre, se enderezó y se abalanzó sobre los dos videntes del Dominio que quedaban.

El más cercano lanzó una de las hachas.

La napaniana la apartó de un golpe y después lanzó una cuchillada del revés que el hombre apenas fue capaz de bloquear. Detoran se precipitó contra uno, dejó caer la espada y metió los dedos en la ranura para los ojos del casco. El impulso la hizo rodear al hombre y retorcerle la cabeza.

Mazo oyó un chasquido audible de vértebras al tiempo que terminaba de cargar la ballesta. La levantó…

Las hachas del último vidente del Dominio destellaron.

El brazo derecho de Detoran, estirado y con los dedos todavía metidos en la celada, quedó arrancado entre el hombro y el codo.

La segunda hacha se hundió entre los omóplatos de la mujer y la lanzó hacia delante, la mujer se estrelló de cara contra la pared del rellano.

El vidente del Dominio se adelantó para sacar la segunda hacha del cuerpo.

El cuadrillo de Mazo se desvaneció en la axila derecha del hombre. Este se dobló y se derrumbó entre un estrépito de armadura.

El sanador metió otro cuadrillo en la ranura y bajó gateando hasta donde Detoran todavía permanecía erguida, con la cara apoyada en la pared. La hemorragia de las heridas se había ralentizado hasta convertirse en un sangrado lleno de coágulos.

No le hizo falta estirar la mano y tocar a la napaniana para saber que estaba muerta.

Unas botas resonaron en las escaleras y el sanador se giró en redondo y vio a Eje caer en el rellano. Había recibido un golpe en el casco redondo que le había partido la cinta de la frente y los remaches de un lado. La sangre le pintaba ese lado de la cara y tenía expresión de loco.

—¡Una veintena de ellos ahí arriba, Mazo! ¡Trote los está conteniendo…!

—¡Ese maldito idiota! —El sanador terminó de cargar la ballesta, se lanzó hacia las escaleras e hizo una breve pausa para examinar a Azogue—. ¡Búscate un casco nuevo, Eje y luego sígueme!

—¿Qué hay de Azogue?

—Vivirá un rato más. ¡Date prisa, maldito seas!

La escalera estaba atestada de cadáveres nuevos hasta el siguiente rellano.

Mazo llegó a tiempo de verse atrapado en medio de una oleada que descendía, videntes del Dominio, y en medio de todos, un Trote que gruñía y caía entre un muro agitado de carne que bajaba directamente hacia el sanador. Una hoja (la del barghastiano) se clavó en el hombro de Mazo y después volvió a salir de golpe cuando todos y cada uno cayeron sobre los duros escalones de piedra. Hojas de hacha, dagas, guanteletes, cascos y grebas convirtieron a la avalancha humana en una cruel descarga de dolor, que no terminó ni siquiera cuando se detuvieron entre un azote de miembros en el recodo de las escaleras.

Trote fue el primero en desenredarse y empezó a apuñalar con la espada corta y a dar patadas y pisotones con las botas. Mazo maldijo y salió arrastrándose del frenesí del barghastiano mientras el fuego le atravesaba la herida del hombro.

Unos momentos después solo se oía el sonido de unos alientos entrecortados en la escalera.

El sanador se giró, encontró una pared a su espalda y se levantó poco a poco… para mirar furioso a Trote.

—¡Me acuchillaste a mí, cabrón!

Pero cuando miró al barghastiano se quedó sin palabras. El enorme guerrero había sufrido más heridas de lo que Mazo habría creído posible soportar. Lo habían hecho pedazos. Ni siquiera se tambaleó cuando le sonrió desde su altura al sanador.

—Con que te acuchillé, ¿eh? Bien.

Mazo hizo una mueca.

—Ya te entiendo, sucio perro ovejero. ¿Por qué tendrías que divertirte tú solo?

—Sí. ¿Dónde están Azogue, Det y Eje?

—En el rellano de abajo. Det está muerta. Tendremos que llevarnos a Azogue. A juzgar por el ruido, Eje todavía está buscando otro casco.

—Van a ser todos muy grandes —gruñó Trote—. Tenemos que buscar la cocina, allí seguro que encontramos una copa.

Mazo se apartó de la pared.

—Buena idea. Pues venga, vamos.

—Voy yo delante, los cocineros son peligrosos.

El barghastiano, sangrando sin parar, pasó junto al sanador.

—Trote.

El guerrero se detuvo.

—¿Sí?

—Eje dijo una veintena.

—Sí.

—¿Todos muertos?

—Quizá la mitad. El resto huyeron.

—Los espantaste, ¿no?

—Yo diría que fue la camisa de pelo de Eje. Venga, sanador.

A Toc se le bamboleaba la cabeza, la escena se alzaba y caía mientras el t'lan imass lo llevaba por el pasillo iluminado por las teas. De vez en cuando, Tool pasaba por encima de un cuerpo o dos.

Mi hermano. Me llamó eso.

Yo no tengo hermano.

Solo una madre.

Y un dios. Vidente, ¿dónde estás? ¿Ya no vendrás a por mí? El lobo muere. Has ganado. Libérame, señor de todos. Libérame para que pueda pasar por la puerta del Embozado.

Llegaron a un arco cuya puerta se hallaba en el suelo hecha pedazos, a un lado. La madera, todavía clavada a las bandas de bronce, vaciló bajo sus pies cuando Tool la cruzó. Tenían ante ellos una gran cámara abovedada de diecisiete metros de anchura. En otro tiempo había estado llena de mecanismos extraños (máquinas usadas por torturadores), pero todos ellos habían sido machacados y lanzados a los laterales, habían quedado apoyados en las paredes como bestias con miembros rotos.

Víctimas de la rabia… ¿ha sido obra de Tool, esa criatura… no muerta, carente de emociones?

El resonar repentino de unas hojas se oyó en el arco de enfrente.

El t'lan imass se detuvo.

—Tendré que dejarte en el suelo.

En el suelo. Sí. Ya es hora.

Toc giró la cabeza cuando Tool lo depositó poco a poco sobre las losas. En la puerta, al otro lado de la cámara, había una figura. Enmascarada, esmalte blanco, con dos cicatrices. Una espada en cada mano. *Ah, te conozco, ¿verdad?*

La figura no dijo nada y se limitó a esperar hasta que Tool se apartó de Toc. El magullado t'lan imass sacó el mandoble de pedernal del refuerzo del hombro y después habló.

—Mok, tercero entre los seguleh, cuando termines conmigo, ¿querrás sacar a Toc el Joven de este lugar?

Tirado de lado, Toc observó al guerrero enmascarado que ladeó la cabeza para acceder. *Mok, maldito idiota. Estás a punto de matar a mi amigo… a mi hermano*.

Un movimiento borroso, dos guerreros acercándose demasiado rápido como para que el único ojo de Toc pudiera seguirlos. El hierro que cantaba con la piedra. Chispas que salían disparadas en la penumbra e iluminaban los instrumentos rotos de tortura que los rodeaban en destellos

disparados que todo lo revelaban, sombras que bailaban entre la maraña de madera y metal y, para Toc, era como si quedara libre de repente todo el dolor acumulado que esos mecanismos habían absorbido a lo largo de su vida.

Liberado por las chispas.

Por los dos guerreros… y todo lo que envolvía sus almas ocultas.

Liberado, retorcido, un baile de alguien mordido por una serpiente… *loco, frenético por responder*…

Por responder…

En algún lugar de su interior (a medida que la batalla continuaba y el guerrero enmascarado hacía retroceder cada vez más al t'lan imass) el lobo se agitó.

Atrapado. En este mecanismo doblado pero no roto, en esta jaula de tortura de hueso… Vio, cerca, el armazón destrozado de… algo. Una viga, inmensa, con el extremo coronado de bronce negro y maltratado. Donde había trozos manchados… de carne, carne y pelo.

Una jaula.

Toc el Joven sacó las piernas aplastadas y plantó un codo deformado y lleno de pústulas en las losas; sintió que la carne se desgarraba al girar y pivotar, levantó las piernas como pudo hasta quedar arrodillado y después, con los puños bien apretados, se apoyó en la piedra. Se alzó, se ladeó hacia atrás para apoyar el peso en unas caderas que se clavaban y parecían deshacerse bajo los tendones y los delgados músculos.

Plantó las manos en el suelo una vez más, metió los muñones nudosos, que en otro tiempo habían sido sus pies, bajo el cuerpo y levantó las rodillas.

Equilíbrate… ya. Y ponle voluntad.

Tembloroso, cubierto de sudor bajo los restos raídos de la informe túnica, Toc se fue irguiendo poco a poco. La cabeza

le daba vueltas, la oscuridad amenazaba con engullirlo, pero aguantó.

Kruppe jadeó y la levantó tirándole del brazo.

—Debes tocar, muchacha. Este mundo… se hizo para ti, ¿entiendes? Un regalo, hay cosas que deben quedar libres.

Libres.

Sí, esa palabra la entendía. La ansiaba, la adoraba, arrodillada, con la cabeza baja, ante su altar. Libre. Sí, eso tenía sentido.

Como esas memorias del hielo que caían como lluvia incesante sobre nosotros.

Libre… para alimentar la tierra…

… liberarse del significado, de la emoción, del regalo de la historia… la tierra bajo sus pies, las capas, tantas capas…

Para alimentar la tierra.

¿Qué sitio es este?

—¡Tiende la mano, mi querida mhybe, Kruppe te lo ruega! Toca…

La mujer alzó una mano temblorosa.

Erguido.

Para ver a Tool tambalearse bajo los golpes, la espada de pedernal defendiéndose más despacio con cada destello de la hoja que trataba de alcanzarlo.

Erguido. Un paso. *Un paso. Servirá*.

La jaula, el lobo agitándose, el lobo intentando respirar… incapaz…

Se abalanzó hacia la viga y su extremo levantado y rematado en bronce.

Un paso, y después cayó.

Se adelanta, levanta bien los brazos, sin obstáculos, el extremo de la viga parece alzarse para recibirlo. Para recibir su pecho, las costillas, los huesos que se hacen pedazos en una explosión de dolor…

Para tocar…

¡La jaula!
¡Rota!
¡Libre!
El lobo aspiró una bocanada de aire.
Y aulló.

El martillo alzado entre las manos de Brood, tembloroso, hierro que se agitaba…

Entonces el aullido de un dios hendió el aire, un aullido que trepaba, una llamada…

Respondida.

En el campo de la muerte, los t'lan ay se alzaron del suelo, las bestias avanzaron con un movimiento borroso en una oleada gris y silenciosa que atravesaba a los k'chain che'malle, que desgarraba a los reptiles no muertos, los despedazaba, los reptiles gigantes con armadura que se combaban bajo la matanza.

Otros cazadores k'ell se daban la vuelta y salían a toda velocidad hacia la puerta… perseguidos por los lobos.

En las alturas, los cóndores se apartaban de su baile mortal con los dos dragones negros y regresaban disparados hacia la fortaleza con Korlat y Orfantal siguiéndolos, y tras ellos, decenas de miles de grandes cuervos…

… y sobre la fortaleza, algo estaba pasando.

Con la mhybe inconsciente entre sus brazos, Kruppe se tambaleó hacia atrás cuando Togg se liberó de la jaula destrozada, el aullido del dios levantaba ampollas en el aire.

El diluvio de granizo cesó. De repente. El cielo se oscureció.

Una presión, una fuerza, antigua y bestial. Que crecía.

Togg, enorme, tuerto, blanco, con el pelo punteado de plata, aullaba.

El lobo-dios, que surgía con la fuerza de una piedra palpitante y cuyo grito pareció cubrir el firmamento entero.

Un grito que recibió respuesta.

Por todas partes.

Paran se agachó todavía más ante un descenso repentino de la oscuridad, el frío, un peso que abrumaba al capitán.

A su lado, Ben el Rápido gimió y después siseó.

—Se acabó, amigo mío. Kurald Galain. Puedo usarlo, llevarnos por encima del muro, tenemos que ver…

¿Ver qué? ¡Dioses, me están aplastando!

La presión se suavizó de repente. Unas manos lo sujetaron por los arneses y lo levantaron de un tirón, el metal lo arañó, el cuero se enganchó, subió y pasó por encima del muro bajo para caer con un golpe seco al otro lado.

La oscuridad continuó su caída antinatural y apagó el sol hasta convertirlo en un disco gris, irregular y vacilante.

Cóndores en el cielo, gritando…

… y en esos gritos, un terror puro…

Paran se dio la vuelta y miró la escena que se desarrollaba en el parapeto. A veinticinco metros de distancia, al otro lado, agachada, había una figura que el capitán supo por instinto que era el Vidente. La piel y la carne humanas se habían ido desprendiendo y revelaban un jaghut desnudo, rodeado de nubes brumosas de cristales de hielo. Aferrado en la mano del Vidente, un huevo del tamaño de un maldito. A su lado, enorme y deformado, un k'chain che'malle. *No. La matrona*. Lo que fluía de ella dejó a Paran horrorizado y lleno de compasión. Estaba perturbada, despojada de su alma, llena de un dolor que Paran sabía que la criatura ni siquiera podía sentir, la única bendición que le quedaba.

Dos cazadores k'ell armados hasta los dientes habían estado vigilando a su madre, pero en ese momento avanzaban levantando las armas y cruzando el tejado con pasos pesados cuando, en una escalera a doce metros a la izquierda de Paran, aparecieron dos figuras. Enmascaradas, pintadas de la cabeza a los pies de sangre, cada una empuñaba dos espadas y salían como podían de un corredor salpicado de cuerpos de urdomen y videntes del Dominio.

—¡Que el Embozado nos lleve! —maldijo Ben el Rápido—. ¡Son seguleh!

Pero Paran ya había dejado de mirarlos y tampoco prestó atención a la batalla cuando los cazadores k'ell se enfrentaron a los seguleh. La nube de tormenta que se había alzado en el cielo durante tanto tiempo seguía subiendo, desmenuzándose, casi perdida en la oscuridad. Se dio cuenta con un escalofrío de que se acercaba algo.

—¡Capitán! ¡Sígueme!

Ben el Rápido estaba bordeando el muro bajo y seguía la curva hacia el puerto.

Paran se arrastró tras el mago. Se detuvieron cuando tuvieron una vista completa del puerto y la bahía.

A lo lejos, en la bahía, la línea de hielo del horizonte estaba explotando en toda su extensión en nubes blancas que arrojaban algo.

Las aguas del puerto habían quedado lisas como espejos bajo el aire oscuro e inmóvil. La telaraña de cuerdas que las cubrían, con sus chozas, cuerdas flojas y cadáveres arrugados, tembló de repente.

—En el nombre del Embozado, qué es…

—*¡Shh!* ¡Oh, por el abismo! ¡Mira!

Y miró.

Las aguas lisas como espejos del puerto… se estremecieron… se hincharon… se abombaron.

Y luego, de una forma imposible, huyeron en todas direcciones.

Negro, enorme, algo que se alzaba de las profundidades.

Los mares se agitaron y un anillo de espuma se abrió como una exhalación. Una ráfaga repentina de viento frío golpeó el parapeto e hizo que la estructura se balanceara y luego temblara.

Roca, irregular, marcada (*¡una puñetera montaña, por el Embozado!*) se alzaba del puerto y levantaba la inmensa red con ella.

Y la montaña fue creciendo, se fue alzando, la oscuridad se desprendía de ella en oleadas que iba irradiando.

—¡Han desvelado a Kurald Galain! —gritó Ben el Rápido por encima de los rugidos del viento—. ¡Todos ellos!

Paran se quedó mirando.

Engendro de Luna.

Se iba alzando.

Rake lo escondió…

… oh, por el abismo, ¡vaya cómo lo escondió!

Se iba alzando, el agua caía por sus lados maltratados en cascadas que se desplomaban y se iban convirtiendo en brumas que flotaban a medida que el edificio se elevaba por los aires.

El Tajo. El Tajo de Ortnal… esa sima…

—¡Mira! —siseó Ben el Rápido—. Esas grietas…

Y entonces vio el coste de la maniobra de Rake. Fisuras enormes que marcaban la cara de Engendro de Luna, fisuras por donde el agua seguía brotando con un volumen que no disminuía.

Seguía alzándose.

Dos tercios ya habían emergido de las agitadas aguas.

Giraba poco a poco, e iba destacando en las alturas, a un lado, un saliente… donde se encontraba una figura solitaria.

Recuerdos… desaparecidos. Tras ellos, decenas de miles de almas. Silenciosas.

—Tomaré yo, entonces, vuestro dolor.

Eres mortal.

—Soy mortal.

No puedes llevar nuestro dolor.

—Puedo.

No puedes liberarlo.

—Lo haré.

Itkovian…

—Vuestro dolor, t'lan imass. Ahora.

Se elevó ante él una oleada de una altura inconmensurable, se alzó como una torre y después se abalanzó sobre él.

Y lo vieron, todos y cada uno.

Vieron la sonrisa de bienvenida de Itkovian.

Engendro de Luna se encumbró, envuelto en oscuridad, más allá de la ciudad. Caladan Brood se lo quedó mirando. Nubes de bruma que caían como cascadas, chorros de agua que brotaban y se desvanecían. Dragones que salían dibujando círculos, dragones negros, uno de color carmesí, oleadas de Kurald Galain que arremetían e incineraban a los cóndores demoníacos.

Engendro de Luna se inclinaba, un trozo inmenso de piedra negra que se deshacía por un lado y ladeaba el edificio entero, se inclinaba, se deslizaba, avanzaba hacia la fortaleza…

Abajo, en el campo de la muerte, los restos esparcidos de soldados (malazanos, barghastianos, Espadas Grises, Rezongo y el puñado de seguidores que era todo lo que restaba de su legión), todos y cada uno de ellos cruzaron el puente de piedra y convergieron en la derruida puerta norte. Sin que nadie se lo impidiera. La muralla al este de la puerta estaba vacía de magos; no había nadie, la habían limpiado.

Los incendios iluminaban la ciudad tras la muralla. El cielo se llenaba de moranthianos negros, grandes cuervos… Kurald Galain se iba extendiendo y descendía hacia Coral…

Una revelación auténtica. Todos los tiste andii unidos en una magia ritual, el mundo nunca lo ha visto, en todos los milenios desde su llegada, nunca lo ha visto. Por el corazón de Ascua, ¿qué será de esta revelación?

Siguió mirándolo, vencido por una impotencia inmensa que le entumecía el alma.

El poder fluyó hacia Korlat. Sus ojos destellaron cuando su hermano y ella cabalgaron sobre las corrientes frías y

conocidas de Kurald Galain hacia Engendro de Luna.

Oh, se estaba muriendo, Korlat podía notarlo. Se estaba muriendo, pero todavía no había completado su espantosa y letal tarea.

Lo vio moverse, acercarse al parapeto de la fortaleza, donde, según observó, se encontraba el Vidente, el jaghut, que se aferraba al finnest de la matrona y miraba hacia arriba, inmóvil, a la imponente montaña que se aproximaba de forma inexorable.

Oscuridad llegada a ese mundo. A ese lugar, a esa ciudad.

Una oscuridad que nunca se disiparía.

Coral. La negra, negra Coral…

A lady Envidia le bastaron media docena de latidos para darse cuenta (mientras observaba a los abrasapuentes que se derrumbaban bajo el ataque de los urdomen) de que había entendido mal el último comentario de Rapiña. No era confianza, ni siquiera un farol. Más bien un comentario plagado de fatalismo, sin duda típico de esos soldados, pero totalmente nuevo para lady Envidia.

Cuando cayó en la cuenta de repente, decidió actuar. Un pequeño gesto con una mano. Suficiente para romper la carne de los guerreros urdomen. Que se derrumbaron en masa.

Pero el daño ya estaba hecho. Solo permanecían en pie dos abrasapuentes y ambos tenían heridas.

La dama los observó cuando empezaron a comprobar el estado de sus camaradas caídos, al fin se reunieron alrededor de uno y lo sacaron de allí. Así pues, solo uno entre todos los caídos seguía respirando.

Los pasos pesados de unas botas que se iban acercando a toda prisa.

Lady Envidia frunció el ceño y volvió a levantar la mano…

—¡Espera! —chilló Rapiña—. ¡Es Mazo! ¡Eje! ¡Por aquí, cabrones!

Detrás de los dos primeros que habían aparecido (Mazo y Eje, supuso lady Envidia) llegaron tambaleándose dos soldados más con el uniforme de los Abrasapuentes. Todos habían sufrido heridas terribles, el barghastiano en particular, cuya armadura no era más que fragmentos, y cuyo cuerpo era una masa de cortes y agujeros abiertos. Lo vio tambalearse y caer de rodillas enseñando los dientes en una sonrisa manchada.

Y morir.

—¡Mazo!

El hombretón que iba delante se dio la vuelta, perdió un poco el equilibrio con el movimiento repentino, y lady Envidia notó que había sufrido una cuchillada que lo había atravesado entero justo por debajo del hombro derecho. El hombre regresó tropezando junto al barghastiano.

—Me temo que ya es demasiado tarde para él —exclamó lady Envidia—. Y tú, sanador, Mazo, ya no puedes hacer nada con tu senda, y lo sabes. Acércate, entonces, y lo haré yo. En cuanto a ti, Rapiña, una respuesta más honesta a mi pregunta habría supuesto un episodio mucho menos horrible.

Rapiña se limpió la sangre de los ojos y se la quedó mirando sin más.

—Ya, bueno —suspiró lady Envidia—, supongo que es mejor que no recuerdes ocurrencia tan sardónica. Adelantaos todos, ¡oh!

Se dio la vuelta de repente cuando descendió la hechicería (Kurald Galain) con un poder abrumador.

—¡Por esas escaleras, abajo! —exclamó—. ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Rápido!

Los abrasapuentes supervivientes, cuatro arrastrando a uno, siguieron a lady Envidia.

Unas astillas de hueso golpearon la pared. Tool se tambaleó hacia atrás y se estrelló contra la piedra, la espada se le cayó de las manos y resonó sobre las baldosas.

Mok levantó las dos armas…

… y salió volando hacia un lado, dando vueltas por el aire y perdiendo las armas por el camino hasta chocar con una pared y luego deslizarse en un montón compuesto de madera y metal hechos pedazos.

Tool levantó la cabeza.

Una enorme pantera negra con los labios separados en un gruñido silencioso se acercó sin ruido al seguleh inconsciente.

—No, hermana.

La soletaken dudó y después miró hacia atrás.

—No. Déjalo.

La pantera se dio la vuelta y se transformó.

Pero la rabia permanecía en los ojos de Kilava cuando se acercó a Tool.

—¡Has sido derrotado! ¡Tú! ¡La primera espada!

Tool se agachó poco a poco para recoger la espada llena de muescas.

—Sí.

—¡Es un mortal!

—Vete al abismo, Kilava. —Tool volvió a erguirse, se arañaba la espalda al continuar apoyado en la pared.

—Déjame matarlo. Ahora. Así, una vez más, no tendrás rival digno de ese nombre.

—Oh, hermana —suspiró Tool—. ¿No te das cuenta? Nuestro momento… ha pasado. Debemos renunciar a nuestro lugar en este mundo. Mok, ese hombre al que con tanta despreocupación has golpeado por detrás, es el tercero. El primero y el segundo son sus maestros con la espada. ¿Me entiendes, Kilava? Déjalo… déjalos a todos.

El t'lan imass se dio la vuelta hasta que pudo ver a Toc el Joven.

El cuerpo, atravesado por una asta de madera, no se movió.

—El antiguo dios lobo es libre —dijo Kilava, que había seguido su mirada—. ¿No lo oyes?

—No. No lo oigo.

—Ese aullido llena ahora otro reino, el sonido del nacimiento. Un reino… al que dio vida la invocadora. En cuanto a lo que ahora le da vida, es otra cosa, otra cosa muy diferente.

Un arañazo en la puerta.

Los dos volvieron la cabeza.

Otra t'lan imass se alzaba en la puerta. Empalada con espadas, con cobre batido cubriéndole los caninos.

—¿Dónde está?

Tool ladeó la cabeza.

—¿A quién buscas, pariente mía?

—Eres Onos T'oolan. —La atención de la recién llegada se fijó entonces en Kilava—. Y tú eres su hermana, La que desafió…

Los labios de Kilava se crisparon en una mueca de desdén.

—Y sigo siéndolo.

—Onos T'oolan, primera espada, ¿dónde está la invocadora?

—No lo sé. ¿Quién eres?

—Lanas Tog. Debo encontrar a la invocadora.

Tool se apartó de la pared.

—Entonces la buscaremos juntos, Lanas Tog.

—Idiotas —escupió Kilava.

Se oyó el tintineo de unas garras tras Lanas Tog, que se dio la vuelta en redondo y después se apartó.

Baaljagg entró cojeando en la cámara. La loba no hizo caso de nadie salvo de Toc el Joven, se acercó al cuerpo y gimió.

—Es libre —le dijo Tool a *Baaljagg*—. Tu compañero.

—Oye el aullido —murmuró Kilava—. Togg ha pasado a la senda de Tellann. Después… a otro lugar más allá. Hermano, toma ese camino, ya que tan decidido estás a encontrar a la invocadora. Todos convergen, todos y cada uno.

—Ven con nosotros.

Kilava se dio la vuelta.

—No.

—Hermana. Ven con nosotros.

La t'lan imass se giró con la cara en sombras.

—¡No! He venido por el Vidente. ¿Me entiendes? He venido…

La mirada de Tool se posó en el cuerpo roto de Toc.

—En busca de redención. Sí. Lo entiendo. Búscalo, entonces.

—¡Lo haré! Ahora que te he salvado, soy libre de hacer lo que me plazca.

Tool asintió.

—Y cuando hayas terminado, hermana, búscame una vez más.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Kilava. Pariente carnal. Búscame.

La mujer se quedó callada durante un largo instante y después asintió con gesto brusco.

Lanas Tog se acercó a Tool.

—Llévame, entonces, primera espada.

Los dos t'lan imass se convirtieron en polvo y después, eso también se desvaneció.

Kilava se quedó sola en la cámara.

Salvo por un seguleh inconsciente.

Y una ay echada junto a un cadáver.

Dudó, dio un paso hacia la forma inerte de Mok y después suspiró, se giró y se acercó a *Baaljagg*.

—Te lamentas por este mortal —susurró al tiempo que bajaba el brazo para posarlo en la cabeza gacha del animal —. Por él, te reprimes y retrasas lo que tanto ansías, tu reunión con tu pareja perdida. ¿Era este hombre digno de veras de tanta lealtad? No, no me respondas, lo veo con claridad en tus ojos.

»Así pues te diré algo, *Baaljagg*, algo que es obvio que no has comprendido. El alma de este mortal cabalga sobre la de Togg y tu pareja quiere liberarla, pero no ante la puerta del Embozado. Ve, pues, sigue ese rastro. Vamos, yo te abriré el camino.

Se irguió y le hizo un gesto.

La senda de Tellann se abrió. El aire húmedo y cerrado de la cámara desapareció de repente. Un olor dulce a tundra húmeda, a musgos acres y a líquenes ablandados fluyó con una brisa cálida y suave.

La ay pasó por el portal.

Kilava lo cerró tras la bestia.

Y después abandonó la cámara.

Un momento después, Mezcla salió de entre las sombras. Se acercó adonde yacía Mok, entre madera rota y metal

retorcido, y miró la figura inconsciente. *Oh, esa máscara. Tan… tentadora*…

Unos gritos sobresaltados en el pasillo que tenía detrás, el sonido de soldados dispersándose y luego maldiciones muy vivas.

—¡… una maldita pantera!

—Kilava —respondió lady Envidia—. Ya me he cruzado con ella antes. Una grosería, desde luego, apartarnos a todos de un empujón con semejante desdén.

Mezcla se volvió cuando llegó la tropa.

Lady Envidia hizo una pausa y sus ojos velados pasaron de Mok a Toc el Joven.

—Oh —dijo en voz muy baja—, mi querido muchacho… Ojalá hubieras permanecido en nuestra compañía.

Rapiña. Mazo. Eje. Azogue. Perlazul.

Mezcla cerró los ojos.

—Bueno, pues no hay más que hablar —dijo lady Envidia—. Regresamos al tejado de la fortaleza. Rápido, antes de que Kilava me robe la oportunidad de vengarme del Vidente.

—Tú puedes volver al tejado —gruñó Rapiña—. Nosotros nos vamos.

Irnos, oh, mi amor…

Lady Envidia se cruzó de brazos.

—¿Me agoto curando a tus descorteses soldados y así es como me respondes? ¡Quiero compañía!

Mazo y Eje se acercaron a recuperar el cuerpo de Toc.

Rapiña se derrumbó contra un muro y estudió a lady Envidia con los ojos inyectados en sangre.

—Te agradecemos la curación —murmuró—. Pero tenemos que reunirnos con la hueste de Unbrazo.

—¿Y si todavía hay más soldados painitas acechando por ahí?

—Entonces nos reunimos con nuestros hermanos y hermanas asesinados. ¿Qué problema hay?

—¡Oh, sois todos iguales!

Y con eso y en medio del torbellino de su túnica blanca, lady Envidia salió como una tromba de la cámara.

Mezcla se acercó a Rapiña y le habló en voz muy baja.

—Hay una insinuación de aire fresco… que viene de esa puerta de ahí.

La teniente asintió.

—Tú delante.

Inclinado hacia un lado, envuelto en bruma negra, con el basalto fracturado gimiendo como un ser vivo, Engendro de Luna se fue acercando al parapeto de la fortaleza.

El Vidente se había agachado bajo el peso inmenso y abrumador de Kurald Galain, aturdido por la locura, con la cabeza levantada para mirar al edificio y el finnest acunado entre los brazos con un gesto posesivo y desesperado. A un lado, la matrona parecía estar intentando abrirse camino con las garras por las losas del suelo. La presión era incesante.

Los dos seguleh no habían llegado al tejado incólumes y los cazadores k’ell estaban demostrando ser rivales más que dignos. Los dos guerreros enmascarados habían tenido que retroceder por encima del círculo de muros bajos dejando rastros de sangre en su camino. Con todo, Paran jamás había visto semejante habilidad. Las espadas eran un simple contorno borroso que parecía estar en todas partes a la vez; estaban haciendo pedazos a los cazadores k’ell, aunque estos continuaran presionándolos. El capitán se había planteado ayudar a los dos desconocidos, pero decidió que seguramente solo los entorpecería.

Paran miró al cielo del norte.

Dragones que se precipitaban hacia la ciudad, oleadas de poder que arremetían y tronaban por las calles, contra los edificios, todo lo envolvía la oscuridad.

Grandes cuervos que dibujaban círculos y lanzaban gritos triunfantes.

—*Hmm*, no va a aclarar…

El capitán frunció el ceño al oír la extraña afirmación de Ben el Rápido.

¿Aclarar? Qué es lo que no… Después giró la cabeza de repente y miró a Engendro de Luna. *Oh*.

Tenía la base de la montaña flotante justo enfrente y cada vez se acercaba más. *Tan cerca*, imponente, llenando el cielo.

—Creí que Rake al menos bajaría en persona —continuó el mago—. Pero parece que ha elegido algo… eh, menos sutil.

Como borrar del mapa la fortaleza entera y a todos los que hay en su interior.

—Ben el Rápido…

—Sí, será mejor que nos movamos.

Una enorme pantera negra surgió de las escaleras y se detuvo, los ojos centelleantes abarcaron la escena del tejado y se clavaron en el Vidente.

Ben el Rápido se levantó de repente.

—¡No! —le gritó a la bestia—. ¡Espera!

La enorme cabeza de la pantera giró para mirar al mago, los ojos le ardían y había separado los labios.

—No creo que quiera esperar.

La pantera azotó el aire con la cola y dio un paso más hacia el encogido Vidente, que les daba la espalda a todos.

—¡Maldita sea! —siseó Ben el Rápido—. ¡El momento es ahora, Talamandas!

¿Quién?

Engendro de Luna chocó contra el muro del tejado del parapeto con un crujido seco y un chirrido. La maciza pared de piedra empezó a derrumbarse…

La matrona chilló…

El basalto mojado, chorreante, atrapó a la k’chain che’malle y luego pareció recogerla. Salpicó la sangre, los huesos se partieron, el vértice de Engendro de Luna arrasó el tejado y dejó a su paso losas mascadas y manchas de sangre y carne.

El Vidente chilló y dio marcha atrás a toda prisa, directamente hacia la pantera, que se retrajo de repente…

Engendro de Luna se hundió fortuitamente, cayó casi dos metros y atravesó el tejado.

Las losas se desmoronaron bajo Paran, los ladrillos se combaron, el mundo se tambaleó.

Ben el Rápido golpeó entonces. La hechicería surgió tropezando, se abalanzó sobre el flanco de la pantera y la mandó por los aires con las garras resbalando…

—¡Sígueme! —gritó el mago al tiempo que se lanzaba hacia delante.

Paran luchó por mantener el equilibrio, estiró un brazo, se agarró a la capa de lluvia del mago y se dejó arrastrar. *Así que es ahora… para engañarlos a todos. Que los dioses nos perdonen*.

El Vidente se giró hacia ellos.

—¿Qué?

—¡Talamandas! —rugió Ben el Rápido cuando se reunieron con el Vidente. El mago arrolló al jaghut…

La senda se abrió a su alrededor…

… y desapareció.

Se cerró el portal… y surgió una llamarada cuando la pantera lo cruzó de un salto en su persecución.

Engendro de Luna se asentó y el parapeto estalló en mil pedazos, los ladrillos volaron por los aires. Los dos seguleh se alejaron como rayos de los cazadores k'ell, saltaron el muro bajo tras el que se habían escondido Paran y Ben el Rápido y se lanzaron hacia el otro extremo del tejado. Tras ellos, donde el Vidente se había agachado, un trozo inmenso de basalto, que se había partido del vértice entre un torrente de agua salada, se precipitó a enterrar a los dos cazadores k'ell, piso tras piso, en las entrañas de la fortaleza.

Rezongo se tambaleó, se golpeó un hombro con un muro y dejó una mancha roja en la pared cuando se fue agazapando poco a poco. Ante él, encogidas de agotamiento o dolor, arrodilladas o de pie, sin expresión en la cara o con esta cenicienta, había ocho mujeres capan. Tres de ellas poco más que niñas, otras dos con canas en el cabello enmarañado y apelmazado por el sudor, con las armas colgando de las manos temblorosas. Todo lo que le quedaba a Rezongo.

Su oficial lestari no estaba, había muerto, lo que restaba de su cuerpo se había quedado en el campo de la muerte, tras la muralla. Rezongo bajó las espadas, apoyó la cabeza en el revestimiento de piedra polvorienta y cerró los ojos.

Oía sonidos de lucha al oeste. Las Espadas Grises se habían ido a caballo en esa dirección, en busca de Dujek. Los moranthianos negros habían regresado al cielo sobre el tercio más occidental de la ciudad y parecían concentrarse en una zona concreta; se precipitaban en pequeños grupos sobre las calles como si participaran en una defensa desesperada. El chasquido de los fulleros resonaba por todas partes.

Más cerca, justo enfrente de Rezongo y lo que quedaba de su legión, un maldito había golpeado un gran bloque de pisos. El edificio estaba a punto de derrumbarse en medio de un violento incendio. Los cuerpos de los soldados painitas yacían entre los escombros de la calle.

Y abriéndose camino lentamente, desgarrando la fortaleza entera, Engendro de Luna, que desgranaba su oscuridad en la ciudad y el sendero de su destrucción formaba un coro de demolición.

Sus ojos permanecían cerrados.

Unas botas apartaron a patadas la mampostería rota y después una le dio un golpe en el muslo.

—¡Cerdo perezoso!

La espada mortal suspiró.

—Piedra…

—La lucha no ha terminado.

Rezongo abrió los ojos y se la quedó mirando.

—Sí que ha terminado. Coral ha caído… ja, no, está cayendo. Y qué dulce es la victoria. ¿Dónde te habías metido?

La mujer, cubierta de polvo y sudorosa, se encogió de hombros y bajó la cabeza para mirar el estoque que llevaba en la mano.

—Por ahí. Hice lo que pude, que no fue mucho. ¿Sabías que están aquí los Irregulares de Mott? En el nombre del Embozado, ¿cómo se las habrán arreglado? Joder, pero si ya aguardaban allí, en la puerta, cuando aparecimos las Espadas Grises y yo. ¡Y nosotros que pensábamos que éramos los primeros!

—Piedra…

La oscuridad preternatural se profundizó de repente.

Engendro de Luna se había apartado de la fortaleza en un último derrumbamiento de paredes. Todavía inclinado,

todavía chorreando agua y trozos de roca negra, la estructura se fue acercando a varios metros por encima de los edificios de la ciudad y llenó el cielo ya casi encima de ellos.

En el alto saliente no quedaba nadie a la vista. Los grandes cuervos iban aproximándose a los lados del Engendro y luego volvían a darse la vuelta con chillidos que resonaban con furia.

—Que el abismo nos lleve —susurró Piedra—, da la sensación de que esa cosa podría caerse en cualquier momento. Caerse sin más. Como una roca… o a trozos. Está acabado, Rezongo. Acabado.

No podía discutírselo. El edificio parecía a punto de romperse en mil pedazos.

Una lluvia salada le empapó la cara alzada, la bruma de la montaña se cernía sobre él. Todo quedó, de súbito, tan oscuro como una noche sin luna y si no hubiera sido por los reflejos de los fuegos que salpicaban la ciudad, Engendro de Luna habría sido prácticamente invisible. *Dioses, ojalá lo fuera*.

El sonido de los combates al oeste decayó de repente, fue algo extraño.

Oyeron cascos de caballos que azotaban los adoquines. Un momento después la destriant de las Espadas Grises se adentró en el fulgor de los edificios que ardían enfrente de la fortaleza.

Los vio, refrenó el galope y viró con su caballo de guerra para acercarse y después detenerse.

—Hemos encontrado al puño supremo, señores. Vive, así como al menos ochocientos de sus soldados. La ciudad está tomada. Regreso ahora al puesto de mando que tenemos detrás del campo de la muerte. ¿Queréis acompañarme, señores? Habrá una reunión…

De supervivientes. Rezongo miró a su alrededor una vez más. Los t'lan ay habían desaparecido. Sin aquellos lobos no muertos, los k'chain che'malle habrían matado a todo el mundo fuera de la ciudad. *Quizás ellos también se estén reuniendo alrededor de esa colina. ¿Y qué hay de Itkovian? Ese maldito idiota. ¿Todavía sigue arrodillado delante de los t'lan imass? ¿Continúa vivo?* Rezongo suspiró y se levantó poco a poco. Su mirada se posó una vez más en las pocas seguidoras que le quedaban. *Todo esto y solo para avanzar cuarenta metros*.

—Sí, destriant, te seguimos.

Korlat se dejaba llevar por un aire surcado de poder con las alas extendidas; iba rodeando con lentitud Engendro de Luna. Todavía tenía pegadas a las garras plumas apelmazadas por la sangre y trocitos de carne. Al final no les había costado tanto matar a los cóndores demoníacos, prueba suficiente de que el Vidente había huido o bien lo habían matado. Quizás el señor de Korlat había descendido y había sacado a *Dragnipur* para llevarse el alma del jaghut. No tardaría en descubrir la verdad.

Ladeó la cabeza y miró a su hermano, que volaba junto a ella, protegiendo su flanco. Orfantal había sufrido varias heridas, pero no vacilaba, su poder y su voluntad seguirían siendo armas formidables si surgiera alguna sorpresa para desafiarlos.

No surgió ninguna.

El rumbo que habían tomado los llevó hacia el mar, al este de Coral y a poca distancia del océano. La luz de las últimas horas de la tarde todavía dominaba la distancia.

Y Korlat vio, a media legua de la orilla, cuatro barcos de guerra con las velas desplegadas y haciendo ondear los

colores de la Marina Imperial malazana que esquivaban la periferia de los moribundos témpanos de hielo.

Artanthos, Tayschrenn… oh, planes dentro de planes, los juegos del engaño y la desinformación…

Nuestra historia, mi amor perdido, nuestra historia nos destruyó a todos.

Siguieron girando hasta que volvieron a acercarse a Coral, se ladearon para bajar y alejarse del lento camino de Engendro de Luna, que continuaba flotando hacia el norte. En el suelo, la puerta destrozada. Figuras, la luz de las teas.

La mirada de Korlat encontró a Caladan Brood, soldados de las Espadas Grises, barghastianos y otros.

Orfantal habló dentro de su cabeza.

—Baja, hermana. Yo vigilaré los cielos. Yo, nuestros parientes soletaken y Silanah. Mira, Arpía ya baja. Ve a reunirte con ella.

Querría protegerte, hermano…

—El enemigo está destruido, Korlat. Lo que protegerías al quedarte conmigo es el corazón que se oculta en tu interior. Te gustaría evitarle el dolor. La pérdida. Hermana, él se merece algo más. Baja, ya. Poder llorar la pérdida de un ser querido es privilegio de los vivos, un don que muchos de los nuestros han perdido hace largo tiempo. No te escondas. Desciende, Korlat, al reino mortal.

Korlat dobló las alas y bajó dibujando una espiral.

Hermano, gracias.

Cambió de forma al posarse en la modesta explanada que se abría ante la puerta norte. Su llegada había obligado a dispersarse a los soldados, aunque solo fuera por un momento. Tiste andii una vez más, débil de repente por la herida que Brood había conseguido curar, aunque solo de forma superficial, se tambaleó un poco al dirigirse a la puerta, donde aguardaba el caudillo. Arpía había estado

informándolo y en ese momento se remontaba una vez más hacia la oscuridad.

Korlat jamás había visto a Brood con un aspecto tan… derrotado. La noción de victoria parecía… irrelevante ante semejantes pérdidas personales. *Para todos*.

Al acercarse al caudillo, Korlat observó que también se aproximaba un hombre. Enjuto, con los hombros encorvados y el cabello largo y pálido convertido en una maraña que se alzaba de una forma extraña sobre su cabeza.

Korlat vio al hombre hacer un saludo militar y después lo oyó hablar.

—Mariscal supremo Muñón. Irregulares de Mott. En cuanto a esa orden…

—¿Qué orden? —soltó de repente Brood.

La sonrisa del hombre reveló unos dientes largos y blancos.

—Da igual. Verás, estábamos allí…

—¿Dónde?

—Eh, a este lado de la muralla, al este de la puerta, señor, y había magos encima. A los hermanos Tronco no les hizo gracia, así que les atizaron un poco. Ya no respira ninguno. Bueno, ¿qué quieres que hagamos ahora?

Caladan Brood se quedó mirando al hombre sin expresión alguna y después sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea, mariscal supremo Muñón.

El hombre de Mott asintió.

—Bueno, podríamos apagar unos cuantos incendios.

—Adelante, entonces.

—Sí, señor.

Korlat, que se había reprimido durante el intercambio, se adelantó cuando el mariscal supremo se alejó sin prisas.

Brood se había quedado mirando al hombre.

—¿Caudillo?

—Creí que los habíamos dejado atrás —murmuró—. Pero… resulta que estaban en la ciudad. Estaban detrás de los k’chain che’malle; entraron por la puerta o saltaron la muralla y se pusieron a acabar con los magos. ¿Pero cómo…?

—Caudillo, hay barcos malazanos. Se acercan.

Brood asintió poco a poco.

—Ya me informó Artanthos antes de trasladarse por una senda a la cubierta del barco de mando. A bordo hay una delegación imperial: embajador, delegado, gobernador…

—¿Tres?

—No, solo uno. Montones de títulos, dependiendo de las negociaciones correspondientes.

Korlat respiró hondo. *Contén el dolor, la pérdida, solo un poco más*.

—Con la hueste de Unbrazo en tan… mal estado… los malazanos no van a negociar desde una posición de fuerza.

Brood entrecerró los ojos y la miró.

—Korlat —dijo en voz baja—, en lo que a mí respecta, los malazanos se han ganado todo lo que quieran pedir. Si la quieren, Coral es suya.

Korlat suspiró.

—Caudillo, el desvelamiento de Kurald Galain… es una manifestación permanente. La ciudad se encuentra ahora tanto dentro de la senda tiste andii como dentro de este mundo.

—Sí, lo que significa que las negociaciones se llevarán a cabo entre Rake y los malazanos. No conmigo. Dime, ¿tu señor va a reclamar Coral? Engendro de Luna…

No había necesidad de continuar. La ciudad que había dentro de la montaña de roca todavía contenía, atrapados en sus cámaras más profundas, ingentes volúmenes de agua, un peso que no podría resistir durante mucho tiempo

más. Engendro de Luna se estaba muriendo. Korlat sabía que tendrían que abandonarlo. *Un lugar, nuestro hogar durante tanto tiempo. ¿Lamentaré su pérdida? No lo sé*.

—No he hablado con Anomander Rake, caudillo. No puedo anticipar sus intenciones. —La tiste andii se volvió y empezó a caminar hacia la puerta.

Brood la llamó.

Todavía no.

Korlat continuó, pasó bajo el arco de la puerta con los ojos clavados en la cima de la colina que había más allá de los cadáveres que cubrían el campo de la muerte. *Donde lo encontraré a él. Todo lo que queda. Su rostro, el don de tantos recuerdos, que ya se ha quedado frío. Vi la vida que volaba de sus ojos. Ese momento de la muerte, de morirse. Esa huida, la vida que se alejaba de esos ojos, se retiraba, se marchaba para siempre. Y se iba, me dejaba*.

Sus pasos se ralentizaron y el dolor de la pérdida amenazó con abrumarla.

Querida madre Oscuridad, ¿me contemplas ahora? ¿Me ves, a tu hija? ¿Sonríes al verme tan rota? Después de todo, he repetido tus mismos errores, antiguos, fatales. He entregado mi corazón, he sucumbido al absurdo sueño… La danza de la luz, ansiabas ese abrazo, ¿verdad?

Y te traicionaron.

Nos dejaste, madre… en un silencio eterno.

Y sin embargo…

Madre Oscuridad, con este desvelamiento te siento cerca. ¿Fue el dolor lo que te distanció, lo que te mandó tan lejos de tus hijos? Cuando según nuestra joven y mortal costumbre, según nuestra atroz insensibilidad, te maldijimos, añadimos una capa más a tu dolor.

Estos pasos… tú los recorriste en cierta ocasión.

¿Cómo no ibas a sonreír?

La lluvia le golpeó la frente, le escoció la brecha abierta e irregular de la herida. Se detuvo, levantó la cabeza y vio a Engendro de Luna justo encima de ella… llorando sobre ella…

… y sobre el campo de cadáveres que la rodeaba y, algo más allá y a la derecha, sobre miles de t'lan imass arrodillados. Los muertos, los abandonados, una estela de colores cada vez más profundos, como si bajo la lluvia la escena, tan suave y saturada, se hiciera cada vez más sólida, más real. Ya no era el cuadro vivo y desvaído de la mirada de una tiste andii. *La vida, tan corta, para definir cada detalle, para enfatizar cada color, para hacer de cada momento un dolor*.

Y ya no pudo contenerse más. *Whiskeyjack. Mi amor*.

Momentos después, sus lágrimas se unieron al agua salada que le corría por la cara.

Bajo la oscuridad del arco de la puerta, Caladan Brood se quedó mirando al otro lado del puente, por encima de la llanura destrozada, hacia donde Korlat se encontraba a medio camino de la colina, rodeada de cadáveres y k'chain che'malle hechos pedazos. Observó que la cabeza de la tiste andii se echaba hacia atrás y su rostro se alzaba poco a poco hacia el sudario gris de la lluvia. La montaña negra, con las fisuras ensanchándose y los gemidos que emitía el edificio moribundo, pareció detenerse justo encima de ella. Un corazón, en otro tiempo de piedra, que se había hecho mortal una vez más.

Una imagen que supo, con una certeza lúgubre, que nunca lo abandonaría.

Zorraplateada caminó durante lo que le pareció una eternidad sin importarle el rumbo, insensible a todo lo que la rodeaba, hasta que un movimiento lejano le llamó la atención. Se encontraba en la tundra yerma, bajo un cielo encapotado blanco y sólido y observaba el acercamiento de los espíritus rhivi.

Una banda pequeña, pequeña y lamentable, de menos de cuarenta individuos, insignificantes en la distancia, casi tragados por el inmenso paisaje, el cielo, ese aire húmedo con su frío implacable que se había asentado sobre sus huesos como la sangre del fracaso.

Se habían producido acontecimientos. Se habían producido por todo aquel reino naciente. Lo presentía, el granizo, el diluvio de recuerdos, nacidos de no sabía dónde. Y aunque la habían golpeado con la misma aleatoriedad indiscriminada con la que golpeaban el suelo, ella no había sentido más que una levísima insinuación de todo lo que habían contenido.

Si era un regalo, era un regalo muy amargo.

Si es una maldición, entonces la vida en sí es una maldición. Pues hay vidas dentro de esta lluvia helada. Vidas enteras, enviadas para golpear la carne de este mundo, para filtrarse, para descongelar el suelo con su fecundidad.

Pero no tiene nada que ver conmigo.

Nada de esto. Todo lo que intentaba moldear… destrozado. Este mundo soñado era en sí mismo un recuerdo. El mundo fantasma de Tellann, un recuerdo de mi propio mundo, de hace mucho, mucho tiempo. Recuerdos tomados del invocahuesos que estuvo allí, en mi recreación, tomados de los espíritus rhivi, el primer clan, tomados de

K’rul, de Kruppe. Tomados de la propia tierra dormida, del propio cuerpo de Ascua.

Yo… yo no poseía nada. Me limité a robar. Para dar forma a un mundo para mi madre, un mundo en el que pudiera ser joven una vez más, en el que pudiera vivir una vida normal y envejecer con el paso normal de las estaciones.

Todo lo que le robé, quise devolvérselo.

La amargura embargó a Zorraplateada. Había comenzado con aquel primer túmulo, a las afueras de Pale. Esa fe en la justicia, en la eficacia del robo. Justificado por el más digno de los fines.

Pero la propiedad despojada de decencia es una mentira. Todo lo que iba acumulando iba a su vez perdiendo todo su valor. Recuerdos, sueños, vidas.

Convertidos en polvo.

La desventurada banda de espíritus rhivi se acercó con cautela, vacilante.

Sí, lo entiendo. ¿Qué os voy a exigir ahora? ¿Cuántas más promesas vacías voy a hacer? Tenía un pueblo para vosotros, un pueblo que había perdido a sus dioses mucho tiempo atrás; los espíritus a los que otrora les habían jurado lealtad eran menos que el polvo en el que se podían convertir. Un pueblo.

Para vosotros.

Perdido.

Menuda lección para cuatro almas vinculadas, valientes casamenteros estamos hechos los cuatro.

No sabía qué decirles a esos espíritus tímidos y modestos.

—Invocahuesos, te saludamos.

Zorraplateada parpadeó para despejarse los ojos.

—Espíritu ancestral, he…

—¿Lo has visto?

Lo vio entonces, en todos sus rostros, una especie de asombro. Y respondió frunciendo el ceño.

—Invocahuesos —continuó el rhivi más destacado—, hemos encontrado algo. No lejos de aquí; ¿sabes de lo que hablamos?

Zorraplateada negó con la cabeza.

—Son tronos, invocahuesos. Dos tronos. En una choza larga de huesos y pieles.

¿Tronos?

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Por qué habría de haber tronos en este reino? ¿Quién…?

El anciano se encogió de hombros y después le dedicó una suave sonrisa.

—Aguardan, invocahuesos. Es cierto, lo sentimos. Pronto. Pronto llegarán los verdaderos señores de esta senda.

—¡Los verdaderos señores! —La ira invadió a Zorraplateada—. Este reino… ¡era para vosotros! ¿Quién se atreve a intentar usurp…?

—No. —La suave negativa del espíritu la atravesó entera y le quitó el aliento—. No para nosotros. Invocahuesos, no somos lo bastante poderosos como para dominar un mundo como este. Ya es demasiado inmenso, demasiado poderoso. No temas, no deseamos irnos y procuraremos hacer un trato con los nuevos amos. Creo que nos permitirán quedarnos. Quizá, incluso nos complazca servirlos.

—¡No! —*¡No! ¡No tenía que ser así!*

—Invocahuesos, no es necesario que haya sentimientos tan fuertes en tu interior. El plan continúa. La satisfacción de tus deseos sigue siendo posible, quizá no como tú pretendías en un principio…

Zorraplateada ya no lo oía. La desesperación le hendía el alma. *Igual que yo robé… así me están robando a mí. No hay injusticia alguna, no hay crimen. Acepta la verdad*.

La fuerza de voluntad de Escalofrío.

La empatía de Velajada.

La lealtad de Bellurdan.

El asombro de la niña rhivi.

Nada de eso fue suficiente. Nada de eso podía por sí solo (o todo junto) absolver lo hecho, las decisiones tomadas, las negativas expresadas.

Déjalos. Déjalos aquí, con todo esto y todo lo que ha de ser. Zorraplateada les dio la espalda.

—Buscadla entonces. Id.

—¿No quieres acompañarnos? El regalo que le has hecho…

—Id.

El regalo que le he hecho. El regalo que os he hecho. Son todo lo mismo. Fracasos grandiosos, derrotas nacidas de los defectos que hay en mi interior. No pienso ser testigo de mi propia vergüenza. No puedo. No tengo valor.

Lo siento.

Se alejó caminando.

Flor fugaz. Semilla convertida en tallo y luego en letal capullo, todo en un solo día. Veneno que arde con luz propia y destruye a todos los que se acercan demasiado.

Una abominación.

Los espíritus rhivi, una pequeña banda, hombres, mujeres, niños y ancianos, vestidos de cuero y pieles, rostros redondos bruñidos por el sol y el viento, vieron a Zorraplateada alejarse de ellos. El anciano que había hablado con ella no se movió hasta que la mujer se perdió de vista bajo el borde de una gastada cresta costera, después se pasó el dorso de cuatro dedos estirados por los ojos en un gesto de triste despedida antes de hablar.

—Haced una hoguera. Preparad el omóplato del ranag. Hemos recorrido esta tierra lo suficiente para ver el mapa de su interior.

—Una vez más —suspiró una anciana.

El anciano se encogió de hombros.

—La invocahuesos nos ordenó que encontráramos a su madre.

—Se limitará a huir de nuevo de nosotros. Como huyó de los ay. Como una liebre…

—No obstante. La invocahuesos lo ha ordenado. Pondremos el omóplato sobre las llamas. Veremos el mapa que toma forma.

—¿Y por qué habría de ser verdad esta vez?

El anciano se agachó poco a poco y posó una mano sobre los musgos suaves.

—¿Por qué? Abre tus sentidos, tú que dudas. Esta tierra… —el hombre sonrió—, ahora está viva.

Corre.

¡Libre!

Cabalga sobre el alma de un dios, dentro de los músculos de una bestia antigua y fiera. Cabalga sobre un alma…

… de repente canta de alegría. Musgos y líquenes bajo las patas, las salpicaduras de la antigua agua de lluvia que mancha la piel de la pata. El olor a vida rica y fértil… un mundo…

Corre. El dolor es ya un recuerdo que se desvanece, vagos recuerdos de una jaula de huesos, una presión creciente, el aliento cada vez más superficial.

Lanza la cabeza hacia atrás y libera un aullido atronador que hace temblar el cielo.

Respuestas distantes.

Que se acercan.

Formas, destellos grises, marrones y negros de movimiento en la tundra, formas que se reparten sobre riscos y barren valles poco profundos y amplias morrenas. Ay. Parientes. Los hijos de *Baaljagg* (de Fanderay), recuerdos fantasmales que fueron las almas de los t'lan ay. *Baaljagg* no los había liberado, se había aferrado a ellos en su interior, en sus sueños, en un mundo eterno al que un dios ancestral había insuflado vida eterna.

Ay.

Su dios había retado a los cielos con su voz bestial y al fin acudían a él.

Y… otro.

Togg frenó un poco y levantó la cabeza, los ay lo rodeaban, clan tras clan, lobos de la tundra de patas largas que giran…

Ella estaba allí. Había venido.

Lo había encontrado.

La loba corre. Se acerca. Hombro con hombro con *Baaljagg*, con la ay que había llevado su alma herida y perdida durante tanto tiempo. *Baaljagg*, que regresa a reunirse con los suyos, la familia de sus sueños.

Emociones. Más allá de toda medida…

Y entonces Fanderay se vio caminando a su lado.

Sus mentes de bestia se tocaron. Un momento. Nada más. No hacía falta nada más.

Juntos, los hombros se rozaron…

Dos lobos antiguos. Dios y diosa.

Los contempló y ni siquiera sabía quién era él mismo, ni dónde podría estar para poder ser testigo de esa reunión. Miró y, en nombre de aquellas dos criaturas, no conoció más que una suave alegría.

Correr.

Los aguardan los tronos.

La cabeza de la mhybe se echó hacia atrás de golpe, su cuerpo se puso rígido y se retorció en un intento de escapar de sus manos. Por pequeño que fuera el hombre, la fuerza que tenía la derrotaba.

—Lobos, muchacha. No tenemos nada que temer.

Nada que temer. Mentiras. Venían a por mí. Una y otra vez. Me han perseguido por esta tierra vacía. Y ahora, escucha, aquí vienen una vez más. Y este daru que me arrastra ni siquiera tiene un cuchillo.

—Hay algo ahí delante —jadeó Kruppe, que cambió de postura el torpe abrazo y se tambaleó bajo el peso de la mujer—. ¡Era más fácil —dijo sin aliento— cuando no eras más que una vieja! ¡Ahora, solo con que te lo propusieras, podrías derribarme! ¡No, podrías llevarme tú a mí!

Proponérmelo. ¿Solo necesito proponérmelo? ¿Para deshacerme de él? ¿Para huir? ¿Huir adónde?

—¡Muchacha, escucha las palabras de Kruppe! ¡Te lo ruega! Esto… este mundo… ¡ya no es el sueño de Kruppe! ¿Lo entiendes? Debe dejarme atrás. ¡Debe transmitirse!

Subían entre tropezones por una suave pendiente.

Los lobos aullaban tras ellos y se iban acercando a toda prisa.

Déjame.

—¡Mi querida mhybe, qué nombre tan apropiado! ¡Ahora eres el auténtico recipiente! En tu interior, llévate este sueño que era mío. Permite que llene tu espíritu. Kruppe debe transmitírtelo… ¿lo entiendes?

Proponérmelo.

La mujer se retorció de repente y lanzó un codo contra el estómago de Kruppe. Este jadeó y se dobló. Cuando el

hombre cayó, la mhybe se liberó y se levantó de un salto…

Tras ellos, decenas de miles de lobos. Lobos que cargaban hacia ella. Y delante de ellos, dos bestias gigantescas que irradiaban un poder cegador.

La mhybe lanzó un grito y giró en redondo.

Una depresión poco profunda ante ella. Una choza larga y baja de huesos arqueados y cuero, sujeto todo por cuerda de cáñamo, la entrada abierta de par en par.

Y de pie, en un grupo ante la choza, una banda de rhivi.

La mhybe se acercó a ellos tambaleándose.

De repente los rodearon los lobos, dibujaban un círculo salvaje y caótico alrededor de la choza. Sin hacer caso de los rhivi. Sin hacer caso de ella.

Kruppe se levantó con un gemido después de un par de intentos y se reunió con ella zigzagueando. La mhybe se lo quedó mirando sin comprender.

El hombrecito se sacó un pañuelo desvaído de la manga y se secó el sudor de la frente.

—Un poco más abajo con ese codo, querida…

—¿Qué? ¿Qué está pasando?

Kruppe hizo una pausa y miró a su alrededor.

—Así que están dentro.

—¿Quién?

—Pues Togg y Fanderay, por supuesto. Han venido a reclamar el trono de la Bestia. O, en este caso, los tronos. No es que, si es que entráramos en la choza, fuéramos a ver a dos lobos encaramados a unas sillas, por supuesto. La sola presencia ya impone la posesión, sin duda. En la imaginación de Kruppe palpitan otras imágenes… digamos que más prosaicas, pero será mejor evitarlas, ¿no crees? Ahora, muchacha, permite que Kruppe se retire. Los que se acercan a ti… bueno, después de todo, es la transmisión de

un sueño, y el noble Kruppe debe desaparecer en un segundo plano.

La mhybe se dio la vuelta de repente.

Un anciano rhivi la miró con el rostro arrugado en una triste sonrisa.

—Le pedimos que viniera con nosotros —dijo.

La mhybe frunció el ceño.

—¿Le pedisteis a quién?

—A tu hija. Este mundo… es para ti. De hecho, existe en tu interior. Con este mundo, tu hija te pide perdón.

—E… ella hizo esto…

—Fueron muchos los que participaron, todos y cada uno empujados por la injusticia que te aconteció. Había… desesperación el día que tu hija fue… creada. El conocido con el nombre de Kruppe. El dios ancestral K’rul. El llamado Pran Chole. Y tú misma. Y cuando nos reunió en su interior, nosotros también. Zorraplateada intentó dar respuesta a algo más, a la tragedia que son los t’lan imass y los t’lan ay. Puede ser —añadió el anciano, una mano hizo un gesto leve de pesar— que lo que pretendía su corazón haya resultado ser demasiado inmenso…

—¿Dónde está? ¿Dónde está mi hija?

El anciano sacudió la cabeza.

—La desesperación se ha apoderado de ella. Se ha ido.

La mhybe se quedó callada. *Me daban caza. Me dabas caza tú. Y los ay*. Bajó la cabeza y levantó poco a poco sus juveniles miembros. *¿Es esto real, entonces?* Se giró lentamente, miró al otro lado y se encontró con los ojos de Kruppe.

El daru sonrió.

La anciana…

—¿Despertaré?

Kruppe sacudió la cabeza.

—Esa mujer duerme ahora para siempre, muchacha. Protegida, guardada. Tu hija habló con el Embozado. Llegó a un acuerdo, ¿sabes? Cree que, tras haber perdido a los t'lan imass, se ha roto el acuerdo. Sin embargo, no se puede evitar pensar que hay otras facetas en esta… resolución. Kruppe conserva la confianza.

Un acuerdo. Libertad para los t'lan imass. Un final. Sus almas… entregadas al Embozado.

Por todos los espíritus del inframundo… ¿los ha perdido? ¿Ha perdido a los t'lan imass?

—El Embozado no tolerará…

—Ah, ¿no lo tolerará? ¿Y por qué no, querida? ¡Si el señor de la Muerte carece de paciencia, entonces Kruppe puede bailar sobre la cabeza puntiaguda de Coll! Cosa que te puedo asegurar que es imposible. No regresarás a ese antiguo cuerpo.

La mhybe volvió la cabeza y miró los espíritus rhivi.

—¿Envejeceré aquí? ¿Al final…?

El anciano se encogió de hombros.

—No lo sé, pero sospecho que no. Eres el recipiente. La mhybe.

La mhybe… oh, Zorraplateada. Hija. ¿Por qué no estás aquí? ¿Por qué no puedo contemplarme ahora en tus ojos? Pedir perdón siempre es cosa de dos. La mujer respiró hondo y saboreó la vida dulce que llenaba el aire frío y húmedo. *Es tan fácil, entonces, abarcar este mundo en mi interior*. Se quitó el primer brazalete de cobre y se lo tendió a los rhivi.

—Esto es vuestro, creo.

El anciano sonrió.

—¿Te sirvió bien su poder?

Ella asintió.

—Sin medida…

Una presencia llenó su mente.

—Mhybe.

Togg, un poder atronador, la voluntad del propio invierno.

—Residimos en este reino, el reino de los Tronos de la Bestia, pero tú eres su señora. Hay uno en mi interior. Un espíritu mortal. Un espíritu apreciado. Me gustaría liberarlo. Nos gustaría liberarlo. De este reino. Nos das…

Sí. Libéralo.

Bendición. Sin dios, no podía darla. No en su forma más auténtica.

Pero no había comprendido la inmensa capacidad que albergaba en su interior, dentro de un alma mortal, para asumir el sufrimiento de decenas de miles, las multitudes que habían vivido con la pérdida y el dolor durante casi trescientos mil años.

Vio rostros, un sinfín de rostros. Desecados, los ojos no eran más que pozos ensombrecidos. Piel cuarteada y rasgada. Vio hueso que resplandecía entre capas de tendones y músculos que eran como raíces. Vio manos, astilladas, partidas, vacías ya, y sin embargo todavía permanecían allí los espectros de las espadas.

Seguía de rodillas, contemplando sus filas de guerreros, y estaba lloviendo, un diluvio indeciso acompañado por gemidos que reverberaban y crujidos astillados que llenaban la oscuridad del cielo.

Los contempló y estaban inmóviles, con las cabezas inclinadas.

Y sin embargo podía verles la cara. Cada cara. Todas las caras.

Tengo vuestro dolor.

Las cabezas se fueron levantando poco a poco.

Los percibió, percibió la ligereza repentina que los impregnó. *He hecho todo lo que he podido. Sí, sé que no fue suficiente. De todos modos. He tomado vuestro sufrimiento*.

—Has tomado nuestro sufrimiento, mortal.

Lo he asumido…

—No entendemos cómo.

Así que ahora os dejo…

—No entendemos… por qué.

Por todo lo que mi carne no puede abarcar…

—No podemos responder al regalo que nos has hecho.

Me lo llevaré conmigo.

—Por favor, mortal…

De algún modo.

—La razón, por favor, para que nos bendigas así…

Soy…

—¿Mortal?

Disculpad, caballeros. Deseáis saber de mí. Soy… un mortal, como bien decís. Un hombre nacido hace tres décadas en la ciudad de Erin. El apellido de mi familia, antes de que se lo entregara a la revelación de Fener, era Otanthalian. Mi padre era un hombre duro y justo. Mi madre no sonrió más que una vez en todos los años que la conocí. Cuando partí. Con todo, es la sonrisa que recuerdo. Creo ahora que mi padre abrazaba solo para poseer. Que ella era una prisionera. Creo ahora que su sonrisa era una respuesta a mi huida. Creo ahora que, al irme, me llevé algo de ella conmigo. Algo que merecía encontrar la libertad.

La revelación de Fener. En la revelación… me pregunto si acaso no encontré otra prisión…

—Ella es libre en tu interior, mortal.

Eso estaría… bien.

—No te mentiríamos, Itkovian Otanthalian. Es libre. Y sonríe todavía. Nos has contado lo que eras. Pero seguimos

sin comprender tu… generosidad. Tu compasión. Así que te lo preguntamos de nuevo. ¿Por qué has hecho esto por nosotros?

Caballeros, habláis de compasión. Creo que empiezo a entender eso de la compasión. ¿Querréis oírlo?

—Habla, mortal.

Los humanos no entendemos de compasión. La traicionamos a cada momento de nuestras vidas. Sí, sabemos lo mucho que vale pero, puesto que lo sabemos, le adjudicamos un valor concreto y nos guardamos mucho de concederla, pues creemos que es algo que hay que ganarse. T'lan imass. La compasión no tiene precio en el sentido más auténtico de la expresión. Debe darse gratis. Y en abundancia.

—No lo entendemos, pero reflexionaremos largo y tendido sobre tus palabras.

Al parecer siempre hay cosas que hacer.

—No respondes a nuestra pregunta…

No.

—¿Por qué?

Bajo la lluvia iba cayendo la oscuridad; todos los rostros se alzaban hacia él. Itkovian se encerró en todo lo que contenía en su interior, se encerró y después cayó hacia atrás.

Hacia atrás.

Porque sí. Era el yunque del escudo. Pero ahora…

He terminado.

Y bajo la lluvia torrencial de Engendro de Luna, murió.

En aquella inmensa tundra renacida con su dulce aliento a primavera, Zorraplateada alzó la cabeza. Ante ella había

dos t’lan imass. Una atravesada por varias espadas. El otro, tan magullado que apenas era capaz de tenerse en pie.

Tras ellos, en silencio, inmóviles, los t’lan ay.

Zorraplateada quiso darse la vuelta.

—No, no te irás.

Zorraplateada volvió la cabeza y miró furiosa al guerrero apaleado que había hablado.

—¿Osas atormentarme? —siseó.

El t’lan imass pareció balancearse ante la vehemencia de la mujer, pero después se estabilizó.

—Soy Onos T’oolan, primera espada. Tú eres la invocadora. Me escucharás.

Zorraplateada no dijo nada durante un largo momento y después asintió.

—Muy bien. Habla.

—Libera a los t’lan ay.

—Me han rechazado…

—Ahora están aquí, ante ti. Han venido. Sus espíritus los aguardan. Les gustaría ser mortales una vez más, en este mundo que has creado. Mortales. No quieren seguir perdidos en los sueños, invocadora. Mortales. Concédeselo. Ahora.

Concédeselo…

—¿Y eso es lo que desean?

—Sí. Tiéndeles la mano y sabrás la verdad.

No, no más dolor. Zorraplateada levantó los brazos, recurrió al poder de Tellann, cerró los ojos… *durante demasiado tiempo han conocido solo cadenas. Durante demasiado tiempo estas criaturas han sabido lo que significa la carga de la lealtad*…

Y los liberó del ritual. Un esfuerzo que le exigió tan poco que se quedó horrorizada. *Qué fácil es entonces soltarlos. Liberarlos de una vez*.

Abrió los ojos. Los lobos no muertos habían desaparecido.

Pero no en el olvido. Sus almas se habían reunido, lo sabía bien, con la carne y el hueso. Ya no estaban extintos. Tampoco allí, dentro de ese reino y sus dioses lobo. Después de todo, ella era una invocahuesos. Tales dones eran suyos para regalarlos. *No, no son dones. Son para hacer aquello para lo que me crearon, al fin y al cabo. Mi propósito. Mi único propósito*.

Los huesos de Onos T'oolan crujieron cuando miró poco a poco a su alrededor y examinó los túmulos ya vacíos que los rodeaban. Sus hombros parecieron hundirse un poco.

—Invocadora. Gracias. El antiguo daño ha quedado reparado.

Zorraplateada estudió a la primera espada.

—¿Qué más deseas de mí?

—La que se encuentra a mi lado es Lanas Tog. Ella te llevará de regreso con los t'lan imass. Debéis hablar.

—Muy bien.

Onos T'oolan no se movió.

Zorraplateada frunció el ceño.

—¿A qué estamos esperando, entonces?

El t'lan imass permaneció inmóvil un momento más, después levantó los brazos y sacó poco a poco la espada de pedernal.

—A mí —dijo con voz ronca al tiempo que levantaba la espada…

… y luego la soltó para que cayera al suelo, a sus pies.

Zorraplateada bajó la cabeza, miró la espada con el ceño fruncido y se preguntó por el significado de ese gesto… en el guerrero que se llamaba la primera espada.

Poco a poco, a medida que fue comprendiéndolo todo, fue abriendo mucho los ojos.

Para lo que, después de todo, me crearon…

—Ha llegado la hora.

Coll se sobresaltó. Había estado dormitando.

—¿Qué? ¿Qué hora?

Murillio se precipitó hacia la mhybe.

El caballero de la Muerte continuó.

—Está lista para introducirla. Mi señor ha garantizado su protección eterna.

El dios ancestral K'rul estaba estudiando al enorme guerrero no muerto.

—Sigo confundido. No, asombrado. ¿Desde cuándo es el Embozado un dios generoso?

El caballero se volvió poco a poco hacia K'rul.

—Mi señor siempre es generoso.

—Todavía está viva —afirmó Murillio, después se irguió y se colocó entre la mhybe y el caballero de la Muerte—. No ha llegado la hora.

—Esto no es un entierro —le dijo K'rul—. La mhybe ahora duerme y dormirá durante toda la eternidad. Duerme para soñar. Y en su sueño, Murillio, vive un mundo entero.

—¿Como Ascua? —preguntó Coll.

El dios ancestral respondió con una sonrisa.

—¡Espera un momento! —soltó Murillio—. ¿Se puede saber cuántas ancianas dormidas hay?

—Debemos depositarla en su lugar de descanso —declaró el caballero de la Muerte.

Coll se adelantó y posó una mano en el hombro de Murillio.

—Ven, vamos a asegurarnos de que esté cómoda ahí abajo, con pieles, mantas…

Murillio pareció estremecerse bajo la mano de Coll.

—¿Después de todo lo que hemos hecho? —Se secó los ojos—. ¿La dejamos… sin más? ¿Aquí, en una tumba?

—Ayúdame con las mantas, amigo mío —dijo Coll.

—No es necesario —dijo el caballero—. No sentirá nada.

—No se trata de eso —suspiró Coll. Estaba a punto de decir algo más, pero entonces vio que Rath'Fanderay y Rath'Togg se habían quitado las máscaras. Rostros pálidos y arrugados, ojos cerrados anegados de lágrimas.

—¿Qué les pasa? —preguntó.

—Sus dioses al fin se han encontrado, Coll. En el reino de la mhybe, que ahora alberga los tronos de las Bestias. Lo que presencias no es dolor, sino alegría.

Después de un momento, Coll lanzó un gruñido.

—A trabajar, Murillio, venga. Después podremos irnos a casa.

—¡Yo sigo queriendo saber lo de esas ancianas que sueñan mundos como este!

La senda llameó y tres figuras salieron de ella dando volteretas por la tierra gris y polvorienta en una maraña.

Paran se alejó rodando de Ben el Rápido y el Vidente cuando la hechicería se agitó alrededor de los dos hombres entrelazados. Cuando el capitán sacó la espada, oyó chillar al jaghut. Unas telarañas negras salieron disparadas y ciñeron con fuerza al Vidente, que no dejaba de sacudir brazos y piernas.

Ben el Rápido se apartó con un par de patadas, jadeando y con el finnest en las manos.

Agachada sobre el pecho del jaghut había una figura diminuta hecha de ramitas y hierba entrelazada que graznaba de alegría.

—En el nombre del Embozado, ¿pero quién…?

Una enorme forma negra salió despedida del portal con un gruñido siseante. Paran gritó, giró en redondo y blandió la espada, que lanzó una cuchillada horizontal desesperada.

Que mordió músculo y después hueso.

Algo (una zarpa) aporreó el pecho de Paran y lo derribó al suelo.

—¡Quieto, maldito gato!

El grito frenético de Ben el Rápido quedó puntuado por una detonación de hechicería que hizo que la pantera rugiera de dolor.

—¡De pie, Paran! —jadeó el mago—. Ya no me queda nada.

¿Que me ponga de pie? Dioses, tengo la sensación de que me han roto en mil pedazos y este hombre quiere que me ponga de pie. Consiguió erguirse de algún modo, pero se tambaleó al enfrentarse de nuevo a la bestia.

Esta se había agazapado a cinco metros de distancia, agitaba la cola y los ojos, encendidos como carbones, se habían clavado en los suyos. Le enseñaba los dientes en un bufido silencioso.

Del interior del capitán surgió un gruñido de respuesta. Más profundo de lo que podría emitir una garganta humana. Una fuerza brutal fluyó de su interior y le robó toda conciencia de su propio cuerpo, salvo que de repente se percató de que estaba, en cierta manera, al mismo nivel que la gigantesca pantera.

Oyó el susurro entrecortado de Ben el Rápido tras él.

—¡Por el abismo!

Era obvio que el felino, con las orejas planas, vacilaba.

En el nombre del Embozado, ¿se puede saber qué está viendo?

—¡Invocahuesos! —soltó Ben el Rápido—. Espera. Mira a tu alrededor, ¡mira dónde estamos! No somos tus enemigos,

buscamos lo que tú buscas. Aquí. Ahora.

La pantera dio otro paso atrás y Paran observó que tensaba el cuerpo, lista para atacar.

—¡No basta con vengarse! —exclamó el mago.

El animal se estremeció. Un momento después, Paran comprobó que se le relajaban los músculos; la bestia entera se desdibujó y cambió de forma; ante ellos se encontraba una mujer pequeña, morena, de huesos grandes. En el hombro derecho tenía una cuchillada profunda, la sangre le teñía el brazo y le chorreaba por las puntas de los dedos hasta el suelo polvoriento. Unos ojos negros y extraordinariamente bellos lo contemplaban.

Paran suspiró despacio, sintió que algo se aplacaba en su interior y una vez más pudo sentir su propio cuerpo, le temblaban los miembros y notaba la empuñadura resbaladiza de la espada en la mano.

—¿Quién eres? —preguntó la mujer.

El capitán se encogió de hombros.

La mirada femenina lo desechó y se alzó más allá de él.

—Alborada… —dijo.

Paran se volvió con lentitud.

Sintió la brecha como un golpe físico en el corazón. Un verdugón en el aire, casi al alcance del tejado descuidado de una torre abandonada. Una herida, un dolor sangrante, *tanto dolor… una eternidad, por todos los dioses del inframundo, hay un alma dentro. Una niña. Atrapada. Sella la herida. Recuerdo a esa niña, es la niña de mis sueños*…

Ben el Rápido se había vuelto a poner en pie y miraba al Vidente, que permanecía prisionero de la magia; el monigote seguía agazapado sobre el pecho del hombre.

El jaghut, con los ojos inhumanos llenos de terror, se lo quedó mirando a su vez.

El mago sonrió.

—Tú y yo, Vidente. Tú y yo vamos a llegar a un acuerdo. —Seguía sosteniendo el finnest y en ese momento lo levantó con gesto lento—. El poder de la matrona… se encuentra dentro de este huevo, ¿me equivoco? Un poder incapaz de sentirse a sí mismo y sin embargo vivo. Arrancado del cuerpo que en otro tiempo lo albergó, es de suponer que no siente dolor alguno. Se limita a existir, aquí, en este finnest, para que lo use cualquiera. Quien sea.

—No —dijo el jaghut con voz ronca y los ojos cada vez más abiertos por el miedo—. El finnest está orientado hacia mí. Solo hacia mí. Necio…

—Ya está bien de insultos, Vidente. ¿Quieres escuchar mi propuesta? ¿O quieres que Paran y yo nos limitemos a retirarnos y te dejemos a merced de las tiernas garras de esta invocahuesos?

La mujer morena se acercó a ellos.

—¿Qué planeas, mago?

Ben el Rápido se giró y la miró.

—Un acuerdo, invocahuesos, para que todo el mundo gane.

La mujer lanzó una sonrisa desdeñosa.

—Nadie gana. Jamás. Déjamelo a mí ahora.

—¿Tan importante es para ti el voto, t'lan? Creo que no. Eres de carne y hueso, tú no participaste en el ritual.

—No he de respetar ningún voto —respondió ella—. Actúo en nombre de mi hermano.

—¿Tu hermano? —preguntó Paran al tiempo que envainaba la espada y se reunía con ellos.

—Onos T'oolan. Que conoció a un mortal y lo llamó hermano.

—Me imagino que tal honor no es… frecuente —admitió Paran—, ¿pero qué tiene que ver con el Vidente?

La mujer bajó la cabeza y miró al jaghut atado.

—Para responder a la muerte de Toc el Joven, hermano de Onos T'oolan, debo matarte, Vidente.

Paran se la quedó mirando sin poder creer que acabara de oír aquel nombre.

La respuesta del jaghut fue una mueca hosca que le llevó a descubrir los colmillos inferiores.

—Deberías habernos matado la primera vez —dijo después—. Sí, te recuerdo. A ti y tus mentiras.

—¿Toc el Joven? —preguntó Ben el Rápido—. ¿De la hueste de Unbrazo? Pero…

—Se perdió —dijo Paran—. Lo arrojó Mechones a una senda caótica.

El mago fruncía el ceño.

—¿Y aterrizó en el regazo del Vidente? No me resulta…

—Apareció aquí —interpuso la mujer—. En Alborada. El Vidente interrumpió su viaje al norte, iba a reunirse con los suyos, un viaje que, por un tiempo, compartió con Onos T'oolan. El Vidente torturó al mortal, lo destruyó.

—¿Toc está muerto? —preguntó Paran, sentía que todo le daba vueltas en la cabeza.

—Vi su cuerpo, sí. Y ahora, haré sufrir a este jaghut un dolor similar.

—¿Es que no lo has hecho ya? —siseó el jaghut.

El rostro de la invocahuesos se tensó.

—Espera —dijo Ben el Rápido, que en ese momento la miraba a ella y a Paran—. Escúchame, por favor. Yo también conocía a Toc y lamento su pérdida. Pero no cambia nada, ni aquí ni ahora. —Se volvió una vez más hacia el Vidente—. Sigue ahí dentro, ¿lo sabes?

El jaghut se estremeció y abrió mucho los ojos.

—¿No lo entiendes? La matrona solo podía llevarse a uno. A ti.

—No…

—Tu hermana sigue ahí. Su alma sella la herida. Así es como se curan las sendas, así evitan que la hemorragia afecte a otras sendas. La primera vez fue la matrona, la k'chain che'malle. Ha llegado la hora, Vidente, de hacerla regresar. El Embozado sabrá que hará el finnest una vez que lo liberes, una vez que lo metas en ese desgarro…

El jaghut consiguió esbozar una sonrisa funesta.

—¿Para liberar a mi hermana? ¿Para qué? Qué necio. Qué necio, ciego y estúpido. Pregúntale a la invocahuesos. ¿Cuánto tiempo íbamos a sobrevivir en este mundo? Los t'lan imass nos darán caza de inmediato. Libero a mi hermana, ¿para qué? Una vida corta y siempre huyendo; lo recuerdo, mortal. ¡Lo recuerdo bien! Lo que tuvimos que correr. Nunca dormíamos lo suficiente. Recuerdo a madre, que nos llevaba en brazos y resbalaba en el barro… —Movió la cabeza un instante—. ¡Ah, y cómo te recuerdo a ti, invocahuesos! Tú nos metiste en esa herida, tú…

—Me equivoqué —dijo la mujer—. Pensé, creí… que era un portal a Omtose Phellack.

—¡Mentirosa! Puede que seas de carne y hueso, pero en tu odio por los jaghut no eres diferente de tus hermanos no muertos. No. Habías descubierto un destino más horrible para nosotros.

—No. Creía que os estaba salvando.

—¿Y nunca supiste la verdad? ¿No te diste cuenta?

Paran observó que la expresión de la mujer se cerraba, que sus ojos se endurecían.

—No vi forma de deshacer lo que había hecho.

—¡Cobarde! —chilló el jaghut.

—Se acabó —interpuso Ben el Rápido—. Ahora podemos arreglarlo. Devuelve a la matrona a la herida, Vidente. Recupera a tu hermana.

—¿Por qué? ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Para ver cómo los t'lan imass nos cortan en pedazos a los dos?

—Tiene razón —dijo la mujer—. De todos modos, jaghut, mejor eso que una eternidad de dolor como la que sufre ahora tu hermana.

—Solo tengo que esperar. Un día —siseó el Vidente—, algún idiota se topará con este sitio, sondeará, meterá la mano en el portal…

—¿Y hará el intercambio? Liberará a tu hermana.

—¡Sí! ¡Sin que lo vean o lo sepan los t'lan imass! Sin…

—Una niña pequeña —dijo Ben el Rápido—. Sola. En un yermo. Tengo una idea mejor.

El jaghut enseñó los dientes en un bufido silencioso.

El mago se agachó sin prisas junto al Vidente.

—Omtose Phellack. Tu senda está asediada, ¿no es verdad? Los t'lan imass abrieron una brecha hace ya mucho tiempo. Y ahora, siempre que se desvela, ellos lo saben. Saben dónde está y vienen…

El jaghut se limitó a mirarlo, furioso.

Ben el Rápido suspiró.

—El caso es, Vidente, que he encontrado un lugar para ella. Un lugar que puede permanecer… oculto. Fuera del alcance de los t'lan imass, que no podrán detectarla. Omtose Phellack puede sobrevivir, Vidente, con todo su poder. Sobrevivir, y curarse.

—Mentiras.

El monigote que tenía en el pecho habló entonces.

—Escucha a este mago, jaghut. Te ofrece un favor que no te mereces.

Paran carraspeó antes de hablar.

—Vidente. ¿Eras consciente de que te estaban manipulando? Tu poder… no era Omtose Phellack, ¿verdad?

—Usé —dijo el jaghut entre dientes— lo que pude encontrar.

—La senda del Caos, sí. En su interior hay atrapado un dios herido. El Encadenado, una criatura de un poder inmenso, una criatura que sufre y que solo busca la destrucción de este mundo, de todas las sendas, incluyendo a Omtose Phellack. Es indiferente a tus deseos, Vidente, y te ha estado utilizando. Peor aún, el veneno de su alma ha estado hablando… a través de ti. Ha estado medrando gracias al dolor y al sufrimiento… a través de ti. ¿Desde cuándo a los jaghut les interesa solo la destrucción? Ni siquiera los tiranos gobernaban con tanta crueldad como lo has hecho tú. Dime, Vidente, ¿todavía te sientes tan retorcido en tu interior? ¿Todavía te complaces pensando en causar dolor?

El jaghut se quedó callado durante un buen rato.

Dioses, Ben el Rápido, espero que tengas razón. Espero que la locura de este Vidente no fuera suya. Que haya desaparecido, que se la hayan arrancado…

—Me siento —dijo el jaghut con voz ronca— vacío. Con todo, ¿por qué debería creerte?

Paran estudió al jaghut antes de hablar.

—Suéltalo, Ben.

—Oye, espera…

—Déjalo ir. No puedes negociar con un prisionero y esperar que crea algo de lo que le estás diciendo. Vidente, el lugar que Ben el Rápido tiene en mente… Nadie, nadie será capaz de manipularte allí. Y lo que quizá sea más importante, dispondrás de la oportunidad de hacer que el Encadenado pague por su temeridad. Y, por último, tendrás una hermana (todavía una niña), que necesitará curarse. Vidente, te necesitará.

—Confías demasiado en que este jaghut siga conservando algún jirón de honor, integridad y capacidad de sentir compasión —dictaminó la invocahuesos—. Con todo lo que ha hecho, ya fuera por su voluntad o no, deformará a esa niña, como lo han deformado a él.

Paran se encogió de hombros.

—Por suerte para esa niña, entonces, ella y su hermano no estarán solos por completo.

El Vidente entrecerró los ojos.

—¿No estaremos solos?

—Suéltalo, Ben.

El mago suspiró y después se dirigió al monigote que seguía agachado sobre el pecho del jaghut.

—Déjalo ir, Talamandas.

—Seguro que lo lamentamos —respondió la criatura antes de bajarse. La telaraña hechicera parpadeó y después se desvaneció.

El Vidente se puso en pie con esfuerzo. Después dudó, con los ojos puestos en el finnest que sostenía Ben el Rápido.

—Ese otro lugar —susurró al fin mientras miraba a Paran —, ¿está lejos?

La niña jaghut, una niña de muy pocos años, salió de la senda herida como si estuviera perdida, con las manitas plegadas en el regazo de un modo que debía de haber aprendido de su madre, muerta tanto tiempo atrás. Un detalle pequeño, pero que le daba una dignidad desgarradora que inundó de lágrimas los ojos de Paran.

—¿Qué recordará? —susurró Kilava.

—Esperemos que nada —respondió Ben el Rápido—. Talamandas y yo nos, eh, ocuparemos de eso.

Un suave sonido del Vidente llamó la atención de Paran. El jaghut permanecía allí, temblando, con los ojos inhumanos clavados en la niña que se acercaba, que ya los había visto y que, sin embargo era obvio que buscaba a otra persona mientras ralentizaba sus pasos.

—Ve con ella —le dijo Paran al Vidente.

—Recuerda… a un hermano.

—Y ahora encuentra a un tío.

Con todo, el jaghut dudó.

—A los jaghut no se nos conoce por… por nuestra compasión entre nuestra familia carnal, nuestros parientes…

Paran hizo una mueca.

—¿Y a nosotros los humanos sí? No eres el único al que le cuestan estas cosas. Es mucho lo que tienes que reparar, painita, comenzando con lo que hay en tu interior, con lo que has hecho. En eso, deja que la niña, tu hermana, sea tu guía. Vete, maldito seas, os necesitáis.

El jaghut avanzó con un tambaleo, después dudó de nuevo y se echó hacia atrás para mirar a Paran a los ojos.

—Humano, lo que le he hecho… a tu amigo, a Toc el Joven, ahora lo lamento. —Su mirada se posó entonces en Kilava—. Dijiste que tienes parientes, invocahuesos. Un hermano.

La mujer negó con la cabeza, como si anticipara su pregunta.

—Es t'lan imass. Participó en el ritual.

—Parece entonces que, como yo, tienes una gran distancia que recorrer.

La mujer ladeó la cabeza.

—¿Recorrer?

—El camino de la redención, invocahuesos. Has de saber que no puedo perdonarte. Todavía no.

—Ni yo a ti.

El otro asintió.

—Los dos tenemos mucho que aprender aún. —Y con eso se volvió de nuevo, irguió la espalda y se acercó a su hermana.

La pequeña sabía reconocer a los suyos y todavía no la habían despojado del amor, de la necesidad de estar con los suyos. Y antes de que el painita empezara a tenderle las manos, ella ya le había abierto los brazos.

Las paredes curvas y onduladas de la inmensa cueva chorreaban un cieno acuoso. Paran se quedó mirando al gigante más cercano tachonado de diamantes, con sus inmensos brazos alzados hacia el techo. Parecía estar disolviéndose ante sus ojos. La infección de la carne de Ascua era demasiado aparente en las vetas inflamadas que irradiaban de un lugar que tenían justo encima de ellos.

El gigante no estaba solo; la caverna entera, en todas direcciones, hasta donde alcanzaba la vista, revelaba a más de aquellos enormes e infantiles sirvientes. Si eran conscientes de la presencia de los recién llegados, no se les notaba.

—Duerme —murmuró Kilava—, para soñar.

Ben el Rápido le lanzó una mirada, pero no dijo nada. El mago parecía estar esperando algo.

Paran bajó la cabeza y miró al monigote, Talamandas.

—Tú fuiste barghastiano una vez, ¿verdad?

—Sigo siéndolo, señor de la Baraja. Mis dioses recién nacidos siguen en mi interior.

De hecho, en tu interior hay más de la presencia del Embozado que de tus dioses barghastianos. Pero el capitán se limitó a asentir.

—Gracias a ti Ben el Rápido pudo usar sus sendas.

—Sí, pero soy mucho más que eso.

—No me cabe duda.

—Aquí viene —anunció Ben el Rápido con tono aliviado.

Paran se volvió y vio una figura que se acercaba por el largo y serpenteante túnel. Una anciana, envuelta en andrajos, cojeando y con dos bastones.

—¡Bienvenida! —exclamó Ben el Rápido—. No estaba seguro…

—¡Los jóvenes carecen de fe y tú, serpiente del desierto, no eres ninguna excepción! —La mujer se apoyó en un único bastón y hurgó entre los pliegues de su manto por un instante antes de sacar una pequeña piedra—. Me dejaste esto, ¿verdad? Tu llamada fue escuchada, mago. Bueno, ¿y dónde están esos feroces jaghut? Ah, y además una soletaken invocahuesos. Vaya, qué compañía más extraordinaria, ¡qué cuento debe de haber sido el que ha logrado reuniros a todos! No, no me lo contéis, no me interesa tanto. —La mujer se detuvo delante del Vidente y estudió a la niña que llevaba en los brazos antes de levantar su perspicaz mirada—. Soy una vieja —siseó—. Elegida por la diosa Dormida para ayudarte a cuidar a tu hermana. Pero antes debes desvelar tu senda. Con el frío lucharás contra esta infección. Con el frío, ralentizarás la disolución, endurecerás a esta legión de sirvientes. Omtose Phellack, jaghut. Libérala. Aquí. Ascua va a abrazarte ya.

Paran hizo una mueca.

—No has elegido las mejores palabras.

La antigua bruja lanzó un graznido.

—Pero son palabras que entenderá, ¿no?

—No a menos que tengas intención de matarlo.

—No seas pedante, soldado. Jaghut, tu senda.

El Vidente asintió y desveló Omtose Phellack.

El aire se hizo de repente cortante, frío, la escarcha y el hielo dibujaron una bruma en el aire.

Ben el Rápido sonreía.

—¿Lo bastante frío para ti, bruja?

La mujer graznó otra vez.

—Sabía que no eras tonto, serpiente del desierto.

—A decir verdad, tendré que darle las gracias a Rapiña por darme la idea. La noche que me crucé con el dios Tullido. Eso y tus insinuaciones sobre el frío.

La bruja se giró para mirar furiosa a Kilava.

—Invocahuesos —le soltó—. Escúchame bien, esta senda no sufrirá tus ataques ni los de los tuyos. No has de contarle a nadie nada de esto, la última manifestación de Omtose Phellack.

—Te entiendo, bruja. Empieza aquí, al parecer, mi propio camino a la redención. He desafiado a los míos lo suficiente como para no sentir demasiados remordimientos por hacerlo una vez más. —Se volvió hacia Ben el Rápido—. Y ahora, mago, me gustaría irme. ¿Querrás sacarnos de este sitio?

—No, será mejor que nos saque el señor de la Baraja, así no quedarán rastros.

Paran parpadeó, sorprendido.

—¿Yo?

—Dibuja una carta, capitán. En tu mente.

—¿Una carta? ¿De qué?

El mago se encogió de hombros.

—Piensa en algo.

Los soldados habían colocado los tres cuerpos a un lado y los habían cubierto con capas de lluvia de reglamento. Rezongo vio a Korlat de pie cerca de ellos, dándole la espalda.

El daru se encontraba junto al camino de los mercaderes, más allá del cual vio que yacía Itkovian. Inmóvil, abandonado a lo lejos.

Los t'lan imass habían desaparecido.

Las Espadas Grises supervivientes se iban acercando poco a poco a Itkovian, a pie, con la excepción del tuerto Anaster, que iba a lomos de su percherón y no parecía muy afectado por nada, incluyendo la inmensa montaña flotante que se cernía sobre el risco del norte y arrojaba una profunda mortaja sobre el bosque y los parques.

En la cima de la colina, mirando la ciudad oscura, se encontraba Caladan Brood, flanqueado por Humbrall Taur a la derecha y Hetan y Cafal a la izquierda.

Rezongo vio que salía en una fila irregular por la puerta norte el ejército superviviente de Dujek. Quedaban muy pocos. Estaban metiendo carretas rhivi en Coral, con los fondos vacíos para la inminente carga de cuerpos. El atardecer caería en menos de una campanada, la noche que tenían por delante sería muy larga.

Una tropa de oficiales malazanos encabezados por Dujek había llegado a la base de la colina. Entre ellos, un vidente del Dominio que representaba a las fuerzas del Dominio, que se habían rendido.

Rezongo se acercó adonde esperaban Brood y los barghastianos.

El puño supremo había oído la noticia, Rezongo se lo notó en los hombros caídos, en el modo en que se pasaba la única mano por el rostro envejecido una y otra vez, el espíritu del hombre tan clara y absolutamente roto.

Se abrió una senda a la derecha de Brood y salieron de ella media docena de malazanos encabezados por Artanthos. Lucían uniformes brillantes e inmaculados bajo las expresiones graves.

—¿Espada mortal?

Rezongo se volvió al oír la voz. Una de las mujeres mayores de su legión se encontraba ante él.

—¿Sí?

—Nos gustaría izar el Estandarte del Niño, espada mortal.

—Aquí no.

—¿Señor?

Rezongo señaló más abajo, al campo de la muerte.

—Allí, entre nuestros caídos.

—Señor, eso está a oscuras.

El guerrero asintió.

—Así es. Ízalo allí.

—Sí, señor.

—Y se acabaron los títulos y los honores. Me llamo Rezongo. Soy escolta de caravanas y de momento carezco de empleo.

—Señor, eres la espada mortal de Trake.

Rezongo la miró con los ojos entrecerrados.

La mujer apartó los ojos y los posó en el campo de la muerte.

—Un título que ha costado sangre, señor.

Rezongo se estremeció, apartó la mirada y se quedó callado un largo rato. Después asintió.

—De acuerdo. Pero no soy soldado. Odio la guerra. Odio matar. —*Y no quiero volver a ver otro campo de batalla en mi vida*.

Al oír eso, la soldado se limitó a encogerse de hombros y partió a reunirse con su escaso pelotón.

Rezongo volvió a mirar la reunión de dignatarios.

Artanthos (Tayschrenn) estaba haciendo las presentaciones. El embajador Aragan (un hombre alto con cicatrices de batalla, que parecía sufrir un dolor de cabeza perpetuo) había llegado para hablar en nombre de la

emperatriz Laseen sobre el gobierno de Coral Negro. No eran más que un puñado de parásitos.

Brood respondió que las negociaciones formales tendrían que aguardar a la llegada de Anomander Rake, al que se esperaba en breve.

La mirada de Rezongo volvió a posarse en Dujek, que acababa de llegar con sus oficiales. Los ojos del puño supremo se habían clavado en Korlat, al otro extremo, y en los tres cuerpos cubiertos que yacían sobre la hierba. La lluvia seguía cayendo y el hedor a quemado impregnaba el aire y descendía como una mortaja.

Sí, este día termina con cenizas y lluvia.

Con cenizas y lluvia.

Corre, eco de gloria y alegría de la memoria. Cabalgó sobre la sensación, la huida del dolor, de las prisiones de hueso, de los brazos inmensos, húmedos y cubiertos de escamas, de un lugar sin viento, sin luz, sin calor.

De la carne gélida. Pálida, hervida. Negra, carbonizada. De dedos entumecidos y deformados que metían los bocados en una boca que, al masticar, se llenaba de su propia sangre. De la piedra fría y dura con su pátina de grasa humana.

Carne contaminada, el hedor de las manchas de excrementos…

Corre…

Una explosión de dolor consumida en una carga repentina. Sangre en las venas. El aliento que entraba entrecortado y, sin embargo, una bocanada profunda, tan profunda que entraba en unos pulmones sanos.

Abrió el único ojo.

Toc miró a su alrededor. Estaba sentado en un caballo de lomos amplios. Lo rodeaban soldados vestidos de gris que lo estudiaban bajo unos cascos gastados por la guerra.

Estoy… estoy entero.

Sano.

Yo…

Se adelantó una mujer con armadura.

—¿Quieres dejar a tu dios ahora, señor?

¿Mi dios? Vestiduras de carne muerta, alma dura de jaghut, no… no es un dios. El Vidente. Atenazado por el miedo. Marcado por la traición.

¿Mi dios?

Corre. Libre. La bestia.

El lobo.

Togg.

Mi tocayo…

—Te ha liberado, señor, pero no quiso hacer petición alguna. Sabemos que tu alma ha corrido con los dioses lobo. Pero estás una vez más en el reino mortal. El cuerpo en el que ahora te encuentras ha sido bendecido. Ahora es tuyo. Con todo, señor, debes elegir. ¿Quieres dejar a tus dioses?

Toc se estudió los brazos, los músculos de los muslos. Las manos de dedos largos. Levantó una y se tocó la cara. Una cicatriz fresca que se había llevado el mismo ojo. Daba igual. Ya se había acostumbrado. Un cuerpo joven, más joven de lo que había sido.

Bajó la cabeza y miró a la mujer y luego al círculo de soldados.

—No —dijo.

Los soldados hincaron una rodilla en el suelo y bajaron la cabeza. La mujer sonrió.

—Tu compañía te da la bienvenida, espada mortal de Togg y Fanderay.

Espada mortal.

Entonces correré una vez más…

En la senda de Tellann, Lanas Tog llevó a Zorraplateada al borde de un amplio valle. Lo llenaban los clanes reunidos de los t'lan imass. De pie, inmóviles…

Y sin embargo, diferentes.

¿Aliviados de sus cargas?

La invadió el dolor y el pesar. *Os he fallado a todos… de tantos modos diferentes*…

Pran Chole se adelantó. El invocahuesos no muerto ladeó la cabeza para saludarla.

—Invocadora.

Zorraplateada se dio cuenta de que estaba temblando.

—¿Puedes perdonarme, Pran Chole?

—¿Perdonar? No hay nada que perdonar, invocadora.

—Jamás tuve intención de negaros vuestro deseo durante mucho tiempo, solo hasta, hasta…

—Lo entendemos. No tienes que llorar. Ni por nosotros ni por ti misma.

—Yo… os liberaré ahora, como he hecho con los t'lan ay, pondré fin a vuestro voto, Pran Chole, para dejaros libres… y que paséis por la puerta del Embozado, como deseabais.

—No, invocadora.

Zorraplateada se lo quedó mirando, conmocionada y en silencio.

—Hemos oído a Lanas Tog, la guerrera que permanece a tu lado. Hay familiares nuestros, invocadora, a los que están destruyendo en un continente lejano, al sur. No pueden huir de su guerra. Nos gustaría viajar allí. Nos gustaría salvar a nuestros hermanos y hermanas.

»Invocadora, una vez completada esa tarea, regresaremos a verte. En busca del olvido que nos aguarda.

—Pran Chole… —A la mujer se le quebró la voz—. Queréis continuar sufriendo vuestro tormento…

—Debemos salvar a los nuestros, invocadora, si podemos hacerlo. Dentro del voto, nuestro poder permanece intacto. Lo necesitaremos.

Zorraplateada se irguió poco a poco y contuvo su dolor, su temblor.

—Entonces me uniré a vosotros, Pran Chole. Todos. Escalofrío, Velajada, Bellurdan y Zorraplateada.

El invocahuesos se quedó callado durante un largo instante.

—Es un honor para nosotros, invocadora —dijo después.

Zorraplateada dudó un instante antes de hablar.

—Habéis… cambiado. ¿Qué ha hecho Itkovian?

Un mar de cabezas cubiertas por cascos de hueso se inclinó al oír la mención de aquel nombre, por un momento la mujer se quedó sin aliento. *Por el abismo, ¿pero qué ha hecho ese hombre?*

Pran Chole tardó en responder.

—Mira a tu alrededor, invocadora. A la vida que invade ahora este reino. Extiende la mano y siente el poder, aquí, en la tierra.

Zorraplateada frunció el ceño.

—No lo entiendo. Este reino es ahora el hogar de los Tronos de la Bestia. Aquí hay espíritus rhivi… dos dioses lobo…

Pran Chole asintió.

—Y más. Has creado, quizá sin querer, un reino donde se despliega el voto de Tellann. Los t'lan ay… mortales una vez más, ese gesto fue más fácil de lo que habías esperado, ¿no es cierto? Invocadora, Itkovian liberó nuestra almas y

encontró, en este reino que tú creaste, un lugar. Para nosotros.

—Habéis sido… redimidos.

—¿Redimidos? No, invocadora. Solo tú eres capaz de eso. Los t'lan imass han sido despertados. Nuestros recuerdos, nuestra memoria vive una vez más, en la tierra que hay bajo nuestros pies. Y a ellos regresaremos el día que nos liberes. Invocahuesos, no esperábamos nada salvo el olvido con esa liberación. No imaginábamos que era posible una alternativa.

—¿Y ahora? —susurró.

Pran Chole ladeó la cabeza.

—Nos sobrepasa… lo que un hombre mortal abrazó de buena gana. —Se dio la vuelta para bajar de nuevo adonde lo aguardaban los suyos, después se detuvo un momento y volvió a mirarla—. Invocadora.

—Sí.

—Nos espera una tarea… antes de comenzar el largo viaje…

Rapiña se había sentado en una piedra angular manchada de humo, con los ojos apagados de puro agotamiento, mientras miraba a los rhivi pasar entre los escombros en busca de más cuerpos. Había soldados painitas por los alrededores, pero iban desarmados; al parecer los únicos ciudadanos que quedaban en la ciudad estaban muertos o roídos, poco más que huesos.

Los abrasapuentes que habían muerto dentro de la fortaleza ya habían dejado la ciudad en una carreta; Rapiña y su exiguo pelotón habían sacado a la mayor parte al salir, cuando la estructura había comenzado a derrumbarse a su alrededor. Habían encontrado, y recuperado, un puñado de

cuerpos más por medio de la hechicería de los tiste andii, algunos de los cuales todavía continuaban por la zona, como si esperaran algo, o a alguien. Los dos únicos desaparecidos que nadie había encontrado todavía eran Ben el Rápido y Paran, y Rapiña sospechaba que era porque no estaban allí.

Las antorchas iluminaban la zona, una luz débil que luchaba contra la oscuridad antinatural que envolvía la ciudad. El aire hedía a humo y polvo de mortero. De vez en cuando se alzaban gritos de dolor, como recuerdos que los perseguían.

Éramos frágiles. Nos destruyeron hace meses, a las afueras de Pale, solo que nos ha llevado todo este tiempo darnos cuenta a los pocos que quedamos. Seto, Trote. Detoran. Cadáveres que continuaron saludando como buenos soldados…

Mezcla habló a su lado.

—Les dije a los rhivi de nuestra carreta que esperaran fuera de la puerta norte.

Nuestra carreta. La carreta que lleva a los abrasapuentes muertos.

Los primeros en entrar.

Los últimos en salir.

Por última vez.

Un destello de luz de entre los escombros de la fortaleza, una senda que se abría y por la que salían unas figuras. Un mastín lleno de cicatrices, un perro ovejero, por lo que parecía, seguido por lady Envidia y dos seguleh que arrastraban a un tercer guerrero enmascarado entre ellos.

—Bueno —murmuró Mezcla—, y con eso se acaba, ¿no?

Rapiña no estaba muy segura de a qué se refería Mezcla, pero tampoco insistió.

Lady Envidia las había reconocido.

—¡Teniente, querida! Qué alivio verte bien. ¿Te puedes creer la osadía de esa criatura de pelo blanco rellena de espadas…?

—¿Acaso te refieres a mí? —preguntó una voz profunda.

Anomander Rake salió de entre las sombras.

—Si hubiera sabido que estabas dentro de la fortaleza, lady Envidia, habría hecho bajar a Engendro de Luna hasta el suelo.

—¡Oh, cómo se puede decir tal cosa!

—¿Qué estás haciendo aquí? —gruñó el hijo de la Oscuridad.

—Oh, esto y aquello, amor mío. No tienes un aspecto demasiado marcial esta tarde, porque sigue siendo por la tarde, ¿verdad? Es difícil saberlo aquí.

—Vaya —susurró Mezcla—, estos dos compartieron una historia.

—No me digas —dijo Rapiña en voz baja y con tono cansado—, ¿y tú cómo te has enterado?

Maldita dama, ni una sola arruga en esa telaba. Ese sí que es un mundo muy diferente del mío. Y sin embargo, allí estuvimos, una al lado de la otra, en ese pasillo.

Anomander Rake miraba a la mujer que tenía delante.

—¿Qué quieres, Envidia?

—Pero bueno, he atravesado medio continente, hombre desagradecido, para traerte un mensaje de la mayor importancia.

—Escuchémoslo, entonces.

Lady Envidia parpadeó y miró a su alrededor.

—¿Aquí, amor mío? ¿No preferirías que fuera en un lugar un poco más… privado?

—No. Tengo cosas que hacer. Escúpelo ya.

La mujer se cruzó los brazos.

—Entonces lo haré, aunque solo los dioses saben por qué me molesto en continuar de humor tan generoso y valiente…

—Envidia.

—Muy bien. Óyeme, entonces, tú que empuñas a *Dragnipur*. Mi querido padre, Draconus, fragua la manera de escapar de las cadenas que lo atan a la espada. ¿Cómo lo sé? La sangre me susurra, Anomander.

El señor de Engendro de Luna lanzó un gruñido.

—Me sorprende que le haya llevado tanto tiempo. Bueno, ¿y qué?

Envidia abrió mucho los ojos.

—¿Qué es esto, un farol o una locura? Por si se te había olvidado, ¡trabajamos como posesos para asesinarlo la primera vez!

Rapiña miró a Mezcla y la vio allí de pie, contemplando con la boca abierta a Rake y Envidia.

—No recuerdo que tú hicieras mucho en su momento —sentenció Anomander Rake—. Te limitaste a quedarte allí y observar la batalla…

—¡Exacto! ¿Y qué crees que le pareció eso a mi padre?

El señor de Engendro de Luna se encogió de hombros.

—Sabía de sobra que no podía pedirte ayuda, Envidia. En cualquier caso, tomo nota de tu advertencia, pero no hay mucho que se pueda hacer, al menos hasta que Draconus se las arregle de verdad para liberarse.

La mujer entrecerró los ojos oscuros.

—Dime, querido, ¿qué sabes del señor de la Baraja, si es que sabes algo?

Rake alzó las cejas.

—¿Ganoes Paran? ¿El mortal que caminó dentro de *Dragnipur?* ¿El que envió a los dos mastines de Sombra por la puerta de Kurald Galain?

Envidia dio una patada en el suelo.

—¡Eres insufrible!

El señor de los tiste andii se dio la vuelta.

—Ya hemos hablado suficiente, Envidia.

—¡Encontrarán una forma de romper la espada!

—Sí, es posible.

—¡Tu vida se tambalea sobre el capricho de un hombre mortal!

Anomander Rake se detuvo y se dio la vuelta para mirarla.

—Entonces será mejor que ande con cuidado, ¿no? —Un momento después continuó su camino y se perdió entre la multitud de tiste andii.

Envidia partió tras él siseando, exasperada.

Mezcla se giró despacio para mirar a Rapiña.

—¿Ganoes Paran? ¿El capitán?

—Ya le darás vueltas en otro momento —respondió Rapiña—. En cualquier caso, al final no tiene nada que ver con nosotros. —Se irguió poco a poco—. Reúnelos, Mezcla. Nos vamos a la puerta norte.

—Sí, señor. No debería llevarnos mucho.

—Estaré junto al arco.

—¿Teniente? ¿Rapiña?

—¿Qué?

—Hiciste lo que pudiste.

—Pero no fue suficiente, ¿verdad? —Sin esperar respuesta, Rapiña se puso en camino. Los tiste andii se hicieron a ambos lados para dejarla pasar y la teniente se acercó al arco ennegrecido.

—Un momento.

Rapiña se volvió y vio acercarse a Anomander Rake.

Los ojos de Rapiña evitaron sin querer la mirada dura e inhumana del tiste andii.

—Me gustaría acompañarte —dijo Rake.

Perturbada por la atención, Rapiña volvió la cabeza y miró a lady Envidia, que en ese momento estaba muy ocupada examinando al guerrero seguleh inconsciente. *Eres una mujer muy valiente, señora; ni siquiera te estremeciste*.

El hijo de la Oscuridad debió de seguir su mirada porque suspiró.

—No tengo interés alguno en reanudar esa conversación concreta, teniente. Y si esa dama decidiera despertar a ese seguleh, y dado que está de humor, bien podría hacerlo, bueno, tampoco tengo intención de reanudar esa vieja discusión. Supongo que tu pelotón y tú os dirigís al puesto de mando, al norte de la ciudad.

¿Allí íbamos? Ni me lo había planteado. Rapiña asintió.

—¿Me permites que me una a vosotros, entonces?

¡Por todos los dioses del inframundo! Rapiña respiró hondo antes de hablar.

—No somos una compañía muy agradable en este momento, señor.

—No, desde luego. Pero sois una compañía encomiable.

La mujer lo miró a los ojos, asombrada.

Rake hizo una mueca.

—Lamento haber llegado tarde. Tampoco era consciente que había soldados malazanos dentro de la fortaleza.

—No habría importado, mi señor —dijo Rapiña, que consiguió de algún modo encogerse de hombros—. Por lo que he oído, a las compañías de Dujek no se les ahorraron sufrimientos por no estar en la fortaleza.

Anomander Rake apartó los ojos un momento y los entrecerró.

—Una conclusión triste para la alianza.

Los abrasapuentes que quedaban se habían acercado y escuchaban en silencio. Rapiña fue consciente de repente

de su presencia, de las palabras que habían escuchado de esa conversación y de las cosas que quedaban por decir.

—Esa alianza —dijo— era sólida en lo que a nosotros se refería. —*Nosotros. Los que tienes ahora delante de ti*.

Puede que el tiste andii lo comprendiera.

—Entonces me gustaría caminar con mis aliados, teniente, una vez más.

—Sería un honor para nosotros, señor.

—Al puesto de mando al norte de la ciudad.

—Sí, señor.

El señor de los tiste andii suspiró.

—Hay un soldado caído al que me gustaría… presentar mis respetos…

Sí, la noticia más triste que hemos oído en este día.

—A todos nos gustaría, mi señor.

Rake permaneció a su lado mientras caminaba con los cinco soldados supervivientes de los Abrasapuentes tras ellos.

Se colocó a su lado con los ojos, como los de él, posados en las figuras que se reunían en la cima de la colina, a su alrededor.

—¿Sabes lo que me encantaría?

Rezongo sacudió la cabeza.

—No, Piedra, ¿qué es lo que te encantaría?

—Que Harllo estuviera aquí.

—Sí.

—Aunque me conformaría con tener aquí su cuerpo. Su sitio es este, con estos otros caídos. No bajo un montón de piedras en medio de ninguna parte.

Harllo, ¿fuiste la primera muerte de esta guerra? ¿Nuestra andrajosa tropa fueron los primeros aliados que se

unieron a la causa?

—¿Te acuerdas del puente? —preguntó Piedra—. Todo destrozado, Harllo pescando desde los cimientos. Vimos Engendro de Luna, ¿verdad? Por el sur, flotando hacia el este. Y ahora, aquí estamos, bajo la sombra de esa maldita cosa.

Caladan Brood y Dujek se acercaban a Korlat, que continuaba de pie junto a los tres cuerpos cubiertos. Detrás de ellos, Tayschrenn, de cuyo semblante había desaparecido la pátina hechicera de juventud.

Había un silencio antinatural en el aire oscuro, un silencio por el que sus voces se transmitían con facilidad.

Dujek había pasado junto a Korlat y se había arrodillado ante los tres malazanos caídos.

—¿Quién estaba aquí? —dijo entre dientes al tiempo que levantaba la mano para frotarse la cara—. ¿Quién vio lo que pasó?

—Yo —respondió Korlat sin inflexión alguna—. Y Tayschrenn. En cuanto apareció Zorraplateada, Kallor nos golpeó a los dos primero para asegurarse de que seríamos incapaces de reaccionar. No creo que anticipara que Whiskeyjack y las dos marineras se iban a interponer en su camino. Lo retrasaron el tiempo suficiente para que Tayschrenn pudiera recuperarse. Kallor se vio obligado a huir junto a su nuevo amo, el dios Tullido.

—¿Whiskeyjack cruzó la espada con Kallor? —Dujek apartó la capa de lluvia del cuerpo de Whiskeyjack y estudió en silencio a su amigo—. Esta pierna destrozada… ¿fue la responsable…?

Rezongo vio que Korlat, que todavía se encontraba detrás de Dujek, dudaba un momento antes de hablar.

—No, puño supremo. Se rompió después del golpe mortal.

Tras un largo instante, Dujek sacudió la cabeza.

—No hacíamos más que decirle que se la hiciera curar bien. «Más tarde», decía. Siempre «más tarde». ¿Estás segura, Korlat, que se rompió después?

—Sí, puño supremo.

Dujek frunció el ceño con los ojos clavados en el soldado muerto que tenía delante.

—Whiskeyjack era un magnífico espadachín… Solía practicar con Dassem Ultor y a Dassem le llevaba un rato vencerlo. —Giró la cabeza y miró por encima del hombro a Korlat y después a Tayschrenn—. Y con dos marineras en los flancos… ¿cuánto tiempo tardaste en recuperarte, mago supremo?

Tayschrenn hizo una mueca y le lanzó a Korlat una mirada antes de contestar.

—Solo unos momentos, Dujek. Aunque fue… demasiado tarde.

—Puño supremo —dijo Korlat—, la pericia de Kallor con la espada… es un guerrero formidable.

Rezongo vio que el ceño de la cara de Dujek se profundizaba.

—Ahí hay algo raro. La pierna rota tuvo que ser lo primero —murmuró Piedra por lo bajo.

Rezongo estiró la mano y la cogió del brazo, después sacudió la cabeza. *No, Korlat tiene que tener una buena razón para decir eso. Para… mentir así*.

Piedra entrecerró los ojos, pero no dijo nada.

Dujek se irguió con un suspiro áspero.

—He perdido a un amigo —dijo.

Por alguna razón, la cruda sencillez de aquella afirmación atravesó el corazón de Rezongo. Sintió que respondía con una punzada de dolor, de pena, que invadía su interior.

Harllo… amigo mío.

Itkovian…

Rezongo se giró y parpadeó a toda prisa.

Había llegado Anomander Rake, la gran cuervo Arpía aleteaba sin mucho entusiasmo para apartarse de su camino. Junto al hijo de la Oscuridad, Rapiña. Rezongo vio a otros abrasapuentes tras ellos: Mezcla, Mazo, Azogue, Eje y Perlazul. Con las armaduras hechas trizas, costras de sangre antigua y los ojos sin vida.

En las laderas comenzaban a reunirse los supervivientes de la hueste de Unbrazo. A Rezongo le pareció que había menos de un millar. Algo más allá, barghastianos y rhivi, tiste andii y el resto del ejército de Brood. Silenciosos, se reunieron allí para honrar a los caídos.

El sanador, Mazo, se acercó directamente adonde yacía el cuerpo de Whiskeyjack.

Rezongo observó que los ojos del sanador estudiaban las heridas y que comprendía la verdad. El hombretón se echó hacia atrás con un tambaleo y, rodeándose con los brazos, pareció derrumbarse por dentro. Dujek se acercó a él a tiempo de sujetarlo y ayudarlo a sentarse en el suelo.

Algunas heridas nunca se curan y ese hombre acaba de sufrir una de ellas. Ojalá Dujek hubiera dejado a Whiskeyjack oculto bajo la capa de lluvia…

Anomander Rake estaba al lado de Korlat. No dijo nada durante un buen rato y después se giró.

—Korlat, ¿cómo vas a responder?

La tiste andii contestó con tono inexpresivo.

—Orfantal está listo, mi señor. Mi hermano y yo iremos a dar caza a Kallor.

Rake asintió.

—Cuando lo encontréis, no lo matéis. Se ha ganado los servicios de *Dragnipur*.

—Así se hará, mi señor.

El hijo de la Oscuridad miró entonces a los otros.

—Puño supremo Dujek. Mago supremo Tayschrenn. Engendro de Luna se muere y por tanto ha sido abandonado por mi pueblo. Lo enviaremos al este, sobre el océano; el poder de su interior se consume, así que no tardará en asentarse bajo las olas. Solicito que estos tres malazanos caídos, asesinados por un traidor que Caladan Brood y yo trajimos aquí, que estos tres malazanos sean enterrados en Engendro de Luna. Es, creo, un sarcófago digno de ellos.

Nadie dijo nada.

Rake miró entonces a Rapiña.

—Y solicito que los muertos de los Abrasapuentes también sean enterrados allí.

—¿Hay sitio para todos nuestros caídos? —preguntó Rapiña.

—Cielos, no. La mayor parte de los aposentos del interior están inundados.

Rapiña respiró hondo y después miró a Dujek.

El puño supremo parecía incapaz de tomar una decisión.

—¿Ha visto alguien al capitán Paran?

No respondió nadie.

—Muy bien. En cuanto a las disposiciones sobre los abrasapuentes caídos, la decisión es tuya, teniente Rapiña.

—Siempre sintieron curiosidad por ver lo que había dentro de Engendro de Luna —dijo la mujer mientras conseguía esbozar una sonrisa irónica—. Creo que les complacería.

En el campamento de suministros improvisado a toda prisa en el parque que había al norte del campo de la muerte, en uno de los bordes, los setecientos veintidós irregulares de Mott se iban reuniendo poco a poco, cada uno

con sacos de arpillera cargados con el botín tomado en la ciudad.

Apoyada en un árbol había una mesa gigantesca, le habían dado la vuelta para revelar la parte inferior pintada. En algún momento alguien le había arrancado las patas, pero eso solo había hecho que fuera más fácil de transportar.

Para cuando alguien lo notó, la imagen pintada ya llevaba un tiempo reluciendo, así que ya se había reunido una multitud notable para mirarla cuando se abrió la senda dentro de la imagen y salieron Paran y Ben el Rápido, seguidos por una mujer baja y musculosa de pelo negro.

Los tres estaban recubiertos de escarcha, que empezó a deshacerse de inmediato en cuanto la senda se cerró tras ellos.

Uno de los irregulares de Mott se adelantó.

—Saludos. Soy el mariscal supremo Negado Tronco y hay algo que me confunde.

Paran, todavía temblando por el brutal aire frío de Omtose Phellack, se quedó mirando al hombre un momento y después se encogió de hombros.

—¿Y qué es, mariscal supremo?

Negado Tronco se rascó la cabeza.

—Bueno, eso es una mesa, no una puerta…

Un rato después, Paran y Ben el Rápido se abrieron camino entre el atardecer hacia el campo de la muerte; el mago se echó a reír sin ruido.

El capitán lo miró.

—¿Qué?

—Humor de aldea, Paran. Consecuencia de charlar con los magos más aterradores que hemos visto jamás.

—¿Magos?

—Bueno, quizá no sea el nombre más apropiado. Brujos les vendría mejor. Brujos que se internan en las ciénagas. Con trozos de corteza en el pelo. Mételos en un bosque y no los vuelves a ver a menos que ellos quieran que los veas. Esos hermanos Tronco son los peores de todos, aunque he oído que hay una única hermana entre ellos a la que no te gustaría conocer jamás.

Paran sacudió la cabeza.

Kilava se había despedido de ellos nada más llegar. Les había dado las gracias a los dos hombres con sencillez, un gesto que Paran presintió que ya en sí mismo era una forma extraordinaria de bajar la guardia, y después se había deslizado entre la oscuridad del bosque.

El capitán y el mago llegaron al camino de los mercaderes y vieron que se enderezaba y trepaba hacia el risco que había delante del campo de la muerte y la ciudad. Engendro de Luna flotaba casi justo encima de ellos y arrojaba una lluvia brumosa. Unos cuantos incendios seguían iluminando Coral, pero parecía que la oscuridad que era Kurald Galain los iba sofocando de algún modo.

El capitán no podía quitarse de la cabeza los últimos acontecimientos. No estaba acostumbrado a ser la mano de la… redención. La liberación de la niña jaghut del portal herido de Alborada lo había dejado aturdido.

Hacía tanto tiempo… a las afueras de Pale. La había sentido, había sentido a esa niña, atrapada en su dolor eterno, incapaz de comprender qué había hecho para merecer lo que le estaba pasando. Creía que iba a encontrar a su madre, eso le había dicho Kilava. Iba de la mano de su hermano…

Pero se lo habían arrancado todo.

De repente se había quedado sola.

Y solo había conocido el dolor.

Durante miles de años.

Ben el Rápido y Talamandas le habían hecho algo a la niña, habían manipulado su hechicería para quitarle todo recuerdo de lo que había pasado. Paran había presentido la implicación directa del Embozado en todo aquello, solo un dios podría lograr tal cosa, no un simple bloqueo de los recuerdos sino un olvido absoluto, como si hubieran limpiado su memoria.

Así pues, la niña había perdido un hermano, pero había encontrado un tío.

Pero no un tío amable. El Vidente lleva consigo sus propias heridas, después de todo…

Y el reino de Ascua había encontrado nuevos habitantes. Se había convertido en el hogar de una senda antigua.

«Memorias del hielo», había dicho Ben el Rápido. «Hay calor dentro de este veneno caótico, calor suficiente para destruir a esos sirvientes. Necesitaba encontrar un modo de ralentizar la infección, de debilitar el veneno. Se lo había advertido al dios Tullido, ¿sabes? Le había dicho que me iba a interponer en su camino. Lo hemos derribado, ¿sabes?»

Paran sonrió para sí al recordarlo. El ego de los dioses no tenía ni punto de comparación con el de Ben el Rápido. Con todo, el mago se había ganado el derecho a disfrutar de su feroz satisfacción, ¿no? Se habían llevado al Vidente delante de las narices de Anomander Rake. Habían reparado un antiguo daño y habían tenido la suerte de tener a Kilava presente para que participara en la redención. Habían eliminado la amenaza del Vidente del continente. Y por último, a través de la conservación de Omtose Phellack, habían frenado la infección del dios Tullido, que ya solo podía arrastrarse con pesadez.

Y le hemos devuelto su vida a una niña.

—Capitán —murmuró Ben el Rápido mientras levantaba una mano para tocarle un hombro.

Allí delante, tras los últimos árboles, una multitud de figuras cubrían las laderas de una colina ancha y plana. Con antorchas como estrellas vacilantes.

—No me gusta la pinta que tiene esto —murmuró el mago.

Cuando se disipó la oscuridad, los cuerpos habían desaparecido, los de la cima de la colina y los del fondo de la carreta que Rapiña y sus soldados habían llevado a un lado del camino inferior. No había habido nada elaborado en el enterramiento. La disposición de los caídos dentro del inmenso edificio flotante quedaba en manos de los tiste andii, del propio Anomander Rake.

Rezongo se volvió y levantó la cabeza para estudiar a Engendro de Luna. Inclinada como un borracho, la estructura se deslizó hacia el mar y tapó el brillo creciente de las estrellas que habían empezado a pintar de plata la tierra. La oscuridad natural de la noche no tardaría en tragársela entera.

Cuando Engendro de Luna se llevó su sombra con él, se reveló en el risco del otro lado del camino de mercaderes una pequeña reunión de soldados que habían tomado posiciones en un semicírculo, alrededor de unas andas modestas y un montón de piedras.

Rezongo tardó un momento en comprender lo que estaba viendo. Estiró el brazo y atrajo a Piedra hacia él.

—Ven —le susurró.

La mujer no protestó cuando su compañero la sacó de la colina y bajaron la ladera entre filas silenciosas y fantasmales que se separaban para dejarlos pasar. Cruzaron

el camino y la zanja poco profunda, y después subieron la ladera que llevaba al risco donde el restante centenar de Espadas Grises se alzaban para honrar al hombre que, en otro tiempo, había sido el yunque del escudo de Fener.

Alguien seguía de lejos a Rezongo y Piedra, pero ninguno de los dos se dio la vuelta para ver quién era.

Llegaron a la pequeña reunión.

Habían limpiado los uniformes y pulido las armas. Rezongo vio, en medio de lo que en su mayor parte eran mujeres capan y demacrados reclutas tenescowri, a Anaster, todavía a lomos de su caballo. Los ojos felinos de la espada mortal se entrecerraron al posarse sobre aquel joven tuerto y extraño. *No, no es lo que era. Ya no está… vacío. ¿En qué se ha convertido que ahora es como si fuera mi… rival?*

La destriant era la que más cerca estaba de la forma inerte que yacía sobre las andas, y parecía estudiar el rostro de Itkovian, pálido como la muerte. Al otro lado de las andas habían cavado un pozo poco profundo, con tierra amontonada a un lado y varias piedras grandes al otro. Una tumba modesta aguardaba a Itkovian. Al fin, la mujer capan se volvió.

—Lloramos la muerte de este hombre, cuyo espíritu no viaja hacia dios alguno. Ha traspasado la puerta del Embozado y eso es todo. La ha atravesado. Y allí permanece, solo. No renunciará a su carga pues en la muerte continúa siendo lo que era en vida. Itkovian, yunque del escudo de la revelación de Fener. Recordadlo.

Cuando hizo un gesto para que comenzara el entierro, alguien rodeó a Rezongo y Piedra y se acercó a la destriant.

Un soldado malazano que sostenía un objeto envuelto en tela bajo un brazo. Se dirigió a la destriant con un daru entrecortado.

—Por favor, destriant, quiero honrar a Itkovian…

—Como desees.

—Me gustaría hacer… algo más, también.

La mujer ladeó la cabeza.

—¿Señor?

El malazano quitó la tela y reveló el casco de Itkovian.

—Yo no… no quería aprovecharme de él. Pero… él insistió que el intercambio le era más propicio a él. No era cierto, destriant. Ya lo ves. Cualquiera lo ve. Mira el casco que lleva, era mío. Me gustaría recuperarlo. Él debería llevar el suyo. Este…

La destriant se dio la vuelta, miró el cuerpo una vez más, no dijo nada durante un largo instante y después sacudió la cabeza.

—No. Señor, Itkovian se negaría. Tu regalo lo complació, señor. No obstante, si ahora has decidido que el casco que le diste es en realidad de mayor valor, entonces él no dudaría en devolvértelo… —Estaba girando mientras hablaba y su mirada se posaba en el soldado, que se había echado a llorar, y después en algo que había detrás, fue entonces cuando sus palabras se perdieron en el silencio.

Rezongo vio que los ojos de la joven se iban abriendo cada vez más.

La yunque del escudo de las Espadas Grises se giró de repente entre un suave estrépito de armadura y un momento después los demás soldados siguieron su ejemplo.

Igual que Rezongo y Piedra.

El solitario malazano no había sido más que el primero. Bajo la luz plateada de las estrellas, todos los soldados supervivientes de la hueste de Unbrazo habían marchado para tomar posiciones en la base de la ladera del risco y habían formado allí. Flanqueados por tiste andii, rhivi, barghastianos, moranthianos negros, una inmensa extensión de figuras que permanecían en silencio…

… y después la mirada de Rezongo continuó hacia el este, bajó por el campo de la muerte y allí, una vez más, estaban los t'lan imass y ellos también avanzaban hacia el risco.

Zorraplateada permanecía a un lado, a lo lejos, observando.

Las Espadas Grises, aturdidas y silenciosas, se apartaron poco a poco cuando los primeros t'lan imass llegaron al risco.

Delante venía un invocahuesos que sostenía en una mano una concha antigua y usada que colgaba de una cuerda de cuero. La criatura no muerta se detuvo y se dirigió a la destriant.

—Por el regalo que este mortal nos ha hecho, queremos ofrecerle otro cada uno. Todos juntos se convertirán en su túmulo y será inexpugnable. Si nos lo niegas, te desafiaremos.

La destriant sacudió la cabeza.

—No, señor —susurró—. No se os negará nada.

El invocahuesos se acercó a Itkovian y depositó la concha en el pecho del hombre.

Rezongo suspiró. *Ah, Itkovian, al parecer has hecho más amigos todavía*.

La solemne procesión de pequeños regalos (a veces nada más que una piedra pulida que se posaba con delicadeza sobre el montón creciente que cubría el cuerpo) continuó durante toda la noche, mientras las estrellas completaban su gran círculo por el cielo hasta que al fin se desvanecieron con la luz del alba.

Cuando el soldado malazano añadió el casco de Itkovian al túmulo, comenzó una segunda oleada; soldado tras soldado subió por la ladera para dejarle un regalo al hombre. Sigilos, diademas, anillos, dagas.

Y durante todo el desfile, Rezongo y Piedra permanecieron a un lado, observando. Al igual que las Espadas Grises.

Solo cuando el último soldado dejó la colina, Rezongo se movió. Se quedó mirando aquel túmulo inmenso y reluciente y vio la leve emanación de hechicería Tellann que lo mantendría intacto (cada objeto en su lugar, inamovible), después levantó la mano izquierda. Un suave chasquido y se soltaron los brazaletes.

Lo siento, Treach. Aprende a vivir con la pérdida.

Como nosotros.

La oscuridad continuaba invadiendo la ciudad de Coral a pesar del sol que comenzaba a surgir del mar por el este. Paran se encontraba con Ben el Rápido y los dos habían observado la procesión, pero no se habían movido de su sitio en la colina. Habían visto a Dujek unirse a la fila silenciosa de los que ofrecían sus regalos, un soldado que honraba a otro.

El capitán se sintió inferior, era incapaz de seguir el ejemplo de los demás. En su mente, la muerte de Whiskeyjack lo había dejado demasiado destrozado para moverse. Ben el Rápido y él habían llegado demasiado tarde, no habían podido reunirse con los otros para presentar sus respetos de modo formal. Paran nunca había creído que un ritual tan sencillo pudiera tener tanta importancia para él.

No era la primera vez que asistía a un funeral; incluso de niño, en Unta, se habían celebrado procesiones solemnes y él había caminado con sus hermanas, su madre y su padre hasta una cripta de la necrópolis para presenciar la ceremonia en la que el cuerpo amortajado de algún anciano

hombre de Estado se entregaba a sus ancestros. Ceremonias durante las cuales él se removía sin parar, sin sentir dolor alguno por un hombre al que nunca había conocido. Los funerales carecían de sentido para él. Después de todo, el Embozado ya se había llevado el alma. Llorar ante un cuerpo vacío le parecía una pérdida de tiempo.

Su madre, su padre. No había asistido a ninguno de los dos funerales, le había parecido consuelo suficiente saber que Tavore se habría asegurado de que se celebrara una ceremonia digna de los dos nobles y que se hicieran los honores apropiados.

En aquella colina, los soldados habían mantenido la ceremonia al mínimo. Se habían limitado a ponerse firmes y a quedarse inmóviles, cada uno solo con sus pensamientos, con sus sentimientos. Y sin embargo todos unidos. El vínculo que era el dolor compartido.

Y él y Ben el Rápido se lo habían perdido, habían llegado demasiado tarde. El cuerpo de Whiskeyjack se había ido y Ganoes Paran se sentía despojado de todo, su corazón era una cueva inmensa, oscura, una cueva que resonaba con emociones que no podía, no quería mostrar.

El mago y él, en silencio, se quedaron mirando a Engendro de Luna cuando se alejó flotando hacia el este, sobre el mar, a un tercio de legua de distancia. Volaba bajo y en poco tiempo, quizás en menos de un mes, tocaría las olas en algún lugar del océano y después, cuando el agua se precipitara una vez más para llenar las fisuras y los aposentos del interior, Engendro de Luna se hundiría. Descendería bajo los mares absurdos…

Nadie se acercó a ellos.

El mago se volvió al fin.

—¿Capitán?

—¿Qué pasa, Ben?

—Engendro de Luna. Dibújalo.

Paran frunció el ceño y después se quedó sin aliento. Dudó un instante, pero al rato se agachó y estiró la mano para alisar un pequeño trozo de tierra. Con el dedo índice grabó un rectángulo de esquinas redondeadas y luego, en su interior, un esbozo tosco pero reconocible. Estudió su obra un momento, después levantó la cabeza, miró a Ben el Rápido y asintió.

El mago se agarró al manto de Paran con una mano y dijo:

—Llévanos.

Bien. ¿Y cómo lo hago? Estudia la carta, Paran; no, con eso solo terminaremos en la puñetera superficie, una caída corta, pero sin duda fatal en medio de las olas. Una cámara, dijo Rapiña. La sala del trono de Rake. Piensa en algo oscuro. Kurald Galain, un lugar sin luz, silencioso, un lugar con cadáveres envueltos en telas…

Paran se adelantó con los ojos cerrados y arrastró a Ben el Rápido con él.

Sus botas tocaron piedra.

Abrió los ojos y no vio más que una negrura profunda, pero el aire olía… diferente. Dio otro paso más y oyó el suspiro de Ben el Rápido tras él. El mago murmuró algo y una esfera intermitente de luz apareció sobre ellos.

Una cámara de techos altos, de unos diecisiete metros de ancho y más de cuarenta metros de largo. Habían llegado a lo que parecía la entrada formal, tras ellos, un umbral arqueado y un pasillo. Por delante, al otro extremo de la cámara, un estrado elevado.

Habían apartado a un lado la enorme silla de respaldo alto que antaño dominaba el estrado, había quedado con dos patas en un escalón más bajo y el trono inclinado. En el

centro del estrado se alzaban tres sarcófagos de madera negra.

Por todo el acceso, a ambos lados, había más sarcófagos erguidos sobre los que jugueteaba una hechicería veteada de negro.

Ben el Rápido siseó con suavidad entre dientes.

—Que tenga mucho cuidado el saqueador que penetre en este lugar.

Paran estudió el baile suave de la hechicería sobre los sencillos sarcófagos.

—¿Protecciones mágicas? —preguntó.

—Eso y mucho más, capitán. Pero nosotros no tenemos que preocuparnos. Los Abrasapuentes están en el interior de esos que flanquean el acceso. Ah, y un moranthiano negro. —El mago señaló un sarcófago que a Paran no le pareció diferente de los demás—. Torzal. El veneno del brazo se lo llevó una campanada antes de la primera oleada de las compañías de Dujek. —Ben el Rápido se acercó poco a poco a otro sarcófago—. Aquí dentro… lo que quedaba de Seto. Que no era mucho. El muy cabrón se voló en mil pedazos con un maldito. —El mago se detuvo delante del ataúd—. Rapiña lo describió bien, Seto. Y se lo diré a Violín la próxima vez que lo vea. —Se quedó callado un momento más y después se volvió hacia Paran con una sonrisa—. Ya me imagino su alma, agachada junto a la base de la puerta del Embozado metiendo un buscapiés entre las piedras…

Paran sonrió, pero para él fue un esfuerzo. Después echó a andar hacia el estrado. El mago lo siguió.

Ben el Rápido fue pronunciando los nombres en voz baja a medida que avanzaban.

—Patas… Deditos… Detoran… Sinsentido… Redrojo… Mantillo… Bucklund… Cuento… Liss… Dasalle… Trote… *Hmm*, hubiera dicho que el barghastiano… no, supongo que

no. Era tan abrasapuentes como todos los demás. Tras esa tapa, Paran, sigue sonriendo como un loco…

Ben el Rápido continuó nombrando a todos aquellos junto a los que pasaban. Treinta y tantos abrasapuentes, la tropa caída de Paran.

Llegaron al estrado.

Y no pudieron ir más allá. La hechicería dominaba la plataforma entera, una telaraña de suaves chispas de Kurald Galain.

—Obra del propio Rake —murmuró el mago—. Estos… hechizos. Lo hizo él solo.

Paran asintió. Ya se lo había comentado Rapiña, pero comprendía la necesidad de hablar de Ben el Rápido, aunque solo fuera para llenar la cámara con los ecos de su voz.

—Fue la pierna, sabes. Le falló en el peor momento. Seguramente se lanzó… lo que significa que ya tenía a Kallor. Que el tipo se podía dar por muerto. Jamás habría hecho semejante esfuerzo de otro modo. Esa maldita pierna. Se le rompió en mil pedazos en ese jardín de Darujhistan. Una columna de mármol que se cayó… y Whiskeyjack se encontraba en el lugar equivocado en el peor momento posible.

»De ahí… a esto.

Y ahora, Rapiña y los demás están vigilando a Mazo. Siempre hay alguien rondando a su alrededor. El sanador podría intentar arrojarse sobre su cuchillo en cualquier momento… si se presentaba la oportunidad. Ah, Mazo, nunca dejó que te acercaras. «En otro momento, ahora mismo tengo demasiadas cosas en la cabeza. Nada más que un dolor sordo. Cuando todo esto haya terminado, entonces nos pondremos a ello». No fue culpa tuya, Mazo. Los soldados mueren.

Vio que Ben el Rápido sacaba una piedrecita del morral y la dejaba en el suelo delante del estrado.

—Quizá quiera venir de visita más tarde —dijo mientras le ofrecía a Paran una sonrisa débil y triste—. Kalam y yo…

Oh, mago…

Paran alzó la mirada hacia los tres sarcófagos. No sabía cuál contenía a quién. Por alguna razón, tampoco importaba mucho. Whiskeyjack y dos marineras, *están ahí por Velajada, al final*.

Siempre un intercambio justo, hechicera.

—Yo ya estoy listo para dejarlos, capitán.

Paran asintió.

Se volvieron y regresaron sobre sus pasos sin prisas.

Llegaron al arco de la entrada y se detuvieron.

Ben el Rápido miró al pasillo.

—Lo dejaron todo, sabes.

—¿Qué? ¿Quién?

—Rake. Los tiste andii. Dejaron sus posesiones. Todo.

—¿Por qué? Van a asentarse en Coral Negro, ¿no? En la ciudad no ha quedado nada…

Ben el Rápido se encogió de hombros.

—Tiste andii —dijo con un tono que añadía en silencio un «jamás lo sabremos».

Un portal borroso tomó forma ante ellos.

El mago lanzó un gruñido.

—Desde luego tienes un estilo propio de hacer las cosas, capitán.

Sí, el estilo de la torpeza y la ignorancia.

—Anda, pasa, mago.

Observó a Ben el Rápido desvanecerse en el portal. Paran se giró una última vez para contemplar la cámara. El globo de luz se iba apagando muy deprisa.

Whiskeyjack, por todo lo que me has enseñado, gracias. Abrasapuentes, ojalá pudiera haber hecho algo más por vosotros. Sobre todo al final. Como mínimo podría haber muerto con vosotros.

De acuerdo, seguramente ya es demasiado tarde, pero os bendigo, a todos y cada uno.

Se dio la vuelta y atravesó el portal.

En la silenciosa cámara, el globo parpadeó y se desvaneció, y con él, la luz.

Pero un nuevo fulgor comenzaba a invadir la cámara. Un fulgor leve que parecía bailar con la telaraña negra de los sarcófagos.

Un baile lleno de misterio.

El carruaje de huesos bajó traqueteando por el camino de los mercaderes. Emancipor hacía restallar las riendas en los lomos anchos y negros de los bueyes.

Rezongo, que estaba cruzando el camino, se detuvo y esperó.

El sirviente frunció el ceño y detuvo de mala gana el carruaje. Dio un golpe seco con el puño en la pared que tenía detrás y la piel de reptil reverberó como un tambor de guerra.

Se abrió una puerta y salió Bauchelain seguido por Korbal Espita.

Bauchelain se acercó y se detuvo enfrente de Rezongo, pero sus ojos grises y apagados se habían centrado en la ciudad oscura que quedaba más allá.

—Extraordinario —dijo sin aliento—. Este… este es un lugar en el que podría sentirme como en casa.

La carcajada de Rezongo fue dura.

—¿Tú crees? Ahora andan por allí los tiste andii. Es más, ahora forma parte del Imperio de Malaz. ¿Crees que cualquiera de ellos tolerará las aficiones de tu amigo?

—Tiene razón —gimoteó Korbal Espita, que se había quedado junto al carruaje—. Ahí no me voy a divertir mucho.

Bauchelain sonrió.

—Ah, pero Korbal, piensa en todos esos cadáveres frescos. Y mira ese campo de ahí. K'chain che'malle, ya convenientemente desmembrados, porciones más manejables, si quieres. Suficiente material, estimado colega, para construir una propiedad completa.

Rezongo vio que Korbal Espita sonreía de repente.

Dioses, ahorradme semejante visión; nunca más, por favor.

—Y ahora, mi estimado capitán repleto de púas —dijo Bauchelain—, ten la amabilidad de apartarte de nuestro camino. Pero antes, si eres tan amable, tengo una pregunta para ti.

—¿Qué?

—No ha demasiado que he recibido una nota. Una caligrafía horrenda y lo que es peor, escrita en un trozo de corteza. Al parecer hay un tal Negado Tronco al que, junto con sus hermanos, le gustaría hacerme una visita. ¿Por alguna casualidad sabes algo sobre estos buenos caballeros? Si es así, quizá podrías darme algún consejo sobre el protocolo adecuado para recibirlos…

Rezongo sonrió.

—Ponte tus mejores galas, Bauchelain.

—Ah. Gracias, capitán. Y ahora, si no te importa…

Rezongo lo saludó con la mano y siguió cruzando el camino.

Las Espadas Grises habían montado un campamento temporal a cuarenta y dos metros al este del inmenso y

reluciente túmulo que ya había sido bautizado con el nombre del Regalo de Itkovian. Varias bandas desarrapadas de Tenescowri, demacradas y enfermas, habían salido de Coral Negro y de los bosques y se iban congregando en los alrededores del campamento. Se había corrido la voz sobre el… renacimiento de Anaster y con él la promesa de salvación.

Reclutamiento. Estos Tenescowri jamás podrían volver a ser lo que fueron. Ellos también tienen que renacer. El extraño que habita en Anaster, esta nueva espada mortal de Togg y Fanderay, tiene mucho que hacer…

Había llegado la hora de que Rezongo le tomara la medida a aquel hombre. *Seguramente resultará ser mejor espada mortal que yo. Seguro que está muy pagado de sí mismo, el muy santurrón, subido a ese horrendo caballo. Sí, estoy más que dispuesto a odiar al muy cabrón, lo admito*.

Rezongo se acercó a Anaster, que atravesaba con su caballo el decrépito campamento de los Tenescowri. Varias figuras con miembros como palos estiraban las manos para tocarlo a él y a su caballo. Tras él, a unos cinco metros de distancia, caminaba la destriant y Rezongo pudo sentir la hechicería sanadora que surgía alrededor de la mujer; ya había comenzado el abrazo de la revelación del Lobo.

Anaster se alejó al fin del campamento. Observó con el único ojo la presencia de Rezongo y tiró de las riendas para esperar al daru.

Habló antes de que Rezongo tuviera la oportunidad de hacerlo.

—Eres Rezongo, la espada mortal de Trake. La destriant me ha hablado de ti, me alegro de que hayas venido. —Anaster volvió la cabeza y miró a los Tenescowri que se habían quedado atrás, dentro de su campamento, como si los límites fueran una especie de barrera invisible e

impracticable. Después, el joven desmontó—. La yunque del escudo insistió en que permaneciera siempre a la vista —gruñó e hizo una mueca al estirar las piernas—. Como siga así, voy a empezar a caminar como un wickano.

—Has dicho que te alegras de que haya venido —resopló Rezongo—. ¿Por qué?

—Bueno, eres una espada mortal, ¿no? Y es lo que me llaman a mí también. Supongo, eh, bueno… ¿Se puede saber qué significa eso?

—¿No lo sabes?

—No. ¿Y tú?

Rezongo no dijo nada durante un buen rato y después sonrió.

—La verdad es que no.

La tensión abandonó a Anaster en un suspiro sentido y se acercó un poco más.

—Escucha. Antes de esto… Antes de que llegara a este cuerpo, era explorador del ejército malazano. Y en lo que a mí respectaba, los templos eran sitios donde los pobres pagaban para mantener bien abastecidas las bodegas de los sacerdotes. Yo no quiero seguidores. Esa destriant de ahí atrás, la yunque del escudo, ¡dioses, qué mujer más dura! Esas mujeres esperan demasiado de mí, y yo me siento como ese tal Itkovian, aunque no es que él esté sintiendo nada, supongo. Por el Embozado, solo con mencionar su nombre ya se me rompe el corazón, y eso que no lo conocí.

—Yo sí, Anaster. Relájate, chaval, tú no pienses en nada. ¿Tú te crees que yo pedí ser la espada mortal de Trake? Yo era escolta de caravanas, un mísero escolta, y tan contento…

—¿Estabas contento de ser un mísero escolta?

—Puedes apostar el culo.

Anaster sonrió de repente.

—Oye, resulta que me tropecé con un barrilito de cerveza; lo tengo por ahí detrás, en el campamento de las Espadas Grises. Deberíamos ir a dar un paseo, Rezongo.

—Bajo los árboles, sí. Voy a buscar a Piedra, una amiga. Te caerá bien, creo.

—¿Una mujer? Ya me cae bien. Yo voy a por la cerveza. Te veo aquí.

—Un buen plan, Anaster. Ah, y no les digas nada a la destriant ni a la yunque del escudo…

—No se lo diré ni aunque me torturen… —Se le quebró la voz y Rezongo vio que el joven se ponía más pálido de lo habitual. Después sacudió la cabeza—. Nos vemos ahora, amigo.

—Sí. —*Amigo… Sí, eso creo*.

Observó a Anaster, que volvió a montar con un movimiento ágil. El hombre que había sido sabía montar.

No, no el hombre que había sido. El hombre que es. Rezongo observó cómo se alejaba durante un momento más y después dio la vuelta para ir a buscar a Piedra.

El vapor, o quizá fuera humo, seguía saliendo de los cuatro carruajes de la Asociación Comercial de Trygalle que esperaban en la base de la colina. Ben el Rápido se había adelantado para hablar con el jefe de la reata, un hombre obeso vestido con opulencia y cuyo profundo agotamiento era discernible a cuarenta metros de distancia.

Paran, que esperaba a Dujek con los Abrasapuentes en la cresta de la colina, observó que el hechicero y al mago de Trygalle se enzarzaban en una prolongada conversación cuyo resultado pareció dejar desconcertado a Ben el Rápido. El daru Kruppe se unió entonces a ellos y se reanudó una vez más el debate. Un debate acalorado, por cierto.

—¿De qué va todo eso? —se preguntó Rapiña junto al capitán.

Paran sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea, teniente.

—Señor…

Hubo algo en el tono de la mujer que hizo dar la vuelta al capitán.

—¿Sí?

—No deberías haberme dejado al mando. La cagué a lo grande.

Paran vio el dolor puro en los ojos de la mujer, pero continuó mirándola a pesar de un deseo repentino de apartar los ojos.

—Tú no, teniente. El mando era mío, después de todo. Os abandoné a todos.

La teniente sacudió la cabeza.

—Ben nos ha contado lo que hicisteis los dos, capitán. Fuiste donde tenías que ir, señor. Buena jugada. Creímos que no había victoria posible en esta historia, pero ahora sabemos que no es verdad, y eso significa más de lo que quizá creas.

—Teniente, saliste de esa fortaleza con varios supervivientes. Nadie podría haberlo hecho mejor.

—Estoy de acuerdo —gruñó una voz nueva.

La aparición de Dujek silenció a los dos soldados. El hombre parecía haber envejecido diez años en un solo día con su noche. Estaba encorvado y le temblaba la mano del único brazo que tenía.

—Teniente, llama a los Abrasapuentes. Me gustaría hablar con todos.

Rapiña se giró y les hizo un gesto a los cinco soldados para que se acercaran más.

—Bien —gruñó el puño supremo—. Y ahora escuchadme. Están cargando media carreta de atrasos en uno de esos carruajes de Trygalle. Atrasos para la compañía conocida con el nombre de Abrasapuentes. Para toda la compañía. Lo suficiente para compraros cada uno de vosotros una finca y una vida idílica más que merecida. Los de Trygalle os llevarán hasta Darujhistan, pero no recomiendo que regreséis al Imperio. En lo que a Tayschrenn, el puño Aragan y yo se refiere, de esa fortaleza no salió ni un solo abrasapuentes vivo. No, no digáis ni una sola palabra, soldados, Whiskeyjack lo quería así. Por el Embozado, era lo que quería para él, así que respetad sus deseos.

»Además, tenéis una misión más y esa misión os lleva a Darujhistan. Los de Trygalle han liberado a alguien. En estos momentos está bajo los cuidados del alquimista supremo Baruk. El tipo no se encuentra bien, os necesita, creo. Malazanos. Soldados. Haced lo que podáis por él cuando estéis allí y cuando decidáis que ya no podéis hacer más, marchaos.

Dujek hizo una pausa, los miró y después asintió.

—Eso es todo, abrasapuentes. Los de Trygalle os están esperando. Capitán, quédate un momento, me gustaría hablar en privado contigo. Ah, Rapiña, que venga aquí arriba el mago supremo Ben el Rápido, si no te importa.

Rapiña parpadeó.

—¿Mago supremo?

Dujek hizo una mueca.

—Ese cabrón ya no puede seguir escondiéndose. Tayschrenn insistió.

—Sí, señor.

Paran observó a la pequeña tropa que bajaba por la colina.

Dujek se pasó una mano con perlesía por la cara y se giró.

—Ven a dar un paseo conmigo, Paran.

Paran obedeció.

—Lo que has hecho ha estado bien, señor.

—No, de eso nada, Ganoes, pero era lo único que podía hacer. No quiero que los últimos de los Abrasapuentes mueran en algún campo de batalla, o en una ciudad sin nombre que lucha con todas sus fuerzas por seguir siendo libre. Me llevo lo que queda de mi hueste a Siete Ciudades para reforzar el ejército punitivo de la consejera Tavore. Eres más que bienvenido…

—No, señor. Preferiría no ir.

Dujek asintió como si ya se lo esperara.

—Hay alrededor de una docena de columnas para ti cerca de esos carruajes. Ve con tu compañía, entonces, con mis bendiciones. Haré que te cuenten entre las bajas.

—Gracias, puño supremo. Creo que nunca estuve hecho para ser soldado.

—Ni una palabra más, Ganoes. Puedes pensar lo que quieras sobre ti mismo pero nosotros seguiremos viéndote como lo que eres, un hombre noble…

—Noble…

—No esa clase de noble, Ganoes. Hablo de la clase que uno se gana, la única clase que cuenta. Porque, en estos tiempos, no es tan fácil encontrarlo, diablos.

—Bueno, señor, si me lo permites y con todo respeto, no puedo estar de acuerdo contigo. Si hay una experiencia que me llevo conmigo del tiempo que he pasado en esta campaña, puño supremo, es la de haber recibido lecciones de humildad una y otra vez de todos los que me rodean.

—Ve a reunirte con tus compañeros abrasapuentes, Ganoes Paran.

—Sí, señor. Adiós, puño supremo.

—Adiós.

Cuando Paran empezó a bajar la ladera, tropezó un momento y después se enderezó. *Mis compañeros abrasapuentes, ha dicho… Bueno, el logro es fugaz, pero incluso así*.

Lo conseguí.

Toc (Anaster) hizo caso omiso de los soldados de rostros lúgubres que lo rodeaban y se detuvo junto a la pequeña tienda que le habían dado las Espadas Grises. *Sí, recuerdo a Anaster, y puede que este sea su cuerpo, pero es lo único*. Se deslizó de la montura y entró.

Buscó por todos lados hasta que encontró el barril, lo escondió dentro de un saco de cuero, se lo cargó al hombro y salió a toda prisa.

Cuando volvió a montar se le acercó un hombre.

Toc bajó la cabeza y lo miró con el ceño fruncido. No era ningún tenescowri ni un espada gris. Si acaso, según dedujo por los cueros y las pieles desgastadas y raídas, era barghastiano.

Estaba cubierto de cicatrices, más cicatrices de batalla de las que Toc había visto en una sola persona jamás. A pesar de todo había cierto consuelo en su rostro, el rostro de un caballero de no más de veinte años de edad con los rasgos pronunciados, de huesos grandes y enmarcados por un cabello largo y negro desprovisto de fetiches y trenzas. Sus ojos eran de un suave tono castaño cuando los alzó para mirar a Toc.

Toc jamás había visto a aquel hombre.

—Hola. ¿Deseas algo? —preguntó, impaciente por marcharse.

El hombre sacudió la cabeza.

—Solo quería verte un momento para comprobar que estabas bien.

Cree que soy Anaster. Un antiguo amigo, quizá (aunque no uno de sus tenientes, me habría acordado de él). Bueno, no lo decepcionaré.

—Gracias, lo estoy.

—Me alegro. —El hombre sonrió, levantó una mano y la posó en la pierna de Toc—. Ya me voy, hermano. Has de saber que te guardo en mi memoria. —Sin dejar de sonreír, se volvió y se alejó sin prisas entre un grupo de Espadas Grises que los miraban con curiosidad, después se dirigió al norte, hacia el bosque.

Toc se lo quedó mirando. *Hay algo… algo en esa forma de andar*…

—Espada mortal…

Se acercaba la yunque del escudo.

Toc recogió las riendas.

—Ahora no —exclamó—. Más tarde. —Le dio la vuelta al caballo—. Muy bien, condenada arpía, a ver cómo se te da galopar, ¿de acuerdo? —E hincó los talones en los flancos de la bestia.

Su hermana lo aguardaba al borde del bosque.

—¿Has terminado? —le preguntó.

—Sí.

Continuaron caminando bajo los árboles.

—Te he echado de menos, hermano.

—Y yo a ti.

—No tienes espada…

—Así es, no la tengo. ¿Crees que necesitaré una?

La mujer se inclinó hacia él.

—No más que antes, diría yo.

—Quizá tengas razón. Hay que buscar una cantera.

—La cordillera Barghastiana. Un pedernal del color de la sangre, y la investiré, por supuesto, para evitar que se rompa en mil pedazos.

—Como ya hiciste una vez, hermana.

—Hace mucho tiempo.

—Sí, hace ya mucho tiempo.

Bajo la mirada imperturbable de los dos hermanos, lady Envidia eliminó la hechicería que evitaba que Mok recuperara la conciencia. Observó al tercero, que poco a poco iba recobrando el sentido, los ojos que había dentro de la máscara se habían apagado un poco por el dolor.

—Bueno, ya está —murmuró la dama—. Has sufrido últimamente, ¿verdad?

Mok luchó por incorporarse y su mirada se endureció al encontrar a sus hermanos.

Lady Envidia se irguió y contempló a Senu y Thurule como si los midiera. Después de un momento, suspiró.

—Sí, están hechos una pena. Han sufrido en tu ausencia, tercero. Claro que —observó con tono brillante—, ¡a ti no te ha ido mucho mejor! Debo informarte, Mok, que se te ha agrietado la máscara.

El seguleh levantó una mano, tanteó con vacilación y encontró, y luego siguió, la fisura fina como un cabello que recorría dos tercios del lado izquierdo.

Lady Envidia continuó hablando.

—De hecho, debo admitir, aunque de mala gana, que no ha sobrevivido ninguna de vuestras fachadas… sin alguna fractura. Aunque os parezca inimaginable, Anomander Rake, el séptimo, nos ha desterrado sin cumplidos de la ciudad.

Mok se puso en pie con gesto inseguro y miró a su alrededor.

—Sí —dijo lady Envidia— nos encontramos en ese mismo bosque que nos pasamos días enteros atravesando. Vuestro ejercicio punitivo ha concluido su misión, quizá de forma satisfactoria, quizá no. El Dominio Painita ya no existe, por cierto. Ha llegado el momento, mis tres lúgubres criados, de emprender el regreso a casa.

Mok examinó sus armas y después la miró.

—No. Exigiremos una audiencia con el séptimo.

—¡Ah, hombre necio! ¡No querrá verte! Y lo que es peor, tendrás que abrirte camino entre varios cientos de tiste andii para llegar a él, y no, no querrán cruzar sus filos contigo. Se limitarán a aniquilarte con su hechicería. Son un pueblo indiferente, los hijos de la madre Oscuridad. Bueno, he decidido escoltaros a los tres hasta casa. ¿No es muy generoso por mi parte?

Mok se la quedó mirando y el silencio se fue prolongando.

Lady Envidia le dedicó una dulce sonrisa.

Durante su largo viaje al norte, los barghastianos Caras Blancas se dividieron en clanes y después en bandas familiares que se fueron extendiendo a lo largo y ancho del terreno, como era su costumbre. Hetan caminaba con Cafal, se rezagaban tras su padre y los seguidores más cercanos de este e iban desviándose un poco hacia el este.

El sol les calentaba la cabeza y los hombros, la suave brisa que rozaba la costa a ciento setenta metros a su derecha refrescaba el aire.

Era mediodía cuando su hermano y ella vieron a los dos viajeros. Parientes carnales, juzgó Hetan cuando se acercaron un poco más. Ninguno era especialmente alto

pero sí robustos, los dos con el pelo negro, caminaban muy despacio, uno al lado del otro, cerca de la orilla.

Parecían barghastianos, pero de una tribu o clan desconocidos para Hetan o Cafal. Poco después llegaron junto a los dos desconocidos.

Los ojos de Hetan se fijaron en el hombre y estudiaron las extraordinarias cicatrices que le cruzaban la carne.

—¡Saludos, forasteros! —exclamó la barghastiana.

Los dos se volvieron, era obvio que les sorprendió contar con compañía.

Hetan pudo contemplar entonces la cara del hombre. Que la mujer que caminaba a su lado era su hermana no podía ser más obvio.

Bien.

—¡Tú! —le dijo al hombre—. ¿Cómo te llamas?

La sonrisa del hombre hizo que le diera un vuelco el corazón.

—Onos Toolan.

Hetan se acercó un poco más y le dedicó un guiño a la mujer morena, después posó los ojos una vez más en el hombre llamado Onos Toolan.

—Veo más de lo que imaginas —le dijo en voz baja.

El joven guerrero ladeó la cabeza.

—¿Ah, sí?

—Sí, y lo que veo me dice que no te has acostado con una mujer en mucho tiempo.

El hombre abrió mucho los ojos. *Ah, unos ojos tan hermosos, ojos de amante*.

—Así es —dijo y su sonrisa se ensanchó un poco más.

Ah, sí, los ojos de mi amante…

Epílogo



Paran abrió la puerta de un empujón. Con el fardo pesado y lleno de oro al hombro entró en la antecámara que había detrás.

—¡Raest! ¿Dónde estás?

El jaghut vestido con armadura salió de alguna parte y se detuvo delante de Paran sin decir nada.

—Eso es —murmuró Paran—. He decidido instalarme aquí.

La voz de Raest fue un chirrido frío y áspero.

—Lo has decidido.

—Sí. Tres semanas en esa maldita posada han sido más que suficientes, créeme. Así que aquí estoy, me he armado de valor y estoy listo para venirme a vivir a la temible e infame Casa del Finnest... Ya veo que tus habilidades como ama de llaves dejan mucho que desear.

—Esos dos cuerpos del umbral, ¿qué vas a hacer con ellos?

Paran se encogió de hombros.

—No lo he decidido todavía. Algo, supongo. Pero por ahora, quiero dejar todo este oro en algún sitio; quiero dormir tranquilo, para variar. Esta noche abren ese sitio, sabes...

—No, señor de la Baraja, no lo sé —respondió el gigantesco guerrero.

—Da igual. Dije que iría. Bien sabe el Embozado que dudo que vaya alguien más en esta ciudad, salvo quizá Kruppe, Coll y Murillio.

—¿Ir adónde, señor de la Baraja?

—Ganoes, por favor. O Paran. ¿Adónde, preguntas? A la nueva taberna de Rapiña, ahí.

—No sé nada de…

—Sé que no lo sabes, por eso te lo estoy diciendo…

—… Ni me importa, Ganoes Paran, señor de la Baraja.

—Bueno, tú te lo pierdes, Raest. Como iba diciendo, la nueva taberna de Rapiña. De ella y de su socia, claro. Se han gastado la mitad de su paga en ese descabellado proyecto.

—¿Descabellado?

—Sí, ¿no sabes lo que significa la palabra descabellado?

—Lo sé demasiado bien, Ganoes Paran, señor de la Baraja.

Paran se detuvo en seco al oír la frase. Estudió el rostro cubierto por el casco y vio solo sombras tras las ranuras de la celada. Un leve escalofrío recorrió el cuerpo del malazano.

—Eh, sí, ya. Bueno, en cualquier caso, compraron el templo de K’rul, con campanario y todo, y lo convirtieron en…

—Una taberna.

—Un templo que todo el mundo en la ciudad dice que está embrujado.

—Me imagino —dijo Raest mientras se daba la vuelta— que les salió barato, dadas las circunstancias…

Paran se quedó mirando al jaghut con su armadura.

—Te veo luego —exclamó.

La respuesta fue casi imperceptible.

—Si insistes…

Paran salió por la desvencijada puerta de la calle y estuvo a punto de tropezar con una figura decrépita y encapuchada que estaba sentada con torpeza al borde del reguero. Una mano mugrosa salió entre los andrajos y se alzó hacia el malazano.

—¡Amable señor! ¡Una moneda, por favor! ¡Una única moneda!

—Por suerte para ti, puedo desprenderme de más de una, anciano. —Paran metió la mano en la bolsa de cuero que llevaba metida en el cinturón y sacó un puñado de platas.

El mendigo gruñó y se acercó arrastrando las piernas como si fueran pesos muertos.

—¡Un hombre de posibles! Escúchame. ¡Necesito un socio, generoso señor! Tengo oro, ¡concejos! ¡Ocultos en un escondrijo en las laderas de las colinas Tahlyn! ¡Una fortuna, señor! Solo hemos de montar una expedición, no está lejos.

Paran dejó caer las monedas en las manos del anciano.

—¿Un tesoro enterrado, amigo mío? Seguro.

—Señor, la suma es inmensa y con gusto me separaría de la mitad, recuperarás tu inversión multiplicada por diez como mínimo.

—No tengo necesidad de más riquezas —sonrió Paran. Se alejó unos pasos del mendigo, después hizo una pausa y añadió—. Por cierto, quizá no deberías entretenerte demasiado tiempo ante esta puerta concreta. La Casa no suele recibir bien a los extraños.

El anciano pareció encogerse sobre sí mismo y ladeó la cabeza hacia un lado.

—No —murmuró bajo la raída capucha—, esa Casa en concreto no. —Después lanzó una risa aguda para sí—. Pero conozco una que sí…

Paran se encogió de hombros al oír las enigmáticas palabras del mendigo, se volvió una vez más y echó a andar.

Tras él, el mendigo sufrió un espantoso ataque de tos.

Rapiña no podía quitarle los ojos de encima a aquel tipo. El hombre se había sentado encorvado y en una silla que todavía no había encontrado mesa alguna, aferrado todavía a un trapito de tela raída en el que había algo escrito. El alquimista había hecho todo lo que había podido para devolverle la vida a lo que había sido un cuerpo desecado y casi destruido, y no cabía duda que el talento de Baruk había hecho todo lo posible.

Rapiña lo conocía, por supuesto. Como todos. Y todos sabían también de dónde había salido.

El hombre no dijo ni una sola palabra. No había dicho nada desde la resurrección. Baruk había insistido en que no había defecto físico que le impidiera emplear la voz.

El historiador imperial se había quedado callado. Nadie sabía por qué.

La tabernera suspiró.

La gran inauguración del Bar de K'rul era un desastre. Las mesas esperaban, vacías y olvidadas en la inmensa cámara principal. Paran, Eje, Mezcla, Azogue, Mazo y Perlazul se habían sentado en una de las más cercanas al fuego encendido pero apenas conseguían decir una sola palabra entre todos. Cerca estaba la otra mesa que había conseguido ocupar y ante la que se sentaban Kruppe, Murillio y Coll.

Y ya está. Dioses, estamos acabadas. Jamás deberíamos haber escuchado a Azogue…

La puerta de la calle se abrió de golpe.

Rapiña miró con aire esperanzado. Pero solo era Baruk.

El alquimista supremo hizo una pausa en la antecámara y después se dirigió sin prisas adonde se sentaba el otro daru.

—¡Queridísimo amigo del honorable Kruppe! Baruk, paladín incondicional de Darujhistan, ¿podrías pedir mejor compañía esta noche? ¡Aquí, sí, en esta misma mesa! Kruppe estaba asombrando a sus compañeros (y, de hecho, a estos lúgubres ex soldados que tenemos al lado) con su extraordinario relato de Kruppe y el tocayo de esta taberna, que conspiran para crear un mundo nuevo.

—¿Y el relato ya está terminado, así pues? —preguntó Baruk al acercarse.

—Ahora mismo, pero para Kruppe sería un placer…

—Excelente. Ya lo escucharé en otro momento, supongo. —El alquimista supremo le echó un vistazo a Duiker, pero el historiador imperial ni siquiera había levantado la mirada. Continuaba con la cabeza agachada y los ojos clavados en la tela que tenía en las manos. Baruk suspiró—. Rapiña, ¿tienes ponche?

—Sí, señor —respondió ella—. Detrás de ti, junto al fuego.

Azogue estiró el brazo para coger la jarra de barro y se levantó para servirle a Baruk una copa.

—Pues muy bien —dijo Rapiña en voz muy alta mientras se acercaba—. Así que ya está. Estupendo. El fuego calienta lo suficiente, ya estamos lo bastante borrachos y yo por lo menos estoy lista para que empiecen a contarse historias… No, tú no, Kruppe. Las tuyas ya las hemos oído. Pero aquí a Baruk, y a Coll y Murillio si a eso vamos, quizá les interese el cuento de la toma definitiva de Coral.

Coll se inclinó hacia delante poco a poco.

—Así que por fin vas a hablar, ¿eh? Ya era hora, Rapiña.

—Yo no —respondió ella—. Por lo menos para empezar. ¿Capitán? Sírvete otra copa, señor, y cuéntanos un cuento.

El hombre hizo una mueca y después negó con la cabeza.

—Mejor no, Rapiña.

—Demasiado pronto —gruñó Eje al tiempo que asentía y se daba la vuelta.

—¡Por el aliento del Embozado, qué panda más deprimente!

—¡Cómo no —soltó Eje de repente—, una historia que nos rompa el corazón otra vez! ¿Qué sentido tiene?

Una voz ronca y quebrada le respondió.

—Tiene sentido.

Todo el mundo se quedó callado y se volvió hacia Duiker.

El historiador imperial había levantado la cabeza y los estaba estudiando con unos ojos oscuros.

—Sentido. Sí, creo que tiene mucho sentido. Pero no para vosotros, soldados. Todavía no. Es demasiado pronto para vosotros. Demasiado pronto.

—Quizá —murmuró Baruk—, quizás en eso tengas razón. Pedimos demasiado…

—A ellos. Sí. —El anciano volvió a bajar la cabeza una vez más y miró la tela que tenía en las manos.

El silencio se fue alargando.

Duiker no se movió.

Rapiña empezaba a volverse hacia sus compañeros cuando el hombre comenzó a hablar.

—Muy bien, permitidme esta noche, si tenéis la bondad, que os rompa el corazón una vez más. Esta es la historia de la Cadena de Perros. De Coltaine, del clan Cuervo, puño recién llegado al Séptimo Ejército…

Así termina el tercer relato del
libro malazano de los caídos

Glosario

Terminología del Dominio Painita

Vidente Painita: líder espiritual y político del Dominio Painita

Septarca: dirigente de uno de los siete distritos del Dominio (también está al mando de un ejército)

Urdo: comandante del cuerpo de infantería pesada de élite (urdomen)

Urdomen: cuerpo de infantería pesada de élite, seguidores fanáticos del Vidente

Videntes del Dominio: guardaespaldas y asesinos, secta fanática del Dominio

Betaklitas: infantería media

Beklitas: infantería regular (también conocidos como los Cien Mil)

Betrullid: caballería ligera

Betakullid: caballería media

Scalandi: especialistas en escaramuzas

Desandi: zapadores

Tenescowri: ejército campesino

En Capustan:

Las Espadas Grises: orden de mercenarios contratados para defender la ciudad del Dominio Painita

El Consejo de Máscaras: sumos sacerdotes de los catorce ascendientes representados en Capustan

Los gidrath: soldados que sirven a los catorce templos

La guardia capan: guarnición de Capustan, al mando del príncipe Jelarkan

Compañía coralesiana: seguidores del exiliado príncipe Arard de Coral

Guardia lestari: guardia palaciega refugiada de la ciudad de Lest

Capan: nombre de una serie de barrios autónomos de Capustan y también de sus habitantes

Barrio Daru: ciudad vieja en el centro de Capustan

El salón del vasallaje: la vieja fortaleza Daru que alberga al Consejo de Máscaras

Los catorce ascendientes del Consejo de Máscaras de Capustan:

Fener/Tenneroca
Trake/Treach
D’rek
El Embozado
Ascua
Togg
Beru
Mowri
Oponn
Soliel y Poliel
Reina de los Sueños
Fanderay
Dessembrae

Pueblos y lugares

Los rhivi: sociedad nómada que se dedica al pastoreo en las llanuras centrales de Genabackis

Los barghastianos: tribu de casta guerrera que se encuentra en varios continentes

Compuesto por diversos clanes:

clan Ilgres

clan de las Caras Blancas (que incluyen a senan, gilk, ahkrata, barahn, nith'rithal)

T'lan imass (los ejércitos de la Diáspora):

Logros, guardianes del primer trono

Kron, primeros en la reunión

Betrule (perdidos)

Ifayle (perdidos)

Bentract (perdidos)

Orshayn (perdidos)

Kerluhm (perdidos)

Tiste andii: raza ancestral

Jaghut: raza ancestral

K'chain che'malle: una de las cuatro razas fundadoras, se suponía extinta

Moranthianos: cultura muy jerarquizada originaria del bosque de las Nubes

Daru: grupo cultural y lingüístico de Genabackis

Capan: ciudadano de Capustan

Dominio Painita: nombre de un nuevo imperio de Genabackis

Lestari: ciudadano de Lest

Coralesiano: ciudadano de Coral

Alborada: lugar en ruinas y hechizado situado en la costa al suroeste de Genabackis

Coral: ciudad del Dominio Painita

Lest: ciudad del Dominio Painita

Capustan: ciudad al norte del río Catlin

Darujhistan: última ciudad libre de Genabackis

Llanura Lamatath: llanuras al sur de Darujhistan

Jhagra Til: nombre t'lan imass para un mar interior ya extinto

El mundo de la hechicería

Sendas accesibles a los humanos

Denul: senda de la Curación

D'riss: senda de la Piedra

Senda del Embozado: senda de la Muerte

Ruse: senda del Mar

Rasham: senda de la Oscuridad

Serc: senda del Firmamento

Tennes: senda de la Tierra

Thyr: senda de la Luz

Sendas ancestrales

Kurald Galain: la senda tiste andii de la Oscuridad

Kurald Emurlahn: la senda de los tiste edur

Tellann: la senda de los t'lan imass

Omtose Phellack: la senda jaghut

Starvald Demelain: la senda Tiam, la primera senda

La baraja de los Dragones, compuesta por los Fatid (y los ascendientes relacionados)

Gran Casa de Vida

El Rey
La Reina (reina de los Sueños)
El Campeón
El Sacerdote
El Heraldo
El Soldado
La Tejedora
El Constructor
La Virgen

Gran Casa de Muerte

El Rey (el Embozado)
La Reina
El Caballero (antaño, Dassem Ultor)
Los Magos
El Heraldo
El Soldado
La Hilandera
El Constructor
La Virgen

Gran Casa de Luz

El Rey
La Reina
El Campeón
El Sacerdote
El Capitán
El Soldado

La Costurera
El Constructor
La Doncella

Gran Casa de Oscuridad
El Rey
La Reina
El Caballero (hijo de la Oscuridad)
Los Magos
El Capitán
El Soldado
La Tejedora
El Constructor
La Esposa

Gran Casa de Sombra
El Rey (Tronosombrío/Ammanas)
La Reina
El Asesino (La Cuerda/Cotillion)
Los Magos
Los Mastines

Neutrales
Oponn (Bufones del Azar)
El Obelisco (Ascua)
La Corona
El Cetro
El Orbe
El Trono

Ascendientes

Apsalar: señora de los Ladrones

Ascua: señora de la Tierra, la diosa Dormida

Beru: señor de las Tormentas

Caladan Brood: el caudillo

Cotillion/la Cuerda: el Asesino de la Gran Casa de Sombra

D'rek: el Gusano del Otoño (a veces la reina de la Enfermedad, *véase* Poliel)

Dessembrae: señor de la Tragedia

Dios Tullido: rey de las Cadenas

Embozado: el rey de la Gran Casa de Muerte

Fanderay: la Loba del Invierno

Fener: el Jabalí (*véase* Tenneroca)

Gedderone: señora de la Primavera y el Renacimiento

Grandes cuervos: cuervos sustentados por la magia

Hijo de la Oscuridad, señor de Luna, Anomander Rake: caballero de la Gran Casa de Oscuridad

Jhess: reina de los Telares

K'rul: dios ancestral

Kallor: rey supremo

Mael: dios ancestral

Mastines: de la Gran Casa de Sombra

Mowri: señora de los Mendigos, Esclavos y Siervos

Nerruse: señora de los Mares Calmos y el Viento Propicio

Oponn: mellizos del Azar

Osserc: señor del Firmamento

Poliel: señora de la Pestilencia

Reina de los Sueños: reina de la Gran Casa de Vida

Shedenul/Soliel: señora de la Salud

Soliel: señora de la Curación

Tenneroca/Fener: el Jabalí de los Cinco Colmillos

Togg: el Lobo del Invierno (*véase* Fanderay)

Trake/Treach: el Tigre del Verano y la Batalla

Treach: héroe primero

Tronosombrío/Ammanas: rey de la Gran Casa de Sombra



STEVEN ERIKSON nació en Toronto, Canadá, en 1959. Estudió Antropología y Arqueología antes de matricularse en una escuela de escritura.

Desde que empezara a escribir en 1993, ha firmado algunas novelas con su nombre, **Steven Lundin**, pero ha conocido el éxito bajo su seudónimo, gracias a la saga de fantasía 'Malaz: El libro de los caídos', calificada como la obra de fantasía más importante desde 'Canción de hielo y fuego' de **George R. R. Martin**.

El mundo de Malaz surgió de las mentes de Steven Erikson y del también escritor **Ian Cameron Esslemont**. En un principio, lo idearon para que fuera el escenario de un juego de rol. En 1991, Erikson plasmó su primera historia de 'Malaz: El libro de los caídos’ en un guión, pero no cuajó, y derivó finalmente en *Los jardines de la Luna*, ya que el libro era el soporte más adecuado para el extenso universo de fantasía que había creado.

Cuando, a finales de los años noventa, el libro salió al mercado británico, generó tal expectativa entre los editores que Transworld, una de las ramas de Random House, llegó a dar el mayor adelanto pagado hasta el momento por una serie de fantasía.

Erikson no es un autor convencional, y lo demuestra rompiendo los estereotipos del género: sus personajes no se ajustan a los tópicos asociados a sus roles, la trama no sigue una estructura lineal, sino que empieza en el medio de la acción, y ha sido alabado por tener el valor de matar a algunos de sus personajes principales, rompiendo con el tópico de que el «bueno» siempre debe salir airoso aun de las situaciones más inverosímiles.

BIBLIOGRAFÍA

Como Steven Erikson

Malaz: El libro de los caídos

1999 — Gardens of the Moon. *Los jardines de la Luna*, La Factoría de Ideas, Fantasía nº74, 2009

2000 — Deadhouse Gates. *Las puertas de las Casa de la Muerte*, La Factoría de Ideas, Fantasía nº78, 2010

2001 — Memories of Ice. *Memorias del hielo*, La Factoría de Ideas, Fantasía nº82, 2010

2002 — House of Chains. *La Casa de Cadenas*, La Factoría de Ideas, Fantasía nº87, 2011

2004 — Midnight Tides. Próximamente en La Factoría de Ideas

2005 — The Bonehunters

2007 — Reaper's Gale

2008 — Toll the Hounds

2009 — Dust of Dreams

2010 — The Crippled God.

Bauchelain and Korbal Broach

2002 — Blood Follows

2004 — The Healthy Dead.

2007 — Bauchelain and Korbal Broach: The Collected Stories Volume One.

2007 — The Lees of Laughter's End

Novelas cortas

2002 — Blood Follows
2007 — The Lees of Laughter’s End
2004 — The Healthy Dead.

Estas novelas cortas están listadas en el orden en el que el autor ha pensado que deben ser leídas, no en el orden en el que fueron publicadas.

Como Steven Lundin

Novelas

1993 — Stolen Voices
1998 — This River Awakens
2004 — Fishin’ with Grandma Matchie
2004 — When She’s gone

Relatos y novelas cortas

1991 — A Ruin of Feathers
1998 — Revolvo and Other Canadian Tales